

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Departamento de Historia Contemporánea



TESIS DOCTORAL

**El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte),
símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-
1931**

TESIS DOCTORAL

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Rubén Pallol Trigueros

Director:

Luis Enrique Otero Carvajal

Madrid, 2011

ISBN: 978-84-694-6251-5

© Rubén Pallol Trigueros, 2009

EL MADRID MODERNO: ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	1
INTRODUCCIÓN EN FRANCÉS	1
CAPÍTULO 1: CHAMBERÍ, ARRABAL ANTES QUE CIUDAD.	19
- Chamberí en 1860: una pequeña comunidad a las puertas de Madrid	19
- La resistencia del viejo Madrid.	25
- Chamberí: Un viejo Madrid nace en los márgenes.	38
- El desborde definitivo del viejo Madrid y la creación del Ensanche.	46
CAPÍTULO 2: LOS NUEVOS BARRIOS DE LA CAPITAL.	57
- La ciudad ideal diseñada por el ingeniero Carlos María de Castro	57
- El Ensanche contra el arrabal:	
La inserción de la periferia norte en el proyecto de Castro.	63
- El arrabal resiste al Ensanche: el desmantelamiento del Plan Castro.	76
- 1868-1874: El despegue definitivo del Ensanche.	88
- Ha nacido un nuevo Madrid: el Ensanche Norte en 1880.	103
CAPÍTULO 3: LA CAPITAL DE TODAS LAS REGIONES.	113
- Chamberí en 1880: los síntomas de una transformación discreta del arrabal.	113
- Chamberí, un arrabal joven e inmigrante en el Madrid de mediados del siglo XIX.	119
- El atractivo de una sola botica.	135
- La disolución del pueblo en la gran ciudad.	143
- La reconstrucción de la comunidad en la gran ciudad.	152
- Chamberí, el germen de un nuevo Madrid.	169
CAPÍTULO 4: LA CIUDAD DE LOS MIL OFICIOS.	177
- El mercado laboral de una ciudad en crecimiento	177
- La corrosión del oficio: la disolución del mundo de los artesanos madrileños.	200
- La resistencia del oficio: trabajo cualificado y prestigio laboral en el Ensanche Norte de 1880.	209
- El trabajo en los márgenes:	
la aparente desaparición de las mujeres del mundo laboral.	218
- La emergencia de una economía urbana de servicio: el sector terciario en el Madrid de 1880.	236
CAPÍTULO 5: UN ARRABAL UNIDO.	
FAMILIA, BENEFICIENCIA Y ARTICULACIÓN SOCIAL EN LOS NUEVOS BARRIOS DEL ENSANCHE NORTE.	251
- Historia de dos familias: estructura del hogar, comportamiento familiar y condiciones sociales en el Madrid del siglo XIX	251
- La vida familiar en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX.	255
- Cuando la familia no es suficiente:	
La Beneficencia Municipal como herramienta de cohesión social.	272
- Asistentes y asistidos en el arrabal de Chamberí:	
La distancia entre clases acomodadas y clases populares antes de la explosión del Ensanche.	282

CAPÍTULO 6: DE ARRABAL UNIDO A BARRIO ANÓNIMO EL FLUCTUANTE SENTIMIENTO DE COMUNIDAD EN EL ENSANCHE NORTE ENTRE 1860 Y 1880.	303
- La articulación de la comunidad: el sufragio censitario de la Monarquía isabelina y la representación de los vecinos en el gobierno municipal.	303
-El bautismo democrático del pueblo madrileño: Las elecciones municipales de diciembre en 1868 en Vallehermoso.	318
- La primera gran batalla electoral madrileña: las elecciones a Cortes Constituyentes de enero de 1869 en Vallehermoso y Chamberí.	335
- Las fisuras de la comunidad: La sustitución de las viejas elites políticas en Madrid durante el Sexenio Revolucionario.	354
CAPÍTULO 7: EL NUEVO MADRID DE LA RESTAURACIÓN.	367
- La consolidación del crecimiento de Madrid en la Restauración:	367
- El renovado motor de la capitalidad.	386
- Madrid 1900: el esbozo de una metrópoli.	413
- El cambio de escala de Madrid: De walking city a esbozo de metrópoli.	429
- La entrada de Madrid en el nuevo siglo.	436
CAPÍTULO 8: HACIA UNA CIUDAD SEGREGADA.	439
- La creación de fronteras sociales en el Madrid del último cuarto de siglo XIX.	439
- La segregación social en el espacio en el Ensanche Norte.	447
- La evolución del paisaje residencial del Ensanche Norte entre 1880 y 1905.	456
- Un espacio minuciosamente jerarquizado: los precios del alquiler y las fronteras sociales en el Ensanche Norte de 1905.	483
-Cada cual en su lugar: rasgos diferenciales de la población de los barrios del Ensanche Norte en 1905.	490
CAPÍTULO 9: DE FARMACÉUTICOS Y TIPÓGRAFOS. LA DISOLUCIÓN DEL PODER DE LOS PARTIDOS DEL TURNO Y LA EMERGENCIA DEL SOCIALISMO EN CHAMBERÍ.	499
- El apuntalamiento del poder de las elites: Las elecciones municipales en el Ensanche Norte a comienzos de la Restauración.	499
- La quiebra definitiva de la comunidad: El declive del poder progresista y la consolidación republicana.	506
- El rumor de las calles: El desarrollo del socialismo madrileño a la sombra de la Restauración	522
- La conquista socialista de Chamberí: El inicio de una nueva era en la política municipal madrileña.	531

CAPÍTULO 10: LA VIDA Y LA MUERTE EN LA GRAN CIUDAD. CAMBIO DE MODELO DEMOGRÁFICO Y DINÁMICAS MIGRATORIAS EN EL MADRID DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX.	551
- Madrid en 1910, una ciudad en constante rejuvenecimiento	551
- De los tiempos del tranvía a los del automóvil: La aceleración del crecimiento de Madrid en el primer tercio del siglo XX.	557
- La inmigración: Principal fuente de crecimiento del Madrid del primer tercio del siglo XX.	564
- El lento descenso de la mortalidad: Madrid abandona a paso de caballo sus viejos comportamientos demográficos.	585
- La modernización demográfica y sus límites en el Madrid del primer tercio del siglo XX.	599
CAPÍTULO 11: MECÁNICOS DE COCHE Y OBREROS DE FÁBRICA. LA EVOLUCIÓN DEL TRABAJO MANUAL EN EL MADRID DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX.	603
- La fértil descendencia de un modesto boticario	603
- El mercado laboral madrileño en 1930.	614
- El lento declive de los albañiles en el Madrid del primer tercio del siglo XX.	621
- Hacia una nueva hegemonía: La emergencia de los obreros mecánicos madrileños.	629
- Una modernización discreta del trabajo manual discreta: Mecánicos del automóvil en una ciudad sin plantas de producción fordista.	637
- La organización del trabajo en una industria moderna: Hombres y mujeres, obreros y empleados en la fábrica Gal.	645
CAPÍTULO 12: LA CIUDAD DE LOS MIL SERVICIOS. VIEJOS Y NUEVOS EMPLEOS EN EL SECTOR TERCIARIO MADRILEÑO EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX.	659
- La irrupción de los trabajadores de cuello blanco	
- De horteras a empleados de comercio: La evolución de los trabajadores del comercio madrileño en el primer tercio del siglo XX.	667
- Proletarios de cuello blanco y profesionales distinguidos: El pujante mercado laboral de la empresa privada en el Madrid de 1930.	683
- A golpes de capital: La sigilosa modernización económica de la economía madrileña.	702

CAPÍTULO 13: MÉDICOS Y TIPÓGRAFOS EN EL MISMO BANDO. LA EXTENSIÓN Y LA TRANSFORMACIÓN DE LAS BASES SOCIALES DEL REPUBLICANISMO Y DEL SOCIALISMO EN EL MADRID DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX.	707
- La política en la gran ciudad en la crisis de la Restauración	707
- Pactos y alianzas entre antiguos rivales: Los primeros pasos de la conjunción republicano-socialista en Madrid.	715
- El PSOE se pone al frente del pueblo madrileño: Republicanos y socialistas en tiempos de guerra y huelgas.	736
- Un triunfo electoral con efectos retardados: El resurgir de la izquierda antidinástica en abril de 1931.	765
CONCLUSIONES: CHAMBERÍ, SÍMBOLO DEL NACIMIENTO DE UNA MODERNA CAPITAL, 1860-1931.	777
BIBLIOGRAFÍA	797
ÍNDICE DE TABLAS, GRÁFICOS, PLANOS E ILUSTRACIONES	827

INTRODUCCIÓN

Ya hace más de tres décadas que la historia contemporánea de Madrid comenzó a ser objeto de estudio en investigaciones científicas que alcanzaron cierta notabilidad académica. Muchos de los temas a través de los que se renovó la historiografía española en su desarrollo y expansión en los años 70 y 80, encontraron en la ciudad de Madrid un marco espacial privilegiado para su estudio. Algunos de los debates que más literatura especializada generaron, contaron con importantes aportaciones surgidas de una historia de la capital que por aquel entonces dejaba el sendero que habían recorrido los cronistas de la villa para ajustarse a los cánones de la investigación científica y académica.

El surgimiento de la burguesía y la caracterización de las nuevas elites aparecidas al calor de la revolución liberal tuvo su tratamiento en la capital española a través de las obras de Ángel Bahamonde Magro¹, autor que además contribuyó junto a Julián Toro Mérida al estudio de la evolución de las relaciones sociales en el Madrid del siglo XIX². En la capital española también encontraron campo para su expansión otros temas y acercamientos procedentes de una historia social renovada, como fueron los estudios demográficos de diversa índole desarrollados por Antonio Fernández García³, el acercamiento a la evolución de la economía urbana por Gloria Niefra Cristóbal⁴ o el análisis propuesto por Carmen Sarasúa de las interacciones entre las dinámicas migratorias y el funcionamiento de los mercados laborales⁵.

La historia política se incorporó a su vez a este avance en la historiografía madrileña y fueron pioneros los análisis electorales desarrollados por Javier Tusell y los estudios sobre la milicia nacional de Sisinio Pérez Garzón y Manuel Espadas Burgos⁶ y sobre la revolución de 1854 de José Ramón Urquijo Goitia⁷. De forma paralela, también se hizo notar en Madrid el auge de una historia del movimiento obrero inmersa en una segunda ruptura en sus temas, métodos y orientaciones teóricas⁸ al que contribuyeron desde la capital los estudios pioneros sobre el PSOE de Michel Ralle, Antonio Elorza y Santiago Castillo⁹ y los que introdujeron las nuevas problemáticas asociadas a las teorías de la movilización colectiva por parte Santos Juliá primero¹⁰ y Francisco

¹ BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid 1856-1866*. Madrid, UCM; BAHAMONDE, Ángel y CAYUELA, José: *Hacer las Américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XIX*. Madrid, Alianza, 1992.

² BAHAMONDE MAGRO, Ángel, y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

³ FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Barcelona, Vicens Vives, 1985.

⁴ NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985.

⁵ SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Madrid, Siglo XXI, 1994.

⁶ PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio y ESPADAS BURGOS, Manuel: *Milicia nacional y revolución burguesa: el prototipo madrileño: 1808-1874*, Madrid, CSIC, 1978.

⁷ URQUIJO GOITIA, José Ramón: *La revolución de 1854 en Madrid*, Madrid, Instituto de Historia “Jerónimo Zurita”, 1984.

⁸ ÁLVAREZ JUNCO, José y PÉREZ LEDESMA, Manuel: “Historia del movimiento obrero: ¿una segunda ruptura?”, *Revista de Occidente*, 1982, pp. 19-42.

⁹ ELORZA, Antonio y RALLE, Michel: *La formación del PSOE*, Barcelona, Crítica, 1989 y CASTILLO, Santiago: “Los orígenes de la organización obrera en España: de la Federación de Tipógrafos a la Unión General de Trabajadores”, *Estudios de historia social*, n.º. 26-27, 1983.

¹⁰ JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI, 1984

Sánchez Pérez después¹¹. Finalmente, la historia cultural de más reciente cuño hizo su aparición en las calles madrileñas con investigaciones como la tesis sobre la socialización de la lectura firmada por Jesús Martínez Martín¹². En definitiva, desde la historiografía había surgido un amplio abanico de estudios e investigaciones, conectadas con las corrientes más innovadoras dentro de la profesión y que se dieron cita geográfica en Madrid, contribuyendo de esta manera a enriquecer el conocimiento de su evolución histórica.

Igualmente, en esta misma época, desde otras disciplinas se comenzó a mostrar interés por Madrid y se iniciaron investigaciones que, en perspectiva histórica, se ocupaban de diferentes aspectos de su vida urbana. Fue el caso de la arquitectura y del urbanismo que analizaron las transformaciones experimentadas en la estructura y en el aspecto de la ciudad durante el siglo XIX y, muy particularmente, los cambios provocados por el proyecto de ampliación o Ensanche de la capital que dio inicio a la ciudad burguesa. En este terreno no sólo destacaron los estudios más técnicos, como el de Antonio Bonet Correa sobre las características del proyecto de Ensanche de Castro al que han seguido otros acercamientos al planeamiento urbano madrileño¹³. También se significaron nuevas propuestas que trataban de indagar en las relaciones entre arquitectura y sociedad, entre la evolución del aspecto externo de la ciudad y los cambios en las relaciones que vinculaban a sus habitantes: ese fue el caso del trabajo de Clementina Díez de Baldeón, centrado en las diferencias en el diseño de viviendas en barrios burgueses y obreros¹⁴. Pero fue probablemente la geografía urbana la que más puentes estableció entre la morfología urbana madrileña y el cambio social. Lugar destacado merece la investigación de Rafael Mas sobre el barrio de Salamanca, que hizo visibles las luces y las sombras en la aplicación del proyecto de Ensanche de Castro y la forma en que esta se vio condicionada por las estrategias económicas de los propietarios del suelo y de los promotores que se encargaron de construir la nueva ciudad¹⁵. Un mismo reconocimiento también es debido a los trabajos de otros especialistas como el de Dolores Brandis¹⁶ sobre la evolución del paisaje residencial madrileño, el de María del Pilar González Yanci sobre el impacto del ferrocarril en la estructura urbana¹⁷ o el de María Eulalia Ruiz Palomeque sobre la transformación del casco antiguo de la capital¹⁸.

Gran parte de los autores que habían contribuido a este primer impulso de la historiografía de la Edad Contemporánea centrada en la ciudad de Madrid quedaron retratados en los dos coloquios que sobre el tema organizaron Ángel Bahamonde Magro y Luis Enrique Otero Carvajal en los años 1986 y 1989¹⁹. La publicación de las actas de

¹¹ SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización colectiva. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2006.

¹² MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1991.

¹³ BONET CORREA, Antonio (ed.): *Plan Castro*, Madrid, COAM, 1978; para otros estudios en esta misma línea, véase por ejemplo, la recopilación de trabajos de SAMBRICIO, Carlos: *Madrid, vivienda y urbanismo: 1900-1960*, Madrid, Akal, 2004.

¹⁴ DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX.*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

¹⁵ MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982.

¹⁶ BRANDIS, Dolores: *El paisaje residencial de Madrid*, Madrid, MOPU, 1983.

¹⁷ GONZÁLEZ YANCI, M^a Pilar: *Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1977.

¹⁸ RUIZ PALOMEQUE, Eulalia: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1976.

¹⁹ BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luís Enrique (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*. Madrid, Alfoz – Comunidad de Madrid, 1986, 2vols. y BAHAMONDE MAGRO, Ángel y

estas dos reuniones científicas representó un buen balance del grado de conocimiento de la historia de la capital alcanzado hasta el momento, así como la ocasión de que fermentaran nuevas líneas de investigación que serían desarrolladas posteriormente. La diversidad de temas tratados en las distintas comunicaciones y ponencias y la profundidad con que fueron abordados atestiguaban que la historia de la capital había alcanzado la madurez, convirtiéndose en una disciplina en sí misma, con objetivos, ámbitos temáticos y debates propios. Un diagnóstico que sería confirmado pocos años después, con la aparición de dos obras de síntesis de corte académico que fueron realizadas por especialistas en la materia: una coordinada por el profesor Antonio Fernández García y otra elaborada por Cristina Segura, David Ringrose y Santos Juliá²⁰.

Este notable desarrollo de la historiografía del Madrid contemporáneo, que fue continuado en las líneas generales ya trazadas y en caminos que se abrieron con nuevos temas y tratamientos metodológicos²¹, no la eximió de algunos problemas y ciertas carencias como veta de investigación. Entre los problemas, el más destacado era la de una producción historiográfica que, en muchas ocasiones, aunque no en todas, podía haber pecado de una cierta confusión entre las dos identidades compartidas de Madrid como capital del Estado y como ciudad con entidad propia, y en la que había sido privilegiada la primera en detrimento de la segunda. Madrid, como escenario de los grandes acontecimientos políticos, como el lugar donde se habían tomado las decisiones que habían marcado el rumbo del país, había deslumbrado tanto por su centralidad histórica, que había acabado por ensombrecer a sus habitantes. Un buen ejemplo de ello pueden ser los distintos estudios de historia política de la capital disponibles hasta fechas recientes. Si bien existían monografías de gran calidad sobre los principales procesos que alimentan la Historia de España y son bien conocidos el desarrollo de algunos acontecimientos (la revolución de 1854, la huelga de 1917, el Madrid de la República), eran muy escasas las referencias a la vida política municipal. Algo que era especialmente patente en el caso del comportamiento electoral de los madrileños. El pionero estudio que en 1969 había elaborado Javier Tusell sobre la evolución electoral madrileña a través del análisis de las elecciones legislativas del primer tercio del siglo XX, no había tenido su réplica en ninguno que se ocupara de los comicios municipales, vinculando sus resultados a los problemas y debates específicos que Madrid experimentaba en su vida cotidiana como ciudad. En ese sentido, la vida nacional, había ahogado a la municipal, la capital ensombrecido a la ciudad.

Otro de los ámbitos en que el estudio de la historia del Madrid contemporáneo ofrecía serias carencias en comparación con otros núcleos urbanos era en el de su transformación social, tanto en los aspectos puramente demográficos como en los relacionados con la evolución de su economía y las repercusiones en su mercado de trabajo. En este caso no se trataba tanto del excesivo énfasis puesto en su condición de

OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Comunidad de Madrid-Alfoz, 1989, 2 vols.

²⁰ Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Madrid, UCM, 1993 y JULIÁ DÍAZ, Santos, RINGROSE, David y SEGURA, Cristina: *Madrid, historia de una capital*. Madrid, Alianza Editorial, 1994

²¹ No se pretende ser exhaustivo en una enumeración de la literatura científica referida a Madrid que podría resultar interminable; puesto que la bibliografía da cuenta de ella, baste destacar algunas de las monografías más importantes aparecidas en este periodo como son CANDELA SOTO, Paloma: *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida: (1888-1927)*, Madrid, Tecnos, 1997; CRUZ, Jesús: *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española*, Madrid, Alianza Editorial, 2000; DEL MORAL RUIZ, Carmen: *El Madrid de Baroja*, Madrid, Sílex, 2001; SOUTO KOUSTRIN, Sandra: *Y Madrid ¿qué hace Madrid?: movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 2004; SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera*, Madrid 1901-1923. Madrid, Cinca, 2005.

capital del Estado, como un problema de magnitudes. Muchas de las innovaciones que se habían desarrollado en estos ejes temáticos dentro de la historia urbana, tanto en España como en otros países, se habían aplicado a ciudades de tamaño medio o localidades con poblaciones con un volumen de población reducido²². Era el caso de algunas de las técnicas incorporadas al estudio de los movimientos migratorios, la historia de la familia o las estrategias familiares en el marco del crecimiento urbano que se produjo en el tránsito del siglo XIX al siglo XX²³. Lo mismo cabe decir de los estudios que se ocupaban del impacto social de las transformaciones económicas asociadas al crecimiento urbano y cuya mejores interpretaciones habían surgido en ciudades de tamaño medio como el que realizó Enriqueta Camps para Sabadell²⁴ o en pequeñas localidades como el de Pilar Pérez-Fuentes, sobre el municipio minero vizcaíno de San Salvador del Valle²⁵.

Las mayores virtudes de todos estos estudios residían en su capacidad de analizar y describir con todo detalle las relaciones sociales y económicas que estaban en la base del funcionamiento de cada comunidad, y la forma en que eran experimentadas por sus habitantes. Se satisfacían así las preocupaciones y los objetivos de una nueva historia social, económica y cultural que había encontrado en la microhistoria una vía especialmente fértil de desarrollo. En el caso de la historia urbana española, estas nuevas formas de concebir el estudio de las ciudades dio lugar a la aparición de una serie de trabajos que destacaron por sus originales aportaciones en la descripción de los procesos de cambio social, económico y de las formas de sociabilidad política producidos al calor del impulso urbano que acompañó a la transición de la sociedad del Antiguo Régimen a la sociedad contemporánea. Entre ellos cabe destacar el que Justo Serna y Anacleto Pons dedicaron a la conformación de una nueva élite de poder con el triunfo de la revolución liberal en la ciudad de Valencia²⁶, la interpretación de las repercusiones que los profundos cambios sociales asociados a la urbanización produjeron en la vida cotidiana en la sociedad vasca realizada por Luis Castells y Antonio Rivera²⁷ y el análisis de las nuevas identidades políticas surgidas en el contexto de la sociedad urbana de masas ejemplificado a través del carlismo en las ciudades de Pamplona y Vitoria publicado por Javier Ugarte Tellería²⁸. También cabe señalar en

²² OTERO CARVAJAL, Luis Enrique; CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2003.

²³ Para el caso de la inmigración, es buen ejemplo el trabajo de MENDIOLA GONZALO, Fernando: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización. Pamplona (1840-1930)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2002; para el caso de la historia de la familia, REHER, David Sven: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1900*.

²⁴ CAMPS I CURÁ, Enriqueta: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1995.

²⁵ PÉREZ-FUENTES, Pilar: *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína, 1877-1913*. Bilbao, UPV-EHU, 1993.

²⁶ SERNA, Justo y PONS, Anacleto: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del XIX*, Valencia, Diputación de Valencia, 1992.

²⁷ CASTELLS ARTECHE, Luis y RIVERO BLANCO, Antonio: "Vida cotidiana y nuevos comportamientos sociales (El País Vasco, 1876-1923)", *Ayer*, nº 19, 1995, pp. 135-164; CASTELLS ARTECHE, Luis y RIVERA BLANCO, Antonio: "Una inmensa fábrica, una inmensa fonda, una inmensa sacristía: (el espacio urbano vasco en el paso de los siglos XIX al XX)" en CASTELLS ARTECHE, Luis: *El rumor de lo cotidiano: estudios sobre el País Vasco contemporáneo*, Bilbao, UPV, 1999, pp. 13-54.

²⁸ UGARTE TELLERÍA, Javier: *La nueva Covadonga insurgente: orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998 y UGARTE TELLERÍA, Javier: "Pamplona, toda ella un castillo, y más que ciudad, ciudadela. Construcción de la imagen de una ciudad, 1876-1941" en SANZ MARCOTEGUI, Ángel (ed.): *Memoria histórica e*

este apartado el conjunto de estudios que el equipo de investigación bajo la dirección del profesor Manuel González Portilla ha dedicado a las transformaciones demográficas, sociales y económicas de la Ría de Bilbao al calor de su urbanización e industrialización²⁹, los que, coordinados por el profesor Pedro Carasa Soto se han ocupado de las elites políticas en Castilla y León durante la Restauración³⁰ o los ya numerosos trabajos en los que José Luis Oyón se ha ocupado de la ciudad de Barcelona y su clase obrera³¹.

La investigación que se presenta en esta tesis doctoral pretende incorporar todos estos nuevos enfoques a un estudio que dé cuenta de las transformaciones sociales, económicas y en las pautas de sociabilidad y de socialización de la política acontecidas en Madrid durante el periodo en que se produjo el definitivo despegue de su crecimiento urbano, entre el año 1860, cuando quedó aprobado su proyecto de ampliación o Ensanche y 1931, fecha en la que se puede considerar que la capital española alcanzó el rango de metrópolis. En el diseño inicial de la investigación ya se advirtió la imposibilidad de emprender este estudio en el marco espacial del conjunto de la ciudad, ya que el volumen de población y de documentación haría impracticable la aplicación de estos enfoques. Por ello se decidió acometer una reducción de escala del objeto de estudio con carácter metodológico y restringir el análisis a uno de los actuales distritos de la capital, el distrito de Chamberí. Eso no implicaba que el objetivo de la investigación pretendiera ser la caracterización de fenómenos que únicamente tuvieran lugar en este espacio concreto o cuyo significado sólo tuviera validez dentro de sus límites. La intención era la opuesta: desvelar aquellos rasgos sociales del Madrid de la época que, siendo comunes y propios al conjunto de la ciudad, sólo podían ser percibidos a través de un marco espacial reducido, tal y como había sido realizado en los estudios microhistóricos para el estudio de otros fenómenos sociales³².

La elección concreta de Chamberí como objeto de estudio se debió a las particularmente ricas posibilidades que ofrecía su configuración como espacio urbano dentro de Madrid. Chamberí, fue una de las tres zonas que nacieron del proyecto de Ensanche de la ciudad elaborado por Castro para 1860. A partir de esta fecha, lo que había sido un territorio de las afueras se convirtió, en el periodo escogido (1860-1931), en una encrucijada donde se enfrentó una ciudad, que pugnaba por crecer, con una población, en su inmensa mayoría venida de medios rurales y que abandonaba sus viejos valores y formas de vida para integrarse en un espacio urbano en radical transformación.

El Ensanche es una forma de desarrollo urbanístico que podría calificarse como original de la Europa urbana de la segunda mitad del siglo XIX, particularmente presente en el caso del desarrollo urbano español. Es fácil distinguir los barrios de

identidad. En torno a Cataluña, Aragón y Navarra, Pamplona, Univesidad Pública de Navarra, 2004, pp. 165-260

²⁹ GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel: *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, población y ciudad)*, Bilbao, Fundación BBV, 1995 y GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (dir): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 Vols., Bilbao, Fundación BBVA, 2001,

³⁰ CARASA SOTO, Pedro (dir.): *Elites castellanas de la Restauración*, 2 vols, Valladolid, Conserjería de Educación y Cultura de Castilla y León, 2004. CARASA SOTO, Pedro (dir.): *El poder local en Castilla: estudios sobre su ejercicio durante la Restauración (1874-1923)*. Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004.

³¹ OYÓN, José Luis: *La quiebra de la ciudad popular*, Barcelona, Ediciones del Sebarl, 2008

³² LEVI, Giovanni: "Sobre microhistoria" en BURKE, Peter (comp.): *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1996, pp. 119-143 y SERNA, Justo y PONS, Anacleto: "En su lugar. Una reflexión sobre la historia local y el microanálisis" en FRÍAS, Carmen y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel: *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001, pp. 73-92.

ensanche porque sus calles y avenidas, rectilíneas y anchas, con espacio para la circulación de tranvías y omnibuses contrastan con la maraña de callejuelas y vías que suelen componer los cascos antiguos medievales. Los ensanches también son reconocibles allá donde el paso del tiempo y los distintos gobiernos municipales los han respetado, por albergar edificios de muy distinta naturaleza a los que previamente existían en las ciudades españolas. La ola urbanizadora desatada en el siglo XIX no sólo trajo nuevos barrios y edificios sino que produjo una modernización y transformación sustancial en la forma de concebir y construir la ciudad. En las manzanas cuadrangulares con las que se extendían los centros de población aparecieron edificios de viviendas de un tamaño antes inimaginable, en los mejores casos incluyendo las grandes novedades que la técnica proporcionaba a la vida doméstica: el gas, la luz, el agua corriente, los cuartos de baño y, más tardíamente, el ascensor. En los rincones más selectos de estos nuevos barrios también aparecieron los hotelitos unifamiliares de la gran burguesía y la nobleza que conformaban la elite social. En otros lugares menos apreciados se erigieron las nuevas catedrales de la era industrial: las estaciones de ferrocarril, construidas con las entonces innovadoras técnicas del hierro, y las fábricas y grandes manufacturas en que comenzaban a concentrarse los trabajadores. Grandes edificios de vecindad, hotelitos, estaciones de ferrocarril y fábricas dispuestos todos en un orden racional de calles, que se cortaban en ángulo recto y por las que circulaban tranvías y carruajes que conformaban un nuevo paisaje, el de la ciudad decimonónica, que simbolizaba la llegada de la modernidad.

La ruptura que supusieron los ensanches en la fisonomía urbana ha sido abundantemente descrita y analizada ya por urbanistas, arquitectos y geógrafos. Sin embargo, la aparición a las puertas de las ciudades del siglo XIX de estos nuevos barrios de aspecto tan distinto representó algo más que un mero cambio del escenario donde los habitantes de Madrid o Barcelona desarrollaban sus vidas. Los ensanches supusieron, sobre todo en las dos mayores ciudades españolas y muy especialmente en la capital, una auténtica revolución de la vida urbana, una refundación de la ciudad y de la forma de habitarla. En Madrid el Ensanche, que se extendió por los actuales distritos de Chamberí, Salamanca, Retiro y Arganzuela, significó el derribo de la antigua cerca que había rodeado a la ciudad desde tiempos de Felipe IV y que tenía sus límites en la puerta de Bilbao, en la de Alcalá y en la de Toledo. De repente, el horizonte del madrileño se ampliaba y su visión de la ciudad se extendía. Y no sólo lo hacía porque hubiera más terrenos por los que pasear o nuevos barrios y calles que conocer, sino también porque los nuevos edificios se fueron poblando con gentes venidas desde todos los rincones del país atraídas por una ciudad en plena expansión.

Más allá del mero crecimiento material y espacial de la ciudad, a partir de 1860 la capital española experimentó uno de sus periodos de cambio más intensos. El primer signo fue el crecimiento de su población: si cuando en 1860 se decidió construir los nuevos barrios de Ensanche, los madrileños eran unas 300.000 personas, cuando en 1930 el Ensanche se acercaba a su total colmatación y era el Extrarradio de la ciudad el que tomaba el relevo de la expansión, los habitantes de la capital ya se habían convertido en un millón, un ritmo de crecimiento imparable que tenía su principal motor en una inmigración de un país en profunda transformación. Las consecuencias no se limitaron a los problemas que tan ingente masa de nuevos madrileños crearon en la oferta de vivienda y que se intentaron resolver con la creación de los barrios de Ensanche. Los nuevos habitantes de Madrid, aparte de buscar una casa en la que vivir, también querían un trabajo, y, una vez instalados y resuelta su supervivencia más inmediata, formar una familia, integrarse en la ciudad y convertirla en el espacio en que realizar sus anhelos y sueños o simplemente satisfacer sus necesidades vitales. Fue

inevitable que tanta gente nueva pujando por hacerse un hueco en la ciudad terminara por alterar sus ritmos de vida e incluso a sus gentes. Madrid se convirtió en setenta años en una ciudad radicalmente nueva, más grande y más populosa, y con ello, necesariamente, el ser madrileño cambió de significado.

Hoy conocemos el resultado material de tal cambio: los edificios y las calles de los barrios de Ensanche son la huella que nos ha dejado aquel periodo y que nos ayudan a imaginar cómo era la nueva ciudad que se construyó a las puertas de Madrid en el tránsito del siglo XIX al XX. Más difícil resulta percibir a las personas que habitaron tales barrios y que al fin y al cabo fueron los responsables de que los cambios en la ciudad se produjeran. Los nuevos barrios, el Ensanche dejado por aquel impulso de crecimiento que experimentó Madrid desde mediados del siglo XIX, es también un espacio cargado con las experiencias de las gentes que por aquel entonces lo habitaban y lo utilizaban como escenario de sus vidas. Para comprender la intensidad de la transformación que representó el Ensanche es necesario también mirar las calles y considerar que éstas fueron el lugar a donde llegaba el inmigrante que desde una región remota o cercana acudía a Madrid en busca de un trabajo con el que sobrevivir, ya que la tierra de sus padres estaba agotada. Es necesario imaginar el impacto que le produjo un entorno, de grandes calles recorridas por la muchedumbre de madrileños, que era tan diferente del que había conocido hasta entonces en su pueblo o ciudad natal. Además, es necesario hacer el esfuerzo y recordar que entre sus edificios se encontraban el taller, la fábrica o la tienda de ultramarinos en la que buscaría su empleo, la taberna o la iglesia donde conocería a sus nuevos vecinos y donde se relacionaría con las personas que acabarían siendo su gente, sus amigos, su familia en la ciudad. También se puede recorrer el paseo de la Castellana o la calle Almagro, en las zonas más lujosas del Ensanche Norte y ponerse en el lugar de las ricas familias burguesas que decidieron instalar allí sus lujosas viviendas; verlos salir con su tartana a pasear por los barrios periféricos de la ciudad o camino del Teatro Real, intuir cómo sus criadas recorrían el barrio para ir a cumplir tal o cual recado mandado hacer por la señora, o al propio cabeza de familia dirigir sus pasos hacia la Bolsa madrileña para cerrar negocios de altos vuelos.

Aunque el legado más evidente que dejó la ola urbanizadora que se despertó en el siglo XIX y se aceleró en el comienzo del siglo XX sea arquitectónico y material, en realidad son muchas más las implicaciones de los cambios que produjo en una sociedad que cada día se estaba haciendo más urbana. Para cualquier ciudad, y en el caso de Madrid es evidente, la aparición de nuevos barrios en sus alrededores y el aumento de su población en cientos de miles de habitantes, iba más allá de un retoque en su aspecto físico o en su tamaño. Derribando las viejas cercas que habían rodeado a la capital española hasta entonces, abriendo la ciudad al futuro, los madrileños empujaron su ciudad hacia una nueva era en que la vida no volvería a ser del todo igual. No lo sería para el que había conocido el viejo Madrid, el que había pasado su vida en una ciudad en que apenas había diez minutos de paseo entre la Puerta del Sol, en torno a la que giraba toda la vida, y cualquiera de las puertas de la capital. Desde luego que tampoco lo sería para la gran masa de inmigrantes que de forma creciente llegaban a la ciudad para instalarse en sus viejas y nuevas calles. Nunca había existido un Madrid tan grande y ellos, tanto el madrileño de rancio abolengo como el recién llegado, el burgués triunfante como el trabajador inmigrante, eran los primeros en verlo.

Chamberí es así una de esas zonas (con el distrito de Salamanca y el de Retiro que conformaron el Ensanche Este, con el distrito de Arganzuela que conformó el Ensanche Sur) de un Madrid que excede sus límites, que en su despliegue sobre su entorno, se somete a la tensión entre sus viejos hábitos de vida de ciudad centenaria y

una realidad cambiante. En este espacio urbano se podrán observar la inmigración que en su constante llegada hizo multiplicarse el volumen de la población de la ciudad y alteró radicalmente las formas de relación social entre sus habitantes. También el desarrollo de la industria, de los sectores de comercio y de los servicios que provocaron la disolución definitiva de una economía que aún mantenía en 1850 una fuerte impronta del mundo de los oficios para que Madrid alcanzara un grado de desarrollo económico en el primer tercio del siglo XX que la había hecho entrar plenamente en la modernidad. Finalmente Chamberí, el Ensanche Norte, también en su evolución política particular ofrece un escenario propicio para comprobar el avance en las formas de participación y organización política que se produjeron en Madrid en este periodo. En el Ensanche Norte, como se verá, fue junto a los distritos populares del sur de Madrid donde se dieron algunos de los primeros triunfos del republicanismo en el Sexenio y donde con más fuerza arraigó y subsistió en tiempos de la Restauración; más tarde, a comienzos del siglo XX, fue en estos barrios del norte de Madrid donde los socialistas obtuvieron sus primeras victorias electorales que inauguraron su fulgurante expansión y crecimiento hasta convertirse en el partido más votado de la capital.

Las razones que llevan a elegir la zona Norte del Ensanche madrileño frente a las demás también se relacionan con su carácter social heterogéneo frente a un barrio de Salamanca claramente burgués, frente a un Sur más pronunciadamente obrero. El carácter diverso de su población (desde la gran burguesía del Paseo de la Castellana a los obreros de la zona de Cuatro Caminos), permite observar un espacio urbano reducido y con coherencia en sí mismo (en tanto que se trataba de una división urbana con entidad administrativa propia) en plena transformación. Por ello se puede considerar el Ensanche Norte como una zona de germinación casi ex novo de la sociedad de masas en la que analizar con grandes garantías de éxito la manera en que se articularon las relaciones entre los distintos grupos sociales que ocuparon dicho espacio, así como la descripción y comprensión del significado de las conductas y comportamientos culturales que reforzaban tales relaciones o que buscaban desafiarlas.

La investigación desarrollada en la presente tesis doctoral esta acotada temporalmente por dos fechas que marcan de manera clara el inicio y el fin de una etapa de profunda transformación de la ciudad de Madrid. 1860 es la fecha de aprobación del proyecto de Ensanche elaborado por el ingeniero Castro para la capital. Si bien el decreto que sancionó el diseño para la ampliación de la ciudad no fue la causa para que Madrid comenzara a transformarse y a crecer, sí que marco un cambio en las dinámicas en que este proceso se produjo. La capital pasó de ser una ciudad cercada, en la que las tapias construidas por Felipe IV simbolizaban un cierto rechazo al cambio y en que la inmigración era percibida como un problema al que había que combatir, para convertirse en una ciudad abierta y sin límites, en que el crecimiento de la población hizo descubrir en la construcción de los nuevos barrios planeados una nueva veta para el desarrollo y progreso de la ciudad.

La contundente victoria electoral del 12 de abril de 1931 de la conjunción republicano-socialista que abrió el paso a la Segunda República, puede ser considerada una fecha emblemática que aglutina muchas razones para considerarla el fin de un periodo en la historia de Madrid y el comienzo de una nueva, con rasgos y problemas propios. El mismo acontecimiento político es ya suficientemente relevante. El advenimiento de la república en abril de 1931 puede ser considerado el colofón a un largo proceso de socialización de las identidades políticas y en el comportamiento electoral de los madrileños que hunde sus raíces en el Sexenio democrático. Aunque el camino fue tortuoso y tuvo innumerables recodos, es en aquella época cuando se comenzó a cimentar el apoyo republicano de una parte sustancial de los habitantes de la

capital que en pocos años compartieron sus simpatías con los socialistas. También las consecuencias del 14 de abril marcan una cesura en la historia de la ciudad y, sobre todo, en el planeamiento de su desarrollo y crecimiento urbanos; las decisiones de las nuevas autoridades de la Segunda República fueron determinantes para que el futuro de la ciudad dejara de proyectarse en el Ensanche, en su gran parte ya construido y agotado como proyecto urbanístico, para pasar de una manera cada vez más clara por el Extrarradio y por un entorno metropolitano que ya llevaba años dando muestras de gran vitalidad. Madrid dejó de ser ciudad para convertirse en metrópolis.

Finalmente, hay una gran diversidad de indicadores socioeconómicos que subrayan el cambio de marchas que se produce en 1931, desde las cifras de población hasta la composición socioprofesional de ésta. El traspaso de la barrera del millón de habitantes hizo que la ciudad cambiara de escala y con ello que surgieran nuevas formas de comportamientos sociales que se desarrollaron a lo largo del siguiente decenio; también en esta fecha, como se podrá comprobar, se puede percibir en los rasgos del mercado laboral madrileño la constatación del importante papel que los servicios ya cumplían en la economía de una ciudad que, si en 1860 podía ser considerada una ciudad artesanal en un proceso lento de industrialización, en 1931 se había convertido en una ciudad con un poderoso desarrollo del sector terciario que colocaba a Madrid como uno de los motores indiscutibles de la economía nacional.

Este retrato de la profunda transformación que se operó en la ciudad de Madrid entre 1860 y 1931 a partir de una de sus zonas de Ensanche, se ha querido realizar a partir de sus habitantes y de la forma en que estos experimentaron este proceso de profundo cambio. El estudio que se presenta en las siguientes páginas no es el de una ciudad que se construyó ladrillo a ladrillo sino persona a persona. Así la exposición se interesa ante todo en cómo transcurrió la existencia de los habitantes que poblaron los nuevos barrios que conformaban el Ensanche Norte, quién habitaba en el número de tal calle y quién en el siguiente, a qué dedicaban sus vidas y cómo conseguían sacarlas adelante. Aunque los planos de la ciudad y la literatura científica generada por la Arquitectura, el Urbanismo y la Geografía Urbana han sido utilizados profusamente, no constituyen la fuente documental clave sobre la que se construye el estudio presentado. La principal meta de la investigación no era conocer el escenario de la transformación sino a sus protagonistas y para ello se decidió acudir a una fuente documental que combinaba el doble atractivo de su riqueza en datos y su escasa explotación hasta el momento por la historiografía sobre Madrid: los padrones municipales.

Los padrones de la ciudad de Madrid representan una veta de excepcional riqueza al investigador que quiera acercarse a la realidad social de la capital española. En las hojas que debían rellenar anualmente todos los cabezas de familia se consignaban los datos personales de cada uno de los miembros de su hogar, incluyendo no sólo fechas y lugares de nacimiento y estado civil, sino también profesiones, lugar de trabajo o el alquiler que se pagaba por la vivienda, entre otras informaciones. El primer paso que se dio para realizar esta investigación fue la de registrar en una base de datos informática toda la información de cada una de las familias que habitaban en el Ensanche Norte madrileño en cuatro momentos concretos. El primero en 1860, cuando se acababa de aprobar el proyecto de ampliación de la ciudad y sólo residían en el actual distrito de Chamberí unas 5.000 personas. Un segundo momento hacia 1880 cuando ya se habían acometido los primeros trabajos de urbanización del nuevo terreno incorporado a la ciudad y las barriadas allí construidas se habían desarrollado lo suficiente para considerarlas como espacios netamente urbanos. Para entonces los habitantes de esta zona de la ciudad ya sumaban 23.000. Un tercer corte se estableció en 1905, momento en que el Ensanche Norte había dejado de ser una zona periférica y

había transferido esa condición al Extrarradio y a los suburbios que rodeaban un Madrid que ya se esbozaba como metrópolis. La centralidad urbana adquirida por la ciudad y su avanzado estado de poblamiento, con 55.000 personas empadronadas, provocaron en esta época que fuera creado el distrito de Chamberí. La última consulta se sitúa en 1930, en que la zona de Ensanche había sido ya prácticamente edificada en su totalidad y que ya reunía a 130.000 personas en sus calles.

La consulta de los padrones del Ensanche Norte de Madrid para estos cuatro años ha permitido contar, por lo tanto, con el retrato vital de más de 210.000 personas. Es sobre estos retratos obtenidos de las hojas que ellos mismos rellenaban para dirigirlas a la administración donde descansa el grueso de los análisis e interpretaciones que dan cuerpo a la investigación. Tal cuerpo empírico ha permitido en un primer momento realizar múltiples análisis estadísticos que han quedado reflejados en tablas, gráficos y datos porcentuales. De ellos parten las interpretaciones generales necesarias para retratar la evolución social de la ciudad de Madrid en los setenta años posteriores a la puesta en marcha de su proyecto de Ensanche. Al tiempo, la aplicación de herramientas metodológicas ya refinadas desde distintas disciplinas propias o cercanas a la historia social ha hecho posible la comparación con otras realidades similares a la estudiada y aspirar a que la investigación fuera algo más que una historia madrileña o localista y se alzara hasta el rango de estudio de una historia social de la ciudad.

Con ser importante el enfoque cuantitativo y estadístico que se ofrece en esta investigación, no ha sido este su objetivo final ni principal. Las grandes cifras y las series estadísticas son necesarias para trazar las líneas generales de evolución y crear una interpretación de conjunto. El objetivo era otro: se pretendía ofrecer un retrato del crecimiento y transformación de Madrid que fuera más humano que urbano, que atendiera a las experiencias de la gente corriente, de la gente concreta que vivió aquel cambio y se alejara de la frialdad y el anonimato de las cifras estadísticas. Para ello era obligado personalizar y así se ha procedido, más allá del tratamiento cuantitativo de las cifras de población o del mundo laboral, de índices de precio de alquileres o series de salarios, a perseguir entre la masa documental los nombres de personas concretas, de habitantes que pudieran encarnar a las gentes que protagonizaron aquel excepcional periodo de la historia madrileña. Con herramientas propias de la microhistoria y de la antropología histórica se ha pretendido así crear un relato que dé voz a los habitantes, que recupere historias corrientes y cotidianas, que atienda a problemas del día a día, en fin, que se ocupe de asuntos que, en comparación con los acontecimientos más espectaculares y llamativos como las revoluciones o los conflictos políticos, pueden parecer intrascendentes, pero que al fin y al cabo constituyen la materia de la que está formada la realidad histórica.

Para cumplir este objetivo de escapar de la estadística y recuperar las experiencias de los habitantes del Ensanche Norte, además de para cubrir aspectos temáticos específicos del proyecto de investigación, se ha acudido a otras fuentes documentales cuya lectura ha enriquecido más si cabe el ingente volumen de datos recogidos a través de los cuatro padrones municipales consultados y analizados. La documentación conservada en el Archivo de Villa de Madrid, especialmente, ha permitido reconstruir el proceso de construcción y edificación de la ciudad y del Ensanche Norte a partir de los planos y proyectos de edificación conservados; también se ha hecho un uso intensivo de la documentación recogida en su sección de Beneficencia para el estudio del funcionamiento de los sistemas de asistencia social en el siglo XIX y primeros años del XX, así como de la documentación electoral y resto de documentación relativa, en su mayor parte nunca antes analizada en investigaciones históricas, para la reconstrucción de los comportamientos políticos. Estos son sólo

algunos ejemplos del gran caudal de recursos que el Archivo de Villa de Madrid ha proporcionado para la investigación y que son recogidos sistemáticamente a lo largo del texto. Por otro lado, también se ha acudido a fuentes tradicionalmente utilizadas en la investigación histórica, como la prensa de la época, fundamental para el estudio de la evolución política de la capital, por ejemplo y la literatura que tomaba a Madrid como el escenario por el que discurría la vida de sus personajes.

El despliegue de esta transformación de la ciudad entre 1860 y 1931 se produjo en tres etapas claramente diferenciadas cuyas fronteras se sitúan en 1875 y 1905 y que son las que estructuran la exposición de la investigación. Un primer periodo se extiende entre 1860, fecha de la aprobación del Ensanche y 1874, fin definitivo de la experiencia democrática del Sexenio. Son los años en que se produce la ruptura definitiva entre un Viejo Madrid todavía encastillado tras sus tapias y el nuevo Madrid que surge con el proyecto de Ensanche y que experimenta un ritmo de crecimiento y de desarrollo antes desconocido. Un primer foco de atención debe centrarse en las causas que provocaron este crecimiento urbano madrileño, tanto las de naturaleza demográfica como las de raíz económica y que son abordadas en el capítulo 1 de la tesis doctoral. En este capítulo se describe, además, el peculiar modelo de crecimiento urbano madrileño y la importancia que la inmigración y que el sector de la construcción tuvieron en su desarrollo durante estos años.

Un segundo capítulo se ocupa de la configuración del espacio urbano concreto que sirve de marco de estudio, Chamberí, como una de las zonas de Ensanche. Para ello, además de analizar los pormenores técnicos del diseño que el ingeniero Castro hizo de los nuevos barrios, se estudia sobre todo la forma en que estos se materializaron y el uso social que se hizo de ellos. Se expone así una caracterización de las distintas estrategias de los propietarios del suelo que generaron un diverso paisaje residencial en que convivían tanto corralas como hotelitos y palacetes, vivienda insalubre y residencias lujosas. Se señalan asimismo las causas y prácticas que provocaron la separación progresiva entre vecindarios con muy desiguales rasgos sociales, un fenómeno de segregación que todavía sólo estaba esbozado, pero que se acusaría en las décadas siguientes. El tercer capítulo se vincula estrechamente al anterior al ocuparse de los flujos migratorios que proporcionaron el contingente humano que poblaron ese nuevo Madrid construido y que encarnaron los proyectos de ampliación de la ciudad que se habían diseñado sobre el plano. Se evalúa, en primer lugar, el gran impacto que la inmigración produjo en la sociedad madrileña de la época para proceder a continuación a describir las diferentes corrientes y pautas migratorias que confluían en la ciudad, prestando especial atención a las estrategias económicas en las que se encuadraban.

El cuarto capítulo se centra en las repercusiones que tuvo este despegue del crecimiento urbano de Madrid entre 1860 y 1875 en la economía de la ciudad, atendiendo de forma especial a las alteraciones que se produjeron en el mercado de trabajo y las relaciones laborales. La influencia de una inmigración que llegaba con una intensidad creciente, por un lado, y la importancia que adquirió la edificación dentro de la economía madrileña, por el otro, concurrieron para acelerar el proceso de disolución de las estructuras gremiales que aún marcaban poderosamente los sectores productivos de Madrid. Son los años en que se produjo una corrosión del mundo de los oficios por el aumento de una figura laboral que acabó convirtiéndose en la más característica en esa época en la ciudad, los jornaleros, y que se vinculan íntimamente con una economía escasamente industrializada y con un excesivo protagonismo de la construcción. Ahora bien, junto a la descripción de los grandes procesos de cambio, en este capítulo también se hace un particular esfuerzo por caracterizar una economía madrileña cuyo rasgo distintivo era la diversidad. Madrid era una ciudad de mil oficios en que existía un

amplio abanico de formas de ganarse la vida y en la que se hace necesario prestar atención a otros fenómenos más allá de las transformaciones del trabajo manual. Muy particularmente a las formas en que las mujeres se insertaban en el mercado laboral; también al desarrollo todavía incipiente pero ya significativo, de su sector servicios que alcanzó una importancia sin parangón en otros núcleos urbanos del país en la época y que repercutió sensiblemente en la evolución social de la ciudad.

Este primer bloque se cierra con el estudio, en los capítulos 5 y 6, de las transformaciones que se produjeron en las relaciones entre los distintos grupos que conformaban la sociedad de un Madrid que vio incrementar su número de habitantes como nunca antes lo había hecho y que vio alterada su vida en muy distintos ámbitos, especialmente en la política que aparece atravesada por los densos acontecimientos que se aglutinan en el Sexenio democrático. A través del ejemplo del Ensanche Norte, en un primer momento, en 1860, cuando la población aparecía en aquella parte periférica de la ciudad organizada en torno a un pequeño arrabal de unos pocos miles de habitantes, se pueden detectar a través de qué instituciones se articulaba el poder y la influencia que las elites sociales todavía ejercían sobre las clases populares madrileñas. En este sentido se hace imprescindible adentrarse en el estudio de la familia, y más que en ella, en el de la Beneficencia Municipal, institución que desde el Ayuntamiento y con amplia implicación de las elites, se encargaba del bienestar y cohesión de los hogares más humildes pero que también se desvelaba como un instrumento para su disciplinamiento y su control. Las grietas surgidas en el sistema de beneficencia ya antes de la revolución de 1868 mostraron la progresiva erosión de los vínculos de clientelismo entre elites y pueblo que pueden ser seguidos a través de las primeras experiencias democráticas del Sexenio. A partir de 1868, la aplicación del sufragio universal masculino permitió que los madrileños se bautizaran en el ejercicio del voto y que se hiciera visible por primera vez una geografía electoral de la ciudad que desvelaba distintos comportamientos políticos cuyas causas e implicaciones sociales serán analizadas en este capítulo.

La segunda etapa que se distingue en esta gran transformación de la sociedad madrileña es la que se extiende en los primeros tiempos de la Restauración, hasta el cambio de siglo. Durante este periodo la ciudad de Madrid experimentó un incremento en el ritmo de su crecimiento como ciudad gracias a la diversificación de su economía, asunto que es abordado en el capítulo 7. Si durante el despegue de la expansión urbana madrileña la construcción se había constituido como el principal motor económico de la ciudad, en estos años surgieron nuevas fuerzas de arrastre que son analizadas a través de los cambios que se producen en la participación de los habitantes del Ensanche Norte en el mercado laboral. Con la expansión de la administración pública durante los años de la Restauración, Madrid quedó reforzada en su condición de capital del Estado y vio como se multiplicaban las funciones que debía desempeñar como centro de gobierno y administración de los recursos del país. También influyó decisivamente su función cada vez más importante como capital económica dentro de una economía española que había evolucionado hacia la creación de un mercado nacional integrado con fuertes especializaciones regionales en la producción. Madrid se convirtió en la clave de bóveda de un sistema económico en el que las regiones industriales necesitaban de las provincias agrícolas y de un centro que armonizara el intercambio de bienes, productos y capitales. Ese centro fue Madrid en virtud de su posición geográfica, de su concentración de poder político y de su centralidad en la red de transportes y comunicaciones. En este capítulo se abordará la manera en qué esta transformación en los motores económicos de la capital afectaron al mercado laboral madrileño, expandiendo su sector servicios y acentuando aún más la extrema diversidad que ya lo distinguía en el pasado.

El segundo punto que caracteriza esta etapa en la transformación social madrileña es el cambio de escala que, en su condición urbana, produjo el intenso crecimiento de su población y la gran expansión de su superficie edificada. En el último cuarto de siglo la capital española dobló su número de habitantes hasta superar el medio millón en el año 1900. Al mismo tiempo, el propio desarrollo del proyecto del Ensanche y el despertar de las zonas de Extrarradio y de los suburbios que la rodeaban, provocaron que Madrid dejara de ser una ciudad que podía ser dominada y transitada a pie para necesitar cada vez más los transportes públicos. Este aumento de escala trajo consigo profundos cambios en la organización urbana y se pudo advertir en ella una cada vez más acusada tendencia a la especialización zonal y a la segregación de los distintos grupos que conformaban la sociedad madrileña en barrios de muy diferentes aspectos, condiciones y precios de alquiler. Este fenómeno de segregación se hizo especialmente visible en las zonas de Ensanche todavía en construcción y el capítulo 8 se encarga de estudiarlo a través del ejemplo de su zona norte, analizando las causas económicas y las prácticas sociales que lo produjeron, describiendo la forma en que se materializó en las calidades de los edificios y el acondicionamiento de los barrios y, finalmente, señalando sus consecuencias en el reparto de la población a lo largo y ancho de esta zona madrileña de reciente construcción.

El capítulo 9 completa el retrato de la sociedad madrileña de fines del siglo XIX indagando en las formas en que el crecimiento urbano, las transformaciones económicas y sus repercusiones en el mercado laboral influyeron en el comportamiento político y electoral de sus vecinos. El sistema político de la Restauración, en el que la manipulación y el fraude electoral fueron de uso corriente, ofrece además una ocasión para evaluar el alcance y el límite de las prácticas caciquiles en los contextos urbanos. Madrid, en su condición de gran ciudad, resultaba un espacio mucho menos dúctil al control de los procesos electorales que los distritos rurales; por otro lado, las elecciones municipales, en las que la contienda era mucho más abierta que en las elecciones legislativas, abrieron resquicios para que opciones políticas en principio no invitadas a participar en el sistema, pudieran ir conquistando posiciones de poder a partir de la aprobación de la ley del sufragio universal en 1891. Fue el caso del republicanismo, cuyo crecimiento y expansión en Madrid desde ese mismo año, junto al desarrollo posterior del socialismo, señala algunas de las fisuras en el sistema político de la Restauración. A partir de la descripción detallada del Ensanche Norte que se ha ofrecido en los capítulos previos, en el análisis de la documentación electoral se identifican tanto los perfiles sociales de los líderes de las distintas fuerzas políticas como de su electorado, profundizando así en el estudio de la geografía electoral ya trazada para los tiempos del Sexenio democrático.

El primer tercio del siglo XX, la tercera etapa que se distingue en la transformación de Madrid entre 1860 y 1931, está caracterizada por una intensificación en el ritmo del crecimiento de la ciudad y en la velocidad en los cambios sociales y económicos que lo acompañaron. Madrid se confirmó en estas tres décadas como metrópolis; en primer lugar, por el aumento de su población que en treinta años se dobló para rebasar el millón de habitantes. Es necesario, por tanto, partir de un análisis que establezca cuáles fueron los componentes de este veloz crecimiento demográfico. A ello se consagra el capítulo 10 que, además de retomar el análisis de los flujos demográficos ya iniciado para el Madrid del siglo XIX, se adentra en el estudio del proceso de transición entre dos modelos demográficos cuyo rasgo característico es el descenso tanto de la mortalidad general como de la infantil. En esta última cuestión se pone especial énfasis en los diferentes ritmos que pueden identificarse en los distintos barrios de Madrid según su perfil social. Así se establecen las diferencias en el tiempo que se

produjo en el acceso a los beneficios en la salud y en la lucha contra la muerte, con especial atención a la mortalidad infantil, en barrios populares y barrios acomodados de una ciudad cuyos habitantes parecían cada día más tajantemente separados en función de su riqueza.

En los treinta primeros años del siglo XX la capital española también experimentó una profunda renovación de su mercado laboral que alcanza especial intensidad a partir del estallido de la Guerra Mundial y del impulso económico que produjo en España una “edad de plata” para los negocios. En Madrid se refleja como en otros centros urbanos la intensa ola industrializadora que transformó la economía del conjunto del país. A través del análisis de la evolución del mercado laboral del Ensanche Norte en el primer tercio del siglo XX, en el capítulo 11 se traza la aparición de nuevas profesiones asociadas al mundo del trabajo manual y los nuevos sectores de producción en que se desarrolló una industria madrileña en claras vías de modernización. La magnitud del cambio además obliga a examinar el papel reservado a las mujeres dentro de las nuevas formas de trabajo asociadas al desarrollo industrial. Si bien el avance de la industrialización en Madrid entre 1900 y 1930 fue notable, más importante fue, sin duda, la espectacular expansión de su economía de servicios. Madrid se convirtió a la altura de 1930 en una ciudad de empleados y trabajadores de cuello blanco que en número y presencia social rivalizaban con los obreros. El capítulo 12 se centra en el estudio de este rasgo central de la economía madrileña, atendiendo a cuáles fueron los sectores que permitieron su espectacular desarrollo y describiendo las nuevas profesiones y formas de relación laboral que generó su expansión.

Un último capítulo completa el estudio de la evolución de los comportamientos políticos de los habitantes de Madrid en este periodo. Con especial referencia al ciclo de protestas que se originó durante el tiempo de cambio económico y social de la Primera Guerra Mundial y que tuvo su epicentro en la huelga revolucionaria de 1917, se describen las relaciones entre el republicanismo y el socialismo madrileños y el proceso de sustitución del primero por el segundo como principal opción del electorado de la ciudad. Para ello se pone énfasis en la evolución de la Conjunción con la que ambas formaciones políticas concurren a comicios municipales y generales entre 1909 y 1919, distinguiendo la diferente trayectoria que cada una de ellas siguió en esta alianza en su adaptación como organizaciones políticas a los cambios que se estaban operando en el contexto social que actuaban. Por último se analizan las causas sociales y políticas que hicieron posible que la reedición en 1930 de esta alianza entre las fuerzas de oposición a la monarquía, finalmente venciera el 14 de abril de 1931, marcando un punto y aparte en la historia de Madrid y del país del que era capital.

AGRADECIMIENTOS

Esta tesis doctoral se ha realizado en el seno del grupo de investigación complutense “Historia del Madrid Contemporáneo” dirigido por el profesor Luis Enrique Otero Carvajal, con número de referencia 941194 y del que soy miembro integrante junto a Gutmaro Gómez Bravo, José María López Sánchez, Rafael Simón Arce, Nicolás Montero García, Fernando Vicente Albarrán, Borja Carballo Barral y Javier San Andrés Corral. Su realización ha sido posible gracias a la concesión de una beca predoctoral del programa de Formación del Personal Investigado del programa de la Comunidad Autónoma de Madrid y de la que fui beneficiario entre octubre de 2004 y septiembre de 2008.

Son innumerables las personas a las que debo reconocimiento por su ayuda y por su apoyo en el largo tiempo que ha transcurrido desde que inicié esta investigación. En primer de lugar he de acordarme de todo el personal del Archivo de Villa de Madrid, con los que he compartido horas, días, meses y años de trabajo, de rutinas y de horarios laborales. José Luis, Juan, María Jesús, Gracia, Jerónimo, José y el resto de trabajadores siempre me han tratado con una amabilidad exquisita a pesar de mis peticiones y requerimientos constantes. Sin su colaboración y buen servicio, nada de esto habría sido posible. Las archiveras María del Carmen Cayetano y Rosario Sánchez han prestado toda su atención a mis preguntas y dudas cuando lo he necesitado, guiándome por la ingente masa documental de la institución que custodian y proporcionándome atajos en un camino que bien podría haber sido mucho más largo.

Mi otro lugar habitual de trabajo ha sido el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid donde primero fui estudiante y más tarde becario e investigador de apoyo con contrato. Como centro laboral, siempre lo he encontrado acogedor y he recibido siempre un excelente trato de quienes han sido mis jefes en este periodo: Guadalupe Gómez-Ferrer Morant y Octavio Ruiz-Manjón Cabeza. María José Sanz, en la secretaría, me ha prestado siempre la ayuda que necesitaba y ha resuelto los problemas administrativos con una eficiencia que me ha ahorrado muchos esfuerzos y mucho tiempo. Debo asimismo gratitud al conjunto de los profesores que lo componen, pues de una forma u otra contribuyeron en mi formación intelectual en mis años de licenciatura y como estudiante de doctorado. Algunos de ellos han ejercido una influencia indudablemente beneficiosa en mi actividad como investigador y han contribuido a mejorarla con sus opiniones, críticas y sugerencias. No puedo evitar subrayar el nombre de algunos que han estado muy próximos en mis avances y en la presentación de mis resultados en esta historia de Madrid. Gloria Nielfa, Jesús Martínez Martín y José Sánchez Jiménez, que integraron el tribunal de mi trabajo académico de tercer ciclo fueron los primeros en asomarse a esta investigación y me ayudaron a rectificar mis pasos. José María Borrás Llop, Juan Pablo Fusi, Julio Aróstegui, Estíbaliz Ruiz de Azúa, Ana Martínez Rus y Raquel Sánchez se han preocupado siempre por mis progresos y me han alentado a continuar por mi propio camino.

También fuera del departamento me he sentido especialmente bien tratado en los medios académicos en los que me he podido mover. A Michel Ralle le debo agradecer su calurosa acogida y todas las facilidades para que realizara mi trabajo en la Universidad Paris-IV Sorbonne en el otoño de 2005. Paul Preston y Sebastián Balfour me abrieron las puertas del Cañada Blanch Institute por Spanish Contemporary Studies en Londres un año después y Gerald Blaney me dio todos los consejos necesarios para poderme manejar por la London School of Economics. También tengo que agradecer las diferentes ayudas que desde fuera de la Universidad Complutense he recibido de

profesores que se brindaron a ayudarme desinteresadamente cuando se lo pedí, como Ángel Bahamonde, Pedro Oliver o Julio Pérez Serrano.

La relación con mis compañeros de grupo de investigación se sitúa en un terreno mixto entre la relación intelectual y la amistad surgida por tantos días de trabajo en colaboración y tantos desafíos compartidos. José María Sánchez y Rafael Simón han sido dos modelos siempre a seguir como pioneros en la dura carrera por realizar una tesis doctoral. Gutmaro Gómez Bravo ha sido mi hermano mayor académico, alentándome en los momentos de dificultad y mostrándome por dónde se abría el camino más interesante; sus sabios consejos y las intensas charlas que hemos mantenido desde que nos conocimos han sido uno de los pilares que me han sustentado más firmemente en estos años. Con Fernando Vicente y Borja Albarrán me unen muchas horas de trabajo en el archivo, cafés diarios para el descanso y animados debates en los que hemos rediseñado constantemente un trabajo que siempre lo he entendido como una batalla común. A mí me tocó en su día introducirles al Archivo de Villa y servirles de guía y espero que sepan cuánto se acabaron invirtiendo los papeles y cuánto acabé aprendiendo de ellos. Mucho de lo aquí escrito y lo que previamente he pensado está teñido de sus benéficas influencias que espero que me acompañen durante mucho tiempo más. Javier San Andrés Corral desde Guadalajara siempre me ha prestado todo su apoyo y compañerismo, además de fértiles sugerencias en mi trabajo; lo mismo que Nuria Rodríguez Martín y Nicolás Montero García que se han acercado desde sus temas de investigación hasta mis ingentes padrones para ofrecerme todo cuanto necesitara. Daniel González Palacios, en su paso por el grupo de investigación no escatimó esfuerzos para darme ánimos cuando flaqueaba en mis últimos meses de archivo y mi larga etapa de escritura. Todos ellos empezaron siendo compañeros y han acabado siendo grandes amigos.

En este largo periodo han sido mis amigos los que más privaciones han soportado y más imperdonables olvidos y renunciaciones. Muchos de ellos me han acompañado desde que inicié este trabajo y me han dado grandes consejos de esos que no pueden ser aprendidos en los círculos académicos. Con Icár compartí los cursos de doctorado y los esfuerzos de la tesina cuando todo esto empezó. En el paréntesis que ha establecido en su vocación investigadora, y a la que sé que volverá tarde o temprano, nunca ha dejado de involucrarse en mis avances. Especialmente en la redacción de la tesis, en la que le debo muchas ayudas y sugerencias. Carlos, Manuel y Rodrigo, con los que salté del instituto a la universidad y junto a los que en los años de licenciatura he seguido compartiendo facultad y experiencias, han estado ahí siempre que lo he necesitado, recordándome que tanto sacrificio merecía la pena hasta en los momentos en que resultaba más difícil creerlo. Lucía me puso sobre la pista de su familia y su apasionante pasado, sin saber que con ello me estaba dando la clave para la redacción y narración de este trabajo; confío en que ella y sus antepasados se encuentren bien retratados en las siguientes páginas. Los hermanos Centenera, Gerardo en París y Helena en Londres, me han acogido con los brazos abiertos en mis periplos europeos y me hicieron más agradable y fácil mi estancia en esas dos grandes ciudades. A Alberto, Juan, Ana, Fabio, Carlos, Claudia, Javier, Pablo, Olivia, Alex, Pablo, Sara y todos los demás amigos infalibles les debo mucho apoyo y comprensión sin los que difícilmente hubiera salido esto adelante.

Mi familia siempre ha estado ahí. Mis hermanos me han rodeado del manto protector que espera el pequeño de una gran familia. Cuando me ha faltado algo o necesitaba urgentemente resolver cualquier problema, alguno de ellos ha acudido en mi socorro. Además nunca me ha faltado su comprensión y hasta ciertas miradas de orgullo, seguramente exagerado, por venir de quienes venían, pero que me han ayudado

a seguir adelante y a sentir que merecía la pena. Mis padres han procurado que ninguno de mis proyectos se frustrara y que siempre sintiera su respaldo en cualquiera de los que iniciara. Este ha sido uno de ellos. Espero que sus sacrificios se vean compensados con los resultados.

Probablemente nadie como Elena haya sufrido tanto este largo camino que me ha llevado hasta la redacción la tesis doctoral. Aparte de las innumerables renunciaciones y sacrificios, de las ausencias que me ha tenido que tolerar y su paciencia ante mi tan frecuente falta de tiempo y disponibilidad, también tuvo que pasar por la poco gratificante experiencia de compartir un pequeño piso madrileño con un neurótico investigador. En respuesta me encontré más paciencia y empatía de la que probablemente merecía. También apoyo y horas de larga escucha a mis temores e incertidumbres. Y finalmente toda la ayuda que necesité en el esfuerzo final.

Nada de esto habría sido posible sin la labor de mi director de tesis, el profesor Luis Enrique Otero Carvajal. En el plano intelectual las deudas que he contraído con él son enormes. Él me sugirió este tema de investigación que me ha acabado apasionando y dando un sentido a mi vocación investigadora. Los logros que en el terreno científico haya podido conseguir se han construido sobre sus continuas enseñanzas en sesiones de seminario, en discusiones sobre mis textos y en charlas en comidas y paseos alrededor de la facultad. Su dedicación como profesor no ha tenido horarios ni límites y siempre he sentido su respaldo y su aliento detrás cuando era necesario. Y no en sólo en temas académicos. Cuando me faltaron me insufló también los ánimos y las esperanzas para proseguir mi marcha. Sé con certeza que sin su ayuda y sin su apoyo, no habría recorrido de esta manera el largo camino que hay detrás de este trabajo; quizá ni siquiera lo hubiese emprendido. Luis Enrique Otero Carvajal, más que un director de tesis, ha sido para mí un maestro, que no escatimado horas ni esfuerzos para que llegara a dar todo lo que podía de mí mismo. Espero que encuentre recompensado todo el tiempo, esfuerzo y energías sacrificados en este proyecto que empezó ya hace mucho tiempo y que vea reflejado en este texto al menos una pequeña parte de la gratitud y admiración que siento hacia su labor como profesor.

CAPÍTULO 1:

CHAMBERÍ, ARRABAL ANTES QUE CIUDAD

Chamberí en 1860: una pequeña comunidad a las puertas de Madrid

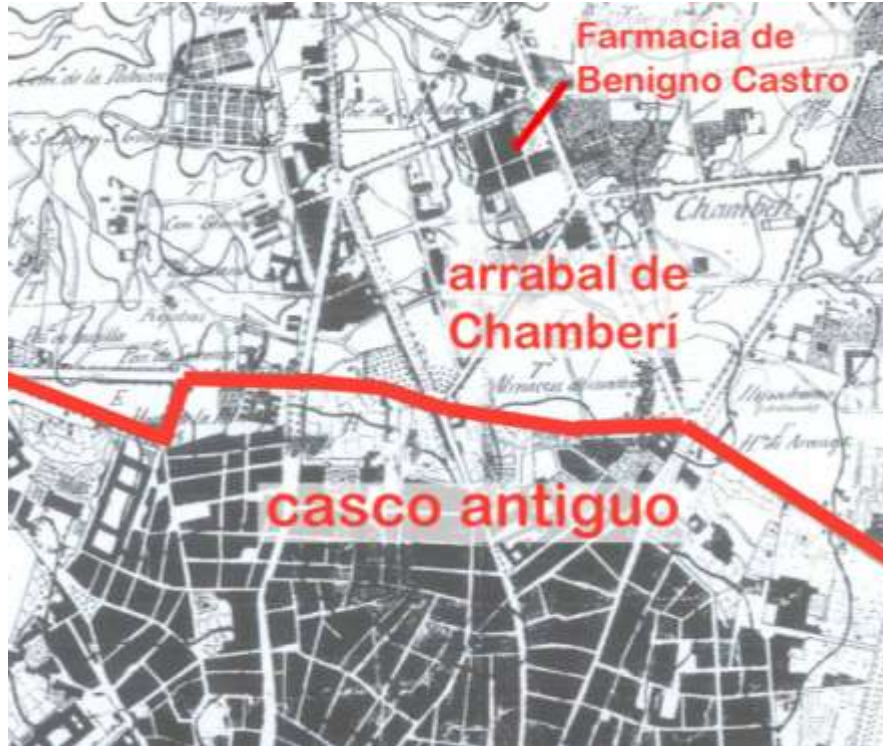
Benigno bajó a la botica. Era temprano. Casto estaba poniendo las cosas en orden antes de abrir la tienda, así que decidió salir a la calle a tomar el aire hasta que el muchacho lo tuviera todo dispuesto. Era una mañana fría de enero de 1859 y Madrid se desperezaba. Aunque casi todos los vecinos ya habían salido a trabajar, todavía podía ver a algunos recorriendo apresurados los desiertos caminos en dirección a la ciudad, a las mujeres que salían a las mil aventuras cotidianas que les imponía el cuidado de sus hogares, a los pocos niños que acudían a la escuela abierta en la manzana de enfrente... A las puertas de su establecimiento, el joven farmacéutico podía observar cada mañana cómo la capital entraba en movimiento. Hacía sólo un par de años que había decidido abrir su botica allí, en la calle Santa Feliciano, en el arrabal de Chamberí. Era un barrio tan nuevo, tan construido a medias, que al otro lado de la acera, en el solar de enfrente, no había edificios. Ni en el de más allá. El horizonte se abría ante la puerta de su tienda, que era también la de su casa, y su mirada no encontraba ningún obstáculo hasta el Paseo de Luchana, ya bajando la cuesta, donde un puñado de edificios surgía como un oasis en aquel desierto de descampados que le separaban de la cerca que rodeaba la capital. Era una posición privilegiada para observar el espectáculo. Desde aquellos terrenos un poco elevados, se dominaba toda la ciudad y los caminos que entraban en ella desde el norte. A su izquierda, el Paseo de Santa Engracia, que iba a dar la puerta de Santa Bárbara; a su derecha la Carretera Mala de Francia que terminaba en el fielato instalado en la puerta de Bilbao, donde estuvo en su día el cuartel de Monteleón. Entre ambos caminos había algunas concentraciones de casas pobres como las de *Las Charcas de Mena*, formando una hilera a lo largo de la calle del Cardenal Cisneros, o las tres o cuatro que se adosaban a la Real Fábrica de Tapices, allá junto a la puerta de Santa Bárbara. Pero lo que había sobre todo eran descampados, sin aplanar ni desmontar, surcados por paseos y caminos sin pavimentar y en los que corrían los conejos entre los escombros y demás desperdicios que expulsaba la ciudad hacia sus afueras. Ya a lo lejos, las tapias de Madrid y las siluetas de las Salesas Reales, del Hospicio de Fuencarral y del Cuartel del Conde Duque: detrás se escondía el bullicio de los mercados de abastos, de los cientos de coches de punto y carretas que recorrían las calles, de las miles de tiendas de ultramarinos y las decenas de lujosas boutiques de curtidores, plateros y demás artesanos, de los soldados de los cuarteles y los estudiantes de la universidad, en fin, del rugir de una activa y populosa ciudad. Pero Benigno había decidido abandonar aquel alboroto del interior de la ciudad y cambiarlo por la vida un poco más sosegada del arrabal de Chamberí¹.

Al ver a Casto, el joven asturiano de 26 años que trabajaba para él en la farmacia, podía acordarse de cuando él llegó a Madrid, hacía ya once años. Fue en 1848 y el tenía la misma edad, cuando cambió su Salamanca natal por la ciudad del Manzanares. Al principio vivió en los barrios del centro, donde pasó de botica en botica trabajando como dependiente a las órdenes de otros licenciados. En las estrechas y bulliciosas calles de la Corte había conocido a su esposa, Ramona, una madrileña castiza que había sido bautizada en la parroquia de San Luis, en la calle de Tetuán. La

¹ La reconstrucción de la historia de vida de Benigno Castro a partir de los datos contenidos en, AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, caso nº 699.

joven pareja comenzó su vida en común cerca de la Puerta Sol, junto a la vieja iglesia de Santa Cruz, en la que en 1852 pusieron el nombre de Carolina a su primera hija. Parecía que Benigno se había integrado plenamente en la vida de Madrid, que se había hecho un hueco en sus atestadas calles y que pasaría el resto de su vida gravitando alrededor del corazón de la ciudad, donde había dado sus primeros pasos en la vida capitalina.

Plano 1.1: Estado de la urbanización de las afueras norte de Madrid en 1858.



Sin embargo, pronto decidió abandonar el centro, cruzar las puertas al norte de la ciudad e instalarse al otro lado de la cerca, en el nascente barrio de Chamberí. Quizá era la solución más lógica para un joven farmacéutico como él, inmigrante y extraño a los vecinos de la ciudad. El gran negocio para el dueño de una botica estaba en otro lado, en la calle Atocha donde la farmacia de *El Globo* y otras muchas más surtían al gran hospital general de Madrid; o en los barrios cercanos a Palacio, donde se acumulaba la clientela más pudiente de la Corte. Pero, para alguien como él, las posibilidades de acabar regentando una botica en esa zona de la ciudad eran más bien escasas. Su apuesta era otra, más modesta pero bastante segura: su botica era la única que existía en las afueras al norte de la capital y aunque estuviera en un barrio en que los edificios de viviendas alternaban con los solares sin construir, contaba con una población de cinco mil personas que no tenían ningún otro establecimiento más a mano en el caso de que necesitaran un jarabe, un emplaste o una sanguijuela. Además, vivir en el arrabal tenía otras ventajas. Por un precio razonable, se podía permitir el lujo de alquilar una casa toda entera para él, con el establecimiento para la botica en el bajo y la vivienda en el principal. Y sólo le costaba 180 reales al mes, mientras que, en cualquier barrio del casco antiguo, esa cantidad apenas le habría bastado para arrendar un pequeño y estrecho local. Eso sin hablar de las incomodidades de vivir en el centro de Madrid, cada día más atestado de gente; la escasez de viviendas en el interior de las cercas era ya muy aguda y gran parte de los edificios rebosaban de familias pobres en las buhardillas

y en los pisos interiores. El jaleo en los patios de las casas podía ser insoportable, en las calles se acumulaban las basuras que el Ayuntamiento ya no daba abasto a recoger y, por días, el hedor resultaba insoportable. Era un ambiente malsano. Bastaba recordar lo que había sucedido unos cuantos años atrás. En 1855 se expandió la epidemia de cólera que él había tenido que ver tan de cerca. No le había extrañado ni lo más mínimo. Tenía que pasar, algún día tenía que pasar, habían comentado él y sus colegas médicos y farmacéuticos por aquel entonces. Tanta gente hacinada en calles tan estrechas, tanta corrupción del aire y de las costumbres, no podían traer otra cosa².

Allí, en las afueras de la ciudad, la familia de Benigno parecía estar a salvo de todo eso. Quizá pudiera echar de menos tener las cosas tan a mano como en el centro de Madrid; todas esas tiendas con todos los productos que uno deseara, los cafés y los teatros a la vuelta de la esquina, pero no sentía ninguna nostalgia por los malos olores y las aglomeraciones de gente. En Chamberí no había boutiques, pero el aire circulaba y ventilaba las casas y él prefería que su hija creciera en las incomodidades de la periferia y no en el malsano ambiente del casco antiguo. Bien es cierto que, cuando era estudiante y había soñado cómo sería su vida futura, pudo quizá esperar otra cosa: acabar siendo un acomodado farmacéutico, habitando en una calle respetable y céntrica de su Salamanca natal y codeándose con otras gentes de su condición, y no en aquel barrio pobre y olvidado a espaldas de Madrid. Benigno, que había conocido la vida en el centro de la capital, en la ciudad más grande y bulliciosa de toda España, no podía evitar el sentimiento de que aquello era como vivir en un pueblo. Todo el mundo le conocía porque, tarde o temprano, todos los habitantes de aquellas calles a medio poblar pasaban por su establecimiento. La gente le miraba con una mezcla de respeto y de temor, porque sabían que él tenía en sus manos el poder para curarlos o no. Eran en su mayoría jornaleros, trabajadores de la construcción, lavanderas, amas de casa de familias pobres, muchos de ellos inmigrantes llegados en las oleadas de gente que cada día se dirigían con más intensidad hacia Madrid. Eran muy diferentes a él; pobres, venidos de todos los rincones de España y que se seguían comportando como si vivieran en un pueblo, conscientes de la enorme distancia que existía entre ellos, entre los simples trabajadores y el boticario.

Luego estaba el puñado de gentes un poco más acomodadas que le saludaban gustosos cuando se lo cruzaban por Chamberí; aquellos madrileños con buenos caudales que por una razón u otra habían cometido la extravagancia de abandonar los alrededores de la Puerta del Sol para ir a instalarse en una casita en medio de aquellos eriales. Algunos lo habían hecho por razones profesionales, muy similares a las suyas. Como don Ángel Barra, el cura párroco que servía en la iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel, como Antonio García Solís, el médico del Ayuntamiento que vivía justo en la casa de al lado de su botica³. Pero otros lo habían hecho por gusto, por darse la satisfacción de tener una casa grande aunque fuese en la periferia: mucho empleadillo del Estado de los de cuatro mil reales de sueldo, oficiales medianos del ejército retirados y algún que otro

² La epidemia de cólera de 1855 produjo en Madrid 3.986 víctimas. Vid. FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Barcelona, Vicens Vives, 1985 y URQUIJO, José Ramón: "Condiciones de vida y cólera: la epidemia de 1854-56 en Madrid", en *Estudios de Historia Social*, nº 15 (1980), pp. 63-142. Algunos datos del desarrollo de la industria farmacéutica en los alrededores de la calle y la puerta de Atocha en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "Antón Martín", en VV.AA.: *Madrid*, Madrid, Espasa Calpe, 1980, pp. 421-440.

³ Ángel Barra Pardos, nacido en la provincia de Zaragoza en 1809 y llegado a Madrid en 1857, habitaba en el principal del número 9 de la calle Sagunto, por el que pagaba 100 reales al mes (AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860 caso nº 160). Antonio García y Solís, profesor en medicina y cirugía y nacido en Madrid capital, residía en el bajo de la calle Santa Feliciano 15, por el que pagaba 120 reales al mes (AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860 caso nº 702).

que vivía de la renta modesta que le daba unas tierras en el pueblo. Aunque también los había con más posibles. Sin ir muy lejos, ahí enfrente, en las casas al borde del Paseo de Luchana, vivía Lázaro Bardón, un catedrático de griego en la Universidad Central que no habría tenido ningún problema para alquilar un buen principal en la calle Fuencarral o en la calle Ancha de San Bernardo, junto a su facultad⁴. En un sitio mucho más apartado se había instalado la familia de Bernardo García, en el paseo del Obelisco, en una casa con jardín completamente aislada y rodeada de tejares y huertas, ya casi donde terminaba el Paseo de la Fuente Castellana⁵. Y no había que olvidar a don Andrés Arango y Núñez del Castillo, que era el dueño de casi todas estas tierras en las que se había construido el arrabal de Chamberí. Uno de los mayores contribuyentes de la capital, que había hecho fortuna en La Habana y que había sido, ni más ni menos, que procurador en Cortes y que últimamente sonaba para senador. El había construido, junto a su amigo Francisco Drake del Castillo, que también era propietario de gran parte de las parcelas de aquella zona, casi todos los edificios de viviendas que estaban alrededor de la botica. Les habían puesto aquellos nombres exóticos a las calles, recordando el lugar donde habían hecho sus fortunas: Paseo de La Habana, Alburquerque, Buenos Aires... y, aunque don Andrés vivía apartado de la barriada, se podía ver frecuentemente pasar su coche cuando se acercaba a visitar el convento de las Siervas de María, al cura párroco o alguna de las obras que se estaban construyendo en sus solares. Luego se retiraba y enfilaba hacia la más cara de sus posesiones, a *La Chilena*, una quinta de recreo, con su huerta, sus jardines y una lujosa casa, a unos centenares de metros de Chamberí, en las puertas del aristocrático Paseo de la Fuente Castellana⁶.

Si es que aquello era como un pueblo, con sus huertas, con sus cien familias pobres, su cura y su boticario; incluso tenían su propio terrateniente que hacía las veces de gran benefactor y de cacique. Qué diferente era atender aquella botica en las afueras a despachar en el centro de Madrid, como cuando él era joven. Todos los días tenía Benigno la ocasión de confrontarse con aquella clientela, con aquellas gentes de Chamberí, que eran a la vez un poco vecinos de la gran capital, un poco habitantes de pueblo. Aquella mañana no fue una excepción y pudo pensar de nuevo en lo particular de aquella mezcla de campo y ciudad que caracterizaba sus clientes. Le llamó el muchacho a la botica. “Señor Benigno, que viene una señora con una receta de las de la junta de la parroquia”. Al verla creyó reconocer a la mujer. Aunque no tenía la certeza, le creyó recordar que la había atendido hacía unos días con otra receta de la

⁴ Lázaro Bardón y Gómez era eclesiástico y catedrático de griego en la Universidad Central. Nacido en Inicio, provincia de León en 1818 y llegado a Madrid en 1848 procedente de Salamanca, dónde había sido catedrático. Residía en el Paseo de Luchana nº 5, principal derecha, junto a sus dos criadas. Pagaba 200 reales mensuales de alquiler, (AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860 caso nº 131). Algunos datos biográficos en BARDÓN Y GÓMEZ, Lázaro: *Testamento civil del Doctor Lázaro Bardón y Gómez, catedrático de griego de la central dirigido al público de buen sentido*. Madrid, Imprenta y Librería de E. Aguado, 1860.

⁵ Bernardo García, natural de Cartagena, Murcia, habitaba en el 7 del Paseo del Obelisco, que era una vivienda unifamiliar. Junto a él se empadronaba su esposa Josefa Gubert, nacida en París en 1825, junto a otros tres familiares y una sirviente. El alquiler era de 300 reales al mes (AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860 caso nº 420).

⁶ La figura de Andrés Arango en HIGUERUELA DEL PINO, Leandro: “Don Andrés de Arango y su hacienda de Velada”, *Cuaderna: revistas de estudios humanísticos de Talavera y su antigua tierra*, nº 12-13 (2005), 105. Sobre su actuación inmobiliaria, BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid 1856-1866*. Madrid, UCM, pp. 288 y ss. CANOSA ZAMORA, Elia, OLLERO CARRASCO, Jesús, PENEDO COBO, Javier y RODRÍGUEZ CHUMILLAS, Isabel: *Historia de Chamberí*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1988. La figura de Carlos Drake del Castillo y sus actividades inversoras en BAHAMONDE, Ángel y CAYUELA, José: *Hacer las Américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XIX*. Madrid, Alianza, 1992, especialmente pp. 183 a 199.

Beneficencia municipal. Era una de tantas mujeres pobres que habitaban en el barrio; todas se parecían y era difícil distinguirlas. Lo mismo podía tener cuarenta que sesenta años; pocas arrugas pero la mirada cansada y las manos curtidas por el trabajo. Miró la receta que le tendía. No era para ella, sino para una niña de cuatro años, probablemente su hija, que tenía un “*catarro pulmonar hondo*”. En el diagnóstico se reconocía claramente la caligrafía de su vecino, el médico Antonio García y Solís, con cuya forma de trazar las letras se había familiarizado Benigno a fuerza de recibir recetas de gentes como aquellas. No obstante le preguntó el nombre: “Antonia Ayala, señor, es para mi hija, la Polonia”; dónde vivía: “la calle Balmes”; quién le había atendido “el médico don Antonio y el señor don Agustín”... en las escasas frases que dijo la mujer, Benigno pudo percibir ese acento particular que con el tiempo se había acostumbrado a oír. Era un castellano que sonaba a Levante. Y es que vete a saber por qué, a aquel rincón de Madrid habían ido a parar unos cuantos alicantinos, que habían traído con ellos su lengua, su forma de vestir, su forma de hablar. Familias pobres que, a fuerza de buscar trabajo, habían acabado recalando en Madrid y se habían unido a las de gallegos, asturianos y tarraconenses que abundaban en aquel arrabal, creando ese guirigay de lengua que se hablaba en Chamberí⁷.

Preparó el medicamento, le dio unos consejos de cómo aplicar el emplaste a la niña y le dijo que llamara al médico si no mejoraba. Volvió a mirar la receta cuando la vio salir por la puerta. Pobre mujer. Mal asunto aquel catarro pulmonar; normal que una niña de cuatro años enfermara en esas condiciones. Conocía bien la casa en la que vivía Antonia Ayala y su hija, el número dos de la calle Balmes. Era uno de esos edificios cochambrosos que estaban en las calles estrechas y mal trazadas detrás de la Iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel. Era de los inmuebles más viejos del barrio, los habían construido hacía más de treinta años y se caían a pedazos. Allí iban a parar sólo los más pobres, que se amontonaban en cuartuchos que no valían más que para dormir y comer. Muchos de sus habitantes eran jornaleros, lavanderas y albañiles, pero también gentes de mal vivir. Tenían mala fama aquellas calles; don Ángel, el cura, no se cansaba de enumerar los vicios y el mal ambiente en aquel rincón del arrabal⁸. Ahí sólo se iba a vivir por necesidad, por obligación y por no poder hacerlo en otro sitio. Mal asunto aquel catarro.

Antonia salió apresurada de la botica y se encaminó hacia su hogar. Eran poco más de cinco minutos de paseo pero no podía entretenerse más. Desde que Polonia había caído enferma, justo antes de Navidad, apenas había tenido un respiro. Al cuidado de sus nueve hijos y de su marido, ahora se le añadía la enfermedad de la niña, que sólo tenía cuatro años. Era quizá uno de los momentos más difíciles por los que había pasado en sus cuarenta y un años de vida. El dinero que José, su esposo y los hijos mayores

⁷ A Polonia Diorico, hija de Antonia Ayala, le fue diagnosticado un “catarro pulmonar hondo” por el médico titular de la Beneficencia Antonio García y Solís el 24 de Diciembre de 1858; a comienzos del mes de Enero fueron recogidos medicamentos a su nombre en la botica de Benigno Castro. La visita de Antonia Ayala a la botica de Benigno Castro, la enfermedad de su hija Polonia y los detalles de la asistencia en las recetas de Enero de 1859 de la Junta Parroquial de Beneficencia, conservadas en AVM, Secretaría, 1-195-21. El funcionamiento de la Beneficencia municipal en Chamberí será abordado más adelante, PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “La ciudad frente a la pobreza: la acción social del municipio madrileño a través de las juntas parroquiales en 1860” en CARANTOÑA ÁLVAREZ, Francisco y AGUADO CABEZAS, Elena (eds.): *Ideas reformistas y reformadores en la España del siglo XIX. Los Sierra Pambley y su tiempo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pp. 509-521.

⁸ Las denuncias de Ángel Barra de los comportamientos “inconvenientes” en el barrio de Chamberí en *Comunicación pasada al Sr gobernador Civil acerca del amancebamiento y pidiendo interponga a su autoridad para aminorar este mal. Contestación del Sr Gobernador. (Marzo de 1862)*, conservada en AVM, Secretaría, 1-195-21.

podían traer a casa era escaso, especialmente en aquellas fechas en que las obras y las construcciones se paraban por el mal tiempo invernal. Ya había que hacer bastantes malabarismos normalmente para dar de comer a once personas, como para encima tener que redoblar los esfuerzos con el cuidado de un enfermo. Pero Antonia no se preocupaba demasiado; parecía que Dios no podía apretar ya mucho más y, como otras tantas veces, ella confiaba que tampoco en esta ocasión se ahogaría. José y ella ya habían salido de un montón de situaciones difíciles desde el día en que habían decidido abandonar Novelda, hacía casi veinte años. Era 1840, ella tenía veintidós años y José veintitrés y ya tenían dos hijos, con sus mismos nombres, el niño con cinco años y la niña con unos meses. La imposibilidad de mantenerse a flote en Alicante les condujo hasta Madrid, donde podía haber trabajo para todos. Primero se instalaron en Fuencarral, pueblecito a escasos kilómetros de la capital, donde la familia siguió creciendo: en 1842 nació Domingo, en 1845 Dolores. Al rayar los años 50 decidieron dar otro paso en su aproximación hacia la capital y se trasladaron a un pueblo cuyas tierras ya lindaban con las de la gran capital, Chamartín de la Rosa. La familia siguió creciendo y allí nacieron Francisca en 1851, Gertrudis en 1853, Polonia en 1854 y Agustín en 1856⁹.

Parecía como si una fuerza gravitatoria les atrajera hacia la capital, haciéndoles abandonar progresivamente en cada mudanza el mundo rural para ir dejándose atrapar por la vida urbana. Poco antes de 1860 cayeron al fin en tierras de la ciudad de Madrid, allá pegados a las cercas, en el arrabal de Chamberí. En esas cuatro calles a espaldas de la gran Iglesia recién construida bajo la advocación a Santa Teresa y Santa Isabel. Era el punto justo donde les situaban a Antonia y su familia las distintas fuerzas que dirigían sus vidas. En la calle Balmes estaban lo suficientemente cerca de Madrid como para que su marido José, los hijos e hijas mayores e incluso ella misma, cuando las labores del hogar se lo permitían, fueran a la ciudad en busca de trabajo. Madrid necesitaba brazos en las obras de construcción, en el empedrado de las calles, en los talleres de costura, en los almacenes de las estaciones de ferrocarril y ellos, Antonia Ayala y José Diorico necesitaban un jornal cada día para poder sobrevivir. Al mismo tiempo, la calle Balmes estaba suficientemente apartada del centro de la capital, más allá de la tajante frontera que establecía la valla fiscal y las puertas de Bilbao y de Santa Bárbara, como para que la vida no fuese demasiado cara. Pagaban 45 reales por una vivienda en la que se amontonaba esa familia numerosa de once personas; cualquier habitación en algún barrio dentro de la ciudad habría sido mucho más pequeña y cara.

La casa era vieja sí, y el paisaje un tanto desolador. Vivían rodeados de tejares, de huertas, las calles no estaban empedradas y la fuente para aprovisionarse de agua estaba lejos; la callejuela de Balmes, marginada dentro de un barrio ya marginal como era Chamberí, no tenía iluminación alguna y el ambiente por momentos provocaba temor. Por ser viviendas baratas, por el mal estado de los edificios, aquel rincón también era refugio de gentes de dudoso comportamiento: mendigos, traperos de comercio sospechoso, solteras de vida familiar poco formal, artesanos que no trabajaban y jornaleros que nadie sabía de qué vivían. Pero a Antonia y José poco les preocupaba; ni tenían los prejuicios de un boticario ni los de un cura. Sabían que la pobreza empujaba a una vida por caminos raros, a medias entre la austeridad y la mendicidad. Además la mayoría de sus vecinos eran como ellos; familias modestas, trabajadoras, improvisando cada día la forma de sobrevivir: un día por un jornal en las obras públicas de la capital, otro por lo que obtenía la mujer como asistenta en una casa, la niña podía ir a ayudar a las lavanderas en el lavadero cercano, el niño a hacer unos recados al comerciante de la

⁹ La reconstrucción de la historia de vida de Antonia Ayala a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860 caso caso nº 565.

esquina, la otra hija iba a vender en una esquina del mercado unas frutas y verduras que un paisano les había hecho llegar de tapadillo. La vida irregular era la regla para ellos.

Las vidas de Benigno Castro, el boticario, y de Antonia Ayala, madre de una extensa familia y esposa de jornalero, habían transcurrido por sendas bien distintas hasta el momento. Procedían de medios sociales muy diferentes y aspiraban a objetivos personales que se parecían poco. Benigno podía tener la ambición de prosperar y enriquecerse, de alcanzar un cierto bienestar social para su familia gracias a su titulación como farmacéutico. A Antonia probablemente le bastaba con sobrevivir, con que su vida transcurriera sin más sobresaltos y que al fin hubiera conseguido dar con un lugar donde establecerse y que no tuvieran que abandonar con los años, un lugar en el que terminara su vagabundeo iniciado hacía veinte años en Alicante y en el que sentirse como en un hogar. Dos trayectorias completamente distintas pero que habían confluido en un mismo sitio, el arrabal de Chamberí, aquel barrio a medio hacer que se extendía por las afueras norte de la capital. Aquella mañana de enero de 1859, Antonia y Benigno no podían saber que aquel encuentro no sería una excepción en sus vidas, una mera casualidad que ponía en contacto a una mujer de los escalones más bajos de la sociedad madrileña con un próspero profesional y rodeado de un halo de respeto y dignidad dentro de su comunidad. Durante las décadas siguientes siguieron recorriendo sus particulares caminos vitales, de destinos tan diferentes, pero lo hicieron a escasos metros de distancia: tan sólo tres manzanas de viviendas separaron la vida de Antonia Ayala y de Benigno Castro. Se tuvieron que cruzar en las calles, coincidirían en la Iglesia o frente a la escuela municipal, Antonia debió verse en la necesidad de acudir más de una vez a la botica para recoger medicamentos y Benigno en la obligación de despachárselos. La relación no pasó de ahí, de un mero encuentro reiterado a lo largo de los años entre dos personas que pertenecían a esferas sociales muy alejadas. Pero lo que era lejano en lo social no tenía porque serlo en lo físico y espacial. La historia de Chamberí en sus primeros años como arrabal madrileño se nutrió de miles de estos encuentros, de la convivencia entre personas de muy diversos orígenes sociales y condiciones y formas de vida muy diferentes. Para entender cómo podían compartir un mismo barrio el catedrático de griego en la universidad y el albañil, el farmacéutico y la jornalera, el riguroso cura y el trapero de dudoso comportamiento, el gran propietario que había hecho fortuna en Cuba y el mendigo sin más riquezas que las manos con las que pedía, se hace necesario adentrarse en las calles y los edificios de Chamberí en 1860, y remontarse a cómo fueron contruidos y por qué. También hay que echar un vistazo al conjunto de la capital para entender qué representaba este nuevo barrio en el conjunto de Madrid y que se hagan visibles las claves de su surgimiento. Es el momento de dar este primer paseo.

La resistencia del *Viejo Madrid*

A pesar de la importancia que fueron cobrando los arrabales surgidos al norte de la capital durante la primera mitad del siglo XIX, realmente hasta la aprobación del proyecto de Ensanche en 1860 los madrileños no dirigieron su vista hacia aquellas nuevas barriadas. Antes de esa fecha es inútil buscar referencias e informaciones sobre Chamberí en las descripciones de Madrid, en los relatos de los viajeros o en las guías para forasteros de la época. El que paseaba por la ciudad no solía detenerse en esos parajes extramuros, adosados a la capital como si fueran un quiste, que no había sido deseado ni proyectado por los madrileños. A lo sumo el nombre del arrabal surgía de

vez en cuando en la literatura y en los periódicos como escenario de la mala vida y lugar de crimen, tal y como lo retratará Ventura de la Vega en *El Crimen de Chamberí*¹⁰. Sólo Mesonero Romanos, a quien se debe la imagen más difundida y estereotipada que nos ha llegado de la capital española de la época, le dedicó unas pocas líneas en su *Manual de Madrid de 1854*:

“ *El principal [arrabal] (y que ya es considerado como un distrito de la villa) es el apellidado Chamberí, situado al Norte de ella, el cual desde los modestos límites de unos pobres tejares y de una casa de campo construida á fines del siglo pasado por el marqués de Santiago, y poseída y mejorada considerablemente en los primeros de este siglo por el hacendado D. Saturio Angel de Velasco (que es la que está en la plaza de aquel barrio, y conocida por la de las Columnas), ha llegado a transformarse rápidamente en una población de ochocientos vecinos con cuatrocientas o más casas, algunas de ellas muy lindas é importantes, muchas calles rotuladas y alumbradas de noche, 15 ó 20 fábricas de diferentes objetos, establecimiento de baños hidro-terápicos, fondas y casas de recreo, escuelas, boticas, tiendas, almacenes, talleres, jardines y paseos, y con una iglesia casi terminada, aunque desgraciadamente ruinosa. Según el plano aprobado, esta población avanzando en dirección de las puertas de Bilbao y Santa Bárbara, llegara muy pronto á incorporarse con el resto de la villa.*”¹¹

Mesonero Romanos ofrece una descripción impresionista que resolvía a grandes trazos la caracterización del que era ya el principal núcleo de población a las puertas de Madrid y el barrio que, sin duda, había crecido más vigorosamente en las últimas décadas. Sus gentes, sus edificios y su ruinosa iglesia llamaban poco la atención de los contemporáneos, que preferían zambullirse en la glosa de las maravillas del Palacio Real o de la Torre de los Lujanes, los rincones de ese *Antiguo Madrid* que *El Curioso Parlante* disecaba en sus páginas de tipos y costumbres. El crecimiento urbano más allá de los límites de la urbe no pasaba del todo desapercibido, porque Mesonero y sus contemporáneos subrayaban el carácter industrioso y pujante de los nuevos barrios. No parecía que, a su juicio, mereciera la pena detenerse en aquellos lugares, ni con el carruaje ni con la pluma: eran una zona de paso, un paisaje por el que circular antes de llegar a dónde realmente se encontraba la verdadera vida madrileña, en el recinto que delimitaban las cercas y puertas que cerraban la capital desde principios de siglo XVII. Esta actitud, entre la miopía y el desdén ante lo que ocurría en los arrabales a las puertas de la ciudad, fue dominante entre los que pensaron y organizaron la vida madrileña hasta 1850. Era un grave caso de miopía porque ediles, cronistas y literatos no fueron capaces de percibir que Madrid estaba entrando, poco a poco, en la senda de modernidad por la que otras capitales europeas como Londres o París transitaban desde hacía algunos lustros. Madrid pugnaba por crecer, con una vitalidad que hasta entonces nunca había experimentado; quizá a un ritmo más lento que el de sus hermanas mayores inglesa y francesa, pero con igual determinación de romper con el pasado. El desdén se traducía en el empeño de gobernantes y urbanistas en buscar siempre dentro de sus muros las soluciones a los graves problemas que se le presentaban a la ciudad. O no se creía necesario abandonar el viejo recinto de la capital, o no se quería tomar tan drástica

¹⁰ VEGA, Ventura de la: *El crimen de Chamberí: homicidio frustrado, cómico-lírico-bailable en un acto, cinco cuadros y un intermedio*, Madrid, R. Velasco, 1906.

¹¹ MESONERO ROMANOS, Ramón de: *Nuevo Manual histórico-topográfico-artístico y descripción de Madrid*, Madrid, Carlos Bailly-Bailliere, 1854.

decisión. El caso era que, a pesar de que desde finales del siglo XVIII ya había quien había propuesto tan rompedora medida, la ciudad siguió escondida tras las cercas que la encerraban desde tiempos de Felipe IV.

El signo más elocuente de que Madrid estaba entrando en una nueva fase de su historia lo ofrecía el crecimiento de su población, que a partir del siglo XIX llegó a cotas nunca antes alcanzadas. La ciudad ya había conocido ciclos expansivos demográficos en el pasado, que le habían llevado desde su condición de burgo mediano medieval a la de primera aglomeración del país, con una población que había oscilado desde la recuperación de la capitalidad en 1621 entre los 150.000 y los 200.000 habitantes¹². Pero generalmente, a las fases de crecimiento, algunas de ellas espectaculares como cuando Felipe IV hizo regresar la Corte desde Valladolid¹³, le habían sucedido graves crisis demográficas que habían supuesto severas sangrías de habitantes. Ya fuera por las guerras, ya por las epidemias, ya por una crisis generalizada de la economía como la que asedió el país a finales del siglo XVII, Madrid había sufrido cíclicas caídas en su volumen de población.

Como cualquier otra ciudad del Antiguo Régimen, Madrid se mostraba incapaz de reproducirse y crecer por sí misma. Si la capital existía era gracias a la inmigración, que de manera regular inyectaba transfusiones de habitantes a una ciudad en la que moría más gente de la que nacía. El régimen demográfico madrileño¹⁴, no obstante, tenía rasgos específicos que lo distinguían del comportamiento del resto de los centros urbanos de su entorno. Su condición de sede permanente de la Corte le confería un poder de succión de las corrientes migratorias mucho más intenso y con un radio de influencia mucho más amplio que el de cualquier otra ciudad. A Madrid llegaban ya en el Antiguo Régimen gentes de todos los rincones del país y de la condición social más variada. Miembros de las principales familias nobiliarias españolas acudían buscando la proximidad de la monarquía y, tras ellos, llegaba una legión de sirvientes, unos con empleo, otros con la esperanza de colocarse en una buena casa. Siguiendo sus carreras profesionales hacían también su entrada en Madrid funcionarios civiles y militares; lo mismo que aprendices, oficiales y maestros de todos las artes y todos los oficios, atraídos por el dinamismo económico y comercial de la ciudad en la que residían buena parte de las grandes fortunas del país y la mayor concentración de consumidores de toda España¹⁵. Finalmente, Madrid era también lugar de destino de trabajadores sin cualificación, gentes de condición humilde, vagabundos y mendigos que recalaban en sus calles en su errar buscando de una oportunidad de supervivencia. El bullicio de la gran ciudad les ofrecía por sí solo una promesa de encontrar un modo de vida, como sirviente, como trabajador en una tienda, carrero o cualquier trabajo que se pudiera imaginar; a ello habría que añadir la malla de seguridad que proporcionaba el gran

¹² CARBAJO ISLA, María Fernanda: *La población de la villa de Madrid. Desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*. Madrid, siglo XXI, 1987.

¹³ RINGROSE, David: "La ciudad como Corte: planificación absolutista y crecimiento espontáneo" en JULIÁ DÍAZ, Santos, RINGROSE, David y SEGURA, Cristina: *Madrid, historia de una capital*. Madrid, Alianza Editorial 1994, pp. 155-177.

¹⁴ CARBAJO ISLA, María Fernanda: "La inmigración a Madrid (1600-1850)", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 32, (1985), pp. 67-100.

¹⁵ NIETO SÁNCHEZ, José Antonio: *Artesanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid, 1450-1850*, Madrid, Fundamentos, 2006; NIETO SÁNCHEZ, José A.: "Nebulosas industriales" y capital mercantil urbano: Castilla la Nueva y Madrid, 1750-1850", *Sociología del trabajo*, nº 39, (2000), pp. 85-110. RINGROSE, David R.: "Madrid et l'Espagne au XVIII siècle: l'économie d'une capitale", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 11, (1975), pp. 593-606. RINGROSE, David: *Madrid y la economía española, 1560-1850: Ciudad, Corte y país en el Antiguo Régimen*. Madrid, Alianza, 1985.

número de congregaciones religiosas instaladas en las calles madrileñas y que ofrecían asistencia y sopa boba al desvalido y al pobre¹⁶.

El crecimiento de la población que estas corrientes migratorias alimentaban nunca había supuesto graves problemas de espacio para la capital; Felipe IV, al establecer los límites de la ciudad en 1625 había sido lo suficientemente generoso como para garantizar que la vida de los madrileños pudiera desarrollarse en aquel recinto por mucho tiempo. Los límites de la capital se establecieron en el portillo del Conde-Duque y en la puerta de Santa Bárbara al norte, en la de Alcalá al este y en el portillo de Embajadores y en la puerta de Toledo al sur; dentro quedaron suficientes terrenos sin urbanizar como para que no sólo se construyeran nuevas viviendas a medida que la población aumentaba, sino también para que subsistieran grandes cuarteles y monasterios con sus huertas y jardines. No fue hasta tiempos de Carlos IV, a finales del siglo XVIII, cuando se empezaron a oír las primeras voces que advertían del progresivo hacinamiento de la población madrileña en el interior de las cercas. Hasta Jovellanos propuso un pionero *ensanche* de la ciudad en 1787 que permitiera construir nuevas viviendas para abaratar el alquiler y desahogar el casco antiguo¹⁷. La idea fue desestimada por la imposibilidad de conseguir los terrenos necesarios y por la escasa preocupación que el amontonamiento de las clases populares producía en mentes menos ilustradas que la de Jovellanos. Al fin y al cabo, Madrid llevaba casi dos siglos circunscrita a aquella cerca y, hasta cierto punto, era comprensible que se la considerara como su límite natural, una frontera que no parecía probable ni tampoco necesario cruzar.

A comienzos del siglo XIX el número de habitantes de la ciudad se situaba alrededor de los 200.000; Madrid volvía alcanzar su techo demográfico y al poco tiempo se abatió sobre ella una nueva catástrofe, la última gran crisis que haría retroceder el crecimiento de la población de la capital. La Guerra contra el francés y, sobre todo, la gran hambruna y la ola de miseria que la acompañaron, fueron recordadas por los que la vivieron como un periodo trágico y negro¹⁸. En 1812, los tiernos ojos de Mesonero Romanos, entonces un niño, quedaron impresionados: “*en el corto trayecto de unos trescientos pasos que mediaban entre mi casa y la escuela de primeras letras, conté un día hasta siete personas entre cadáveres y moribundos, y me volví llorando a mi casa a arrojarle en los brazos de mi angustiada madre, que no me permitió en algunos meses volver a la escuela*”. De nuevo la vida se paralizaba, los niños dejaban de ir a las escuelas y los adultos se recluían en sus casas, temerosos de que la muerte les alcanzara a ellos. Un aire de Apocalipsis recorría las calles como en tiempos de la peste. Aquel año fatal perdieron la vida en Madrid más de 20.000 personas, una décima parte del total de su población¹⁹.

¹⁶ SOUBEYROUX, Jacques: “El encuentro del pobre y la sociedad: asistencia y represión en el Madrid del siglo XVIII”, *Estudios de historia social*, nº 20-21 (1982), pp. 7-22. SOUBEYROUX, Jacques: “Pauperismo y relaciones sociales en el Madrid del siglo XVIII (I)”, *Estudios de historia social*, nº 12-13, (1980).

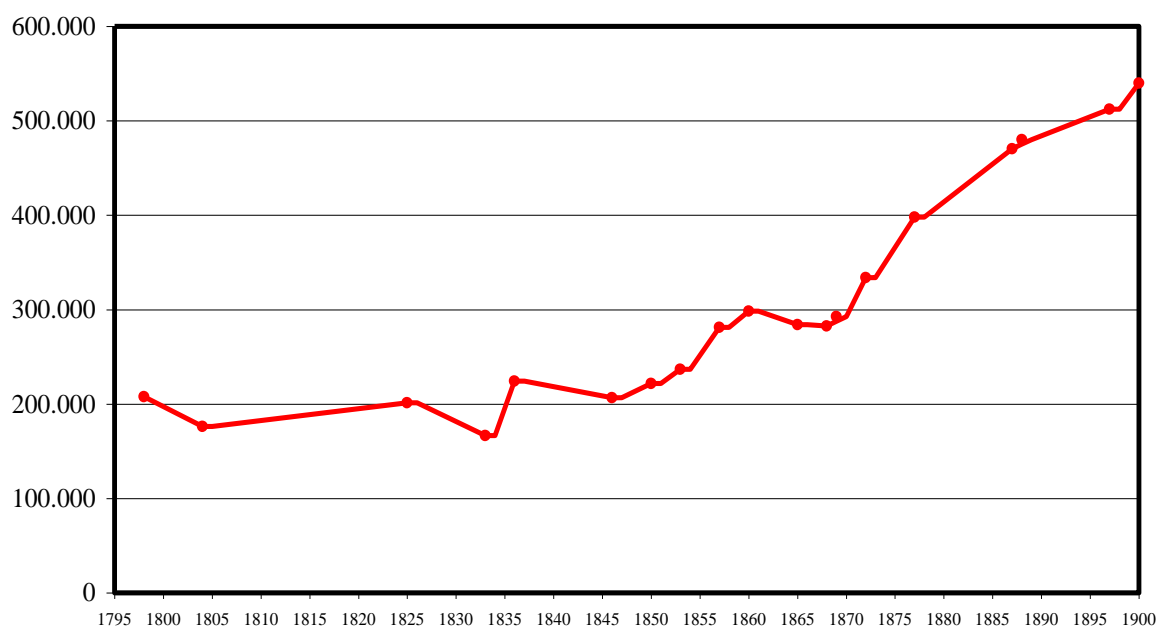
¹⁷ El proyecto de ensanche esbozado por Jovellanos ha sido abordado por Bonet Correa en su *Estudio Preliminar al Plan Castro*: BONET CORREA, Antonio (ed.): *Plan Castro*, Madrid, COAM, 1978, pp. XXII.

¹⁸ ESPADAS BURGOS, Manuel: “El hambre de 1812 en Madrid” en *Hispania*, 110, (1968), pp. 594-623. También FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “El hambre en Madrid durante la ocupación francesa (1811-1812)” en MAZA ZORRILLA, Elena y MARCOS DEL OLMO, María de la Concepción: *Estudios de historia: homenaje al profesor Jesús María Palomares*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2006, pp. 321-338.

¹⁹ MESONERO ROMANOS, Ramón: *Memorias de un Setentón, natural y vecino de Madrid, escritas por El Curioso Parlante*. Madrid, Renacimiento, 1926, pág. 99. Capítulo IV, II.

La ciudad se vació y pareció que el ciclo volvía a comenzar; la euforia vital y natalicia que sigue a toda crisis demográfica tuvo lugar en Madrid y los sitios vacíos dejados por las víctimas de la guerra y del hambre fueron rápidamente ocupados por los recién nacidos y los inmigrantes que se apresuraron a acudir a la capital. Pero en esta ocasión, el crecimiento de la población madrileña demostró un vigor y una constancia poco comunes. Basta observar las variaciones en las cifras de habitantes de la capital en la primera mitad del siglo XIX. En relativamente poco tiempo, la caída demográfica provocada por la guerra fue recuperada y a la altura de 1825 el listón de los 200.000 habitantes volvió a ser superado. Aunque nuevas calamidades se abalanzaron sobre los vecinos de la Villa y Corte, nunca volverían a alcanzar las dramáticas dimensiones de la Guerra de Independencia. Con todo, el espanto que pudo crear y la tragedia que supuso para las familias que vieron morir a alguno de sus miembros, la epidemia de cólera de 1834 y 1835 apenas supuso un bache en el estirón que la ciudad estaba experimentando²⁰. Los 4.200 habitantes perdidos en aquella ola de enfermedad y muerte fueron pronto compensados con la llegada de nuevos inmigrantes que siguieron sumando a un total de habitantes que en 1836 ya se había situado en los 224.312, según el Ministerio de Gobernación.

Gráfico 1.1: Evolución de la población madrileña en el siglo XIX



Elaboración propia a partir de los datos ofrecidos por FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio, y BAHAMONDE MAGRO, Ángel: "La sociedad madrileña en el siglo XIX" en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*. Editorial Complutense, Madrid, 1993. p. 481.

Madrid había entrado en otra edad en su crecimiento en la que, primero tímidamente, pero cada vez de manera más decidida, seguiría la estela de las capitales y grandes ciudades europeas. Una evolución en la que ya no habría regresión demográfica ni

²⁰ Frente a las 20.000 personas que se llevó por delante la crisis de la Guerra de la Independencia, la epidemia de cólera de 1834 ocasionó 4.523 muertos. A pesar de la reaparición cíclica de epidemias de cólera estas se mostrarían menos mortíferas: la de 1855 produjo 3.986 víctimas y la de 1865 2.869. Datos en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Barcelona, Vicens Vives, 1985.

descenso de la población y en que, con una frecuencia cada vez menor, iría doblando su número de habitantes. Aunque el ritmo fuera más lento que el de Berlín, Viena, Roma o Londres²¹, y el volumen de población alcanzado mucho menor que el resto de sus hermanas mayores europeas, que ya contaban sus habitantes por millones a mitad del siglo XIX, lo cierto era que el empuje de Madrid la situaba como el principal polo de urbanización de España y la máxima concentración de población de todo el país. La sombra que arrojaba sobre la ciudad del Manzanares el compararse con la del Támesis o la del Sena no debe, en ese sentido, olvidar los destellos que emitía en un panorama español, que era mucho más modesto que el europeo.

El comportamiento demográfico de Madrid seguía siendo el mismo: la ciudad se mostraba frecuentemente incapaz de reproducirse a sí misma, pues en muchos años el número de nacimientos en la capital eran superados por el de fallecimientos. Y cuando no era así, el saldo vegetativo arrojado era tan bajo que apenas contribuía a la expansión del número de habitantes. El motor del crecimiento seguía siendo, pues, la inmigración. Y las corrientes que lo alimentaban, las mismas. Hombres y mujeres jóvenes solteros que eran atraídos por las posibilidades de negocio, empleo o supervivencia que ofrecía la capital; unos venían a establecer sus tiendas y sus tratos comerciales, algunos a incorporarse en las distintas ramas de la administración civil y militar, otros más desesperados a agarrarse a cualquier trabajo que Madrid pudiese ofrecerles, y un buen montón a colocarse como mozo o criada en una casa noble o plebeya. Un tipo de inmigración que destacaba por su carácter predominantemente temporal, especialmente en el caso de las mujeres jóvenes que venían a trabajar como criadas. Muchas venían de la corona de provincias que rodeaban Madrid, recalaban en la capital en los años previos a contraer matrimonio para así poder ahorrar un dinero para la dote y, de paso, aliviar a sus familias de tener que alimentarlas. Pasado ese tiempo, casi todas retornaban a sus pueblos de origen: allí era donde se casaban y tenían sus hijos. Se marchaban de Madrid sin haber contribuido al aumento de la población madrileña²².

De todas maneras, algo estaba cambiando en la primera mitad del siglo XIX, porque Madrid se mostraba un poco más vital que en tiempos pasados. Algunas transformaciones se tenían que estar produciendo para que el crecimiento fuera más vigoroso y se estuvieran superando toques de población hasta entonces nunca alcanzados. En otras ciudades europeas, habían sido las transformaciones económicas las que habían arrancado el crecimiento de determinadas localidades. Pero Madrid a la altura de 1830

²¹ La evolución demográfica de las principales ciudades europeas en PINOL, Jean-Luc: *Le monde des villes au XIXe siècle*, Paris, Hachette, 1991, pp. 11-44 y PINOL, Jean-Luc y WALTER, François: "Renouveau et fragilité des populations urbaines" en PINOL, Jean-Luc (dir.): *Histoire de l'Europe Urbaine. Vol. II, de l'Ancien Régime à nos jours*, Paris, Seuil, 2003, pp. 75-114. El sistema urbano español y la posición de primacía de Madrid en él, en REHER, David Sven: "Urbanization and Demographic Behaviour in Spain, 1860-1930" en WOUDE, Ad van der, DE VRIES, Jan y HAYAMI, Akira: *Urbanization in History. A process of Dynamic Interactions*, Clarendon Press-Oxford, Nueva York, 1990, pp. 165-185.

²² SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Madrid, Siglo XXI, 1994 y CARBAJO ISLA, María Fernanda: "La inmigración a Madrid (1600-1850), *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 32, (1985), pp. 67-100; un comportamiento similar ha sido descrito para otros lugares y épocas un poco posteriores, muy especialmente en el País Vasco, que ha sido objeto de los estudios más refinados de los movimientos migratorios en la Edad Contemporánea: ver GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel: *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, población y ciudad)*, Bilbao, Fundación BBV, 1995 y GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (dir): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 Vols., Bilbao, Fundación BBVA, 2001, vol. 1, pp. 175-284. GARCÍA ABAD, Rocío: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2005.

carecía de los telares de la ciudad francesa de Mulhouse²³ o de las manufacturas de Liverpool o Manchester²⁴. Seguía siendo una ciudad de burócratas, de artesanos, de pequeños comerciantes y de criadas²⁵. Madrid seguía siendo la misma, no había ampliado el abanico de ofertas de trabajo, enriquecimiento y supervivencia como para considerar que ganara atractivos para los inmigrantes y aumentara su poder de succión demográfica sobre España²⁶.

Las razones del cambio estaban en otros lugares. Madrid, relativamente estancada en las inercias de la vieja Corte del Antiguo Régimen era, no obstante, el centro de un país que experimentaba las radicales transformaciones sociales, económicas y políticas alentadas por la sociedad liberal. Los cambios que la nueva era traía, lejos de traducirse en una ola de prosperidad generalizada, produjeron una masa de gentes desfavorecidas, especialmente en el campo donde los cambios en la titularidad de la tierra y en las relaciones de producción hacían cada día más difícil la supervivencia a los que tenían una pequeña propiedad o carecían de ella²⁷. Ante el hambre, ante la pobreza, la población rural acudió a la solución que tradicionalmente había utilizado como vía de escape: marchar a la ciudad, al lugar donde se acumulaba la riqueza y era fácil encontrar un trabajo aunque fuera duro y mal pagado, y si no, una ración de comida servida a la puerta de un convento por unas monjas hospitalarias o por la benéfica generosidad del monarca. Era lo que había sucedido desde siempre: el

²³ Hay múltiples referencias a las causas y los rasgos específicos del crecimiento de Mulhouse en los capítulos de Roncayolo “Logiques urbaines” y “La production de la ville” en AGULHON, Maurice (dir): *La ville de l'âge industriel. Le cycle haussmannien. Tome 4 de l'histoire urbaine de la France*. Paris, Seuil, 1998 (ed. Original de 1983), especialmente pág. 134 y ss.

²⁴ Una visión reciente del crecimiento de las ciudades industriales inglesas en los distintos volúmenes de la *Cambridge Urban History of Britain* dirigida por Peter Clark, especialmente los capítulos de TRINDER, Barrie: “Industrialising towns, 1700-1840” en CLARK, Peter (ed.): *The Cambridge Urban History of Britain, vol. 2, 1540-1840*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000 pp. 805-830 en y RODGER, Richard y REEDER, David A.: “Industrialisation and the city economy” en DAUNTON, Martin (ed): *The Cambridge Urban History of Britain, vol. 3*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000 pp. 553-92.

²⁵ Un acercamiento a la estructura socioprofesional y a los principales rasgos de la economía madrileña, en BAHAMONDE MAGRO, Ángel, y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 1-17 y BAHAMONDE MAGRO, Ángel y FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La sociedad madrileña en el siglo XIX” y “La transformación de la economía” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense, 1993, pp. 477-545.

²⁶ Es lo que apunta Carabajo Isla que, en el análisis de las actas matrimoniales de diversas parroquias madrileñas, percibe cómo fue creciendo progresivamente la inmigración con carácter definitivo en perjuicio de las corrientes migratorias temporales. Igualmente se fue compensando la histórica desigualdad entre una población masculina abundante y predominante y una población femenina más escasa. El vuelco en la tendencia lo sitúa alrededor de 1814. CARBAJO ISLA, María Fernanda: “La inmigración a Madrid (1600-1850)”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 32, (1985), pp. 67-100, especialmente 98-100.

²⁷ VILLARES, Ramón: *La propiedad de la tierra en Galicia: 1500-1936*, Madrid, Siglo XXI, 1982. SAAVEDRA, Pegerto, VILLARES, Ramón y ATIENZA, Ángela (eds.): *Señores y campesinos en la Península Ibérica, siglos XVIII-XX*, Santiago de Compostela - Barcelona, Consello da Cultura Galega - Crítica, 1991, 2 vols.

trabajador del campo, cuando buscaba una salida a la miseria, solía encaminar sus pasos hacia la gran ciudad²⁸.

En las primeras décadas del siglo XIX, el viejo camino del pobre hacia la ciudad adquiría tintes nuevos. Primero porque lo emprendían más gentes que en el pasado; segundo porque, a diferencia de los protagonistas de los flujos migratorios que tradicionalmente habían alimentado la ciudad, estos no los integraban jóvenes que vinieran a trabajar una temporada, sino gentes que venían para quedarse, que no tenían un oficio particular con el que integrarse en la ciudad. Más bien confiaban en que una vez instalados, Madrid proveería, sin saber muy bien cómo. La capital de España no estaba invitando a aquellos recién llegados, porque no tenía grandes fábricas ni centros de trabajo en el que faltaran tantos brazos como los que llamaban a las puertas de la ciudad. Cuando se incorporaban a la vida madrileña se presentaban como jornaleros, una denominación cuyo origen sonaba más a trabajador del campo que del mundo urbano y cuyas formas de vida tenían mucho de resabio rural. Trabajaban en lo que podían, allá donde se presentaba la ocasión de ganar un jornal, lo mismo que cuando saltaban de una siembra a una cosecha en cualquier rincón de la España agraria²⁹. Su crecimiento resultaba llamativo en los últimos tiempos; en 1797 vivían en Madrid 6.185 jornaleros, que eran ya 11.049 en 1848 según Madoz³⁰. Eran gentes que no venían atraídas por ninguna zanahoria ofrecida por la prosperidad de los nuevos tiempos ni por

²⁸ La progresiva concentración de las instituciones benéficas en las ciudades durante la Edad Moderna ha sido retratada por CARASA SOTO, Pedro: *Pauperismo y revolución burguesa: (Burgos, 1750-1900)*, Valladolid, 1987 y CARASA SOTO, Pedro: *Historia de la beneficencia en Castilla y León. Poder y pobreza en la sociedad castellana*, Valladolid, Universidad – Secretariado de Publicaciones, 1991. Madrid carece estudios generales sobre su sistema de beneficencia en la transición del Antiguo Régimen a la Edad Contemporánea, pero si existen numerosos estudios parciales tanto para fines del XVIII como para los comienzos del XIX. SOUBEYROUX, Jacques: “Pauvreté et alphabétisation: les malades de l'Hôpital Général de Madrid sous le règne de Charles III (1759-1788)”, *Bulletin hispanique*, nº 1, (2002), (Ejemplar en homenaje François Lopez), pp. 425-442; “El encuentro del pobre y la sociedad: asistencial y represión en el Madrid del siglo XVIII”, *Estudios de historia social*, nº 20-21, (1982); “Pauperismo y relaciones sociales en el Madrid del siglo XVIII (I)”, *Estudios de historia social*, nº 12-13, (1980); “Marginalidad y familia popular en la novela y la prensa de finales del siglo XVIII: evolución ideológica de un sistema de representación literaria” en SOUBEYROUX, Jacques y FERNÁNDEZ, Roberto: *Historia social y literatura: familia y clases populares en España (siglos XVIII-XIX). Primer Coloquio Internacional Acción Integrada Francoespañola*, Université Jean Monnet, 2001, pp. 141-156. VIDAL GALACHE, Florentina: “¿Qué hacemos con los pobres? El origen del Asilo de San Bernardino (1834)”, *Espacio, tiempo y forma*, Serie V, Historia contemporánea, nº 5, (1992), pp. 305-316. VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia: “Enfermar en Madrid: la asistencia, 1800-1830”, *Historia 16*, nº 172, (1990), pp. 31-36. VIDAL GALACHE, Florentina: “El impacto de la Ley General de Beneficencia de 1822 en Madrid”, *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, nº 1, 1988, pp. 41-56. VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia: *Bordes y bastardos: una historia de la Inclusa de Madrid*, Madrid, Compañía Literaria, 1995. VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia: *Enfermedad y pobreza en el Madrid del siglo XVIII*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, UNED, 2006. Algunos datos pueden obtenerse en SÁNCHEZ y RUBIO, Eduardo: *Historia de la Beneficencia Municipal de Madrid y medios de mejorarla*. Madrid, 1869.

²⁹ La figura del jornalero en Madrid en BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)” en *Estudios de Historia Social*, 15, (1980), pp. 143-175; PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Chamberí, ¿un nuevo Madrid? El primer desarrollo del Ensanche Norte madrileño, 1860-1880.”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2004, nº 24, pp. 77-98; PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Ciudad e identidad en el siglo XIX - El proceso de urbanización como proceso de fondo en la creación de nuevas identidades: jornaleros e inmigrantes en el Ensanche Norte de Madrid”, en *Actas del VII Congreso de Historia Contemporánea: "Memoria e identidades" Santiago de Compostela - Ourense*, 21-24 de Septiembre de 2004, CD-ROM.

³⁰ FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio y BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “La sociedad madrileña en el siglo XIX” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir), *Historia de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños – CSIC, 2007, pág. 501.

un progreso económico que hiciera de la ciudad un destino envidiable por las posibilidades de enriquecimiento y de mejora. En realidad, aquellos jornaleros huían de los palos que recibían en sus lugares de origen, en que la pobreza, la falta de trabajo, el hambre y la ausencia de esperanzas les habían obligado a tomar la drástica decisión de abandonar su familia, su parroquia, su pueblo y trasladarse a las calles de una gran ciudad desconocida.

La primera reacción de los madrileños ante los recién llegados era de rechazo. El crecimiento de la ciudad y los cambios que traían los inmigrantes no tenían porque inspirarles ninguna confianza. Los artesanos recelaban de tanto jornalero, a los que miraban como peligrosos competidores en el mercado laboral porque eran trabajadores dispuestos a realizar cualquier tarea por muy bajo que fuese el sueldo³¹. A ellos no podía sino provocarles espanto que *“todos los días entra[ra]n en Madrid de 1.000 a 1.500 gallegos en busca de trabajo. Estos infelices que huyen de su país y del hambre vienen por el camino pidiendo limosna y llegan en un estado realmente deplorable”* tal y como señalaba *La Época* a mediados de siglo³². La preocupación por la competencia que sentían los trabajadores madrileños se convertía en temor y repudio social del inmigrante por parte de las clases más acomodadas. Los recién llegados se veían obligados a alternar trabajos mal remunerados con periodos de paro forzoso en los que se convertían en mendigos y en nuevos pobres dependientes para su sustento de las instituciones de Beneficencia. El reparto de comida en conventos, el socorro a los enfermos pobres, la limosna particular e institucional y el resto de los sistemas de redistribución de la riqueza de la ciudad del Antiguo Régimen se veían desbordados por la llegada de familias jornaleras inmigrantes. El crecimiento de la pobreza en Madrid llevaba aparejado el del temor de las clases acomodadas hacia el mendigo, cada día más audaz solicitando ayuda, porque estaba más desesperado por obtenerla. *“Ya no es sólo en las calles y paseos públicos donde se ve uno acometido por los pobres, las campanillas de las casas suenan también a todas horas agitadas por las manos de los menesterosos, sin que los encargados de recoger los mendigos para conducirlos a los asilos de beneficencia den señales de vida.”*³³

El viejo Madrid estaba saturado. No daba más de sí. Se estaba produciendo un colapso de la Corte y capital del Estado, anclada aún en sus dinámicas de ciudad preindustrial y empeñada en seguir desarrollando su vida en los límites que le había marcado Felipe IV, que ahora resultaban estrechos para afrontar los desafíos que el conjunto del país le proponía. El desajuste entre estructuras urbanas e inmigración era pagado por los más pobres y, de manera especial, por ese creciente grupo de jornaleros inmigrantes que llamaban a las puertas de Madrid. No se trataba sólo de que al llegar se encontraran con que la búsqueda de trabajo les llevaba a realizar tareas duras y mal pagadas. Ni que la falta de empleo les llevara a largos periodos de paro y sin ingresos. El crecimiento de la población madrileña también comenzó a ocasionar graves problemas en la vivienda de las clases populares. La falta de viviendas para alojar a los nuevos habitantes de la capital se tradujo en un aumento del precio del alquiler. La familia jornalera, de escasos e irregulares recursos, tenía pocas soluciones para afrontar el estrangulamiento de sus economías que provocaba el alza del precio del alquiler: las únicas alternativas eran marchar hacia las viviendas más pequeñas o degradadas y en

³¹ NIETO SÁNCHEZ, José Antonio: *Artesanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid, 1450-1850*, Madrid, Fundamentos, 2006.

³² *La Época*, 14 de Mayo de 1853 citado en BAHAMONDE MAGRO, Ángel, y TORO MERIDA, Julián: *Burguesía, especulación...* ob. cit. pág. 43.

³³ *El Clamor Público*, 3 de enero de 1849, recogido por BAHAMONDE MAGRO, Ángel y TORO MERIDA, Julián: *Burguesía, especulación...*, ob. cit. pág. 49.

consecuencia más baratas, o admitir cada vez más inquilinos y realquilados dentro de su hogar para repartir el coste del alquiler. El resultado era siempre el mismo: el hacinamiento y las malas condiciones higiénicas como norma de vida.

Los graves problemas de vivienda en la capital ya eran subrayados a mediados de los años 30 por José María de Larra en su celebre artículo sobre las casas nuevas, donde señalaba como la población se alejaba de Madrid, “*no por las puertas, sino por arriba*”³⁴. Dentro del casco antiguo, ya casi repleto, el recurso más fácil para crear nuevas viviendas de alquiler era añadir más pisos a los edificios, crear habitaciones en buhardillas y sotabancos, sacar provecho a los sótanos convirtiéndolos en cuartos habitables. Pero esto no hacía más que agudizar la degradación en las condiciones de vida de muchos madrileños. Era un mero parche en el peligroso desajuste que se estaba produciendo entre los cambios en la evolución social y demográfica de la ciudad de Madrid y su estancamiento urbanístico. Un desajuste que adquirió perfiles amenazantes en 1834, cuando se desató en la ciudad una epidemia de cólera que vino acompañada de graves disturbios populares anticlericales y una revolución al año siguiente³⁵.

Las señales de humo advertían a las autoridades de un posible incendio social; había que tomar medidas para evitar las catástrofes que podían crear un aumento y amontonamiento de pobres en Madrid. Al hacerlo, lejos de plantearse que el problema radicaba en las fallas de una ciudad que no se había adaptado a las circunstancias de un país al que debía capitanear, optaron por designar como culpables a los jornaleros e inmigrantes que eran los que más padecían tal desajuste. Para atajar la proliferación de pobres en la capital, se acudió a los viejos remedios del pasado. Las rondas de recogida de mendigos y vagabundos se redoblaron, los bandos municipales decretando la expulsión de forasteros se hicieron comunes y los hospitales y asilos de Beneficencia reforzaron su actividad como centros de reclusión de la población pobre y marginal que circulaba por las calles de la Villa y Corte³⁶. En el dilema que se había creado entre

³⁴ “*Las casas nuevas, esas que surgen de la noche a la mañana por todas las calles de Madrid; esas que tienen más balcones que ladrillos y más pisos que balcones; esas por medio de las cuales se agrupa la población de esta coronada villa, se apiña, se sobrepone y se aleja de Madrid, no por las puertas, sino por arriba, como se marcha el chocolate de una chocolatera olvidada sobre las brasas. La población que se va colocando sobre los límites que encerraron a nuestros abuelos, me hace el efecto del helado que se eleva fuera de la copa de los sorbetes*”. LARRA, Mariano José de: *Las casas nuevas* (1833), recogido en FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*. La Madrid, La Librería, 2002 (facsimilar de la edición de 1876), pág. 729.

³⁵ La epidemia de cólera en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Barcelona, Vicens Vives, 1985; la persecución de los monjes GARCÍA ROVIRA, Anna: “Revolución liberal y fuerzas populares: el degüello de los frailes, Madrid, Julio de 1834” en *Ejército, pueblo y constitución. Homenaje al general R. de Riego*, Madrid, 1988; la revolución de 1835 puede ser seguida en ESPADAS BURGOS, Manuel: “Evolución política de Madrid en el siglo XIX”, en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños – CSIC, pág. 454 y ss.

³⁶ Durante la primera mitad del siglo XIX se registraron varios bandos municipales expulsando a los residentes en Madrid que no estuvieran censados y careciesen de trabajo. De hecho las leyes generales respaldaban este tipo de actuaciones; en 1821 la Ley general de Beneficencia establecía que los mendigos forasteros detenidos fueran trasladados a sus pueblos de origen. El Ayuntamiento aplicaba con celo la norma y la reforzaba con bandos intimidatorios como el del 6 de noviembre de 1838, que indicaba que se cobraría una multa de 100 reales de vellón a aquellos vecinos que se hallasen en Madrid y que no estuvieran empadronados. Este bando recogido en CABALLERO, Fermín: *Noticias topográfico-estadísticas sobre la Admón. de Madrid*, Barcelona, El Albir, 1980 (edición facsimilar de 1840), pág.153. Más detalles de la represión de la mendicidad en BAHAMONDE MAGRO, Ángel, y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 47-48. Sobre el Asilo de San Bernardino, VIDAL GALACHE, Florentina: “¿Qué hacemos con los pobres? El origen del Asilo de San Bernardino (1834)”, *Espacio, tiempo y forma*, Serie V, Historia contemporánea, nº 5, (1992), pp. 305-316.

seguir la corriente de los ríos de transformación social que venían desde las provincias o, por el contrario, aferrarse al pasado en el que la capital seguía sumida, las autoridades optaron por lo segundo. Hasta mediados del siglo XIX se prefirió la conservación de la vieja vida madrileña. Para resistir ante los cambios que podía implicar la llegada de tanto trabajador a Madrid, no se dudó en expulsarlos y cerrarles las puertas con los métodos más expeditivos. Era una estrategia inútil. No se podían poner puertas a las fuerzas que venían del campo; los motivos que empujaban a la gente a dirigirse a Madrid eran más contundentes que los medios utilizados para su expulsión, y la población de la capital siguió creciendo, lentamente pero con constancia, durante la primera mitad del siglo XIX³⁷.

La resistencia al cambio tuvo perfecta plasmación en la política urbanística en esos mismos años. A pesar de que el hacinamiento y el problema de la vivienda eran evidentes, no se arbitró medida alguna para llevar a cabo la gran reforma que la ciudad necesitaba: la incorporación de nuevos terrenos a su recinto en el que se pudieran construir los edificios reclamados por la nueva población³⁸. No faltaron proyectos que propusieran esta solución. Jovellanos lo hizo en tiempos de Carlos III y se encontró con la imposibilidad práctica de llevarlo a cabo. Muchas de las tierras que rodeaban Madrid pertenecían a manos muertas y su desvinculación y compra por la Monarquía resultaba difícil. La idea cayó en el olvido hasta que fue rescatada en 1846 por el ingeniero Juan Merlo, que firmó un proyecto de Ensanche para Madrid a instancias del gobierno central. Las dificultades para la compra de tierras en el extrarradio madrileño habían desaparecido; con la puesta en marcha de los distintos procesos desamortizadores, y muy especialmente el de la década de 1830, era ya posible plantearse la incorporación de los solares y parcelas que lindaban con las cercas de Madrid. Esta vez fueron otros los impedimentos que hicieron naufragar el proyecto de abrir las puertas de la capital. El propio Ayuntamiento se opuso a la idea y contraatacó con un *Proyecto de mejoras generales de Madrid*, firmado por Mesonero Romanos. El retratista de costumbres madrileño, que era también concejal de urbanismo del Ayuntamiento, abogaba por la reforma interior, el mayor aprovechamiento del espacio que quedaba dentro de las

³⁷ El estudio de los movimientos migratorios en la España contemporánea ha conocido una profunda renovación en las últimas décadas. Una muestra de las diferentes propuestas que han alimentado tal renovación GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y ZÁRRAGA, Karnele: *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Bilbao, UPV, 1996. GARCÍA ABAD, Rocío: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2005. En términos generales, aquí se asume la postura defendida por Enriqueta Camps en su crítica a las teorías neoclásicas de los movimientos migratorios que siguen a T.K. Hareven y que defienden la armonía en el trasvase de población del campo a la ciudad. Como Camps para la Tarragona de finales de siglo XIX, se considera que mientras que existían poderosas fuerzas que expulsaban a la población rural de sus comunidades, no existían en el Madrid de la primera mitad del siglo XIX una demanda de mano de obra que justificara la llegada de tantos inmigrantes. CAMPS I CURÁ, Enriqueta: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1995. HAREVEN, Tamara: *Family Time and Industrial Time. The Relationship between the Family and Work in a New England Industrial Community*. Cambridge, Cambridge University Press, 1982. HAREVEN, Tamara: "Historia de la familia y la complejidad del cambio social", *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, vol. XIII, nº 1, (1995), p.99-149.

³⁸ Los avatares arquitectónicos y urbanísticos de Madrid en la primera mitad del XIX en NAVASCUÉS PALACIOS, Pedro: "Madrid, ciudad y arquitectura (1808-1898)" en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Madrid, Universidad Complutense, 2007, pág. 399-437. La ausencia de un proyecto de reforma es subrayada por Santos Juliá en sus capítulos "Ciudad de ociosos y habladores, conventual y palaciega" y "Capital digna de la Monarquía" en JULIÁ DÍAZ, Santos, RINGROSE, David y SEGURA, Cristina: *Madrid, historia de una capital*. Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp. 263-297.

centenarias cercas de Madrid antes que por la expansión de la ciudad por sus alrededores³⁹. Esta fue la solución finalmente escogida.

La idea de la reforma interior entroncaba a la perfección con el rechazo dominante al cambio en la ciudad. El derribo de las cercas de la capital, el abandono del *Viejo Madrid* por otro nuevo que habría de edificarse en terrenos hasta entonces semi-rurales, se miraba con tanta suspicacia como la llegada de los inmigrantes. Era una aventura que resultaba “innecesaria, inconveniente” y hasta “imposible materialmente”, en palabras de Mesonero Romanos⁴⁰. A esto se unían los importantes cambios que se habían producido en el interior del casco antiguo madrileño con la desamortización, que tuvo en Madrid uno de sus escenarios privilegiados. La gran cantidad de suelo y edificios que cambiaron de manos en estos años dentro de la capital española posibilitó de hecho que triunfara la postura de los valedores de la reforma interior frente al ensanche. En realidad, la apuesta por la reforma interior no nacía de una concepción urbanística ni de un modo de pensar cómo solucionar los problemas que acechaban a la vida en la ciudad. Era el reflejo de los intereses de los propietarios de suelo madrileño. Con la desamortización surgió un gran negocio inmobiliario en la capital, que podía irse al traste con aventuras como la del ensanche.

El proceso desamortizador de los años 30 supuso en Madrid la puesta en libre circulación de una décima parte del suelo de la ciudad⁴¹. De repente afloraban en el mercado una gran cantidad de solares y edificios, algunos de tamaño considerable por contener conventos con sus huertas, patios y demás dependencias. Eran terrenos cuyas construcciones podían ser derribadas para luego construir sobre ellos, o simplemente para venderlos de nuevo al mejor postor⁴². El alto valor de los terrenos radicaba en su escasez. Aunque se hubieran puesto muchas fincas a la venta, era obvio que en Madrid faltaba espacio. Construir un edificio en una parcela y poner sus viviendas en alquiler era una manera altamente segura de amortizar el capital invertido, y más rentable cuanto la aventura de buscar casa se volviera más difícil en una ciudad cada día más atestada. La rentabilidad de los negocios de los caseros, además, se había visto reforzada por leyes como la de la libertad de los inquilinatos de 1842, que habían introducido las reglas de juego del libre mercado en un negocio de demanda tan rígida y oferta tan escasa como era el paisaje residencial madrileño⁴³. Si se abría el Ensanche se acabaría el filón de enriquecimiento recién descubierto por los compradores de suelo desamortizado.

Las distintas obras de reforma interior de Madrid respondían, por tanto, más a intereses particulares de los propietarios de terrenos y solares que a una verdadera

³⁹ MESONERO ROMANOS, Ramón de: *Proyecto de mejoras generales de Madrid*, Madrid, Espinosa y Compañía, 1846.

⁴⁰ BONET CORREA, Antonio (ed.): *Plan Castro*, Madrid, COAM, 1978, pág. XXII.

⁴¹ BAHAMONDE MAGRO, Ángel y MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: “La desamortización y el mercado inmueble madrileño (1836-1868)” en BONET CORREA, Antonio (coord.): *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*, Madrid, Universidad Complutense, 1982, vol. II, pp. 939-956. MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: *La desamortización eclesiástica en la villa de Madrid, 1820-1823*, Memoria de Licenciatura, Madrid, UCM, 1981.

⁴² Las operaciones especulativas al calor de la desamortización de suelo en Madrid fueron estudiadas por BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid, 1856-1866*. Madrid, UCM, 1981. El impacto de la desamortización en la economía madrileña es analizado en BAHAMONDE MAGRO, Ángel, y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 18-33.

⁴³ La Ley de 9 de abril de 1842, dejaba total libertad a los propietarios de fincas urbanas para fijar el precio del alquiler. Hasta entonces sólo les estaba permitido modificar el precio cada diez años y previa tasación oficial. BAHAMONDE MAGRO, Ángel, y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía... Ob. Cit.* pp. 28-29.

preocupación por el funcionamiento general de la ciudad. Esto no excluye que esta ola de construcciones y obras tuviera efectos beneficiosos en la vida urbana madrileña. En la década de 1840 se produjo una importante modernización del caserío de la capital. Las nuevas viviendas construidas, aunque la avaricia de los caseros hiciera que muchas veces fueran pequeñas y estuvieran mal acondicionadas, permitía resolver temporalmente el grave problema de escasez de alojamiento que había denunciado Larra en los años 30. Por otro lado, por caprichoso que resultara el proceso de compra-venta dentro del juego del libre mercado, algunos de los derribos y modificaciones que se produjeron en estos años permitieron desahogar y aliviar un casco antiguo urbano que hasta entonces había crecido desordenadamente y por amontonamiento. Pero quizá la consecuencia más beneficiosa fue el alivio que tanta obra y construcción trajo para la economía de la ciudad⁴⁴.

Las obras de construcción que surgieron a lo largo y ancho de la ciudad generaron un buen número de puestos de trabajo. Se necesitaban albañiles, carpinteros, cerrajeros y ebanistas; los artesanos que residían en Madrid pudieron sentirse felices por la abundante ola de encargos y contrataciones que se produjeron en aquellos años. También se necesitaban peones, jornaleros y trabajadores sin cualificar. Fueron fáciles de reclutar en las filas de esa inmigración pobre que no había cesado de crecer en los últimos años. El negocio de la construcción experimentó un importante desarrollo en aquellos tiempos y pareció aportarle a Madrid la vía de enriquecimiento que tenían otras ciudades y que a ella le faltaba. Madrid no tenía grandes fábricas, pero tenía el negocio inmobiliario, que cumplía un papel similar al de la industrialización. La compra y venta de terrenos y su edificación permitía saciar las ansias de enriquecimientos de la naciente burguesía madrileña⁴⁵; era un negocio que permitía mover importantes capitales con un pequeño riesgo. Además, generaba trabajo; los miles de sueldos que las pequeñas empresas surgidas en solares en todos los rincones de la ciudad eran comparables a los que ofrecían las fábricas textiles catalanas o a los de las minas y altos hornos vizcaínos. Un círculo virtuoso parecía cerrarse al fin sobre Madrid, aliando el crecimiento de su población con el de su desarrollo económico. Las oportunidades que ofrecía el mundo de la construcción a burgueses y trabajadores hacían comprensible que la ciudad atrajera a nueva población a sus calles; ahora sí parecía lógico que aparecieran en las puertas de la ciudad aquellas remesas de inmigrantes en busca de empleo; ahora sí que se podía entender que el número de habitantes creciera en la capital sin que se produjeran grandes desastres ni las temidas explosiones revolucionarias.

No obstante, esta alianza virtuosa que alimentó el crecimiento de Madrid en los años 30 y 40 del siglo XIX estaba condenada a disolverse en poco tiempo. El negocio inmobiliario madrileño se asentaba sobre una estrategia que resultaba paradójica. Por un lado, se alentaba el crecimiento de la población: nuevos habitantes significaban nuevas viviendas en alquiler y cuanto más se construía más trabajadores llegaban a la ciudad, que a su vez necesitaban un lugar donde alojarse. El negocio para los caseros estaba garantizado. Por otro lado, se mantenía la negativa a derribar la cerca que rodeaba la ciudad y a permitir que se abrieran nuevas calles en los alrededores. Tenía que llegar un momento en que, por meras cuestiones físicas, fuera imposible construir más en el casco antiguo: los habitantes recién llegados a la capital tendrían que buscar alojamiento en otro lugar. Y lo que resultaba peor; cuando ya no quedaran solares por edificar, cuando la euforia del ladrillo se apagara, algo habría que hacer con las masas de trabajadores

⁴⁴ BAHAMONDE MAGRO, Ángel: "El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)" en *Estudios de Historia Social*, 15, (1980), pp. 143-175.

⁴⁵ BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina*, Madrid, UCM, 1981.

que habían llegado a la ciudad atraídos por los jornales y sueldos de la construcción. Porque no habían de volver a sus pueblos de origen, de los que habían huido para no sucumbir al hambre y la pobreza.

La ciudad necesitaba crecer, ensancharse, poner fin a aquel empeño por perpetuar el *Viejo Madrid*. En realidad se trataba sólo de una decisión política, de un cambio de actitud en la manera de concebir y organizar la ciudad. Por mucho que se mantuvieran los límites oficiales de la ciudad en la Puerta de Santa Bárbara, de Alcalá o de Toledo, por mucho que se intentara frenar las avenidas de nuevos habitantes hacia la capital por medio de la fuerza, hacía mucho tiempo que una nueva realidad se había impuesto a los esfuerzos por frenar el crecimiento urbano. Un nuevo Madrid estaba surgiendo, con nuevos y cada vez más numerosos habitantes, con una vida económica revitalizada por el mundo de la construcción, y lo que era más llamativo, con nuevos barrios que se iban desarrollando a las puertas de la ciudad, entre los que destacaba el arrabal de Chamberí. La población abundante y el modesto caserío de este barrio surgido al margen de la ciudad era la prueba más elocuente de que, a pesar de todas las resistencias al cambio, otro Madrid era posible y además necesario, un nuevo Madrid que tarde o temprano rebasaría los tradicionales límites de la Villa y Corte fijados en tiempos de Felipe IV.

Chamberí: un nuevo Madrid nace en los márgenes.

A finales de la década de 1840 el gran negocio de la construcción se situaba en las calles del *Viejo Madrid*. Eso no significaba que los alrededores de la ciudad fueran un desierto ni que los habitantes y las autoridades de la capital hubieran renunciado a sacar provecho de las tierras que la rodeaban. Había por entonces muchas pruebas de que el encastillamiento de Madrid tras sus viejas cercas era más ficticio que real. Durante la primera mitad del siglo XIX, a pesar de que oficialmente Madrid seguía teniendo su frontera en la valla fiscal del siglo XVII, el Ayuntamiento y sus habitantes habían ido dando un uso cada vez mayor a los terrenos de las afueras hasta convertirlos, en algunos casos, en partes integrantes de la ciudad. Primero porque los necesitaban, porque en el interior no había casi espacio para un edificio más y en cambio la ciudad estaba rodeada de solares sin aprovechar. Segundo porque la tranquilidad de aquellos parajes los hacía especialmente indicados para acoger algunas actividades que eran molestas o imposibles en el casco viejo. Bastaba con asomarse por las principales puertas de Madrid para comprobar que, aunque tranquila, la vida no estaba totalmente ausente en aquellas tierras⁴⁶.

El que bajara al sur, llegara a la puerta de Toledo y la traspasara, encontraría ante sí aquel curioso trazado de paseos barrocos que había mandado crear Carlos III para solaz y disfrute de los habitantes de Madrid. En 1850 estaban un tanto descuidados y marchitos, pero los carruajes seguían recorriéndolos, ya camino de alguna quinta de recreo como la Quinta de la Esperanza, ya como camino ineludible de los carros que traían y sacaban sus mercancías de Madrid. Un pequeño arrabal, de mala fama y peor construcción, el de las Peñuelas, había surgido en las inmediaciones, como única concentración de casas en un horizonte presidido por las huertas y los paradores que

⁴⁶ El grado de urbanización de las afueras al norte, este y sur de la capital en los años previos al Ensanche ha sido analizado por los miembros del grupo de investigación en que se enmarca el presente estudio. Con carácter general, véase CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

habían proliferado junto a los reales paseos⁴⁷. Si el paseante decidía, en cambio, marchar al Este y sacar la cabeza por la puerta de Alcalá, lo primero que se encontraría sería la plaza de toros. El imponente edificio alternaba los días de multitudes en que los madrileños acudían a algún festejo con una vida cotidiana tranquila, en que sólo veía pasar carros y carromatos que hacían su entrada a la ciudad por aquellos lugares. Por allí se alejaba el camino de Aragón, en cuyo margen izquierdo habían ido surgiendo algunos paradores, posadas y otros establecimientos propios de carretera. En el margen derecho, las tapias del parque de El Retiro, coto reservado para el disfrute de la Monarquía y vedado para el paseo de los madrileños de a pie⁴⁸. En el caso de que estos dos paisajes no le parecieran lo suficientemente humanizados, si el visitante quería un signo inequívoco de que los alrededores de Madrid se estaban transformando, entonces lo que debía hacer era dirigirse a cualquiera de las puertas que cerraban la ciudad por el norte. Ya fuera a la de Santa Bárbara, a la de Bilbao o al portillo del Conde Duque, en las tres podría otear en el horizonte y descubrir la gran cantidad de edificios, establecimientos y caminos que, aunque aislados en unos parajes que no podían aún calificarse de ciudad, también indicaban que hacía tiempo que habían dejado de ser campo⁴⁹.

A mediados del siglo XIX, las afueras norte eran con diferencia las que más se habían modificado y las que mejor mostraban la relación ambigua que con sus alrededores había establecido un *Viejo Madrid* que se negaba a extenderse, pero que progresivamente iba colonizando los solares vecinos. Las afueras norte eran especialmente atractivas; a diferencia del sur, con sus profundos desniveles, o el Este, en las que El Retiro creaba una poderosa frontera entre la ciudad y los descampados, aquellas tierras, por su relieve llano en ligera pendiente, se presentaban especialmente convenientes para la urbanización. Quizá por ello habían sido ya señaladas por Jovellanos como el lugar más apropiado para su proyecto abortado de Ensanche. Y a pesar de que tal idea nunca se llevara a cabo, las autoridades no tardaron en dar uso a los terrenos del norte de Madrid, aunque con una finalidad bien diferente. En 1809 abrió sus puertas junto a la *Carretera Mala de Francia*, el camino que abandonaba Madrid por la puerta de Bilbao, el Cementerio General del Norte. Hacía un año que se había decidido poner fin a los enterramientos dentro de la ciudad; ya no sería posible dar sepultura en el interior de iglesias y capillas, mucho menos que subsistieran camposantos entre los edificios de viviendas. La higiene dictaba que a partir de ese

⁴⁷ VICENTE ALBARRÁN, Fernando: "El nacimiento de un nuevo Madrid. El Ensanche Sur: Arganzuela en 1860", *Actas de la VII Jornadas de Castilla La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Toledo, ANABAD-Asociación de Amigos del AHPGU, 2007, Vol. 1, pp. 287-310. VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *Los albores del nuevo Madrid: el distrito de Arganzuela (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2006, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es: 6238, 2006.

⁴⁸ CARBALLO BARRAL, Borja: "El nacimiento de un nuevo Madrid. El Ensanche Este (1860-1878). El distrito de Salamanca", en *Actas de la VII Jornadas de Castilla La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Toledo, ANABAD-Asociación de Amigos del AHPGU, 2007, Vol. 1, pp. 193-212. CARBALLO BARRAL, Borja: *Los orígenes del Moderno Madrid. El Ensanche Este (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2006, E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es: 6336.

⁴⁹ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El distrito de Chamberí 1860-1880. El nacimiento de una ciudad*, Madrid, UCM, 2004, E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es:6237. PALLOL TRIGUEROS, Rubén: "Chamberí, ¿un nuevo Madrid? El primer desarrollo del Ensanche Norte madrileño, 1860-1880.", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 24, 2004, pp. 77-98. Véase también CANOSA ZAMORA, Elia, OLLERO CARRASCO, Jesús, PENEDO COBO, Javier y RODRÍGUEZ CHUMILLAS, Isabel: *Historia de Chamberí*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1988. MAS HERNÁNDEZ, Rafael: "Almagro", en *Madrid*, Espasa Calpe, nº 72, 1980, pp. 1.420-1.440. RODRÍGUEZ CHUMILLAS, Isabel: "Un desarrollo tardío del Ensanche Norte: el sector occidental del distrito de Chamberí" en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, , tomo XXIV, 1987, pp. 499-513. CÁMARA DE COMERCIO E INDUSTRIA DE MADRID: *Establecimientos tradicionales madrileños. Cuaderno V, Argüelles y Chamberí*. Madrid, Cámara de Comercio e Industria de Madrid, 1985, pp. 29-50.

momento los enterramientos se hicieran en las afueras de las ciudades, lejos de los habitantes, para evitar contagios y enfermedades. En Madrid uno de los lugares elegidos fue aquella zona del noroeste, entonces un páramo sin apenas edificaciones y que las autoridades decidieron convertir en un espacio para aquellos servicios que resultaba tan desagradable tener cerca. Con ello creó un estigma sobre aquellos terrenos, pues la silueta de las cruces y las lápidas de las sepulturas repelía a los posibles compradores de suelo. Aquel rincón de la ciudad, aún entonces afueras, tardaría mucho más que el resto de las zonas colindantes en ser urbanizado. De hecho, durante esa primera mitad del siglo XIX lo que más atrajo el Cementerio General del Norte fue más tumbas y más muertos. En 1831, muy cerca de este primer camposanto, se abrió la Sacramental de San Luis y San Ginés; en 1848 se creó el cementerio de la Patriarcal y en 1853, la Sacramental de San Martín y San Ildefonso. Cuatro cementerios, prácticamente dispuestos en hilera al lado Oeste de la Carretera Mala de Francia y que crearon un tétrico paisaje que sería bautizado por los madrileños como el “campo de las calaveras”, muy en tono con el principal atractivo que aquella zona tenía⁵⁰.



No todo eran instalaciones tan repulsivas como los camposantos. Hacia el centro y en línea con la Puerta de Bilbao, siguiendo la Carretera Mala de Francia, uno se topaba con el Campo de Guardias, lugar de entrenamiento y de ejercicios militares. Y saliendo por esa misma puerta y cogiendo el camino que se dirigía hacia el este, uno marchaba por el Paseo de Luchana, el primero de toda la red de paseos que habían surgido en las inmediaciones del de la Fuente Castellana y entre los que se contaban el del Obelisco o el del Cisne. Eran grandes avenidas arboladas, que habían comenzado a ser acondicionadas hacia 1830 para el recreo de los madrileños, especialmente para aquellos que tenían los recursos para contar con un carruaje o alquilar uno de punto. Madrid miraba a este rincón de sus afueras con otros ojos; allí proyectaban sus habitantes sus deseos de otra forma de vivir la ciudad, en otro ambiente distinto al de las

⁵⁰ CANOSA ZAMORA, Elia: “La periferia norte de Madrid en el siglo XIX: cementerios y barriadas obreras”, *Anales de Instituto de Estudios Madrileños*, tomo XXIV, 1987, pp. 515 – 533.

estrechas y atestadas calles del Madrid imperial, en el que no existían grandes vías como aquellos paseos trazados a las afueras.

En la primera mitad del siglo XIX las afueras norte tuvieron esta función de contrapunto, de albergar todo lo que Madrid no era, sin llegar a ser del todo parte integrante de la ciudad. En la paradójica situación de una ciudad que estaba experimentando profundos cambios sociales y estructurales pero que se negaba a abrir sus puertas a su expansión espacial, la periferia norte fue recogiendo todo aquello que desbordaba del casco antiguo, incapaz de contener por mucho más tiempo toda la vida madrileña. El uso que las autoridades dieron a estos terrenos marginales, condicionó de manera determinante su futuro: los cementerios crearon un polo de repulsión en la zona noroeste de las afueras; el Campo de Guardias preservó una gran cantidad de terrenos sin urbanizar, que se acabó dedicando a los equipamientos y los servicios; los paseos adyacentes al de la Fuente Castellana, aportaron un aire de lujo y aristocracia que imprimió carácter a la zona en las décadas siguientes. A pesar de sus negativas a dar un ensanche a la ciudad, durante todos estos años el Ayuntamiento de Madrid había comenzado ya a ordenar a aquel territorio, a decidir sobre su uso y a marcar el que se le dio en el futuro⁵¹.

Las autoridades no fueron las únicas ni quizá las que con más fuerza fueron modificando el paisaje al norte de Madrid. También los propietarios de los terrenos, ante el desbordamiento que experimentaba la capital, fueron dando nuevo uso a un suelo que hasta entonces había sido dedicado en su mayor parte a las huertas y otros usos agrícolas. La primera utilidad que le encontraron era similar a la que había visto el Ayuntamiento: dar sede a aquellos establecimientos que por su tamaño o por las molestias que causaban, no podían mantenerse en el interior de la capital. Aunque Madrid no era una ciudad de grandes fábricas, muchas de las primeras construcciones que surgieron en sus afueras fueron centros de trabajo de un cierto tamaño que encontraban suelo más barato y más abundante a aquel lado de la cerca⁵². El primer gran taller que se había construido en las afueras era el de la *Real Fábrica de Tapices*, que había sido instalado justo en el límite de la ciudad, en la puerta de Santa Bárbara, en tiempos de Felipe V. Y allí permanecía, adosada a la ciudad, en una situación que debía parecer inmejorable para la rica familia que lo dirigía desde hacía décadas, los Stuyck, que habían decidido hasta instalar su residencia junto a los telares⁵³. Con el tiempo, otros industriales los siguieron y junto a la Carretera Mala de Francia, aparecieron otros grandes talleres atraídos por las ventajas que ofrecía la vecindad con los cementerios: suelo barato y abundante. La fundición Grouselle abrió sus puertas en aquella zona en 1850, igual que la fábrica de bujías esteáricas de Nuestra Señora del Carmen.

El gran taller de tapices, la fundición y la fábrica de bujías eran los que más llamaban la atención. Pero aquel primer panorama fabril de la periferia norte madrileña era por lo general mucho más humilde. Había alguna que otra parcela dedicada a la

⁵¹ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El distrito de Chamberí 1860-1880. El nacimiento de una ciudad*, Madrid, UCM, 2004, E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es:6237, pp. 39-45.

⁵² CÁMARA DE COMERCIO E INDUSTRIA DE MADRID: *Establecimientos tradicionales madrileños. Cuaderno V, Argüelles y Chamberí*, Madrid, Cámara de Comercio e Industria de Madrid, 1985, pp. 29-50.

⁵³ Mesonero Romanos y Ángel Fernández de los Ríos destacan la importancia de la Fábrica de Tapices en sus respectivas guías, además de esbozar una historia sobre cómo los Stuyck dirigieron la Real Fábrica y mejoraron su funcionamiento tras la grave crisis que sufrió durante la ocupación francesa. Véase también VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia: *La Real Fábrica de Tapices en los documentos de su Archivo*, Madrid, Real Fábrica de tapices, 2000. VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia: *La Real Fábrica de Tapices. Pasado y presente*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, UNED, 2007.

huerta, para obtener modestas ganancias con la venta de verduras y hortalizas en el interior de la capital. Y sobre todo habían proliferado los tejares, en los que se aprovechaba la buena calidad de las arenas madrileñas y se producían los materiales de construcción tan solicitados en una ciudad donde despertaba el gran negocio de la construcción. Eran más granjas que fábricas; una casa humilde en una parcela, en la que vivía y trabajaba el dueño con su familia y cuatro o cinco mozos que había contratado. El pequeño empresario que lo capitaneaba, solía ponerle su propio nombre a la finca para identificarla: allá a lo lejos el *Tejar de Sánchez*, junto a los cementerios el de la familia Marconell, y junto al Campo de Guardias el del señor Nieva. Había otros establecimientos parecidos dedicados a otros productos, como el guano, del que había una fábrica en las inmediaciones de los camposantos, los dos o tres viveros que aparecían dispersos por los caminos, o la pólvora que dejó memoria en un rincón de aquella zona que fue mucho tiempo conocida como el *Sitio del Polvorista*.

Estos nombres de tejares y viveros transmiten el sabor rural de una comunidad, las pocas gentes que había en las afueras del norte de Madrid al comenzar el siglo XIX, en la que los vecinos vivían alejados unos de otros, cada uno en su parcela, llevando sus propios negocios. Hasta 1830, todo aquello seguía siendo una zona campestre, sin verdaderas concentraciones de casas que permitieran hablar de un pueblo o una aldea. Para encontrar algo similar a un pueblo había que trasladarse a Chamartín de la Rosa, al Pardo o a Fuencarral. Pero allí, en las tierras de Chamberí, sólo había cuatro casas desperdigadas por los caminos. Hasta entonces nadie podía haber deseado instalar su residencia allí a no ser que necesitara espacio para una huerta o un tejar; dentro de Madrid había aún sitio, especialmente tras la gran debacle que había supuesto la ocupación francesa, con todos sus muertos y emigrados. A partir de 1830 las cosas cambiaron. La capital parecía *como una chocolatera que se hubiera dejado sobre las brasas, de la que el chocolate desbordaba y se vertía hacía afuera*, como decía Larra⁵⁴. Nunca antes había vivido tanta gente en la ciudad. Las viviendas empezaban a escasear en los barrios populares y alquilar una habitación en Lavapiés, el barrio de Maravillas o en las cercanías del Hospicio, dejaba de ser barato. Empezaron a llegar gentes que trabajaban en Madrid dispuestas a ocupar alguna de las casuchas bajas y de aire pueblerino que había entre los tejares y las huertas. Los que tenían una parcela en las zonas colindantes a Madrid vislumbraron el posible negocio; además de arrendar las tierras a un tejero o a un labrador, podían sacar beneficios dedicándolas a albergar gentes pobres.

Así surgió el arrabal; por iniciativa de los propietarios de los terrenos. Un puñado de edificios aparecieron en ese tiempo, casas bajas de fabricación barata y construidas sin la intervención de arquitecto alguno ni la supervisión del Ayuntamiento de Madrid. Al principio no se podía sospechar la velocidad con que se multiplicarían este tipo de construcciones; como los tejares, como las huertas, como los viveros hasta entonces allí instalados, las nuevas viviendas de las afueras, no eran objeto de atención de una ciudad siempre más preocupada por lo que sucedía en su interior. Las afueras no eran ciudad; el barrio de *Los Tejares*, no era asunto del Ayuntamiento que no tenía planificado que se construyera ni que se tuviera que gobernar una población más allá de la Puerta de Bilbao. Subsistía la idea de que la vida madrileña debía limitarse al interior de la valla. La realidad era muy distinta. En Madrid estaba aumentando la población por la llegada de familias jornaleras, la necesidad de vivienda a precio barato era acuciante. Gota a gota, pero haciendo río, fueron trasladándose cada vez más personas hacia las

⁵⁴ LARRA, Mariano José de: *Las casas nuevas* (1833), recogido en FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*. La Madrid, La Librería, 2002 (facsimil de la edición de 1876), pág. 729

casas de laperiferia hasta el punto de llamar la atención de las autoridades. Por mucho que se siguiera considerando que el ensanche de población era innecesario, de alguna manera había que controlar lo que estaba sucediendo en las afueras.

En 1837, el regidor municipal Lino Campos tomó cartas en el asunto. En un informe denunciaba cómo *“al paso que se edifica en la población de Chamberí y casas que llaman de Herrera, sólo se alzarán un asilo de gentes de mal vivir; los edificios están contruidos de tierra sin cimientos y dándoles gran elevación sin permiso del Ayuntamiento. Este cuerpo municipal no debe mirar con indiferencia la construcción de unas miserables barracas, asilo de ladrones”*⁵⁵. Lo siguiente fue establecer un plano para la incipiente barriada y fijar unas normas constructivas que, aunque eran bastante menos estrictas que las que regían en el casco antiguo, eran la primera muestra de un cierto interés del Ayuntamiento por controlar y ordenar la urbanización de las afueras de la ciudad. A partir de ese momento sería obligatorio presentar un plano de la fachada de los edificios de nueva construcción firmado por un arquitecto de la Academia. No se trataba de un plan de Ensanche: la intervención del Ayuntamiento en la vida del barrio de los tejares no estaba encaminada a promover la expansión de la ciudad; más bien lo que se procuraba era contener un crecimiento que hasta entonces había resultado desordenado y que podía convertirse en un serio problema futuro si no se le ponía coto.

La intervención del Ayuntamiento no frenó la expansión de Chamberí, sino que más bien la potenció. El plano impuesto a la barriada y las normas constructivas que ahora se exigían, si por un lado añadían costes al fácil y lucrativo negocio de construir casas para pobres, también aportaban un aire de oficialidad a aquellas inversiones. Edificar a las afueras de Madrid dejaba de ser una empresa marginal, un negocio rápido e improvisado para satisfacer una necesidad inmediata. Ahora se podía organizar más seriamente, porque contaba con cierto respaldo municipal. Durante los años 40, al tiempo que el crecimiento de la población de Madrid se intensificaba y que las autoridades rechazaban abrir las puertas a las nuevas construcciones, en Chamberí se fue larvando un Ensanche oculto, una expansión que se desarrollaba silenciosa y discretamente, al margen de los grandes negocios inmobiliarios de la capital⁵⁶. Era en el interior de las cercas donde estaba el gran negocio inmobiliario. Era en el Viejo Madrid donde capitalistas y promotores competían por hacerse con los solares surgidos de la desamortización para construir un gran edificio de viviendas en los antiguos terrenos de un convento o de un palacio de un noble arruinado. El negocio más apetitoso era construir unas casas como las del Cordero en la calle Mayor y alquilarlas a familias burguesas y adineradas que estuvieran dispuestas a pagar lo que fuera por vivir en las cercanías de la Puerta del Sol y tener todo a mano. Lo que sucedía al otro lado de las cercas, en el arrabal de Chamberí, seguía siendo una empresa modesta en la que sólo se embarcaban los propietarios de aquellos andurriales. Empresa modesta pero no por ello menos próspera. En aquellos momentos en Madrid había más familias humildes en busca de una vivienda que gentes acaudaladas solicitando un piso céntrico. Poco a poco las cuatro o cinco casas bajas en una encrucijada de caminos se convirtieron en un verdadero barrio. Mesonero Romanos, al tiempo que se oponía en su proyecto de mejoras en la capital, ya destacaba en 1845 el arrabal de Chamberí como el principal núcleo de población que había extramuros de Madrid. Hacía 1850, un anónimo cronista se maravillaba del progreso del barrio donde se habían *“edificado desde el año 30 al 40 más de doscientas casitas en que habitan en este último año cerca de trescientos*

⁵⁵ “Normas dictando la ejecución de obras en el sitio de Chamberí”, AVM, Secretaría, 3-364-22.

⁵⁶ Las construcciones en la periferia norte que pusieron el germen al arrabal de Chamberí en DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pág. 140 y ss.

vecinos, estimándose a 12 y 17 maravedís el pie de terreno cuando con anterioridad valía sólo medio maravedí o 400 reales fanega de tierra de cabida de cuarenta y cuatro mil pies superficiales”⁵⁷

Sin ser ciudad, sin estar planeada su incorporación en un futuro inmediato, albergando sólo a gentes humildes, los precios en Chamberí subían. No alcanzaban los de los solares de la calle Arenal o de los entornos del Paseo del Prado, pero comenzaban a entrar en la órbita de los suculentos negocios inmobiliarios madrileños. Aunque todavía fuera de reajo, los inversores enfrascados en la reforma interna de Madrid, empezaron a fijarse en lo que parecía ser un prometedor negocio: crear un barrio a las afueras. No todos los inversores y promotores inmobiliarios eran como Mesonero, empeñados únicamente en seguir exprimiendo beneficios al Viejo Madrid⁵⁸. Los había que no tenían tanto apego al casco antiguo y que no dudaban en comprar terrenos en la periferia. Muchos de ellos habían llegado tarde a las subastas de la desamortización y se habían quedado sin su trozo del alimenticio pastel inmobiliario. Tenían capitales, buscaban colocarlos en inversiones seguras pero los precios en las calles del viejo Madrid ya habían alcanzado cifras desorbitadas. Miraron a las afueras y vieron que había mucha tierra, y no dudaron que algún día allí también surgirían edificios y los precios subirían.

A Chamberí llegaron dos figuras que encarnaron este nuevo tipo de inversor inmobiliario madrileño que decidía abandonar el centro de Madrid y aventurarse en los arrabales. Andrés Arango y Francisco Drake del Castillo eran amigos, aliados políticos y siguieron trayectorias vitales similares. Ambos habían nacido en Cuba, pertenecían a importantes familias industriales que habían hecho grandes fortunas con el comercio colonial y recalaron en Madrid en la misma época y con un mismo objetivo: llegaron a la capital de la Monarquía transatlántica con la intención de representar en los intereses de las fortunas cubanas en las cortes madrileñas⁵⁹. Francisco Drake del Castillo, rico heredero de una casa nobiliaria inglesa y de un importante ingenio de azúcar cubano, era quizá el que mejor estaba relacionado de los dos: había llegado a la capital en 1845 como apoderado del Ayuntamiento de La Habana, en representación de los intereses de los criollos. Contaba con importantes conocidos y amigos en la capital, como el general Serrano. Pronto le fue concedido un título nobiliario, el de Conde de Vegamar, y consiguió ser nombrado senador. Tenía acceso a los círculos de decisión más influyentes del país y no desaprovechó la ocasión para aumentar su patrimonio. Una de las mejores vías que se le ofrecían para fijar y blindar su capital creado en el comercio y la industria del azúcar era la compra de bienes inmuebles en un Madrid en que una parcela de terreno era un lingote de oro.

El Conde de Vegamar no tardó en sembrar su fortuna en las tierras madrileñas y uno de los primeros lugares a los que se dirigió fue a las tierras de Chamberí, donde

⁵⁷ Su Ermitaño, *Reseña histórica de Chamberí. Causas de su prosperidad y medios para su acrecentamiento*, Chamberí, 1852, citado en DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pág. 142.

⁵⁸ Las distintas estrategias inversoras en el mercado de suelo madrileño en las décadas previas al Ensanche en BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina*, Madrid, UCM, 1981, pp. 274-315.

⁵⁹ La trayectoria vital e inversora de estos dos burgueses cubanos en Madrid han sido retratadas por Ángel Bahamonde en diferentes estudios. La participación de Arango en los negocios con el suelo madrileño en BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid 1856-1866*. Madrid, UCM, 1981, pp. 288. Sobre las estrategias inversoras de Francisco Drake del Castillo y el proceso de trasvase de su capital desde los negocios en Cuba a los negocios en España BAHAMONDE, Ángel y CAYUELA, José: *Hacer las Américas. Las elites coloniales españolas en el siglo XIX*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 183-199.

compró parcelas en 1846, que no tardaría en edificar. Orgulloso de su compra, puso nombre a las calles, quedando la principal con el nombre de Paseo de La Habana, en recuerdo del origen del capital que había financiado su compra. La que cortaba en perpendicular con esta fue bautizada con el nombre de calle de Vegamar, dejando así la firma de quién era el propietario de aquellas tierras y aquellos inmuebles. Las viviendas que construyó no reflejaban el lustre y brillo de aquellos nombres: se trataba de un edificio de planta baja y primer piso, de estilo sobrio con una fachada en que no aparecía ningún motivo decorativo ni nada parecido⁶⁰. Como habían hecho los dueños de los tejares unos años antes, lo que pretendía era alquilarlas a familias humildes a un precio bajo que era difícil de encontrar en el interior de la ciudad. Pero que lo hiciera él, un conde y senador, suponía un gran cambio: significaba la irrupción del gran capitalista a las afueras de Madrid. Pues los métodos y las estrategias de Francisco Drake del Castillo no se distinguían de los de los inversores que operaban en el interior de la capital. De hecho, el conde de Vegamar cuando compró aquella finca quería ser como uno de ellos; pocos años más tarde, en 1850, lo lograría y adquiriría los solares de una antigua huerta en las calles Barquillo y Sauco, donde también construyó edificios de vivienda y un palacio para su propia residencia en Madrid⁶¹.

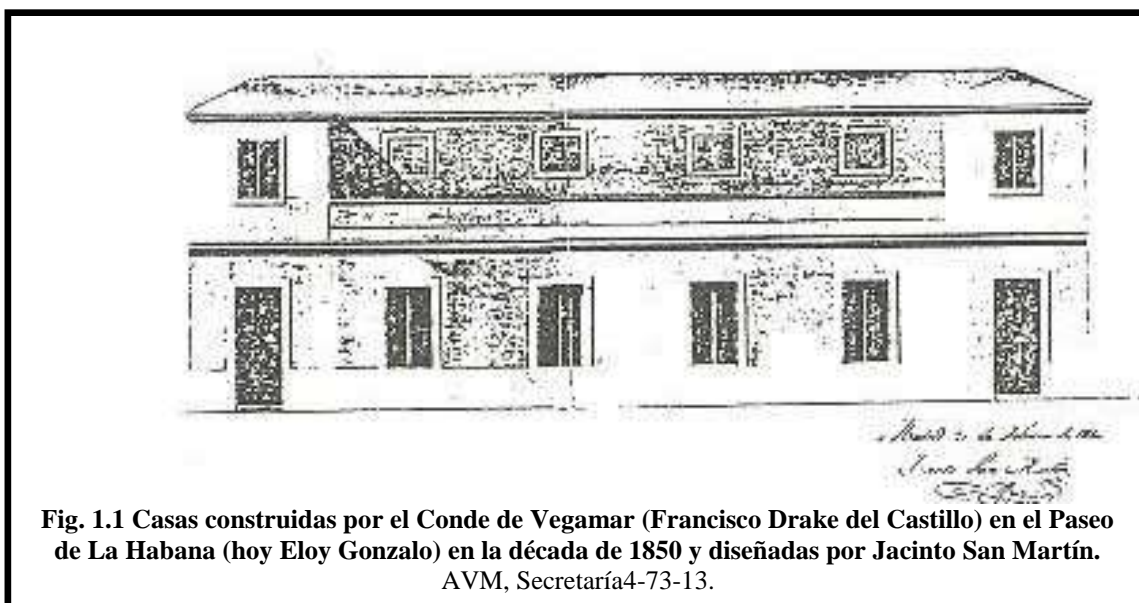


Fig. 1.1 Casas construidas por el Conde de Vegamar (Francisco Drake del Castillo) en el Paseo de La Habana (hoy Eloy Gonzalo) en la década de 1850 y diseñadas por Jacinto San Martín.
AVM, Secretaría4-73-13.

La intervención de personajes como Francisco Drake del Castillo y Andrés Arango, fue determinante para la urbanización en Chamberí. El arrabal abandonó la inicial fase de improvisación y desorden en el que había surgido, y entró en una nueva era de desarrollo en que la zona adquirió los primeros rasgos que permitían considerarla como un barrio urbano. Andrés Arango, que residía en el barrio por temporadas,

⁶⁰ Los planos de las casas construidas por el Conde de Vegamar, en AVM, Secretaría, 4-73-13. DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

⁶¹ La reconstrucción del patrimonio y de las estrategias inversoras de Francisco Drake del Castillo a partir de la información aportada por BAHAMONDE, Ángel y CAYUELA, José: *Hacer las Américas. Las elites coloniales españolas en el siglo XIX*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 183-199, obtenida a partir del Archivo Histórico de Protocolos Notariales, num. 31.325 y 31.340. Aquí se añade además la declaración patrimonial que Drake debió aportar en el momento de su nombramiento como senador y que conserva los archivos del Senado: Archivo del Senado, Expediente personal del Senador Vitalicio D. Carlos Drake y Núñez del del Castillo, Conde de Vega Mar, HIS-0501-03.

contribuyó especialmente a ello. No se limitó sólo a construir viviendas para alquilarlas a familias modestas, también se preocupó de dotar a la barriada de los primeros edificios públicos y los primeros servicios. Arango estuvo detrás de las primeras escuelas que se abrieron en Chamberí, de la construcción de la iglesia, de un convento de religiosas y hasta de un establecimiento de baños hidroterápicos para curar enfermedades nerviosas. Vicente Ors, el primer director de la casa de baños no escatimaba palabras para agradecer a Andrés Arango todo lo que había hecho por el barrio:

“Por fortuna, aunque las bellas frases de salud pública, bien general, filantropía, amor a la humanidad, dicen tan poco al ánimo especulador, hay también en cambio corazones desprendidos y generosos en cuyos sentimientos tienen su eco aquellas recomendables palabras, y el Excmo. Sr. D. Andrés Arango, con un desprendimiento que siempre le honrará, tomó a su cargo la costosa y difícil empresa de erigir este establecimiento hidroterápico, desprendiéndose para ello de algunos de sus mejores edificios y terrenos, e invirtiendo capitales de consideración para dotar de las aguas necesarias las norias que hoy sirven para practicar el sistema.”⁶²

Aparte de todo lo que habían construido, Francisco Drake y Andrés Arango, aportaban algo más y seguramente más importante para el futuro de Chamberí: sus nombres y su prestigio como senadores, nobles y miembros de la elite social madrileña. El respaldo al arrabal de dos personajes de tanto poder e influencia traía prosperidad a sus calles, porque nuevos inversores llegarían dispuestos a imitarlos en sus negocios. Pero además inspiraban la confianza en que el barrio, aunque no hubiese sido planificado por el Ayuntamiento, acabaría siendo reconocido como parte integrante de Madrid tarde o temprano.

El desborde definitivo del Viejo Madrid y la creación del Ensanche.

Al acercarse al ecuador del siglo XIX, Madrid ofrecía estas dos caras. Por un lado se insistía en que la ciudad permaneciera en sus límites, tanto físicos como demográficos, intentando poner coto al crecimiento alimentado por la inmigración. El Ayuntamiento se oponía al ensanche y dictaba normas de expulsión para frenar la llegada de nuevos habitantes. Por otro lado, las reformas en el interior de la ciudad posibilitadas por la desamortización habían creado un próspero mercado inmobiliario que atraía a nuevas masas de trabajadores de otras provincias. La construcción se convertía en Madrid en el motor de su crecimiento económico y de la ampliación de su mercado laboral, supliendo con creces el papel que las fábricas cumplían en otras ciudades. La propia expansión de los negocios inmobiliarios provocó la ruptura de las fronteras madrileñas y fue surgiendo un nuevo Madrid a las afueras. El mejor exponente era el arrabal de Chamberí, surgido sin la planificación del Ayuntamiento pero con su consentimiento, que al poco tiempo de su fundación ya estaba llamando a las puertas de la capital para ser reconocido como un barrio más. Entre estas dos caras de la ciudad, el Viejo Madrid que pugnaba por perpetuarse y el nuevo Madrid que surgía a su pesar, existía un precario equilibrio que se mantuvo hasta mediados de siglo. Pero pronto se

⁶² ORS Y ORS, Vicente: *El agua fría o el remedio de Grafenberg y sus aplicaciones en Chamberí. Tratado teórico práctico de Hidroterapia, escrito al alcance de todas las inteligencias*, Madrid, Imprenta de Don Pedro Montero, 1852.

rompería a favor del arrabal: en la década de 1850 varias señales indicaban que había llegado el momento de asumir la creación de un Madrid nuevo, conforme a los ritmos y las necesidades de una ciudad que había cambiado.

La apuesta por el Viejo Madrid y el rechazo a poner en marcha un ensanche se mostró muy pronto como un error. En 1846 se había rechazado el proyecto de ampliación urbana de Juan Merlo y se había optado por el de Reformas Generales del casco viejo que elaboró Mesonero Romanos; en 1848 se desató una grave crisis financiera en Madrid que tuvo como protagonista, entre otras, a la sociedad *La Propietaria*, que había surgido como el primer ensayo de gran empresa dedicada al negocio inmobiliario en el casco antiguo. Aunque el bache de 1848 se enmarcaba dentro de un contexto general de crisis económica europea, el fracaso de la Propietaria y de otras sociedades similares demostraba el agotamiento del negocio inmobiliario en el casco viejo madrileño⁶³. Se hacía necesario cambiar algo si se quería mantener el filón de beneficios descubiertos en el ladrillo. Y de hecho ya había quien había optado por una nueva forma de hacer negocios con el suelo: Andrés Arango y Francisco Drake se habían escapado de la crisis al haber situado sus compras fuera del Viejo Madrid, en el nuevo barrio que habían empezado a construir en las afueras.

La recuperación de la crisis tuvo un importante impulso en las autoridades y en los inicios de grandes obras públicas. Hasta entonces las reformas en el casco antiguo no habían respondido a un verdadero plan urbanístico, sino que habían sido más bien la consecuencia azarosa de los derribos producidos por las desamortizaciones. Las reformas que se habían producido en el trazado de calles y plazas no se habían llevado a cabo siguiendo una concepción general de la ciudad. Cuando se había ensanchado una calle o abierto una plaza era porque se había presentado la ocasión propicia para ello, generalmente la desamortización de alguna parcela o edificio. En 1853, en cambio, el Ayuntamiento impulsó un proyecto que marcaría un punto y aparte en la evolución urbanística de Madrid: la reforma de la Puerta del Sol que pretendía hacer de un estrecho cruce de caminos una gran plaza que ordenara la vida madrileña⁶⁴. Era un ataque al Viejo Madrid, un intento de modernizar el centro gravitatorio de la ciudad para beneficiar al conjunto de las calles y barrios de la capital. Era una ruptura con el pasado en la que el Consistorio no escatimaría esfuerzos. Desde el concurso público para decidir el diseño hasta la voluntad firme de expropiar edificios de particulares para derribarlos en beneficio del bien común, todo resumaba un aire de novedad en el proyecto. Nunca se había hecho algo tan grande en la ciudad.

La reforma de la Puerta del Sol fue el primer paso de la larga marcha que emprendió el Ayuntamiento de Madrid por el camino de las obras públicas. A partir de entonces, y como cualquier otra gran ciudad europea, nunca ha dejado de estar embarcada en algún gran plan de reforma, expansión o revitalización urbanas. Fue el descubrimiento de un nuevo filón que tenía la virtud de resolver muchos de los

⁶³ La crisis de 1848 en Madrid y sus repercusiones en el mercado inmobiliario en BAHAMONDE MAGRO, Ángel, y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 28-29.

⁶⁴ NAVASCUÉS PALACIOS, Pedro: "Proyectos del siglo XIX para la reforma urbana de la Puerta del Sol", *Villa de Madrid*, n° 25, (1968), pp. 64-81; QUIRÓS LINARES, Francisco: "La construcción del centro urbano: política y especulación en la reforma de la Puerta del Sol (1853-1862)", *Ería: Revista cuatrimestral de geografía*, n° 4, (1983), pp. 81-91. ARNÁIZ GORROÑO, María José: "Un ejemplo de intervención en la ciudad decimonónica: la Puerta del Sol de Madrid" en BONET CORREA, Antonio (coord.): *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano: segundo simposio*, 1982, Madrid, Universidad Complutense, 1985, Vol. 2, pp. 969-992. RUIZ PALOMEQUE, Eulalia: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1976, pág. 215 y ss.

problemas que aquejaban a la economía de la ciudad. La crisis de 1848 había sacudido un mercado laboral madrileño en que una buena parte de los trabajadores dependían de las obras de construcción para su sustento. De los tajos no sólo dependían los jornaleros inmigrantes, que eran cada vez más numerosos, sino buena parte de un artesanado especializado en las artes que rodeaban la edificación: de albañiles a carpinteros y ebanistas, pasando por herreros, cerrajeros o pintores⁶⁵. La puesta en marcha de las grandes obras de la Puerta del Sol generó un gran número de empleos para un largo periodo de tiempo, absorbiendo parte del paro que amenazaba a las clases trabajadoras. Al mismo tiempo, la gran empresa ofrecía un negocio seguro para los inversores: la recuperación de su capital estaba garantizado por el cliente más cumplidor que se podía desear, la Administración.

En fin, la obra pública aunaba las virtudes de generar un volumen de empleo relativamente estable para los trabajadores de la construcción y ofrecer un campo de inversión y negocio seguro para los capitalistas. A la Puerta del Sol le seguirían nuevos proyectos que garantizaron que la economía madrileña tuviera siempre un plato nutritivo en su alimentación diaria. La segunda gran apuesta fueron las obras de traída de agua del Lozoya por el Canal de Isabel II⁶⁶. No se trataba sólo del gran número de trabajos en la construcción de las presas en la sierra madrileña y de los acueductos que se dirigían hacia la ciudad. Había que construir los depósitos en la ciudad, y una vez disponible el agua corriente en el centro de Madrid, iniciar las obras para suministrarlo a las viviendas y desalojar las aguas residuales. Aunque no siempre con el mismo volumen de actividad, los trabajos relacionados con la gestión básica del agua en la capital se extendieron hasta más allá del inicio del siglo XX, garantizando trabajo para los jornaleros y albañiles y ganancias para los contratistas e inversores⁶⁷.

Las dos grandes reformas urbanísticas emprendidas en los años 50 no nacían únicamente por cálculo económico. También respondían a una nueva sensibilidad hacia las condiciones de vida urbana⁶⁸. Igual que a comienzos del siglo XIX se había decidido expulsar los cementerios del interior de la ciudad, había otros rasgos que caracterizaban la vida en el Viejo Madrid que comenzaban a resultar inaceptables. Y entre ellos, el que más temor y repulsa creaba entre las autoridades e higienistas era el estado de hacinamiento en que vivían las clases populares. La traída de aguas del Lozoya era el reconocimiento oficial de que Madrid había crecido y que lo seguiría haciendo por muchos más años. El número de habitantes que había alcanzado la capital hacía inviable

⁶⁵ NIETO SÁNCHEZ, José Antonio: *Artisanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid, 1450-1850*, Madrid, Fundamentos, 2006.

⁶⁶ ESPINOSA DE ROMERO, Jesús y GONZÁLEZ REGLERO, Juan José (coords.): *1851. La creación del Canal de Isabel II*, 2 vols., Madrid, Fundación del Canal Isabel II, 2001.

⁶⁷ El abastecimiento de agua a la población de Madrid seguía estando poco capilarizado y presentaba graves problemas para la salud por el gran número de filtraciones del Canal de Isabel II. Así lo denunciaba Hauser en su estudio pormenorizado de las condiciones higiénicas de la vida en Madrid. HAUSER, Philip: *Madrid bajo un punto de vista médico-social*, 2 vols., (edición a cargo de Carmen del Moral, Madrid, Editora nacional, 1979), vol. 1, pp. 257-311.

⁶⁸ Patrick Joyce ofrece una nueva lectura de la reforma urbana en el siglo XIX como un proceso que, además de responder a intereses económicos y a necesidades meramente físicas, respondía también a un proyecto de regular el comportamiento social de los habitantes de las ciudades para ajustarlo a la moral del liberalismo triunfante. Así, por ejemplo, el nuevo uso del agua a través del abastecimiento a los hogares particulares buscaba la difusión de un concepto de privacidad en determinados comportamientos sociales; la reforma de los mercados y la reglamentación del comercio aunaba preocupación higiénica con la intención de eliminar un espacio, el mercado, sospechoso por su carácter liminar en que concurrían todas las clases sociales. Véase su capítulo "The water and the blood of the city. Naturalising the governed" en JOYCE, Patrick: *The Rule of Freedom. Liberalism and the modern city*. London – New York, Verso, 2003, pp. 62-97.

que se mantuviera el viejo sistema de distribución de agua que dependía de las escasas fuentes públicas y del trabajo de los aguadores que las repartían por los hogares. Si se quería evitar la escasez de agua y los problemas de higiene que venían asociados, se debían acometer las grandes obras de canalización y evacuación que otras grandes ciudades europeas ya habían comenzado⁶⁹.

Las reformas de la Puerta del Sol tenían otro objetivo: querían descongestionar el centro de la ciudad que a base de amontonar edificios y personas, había ido adquiriendo un aspecto amenazante. No sólo se trataba de atajar los problemas higiénicos del hacinamiento, sino también de prevenir los problemas sociales que podían causar tantos pobres juntos. Se debía evitar lo que había sucedido en otras grandes ciudades en las que el casco antiguo se había degradado de la misma manera. No se podía esperar a que la situación alcanzase los límites del París de 1848. Era necesario actuar como los gobernantes de la capital francesa. Desde que había llegado Napoleón III al poder, se había esforzado por abordar una profunda remodelación del corazón de París cuyos principales objetivos eran acabar con la peligrosa aglomeración popular del centro de la ciudad (los alrededores de Nôtre Dame y del Hotel de Ville) y abrir grandes vías de tránsito, los boulevards, que permitieran una más rápida circulación al tiempo que impidieran la formación de barricadas⁷⁰. Madrid necesitaba algo parecido, y el proyecto para la reforma de la Puerta del Sol, seguía ese camino, aunque las obras propuestas fueran de una menor envergadura que en el caso de la capitl francesa.

Apenas se estaban discutiendo en Madrid los dos grandes proyectos de ingeniería y construcción del Canal del Lozoya y la reforma de la Puerta del Sol, cuando la crisis de 1853 y 1854 vino a confirmar su conveniencia y su urgente necesidad. De nuevo en 1853 hizo acto de presencia una de las catástrofes epidémicas que de manera cíclica asolaban la ciudad. El cólera morbo se empezó a extender por los barrios populares, dejando su rastro de muerte y pánico. La enfermedad se instaló en las calles madrileñas hasta 1855, causando casi cuatro mil muertos⁷¹. El siguiente paso fue el aumento del precio del trigo, que pronto se tradujo en un alza de los precios del pan en la capital. A la enfermedad y a la carestía, se unió la paralización de las obras recién iniciadas del Canal de Isabel II, arrojando al paro a un gran número de trabajadores, cuyas familias ya vivían en una extrema situación de escasez. El hambre, la miseria y la enfermedad crearon el malestar popular en el que la mecha de la revolución prendió fácilmente. En el verano de 1854, durante la crisis política que abrieron la Vicalvarada y el Manifiesto del Manzanares, las barricadas surgieron en el centro de Madrid. El pueblo se levantó, y aunque primero siguieron a las elites progresistas que habían desencadenado la revuelta, pronto hicieron vida propia. Lo que asustaba no era sólo que las reclamaciones de los jornaleros, artesanos y menestrales fueran más radicales que las de los líderes políticos. Era su comportamiento lo que causaba pavor. Entre el 17 y 19 de julio de 1854, Madrid vio emerger una masa urbana incontrolable entregada a desmanes temibles: los enfrentamientos entre revolucionarios y las fuerzas del orden público frente al Ayuntamiento o la Casa de Correos, en la misma Puerta del Sol, fueron seguidos por los asaltos e incendios a las casas y residencias de figuras prominentes de

⁶⁹ Para la modernización del abastecimiento y de la evacuación de aguas en las ciudades europeas, PINOL, Jean-Luc y WALTER, François: "La gestion des villes" en PINOL, Jean-Luc (dir.): *Histoire de l'Europe Urbaine. Vol. II. De l'Ancien Régime à nos jours*, Paris, Seuil, 2003, especialmente pp. 192-197.

⁷⁰ Existe una muy abundante bibliografía sobre las reformas de Haussman en el París de Napoleón III; es esencial el estudio de GAILLARD, Jeanne: *Paris, la ville (1852-1870)*, Paris, L'Harmattan, 1997 (texto originalmente presentado como Tesis de Estado en 1975). Una clara introducción en MARCHAND, Bernard: *Paris, histoire d'une ville (XIX^e-XX^e siècle)*, Paris, Éditions du Seuil, 1993, pp. 75-101.

⁷¹ FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Vicens Vives, Barcelona, 1985.

los últimos gobiernos moderados de Isabel II. Fueron atacadas las casas del Marqués de Salamanca, de Sartorius, de Collantes, del conde de Vistahermosa, del gobernador civil Conde de Quinto y hasta el Palacio de Rojas, residencia habitual de María Cristina⁷².

El incendio se apagó cuando los generales Evaristo San Miguel y Baldomero Espartero tomaron las riendas del gobierno de la capital y del país. El recuerdo de aquellas jornadas debió de quedar fuertemente impreso en la memoria de los madrileños. Si todavía subsistía alguna duda sobre la conveniencia de las reformas de la ciudad, tras la grave crisis de 1854 desaparecieron. Madrid había entrado en una nueva era. Las gentes de la ciudad habían cambiado; España entera había cambiado y era necesario adaptar las calles de la capital a los nuevos tiempos. Sobre todo porque se esperaban todavía más transformaciones en los años siguientes. Los gobiernos moderados surgidos de 1854 abrazaron el futuro sin vacilaciones: la gran empresa del ferrocarril, que ya había transformado la vida en otras naciones europeas, echó a andar en España. A nadie se le escapaba cuánto iba a afectar a la capital la puesta en marcha del tendido ferroviario. Madrid era ya el centro de las carreteras y de los sistemas de diligencias del país; las últimas décadas había visto llegar cada año más y más gente procedente de todas las provincias. Ahora Madrid sería, si era posible, más centro de España, porque todas las vías y las rutas ferroviarias confluían hacia ella. Las locomotoras no podían sino intensificar el volumen de gentes que llamarían a las puertas de la capital y había que evitar que las riadas de inmigrantes pillaran a la ciudad desprevenida⁷³.

El ferrocarril supuso el tiro de gracia para el *Viejo Madrid*. Ya era imposible mantener por más tiempo la vida de la capital dentro de las centenarias tapias de Felipe IV. Una serie encadenada de cambios habían provocado la disolución de aquella ciudad que vivía apegada a los tiempos anteriores al 2 de Mayo. Primero había sido la inmigración, con su constante flujo de habitantes a la capital y que había hecho que la población alcanzase los 280.000 habitantes en 1857, dentro de un recinto que no estaba pensado para más de 200.000. La ciudad se había llenado, desbordaba por sus tapias, los edificios no podían crecer más en altura y sus habitantes sufrían: el elevado precio de los alquileres, las dificultades de las clases populares para encontrar vivienda, el hacinamiento, las malas condiciones higiénicas, las epidemias y la revuelta popular eran tantas otras razones para declarar la situación de Madrid como insostenible. No todo había sido tan dramático; en la primera mitad del siglo XIX y en este clima de cierta crisis urbana, la incipiente burguesía madrileña había descubierto las virtudes y los beneficios del negocio inmobiliario. Gran parte de los esfuerzos inversores y las operaciones especulativas de la época se dirigieron a explotar la oferta de viviendas madrileñas en los nuevos terrenos que había puesto sobre el tapete la desamortización. En 1850 aquel bullente negocio había perdido fuerza: el suelo escaseaba y era difícil sacarle más partido al alquiler de viviendas en el casco viejo, que ya era caro e inaccesible para una buena parte de la población de la capital. Pero había quien había

⁷² La Revolución de 1854 en Madrid en URQUIJO GOITIA, José Ramón: *La revolución de 1854 en Madrid*, Madrid, Instituto de Historia “Jerónimo Zurita”, 1984; los ataques e incendios a las residencias de miembros de los gobiernos de Isabel II son citados en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A: *Historia de España siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 1998, pág. 311.

⁷³ BAHAMONDE MAGRO, Ángel (dir.): *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España, 1700-1936: el correo, el telégrafo y el teléfono*, Madrid, Ministerio de Obras Públicas, Transporte y Medio Ambiente, 1993. MADRAZO MADRAZO, Santos: *El sistema de comunicaciones en España, 1750-1850*, Madrid, Turner, 1984. MADRAZO MADRAZO, Santos y FRAN ROSALES, Esperanza: “El transporte por carretera, siglo XVII-XX”, en *Transportes, Servicios y telecomunicaciones*, nº 1, (2001), pp. 31-53; MADRAZO MADRAZO, Santos: *La edad de oro de las diligencias: Madrid y el tráfico de viajeros en España antes del ferrocarril*, Editorial Nerea, 1991.

trasladado ya las prácticas especulativas e inversoras más allá de las cercas; un puñado de pioneros estaban haciendo un negocio modesto pero lucrativo con la urbanización de los alrededores de la ciudad. El tiempo les daba la razón: la traída de aguas del Lozoya y las reformas de la Puerta del Sol esbozaban sobre el horizonte un Nuevo Madrid que estaba a punto de nacer. El ferrocarril pondría los medios para que llegaran aun más habitantes a un Madrid que iba a ser más grande y extenso.

En 1854 la situación de Madrid se había convertido en un problema nacional. El gobierno central miraba con creciente desconfianza a la ciudad que le servía de capital y en la que residía la reina Isabel II. Había que dar solución al problema del crecimiento urbano de Madrid, que durante tanto tiempo el Ayuntamiento había rehusado afrontar. Fue el Ministerio de Fomento el que tomó la iniciativa: la Gaceta del 14 de abril de 1857 publicaba el Real Decreto en el que se autorizaba la formulación de un proyecto de ensanche para Madrid que debía ser elaborado por el propio ministerio, de acuerdo con el Ayuntamiento y la Diputación Provincial. Claudio Moyano, firmante del decreto y titular del Ministerio de Fomento, señalaba en el texto la urgencia de la reforma: *“El aumento de la población que en estos últimos años ha experimentado la capital de la Monarquía, las grandes mejoras que en breve deben plantearse en ella, transformándola, puede decirse, por completo, y sobre todo, las nuevas necesidades creadas por los adelantamientos del siglo, reclaman imperiosamente el Ensanche de la Corte.”*⁷⁴ El Ministro señalaba en el texto muchos de los cambios que se habían producido en la capital, de los que quizá los más vitales se debían al Ministerio: la traída de aguas y la llegada del ferrocarril. Al mismo tiempo subrayaba las carencias de una ciudad que se había negado de forma empechinada a su transformación: *“No existiendo en Madrid más que un solo centro de población, en él se aglomeran los habitantes, contribuyendo así a que en lugar de extenderse la construcción en sentido horizontal hacia los barrios como sería de apetecer, se mantenga estacionaria en un mismo punto, elevando de día en día el número de pisos de los edificios para hacerlos cada vez más estrechos, incómodos e insalubres.”*

Moyano denunciaba el grave desajuste entre las grandes mejoras que iba a experimentar la ciudad y las “poco satisfactorias circunstancias en que se encuentra la capital de la Monarquía (...), y tan continuas, de tal naturaleza y tan apremiantes exigencias que de día en día nacen en sus habitantes” y consideraba que no podía “dilatarse más la realización del ensanche, como el más pronto y eficaz remedio para que desaparezcan los males presentes y queden satisfechas todas las necesidades de un pueblo civilizado y rico”. Sin hacerlo abiertamente, el ministro centraba sus críticas en el Ayuntamiento, que se había mostrado insensible a las necesidades de la ciudad y no había puesto orden al crecimiento. Las cosas tenían que cambiar. Madrid iba a crecer mucho más y a un ritmo más rápido y los riesgos de la inoperancia eran graves: “si dejando al interés particular la iniciativa, o limitándose cuando más a los trabajos del municipio, se abandona como hasta aquí, al acaso, cuanto se refiere a tan importante cuestión, el ensanche de la capital se llevará a cabo, sin duda, por la fuerza de las circunstancias; pero formándose proyectos aislados en cada extremo de la población, y haciéndose la reforma sin unidad ni concierto; se vendrá a parar a un resultado informe y poco provechoso”. Moyano no exageraba en sus previsiones. De hecho, las necesidades de la población madrileña eran tales y el ahogamiento dentro del casco antiguo tan severo, que hacía tiempo que el ensanche ya había comenzado a construirse fuera de la ley. Para subrayar sus argumentos, blandía un negro pronóstico. De no ponerse en marcha un proyecto de Ensanche dirigido y controlado por el Ministerio, lo

⁷⁴ Real Decreto de 8 de Abril de 1857, publicado en la Gaceta el 14 de Abril de 1857 y recogido en BONET CORREA, Antonio (ed.): *Plan Castro*, Madrid, COAM, 1978, pág. 6.

más probable es que surgieran “barrios como el de Chamberí, que todos hemos visto levantarse [y que] serán para la época presente, a los ojos de futuras generaciones, un triste ejemplo de nuestra falta de previsión y de nuestra incuria.”

La determinación y la urgencia que mostró el ministro Moyano no se tradujeron en una rápida puesta en marcha del Ensanche. Aunque el proyecto fue encargado el 18 de mayo de aquel mismo año de 1857 al ingeniero Carlos María de Castro, el plan definitivo no fue presentado hasta el 19 de Julio de 1860. A los importantes y detallados trabajos de diseño que debió realizar el ingeniero, se añadieron los lentos trámites y los molestos frenazos procesales de una ley de tal envergadura. Mientras tanto, la vida continuaba en Madrid y los presagios del ministro se cumplían; el crecimiento y el desarrollo de la capital adquirían ritmos antes desconocidos y aquel Ensanche fuera de la ley, producto de las necesidades de una población creciente y de la iniciativa de los propietarios de los terrenos, siguió su curso.

Entre la promulgación del decreto que aprobaba el Ensanche y la presentación del proyecto de Castro, la población madrileña experimentó un nuevo estirón. En el padrón de 1857 se registraban 281.000 habitantes, que ya eran 298.000 en el de 1860. Las razones de este despegue demográfico estaban de nuevo vinculadas a un incremento de la inmigración. Nuevas corrientes de trabajadores encaminaban sus pasos a Madrid, en contingentes más populosos todavía que en las décadas precedentes. Había nuevas razones para que más gente huyera de la pobreza en el mundo rural: la desamortización de los bienes comunes realizada por Madoz había introducido importantes cambios en la titularidad y disfrute de las tierras en muchas comunidades y se había acrecentado así la situación de pobreza de muchos campesinos. Como tantas otras veces en el pasado, acudieron a uno de los destinos más esperanzadores para escapar de la miseria y de la falta de trabajo: las grandes ciudades. También había nuevas razones para que, vinieran de donde viniera, los jornaleros eligieran Madrid como destino. A pesar de que la vida fuese cara en la capital, el trabajo abundaba en aquellos años. Claudio Moyano había intuido muy acertadamente el impacto que iban a suponer las grandes reformas de la capital. La puesta en marcha de las obras de la Puerta del Sol, del Canal de Isabel II y, sobre todo, la gran actividad que rodeaba el lanzamiento del ferrocarril, que tenía su epicentro en la capital española, generaron tal demanda de trabajadores en las calles de Madrid que se puede hablar para estos años de una situación de ausencia de paro. Era la edad de oro del trabajo jornalero: los sueldos subían para los trabajadores manuales sin cualificar y a veces era tanta la escasez de mano de obra que, en ocasiones, el Estado se vio en la necesidad de sacar los presos de las cárceles para emplearlos en los trabajos del Canal de Isabel II⁷⁵. Dadas las condiciones de vida en el mundo rural, donde las crisis de subsistencia cíclicas y los nuevos cambios en las relaciones de propiedad dibujaban un negro horizonte para los trabajadores, era lógico que muchas familias decidieran acudir a aquel cuerno de la abundancia que parecía haber surgido en Madrid.

Las consecuencias inmediatas para la ciudad fueron también las adelantadas por Claudio Moyano. Era imposible recibir ya más habitantes en el saturado casco viejo y a pesar de la sombra de duda que pesaba sobre los arrabales, estos crecieron espectacularmente durante aquel tiempo. Y el que más creció fue Chamberí, que ya contaba con un importante caserío y en el que la vida urbana había adquirido cierta vitalidad en los años precedentes gracias al impulso de propietarios como Andrés

⁷⁵ BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)” en *Estudios de Historia Social*, 15, (1980), pp. 143-175.

Arango y Francisco Drake⁷⁶. Los esfuerzos realizados por estos prohombres no debieron ser suficientes, porque entre la opinión pública madrileña, muy sensible ya a los problemas que generaba el crecimiento de la ciudad, cundía una cierta fama negativa del barrio. No sólo eran las palabras despreciativas que le había dedicado Moyano en el decreto, que lo consideraba un “*triste ejemplo de nuestra falta de previsión y de nuestra incuria*”. Chamberí, barrio de gentes pobres y trabajadores humildes, de inmigrantes que vivían en casas baratas y mal construidas, ofrecía una imagen sospechosa, marginal y hasta criminal.

Buena muestra de ello es la manera en que se describió el barrio en varios periódicos de la capital el 10 de Noviembre de 1858, cuando los atracadores de una diligencia asaltada el mes anterior, fueron apresados en las calles del arrabal:

*“Ya están en la cárcel los nueve salteadores que a fines de octubre robaron en Aravaca de Pozuelo a los viajeros que iban en la diligencia de León. A las cuatro horas de haber cometido el robo, fueron presos siete en el barrio de Chamberí, donde vivían; el otro fue aprehendido días después en Madrid, y el último, llamado el Fraile, lo fue ayer en una casa de la calle de la Comadre, donde se le encontraron 25.000 reales. (...) es indispensable ejerzan particular vigilancia sobre dicho barrio de Chamberí, albergue de todos los salteadores de estas inmediaciones.”*⁷⁷

Chamberí, el próspero arrabal que habían embellecido Arango y Drake a principios de 1850, era una *cueva de ladrones* al final de la década, el escenario ideal para los crímenes descritos por Ventura de la Vega en sus sainetes. La imagen que retrataba *El Diario Español* era sin duda un tanto exagerada, pero respondía a un sentimiento cada vez más extendido entre los madrileños: el desarrollo del arrabal, a pesar de los esfuerzos de los propietarios de aquellos terrenos y de los promotores que se habían embarcado en su construcción, estaba alcanzando un cierto grado de descontrol. Ya no se trataba de unas cuantas casas en una encrucijada de caminos, de unos tejares dispersos entre los descampados y de una quinta de recreo adosada a dos pequeñas fábricas. En los terrenos a las afueras norte de la capital ya se contaban 5.000 habitantes⁷⁸. En su mayoría eran trabajadores humildes, muchos de ellos jornaleros inmigrantes que habían dado con sus huesos en la capital atraídos por la abundancia de empleo en las obras públicas o expulsados por la pobreza de sus pueblos de origen. Se habían instalado en una zona marginal, un barrio que desarrollaba su vida al margen de Madrid, y por el que el Ayuntamiento apenas mostraba interés, y en el que apenas invertía esfuerzos para mejorarlo. Tenían que ser los propios habitantes de aquellas apartadas calles los que se preocuparan de dotarlo de los servicios más básicos y necesarios. Por mucho empeño que le pusieran los personajes distinguidos que habían puesto a Chamberí bajo su protección y que habían tratado de ordenarlo hasta entonces, la tarea se les escapaba de las manos. La mejor demostración había sido lo ocurrido con

⁷⁶ Una comparación entre los ritmos de crecimiento demográfico de los diferentes barrios madrileños en las décadas previas al Ensanche es ofrecida por BRANDIS, Dolores: *El paisaje residencial de Madrid*, Madrid, MOPU, 1983.

⁷⁷ *El diario Español*, 10 de Noviembre de 1858, un relato muy parecido también puede hallarse el mismo día en *La España*.

⁷⁸ 5.007 habitantes según los cálculos tras el examen del padrón municipal de 1860 en los territorios del Ensanche Norte, cifra que ya fue publicada en PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El distrito de Chamberí 1860-1880. El nacimiento de una ciudad*, Madrid, UCM, 2004, E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es:6237. Datos a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860.

la Iglesia parroquial de Chamberí⁷⁹. Para su construcción no se había contado ni con la iniciativa ni con la financiación oficiales. Fueron los propios vecinos los que promovieron por suscripción popular. Habían organizado varias corridas de toros y funciones de teatro benéficas; la construcción se alargó durante años y el resultado fue decepcionante. Había quien la calificaba de *ruinosa*, como Mesonero Romanos, y quien, con más acidez, se burlaba de sus torres torcidas⁸⁰.

La iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel resumía a la perfección la forma en que había surgido Chamberí. Era un edificio imponente por su tamaño, una gran mole que sobresalía entre las casas pobres y bajas que la rodeaban. Situada en el lindero del camino que partía de las puertas de Santa Bárbara hacia los Cuatro Caminos (la actual calle de Santa Engracia), era inevitable que se la encontraran todos aquellos que decidían entrar a Madrid por el norte. Todo lo que tenía de grande le faltaba en elegancia. La iglesia de Chamberí era un edificio sobrio, sin apenas decoración en su fachada, que palidecía si se la comparaba con las viejas y castizas parroquias del casco viejo madrileño. Se notaba que el Ayuntamiento no había estado detrás de su construcción, como no había estado detrás de la urbanización del barrio. Los ediles habían tenido que aceptar su existencia, como tenían que asumir la de las gentes que vivían a su alrededor.

La iglesia era demasiado grande para ignorarla, como tampoco era posible ya seguir considerando a sus feligreses y al resto de los vecinos del arrabal como gentes ajenas a la ciudad. En 1858, cuando arreciaban las críticas al estado lamentable en que se encontraba Chamberí, cuando Claudio Moyano lanzaba sus dardos contra aquel ejemplo de *incuria* y *desidia*, y los periódicos lo denunciaban como un asilo de ladrones, el Ayuntamiento se hizo presente en el arrabal. Fue entonces cuando los servicios públicos más fundamentales comenzaron a ser suministrados a los habitantes de aquellas calles, que hasta entonces habían tenido que arreglárselas entre ellos. Los ediles parecieron preocuparse repentinamente por la suerte de aquellos vecinos y comenzaron a aplicar en Chamberí las medidas para aliviar la pobreza y las malas condiciones de vida de las clases populares que ya eran generales en toda la ciudad. Así lo demostraba el que a partir de Octubre de 1858 comenzara a funcionar la Junta Parroquial de Beneficencia de Chamberí, encargada de repartir socorros en alimentos y organizar la asistencia médica de los enfermos pobres entre la población del barrio⁸¹.

Las juntas parroquiales de Beneficencia existían en Madrid desde tiempos de Carlos III⁸². Las formaban los personajes más ilustres de cada barrio y solían estar encabezadas por el cura de la parroquia correspondiente. Su función era aliviar las

⁷⁹ CASTILLO GONZÁLEZ, Jaime: *La Iglesia de Chamberí*, Madrid, Edieco, 1999.

⁸⁰ Lo de las torres torcidas lo dijo, según la leyenda, el cura Merino cuando le conducían hacia el Campo de Guardias para ejecutarlo y es recogido, entre otros por CASTILLO, Jaime: *Calles y recuerdos de Chamberí*, Madrid, Editorial Chamberí, 1997.

⁸¹ La puesta en marcha de la Beneficencia en Chamberí en PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “La ciudad frente a la pobreza: la acción social del municipio madrileño a través de las juntas parroquiales en 1860” comunicación en *Los Sierra Pambley y su tiempo. Las ideas reformistas en la España del siglo XIX: de la Ilustración a la crisis de la Restauración*. León, 3-6 de Mayo de 2005 y en PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Marginación, pobreza y delincuencia en el Madrid de la segunda mitad del XIX: una aproximación microhistórica” en CASTILLO, Santiago y OLIVER, Pedro: *Las figuras del desorden: heterodoxos, proscritos y marginados*, Madrid, Siglo XXI, 2006. El funcionamiento general de la Beneficencia madrileña, PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “De la caridad entre vecinos a la asistencia social de las masas urbanas: Avance y límites de la modernización del sistema benéfico madrileño, 1850-1910” en *Modernizar España. 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras*, Congreso Internacional, UCM, 2006.

⁸² SÁNCHEZ Y RUBIO, Eduardo: *Historia de la Beneficencia Municipal de Madrid y medios de mejorarla*. Madrid, 1869.

necesidades de los vecinos del barrio a través de la caridad de los más adinerados. La junta se reunía con cierta periodicidad; las elites daban su limosna y los miembros de la junta decidían como repartirla entre los necesitados. Obviamente, las juntas de las diversas parroquias de Madrid funcionaban de modo muy distinto, y existían grandes diferencias en los recursos de los que disponían. Con todo, el sistema se había mostrado efectivo para combatir los efectos más crudos de la pobreza y por eso, este tipo de organización fue integrada en la ley general de Beneficencia promulgada por el Estado en 1849⁸³. El sistema de asistencia a los pobres en Madrid salió reforzado y cuando en 1855 se publicó el Reglamento de la Ley, las juntas parroquiales fueron incorporadas al sistema benéfico madrileño. Madrid quedó dividida en cuatro distritos de Beneficencia; dentro de cada distrito la organización se articulaba a través de las juntas parroquiales que, si bien seguían financiándose en parte con las aportaciones de los vecinos más distinguidos de la zona, comenzaron a recibir caudales de los presupuestos municipales. Más importante quizá era que el Ayuntamiento también les asignaba un médico titular y un farmacéutico, con el que firmaba una concesión para el suministro de los medicamentos. Se estaba creando en la ciudad un importante ramo de la administración municipal que contribuiría decididamente a la articulación de los servicios públicos y a la integración de los distintos barrios en el conjunto de Madrid.

La designación de una junta parroquial para Chamberí en Octubre de 1858 suponía un cambio trascendental para sus vecinos. Suponía el reconocimiento por parte del Ayuntamiento de que el arrabal existía y que era parte integrante de la ciudad. La iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel quedaba convertida ahora en un edificio semipúblico: su párroco titular, Ángel Barra, no sólo daba misa sino que pasaba a ser un agente del Ayuntamiento que debía mediar entre las preocupaciones y necesidades de sus fieles y las autoridades de la Casa de la Villa⁸⁴. Pronto llegó Benigno Castro, el joven farmacéutico que instaló su botica en la calle Santa Feliciano y que debía sentirse feliz ante el futuro que se abría ante las puertas de su local. Él iba a ser el encargado de suministrar medicinas en aquel barrio virgen, populoso, habitado por gentes humildes; iba a tener una abundante clientela y un pagador muy seguro, el Ayuntamiento, que subvencionaría los emplastes, vendas y drogas que los vecinos de Chamberí necesitaban. Benigno Castro y Antonio García Solís, el médico numerario del Ayuntamiento que instaló su residencia en la casa adyacente a la farmacia, fueron bien recibidos por los vecinos ilustres del barrio. Andrés Arango, Francisco Drake del Castillo, el director de la Fábrica de Tapices Livinio Stuyck o el párroco Ángel Barra debían sentirse satisfechos. El médico y el farmacéutico, a los que pronto se unieron los maestros de la escuela de niños y de la de niñas, eran la vanguardia de futuros desembarcos de funcionarios y empleados municipales en un barrio hasta entonces abandonado. Podían confiar en que en breve llegarían más guardias de policía urbana, serenos, que las calles irían viendo aparecer el alumbrado público, que los jardineros del Ayuntamiento pasarían más a menudo por los paseos de las afueras, en definitiva, que hasta el agua corriente, que acababa de llegar a la Puerta del Sol, también aparecería en Chamberí y que el barrio tendría sus propias fuentes públicas. Por fin, Chamberí sería Madrid y se comenzaría a limpiar el nombre de un arrabal que a pesar de los esfuerzos

⁸³ *Reglamento general para el ejercicio de la Beneficencia Municipal de Madrid : aprobado por S. M. en 27 de Agosto de 1858*, Madrid, Oficina Tipográfica de los Asilos de San Bernardino, 1858. El conjunto del marco legislativo en MAZA ZORRILLA, Elena: *Pobreza y beneficencia en la España contemporánea*, Barcelona, Ariel, 1999.

⁸⁴ La actividad de Ángel Barra y sus relaciones con Ayuntamiento y Diputación en PALLOL TRIGUEROS, Rubén: "Marginación, pobreza y delincuencia en el Madrid de la segunda mitad del XIX: una aproximación microhistórica" en CASTILLO, Santiago y OLIVER, Pedro: *Las figuras del desorden: heterodoxos, proscritos y marginados*, Madrid, Siglo XXI, 2006.

de sus fundadores por mejorarlo y embellecerlo, aparecía demasiado frecuentemente en la prensa asociado a la pobreza o al crimen.

El reconocimiento del barrio por parte del municipio y la aparición de los primeros servicios públicos en 1858 representaban el triunfo del arrabal y de los que habían apostado por él desde hacía décadas. En la lucha entre un Viejo Madrid que se empeñaba en perpetuarse y un nuevo Madrid que pugnaba por ensancharse, la victoria había caído del lado exterior de las tapias que rodeaban la ciudad. Al fin el Ayuntamiento de la capital española asumía que era imposible seguir viviendo como en los tiempos de Felipe IV, que la vida de los madrileños iba más allá de las viejas puertas de Santa Bárbara, Bilbao y del portillo de Conde Duque. Pero la decisión llegaba tarde y a destiempo y crearía importantes problemas en el futuro. Aquel barrio que había surgido como un ensanche al margen de la ley adquiriría su reconocimiento oficial justo en el momento en que el gobierno de la nación había empezado a diseñar la forma en que se urbanizarían las afueras madrileñas. En el ministerio de fomento, Carlos María de Castro ya estaba dibujando el plano de los nuevos barrios que iban a rodear la capital y que, siguiendo las instrucciones de Claudio Moyano, tenían que evitar resultados como el de Chamberí, ejemplo de las malas prácticas urbanísticas anteriores. La descoordinación entre el Ayuntamiento y el ministerio de Fomento creaba una nueva contradicción en el crecimiento de la ciudad. En los años siguientes tendría que decidirse si se permitía la supervivencia de aquel barrio recién reconocido por el Ayuntamiento, que tenía ya un importante desarrollo de su caserío y en el que los propietarios habían ya invertido muchos esfuerzos y dinero y en el que se habían creado importantes intereses. O si por el contrario, se llevaba a rajatabla el proyecto de ensanche que estaba diseñando Castro para el Ministerio de Fomento y uno de cuyos objetivos era poner fin a vicios urbanos como Chamberí. En 1858 aún no se percibían los perfiles de esta crisis. Para los habitantes del arrabal eran momentos de alegría, porque por fin eran madrileños. Todo cambiaría el día que Castro le diera los últimos retoques a aquella ciudad del futuro que había soñado para que Madrid se convirtiera en una capital digna del moderno Estado que capitaneaba.

CAPÍTULO 2:

LOS NUEVOS BARRIOS DE LA CAPITAL

La ciudad ideal diseñada por el ingeniero Carlos María de Castro

El 19 de julio de 1860 se presentó, al fin, el Anteproyecto de Ensanche para Madrid. La espera había sido larga. Hacía décadas que rondaba por la cabeza de los madrileños la idea de construir barrios en las afueras de la capital y solventar así los problemas de la vivienda de las clases populares. Ya habían pasado casi veinticinco años desde que Juan Merlo había presentado aquel proyecto de Ensanche que fue abortado por el concejal Mesonero Romanos. En los últimos años los defensores de construir un nuevo Madrid en las afueras se habían ido cargando de argumentos: el ferrocarril, las aguas del Lozoya, la inmigración creciente y la revolución de 1854 eran poderosas razones para decir adiós a la vieja Corte y convertir Madrid en una capital digna de la nación. En fin, a partir de 1855 ya no había prácticamente nadie que pensara que las obras para ampliar la ciudad fueran inconvenientes. Sólo quedaba esperar a que Carlos María de Castro, el ingeniero que había sido designado para diseñar el Ensanche y que llevaba más de dos años trabajando en los planos, terminara su trabajo y se pudieran iniciar las obras.

La espera fue larga pero mereció la pena. Aquel 19 de julio de 1860 quedaba aprobado por Real Orden el Anteproyecto de Castro que, además del plano de los nuevos barrios para Madrid, incluía una larga memoria en la que se exponía detalladamente la nueva forma en que debía crecer la ciudad. Se explicaba hacia dónde se debían orientar las calles, la anchura que debían de tener y la altura que debían alcanzar los edificios en cada una de ellas¹. Además se planteaba la distribución de parques, jardines, plazas y edificios públicos a lo largo y ancho de los nuevos barrios. Un plan exhaustivo en los detalles y que suponía un antes y después en la historia de Madrid. Nunca antes se había planificado con tanto adelantamiento el desarrollo urbano de la ciudad; nunca se había proyectado la realización de una reforma de tal envergadura. Aunque se habían puesto en marcha obras de importancia, como lo fueron las de la Plaza Mayor en su tiempo o las de la Puerta del Sol posteriormente², siempre se habían tratado de intervenciones concretas, dando mayor amplitud a una plaza o ensanchando una calle. Las reformas de Madrid que se habían acometido hasta entonces se habían limitado a retocar la realidad, a limar los molestos detalles de un casco antiguo que había crecido sin casi planificación ni dirección. El Ensanche, en cambio, era un intento de construir una ciudad desde la nada, en el que a Castro le había sido

¹ Los rasgos urbanísticos generales del Ensanche de Madrid en la introducción de Antonio Bonet al proyecto BONET CORREA, Antonio (ed.): *Plan Castro*. Madrid, COAM, 1978; en MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982. CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

² Detalles sobre las obras de la Puerta del Sol en RUIZ PALOMEQUE, Eulalia: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*. Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1976. Véanse también los trabajos de ARNAIZ GORROÑO, María José: “Un ejemplo de intervención en la ciudad decimonónica: la Puerta del Sol de Madrid” en BONET CORREA, Antonio (coord.): *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano: segundo simposio, 1982*, Madrid, Universidad Complutense, 1985, Vol. 2, pp. 969-992. NAVASCUÉS PALACIOS, Pedro: “Proyectos del siglo XIX para la reforma urbana de la Puerta del Sol”, *Villa de Madrid*, nº 25, (1968), pp. 64-81.

encargado el papel de demiurgo³. El ingeniero disponía de los terrenos de los alrededores de Madrid como si fueran tierra virgen: en un principio contaría con toda la libertad para crear una ciudad ideal que, diseñada *ex novo*, podría desarrollarse sin los vicios que habían creado la *incuria* y la *desidia* del pasado.

La experiencia de crear una ciudad desde la nada no era del todo nueva. En el mundo hispano se podían buscar antecedentes en las fundaciones de ciudades coloniales en América Latina⁴, en las pequeñas poblaciones impulsadas por Carlos III en Andalucía a finales del siglo XVIII y, en los últimos años, en la creación del Ensanche de Barcelona, diseñado por Ildefonso Cerdá⁵. Fue precisamente la obra del urbanista catalán la que más influyó en Castro, que reconoció expresamente en su trabajo la admiración que sentía por el Ensanche de Barcelona, al que consideraba “*tan completo y concienzudo, (...) tan bien redactado y lleno de preciosos detalles, que no hemos dudado un momento en elegirle como modelo y seguirle paso a paso en aquello que es aplicable a la localidad sobre la que tenemos que operar*”⁶. Efectivamente, el proyecto salido de la pluma de Castro entroncaba con lo que se convertiría en el estilo hispano de afrontar la ampliación urbana en el siglo XIX y cuyo rasgo más vistoso es el diseño hipodámico. Ambos ensanches, el de la ciudad condal y el de la capital española, adquirieron ese aire de ciudad soñada a trazos de tiralíneas, en el que las calles se cruzaban en ángulos rectos. Era el signo de los tiempos; en el plano en cuadrícula se expresaba la fe de que las calles en cuadrícula garantizaban una buena circulación y el desarrollo de una vida urbana en armonía, y se evitaban así los problemas y vicios de las viejas ciudades enmarañadas, de vías estrechas y retorcidas, que se habían desplegado hasta entonces sin control⁷.

El primer objetivo del Ensanche era establecer un orden racional que garantizara un crecimiento urbano equilibrado. La verdadera función del planificador era la de crear un marco de desarrollo que orientara la evolución posterior de la ciudad en el camino más apropiado. No se trataba de limitar ni encorsetar el crecimiento de la ciudad, sino sólo de encauzarlo. Igual que en la organización de la economía, el Estado apostaba por la defensa de la libre iniciativa y la libre concurrencia. En el diseño del futuro Madrid, de lo que se trataba era de delimitar un campo de juego que garantizara esos mismos principios. El plano que propuso Castro pretendía conseguirlo a través de un trazado de aire igualitario; apenas existían diferencias entre las calles del nuevo cinturón urbano que iba a rodear Madrid. Sólo en el tamaño. Estableció tres categorías de calles según su

³ Un cambio en la forma de pensar que se enmarca en el camino hacia “la invención del urbanismo” que por aquellos tiempos se estaba produciendo en Europa; ver el capítulo de PINOL, Jean-Luc y WALTER, François: “Penser et comprendre: les sciences de la ville” en PINOL, Jean-Luc (dir.): *Histoire de l'Europe Urbaine. Vol. II, de l'Ancien Régime à nos jours*, Paris, Seuil, 2003, pp. 115-142; también LEPETIT, Bernard y TOPALOV, Christian (dir.): *La ville des sciences sociales*, Paris, Belin, 2001.

⁴ GOERG, Odile y HUETZ DE LEMPS, Xavier: “Les villes, colonne vertébrale de l'Empire espagnol” en PINOL, Jean-Luc (dir.): *Histoire de l'Europe Urbaine. Vol. II, de l'Ancien Régime à nos jours*, Paris, Seuil, 2003, pp. 287-316.

⁵ El desarrollo de los ensanches de población en el conjunto de España ha sido abordado por COUDROY DE LILLE, Laurent: “Los ensanches españoles vistos desde fuera: aspectos ideológicos de su urbanismo” en VV. AA.: *Cerdá y su influjo en los ensanches de poblaciones*. Ministerio de Fomento, Centro de Publicaciones, Madrid, 2004, pp. 239-255. Una relación de los distintos proyectos aprobados en OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Tradición y Modernidad en la España urbana de la Restauración”, en GÓMEZ-FERRER, Guadalupe (ed.): *Modernizar España, 1898-1914*, Madrid, 2007, pp. 79-118.

⁶ BONET CORREA, Antonio: *Plan Castro...*, op.cit., pág. 93.

⁷ Patrick Joyce rastrea en los nuevos diseños urbanos de la segunda mitad del XIX la plasmación del *ethos* liberal. El estudio que se centra en espacios como el mercado o en asuntos como la gestión del agua o la organización del plano, bien podría trasladarse en el caso español a las nuevas formas de abordar el negocio inmobiliario tras la apertura de los ensanches; JOYCE, Patrick: *The Rule of Freedom. Liberalism and the modern city*. London – New York, Verso, 2003.

anchura (30, 20 y 15 metros) que habían de corresponderse con la altura de los edificios, limitada a tres pisos⁸. Igualmente se restringía la superficie que se podía construir en cada parcela de suelo, como medida básica de salubridad. Al tiempo, Castro se esforzó por distribuir de una forma equitativa suficientes plazas circulares y grandes espacios verdes a lo largo de los distintos barrios que diseñó, con la intención de lograr más desahogo para la ciudad. Apenas señalaba más disposiciones en su plano; la intención era crear un espacio continuo, homogéneo en la medida de lo posible, que dejara luego manos libres a los propietarios de los terrenos y a los promotores inmobiliarios para construir la ciudad a su gusto.

Ahora bien, si diseñar ese espacio homogéneo y equilibrado era relativamente posible en la teoría, el propio Castro era perfectamente consciente de que no era tan fácil conseguirlo en su construcción material. La realidad era demasiado tozuda para someterse dócilmente a su intento de organización urbana equilibrada: existían una serie de condicionantes que iban a influir en la construcción del Ensanche y a los que era prácticamente imposible sustraerse. El primero de ellos venía impuesto por el Gobierno y estaba relacionado con el carácter limitado que se le quiso dar al Ensanche de la población. La libertad de Castro para diseñar el nuevo Madrid era relativa, pues se debió ajustar a un pliego de condiciones que se redactó en el Ministerio de Fomento. Quizá la más determinante para el futuro desarrollo de la ciudad fue la que obligaba a establecer una nueva frontera para la capital que sustituyera a las antiguas tapias de Felipe IV. Es cierto que en esta ocasión no se trataba de alzar una cerca que rompiera el horizonte, se iba a excavar un foso que rodeara el recinto urbano; y también que la gran cantidad de terrenos que se iban a incorporar a Madrid iban a multiplicar por tres la superficie de la ciudad, lo que en principio hacía impensable que hubiera problemas de espacio por muchas generaciones.

Esta decisión de mantener la ciudad cerrada, de establecer una línea tajante entre lo que eran sus terrenos urbanos y su periferia, significaba renunciar al crecimiento ilimitado de Madrid. La medida venía impuesta por razones prácticas: en el régimen fiscal de la época, una de las más importantes fuentes de suministro para las arcas públicas era el cobro de impuestos a la entrada de mercancías a las ciudades, por lo que se hacía necesario establecer puertas y fronteras alrededor de cada núcleo de población. En este caso, la consecuencia derivada era la creación de una oferta limitada de suelo; aunque el Ensanche resultara en un principio un horizonte inmenso de beneficios para los negocios inmobiliarios que se podía imaginar inagotable, se estaban creando diferencias entre los terrenos a un lado y el otro del foso, como existía en su tiempo entre un lado y otro de la cerca de Felipe IV. Los terrenos que quedaban más allá de los Cuatro Caminos, las Ventas del Espíritu Santo, del Río Manzanares (nuevos límites urbanos de Madrid al Norte, Este y Sur) vivirían en la misma situación que Chamberí cuando era un arrabal a las espaldas de la ciudad, ignorados por las autoridades y desprovistos de todo control y servicio público. Madrid se abría al futuro a medias, derribaba sus cercas para llevarlas un poco más lejos, sin abrazar definitivamente la

⁸ La relación completa de detalles técnicos en el proyecto editado por BONET CORREA, Antonio (ed.): *Plan Castro*. Madrid, COAM, 1978; en MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982. Un comentario extenso de las características del Ensanche como proyecto urbanístico en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

expansión. Aunque por el momento no se percibiera el error, la decisión tendría importantes consecuencias futuras para la morfología de la ciudad⁹.

Otros condicionantes más evidentes en el momento de presentación del proyecto del Ensanche eran los usos que hasta el momento se habían estado dando a los terrenos que circundaban Madrid. Los alrededores de la capital habían sufrido evoluciones muy diversas en las últimas décadas y Castro era consciente de la incidencia que en cada caso tenía en el precio del suelo y, por consiguiente, en su evolución futura. No era lo mismo comprar un terreno en el potroso barrio de las Peñuelas, al sur de la capital, junto a los barrios bajos madrileños y en medio de tristes descampados, que en las inmediaciones de la Puerta de Alcalá, junto al Retiro y la Plaza de Toros y en las cercanías del Paseo del Prado, avenida aristocrática por excelencia de la capital¹⁰. Nada tenía que ver el precio de una parcela junto a la hilera de cementerios surgidos en la Carretera Mala de Francia, entre tejares y casas de traperos, que en la ribera del Paseo de la Fuente Castellana, que cada día se afirmaba un poco más como uno de los lugares de recreo preferidos por las familias más ricas de Madrid. Allí había quintas de recreo, como La Chilena, que se había hecho construir el senador Andrés Arango, gran terrateniente de Madrid, mientras que junto a los camposantos sólo se podían encontrar casuchas bajas, muladares y algún que otro negocio con aspecto de granja en el que se fabricaban tejares, se comerciaba con trapos y chatarra o se criaban gallinas.

Para Castro era inevitable que estas diferencias se trasladaran a la construcción del Ensanche y que el nuevo Madrid se desarrollara con grandes diferencias entre sus distintas zonas, pues los *“terrenos seguirán valiendo más, como hoy sucede, en la Fuente Castellana que hacia la plaza de toros, y estos mucho más que los del portillo de Valencia, y los del portillo de Valencia más que los inmediatos a los Campos Santos del Norte, y el valor de los terrenos será el que determinará seguramente el valor y el destino de las edificaciones.”*¹¹ Independientemente de si le parecía deseable o no, el ingeniero aceptaba que se crearan grandes desigualdades entre los barrios que compondrían la nueva ciudad, que los paisajes urbanos de una y otra zona de Ensanche

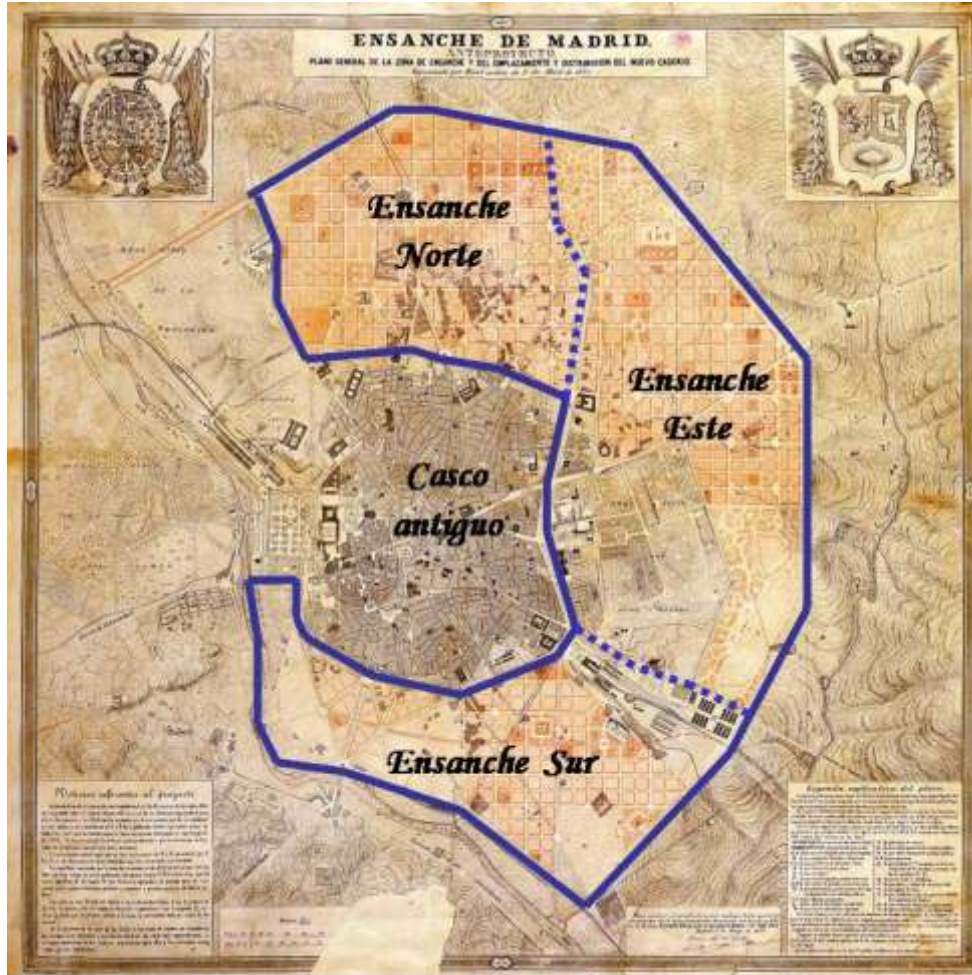
⁹ La creación del foso y de un límite para el Ensanche influyó poderosamente en el proceso especulativo que sufrieron los terrenos de los nuevos barrios. El suelo se mantuvo como un bien escaso en Madrid, y aunque al principio sobrara para las necesidades inmobiliarias de la población de la ciudad, desde muy temprano el alza de precios fue tal que resultó inviable la construcción de viviendas para familias pobres. En cambio, al otro lado del foso, la ausencia de ordenanzas urbanísticas o de un plano como el diseñado por Castro para la ciudad, permitía la construcción barata y asequible, lo que produjo que surgieran arrabales de la misma manera espontánea e incontrolada que lo había hecho Chamberí en los años 30, pero quizá en esta ocasión con más vigor y velocidad. Ya en la década de 1880 era muy importante el desarrollo de Prosperidad, que ha sido bien estudiado por VORMS, Charlotte: “La génesis de un mercado inmobiliario moderno en la periferia de Madrid (1860-1900)” en BEASCOECHEA GANGOITI, José María, GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y NOVO LÓPEZ, Pedro (eds.): *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2006, pp. 529-546; VORMS, Charlotte: “La urbanización marginal del Extrarradio de Madrid: una respuesta espontánea al problema de la vivienda. El caso de La Prosperidad (1860-1930)”, en *Scripta Nova, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, nº 7, 146, 2003. Igualmente, esta división tajante entre suelo urbano y extrarradio está en el origen del desarrollo de núcleos de población como la barriada de Cuatro Caminos, la de Bellas Vistas, Chamartín de la Rosa, Guindalera o Vallecas, que alcanzaron un tamaño notable a finales del siglo XIX.

¹⁰ Las diferencias entre las zonas de la periferia Norte, Este y Sur sobre las que se extendió el Ensanche en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008. Las diferencias en el precio de compra de suelo en la periferia madrileña fue estudiada por MAS HERNÁNDEZ, Rafael: “Crecimiento espacial y mercado del suelo periférico en los inicios de La Restauración” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Comunidad de Madrid-Alfoz, 1989, vol. 1, pp. 103-136

¹¹ BONET CORREA, Antonio (ed.): *Plan Castro*, Madrid, COAM, 1978, pp. 113-114.

fueran diferentes en su aspecto y en el precio de sus alquileres y, de esta manera, los habitantes de Madrid se fuesen separando según su nivel de rentas¹².

Plano 2.1: Plano del proyecto de Ensanche de Madrid, 1860, con división de sus tres zonas



Fuente: Plano elaborado por Carlos M^a de Castro. Las líneas divisorias de cada una de las zonas son de elaboración propia.

Castro aceptaba este efecto de segregación social en el espacio y renunció a dictar cualquier medida que pudiera evitarlo, considerando que en esta cuestión había que ser más pragmático que idealista. Por ello dedicó un importante espacio en la memoria que acompañaba el Anteproyecto de Ensanche para describir los usos que cada uno de los nuevos barrios había de tener en el futuro, inspirándose en las construcciones ya existentes y en las previsiones que él mismo hacía de su evolución. Dejó la ciudad dividida en tres grandes zonas: Norte, Este y Sur, que se corresponden con los actuales distritos de Chamberí, Salamanca – Retiro y Arganzuela. Cada uno de estos tres ensanches tendría una función diferente en el conjunto, que venía dictada por las

¹² Un estudio más extenso sobre el desarrollo diferenciado de las tres zonas de Ensanche en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

peculiaridades de sus terrenos, su posición en la ciudad y el carácter de las construcciones ya realizadas¹³.

El Norte, donde había surgido hacia décadas el arrabal de Chamberí, donde se habían instalado los camposantos y los depósitos del Canal de Isabel II y habían ido floreciendo las primeras y modestas fábricas madrileñas, era concebido en los planos de Castro como un barrio fabril, reservado para la residencia de artesanos y clases populares. Los terrenos del Este, aquellos que se extendían en el ángulo formado por el bello y codiciado Paseo de la Castellana y las reales posesiones de El Retiro, en cambio, tenían un destino más brillante. Era la zona más apropiada para acoger las viviendas de la aristocracia y de las clases medias y burguesas madrileñas; y mucho antes de que el marqués de Salamanca iniciara la construcción de su famosa barriada, este Ensanche Este era contemplado por el ingeniero sevillano como el lugar para establecer un barrio acomodado, en el que se diera cabida a los edificios y hotelitos que nobles y burgueses se merecían¹⁴. El Sur era el hermano pobre del Nuevo Madrid. Sus terrenos presentaban grandes desniveles, que los hacían descender de los barrios mal reputados de El Rastro y Lavapiés hasta el abandonado río Manzanares, que por allí huía de la capital llevando consigo todos los desperdicios de los madrileños. En los últimos tiempos sólo habían acudido a vivir a estos lugares las gentes peor situadas en la escala social, que se amontonaban en el triste arrabal de las Peñuelas. El último inquilino llegado hasta allí era el ferrocarril, lo que hacía imaginar que el futuro del Ensanche Sur estaría presidido por las vías del tren, los almacenes de mercancías, nuevas fábricas, alguna huerta y casas para obreros y operarios fabriles. Y ese fue el destino que le dio Castro, que por otra parte no consideraba que nadie se apresurara a dirigirse a instalar allí su residencia, al menos por el momento¹⁵.

Esta división tripartita del nuevo Madrid, entre un norte fabril y popular, un este burgués y aristocrático y un sur ferroviario y obrero, no se presentó como una imposición. El mismo Castro, escrupuloso defensor de la libertad de los propietarios, se esforzaba en subrayarlo en su memoria al señalar que *“no deberá suponerse que nosotros tratemos de aconsejar al Gobierno o al Municipio que imponga como condición precisa a los propietarios de aquellos terrenos la construcción en ellos de edificios de tal o cual forma y destinados a tales o cuales usos. Esto además de ser atentatorio a la propiedad sería punto menos que imposible conseguirlo”*¹⁶. Se trataba más bien de una previsión que bebía más del pragmatismo que del deseo. Un gesto que

¹³ La progresiva especialización de las diferentes partes que integra una ciudad es un fenómeno inherente al desarrollo urbano contemporáneo. La diferenciación de funciones dentro de la ciudad y la segregación de los distintos grupos sociales urbanos han sido objeto de abundantes estudios en los últimos años. A modo de introducción, véase el acercamiento que a través de los nombres se hace en TOPALOV, Christian (dir.): *Les divisions de la ville*, Paris, UNESCO – Éditions de la Maisno de l’homme, 2002, especialmente pp. 375-442.

¹⁴ El desarrollo previo de los terrenos de la periferia este y su inserción en el proyecto de Castro en CARBALLO BARRAL, Borja: “El nacimiento de un nuevo Madrid. El Ensanche Este (1860-1878). El distrito de Salamanca”, en *Actas de la VII Jornadas de Castilla La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Toledo, ANABAD-Asociación de Amigos del AHPGU, 2007, Vol. 1, pp. 193-212. CARBALLO BARRAL, Borja: *Los orígenes del Moderno Madrid. El Ensanche Este (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2006, E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es: 6336.

¹⁵ La periferia sur es abordada por VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “El nacimiento de un nuevo Madrid. El Ensanche Sur: Arganzuela en 1860”, *Actas de la VII Jornadas de Castilla La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Toledo, ANABAD-Asociación de Amigos del AHPGU, 2007, Vol. 1, pp. 287-310. VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *Los albores del nuevo Madrid: el distrito de Arganzuela (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2006, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es: 6238, 2006.

¹⁶ BONET CORREA, Antonio (ed.): *Plan Castro*, Madrid, COAM, 1978, pág. 112.

denotaba una cierta cesión ante la realidad en el ingeniero que había diseñado aquella ciudad ideal de calles y ángulos exactos.

Este espíritu de pacto con la realidad urbana de las afueras de la ciudad no se manifestaba en todos los detalles del proyecto del Ensanche. El caso más claro era el conjunto de las intervenciones que se preveían para la zona del Norte, allá donde había surgido el arrabal de Chamberí. Claudio Moyano, el ministro de Fomento que había encargado el proyecto de Ensanche, ya había puesto su punto de mira en la barriada en el Real Decreto en que lo denunció como un efecto de la incuria y la desidia del Ayuntamiento. Si los cementerios y las estaciones de ferrocarril podían ser aceptados, no sucedía lo mismo con aquella muestra de urbanización mísera que se extendía a las afueras de la Puerta de Bilbao. Y así, el ingeniero Castro, empujado por el Gobierno, proyectaba un muy negro futuro para Chamberí en su proyecto de Ensanche.

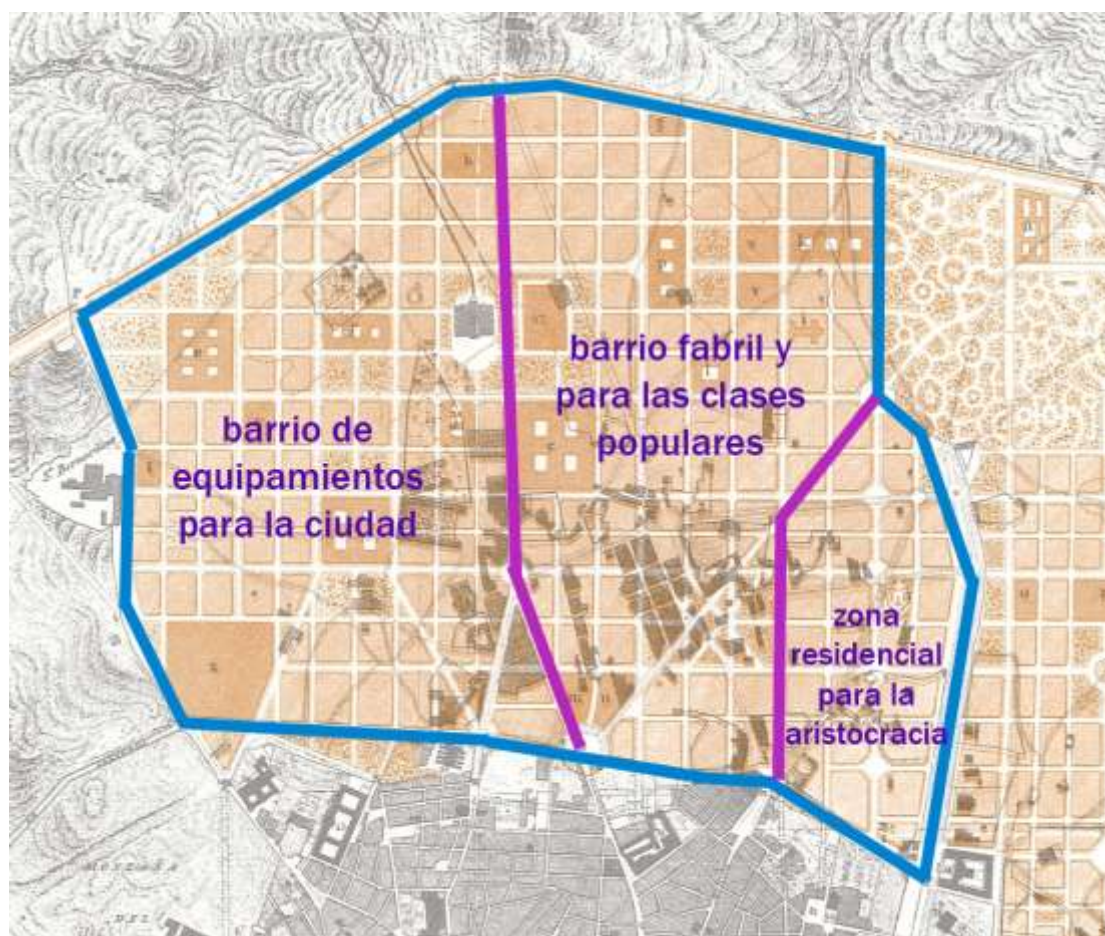
El Ensanche contra el arrabal: la inserción de la periferia norte en el proyecto de Castro.

Además de esa gran división del Ensanche en tres zonas con funciones distintas, Castro incluyó en su Anteproyecto más detalles de cómo presentía y deseaba que había de quedar compartimentado el nuevo Madrid. Por un lado, en la memoria en la que explicaba su trabajo, incluía una descripción pormenorizada de los distintos barrios que habían de componer cada zona de Ensanche; a esto se añadía la gran cantidad de propuestas específicas que realizaba en el plano para emplazar los edificios públicos con los que se debían dotar la nueva zona urbana. En el caso de las afueras norte, los detalles eran especialmente prolijos; se trataba al fin y al cabo del sector que más se había urbanizado hasta ese momento, en que los usos previos de los terrenos por parte de los propietarios habían perfilado más el porvenir de la zona¹⁷. Y Castro no tuvo ninguna duda del destino que tendrían los terrenos al norte de la capital.

Observando las construcciones que ya existían en las afueras norte de Madrid, Castro consideró que había que distinguir para el futuro tres barrios muy distintos. La zona del noroeste, la que se extendía entre la prolongación de la calle Ancha de San Bernardo y las tapias del asilo de San Bernardino, contaba con un terreno que *“no se presenta(ba) tan llano como sería desear, pero sus accidentes no deben ser bastante motivo para alejar de allí toda construcción.”* Sin embargo, Castro auguraba grandes dificultades para que allí se erigieran importantes edificaciones, debido a *“la proximidad de los cementerios.”* Hasta que no fuesen clausurados y pasara el tiempo que *“las leyes marquen y la higiene aconseje”*¹⁸, se retrasaría el uso residencial de la zona. Mientras tanto, Castro veía aquí el lugar idóneo para el establecimiento de ciertos edificios públicos que podían ser molestos para la población: un cuartel de infantería en el alto de Vallehermoso con un rápido acceso a la ciudad, una cárcel de Villa, un presidio correccional y un nuevo matadero.

¹⁷ El análisis detallado por barrios del plan Castro se ceñirá al espacio que constituye el objeto de estudio de este trabajo; un análisis similar para los Ensanche Este y Sur puede encontrarse en la obra colectiva CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008, o en los trabajos respectivos de estos investigadores de CARBALLO BARRAL, Borja: *Los orígenes del Moderno Madrid. El Ensanche Este (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2006, E-Prints UCM: oai:www.ucm.es: 6336 y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *Los albores del nuevo Madrid: el distrito de Arganzuela (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2006, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es: 6238, 2006.

¹⁸ BONET CORREA, Antonio: *Plan Castro... Ob. Cit.* pág. 108.

Plano 2.2: División del Ensanche Norte en barrios en el proyecto de Castro.

Fuente: Plano elaborado por Carlos M^a de Castro. Las líneas divisorias de cada una de las zonas son de elaboración propia.

La zona central, la comprendida entre los cementerios alineados en la Carretera Mala de Francia y el camino Alto de Chamberí (el Paseo de Santa Engracia), era sin duda en la que más edificaciones existían de todo el conjunto de las afueras de Madrid. Allí se había extendido el mal reputado arrabal de Chamberí y se habían instalado varias fábricas y grandes talleres, por ello Castro consideraba probable que apareciera *“con el tiempo un extenso barrio fabril e industrial, haciendo su principal ornamento las ligeras y elevadas chimeneas que ya se ven hoy descollar por encima de los edificios, en corto número, aunque bastante para llamar nuestra atención”*¹⁹. El ingeniero apostaba por que se mantuviera el carácter industrial de la zona, que tanto destacaban Mesonero y otros comentaristas en los años 50. Sin embargo, al menos en la memoria, nada decía sobre qué debía hacerse con las viviendas que ya componían el arrabal y que tanto disgusto habían creado al ministro Moyano. Se habían construido al margen de toda norma higiénica, con el único respeto al plano de alineaciones que había impulsado

¹⁹ *Ibid.* pág. 104.

el alcalde Lino Campos en 1837. Por otro lado, subsistían muchas de las casuchas de los años 20, bajas y mal construidas y que habían creado esa mala fama del barrio. Castro se mostraba sorprendentemente ambiguo en este punto. Había dedicado abundantes páginas en su memoria del proyecto a subrayar la necesidad de observar concienzudamente ciertas normas higiénicas, como la de dejar parte de los solares sin construir, respetar la proporción entre anchura de calles y altura de los edificios o reservar terrenos para jardines públicos y plazas. Pero al abordar el párrafo sobre Chamberí, no hacía mención alguna al destino de este barrio que desafiaba su concepto de la higiene pública e interrumpía su armónico trazado para las calles futuras de la capital. Se echaba en falta que, al menos, se ocupara por escrito de cómo iba a integrar aquellas calles un tanto enmarañadas en su cuadrícula perfecta. Pero no señalaba nada al respecto y tan sólo se limitaba a recomendar *“dejar allí a la vía pública el suficiente aireo”* que reclamaban las fábricas, *“pero sin exceso, a fin de que los terrenos edificables resulten a precios económicos, disponiendo de vez en cuando plazas de formas y dimensiones aceptables, ya adornadas con fuentes y arboledas, ya destinadas a mercados u otros usos análogos”*²⁰.

El resto del Ensanche Norte, la zona situada al nordeste, presentaba menos problemas. Entre el Camino Alto de Chamberí y el Paseo de la Fuente Castellana, Castro observaba la *“tendencia a formar un barrio de edificios aislados entre sí, rodeados de parques y jardines”* como las villas y hotelitos que caracterizaban los barrios más lujosos de Londres o París. Tal idea le parecía la más deseable y proponía la división del terreno en *“mayores o menores porciones por anchurosas alamedas”* dejando sobrentender que las parcelas de terreno sobre las que se asentaría cada casa unifamiliar dependería de la riqueza y posibilidades de su propietario. También podía imaginar algún que otro edificio *“aislado en el centro de pequeños parques, alguna iglesia y otros edificios del servicio público, que podrán servir por sus elegantes y combinadas formas al embellecimiento de este privilegiado barrio, dejando al buen gusto de los propietarios de aquellos terrenos la edificación dentro de los espacios señalados para este fin”*²¹. En fin, un barrio de casas aisladas con jardín, anchas avenidas y bellos edificios públicos que quedaba retratado en el texto de Castro como la joya del Ensanche. El espacio del nuevo Madrid que había de convertirse en el buque insignia de su diseño y en el rincón más codiciado de una nueva ciudad que se abría al futuro.

El Ensanche norte quedaba sólo trazado en líneas generales en el texto de Castro. A partir de sus palabras, la organización de estos terrenos parecía simple y coherente con la realidad. En el futuro, al recorrer la zona de Oeste a Este, el paseante se encontraría con un barrio destinado a los equipamientos y servicios, un barrio fabril y de residencias populares y, finalmente, un rincón reservado para los miembros de la aristocracia y la burguesía que destacaría por su paisaje de hotelitos y jardines. Tal disposición parecía combinar virtuosamente el idealismo de Castro, preocupado por crear una organización racional de la ciudad, y su pragmatismo, al potenciar en vez de frenar las dinámicas urbanas que ya se habían desatado sobre aquellos terrenos con anterioridad. Si se descendía más al detalle, no parecía tan clara la resolución de los problemas entre la realidad de las afueras y el deseo de Castro de crear una nueva ciudad. Bastaba con fijarse en el plano que el ingeniero aportaba en su Anteproyecto para comprender que la puesta en marcha de aquel nuevo Madrid ideal iba a conllevar más problemas de los que se preveían. Las afueras no eran una tierra completamente virgen, sobre todo en la zona en que se había extendido el arrabal: se habían construido

²⁰ *Ibid.* pág.105.

²¹ *Ibid.* pág. 105

numerosos edificios, se habían abierto ya calles y plazas y había gente viviendo desde hacía décadas en la zona. Eran personas que habían establecido allí sus negocios, que tenían intereses en el barrio y lo habían sembrado de esperanzas y expectativas. Ni las casas, ni los vecinos ni sus formas de vida se adaptaban bien al plan de Castro, y nada se había previsto para integrarlos en él.

Tabla: 2.1 Estado de la urbanización en el Ensanche Norte en 1860			
Barrios	habitantes	nº de familias	Alquiler medio Reales/ptas.
zona oeste	1.704	420	50,04/12,51
zona centro	2.125	500	61,96/15,49
zona este	1.178	284	66,00/16,50
Total	5.007	1.204	58,92/14,73

Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento municipal del Ensanche Norte de los años de 1860 y 1880. AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860.

Los problemas variaban según la zona. En el noroeste, en aquellos terrenos que Castro destinaba para la instalación de equipamientos y de edificios públicos, no parecía existir mayor dificultad para llevar a cabo el Ensanche tal y como había sido proyectado. Aunque en 1860 contaba ya con una población abundante, que ascendía a los 1.704 habitantes según el padrón municipal²², los edificios de viviendas construidos apenas interferían en el nuevo plano, porque la mayor parte se situaban en calles que habían sido incorporadas a su cuadrícula. Casi todas las construcciones se concentraban junto a las carreteras de salida del casco antiguo, en las prolongaciones de las calles de San Bernardo y Fuencarral, que confluían en la Carretera de Francia (actual calle Bravo Murillo). En realidad, el mayor impedimento para el desarrollo del Ensanche eran los cementerios que se extendían sobre grandes superficies diseminadas por la zona un poco al azar. Castro contaba con este problema: habría que esperar a que se paralizase la actividad en los camposantos para que fueran desmantelados y se pudiera construir sobre ellos. La resolución de ese problema estaba en manos de las autoridades, que podían dictar el momento para finalizar los enterramientos y obligar a las congregaciones religiosas que los administraban a convertirlos en suelo urbano.

²² Los datos por zonas recogidos en el cuadro X son propios y proceden del vaciado de la información contenido en padrón municipal de habitantes de 1860 (AVM, Estadística, padrón 1860) y su contraste con los planos de la ciudad de la época. Existen estimaciones de la población de la periferia madrileña previas a la que aquí se presenta, BRANDIS, Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*. MOPU, Bilbao, 1983; CANOSA ZAMORA, Elia; OLLERO CARRASCO, Jesús; PENEDO COBO, Javier y RODRÍGUEZ CHUMILLAS, Isabel: *Historia de Chamberí*, Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 1988, pero proceden de resúmenes estadísticos y responden a divisiones administrativas de la época que no siempre coinciden con los espacios aquí delimitados para el estudio, por lo que resulta poco útil su manejo.



La puesta en marcha del Ensanche en esta zona dependería, pues, de la diligencia con que el Ayuntamiento abordara la cuestión de los cementerios. Mientras tanto, si algún propietario de aquellos parajes se atrevía, podía ir construyendo manzana a manzana, ajustándose al plano, aunque a Castro le parecía harto improbable que nadie quisiese mudarse a la sombra de las lápidas y los cipreses. Hasta ahora sólo se observaba un pequeño núcleo de casas a las espaldas de los camposantos: el barrio de Vallehermoso, en realidad unos cuantos edificios de vecindad, muy parecidos a las corralas de los barrios bajos madrileños que se apiñaban en apenas dos manzanas en un cruce de caminos²³. Eran construcciones que se habían hecho precipitadamente y con pocos medios, buscando el beneficio rápido y barato que se podía obtener de alquilar habitaciones a las familias más pobres de Madrid. El lugar era desahogado y sólo se dirigían hacia allí los jornaleros, lavanderas, traperos, costureras que no podían pagar más que los 32 reales mensuales que costaba alquilar una de las 103 habitaciones de las que se componía este pequeño barrio. No era deseable que estas construcciones se multiplicaran y el plan de Ensanche, si era escrupulosamente aplicado en sus normas higiénicas, pondría freno a esta dinámica. El barrio de Vallehermoso era aún pequeño, su carácter de urbanización viciosa apenas se había apuntado y aún se estaba a tiempo de evitar que las cosas fuesen a más. El tiempo mostraría hasta qué punto el proyecto de Castro era lo suficientemente efectivo para revertir la tendencia urbana de esta zona.

²³ El barrio de Vallehermoso en 1860 estaba compuesto por los edificios en torno a los tramos de calle de Fernando el Católico, Meléndez Valdés y Blasco de Garay. Una descripción más extensa del barrio de Vallehermoso en 1860 se aborda en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

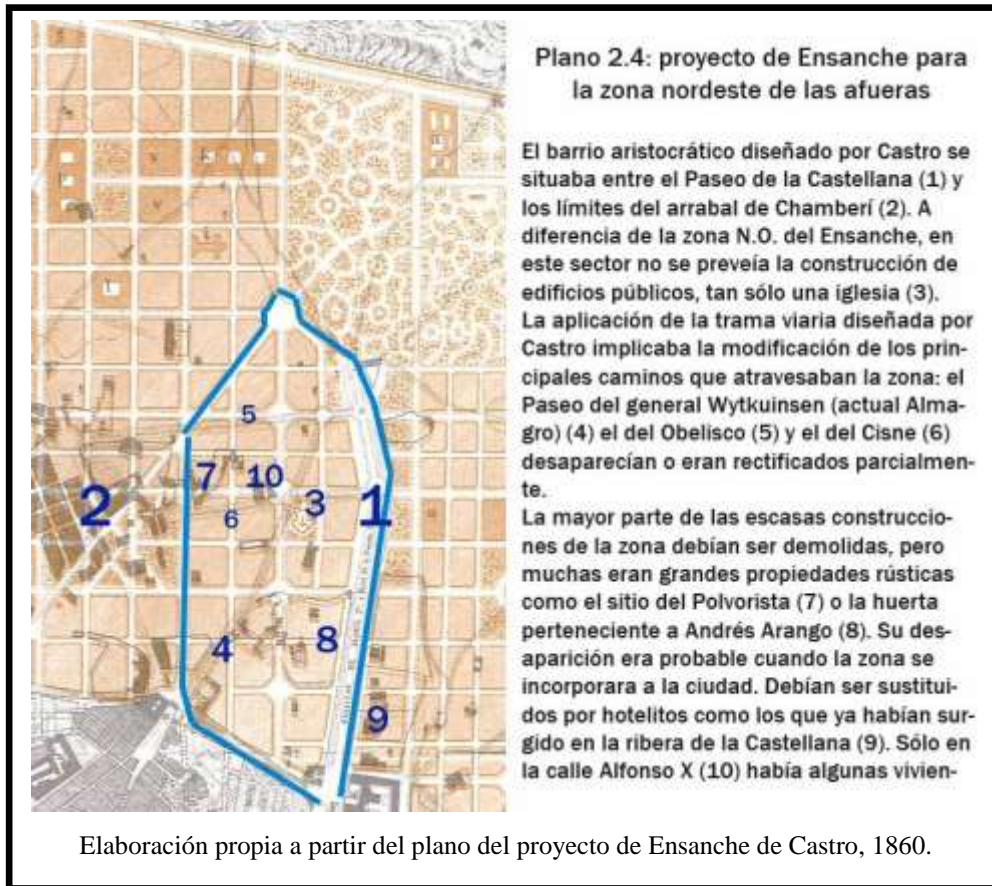
Tabla 2.2: El barrio de Vallehermoso en 1860	
Número de edificios	18
Número de viviendas	103
Alquiler medio (reales)	33,60
Habitantes	373
Habitantes por vivienda	3,62
Cabezas de familia jornaleros	46,15%

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860.
Calles de Fernando el Católico, Meléndez Valdés y Blasco de Garay.

El otro extremo del Ensanche Norte, la zona nordeste, donde Castro adivinaba la aparición de un barrio aristocrático de villas y hotelitos rodeados de jardines, tampoco presentaba grandes problemas para convertir los deseos del ingeniero en realidad. A pesar de sus elogios a las construcciones de aquella zona, en realidad había muy pocos edificios por aquellos andurriales. Los hotelitos que se habían construido eran tres o cuatro que se situaban en el margen derecho del Paseo de la Castellana, en terrenos que ya pertenecían al Ensanche Este (al futuro barrio de Salamanca). A este lado del Paseo, tan sólo destacaba la finca de *La Chilena*, propiedad de Andrés Arango, el señor de Chamberí. La construcción, con grandes jardines, huerta y casa de campo, era más parecida a una quinta de recreo que a una residencia urbana propiamente dicha. Seguramente, con el tiempo, desaparecería para convertirse en un hotel o un palacete similar a los que ya habían surgido en la acera de enfrente de la Castellana.

Tampoco parecía que hubiera más dificultades para someter los terrenos a la cuadrícula perfecta de Castro. Los únicos caminos que la desafiaban eran el paseo del Huevo o del general Wytkuinsen (actual calle de Almagro) y el del Cisne (hoy calle Eduardo Dato); pero no contaban con demasiadas construcciones en sus lindes como para ser conservados como calles del Ensanche. Tan sólo habría que negociar con la congregación de las Siervas de María, que tenían su convento en la Puerta de Santa Bárbara, para que permitieran que se trazara una de las calles que debía atravesar sus jardines. Por allí, casi todo eran tejares, huertas y otros centros de producción similares como el *Sitio del Polvorista* o el *Tejar de los Muñoces*. La desaparición de estas grandes fincas se produciría seguramente en el momento en que sus propietarios echaran cálculos y se dieran cuenta de que les convenía más venderlos a un alto funcionario o a un gran terrateniente que quisiera instalar allí su palacete que seguir con sus modestos negocios. Por buscar algún problema, uno se podía fijar en el pequeño núcleo de casas aislado surgido en el centro del futuro barrio aristocrático, en una callejuela bautizada en honor a Alfonso X. Vivían sólo dos familias: la de Antonio Peñaranda, un jornalero que había recalado en aquel barrio seguramente atraído por el precio barato del alquiler (sólo pagaba 30 reales al mes por su casa) y la de Agustín Aribó, un cerrajero francés que había decidido instalar allí su taller. No parecía que estos dos modestos trabajadores pudieran suponer un obstáculo para que el Nuevo Madrid avanzara por aquellos parajes²⁴.

²⁴ Antonio Peñaranda, nacido en un pueblo de Guadalajara en 1834, habitaba en Madrid desde 1857. Estaba casado con María Montero, natural de Fuenlabrada, Madrid, con la que había tenido un hijo. En 1860 se empedronaban en el número 2 de Alfonso X. Agustín Aribó había nacido en Tolouse y residía en Madrid desde 1848. Estaba casado y tenía dos hijos. La vivienda en la que se empadronaba, en la calle Alfonso X nº 4, tenía un alquiler de 110 reales. Reconstrucciones a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, casos nº 614 (Antonio Peñaranda) y 615 (Agustín Aribó).



El desmantelamiento de los cementerios, la integración de las casas pobres del barrio de Vallehermoso, la barrera que creaba el convento de las Siervas de María o la presencia de un taller de cerrajería, eran simples minucias en comparación con los problemas que se planteaban para el desarrollo del proyecto de Castro en la zona del arrabal. Las casas de Chamberí eran el gran desafío que se presentaba a un crecimiento saludable de Madrid. Claudio Moyano lo había estigmatizado al señalarlo como ejemplo de mala práctica urbana, podía incluso considerarse que el surgimiento de esta barriada había sido el detonante para que el Ensanche se pusiera en marcha. De las palabras del ministro en el Real Decreto de 1857, cualquiera podía pensar que el futuro del caserío pasaba por su demolición y desaparición, máxime si se tenía en cuenta que el plano que se había dado a Chamberí en 1837 rompía de forma flagrante la homogeneidad cuadrículada del plano de Castro. Las calles habían sido trazadas formando ángulos agudos con las rondas y, aunque algunas manzanas presentaban ciertas formas regulares, había otras que se disponían desordenadamente en el plano, creando calles estrechas y oscuras, reproduciendo las formas de organizar la ciudad del Antiguo Régimen que precisamente se pretendían evitar en el Nuevo Madrid.

Castro había pasado por encima de este problema en el texto de su proyecto de ciudad ideal, en el que se limitó únicamente a señalar que la barriada debía mantener la impronta fabril que ya había adquirido. La sorprendente ambigüedad del ingeniero en el proyecto era su respuesta a uno de los escollos más difíciles que había tenido que sortear a la hora de dar forma al nuevo Madrid encargado por el Ministerio. En realidad, él, en principio, había sido partidario de conservar el arrabal tal y como estaba

construido²⁵. Se trataba de un abigarrado núcleo de población con varias décadas de existencia y seguramente Castro conocía todos los problemas prácticos que surgirían si se planteaba la demolición: no sólo habría que pagar un alto precio por las indemnizaciones, sino que se tendría que hacer frente a las protestas de sus vecinos, que no aceptarían de buena gana ser expulsados de la zona. En 1858 el ingeniero Castro presentó al Ministerio un primer plano del futuro Ensanche en el que se asumía la permanencia tanto de los edificios del arrabal de Chamberí como de las calles y paseos que ya existían en la zona. El Ministerio lo rechazó y Castro tuvo que repetir el diseño del plano. Fue el segundo plano, que quedó terminado en 1860, el que acompañó al Real Decreto del 19 de Julio. Como el propio ingeniero indicaría años más tarde, este segundo plano de 1860 no respondía totalmente a sus ideas, pues había sido elaborado *“bajo ciertas prescripciones que me fueron hechas por la Superioridad con objeto de dar al pensamiento general del ensanche más armonía en sus líneas”*²⁶. La ambigüedad de Castro se hacía más comprensible: como buen empleado obediente, había aplicado las órdenes de sus superiores respecto a Chamberí, a pesar de ir contra su criterio: por eso se mostraba tan discreto en su texto.



²⁵ La “cuestión de Chamberí” fue estudiada por MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca...*, Ob.cit., pp. 25-44. Rafael Mas demostró que los planteamientos iniciales de Castro no coincidían con los que ordenan el plano de 1860: la desaparición de Chamberí respondía al deseo del Ministerio y no al del diseñador del Ensanche. Desgraciadamente, sólo disponemos del plano de Ensanche aprobado en 1860. El resto de los elaborados por Castro, tanto el de 1859 como las modificaciones que hubo de hacer al de 1860, o no se han conservado o no se han localizado todavía en el Archivo de Villa de Madrid. Lo que se conoce de ello proviene de las referencias en los distintos expedientes municipales utilizados para retrasar el conflicto de Chamberí y que fueron analizados por este autor.

²⁶ Expediente promovido por varios propietarios de Chamberí en solicitud de que continúe sirviendo de base para la edificación de aquel barrio el trazado primitivo hecho por el Ingeniero Castro, AVM, Secretaría, 4-261-22, analizado en MAS, Rafael: *El barrio de Salamanca...* Ob. Cit., pág. 31.

En este plano que acompañó finalmente el proyecto se mostraba más tajante. Siguiendo los deseos de Fomento, cortaba por lo sano y decidía prescindir de todas las construcciones que hasta el momento se habían alzado en el arrabal. Salvo el paseo de Luchana, todas las calles trazadas hasta entonces eran eliminadas y sustituidas por su rígida cuadrícula. Muchas de las casas quedaban ahora en medio de una calle o fuera de la alineación propuesta y por lo tanto tendrían que ser derribadas. En el punto en el que se mostraba más radical era en el conjunto de viviendas que conformaban el núcleo del arrabal, construidas en las calles de Arango, Castillo y los alrededores de las plazas de Chamberí y de la Iglesia. Aquellos edificios, los más modernos y que se debían en su mayor parte a la iniciativa de capitalistas tan emprendedores como Francisco Drake y Andrés Arango, en el plano de 1860 eran sepultados bajo un gran jardín que había de convertirse en el corazón del Ensanche Norte. La pluma del ingeniero hacía desaparecer con su firme trazo la casa donde Benigno Castro tenía instalada su botica, la escuela municipal de la calle de al lado, la modesta vivienda en la que se había instalado la familia trabajadora de Antonia Ayala y hasta la Iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel, cuya construcción había costado tantas corridas de toros benéficas y tantos años de trabajo. En nombre del orden, de la armonía, de la higiene, de la ciudad racional, era condenada a muerte la pequeña pero vigorosa comunidad que se había formado en Chamberí en las últimas décadas. Ahora que sus habitantes habían conseguido ser reconocidos como madrileños y se habían sacudido el estigma de ser un albergue de ladrones, sus casas, sus calles, su barrio, era suprimido de un plumazo para construir el Nuevo Madrid.

La medida propuesta en el proyecto de Ensanche, además de ser radical, pecaba gravemente de ingenuidad. La imagen de Chamberí como un barrio pobre y desastrado era sólo una verdad a medias. El común de la gente que habitaba el arrabal podía ser humilde o pobre y quizá los problemas que les causaría la demolición estaban ausentes de las preocupaciones del Ayuntamiento o del Ministerio. Sin embargo, aquellas vidas que eran modestas en su devenir particular, en su conjunto se entrelazaban formando poderosos intereses. Bastaba mirar las casas de la calle Cardenal Cisneros. Esta era una vía aislada en las proximidades de la Puerta del Bilbao, junto al casco antiguo. Hasta hacía bien poco esta calle se había conocido con el nombre de las Charcas de Mena, topónimo que retrataba su condición de lugar pantanoso y pobre. A partir del año 1850 allí había ido surgiendo una hilera de casas, gran parte de ellas construidas por el poderoso Andrés Arango, otras por los pequeños inversores que le habían comprado una parcela al especulador cubano²⁷. Eran viviendas modestas, de una sola planta o a lo sumo con un piso principal. Algunas habían sido edificadas por los propietarios de los terrenos para instalar allí su residencia. La mayor parte eran destinadas al alquiler para jornaleros, artesanos u otros trabajadores humildes. Todas se habían sometido a la normativa municipal que había dictado el Ayuntamiento de 1837: los promotores habían solicitado las alineaciones y habían ido formando una calle perpendicular al Paseo de Luchana, tal y como habían dictado los técnicos municipales. En 1860 aquella calle no cumplía las anchuras mínimas establecidas por Castro en su proyecto de Ensanche y, lo que era peor, no se integraba en la cuadrícula que iba a colonizar las afueras madrileñas.

²⁷ Sólo entre 1849 y 1850 se presentaron ya ante el ayuntamiento cinco solicitudes de autorización para construir en las Charcas de Mena, en las que se incluían un plano de la fachada y la petición de alineación; véanse por ejemplo las de *Don Cayetano Dochao pidiendo permiso para edificar una casa en Chamberí y sitio de Charca de Mena, 1849-1850*, AVM, Secretaría, 4-63-65; *Doña Angustias Jara pidiendo la tira de cuerda para una casa en barrio de Chamberí y sitio de Charcas de Mena, 1850*, AVM, Secretaría, 4-63-82; *D. Tomás Merino y su hermano don Joaquín pidiendo la tira de cuerda para una casa en la Charca de Mena en el barrio de Chamberí, 1849-1850*, AVM, Secretaría, 4-63-86.

El destino de las pobretonas casas de alquiler de la calle Cardenal Cisneros era la desaparición. En el plano de Castro de 1860 no parecía haber salvación para tan modestos negocios.

Tabla 2.3: La calle Cardenal Cisneros en 1860 según el padrón municipal	
número de edificios	21
número de viviendas	77
numero de habitantes	316
alquiler medio de las viviendas (reales)	49,52
alquiler más frecuente (reales)	60,00
monto del alquiler total (reales)	3.219,00

Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento municipal del Ensanche Norte de 1860. AVM, Estadística, padrón de 1860.

Tomado casa por casa, el de estos arrendadores de la calle Cardenal Cisneros era un negocio ridículo comparado con la gran operación urbanística que se proyectaba en el Ensanche; no lo era tanto si se cogía la calle en su conjunto. La mayor parte de los inquilinos eran jornaleros, carpinteros, cerrajeros, lavanderas y gentes por el estilo, que no solían pagar más de 40 reales por la vivienda que habitaban. Era el caso de Pedro Robles y de su esposa María Ruso, un matrimonio que vivía en un bajo del número 9 de aquella calle pobre. Él era jornalero y ella sastra, sus salarios apenas les alcanzaban para permitirse la cochambrosa habitación con puerta a una calle sin empedrar y sin iluminación por la que el propietario les cobraba 36 reales al mes. La renta que generaban era escasa, pero familias como esta eran legión en la zona²⁸. Los montoncitos de monedas que cada mes entregaban estos humildes inquilinos superaban los 3.200 reales mensuales y los propietarios que habían construido aquellas viviendas no podían estar de acuerdo en renunciar a aquel pequeño manantial de beneficios regulares que habían hecho surgir con tantos esfuerzos en las antiguas charcas de Mena. Sobre todo si se tenía en cuenta que casi todas las casas tenían menos de diez años de antigüedad y probablemente no estuvieran aún amortizadas; no iban a derribarlas sólo porque el Ministerio de Fomento quisiera poner en práctica los sueños de armonía y rectitud de aquel Ensanche que llegaba tan tarde a la zona. Ellos, los propietarios de los terrenos, llevaban décadas construyendo aquel nuevo Madrid del arrabal de Chamberí y no iban a dejar que se lo llevara por delante un plumazo ministerial.

Lo mismo que sucedía en la calle Cardenal Cisneros, ocurría en las calles que formaban las manzanas ya completas más cercanas a la calle Santa Engracia: en la calle Sagunto, la de Santa Feliciano, la del Castillo o la de Arango había demasiadas viviendas de alquiler que proporcionaban suculentas rentas a sus propietarios. Aunque la mayoría eran habitaciones para pobres, desde que el Ayuntamiento había esbozado aquellas vagas normas constructivas de 1837, algún que otro propietario se había lanzado a aventuras más ambiciosas. En el Paseo de la Habana, la calle más ancha del arrabal, los alquileres superaban los 200 reales al mes. Entre sus vecinos se contaban modestos abogados, militares retirados o alguna que otra viuda pensionista²⁹. El mismo

²⁸ Reconstrucción a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, caso nº 308.

²⁹ Un estudio detallado del desarrollo del Paseo de la Habana a la altura de 1860, en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

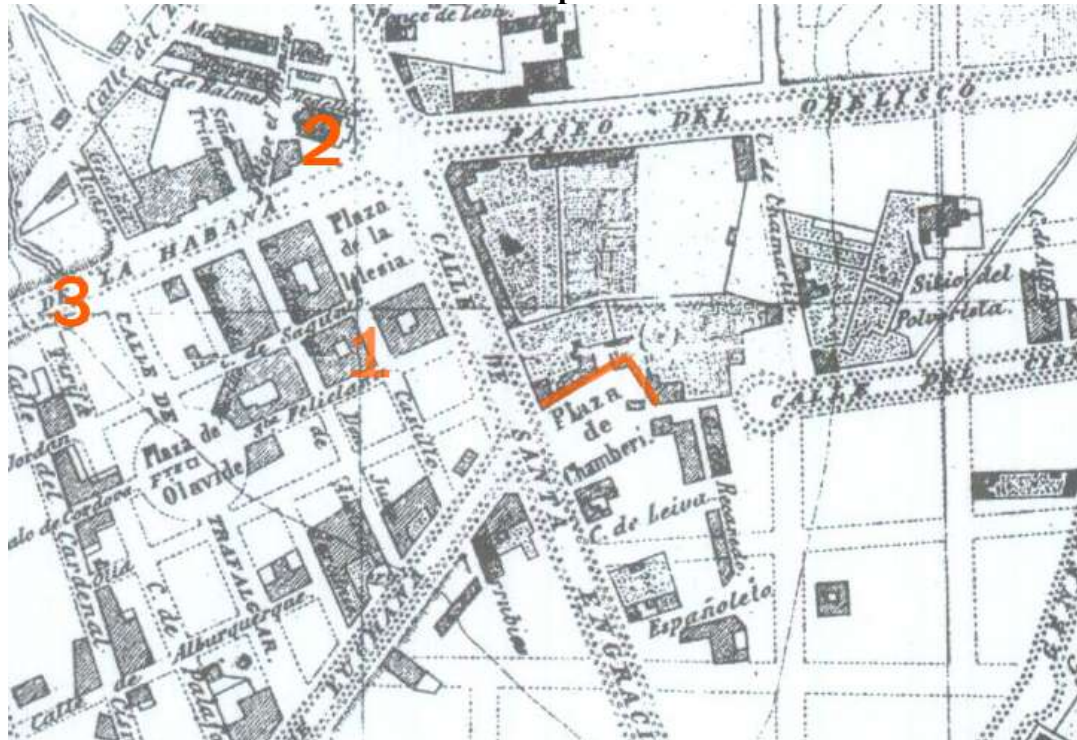
Benigno Castro, el boticario del barrio, pagaba sus 200 reales de renta. Pero es que él mismo, que era un mero inquilino, tampoco estaba dispuesto a marcharse. Él, que como todos los de su profesión, había comenzado siendo un mero mancebo de farmacia cuando llegó de Salamanca, por fin había conseguido abrir su propia botica. Y lo que era más importante, había sido nombrado farmacéutico titular del barrio por el Ayuntamiento. Se había creado una clientela fiel y que le pagaba religiosamente. Después de deambular por el centro de Madrid durante años, al fin había echado raíces y no iba a admitir que le expulsasen de allí. Y como él, su vecino Antonio, el médico de la Beneficencia municipal en el barrio. Y el maestro de la escuela que vivía una calle más allá. Y cómo no, don Ángel Barra, el cura que estaba al frente de la ruinosa pero, pesase a quien pesase, imponente iglesia de Chamberí: el párroco tampoco podía estar contento con que en las oficinas de Fomento se jugase sobre un papel a decidir si un parque o una gran avenida iba a sepultar el templo de Santa Teresa y Santa Isabel que tanto había costado construir.

La aprobación del proyecto de Ensanche de 1860 tuvo que producir angustia en muchos hogares del arrabal. El plan del Ministerio suponía una grave interrupción en los negocios y en las vidas de muchas personas. Por otro lado, gentes como Andrés Arango, Ángel Barra o Benigno Castro tenían derecho a sentir cierta indignación si finalmente Chamberí era derribado. Habían padecido durante años la indolencia de una corporación municipal que, en su empeño de encastillarse en el Viejo Madrid, no había hecho demasiado por resolver el crecimiento de las afueras. Si bien en un principio pudieron considerar como beneficioso el impulso dado al Ensanche por el Ministerio, al final, tal decisión se volvía en su contra. El diseño definitivamente aprobado en julio de 1860 revelaba que existía una grave incoherencia e incompatibilidad entre las líneas políticas del gobierno y las del municipio madrileño. El Ayuntamiento había ido asumiendo todas las construcciones de las afueras, las había dado patente de oficialidad desde que se aprobó el plano de 1837 y había obligado a presentar planos de fachadas y alineaciones a los constructores. En algunos casos, la construcción de una casa había supuesto costosas y molestas gestiones burocráticas que ahora se convertían en papel mojado porque Fomento no reconocía la legítima condición de Chamberí como barrio de Madrid. El arrabal debía desaparecer y nada se decía en el proyecto de la forma en que se compensaría a los perjudicados.

A nadie se le escapaba sobre quién caería la responsabilidad de deshacer tal embrollo. Aunque el plan de Ensanche hubiera nacido en Fomento, la aplicación iba a ser competencia del Ayuntamiento. Sería así a pesar de que el diseño del nuevo Madrid se había hecho de espaldas al municipio y en contradicción con su política urbanística. Es cierto que en un régimen político tan respetuoso con la propiedad privada como ya había demostrado ser la monarquía isabelina, los dueños de inmuebles y tierras en Chamberí tenían poderosas razones para confiar en que sus intereses serían preservados. Pero el proyecto de Castro, que era tan meticuloso a la hora de establecer la anchura de las calles, la altura de los edificios o el tipo de empedrado más conveniente, nada decía de cómo financiaría el Ayuntamiento los innumerables trabajos que se deberían acometer para construir el Nuevo Madrid. El problema era grave porque, a pesar de ser la principal ciudad del país, la capital, como el resto de los municipios de la España del siglo XIX, sufría un secular problema de endeudamiento. Las reformas urbanas, tan

necesarias y queridas por los madrileños, tenían un precio que muchas veces sus gobernantes eran incapaces de pagar³⁰.

Plano 2.6: Estado de la urbanización de los alrededores de la plaza de Chamberí en el plano de 1866.



En el plano se han señalado las alineaciones de la plaza, tal y como quedaron tras la reforma de 1850. Igualmente se señalan la residencia del boticario Benigno Castro (1), el emplazamiento de la iglesia de Santa Teeresa y de Santa Isabel (2) y el Paseo de la Habana (3). Elaboración propia a partir de un detalle del plano de Merlo de 1866

Los propietarios de suelo podían echarse a temblar, porque sabían que la urgencia con que se acometían algunas de las obras públicas no se transmitía siempre a los pagos de compensaciones por expropiación. En el mismo Chamberí habían tenido un buen ejemplo. En 1850, cuando se iba poniendo fin a la construcción de la Iglesia, el Ayuntamiento había demostrado un esporádico y repentino interés por el bienestar del arrabal. Los gobernantes municipales se decidieron, quizá para compensar su ausencia en la financiación del templo, a acometer la reforma de la plaza de Chamberí. Se trataba en realidad de un terreno baldío en medio de un par de granjas, unas cuantas casuchas

³⁰ Todos los autores que se han ocupado del proyecto Castro de Ensanche coinciden en señalar que la falta de un plan de financiación constituyó una de las más importantes hipotecas para su puesta en práctica. El diseño del plano no dejaba de ser un mero ejercicio formal y utópico al carecer de los medios e instrumentos para realizar las expropiaciones a las que obligaba el trazado de las nuevas calles. MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca...* Ob. Cit., pp. 60-77. CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid ... Ob. Cit.* pp. 79-95. En los primeros tiempos de desarrollo del Ensanche, la ley vigente de Expropiación Forzosa, que databa de 1836, se basaba en el sistema de justiprecio, que buscaba un acuerdo en la tasación de los terrenos entre el peritaje de propietarios y del Ayuntamiento. El precio había de responder al valor de mercado en el momento de la compra, independientemente de que la adquisición por el Ayuntamiento fuera destinada a la apertura de vías públicas. La ley de 1836 no sería sustituida por una nueva hasta 1876, aunque Mas señala que en Madrid esta última no tuvo ninguna aplicación y se mantuvo el gravoso y caro sistema de expropiación hasta 1892.

bajas y una vieja casa de recreo en ruinas. El proyecto pasaba por su ampliación y alineación al Camino Alto de Chamberí (actual calle de Santa Engracia), para lo que debían comprar parte de los terrenos de una gran huerta que pertenecía a Benito Sainz de Ezquerro y Manuel de Larrazábal.

Los dos propietarios de la granja aceptaron la expropiación del Ayuntamiento, a pesar de que los terrenos expropiados contenían *“dos casas, la una compuesta de habitación baja, dos cuadras, pajar, un cobertizo y un palomar, ocupando un área plana de 1.140 pies superficiales y la otra más pequeña, que servía para habitación del corralero o mozos de labranza y un pozo de aguas abundantes con la profundidad de cien pies, revestimiento de fábrica de ladrillo con su correspondiente cadena en la base y armadura para la garrucha”*. Una vez adquiridos los terrenos por el Ayuntamiento, la indemnización que se les ofreció les pareció excesivamente baja; se embarcaron en una larga disputa entre reclamaciones, ofertas y contraofertas con peritos de por medio. Pasados unos años llegaron a un acuerdo: el consistorio les compensaría 127.400 reales por su cesión de los terrenos. Pero una cosa era fijar el montante y otra cobrarlo; tuvieron que seguir haciendo reclamaciones y el bolsillo del Ayuntamiento no se aflojó hasta 1858, no sin que antes tuvieran que acceder a rebajar en 8.000 reales la suma acordada. Para entonces, uno de los dos propietarios, Manuel Larrazábal, ya había muerto; había pasado los últimos años de su vida esperando a que las autoridades municipales saldaran su deuda. Mientras tanto, ambos dueños de la huerta habían construido nuevas viviendas en el trozo de terreno que les había quedado. Resultaba que ahora, pasados apenas dos años de tan penoso papeleo, aparecía Fomento y sentenciaba que sus propiedades, lo mismo que el resto de las construcciones de la Plaza de Chamberí, iban a desaparecer bajo un alegre jardín que haría más sano y bello el Ensanche Norte³¹.

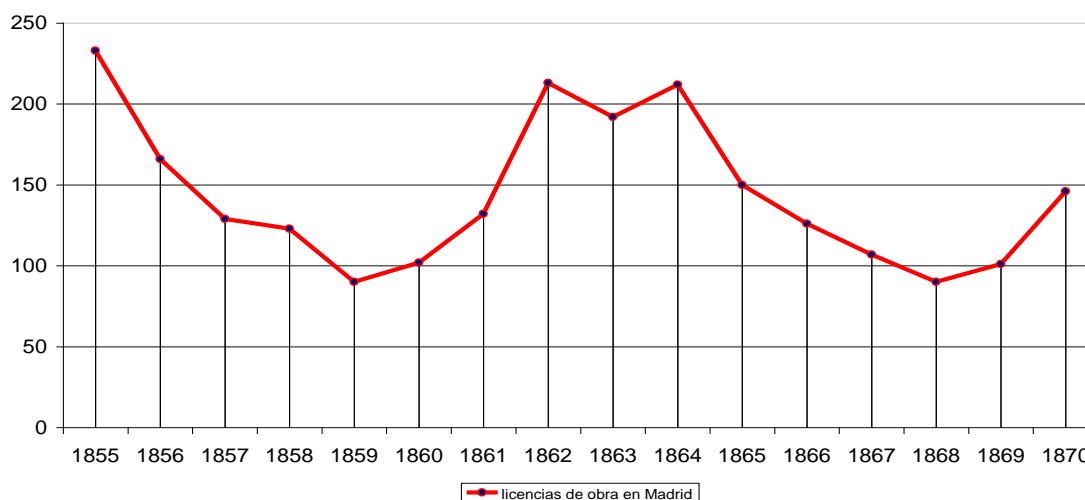
Con tales antecedentes, el malestar de los vecinos y propietarios de Chamberí era comprensible. El proyecto de Ensanche de Madrid, que tan armónico y racional resultaba en sus líneas generales, se tornaba en un horizonte de conflicto e indeterminación en sus detalles. Primero porque había nacido en medio del ambiente enrarecido e incluso de confrontación entre el Gobierno y el municipio. El Ministerio de Fomento había diseñado una ciudad ideal que contradecía la política precedente del Ayuntamiento, pero encargaba a este su puesta en marcha. El Gobierno, que se mostraba tan radical en sus exigencias y que no dudaba en arrasar con un floreciente barrio con tal de mantener intacto los ideales higiénicos y rectilíneos de su proyecto, en cambio no decía nada de la forma en que se pagarían las obras de demolición del viejo caserío y de construcción de las calles nuevas. Todo parecía que iba a recaer en el Consistorio, que ya había dado muestras sobradas de desidia, indolencia e incuria en el manejo del crecimiento de la ciudad. Los vecinos de Chamberí, que ya habían sufrido tanto tiempo esa inoperancia, se podían temer lo peor: su barrio sería el campo de batalla en el que se habían de resolver las contradicciones del plan de Ensanche firmado por Castro. Aún así podían tener esperanzas; el proyecto albergaba tantas indeterminaciones en su seno, que bien podría naufragar antes de zarpar. En los años siguientes se vería qué forma adquiriría realmente el Nuevo Madrid, si la que se había diseñado en las oficinas de Fomento o la que habían perfilado aquellos habitantes de las afueras en los últimos años, en fin, quien se impondría a quién, si el Ensanche al arrabal o el arrabal al Ensanche.

³¹ El proceso se puede seguir en *D. Benito Sainz de Ezquerro y D. Manuel de Larrazabal, pidiendo permiso para edificar en la plaza de Chamberí, 1850*, AVM, Secretaría, 4-63-90.

El arrabal resiste al Ensanche: el dismantelamiento del Plan Castro

La aprobación del proyecto de Ensanche el 19 de Julio de 1860 marcó un antes y un después en la historia del urbanismo madrileño. La nueva ciudad diseñada por Castro y sancionada por Fomento marcaba un punto de discontinuidad en la forma de pensar Madrid y su organización urbana. El carácter radical de la nueva ciudad ideada sobre el papel no se transmitió a la vida cotidiana madrileña inmediatamente. Los grandes ideales del urbanista y del Gobierno apenas afectaron a la vida de la ciudad en un primer momento. El mejor ejemplo fue la poca incidencia que la aprobación de la ley tuvo en el mundo de la construcción, primer sector de empleo de los trabajadores madrileños y foco fundamental de inversión de los capitalistas presentes en la ciudad³². Era de esperar, que tras el largo tiempo que se había esperado el derribo de la cerca y el comienzo de la conquista urbanística de aquella tierra que rodeaba Madrid, los picos, las palas, los martillos y las paletas de albañil comenzaran el frenético tintineo de una nueva edad de oro inmobiliaria. No fue así. Aunque el negocio de la construcción conoció una tímida expansión a partir de 1860, esta no alcanzó ni la fuerza ni la duración que se podría haber sospechado³³. Bastaba mirar las solicitudes de obras que aprobó el Ayuntamiento en aquellos años y que son el mejor indicador para calibrar el grado de entusiasmo con el que los inversores se lanzaron a explotar el nuevo filón de la construcción que proporcionaba el Ensanche.

Gráfico 2.1: licencias de obra concedidas por el Ayuntamiento en Madrid: 1855-1870



Elaboración propia a partir de los datos recogidos en: BAHAMONDE MAGRO, Ángel y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social... ob. cit.* pág. 217.

³² La importancia de la construcción en la consolidación de la burguesía madrileña en BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina: Madrid (1856-1866)*, Madrid, UCM, 1981. El mismo autor señala la importancia que tuvieron las obras públicas y particulares en el desarrollo de un ciclo alcista económico (que se manifestó en una situación de “pleno empleo” entre 1858 y 1866) en BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)”, *Estudios de Historia Social*, nº 15 (1980), pp. 143-175.

³³ Un esquema muy útil de los ciclos de la economía madrileña en BAHAMONDE MAGRO, Ángel, y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 18-41.

Desde 1860 se pudo notar una cierta recuperación de un negocio inmobiliario, que estaba de ala caída desde mediados de la década de los 50. Eran cada vez más los propietarios que obtenían una licencia para construir o reformar una vivienda, seguramente porque había nuevos terrenos disponibles para la construcción. En 1861 el auge se confirmó y en los años siguientes se convirtió en euforia. Las obras iniciadas entre 1862 y 1864 superaron las doscientas anuales, una cifra que sólo se había alcanzado en los tiempos gloriosos de la desamortización de Mendizábal y en el bienio progresista, en que el proceso de desvinculación de Madoz y la puesta en marcha de las obras del ferrocarril habían desatado repentinamente una ola constructiva repentina y de gran intensidad³⁴. La fiesta inmobiliaria del Ensanche tenía que ser aún más larga y bulliciosa. No lo fue. Apenas se desperzaron los funcionarios del Ayuntamiento y se pusieron a examinar y aprobar las decenas de solicitudes de obras, cuando de nuevo los ciudadanos empezaron a presentarse a intervalos cada vez más largos en las dependencias municipales. En 1865 el descenso en el número de solicitudes fue importante; en 1866 se confirmó la tendencia y en vísperas de la revolución gloriosa se había apagado aquel entusiasmo del ladrillo³⁵. La euforia había desaparecido de los inversores y los albañiles, carpinteros, cerrajeros y jornaleros veían como era más difícil encontrar una casa en construcción donde emplearse. El Ensanche había resultado ser un revulsivo de efectos muy cortos. La gente no parecía fiarse de que la ciudad futura fuese a construirse tal y como decía Fomento y, aparte de unos cuantos entusiastas, los propietarios del suelo prefirieron esperar a que desaparecieran las dudas que planeaban sobre el proyecto antes de poner en riesgo sus posesiones y sus capitales.

Los años locos inmediatamente posteriores a la aprobación del Ensanche, ese corto periodo de auge y caída de la inversión inmobiliaria que se produjo entre 1861 y 1866, estuvieron protagonizados sólo por un puñado de propietarios de terrenos³⁶: aquellos que contaban con la suficiente seguridad en que sus obras no serían derribadas en el futuro. Teniendo en cuenta los problemas prácticos que surgían a la aplicación del Ensanche en determinadas zonas como Chamberí, el que se lanzaba a la construcción en las afueras debía hacerlo en terrenos completamente desolados, en que no hubiera que ajustar viejos caminos a la cuadrícula de Castro. Por otro lado, si se quería hacer negocio, se debía contar con suficientes recursos para comenzar la empresa uno solo, ya que nada se había dicho todavía sobre cómo iba a financiar el Ayuntamiento la construcción de la nueva ciudad. Todo esto se debía alinear, finalmente, con un toque de temeridad y de audacia, de confianza ciega en este tipo de empresas futuras por los que transcurrían los negocios decimonónicos de un capitalismo en sus primeros pasos en la sociedad liberal. La valentía no era un rasgo que caracterizara a la burguesía madrileña, que prefería el negocio seguro de la inversión en deuda pública que el riesgo en la creación de fábricas y empresas similares. La actitud en los negocios inmobiliarios era parecida: antes que lanzarse a la compleja y casi eterna labor de construir edificios, preferían la especulación en la compra y venta de terrenos. El común de los madrileños situados en la cúspide social y con los suficientes recursos para construir en el Ensanche

³⁴ BAHAMONDE MAGRO, Ángel: "El mercado de mano...", *Ob. Cit.*

³⁵ La crisis en los negocios inmobiliarios de 1866 ha sido abordada por DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura...Ob. Cit.*, en su análisis del papel de los propietarios en la construcción de Madrid en el siglo XIX, pp. 46-85.

³⁶ *Ibidem.*

optaron por comprar suelo en la zona y esperar; sólo unos pocos decidieron a principios de los años 60 interpretar el papel de pioneros y desbrozar el camino³⁷.

El mejor exponente de este hombre de negocios solitario, que compraba terrenos en el Ensanche y se lanzaba con alegría a la construcción sin pensar en los posibles riesgos, fue el marqués de Salamanca. El *bolsista romántico*, que se apuntó a todas las empresas novedosas de su tiempo, llevaba años soñando con hacer negocios con la construcción de edificios fuera de Madrid³⁸. Desde que en 1854, después de que la turba revolucionaria le quemara su palacio de la calle Cedaceros y se construyese uno más lujoso y grandioso en el Paseo Recoletos, el Marqués solía mirar hacia la parte trasera de su residencia. Observaba los descampados entre la Puerta de Alcalá y la Plaza de Toros y, donde otros veían un negocio difícil y peligroso, el olía el dinero y los beneficios. Salamanca compró, a precios desmesurados, la mayoría de los terrenos situados en la margen derecha del eje Recoletos – Castellana. Cuando se aprobó el proyecto de Castro, el Marqués no lo dudó. En aquella zona no había edificaciones previas de importancia, no se habían trazado calles que hubiera que conservar y se podía aplicar la cuadrícula trazada por Castro sin mayor problema. Así que se puso a construir a lo grande, no edificio a edificio, sino manzana a manzana, respetando en principio todas las reglas que Castro había señalado en su texto: los edificios no tenían más de tres pisos por planta y la mitad de las parcelas se dejaron sin construir, creando los generosos patios que garantizaban un clima higiénico y salubre. El Marqués creyó a pies juntillas en la ciudad del futuro que se había diseñado en el plan de 1860 y lo acabó pagando su ingenuidad. El precio al que compró los solares, la ausencia de toda intervención por parte del Ayuntamiento en el acondicionamiento de los terrenos y el coste que supusieron las obras, arrojaron un precio final de alquiler y venta de las nuevas viviendas difícilmente asumible por los madrileños. La consecuencia fue que en 1866 el imprudente José de Salamanca volvía a caer en una de esas ruinas que jalaron su vida de bolsista romántico aficionado a las empresas de riesgo.

El fracaso del marqués de Salamanca en el Ensanche no sólo se debió a su legendaria temeridad. El proyecto de Castro no se había visto acompañado de una actuación de las autoridades para capitanear la construcción de los nuevos barrios y había dejado a los inversores solos ante el peligro de una posible quiebra. Los problemas que estos tenían que afrontar se podían observar en otras zonas del Ensanche que, al igual que las tierras compradas por Salamanca, no presentaban grandes problemas para aplicar las ideas del ingeniero. Ese era el caso del barrio aristocrático que se había planeado en la zona Este del Ensanche Norte, a las afueras de la puerta de

³⁷ La actitud más especuladora que industrial de la burguesía madrileña fue retratada por BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina: Madrid (1856-1866)*, Madrid, UCM, 1981. Rafael Mas señala como las compras en la periferia este madrileña se convirtieron en realidad en un refugio del capital en los años posteriores al proyecto de Ensanche: los propietarios optaron por la espera ante el aumento de las plusvalías y no por la obtención de beneficios a corto plazo alquilando casas. MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca... Ob. Cit.* pág. 81 y ss.

³⁸ Las operaciones financieras y los negocios inmobiliarios de José de Salamanca en BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte... Ob. Cit.*; DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura... Ob. Cit.*, p. 68 y ss. TORRENTE FORTUÑO, José A.: *Salamanca, bolsista romántico*, Madrid, Taurus, 1969. MAS HERNÁNDEZ, Rafael: “La actividad inmobiliaria del marqués de Salamanca en Madrid (1862-1875)”, *Ciudad y Territorio*, nº 3, (julio-septiembre de 1978), pp. 47-70. CARBALLO BARRAL, Borja: “El nacimiento de un nuevo Madrid. El Ensanche Este (1860-1878). El distrito de Salamanca”, en *Actas de la VII Jornadas de Castilla La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Toledo, ANABAD-Asociación de Amigos del AHPGU, 2007, Vol. 1, pp. 193-212. CARBALLO BARRAL, Borja: *Los orígenes del Moderno Madrid. El Ensanche Este (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2006, E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es:6336.

Santa Bárbara. Las tierras comprendidas en el ángulo formado por el Paseo Alto de Chamberí (hoy Santa Engracia) y el paseo del General Wytkuinsen (Almagro), apenas tenían edificaciones³⁹. En su mayor parte estaban ocupadas por grandes posesiones, muchas de ellas destinadas a tejares, huertas o jardines particulares. La única dificultad para someterlas a los designios de Castro era la de retrasar viejos paseos como el del Obelisco o el del Cisne y meter en cintura algún hotelito por allí disperso. Los que detentaban títulos de propiedad por aquellos lugares se frotaban las manos pensando en las rentas que podrían obtener cuando aquellos terrenos rústicos se convirtieran en una zona residencial para pasto de las clases medias, los empleados y las grandes familias de Madrid. Estaban deseando que el Ensanche comenzara para recoger beneficios.

Pedro Pascual de Uhagón, que ni era tan rico ni tan conocido como el marqués de Salamanca, sintió el mismo irrefrenable impulso de ponerse manos a la obra cuando el Ensanche fue aprobado. Era uno de los más importantes propietarios de aquella zona y tenía unas inmensas ganas de ver cómo las huertas desaparecían bajo el pavimento y los cobertizos rurales eran sustituidos por modernos edificios de viviendas. También era consciente de que, si del Ayuntamiento dependía, podían pasar décadas hasta que se trazaran las nuevas calles, fueran empedradas y se construyeran los sistemas de alcantarillado y otras infraestructuras mínimas para hacer posible la vida en esos lugares. Las ocasiones había que cazarlas al vuelo y un negocio tan succulento podía diluirse en una época como aquella, en que los sobresaltos políticos le tenían acostumbrado al señor Uhagón a que grandes leyes se perdieran en los cajones de los ministerios sin ni siquiera llegar a haber sido publicadas. Así que, si el Ayuntamiento no actuaba, que fueran los propios interesados los que tomaran la iniciativa, tal y como dictaba el espíritu de la libre empresa que impregnaba aquella era de progreso y crecimiento.

Tan pronto como en 1861, Pedro Pascual de Uhagón presentó en sociedad una propuesta de asociación entre todos los propietarios de la zona de Ensanche que había sido llamada a convertirse en el paraíso hogareño de las clases medias y burguesas madrileñas⁴⁰. Su propuesta era sencilla: que entre todos los propietarios, cada uno según la dimensión de sus posesiones y el valor que estas tuvieran en el mercado, se encargaran de hacer lo que el Ayuntamiento no estaba en disposición de afrontar. Cederían los terrenos para abrir las nuevas calles, financiarían la explanación y desmonte de la zona y el acondicionamiento de la trama viaria y, entonces, ya se podrían lanzar a construir edificios, a venderlos, a alquilarlos: el dinero volvería multiplicado a sus manos en muy poco tiempo. Mientras tanto, el Ayuntamiento habría adquirido una deuda con los propietarios de los terrenos que sería saldada tarde o temprano. Ya llegaría el momento en que el municipio pagase la construcción de las calles y las alcantarillas. Había que pensar en los beneficios de la venta y el alquiler, que compensarían crecientemente este préstamo hecho al Consistorio. Y a nadie le amargaba tener en sus cajas de caudales unos títulos de Deuda Pública que, por otro lado, eran uno de los destinos más habituales de los ahorros en la época.

La propuesta de Uhagón tuvo una acogida diversa. Hubo quién la celebró por su amplitud de miras, por representar una forma pragmática y generosa de afrontar los

³⁹ Límites que corresponden con los del actual barrio de Alfonso X. Una descripción pormenorizada de las construcciones y habitantes de estos terrenos en 1860 en PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El distrito de Chamberí 1860-1880. El nacimiento de una ciudad*. E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es:6237, pp. 132-141.

⁴⁰ Uhagón hizo su propuesta en el panfleto "Dos palabras a los propietarios de terrenos comprendidos en la zona de Ensanche de Madrid" recogido en CERDÁ, Ildefonso: *Cuatro palabras más sobre las dos palabras que D. Pedro Pascual de Uhagón ha dirigido a los propietarios de los terrenos comprendidos en la zona de ensanche de Madrid*, Madrid, Imprenta de D. Benigno Carranza, 1861.

problemas del Ensanche. Esta era la opinión de Ildefonso Cerdá, el urbanista catalán que había firmado el Ensanche de Barcelona y que por aquel entonces se había convertido en el más feroz crítico del plan Castro⁴¹. Pero Cerdá, que tanto había criticado los aspectos formales del Ensanche madrileño, pecaba de una mirada excesivamente superficial al saludar de forma tan optimista la solución de Uhagón. Le parecía una propuesta generosa, que aliaba virtuosamente los intereses particulares de los terrenos al bien general. Todos ganaban: el que construía casas, porque lo haría pronto y obtendría grandes beneficios en muy poco tiempo, y los habitantes de los nuevos barrios, porque de esta manera no habría que esperar a que el indolente Ayuntamiento se decidiera aplicar lo que de bueno tenía el proyecto de Castro. Pero las conclusiones de Cerdá se hacían desde la distante Barcelona, sin conocer realmente el terreno y sin percibir que en los eriales de los alrededores de Chamberí, los intereses de los individuos no se acoplaban tan armónicamente como Uhagón pretendía.

Pedro Pascual de Uhagón era un gran inversor⁴². Lo suyo eran los grandes negocios; ya los había hecho antes en Cuba y luego en distintas empresas inmobiliarias de Madrid. Había sido parlamentario y estaba bien relacionado con la familia política vizcaína en la capital. En fin, su posición de privilegio en la sociedad le permitía afrontar grandes aventuras, si bien era un poco más prudente que Salamanca y en vez de plantearse la lucha en solitario buscaba la asociación con otros inversores. A él, no le debía preocupar que para sacar un buen rendimiento a sus tierras tuviera que inmovilizar parte de su capital en la Deuda Pública. Sacrificar parte de sus recursos y convertirlos en capital pasivo no era un problema, incluso podía resultar apetitoso para alguien que seguramente no se escapaba al vicio tan extendido entonces de prestar dinero a la Administración. Pero, ni todos los propietarios de los terrenos de la zona de Chamberí eran como él, ni sus posesiones eran tan extensas ni sus prioridades eran las mismas. Al lado de grandes propietarios como Uhagón, Arango o Drake del Castillo, también había muchos más que solo poseían una pequeña parcela. Vivían en ella y allí habían instalado sus negocios y quizá incluso pensaran algún día dismantelarlos y construir un edificio para venderlo a buen precio. Pero aún era demasiado pronto para ellos; tenían negocios abiertos en los que habían invertido mucho dinero y no se iban a poner a financiar la construcción de las calles y poner con ello en riesgo su forma de vida. Aquellos pequeños propietarios a los que Uhagón se dirigía en su propuesta, le respondieron, si no ignorándole, mostrándole su franca oposición.

Uno de ellos fue Rufino García y Nogueira, que llevaba instalado años en la zona que Uhagón quería despertar a la urbanización. No se trataba de un don nadie, ni de un perezoso propietario que sintiera recelos hacia las inversiones o el trabajo. Lo que sucedía es que su forma de hacer dinero era muy diferente a la del adalid de la libre empresa y el endeudamiento público. García y Nogueira residía desde hacía tiempo en el número 9 del Paseo del Obelisco, en medio de los terrenos desiertos junto al arrabal, más cerca de la iglesia de torcidas torres que del aristocrático Paseo de la Fuente Castellana. Allí había construido un complejo de seis viviendas, en las que además de su propia residencia había instalado una fábrica de loza. Junto a él, vivían el administrador de la fábrica, y cuatro familias de trabajadores a los que proporcionaba empleo y una vivienda gratuita. En resumen, se trataba de uno de esos raros inversores madrileños que había preferido apartarse de los rápidos beneficios que la capital había ofrecido en el terreno de la especulación inmobiliaria y se había adentrado en la tortuosa

⁴¹ Las críticas de Cerdá al Ensanche de Castro en BONET CORREA, Antonio (ed.): *Plan Castro... Ob. Cit.* pp. XLI-XLIII.

⁴² URQUIJO GOITIA, José Ramón: "Análisis prosopográfico de los parlamentarios valencianos (1834-1854)", *Revista de estudios políticos*, 93, (1996), pp. 97-121.

senda de la inversión industrial. Y lo había hecho en las afueras de la ciudad, donde el suelo era barato y asequible y su empresa no causaría molestias a los vecinos⁴³.

Cuando Rufino García y Nogueira tuvo ocasión de examinar el plano del Ensanche propuesto en 1860 se debió sentir molesto. El ingeniero de Fomento, que mostraba un obcecado gusto por la línea recta, había decidido que el paseo del Obelisco, construido hacía más de treinta años, tenía que ser corregido en su trazado. Era una rectificación mínima, se trataba sólo de unas decenas de metros, pero resultaba que la nueva calle, tal y como venía dibujada en el plano del Ensanche, pasaba por encima de su fábrica de loza, las viviendas de los trabajadores y hasta de su propia casa. El descubrimiento de que en una oficina de Fomento se estaba pensando en la demolición de sus construcciones quizá sólo le causó una ligera preocupación; nadie sabía cuál sería la aplicación real de aquello y cuándo se produciría. Pero la ligera molestia debió convertirse en indignación cuando llegó a sus manos el folleto en que Uhagón proponía su colaboración desinteresada con el Ayuntamiento. No sólo querían derribar su fábrica, sino que ahora aparecía aquel gran hombre para decir que fuera él mismo el que prestara el dinero al Ayuntamiento para llevar a cabo la demolición. Además de echar abajo sus propiedades, querían que pusiera a disposición sus ahorros. Lo último que se le habría ocurrido a don Rufino García y Nogueira habría sido asociarse con el excelentísimo don Pedro Pascual de Uhagón. De hecho lo que decidió fue tomar el camino contrario y dirigirse hacia el arrabal y buscar más personas que se encontraran en la misma situación que él. Quizá no fueran tan poderosos como el gran burgués que había propuesto la asociación de propietarios, pero sin duda iba a ser más fácil encontrar gentes dispuestas a defender la supervivencia del arrabal que a poner dinero para derribarlo.

En 1862 un grupo de pequeños propietarios de Chamberí, entre los que se encontraba Rufino García y Nogueira, decidieron dirigirse al gobernador civil de la provincia para pedir que se rectificara el plano de Ensanche que había sido aprobado en julio de 1860 y en el que se decretaba la desaparición del arrabal. La solicitud suscrita por aquellos vecinos comenzó a circular por las distintas dependencias de la Administración⁴⁴. Del Gobierno Civil a la Alcaldía, que solicitó un informe al máximo responsable de la puesta en marcha de las obras, que no era otro que el propio ingeniero Carlos María de Castro. El autor del diseño del proyecto volvía a encontrarse en su camino el engorroso asunto de Chamberí; en realidad él no había propuesto acabar con el arrabal, sino que habían sido las presiones de Fomento las que le habían obligado a suprimirlo de su diseño. En 1862, probablemente estaba ya cansado de trazar y retrazar su plano de Ensanche y decidió mantener la posición oficial, según la cual, el viejo e irregular barrio de Chamberí debía desaparecer en defensa de la armonía de su cuadrícula. En el fondo *“solo era necesario ocupar edificaciones de poco mérito y valor, por más que quiera ahora ponderarse su grandeza, edificaciones que por otra parte era imprescindible destruir por estar asentadas en planos inconvenientes y que habían de reformarse por nuevas rasantes.”*⁴⁵

⁴³ El retrato de Rufino García y Nogueira a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, caso n° 424.

⁴⁴ En el Archivo de Villa de Madrid no se conserva esta primera petición, si la comunicación que de esta se hizo para el Ayuntamiento desde el gobierno civil. AVM, Secretaría, 4-261-22.

⁴⁵ Informe solicitado por la comisión de Ensanche a Carlos María de Castro y dirigido al Gobierno Civil de Madrid en 30 de Junio de 1862, contenido en el *Expediente promovido por varios propietarios de Chamberí, en solicitud de que continúe sirviendo de base para la edificación de aquel barrio el trazado primero hecho por el Ingeniero Don Carlos María de Castro y no la variación aprobada posteriormente; consta la Real Orden*. 1862, AVM, Secretaría, 4-261-22.

El ingeniero señalaba, con cierta ligereza, que el conflicto en Chamberí enfrentaba a dos grupos con intereses contrapuestos pero igualmente legítimos. Por un lado, los propietarios de larga estancia en el barrio y que como Rufino García y Nogueira habían instalado allí sus negocios, dándole valor a un suelo que antes era mera tierra rústica. Por el otro, los recientes compradores de terrenos como Pascual de Uhagón, cuyos intereses “*se habían creado a la sombra del plano aprobado*”. Para Castro la opción era clara; había que apoyar a los recientes compradores de suelo, puesto que el derribo del arrabal beneficiaría a la larga a todos los habitantes de la ciudad al permitir nuevos barrios mejor contruidos y organizados. Otra cosa era el precio para conseguirlo, que aunque fuera alto merecía la pena pagarlo: “*el Excelentísimo Ayuntamiento habrá de pagar mayores sumas por indemnización de daños y perjuicios según el plano actual que por el anteriormente presentado y podrá tardarse algunos años más en la realización del proyecto, lo cual no merece en mi concepto alterar lo hecho*”.⁴⁶

El dictamen de Castro era un serio revés para los intereses de los propietarios de Chamberí, pero no todo estaba perdido. El ingeniero dejaba, sin pretenderlo, una puerta abierta para que los vecinos del arrabal continuaran su resistencia. La referencia a las costosas indemnizaciones, que se hacían en un tono optimista, remitía al mayor problema que seguía bloqueando la puesta en marcha de las obras para la urbanización de las afueras madrileñas. En 1862, el Ayuntamiento seguía sin contar con los recursos para demoler el caserío antiguo, aplanar los solares e ir cuadriculando el Ensanche Norte. Castro se podía mostrar muy tajante en su informe, pero lo cierto es que habían transcurrido ya dos años desde la aprobación del proyecto y todavía no se había alzado un pico, una pala o una barrena para comenzar a someter la desordenada periferia urbana al plan de organización del nuevo Madrid. No había plan de financiación alguno y la propuesta de Uhagón, por filantrópica y conveniente que pudiese parecer, no suscitaba la unanimidad de los propietarios de tierras al norte de la capital. Y sin el apoyo de todos, por brillante que fuera la idea, era irrealizable.

El grupo de propietarios que habían resuelto salvar al arrabal de la demolición decidieron insistir en sus reclamaciones ante las autoridades. En enero de 1863 se volvieron a reunir. Eran pocos, tan sólo once vecinos de los más de 4.000 que ya se empadronaban en el barrio construido alrededor de la iglesia. Eran una minoría pero estaban decididos⁴⁷. Quizá sus recursos económicos y su capacidad de actuación e influencia políticas fueran ridículos al lado de gigantes como Uhagón o el ingeniero Castro, pero contaban con el respaldo, o al menos con el respeto, de muchos de sus convecinos.

Entre los asistentes a la reunión estaba Rufino García y Nogueira, el fabricante de loza que tenía detrás de sí a sus trabajadores, tanto a los que convivían con él como a los que lo hacían en otras viviendas del barrio. Otro miembro destacado era Fernando Heredia, un funcionario que trabajaba en el Congreso de los Diputados y que se había construido una casa en la calle Españolito, una bocacalle del Paseo de Santa Engracia. Sin ser un aristócrata ni un miembro de la cúspide social madrileña, tampoco era un cualquiera: aparte de su numerosa prole, daba residencia en su hogar a tres criadas que

⁴⁶ *Idem.*

⁴⁷ Más adelante se aborda la evolución demográfica de las distintas zonas en que se dividió el Ensanche Norte. Entre las calles Santa Engracia y la Carretera Mala de Francia, en los terrenos que aglutinaban el grueso de las construcciones del arrabal, la población ascendía a 2.125 habitantes. A ellos había que sumar otros dos millares que se concentraban en las zonas colindantes (los números pares de la calle Santa Engracia y los impares de la Carretera Mala de Francia. Datos a partir de AVM, Estadística, padrón de 1860. Un estudio detallado en PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El distrito de Chamberí 1860-1880. El nacimiento de una ciudad*. E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es:6237

se erigían en símbolo de su relativa prosperidad económica⁴⁸. Lo mismo que Fernando Peñarredonda, otro de los propietarios embarcados en la defensa de Chamberí y que señalaba en el padrón vivir de sus rentas. Se había instalado en el edificio que se había hecho construir en Santa Engracia 28, junto a su mujer, hijos, un cuñado que era oficial del ejército y una criada⁴⁹. Otros integrantes de este pequeño grupo de defensores de Chamberí gozaban de un poder bien diferente, basado menos en su capital y más en la capacidad de influencia sobre sus vecinos y en el respeto que estos les profesaban. Era el caso de Benigno Castro, el joven farmacéutico de la calle Santa Felicianita que también se encontraba entre los firmantes de la solicitud. O de su vecino Manuel Menéndez, propietario de una tienda de ultramarinos en la calle Castillo⁵⁰. Las propiedades que ambos iban a defender eran modestas; dos casas de pequeño tamaño en las que desarrollaban sus vidas y en las que tenían el centro de operaciones de sus negocios, insignificantes a la sombra de las grandes obras que iban a transformar en el futuro las afueras de Madrid, pero en las que habían concentrado todas sus ilusiones y sus ahorros⁵¹.

Era un grupo heterogéneo en el que se incluía desde el pequeño tendero dedicado a la venta de comestibles al fabricante de loza, del boticario humilde al empleado del Congreso de los Diputados, pero que estaba unido por el solido cemento de una preocupación común: defender el arrabal frente a la determinación del Gobierno en derribarlo. Y contaban con una ayuda inesperada; las grietas que habían surgido en las relaciones entre el Ministerio de Fomento y el Ayuntamiento en la aplicación de la ley de Ensanche. Dado que la negativa del Gobierno ya la habían recibido por vía del gobierno civil, esta vez optaron por apoyarse en el otro polo y se dirigieron a la corporación municipal. En el escrito, que surgió del consenso del grupo de propietarios de Chamberí, señalaban cómo el plano del Ensanche en vigencia les impedía llevar sus negocios y sus vidas con normalidad. La condena a muerte del barrio apenas les permitía disponer de sus ahorros pues, *“desde luego las fincas hoy construidas no pueden enajenarse con la estimación debida por no tener estabilidad, ni menos hipotecarse para negociaciones particulares, en atención a carecer de valor seguro mediante que no han de conservarse en el sitio en el que están”*. El futuro pintaba negro para los que tenían una propiedad en Chamberí, porque sus ahorros permanecían sepultados por unos edificios que no podían vender, al no saber cuánto iban a durar en pie. *“El tiempo será el encargado de destruirlas y de este modo se realizará una medida cuyo cimientó fue las lágrimas y la miseria de muchas familias a quienes se les condena a perder cuanto se afanaron por conservar.”*

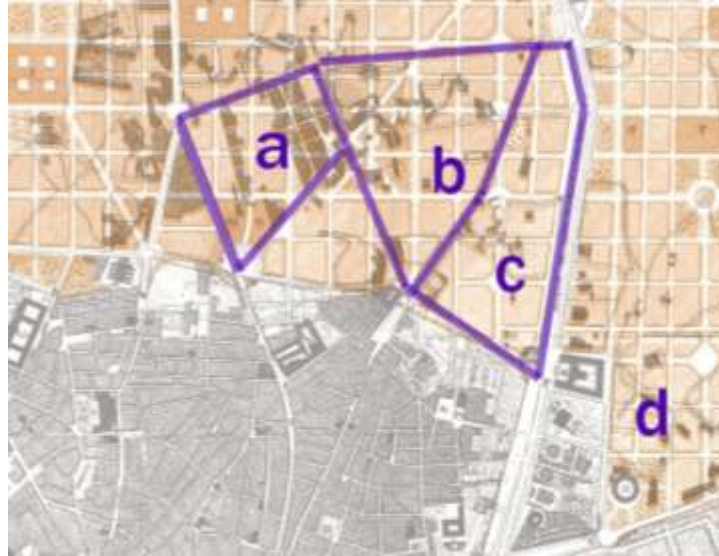
⁴⁸ Retrato de Fernando Heredia a partir AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, caso nº 467.

⁴⁹ El retrato de Fernando Peñarredonda Aranda a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, caso nº 241.

⁵⁰ Manuel Menéndez Baragaño, natural de Salgas, Oviedo, habitaba en la calle Castillo 11, junto a su mujer Rosa Isabel, madrileña, dos hijos y un dependiente de comercio. Habían llegado al barrio en 1854 y decían pagar un alquiler de 150 reales. AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, caso nº 686.

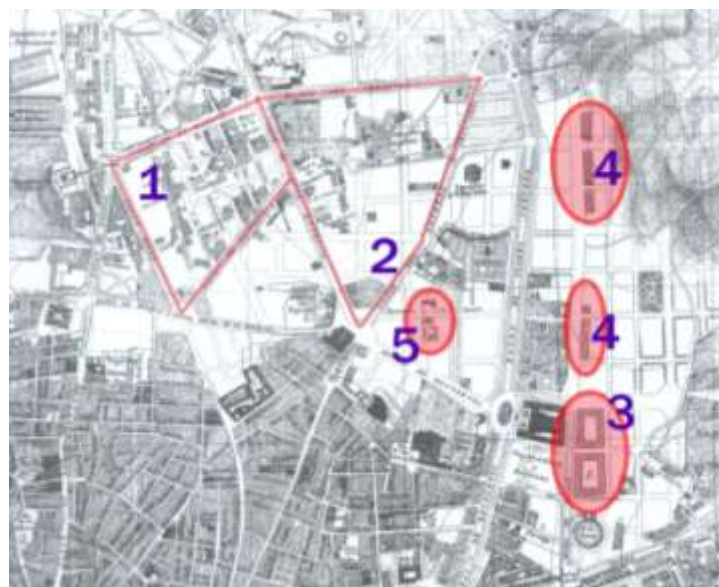
⁵¹ El resto de los firmantes de la solicitud eran Federico de Onís, María Antonia Causser, Vicente Florenci, Luis del Río, Ramón Vuelta, Manuel Lozano. De ellos sólo María Antonia Causser se empadronaba en Chamberí en 1860, en la calle Chamartín 4 bajo: era viuda, tenía 44 años y residía con cuatro hijos todos menores de 15 años. Se calificaba como propietaria de profesión. AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, caso nº 625. Probablemente el resto fueran propietarios de edificios en Chamberí pero que no se habían trasladado a residir en el barrio y permanecían empadronados en el casco antiguo, como era el caso de Drake del Castillo, o Andrés Arango, los grandes propietarios inmobiliarios de la zona pero que tenían su residencia dentro de las tapias de la ciudad.

Plano 2.7: La disputa entre propietarios de suelo y el ingeniero Castro por la demolición de Chamberí.



En el plano del proyecto de Ensanche aparecen destacadas las zonas que fueron objeto de las primeras actuaciones y discusiones en la aplicación del Ensanche: el arrabal (a), que debía desaparecer según los diseños de Castro bajo un gran jardín; la zona sobre la que Pedro Pascual de Uhagón (b) propuso crear una asociación de propietarios con la que adelantar las obras de explanación y trazado viario que el Ayuntamiento era incapaz de financiar; el barrio aristocrático (c) que en el plan Castro se había pensado para la ribera de la Castellana; y los terrenos que había comprado el marqués de Salamanca a espaldas del Paseo de la Recoletos (d).

En 1866 la zona de Ensanche apenas había sufrido cambios y las pocas edificaciones se habían localizado en espacios muy concretos. La incertidumbre sobre la resolución del conflicto de Chamberí había permitido que el arrabal subsistiera y que todas sus edificaciones se conservaran (1). La incapacidad de Uhagón de convencer al conjunto de los propietarios había hecho fracasar su proyecto y el paisaje residencial seguía presidido por las grandes huertas y las calles desordenadas (2). En realidad las operaciones se limitaban a las manzanas construidas por el marqués de Salamanca (3) y algunas viviendas construidas en la calle Serrano (4); el barrio aristocrático de La Castellana, donde apenas había construcciones preexistentes que impidieran la puesta en marcha del Plan Castro; sin embargo la urbanización había sido escasa y se limitaba a unos cuantos hotelitos entre los que se encontraba el del propio ingeniero Castro (5).



Más allá de la defensa de sus intereses particulares, en lo que ponían verdadera insistencia los once de Chamberí era en el gran gasto que representaba para las arcas públicas derribar un barrio que, después de muchos esfuerzos, al fin comenzaba a prosperar. Era al Ayuntamiento *“sin disputa, el primero a quien menoscaba aquella medida por los inmensos gastos que le ha ocasionado la construcción de las grandes vías o paseos con que ha procurado embellecer esta parte de la Capital”*. Todo lo hecho hasta entonces, que no había sido demasiado pero había resultado caro, iba a desaparecer bajo la cuadrícula de Castro: desde la plaza de Chamberí, cuyas expropiaciones tanto se tardó en pagar, hasta los árboles de los paseos, que se habían plantado hacía más de treinta años. No parecía lógico *“que apenas hubiesen empezado a recoger el fruto de sus afanes, se les destruyera sus más halagüeñas esperanzas, entregando su propiedad al descrédito y abandono.”*⁵²

El boticario, el tendero, el fabricante de loza y sus aliados dieron en el clavo. En el Ayuntamiento no necesitaban que les recordaran demasiado las penurias de sus recursos para que saltara la alerta. Las reclamaciones de los pequeños propietarios de Chamberí además caían sobre un terreno ya abonado por la irritación: Fomento apenas había contado con el Ayuntamiento en el diseño de la ampliación urbana madrileña y se esperaba la ocasión propicia para resarcirse de tal desprecio. Así, en la comisión de Ensanche del municipio, fueron bien recibidas las reclamaciones de Rufino García y Nogueira, Benigno Castro y demás vecinos modestos de las afueras. Frente a la postura rigurosa del ingeniero Castro, que defendió con firmeza el plano que se había visto obligado a trazar por encima de los intereses del pequeño boticario y del fabricante de loza, los miembros del Ayuntamiento se mostraban más pragmáticos. Aunque reconocían la valía del trabajo del ingeniero y lo deseable que habría sido poder construir aquella ciudad bella y perfecta que se trazaba en el plano, por otro lado advertían el carácter utópico y hasta inconveniente del proyecto si era tomado demasiado al pie de la letra. Había que buscar un término medio pues: *“Lo mejor es enemigo de lo bueno. Lo mejor sería sin duda, bajo el punto de vista de la ciencia y de la gran belleza, esa corrección perfecta de líneas, esa uniformidad de construcciones que presenta el plano actual; pero lo bueno es hoy renunciar a tanta belleza, que tiene bastante de ideal, y que ha de producir tan extraordinarios perjuicios, y tan formidables dispendios. Respetemos en cuanto sea dable lo que hoy existe, haciéndolo compatible con la hermosura que debe procurarse en una parte de población que se va a levantar de nuevo”*⁵³.

El Ayuntamiento asumía como propios los argumentos esgrimidos por los once vecinos de Chamberí en su reclamación. Además lo hacía rápido, pues si la reunión de los once vecinos de Chamberí se había producido el 22 de Enero de 1863, el Ayuntamiento decidió ponerse a favor de esta reclamación poco después, el día 31 del mismo mes. Era un pequeño paso pero resultaba fundamental para los resistentes. La última palabra sobre el plano la tenía Fomento, que era quien había impulsado el Ensanche; pero la organización de las obras y su gestión cotidiana estaba en manos del Ayuntamiento, que era el encargado de expedir las licencias de construcción y autorizar las alineaciones de las calles. La defensa de los intereses de los vecinos de Chamberí por el Ayuntamiento significaba la paralización efectiva del proyecto de Castro, que no

⁵² *Solicitud al Ayuntamiento de Madrid para que apoye a los propietarios de Chamberí en sus reclamaciones de una rectificación del plano de Ensanche*, fechada en 22 de Enero de 1863, en AVM, Secretaría, 4-261-22.

⁵³ *Informe de la Comisión de Ensanche del Ayuntamiento sobre la solicitud de los propietarios de Chamberí*, fechada el 22 de Enero, dirigida al Alcalde de Madrid en 31 de Enero de 1863, en AVM, Secretaría, 4-261-22.

se podría poner en marcha definitivamente hasta que se resolviera el conflicto. Los nubarrones de incertidumbre y duda que se alzaban sobre los nuevos barrios se fueron densificando y los potenciales inversores en el negocio de la construcción veían cada vez más insensato lanzarse a la arena inmobiliaria de la forma en que lo había hecho el marqués de Salamanca en las afueras del Este de Madrid.

Las reticencias de los inversores y de los promotores inmobiliarios no sólo se hicieron notar en el lento crecimiento de licencias de obra del Ayuntamiento y en su crisis hacia 1865; también se expresó gráficamente sobre el plano. Entre 1860 y 1866 apenas se modificó el paisaje residencial de las afueras del norte de Madrid. El arrabal seguía en pie, pero nadie se decidía a construir una nueva casa hasta que se aprobara un nuevo plano que diera satisfacción a gobierno, Ayuntamiento y vecinos. Los grandes descampados en los que Pedro Pascual de Uhagón soñaba edificar seguían yermos porque nadie se había puesto a trazar las calles ni a convertir los montículos en terrenos propicios para la urbanización. Sólo se alzaban, solitarias en el horizonte, las casas de Salamanca, que además permanecían en buena parte sin habitar, porque los altos precios y el carácter inhóspito del paraje repelían a los compradores. En fin, la construcción de un nuevo Madrid, cuyos primeros pasos se habían dado en 1860, se veía abocado en la primera vuelta del camino a un callejón sin salida.

La inicial parálisis del Ensanche se debía al conflicto entre un proyecto pensado para garantizar un desarrollo general armónico del crecimiento de Madrid y los intereses particulares de los propietarios de cada parcela, a los que les interesaban más sus propios ahorros y los beneficios que podrían obtener de sus pequeñas inversiones que el destino final de la ciudad en la que habitaban. El conflicto de Chamberí era un buen ejemplo de este enfrentamiento. Su primera resolución, la suspensión preventiva de la demolición, representó el primer peso en la balanza a favor de los pequeños propietarios y en detrimento de los grandes ideales higiénicos y de belleza del plan original de Castro. En este caso, el principal problema era la disputa por el trazado de las calles aunque no era el único punto en que los propietarios de suelo se sentían perjudicados por el plan de Ensanche: había otras exigencias del diseño de Castro que resultaban perjudiciales para el que quisiera hacer negocios construyendo una parcela en las afueras.

Entre ellas se encontraban las normas que se habían de seguir en la construcción de cada edificio de viviendas: el ingeniero obligaba a que la mitad del suelo de cada manzana se dejara libre para evitar una excesiva aglomeración, limitaba la altura de los edificios a los tres pisos y establecía un mínimo de metros cúbicos por habitación para impedir malas condiciones higiénicas. Estas limitaciones al uso libre de la propiedad privada, aunque relativamente leves, reducían el número de habitaciones que se podían construir en cada solar y repercutían encareciendo el precio final de los edificios construidos y, con ellos, en los beneficios que se podían obtener de su alquiler o venta. Realmente no eran la principal causa de la carestía, pues gran parte del precio se derivaba del alto valor que había adquirido el suelo, pero representaban un factor añadido de encarecimiento y eran observadas como una gravosa dificultad para el buen desarrollo de los negocios. Ya se estaba viendo lo sucedido con el marqués de Salamanca y su fracaso en las afueras del Este. A nadie se le ocurría que el Gobierno se inmiscuyera en las compraventas de suelo para alterar los precios, pero otra cosa era las normas de construcción, que podían ser modificadas para permitir un más vigoroso desarrollo del negocio inmobiliario.

Ante el abortado despegue del Ensanche y empujado por las presiones de un grupo de parlamentarios, el Gobierno fue el siguiente en dar un paso hacia el desmantelamiento del Plan Castro tal y como había sido diseñado originalmente. La Ley

de General Ensanche de población de 1864 pretendía, según Cánovas del Castillo, que la firmaba, luchar contra las causas de que “las edificaciones no tuvieran todo el desarrollo que era de esperar” y que fueran “atendidas las urgentes necesidades de la población”. Para ello proponía una serie de reformas que buscaban “conciliar el interés público con los derechos de los propietarios”⁵⁴.

Una de ellas era el permiso de elevar un piso más por edificio, pasando de tres a cuatro plantas, lo que suponía el fin de la armonía entre anchura de calles y altura del caserío que se había buscado en el proyecto original de Ensanche. También se permitía la reducción del espacio que se debía ceder en cada parcela para jardines y patios. Además se suprimía la obligatoriedad de establecer los edificios públicos allá donde habían sido designados en el proyecto de Ensanche; los propietarios eran libres para hacer de los terrenos lo que quisieran y era el Ayuntamiento el que se debía preocupar de adquirir el suelo para satisfacer sus necesidades. Otro punto importante de la ley era la creación de los órganos necesarios para conseguir la conciliación entre interés público y privado en asuntos de detalle como eran las modificaciones en el plano. La Junta de Ensanche, en la que se reunían miembros del Ayuntamiento con el Alcalde a la cabeza, técnicos y representantes de los propietarios, se encargaría a partir de ese momento tanto de supervisar el proceso de expropiación para la apertura de nuevas calles como de atender los conflictos entre propietarios del suelo y el desarrollo del plan diseñado por Castro.

El punto más importante de esta ley era, sin duda, la creación, al fin, de un marco para la financiación para todos los trabajos que el Ayuntamiento debía acometer en el acondicionamiento de los nuevos barrios⁵⁵. El Estado cedía la recaudación de la contribución territorial de cada nueva construcción en el Ensanche por un plazo de veinticinco años: el impuesto satisfecho por los propietarios de los nuevos edificios revertiría directamente en la construcción de la calle en la que estaba, en la instalación del alcantarillado o la llegada del agua corriente. Pedro Pascual de Uhagón ya no tendría que buscar más socios para adelantar el dinero que necesitaba el Ayuntamiento; el Estado se había encargado de que los impuestos que él pagaba por sus propiedades en el Ensanche se destinaran directamente a construir las calles y las infraestructuras que sus edificios necesitaban.

La legislación de 1864 ponía todo el poder en manos del Ayuntamiento a la vez que eliminaba muchas de las exigencias higiénicas del proyecto de Castro que implicaban gastos a los propietarios de los terrenos. Con ello se aliviaban algunos de los impedimentos que habían lastrado el desarrollo del nuevo Madrid, pero al mismo tiempo se renunciaba a muchos de los ideales que se habían pretendido cumplir cuando se diseñó. En realidad, la legislación de 1864, su posterior desarrollo en un Reglamento de 1867 y su aplicación a los casos particulares, supuso la conversión en letra muerta de muchas de las ideas de Castro⁵⁶. El Gobierno se ausentaba de toda gestión del Ensanche. El Ayuntamiento, que ya había dado suficientes muestras de animadversión contra el plano de Castro, era ahora el encargado de llevarlo a cabo, para gran regocijo de los propietarios. El Consistorio se mostraba mucho más flexible a sus inquietudes y

⁵⁴ La elaboración y la tramitación de la ley de 1864 en DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales...* Ob. Cit. pp. 17-21.

⁵⁵ Las leyes para la financiación del Ensanche en MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca...* Ob. Cit. pp. 60-77; CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

⁵⁶ CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

sabían que la inicial rigidez de tiralíneas del Ensanche sucumbiría ante las peticiones concretas de cada dueño de una parcela o de un edificio.

La solución del conflicto de Chamberí fue buena muestra de ello, aunque el asunto aún coleó unos cuantos años más en las dependencias municipales. A pesar de que los propietarios contaban con el apoyo del Ayuntamiento, la jefatura de las obras seguía en manos del propio Castro, empeñado a no ceder completamente ante la resistencia del arrabal. Al final sólo fue una cuestión de tiempo: tras las reclamaciones de 1863, el ingeniero accedió a realizar un nuevo plano del Ensanche que conservaba parte del arrabal, aunque seguía exigiendo el derribo de casi un centenar de viviendas. De nuevo los propietarios protestaron y encontraron el apoyo municipal, y otra vez más se debió sentar Castro a retocar su diseño. La historia se repitió en 1865 y 1867, años en que el ingeniero presentó un tercer y un cuarto plano de Chamberí sin conseguir el beneplácito de los vecinos. El acuerdo parecía imposible y hubo de esperar a la revolución de 1868 y a la sustitución de Castro en su puesto en el Ayuntamiento para que, con un nuevo encargado al frente de las obras, se renunciara a toda obra de reforma en Chamberí y sus habitantes pudieran celebrar la victoria del arrabal frente al Ensanche⁵⁷.

1868-1874: el despegue definitivo del Ensanche

El Sexenio democrático supuso para Madrid el momento de ruptura definitiva con el pasado y el despegue de su modernización como ciudad. Los aires de libertad y audacia que ambientaron la vida política de España en aquellos años corrieron con especial intensidad por el corazón del país. La capital del Estado dio al fin el gran salto adelante que desde hacía años se venía planeando y la construcción del Ensanche adquirió el vigor suficiente para arrastrar a los vecinos del centro hacia las afueras. El proyecto de Castro, aprobado ocho años antes, había avanzado con timidez, lastrado por los celos y temores de los propietarios y las disputas y conflictos de promotores, Ayuntamiento y Gobierno. Ángel Fernández de los Ríos, quizá el más ácido crítico del plan urbanístico de 1860 y figura hegemónica en el Ayuntamiento y en el urbanismo madrileños desde 1868, se lamentaba con razón de la timidez de la expansión urbana madrileña hasta entonces. Las construcciones nuevas fuera de las tapias eran escasas; en los últimos años sólo se habían iniciado obras en el barrio de Salamanca, en la Montaña del Príncipe Pío y junto a la puerta de San Vicente. El resto seguía igual, o con las pobres viviendas construidas antes de Castro como en Peñuelas o Chamberí, o como un mar de solares y montículos esperando aún a ser puestos a disposición de los promotores inmobiliarios. Todo ello le llevaba a concluir, no sin cierta falta de modestia, que en realidad el plan de Ensanche de Castro había sido abortado como el de Juan Merlo de 1846 y que hasta su llegada como concejal al Ayuntamiento en 1868, la aventura de construir el Madrid del futuro no había comenzado⁵⁸.

En parte no le faltaba razón. Era cierto que en los años anteriores a la revolución se habían dado algunos pasos para que aquella ciudad ideal presentada en sociedad en 1860 comenzara a materializarse. La Ley de Ensanche de 1864 y los distintos pulsos entre el Ayuntamiento y el ingeniero Castro por el destino de Chamberí habían

⁵⁷ Las circunstancias en las que se produjo la expulsión de Castro del Ayuntamiento en MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca...* Ob. Cit. pp. 36-37.

⁵⁸ Esta valoración del Ensanche y su lento despertar en FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*. La Madrid, La Librería, 2002 (facsimilar de la edición de 1876), pp. 728-739.

preparado el terreno. Pero al mismo tiempo había faltado una voluntad decidida de las autoridades para animar a los inversores y a los propietarios del suelo a expandir la ciudad. La prueba más elocuente de ello era que, a pesar de que el plano de Castro era ya aceptado (con la excepción de la cuestión de Chamberí) y las tierras que se habían decretado como Ensanche de Madrid hacía tiempo que habían sido incorporadas a la ciudad, la mayor parte de las tapias que rodeaban el casco antiguo seguían en pie. Por mucho que se proclamara la inauguración del Ensanche, mientras existiera esa barrera de cal y canto que separaba al casco antiguo de las afueras, era poco probable que nadie quisiese trasladarse a vivir o a hacer negocios a los nuevos barrios. La persistencia de la vieja frontera madrileña era el mejor símbolo de la falta de decisión y la inoperancia de las autoridades isabelinas desde 1860⁵⁹.

Los ayuntamientos madrileños del Sexenio democrático se caracterizaron por todo lo contrario. Quizá su rasgo más distintivo fue la audacia y la voluntad decidida de actuación por encima de consideraciones hacia la historia de la ciudad y hacia las disquisiciones teóricas del plan Castro. Una muestra simbólica de esa voluntad de ruptura con el pasado fue la decisión de sustituir al frente de las obras del Ensanche a Carlos María de Castro, hasta entonces exigente supervisor de la forma en que se hacía piedra y pavimento su proyecto. Obviamente, la decisión respondía a causas políticas: Castro se había significado suficientemente con el régimen isabelino como para que permaneciera en su puesto tras la expulsión de la reina de su trono. Pero las consecuencias fueron más allá de la venganza política y se tradujeron en alivio para muchos habitantes de Madrid para quienes el ingeniero, o más bien su obra, había supuesto un obstáculo en la satisfacción de sus deseos e intereses. Los primeros en celebrar su marcha del Ayuntamiento debieron de ser el boticario Benigno Castro, el fabricante de loza García y Nogueira y el resto de los vecinos de Chamberí. Sus temores se disipaban al fin. Entre 1868 y 1869, el nuevo técnico al frente de la organización del Ensanche procedió a trazar el plano definitivo de las afueras del norte. El nuevo Ayuntamiento decretaba la incorporación del arrabal a la ciudad sin apenas modificaciones de la trama viaria y sin derribar prácticamente ninguna construcción. Se había esfumado el negro nubarrón que pesaba sobre el vecindario y la vida de aquella pequeña comunidad recuperaba el pulso que tanto había debilitado por la incertidumbre en los años precedentes.

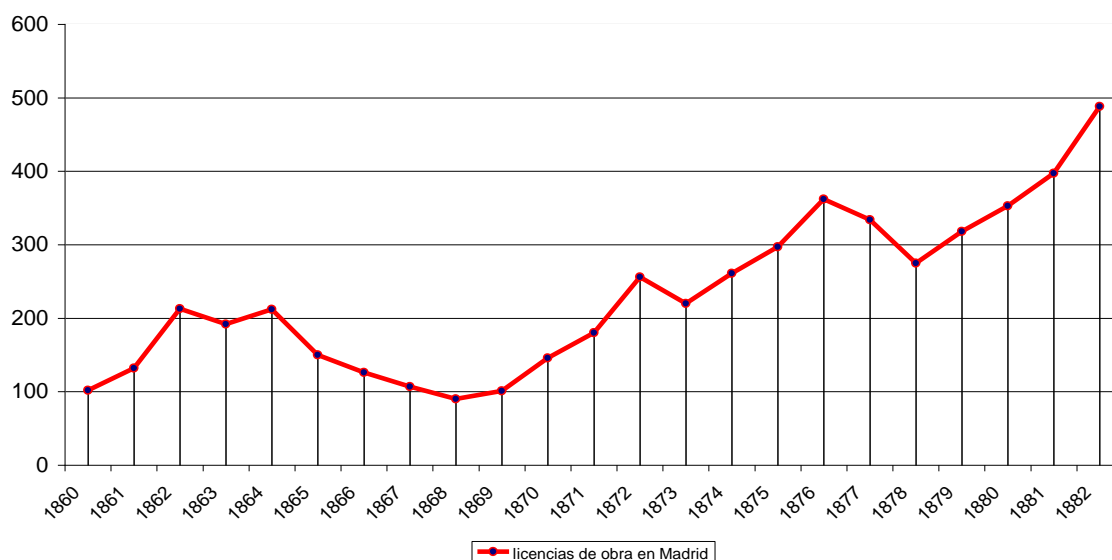
No fueron los únicos en alegrarse. La nueva sensibilidad del Ayuntamiento, más predispuesto a fomentar la construcción que a cumplir los ideales de Castro, se hizo notar pronto en las concesiones de licencias de obras y sobre todo en la tolerancia para que los constructores se saltaran las normas urbanísticas. Se recortaron los espacios destinados a la vía pública, se permitió elevar más pisos por edificio, en fin, se les dejó transgredir todas aquellas exigencias que buscaban garantizar la higiene de lo construido pero que a los propietarios les arañaba parte de sus posibles beneficios. El marqués de Salamanca, por ejemplo, constantemente preocupado por hacer rentable aquel negocio nefasto que había iniciado en el Este de Madrid, consiguió que se le eximiera de construir plazas entre las grandes avenidas y que se quedaran en meros cruces de calles, ganando así terreno para la edificación⁶⁰. Este tipo de concesiones que al principio se realizaban sólo a particulares y caso a caso, alcanzaron carácter de política general en 1873. Aquel año se aprobó una serie de acuerdos municipales que desmantelaron los últimos restos del proyecto de Castro. Se acordó el reconocimiento legal de todas las construcciones existentes hasta entonces en los terrenos del Ensanche,

⁵⁹ El derribo de las tapias en FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *Guía de Madrid... Ob. Cit.* pp. 734-737.

⁶⁰ MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca... Ob. Cit.* pág. 40.

independientemente de si cumplían las normas del plan. También se suprimían los jardines públicos proyectados sobre terrenos particulares y se reducía la anchura de algunas calles secundarias para evitar excesivos gastos al Ayuntamiento⁶¹.

Gráfico 2.2: Licencias de obra concedidas por el Ayuntamiento de Madrid, 1860 - 1882



Elaboración propia a partir de los datos recogidos en: BAHAMONDE MAGRO, Ángel y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social... ob. cit.* pág. 217.

Aunque estas medidas ocasionaron serios perjuicios en la calidad de la ciudad construida, con ellas se rompieron todas las ataduras que habían frenado el Ensanche hasta entonces. La guinda fue puesta con el derribo de las tapias, que se comenzó en 1869 y que abrió un periodo de activa intervención del municipio en las obras públicas. Caída la frontera del viejo Madrid y comunicados los nuevos barrios con el casco antiguo, se comenzaron las obras de explanación de la zona de Ensanche a un ritmo veloz. Los inversores particulares, viendo la firme determinación de las autoridades de abrir la capital hacia el futuro, se lanzaron detrás y comenzaron a solicitar licencias de construcción con una alegría que recordaba a los mejores tiempos de la desamortización. Esta vez sí que se produjo el impulso que cabía esperarse de un proyecto de la envergadura del Ensanche. El negocio de la construcción adquirió el vigor que se había echado en falta entre 1860 y 1868. En 1874 se concedieron 261 licencias de obra en Madrid, una cifra que no había sido alcanzada todavía en el siglo XIX. Con razón podía señalar Ángel Fernández de los Ríos que “*bastó que cayeran las tapias que aislaban las localidades exteriores para que, acercando al centro las [zonas] que se consideraban más lejanas de lo que realmente estaban, tuvieran rápido desarrollo; bastó que se iniciaran vías directas que las pusieran en comunicación con el centro para que, en sitios que nadie creía utilizables para la construcción, comenzaran a levantarse barriadas más o menos importantes*”⁶². La expansión de Madrid, que tantas barreras había encontrado para su despegue, tan sólo necesitaba un gesto para adquirir un ritmo acelerado. Y fueron los revolucionarios de 1868, que no

⁶¹ MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca... Ob. Cit.* pág. 42.

⁶² FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *Guía de Madrid... Ob. Cit.* p. 737.

dudaron en echar abajo las gloriosas tapias del Madrid de Felipe IV, los que lo consiguieron.

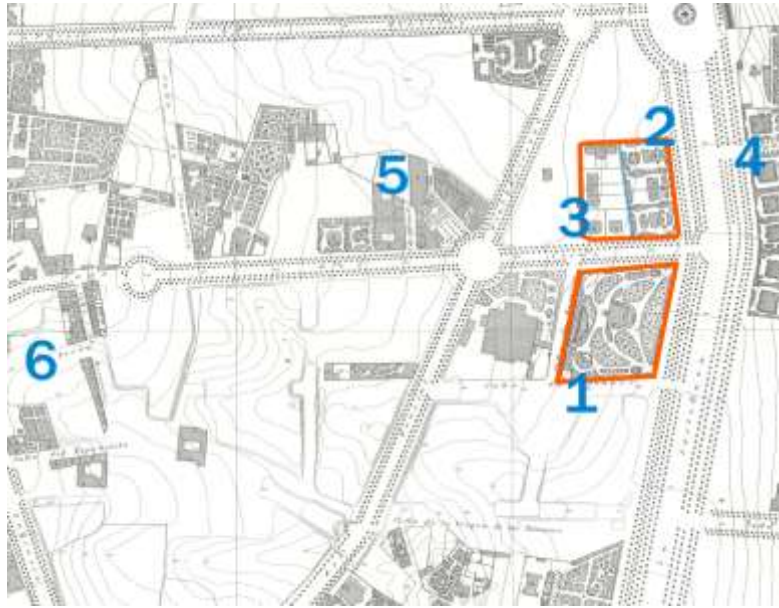
El Ayuntamiento salido de la revolución se había puesto al frente del Ensanche e infundió valor en quienes tenían terrenos, dinero y ganas para construir en las afueras madrileñas. Trasladar los negocios inmobiliarios del casco antiguo a los alrededores de la capital había dejado de ser una aventura para inversores temerarios como José de Salamanca. Todo lo contrario; ahora parecía una buena oportunidad para hacer montones de dinero en relativamente poco tiempo. Así lo pensó Miguel Sáenz de Indo, gran empresario vizcaíno que contaba con una gran porción de terrenos en la ribera de la Castellana. Había comprado aquellas parcelas hacía tiempo, colocando parte del capital que había amasado durante años de esfuerzo y ahorro desde que llegó a Madrid en la década de 1830 para trabajar como dependiente de una ferretería. En la década de 1870 era un importante banquero con negocios en América y en la Península, que simbolizaba al burgués hecho a sí mismo a partir del trabajo y la astucia inversora. Ya era un hombre respetado por sus caudales y su riqueza, pero le faltaba aún cumplir un sueño que pusiera la guinda a su triunfo social: construirse un palacio como el de los antiguos grandes de España que reflejara su poder y su influencia⁶³. Quería un palacio como el del marqués de Salamanca en Recoletos, que todas las familias madrileñas pudieran admirar en sus paseos del domingo, tanto las que iban a carruaje como las que lo hacían a pie. Si todavía no lo había hecho era porque sus terrenos estaban dejados de la mano de Dios, al otro lado de las tapias. Pero en 1870 ya nada se lo impedía; el Paseo de la Castellana era una calle más de la ciudad. Es más, se había convertido en una de las principales avenidas de la capital, llamada a ser el escenario de poder y riqueza en el Madrid del futuro.

No paró en gastos a la hora de construir su palacio y consiguió su objetivo de deslumbrar a los madrileños. Ángel Fernández de los Ríos así lo reconocía al incluirlo entre los más deslumbrantes palacios de la nueva aristocracia que reseñaba en su guía de 1876. El urbanista madrileño consideraba este nuevo palacio un digno reflejo de los hotelitos de los Campos Elíseos de la capital francesa que siempre quiso ver imitados en Madrid; lo consideraba “*uno de los ornamentos del Paseo de la Castellana*” que destacaba “*por su larga verja, su esbelta portada, sus esmerados jardines y estufas y sus grandes dimensiones*”⁶⁴. El palacio de Indo era una de las maravillas del Nuevo Madrid nacido en 1868, un edificio digno de ser incluido en todas las guías para forasteros y paseantes que visitaran la ciudad; hasta tal punto que Jean Laurent, uno de los fotógrafos pioneros que trabajaron en la capital española, no pudo resistirse a que uno de sus primeros clichés fuera dedicado a aquella joya de la arquitectura⁶⁵.

⁶³ Un caso similar de ascensión social coronada por la construcción de una lujosa residencia urbana es el descrito por BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “La reproducción patrimonial de la élite burguesa madrileña en La Restauración: el caso de Francisco de las Rivas y Ubieta, marqués de Mudela, 1834-1882” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, Vol. 1, (1989). pp. 523-594. Véase también la trayectoria de José Campo en Valencia en el siglo XIX reconstruida en SERNA, Justo y PONS, Anacleto: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en al Valencia de mediados del XIX*, Valencia, Diputación de Valencia, 1992.

⁶⁴ FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *Guía de Madrid... Ob. Cit.* p. 724

⁶⁵ Con Charles Clifford, Jean Laurent es uno de los primeros autores a los que debemos fotografías de Madrid. En su catálogo de postales y fotografías introdujo muy pronto varias tomas del palacio de Indo del que se incluye una reproducción en el texto. Algunas notas biográficas de Laurent en el catálogo: *J. Laurent : un fotógrafo francés en la España del siglo XIX = J. Laurent : un photographe français dans l'Espagne du XIXème siècle*, Madrid, 1996.

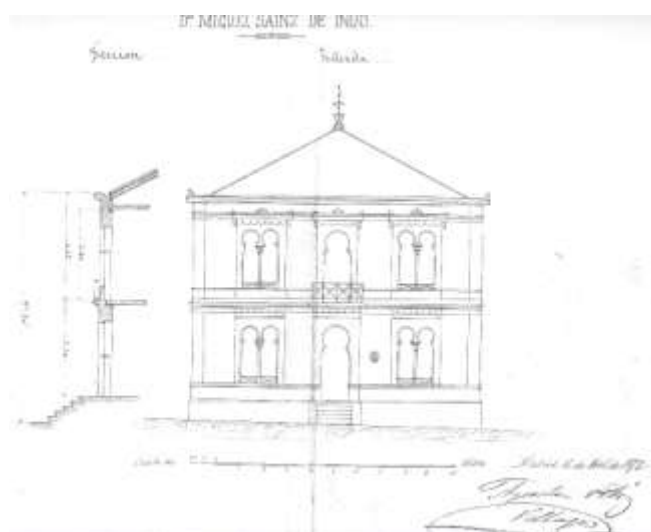
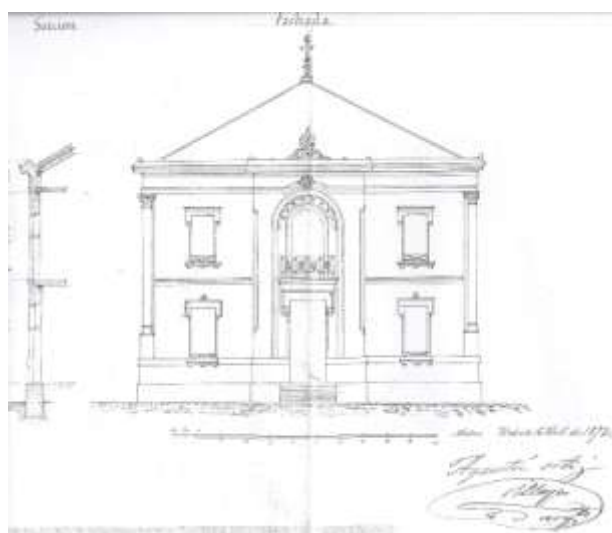
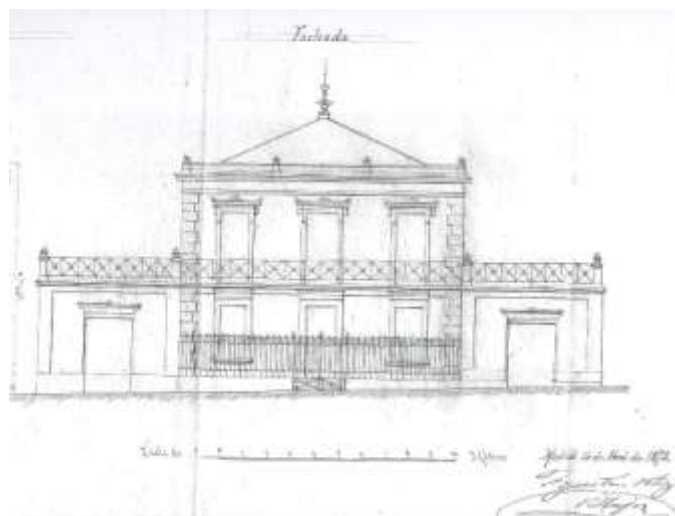
Plano 2.8: Barrio de Indo en el Plano parcelario de 1872-75 de Ibáñez Íbero.

Al realizar su promoción inmobiliaria en el Ensanche Norte, Miguel Sainz de Indo se reservó para su propia residencia una manzana junto a la Castellana donde se construyó su palacio rodeado de jardines (1). El resto de sus terrenos, situados al norte, fueron objeto de dos operaciones; primero fueron contruidos los hotelitos con fachada a la Castellana (2) frente a los de Salamanca (4); más tarde los que les daban la espalda (3). Aquel conjunto de casas representaba la cabeza de puente en este barrio lujoso donde las construcciones más cercanas eran las de la calle Alfonso X (5) y ya más lejos, los límites del arrabal (6). Elaboración propia a partir del Plano Parcelario de Ibáñez Íbero.

Fig. 2.1: Hotel particular de Miguel Sáinz de Indo, Paseo de la Castellana.

Fotografía de Jean Laurent hacia 1870; conservada en el Instituto del Patrimonio Histórico Español.

Fig. 2,2: Fachadas de los hoteles construidos en 1872 por Indo en sus terrenos con puerta a la calle de Fortuny; diseño de Agustín Ortiz de Villajos



AVM, Secretaría, 5-101.15

El palacio atraía las miradas y también las envidias de los habitantes de Madrid. Miguel Sáenz de Indo lo sabía y quiso sacar provecho de ello. Era consciente de lo que costaba amasar una fortuna y no quiso gastarla únicamente en su bienestar y comodidad. Así que el resto de sus tierras las consagró para crear una pequeña barriada de hotelitos similares al suyo, tal y como los que había pensado el ingeniero Castro que debían surgir en aquella zona. Para ello contrató a Agustín Ortiz de Villajos, un joven y prometedor arquitecto que empezaba a recibir encargos de importancia como el de la reconstrucción de la iglesia del Buen Suceso o el teatro de la Princesa (el actual María Guerrero). Sáenz de Indo le encargó el diseño de ocho hotelitos que se distribuirían en sendas parcelas al norte de su lujosa residencia. Lo hizo en dos fases. Primero atacó cuatro parcelas que tenían su entrada por el Paseo de la Castellana y dejó para luego las otras cuatro que daban al Oeste, con puerta hacia una calle que aún no había sido trazada (y que hoy se llama Fortuny). El objetivo era alquilar estos lujosos edificios a gentes que buscaran la vecindad de este triunfante hombre de negocios para que se les contagiara su prosperidad o para demostrar al resto de la sociedad madrileña que no palidecían ante ella.

En 1872 Miguel Sáenz de Indo ya había edificado las cuatro primeras viviendas. Las más rentables, porque tenían su fachada al Paseo de la Castellana que, aunque todavía no había visto florecer edificios en la totalidad de sus orillas, ya se había convertido en una arteria por la que corrían los ríos de oro del nuevo negocio inmobiliario madrileño. Justo enfrente estaba la fila de hotelitos que había alzado el incansable marqués de Salamanca en torno a la calle de la S. Las hileras de árboles adornaban el Paseo y la mirada se perdía entre los edificios que iban surgiendo en las afueras del Este, el rincón burgués del Ensanche. El aspecto crecientemente urbano de la Castellana contrastaba con lo que uno se podía encontrar al mirar hacia sus espaldas. Como si se tratara del escenario de un teatro, tras las lujosas fachadas de los hoteles de Indo, los ojos del paseante sólo encontraban campos yermos, sin calles aún trazadas salvo el Paseo del General Wykuinsen (la actual calle Almagro). Unas cuantas quintas de recreo y al fondo el arrabal, pero justo detrás de los hotelitos construidos por Sáenz de Indo, únicamente había montículos de tierra y matorrales y poco rastro de vida urbana. De hecho todavía ni se había puesto un nombre a la calle que separaba su casa del resto de las que había construido. El capitalista vizcaíno no quería dejar las parcelas que le quedaban en barbecho, hasta que el Ayuntamiento se decidiera a acondicionar la zona, y tan pronto como estuvieron las de la Castellana, empezó la construcción de las de la futura calle Fortuny.

En los planos y la memoria descriptiva que presentó Ortiz de Villajos al Ayuntamiento anunciaba la exquisitez con que los hoteles de Sainz de Indo se llevarían a cabo. Las formas caprichosas de las ventanas y los ornamentos de la fachada, entre el neoclasicismo y el neomudéjar, se debían crear a partir de los más caros materiales de construcción. No se omitían detalles y se hacía figurar “el ladrillo recocho y los zócalos de piedra berroqueña” de los exteriores, “el estuco, el temple y el papel pintado” de los interiores y los variados solados que según la habitación y el piso podían ser de “madera, alabastro y pizarra, de mosaico o baldosín de Zaragoza”. No faltaba en las viviendas ninguna comodidad de las que se podían soñar en un hogar de la época y hasta se especificaban las características de los excusados y retretes que, excepcional en un Madrid aún muy retrasado en aquellos asuntos, tendrían “sus bombillos inodoros y bajadas de tubo de plomo”⁶⁶.

⁶⁶ La memoria descriptiva de estos cuatro hoteles en el expediente *Promovido por Miguel Sáenz de Indo para verificar la de varios hoteles en la manzana 201, Paseo de la Castellana*. AVM, Secretaría, 5-101-15.

En junio de 1873 los cuatro hoteles a espaldas de la Castellana ya estaban prácticamente terminados, pero las puertas de entrada seguían encontrándose con los descampados de una calle sin trazar ni nombrar. Sáenz de Indo, que no estaba acostumbrado a dejar dormir sus inversiones y pretendía recuperar pronto su capital, instó al Ayuntamiento a que acondicionara aquella zona. La respuesta municipal, que en otros tiempos habría necesitado una eterna espera, llegó rápidamente. Examinado el terreno, se formó un presupuesto que ascendía a 15.775 pesetas y en el que se incluían los trabajos de excavación, traslado de tierra a los vertederos, apertura de cunetas, pavimentación y construcción de aceras⁶⁷. Las obras comenzaron y enseguida el capitalista vizcaíno pudo empezar a sacar rédito a sus inversiones. Desgraciadamente fue por poco tiempo, pues falleció en 1876. Pero había alguien para recoger los frutos. En 1880 los madrileños se podían pasear por la barriada de Indo y seguir deslumbrándose con un conjunto de casas en las que se acumulaba una buena muestra de las más altas cotas de la riqueza de la ciudad. En el relumbrante palacio de Indo residía el sobrino del rico hombre vizcaíno y sucesor en la saga familiar, Joaquín Ortiz Sainz, que se había instalado allí junto a su familia y once criados⁶⁸. Y en los cuatro hoteles de la ya bautizada como calle Fortuny, otros tantos representantes de la alta burguesía madrileña que pagaban puntualmente los altos alquileres. En el número 8 de la calle, las hermanas Álvarez Hera, solteras y propietarias granadinas satisfacían 150 pesetas de alquiler mensual. En el 10, el famoso actor dramático Rafael Calvo abonaba 250 pesetas. En el 12, otras dos hermanas solteras y propietarias, Rosario y Rafaela Téllez, ascendían su cuenta hasta las 290 pesetas. Y en el 14, donde avecindaban los hermanos Caral, procedentes de Cuba, se alcanzaban las 297 pesetas. En total, 987 pesetas que entraban mensualmente en las arcas de los Indo, como legado dejado a sus sucesores por aquel vizcaíno metido a promotor inmobiliario en el Ensanche⁶⁹.

La construcción de la barriada de Indo supuso algo más que una contribución al embellecimiento del nuevo Madrid. La promoción inmobiliaria llevada a cabo en este rincón de la Castellana hizo también visible cuánto habían cambiado las cosas desde el estallido revolucionario de 1868. A diferencia de los primeros años, el Ayuntamiento se mostraba ágil y diligente en la acometida de las obras; los trámites para obtener la licencia de construcción y las alineaciones eran rápidos, lo que animaba a los inversores a lanzarse al negocio. También había cambiado la actitud de estos ante el Ensanche. La presencia de grandes capitalistas como Indo o Mariano Monasterio, que comenzó a construir un barrio similar muy cerca, en los altos del Hipódromo, imprimía un nuevo sello de prestigio a las afueras de la ciudad y las convirtieron en zonas residenciales cada vez más atractivas⁷⁰. Era cierto que no eran los primeros grandes capitalistas que hacían acto de presencia al otro lado de las tapias. Andrés Arango, Francisco Drake y el marqués de Salamanca llevaban años invirtiendo en aquellos desiertos urbanos. Pero a

⁶⁷ AVM, Secretaría, 5-101-15.

⁶⁸ La reconstrucción familiar de Joaquín Ortiz Sainz a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880, caso nº 5389, Paseo de la Castellana, nº 5.

⁶⁹ Datos obtenidos a partir de las hojas individuales de padrón de las viviendas de la calle Fortuny nº 8, 10, 12, 14 en AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880, casos nº 5.477-5.481.

⁷⁰ El barrio de Monasterio, situado en el lado de los pares del Paseo de la Castellana, guarda muchas similitudes con el de Indo. Igual que el empresario vizcaíno, Monasterio aprovechó sus terrenos para construirse su propia casa y varias viviendas en las fincas colindantes destinadas al alquiler y venta. Para la reconstrucción biográfica de Mariano Monasterio, DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*. Siglo XXI, Madrid, 1986, pp. 71-72; *Madrid Moderno*, enero de 1880, cuaderno II, pp. 8-13; CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

diferencia de estos, los nuevos grandes inversores que aparecieron en el Ensanche tras 1868 no sólo acudían a las afueras para hacer negocios, sino también porque estaban convencidos de que era el mejor lugar para vivir.. Indo construyó sus hoteles de alquiler junto a su flamante palacio. Mariano Monasterio hizo lo mismo. Con ello expresaron su confianza en el futuro desarrollo de la zona y, lo que era más determinante, ejercieron un intenso poder de influencia en los habitantes de Madrid que querían parecerse a tan distinguidos personajes. Indo y Monasterio abrieron un camino que pronto fue seguido por un número creciente de madrileños, que dejaron de pensar que el prestigio y el buen gusto estaban en residir en la calle Mayor, junto a las Salesas o el Palacio Real, al calor de los palacios de la rancia aristocracia madrileña. Después de 1868, la moda dictaba vivir en el Ensanche.

La emulación de estos primeros abanderados del Ensanche, como Indo o Monasterio, se dejó notar en las construcciones a partir de 1870. Los hoteles empezaron a salpicar el paisaje de las afueras norte de Madrid como setas después de una copiosa lluvia. Construirse una residencia en propiedad en los nuevos barrios era la mejor manera de demostrar que se había alcanzado la cúspide de la sociedad. No todos los edificios tenían que ser tan lujosos ni implicar grandes operaciones urbanísticas. Se podían limitar a la construcción de una única casa con jardín en la que el propietario pudiera dejar la huella de su prosperidad sobre el plano madrileño. Se trataba de crear un pequeño paraíso doméstico en cada finca, según el gusto y los recursos del propietario. El hotel en propiedad, la casa diseñada por el arquitecto particular, era el espejo tanto del alma como de la cuenta bancaria del que lo encargaba⁷¹. Como la que se hizo construir Constantino Scharff, muy cerca del palacio de Indo, en el Ensanche Norte.

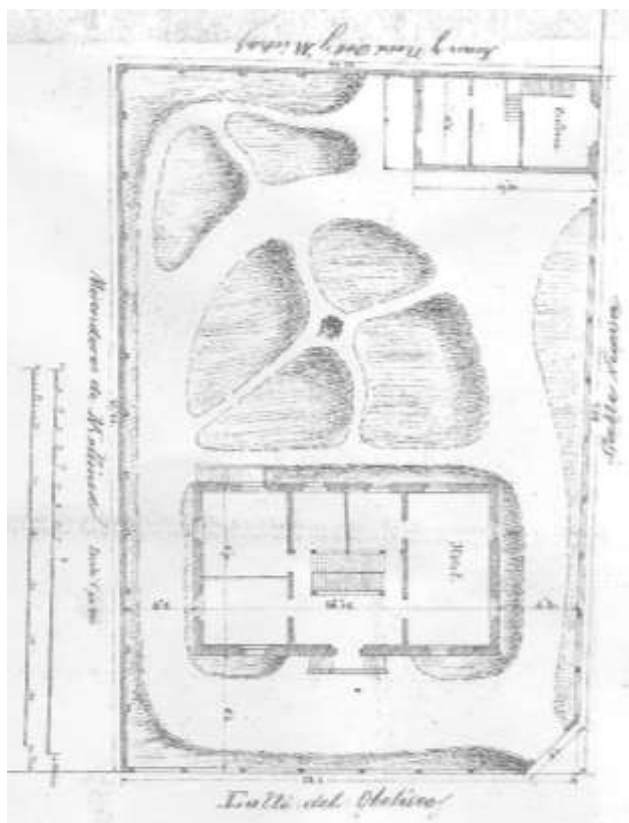
Scharff era otro ejemplo de madrileño recién enriquecido. Aunque de origen prusiano, había llegado a la capital con 23 años en 1860, donde había desarrollado toda su carrera como comerciante. A principios de la década de 1870, tenía tienda abierta en la céntrica calle de la Aduana, en un edificio en el que también tenía su residencia. Pero ya comenzaba a cansarse de vivir en un batiburrillo donde se mezclaban sus negocios con la vida familiar⁷². En 1873, con la bolsa del dinero llena, decidió presentar una solicitud para construir una vivienda de nueva planta en unos terrenos que había comprado unos años antes en las afueras. Se trataba de una finca en los bordes del paseo del Obelisco, esquina a la segunda calle viniendo de la Castellana, que aún no tenía nombre (luego recibiría el de Miguel Ángel). La finca era de un tamaño considerable, 256 m², como también lo eran los dos edificios previstos: una cochera de 45 m² de planta con un piso superior y el hotelito para Scharff y su esposa, cuya superficie alcanzaba los 142 m². El edificio de los señores constaba de sótanos, planta baja, principal, sotabancos y buhardillas y, como señalaba el arquitecto que firmaba los

⁷¹ El estudio del gusto de las clases acomodadas en sus hábitos residenciales en GÓMEZ-FERRER, Guadalupe: *Palacio Valdés y el mundo social de la Restauración* Oviedo, 1983. Especialmente el capítulo VII “El Madrid de los que mandan. Topografía madrileña de la alta clase. La vida material: la casa. El ritmo de vida” pp. 264 – 298, GÓMEZ FERRER, Guadalupe: “La vida privada” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Los fundamentos de la España Liberal (1834-1900): La sociedad, la Economía y las formas de vida*. Tomo XXXIII de la Historia de España fundada por Ramón Menéndez Pidal, Espasa, Madrid, 1997, pp. 635-659; un estudio detallado del caso valenciano en SERNA, Justo y PONS, Anacleto: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en al Valencia de mediados del XIX*, Valencia, Diputación de Valencia, 1992. Una panorámica más amplia en ELEB, Monique y DEBARRE, Anne : *L'invention de la habitation moderne. Paris 1880-1914*, Paris, Hazan, Archives d'Architecture Moderne, 1995.

⁷² La reconstrucción de la historia de vida de Constantino Scharff a partir de AVM, Estadística, padrón de 1880, hoja particular de Miguel Ángel 1, caso nº 2544.

planos y la memoria, estaba únicamente “destinado a vivienda propia”: su distribución y tamaño correspondían “a las necesidades de la familia” que no eran pocas, dado el tamaño del hogar que se planeaba construir. El gran hotelito de los Scharff se coronaba con un virtuoso ejercicio arquitectónico: “por su centro edificado sobresale de la cubierta su mirador que a la vez que sirve para iluminar la caja de escalera, será un punto de vista para el mayor solaz de sus moradores”. Constantino y Josefa ya no sólo vivirían en un gran casa rodeada de jardín que poco recordaba a la estrecha y bulliciosa calle de la Aduana, sino que, para su mayor regocijo, podrían subirse de vez en cuando al último piso y asomarse a mirar satisfechos lo lejos que habían dejado el Viejo Madrid⁷³.

Fig. 2.3: Planta del Hotel construido por Carlos Scharff



Plano del hotel construido por Constantino Scharff en un solar de su propiedad en la calle del Obelisco con vuelta a otra sin nombre (Calle Miguel Ángel), AVM, Secretaría, 5-101-35.

En el aristocrático barrio de la Castellana, tales caprichos arquitectónicos eran moneda corriente. En cada esquina, en cada hotel recién construido, era habitual toparse con una muestra de la originalidad de su propietario, con una extravagancia que pretendiera llamar la atención y hacerse notar entre el resto de los vecinos. Era bien conocido el caso de María Teresa de Córdoba, que en una parcela de terreno en la calle Fernando el Santo además de construirse un suntuoso palacete de estilo francés de más de mil metros cuadrados y una estufa invernadero en los jardines, también había creado otro edificio para albergar un circo de gallos. Los paseantes podían detenerse un momento en

⁷³ La petición de licencia de construcción, el plano y la memoria descriptiva del edificio en AVM, Secretaría, 5-401-35.

aquella finca, dejarse deslumbrar por la magnífica residencia de la señora Córdoba y, de paso, pagando un precio en la taquilla que daba a la calle, entrar en el circo de gallos y sentarse a disfrutar del espectáculo. La acaudalada vecina de la calle Fernando el Santo combinaba lujo y negocio en su terreno a las afueras de Madrid de una manera diferente a Indo, creando una solución original que daba rienda suelta a su extravagante gusto y se aprovechaba de la curiosidad de los paseantes.⁷⁴

No todos los vecinos del Ensanche Norte tenían las mismas preocupaciones ni los mismos recursos para ponerles solución. A medida que uno se alejaba del Paseo de la Castellana y se acercaba al barrio de Chamberí las ideas arquitectónicas cambiaban como lo hacía el paisaje. Los hotelitos que componían aquella arcadia urbana de los Indo, los Córdoba, los Scharff o los Rafael Calvo, poco tenían que ver con el tipo de construcciones con que el paseante se topaba a las afueras de la Puerta de Bilbao. Allí el arrabal había resistido, con sus tejares, con las escasas pero llamativas chimeneas de las fábricas, la iglesia de las torcidas torres, unos cuantos edificios de vecinos en los paseos más importantes y todas aquellas casas bajas de planta baja y quizá algún principal que habían dado forma al arrabal en sus primeros años de existencia. A nadie se le ocurría que en aquel horizonte fueran a surgir negocios tan fabulosos como los de Indo o los de Salamanca, pero no por ello había menos impaciencia por ponerse a construir con la libertad y la energía que había sido imposible en los inicios del Ensanche. Había también decenas de propietarios de solares que querían sacar provecho a sus bienes, aunque fuera con rentas más modestas que los dueños de la Castellana. Estaban además los vecinos, los que habían vivido en la zona desde antes de que el Ensanche fuera imaginado y que desde que el ingeniero Castro había presentado su anteproyecto, habían decidido dejar inmóviles sus propiedades, por miedo a que fueran derribadas. Habían tenido que ver pasar los años sin mejorar demasiado sus casas, esperando a que las autoridades decidieran que sucedería con aquel arrabal molesto y de mal nombre. Ahora que las autoridades de 1868 les habían asegurado que Chamberí no se tocaría, estaban ansiosos por imitar a los grandes de la Castellana y crearse ellos también, aunque fuera a escala más modesta, unas viviendas y un barrio que se acercara lo más posible a su idea ideal de un paraíso doméstico.

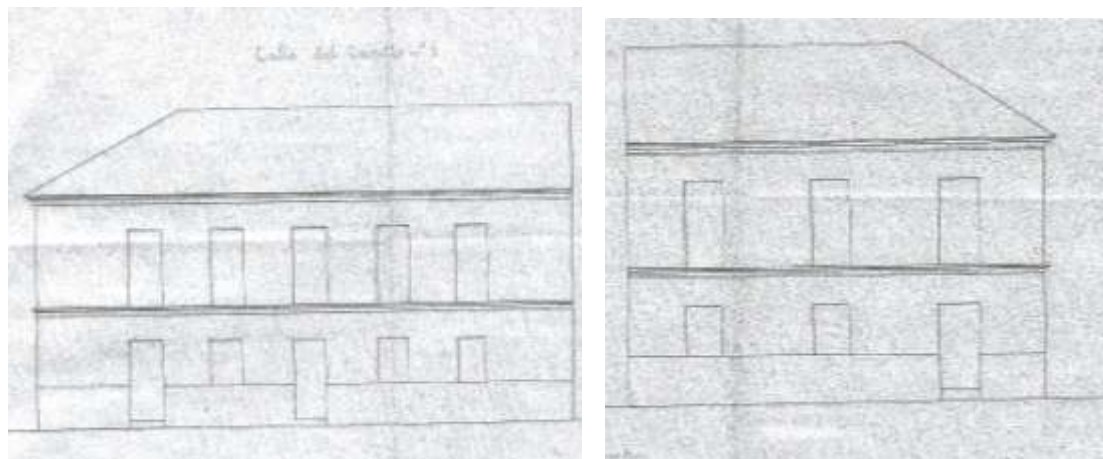
Uno de ellos era Benigno Castro. El farmacéutico del barrio llevaba viviendo en la calle Santa Feliciano desde 1858. Desde el comienzo lo había visto claro y había apostado por Chamberí. Era un barrio en construcción, él era único farmacéutico y sabía que hasta sus calles irían llegando cada día más y más clientes. El contrato que había establecido con la Beneficencia municipal le auguraba crecientes beneficios a medida que más gente se mudara hacia las afueras del norte de Madrid. En 1858 todavía no tenía 30 años y su hija Carolina no había cumplido los 10; acababa de comenzar su carrera como boticario independiente con un puñado de clientes en el arrabal, pero el ritmo al que crecía la ciudad le hacía soñar con disponer, en poco tiempo, de una farmacia más grande, a la que acudieran cada vez más clientes y que acabaría dejando en herencia a su hija como un próspero negocio. Por eso, cuando pudo, se compró el edificio donde había instalado su botica y, por eso mismo, cuando se publicó el plano de Ensanche, se juntó con el fabricante de loza García y Nogueira y el tendero Menéndez para evitar que la demolición del arrabal se llevara a cabo. Habían luchado con todas sus fuerzas y ahora que habían logrado imponerse a los designios de la pluma del ingeniero, el farmacéutico podía pensar en los grandes proyectos que había imaginado para su

⁷⁴ Las características de este hotel recogidas en DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura...Ob. Cit.* pp. 168-170. Edmundo de Amicis también recoge en su cuaderno de viaje una visita a este circo de gallos, AMICIS, Edmundo de: *España. Impresiones de un viaje hecho durante el reinado de don Amadeo I*, Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1899.

negocio. El plano aprobado por el gobierno en 1869 y las ordenanzas municipales de 1873 le respaldaban. Por otro lado, la marcha de sus negocios y la de la vida su familia le empujaban a afrontar la realización de sus sueños y proyectos.

En 1875 Benigno había cumplido 46 años. Su hija Carolina ya tenía 25 y se había casado ese mismo año con Florencio Estébanez, un joven de 27 que, como el suegro, era farmacéutico y había venido desde provincias para hacer carrera en Madrid. A Florencio, el yerno, le había seguido desde Sedano, su pueblo natal de Burgos, un hermano, Trifón, que había querido estudiar también en la capital. A ellos había que sumar a la mujer de Benigno, Ramona, y la criada de turno de la que los Castro siempre habían dispuesto en el hogar. En total ya había en el hogar seis personas, a los que, sin duda, habría que añadir pronto los nietos que Ramona y Benigno deseaban ver nacer para que quedara asegurada la continuidad de su estirpe⁷⁵. En fin, que la casa se quedaba estrecha igual que la tienda, cada día más frecuentada por un barrio que desde el fin de los problemas del plano de Ensanche, había sido invadido por nuevas legiones de vecinos. Había llegado el momento de poner manos a la obra y reunir los ahorros de tantos años para ampliar casa y negocio.

Fig. 2.4: Vivienda construida por Benigno Castro en 1876



Planos de las fachadas del edificio que construyó Benigno Castro en la calle Santa Feliciano 17 vuelta a Castillo 1, AVM, Secretaría 5-145-55.

En mayo de 1876 Benigno se dirigió al Ayuntamiento para solicitar una licencia de obra en el solar de su propiedad en la calle Santa Feliciano 17, con vuelta a la calle del Castillo 1. Se trataba de una obra sencilla; iba a derribar la vieja casa de los años 50 y construir otra encima. No había que retranquear la fachada y el Ayuntamiento no tendría que pagar ninguna indemnización por expropiar terrenos para la vía pública. La nueva construcción iba a ser modesta, bastante parecida a la antigua y sólo iba a constar de “planta baja y principal, el primero de sólo una habitación y el segundo dos”, tal y como señalaba el arquitecto Eugenio Gallego en su memoria descriptiva. Era justo lo que le hacía falta a Benigno; la ley le permitía construir hasta tres plantas más por encima, pero el no estaba interesado por el momento en meterse en negocios de alquiler o de

⁷⁵ La reconstrucción familiar de Benigno Castro y Ramona Romand a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1875, hoja particular de Santa Feliciano 17 bajo. Asimismo se han consultado las fichas de la familia Castro – Romand, de 1860, 61, 62, 63, 65, 66, 67, 68, 69, 71, 72, 73 y 74, también en AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte.

venta de viviendas. Simplemente quería un edificio que se ajustase a las necesidades de su familia y su negocio. Ser boticario no era lo mismo que ser un gran capitalista vizcaíno como Indo y no hacía falta entrar en tantos lujos y gastos como los de los dueños de palacetes de la Castellana.

La casa sería pequeña y modesta en sus decoraciones y materiales; en vez de estuco, Benigno se conformaba con “piezas exteriores empapeladas y tendidas de yeso blanco”, los solados de “baldosín y baldosa común” que no tenían porque ser ni de Zaragoza ni de mosaico. No habían de faltar las comodidades mínimas para el desarrollo de la vida de cualquier hogar y las cocinas tendrían “sus fogones y tubos de salida de humo”, la higiene se garantizaría pero sin llegar a los bombillos inodoros: aquello no era la arcadia urbana y los habitantes del arrabal se conformaban con “excusados con sus bajadas y atarjeas de acometimiento al pozo de aguas inmundas por no haber alcantarillado” en aquella parte de la ciudad. En fin, menos lujos pero la misma decencia e higiene que sus vecinos más ricos. Y si los más adinerados podían permitirse exhibir piedra berroqueña en las fachadas de sus palacios, un boticario de Chamberí se conformaba con que la suya fuera “revocada, imitando una buena construcción”⁷⁶.

El clima de confianza que reinaba en el arrabal una vez disipada la amenaza de demolición que había pesado sobre él, no sólo permitió que los habitantes de aquellas estrechas calles pudieran retomar sus vidas y sus planes de futuro. Además de las pequeñas modificaciones en el caserío, como la que hizo Benigno en su farmacia, Chamberí conoció a partir de 1868 profundas transformaciones en los edificios, calles y plazas que lo componían. Los propietarios del suelo, que desde 1860 habían paralizado el ritmo de construcción en el barrio por temor a que la cuadrícula de Castro arrasara sus inversiones, despertaron de su letargo y se pusieron manos a la obra con energía y brío renovados. A partir de la aprobación definitiva del plano de Chamberí, se comenzó a construir más y mejor que antes. Las cosas habían cambiado lo suficientemente para que se abandonaran las viejas formas del negocio tal y como se había practicado en el arrabal hasta entonces. No se podía seguir construyendo las casas bajas y pobres que antaño habían dominado el paisaje de Chamberí. A unos centenares de metros al Este se estaba alzando el rico paisaje de hotelitos y residencias nobiliarias de la Castellana, que generaba importantes beneficios para los inversores. En el arrabal, aquel tipo de viviendas era impensable, pero existían otros tipos de edificios de mayor calidad que las casuchas de los años 50 y que podían suponer una importante fuente de ingresos a quienes los construyeran⁷⁷.

El tipo de edificación más común en el arrabal a partir de 1870 fue el inmueble de vecinos, de dos, tres o cuatro pisos y con varias viviendas por planta. A diferencia de Benigno, enfrascado únicamente en los negocios de su botica, los propietarios del suelo, que ya tenían la seguridad de que lo que construyeran se mantendría en pie, decidieron aprovechar al máximo las posibilidades de negocio que les ofrecían los límites marcados por el trazado de las calles y las normas constructivas imperantes en la ciudad. En muchos casos se trataba de una estrategia inversora no muy diferente a la que había puesto en práctica Indo al combinar la construcción de su propio palacete con la promoción de casas de alquiler en los solares colindantes. Lo que les diferenciaba a los inversores del arrabal es que disponían de menos suelo para sus negocios y sus recursos no eran tan abundantes como para permitirse el lujo con el que el capitalista

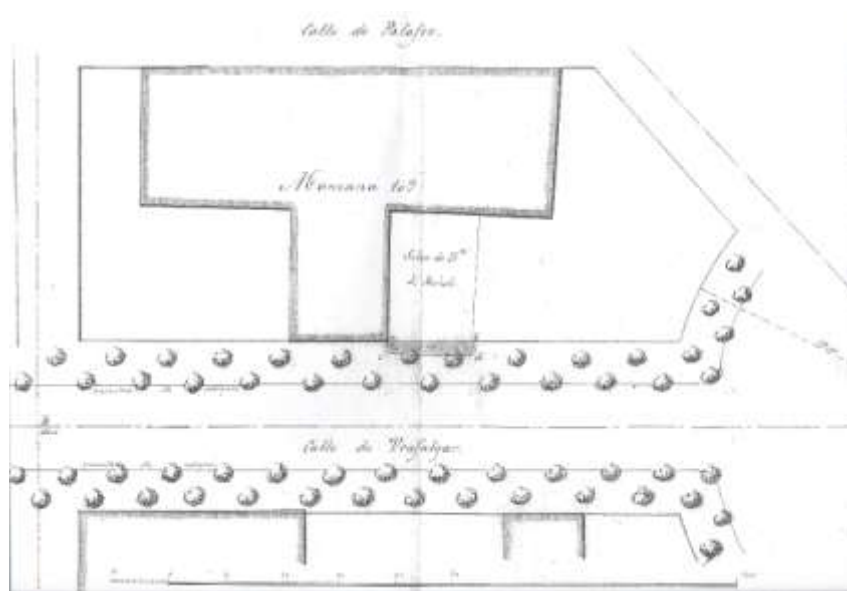
⁷⁶ Los detalles de la reforma y construcción de la vivienda de Santa Felician 17 propiedad de Benigno Castro en AVM, Secretaría 5-145-55.

⁷⁷ Un amplio repertorio de las viviendas construidas en Chamberí en la época en DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura...Ob. Cit.*, pp. 140-163.

vizcaíno había creado su paraíso doméstico al borde de la Castellana. La solución para ellos era en vez de hotelitos, construir un solo edificio de vecindad en el que el propietario se instalaba en las habitaciones del piso principal y alquilaba el resto a otros inquilinos.

Así actuó don José Aurial Flores cuando construyó el edificio en el 13 de la calle Trafalgar. Don José tenía 64 años en 1871 y era profesor de la Escuela de Artes y Oficios. Tenía un buen empleo y un buen sueldo aunque sus recursos le situaban muy lejos de los magnates que edificaban y hacían negocios en la zona de la Castellana⁷⁸. Aún así había conseguido reunir suficiente capital para comprarse una parcelita de tierra en la calle de Trafalgar, en los terrenos al sur de la Plaza de Olavide, en los descampados entre el abigarrado barrio donde vivía Benigno Castro y la poblada calle de Cardenal Cisneros. Hasta 1869, aquella zona, como el resto de Chamberí, había vivido en la incertidumbre. La calle Trafalgar, que era ancha y tenía pretensiones de gran avenida, ya había sido trazada, pero las disputas entre el ingeniero Castro y los vecinos no se habían resuelto y no se sabía si acabaría sobreviviendo o no. La legalización del arrabal por el Ayuntamiento en 1869 convirtió la avenida en la calle más importante de Chamberí; por un lado tenía salida al paseo de Luchana y por el otro a la plaza de Olavide, corazón donde latía la vida de las afueras y estaba establecido el mercado que abastecía a sus habitantes. Era una calle ancha, con dos hileras de árboles previstas para cada acera y cuya posición privilegiada auguraba un futuro próspero. Entre el mercado y el Paseo, era fácil sospechar que las tiendas y tabernas proliferarían en sus bajos; su cercanía al casco antiguo y su amplitud y buenas condiciones atraerían a inquilinos de cierta categoría, un poco más acaudalados que los jornaleros, lavanderas y carpinteros que residían en la paralela calle de Cardenal Cisneros, más estrecha y peor acondicionada.

Fig. 2.5: Alineación del solar de José Aurial Flores en la calle Trafalgar

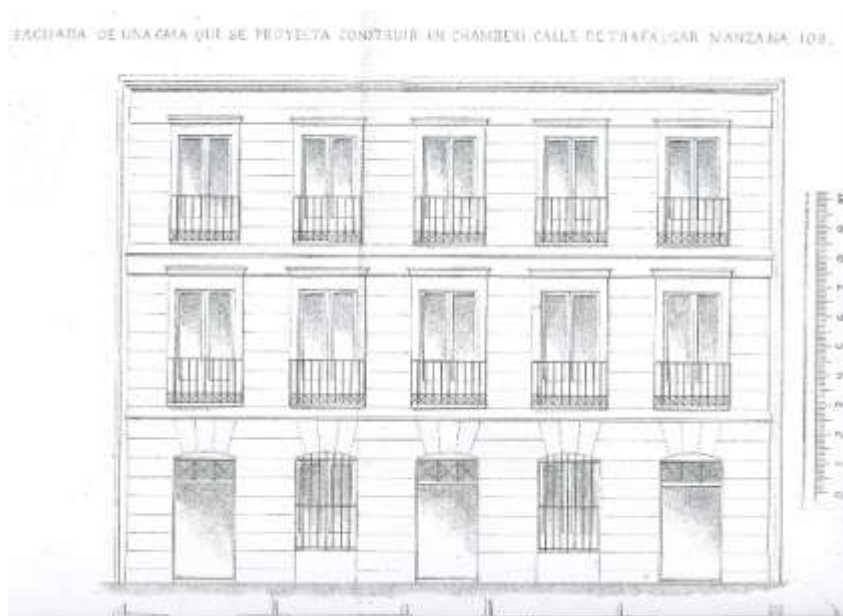


En el plano se puede observar la parte de terreno expropiado a D. José Aurial Flores para cederlo a la vía pública. AVM, Secretaría, 5-12-42.

⁷⁸ Retrato de José Aurial Flores a partir de la hoja de empadronamiento de calle Trafalgar nº 13, piso principal, AVM, Estadística, padrón de 1880, caso nº 2728. También ha sido consultada la hoja de empadronamiento de dicha residencia en el padrón de diciembre de 1871.

Con este panorama, el 12 de mayo de 1871 don José Aurial solicitó al Ayuntamiento licencia para construir un edificio de planta baja, principal y segundo. El proyecto que firmaba el arquitecto que había contratado, Fernando Coello, era modesto y sobrio, y como éste señalaba en la memoria descriptiva, se ajustaba *“al objetivo propuesto, que es el de disponer en las tres únicas plantas que se van a levantar unas habitaciones de toda la posible comodidad dentro de las condiciones que le pueden serle propias en una casa de alquiler”*. El diseñador de la casa garantizaba que se dejaría en la parte trasera *“un extenso patio o jardín”*, que no se añadiría *“ninguna otra construcción como fábrica o taller”* y que además se observarían *“fiel y exactamente las prescripciones que se han dictado acerca del Ensanche de la Capital”*⁷⁹.

Fig. 2.6: Edificio construido por José Aurial en la calle Trafalgar



Plano de la Fachada del edificio construido por José Aurial Flores en un solar de su propiedad, 1871. AVM, Secretaría, 5-12-42.

Cumplir las normas de construcción para el Ensanche en 1871, ahora que las había adulterado el Ayuntamiento (y todavía lo haría más un par de años después) era fácil. El pequeño negocio en que se embarcó el profesor Aurial se desenvolvió rápidamente. El 12 de mayo solicitó la tira de cuerdas y la construcción de su casa; el 24 acudieron los empleados del Ayuntamiento a la marca de alineaciones y un perito evaluó la parte de terreno que se debía expropiar para incorporarlo a la vía pública (35,45 m²), fijando un precio de indemnización de 273,96 pesetas. Ese mismo día el arquitecto del Ensanche aconsejó que se le concediera la licencia de construcción. El permiso llegó a manos de José Aurial el 13 de Junio de ese mismo año, al tiempo que se daba la orden al contador del distrito de Hospicio, del que dependía tal calle, para que se le abonara la indemnización. El profesor sólo había tenido que gastar un mes en trámites y papeleo para que la obra se pudiera comenzar, sin pasar por las dificultades y

⁷⁹ Memoria descriptiva del arquitecto Fernando Coello acompañando al plano de fachada, en *expediente promovido por D. José Aurial y Flores para construir en un terreno de la manzana 102, calle de Trafalgar*, AVM, Secretaría, 5-12-42.

problemas que hacía sólo unos años rodeaban la construcción en esa zona de las afueras madrileñas⁸⁰.

En diciembre de 1871, José Aurial ya estaba instalado en su edificio de la calle Trafalgar 13 y tenía buena parte de sus habitaciones alquiladas. Como era costumbre, para su residencia se había reservado la zona más noble del edificio, el piso principal, que era ocupado en su totalidad por el profesor de 65 años, su joven mujer de 34 y sus tres hijas, aún niñas de 13, 9 y 5 años. En el bajo había cuatro viviendas, de las que alquilaba tres y otra la dejaba gratis para la familia del portero que había contratado para la finca. Como dos de las viviendas del bajo tenían salida a la calle, había sido fácil alquirlas a sendos comerciantes que pagaban 45 pesetas uno y 47 el otro. En la tercera vivienda, la que daba al extenso patio que se anunciaba en el proyecto, vivía una familia más o menos acomodada, que le abonaba 42 pesetas y 50 céntimos por las habitaciones. Por encima de la casa del profesor, en el segundo había dos viviendas, pero hasta ahora sólo había conseguido colocar una, la de la derecha, a un oficial del ejército y su familia que le pagaban otras 45 pesetas. Sólo era cuestión de tiempo que la otra fuera ocupada por una familia similar. Mientras tanto, José Aurial, que tenía un buen sueldo, cercano a las 5.000 pesetas anuales, podía conformarse con las casi 180 pesetas que recibía de los inquilinos cada mes⁸¹.

Ha nacido un nuevo Madrid: el Ensanche Norte en 1880.

Las casas que construyeron el capitalista Miguel Sáinz de Indo, el gran comerciante Constantino Scharff, el boticario Benigno Castro y el profesor José Aurial Flores respondían a motivaciones muy diferentes. También adquirieron formas muy distintas que fueron desde los hotelitos de Indo o Scharff al edificio de alquiler de Aurial, pasando por la modesta casa del farmacéutico. Pero todas ellas surgieron en el clima de gran desarrollo inmobiliario creado en la capital por el Sexenio democrático. Las nuevas leyes aprobadas para el Ensanche y el apoyo decidido del Ayuntamiento a la ampliación urbana de Madrid les decidieron a lanzarse a invertir sus ahorros y sus esfuerzos en las afueras de la ciudad, que desde 1860 vivían en el inmovilismo que habían causado la maraña legal y la inmadurez de la industria inmobiliaria. Los negocios de estos cuatro madrileños, cambiaron muy poco el paisaje de las afueras por sí mismos; eran gotas en un océano de más de trescientos mil habitantes. Pero no eran los únicos ni tampoco su comportamiento resultaba excepcional; fueron decenas, sino centenas, los inversores que siguieron caminos similares por aquellos años y sembraron sus capitales junto a las nuevas calles de la ciudad. Y ladrillo a ladrillo, edificio a edificio, calle a calle, aquellos constructores anónimos contribuyeron a cambiar definitivamente la faz de la capital española⁸².

El escritor italiano Edmundo de Amicis, que visitó Madrid en tiempos de Amadeo de Saboya, dejó testimonio del importante salto adelante que estaba dando la ciudad. Amicis quedó maravillado por la Puerta del Sol, a la que dedicó coloridas páginas en su guía de viaje, se entusiasmó con los torrentes de gentes que recorrían las calles y se dejó seducir por la intensa vida de ocio en los teatros y en la Plaza de Toros.

⁸⁰ AVM, Secretaría, 5-12-42.

⁸¹ Los datos provienen de las hojas de empadronamiento de la calle Trafalgar 13 de diciembre de 1871, AVM, Estadística, padrón de 1871.

⁸² CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008. BRANDIS, Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*. MOPU, Bilbao, 1983

Aunque reconocía que en Madrid no había “*grandes palacios, ni antiguos monumentos artísticos*” como podía haber en Roma y en otras capitales europeas más grandiosas, lo que a él le impresionaba eran las “*anchas y espaciosas calles, limpias, alegres, con casas pintadas de vivos colores, cortadas por plazas de mil diversas formas, trazadas casi al azar, y en cada plaza un jardín, una fuente y una estatua*”. Y sobre todo la ferviente actividad que desplegaban sus habitantes: “*A cada instante os halláis con una encrucijada de cinco, seis y hasta ocho vías con un continuo movimiento de carruajes y gente. Las paredes, cubiertas a grandes trechos por los carteles de los teatros; en las tiendas, un incesante entrar y salir; atestados los cafés y en todas partes la animación y la vida de una gran ciudad*”⁸³. Un nuevo Madrid estaba naciendo en aquella época, al calor de la libertad que había traído la expulsión de los Borbones. Los aires de revolución, la voluntad de romper con el pasado y la confianza en el futuro desataron las fuerzas que hicieron posible un avance cada vez más firme y sólido de la ciudad sobre sus alrededores, en los que los antiguos tejares y solares se fueron convirtiendo en anchas avenidas y lujosos paseos.

El clima de apertura de aquellos años sirvió para derribar definitivamente las tapias que habían separado a Madrid del futuro y del progreso. La Restauración borbónica que cerró aquella época de apertura pudo hacer temer una vuelta atrás. No fue así. Entre las obras de la revolución que más firmemente resistieron a la vuelta de la monarquía parlamentaria y a los aires conservadores que trajo Cánovas, los edificios del Nuevo Madrid destacaban como un símbolo del legado de las gentes de 1868. Es cierto que si se comparaban las grandes esperanzas que se crearon con la revolución y lo que realmente se había conseguido, había mucho margen para la decepción y la insatisfacción. Bastaba comparar los grandes proyectos imaginados por Ángel Fernández de los Ríos en *El Futuro Madrid*, que había escrito en los meses previos a la revolución 1868 durante su exilio en París, con la realidad de la capital que el mismo autor retrató en su *Guía de Madrid* publicada en 1876⁸⁴. Mucho había quedado en el tintero por falta de tiempo, de dinero o de fuerzas: no llegaron ni la gran plaza de Europa, ni el panteón de hombres ilustres ni los grandes bulevares y plazas que el político madrileño había soñado para arrimar la capital española a la grandeza de París. Pero otros muchos logros de 1868 sí que se respetaron sin que se alzara voz alguna para rectificarlos. Nadie pensó en reconstruir las tapias de Madrid cuyo derribo tantos lamentos y críticas había levantado. No hubo quien propusiera volver a cerrar El Retiro que había pasado de ser un coto reservado para el disfrute real a parque para solaz y disfrute de todos los madrileños. Ni mucho menos se pensó en corregir o rectificar los edificios, calles y plazas del Ensanche cuyo despegue se había producido en los años del Sexenio. El plano del Nuevo Madrid, que tanta polémica había desatado hacía tan sólo una década, parecía ya contar con unanimidad y dejar de ser un obstáculo para el crecimiento de la ciudad⁸⁵.

Así como los acontecimientos políticos de 1868 tuvieron efectos trascendentales para el desarrollo del Ensanche madrileño, los de 1874 apenas parecieron afectar a la ciudad. Las construcciones siguieron a buen ritmo y Madrid siguió creciendo por los impulsos de los propietarios particulares que decidían reformar su farmacia, construirse

⁸³ AMICIS, Edmundo de: *España. Impresiones de un viaje hecho durante el reinado de don Amadeo I*, Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1899, pág. 100.

⁸⁴ FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *El futuro Madrid*, Los Libros de la Frontera, Barcelona, 1975, con introducción a cargo de Antonio Bonet Correa. Un buen resumen de las ideas de reforma de Fernández de los Ríos en JULIÁ DÍAZ, Santos: “...y una capital digna de la Nación” capítulo 5 en JULIÁ DÍAZ, Santos, RINGROSE, David y SEGURA, Cristina: *Madrid, historia de una capital*. Madrid, Alianza Editorial 1994, p. 331. y ss.

⁸⁵ MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca... Ob. Cit.*, pág. 40.

un hotelito o comenzar una apacible vida de casero en un edificio de vecindad. La impermeabilidad de los negocios inmobiliarios madrileños a los vaivenes políticos era el mejor signo de la consolidación del Nuevo Madrid. De ahora en adelante ya nada pondría freno a la expansión urbana.

Tabla 2.4: Los primeros veinte años de desarrollo del Ensanche madrileño (1860-1880)

Zonas de Ensanche	Población			número de edificios			alquiler medio de las habitaciones		
	1860	1880	incremento	1860	1880	incremento	1860	1880	incremento
Ensanche Norte	5.007	23.593	371%	357	971	272%	14,73	30,42	107%
Ensanche Este	1.992	15.362	671%		451		46,97	78,34	67%
Ensanche Sur	3.701	15.701	324%		450		12,33	15,02	22%
Total	10.700	54.656	411%		1872				

Elaboración propia a AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860 y 1880. Los datos referidos al Ensanche Sur y al Ensanche Este son del empadronamiento de 1878 y han sido recogidos por Fernando Vicente Albarrán y Borja Carballo Barral; una comparación similar puede ser consultada en *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

A comienzos de la Restauración, llegaba el momento de hacer un primer balance del desarrollo del Ensanche madrileño. Una ojeada a las estadísticas del municipio y a los nuevos planos que se habían trazado de la capital permitía constatar el resultado que habían producido en su conjunto las pequeñas historias de individuos más o menos anónimos como Benigno Castro, Constantino Scharff o Miguel Sáinz de Indo. Las cifras eran elocuentes. Gota a gota se había ido creando todo un río de familias madrileñas que habían decidido abandonar el casco antiguo de la capital y desembocar en los terrenos de las afueras. Las casi 11.000 personas que residían en los terrenos declarados como zona de Ensanche en el momento de la aprobación del proyecto de Castro, se habían convertido en cerca de 55.000 veinte años después, mientras la ciudad en su conjunto había crecido en 100.000 personas en esas dos décadas. El Ensanche, aunque quizá con menos efectividad de la esperada, había comenzado a cumplir su papel como esponja que absorbía el aumento demográfico madrileño⁸⁶. El casco antiguo aún recibía nuevos habitantes, pero una buena parte de los nuevos madrileños se estaba instalando en los barrios en construcción tras las viejas puertas de la urbe, que habían conocido una prodigiosa multiplicación de sus edificios, muy especialmente a partir de 1869⁸⁷. En 1880 ya había casi 2.000 edificios en la zona de Ensanche que ofrecían

⁸⁶ Y así lo constata Dolores Brandis, que demuestra a través de sus datos como los distritos interiores de la ciudad comenzaron a crecer a un ritmo más lento que las zonas de Ensanche en aquella época. BRANDIS, Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*, Bilbao, MOPU, 1983.

⁸⁷ Los datos no deben llevar a engaño; aunque el Ensanche sólo absorbiera 44.000 de los 100.000 habitantes en que vio incrementada su población Madrid, no todos los demás permanecieron en el casco antiguo de la ciudad. Aunque desconocemos aún demasiado sobre el desarrollo del extrarradio, es decir, de las zonas que quedaban más allá de los límites marcados por el foso de Ensanche, los estudios parciales de los que disponemos permiten vislumbrar cómo fue en esta época cuando se produjo el despertar de algunos de sus barrios. Fue el caso de Tetuán de las Victorias que conoció un importante desarrollo en algunas de sus calles (Don Quijote, Dulcinea, de los Artistas o Juan de Olías) o de Prosperidad, que conoce los inicios de su urbanización como ha explicado Charlotte Vorms. Igualmente habría que atender al desarrollo que conoció Vallecas o Chamartín de la Rosa en el periodo. VORMS, Charlotte: "La génesis de un mercado inmobiliario moderno en la periferia de Madrid (1860-1900)" en BEASCOECHEA GANGOITI, José María, GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y NOVO LÓPEZ, Pedro (eds.): *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2006, pp. 529-546

vivienda a 12.699 familias madrileñas. Era un buen comienzo y era de esperar que en los siguientes años, ahora que se habían superado los iniciales contratiempos, el ritmo de construcción de edificios en el nuevo Madrid se incrementara y el Ensanche recibiera cada vez más habitantes de la capital.

Por otro lado, el análisis de los datos demográficos y de alquileres de la zona de Ensanche en 1880, permitía comprobar hasta qué punto las predicciones de Castro sobre la futura evolución de los nuevos barrios se habían ido cumpliendo. Si bien su proyecto había sido dismantelado en gran parte y su trazado había sido pervertido para dar satisfacción a los propietarios del suelo, el ingeniero se había mostrado certero al pronosticar la diferente evolución que conocieron las tres zonas de Ensanche y, particularmente, la distinta orientación y función que cumplirían cada una de ellas dentro de la ciudad. La diversa evolución de los alquileres apuntaba a la creación de tres espacios diferenciados en el nuevo Madrid. El Ensanche Este, donde en 1880 el precio medio de una vivienda eran 78 pesetas de alquiler mensual, se iba perfilando como el espacio residencial de las clases medias y la burguesía madrileñas, que encontraban perfecto acomodo en los edificios construidos por el marqués de Salamanca y los promotores que siguieron su estela. El Sur, profundamente marcado por el ferrocarril y la vecindad con los barrios bajos madrileños, se configuraba como incipiente espacio obrero. El alquiler medio apenas habían sufrido alza en aquellas dos décadas de urbanización y se situaba en torno a las 15 pesetas; la abundancia de edificios de vecindad y la persistencia de focos de vecindario arrabalero como las Peñuelas o las Injurias, ejercían un poderoso atractivo sobre la población con menos recursos de la capital. Finalmente, el Ensanche Norte se situaba en una posición intermedia, con un alquiler medio por vivienda de 30 pesetas⁸⁸. Las predicciones de Castro se cumplían con exactitud en esta zona norte de las afueras, convertida en espacio de convivencia entre clases medias y populares, con aquel ribete aristocrático que asomaba por los hotelitos de la Castellana. Su vocación de zona social heterogénea había influido además para que se convirtiera en el foco más dinámico en el crecimiento de la ciudad. Era donde más edificios se habían construido y donde más se había aumentado el número de habitantes, pasando de los 5.000 de 1860 a los más de 23.000 de 1880. El viejo arrabal de Chamberí que ya había sido la punta de lanza del crecimiento de la capital antes del Ensanche, seguía siéndolo en 1880.

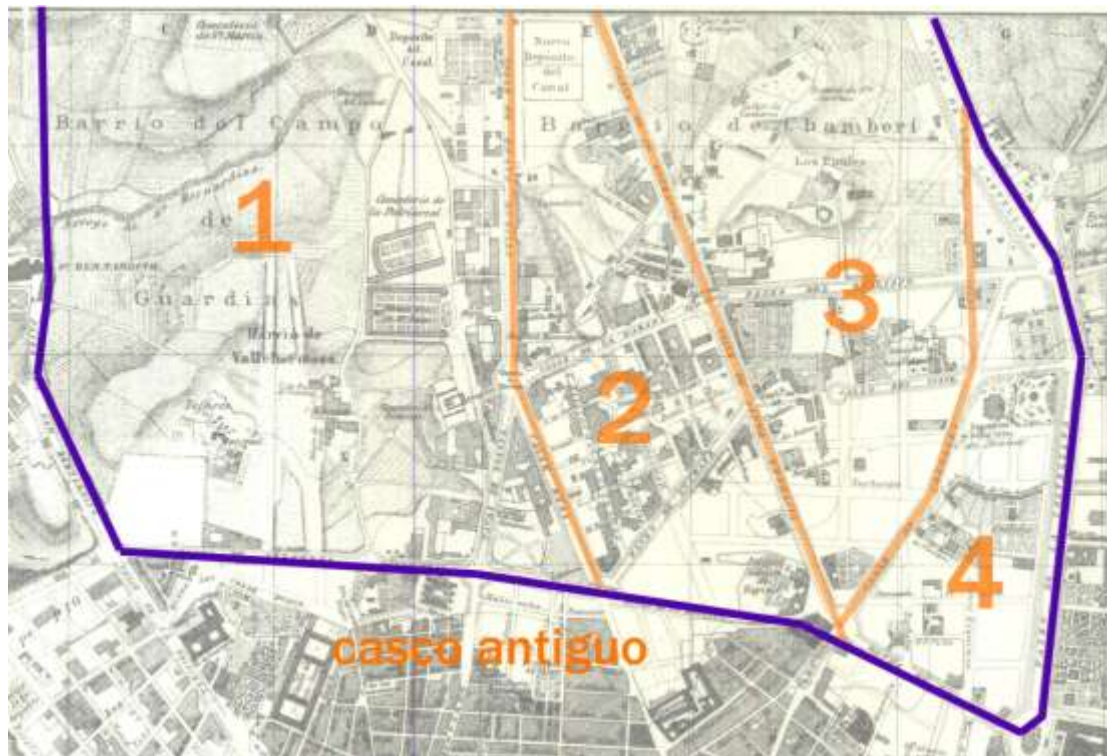
La intuición visionaria de Castro se volvía más fina al descender a los detalles y comprobar la forma en que se habían cumplido sus deseos y sus pronósticos al distinguir diferentes barrios dentro de la zona norte de Ensanche. El demiurgo del Ensanche había considerado que lo más lógico era que los usos previos de los terrenos que circundaban Madrid condicionarían la función de cada una de los espacios en el conjunto de la ciudad y el tipo de urbanización y el ritmo al que se llevarían a cabo. No se equivocaba. En 1880 su división del Ensanche Norte en tres zonas, con un oeste destinado a los equipamientos, un centro fabril y popular y una zona noreste para las clases medias y la aristocracia, era claramente visible a través de los precios de los alquileres y el grado de urbanización y desarrollo de cada uno de estos barrios.

⁸⁸ Un estudio más detallado de las distancias en alquileres y los diferentes ritmos de urbanización y poblamiento de estas tres zonas en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

Tabla 2.5: Diferenciación en precios de alquiler en el Ensanche Norte, 1880				
Barrios	Habitantes en 1880	alquiler medio en 1880	alquiler medio en 1860	Incremento del alquiler medio 1860-1880
Zona oeste	5.829	17,49	12,51	39,81%
Zona centro - arrabal	11.511	26,88	15,49	73,53%
Zona centro-este	4.225	32,24	16,50	95,38%
Zona este	1.942	130,9	16,50	693,33%
Total	23.593	30,42	14,73	106,52%

En el presente cuadro se distinguen cuatro zonas; el oeste (zona de cementerios) el centro, en el que se distinguen el arrabal y la zona colindante al este (que coincide con la que fue objeto del proyecto de asociación de Uhagón y se corresponde con el barrio de Alfonso X) y la zona este (cercanías de la castellana). Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento municipal del Ensanche Norte de los años de 1860 y 1880. AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860 y 1880.

Plano 2.9: El Ensanche Norte en el plano de Pidal de 1877.



Dentro de la zona de Ensanche Norte se han distinguido los distintos barrios que Castro consideró como previsibles y deseables en la nueva organización de Madrid. En la zona más occidental (1), la zona de equipamientos en la que preveía un desarrollo más lento de la edificación; en la zona central (2) el arrabal de Chamberí donde, a pesar de la demolición, pronosticaba su continuidad como espacio fabril y de residencia popular; los aledaños orientales de este (3) compuestos por la zona sobre la que Pedro Pascual de Uhagón propuso su asociación de propietarios y que debía ser zona residencial; en el extremo oriental (4) la ribera de la Castellana consagrada como barrio aristocrático.

La zona del noroeste, marcada por la presencia de los cementerios y los depósitos del Canal de Isabel II había sido designada por Castro como barrio de equipamientos, en la que el desarrollo de la edificación sería más pobre y lento por la molesta vecindad de los camposantos y el resto de instalaciones similares. Efectivamente, en 1880 era así. Aunque la zona presentaba una población ya notable (más de 5.000 habitantes), la realidad es que prácticamente todos sus habitantes se concentraban en torno a las grandes vías de salida de Madrid que surcaban estos terrenos (las prolongaciones de las calles San Bernardo y Fuencarral y su confluencia en la Carretera Mala de Francia o calle Bravo Murillo). Al oeste de la barrera de los cementerios apenas descollaba el mal reputado barrio de Vallehermoso que aún permanecía aislado del resto de la trama urbana madrileña. La única manera de llegar hasta él era atravesar descampados por los viejos caminos vecinales que corrían a la sombra de las tapias traseras de los cementerios. El alquiler medio de sus viviendas en 1880 era un signo elocuente del cariz que tomaba el barrio: 17,49 pesetas, muy lejanos de los valores medios del Ensanche norte en su conjunto y más propio de zonas depreciadas como las del sur de la capital.

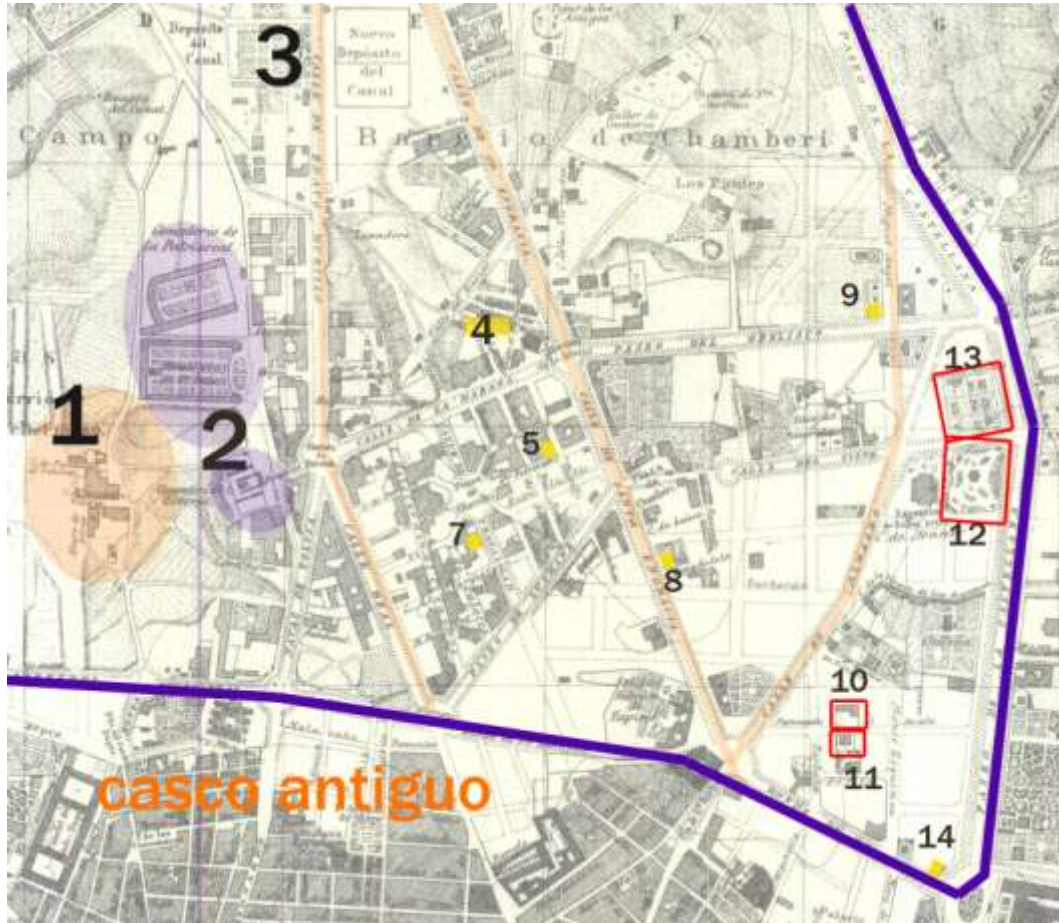
A pesar de que la original idea de Castro para sustituir el mal reputado arrabal por un extenso jardín no se había llevado a la práctica, también para esta zona acertó en sus pronósticos. En 1880 era la que concentraba el grueso de la población del Ensanche Norte. Era lógico; su larga historia como zona residencial le había provisto, aunque fuera insuficientemente, de ciertos servicios de los que carecía el resto de las afueras: su vida comercial era ya animada, había escuela, botica y hasta una iglesia y, con más o menos lujo, muchas de las calles habían sido trazadas. Entre la calle Fuencarral y Santa Engracia, en torno a la plaza de Chamberí, se aglomeraban ya más de 10.000 habitantes. Era un paisaje residencial muy heterogéneo en el que se combinaban las ya ruinosas viviendas de los primeros tiempos del arrabal, como la que habitaba la familia de Antonia Ayala, aquella esposa de jornaleros y madre de familia numerosa, las viviendas unifamiliares modestas como la de Benigno Castro, el emprendedor boticario de Chamberí y los nuevos edificios de aire decididamente urbano como el que había hecho construir el profesor José Aurial Flores en la calle Trafalgar. La zona arrojaba precios aún baratos en sus alquileres, que rozaban las 30 pesetas de media y permitían, merced a la diversidad de tipos de habitaciones que coexistían, que acudieran a instalarse todo tipo de gente: desde familias en cuyo hogar no entraba un sueldo regularmente, como la familia jornalera de Antonia Ayala, hasta empleados de una cierta consideración como José Aurial (que en 1880 había obtenido el título de catedrático en la Escuela de Artes y Oficios) o comerciantes de una cierta prosperidad como Benigno Castro.

Los terrenos más al este de la calle Santa Engracia y que llegaban hasta la calle Almagro eran la prolongación natural del viejo arrabal. Era esta zona sobre la que Pedro Pascual de Uhagón había soñado su asociación de propietarios que cosechó tan llamativo fracaso a principios de la década de 1860. Seguían siendo una zona suculenta para el negocio inmobiliario y, en parte por eso, sus propietarios esperaban la ocasión propicia para iniciar la edificación en sus solares⁸⁹. Seguían en gran parte sin construcciones y los tejares y quintas rurales alternaban con los viejos paseos del Cisne y del Obelisco trazados en la década de 1830. Aunque ya había alcanzado la cifra de los 4.000 habitantes, de forma similar a lo que sucedía en los entornos de los cementerios, estos se aglomeraban casi en su totalidad en la ribera de la calle Santa Engracia y en las

⁸⁹ Una actitud similar a la observada por Rafael Mas en los propietarios del barrio Salamanca, que convirtieron la zona este de Ensanche en “territorio reserva”, en el que los solares eran conservados durante generaciones a la espera del alza de precios. MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca... Ob. Cit.*, pág. 81 y ss.

plazas de Chamberí y de la Iglesia, buscando el calor de la vida arrabalera de Chamberí. Más allá todo era un desierto urbano, en el que sólo algún avezado burgués se había atrevido a instalar su hotelito. Como Constantino Scharff, que vivía más mirando a la Castellana que hacia la plaza de Olavide.

Plano 2.10: Estado de la urbanización del Ensanche Norte hacia 1880.



En este plano se señalan las distintas edificaciones mencionadas en el texto. Al noroeste de Madrid, en el barrio de equipamientos que preveía Castro, la barriada de Vallehermoso (1) y tres de los cementerios que constituían una poderosa barrera a la urbanización (2). Más al norte, el primer depósito del Canal de Isabel II (3) frente al cual se construyó el segundo, junto a la Carretera Mala de Francia o calle Bravo Murillo. En la zona más septentrional de Chamberí, las primeras y más pobres construcciones del arrabal entre las que se encontraban las de la calle Balmes donde vivía Antonia Ayala (4). En el corazón del arrabal la vivienda que se hizo reformar Benigno Castro y donde tenía su botica (5). Muy cerca el edificio de viviendas del catedrático José Aurial (7) en la ancha calle de Trafalgar, junto a la plaza de Olavide. En la ribera de Santa Engracia, el antiguo edificio de la familia Heredia, ferviente defensora del arrabal frente al plan Castro y con dirección en Españolito 1 (8). Finalmente los hotelitos que aparecieron en las cercanías de la Castellana: el del comerciante Constantino Scharff de Miguel Ángel 1 (9), el que construyó la señora Córdoba con un circo de gallos (10), el del propio ingeniero Castro (11), el de Miguel Sainz de Indo (12) y junto a éste último, los ocho que construyó para alquilar (13). En la plaza de Colón (14) el edificio de viviendas de alquiler donde residía Benito Pérez Galdós junto a su sobrino.

Elaboración propia a partir del plano de Pidal de 1877 y los datos contenidos en padrón de habitantes de Madrid, 1880, AVM, Estadística.

La zona hacia la que había orientado su hotelito el comerciante prusiano era donde estaba la joya del Ensanche. La ribera de la Castellana, aquella arcadia urbana que había comenzado a construir Indo, destacaba por sus exorbitantes precios de alquiler en 1880: 150 pesetas al mes por término medio en un barrio donde abundaban los hoteles y villas de estilo anglosajón o francés, donde no se escatimaba ni la piedra berroqueña ni la baldosa de Zaragoza. Todavía eran pocos los habitantes que habían decidido permitirse ese lujo, no llegaban a los 2.000 (de los que buena parte eran criados y sirvientes de los propietarios de las casas); pero eran distinguidos y conocidos. Aparte de Indo y sus acaudalados inquilinos, uno podía visitar en aquellas calles aún desiertas y a medio trazar a la señora Córdoba y su circo de gallos, al propio ingeniero Castro que tan bien conocía los buenos barrios y que se había hecho construir allí su propia casa o al mismísimo Segismundo Moret, ya líder del partido progresista y que en 1880 se encontraba entre los distinguidos vecinos de la Ronda de Recoletos⁹⁰.

Los ríos de habitantes que traspasaron las puertas de Bilbao y Santa Bárbara a partir de 1868 para instalarse en las afueras norte, habían hecho florecer nuevos edificios y habían provocado que se trazaran los surcos de las nuevas calles y plazas de la ciudad. Un nuevo Madrid había sido bautizado: el arrabal de Chamberí se había convertido en el Ensanche Norte, que se erigía como el principal foco de crecimiento de la ciudad y sus 23.000 habitantes y sus 2.000 edificios eran el símbolo de la vigorosa transformación que estaba experimentando la capital española. No obstante, no había que dejar que los árboles impidieran ver el bosque, o lo que era más cercano a la realidad, que los edificios recién construidos ocultaran la estepa urbana que seguían formando las afueras madrileñas. Aquello sólo había sido el comienzo, pues a pesar del fervor constructivo de la década de 1870, aún quedaban muchos solares junto a las viejas tapias de Madrid y más al norte, acercándose al foso de Ensanche, todavía existían grandes extensiones de suelo sin explanar y carentes de toda infraestructura urbana. Para que en aquella zona germinara una nueva ciudad, quedaban muchos años de riego, tenían que llegar nuevos habitantes, alzar más edificios y acondicionar aceras, alcantarillas y calzadas.

Además, la observación detenida del paisaje urbano del Ensanche Norte hacía descubrir cuán heterogéneos eran los brotes urbanos que habían comenzado a crecer en aquellas tierras. Entre la calle de la Princesa y el Paseo de la Castellana, entre las rondas del casco Antiguo y Cuatro Caminos, los conjuntos de casas y calles eran de especies muy diferentes y variadas. La distancia entre el populoso y modesto arrabal de Chamberí y la exuberante y selecta arcadia urbana en la ribera del fértil Paseo de la Castellana, era la misma que mediaba entre un matorral y una orquídea. Bastaba observar el uso diferente que en cada uno de estos lugares se hacía del agua. Mientras que en casa de Benigno Castro se debían conformar con utilizar un pozo negro en el patio para eliminar sus desechos, pues ni el abastecimiento de agua ni las alcantarillas habían llegado a esa zona, en el barrio de Indo las casas tenían bombillos inodoros y el agua corría a torrentes por las cañerías. Este contraste entre pozos negros y bombillos inodoros desvelaba la complejidad de la vida en los barrios del Ensanche, en los que coincidían realidades muy distintas. El paseante que tenía poco tiempo, como Edmundo de Amicis, que había recalado en Madrid en 1869 con sólo unos días para inspeccionar la ciudad, corría el riesgo de llevarse una impresión equivocada. El escritor italiano celebraba las grandes avenidas y la vitalidad de los madrileños que caminaban por ellas. Aunque cierto, lo que vio era sólo una parte de la realidad. Otro observador, con el tiempo suficiente para llamar a más puertas y visitar más profundamente la capital,

⁹⁰ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880, caso nº 5.441.

descubriría que junto a los destellos de Madrid como gran ciudad que caminaba veloz hacia el futuro, podían encontrarse otros rincones en que el tiempo no corría tan rápido ni la vida se encaminaba hacia destinos tan felices.

Este era el caso de Benito Pérez Galdós. El escritor canario, vecino de la capital desde hacía años, residía en 1880 en un observatorio privilegiado para conocer la ciudad. Se había instalado junto a su sobrino en la plaza de Colón, frente a las obras aún inacabadas de la Biblioteca Nacional, en el punto en que confluía el Viejo y el Nuevo Madrid, el casco antiguo y el Ensanche. Curioso observador y minucioso retratista social, acostumbraba a dar largos paseos por un Chamberí que acabó convirtiendo en un escenario privilegiado de sus novelas. Conocía bien el nuevo barrio, porque lo había visto construir y poblarse, y gustaba de utilizarlo porque siempre podía encontrar una calle o una esquina el ambiente idóneo para ambientar una acción. Así la calle Sagunto y la plaza de Olavide enmarcaban la vida de casada de Fortunata, los solitarios caminos junto a los cementerios, el clandestino descubrimiento del amor por parte de Tristona, y el paseo del Obelisco y las cercanías de la Castellana como el lugar de residencia del enriquecido Don Lope, el degenerado tío de la misma Tristana⁹¹. Era consciente de los matices y así su juicio sobre las transformaciones que se estaban dando en Madrid desde 1868 pudo ser más acertado que el de su colega italiano. En boca de sus personajes reconocía los progresos alcanzados. José María, el protagonista de *Lo Prohibido*, que había regresado a Madrid en 1880 tras una larga ausencia, reconocía el “asombro” que le causaban “*la hermosura y la amplitud de las nuevas barriadas, los expeditivos medios de comunicación, la evidente mejora en el cariz de los edificios, de las calles y aun de de las personas; los bonitísimos jardines plantados en las antes polvorosas plazuelas, las gallardas construcciones de los ricos, las variadas y aparatosas tiendas*”. Madrid se había modernizado y había adquirido un “*cierto tufillo de cultura europea, de bienestar y aun de riqueza y trabajo*”. Pero tras hablar con la gente e inspeccionar la ciudad en profundidad le hicieron “*comprender que nuestra capital había realizado desde el 68, adelantos más parecidos a saltos caprichosos que el andar progresivo y firme de los que saben adónde van*”⁹². Un juicio que sugería que la vida en Madrid era muy diversa, que ni estaba anclada en el pasado ni lanzada hacia el futuro y que para comprenderlo hacía falta hacer el mismo esfuerzo que Galdós: recorrer las calles, llamar a todas las puertas y descubrir cómo vivían todos y cada uno de los habitantes de la ciudad.

⁹¹ El reflejo de Chamberí en la literatura de Galdós en PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El distrito de Chamberí 1860-1880. El nacimiento de una ciudad*. E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es:6237,

⁹² PÉREZ GALDÓS, Benito: *Lo Prohibido*, edición a cargo de James Whiston, Madrid, Cátedra, 2001, pág. 132.

CAPÍTULO 3:

LA CAPITAL DE TODAS LAS REGIONES

Chamberí en 1880: los síntomas de una transformación discreta del arrabal.

En el invierno de 1880, Benigno Castro llevaba una vida muy parecida a la que tenía veinte años atrás. Por la mañana, como todos los días desde que había llegado a Chamberí en 1858, bajaba a su botica. Comprobaba que el mancebo de la farmacia había limpiado la tienda y puesto las cosas en orden. Después se ponía a mezclar polvos y líquidos, preparando los medicamentos que le habían encargado sus clientes, o revisando cuentas y recetas de la Beneficencia Municipal, de la que seguía siendo uno de los proveedores del barrio. Pasaba la jornada absorto en su trabajo, sólo interrumpido de vez en cuando por la entrada de algún cliente al que no le bastaran los conocimientos del joven Teodoro, el estudiante que entonces trabajaba junto a él como dependiente. Pero eso ocurría rara vez; Teodoro, que tenía 22 años, ya llevaba más de dos empleado en su farmacia, y más de tres como estudiante en la Universidad de Madrid. A esas alturas, se le escapaban muy pocas cosas de la gestión cotidiana del negocio. Benigno podía confiar en él y mientras dedicarse a otros asuntos. Siempre había sido inquieto y que el mero despacho de la tienda no colmaba sus expectativas. Eso se lo dejaba a un estudiante, para tener tiempo libre y dedicarse a sus experimentos con la química, a llevar las cuentas o a resolver algún pequeño problema del edificio donde estaba la farmacia y que había construido él mismo hacía unos años.

Benigno apenas percibía cambios en su forma de vida. Desde que se había instalado en la calle Santa Feliciano, en las afueras norte de Madrid, su existencia había transcurrido por un cauce relativamente tranquilo. En los negocios había alcanzado una prosperidad razonable. Seguía siendo un boticario de barrio, lo que no estaba nada mal para alguien como él, que había llegado a la capital a los 19 años para estudiar. Quizá al farmacéutico de Chamberí no le conocieran en todo Madrid, como podía suceder a un colega de un pueblo o de una ciudad pequeña. Pero seguro que los ecos de su prosperidad resonaban en forma de admiración en Salamanca, la ciudad en la que había nacido y se había criado. Para hacerse una idea de la importancia de su negocio bastaba con echar un ojo a los impuestos que había pagado ese año: 593 pesetas sólo en concepto de contribución industrial, lo mismo que un buen abogado o un catedrático de la universidad¹¹. Los beneficios que obtenía le habían permitido modernizar su establecimiento unos años atrás y crear un edificio a la medida de su negocio y de las necesidades de su familia. Aunque la casa que había edificado en Santa Feliciano 17 no llamara la atención de los madrileños como las residencias de otros vecinos más ilustres, su tamaño y su valor daban muestra de lo que había progresado desde el día que

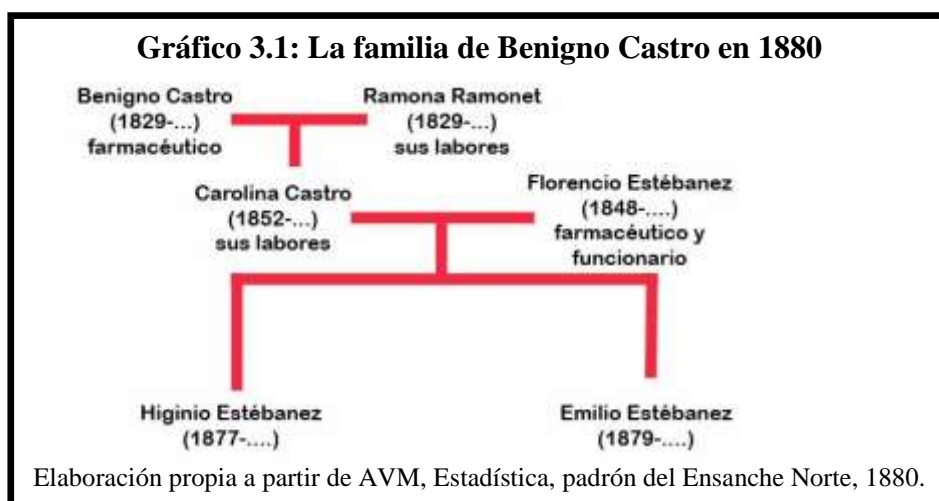
¹¹ Benigno Castro ocupaba el puesto 128 en la lista de los mayores contribuyentes empadronados en el Ensanche Norte (la casilla de contribución satisfecha fue rellenada por 785 habitantes), lo que le acercaba a vecinos de Chamberí como Gregorio González Saravia, en el puesto 123, que era abogado y declaraba una contribución de 609 pesetas anuales; el abogado residía en la distinguida calle de Zurbano, en el número 6 en una vivienda por la que pagaba 135 pesetas de alquiler mensual (AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 5.638). Por detrás del farmacéutico se situaba, por ejemplo, el catedrático jubilado Eugenio de la Cámara Muñoz, en el puesto 140 de mayores contribuyentes. Pagaba 105 pesetas de alquiler por una vivienda en Zurbano 8 y declaraba unos ingresos de 6.000 pesetas (AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 5.651). Benigno Castro por lo tanto, se acercaba por sus impuestos a los vecinos de un barrio distinguido como era Almagro, a pesar de que su residencia se situaba en el modesto arrabal de Chamberí.

llegó a ese arrabal marginal y apartado de la vida madrileña. El hogar de Benigno, que en 1860 estaba compuesto por su mujer, su hija Carolina, todavía en edad escolar, y la criada y el mancebo de turno, daba cobijo en 1880 a ocho personas. La familia se había agrandado con los años, y aunque muchos de sus integrantes seguían siendo los mismos, se notaba que muchas cosas habían cambiado.

Benigno ya no era aquel joven y dinámico farmacéutico de 30 años. Acababa de superar la cincuentena y, a pesar de que mantenía su espíritu emprendedor, comenzaba a mirar la vida desde una posición diferente. Dejaba de estar al mando del grupo; tenía que empezar a pensar en que él no era ya el encargado de abrir el camino hacia el futuro y que era mejor dedicarse a disfrutar de los años que le quedaban de vida. Lo mismo que a Ramona, su mujer, que siempre había estado a su lado, compartiendo los duros trabajos para sacar un negocio y una familia adelante. Ramona, también con los cincuenta cumplidos, había dejado de ser madre, para convertirse en abuela. La hija que había tenido con Benigno, Carolina, había cumplido ya los 28 años. La pequeña, que les había acompañado en su mudanza desde el centro de Madrid hacia a las afueras, hacía cinco años que se había casado y ya tenía dos hijos. La vida de Carolina se parecía a la de su madre; también madrileña, había elegido como marido a otro farmacéutico que llegaba a la capital desde las provincias para hacer carrera. Florencio apareció un día en la botica de su padre; era un mancebo nuevo más, uno de los estudiantes que llegaba cada inicio de curso para ganarse la vida mientras acudía a la facultad a completar sus estudios. Era probable que, como al resto de los jóvenes que habían pasado por la farmacia del padre, lo viera partir a final de curso para ser sustituido por un nuevo estudiante. Ya había sucedido con Casto, aquel zamorano que estaba empleado en los primeros tiempos de la farmacia, y luego con Bonifacio, que había venido de Talavera de la Reina para pasar con ellos el año de 1862. Lo sustituyó Antonio, de Ávila, y luego Julián que era toledano. Y después Félix, Ramón, Manuel²... así hasta que, en el verano de 1875, apareció Florencio con sus 27 años y sus ganas de conquistar Madrid. El nuevo practicante podría haberse marchado como el resto, pero no lo hizo. El especial entendimiento entre aquel joven burgalés y el dueño de la farmacia, o la complicidad con la joven Carolina, le invitaron a quedarse. El tiempo hizo el resto. A finales del año 1875 Carolina y Florencio se casaron. Al año siguiente, Benigno, que por fin había encontrado un sucesor para que continuara su labor como farmacéutico de Chamberí, decidió reformar la casa y la tienda y construyó el nuevo edificio de la calle Santa Feliciana. En 1877, nació Higinio, el primer hijo de Carolina y Florencio, el primer

² Los datos proceden de las fichas de empadronamiento de la vivienda de Santa Feliciana nº 17 en los años 1860, 1861, 1862, 1863, 1865 y 1866; AVM, Estadística, padrones. Los practicantes contratados en la farmacia de Benigno Castro no solían permanecer más de un curso; así lo demuestra el desfile de estudiantes que hubo en esos primeros años en la botica. En 1860, junto a la familia del boticario vivía Casto Pérez, de 26 años y llegado a Madrid en 1859. En 1861, ya no estaba empadronado allí y no lo había sustituido ningún otro. En 1862, aparecía Bonifacio Bayón, de 18 años, nacido en Talavera de la Reina y llegado a Madrid en 1860. En 1863 también éste último practicante había desaparecido y era sustituido por otros dos estudiantes: Antonio Molinero, nacido en la ciudad de Ávila y que entonces contaba 25 años y que había llegado en Octubre de ese año; y Julián Villar, de un pueblo de Toledo, de 15 años y también llegado en Octubre. En 1865 el practicante era Félix Martín Vicente, natural de Salamanca y de 22 años; había llegado el año anterior a Madrid. Tampoco llegó al año de residencia; en 1866 había de nuevo dos mancebos, Ramón Higinio, salmantino de 19 años y llegado en octubre de 1865, y Manuel Lacamba, natural de Villafranca, Guipúzcoa, con 17 años y llegado a Madrid en Diciembre de 1865. El ritmo de entradas y salidas en el puesto de practicante se mantuvo en los siguientes años. En las páginas siguientes se incluye un cuadro con la relación completa de todos los habitantes que pasaron por la farmacia de Benigno Castro entre 1860 y 1881, tal y como lo reflejan los padrones disponibles.

nieto de Benigno y Ramona. En 1879 ya lloraba en los cuartos de la botica Emilio, el segundo hijo. Pronto llegarían todavía más³.



En 1880 todos vivían juntos en las habitaciones del piso superior de la farmacia. Era un momento especial en la familia fundada por Benigno y Ramona. El primer farmacéutico de Chamberí y su esposa ya eran abuelos; aún así se sentían todavía capaces y con ganas para seguir al frente del hogar y del negocio. Benigno continuaba siendo el boticario titular y el cabeza de familia que firmaba los papeles en el Ayuntamiento. Ramona seguía teniendo la última palabra en la organización de la casa y de las tareas domésticas. Pero lo cierto es que ya estaban perdiendo protagonismo. El centro de atención se situaba cada vez más en la siguiente generación, en Carolina, su esposa y los pequeños Higinio y Emilio, que ya trasteaban con los tarros y los papeles de la botica. Además Florencio no se había dejado deslumbrar por su suegro. Igual que Carolina se parecía a su madre, Florencio compartía muchos rasgos con el padre de su esposa. Como él, no se conformaba con ser un mero farmacéutico de barrio, y si Benigno había conseguido los succulentos contratos con el Ayuntamiento, el yerno apuntaba aún más alto. Se las ingenió para obtener un puesto en la Administración General del Estado: además de boticario, era empleado en la Dirección General de Sanidad, lo que le permitía llevar un sueldo decente a la casa de los Castro. Por ahora sólo eran 1.250 pesetas al año, una cantidad modesta, pero que le daba respaldo moral ante su suegro. Florencio demostraba que no se iba a limitar la fortuna que había conseguido con una buena boda y que quería ser tan responsable de la buena marcha del negocio como su fundador. El trabajo en la Dirección General de Sanidad le

³ Florencio Estébanez y Herrero aparece por primera vez en el empadronamiento de Santa Feliciano 17 en diciembre de 1875; AVM, Estadística, padrón de 1875. Declara ser natural de Sedano, Burgos, haber nacido en 1848 (tenía por lo tanto 27 años) y ya aparece registrado como hijo político de Benigno Castro y como esposo de Carolina Castro. Como profesión señala la de farmacéutico y declara residir en la capital desde agosto de ese mismo año de 1875.

proporcionaría un punto de vista diferente, nuevas experiencias y conocimientos con el que darle un aire personal a la farmacia⁴.

En realidad, si Benigno se esforzaba, podía ver que algunas cosas habían cambiado mucho a su alrededor. Entre 1860 y 1880 había pasado de ser un joven farmacéutico de un barrio de mala reputación a todo un propietario, que pagaba impuestos como un abogado de los barrios buenos y que estaba al frente de un negocio en continuo crecimiento. Era difícil darse cuenta de la magnitud de la transformación, porque se había producido discretamente, poco a poco, sin sobresaltos ni cambios repentinos. Además, Benigno aún se aferraba a muchas de sus costumbres; seguía llevando esa tradicional vida de boticario, compartiendo las horas en la tienda con el mancebo. Muchos días podía creer que seguía siendo el joven farmacéutico de finales de 1860, con toda la vida por delante. Pero al terminar el día y sentarse a la cena con Ramona, con su hija Carolina y con su yerno Florencio, al escuchar las carreras y los gritos de sus nietos, se daba cuenta de cómo había pasado el tiempo. El futuro ya estaba allí y había traído un mundo diferente.

Algo muy parecido le pasaba con el barrio. Benigno prácticamente lo había visto nacer y había sido testigo de todos los cambios que se habían producido en sus calles en los últimos veinte años. Chamberí había dejado de ser un triste arrabal y había adquirido un perfil cada vez más urbano. Cuando el farmacéutico caminaba por sus calles no era del todo consciente de la profundidad de aquella evolución. Muchas cosas seguían igual. Allí estaba la austera pero imponente iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel. La plaza vieja de Chamberí mantenía sus edificios pobres, con cuartos de alquilar a 10 pesetas, poblados por familias jornaleras. Si se adentraba por el Paseo del Cisne, el paisaje seguía dominado por las grandes huertas y los tejares. Claro que había habido cambios. Bastaba ver pasar el tranvía que desde hacía muy pocos años llegaba hasta allí para darse cuenta que el futuro había irrumpido en el barrio⁵. Pero el advenimiento de la modernidad se topaba con las resistencias del pasado arrabalero. El tranvía tirado por caballos recorría con esfuerzos el Paseo de Santa Engracia, y el conductor se veía obligado a apartar a golpes de timbre los carros y las personas que encontraba sobre los raíles. El futuro llegaba así, a pequeñas dosis y teniendo que abrirse camino en la espesa inercia de una comunidad todavía anclada en sus raíces de barrio periférico y marginal.

Si se esforzaba, era capaz de identificar esos dispersos signos que indicaban que Chamberí se deslizaba por la pendiente de la modernización. Podía recordar el día que se echaron abajo las viejas tapias que separaban a sus vecinos del casco antiguo de Madrid. O la construcción de ese edificio de tres plantas en la calle Trafalgar y que tanto destacaba en medio de las casas bajas de alrededor. La plaza de Olavide, en la que se seguía celebrando el mercado, se había ido transformando poco a poco. Un día comenzó la construcción de un alto edificio; otro se iniciaron las obras para explanar los terrenos y trazar la forma circular de la plaza; más tarde se pusieron en pie las pérgolas

⁴ La reconstrucción de la historia de Florencio Estébanez a partir de AVM, Estadística, padrones de 1875, 1879, 1880 y 1881, hoja de la vivienda de Santa Feliciano 17 – Castillo 1. Para un acercamiento a la escala salarial de los empleados en la época, CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

⁵ El tranvía comenzó a funcionar en las calles de Madrid en 1871; una de las primeras líneas puso en contacto el Campillo de Gilimón con Chamberí, a partir de 1874. Para una introducción a la puesta en marcha del tranvía en Madrid, MARTÍNEZ LÓPEZ, Alberto: “Las empresas de tranvías en Madrid, el control extranjero a la municipalización, 1871-1948” en MATILLA QUIZA, María Jesús, POLO MURIEL, Francisco y BENEGAS CAPOTE, Manuel: “*Ferrocarril y Madrid: historia de un progreso*”, Madrid, Ministerio de Fomento, 2002, pp. 149-179; LÓPEZ BUSTOS, Carlos: *Historia de los tranvías de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1984.

que daban cobijo a los cajones de los comerciantes... pero quedaba mucho por hacer para que la plaza dejara tener ese aire provisional que impregnaba a todo el barrio. Quedaban demasiados solares sin construir, demasiadas calzadas sin empedrar y, en las calles, la partida la seguían ganando los carros campestres a los tranvías urbanos. Cuando paseaba por su barrio, los ojos de Benigno se posaban en lo que le resultaba familiar, en los descampados del barrio al que llegó con apenas 30 años y a él le parecía que Chamberí seguía igual, más parecido a un pueblo que a una ciudad.

Lo mismo le sucedía con los vecinos que se cruzaba al caminar. A muchos los conocía porque los había visto pasar por la botica en busca de un remedio a sus dolencias. Sus rostros habían ido cambiando, avejentándose de forma imperceptible hasta quedar completamente transformados tras tantos años. Aún así, seguían siendo familiares para Benigno, que los había visto día a día. Al salir de la botica y emprender camino por la calle Castillo se topaba con la tienda de ultramarinos de los Menéndez. Hacía mucho tiempo que el destino le había aliado con el dueño de aquel comercio; hacia 18 años del día en que se juntaron para defender el arrabal frente a la amenaza de demolición creada por el Ensanche. Ahora don Manuel no llevaba la tienda, pero sí sus sobrinos, a los que Benigno había visto crecer y dejar de ser unos mozos de comercio que trabajaban con su tío para convertirse en comerciantes con tienda propia. Los descendientes directos de Manuel, el primero de los Menéndez tampoco se habían ido demasiado lejos: Manuel Menéndez hijo había abierto otra tienda, a dos pasos de allí, en el Paseo de La Habana⁶. También era frecuente que se encontrara a Fernando Heredia, el distinguido empleado del Congreso de los Diputados que se sumó a la firma del documento de los once de Chamberí. Aún vivía en la calle Españoleta, en la casa de su propiedad; sus hijos habían crecido, hasta convertirse en personajes distinguidos del barrio, heredando el porte y el respeto del que había gozado el padre⁷.

En la plaza, en las calles anchas de Santa Engracia y de La Habana, o frente a la iglesia, encontraba a vecinos, clientes de la botica o simples transeúntes a los que había visto miles de veces a lo largo de sus años de residencia en Chamberí. Una de ellas sería Antonia Ayala, esa vieja mujer que tantos años atrás entró en su farmacia a por un remedio para su hija Polonia. Seguramente acudió muchas veces más a la tienda de Benigno, a por medicamentos para alguno de sus nueve hijos, para su marido o para ella misma, que cada día tenía más achaques por su avanzada edad y el cansancio acumulado por los duros años de trabajo. Desde que llegó a Chamberí con su familia, Antonia no se había movido de la casa de la calle Balmes. Benigno raramente pasaba por tan tristes y pobres parajes; las viviendas a la espalda de la Iglesia del barrio no era un lugar de tránsito habitual para él, pero existían esos espacios compartidos con

⁶ En 1880 al frente de la vivienda del número 11 de la calle Castillo, piso bajo, se encontraba Juan Menéndez; nacido en Cibeá, Asturias y llegado a Madrid en 1858. Aunque Juan señalaba trabajar como tintorero en la Real Fábrica de Tapices, la tienda es probable que siguiera abierta y que fuera regentada por su mujer ayudada por los tres hijos pequeños del matrimonio. AVM, Estadística, Padrón del Ensanche Norte, 1880, caso nº 299. El hijo de Manuel Menéndez, Manuel Menéndez Roca, tenía 24 años en 1880 y se había trasladado al Paseo de La Habana 14, donde tenía tienda abierta junto a su hermana pequeña, Felicia que había nacido en Madrid en 1866, y tenía 14. Contaban con un dependiente de comercio y una criada a su servicio. AVM, Estadística, Padrón del Ensanche Norte, 1880, caso nº 3.020.

⁷ Al frente de la casa del 1 de la calle Españoleta estaba Elvira Heredia, la mayor de los siete hijos de Fernando Heredia que seguían residiendo en la vivienda familiar; tenía 33 años y se declaraba como pensionista, como sus hermanas Luisa, Magdalena y Beatriz. Francisco Heredia, de 24 años se declaraba empleado en el Congreso de los Diputados; Luis de 23 estaba cesante y Rafael de 20 era aún estudiante. AVM, Estadística, Padrón del Ensanche Norte, 1880, caso nº 3.101.

Antonia, donde se topaban de vez en cuando estos dos vecinos de condiciones de vida y orígenes sociales tan diferentes⁸.

Los paseos de Benigno, como el de cualquiera de los vecinos que llevaban viviendo en Chamberí muchos años, estaban jalonados por estos encuentros con rostros familiares. Unos eran de personas conocidas a los que saludaba, otros rostros simplemente eran percibidos como parte de un paisaje que le hacían sentirse en su propia casa, en su propio barrio. Su presencia le reconfortaba y le empujaba a pensar que la gente de Chamberí seguía siendo la misma, que en 1880 todavía eran los modestos habitantes de un barrio de las afueras, que se distinguían claramente de los que residían en las calles del casco antiguo. Por supuesto que Benigno no conocía a todo el mundo que habitaba en el barrio; ya en 1858, cuando él se instaló en la calle Santa Feliciano, había 5.000 personas en la zona. Entre ellos, muchas familias que estaban de paso, especialmente en un tiempo en que el barrio resultaba incómodo por su lejanía del centro de la ciudad. Muchos marchaban al cabo de unos meses o de unos años de residencia y eran sustituidos por nuevos habitantes. Madrid era una ciudad de aluvión, de constante llegada de inmigrantes buscando un sitio para instalarse. Con los años Benigno se acostumbró a convivir con la masa anónima de los inmigrantes que transitaban por el barrio. En 1880 todavía eran más. La puesta en marcha de las obras del Ensanche y la construcción de nuevos edificios habían traído, año a año, a grupos cada vez mayores de habitantes hacia las afueras norte de la capital. Cada vez era más común que los que vecinos recalaban en el barrio no se quisieran marchar; en el casco antiguo de la ciudad era prácticamente imposible encontrar una vivienda y desde que se habían derribado las tapias, Chamberí era un poco menos rural, era un poco más agradable. A finales de aquel año, la cifra de sus habitantes ya superaba los 23.000⁹.

El aumento de 5.000 a 23.000 habitantes era un cambio importante, pero Benigno tenía razones para que la gente de Chamberí le pareciera la misma. La combinación entre los habitantes estables a los que conocía y saludaba por la calle y el continuo flujo de gentes de paso que siempre había existido en aquella zona de la ciudad, podía causarle la sensación de seguir inmerso en la misma realidad de veinte años antes. Aunque hubiera más gente y las calles fueran más transitadas, el Ensanche Norte en 1880 seguía siendo un barrio muy poco densamente poblado. La construcción acababa de comenzar, los descampados eran más numerosos que los edificios y cualquiera podía pensar que las grandes transformaciones aún estaban por llegar. Por otro lado había otros cambios que, por ser más sutiles, se le escapaban al farmacéutico. Lo mismo que muchas veces pensaba que vivía igual que con 30 años, porque tenía el mismo trabajo y una forma de vida parecida, le ocurría cuando miraba a sus vecinos. Pero al sentarse a la cena y compartir mesa con su hija de 28 años, su yerno y sus nietos, recordaba que era ya todo un abuelo. Habían pasado ya veinte años y había envejecido.

⁸ Antonia Ayala seguía residiendo en la misma vivienda que en 1860, aunque su familia había sufrido una profunda evolución. A sus 61 años era viuda y la gran mayoría de sus hijos habían abandonado el hogar; sólo quedaban dos, Agustín y Paloma de 24 y 25 años. Además compartían la vivienda con una familia realquilada. AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880, caso nº 178.

⁹ En 1860, el Ensanche Norte contaba con 5.007 habitantes, en 1880, eran 23.593, según recuento propio a partir de AVM, Estadística, padrones de 1860 y 1880. Una comparación con las otras zonas de Ensanche en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008. Un primer análisis de la evolución demográfica del Ensanche Norte en estas dos décadas en PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El distrito de Chamberí 1860-1880. El nacimiento de una ciudad*. E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es:6237 y PALLOL TRIGUEROS, Rubén: "De gentes de arrabal a madrileños de centro: el distrito de Chamberí 1860-1930" comunicación presentada en *VIII Congreso de la ADEH*, sesión 19ª, Mahón, junio de 2007.

Lo mismo sus vecinos, que si muchos podían tener los nombres y las caras que se encontró a su llegada al barrio, en 1880 habían dejado de ser los mismos. El tiempo no pasaba en balde, ni para Benigno Castro ni para el resto de los vecinos de Chamberí.

Chamberí, un arrabal joven e inmigrante en el Madrid de mediados del siglo XIX

Los cambios en la vida de Benigno entre 1860 y 1880 ejemplifican, en muchos aspectos, los que se produjeron en el conjunto de la población del Ensanche Norte en esos veinte años. Como para el farmacéutico, las dos décadas del primer desarrollo del Ensanche, no significaron grandes transformaciones en los habitantes de Chamberí y sus alrededores, aparte del aumento en su número. Y ni siquiera tal aumento era tan espectacular como las cifras parecían indicar, pues se producía en una zona tan amplia, que sus efectos quedaban mitigados: los 23.000 habitantes de 1880 eran todavía muy pocos y seguían estando menos apretados que en el interior de la ciudad, de tal manera que en el barrio seguía imperando una cierta sensación de desahogo. En realidad la vida transcurría por senderos muy parecidos a los de veinte años atrás y los vecinos de Chamberí se comportaban demográficamente de la misma manera: los inmigrantes llegaban con la misma constancia y lo hacían a la misma edad y de las mismas formas (algunos solos, muchos acompañados), la gente se casaba a la misma edad y tenía tantos hijos como siempre, y la muerte hacía acto de presencia con la misma terrible frecuencia que había caracterizado a Madrid y sus alrededores¹⁰.

Veinte años eran muy pocos para transformar las actitudes y las circunstancias vitales de aquella pequeña comunidad. En realidad los cambios que se produjeron en sus habitantes no fueron producto de ninguna revolución ni de un cambio de rumbo sino más bien de la inercia. Los habitantes de Chamberí cambiaron entre 1860 y 1880 como consecuencia de su propia existencia. Como el hogar de Benigno, cuya evolución siguió el curso dictado por el paso del tiempo: la familia creció con la llegada de nuevos integrantes y los que la habían fundado fueron envejeciendo, dando paso al protagonismo de una nueva generación. Lo mismo sucedió en Chamberí; creció en número de habitantes, pero sobre todo vio cómo una nueva cohorte de vecinos iba desplazando a la anterior que, aunque envejecida, permanecía activa. Igual que sucedía en la botica de la calle Santa Feliciana, en la que Florencio y Carolina, en plena juventud, compartían espacio con Benigno y Ramona, ya convertidos en abuelos.

La experiencia era nueva en el barrio. Chamberí tenía una historia muy corta que apenas se remontaba a la generación de Benigno Castro, de Antonia Ayala, del tendero Manuel Menéndez y del empleado del Congreso Fernando Heredia. Ellos habían fundado prácticamente el barrio en los años 50; habían engrosado la primera gran ola de habitantes llegados a unos terrenos antes sólo salpicados por las granjas y los tejares. Eran en su mayoría jóvenes, de apenas treinta años, recién casados y con hijos de muy corta edad. La irrupción de estas familias en la zona había marcado profundamente el

¹⁰ La caracterización del modelo demográfico de Madrid que aquí se presenta sigue a grandes rasgos la trazada por FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, Vol. 1, pp. 29-76. Antonio Fernández distingue tres fases en la transición de Madrid de un régimen demográfico de tipo antiguo marcado por las altas tasas de mortalidad y natalidad y un débil o nulo crecimiento vegetativo a uno de tipo moderno, con tasas bajas de mortalidad y de natalidad pero con crecimiento vegetativo positivo. Hasta finales del siglo XIX, los rasgos del régimen demográfico de tipo antiguo se mantuvieron. Sólo más tarde, a inicios de siglo XX, se comenzó a reducir las tasas de mortalidad y se esbozaron los primeros cambios que anunciaban la transición demográfica.

perfil de la población; habían inundado Chamberí de juventud. Un perfil que, lógicamente, se había ido perdiendo con el paso del tiempo.

En 1860, en los momentos previos a la aprobación del Ensanche, la población de Chamberí destacaba por algunas características que la hacían única: sus habitantes eran en su mayoría jóvenes e inmigrantes. Tales particularidades se debían a la situación del barrio dentro del conjunto de Madrid y a su corta historia como espacio urbano. Chamberí era un barrio marginal, periférico a la ciudad y cuyo poblamiento era muy reciente, y era lógico que acogiera a una población específica dentro del gran batiburrillo de gente que habitaba en la capital¹¹. Sin embargo, en la comparación entre los habitantes de Madrid y de los de las afueras del norte, se podía observar que compartían muchos rasgos comunes. Por muy especiales y particulares que fueran las circunstancias del joven barrio, éste no podía sustraerse a las influencias que sobre él ejercía la gran ciudad de la que formaba parte, y eso se hacía notar en la estructura de su población.

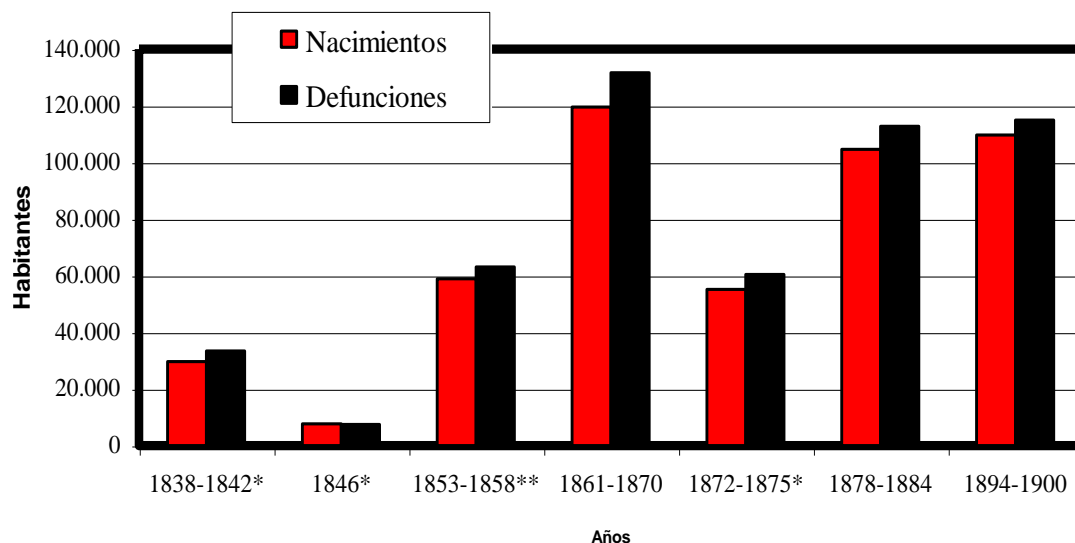
El primer rasgo común, que compartían madrileños en general y chamberileros en particular, era la fuerte dependencia que tenían de la inmigración para su crecimiento demográfico¹². Como cualquier otra ciudad española de su tiempo, Madrid vivía y crecía gracias a la continua llegada de nuevos habitantes a sus calles. Los aportes constantes de la inmigración, la población de la capital habría disminuido en una tendencia que apuntaba hacia la desaparición. En la capital casi todos los años nacían menos personas de las que morían: el suyo era un crecimiento vegetativo negativo, un continuo déficit de habitantes que era compensado por la succión de personas de todas las provincias españolas¹³.

¹¹ El carácter singular de las poblaciones de las afueras en las ciudades del XIX ha sido estudiado en otros centros urbanos. Un trabajo pionero es el que se realizó en el estudio del surgimiento e incorporación de Belleville a París en el mismo periodo que Chamberí: JACQUEMET, Gérard: *Belleville au XIXe Siècle: du faubourg à la ville. (Edition Postume par Adeline Daumard)*, París, EHESS, 1984. Véase también el estudio que de distintas periferias en las ciudades francesas del XIX realizado por MERRIMAN, John M.: *Aux marges de la ville; faubourgs et banlieues en France, 1815-1870*, Paris, Seuil, 1991. Para otras periferias madrileñas véase también los trabajos académicos de tercer ciclo de VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *Los albores del nuevo Madrid: el distrito de Arganzuela (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2006, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es: 6238, y CARBALLO BARRAL, Borja: *Los orígenes del Moderno Madrid. El Ensanche Este (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2006, E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es: 6336. Una síntesis de estos junto con Chamberí en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

¹² FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "La población madrileña...", *Ob. Cit.* Un acercamiento al papel de la inmigración en el crecimiento urbano español del siglo XIX en PÉREZ MOREDA, Vicente: "La población" en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (coord.): *Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): la sociedad, la economía y las formas de vida*, Espasa-Calpe, Madrid, 1997, pp. 53-98, tomo XXXIII de la Historia de España fundada por Ramón Menéndez Pidal y dirigida por J. M^a JOVER ZAMORA., especialmente pp. 83-89.

¹³ Antonio Fernández ofrece cifras que muestran cómo ese déficit crónico de habitantes que arrojaba el saldo vegetativo madrileño se mantuvo hasta los albores del siglo XX. Entre 1880 y 1901, sólo en seis años se registró un crecimiento vegetativo positivo, y en esas ocasiones no siempre demasiado vigoroso. En 1881 Madrid creció en 21 habitantes, en 1884 en 812, en 1888 en 242, en 1891 en 28, en 1782 en 372, en 1897 en 819. Los años de pérdida eran más abundantes y las cifras negativas más altas; en 1882, por ejemplo perdió 2.951 habitantes, en 1890 fueron 4.743, en 1901 fueron 1.376. FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "La población madrileña...", *Ob. Cit.* pág. 36.

Gráfico 3.2: Aproximación al crecimiento vegetativo de Madrid en el siglo XIX



Años	Nacimientos	Defunciones	Saldo
1838-1842*	29.652	33.437	- 3.785
1846*	7.793	7.427	366
1853-1858**	58.800	63.040	- 4.240
1861-1870	119.470	131.550	- 12.080
1872-1875*	55.258	60.331	- 5.073
1878-1884	104.601	112.735	- 8.134
1894-1900	109.732	114.863	- 5.131

Gráfico y cuadro tomados de CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008, elaborado a partir de HAUSER, Philip: *Madrid bajo un punto de vista médico social*. Edición a cargo de Carmen del MORAL, Vol. 1, pág. 51, de TORO MÉRIDA, Julián (los que tienen asterisco): “El modelo demográfico madrileño” en *Historia 16*, nº 59, pág. 45 y de RUÍZ PALOMEQUE, Eulalia (con dos asteriscos): *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*, pág. 314.

Las causas de la incapacidad reproductiva de la capital eran bien conocidas porque se repetían en todas las ciudades europeas¹⁴: la vida urbana era muy mortífera en comparación con la de los entornos rurales, a la vez que mucho menos propicia para alumbrar nuevas vidas. Las condiciones de existencia a las que se veían abocados muchos de los habitantes de Madrid alimentaban las altas tasas de mortalidad. Los salarios de los trabajadores manuales eran bajos e irregulares y muy altos, en cambio,

¹⁴ PINOL, Jean-Luc y WALTER, François: “Renouvellement et fragilité des populations urbaines” en PINOL, Jean-Luc (dir.): *Histoire de l'Europe Urbaine. Vol. II, de l'Ancien Régime à nos jours*, Paris, Seuil, 2003, pp. 75-113. Un retrato del comportamiento demográfico de las ciudades españolas en REHER, David Sven: “Urbanization and Demographic Behaviour in Spain, 1860-1930” en WOUDÉ, Ad DE VRIES, Jan y HAYAMI, Akira: *Urbanization in History. A process of Dynamic Interactions*, Nueva York, Clarendon Press-Oxford, 1990, pp. 282-299 y en REHER, David Sven: “Desarrollo urbano y evolución de la población: España 1787-1930”, *Revista de Historia Económica - Journal of Iberian and Latin American Economic History*, año 4, nº 1, (1986), pp. 39-66.

los precios de los alquileres y de los artículos de primera necesidad. Los malabarismos para cuadrar los presupuestos familiares implicaban muchas veces recortes en los gastos de alimentación y vivienda; a fuerza de apretar el cinturón, muchos madrileños se veían obligados a comer menos de lo que necesitaban y a compartir sus pequeñas habitaciones con otras familias. En esta vida marcada por los estómagos vacíos y los cuerpos amontonados era fácil que se extendiera la enfermedad y que con ella llegara la muerte¹⁵.

La morbilidad de la vida madrileña era acentuada por las graves carencias de las que todavía adolecía la ciudad en materia de higiene. En 1860 tan sólo se habían dado los primeros pasos en un asunto tan fundamental en la vida cotidiana como era el abastecimiento y desalojo del agua corriente; si bien el canal de Isabel II garantizaba ya la llegada de más agua para los madrileños, ni lo hacía del todo higiénicamente ni era la única fuente de aprovisionamiento¹⁶. Gran parte de los canales que se dirigían de la sierra a la ciudad estaban al aire libre y a disposición de quien quisiera usarlos, ya para arrojar desperdicios, ya para lavar la ropa, ya para utilizar el agua en cualquier actividad que podía contaminarla. Por otro lado, los antiguos viajes de agua subterránea que habían surtido las fuentes de la ciudad, seguían siendo utilizados, a pesar de que eran conocidas las filtraciones que contaminaban sus corrientes. Este panorama se completaba con la ausencia de un alcantarillado moderno que permitiera desalojar las aguas inmundas y los desechos generados por los habitantes. Lo común era tener un pozo negro como el de la vivienda que Benigno Castro se construyó en la calle Santa Feliciano. Allí se acumulaban los desperdicios hasta el día que venían a recogerlos en su carro los empleados municipales, algo que ocurría muy de tiempo en tiempo. Mientras tanto, los vecinos convivían con aquellos pozos de incubación de enfermedades, que muchas veces destilaban sus hediondos vapores e impregnaban su vida cotidiana. Los efluvios mefíticos provocaban que la infección se extendiera con facilidad en los cuerpos debilitados por el hambre y el trabajo; el hacinamiento en que vivían muchos de los habitantes de la capital favorecía el contagio de las enfermedades entre unos y otros. En definitiva, la muerte campaba por sus dominios entre los madrileños, poco preparados para combatirla¹⁷.

Esta mortífera combinación entre hambre, enfermedad y falta de higiene se cebaba con los más débiles. La mortalidad de la población madrileña, que ya resultaba alarmante en términos generales, se volvía dramática en el caso de la infancia. Los recién nacidos muchas veces eran incapaces de hacer frente a tan malas condiciones ambientales y eran muchas las familias que tenían que lamentar la pérdida de un hijo en sus primeros años de vida. De hecho, la supervivencia estaba sólo garantizada para una parte de todos los niños nacidos en Madrid: en las peores épocas, el 25% de los recién

¹⁵ FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Barcelona, Vicens Vives, 1985.

¹⁶ Hauser hace múltiples referencias a las deficiencias del sistema de aprovisionamiento de agua; HAUSER, Philip: *Madrid bajo un punto de vista médico-social*, 2 vols., (edición a cargo de Carmen del Moral, Madrid, Editora nacional, 1979), vol. 1, pp. 257-311. También proponía la incorporación de algunas innovaciones tecnológicas en los sistemas de depuración que ya se habían aplicado en otras ciudades europeas. El retraso de las infraestructuras puede evaluarse con una comparación con el desarrollo que había alcanzado en otras ciudades europeas PINOL, Jean-Luc y WALTER, François: "La gestion des villes" en PINOL, Jean-Luc (dir.): *Histoire de l'Europe Urbaine. Vol. II, de l'Ancien Régime à nos jours*, París, Seuil, 2003, p. 191 y ss. ESPINOSA DE ROMERO, Jesús y GONZÁLEZ REGLERO, Juan José (coords.): *1851. La creación del Canal de Isabel II*, Madrid, Fundación del Canal Isabel II, 2001, 2 vols.

¹⁷ El estudio más completo sobre la relación entre carencias en infraestructuras urbanas y el mantenimiento de las tasas de mortalidad se ha realizado en Bilbao; véase el capítulo IX: "Las aguas de la vida y las aguas de la muerte" en GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (dir): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, Bilbao, Fundación BBVA, 2001, vol. 2, pp. 213-390.

nacidos no superaba el primer año de vida, cifra que se elevaba al 40% en los cinco primeros años¹⁸. Esta sangría infantil representaba el principal freno a la renovación biológica de la población madrileña; las familias podían tener muchos hijos, y en algunos casos los tenían, como Antonia Ayala, que había llegado a alumbrar a nueve, pero poco significaba esto si casi la mitad de ellos morían antes de llegar a la escuela primaria. Madrid era en este sentido un ambiente malsano, incapaz de generar vida y que más que invitar al nacimiento, llamaba a la muerte¹⁹.

En realidad, era la inmigración la que aportaba una gran parte de la renovación biológica, complementando a la de los cohortes de nacidos en Madrid que sí lograban superar los peligrosos primeros cinco años de vida. La constante llegada de jóvenes, muchos de ellos ya casados y con hijos que habían superado la crítica primera infancia, aportaba la sabia nueva que vigorizaba y hacia crecer la población madrileña. Se trataba de gente de campo en muchos de los casos, que no se había visto sometida a unas condiciones de vida tan deplorables en lo higiénico y en la alimentación como los que habían nacido en la capital. Sin que se pudiera considerar que hubieran desarrollado sus vidas en condiciones óptimas, pues también ellos habían sido víctimas del hambre y de la pobreza de la que huían, gozaban de mejores recursos biológicos para afrontar la vida de la ciudad. Y lo que es más importante, suministraban a Madrid lo que les hacía falta: juventud.

Los maridos y las esposas que venían al frente de las familias eran jóvenes, solían rondar los 30 años y podían esperar aún un par de décadas de vida en la capital²⁰: Madrid los recibía con satisfacción porque necesitaba brazos con energías para trabajar. Con las familias de inmigrantes, además de hombres y mujeres en edad laboral, llegaban niños de tres, cinco, siete, diez años; de esas edades que tanto se habrían echado en falta si no, porque a los niños madrileños se los solía llevar por delante unas fiebres, una diarrea mal curada o cualquier infección que tuvieran antes de los cinco años. Aunque nacidos fuera, a estos niños se les podía considerar tan hijos de la capital como a los que habían visto la luz en la calle Toledo o en la de Embajadores. Apenas guardaban recuerdos del pueblo donde fueron bautizados y les quedaba una vida larga por delante, si la enfermedad o la desgracia no la sajan por el camino. Otra cosa era que, llegados a la edad de matrimonio, encontraran los mismos problemas que los madrileños para sacar a sus hijos adelante. También ellos verían morir casi a la mitad de su descendencia antes de los cinco años; también serían víctimas, después de tantos años de vida en la capital, de la debilidad reproductora que infectaba a todos los madrileños. Pero llegarían nuevos inmigrantes, con su vitalidad y sus hijos jóvenes para

¹⁸ Los datos en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La población madrileña...”, *Ob. Cit.*

¹⁹ Como ciudad de la muerte era calificada por Ricardo Revenga años más tarde al ocuparse del problema de la alta mortalidad en la capital; REVENGA, Ricardo: *La muerte en Madrid*, Madrid, Dirección General de Sanidad, 1901. El caso de Antonia Ayala puede parecer excepcional ya que, en 1860 convivía con nueve hijos todos mayores de cinco años (aunque el padrón no nos permite conocer el número de hijos que hubiera alumbrado a lo largo de su vida y que quizá habían ya muerto): José de 25 años, Antonia de 20, Dolores de 16, Domingo de 13, Juan de 11, Francisca de 9, Gertrudis de 7, Agustín de 6 y Polonia de 5. No obstante, todos habían nacido fuera de Madrid y puede que su crianza fuera del nocivo ambiente urbano explique en parte su supervivencia. AVM, Estadística, padrón de 1860, caso nº 565.

²⁰ EL perfil predominantemente joven de los inmigrantes y la forma de llegada en familia en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008. Así también lo confirman el estudio de la inmigración en la ciudad de Sabadell, CAMPS I CURÁ, Enriqueta: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1995.

compensar sus carencias, para ofrecer sus vidas a una ciudad donde gobernaba la muerte²¹.

Este modelo demográfico, sostenido por un equilibrio de compensación entre la preeminencia de la mortalidad sobre la natalidad y la continua llegada de inmigrantes, fue el que caracterizó la evolución de la población de Madrid a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Obviamente, la experiencia ante la vida y la muerte no era igual para todos los madrileños: existían profundas diferencias entre unos habitantes y otros según su condición social²². Las familias más acomodadas escapaban habitualmente a las desgracias que jalonaban la vida de las más pobres: la muerte de los hijos en edades tempranas no era tan habitual y una familia como la de Benigno Castro y Ramona Romand, relativamente próspera, podía contar con sólo tener una hija y verla crecer, casarse y presentarles a los nietos. En este sentido, Benigno Castro y su familia, no eran la figura más representativa de la sociedad madrileña de aquel tiempo. Eran unos afortunados, que disponían de más recursos que la enorme mayoría de sus vecinos y podían esperar sufrir menos los rigores de la mortífera vida urbana. La realidad dominante era muy distinta a la que vivían la familia del boticario; la norma la marcaban las experiencias de las familias de trabajadores manuales y jornaleros inmigrantes, de las lavanderas, costureras y sirvientas que acudían en caudalosos ríos hacia Madrid. Era el comportamiento demográfico de estos grupos el que dibujaba los perfiles generales de toda la ciudad, ocultando las situaciones de privilegio que disfrutaban los más ricos o los no tan desfavorecidos como ellos.

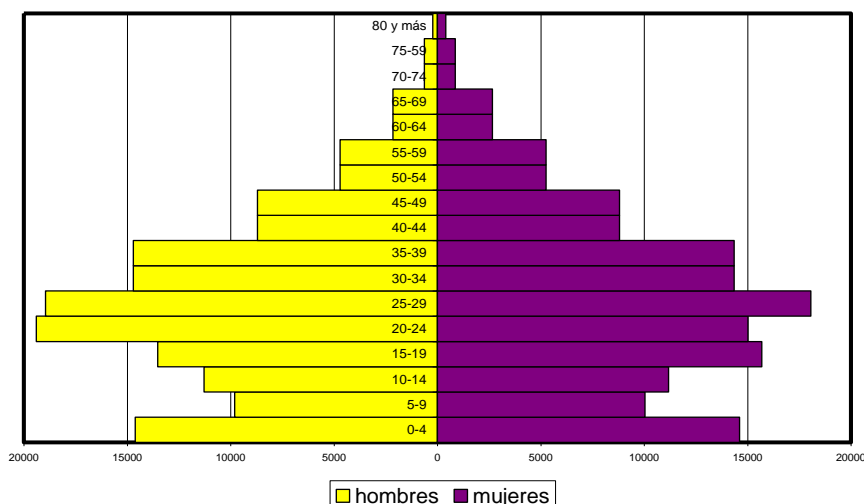
La pirámide de población de Madrid reflejaba las consecuencias que tenía la combinación de ciudad mortífera y de acogida de inmigrantes sobre el conjunto de sus habitantes. La capital estaba dominada por la población joven, entre los 20 y los 40 años, aquella que se encontraba en plena edad laboral. Su abundancia era en gran medida debida a la aportación de los inmigrantes que desde entornos rurales acudían a la búsqueda de empleo en una ciudad en que proliferaban las oportunidades de subsistencia. No se trataba siempre de inmigrantes que se trasladaran definitivamente; como había ocurrido tradicionalmente en las ciudades, y en la capital con más intensidad, Madrid acogía a una importante población flotante, entre la que destacaba el

²¹ La constancia de los flujos migratorios a Madrid y la conversión de la capital en la principal cuenca de flujo de los migrantes españoles en SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: "Las emigraciones interiores en España durante los siglos XIX y XX: una revisión bibliográfica", *Ager, Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, nº 2, 2002, pp. 227-248.

²² Un punto en el que insiste Antonio Fernández en sus distintos acercamientos a la demografía madrileña. La desigualdad entre la vida y la muerte se manifestaba en lo cotidiano; las tasas de mortalidad eran muy diferentes según el distrito. Así uno de los distritos más acomodados, Congreso arrojaba en 1897 una tasa de mortalidad de 18,66‰, mientras que en un distrito popular como Universidad era de 30,66‰. FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "La población madrileña...", *Ob. Cit.*, pág. 43. La desigualdad también se hacía visible en los momentos de crisis de mortalidad epidémicas, como en los embates del cólera. Antonio Fernández ha mostrado como la enfermedad se concentraba en determinados barrios y calle mientras que evitaba otros. FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Barcelona, Vicens Vives, 1985.

gran número de sirvientas²³. El empleo en el servicio doméstico era un trabajo al que recurrían frecuentemente las hijas de las familias de los entornos rurales de Madrid para obtener una fuente de ingresos extraordinaria, ya fuera para aliviar las estrecheces por las que pasaban sus padres en el pueblo, ya para ahorrar un pequeño capital con el que comenzar una futura vida de casada²⁴. Muchas de estas criadas regresaban a sus pueblos cuando se acercaba la edad de pasar por el altar, pero eran sustituidas por otras que entraban en la veintena, con lo que se aseguraba que las mujeres entre los 25 y los 30 años constituyeran uno de los grupos de edad más numerosos en toda la ciudad.

Gráfico 3.3: Población de Madrid en 1860



Elaboración propia a partir del censo de población de 1860. La imagen de la pirámide resulta imprecisa por las deficiencias de la fuente. En los resúmenes estadísticos del padrón de 1860, mientras que la población menor de 30 años está desglosada año a año, la que supera esa edad está agrupada en conjuntos de edad de diez años.

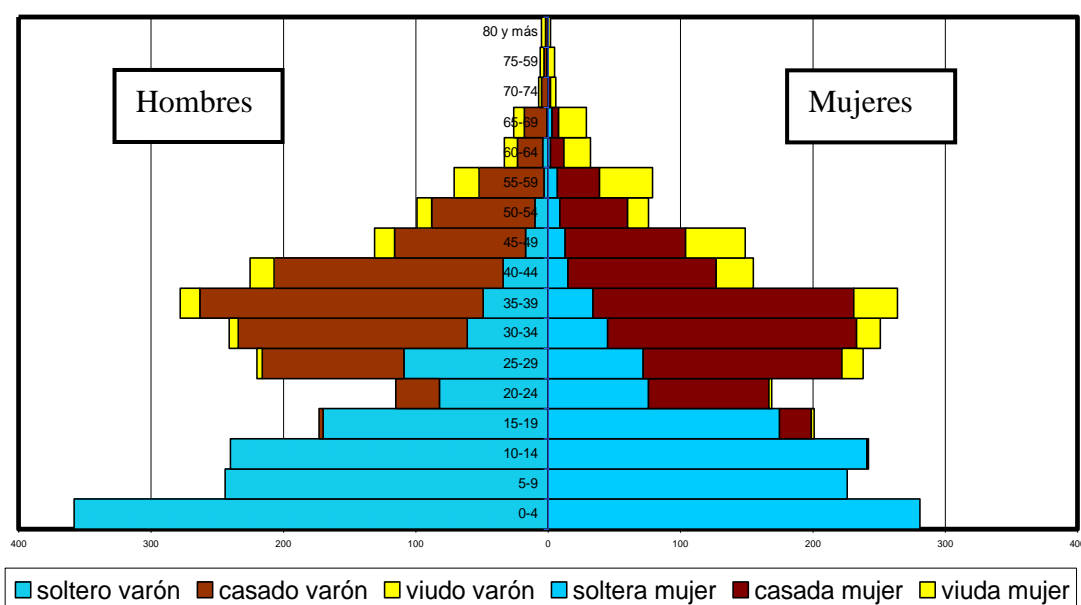
Otro rasgo que saltaba a la vista era la abundancia de los niños menores de cinco años, cuya presencia en las calles y en las viviendas de Madrid era muestra de la fertilidad de la joven población de la ciudad. Su disminución y su desaparición a partir de esa edad eran, en cambio, símbolo de las duras condiciones en que se desarrollaba la vida en unas

²³ Ángel Bahamonde y Antonio Fernández señalan el creciente peso del servicio doméstico en la composición social madrileña a lo largo de todo el siglo XIX, que pasó del 7% en 1797 (11.200 criados residiendo en Madrid) al 10% en 1860 (45.000 criados) y convirtiéndose en el 15% en decenios posteriores. BAHAMONDE MAGRO, Ángel y FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La transformación de la economía” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense, 1993, pp. 477-511. Más adelante se analizará el peso concreto que alcanzó en el Ensanche Norte, pero pueden consultarse los datos generales para las tres zonas de Ensanche en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008. Un estudio sobre las relaciones entre inmigración y servicio doméstico en Madrid desde finales del siglo XVIII en SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Madrid, Siglo XXI, 1994.

²⁴ Este tipo de migraciones temporales que respondían a estrategias de los núcleos familiares de origen de las criadas han sido analizadas para otras poblaciones de la época; véase por ejemplo GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (dir): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 Vols., Bilbao, Fundación BBVA, 2001. MENDIOLA GONZALO, Fernando: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización. Pamplona (1840-1930)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2002.

calles en que el hambre, la insalubridad y la enfermedad configuraban el contexto en el que los recién nacidos y los niños pequeños debían sobrevivir a una muerte que era una amenaza siempre probable. La recuperación se producía a partir de los diez años, edad en que los niños comenzaban a recuperar su presencia, gracias a las aportaciones de la inmigración. A partir de los 15 años, las cohortes de población igualaban a las de los menores de cinco años, sin duda por incluirse entre ellas a sirvientas, dependientes de comercio y otros trabajadores que acudían a Madrid, ya como una salida temporal a la falta de trabajo, ya en búsqueda de un futuro definitivo porque habían llegado a la edad de ganarse la vida con sus propias manos y en el lugar donde habían nacido no tenían con qué.

**Gráfico 3.4: Pirámide de población de Chamberí en 1860
desglosada por el estado civil**



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860.

Chamberí en 1860 compartía muchos de los rasgos más acusados de la población madrileña. La alta mortalidad infantil destacaban por el fuerte contraste entre los niños menores de cinco años y los que habían superado esa edad. De igual manera se podía percibir que el barrio estaba profundamente marcado por la llegada de inmigrantes; los habitantes de Chamberí se concentraban en los grupos de edad en los que la participación en el mercado laboral era más activa, superados los 25 años y hasta los 45. Sin embargo, los vecinos de las afueras del norte de Madrid se distinguían en algunos rasgos del conjunto de la ciudad; había algunos fenómenos muy característicos de la capital que estaban ausentes de las calles del arrabal y sus alrededores. Para empezar, no existía la abundancia de mujeres jóvenes y solteras que inundaba Madrid: la legión de muchachas venidas a la ciudad para encontrar una contratación temporal como criada parecía evitar el paso por el apartado arrabal. Tampoco los varones; en general, ese tipo de inmigración de juventud, a partir de los 14 años, que se incrementaba a los 18 años, parecía estar ausente de las afueras norte. Los inmigrantes que residían en Chamberí eran un poco más adultos; eran predominantes los de más de veinticinco años. Habían llegado con otras intenciones: la mayoría de ellos, especialmente a partir de los 30 años,

estaban casados. No estaban en la ciudad para pasar sólo una temporada, ahorrar un poco de dinero con el que ayudar a su familia y luego regresar al pueblo. Los de Chamberí se habían acercado a Madrid para establecerse definitivamente con su familia, con la esperanza de que sus hijos se integraran en la vida de la capital, nacieran, vivieran y se casaran en ella.

Estas notas distintivas de la población de Chamberí se debían a la particular posición de este barrio en el conjunto de la ciudad y a la función que poco a poco había ido adquiriendo dentro de ella. La ausencia de jóvenes de 20 a 25 años y, particularmente, de mujeres tenía una fácil explicación. Las afueras norte en 1860 aún no eran un territorio en el que las clases medias y acomodadas fijaran sus ojos cuando buscaban una vivienda; el común de los vecinos era gente humilde y no se podía permitir pagar servicio doméstico. Sólo los tenderos, algún que otro profesional liberal y los pocos y modestos propietarios que se habían instalado en las viviendas más lujosas del modesto arrabal contrataban una criada, a lo sumo dos²⁵. En el resto de las viviendas las tareas domésticas eran asumidas en su totalidad por las esposas y las hijas presentes en el hogar. Chamberí era un barrio pobre de las afueras y a diferencia del casco antiguo, no se caracterizaba por ser un lugar propicio para trabajar como criada. Las jóvenes inmigrantes que acudían con esa intención a la capital, se dirigían preferentemente a otros lugares, donde las viviendas eran más caras y los vecinos más acaudalados.

Chamberí no era un barrio rico, no tenía ni burgueses ni criadas, pero tampoco era el más pobre de la ciudad. La modestia de sus habitantes no debía confundirse con la marginalidad absoluta, la pobreza extrema o la mendicidad. De ahí que no fuera uno de los focos de acogida de los inmigrantes recién llegados, de los que deambulando por los caminos de España habían recalado definitivamente en la capital y luchaban por hacerse un hueco en ella. El recién llegado, el que era el más pobre de entre los inmigrantes, porque carecía de un trabajo aún fijo y de una red de contactos que le permitiera moverse desahogadamente por las calles de la gran ciudad, raramente se dirigía en un primer momento hacia un lugar tan periférico como era el arrabal de Chamberí. Lo más habitual es que empezara su vida madrileña en alguno de los barrios populares del casco antiguo, donde el deterioro de los edificios le proveía de un alquiler barato y donde la cercanía a los talleres y los mercados le podía ofrecer la oportunidad de encontrar un primer trabajo. Para conquistar Madrid el ataque inicial se debía dirigir al corazón, a barrios como los de Lavapiés o el Rastro en el sur, o Maravillas y los entornos del Hospicio en el Norte. Sólo más tarde, una vez que se había asestado ese primer golpe, uno podía pensar donde dar el resto y elegir el barrio en el que se encontraría más

²⁵ En 1860 había en el Ensanche Norte 1.204 viviendas según el empadronamiento municipal; de ellas, 1.126 (el 93,5%) no tenían ningún sirviente registrado entre sus habitantes. En 56 viviendas (el 4,7%) se empadronaba un criado y en otras 16 (1,3%) dos. Con tres criados sólo había tres hogares (0,4%) y sólo en un caso había cuatro (0,1%). Las cifras no responden a la extensión del trabajo en el servicio doméstico que conocemos por los datos ofrecidos por Bahamonde y Fernández señalados más arriba. Cálculos de elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón de 1860.

cómodo para triunfar en su conquista de Madrid, estableciéndose definitivamente y criando a su familia²⁶.

Así lo había hecho recientemente Benigno Castro que, aunque se distinguía del grueso de inmigrantes por tener unos estudios que le abrían la puerta a un mercado de trabajo más seguro y con más futuro que el de los jornaleros, había compartido con estos la misma condición a su llegada a la gran ciudad. Él también había sido un extraño, un inmigrante que competía por un puesto de trabajo, que carecía de los recursos de vivir en el lugar en el que se había nacido, donde uno estaba familiarizado con la gente y sabía dónde acudir cuando necesitaba algo. Para empezar, Benigno se había instalado en el centro de Madrid, pasando de botica en botica como cualquier otro mancebo. En el curso de los años conoció a la joven con la que se acabó casando: Ramona, que había nacido también en las calles céntricas y había sido bautizada en la castiza iglesia del Carmen. La primera hija la tuvieron más lejos si cabe de Chamberí, pues Carolina había sido bautizada en la iglesia de Santa Cruz, junto a la Plaza Mayor. Y, sólo cuando la niña había cumplido los seis años, decidieron dejar atrás las puertas de la ciudad e instalarse a las afueras. Ejemplos como el de Benigno había para todas las condiciones sociales y en todos los edificios de las afueras norte en 1860. En su gran mayoría, los 5.000 vecinos de aquellas tierras no estaban apostados al otro lado de la cerca que rodeaba la ciudad esperando una oportunidad para entrar, sino más bien al contrario: habían vivido y deambulado ya mucho tiempo por las calles del Viejo Madrid y sólo más tarde habían decidido cruzar la puerta de Bilbao o la de Santa Bárbara para establecerse en el arrabal y convertirlo en el centro de sus existencias. Como Francisco Carrión, que tenía un origen y una forma de vida muy diferentes a las del boticario Benigno, pero cuyo itinerario vital madrileño resultaba muy similar²⁷.

En 1860, Francisco Carrión estaba empadronado en el 12 de la calle Navas de Tolosa (continuación de la calle San Bernardo). Tenía 59 años y era uno de tantos peones de albañil que vivían en aquella zona, entre el núcleo del arrabal y los cementerios del oeste de la ciudad. Su vida se aproximaba a su fin después de una dura lucha por sobrevivir en la gran ciudad. Francisco nació en el pueblo murciano de Alcantarilla y se trasladó a Madrid en 1830: llegó en solitario en busca de trabajo pero nunca terminó de cortar del todo los lazos con su lugar de origen. Tras varios años de vida en la capital, en 1837 se reunió en sus calles con Águeda Castillo, otra joven nacida

²⁶ La peregrinación de los inmigrantes rara vez terminaba con la llegada a la gran ciudad; en el estudio de los movimientos de población en el siglo XIX, además de la transferencia de habitantes de los entornos rurales a los centros urbanos, se hace necesario estudiar la redistribución de población que se producía dentro de las ciudades. En otras urbes europeas se han hecho detallados análisis a partir del trabajo pionero de PINOL, Jean-Luc: *Les Mobilités de la grande ville. Lyon (fin XIX^e –début XX^e siècle)*, Paris, 1991. Un análisis más afinado el de HATT-DIENER, Marie-Nöel: *Strasbourg et strabourgeois à la croisée des chemins: mobilités urbaines 1810-1840*, Strasbourg, Presses Universitaires de Strasbourg, 2004. La concentración de los talleres y centros de trabajo artesanales en determinados barrios madrileños puede observarse en los precisos planos elaborados por NIETO SÁNCHEZ, José Antonio: *Artisanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid, 1450-1850*, Madrid, Fundamentos, 2006, pp. 330-332. En ellos se puede comprobar que a finales del siglo XVIII ya existía una importante concentración de los talleres artesanos en los barrios del sur de la capital, seguidos del centro y algunos barrios del distrito de Hospicio.

²⁷ Este movimiento de las familias populares del centro a la periferia fue común a muchas ciudades europeas, especialmente en aquellas en las que se produjo un importante proceso de renovación del caserío del casco antiguo. Así por ejemplo lo detectó Jacquemet en su estudio de Belleville en París, cuyos habitantes procedían de la expulsión primero de la île de la cité, luego del faubourg Saint-Antoine: JACQUEMET, Gérard: *Belleville au XIX^e Siècle: du faubourg à la ville. (Edition Postume par Adeline Daumard)*, París, EHESS, 1984. Casos similares se han descrito en la formación de los suburbios londinenses: DYOS, Harold James: *Victorian Suburbs. A study of the growth of Camberwell*. 1961. THOMPSON, F.M.L.(ED.): *The Rise of suburbia*, Leicester, Leicester University Press, 1982.

en la misma Alcantarilla, más joven que él (Franciso tenía entonces 36 años, ella sólo 21). Se casaron y se instalaron en el popular barrio de Lavapiés. Allí vieron nacer a su primera hija en septiembre de ese mismo año de 1837, a la que bautizaron como Dolores en la parroquia de San Lorenzo. Durante muchos años la vida de Francisco y Águeda gravitó en torno a los barrios del sur; de los hijos que todavía vivían con ellos en 1860, todos habían sido bautizados en iglesias de las calles más castizas de Madrid. A Dolores le siguió una segunda hija en 1840, que recibió el nombre de Antonia, también en la parroquia de San Lorenzo en Lavapiés. Años después se debieron desplazar más cerca del Viejo Madrid, porque a su hijo Bernardo lo bautizaron en 1843 en la pila bautismal de San Pedro, en la calle del Nuncio. No fue un traslado definitivo; a principios de la década de los años 50 habían regresado a las estrechas y empinadas calles de Lavapiés, donde nació José en 1852 y que, como sus hermanas mayores, fue limpiado del pecado original en la parroquia de San Lorenzo.

Ese ir y venir de un barrio a otro que caracterizó los primeros años de matrimonio de Águeda y Francisco era cosa corriente en Madrid. Se vivía de alquiler y las familias con menos recursos siempre estaban pendientes de conseguir una habitación más barata o que se ajustara más a sus necesidades. Nacía un hijo, llegaba un pariente o moría el abuelo, el número de salarios se reducía y las bocas que alimentar aumentaban, y el presupuesto familiar quedaba trastocado. Había que buscar un alquiler más acorde con las posibilidades económicas y este podía estar en un edificio de la calle de al lado o de más allá. En general se trataba de desplazamientos cortos; entre San Lorenzo y San Pedro apenas había un cuarto de hora de camino, así que Francisco, Águeda y sus hijos no se desplazaron mucho en los años en que fueron y vinieron de Lavapiés al Madrid de los Austrias. Sólo excepcionalmente se emprendía una gran aventura como la de mudarse a la otra punta de la ciudad dónde ni se conocía a los tenderos ni a los taberneros ni al cura de la parroquia. La búsqueda de trabajo era lo único que podía compensar la pérdida de todos los conocidos del barrio y fue muy posiblemente lo que condujo a estos dos inmigrantes de Alcantarilla y su familia hasta la lejana calle de Las Navas de Tolosa. Allí abundaban el empleo en la construcción de edificios, pues el barrio entonces se estaba expandiendo. Seguro que Francisco, el padre, que era albañil, y Bernardo, el mayor de los hijos varones que era cantero, contaban con tener más posibilidades de encontrar un trabajo en las afueras norte que en los barrios populares de los que procedían²⁸.

Los hijos de los Carrión no resultaban exóticos en el Chamberí de 1860, aunque no eran la especie más abundante del barrio. Había algunas otras familias más que habían bautizado a sus vástagos en los barrios del sur o del centro de Madrid como las de San Andrés, San Ginés, San Millán o San Sebastián. No eran los más numerosos. Lógicamente, una gran parte de los niños que corrían por Chamberí habían recibido el sacramento en Santa Teresa y Santa Isabel, de manos de Ángel Barra, el activo párroco del barrio. La iglesia llevaba abierta y en funcionamiento casi una década y por su pila bautismal habían pasado ya unos cuantos nuevos madrileños nacidos en el mismo barrio. Pero no solían ser hijos primogénitos, sino el segundo, el tercer o el cuarto descendiente de un matrimonio, pues raro era que, al casarse, las parejas decidieran trasladarse en un primer momento al arrabal. Primero deambulaban por los barrios del casco antiguo, sobre todo por los del norte de la capital que lindaban con los terrenos del Ensanche Norte. Era después, al franquear la frontera de la treintena, cuando los padres decidían trasladarse con uno o dos hijos aún pequeños al nuevo barrio que estaba desarrollándose al otro lado de la tapia.

²⁸ Reconstrucción de la historia familiar de Francisco Carrión y Águeda Castillo a partir de los datos contenidos en el padrón municipal de Madrid de 1860, AVM, Estadística, caso nº 1.279.

A partir del rastro de bautizos dejados por los hijos de los primeros pobladores de Chamberí, se puede deducir que fueron esos barrios al norte del casco antiguo los que suministraron más habitantes al arrabal en sus primeros tiempos. Las iglesias de San José, de San Ildefonso y San Marcos eran las que más parroquianos perdieron a favor de la de Santa Teresa y Santa Isabel. Una sangría que se hacía lentamente, sin que los vecinos que cambiaban un campanario por otro tuvieran que emprender largos recorridos ni se aventuraran a perder completamente de vista su antiguo barrio.

Tabla 3.2: Parroquias madrileñas de bautismo de los hijos en los hogares del Ensanche Norte 1860									
parroquias	Var.	Muj.	total	%	parroquias	Var.	Muj.	total	%
Atocha	0	2	2	0,17	San Luis	15	12	27	2,29
Buen Suceso	0	1	1	0,08	San Marcos	77	71	148	12,53
Guardias Corps	2	0	2	0,17	San Martín	8	25	33	2,79
Chamartín	1	0	1	0,08	San Mateo	1	0	1	0,08
El Carmen	1	1	2	0,17	San Millán	11	17	28	2,37
El Retiro	1	0	1	0,08	San Nicolás	0	1	1	0,08
La Encarnación	1	0	1	0,08	San Pedro	6	1	7	0,59
Palacio	1	1	2	0,17	San Sebastián	14	10	24	2,03
Pozuelo	1	0	1	0,08	Santa Cruz	3	10	13	1,10
San Andrés	9	11	20	1,69	Santa Isabel	8	0	8	0,68
San Antonio	0	2	2	0,17	Santa María	0	1	1	0,08
San Ginés	5	8	13	1,10	Santas Teresa - Isabel	179	150	329	27,86
San Ildefonso	75	75	150	12,70	Santiago	1	1	2	0,17
San José	145	118	263	22,27	no indica	13	18	31	2,62
San Justo	1	2	3	0,25	dudoso	2	8	10	0,85
San Lorenzo	27	27	54	4,57	Total	608	573	1181	100,00

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860. En el presente cuadro sólo se han incluido aquellos que figuraban como hijos en la casilla de parentesco de las hojas de empadronamiento. Con ello se pretende atender a los desplazamientos de familias ya formadas y comprobar en qué medida las familias que habían vivido los primeros años de matrimonio en el centro de la ciudad alimentaron el crecimiento demográfico de las afueras norte

A fuerza de cambiar cada año o cada pocos meses de domicilio, siempre en círculos alrededor de las mismas calles o de las mismas plazas, un día recalaban en Chamberí, que tampoco estaba tan lejos y que cada día les había de parecer menos un arrabal y más un barrio de la ciudad. El cambio de barrio no tenía por qué ser ni siquiera en una temprana edad; eran las oportunidades de trabajo y los bajos alquileres los que en un determinado momento empujaban a abandonar el casco antiguo por las afueras. Serapio Salto lo hizo tan tarde como a los 54 años; él también era inmigrante, como Benigno o como Francisco y también llevaba tiempo residiendo en la capital, desde que en 1814 llegó desde Tarancón. Se había casado dos veces en todo ese tiempo. Con la primera esposa vivió cerca de la calle Alcalá y bautizó a su primer hijo, José Julián, en la parroquia de San José. Con la segunda decidió establecerse en la parte este de la calle San Bernardo, alrededor de San Marcos, donde bautizó a sus hijos Blas Antolín y Antonio en 1840 y 1851. Pero tres años más tarde, Serapio, su mujer Modesta y los hijos de ambos matrimonios se trasladaron a las cercanías de la parroquia de Santa Teresa y Santa Isabel, donde vio la luz Antolina, la última hija²⁹.

²⁹ Reconstrucción de la historia familiar de Serapio Salto a partir de los datos contenidos en el padrón municipal de Madrid de 1860, AVM, Estadística, caso nº 45.

Plano 3.1: Principales parroquias de bautismo de los hijos de familias residentes en las afueras Norte en 1860.

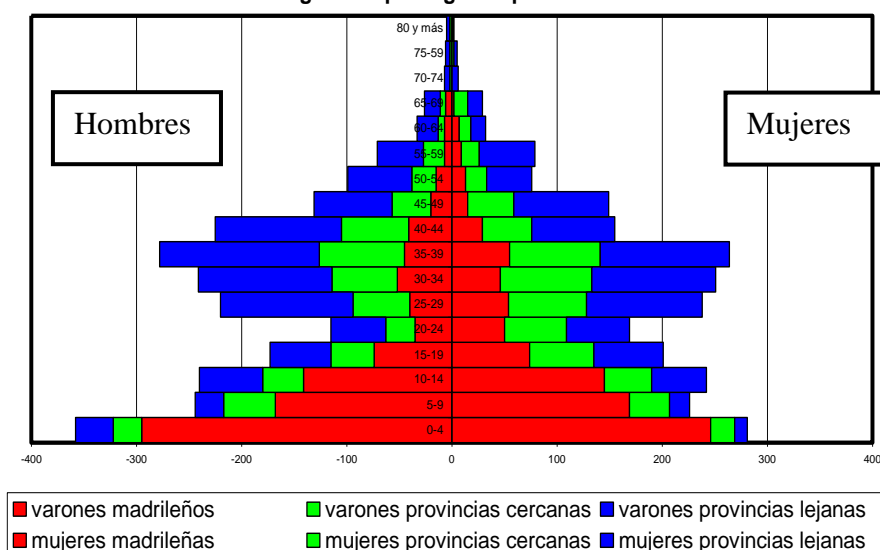


Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860.
En el plano se han incluido las principales parroquias de procedencia así como la de San Pedro, citada en uno de los ejemplos del texto.

Estas fuerzas centrípetas y centrífugas a las que se veía sometida la trayectoria de los inmigrantes una vez que entraban en la ciudad, moldeaban el carácter que cada barrio madrileño adquiriría en la acogida de la inmigración y en el reparto de los habitantes. De igual manera que los precios de los alquileres distribuían a las familias según sus recursos económicos en unas calles u otras, el transcurso de la vida familiar del inmigrante le conducía a unos barrios o a otros. Los barrios populares del casco antiguo, por su cercanía a los centros de beneficencia y a los centros de contratación laboral, eran los preferidos en los primeros años en la ciudad, mientras el recién llegado descubría las claves para sobrevivir en la capital. Era fácil acceder en Lavapiés, en Maravillas o en Barquillo a la sopa boba que repartían los conventos cuando se presentaba una

necesidad³⁰. Por otro lado, en las calles más céntricas, la actividad económica era más intensa, había más tiendas y era más fácil encontrar a algún empleador que buscase un mozo o una criada. Los capataces de las cuadrillas acudían a la Puerta del Sol y a la plaza de la Cebada en busca de jornaleros cuando necesitaban mano de obra³¹. Era necesario estar cerca del centro cuando aún no se gozaba de un trabajo de cierta regularidad o de los amigos y conocidos suficientes que informaran de las ofertas de empleo. Pero una vez que ya se habían aprendido todos los trucos para salir adelante, no era imprescindible seguir habitando el casco antiguo, que además de estar hacinado, resultaba caro e insalubre. Si además la familia crecía y había dos, tres o cuatro hijos en el hogar, las tentaciones de abandonar el centro aumentaban.

Gráfico 3.5: Pirámide de Chamberí en 1860 por lugar de origen desglosada por lugar de procedencia.



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860. La división entre regiones de procedencia distingue a los nacidos en la propia capital (madrileños), los de la provincia de Madrid y los nacidos en la corona de provincias la rodean -Segovia, Ávila, Toledo y Guadalajara- (provincias cercanas) y los del resto de provincias y el extranjero.

Los barrios periféricos y muy especialmente Chamberí, que era el que había alcanzado un mayor desarrollo por esas fechas, eran el natural espacio de acogida para estas familias. El bajo precio del alquiler era una de las razones, pero también la proximidad a determinados centros de trabajo. La comunicación con los barrios

³⁰ La importancia de los recursos distribuidos por las distintas instituciones de beneficencia para la supervivencia de las familias más pobres de Madrid en PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “De la caridad entre vecinos a la asistencia social de las masas urbanas: Avance y límites de la modernización del sistema benéfico madrileño, 1850-1910” en *Modernizar España. 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras*, Congreso Internacional, UCM, 2006. PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “La ciudad frente a la pobreza: la acción social del municipio madrileño a través de las juntas parroquiales en 1860” en CARANTOÑA ÁLVAREZ, Francisco y AGUADO CABEZAS, Elena (eds.): *Ideas reformistas y reformadores en la España del siglo XIX. Los Sierra Pambley y su tiempo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pp. 509-521. PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Marginación, pobreza y delincuencia en el Madrid de la segunda mitad del XIX: una aproximación microhistórica” en CASTILLO, Santiago y OLIVER, Pedro: *Las figuras del desorden: heterodoxos, proscritos y marginados*, Madrid, Siglo XXI, 2006.

³¹ Referencias a estos mercados informales de contratación de la mano de obra en SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Madrid, Siglo XXI, 1994.

populares del norte y sus abundantes talleres era rápida y el antiguo habitante del centro no tenía por qué arrepentirse de haber cruzado las tapias. Además, el propio crecimiento del barrio, que aunque fuera al margen de la ley, había sido intenso en los últimos años, ofrecía variadas oportunidades de colocación al albañil y al jornalero, que encontraban en cada esquina un edificio en construcción, o si no un tejero o un taller de cantería dedicado a la producción de materiales para las obras.

La población de Chamberí en 1860 estaba por tanto moldeada por dos tipos de fuerzas de muy diferente efecto. Las fuerzas que marcaban la composición demográfica de Madrid y cuyos rasgos generales eran las altas tasas de mortalidad y natalidad y el papel compensatorio al crecimiento vegetativo negativo que cumplía la inmigración. El arrabal de Chamberí era parte de Madrid y participaba de estos rasgos como cualquier barrio de la capital. Pero esos rasgos madrileños eran matizados por las distintas fuerzas que operaban en interior de la ciudad organizando su funcionamiento y creando zonas de diferente cariz en cada barrio³². El carácter periférico y el bajo precio de los alquileres de Chamberí lo convirtieron en una zona propicia para acoger a un tipo de población muy determinada y con un sesgo claro. Como el resto de Madrid, sus habitantes tenían una impronta inmigrante fuerte; en términos generales, apenas había diferencias entre las tasas de inmigrantes que habitaban en el conjunto de la ciudad y los que lo hacían en las afueras norte. Tanto en un sitio como en otro los nacidos en la capital no significaban mucho más allá de uno de cada tres habitantes. Es más, ni siquiera en los lugares de procedencia había excesivas diferencias: entre habitantes de la ciudad en general y del arrabal en particular predominaban las mismas provincias de origen.

Tabla 3.3: Principales lugares de origen de la población madrileña y del Ensanche Norte, mediados del siglo XIX					
origen de la población de Madrid en 1851			Origen de la población en Chamberí en 1860		
provincia	nº de habitantes	porcentaje	Provincia	nº de habitantes	porcentaje
Madrid	95.863	43,31	Ciudad de Madrid	1.896	38,00
Oviedo	17.195	7,76	Provincia de Madrid	487	9,78
Toledo	10.980	4,96	Oviedo	286	5,74
Guadalajara	6.521	2,94	Toledo	267	5,36
Lugo	5.960	2,69	Guadalajara	186	3,74
Ciudad Real	5.349	2,41	Lugo	163	3,27
extranjero	4.848	2,19	Segovia	117	2,35
Alicante	4.670	2,11	Cuenca	107	2,14
Cuenca	4.178	1,88	Burgos	96	1,92
Valencia	3.579	1,61	Ciudad Real	90	1,80
Total	221.321	100,00	Total	5.007	100,00

Elaboración propia a partir de; AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860 y datos contenidos en TORO MÉRIDA: "El modelo demográfico madrileño" en *Historia 16*, nº 59 (1981), pp. 43-51. En las estadísticas presentadas por este autor no hay distinción entre los nacidos en la provincia de Madrid y los nacidos en la ciudad de Madrid; en el cuadro del Ensanche Norte se ha preferido mantener esta distinción que será usada en cuadros sucesivos

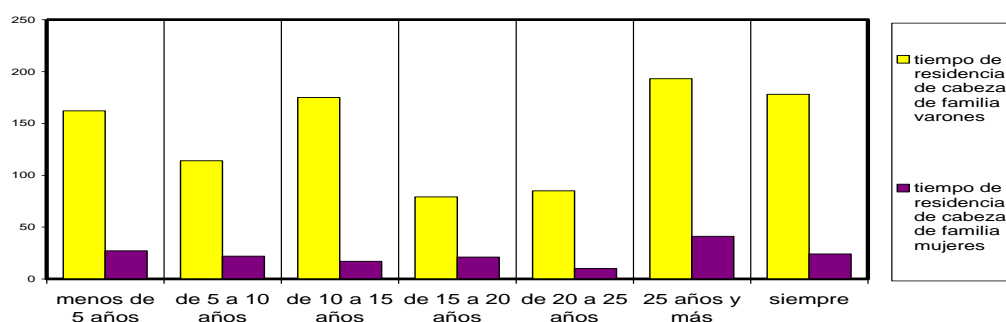
³² Una comparación entre la diferente procedencia de la población en las tres zonas de Ensanche en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

Lo que distinguía a Chamberí del resto de la ciudad era el tipo de inmigrantes que acogía, un tipo de inmigrantes que destacaba por la diferente manera en que se distribuían su tercera parte de madrileños y sus dos tercios de foráneos en grupos de edad. El particular devenir de las vidas familiares inmigrantes en la ciudad, con aquel itinerario que primero les llevaba al centro y luego les conducía a la periferia, hacía que Chamberí resultara en apariencia un barrio más inmigrante que el resto. Mientras que en los barrios populares se daba una cierta convivencia entre madrileños castizos y recién llegados, los foráneos eran claramente hegemónicos en la vida del arrabal en 1860. Para comprenderlo no había que fijarse en el peso de la inmigración en el barrio en términos generales, sino tratar de averiguar cuántos cabezas de familia eran madrileños y cuántos no: hasta un 80% de los que firmaban la hoja de empadronamiento en las afueras norte de la capital habían nacido fuera de las tapias del viejo Madrid³³. El fenómeno era inverso si se centraba la mirada en los más jóvenes: los madrileños eran mayoría entre los niños de Chamberí y mucho más escasos los inmigrantes.

Tabla 3.4: Tiempo de residencia en Madrid de los cabezas de familia empadronados en el Ensanche Norte en 1860						
Tiempo de residencia	hombres		mujeres		total	
siempre	178	17,26	24	13,87	202	16,78
menos de 1 año	26	2,52	4	2,31	30	2,49
1 a 2 años	28	2,72	5	2,89	33	2,74
2 a 3 años	33	3,20	4	2,31	37	3,07
3 a 4 años	40	3,88	10	5,78	50	4,15
4 a 5 años	35	3,39	4	2,31	39	3,24
menos de 5 años	162	15,71	27	15,61	189	15,70
de 5 a 10 años	114	11,06	22	12,72	136	11,30
de 10 a 15 años	175	16,97	17	9,83	192	15,95
de 15 a 20 años	79	7,66	21	12,14	100	8,31
de 20 a 25 años	85	8,24	10	5,78	95	7,89
25 años y más	193	18,72	41	23,70	234	19,44
dudosos	45	4,36	11	6,36	56	4,65

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860. En el cuadro se agrupa a los inmigrantes según fechas de llegada de cinco en cinco años. También se han desglosado los llegados en los últimos cinco años de año en año para observar el peso de la inmigración reciente

Gráfico 3.6: Tiempo de residencia de los cabezas de familia del Ensanche Norte en 1860



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860

³³ De los 1.204 cabezas de familia residentes en el Ensanche Norte en 1860, sólo 211 habían nacido en Madrid ciudad (un 17,5%). Cálculo de elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón de 1860.

Chamberí podía definirse en 1860 como un arrabal de inmigrantes adultos y de niños madrileños. Eso no quería decir que se tratara de un barrio extraño y desarraigado, de extranjeros dentro de la capital. La mayor impronta inmigrante de Chamberí sólo lo era en apariencia porque una gran mayoría de los cabezas de familia del arrabal, a pesar de no haber nacido en la ciudad, habían ya pasado muchos años en las calles del casco antiguo. Como Benigno Castro, Francisco Carrión y su esposa Águeda Castillo o Serapio Salto. Hasta tal punto de que los más viejos ya casi se habían olvidado de sus pueblos porque habían vivido más tiempo en la capital que donde habían nacido.

El atractivo de una sola botica

Quizá una de las razones por las que a Benigno Castro le podía costar percibir los cambios que se habían producido en la gente que vivía a su alrededor era porque él mismo había sido uno de los causantes de la transformación. Además de haber sido una solución para su trayectoria profesional, su traslado al barrio de Chamberí, a finales de los años cincuenta, había provocado un importante cambio en su entorno urbano. La aparición de una farmacia en medio de unos terrenos hasta entonces desolados era un cambio significativo: era la irrupción de la ciudad en el arrabal, la llegada de un servicio que contribuía a la conversión de Chamberí en una zona cada día más adecuada y atractiva para vivir. Pero sobre todo, era la creación de un centro de trabajo que con el tiempo se convertiría en un polo de atracción para los nuevos habitantes madrileños, que acabarían transformando el barrio a fuerza de pasar por él.

Obviamente, la aparición de la botica de Benigno no podía arrastrar por sí sola a Chamberí hacia aquella transformación que le había hecho pasar de 5.000 a 23.000 habitantes. De hecho, comparado con el resto de comercios y centros de trabajo que salpicaban las afueras norte de Madrid, el negocio de Benigno resultaba modesto. En la farmacia se empleaban, aparte de él y su familia cuando le ayudaba en algunas tareas, a lo sumo dos practicantes (lo normal es que fuera sólo uno) y la criada que trabajaba en el hogar. Apenas cuatro trabajadores a tiempo completo, una minucia comparada con los que se podían emplear en un taller de cantería (seis o siete) o en las fábricas de fundición de Sanford o de Grouselle que estaban situadas en la Carretera Mala de Francia, donde se concentraban cuarenta o cincuenta trabajadores³⁴. Por eso mismo llamaba la atención, porque con toda su modestia, la botica de Santa Feliciania había supuesto un poderoso factor de desarrollo para el barrio.

Haciendo memoria de los primeros veinte años de la farmacia, se podía caer en la cuenta de hasta qué punto el pequeño negocio de los Castro había supuesto un incentivo para atraer trabajadores hacia Madrid y aumentar su población. La estructura del negocio apenas había cambiado, tanto en 1860 como en 1880, los implicados eran los mismos: Benigno y un dependiente, su esposa Ramona y la hija Carolina, en el piso de arriba, en el hogar con una criada, y la colaboración del yerno Florencio de vez en cuando, en los ratos que su empleo en la Dirección General de la Sanidad le permitía. En total cinco trabajadores, que habían pasado a ser seis con la llegada de Florencio

³⁴ Las fundiciones de Sanford, Grouselle y de Bonaplata se habían instalado en las afueras norte de la capital en la década de 1850; eran las principales fábricas de ese panorama de chimeneas que destacaba Mesonero Romanos como el signo distintivo de Chamberí. Más datos sobre su funcionamiento en CÁMARA DE COMERCIO E INDUSTRIA DE MADRID: *Establecimientos tradicionales madrileños. Cuaderno V, Argüelles y Chamberí*, Madrid, Cámara de Comercio e Industria de Madrid, 1985 y PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El distrito de Chamberí 1860-1880. El nacimiento de una ciudad*, Madrid, UCM, 2004, E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es:6237.

Estébanez. Esta estabilidad en el número de habitantes en la casa de Benigno no había sido acompañada de una permanencia de las personas. En los 20 años largos de la farmacia de la calle Santa Feliciana habían pasado más de 30 personas por el negocio desempeñando una u otra función. Y es que si la familia permanecía unida y al frente de la botica, no sucedía lo mismo con criadas y mancebos de farmacia, que manifestaban una fuerte tendencia a marchar casi al poco de haber llegado.

Echando cuentas, Benigno podía saber que había tenido contratados por lo menos a quince estudiantes como dependientes en la farmacia y a otras tantas jóvenes como criadas para ayudar a su esposa en el hogar³⁵. Todos habían pasado veloces por la casa; casi ninguno de ellos había estado más de un año a su servicio. Tanto criadas como mancebos abandonaban el hogar al cabo de unos meses de comenzar a trabajar. También había habido de todo, o casi de todo. Por su casa habían pasado castellanos, cántabros, vascos, catalanes, aragoneses, manchegos pero sólo en una ocasión una madrileña, una jovencita de 16 años que había estado trabajando como criada. Los demás venían de lejos, como el propio Benigno. Podía identificarse con ellos, especialmente con los mancebos que trabajaban a su lado, porque él también había sido joven e inmigrante, él también había estado en su posición, trabajando al servicio de un farmacéutico en las tareas menos agradables de la gestión del negocio. Era lógico que al poco tiempo se marcharan; estaban allí sólo para aprender y unos volvían a sus lugares de origen para llevar toda la ciencia que habían aprendido, otros con más suerte eran capaces de imitarle y establecerse por su cuenta en las calles de Madrid. Algo parecido pasaba con las sirvientas. Venían a la capital a ganar dinero y pensando en regresar a sus pueblos; cierto que algunas al final se enganchaban a la ciudad, porque encontraban un trabajo que les seducía más que el retorno al campo o porque se topaban con un joven con el que decidían formar una familia. Pero lo normal es que se marcharan de vuelta a la parroquia donde habían nacido.

Benigno se acostumbró al constante entrar y salir de gente de su casa, a que cada año llegara un nuevo inmigrante de otra región remota del país y a despedirlos a los pocos meses. Sólo en contadas ocasiones se quedaban algo más, como Teodoro, el dependiente que trabajaba en la farmacia en 1880 y que llevaba con él desde 1879. Con el tiempo había ido estableciendo complicidades con él y la relación entre trabajador y patrón había ido adquiriendo un tono familiar. Con Florencio, su yerno, había llegado más lejos. Aquel joven burgalés, más que un hijo político se había acabado convirtiendo en sangre de su sangre: al fin y al cabo representaba el vástago varón que nunca había tenido y que acabaría sucediéndole a él al frente del negocio familiar. Todavía podía recordarle el primer día en que lo vio, recién llegado a Madrid y buscando un trabajo en una farmacia como el propio Benigno había hecho quince años antes. Florencio Estébanez fue el elegido. De entre todos los mancebos que pasaban por el 17 de la calle Santa Feliciana, sólo uno estaba destinado a quedarse definitivamente, y ese había sido Florencio.

³⁵ Entre 1860 y 1881, en las hojas de empadronamiento del 17 de la calle Santa Feliciana se incluyen 15 mancebos de farmacia distintos y 14 criadas; no obstante para determinados años no se ha localizado hoja de empadronamiento de Benigno Castro, ya porque en aquel año no se realizara el censo estadístico en la capital, ya porque la casa estuviera en obras y no habitada (como ocurre en 1876), ya por las lagunas en el Archivo de Villa de Madrid; así para los años de 1864, 1870, 1876, 1877 y 1878 no se dispone de datos. Eso sin contar con que, al no existir un sistema que registrase las altas y bajas en el padrón, todos aquellos trabajadores de la farmacia que no estuvieran residiendo en el mes de diciembre de ese año, no aparecen en los registros. Probablemente Benigno contrató trabajadores por sólo algunos meses que nunca tuvieron ocasión de ser incluidos en el empadronamiento.

Miembros de la familia de Burgos (Castro) y familiares (ciudad de Salamanca, 1829) - llegado a Madrid en 1848; ER Madrid Moderno (Romand), sus labores (Madrid, ciudad 1829); Carolina Castro Romand (hija) (Madrid, ciudad 1852).								
Año	residentes en el hogar	Nuevos miembros hogar	Familiares	fecha salida	Dependientes	fecha salida	criadas	fecha salida
1860	5	2			Casto Pérez, 26 años, de Asturizas, Zamora	1861	Anselma San Esteban, 18 años, de Sigüenza, Guadalajara	1862
1861	5	1	Bernabela Sánchez, 19 años, de ciudad de Salamanca; es pariente lejana	1868				
1862	5	1			Bonifacio Bayón, 18 años, de Talavera de la reina, Toledo	1863		
1863	7	3			Antonio Molinero, 25 años, ciudad de Ávila	1864 o 65	Gabriela del Bosque, 21 años, Cantalapiedra, Salamanca	1864 o 65
					Julián Villar, 15 años, provincia de Toledo	1864 o 65		
1864	-	-	no hay datos para este año					
1865	6	2			Félix Martín Vicente, 22 años, ciudad de Salamanca	1866	Juana Martínez, 21 años, Gascuña Cuenca	1866
1866	7	3			Ramón Higinio, 29 años, ciudad de Salamanca	1867	Josefa Castillo, 16 años, ciudad de Madrid	
					Manuel Lacamba, 17 años, Villafranca, Guipúzcoa	1867		
1867	6	2			Eugenio Sánchez, 19 años, provincia de Orense	1868	Francisca Salix, 22 años, Palafox, Barcelona	1868
1868	5	2			[ilegible], 24 años, provincia de Salamanca	1869	[ilegible], 24 años, provincia de Guadalajara	1869
1869	5	2			Juan Cardenal, 23 años, Sigüenza, Guadalajara	1870 o 71	Rafaela Sanz, 19 años, Aldea del Pinar Burgos	1870 o 71
1870	-	-	no hay datos para este año					
1871	5	2			Andres Garci-Nuño, 21 años, Cifuentes,. Ávila	1872	Mercedes Martínez, 23 años, Rioseco, Valladolid	1872
1872	4	1			Francisco Aparicio, 25 años, Aguilar de Campoo, Valladolid	1873		
1873	4	1			Anacleto Martín, 26 años, ciudad de Zaragoza	1874		
1874	5	2			Antonio Gonzalo, 25 años, Almazán, Soria	1875	Felisa Cazanona, 17 años, Pezuela, Guadalajara	1875
1875	6	3	Florencio Estébanez, yerno, 27 años, Sedano, Burgos Trifón Estébanez, hermano del yerno, 25 años, Sedano, Burgos	en 1881 continua 1876 a 1879			Mariana Martín, 33 años, Colmenar, Madrid	1876 a 1879
1876	-	-	no hay datos para este año					
1877	-	-	no hay datos para este año					
1878	-	-	no hay datos para este año					
1879	9	5	Higinio Estébanez, nieto nacido en 1877 Emilio Estébanez, nieto nacido en 1879		Teodoro Paulo, 21 años, Belchite Zaragoza	continua en 1881	Petra Gemón, 18 años, Ampuero, Santander Manuela Fernández (nodriza), 26 años, Bustares, Oviedo	1880 1880
1880	8	1					Juana Soto, 29 años, Talavera de la Reina	1881
1881	7	0	no hay incorporaciones este año, permanecen en casa Benigno y su espza Ramona, la hija Carolina, el yerno Florencio, los nietos Higinio y Emilio y el practicante Teodoro.					

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón para la vivienda de Santa Feliciana 17, 1860-1863, 1865-1869, 1871-1875, 1879-1881.

La farmacia de Santa Feliciana en esos veinte años había acogido la suficiente gente como para dar una muestra de la diversidad de formas en que los inmigrantes llegaban a Madrid. En el reducido espacio de la botica se entrelazaban trayectorias vitales muy distintas y se encontraban personas cuyos proyectos de vida y expectativas eran muy diferentes, pero que eran complementarios. Por un lado, estaba gente como Benigno, que recalaba en aquel cruce de calles con la decisión de instalarse definitivamente y echar raíces; lo mismo que su yerno Florencio, que desde el día de su enlace con Carolina Castro había quedado también unido indisolublemente a la botica. Por otro lado, estaban todos esos mancebos y criadas que sólo estaban de paso, bien porque sólo querían ahorrar una pequeña cantidad de dinero, bien porque, como les sucedía a los mancebos de botica, no podrían culminar allí sus aspiraciones de convertirse en farmacéuticos y tendrían que buscar otro lugar donde intentarlo. El puesto ya estaba ocupado por Florencio y habría que saltar a otra farmacia o regresar al pueblo. También eran muy diferentes los horizontes que se les abrían a unos y a otros a su llegada a la casa de Benigno Castro. No le esperaba lo mismo a la joven muchacha que acudía desde un pueblo de Guadalajara o Toledo, con el sólo bagaje que le había dado el ayudar a sus padres día a día en el pueblo, que lo que tenía ante sí un joven con estudios de farmacia en la facultad. Mientras que Petra Gómez, que llegó a la casa de Benigno en 1879 para colocarse como chica para todo, tenía que conformarse con las 190 pesetas que cobraba al año, Teodoro Paulo, el mancebo que entonces trabajaba en la misma casa, podía soñar con que algún día alcanzaría la prosperidad del yerno Florencio y su sueldo de 1.250 pesetas.

La diversidad de motivaciones y experiencias que se concentraban en el negocio de Benigno Castro se multiplicaba si, en vez de centrar la mirada en aquella única casa, se ampliaba el campo de observación al conjunto del arrabal y a los terrenos de las afueras norte. En Chamberí, como en casa del farmacéutico, se daba esa combinación entre inmigrantes que sólo estaban de paso y los que venían a instalarse definitivamente en la ciudad. Esa era una distinción fundamental, que marcaba profundamente las condiciones en que cada uno desarrollaba su vida: no actuaba igual el que no sabía dónde estaría mañana que el que había decidido vivir el resto de su vida en aquellas calles. No se ponía al trabajo de la misma forma Florencio, que sabía que su futuro estaba ligado de por vida a la botica de Santa Feliciana, que el mancebo que contaba con trasladarse a otra nueva el curso siguiente. Pero hasta llegar a ese punto de clarividencia debía pasar algún tiempo. Generalmente el futuro no era tan evidente. ¿Podría haber asegurado Benigno en 1860 que pasaría el resto de su vida en Chamberí? Por muy decidido que lo tuviera, no siempre había estado en disposición de imponerse a las circunstancias. En 1880 ya se había disipado el temor a que el arrabal fuera derribado, pero muchos de los vecinos de aquellas calles aún podrían recordar los años de incertidumbre en los que vivieron sin saber si sus viviendas serían demolidas, si una vez más tendrían que recoger sus pertenencias y trasladarse a otro lugar. Si Benigno Castro, que regentaba un próspero negocio y gozaba de una posición desahogada en la sociedad madrileña, había estado sujeto a esa provisionalidad, era fácil imaginar que la incertidumbre era mucho mayor para el grueso de los habitantes del barrio, cuyas condiciones de vida no se desarrollaban por caminos tan placenteros como el del boticario.

De la misma manera que el carácter definitivo de la instalación en las calles de Chamberí nunca estaba del todo claro, las razones por las que constantemente llegaban nuevos habitantes tampoco eran obvias. Salvo para gente como Benigno o Florencio, con recursos para hacer de su vida en aquel apartado barrio un próspero negocio, el horizonte que se le abría al común de las personas que llegaban a Chamberí no solía ser

tan halagüeño. Antonia Ayala, la mujer que un día entró en la botica para pedir medicamentos para su hija Polonia, era un buen ejemplo. Había llegado al arrabal en la misma época que el farmacéutico y como él había logrado detener allí una vida que hasta entonces había estado marcada por los constantes traslados³⁶. Deambuló por varios pueblos desde que salió de Novelda, el pueblo de Alicante en el que había nacido, hasta que llegó a Chamberí. Sólo en las afueras madrileñas había encontrado el lugar propicio para poner punto final a su peregrinaje: en 1879 seguía viviendo a espaldas de la iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel, en aquella cochambrosa casa de la calle Balmes donde habían crecido sus nueve hijos y por cuya puerta había ido viéndolos salir uno a uno, año tras año, hasta quedarse prácticamente sola. En los días en que Benigno se sentaba a la mesa con su mujer, su hija, el yerno Florencio y los dos nietos, a Antonia, que ya había cumplido los 64, sólo le quedaban para acompañarla sus dos hijos menores, Polonia y Agustín que tenían 25 y 24 años. Hacía tiempo que se había quedado viuda y el resto de los hijos habían formado sus propias familias y tenían sus propias preocupaciones. Lo que ganaban entre los tres apenas le daba para llenar los platos y pagar la renta de una vivienda que tan sólo costaba 7 pesetas y media al mes. Por eso se había visto obligada a abrir las puertas del hogar a desconocidos que estuvieran tan necesitados de un alquiler barato, aunque fuera a costa de vivir con ciertas estreches de espacio. Aquel año de 1879 a la mesa de Antonia Ayala se sumaban dos familias más: los Yagüe y los Peñuela. Jornaleros como sus hijos, inmigrantes como ella, unos de Segovia y los otros de Guadalajara. En fin pobres, todos³⁷.

Antonia Ayala, que salió junto a su marido de Novelda huyendo de la pobreza, que tantos tumbos había dado por uno y otro pueblo, acabó viviendo en la misma estrechez económica de la que quiso escapar, condenada a realizar continuos malabarismos para poder sobrevivir y mantenerse en aquella humilde casa de la calle Balmes. Si alguno de los paisanos de Antonia supo de su destino, de la suerte que habían corrido su familia y ella al trasladarse a Madrid, no lo habrían tomado seguramente como ejemplo. Puede que llegaran noticias de Antonia hasta Alicante o puede que no, pero si no eran de Antonia alguna información tendrían en la provincia de los muchos más alicantinos que habían seguido el mismo camino que ella y que residían en Chamberí y en Madrid y cuya situación no era mucho mejor que la de ella. Aún así, el flujo de alicantinos hacia Chamberí siguió siendo constante en aquellos veinte años: si en 1860, había 68 personas que habían nacido en esa provincia, en 1880 eran 283.

Alicante era una de las provincias que más inmigrantes surtía al Ensanche Norte y a Madrid. No era la primera pero tanto en 1860 y 1880 se encontraba entre las veinte principales, por encima de otras más cercanas geográficamente como Soria o Ávila. En la capital desembocaban ríos de inmigrantes cuyos manantiales de origen se repartían por toda la Península e incluso en el extranjero (había más inmigrantes de Francia en el Chamberí de 1860 que de muchas provincias españolas). Vinieran de donde vinieran, ya fuera de la cornisa cantábrica de la que procedían muchos de ellos, o de las provincias que constituían la corona alrededor de la de Madrid, de las que eran originarios otros

³⁶ La trayectoria vital de Antonia Ayala y su marido José Diorico ya fue caracterizada en el capítulo 1 “Arrabal antes que Ensanche”. La información del lugar de nacimiento de sus hijos permite conocer parte del itinerario que la pareja siguió en sus traslados: los primeros hijos nacieron en Novelda, luego en Fuencarral, después en Chamartín de la Rosa y finalmente en Chamberí.

³⁷ La hoja de empadronamiento encabezada por Antonia Ayala en 1879 en la calle Balmes 8 estaba integrada 10 personas. Antonia Ayala y sus dos hijos Polonia y Agustín Diorico. Junto a ellos una familia compuesta por el matrimonio entre Tomás Yagüe y Carolina Villalba, que tenían una hija, y que llegaban con un familiar cuyo parentesco no especificaban. Además estaba Norberto Peñuelas, de Cañizar, Guadalajara con un hijo o sobrino de nombre Casto Bonilla. AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1879, hoja de la calle Balmes nº 8.

tantos, en su gran mayoría recalaban en la ciudad de la misma manera que lo había hecho la familia de Antonia Ayala. No llegaban a la capital atraídos por la certeza de que encontrarían una mejor vida, ni que escaparían definitivamente de la pobreza. Madrid ofrecía muchas oportunidades de triunfo social pero no era para ellos sino para gentes distinguidas como Benigno Castro o el catedrático Lázaro Bardón. Los nobles y grandes terratenientes acudían también a la sede de la Corte y a la capital del Estado, los licenciados universitarios venían a hacer carrera al centro de la Administración y los comerciantes que habían triunfado en provincias llegaban a probar suerte en el principal mercado nacional³⁸. Pero a la altura de 1860, ese tipo de inmigración que en Madrid era más importante por su brillo que por su número, apenas se dejaba ver en el Ensanche Norte. A las calles de Chamberí se dirigían los inmigrantes que conformaban el grueso de los que alimentaban el crecimiento de población de Madrid y que se parecían más a Antonia Ayala que a Benigno Castro.

Tabla 3.6: Principales lugares de origen de los habitantes en el Ensanche Norte en 1860 y 1880; datos por provincias y estados					
1860	nº	Porcentaje	1880	nº	Porcentaje
Madrid ciudad	1.897	37,74	Madrid ciudad	8.707	36,75
Madrid provincia	486	9,67	Madrid provincia	2.047	8,64
Oviedo	286	5,69	Guadalajara	1.115	4,71
Toledo	268	5,33	Toledo	902	3,81
Guadalajara	186	3,70	Segovia	894	3,77
Lugo	164	3,26	Oviedo	868	3,66
Segovia	117	2,33	Burgos	680	2,87
Cuenca	106	2,11	Lugo	621	2,62
Burgos	96	1,91	Soria	517	2,18
Ciudad Real	90	1,79	Valladolid	497	2,10
Valencia	87	1,73	Cuenca	411	1,73
Francia	71	1,41	Santander	376	1,59
Zaragoza	70	1,39	Ciudad Real	353	1,49
Alicante	68	1,35	León	352	1,49
Santander	64	1,27	Zaragoza	322	1,36
Murcia	62	1,23	Valencia	317	1,34
Logroño	59	1,17	Alicante	283	1,19
Soria	55	1,09	Murcia	208	0,88
Valladolid	55	1,09	Zamora	202	0,85
Tarragona	45	0,90	Ávila	200	0,84

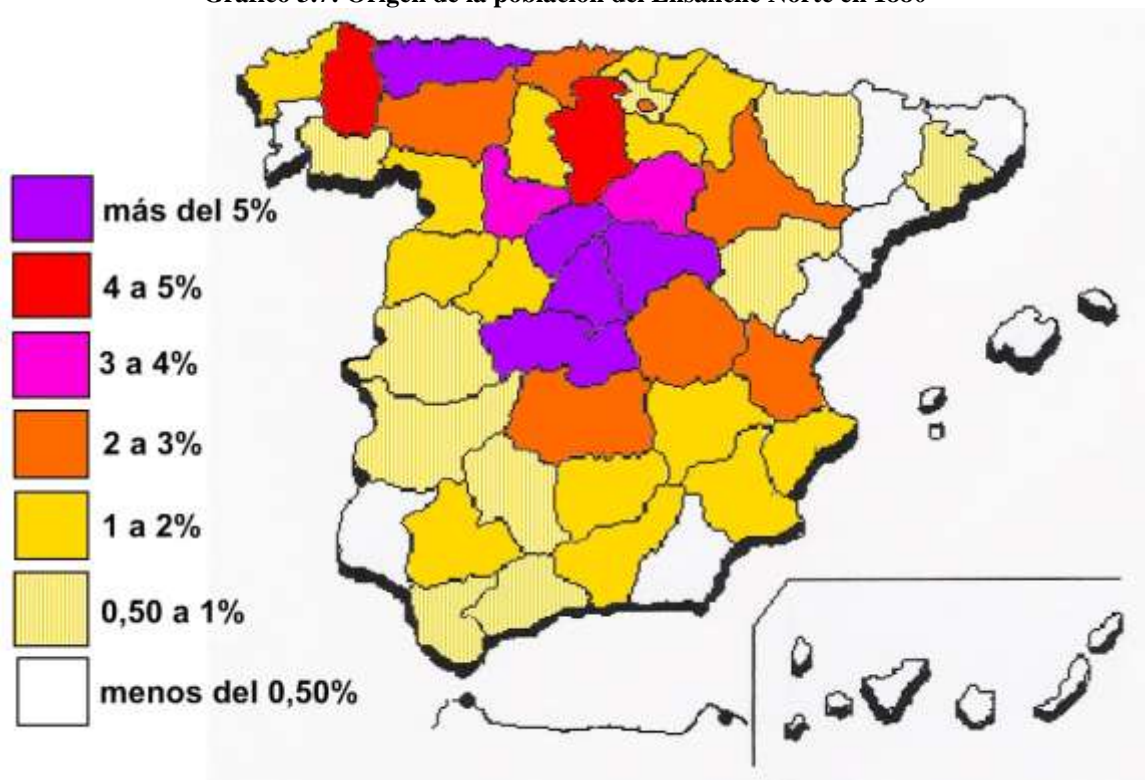
Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrones del Ensanche Norte 1860 y 1880. En negrita se señalan las provincias que se repiten entre las principales en ambos años.

Eran desheredados; habían salido de sus pueblos porque no encontraban la forma de sobrevivir. A diferencia de los farmacéuticos, periodistas, propietarios, funcionarios y comerciantes que consideraban Madrid como una ciudad en la que coronar el triunfo económico y social por el que habían comenzado a caminar, para ellos la capital era la única salida en un sendero que no habían elegido. Para alguien que había nacido y se había criado en un pueblo o directamente en el campo, difícilmente podía ser deseable encaminarse hacia una gran urbe, ruidosa, nociva y hambrienta como lo era Madrid. La

³⁸ CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

migración para ellos era una obligación y no un deseo. En su mayoría se encontraban en la situación de Antonia y su esposo José el día que salieron de Novelda: eran matrimonios jóvenes, con un hijo o dos, cuyas comunidades de origen se mostraban incapaces de ofrecerles un modo de vida. No había trabajo o no había tierra para que cultivasen. Sus familias ya pasaban hambre y, habiéndose casado y aumentado el número de descendientes, agravaban la situación. Emigraban por lo tanto porque se encontraban en una situación límite que les empujaba a abandonar a los suyos y lanzarse a la aventura de buscarse la vida a cientos de kilómetros de su hogar³⁹.

Gráfico 3.7: Origen de la población del Ensanche Norte en 1880



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880. Los porcentajes son sobre el total de los inmigrantes, excluidos los nacidos en la ciudad de Madrid.

En las afueras norte de la capital en 1880 se podía encontrar una representación importante de inmigrantes de prácticamente todas las provincias de España. En ese sentido, los barrios recién construidos no eran excepcionales en el conjunto de la ciudad y seguía muchas de las pautas migratorias ya patentes en la ciudad desde hacía tiempo. Junto a los trabajadores que llegaban desde los alrededores de Madrid y su provincia, se

³⁹ Son las conclusiones a las que llega Enriqueta Camps en el análisis de las estructuras familiares de los inmigrantes recién llegados a Sabadell en su estudio e producían un fuerte desequilibrio entre los miembros laboralmente activos y las bocas que alimentar. CAMPS I CURÁ, Enriqueta: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1995. La similitud entre los inmigrantes de Sabadell y los residentes en Chamberí en PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El distrito de Chamberí 1860-1880. El nacimiento de una ciudad*. E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es:6237. El estudio de los factores de expulsión y el momento en el ciclo vital familiar en el momento en que se iniciaba la migración ha sido abordada en numerosos estudios. Entre otros: GARCÍA ABAD, Rocío: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2005 o PÉREZ-FUENTES, Pilar: *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína, 1877-1913*, Bilbao, UPV-EHU, 1993

hacían presentes contingentes abundantes de algunas zonas lejanas, especialmente de la cornisa cantábrica o de algunas provincias castellanas y andaluzas lejanas⁴⁰. La capital española se había convertido en un destino apetecible para gentes de todo el país, de muchas condiciones, desde acaudalados terratenientes hasta legiones de familias jornaleras sin más riquezas que sus hijos y que venían de muy distintas formas, en grupos de diferente composición y con intenciones dispares.

Mientras unos llegaban a Madrid atraídos por sus deseos, otros lo hacían empujados por sus necesidades. Las razones concretas por las que estos últimos elegían la capital podían resultar enigmáticas. Madrid no era una ciudad que contara con el halo de laboriosidad de otras urbes: carecía de las fábricas y las grandes manufacturas que comenzaban a surgir en los alrededores de otras ciudades españolas. El tejedor sabía que debía encaminarse hacia Barcelona porque en sus cercanías abundaban las manufacturas y los grandes talleres textiles donde emplearse; el fundidor y el cerrajero podían contar con que, si aparecían en la ría del Nervión, encontrarían un puesto de trabajo en las ferrerías, las fundiciones o en las minas⁴¹. En Madrid, en cambio, no había una demanda urgente de trabajadores que justificara que tantas familias hicieran su hatillo en Lugo, en Zaragoza o en Alicante y emprendieran su camino hacia el centro de la Península. Aparte de la Administración, que era la meta de las clases medias y altas de todo el país, no había en la capital ningún sector específico que imantara a tantos trabajadores manuales como llegaban hasta sus puertas. No contaba con ninguna especialidad en la producción como el hierro, el tejido o la zapatería, y a la vez contaba con todas. Esa era precisamente la clave de su atractivo.

El mero tamaño de Madrid como ciudad y las mil y una necesidades que sentían sus habitantes, creaban la ilusión de que todo el mundo encontraría trabajo allí. Había mil tiendas que necesitaban mozos de comercio, mil talleres en los que uno podía emplearse, miles de casas que buscaban una criada y hasta mil oficinas públicas y privadas que necesitaban chicos de los recados, conserjes o guardas. En las estaciones de ferrocarril recién inauguradas hacían falta mozos de cuerda, en las obras de demolición de los edificios del casco antiguo y en las todavía escasas de construcción del Ensanche se reclutaban albañiles y peones, había trabajo en los tejares de los alrededores de la ciudad y en los lavaderos del Manzanares y los arroyos de las afueras, siempre hacía falta alguien nuevo para llevar uno de los cientos de carros y coches de punto que circulaban por la ciudad... En fin, en Madrid se podía trabajar de cualquier cosa y eso era precisamente lo que atraía a la población rural, a las masas de jornaleros cuya cualificación laboral, aprendida día a día en el campo, poco les servía en un gran taller o en una manufactura. En las primeras fábricas del País Vasco o de Cataluña se necesitaban trabajadores especializados, que conocieran el oficio y no gente de campo sin más herramientas que sus dos manos para hacer fuerza. En cambio, en Madrid había mil oportunidades para colocarse en un trabajo cualquiera, un día como peón en una obra, otro descargando en la estación, al siguiente en un taller realizando tareas de fuerza y, con suerte al cabo de un tiempo, consiguiendo uno de los numerosos empleos

⁴⁰ CARBAJO ISLA, María Fernanda: "La inmigración a Madrid (1600-1850), Revista Española de Investigaciones Sociológicas, nº 32 (1985), pp. 67-100. BAHAMONDE MAGRO, Ángel, y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

⁴¹ Las diferencias en la afluencia migratoria según el grado de cualificación de los trabajadores ha sido abordada para Madrid por Ángel Bahamonde, en su estudio del mercado laboral en la época isabelina. Así, este autor destaca como la sobreabundancia de jornaleros en determinadas épocas contrastaba con la falta de mano de obra especializada, para la que en determinadas épocas aparecían numerosos anuncios en el Diario de Avisos. BAHAMONDE MAGRO, Ángel: "El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)" en *Estudios de Historia Social*, 15, (1980), pp. 143-175.

de poca monta que ofrecían los ministerios, la Corte, la Diputación o el Ayuntamiento en la ciudad más grande de toda la Península Ibérica⁴².

El atractivo de Madrid como una ciudad de mil oficios en que cualquiera podía encontrar una forma de ganarse el pan no dejaba de ser una ilusión: ni siempre había trabajo ni los jornales daban para vivir. De hecho, en épocas de carestía se habían puesto en marcha rondas de recolección y expulsión de mendigos y forasteros y el Ayuntamiento, a la hora de contratar trabajadores jornaleros para las obras públicas, frecuentemente había discriminado a los que no eran habitantes de la ciudad. Las puertas de Madrid no estaban del todo abiertas para el inmigrante que venía a buscar trabajo, pero de nada servía ser pesimista al que huía de la pobreza en su pueblo, pues no había para él muchos más caminos que los que conducían a la capital⁴³.

La disolución del pueblo en la gran ciudad

La ilusión de encontrar un trabajo era una de las motivaciones que hacían comprensible la llegada de tantos inmigrantes a la capital, pero no terminaba con todos los enigmas. Se podía entender que una familia como la de Antonia, después de haber dado muchos tumbos por el camino de Madrid hasta Alicante, hubiera acabado instalándose en Chamberí donde la vida era dura y difícil, pero donde había más esperanzas que en pueblos más pequeños como Fuencarral o Chamartín de la Rosa. En Madrid, como en cualquier otro lado, era fácil que al jornalero le despidieran, pero en seguida surgía otra oportunidad de trabajo. Comparando con la vida que habían llevado en otros lugares, es lógico que Antonia y su marido José, que habían llegado ya con nueve hijos a cuestas, decidieran quedarse, o lo que es más probable, no volvieran a decidir marcharse. Conocían la vida de la carretera, y las distintas posibilidades que unos y otros lugares entre Madrid y Alicante les ofrecían para ganarse el pan. Chamberí era quizá lo mejor a lo que aspiraban, o al menos eso es lo que les decían sus años de peregrinaje.

Lo que no era tan lógico era por qué llegaban cada día más inmigrantes jóvenes a Madrid. Familias como las de ellos, que nada más haber contraído matrimonio, o al tener el primer hijo, habían salido de su pueblo. En vez de deambular por distintos lugares antes de aparecer en Madrid, como habían hecho Antonia y José, ellos llegaban directamente a la capital, como si existiera un impulso que les condujera directamente hasta allí. Y es que a diferencia de Antonia y José, muchas familias residentes en Chamberí no habían necesitado años para buscar un sitio en el que encontrarse a gusto. Sabían que en aquella gran ciudad podrían tener cierta sensación de hogar, que era el sitio natural al que había de dirigirse cuando decidían abandonar el pueblo en el que nacieron. Así les había sucedido a los numerosos vecinos de Santa Cruz de la Zarza, un pueblo mediano de Toledo del que algunos de sus habitantes habían decidido instalarse

⁴² Camps demuestra la selección y distribución que los mercados laborales ejercían sobre las corrientes migratorias. En la ciudad de Sabadell, entre los inmigrantes que se establecían definitivamente predominaban las familias de los trabajadores cualificados mientras que los no cualificados tendían a dirigirse hacia Barcelona y otros lugares donde las ofertas de trabajo eran más diversas y por lo tanto se ofrecía un campo de inserción laboral más maleable para acoger al jornalero. Madrid habría ejercido un papel similar al de la capital condal. CAMPS I CURÁ, Enriqueta: *La formación del mercado... Ob. Cit.*

⁴³ Sobre la represión de la inmigración y de la mendicidad en la ciudad de Alcalá de Henares, OTERO CARVAJAL, Luis Enrique CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2003; GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *Los delitos y las penas. La ciudad judicial y penitenciaria. Alcalá de Henares 1800-1900*, Madrid, Fundación Colegio del Rey, 2006; SIMÓN ARCE, Rafael: *El comunismo del hambre. Beneficencia, instrucción y orden público en Alcalá de Henares, 1800-1900*, Tesis doctoral, Madrid, UCM, 2007.

en Chamberí en 1860. En total, los originarios de este pueblo en las afueras norte de la capital sumaban 53, una cifra que resultaba respetable porque suponía casi una quinta parte de todos los inmigrantes de Toledo en la zona⁴⁴. Los inmigrantes de Santa Cruz de la Zarza parecían en cierta manera haber trasladado el pueblo del que venían hasta el arrabal y apenas se mezclaban con el resto de los vecinos. En realidad, esos 53 santacruceros residentes en Chamberí se concentraban únicamente en 13 hogares, muchos de ellos próximos los unos de otros. Era raro que en las casas de estos inmigrantes hubiera alguien nacido fuera del pueblo y, más raro aún, que un santacrucero se hubiese casado con una mujer que no estuviese bautizada en la misma parroquia que él. La forma en que llegaban a Madrid parecía ser igual para todos; se casaban en Santa Cruz, tenían sus hijos allí y cuando surgía la imposibilidad de mantenerse en el pueblo, se trasladaban directamente a la capital⁴⁵. Sin embargo, fijándose en la forma en que cada una de estas familias había desembocado en la capital, gota a gota, a lo largo de los años, se podía percibir que las cosas habían ido modificándose en lo que empezaba a ser una larga historia de inmigración de los santacruceros hacia Madrid.

Los inmigrantes de Santa Cruz de la Zarza que llevaban más tiempo residiendo en las afueras norte de Madrid eran los que más se distinguían del grupo por sus formas de vida y por los miembros de su familia. Josefa Soriente, de 47 años, había llegado en 1846, había perdido a su marido y no vivía ningún hijo con ella. La joven viuda trabajaba como lavandera y a pesar de los años transcurridos desde que lo había abandonado, seguía manteniendo contacto con el pueblo. Por eso, en 1857, pudo llegar su madre para unirse a ella. La madre de Josefa también era viuda. Se había quedado sola en Santa Cruz; sin marido ni otro apoyo económico, se había tenido que trasladar hasta Madrid para que su hija la acogiera en los años que le quedaban de vida. A la vez, tanto tiempo en la ciudad habían provocado que Josefa estableciera contacto con gentes de otras localidades, como testimoniaba una sobrina que también convivía con ella y cuyo lugar de nacimiento era el pueblo madrileño de Carabaña. En definitiva, habían pasado suficientes años y tantos avatares en su vida, como para que la cohesión paisana en que vivían sus convecinos de Santa Cruz de la Zarza, se hubiese ido desdibujando⁴⁶.

⁴⁴ La reconstrucción de la comunidad de habitantes de Santa Cruz de la Zarza, a partir de AVM, Estadística, padrones del Ensanche Norte en 1860 y 1880. En 1860, en los terrenos del Ensanche Norte había 267 inmigrantes de la provincia de Toledo. La principal localidad de procedencia dentro de la provincia era Santa Cruz de la Zarza, con 53 inmigrantes; la seguían Turleque con 26, la ciudad de Toledo con 22 y Talavera de la Reina con 14.

⁴⁵ En este sentido, los inmigrantes parecían cumplir las mismas pautas descritas por Enriqueta Camps para los inmigrantes de Sabadell. Igualmente, el conjunto de los trabajadores llegados a la ciudad habían salido de sus pueblos de origen en las fases más críticas del ciclo vital familiar, cuando los matrimonios recién formados habían tenido los primeros hijos y se producían un fuerte desequilibrio entre los miembros laboralmente activos y las bocas que alimentar. CAMPS I CURÁ, Enriqueta: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1995

⁴⁶ La reconstrucción de la historia de vida de Josefa Soriente a partir de AVM, Estadística, padrón de 1860, vivienda de la Fuente de Amaniel sin número, caso nº 1139.

Tabla 3.7: Cabezas de familia de Santa Cruz de la Zarza residente en el Ensanche Norte en 1860

vecino	estado civil	profesión	fecha de llegada	edad en 1860	edad momento llegada	composición del hogar
Josefa Soriente	viuda	lavandera	1846	47	33	Es viuda y vive con su madre, también viuda y natural de Santa Cruz de la Zarza, pero que llegó hace sólo tres años, en 1857. Les acompaña una sobrina de 7 años nacida en Carabaña y llegada a Madrid un año antes.
Norberto Fernández Ávila	casado	enterrador y guarda	1846	59	45	Esta casado con Antonia Sane, nacida en Betanzos y que llegó con él en 1846. Tuvieron antes una hija en el pueblo madrileño de Villarejo de Salvanés; posteriormente, en 1853, tuvieron un hijo varón ya en Madrid capital.
Anastasio López Cano	casado	carretero	1852	42	34	Vive con su esposa y dos hijas, todas nacidas en Santa Cruz. Llegaron juntos.
Eulogio García	casado	jornalero	1852	32	24	Vive con su mujer y un hijo. El niño nació ese mismo año de 1860 en Santa Cruz de la Zarza, en algún momento en que al menos la mujer volvió a su pueblo.
Cayetano Peña	casado	jornalero	1853	31	24	Vive con su esposa, que también es natural de Santa Cruz de la zarza.
Patricio López	soltero	carretero	1854	34	28	Es soltero y vive con su madre, viuda y también nacida en Santa Cruz.
Santiago Melero	casado	carretero	1856	47	43	Vive con su mujer y sus cuatro hijos, todos nacidos y llegados juntos de Santa Cruz de la Zarza.
Gregorio López Infante	casado	jornalero	1857	45	42	Vive con su mujer y sus dos hijas menores de 10 años con las que llegó de Santa Cruz. Además en la casa acogen a Gregorio Belinchón, también inmigrante de Santa Cruz de la Zarza, viudo y con dos hijos, que llegaron en 1858.
Juana López Infante	viuda	ayudanta de lavandera	1857	59	56	vive con su hermano Matías con el que llegó a la ciudad, que es soltero y jornalero.
Manuel Raboso	casado	jornalero	1857	51	48	Vive con su esposa y tres hijos, todos nacidos en Santa Cruz de la Zarza y un familiar, Tomás Valencia de 27 años, que llegó el mismo año que la familia. Además acogen a un realquilado, Manuel Lozano, un zapatero madrileño de 26 años.
Guillermo Valle	casado	jornalero	1857	42	39	Vive con su esposa y ocho hijos, todos nacidos en Santa Cruz de la Zarza. Llegaron juntos.
Marcelino Navarro	casado	carretero	1858	30	28	Vive con su esposa, natural de Santa Cruz.
Andrés Navarro	casado	jornalero	1859	37	36	Vive con su esposa y dos hijas; la primera Genara nació en 1853 en Santa Cruz, la segunda, Pantaleona, nació en Majadahonda en 1859.
Manuel Ávila	casado	no indica	no indica	no indica	no indica	Casado con una mujer asturiana, aunque tienen dos hijos nacidos en Santa Cruz; es probable que llegaran todos juntos.

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860.

El caso de Norberto Fernández era diferente. En su historia familiar se hacía palpable que su inmigración a Madrid no había sido tan directa como la del resto de sus paisanos. Era uno de los dos únicos santacruzcos de Chamberí que no estaba casado con una mujer de su pueblo, sino con una inmigrante de lugar tan remoto y tan poca conexión con Santa Cruz como Betanzos, el pueblo coruñés de donde procedía su esposa Antonia Sane. Además, no parecía que se hubieran conocido en Madrid, puesto que la hija de más edad que vivía con ellos, Evarista, no había nacido en la capital, sino en un pueblo al sur de la provincia de Madrid, Villarejo de Salvanés. Así que Norberto y Antonia, él toledano y ella gallega, se habían cruzado en algún punto intermedio de sus respectivos caminos hacia la capital; en 1843 habían tenido una hija en Villarejo y tres años después se habían instalado en Madrid, en 1846. Un tipo de migración, por etapas, con periodos de estancia más o menos largos en diferentes lugares del camino, que tenía cierta

similitud con la de la alicantina Antonia Ayala. Lo mismo que ella, Norberto traía consigo toda la experiencia de la peregrinación, lo que le condujo a pensar que era mejor aprovechar las variadas oportunidades de ganarse el pan que le ofrecía la capital que seguir deambulando por los pueblos y aldeas de la meseta castellana. Y lo había aprovechado; en 1860 Norberto había conseguido un trabajo razonablemente bueno para alguien de su origen. Era enterrador en el Cementerio General del Norte, además de guarda de ese camposanto. Tenía sueldo fijo y lo que era casi mejor, la vivienda en la que habitaba, en el cementerio mismo, no tenía que pagarla, ya que sus empleadores se la cedían como parte del sueldo⁴⁷.

La vecindad de muertos y lápidas quizá no fuese la más deseable, pero las condiciones de vida a las que había accedido Norberto en su vida en Madrid seguramente resultaban envidiables para sus parroquianos. Los inmigrantes de Santa Cruz de la Zarza no accedían por lo general a un empleo fijo y remunerado regularmente, sino que solían tener que conformarse con ser meros jornaleros o carreteros. Norberto Fernández debía de tener una cierta ascendencia sobre el resto de sus paisanos de Santa Cruz; porque llevaba años trabajando y viviendo en la capital, porque había conseguido labrarse un buen destino y porque era el más anciano de todos. No es extraño que otras familias recién llegadas buscaran su proximidad, como la de Santiago Melero, que llegó con 43 años, una esposa y dos hijas en 1856, y decidió instalarse en la calle Magallanes, en la misma que Norberto, el enterrador. Como el resto de santacruceros había seguido los pasos de su convecino y aspiraba a igualar, sino a mejorar, la posición que había alcanzado el habitante del Cementerio General⁴⁸.

Santiago Melero pertenecía a la segunda oleada de inmigrantes de Santa Cruz, que habían comenzado a llegar a partir de 1852 y que se distinguían por la forma en que habían recorrido el camino entre el pueblo toledano y la capital de España. Ya no lo habían hecho por etapas, no habían llegado a la capital como resultado de una vida errante al final de la que habían tropezado con Chamberí. Cuando salieron de Santa Cruz no tenían la vida por hacer, como Norberto, que era soltero y encontró esposa y tuvo hijos por el camino. Todas las familias que habían llegado con posterioridad al enterrador, se habían formado ya en Santa Cruz de la Zarza. Tenían hijos de cuatro, cinco o más años. Cuando empaquetaron sus ropas y lo poco que tenían, sabían adonde dirigirse. A Madrid, donde estaba Norberto el enterrador y Josefa la lavandera, porque allí encontrarían trabajo como ellos, y lo podrían hacer ahorrándose los tumbos que sus predecesores habían tenido que dar por los pueblos hasta encontrarlo.

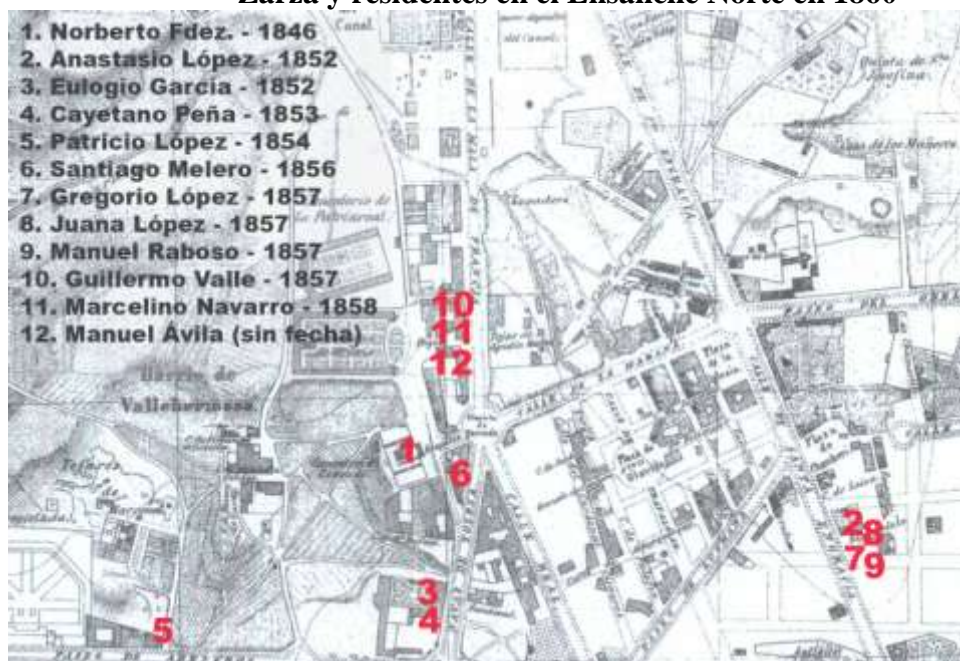
Por eso se dirigió Santiago Melero y su familia directamente a Chamberí, porque allí ya había algunos pioneros que podían ayudarles en los primeros momentos en la gran ciudad. Al principio la vida era dura. No era fácil conseguir un trabajo, ni encontrar un alquiler barato en una ciudad con miles y miles de viviendas, de muy distintos precios y calidades. El que llevaba unos años bregando en las calles de Madrid podía ayudarles a no repetir los mismos errores y a evitar los peligros que habían tenido que afrontar. Así que los santacruceros, cuando llegaban a Madrid, se buscaban los unos a los otros, se juntaban y compartían vida y problemas. Era lo que había sucedido con las cuatro familias que en 1860 habitaban en el mismo edificio de la calle Santa Engracia nº 8. La primera en llegar había sido la de Anastasio López, que con 34 años entró por las puertas de la ciudad en 1852. Con o sin ayuda de sus paisanos que ya habitaban en Madrid por aquel entonces, se había ido aclimatando y conociendo la forma de moverse

⁴⁷ Reconstrucción de la historia familiar de Norberto Fernández a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, vivienda del Cementerio General del Norte sin número, caso nº 1.177.

⁴⁸ Reconstrucción de la historia familiar de Santiago Melero a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, vivienda de Magallanes 16, caso nº 1.085.

en un contexto tan diferente al de su pueblo como era la gran capital, hasta conseguir un alquiler barato (tan sólo 30 reales) por un principal en el modesto arrabal de Chamberí. Instalado él, le siguieron algunos de sus paisanos y familiares. Gregorio López llegó con su familia en 1857 y vivía en la misma planta del mismo edificio, pagando 40 reales. La hermana de este, Juana, llegó al tiempo y se instaló puerta con puerta. Finalmente se incorporó Manuel Raboso, santacrucero como los demás, que completaba el cuadro de habitantes del pueblo toledano que se habían instalado en la misma calle, edificio, escalera y pasillo de la inmensa ciudad que era Madrid⁴⁹.

Plano 3.2: Distribución de los cabezas de familia nacidos en Santa Cruz de la Zarza y residentes en el Ensanche Norte en 1860



Los números indican el orden de llegada en la ciudad; en la leyenda se incluyen las fechas de llegada de cada una de las familias. Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón de 1860.

La colaboración entre los inmigrantes de Santa Cruz de la Zarza iba mucho más allá de la búsqueda de alojamiento. No era de extrañar que, salvo el distinguido Norberto, todos tuvieran empleos similares. Que cuando surgiera una oportunidad de colocarse en un trabajo, el que ya lo tenía llamara a su vecino y amigo, al que conocía de toda la vida porque de pequeños jugaban en la plaza del pueblo e iban a la misma parroquia los domingos, y resultaba que ahora vivía como él allí, en la gran ciudad, muchas veces en la puerta de al lado. El que se colocaba de carretero ayudaba a su paisano a que lo fuera también. Los jornaleros de Santa Cruz se intercambiaban información acerca de dónde emplearse o dónde acudir en caso de encontrarse en el paro. Lo mismo que las mujeres. Por eso era normal que muchas de las esposas y algunas de las hijas nacidas en Santa Cruz, fueran lavanderas, como lo era Josefa Soriente, la pionera que llevaba más de catorce años residiendo en la capital. Todas se dedicaban a lo mismo porque seguramente se iban consiguiendo el empleo unas a otras

⁴⁹ Reconstrucción a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, edificio de Santa Engracia nº 8, casos nº 216 (Gregorio López Infante), 218 (Juana López Infante), 222 (Manuel Raboso) y 223 (Anastasio López).

y se iban pasando las contrataciones por las casas para lavar la ropa; porque además se ayudaban cuando una caía enferma o cuando la otra no tenía con qué ganarse unas monedas. Estar juntas en los lavaderos de Madrid debía recordar un poco a cuando lo habían estado en el pilón del pueblo no hacía tanto tiempo, haciendo lo mismo, lavando ropa.

Ser de Santa Cruz de la Zarza en el Madrid de 1860 no debía de ser cosa fácil. Apenas separaban 70 kilómetros su pueblo de Chamberí, pero la distancia en las formas de vida, en el paisaje y en el tipo de gente de uno y otro lugar, era abismal. Era lógico que en los primeros años los inmigrantes del mismo pueblo se buscaran unos a otros, que a fuerza de ayudarse se encontraran en las mismas casas, en los mismos trabajos, en las mismas calles. Había de ser reconfortante encontrarse en el lavadero una cara familiar y trabajar codo con codo con otra mujer a cuyo marido conocían, cuyos hijos habían visto nacer y crecer en el pueblo, junto a los suyos. En la gran ciudad, los santacruceros tenían una sensación de seguir viviendo en un hogar, en una pequeña Santa Cruz de la Zarza que se había ido trasladando inmigrante a inmigrante, familia a familia, de las tierras toledanas a las calles de Chamberí.

Los inmigrantes de Santa Cruz de la Zarza mantuvieron su estrategia de unión en la gran ciudad durante muchos años. En 1880, los santacruceros que residían en el Ensanche Norte, seguían buscando la proximidad de sus paisanos cuando elegían una residencia. Desde 1860, se habían incorporado diez familias más del pueblo a las ya residentes en Chamberí, muchas de ellas repitiendo el camino que habían recorrido sus convecinos años atrás. Era el caso de Martina Pérez, que llegó con su familia de Santa Cruz de la Zarza en 1870, cuando ella tenía 30 años y ya había dado a luz a tres hijos en el pueblo, ninguno de los cuales había cumplido los 10 años. En 1880, ya viuda, con los hijos rozando la veintena, residía en la calle San Rafael. Había elegido una vivienda barata, de 12 pesetas y media de alquiler en las proximidades de los cementerios de la zona Oeste de Chamberí, como muchos de sus vecinos del pueblo que se distribuían por la calle Navas de Tolosa, Bravo Murillo o la calle Arapiles, todas próximas al Cementerio General del Norte donde Norberto Fernández, el pionero de Santa Cruz en Madrid, había residido años atrás⁵⁰.

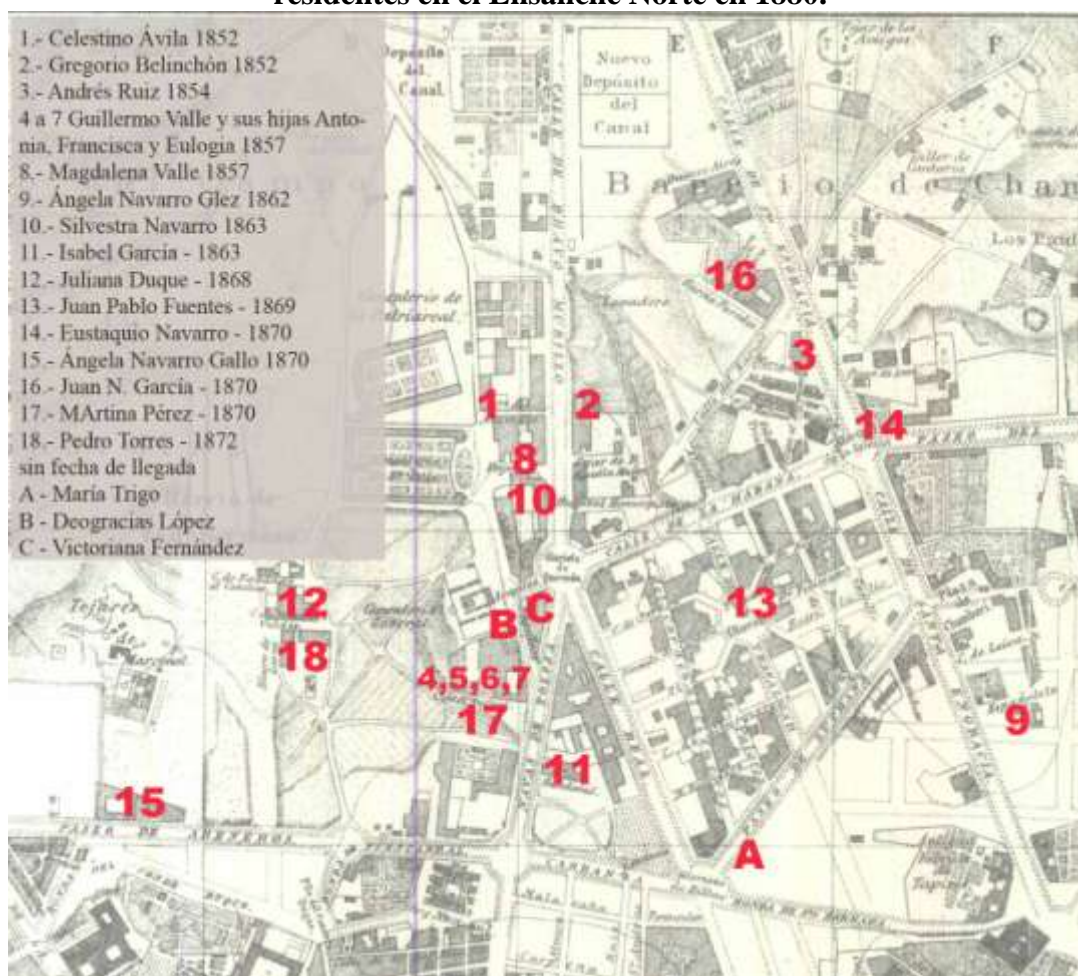
A veces la mimesis entre unos inmigrantes y otros era tal, que unas familias sucedían a otras en el alquiler de una misma vivienda. Como en el paseo de Areneros nº 8, donde 1860 había vivido Patricio López, un carretero de Santa Cruz. En 1880, la casa la ocupaba una paisana suya, Ángela Navarro Gallo que había llegado a la capital en 1870 y que se había casado con un inmigrante del pueblo madrileño de Fuentidueña de Tajo. El matrimonio había establecido una taberna en la casa antes ocupada por la familia del carretero. Sin que existiera un vínculo aparente ni de relación familiar ni en el negocio, el hecho de que la vivienda de Areneros 8 se mantuviera tantos años en manos de inmigrantes de un mismo pueblo, no podía deberse sino a que existían fuertes vínculos basados en el paisanaje entre ellos y que eran aprovechados para intercambiar información, ayudarse solidariamente en la dura vida urbana y traspasarse negocios y viviendas sobre las que construir su futuro⁵¹.

⁵⁰ Reconstrucción de la historia familiar de Martina Pérez a partir de AVM, Estadística, padrón de 1880, caso nº 4212.

⁵¹ Patricio López aparece empadronado en el Paseo de Areneros nº 8 en 1860, junto a su madre María Rivas, también natural de Santa Cruz de la Zarza. Señalan haber llegado a la capital en 1854 y el se declara de profesión carretero, AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, nº 1.161. Ángela Navarro Gallo, aparece registrada en el padrón de 1880 como esposa de Esteban Fernández Gallipote, ambos declaran ser taberneros; ella señala como fecha de llegada a Madrid el año 1870. Tienen un hijo de 10 años nacido en Madrid, AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880, caso nº 5.881.

Había mucho de inercia en la forma en que llegaban los inmigrantes de aquel pueblo a Madrid; las familias que acudieron más tarde siguieron el surco de sus mayores y como ellos, no sólo vivieron en los mismos lugares sino que se emplearon en los mismos trabajos y tuvieron destinos similares. Lo normal era recalar en la ciudad con la familia ya formada, con varios hijos, que el marido se empleara como jornalero y que muchas de las esposas se dirigieran al lavadero. Todos habían nacido en el mismo lugar, habían sido bautizados en la misma parroquia y quizá, si habían tenido la oportunidad, habían ido a la misma escuela. Se habían casado en el pueblo y siguiendo lo que empezaba a convertirse en una tradición, se habían trasladado a la capital a edades similares, cuando se acercaban a la treintena, abandonaban la juventud y se hacía preciso buscar una forma de ganarse la vida. Era lógico que en un primer momento reaccionaran de forma similar, sobre todo porque muchas veces se apoyaban unos a otros y elaboraban estrategias y soluciones comunes ante los problemas.

Plano 3.3: Distribución de los inmigrantes de Santa Cruz de la Zarza residentes en el Ensanche Norte en 1880.



Los números indican el orden de llegada de los inmigrantes; en la leyenda se indica junto al nombre del cabeza de familia la fecha de entrada en Madrid. Tres no indicaban tal fecha y se señalan con las letras A, B y C. Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón Ensanche Norte, 1880.

La unidad y cohesión de los santacruceros en sus primeros años de vida en la ciudad no duraba para siempre. El paso del tiempo la fue erosionando inexorablemente. No era un proceso rápido pero, a la larga, los lazos de paisanaje estaban condenados a la disolución. Especialmente entre aquellos que habían llegado a edades más tiernas a la gran ciudad. No era lo mismo ser un inmigrante de treinta y pico años, ya casado y con hijos, que ser uno de estos últimos. Muchos de los inmigrantes de Santa Cruz residentes en el Ensanche Norte en 1880 habían entrado en la ciudad con menos de trece o catorce años, cuando aún eran críos. Algunos incluso había sido traído a costas cuando apenas eran recién nacidos. Aunque seguramente habían participado de la recreación de la vida del pueblo en la ciudad, pues sus padres se trataban con otros inmigrantes de Santa Cruz, su unión al lugar donde nacieron no podía ser tan fuerte. Probablemente se sentían más madrileños que santacruceros y la cohesión no era un objetivo para ellos. Mantenían el trato con sus paisanos, claro, pero no establecían sus relaciones exclusivamente con ellos. Se habían criado en la ciudad y los avatares de la vida habían provocado que otras influencias, ajenas a las de la gente del pueblo, fueran moldeando sus vidas y disolviendo aquel mundo cerrado y cohesionado en que se habían desarrollado los primeros años en la ciudad.

La familia de Guillermo Valle era un buen ejemplo. En 1860 Guillermo, que entonces tenía 42 años y llevaba tres como vecino de Madrid, vivía en una buhardilla de la carretera Mala de Francia. En su viaje desde Santa Cruz le habían acompañado su esposa Saturnina Caballero, también con 42 años, y ocho hijos, todos nacidos en el pueblo. El mayor de los hijos, Gregorio tenía 24 años en 1860; le seguían dos varones y cinco niñas, la mayor de las cuales tenía 16 años. Los chicos, decían trabajar todos como jornaleros y las chicas que iban a la escuela. Su historia era como la de cualquier otra familia santacrucera; había llegado toda la familia junta y a la hora de fijar la residencia lo habían hecho junto a la puerta de otros paisanos que vivían en el mismo edificio.

Veinte años después, en 1880, se habían producido profundos cambios en la vida de aquel hogar. Como toda familia pobre, se habían mudado de casa, aunque intentando no perder de vista las calles de los alrededores de los cementerios que tan bien conocían y en las que era fácil cruzarse con algún paisano. Guillermo Valle y su esposa Saturnina se alojaban ahora en el bajo de la calle Navas de Tolosa 23. La mayoría de los hijos habían abandonado el nido y sólo compartían casa con ellos dos de las niñas: Margarita, que a sus 28 años seguía siendo soltera, y Telesfora, la más pequeña de todas y que había nacido una vez ya instalados en la capital, a comienzos de los años 60. Acostumbrados a un hogar nutrido y, seguramente, incapaces de afrontar por sí solos el pago del alquiler, se habían visto obligados a compartir estancias con una joven pareja de madrileños que figuraban como realquilados junto a Guillermo Valle en la hoja del padrón. Era algo habitual entre los matrimonios ya en la vejez, cuyos hijos se habían casado y abandonado el hogar. Guillermo y Saturnina ya tenían 62 años y como Antonia Ayala, la alicantina que vivía en la calle Balmes, buscaban en los realquilados una compensación a la ausencia de sus hijos y de sus sueldos, que hasta entonces habían sido vitales para el sostenimiento de la economía familiar⁵².

De todas maneras Guillermo y Saturnina no estaban tan desasistidos; si habían optado por realquilar una habitación a unos desconocidos, quizá se debiera a que preferían la llegada de otros ingresos y no los de sus propios hijos. Porque lo cierto es que, al menos las niñas, al volar del nido familiar, tampoco habían tomado demasiada

⁵² Reconstrucción de la historia familiar de Guillermo Valle a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, caso nº 890 (vivienda de Carretera Mala de Francia nº 15, buhardilla) y padrón del Ensanche Norte, 1880, caso nº 3.887 (vivienda de la calle Navas de Tolosa 23, bajo).

distancia: a tres de sus hijas las tenían muy cerca, en realidad, encima de ellos. En el mismo edificio de las Navas de Tolosa 23 donde Guillermo y Saturnina residían, un gran caserón con patio en el centro y muchas viviendas alrededor, habían instalado su hogar tres de las hijas del matrimonio. Ahí estaba Antonia, que cuando llegó a Madrid tenía 16 años y, ahora, con 39 vivía con su marido Pedro, un obrero nacido en el mismísimo Madrid y la hija de ambos, ya con 18 años. En otras de las habitaciones estaba Eulogia, que sólo tenía 3 años al llegar a la ciudad; a sus 26 también estaba casada, con un inmigrante venido de tierras aragonesas, con el que tenía una niña recién nacida. Para completar el cuadro estaba Francisca, en el mismo patio, en una habitación tan pobre como las de sus hermanas y sus padres. Ella cuando oía hablar de los tiempos de la familia en Santa Cruz no podía dejar de sentirse ajena; tan sólo contaba un año cuando llegó a la capital y ahora con 24, compartía su vida con Martín, un jornalero de San Sebastián de los Reyes con el que ya había tenido una hija hacía cuatro años. No muy lejos, y andando la calle hacia donde Guillermo, Saturnina y su abundante descendencia habían tenido una de sus primeras residencias, era posible visitar a Magdalena, otra de las hijas del matrimonio. Vivía en Bravo Murillo, que era la misma calle en que vivían todos en 1860 pero con distinto nombre (la Carretera Mala de Francia se llamaba entonces). También se había casado y como todas sus hermanas con un trabajador a jornal; Antonio Novella, otro de los abundantes inmigrantes que uno se podía encontrar en el barrio y que en este caso venía de La Roda, Albacete⁵³.

La familia de Guillermo Valle y Saturnina Caballero mantenía por lo tanto las buenas costumbres de los santacruceros de vivir juntos y en cercanía y de apoyarse mutuamente para cuadrar las cuentas siempre imposibles del hogar. Las hijas casadas, cuando marchaban de casa, lo hacían para instalarse sólo unos metros más allá, en el mismo edificio o en el mismo patio. Ahora bien, la cohesión y la unidad de los inmigrantes de Santa Cruz de la Zarza no podían ser completas después de tantos años. Para empezar, las familias de los inmigrantes de aquel pueblo empezaban a perder ese halo de homogeneidad que habían tenido veinte años antes, cuando todos y cada uno de los integrantes, padres, madres e hijos, habían sido bautizados en la misma parroquia. Ninguna de las hijas de Guillermo y Saturnina se habían casado con un mozo del pueblo, a pesar de que los conocieran, pues había unos cuantos por el barrio. Por muchos que fueran, eran una minoría entre todos los chicos de Chamberí con los que podían trabar una relación; al final había pasado lo más lógico y eligieron por esposos a madrileños e inmigrantes de otras regiones. En el fondo, habían actuado como sus padres; a la hora de enlazarse habían buscado a un cónyuge que les fuera similar. Cuando las niñas llegaron a Madrid, apenas eran unas crías, y salvo la mayor, no habían tenido tiempo como para sentir que dejaban sus raíces en Santa Cruz. Percibían que los paisanos de sus padres eran los suyos, su gente, porque habían compartido mucho en la gran ciudad a lo largo de los años. Pero para las niñas había otros muchos más habitantes del barrio a los que se podían sentir cercanos, porque tenían en común una misma condición y experiencias similares: eran niños madrileños, hijos de inmigrantes que llegaban de otras provincias en plena juventud y se sentían a medio camino entre el pueblo del que venían sus padres y la ciudad donde lo aprendieron todo. Esos eran los jóvenes con los que las hijas de Guillermo y Saturnina se casaron.

La familia se mezclaba con gentes de otros pueblos y también se dispersaba en la ciudad. Por mucho que intentaran Guillermo y Saturnina mantener a sus hijas girando en estrecha órbita a su alrededor, no siempre era posible. A veces no se podía encontrar

⁵³ La reconstrucción de la evolución personal de las cuatro hijas de Guillermo Valle en AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880, casos nº 3901 (Antonia Valle), 3902 (Francisca Valle), 3913 (Eulogia Valle) y 4810 (Magdalena Valle).

una vivienda en el mismo edificio, otras era la llamada de un trabajo en otra parte de la ciudad lo que alejaba a los familiares. A los Valle ya les había pasado con Magdalena, una de sus hijas, que se había alejado un centenar de metros del edificio donde residían sus padres y sus hermanas. Pero mucho más con sus hijos varones, de los que no había ni rastro en el Ensanche Norte en 1880. Probablemente también se hubieran casado, con jóvenes conocidas en la ciudad y que, como en el caso de sus hermanas, no eran ya de aquel pueblo que tan unido había estado, Santa Cruz de la Zarza. Lo lógico es que, de haber buscado alguna proximidad, se hubieran acercado a las casas de sus suegros, de la misma manera que lo habían hecho los maridos de sus hermanas al avecindar con Guillermo y Saturnina. Vivirían en otro barrio, junto a otras familias de otros pueblos de los cientos que surtían el crecimiento demográfico de Madrid. Lo cierto es que eran los primeros que habían abandonado aquella comunidad en Chamberí en la que se había recreado la vida de Santa Cruz de la Zarza. Su marcha había sido el primer signo de una disolución que se aceleró pronto por otros factores: las hijas casadas con madrileños y varones de otros lugares, el progresivo alejamiento de alguna de ellas, la entrada de realquilados extraños en el hogar... Guillermo y Saturnina podían seguir sintiéndose en casa y reconfortados por tener a las hijas cerca, en el piso de arriba de su propia casa, pero ahora que eran ancianos, que veían la muerte cerca, también podían adivinar que el día que ellos no estuvieran, acabaría disolviéndose definitivamente aquella unión que había caracterizado la vida de las gentes de su pueblo en la gran ciudad.

La reconstrucción de la comunidad en la gran ciudad

En la segunda mitad del siglo XIX Madrid se estaba convirtiendo en una gran ciudad gracias al aluvión de gentes venidas de muy distintos rincones del país. En el centro de la península se había creado un potente desagüe al que venían a parar las corrientes de gentes que expulsaba un campo exhausto e incapaz de alimentar a todos sus hijos⁵⁴. Las riadas migratorias confluían en el centro cada una con una fuerza y un volumen distinto. No se trataba de corrientes similares. Madrid no seleccionaba, al menos en lo que se refería al caudal principal de inmigrantes⁵⁵. La capital no tenía un tipo característico de inmigrante, porque la llegada de habitantes no había sido realmente provocada por la capital sino por las provincias incapaces de asumir tanta gente en su seno. La forma en que llegaba un inmigrante dependía mucho del lugar del que procediera, de los perfiles

⁵⁴ SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: "Las emigraciones interiores en España durante los siglos XIX y XX: una revisión bibliográfica", *Ager, Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, nº 2, 2002, pp. 227-248.

⁵⁵ Parece necesario aplicar al caso madrileño las críticas hechas a la teoría neoclásica de las migraciones interiores. El trasvase de la población rural hacia los centros urbanos en la España del siglo XIX no fue un proceso armónico en que se compensaba la sobreabundancia de mano de obra en el campo con una potente demanda en las ciudades que la absorbiera. En términos generales, Madrid no generaba la atracción por las grandes oportunidades objetivas de inserción y la gente que llegaba a la capital no lo hacía tanto por un cálculo racional de expectativas económicas en el que apreciara un mejor futuro en la ciudad como por la imposibilidad de subsistir por más tiempo en sus lugares de origen. En definitiva, fue la expulsión de las comunidades rurales lo que provocó que tanta gente llegara a la ciudad. Para seguir el debate, HAREVEN, Tamara K.: "Historia de la familia y la complejidad del cambio social" en *Revista de Demografía Histórica*, Vol. 13, nº 1(1995), pp. 99-150; CAMPS I CURÁ, Enriqueta: *La formación del mercado... Ob. Cit.* MENDIOLA GONZALO, Fernando: *Inmigración, familia...*; GARCÍA ABAD, Rocío: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2005; GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y ZÁRRAGA, Karmele: *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Bilbao, UPV, 1996.

que hubiesen adquirido en su tierra de origen, la pobreza y de los mecanismos por los que allí se decidía quién se quedaba y quién se marchaba del pueblo. Estaban los que llegaban solos y por una temporada, como las muchachas de servir que abandonaban su hogar por unos años para ahorrar una boca que alimentar a sus padres y de paso conseguir unas monedas. Estaban las familias que venían en bloque, con hijos y sin posibilidad de retorno, empeñados en labrarse un futuro en la ciudad. Los había que simplemente llegaban rebotados de todos los sitios, como la familia de Antonia Ayala, que deambuló por las provincias un par de décadas antes de asentarse en Chamberí. Cada uno traía la impronta del lugar en que había nacido y que le acompañaba en los primeros años de vida en la ciudad. Era sólo después, en el remolino creado por tan diversas corrientes migratorias, cuando se iban perdiendo poco a poco, por efecto de la erosión, los perfiles de la provincia y se adquiría ese aspecto común que tenían todos los habitantes de Madrid. Como cantos rodados, los inmigrantes que a su llegada llamaban tanto la atención por los rasgos y costumbres que traían de su pueblo, acababan adquiriendo un aire que las hacía confundirse con el resto de los habitantes. Dejaban de ser forasteros para convertirse en madrileños.

Resultaba lógico que el paso del tiempo desgastara la unión entre los inmigrantes de Santa Cruz de la Zarza. La identidad entre ellos era muy intensa en los primeros tiempos; habían nacido y vivido en el mismo pueblo y se encontraban en las mismas calles. Era natural que se ayudaran y relacionaran, pero a la larga también lo era que se disolvieran. Una segunda generación de santacruceños no encontraría tantos paisanos como para mantenerse como una comunidad cerrada; los hijos de los inmigrantes, que también lo eran, se veían obligados a abrirse a la gente que tenían a su alrededor, a mezclarse con otras personas y con ello se iba diluyendo el sentimiento de revivir el pueblo que podían haber tenido en los primeros tiempos en la gran ciudad. Poco a poco se volvían madrileños y el vínculo del paisanaje se debilitaba hasta desaparecer, muchas veces al mismo tiempo que dejaban la escena los pioneros, los primeros inmigrantes que, como Guillermo y Saturnina en el caso de Santa Cruz, habían sido el elemento común de unión entre paisanos.

En otras ocasiones, la identidad entre paisanos podía gozar de una vida más larga y vigorosa e incluso reforzarse en la ciudad, creando vínculos donde antes no existían. Todo dependía de la amplitud de miras con las que cada uno estuviera dispuesto a buscar a sus iguales y a sus paisanos en el gran batiburrillo de acentos y de personas que era el Madrid de finales del siglo XIX. Si en vez de limitarse a buscar a los de la misma parroquia y el mismo pueblo, se aceptaba como paisano al de la comarca, la provincia o, incluso la región, detrás de cualquier esquina era fácil que el inmigrante se topara con uno de los suyos. Sobre todo si el inmigrante procedía de una región con tan abundante representación en las calles de Madrid como los asturianos y los gallegos, que eran legión en cualquier barrio de la capital y, como no, también en Chamberí⁵⁶.

⁵⁶ La abundancia de inmigrantes de estas dos provincias en toda la ciudad está confirmada por los datos que arrojan en el conjunto del Ensanche (incluidas las zonas Este y Sur), donde los naturales de Oviedo suponían el 5,29% de toda la población en 1860 y 3,47% en 1880; los nacidos en Lugo representaban el 3,41% y el 2,40% respectivamente. Un cuadro completo de la procedencia de los habitantes del Ensanche en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008. Existen datos para el conjunto de la ciudad que ofrecen cifras similares, TORO MÉRIDA, Julián: "El modelo demográfico madrileño", *Historia 16*, nº 59, pp. 44-51; FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "La población madrileña", *Ob. Cit.*, para los datos de 1886 referentes a toda la ciudad. La larga tradición de la corriente migratoria procedente de la cornisa cantábrica es además señalada por SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Madrid, Siglo XXI, 1994.

De la cornisa cantábrica partía una de las corrientes migratorias que con más vigor y caudal se dirigían a Madrid. El fenómeno no era nuevo; los asturianos y los gallegos y, entre estos últimos, los nacidos en la provincia de Lugo, habían sido siempre abundantes en la capital. Se trataba de un tipo de migración peculiar, que respondía a estrategias económicas familiares tradicionales. A diferencia de lo que ocurría con las familias de un pueblo toledano como Santa Cruz de la Zarza, que se dirigían a Madrid en grupo, lo propio de los inmigrantes asturianos y lucenses era llegar en solitario y cuando eran jóvenes⁵⁷. En el fondo, eran características que se derivaban de las estrategias familiares de los lugares que procedían. Eran hijos segundones, sin acceso a la suficiente tierra como para sacar adelante una familia y que optaban por una solución muy arraigada en su región: la emigración, la búsqueda de fortuna en otro lugar. Aunque en su mayoría eran varones, el número de mujeres que elegían salir de Asturias o de Lugo y dirigirse hacia Madrid era también abundante. Las jóvenes asturianas y lucenses sabían bien a lo que venían: la capital demandaba constantemente la llegada de muchachas dispuestas para servir y colocarse en una casa como criada para todo. Mientras estuvieran en la veintena, la ciudad les ofrecía la posibilidad de obtener un sueldo relativamente bueno y esquivar la pobreza que les amenazaba en sus pueblos⁵⁸.

Tabla 3.8: Inmigrantes de Lugo y Oviedo en el Ensanche Norte en 1860 – 1880				
1860	Lugo		Oviedo	
Total	164	3,26% del total de Chamberí	286	5,69% del total de Chamberí
Sexo	Hombres	mujeres	hombres	Mujeres
Absoluto	116	48	176	110
En porcentaje	70,70%	29,13%	61,50%	38,50%
1880	Lugo		Oviedo	
Total	621	2,62% del total de Chamberí	868	3,66% del total de Chamberí
Sexo	Hombres	mujeres	hombres	Mujeres
Absoluto	364	257	462	406
En porcentaje	58,60%	41,40%	53,20%	46,80%

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860 y 1880

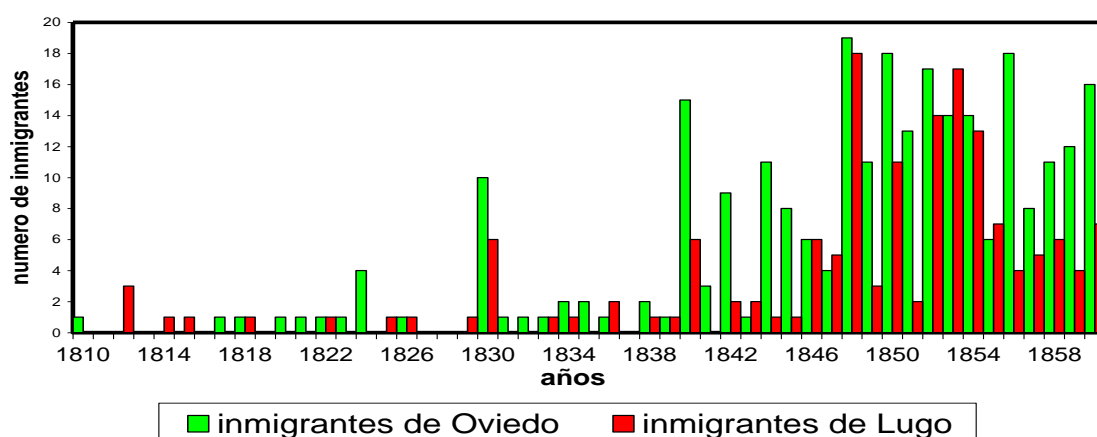
Lo mismo hombres que mujeres, jornaleros que criadas, lo más llamativo de la inmigración gallega y asturiana era su particular perfil demográfico. Eran jóvenes y solteros venidos de tierras lejanas. Había muchos otros jóvenes que circulaban por la ciudad, que buscaban empleos similares a los de estos inmigrantes del norte pero, por lo general, se trataba de gentes venidas de tierras relativamente cercanas, de la propia provincia de Madrid o de las que las rodeaban. La comunicación entre las ciudades y sus alrededores era muy parecida en todos sitios; los jóvenes de los pueblos cercanos a un centro urbano, en caso de necesidad, se dirigían frecuentemente a sus calles para aliviar las estrecheces de las economías de sus padres. El chico podía emplearse como

⁵⁷ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Un hogar abierto: familias inmigrantes en el crecimiento de Madrid a través de un caso de estudio, Chamberí 1860-1905”, en *Actas del Congreso Internacional Familia y Organización Social en Europa y América, Siglos XV-XX*, (en prensa). VILLARES PAZ, Ramón: “La desamortización de bienes del clero regular en la provincia de Lugo, 1837-1851: su influencia en la transformación de la propiedad territorial” en ALONSO ROMERO, María Paz: *Desamortización y Hacienda Pública*, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1986, vol. 1, pp. 563-579.

⁵⁸ La importancia del mercado laboral asociado al servicio doméstico como factor de atracción de población a Madrid en SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas... Ob. Cit.*

mozo de comercio, la chica como criada. Era una solución temporal, para unos meses o unos años, pero generalmente se contaba con la vuelta al pueblo, que no estaba tan lejos y con el que no se habían cortado definitivamente los lazos. Si la cosa era más grave y había que abandonar el pueblo definitivamente, se procedía a soluciones como las de los habitantes de Santa Cruz de la Zarza; a inmigrar en grupo, cuando los jóvenes ya estaban casados y muchas veces habían tenido hijos.

Gráfico 3.8: fecha de llegada de los inmigrantes de Oviedo y Lugo residentes en el Ensanche Norte en 1860



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860.

El caso de asturianos y gallegos era llamativo porque combinaban rasgos de ambos tipos de migración. Por un lado partían siendo jóvenes y solteros, como tantos otros emigrantes del campo español, pero en vez de dirigirse hacia una ciudad cercana, muchos de ellos recalaban en Madrid, a varios centenares de kilómetros del lugar en el que habían nacido. Podían llegar con las intenciones de trabajar sólo una temporada en la gran ciudad, el tiempo justo para ahorrar el dinero que les permitiera volver a su tierra; de hecho buscaban los empleos en que se solían colocar los jóvenes de otros lugares, como criadas, como dependientes. Pero lo cierto es que debían saber que existían pocas probabilidades de regresar a su tierra. Venían de allí, y antes de que lo hicieran ellos, habían visto a muchos marchar y no regresar a pesar de sus promesas e intenciones. Todos los años llegaban asturianos y lucenses a Madrid, en un trasvase constante y corriente que desde hacía décadas había ido aliviando a las provincias del norte de los jóvenes que les sobraban y los iba destinando a la capital, en teoría por una temporada, en la práctica para el resto de sus vidas⁵⁹.

⁵⁹ El perfil de los inmigrantes llegados de Lugo y Oviedo se basa en el análisis de los datos de aquellos cuyo tiempo de residencia no era superior a los tres años; de esta manera se puede realizar un acercamiento a la situación vital en su momento de llegada. Las cifras arrojan una mayoría abundante de jóvenes y solteros. Detalles de este análisis pueden ser consultados en PALLOL TRIGUEROS, Rubén: "Un hogar abierto: familias inmigrantes en el crecimiento de Madrid a través de un caso de estudio, Chamberí 1860-1905", en *Actas del Congreso Internacional Familia y Organización Social en Europa y América, Siglos XV-XX*, (en prensa). Resulta difícil medir el porcentaje de todos los inmigrantes que llegados de estas regiones, se establecían definitivamente en la ciudad. Los datos ofrecidos por los padrones y otros registros de población no reflejan las salidas ni las bajas. Por otro lado, la posibilidad de que se trasladaran a otros barrios de la ciudad, hace desestimar el cruce de información entre los padrones de 1860 y 1880 para comprobar cuántos permanecían entre ambas fechas. Sin embargo, el gráfico presentado parece indicar que los inmigrantes de estas provincias tendían a permanecer muchos años en la capital; una gran parte llevaban residiendo en Madrid más de cinco años y son abundantes los que indican más de diez años, tiempo suficiente para considerarlos como inmigrantes de larga estancia.

Francisco Fernández fue uno de ellos. Había nacido en 1823 en Otur, un pequeño concejo de la costa asturiana. Con tan sólo 19 años partió de su pueblo, como tantos otros y llegó a la capital en el año de 1842. Como cualquiera de sus paisanos que llegaban a Madrid por aquel entonces, trabajó duro en los primeros años. Aprendió un oficio y se hizo panadero, un empleo que había de venir bien a un joven como él, que había llegado solo a la ciudad y que no tenía familia que lo hospedara. Los trabajadores de panadería solían dormir en la tahona, en un cuarto aparte o en los mismos obradores. Era una vida dura, pero tenía sus compensaciones. Con el sueldo venían incluidos el alojamiento y la manutención. Además Francisco tuvo suerte. Cayó en gracia. Ya fuera por su pericia como trabajador, ya por su responsabilidad o por su simpatía, el caso es que se llevaba bien con su patrón y con la hija de este. Al final, se acabó casando con Braulia, la hija del tahonero y se puso al frente de la tahona. Cuando estaba a punto de abandonar la juventud logró franquear al mismo tiempo el umbral que separaba a los solteros de los casados y el que dividía a los panaderos entre meros trabajadores e industriales⁶⁰.

El futuro de Francisco se resolvió en el mismo lugar que el de Benigno Castro el farmacéutico. De hecho sus vidas arrojaban ciertos paralelismos. Los dos eran muchachos venidos de provincias en su juventud a la búsqueda de trabajo en la capital y los dos consiguieron una posición desahogada haciendo negocios en el barrio de Chamberí. Quizá Francisco contó con más ayuda inicial, porque en realidad fue su suegro el que puso la base de su prosperidad. Braulia, la que acabaría siendo la esposa de Francisco, era hija de uno de los primeros habitantes del arrabal. Tomás de la Cuadra, que así se llamaba el suegro de Francisco, había llegado con su familia a Madrid a mediados de los años treinta, procedente del pueblo cántabro de Limpias. A finales de los años cuarenta, juntó sus ahorros y compró un terreno en las afueras norte de la ciudad, allá por donde habían comenzado a construir los prominentes cubanos Andrés Arango y Francisco Drake del Castillo. En 1849, don Tomás se lanzó también a la edificación y presentó en el Ayuntamiento los planos de un enorme caserón que había de ser edificado en el cruce de la calle Cardenal Cisneros con el Paseo de La Habana (hoy calle Eloy Gonzalo). Como todas las viviendas que se extendían en hilera por la calle Cardenal Cisneros, era de fábrica modesta, de tan solo una planta y con una fachada sobria, más parecida a una casa de pueblo que a la de una ciudad. Pero lo suficientemente grande como albergar en ella varios hornos de cocer pan y poder alojar a unos cuantos trabajadores⁶¹.

En 1850, Francisco, el joven de la parroquia asturiana de Otur, ya estaba allí. Al poco tiempo se casó con Braulia, la hija del dueño y en 1851 tuvieron la primera hija, Manuela. Francisco y Braulia eran jóvenes, ambos tenían 28 años y todavía habían de llevar su vida matrimonial y el negocio de la panadería bajo la atenta mirada de don Tomás. Pero sabían que les esperaba un próspero futuro por delante. Heredarían la panadería y con ella una fuente de ingresos que no dejaría de crecer con los años. Chamberí acababa prácticamente de echar a andar en la Historia. En la década de los cincuenta era un pequeño arrabal, pero las construcciones iban surgiendo poco a poco

⁶⁰ El análisis de las redes migratorias y los mecanismos de inserción en Madrid de asturianos y lucenese que se presenta a continuación se basa en el estudio intensivo de la panadería de Francisco Fernández. Para ello se han consultado las hojas de empadronamiento que se conservan de su negocio de su negocio entre 1860 y 1881. Como se señala más tarde, la panadería tuvo dos direcciones: la primera en el Paseo de La Habana nº 4 y de la que se conservan las hojas de padrón de 1860, 1861, 1862, 1863, 1865, 1866 y 1867. En 1868 la panadería fue trasladada a Paseo de La Habana 9, de las que se conservan las hojas de 1868, 1869, 1871, 1872, 1873, 1874, 1875, 1877, 1879, 1880 y 1881. Todos los datos en AVM, Estadística, padrones del Ensanche Norte, años de 1860-1863, 1865-1869, 1871-1875, 1877, 1879-1881.

⁶¹ La construcción del edificio de la panadería a partir de AVM, Secretaría, 4-63-60.

en calles como la del Cardenal Cisneros. La panadería de la familia de la Cuadra era la que abastecía a los habitantes del arrabal, y no era ingenuo pensar que el barrio crecería con los años, y por lo tanto se multiplicarían los compradores de pan.

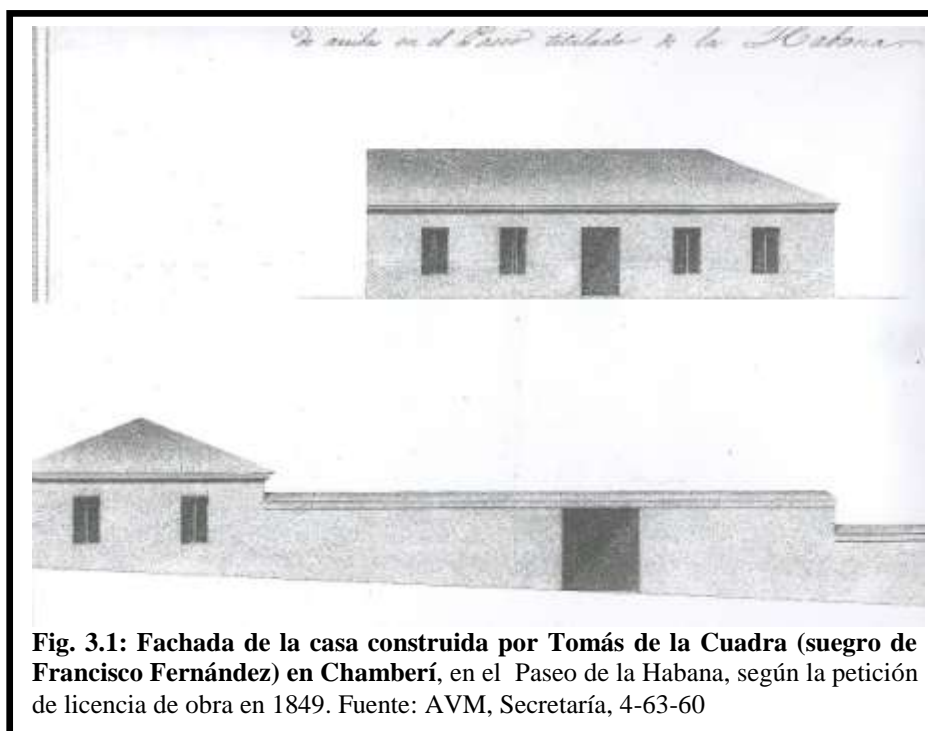


Fig. 3.1: Fachada de la casa construida por Tomás de la Cuadra (suegro de Francisco Fernández) en Chamberí, en el Paseo de la Habana, según la petición de licencia de obra en 1849. Fuente: AVM, Secretaría, 4-63-60

Francisco y Braulia alcanzaron la madurez más o menos en el mismo momento que Benigno el farmacéutico y su esposa Ramona. Hacia 1860, cuando se estaba decidiendo en las dependencias de Fomento el futuro del arrabal de Chamberí, el inmigrante asturiano y su mujer figuraban entre los vecinos más distinguidos del barrio. Era una de esas familias jóvenes, que como la de los dueños de la botica, se habían lanzado a la conquista de las afueras de la capital. Su hogar presentaba los rasgos típicos de las familias de la zona y que producían aquel particular efecto en la población: casi todos los cabezas de familia eran forasteros, inmigrantes que habían logrado acomodarse en la ciudad y, en cambio, los hijos, la mayoría sin haber cumplido los diez años, eran madrileños. Tomás, el padre de Braulia, había muerto ya y la propiedad de la tahona había pasado a manos de Francisco y de su esposa, que acababan de cumplir 37 años. A Manuela, la hija que habían tenido en 1851, se había unido Petra, nacida en 1854 y bautizada en la iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel, que se alzaba en la misma calle que el negocio familiar, al fondo del Paseo de La Habana. Francisco, como Benigno por aquel tiempo, podía salir a la puerta de su negocio cada mañana y sentirse satisfecho de todo lo que había conseguido.

Tenía razones para sentirse afortunado. Las cosas le habían ido bien. Había pasado de ser uno de tantos muchachos que abandonaban su pueblo cuando todavía no habían cumplido los veinte años, a convertirse en un próspero comerciante en la capital del reino. Sabía que lo suyo era una excepción. A lo largo de sus años en Madrid había tenido ocasión de conocer a muchos paisanos suyos que habían llegado en las mismas condiciones y con las mismas esperanzas y que habían tenido un destino muy diferente. Casi ninguno había conseguido alcanzarle; se habían visto obligados a conformarse con algo menos. Seguir siendo trabajadores a jornal en panaderías, como aguadores o arrieros. Alguno que otro también había conseguido convertirse en propietario de un

negocio; ahí estaba Manuel Menéndez, el dueño de los ultramarinos de la calle Castillo, que también era asturiano y se había convertido en una de las figuras señeras de Chamberí, guerreando con la Administración para que no derrumbaran su casa. Pero eran excepciones. Para comprobarlo, Francisco no tenía que irse muy lejos. Tenía ejemplos de cuál era la suerte tradicionalmente reservada a los inmigrantes asturianos muy cerca, en su propia casa, entre sus propios trabajadores.

Aquel diciembre de 1860, en el edificio del número 4 del Paseo de la Habana, además de Francisco, su esposa Braulia y las niñas Manuela y Petra, residían otras nueve personas. Francisco, como la mayoría de los tahoneros con negocio abierto en Madrid, alojaba a una parte de sus trabajadores en los obradores. Estaba Gabriela, una muchacha de 17 años de su propio pueblo, Otur, a la que tenían empleada como criada en la casa; y luego estaban los ocho panaderos que trabajaban para él. Todos eran asturianos. Unos llevaban más tiempo que otros en la ciudad, pero compartían los mismos rasgos y condición. Eran jóvenes y solteros; sus edades iban desde los 15 años que acababa de cumplir Vitorio, un muchacho de Larreberdosa, hasta los 29 años de Damián, que había inmigrado desde el concejo de Villar hacía ya unos 6 años. Obviamente, aquellos ocho trabajadores a los que empleaba no tendrían la misma suerte que él. Todos no podían casarse con la hija del tahonero y pasar de ser trabajador a propietario del negocio. De hecho, es probable que ninguno de ellos lo hiciera, porque Francisco ambicionaba un futuro muy distinto para sus hijas. En fin, no todos podían tener su suerte⁶².

Independientemente de si lo consideraba justo o no, la vida era así. Desde Asturias llegaban muchos jóvenes solteros huyendo de la pobreza, con la esperanza de que en la capital pudieran subir unos pocos peldaños para acceder a una vida más cómoda. Sólo unos pocos lo conseguían. Lo normal es que los paisanos que llegaban a trabajar en su tahona sólo aguantaran un par de años, a lo sumo tres, pues las condiciones de existencia acababan haciéndose insoportables. Era difícil soportar más de ese tiempo tal vida de acuartelamiento, compartiendo jergón y habitación con seis o siete solteros más. Levantándose para trabajar en el mismo sitio en que se dormía, sufriendo el calor insoportable de los hornos y cayendo derrotado todas las noches entre sacos de harina y recortes de pan mal cocido. Habitualmente, los panaderos acababan emigrando de la tahona pasado un tiempo, ya para emplearse en otra, sólo por cambiar un poco de aires, ya porque decidían probar fortuna en otro de los muchos trabajos duros y mal pagados que ofrecía la ciudad.

Francisco tuvo ocasión de ver como se repetía la misma historia decenas de veces. Si Benigno Castro había asistido en su botica a un continuo desfile de criadas y mancebos que entraban un año por su puerta para volver a cruzarla al siguiente, en el caso de la panadería de Francisco el movimiento de trabajadores se hacía todavía más multitudinario. Entre 1860 y 1880, siempre regentó la panadería y por ella pasaron al menos 66 trabajadores distintos⁶³. Seguramente fueron más, pues algunos no permanecían más que unos meses y sus nombres y sus caras se perdían en la memoria. Otros, además, no vivían con él, en la tahona, sino en cualquiera de los cuartuchos de alquiler barato que había por la zona. Era fácil perder la cuenta, sobre todo porque, al

⁶² AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, caso nº 391.

⁶³ La cifra de 66 trabajadores ha de ser necesariamente muy inferior a la realidad. Para empezar hay varias hojas del empadronamiento que no se han conservado (1864, 1870, 1876 y 1878). Por otro lado, en aquel tiempo no se consignaban en el padrón las altas y bajas producidas a lo largo del año, sino únicamente a las personas que tenían residencia en un lugar concreto entre el 31 de diciembre y el 1 de enero, momento en que se hacía el registro. Es muy probable que entre los trabajadores de Francisco Fernández hubiera muchos que no se alojaron en la casa más que unos meses y que no coincidieran con la fecha del pemadronamiento.

fin y al cabo, eran todos demasiados parecidos; gallegos y asturianos en su mayoría, muchos venidos de los mismos pueblos y a las mismas edades, con las mismas preocupaciones y las mismas costumbres en el momento en que entraron por las puertas de Madrid. Toda una legión de Franciscos Fernández, Ramones García, Josés Pérez... cuyos nombres, apellidos y pueblos de nacimiento se repetían hasta hacerlos indistinguibles en su recuerdo.

Tabla 3.9: Panaderos en la tahona de Francisco Fernández y Braulia de la Cuadra (1860-1880)							
provincia de origen		edad de llegada a Madrid		estado civil (en la panadería)		tiempo de residencia en la panadería*	
Ciudad Real	1	menos de 15 años	7	solteros	58	1 año aprox.	39
Córdoba	1	15 a 19 años	19	casados	7	2 años aprox.	13
Coruña	1	20 a 24 años	20	viudos	1	3 años aprox.	8
León	2	25 a 29 años	12			4 años aprox.	3
Lugo	21	30 años y más	6			5 años aprox.	1
Madrid	1	no indica edad	2			6 años aprox.	2
Oviedo	39						

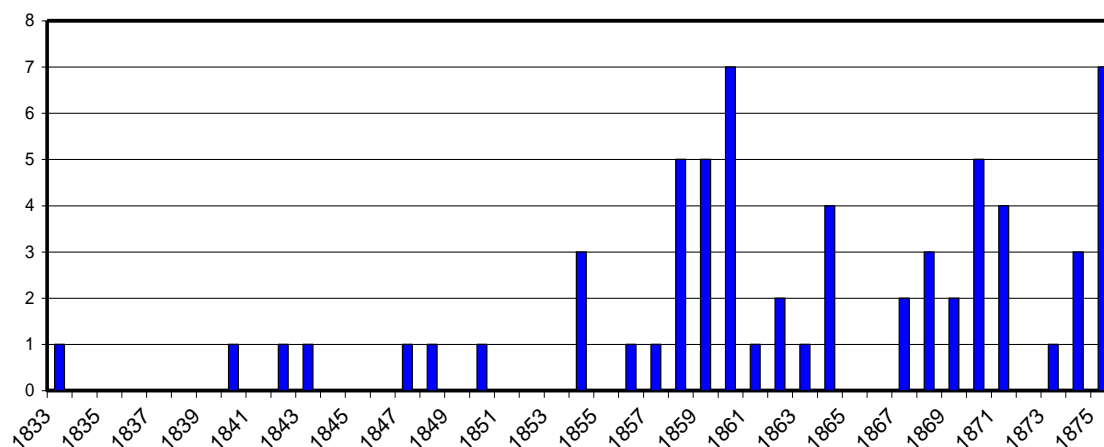
Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrones de 1860-1863, 1865-1869, 1871-1875, 1877, 1879-1881. * Fichas de padrón en las que se registran

A algunos, claro que los conocía; tenían los rasgos de sus padres y de sus hermanos, que le eran muy familiares. 19 jóvenes del pueblo de Francisco, Otur, pasaron por su panadería en aquellas dos décadas; y alguno que otro más venía de las parroquias de alrededor. Hasta el pequeño concejo costero del que había salido a principios de los años cuarenta, llegaban los ecos de su prosperidad y de su triunfo. Sus antiguos vecinos, sus familiares, sabían bien que Francisco, aquel joven de 19 años que un día cogió el camino hacia Madrid, tenía desde los 25 una panadería a su cargo y que ahora se había convertido en su propiedad. Así que, cuando la vida apretaba, cuando no había trabajo y en el hogar las bocas que alimentar superaban el número de jornales que entraban por la puerta, los vecinos de Otur enviaban a alguno de sus hijos a casa de Francisco, el panadero madrileño que hasta hacía poco había vivido entre ellos.

Francisco los recibía a gusto. Le llamaba la responsabilidad de ayudar a aquellos muchachos que se encontraban en la misma situación que él hacía unos cuantos años, y a los que se sentía unido, además, por los lazos que creaba el haber nacido en la misma parroquia, cuando no porque eran sus familiares más o menos cercanos. También le producía un cierto orgullo presentarse ante ellos y sus familias como su protector, como el generoso paisano que les proporcionaba trabajo, comida y techo a aquellos jóvenes cuando llegaban a la capital. Él era el que les daba un primer empleo, el que les facilitaba la primera ayuda con la que construirse su vida en la gran ciudad, y seguramente, allá a lo lejos, en las parroquias de la costa de las que todos aquellos panaderos procedían, se extendía la fama de Francisco Fernández, el tahonero que siempre tendría un hueco en su negocio al recién llegado desde los alrededores de Otur. En el buen recibimiento que el próspero panadero daba a sus paisanos tampoco había que descartar motivaciones que estaban menos relacionadas con la generosidad y más con el interés. A Francisco le venía bien esa continua corriente de jóvenes de su pueblo que se dirigían a la capital y llamaban a su puerta. Como patrón de una tahona, no podía desear una mano de obra mejor. A algunos los conocía, porque eran medio parientes o, al menos, familiares de algún conocido del pueblo. Sabía cuál era la situación de todos ellos, la intensidad de la miseria que les había empujado hasta allí y sobre todo cuánto valoraban aquel trabajo: a ninguno de sus panaderos asturianos le interesaba enfrentarse

a un patrón del que eran medio familia y al que probablemente sus hermanos pequeños, sus primos o sus cuñados, tendrían que pedir algún día trabajo si se decidían también ellos a venir a Madrid.

Gráfico 3.9: año de llegada a Madrid de los trabajadores de la tahona Fernández - de la Cuadra



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrones de 1860-1863, 1865-1869, 1871-1875, 1877, 1879-1881. En el cuadro se refleja el año de llegada a Madrid de los trabajadores que lo indican independientemente del momento en que estuvieran presentes en la panadería. Así, se puede ver que no todos los panaderos habían llegado mientras el negocio era regentado por Francisco. Aún así, el gráfico muestra la constancia de la corriente migratoria desde Lugo y Asturias.

A Francisco nunca le faltaron trabajadores que se quisieran emplear en su tahona. Todos los años llegaba algún inmigrante, y aunque no siempre afluían en la misma cantidad, en su casa nunca tuvo a menos de 6 o 7 hospedados y contratados. Su fama se extendía por los pueblos de los alrededores de Otur; era el contacto de la provincia en Madrid para habitantes de muchas parroquias. Al mismo tiempo, los trabajadores que ya habían pasado por su tahona y se empleaban en otra de la capital contaban a sus nuevos compañeros dónde estaba la de Francisco Fernández, el de Otur. Cada vez eran más los panaderos que la conocían y se dirigían a ella en el caso de que necesitaran un jornal. Los inmigrantes de Otur que habían trabajado con Francisco se juntaban con otros panaderos de otras regiones en otras tahonas y contribuían a extender por la capital el nombre de su antiguo patrón. Así comenzaron a llegar a la tahona del número 4 del Paseo de la Habana, gentes de otros valles y otras parroquias distintas; hasta de otras provincias. En 1861, Francisco contaba entre sus trabajadores a tres panaderos nacidos en la provincia de Lugo. Los tres llevaban ya varios años residiendo y trabajando en la ciudad, como tantos otros inmigrantes lucenses que, como los asturianos, tenían predilección por emplearse en la panadería⁶⁴. De hecho, asturianos y lucenses no se distinguían mucho; en el fondo se trataba de gentes de regiones vecinas en un tiempo en que las fronteras no eran tan tajantes ni tan claras. Poco debieron destacar entre los

⁶⁴ En 1861, residían once personas en la panadería Francisco Fernández. Él, que figuraba como cabeza de familia, su esposa, sus hijas Manuela y Petra y la criada Gabriela Rodríguez. Tenía a seis panaderos alojados con él; tres de ellos eran asturianos, de su mismo pueblo Otur. Los otros tres eran Manuel García, de un pueblo de Lugo sin identificar; Juan López, de 19 años y nacido en Santa Eulalia, Lugo, y Lorenzo López, de edad desconocida y nacido en Cobas, Lugo. AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1861.

trabajadores asturianos aquellos tres primeros panaderos de Lugo que contrataba Francisco, pero seguro que contribuyeron decididamente a que en los siguientes años fuera cada vez más corriente que el patrón contratara a más inmigrante de su provincia. Entre 1860 y 1880, fueron al menos 21 los panaderos lucenses que pasaron por el negocio.

El número de trabajadores potenciales que Francisco podía contratar crecía con el tiempo. La relación virtuosa entre el papel que ejercía como receptor de la inmigración y el de patrón de aquellos muchachos estaba dando muy buenos resultados. Hasta tal punto marchaban bien sus negocios que a comienzos de 1868, cuando su vecino Benigno y otras figuras prominentes del barrio se mostraban preocupados por el futuro de sus tiendas y viviendas, Francisco no lo dudó y decidió expandir su panadería. La vieja tahona que había heredado de su suegro Tomás de la Cuadra se le estaba quedando pequeña y decidió trasladarse a otra. No fue muy lejos, abrió el nuevo establecimiento en la acera de enfrente, en el Paseo de La Habana nº 9. Mientras tanto, el viejo edificio del nº 4 se lo alquiló a otro panadero, Ezequiel Ceinos, un vallisoletano que hasta entonces regentaba un despacho de pan en la calle Santa Engracia, a unos centenares de metros de allí⁶⁵.

Poco a poco, Francisco Fernández, aquel muchacho de 19 años que había llegado un lejano día a Madrid desde Asturias, había creado un pequeño emporio en el Paseo de La Habana. Había sabido llevar hacia su molino la corriente migratoria de la que años atrás él había formado parte y convertir una huida de la pobreza en una fuente de riqueza y beneficio. Al mismo tiempo había contribuido a fomentar un poco más la inmigración que desde tantas parroquias asturianas y lucenses corría hacia Madrid. Todavía más, Francisco también había contribuido decisivamente a que la migración de sus paisanos se hiciera en mejores condiciones o a que, por lo menos, pareciera un viaje menos traumático, porque al llegar a la ciudad siempre dispondrían de un lugar dónde encontrar un trabajo. Los inmigrantes asturianos y lucenses contaban con que algunos de sus paisanos les podrían ayudar, sino como patrones, como compañeros, indicándoles dónde emplearse. En 1880, la abundancia de inmigrantes noroccidentales trabajando en la panadería en el Ensanche Norte era tal, que podía considerarse que el mercado de contratación en tahonas y hornos de cocer pan estaba prácticamente en sus manos. Así lo debió sentir el propio Ezequiel Ceinos, el industrial vallisoletano que se hizo cargo de la antigua tahona de Francisco Fernández en 1868: a la hora de buscar empleados y trabajadores, tuvo que aceptar, de mejor o peor grado, que todos fueran de las tierras de las que había venido la persona que le alquilaba el local. El primer año que

⁶⁵ En 1868, la familia Fernández – de la Cuadra ya no aparece empadronada en el paseo de la Habana nº 4 sino en el nº 9. En su lugar aparece Ezequiel Ceinos y familia, también tahonero. La estructura del negocio apenas había cambiado; a parte de sus dos hijos y una sobrina (Ezequiel Ceinos era viudo en 1868), en la antigua panadería de Francisco Fernández aparecen empadronados doce trabajadores. Una sirvienta natural de Soria y once panaderos, entre ellos siete de la provincia de Oviedo, tres Lugo y uno de Coruña. Sumados a los trece que entonces tenía empleados Francisco Fernández en el número 9, son veinticuatro trabajadores de tahona en la misma calle, de los cuales la inmensa mayoría eran asturianos (14) o lucenses (7). Por otro lado, Ezequiel Ceinos era un pequeño comerciante con larga actividad en el barrio; en el padrón de 1860 ya aparece registrado en Santa Engracia 48 (caso nº 291) y decía haber llegado a Madrid en 1850. Entre 1860 y 1868 permaneció en la panadería de Santa Engracia, en la que nunca tuvo trabajadores empadronados; fue a partir del traslado a Paseo de La Habana 4 cuando aparecen los trabajadores lucenses y asturianos en su negocio. Para la reconstrucción de la vida familiar de Ezequiel Ceinos se han consultado las hojas de padrón de Santa Engracia 48 en los años 1860, 1862, 1863, 1865, 1866, 1867 y las de la casa de Paseo de La Habana 4 en 1868, 1869, 1871, 1872, 1873, 1874, 1875, 1878, 1879, 1880 y 1881. Una estadística similar a la realizada con la panadería de Francisco Fernández ofrecería similares muestras de una presencia abrumadora de panaderos de Oviedo y Lugo, con la diferencia de que en el negocio de Ceinos eran los gallegos más numerosos.

estuvo al frente de la panadería, Ceinos tenía once trabajadores viviendo bajo el mismo techo que él: siete habían nacido en la provincia de Oviedo (incluido uno en el pueblo de Otur), tres en la de Lugo y el último en La Coruña⁶⁶.

El control que los trabajadores de Lugo y Oviedo ejercían sobre el mercado de contratación en el sector de la panadería, hacía comprensible la existencia del flujo constante de jóvenes que concurrían a Madrid desde estas dos provincias. En los alrededores de Chamberí era la panadería, pero en otras zonas de la capital y para regiones asturianas y gallegas diferentes a los entornos directos del pueblo de Otur, eran otros oficios los que servían de correa de transmisión entre las verdes tierras del norte y el centro de la Península. El mismo control ejercido sobre la contratación de los panaderos existía en el oficio de aguador; los asturianos y gallegos se vendían unos a otros las licencias del Ayuntamiento para ejercer el oficio en la capital, asegurándose otro campo de inserción laboral para los inmigrantes de su región. Y lo mismo sucedía con carreteros y arrieros entre los que asturianos y gallegos eran legión⁶⁷. Las mujeres que acudían de estas regiones también tenían sus sectores predilectos de empleo; y aunque el control que ejercían del mercado laboral era menos evidente que en el caso de los varones en la panadería, era posible rastrear el camino por el cual una joven nacida en un hogar campesino de pueblo remoto acababa convirtiéndose en una trabajadora en la ciudad más grande de España.

Entre las inmigrantes de Lugo y Oviedo presentes en el Ensanche Norte el principal sector de ocupación, si hay que fiarse de sus declaraciones en los registros padronales, eran las tareas domésticas. Tal abundancia de mujeres dedicadas a “sus labores” ocultaba en realidad un gran número de esposas que, además de cuidar a sus familias y mantener organizado su hogar, realizaban trabajos a tiempo parcial como costureras, lavanderas, vendedoras ambulantes y un sin fin de tareas que les permitían ganarse unas monedas cuando el cuidado de sus hijos les dejaba tiempo⁶⁸. Esa era la condición general de las esposas de los trabajadores en el Madrid de la segunda mitad

⁶⁶ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1868, hoja de la vivienda del Paseo de la Habana nº 4, Tahona.

⁶⁷ Carmen Sarasúa hace referencia a este monopolio de las licencias de aguador entre los asturianos así como a la relación entre inmigrantes de otras provincias y otros oficios en los que se especializaban. SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas...* Ob. Cit. No hay estudios que se hayan ocupado del oficio de carretero o arriero en Madrid, pero las referencias en novelas y en la prensa son constantes, especialmente en Pérez Galdós en que el oficio de arriero y el origen gallego suelen ir asociados.

⁶⁸ Acerca de la inserción laboral de las mujeres en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008; también NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “Las relaciones de género: Imágenes y realidad social” en *Arbor*, nº 666 (2001), tomo CLXIX, junio 2001, pp. 431-460. Acerca de los problemas para evaluar la participación laboral femenina a partir de los datos ofrecidos por la estadística y los registros censales y padronales, CAMPS, Enriqueta: “De ocupación sus labores. El trabajo de la mujer en los albores del siglo XX (Sabadell, 1919-1920) en GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, Karmele (eds.): *IV Congreso de la Asociación de demografía histórica – Historia de la población*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1999, pp. 549-562. ARBAIZA VILLALONGA, Mercedes: “La “cuestión social” como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)” en *Historia Contemporánea*, 21 (2000), 395-458. PÉREZ-FUENTES, Pilar.: *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína, 1877-1913*. UPV-EHU, Bilbao, 1993. PÉREZ-FUENTES, Pilar: “*Ganadores de Pan*” y “*Amas de Casa*”. *Otra mirada sobre la industrialización vasca*, UPV-EHU, Bilbao, 2004. Un análisis específico de los problemas del padrón madrileño en “Mujer, familia y trabajo en el Madrid de la segunda mitad del XIX” comunicación al *XIII Coloquio de la AEIHM, La historia de las mujeres, perspectivas actuales*, Barcelona, 19-21 de Octubre de 2006.

del siglo XIX⁶⁹. Una condición a la que se veían sumidas las mujeres una vez que accedían al matrimonio. Pero ese no era el punto de partida; las inmigrantes de Lugo y Oviedo llegaban como los varones de su provincia siendo solteras y con disponibilidad de tiempo total para emplearse en el trabajo; sólo más tarde, cuando habían pasado unos años, era cuando se casaban y pasaban a engrosar la legión de amas de casa madrileñas.

Tabla 3.10: Profesiones de las mujeres inmigrantes de Lugo y Oviedo en el Ensanche Norte en 1860 y 1880					
mujeres de Lugo en 1860			mujeres de Oviedo en 1860		
sus labores	27	56,25	sus labores	43	39,09
Sirvienta	8	16,67	lavandera	21	19,09
Lavandera	5	10,42	sirvienta	16	14,55
Trapera	4	8,33	jornalera	5	4,55
			costurera	3	2,73
			sastra	2	1,82
n= 48			n= 110		
mujeres de Lugo en 1880			mujeres de Oviedo en 1880		
sus labores	175	68,09	sus labores	278	68,47
Sirvienta	37	14,40	sirvienta	42	10,34
Jornalera	10	3,89	jornalera	19	4,68
Lavandera	8	3,11	lavandera	14	3,45
Vendedora	3	1,17	asistenta	7	1,72
Costurera	2	0,78	Portera	5	1,23
			costurera	4	0,99
n= 257			n= 406		

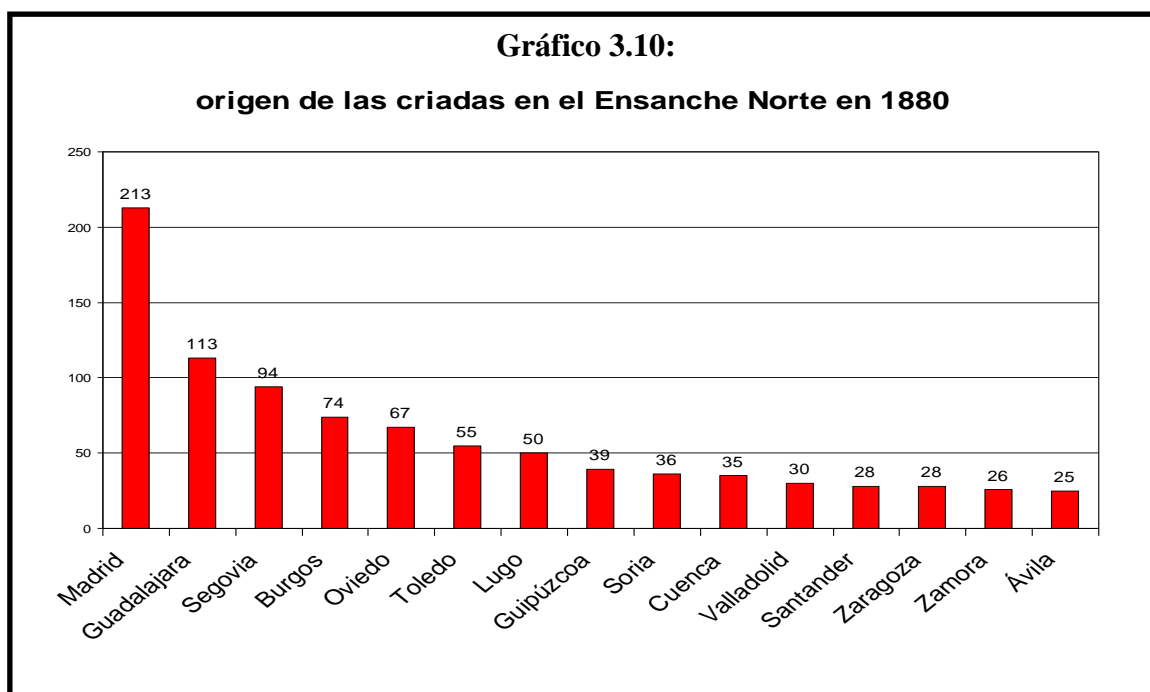
Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrones del Ensanche Norte de 1860 y 1880

El gran número de inmigrantes asturianas y lucenses del Ensanche norte dedicadas a “sus labores” respondía a aquellas que llevaban más años en la capital; aquellas que ya se habían casado y se habían retirado de la participación plena en el mercado laboral. Seguramente habían ejercido una profesión antiguamente, habían tenido una rutina laboral diaria antes de pasar a aquella vida matrimonial en la que, aunque no hubiesen dejado de trabajar, sólo lo podían hacer de forma discontinua y esporádica, cuando las tareas de la casa se lo permitían. Cuando eran solteras habían sido trabajadoras a jornal, lavanderas o, lo que era lo más probable, sirvientas: los trabajos a los que se dedicaban las inmigrantes recién llegadas de aquellas provincias⁷⁰.

⁶⁹ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2003

⁷⁰ El cuadro de inserción laboral de las inmigrantes lucenses y asturianas en 1860 y 1880 refleja a todas las habitantes de esas provincias en el Ensanche Norte independientemente del tiempo que llevarán ya viviendo en Madrid. Si, de forma similar a la situación familiar de los inmigrantes al llegar, el análisis se restringiera a las que llevaban menos de tres años en la ciudad, el número de amas de casa descendería. Las mujeres a su llegada solían ser solteras y por lo tanto participaban más activamente en los mercados laborales formales, tal y como se desvela en los estudios previos que se han realizado de las inmigrantes de Lugo, PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Un hogar abierto: familias inmigrantes en el crecimiento de Madrid a través de un caso de estudio, Chamberí 1860-1905”, en *Actas del Congreso Internacional Familia y Organización Social en Europa y América, Siglos XV-XX*, (en prensa).

Lo mismo que los varones, las mujeres que venían desde Lugo o Asturias, llegaban a la capital siendo jóvenes y solteras. También representaban una figura peculiar entre los inmigrantes que llegaban a Madrid. Las solteras que venían a trabajar como criadas solían llegar de regiones menos lejanas, de las provincias de alrededor, porque pensaban en un principio retornar a sus pueblos de origen una vez que hubieran conseguido algunos ahorros. La inmigrante que venía de lejos, lo solía hacer estando ya casada y en compañía de su marido, como la alicantina Antonia Ayala, que de no haber contraído matrimonio el día que salió de Novelda, seguramente se hubiera dirigido antes a la ciudad de Alicante o de Valencia que a Madrid. Las gallegas y asturianas no. Ellas salían de sus pueblos y se dirigían directamente a la capital, a más de cuatrocientos kilómetros de sus familias. Probablemente no se les hacía tan larga la distancia, porque, lo mismo que los varones que se empleaban de panaderos en las tiendas de sus paisanos, las jóvenes solteras de Lugo y Oviedo contaban con recursos para encontrar un trabajo en la capital y sobre todo con muchas jóvenes de su región que les hacían sentirse como en casa⁷¹.



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte en 1880.

Sin llegar al grado de inundación del mercado laboral que habían provocado los varones en el mundo de la panadería, las jóvenes gallegas y asturianas dejaban notar su presencia en el nutrido mundo del servicio doméstico madrileño. No eran las mayoritarias, por razones lógicas; los lugares de origen más frecuentes de las criadas que estaban empleadas en el Ensanche Norte de Madrid en 1880, eran regiones cercanas a la capital. El mayor grupo de criadas procedía de pueblos de la provincia de Madrid o de la propia ciudad, pues muchas hijas de familias pobres de la capital, abandonaban sus

⁷¹ El caso de las inmigrantes de Lugo y Oviedo era especialmente llamativo porque la tendencia general muestra que las migraciones masculinas tendían a ser de más largo recorrido que las de las mujeres, o al menos así lo muestra la tendencia observada en el conjunto del Enanche; CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

hogares para ponerse al servicio de una familia más acomodada⁷². Detrás venían provincias limítrofes o cercanas como Guadalajara, Segovia o Burgos, de las que procedían muchas de esas criadas llegadas a la ciudad sólo por un tiempo, los años previos a su matrimonio y después de los cuales retornaban a su tierra de origen. Pero estas criadas de regiones cercanas y cuya presencia era temporal en la ciudad, no hacían demasiada sombra a las que venían de Lugo y Oviedo. Las criadas gallegas y asturianas tenían tanta o más importancia que las de otras provincias, en teoría más proclives a enviar a sus muchachas a Madrid por estar más cerca. Había más criadas de Asturias que de Toledo, más de Lugo que de Soria o de Cuenca.

La forma en que insertaban las jóvenes lucenses y asturianas en el mercado laboral del servicio doméstico madrileño era muy parecida a la vía utilizada por sus paisanos varones en el mundo de la panadería. El contacto personal, la ayuda entre inmigrantes que habían venido del mismo pueblo o de la misma zona, eran vitales. La criada ya instalada en la ciudad, cuando sabía de una vacante en la casa de al lado o en la acera de enfrente, informaba a la paisana recién llegada o que en ese momento se encontrara en paro. No era raro encontrar que una mayoría de las criadas de un edificio o de una calle fuera de alguna de estas provincias remotas⁷³. Por otro lado, lucenses y asturianas contaban con otra vía privilegiada de colocación laboral en Chamberí. En el barrio, a la altura de 1880, había ya suficientes familias de sus mismas regiones que habían superado la rigurosa etapa de la vida que debían padecer los inmigrantes en sus primeros años en la ciudad. Inmigrantes que tras muchos esfuerzos y con un poco de suerte, habían logrado alcanzar una posición acomodada; algunos regentaban un negocio y podían permitirse contratar una criada a su servicio. Al elegir una joven para que ayudara en la casa, sentían predilección por las propias paisanas, a las que muchas veces traían de su mismo pueblo. El mismo Francisco Fernández, el emprendedor tahonero del Paseo de La Habana, había actuado así. Entre 1860 y 1880 registró cuatro criadas en el padrón. Dos eran de Madrid, una de la propia capital y otra de un pueblo cercano. Pero las otras dos procedían de los mismos lugares que sus panaderos: en 1874 les servía Raimunda, una joven de 17 años de un pueblo de Lugo y entre 1860 y 1863 fue Gabriela Rodríguez, que había nacido en el mismo pueblo que su amo, en Otur, Asturias⁷⁴.

El control ejercido en determinados mercados laborales y en determinados negocios por parte de asturianos y lucenses facilitaba la vía de entrada de los jóvenes inmigrantes de esas provincias que decidían a trasladarse a Madrid. Las panaderías y muchos de los edificios en que había servicio doméstico, pero también las carbonerías, las casas de vinos y bodegas (otros de los negocios en que se daba una alta tasa de participación laboral de gallegos y asturianos), eran el primer lugar de paso de todos estos inmigrantes noroccidentales. Llegaban con diecinueve o veinte años y solos, pero

⁷² En 1880 de las 1.190 criadas empleadas en el Ensanche Norte, 213 habían nacido en la provincia de Madrid. De ellas, 83 habían nacido en la propia ciudad de la Madrid. Aunque en su mayoría las trabajadoras del servicio doméstico eran inmigrantes, no lo eran de una manera exclusiva. Cifras a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880.

⁷³ Se desconoce aún mucho del funcionamiento del mercado laboral del servicio doméstico. Sigue siendo imprescindible la aportación de SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Madrid, Siglo XXI, 1994, en la que se describen los ámbitos más formales del mercado de contratación, como era la publicación de anuncios en el Diario de Avisos o la existencia de agencias de acomodación de criados. No obstante, es razonable sospechar que la mayor parte de contrataciones se canalizaban por medios menos más formales en el que el boca a boca o el conocimiento personal eran fundamentales.

⁷⁴ Datos a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, años de 1860, 1861, 1862, 1863, 1873, 1874 y 1877.

al trabajar con sus paisanos podían sentir que no estaban lejos de casa, o que al menos no lo estaban más que la criada o el dependiente de comercio que había llegado desde un pueblo de la provincia de Madrid o de Toledo. Pero, a diferencia de estos, pasados unos años, aquellos en que era soportable y deseable la soltería, en que se podía aguantar la vida como criada interna en casa de los amos o durmiendo apiñados en los obradores de la tahona, asturianos y lucenses no tenían dónde regresar. La criada de la sierra madrileña, la de la provincia de Guadalajara o de Ávila, volvía en muchos casos a su pueblo a buscarse un marido, pero a los asturianos les quedaban sus tierras demasiado lejos. Tampoco habían llegado en grupos familiares, como los inmigrantes de Santa Cruz de la Zarza, aquel pueblo de Toledo que expulsaba matrimonios con hijos. Asturianos y lucenses se veían obligados, en el caso de que lo desearan, a formar su familia en la gran ciudad, en aquel gran batiburrillo de inmigrantes de todas las regiones del país en que se disolvían el pasado y el origen del forastero. Era entonces cuando la fuerza de los vínculos de paisanaje entre lucenses y asturianos se mostraba en toda su intensidad.

José Fernández fue uno de esos inmigrantes llegados desde la lejana Asturias a Madrid cuando aún era joven y soltero. Nació en Otur, en 1846, y en 1870, con 24 años, emprendió el camino que le llevó hasta la tahona de su paisano Francisco, que llevaba ya mucho tiempo dragando jóvenes desde su pueblo hacia la capital. No permaneció mucho tiempo en el negocio; en 1871 ya no trabajaba allí y debió de comenzar su peregrinaje por otras panaderías y centros de trabajo madrileños. A pesar de ello nunca perdió de vista a sus paisanos; unos años más tarde, en 1877, cuando cumplió los 31 y le llegó la hora de casarse, eligió como compañera a Consuelo González, una jovencita de veinte años que había nacido en Luarca, un pueblo asturiano a apenas unos cuatro kilómetros de donde él mismo había nacido. Los primeros hijos los tuvieron en Madrid donde, además, como su compatriota tahonero, lograron abrirse camino en el mundo del pequeño comercio. En 1880, José y Consuelo tenían tienda abierta en la calle Bravo Murillo número 4, en la misma manzana en la que estaba la panadería de Francisco y en la que el propio José había estado trabajando hacía 10 años⁷⁵.

La vida que acabó llevando José, un inmigrante panadero asturiano que se casó con otra asturiana de un pueblo muy cercano al suyo, pero con la que se enlazó en Madrid, a más de cuatrocientos kilómetros de donde ambos habían nacido, no era excepcional entre los miembros de su comunidad. Cuando los inmigrantes de Lugo y Asturias buscaban cónyuge en la capital, mostraban una extraordinaria tendencia a elegir una pareja de su propia provincia, o si no de la vecina⁷⁶. Y cuando no, buscaban algo parecido. Ramón Pérez Abín, que también vivía en el Ensanche Norte en 1880, y tenía tienda abierta en el ramo de la panadería (tenía una buñuelería en la calle Cardenal Cisneros 12), se había casado con una madrileña; pero en su misma residencia aún vivía

⁷⁵ La trayectoria vital de José Fernández a partir de AVM, Estadística, padrón de 1870, hoja de la vivienda de Paseo de La Habana nº 9 y padrón de 1880, vivienda de Bravo Murillo 4, bajo, caso nº 4.424.

⁷⁶ El cuadro del origen de las esposas y maridos de los inmigrantes de Lugo y Oviedo así lo indican. Aunque algunos de esos matrimonios se habían formado en las propias comunidades de origen, pues también había familias que migraban en conjunto desde estas regiones, con pautas parecidas a las de los de Santa Cruz de la Zarza, eran minoritarios. Al comparar las edades de llegada a Madrid de los cónyuges se observa que en una gran mayoría de los casos habían llegado por separado y en fechas distintas; la edad de los hijos primogénitos también sugiere que eran matrimonios formados mucho tiempo después de que cada uno de los cónyuges residiera en Madrid. Cifras más detalladas en PALLOL TRIGUEROS, Rubén: "Un hogar abierto: familias inmigrantes en el crecimiento de Madrid a través de un caso de estudio, Chamberí 1860-1905", en *Actas del Congreso Internacional Familia y Organización Social en Europa y América, Siglos XV-XX*, (en prensa).

el suegro, Antonio Certeguera, que había nacido también en Oviedo y que aportaba a la mujer de Ramón sangre y pasado asturianos⁷⁷.

Tabla 3.11: Grado de endogamia matrimonial de los inmigrantes de Lugo y Oviedo en 1880					
provincia de nacimiento de las esposas de asturianos en 1880			provincia de nacimiento de los maridos de asturianas en 1880		
	Frecuencia	Porcentaje		Frecuencia	Porcentaje
Oviedo	82	37,27	Oviedo	81	42,41
Madrid	37	16,82	Lugo	34	17,80
Guadalajara	17	7,73	Madrid	16	8,38
Lugo	10	4,55	Toledo	7	3,66
Santander	10	4,55	Coruña	5	2,62
Segovia	7	3,18	Soria	5	2,62
León	5	2,27	Orense	4	2,09
Zaragoza	5	2,27	Alicante	3	1,57
n=220 matrimonios en los que el esposo es asturiano			n=191 matrimonios en los que la esposa es asturiana		
provincia de nacimiento de las esposas de lucenses en 1880			provincia de nacimiento de los maridos de lucenses en 1880		
	Frecuencia	Porcentaje		Frecuencia	Porcentaje
Lugo	61	29,19	Lugo	61	50,83
Oviedo	34	16,27	Oviedo	10	8,33
Madrid	26	12,44	Coruña	6	5,00
Guadalajara	12	5,74	Madrid	6	5,00
Burgos	6	2,87	Guadalajara	3	2,50
Segovia	6	2,87	León	3	2,50
Toledo	6	2,87			
n	209	100	n	120	100,00

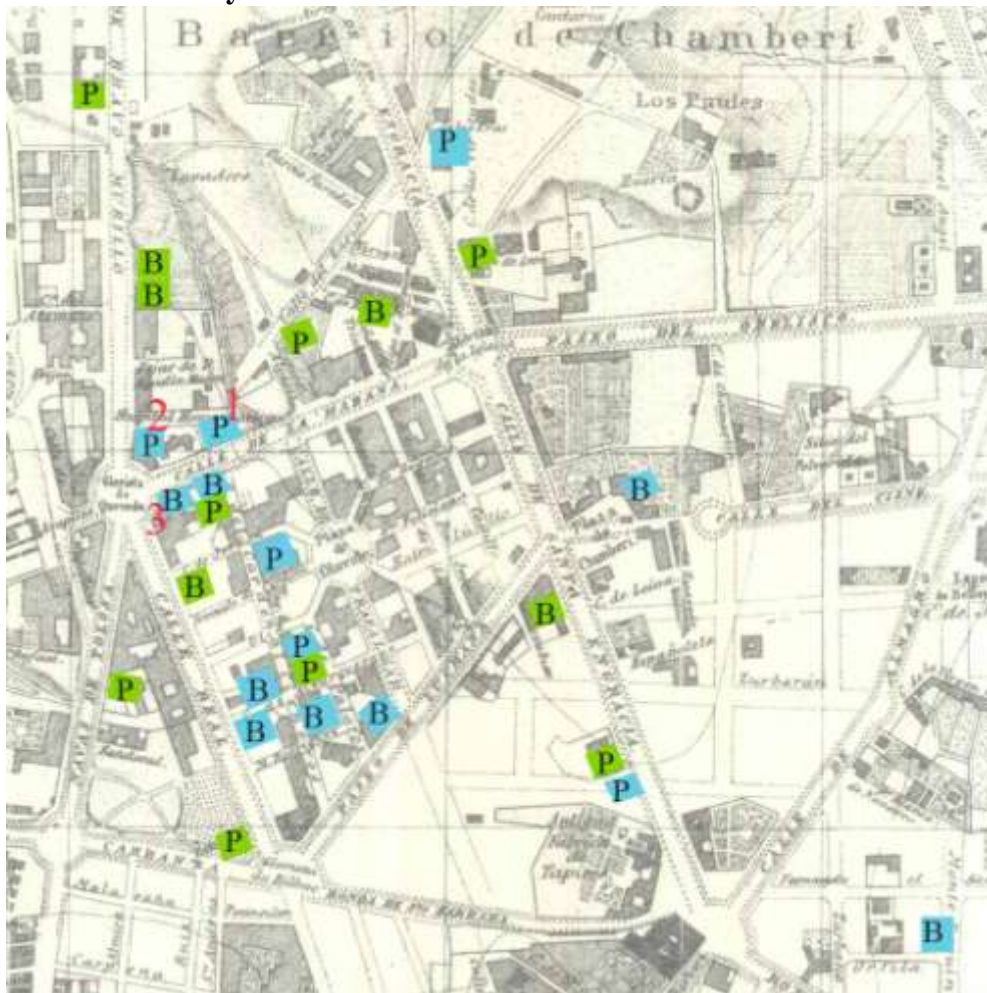
Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrones del Ensanche Norte 1860 y 1880.

Tampoco era raro el destino profesional de ambos, uno al frente de una pequeña tienda y otro a cargo de una buñelería. Obviamente, no todos los que pasaban por la panadería de Francisco Fernández en el Paseo de La Habana, lograban saltar de la condición de meros trabajadores a pequeños industriales; algunos fueron simples panaderos toda su vida, o se reconvirtieron en cocheros o jornaleros. Aún así, una parte de los inmigrantes que venían jóvenes y solteros desde Lugo y Oviedo, lograban seguir los pasos de Francisco, el panadero de Otur. Gabriela Rodríguez, por ejemplo, aquella criada que había traído desde su mismo pueblo en 1860 y a la que tuvo empleada hasta 1863, logró instalarse en la ciudad y abrir su propio negocio a pesar de haber partido de una posición en teoría tan desventajosa como la de sirvienta. Nunca dejó estar en contacto con sus antiguos amos, o al menos es lo que sugiere que en 1880 se la pudiera encontrar residiendo en el Paseo de La Habana 4, en la finca en la que ella misma había trabajado de criada y en la que vivía Francisco Fernández hasta que trasladó su negocio a la acera de enfrente. Entonces, en 1880, ella era ya viuda y había establecido en el bajo de aquella casa una bodega, un negocio modesto con el que podía salir adelante. Sin hijos en el hogar, ni nadie que le ayudara a llevar la tienda, Gabriela, como buena asturiana, decidió hacer lo propio en esos casos. Recurrió a Engracia Pérez, una sobrina

⁷⁷ AVM Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880, caso nº 940.

suya, también nacida en Otur, Asturias y que desde hacía unos años era su único apoyo en la vejez⁷⁸.

Plano 3.3: Distribución de las bodegas y panaderías regentadas por asturianos y lucenses en el Ensanche Norte en 1880.



En el plano se indican sólo aquellos negocios que se han podido certificar como panaderías o bodegas; existían muchos otros pequeños negocios cuyo titular era asturiano o lucense de nacimiento y en los que no se especificaba el objeto del comercio. En total había 43 tiendas cuyo titular era nacido en la provincia de Oviedo y 34 con propietarios nacidos en Lugo. En el mapa se indican en azul los negocios de asturianos y en verde los de lucenses; con P se indican las tahonas y panaderías, con B las bodegas y tabernas. El nº 1 corresponde a la panadería de Francisco Fernández, el 2 la de José Fernández y el 3 la taberna de Gabriela Rodríguez. Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón de 1880.

La historia se repetía una y otra vez. Los antiguos empleados de Francisco Fernández, el tahonero del Paseo de La Habana, cuando dejaban de trabajar en su tienda y buscaban esposa, solían elegir a otras jóvenes de Lugo y Oviedo como ellos. Lo tenían fácil; las hermanas, las primas de sus compañeros de trabajo también estaban en Madrid, trabajaban como criadas en el barrio, muchas veces en casa de otros asturianos y gallegos. Cuando las criadas se casaban con los panaderos y debían abandonar su puesto

⁷⁸ La trayectoria vital de Gabriela Rodríguez a partir de AVM, Estadística, padrón de 1860-63, vivienda de Francisco Fernández en Paseo de La Habana 4 y padrón de 1880, caso nº 3035.

de trabajo, llamaban alguna paisana suya para que las reemplazara, una nueva criada que algún día también se casaría con un panadero o un mozo de bodega. Si los recién casados tenían suerte y ahorros y si se mostraban lo suficientemente hábiles como para aprovechar las oportunidades que aquel barrio les ofrecía, a los pocos años abrían un negocio, imitando la técnica que en su día ya había seguido Francisco Fernández. Traían a sus sobrinos, a sus vecinos del pueblo y a las hijas de estos para convertirlos en sus trabajadores. Poco importaba que fuera una tahona o una bodega, una carbonería o un despacho de pan.

En el pueblo, donde el hambre y la pobreza acuciaban, siempre estarían dispuestos a enviar a uno de sus hijos a Madrid; sabían que allí los paisanos los cuidaban, que estarían juntos y que estarían como en casa. Los jóvenes que recalaban en la panadería de su paisano o que se empleaban como criada en su casa trabajaban duro y seguramente por muy poco dinero, porque habían de devolver el favor que sus amos les hacían al acogerlos. No les importaba, panaderos y criadas sabían que algún día todo aquello acabaría y que podían albergar la esperanza de que, cuando se casaran, tendrían su propia tienda abierta y a sus mozos de panadería y criadas a su servicio.

Un gallego tras otro, lo mismo que los asturianos, repetían la cadena de ayudas y enlaces que había caracterizado la historia de la panadería de Francisco Fernández. Así se fue creando una tupida red de relaciones que vinculaba a dueños de negocios, criadas y trabajadores de panaderías y bodegas. Caminar por algunas calles del arrabal en 1880, era como hacerlo por una aldea de Lugo o Asturias; en las tahonas y las bodegas el castellano sonaba diferente, con el acento del Atlántico que advertía que el pan y la bebida que alimentaba y hacía crecer Madrid venían de tierras muy remotas y que si la ciudad se había ensanchado, había sido gracias en gran parte a aquellos inmigrantes que se habían hecho fuertes a través de la unión que les proporcionaba el seguir sintiéndose paisanos a pesar de haber abandonado el pueblo y vivir en la gran ciudad.

Chamberí, el germen de un nuevo Madrid.

La mayor parte de los cambios que se produjeron en la población de las afueras norte de la capital entre 1860 y 1880 nacieron de sus propios habitantes. Los que vivían en las calles alrededor de la iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel en 1860, tuvieron hijos y contribuyeron de manera determinante en ese crecimiento. Ahí estaba la familia de Benigno para demostrarlo, aumentando su tamaño en ese tiempo, primero con su hija, luego con el yerno, finalmente con los nietos. En el espectacular crecimiento que experimentó el arrabal de Chamberí y sus alrededores en esas dos décadas en que los habitantes pasaron de ser apenas 5.000 a más de 23.000, tuvieron bastante culpa aquellas familias pioneras, que eran jóvenes cuando llegaron al barrio, procedentes del centro de la capital y que en su propio desarrollo vital habían ido acrecentando la población del Ensanche Norte. También tuvieron una importante responsabilidad en lo que fue el factor fundamental en tal aumento demográfico: la inmigración. El boticario Benigno, el enterrador Norberto y el panadero Francisco, ejercieron de banderín de enganche para los nuevos habitantes. Constituyeron el polo de atracción para que de manera creciente, cada vez más personas y familias se sintieran imantadas hacia aquel nuevo barrio que se construía a las afueras. Con su ejemplo o a través de su negocio, fueron los causantes de que muchos vinieran, de que se instalaran en sus propias casas o en los alrededores. Ellos encauzaron la forma en que los nuevos inmigrantes desarrollaron su vida en la ciudad.

Benigno y Francisco, que aún residían en el barrio en 1880, se sentían más viejos. Ya no eran aquellos jóvenes emprendedores que regentaban sus negocios en las

tierras más extremas de la ciudad, rodeados únicamente de descampados. También se tenían que sentir menos solos. Se había producido una avalancha de nuevos habitantes en el barrio que había borrado los viejos perfiles demográficos del arrabal, antaño marcado por la juventud de sus habitantes y un cierto aire de pueblo, en que todos los vecinos se reconocían al pasar. Eso no significaba que se sintieran extraños, ni invadidos. Los cambios habían llegado poco a poco y además, en gran medida provocados por ellos mismos. Francisco Fernández, el panadero del Paseo de La Habana nunca había dejado de percibir el respeto que infundía al pasearse por las calles de Chamberí. Muchos de sus vecinos habían sido sus trabajadores y le reconocían la deuda adquirida por los favores y ayudas que el tahonero les había prestado el día que llegaron a Madrid. Otros quizá notarán más el paso del tiempo, como Guillermo Valle y su esposa Saturnina Caballero, los inmigrantes de Santa Cruz de la Zarza que asistían por aquel entonces a la imparable disolución de su comunidad. Sus hijas habían crecido y, aunque seguían allí, en el piso de arriba, habían dejado de ser tan suyas. Se habían casado con madrileños o con inmigrantes de tierras extrañas y lejanas para los santacruceros. Sus nietos, ya nacidos en Madrid, estaban más vinculados a la ciudad que al pueblo del que procedía su sangre. Para ellos Santa Cruz ya no era más que un recuerdo heredado, un nombre que probablemente se perdería en su memoria con el tiempo. Los años no habían pasado en balde, ni para Benigno, ni para Guillermo y Saturnina, ni para Antonia Ayala, ni para Francisco Fernández el tahonero. Su gente, la que vivía en la puerta de al lado había cambiado poco a poco, pero ellos observaban aquella transformación como un proceso natural, con la mirada del que sabía que Chamberí era lo que era en 1880 gracias a que ellos lo habían poblado.

No todos los cambios que se produjeron en el barrio respondían únicamente a la actuación de aquellos pioneros. Para comprender enteramente la evolución de su población en aquellas dos décadas había que atender a factores externos que, si bien aún con timidez, por aquel entonces iban introduciendo el germen de una futura transformación radical de la población de la zona. El factor clave de ese cambio era el comienzo de las obras del Ensanche, o lo que era lo mismo, la conversión de lo que antes era un espacio periférico – el arrabal de Chamberí – en un barrio completamente integrado en la capital. Sólo se habían dado los primeros pasos. En realidad, la construcción de nuevos edificios despegó a partir de 1868, cuando empezaron a disolverse las trabas que hasta entonces habían impedido el desarrollo del plan urbanístico. La aparición de edificios de nueva planta fue lenta y en 1880, todavía los descampados dominaban el paisaje en las zonas al norte de las antiguas tapias madrileñas. El cambio era más importante por su significado que por su impacto real. Las modernas casas que surgían en las riberas del Paseo de la Castellana, tan diferentes en su aspecto y, lo que es más importante, en el tipo de inquilinos que albergaban, por el momento sólo llamaban la atención por su novedad y no por su número, aún reducido, aunque se podía adivinar que se multiplicarían con los años.

Los habitantes que compraron hotelitos o alquilaron viviendas en los edificios de la zona este del Ensanche Norte, aquel lujoso barrio que surgió en los alrededores de las posesiones de prestigiosos empresarios como Sáenz de Indo o Andrés Arango, contrastaban violentamente con el tipo de vecinos que hasta entonces habían residido en el arrabal, a apenas unos centenares de metros. Francisco Fernández el tahonero o Benigno Castro el farmacéutico, aún teniendo una posición social desahogada, representaban a los estratos superiores de una inmigración humilde, cuyas motivaciones para acudir a Madrid estaban más relacionadas por la obligación que por el deseo. El grueso de los habitantes de las calles del arrabal se habían visto empujados a salir de sus pueblos por el acecho de la pobreza y, la verdad era que habían ganado poco con el

cambio. Su vida en la gran ciudad transcurría en los márgenes estrechos de la miseria impuesta por sus escasos sueldos y los altos precios del alquiler. Como Antonia Ayala, llegada a Madrid con sus nueve hijos a cuestas, expulsada de pueblo en pueblo por la falta de trabajo. O las de las familias de Santa Cruz de la Zarza, trasplantadas de su pueblo en grupo. Era entre estas gentes en las que cundía la enfermedad, donde la muerte de los hijos en los primeros años de vida era una realidad no sólo probable sino frecuente y se encarnaba la condición de Madrid como ciudad mortífera y sepulcra de inmigrantes.

Aunque la pobreza era la condición mayoritaria de los inmigrantes que alimentaban el crecimiento de Madrid, esta era sólo una de las caras de una ciudad mucho más plural. Bastaba darse un paseo por el agraciado barrio junto a la Castellana para constatar que, además de las legiones de expulsados llegados de Lugo, Toledo o Alicante, también entraban por las puertas de la capital otros inmigrantes de muy distinto signo. La vida podía ser muy diferente y había quienes no la sufrían en aquellos estrechos márgenes de pobreza, sino que la disfrutaban en toda su amplitud, ajenos a la desgracia de ver a los hijos recién nacidos luchar contra la amenaza de la muerte y sin la necesidad de vivir apiñados en un pequeño cuartucho con otra familia. Junto a todos los que habían llegado a Madrid por necesidad, también los había que estaban en la capital por deseo, porque desde un principio entraba en sus proyectos de vida y habían sido capaces de ponerlos en marcha.

En cualquier edificio del distinguido barrio junto a la Castellana era posible observar esta otra vida madrileña. En la plaza de Colón, en el punto fronterizo entre la zona de Ensanche y el casco antiguo, se podía encontrar en 1880 suficientes casos que la ejemplificaban; en los números 2 y 3 de la plaza, enfrente del recién construido palacio de los Uceda, se alzaban dos edificios gemelos destinados al alquiler a familias acaudaladas. Los vecinos del número 2 tenían muy poco que ver con el ejército de jornaleros, panaderos, criadas para todo y pequeños comerciantes que dominaban el arrabal de Chamberí y sus alrededores. En el bajo residía la marquesa viuda de Montilla con sus cuatro criados; una gran propietaria, natural de Córdoba, que tras la muerte de su marido, se había sentido atraída por la capital para fijar su residencia, buscando la proximidad de la nobleza que avecindaban en la Corte⁷⁹. El principal izquierdo estaba arrendado por José Herraiz Bedoya, abogado de 50 años nacido en Brihuega, Guadalajara, cuyo traslado a Madrid tenía mucho que ver con las oportunidades de enriquecimiento que la ciudad ofrecía para un profesional liberal como él; además de compartir su casa con su cuñado y hermana, albergaba dos criados para que atendieran a todas las necesidades del hogar⁸⁰. Puerta con puerta, en el principal derecho, habitaban José Manuel Urzainqui y Paula Zalba, un matrimonio de propietarios navarros que habían arribado a la capital para disfrutar de sus rentas; y lo hacían por todo lo grande, con cinco criados que les acompañaban en sus frecuentes traslados entre la provincia y Madrid. Todos vascos o navarros, no eran simples sirvientes dedicados a las tareas de la casa, cada uno tenía su especialidad: dos doncellas, una cocinera, un mozo de comedor y hasta un escribiente⁸¹. También del norte era la familia que ocupaba el segundo izquierdo. Camilo Arana había nacido en Bilbao, como su mujer Leonor Lecea. Camilo era militar y capitán de fragata y los azares de su carrera le habían llevado temporalmente a Madrid, donde había sido destinado en Palacio. Los Arana - Lecea habían tenido sus primeros hijos en la capital pero no renunciaban a la vida en la costa vasca donde estaba el futuro profesional del marido y el origen de ambos: tenían cuatro

⁷⁹ AVM, Estadística, padrón de 1880, caso nº 5678.

⁸⁰ AVM, Estadística, padrón de 1880, caso nº 5670.

⁸¹ AVM, Estadística, padrón de 1880, caso nº 5671.

criadas y las cuatro eran de su tierra, dos vizcaínas y dos guipuzcoanas⁸². Para terminar de apreciar lo variopinto de los vecinos del edificio 2 de la plaza de Colón, había que ascender hasta el tercer piso y traspasar la puerta del que, a la postre, sería el más célebre de sus habitantes: Benito Pérez Galdós. Escritor y periodista, su viaje desde Santa Cruz de Tenerife hasta el centro de la Península había estado motivado por su ambición personal. ¿Dónde sino en la capital de España podía haber llevado a cabo su carrera como novelista y dar salida a sus creaciones literarias? Madrid era el centro cultural por excelencia, donde más periódicos se publicaban y más editores desarrollaban sus negocios. Solterón convencido, a sus 35 años vivía entonces con su hermana y su sobrino, también canarios, y una cuñada que había nacido en Cuba, además de dos criadas que como mínimo se había de permitir un personaje de su posición social⁸³.

Marqueses, altos cargos del ejército y de la armada, descendientes de elites coloniales, abogados y otros profesionales liberales, escritores y artistas, propietarios y rentistas sin más oficio que el beneficio que sus posesiones les rendían todos los años desde la provincia. Todos ellos formaban parte de la otra inmigración que acudía a Madrid junto a la masa de desposeídos, de jornaleros y jóvenes en busca de un trabajo como criada, panadero o lo que surgiera. Eran muchos menos pero no suponían ni una excepción ni una rareza en Madrid. Eran una constante en la capital. Desde que Madrid lo era, desde que Felipe II trasladó su corte a orillas del Manzanares, las elites de todos los rincones del país acudían a Madrid para intentar consagrarse como miembros del grupo que se situaba en la cúspide social de España. Para ser alguien en el reino, había que ser alguien en Madrid y aunque sólo fuera por una temporada, se hacía preciso residir en la capital.

Lo reducido de este contingente, en comparación con las masas de gentes que llegaban a Madrid huyendo de la pobreza, no le restaba capacidad de influir en la población. Eran menos que las familias jornaleras pero se hacían notar. Primero porque aportaban una diversidad social y de origen a la población madrileña que la hacían peculiar frente a cualquier otra ciudad española. En Madrid había gente venida de los sitios más diversos y remotos, difíciles de encontrar más allá de alguna que otra ciudad portuaria, y ni siquiera probablemente allí. En 1880 se paseaba por las calles del Ensanche Norte Rosa Calvo Iruretagoyena, viuda de 60 años y de nombre tan vasco que debía sorprender a sus conocidos y amigos cuando les contaba que había nacido en realidad en Macao, en la lejana China⁸⁴. Viuda como ella era Beatriz de la Moreta, que había nacido en la isla de Martinica hacía 35 años. Eso sin contar con los numerosísimos cubanos y portorriqueños de nacimiento, hijos de militares destinados en las lejanas colonias o descendientes de las elites isleñas enviados a la metrópoli para estudiar o hacer carrera en el corazón de lo que quedaba del Imperio. A ellos había que añadir peruanos, argentinos, venezolanos, filipinos, estadounidenses y extranjeros de muchos países europeos, desde Portugal hasta Suiza, de Irlanda hasta Suecia, pasando por Francia, Bélgica, Gran Bretaña o Prusia. Eso sin incluir a todas las que llegaban de cualquiera de las regiones de España, ninguna de las cuales carecía de representación en todos y cada uno de los barrios de Madrid, haciendo de la ciudad un particular punto de

⁸² AVM, Estadística, padrón de 1880, caso nº 5673.

⁸³ AVM, Estadística, padrón de 1880, caso nº 5674. En el edificio 2 de la Plaza de Colón, había dos familias más empadronadas y que respondían a las mismas condiciones sociales de los habitantes ya descritos, sin añadir muchos matices más. En el segundo derecha, Rafael Menéndez de la Vega, propietario madrileño, con su esposa, hijo y dos criadas. En el tercero izquierda, Andrés Gómez Cantero, propietario venido de Mancha Real, Jaén, con su esposa y dos hijos. Casos nº 5672 y 5686.

⁸⁴ AVM, Estadística, padrón de 1880, padrón de la vivienda de la calle Manuel Cortina nº 2, segundo derecha, caso nº 2603.

encuentro de los distintos acentos y costumbres que caracterizaban a cada una de las partes del país⁸⁵.

La repercusión de esta muy diversa inmigración en Madrid, reducida en número pero llamativa por su aspecto y origen, no se limitaba a aportar una nota de color y extravagancia al conjunto. La población madrileña se veía profundamente afectada por estos inmigrantes acomodados porque no venían solos. Como el capitán de fragata Camilo Arana, muchos traían consigo sus séquitos de criados desde sus propios lugares de origen. El bilbaíno traía doncellas vascas y el pamplonés de las montañas de Navarra; algunos, como el abogado alcarreño José Bedoya, que vivía en el principal del distinguido edificio de la Plaza de Colón, se hacía acompañar de una doncella nacida en San Juan de Luz, en la costa vasca francesa, quizá contratada en una temporada de veraneo o de exilio en esas tierras. Segismundo Moret y Pendergast, el político progresista gaditano, que también vivía por esa zona, contaba entre su abundante servicio doméstico con un aya nacida en Liverpool para que sus hijos crecieran aprendiendo el inglés como una lengua propia⁸⁶. Tal era la abundancia de los criados de los que disponían estos inmigrantes acomodados (dos el menos acaudalado, hasta más de veinte en el caso de los grandes de España), que la población madrileña se veía profundamente afectada. Las muchachas de entre 15 y 30 años que venían a servir eran con diferencia el grupo más numeroso entre toda la población de la capital que no podía calificarse en aquel momento de otra manera que como joven y trabajadora.

El Ensanche Norte no se veía tan afectado por la irrupción de estos inmigrantes acomodados y sus séquitos de criados como otras zonas más céntricas o lujosas de la ciudad. La construcción de los modernos barrios no había hecho más que comenzar en 1880; aún así, las primeras mudanzas de nuevos residentes como la del político Moret, el marino vasco Arana o el escritor Pérez Galdós comenzaban a sentirse en la zona. Su llegada era el mejor síntoma de que las afueras norte se estaban convirtiendo en Ensanche, de que el antiguo arrabal y los descampados estaban transformándose en un auténtico barrio de la ciudad. A la vez, estos nuevos habitantes contribuían a completar el proceso de normalización que estaba experimentando la población de la zona. Los antiguos atributos que conferían una cierta especificidad a la gente del arrabal se iban disolviendo mientras que cada vez se hacía más evidente que las diferencias entre Madrid y Chamberí eran cada vez menores.

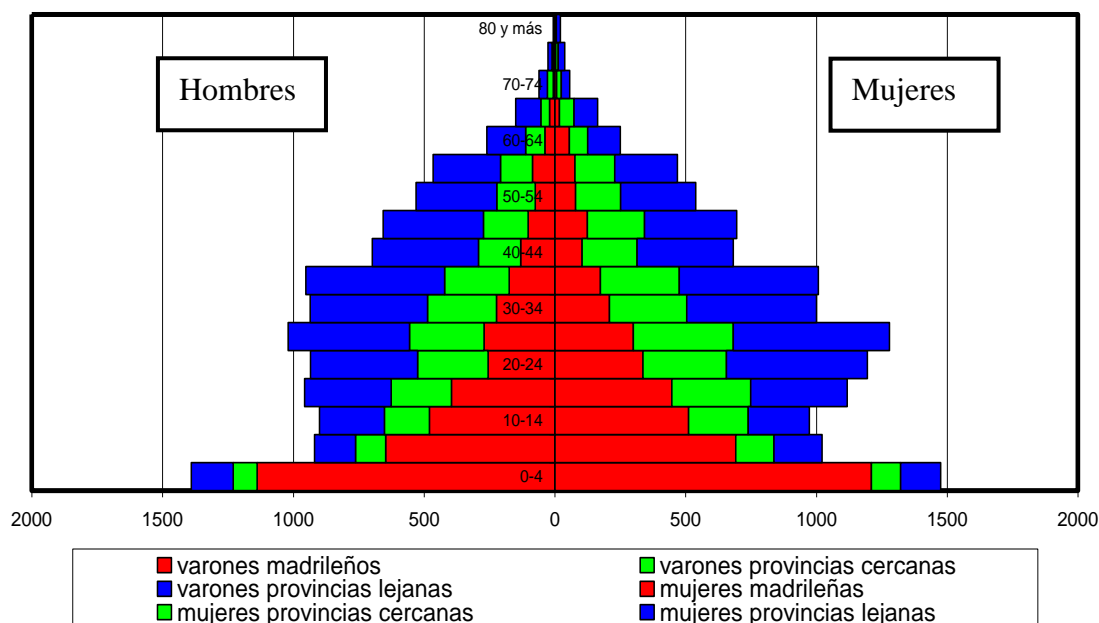
El primer factor que había provocado aquella transformación había sido el mero envejecimiento de la población. Los pioneros que habitaban el arrabal tenían veinte años más y sus hijos también. La tajante división que antes existía entre unos cabezas de familia en su gran mayoría inmigrantes y sus vástagos madrileños se iba matizando. También se había colmado la antigua ausencia de niños y jóvenes de menos de veinte años; era consecuencia a su vez del crecimiento de los antiguos habitantes, de un

⁸⁵ Para comprobar la presencia de esta diversidad de regiones y países en otros barrios de la capital basta con acercarse a los análisis que para las otras zonas del Ensanche se han hecho: VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *Los albores del nuevo Madrid: el distrito de Arganzuela (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2006, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es: 6238, 2006 y CARBALLO BARRAL, Borja: *Los orígenes del Moderno Madrid. El Ensanche Este (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2006, E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es: 6336. Obviamente, el tipo de diversidad regional y sobre todo la presencia de extranjeros no era la misma en todos los barrios de la capital. Éstos últimos eran más numerosos en las zonas más lujosas y los barrios más caros de Madrid, como en el Ensanche Este donde suponían el 5,60% de la población mientras que en el Ensanche Sur sólo eran el 1,28% y en el Norte el 1,91%. La comparación en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

⁸⁶ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880, vivienda de Fernando el Santo 7, principal, caso nº 5.441.

desarrollo vital ya largo de los vecinos de aquel barrio de la ciudad, algunos de los cuales llevaban ya instalados en sus calles veinte, treinta o cuarenta años.

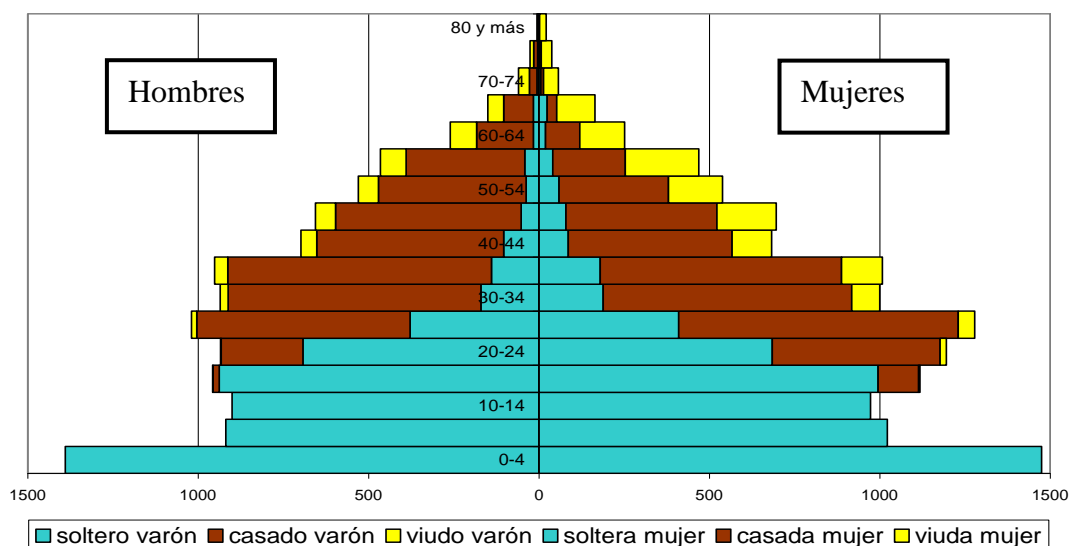
Gráfico 3.11: Pirámide de la población del Ensanche Norte en 1880 según su origen



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880.

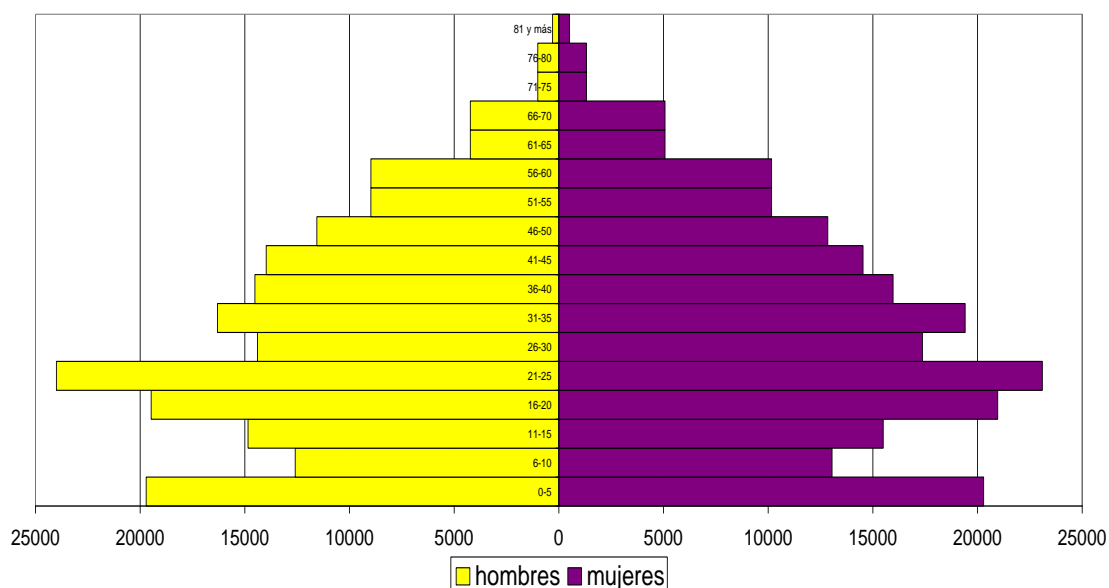
La permanencia de ciertos núcleos familiares y la consolidación de una población estable en la zona fue el segundo factor clave en la transformación. El éxito de una parte de todas las personas que por uno u otro motivo recalaban en las afueras norte, ejerció una poderosa fuerza de atracción para que otras les siguieran. Los negocios del farmacéutico Benigno Castro, del panadero Francisco Fernández y el resto de tahoneros y taberneros lucenses y asturianos, o la mera presencia de ciertas familias como la de Guillermo Valle y las de sus paisanos de Santa Cruz de la Zarza ejercieron de cabeza de puente para que otros muchos llegaran al barrio y en algunos casos se instalaran definitivamente allí y desarrollaran sus vidas. Así se aseguró una constante renovación de la población de la zona, que como todo Madrid, debía su crecimiento más a la inmigración que a la potencia reproductiva de sus habitantes. Chamberí y sus alrededores siguió siendo un lugar marcado por la llegada de inmigrantes entre los veintipocos años y los cuarenta y tantos, pero la alta tasa de inmigración no se traducía en una especial desestructuración familiar ni en un alto índice de personas viviendo en solitario. Ciertamente, había una importante población flotante, como en cualquier ciudad; todas esas criadas, mancebos de botica y jornaleros de la panadería, jóvenes y solteros que quizá pensaran que pasados unos años marcharían de la ciudad de retorno a sus pueblos. Algunos se quedaban, pero no por ello estaban condenados a la soledad. Las redes de solidaridad entre vecinos de una misma región, como en el caso de los asturianos y lucenses, o las nuevas relaciones trabadas en la vida urbana, como demostraban los naturales de Santa Cruz de la Zarza, hacían posible que los inmigrantes acabaran formando una propia familia en la que apoyarse en su futura existencia en Madrid.

Gráfico 3.12: Pirámide de población del Ensanche Norte en 1880 desglosada por estado civil



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880.

Gráfico 3.13: población de Madrid según el censo de 1877



Elaboración propia a partir del censo de población de 1880. Al igual que la pirámide 1860, la calidad de la fuente provoca imperfecciones en la representación. A partir de los 50 años, los grupos de edad utilizados en el resumen estadístico son de 10 en 10 años y obliga a agruparlos de esa manera en la pirámide.

La guinda a esta evolución la trajo la aparición en el Ensanche Norte de nuevas capas sociales antes ausentes de sus calles y descampados. Los propietarios, profesionales liberales, militares y demás miembros de los estratos sociales superiores presentes en la ciudad aportaron un grado más de diversidad a la ya variopinta población de las antiguas afueras al norte de Madrid. También provocaron algunos efectos en el conjunto del barrio antes imperceptibles, como esa abundancia de mujeres jóvenes, en su mayoría dedicadas al servicio doméstico y veinte años atrás mucho menos frecuentes, por el

simple hecho de que no había suficientes hogares acomodados en el barrio para contratarlas.

En 1880 apenas existían diferencias entre la población de Madrid y la de Chamberí. Ambas compartían los mismos vicios y dependencias. La alta natalidad infantil y su dramático freno, por la facilidad con la que morían los niños antes de los cinco años, eran signos característicos. También la dependencia de la inmigración de la que la ciudad, en su conjunto, y el Ensanche Norte, en particular, eran deudores en su crecimiento. Así como los efectos que esa abundante inmigración producía en la estructura por edades: el predominio de la población joven y la abundancia de trabajadores en determinadas edades. La convergencia entre la población de Madrid y la de Chamberí se había producido lenta pero inexorablemente, de una forma natural hasta hacer casi indistinguibles una de otra. Aún así, observado familia a familia, persona a persona, uno se podía percatar de que la vida no era igual para todos los vecinos y que el cuadro general escondía profundas y drásticas diferencias. No era lo mismo lo que le esperaba al inmigrante de Lugo que huía de la pobreza que al marino de carrera que pasaba por la capital, al estudiante de farmacia que venía a seguir sus estudios que al jornalero alicantino expulsado por el paro de todos los pueblos en que buscó fortuna. La forma en que cada uno llevaba su vida en la ciudad dependía en mucho de la manera en que se ganara el pan, de la posición que hubiera alcanzado en un mundo del trabajo que era muy diverso y complejo. Y es necesario tenerlo en cuenta para comprender por qué unos inmigrantes conseguían quedarse en la ciudad y otros no y por qué unos madrileños vivían más años y más cómodamente y otros veían su existencia recortada y reducida a condiciones de miseria.

CAPÍTULO 4:

LA CIUDAD DE LOS MIL OFICIOS

El mercado laboral de una ciudad en crecimiento

Para Francisco Fernández había muy pocas dudas de cuánto había cambiado la vida en Chamberí en los últimos veinte años. El tahonero de Otur había sido uno de los primeros habitantes del barrio. Había llegado hasta la tahona del Paseo de la Habana en 1850, cuando las calles que rodeaban el negocio de su suegro apenas constituían un pequeño arrabal en medio de los tejares y una tajante tapia les separaba del centro de Madrid. Aunque él no había fundado el negocio del que ahora era propietario, podía sentirse con toda justicia un pionero. Mucho antes de que las autoridades planearan y aprobaran la incorporación de Chamberí a Madrid, él ya estaba repartiendo hogazas entre los habitantes de las afueras norte. De sus hornos salía todos los días el pan cocido del que se alimentaban casi exclusivamente los habitantes más pobres de aquel barrio humilde. Cuando tomó las riendas del negocio del Paseo de La Habana, apenas había un par de tahonas más por la zona y eso le permitió hacer rápidamente mucho dinero. La apuesta de abrir una panadería en aquel lugar extremo de la ciudad en 1850 era tan acertada como la de instalar una botica. El barrio, en intenso crecimiento, nunca dejó de suministrar nuevos clientes a Francisco. Además, su negocio alimentó a muchas familias por otros medios más allá de la venta de pan. Francisco empleó cada año a más y más trabajadores, la gran mayoría inmigrantes, a los que proporcionó un primer empleo y un primer sueldo en la gran ciudad. Su hábil estrategia de drenar a jóvenes desde su provincia y desde su mismo pueblo para convertirlos en trabajadores en Madrid, le surtió efecto. En los más de treinta años que llevaba en el barrio no sólo había amasado miles y miles de panes sino también miles y miles de pesetas que ahora acumulaba en sus cuentas bancarias, en sus propiedades inmobiliarias y en sus diversos negocios.

En 1880, Francisco Fernández tenía 57 años. Hacía casi cuarenta años que había llegado a Madrid, siendo un joven inmigrante y soltero, que venía a buscarse la vida como tantos otros mozos de su pueblo y de su provincia. Había trabajado duro como panadero, primero como cualquier otro oficial del gremio, soportando las penosas condiciones de vida del oficio, luego como pequeño empresario bregando con los problemas cotidianos que planteaban las repentinas alzas del precio del trigo y las reclamaciones de sus trabajadores para que les subiera el jornal. Las cosas le habían ido bien y, pronto, a la primera panadería le siguió otra en la misma calle, el Paseo de La Habana. Muchos de sus antiguos trabajadores se acabaron convirtiendo en sus propios clientes que le compraban el pan para venderlo en sus tiendas. Otros le alquilaban locales para establecer sus propios negocios. Su antigua criada Gabriela estaba allí, en el edificio de enfrente, donde había instalado una taberna en una habitación por la que pagaba 30 pesetas de alquiler al mes a su amo de otros tiempos. En fin, los negocios de Francisco Fernández se habían ido multiplicando y diversificando hasta casi hacer olvidar su origen humilde como trabajador de las artes blancas. Es cierto que no había renunciado a seguir regentando una panadería. La tenía ahí mismo, en el piso bajo del edificio que habitaba, pero hacía tiempo que no se remangaba la camisa y se metía en harina con sus paisanos. Para él, el trabajo se había convertido en otra cosa; tenía demasiados asuntos que atender para acercarse a los hornos.

Resultaba lógico. En 1880, cuando Chamberí había dado el primer estirón y comenzaba a mutar sus viejos rasgos de arrabal de aire pueblerino en barrio madrileño,

Francisco Fernández podía enorgullecerse de ser uno de los vecinos más distinguidos de la zona. Siempre lo había sido. En 1860, en los tiempos del arrabal, ser el dueño de una tahona no era poca cosa; lo mismo que ser boticario o médico de la Beneficencia. Entonces había tan poca gente distinguida por aquellos andurriales que hasta un pequeño negocio daba un halo de respeto y prosperidad entre la masa de trabajadores a jornal y artesanos que habitaban el caserío. Lo mismo que tener un molino en el pueblo o ser el dueño del lavadero. En 1880, Francisco Fernández destacaba por otros motivos. Las propiedades que había acumulado le convertían en uno de los residentes más ricos del barrio. Claro que no podía compararse con las grandes fortunas que se acababan de instalar en las lindes de la Castellana; con aquel Sáenz de Indo que había alzado el deslumbrante palacio junto al paseo, con Segismundo Moret o el capitán de fragata Camilo Arana. Pero aún aquel lujoso barrio quedaba lejos del arrabal; para llegar a los ostentosos hotelitos había que recorrer todavía más decampado que pavimento. Francisco seguía siendo admirado en el arrabal sin que le eclipsasen los aristócratas de sangre y de dinero del Paseo de la Castellana. Bastaba con echar una ojeada a sus registros fiscales. Ese mismo año de 1880 había tenido que pagar 2.500 pesetas de contribución territorial; una cifra a la que estaban obligados pocas personas. Sólo los terratenientes que dejaban sus propiedades en barbecho en la provincia, los abogados de éxito y algún que otro gran industrial gozaban de unas rentas anuales de tal calibre como para pagar esos impuestos. 2.500 pesetas no era cifra de un panadero, ni de un tendero de ultramarinos ni de un boticario, sino más bien de un gran industrial, de un dueño de una poderosa fábrica o de un importante comerciante¹.

Francisco podía sentirse un privilegiado. Sabía que su trayectoria profesional había sido excepcional, que su carrera de joven inmigrante trabajando en la panadería a gran propietario e industrial no era frecuente. Aunque mucho de lo que había conseguido se lo debía a su esfuerzo y a su trabajo, también era consciente de que parte de responsabilidad en su destino residía en el azar. Era un elegido, porque muchos otros que habían partido de una situación muy similar a la suya no habían tenido la misma suerte. Él, que había sido uno más de tantos inmigrantes asturianos que se encaminaron hacia Madrid huyendo de la pobreza, había terminado por ser un caso excepcional, destacándose de la masa por su riqueza y su éxito profesional. En cambio, ¿qué habría sido de la gran parte de los paisanos que había ido contratando en sus tahonas a lo largo de los treinta años que llevaba fabricando pan en Chamberí?

De algunos conocía su destino, porque tenían un comercio abierto en las inmediaciones, como su criada Gabriela o el antiguo mozo Juan que regentaba un despacho de panadería. La vida no les había tratado del todo mal aunque sin la generosidad con que había sido agraciado él. No era lo mismo tener una bodega como la de Gabriela que acaparar panaderías y locales comerciales como había conseguido

¹ Las 2.500 pesetas que señala como contribución Francisco Fernández en 1880 le sitúan en el puesto nº 31 de los mayores contribuyentes del Ensanche Norte, muy lejos de los otros pequeños comerciantes que ya han aparecido hasta el momento (Benigno Castro ocupaba el puesto 128, con contribución anual de 593 pesetas, José Fernández Pérez, el antiguo trabajador de la panadería que había abierto un negocio propio se situaba en el puesto 227, con 275 pesetas de contribución anual). La cuantía de la contribución satisfecha por Francisco Fernández (y en la que se incluía tanto la contribución territorial como la industrial) le acercaban a la condición de gran industrial, ya que le hacía avecindar con conocidos dueños de fábricas e industrias y fábricas. Si él se situaba en el puesto 31, en el 27 estaba Joaquín Castellá dueño de la fábrica de cervezas *La Deliciosa* y que pagaba 3.100 pesetas de contribución anual, en el 28 Gabino Stuyck, director concesionario de la Real Fábrica de Tapices, que pagaba 3.000 y en el 33, Mariano Monasterio, uno de los más importantes contratistas de obras del Madrid de la época, que pagaba 2.475 pesetas al año. AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880. Estos tres personajes aparecerán en este capítulo.

Francisco Fernández. Otros apenas habían progresado; se habían estancado en su condición de eternos aspirantes a subir escalones en la profesión. Muchos de los panaderos que llegaron con poco más de veinte años, seguían siendo trabajadores a jornal; algunos entre harina, muchos otros reconvertidos en jornaleros, albañiles o cocheros. La apuesta que hicieron al abandonar sus hogares en Asturias no había dado grandes resultados por el momento; seguían siendo pobres aunque probablemente podían sentirse satisfechos con sobrevivir en la gran ciudad, algo que quizá no habrían podido conseguir en los pueblos de los que huyeron. Finalmente, a la gran mayoría les había perdido el rastro. La gran ciudad los había devorado, expulsándolos de barrio en barrio en busca de un trabajo mejor pagado, de un alquiler más barato y de una vida mejor. Su suerte era un enigma, aunque se podía sospechar lo peor. En una comunidad tan cerrada como la de los asturianos y gallegos, su desaparición bien podía interpretarse como un signo de fracaso. La caída en la pobreza era fácil para un trabajador en el Madrid de la época y las salidas eran escasas: el Hospital, el asilo o de nuevo, la inmigración, cuando no algo más terrible.

Cuando Francisco hacía balance a la luz de esos otros inmigrantes asturianos, también llegados a la misma edad que él y en fechas parecidas, era cuando más afortunado se podía sentir. ¡Qué diferencia entre su vida y que le había tocado vivir a su paisano Manuel Gómez! Manuel tenía su misma edad en 1880, 57 años. Llegado de Asturias hacía varias décadas, cuando era joven, había tomado el mismo camino que muchos de sus compatriotas. Había acabado por casarse con una asturiana que había conocido en Madrid y se había establecido definitivamente en la ciudad, a cientos de kilómetros del lugar en que había nacido. Mientras tal decisión en Francisco Fernández, el panadero, había venido acompañada de una prosperidad fuera de lo común, en el caso de Manuel Gómez se veía teñida de la miseria en que se había visto obligado a vivir desde el día que abandono el pueblo asturiano del que procedía. Francisco Fernández, gran industrial y propietario residía en una de las calles más lustrosas del Ensanche Norte; un paseo arbolado que por su anchura y por la calidad de los edificios que la jalonaban contrastaba con la estrechez de las calles del arrabal de Chamberí y las del viejo Madrid. Manuel Gómez, al acercarse a los 60 años, una edad que anunciaba ya la muerte, no había conseguido escapar de la condición de albañil. Todas las mañanas había de levantarse para ir a trabajar, a pesar de que su cuerpo y sus manos carecían de la vitalidad y de la fuerza que su oficio requería. Todavía tenía que ingeniárselas para buscar empleo en un sector, el de la construcción, caracterizado por la alternancia de largos periodos de paro con esporádicas contrataciones en una obra o en otra. Su exiguo e intermitente salario no le permitía pagar el alquiler de una habitación propia. Así que, junto a su esposa, se habían tenido que trasladar a casa de una costurera viuda que vivía con su hijo zapatero. Con más de cuarenta años de trabajo a sus espaldas a lo máximo que podía aspirar era a ser un realquilado, a compartir una triste vivienda de tan sólo 12 pesetas y media de alquiler mensual en una de las zonas más tristes del Ensanche Norte. El número 3 de la calle Fernando el Católico tenía muy poco que ver con el Paseo de la Habana donde residía su paisano el panadero. En un par de cruces de calles, en medio de un desierto de descampados, se alzaban el puñado de edificios que configuraban el barrio de Vallehermoso. La casi totalidad de las construcciones eran corralas, casas de corredor donde se amontonaban las familias en pequeñas viviendas cuyas puertas se alineaban en un pasillo que recorría un inmenso patio interior. Manuel y Francisco habían llegado a la misma edad, en el mismo momento y a la misma ciudad. El paso del tiempo les había colocado en lugares muy distintos; a uno en un paseo arbolado que

conducía hacia el lujo de la Castellana, al otro en medio de las casas más cochambrosas de todas las afueras norte y con vistas hacia los cementerios².

La comparación no siempre arrojaba contrastes tan extremos. Había quién corría mejor suerte que el albañil Manuel Gómez sin acercarse apenas a la condición de Francisco Fernández. Benigno García Casares tenía casi más cosas en común con el tahonero de Otur que el desgraciado albañil. Como Francisco Fernández, era también uno de los pioneros de Chamberí. Benigno García Casares, inmigrante del pueblo asturiano de Arcallana, ya estaba presente en el arrabal en 1860, cuando Francisco daba sus primeros pasos al frente de la tahona del Paseo de La Habana. Las condiciones sociales de ambos no se distinguían demasiado en aquellos tiempos. Francisco tenía un negocio propio, una tahona más o menos próspera; Benigno García había conseguido colocarse en un escalón modesto de la administración: era jardinero del Canal de Isabel II y residía en las casas del Depósito de Aguas que había a espaldas del Paseo de La Habana. Sin ser una fuente de excepcional riqueza, su empleo le proporcionaba un sueldo regular y una vivienda gratuita que debía de ser la envidia de buena parte de sus vecinos, en su mayoría trabajadores manuales de jornal escaso e inseguro. Tampoco había que olvidar el halo de honorabilidad que debía imprimir un empleo oficial, aunque fuera de mero jardinero, en un paisaje como el de Chamberí en 1860, aún marcado por su carácter de zona periférica urbana en la que se amontonaban jornaleros y trabajadores manuales³.

Veinte años después, cuando Francisco Fernández y Benigno García se acercaban a los sesenta años, las distancias entre ellos se habían acrecentado. El jardinero había perdido su relumbré mientras el tahonero había adquirido cada día más brillo. Benigno García había conservado su empleo de jardinero aunque no su vivienda en la casilla del depósito. Ahora se tenía que conformar con alquilar una reducida buhardilla en Juan de Austria, una de las estrechas callejuelas que componían el arrabal alrededor de la plaza de Olavide. Compartía la vivienda con su hijo Rafael que trabajaba como carpintero y una sobrina recién llegada de Asturias y que, como tantas otras muchachas venidas de aquella región, ganaba unas cuantas monedas como criada en una casa de los alrededores. Poco tenía que ver aquel tipo de vida con la que el jardinero llevaba cuando el barrio aún era una porción de tierras a las afueras de Madrid; en 1880 se había convertido en un inmigrante más, quizá con un empleo un poco mejor que el del común de sus vecinos, pero sin duda con una situación poco envidiable, por normal y extendida. Ya no destacaba entre sus iguales y lo máximo a lo que podía aspirar para dejar en herencia a su hijo, era los pocos ahorros que hubiera guardado de su exiguo sueldo, mientras su paisano Francisco Fernández disponía de varias panaderías y edificios para asegurar la prosperidad de sus hijas una vez que muriese.

Manuel el albañil, Francisco el panadero y Benigno el jardinero, tres jóvenes asturianos que llegaron prácticamente al mismo tiempo a Madrid (en la década de los años 40), con la misma edad y en situaciones parecidas (los tres habían nacido en 1823 y eran solteros cuando acudieron a la capital), tuvieron destinos muy diferentes. La disparidad de su suerte al llegar a los 60 años y lo diverso de sus trayectorias dan muestra de la complejidad del funcionamiento del mercado laboral madrileño en esa época. La forma en que la ciudad incorporaba al mundo del trabajo a sus habitantes los proyectaba en muy diferentes sentidos, en un juego de fuerzas en que influía, en primer lugar, el sector laboral al que uno se incorporaba (no era lo mismo un albañil sujeto a la

² El retrato de Manuel Gómez a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880, caso n° 5.242.

³ El retrato de Benigno García Casares a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, caso n° 824 y padrón del Ensanche Norte, 1880, caso n° 497.

amenaza de paro que un jardinero empleado por la administración), luego, la capacidad que cada uno tuviera para medrar en los negocios (y a Manuel el albañil y a Francisco el panadero les fue de manera muy diferente) y, por último, la suerte, que muchas veces proporcionaba la oportunidad de conseguir un buen empleo a unos y se la negaba constantemente a otros. La lucha por la vida en Madrid en los primeros años en que se desarrolló el Ensanche, no era un juego fácil. Mucho menos lo era para los inmigrantes, que constituían la gran mayoría de la población de muchos barrios como Chamberí. Habían nacido en otro lugar, habían dado sus primeros pasos como trabajadores en entornos laborales muy distintos al de la gran ciudad. La experiencia que traían del campo, del pueblo o de la pequeña ciudad de provincias no era suficiente para moverse en el complejo y a veces confuso mundo laboral madrileño.

No se trataba sólo de superar las dificultades que se le presentaban al recién llegado para encontrar un primer trabajo sobre el que construir su vida futura. Siendo esta tarea difícil, quizá lo más complicado para los trabajadores madrileños, inmigrantes y nativos, era bregar en un mercado laboral en continua transformación. La capital española entre 1860 y 1880 estaba asistiendo a profundas mutaciones de su estructura social, de las que las más radicales derivaban de la intensa afluencia migratoria de los últimos años. La continua llegada de gentes hasta las puertas de Madrid que contribuyeron decisivamente a aumentar el número de habitantes de la ciudad (en esas dos décadas pasaron de los 300.000 hasta los 400.000) tenía que acarrear necesariamente graves consecuencias en el mundo del trabajo. Sobre todo teniendo en cuenta las graves dificultades que presentaba la ciudad para absorber nuevos trabajadores en sus calles, como se había demostrado varias veces a lo largo de las décadas precedentes. No estaban aún demasiado lejos los tiempos en que la ciudad se negaba a crecer y a derribar sus tapias y en que los inmigrantes eran periódicamente expulsados por bando municipal o conducidos hacia los asilos por las fuerzas del orden. Los inmigrantes, en su gran mayoría, no llegaban invitados por la ciudad, sino que llamaban a sus puertas por obligación, expulsados de sus pueblos por la pobreza y la incapacidad de subsistir allí. En Madrid no había grandes fábricas reclamando nuevos obreros; eran los campos de España, en los que sobraban jornaleros, quienes los arrojaban hacia el centro de la Península y no la capital la que los atraía.

Las corrientes de trabajadores que manaban desde Galicia, Asturias, Cantabria, Levante, Andalucía y el resto de las regiones de España inundaron Madrid. Los miles de nuevos trabajadores, con sus diferentes grados de especialización, se presentaron en una ciudad que, si bien no carecía del todo de fábricas y centros de trabajo, desde luego no estaba preparada para acogerlos⁴. No se reclamaba tanta mano de obra ni se la estaba esperando. En el siglo XIX, la capacidad de crecimiento de la estructura productiva madrileña fue sobradamente superada por la afluencia de nuevos trabajadores, como en otras dimensiones ocurría en la ciudad, donde el número de nuevos vecinos era infinitamente superior al de viviendas disponibles o la cantidad de habitantes desbordaba las instituciones benéficas o los servicios más básicos como la educación elemental. En los talleres no había más hueco para nuevos artesanos; los zapateros, costureras y carpinteros se encontraban en situación de paro cada vez con más frecuencia. Tampoco había suficiente trabajo para emplear tanto jornalero de una

⁴ Acerca del panorama industrial en la capital CAPELLA, Miguel: *La industria de Madrid. Ensayo histórico-crítico de la fabricación y artesanía madrileña*, Madrid, 1962 y BAHAMONDE MAGRO, Ángel y TORO, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1978. Para su distribución por los distintos barrios de Madrid véase VV.AA.: *Establecimientos tradicionales madrileños*, Madrid, Cámara Oficial de Comercio de Madrid, 8 Vols. 1980-1988.

manera continuada; las obras públicas, especialmente las de demolición de edificios del casco antiguo en tiempos de la desamortización, se concentraban en periodos muy concretos, pero no ofrecían una veta continuada de contratación. En definitiva, la presión creada por el continuo crecimiento de la población madrileña, un fenómeno que se dio por primera vez a partir de 1830, fecha desde la que no volvió a retroceder el número de habitantes de la capital, acabó modificando sustancialmente el mundo del trabajo en la ciudad.

Los caudales de personas llegadas a Madrid eran tan intensos y tan violenta era su confluencia en una ciudad hasta entonces no acostumbrada a recibirlos en ese número, que acabaron convirtiendo el mercado laboral en un mar turbulento en el que era difícil mantenerse a flote. Al inmigrante llegado a la capital, pero también al madrileño que llegaba a la edad de trabajar, le tocaba atravesar un remolino del que nunca sabía hacia dónde saldría. Había quien, como Francisco Fernández que aprovechando la continua llegada de inmigrantes de su pueblo construyó un pequeño imperio de la panadería en Chamberí, conseguía aprovechar la fuerza de la corriente y ponerla a su disposición para que le condujera hacia donde él deseaba. Otros simplemente nadaban con cierta seguridad y sin riesgos, como el jardinero Benigno García, y finalmente estaban quienes podían dar gracias por no ahogarse y sacar la cabeza a la superficie todos los días, como el albañil Manuel Gómez, que en 1880 gastaba sus últimos días trabajando como albañil y viviendo en un cuarto realquilado en uno de los barrios más míseros de la ciudad.

Entre 1860 y 1880, en las afueras norte de la capital se dejaron notar estas transformaciones que se estaban produciendo en el mercado laboral en el conjunto de la ciudad. Además, los nuevos barrios experimentaron cambios que se debían exclusivamente a su dinámica como un espacio diferenciado dentro de Madrid. Igual que en la evolución de la población se habían dejado notar sus especificidades como una zona periférica que poco a poco iba siendo integrada en la trama urbana y social de la capital, en la estructura y funcionamiento del mercado laboral de Chamberí se pudieron sentir las consecuencias de ese mismo proceso. No era lo mismo ser un empleado del Canal de Isabel II en las afueras de la ciudad, donde lo que abundaban eran los tejares y había pocas casas de un cierto lujo, que en un barrio moderno en el que los trabajadores de cuello blanco abundaban y eran frecuentes. Que se lo dijeran a Benigno Castro, el primer farmacéutico de Chamberí. En 1860, recién llegado al barrio, podía sentirse un miembro distinguido de su comunidad. Era dueño de la única botica abierta en el barrio; un negocio próspero y cuya naturaleza le convertía en parte de la elite social, hasta el punto de darle el valor para ponerse al frente en las luchas contra la administración para evitar el derribo del arrabal. Veinte años después, aunque su posición siguiese siendo acomodada, Benigno el boticario, tenía razones para no sentirse tan especial. En el Ensanche Norte, además de él, residían ya ocho boticarios más, seis de los cuales tenían boticas abiertas, algunas a apenas unos metros de la suya. Su situación de privilegio se había esfumado, y aunque sin duda era el que más negocio seguía generando, ya no era el único ni el más distinguido entre sus colegas de profesión. Ahí estaba su propio yerno Florencio, que era todo un empleado de la Dirección General de Sanidad. O su vecino José Úbeda, que siendo doctor por la facultad de Farmacia, además de llevar su botica daba clases en la Universidad⁵.

⁵ El resto de las farmacias estaban situadas en la Bravo Murillo 40 (AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880, caso nº 4.708), Glorieta de Quevedo 9 (caso nº 5.161), Real 4 (caso nº 4.704), Luchana 11 (caso nº 3.274), Paseo de la Habana 11 (caso 3.008) y Ronda de Recoletos 7 (caso 5.959). En esta última era en la que tenía abierto su negocio José Úbeda Correas, que se declaraba como farmacéutico doctor y ayudante en la Facultad de Farmacia.

La progresiva inserción del arrabal de Chamberí en la trama urbana madrileña tuvo repercusiones laborales que fueron más allá de lo que en lo personal podía afectar a un farmacéutico o un jardinero. También influyó en la orientación económica general del barrio. Hasta 1860, en que quedó aprobado el proyecto de Ensanche, las afueras del norte resultaban especialmente propicias para determinadas actividades económicas que marcaron profundamente la vida de la incipiente comunidad de Chamberí. Por estar situados en las afueras de la ciudad, los terrenos que rodeaban el arrabal ofrecían alquileres de suelo y locales baratos para quien quisiera establecer allí su negocio. Esa era una de las primeras razones de que tanta panadería, botica, bodega y unas cuantas fábricas se hubieran abierto hacia finales de los años 50. Otra razón poderosa era el privilegio que suponía su situación fuera de las tapias fiscales que rodeaban la capital. Para un bodeguero o para un artesano era especialmente ventajoso tener su negocio en las afueras porque eso le permitía recibir muchos materiales y productos sin que pagaran los impuestos de puerta que los encarecían cuando eran comprados en el casco viejo de Madrid. Comprar vino en las afueras era más barato y era un hábito acendrado entre el pueblo madrileño el acudir en los días libres que les dejaba el trabajo a los figones y bodegas que se encontraban justo al traspasar las puertas de la capital. Era lógico, por lo tanto, que el que decidía arriesgar sus ahorros para abrir un pequeño negocio encontrara en aquellos terrenos apartados uno de los lugares ideales para emprender su aventura.

Algo similar sucedía con el puñado de grandes talleres de aire fabril que se podían encontrar en las inmediaciones del arrabal de Chamberí. Uno de los grandes frenos al desarrollo de la industria madrileña, común a cualquier otra gran ciudad o capital europea, era el alto precio que los industriales y dueños de fábrica debían afrontar para crear sus instalaciones⁶. Dada la espiral alcista en los precios del suelo y de los inmuebles que se estaba produciendo en el casco viejo madrileño, desde la primera mitad del siglo XIX sólo las dificultades para buscar un lugar en el que abrir un gran taller donde agrupar a más de cincuenta o cien trabajadores hacen comprensible la lentitud con que despegó la industrialización en Madrid. Eso sin contar con otros problemas añadidos como eran la falta de fuentes de energía y de determinadas materias primas en las cercanías que favorecieran la mecanización o la producción de bienes en masa, pues no había el carbón ni el mineral que por ejemplo sí abundaban en Vizcaya⁷. De entre los pocos establecimientos que podían considerarse como fabriles en Madrid a mediados del siglo XIX, algunos de los más importantes habían buscado su emplazamiento en las afueras norte donde había suficiente espacio y el suelo era moderadamente barato. Así, y Mesonero Romanos lo destacaba ya en su manual de Madrid, superado el año de 1850, las torres de la iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel

⁶ El precio del suelo en la ciudad y su influencia en el desarrollo particular que adquirió en ciertas industrias ha sido abordado en estudios para otras capitales europeas. Gareth Stedman Jones lo señala como un factor decisivo para que en el Londres del siglo XIX se mantuviera un tipo de trabajo cualificado de corte artesanal y en el que se realizaban fundamentalmente labores de acabado en las piezas y no de producción en masa de tejidos o de diseños más básicos. JONES, Gareth-Stedman: *Outcast London: a study in the relationship between classes in Victorian society*, Oxford, 1971. La localización industrial en París y la huida de las fábricas de la capital francesa es abordada en MARCHAND, Bernard: *Paris, histoire d'une ville (XIX^e-XX^e siècle)*, Paris, Éditions du Seuil, 1993

⁷ A estos problemas para el despegue de la industrialización en Madrid se ha referido GARCÍA DELGADO, José Luis: "Factores impulsores de la industrialización de Madrid" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel, y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Madrid, Alfoz-Comunidad Autónoma de Madrid-Universidad Complutense de Madrid, 1989, Vol. I, pp. 329-335. GARCÍA DELGADO, José Luis: "La economía de Madrid en el marco de la industrialización española" en NADAL, Jordi y CARRERAS, Albert. (dir. y coord.): *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*, Barcelona, Ariel, 1990, pp. 219-256.

se veían acompañadas por unas cuantas chimeneas que daban un peculiar aire fabril al arrabal⁸.

La primera de ellas y quizá la más emblemática por su antigüedad, era la chimenea de la Real Fábrica de Tapices, instalada en las afueras de la puerta de Santa Bárbara desde principios del siglo XVIII. Un establecimiento dedicado a la producción de lujo en el que se congregaban algunos de los más reputados tejedores y tapiceros del reino⁹. A este prestigioso taller se le habían unido en los últimos años tres importantes fundiciones, las de los industriales Bonaplata, Grouselle y Sanford, que lo mismo que los gerentes de la Real Fábrica, buscaban la abundancia y bajo precio del suelo de las afueras. No eran fábricas siderúrgicas, destinadas a la producción en grueso de metal, sino centros de trabajo dedicados a la elaboración de objetos en metales seminobles, en tareas más cercanas a la orfebrería artesanal que a la actividad de una fábrica. Sus trabajadores eran artesanos especializados, cuyos conocimientos y habilidades eran recompensados con altos salarios. A estos establecimientos había que añadir otros de mucha menor entidad entre las que se contaban las tahonas que, como la de Francisco Fernández, habían ido surgido en los últimos años, los talleres de carpinteros, canteros y los tejares que aparecían dispersos por las afueras norte y un par de lavaderos que aprovechaban los arroyos que surcaban aquellos terrenos periféricos de la ciudad.

Clasificación socioprofesional de la población de las afueras norte en 1860				
Categorías profesionales	hombres	%	Mujeres	%
Sin determinar/Sus labores	170	8,96	1.194	62,38
Sin oficio	45	2,37	12	0,63
Labores agropecuarias	36	1,90	2	0,10
Jornaleros/Trabajadores sin cualificar	622	32,77	68	3,55
Artesanos, oficios y trabajo cualificado	436	22,97	229	11,96
Pequeño comercio	241	12,70	55	2,87
Industriales	5	0,26	0	0,00
Servicio doméstico	33	1,74	272	14,21
Empleados y dependientes	193	10,17	13	0,68
Profesiones liberales/Titulados	29	1,53	2	0,10
Iglesia y militares	36	1,90	21	1,10
Pensionistas, jubilados y retirados	26	1,37	33	1,72
Propietarios y rentistas	26	1,37	13	0,68

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860

La estructura productiva de Chamberí en 1860 imprimía un particular sesgo a su mercado laboral. El tipo de centros de trabajo que habían surgido en su paisaje, entonces un conjunto de terrenos al exterior de la ciudad, había privilegiado la atracción hacia aquel puñado de calles a determinados grupos de trabajadores. El cuadro general del mercado de mano de obra de los habitantes del arrabal estaba marcado por la presencia

⁸ Los datos sobre los establecimientos fabriles en el Ensanche Norte en VV.AA.: *Establecimientos tradicionales madrileños. Cuaderno V, El Ensanche: Argüelles y Chamberí*, Madrid, Cámara Oficial Comercio de Madrid. Véase también CELADA CRESPO, Francisco y RÍOS, Josefa: "Localización espacial de la industria madrileña en 1900" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds): *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1989, vol. 1, pp. 199-214.

⁹ VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia: *La Real Fábrica de Tapices en los documentos de su archivo*, Madrid, Real Fábrica de tapices, 2000. VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia: *La Real Fábrica de Tapices. Pasado y presente*, UNED, 2007.

de los trabajadores manuales, como sucedía en el conjunto de Madrid. Y entre ellos el grupo más destacado era, con claridad, el de los jornaleros. Era la norma en un Madrid que desde hacía décadas estaba recibiendo grandes remesas de inmigrantes. Hasta un tercio de los varones residentes en Chamberí se declaraban como trabajadores a jornal, sin especificar con qué actividad ganaban ese sueldo diario del que dependían.

Con ser importante el peso de los jornaleros en el arrabal en 1860, era también destacable la presencia de los artesanos y trabajadores cualificados, que constituían el segundo grupo en importancia. El particular peso de este grupo profesional en las afueras norte no sólo se debía a la existencia de esos grandes centros de trabajo y talleres emigrados desde el casco viejo, sino que era también consecuencia de las características propias de la población que habitaba en aquellas calles periféricas. En el reparto de mano de obra madrileña, Chamberí ejercía un papel parecido al que cumplía en la distribución de la población en la capital. Chamberí en 1860, a pesar de ser un arrabal de carácter puramente inmigrante no por ello era el espacio preferido por los recién llegados, pues estos preferían el centro de la ciudad para sus primeros años de residencia y sólo luego se trasladaban a las afueras. Del mismo modo, los trabajadores a jornal, los más desfavorecidos en el reparto de salarios y empleos en el complejo mercado laboral madrileño, tendían más a la vida en los barrios más pobres del casco viejo que en las afueras. En cambio, aquellos que habían conseguido un cierto grado de estabilidad en un arte o un oficio buscaban frecuentemente el arrabal, por el simple hecho de que si ambicionaban abrir un taller o una tienda en la que despachar sus productos, era precisamente en las calles periféricas y aún baratas donde les sería más fácil conseguirlo.

Todos estos artesanos y trabajadores manuales aún encontraban razones para presentarse como tales en las hojas de empadronamiento, seguían sintiéndose miembros de un oficio y, al enunciarlo, se distinguían de la legión de jornaleros que había invadido Madrid. Al decir que eran carpinteros, plateros, panaderos o fundidores, aunque trabajaran para otros, aunque muchas veces fueran trabajadores a sueldo, expresaban su confianza en la independencia de su oficio. Contaban con los suficientes conocimientos profesionales y habilidades técnicas como para sentirse imprescindibles y en una mejor situación que el trabajador inmigrante que sólo podía emplearse en las labores más duras en las obras públicas o como mozo de almacén. Tenían oficio, lo que les colocaba en un escalón por encima de los trabajadores sin cualificación, directamente venidos del campo y con la sola carta de presentación a la hora de buscar un empleo que sus dos manos ajadas y encallecidas por los trabajos en huertas y cultivos. El destino más probable de estos era acabar como mozos de carga, peones de cualquier obra o algo similar¹⁰. El artesano, en cambio, el que había seguido un proceso de aprendizaje hasta convertirse en oficial, aspiraba a empleos mejor remunerados, pues su grado aún se reconocía. Se colocaba en un taller, donde a un sueldo más o menos fijo se le unía una cierta estabilidad en el trabajo. No tenía que saltar de un empleo a otro, un día peón de albañil y al siguiente mozo de cuerda, como los jornaleros. Además, generalmente se añadía una cierta cercanía con su patrón, como en el caso de los mancebos de la farmacia de Benigno Casto o los panaderos y criadas de Francisco Fernández, el tahonero. La vida de los trabajadores manuales cualificados podía ser dura, y sin duda lo era, pero a diferencia de los jornaleros, podían esperar alcanzar tarde o temprano una cierta prosperidad. Si algunos mancebos de farmacia se convertían en

¹⁰ Sobre la condición de los jornaleros BAHAMONDE MAGRO, Ángel: "El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)" en *Estudios de Historia Social*, 15, (1980), pp. 143-175 y PALLOL TRIGUEROS, Rubén: "Chamberí, ¿un nuevo Madrid? El primer desarrollo del Ensanche Norte madrileño, 1860-1880.", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 24 (2004), pp. 77-98.

farmacéuticos y algunos panaderos en tahoneros, era lícito que el oficial de carpintero, fundidor o zapatero soñara con abrir algún día su propio taller y conseguir el grado de maestro para, así, dejar de ser un mero trabajador a sueldo y convertirse en el dueño de su propio negocio.

En el Chamberí de 1860 parecía subsistir la ilusión de la vieja vida del mundo artesano, en que las etapas como aprendiz, oficial, ayudante y maestro se iban superando a medida que se cumplían años. La realidad del jornalero no estaba ausente del mundo del trabajo, y ya casi uno de cada tres trabajadores varones se declaraba como tal, pero el gran número de los que se reconocían como artesanos y, sobre todo, el de los que se presentaban como pequeños comerciantes, industriales o patrones los igualaba. En parte se debía a las peculiaridades del arrabal como espacio urbano, a ese carácter de barrio de pioneros que Chamberí mantenía en la década de los años cincuenta, cuando el suelo era barato y abundante frente a un casco antiguo cada vez más saturado y caro. Los madrileños más emprendedores, como Francisco el tahonero, como Benigno el farmacéutico y tantos otros pequeños ahorradores, decidían trasladarse allí para abrir sus negocios y empezar una vida nueva que se les hacía imposible en el centro. En parte también era reflejo de una vida económica madrileña que aún seguía muy marcada por el mundo artesanal, una ciudad que era más industrial que artesanal, en que las estructuras productivas seguían siendo más cercanas a la realidad del taller que a la de la gran fábrica¹¹. Por todo Madrid era norma general que no hubiese más de cuatro o cinco trabajadores por cada patrón en los lugares de trabajo. Si acaso en el arrabal de Chamberí se notaba más, por ese carácter de barrio popular que había adquirido en su primer desarrollo donde los habitantes, sin ser ricos, tampoco eran los más pobres, sin ser madrileños no eran inmigrantes recién llegados. En fin, en Chamberí se respiraba una cierta fragancia a prosperidad humilde de pequeño propietario, de comerciante de negocio modesto, de botica, panadería y taberna.

Si el arrabal de 1860 podía ejercer un especial atractivo para esa vida industrial madrileña de modestos patrones y artesanos cualificados, por otro lado sus mismas características como barrio periférico también repelían a otros sectores profesionales que, sin embargo, tenían un gran protagonismo en la vida económica madrileña¹². En 1860 los miembros de las clases medias y de las elites madrileñas aún no habían desembarcado en las afueras de la ciudad. Su lejanía del centro y su aire rural les provocaban rechazo y era muy tímida la presencia de empleados, profesionales liberales o de los miembros de la gran burguesía del dinero y de título que hacían de Madrid una ciudad distinta. En los barrios más acomodados la impronta de estos últimos era patente; al fin y al cabo se trataba de la capital de España y por mucha debilidad en la industria que se le quisiese achacar, Madrid era el tapete donde se dirimían las principales operaciones de inversión y las decisiones políticas de mayor importancia¹³. En los alrededores de Palacio y del Congreso, en los barrios de Barquillo y junto a la plaza Mayor no faltaban los grandes comerciantes, los banqueros, los prestamistas, los abogados y sobre todo la ya importante masa de empleados públicos de las diferentes

¹¹ BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana”, en Juan Pablo FUSI: *España. Autonomías*, Madrid, Espasa, 1989, pp. 517-613; BAHAMONDE MAGRO, Ángel y FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La transformación de la economía” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993.

¹² Un retrato general de la estructura socioprofesional madrileña a mediados de siglo en BAHAMONDE MAGRO, Ángel, y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

¹³ El carácter de Madrid como clave de bóveda de las elites españolas en BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid 1856-1866*. Madrid, UCM

administraciones que confluían en la ciudad (del municipio, de la diputación y del Estado además de ciertas instituciones con gran desarrollo como el ejército y el clero). Todos estos trabajadores de los servicios pululaban por los alrededores de las sedes de las instituciones en cuya órbita se desarrollaban sus vidas. Al trabajador del Ministerio o del tribunal, al que invertía en Bolsa o vivía atento de las decisiones del Congreso de los Diputados, nada se le había perdido por el arrabal y era extraño que por lo tanto fijaran su residencia más allá de las tapias que rodeaban Madrid.

Tabla 4.2: Directores y dueños de fábricas residentes en el Ensanche Norte en 1860

caso padrón de 1860	industrial	tipo de industria	lugar de residencia	dirección de la industria	alquiler instalaciones	trabajadores residiendo en las instalaciones
1067	Justo García	almacén de maderas - ebanistería	C/ Real 13	no lo indica	propiedad	empadronado en su vivienda sólo con su familia; no se indica la dirección de la fábrica
181	Livinio Stuyck	Real Fábrica de Tapices	C/Santa Engracia 1	en la misma	500 reales al mes	empadronado en la misma fábrica junto a su esposa y su familia; en edificios anejos están empadronados 5 de sus trabajadores junto a sus familias
46	Felix Serra	Fábrica de alfombras	C/ Arango 7	en la misma	150 reales al mes	la fábrica ocupa todo el edificio y en él aparecen empadronados Justo García y 4 trabajadores de la fábrica.
424	Rufino García y Nogueira	Fábrica de loza	Paseo del Obelisco 9	en la misma	8000 reales al año	vive con su familia en la fábrica; en un edificio anejo se empadronan el administrador de la fábrica y cuatro trabajadores con sus familias.
191	Nicasio Sacristán	Empresario ganadero	C/ Santa Engracia 1	no lo indica	60 reales al mes	reside habitualmente en Villarejo de Salvanés; en Madrid aparece empadronado con un pastor que trabaja a su servicio y que es originario y residente en el mismo pueblo.
1035	Nicolás Grouselle	Fundición	C/ Real 3	en la misma	propiedad	reside en la fábrica junto a su familia, la de su hijo y la del ingeniero administrador de la fábrica.
1039	William Sanford	Fundición	C/ Real 7	en la misma	propiedad	reside en la fábrica junto a su familia; en el mismo edificio aparecen varias familias de fundidores que trabajan en la fábrica

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860.

Había excepciones claro. Algunos directores de fábrica preferían mantenerse junto a sus industrias y grandes talleres a vivir en el casco antiguo. Su estrecha supervisión del negocio les obligaba a residir junto a sus trabajadores, como si fueran los dueños de un pequeño taller de carpintería o de cantería¹⁴. Livinio Stuyck, el director de la Real Fábrica de Tapices, tenía su residencia en los grandes talleres de la Puerta de Santa Bárbara, junto a los telares y los tejedores que trabajaban para él. Lo mismo sucedía con

¹⁴ Una actitud común a los industriales pioneros que abrieron fábricas en Europa; sólo más tarde, cuando el proceso de industrialización estaba más avanzado y las empresas basadas en la producción fabril se fueron haciendo más complejas, se fue produciendo una separación más clara entre hogar y lugar de trabajo de los dueños de las fábricas. Un retrato de este proceso en KOCKA, Jürgen: *Historia social y conciencia histórica*, Madrid, Marcial Pons, 2002.

Rufino García Nogueira, aquel fabricante de loza del Paseo del Obelisco que con tanto empeño defendía la supervivencia del arrabal frente a los planes de Ensanche. Su casa avecindaba con la de sus empleados. Pero eran pocos, apenas siete que completaban Guillermo Sanford y Nicolás Grouselle, dueños de las fundiciones que llevaban sus nombres, el fabricante de alfombras Félix Serra, el almacenista de maderas Justo García y el empresario ganadero Nicasio Sacristán. No había entre los vecinos ningún banquero, ni grandes inversores o bolsistas que sí podían encontrarse en las zonas más nobles de la capital.

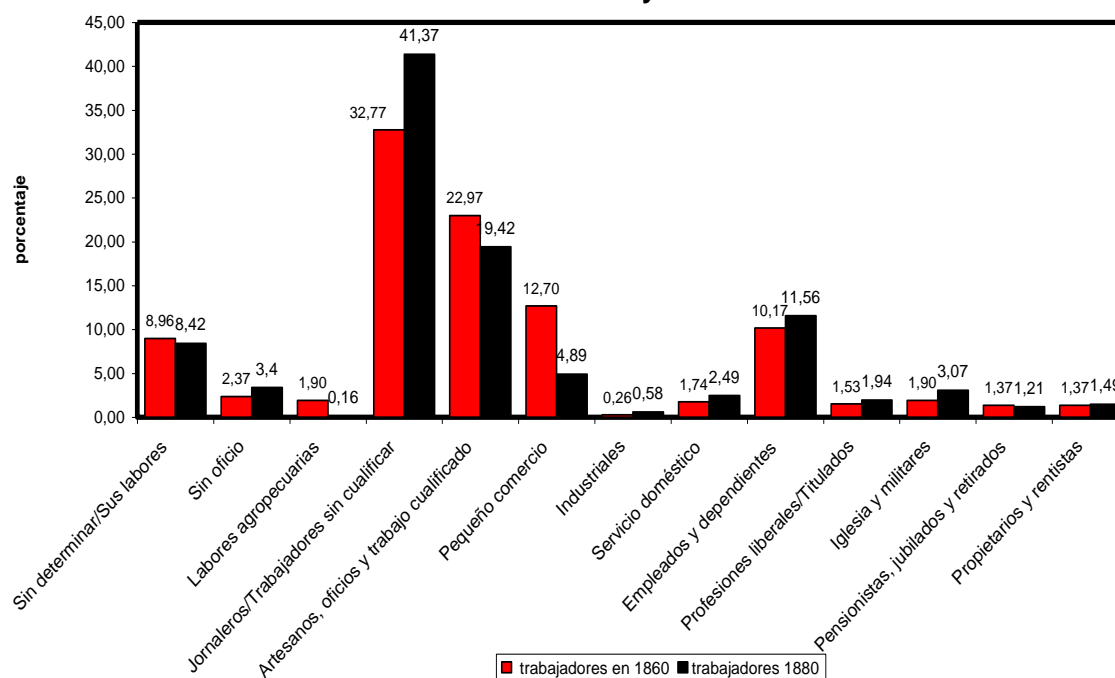
Aunque los empleados pudieran llamar la atención por su número (uno de cada diez trabajadores se calificaba como tal), lo cierto es que participaban con los pequeños patronos y los escasos industriales residentes en el arrabal de ese aire de humilde prosperidad que impregnaba las afueras norte. No se trataba en su mayoría de funcionarios de los altos escalafones de los ministerios o del municipio, sino de conserjes y escribientes que, si habían recalado en el barrio, era más por las oportunidades de alquilar una vivienda medio decente a un precio bajo que por el deseo de residir allí. De hecho, mucho de ellos habían acabado viviendo en barrio tan periférico por obligación, porque sus centros de trabajo estaban en la zona y habían tenido que establecerse en los alrededores. Más que trabajadores de ministerios o de las oficinas municipales lo que había en Chamberí eran los jardineros y guardas de arbolado de los paseos que surcaban sus tierras. Porque empleado era también el jardinero que percibía un sueldo exiguo del Ayuntamiento o el guarda del cementerio o del arbolado. Sus condiciones laborales les hacían respetables en aquel entorno de artesanos y trabajadores manuales pero no podía competir con los oficinistas de los ministerios o los empleados del ferrocarril que abundaban en las calles más céntricas.

Tabla 4.3: profesiones y lugares de trabajo de los empleados de las afueras norte en 1860¹⁵					
principales profesiones	Nº	%	principales centros de trabajo	Nº	%
empleado (sin especificar)	61	31,61	Ministerios	15	7,77
guardas (en general, arbolados, caminos, Canal de Isabel II)	30	15,54	Canal de Isabel II	10	5,18
jardinero	20	10,36	cementerios	6	3,11
cocheros	13	6,74	particulares	6	3,11
dependiente de comercio	12	6,22	municipal	5	2,59
escribiente	7	3,63	ferrocarril	4	2,07
empleado cesante	6	3,11	Casa de la Moneda	3	1,55
profesores primera enseñanza	6	3,11	militar	2	1,04
Sereno	4	2,07	correos	1	0,52
Alguacil	3	1,55	embajadas	1	0,52
echador	2	1,04	Hacienda	1	0,52
enterrador y guarda	2	1,04	tribunales	1	0,52
telegrafista	2	1,04			
Total	193	100,00	total	193	100

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860.

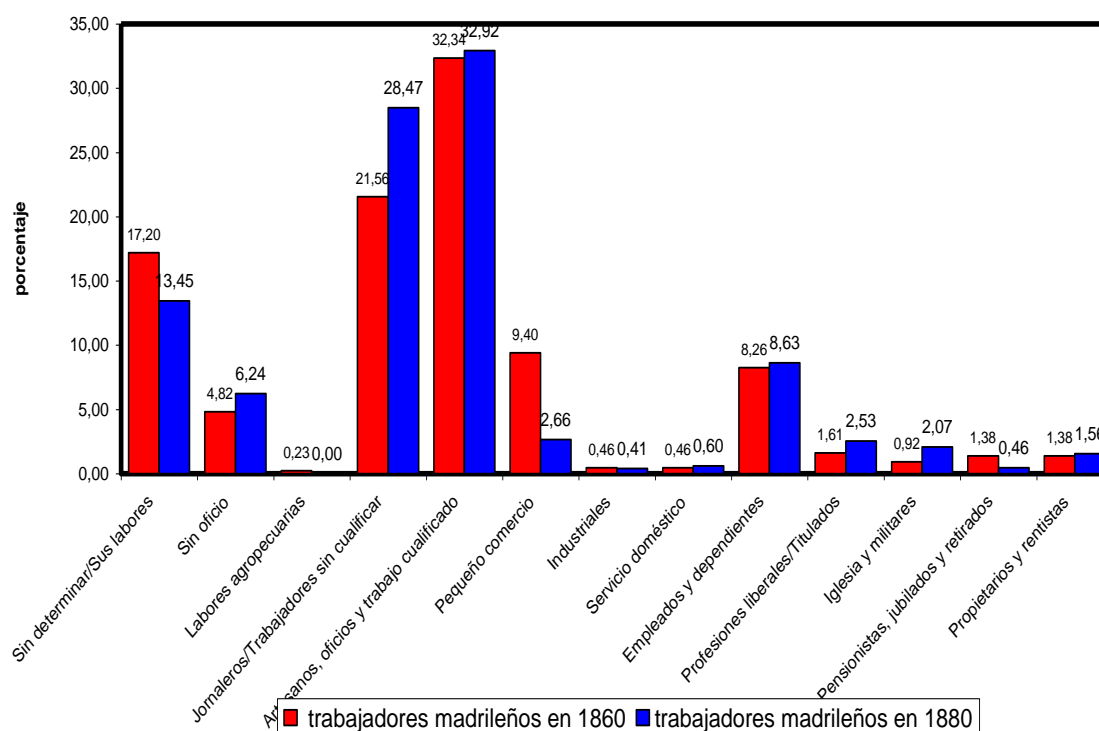
¹⁵ En el cuadro se incluye en la parte izquierda las profesiones declaradas por aquellos trabajadores considerados como empleados en la clasificación socioprofesional utilizada en este estudio. La mayor parte de ellos no indicaba más que ser “empleado”, una denominación laxa que incluía desde el alto funcionario hasta el mero guardia municipal. Como complemento se muestra en la columna derecha los centros de trabajo de aquellos que lo indicaban, que eran una minoría pero que permiten considerarlos como pertenecientes a los niveles más bajos del escalafón en su mayoría.

Gráfico 4.1: evolución del mercado laboral masculino en el Ensanche Norte entre 1860 y 1880



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrones del Ensanche Norte, 1860 y 1880

Gráfico 4.2: evolución de la participación laboral de los nacidos en Madrid en el Ensanche Norte entre 1860 y 1880



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrones del Ensanche Norte, 1860 y 1880

La modestia de los empleados del arrabal y la escasez de grandes burgueses, profesionales liberales y otros miembros de las clases medias y de las elites repercutían además en otros sectores profesionales que eran característicos del conjunto de la ciudad. El poco peso de las familias acomodadas en el arrabal recortaba las posibilidades de emplearse en aquella zona como criada o sirviente. Aunque en Chamberí había un buen número de criadas y el servicio doméstico era, como en el resto de Madrid, el principal sector de actividad femenino, por lo general la servidumbre en los hogares se reducía a una sola muchacha, encargada de ayudar en todas las tareas de la casa. Una chica para todo, que trabajaba junto a la mujer del hogar y no una más en un nutrido servicio doméstico como los que podían permitirse las grandes familias de los barrios más caros. En fin, un signo de modestia más que completaba el cuadro de humilde prosperidad de un barrio de artesanos, jornaleros, pequeños patronos y escasos industriales.

Entre 1860 y 1880, en los años en que echó a andar el desarrollo del Ensanche madrileño y el arrabal fue incorporado progresivamente a la ciudad, los rasgos distintivos que le habían convertido en un barrio de humilde prosperidad comenzaron a disolverse. Sin cambios drásticos, la participación en el mercado laboral de la población de las afueras norte de Madrid comenzó a modificarse en sus rasgos generales. Era la consecuencia lógica de las transformaciones que se producían en una ciudad en vigoroso crecimiento urbanístico y demográfico. La avalancha de inmigrantes que aparecieron en las dos primeras décadas tras la aprobación del Ensanche de Castro inundaron los nuevos barrios e hicieron imposible la supervivencia de aquel mundo de pequeños patronos y artesanos orgullosos de serlo que convivían en talleres modestos y humildes. La antigua fortaleza del trabajo cualificado y del pequeño comercio en el arrabal empezó a dar muestras de debilidad frente a la ascendencia de una figura profesional que de una manera cada vez más clara se estaba convirtiendo, al menos en apariencia, en el trabajador más característico de Madrid: el jornalero¹⁶.

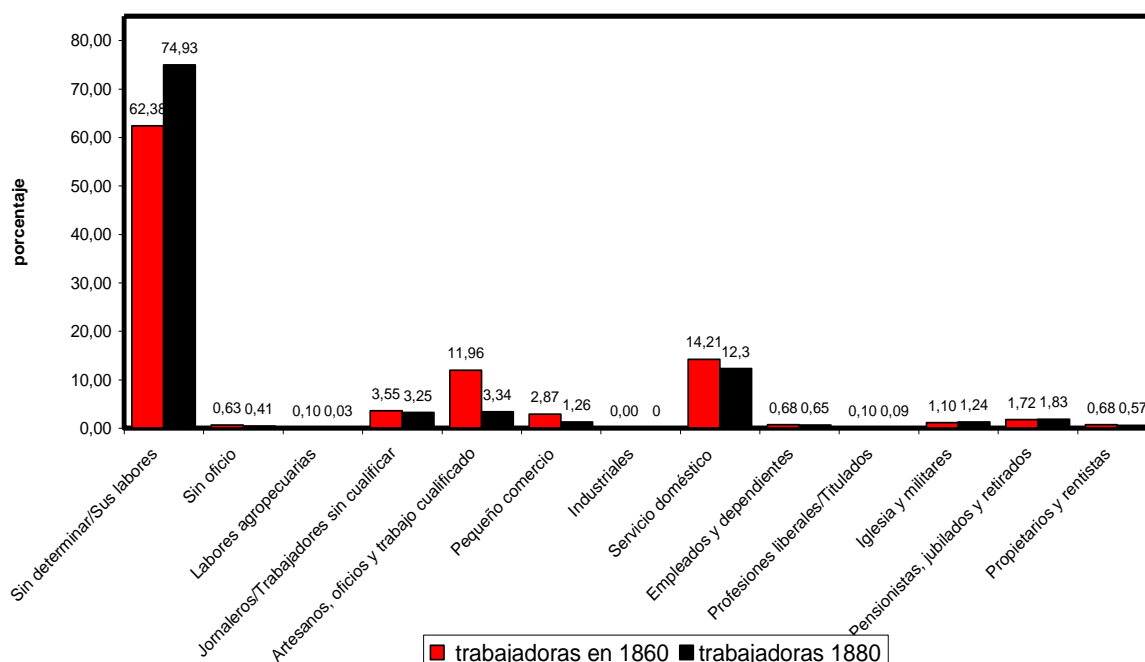
Los cambios no sólo eran un asunto producido por la llegada de más forasteros a la ciudad. Chamberí siempre había tenido un carácter inmigrante y la tasa de nacidos en Madrid y la de los venidos de fuera apenas se modificaron en aquellos veinte años. No se trataba de que, porque hubiera más inmigrantes, se hinchaban las cifras de jornaleros y trabajadores sin cualificación. La transformación que se estaba operando en el mercado de mano de obra del antiguo arrabal y en el conjunto de la ciudad era mucho más profunda y compleja. En realidad, lo que se estaba produciendo era una revolución lenta y silenciosa pero radical e inexorable de las formas de organizar el trabajo que hasta entonces habían imperado en la capital. El mundo de los oficios se estaba erosionando y disolviendo a favor de una realidad cada vez más dominante: la de los trabajadores jornaleros. Bastaba ver las profesiones más comunes entre los que habían nacido en Madrid. Si bien los madrileños seguían siendo en su mayoría artesanos y trabajadores cualificados, los jornaleros crecían entre ellos y, sobre todo, desaparecían los que se calificaban como pequeños patronos o comerciantes. No se escapaban por

¹⁶ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Ciudad e identidad en el siglo XIX. El proceso de urbanización como proceso de fondo en la creación de nuevas identidades: jornaleros e inmigrantes en el Ensanche Norte de Madrid” comunicación presentada al Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, septiembre de 2004, Santiago de Compostela. El aumento de la presencia de jornaleros en el mercado laboral no era un fenómeno que se produjo exclusivamente en el Ensanche Norte, sino que en el resto de los nuevos barrios que se construían en Madrid también pudo verse ese aumento de los trabajadores descualificados. Véanse los trabajos similares de CARBALLO BARRAL, Borja: *Los orígenes del Moderno Madrid. El Ensanche Este (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2006, E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es: 6336 y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *Los albores del nuevo Madrid: el distrito de Arganzuela (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2006, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es: 6238.

tanto a la jornalerización que afectaba a las clases populares de toda la ciudad y para ellos también, el sueño de convertirse en dueños de su propio negocio, de dejar la condición de oficiales y aprendices para pasar a ser maestros y patronos se estaba disipando.

Los cambios tenían otras manifestaciones igualmente llamativas y que invitaban a pensar que no se debían únicamente a una mayor llegada de la inmigración. Al tiempo que aumentaba la tasa de jornaleros entre los trabajadores varones, entre las mujeres de las afueras norte se hacía notar una aparente retirada del mercado de trabajo. Cada vez había más que decían dedicarse únicamente a “sus labores”, al cuidado de su familia y de su hogar. Si bien es sabido que la anodina denominación de sus labores ocultaba muchas veces otras formas de trabajo¹⁷, la práctica desaparición de las artesanas y trabajadoras cualificadas del panorama laboral del Ensanche Norte entre 1860 y 1880 indicaba que las relaciones de hombres y mujeres con la economía estaba entrando en una nueva fase en la ciudad de Madrid.

Gráfico 4.3: evolución del mercado laboral femenino en el Ensanche Norte entre 1860 y 1880



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrones del Ensanche Norte, 1860 y 1880

Los cambios eran sutiles pero firmes. Para entenderlos no bastaba con observar el cuadro general sino analizar qué tipos de trabajos se escondían bajo denominaciones tan genéricas como la de jornalero, empleado o artesano. Tampoco eran unívocos ni tenían siempre un sentido único. Si el barrio de Chamberí pudo en su conjunto bascular desde aquel mundo de los oficios de pequeños patronos y artesanos hacía un predominio cada vez mayor de los jornaleros, algunas personas como Francisco Fernández transitaban en los mismos años desde su condición de panadero a la de industrial primero y a la de gran propietario y contribuyente después. Otros en cambio se estancaban en su condición de peón o de dependiente de comercio de por vida, cuando no caían en sus

¹⁷ NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: "El Registro del Trabajo" del ayuntamiento de Madrid y el problema social en los umbrales del siglo XIX (1899-1900)" en CASTILLO, Santiago (coord.): *Estudios de Historia de España: homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, Santander, UIMP, vol. 1, 1981, pp. 465-480

niveles de bienestar como le había ocurrido al jardinero Benigno García. Los destinos y trayectorias de cada uno de los trabajadores que habitaban en las afueras norte en aquella época dependieron tanto individual como colectivamente de las complejas relaciones entre cambio y transformación que se producían en el mercado laboral en que estaban insertos. Dos fuerzas de diferente signo operaban sobre las procelosas aguas del mercado de trabajo en Chamberí: su propia evolución como barrio y la de la ciudad en su conjunto, inmersa en el proceso de crecimiento demográfico y urbanístico más acelerado que había conocido hasta entonces. Para conocer la profundidad de los cambios se hace necesario ahondar más en el conocimiento de los distintos sectores profesionales que componían el mundo del trabajo madrileño, especialmente de aquellos que de forma creciente definían el conjunto y de los que comenzaban a perder peso: jornaleros, artesanos y pequeños comerciantes.

Madrid, una capital de albañiles, carpinteros y jornaleros

Entre 1860 y 1880 Madrid asistió al despegue de una de las transformaciones más radicales de su mercado laboral que tuvo como protagonistas a los jornaleros. El fenómeno no era nuevo; ya antes de 1860, la presencia de estos trabajadores sin cualificar y que desarrollaban su vida al margen de los talleres y de los comercios, un día en un oficio al siguiente en otro, había crecido hasta causar la alarma. Eran pobres potenciales que se acumulaban en las calles de la ciudad y ante su llegada lo único que se preparaba era la puerta de los asilos o las rondas de policía para perseguirlos y expulsarlos. Lo que distinguió al papel jugado por los jornaleros en el Madrid posterior a 1860 del de las décadas precedentes, fue que la figura del trabajador a jornal y sin cualificación perdió parte de su carácter amenazante y periférico, su condición de figura extranjera a un mundo económico madrileño hasta entonces organizado alrededor de talleres y pequeños comercios de sabor gremial. Hasta entonces el jornalero había representado la figura del trabajador marginado de los circuitos de contratación laboral, el trabajador sobrante incapaz de integrarse en un oficio, colocarse en un obrador o en una tienda. A partir de 1860, de una manera cada vez más clara, los jornaleros ocuparon una posición central en la fuerza laboral madrileña al constituirse en el grueso de la mano de obra del primer sector productivo de la ciudad: la construcción. Dejaron de ser trabajadores sobrantes, encargados de trabajos menores en la vida económica madrileña para ser los principales actores del negocio de la edificación, que desde 1860 se convirtió en la actividad económica más dinámica de la capital¹⁸.

La puesta en marcha del Ensanche fue algo más que una mera solución a los problemas de crecimiento urbanístico de Madrid¹⁹. En realidad se trataba de un cambio más profundo que el de la simple opción por un diseño u otro de la ciudad. El derribo de las tapias de la capital, el fin del encastillamiento en el Viejo Madrid, suponía abandonar la vieja actitud de resistencia ante los cambios sociales que se habían

¹⁸ La construcción era ya a finales del siglo XVIII uno de los sectores productivos más pujantes de la economía de la capital tal y como muestra NIETO SÁNCHEZ, José A.: *Artesanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid, 1450-1850*, Fundamentos, Madrid, 2006, pp. 289-461. No obstante, la importancia que pudiera tener en esa época no puede ser comparada con el volumen de actividad alcanzado con la puesta en marcha de las grandes obras públicas de mediados del XIX y sobre todo de las obras particulares que se dispararon con la puesta en marcha del Ensanche, tal y como se ha mostrado en el Capítulo II. Para un acercamiento a la industria de la construcción en el siglo XIX, DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pp. 13-111.

¹⁹ CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

producido en el país y que habían empujado a todos aquellos inmigrantes a apiñarse en la corte. Ahora se abrazaba el futuro y se optaba por convertir las riadas de inmigrantes en una fuente de energía que contribuyera al crecimiento de la ciudad. De ser un problema pasaron a ser una solución, de ser considerados como pobres que amenazaban la paz social en la ciudad, comenzaron a ser observados como un muy útil ejercito de trabajadores que podían transformar la economía madrileña.

La decisión de urbanizar los alrededores de Madrid representó un efectivo parche para las carencias de empleo que sufría la capital española. A falta de industrialización, buena era la construcción. El desmonte y aplanamiento de los terrenos sobre los que se edificaron los nuevos barrios, el trazado, alineación y pavimentación de las calles que se abrieron y, en fin, la propia construcción de los nuevos edificios erigidos en los confines de Madrid, generaron una abundante oferta de empleo en la que ocupar a la creciente población. Hasta tal punto fue así, que la capital vivió durante las décadas de 1850 y 1860 una cierta situación de “pleno empleo” gracias a la virtuosa combinación de las obras del Ensanche, la apertura de grandes trabajos públicos como los de la construcción del Canal de Isabel II, y la puesta en marcha de grandes empresas como las del tendido del ferrocarril²⁰. Por otro lado, el inicio de todas estas grandes obras que se comenzaron de forma escalonada, no hubiera sido posible sin la presencia previa de todos esos jornaleros que desde que Madrid había comenzado a crecer se iban amontonando en sus calles. La riada de inmigrantes que llegaba a la capital desde comienzos del siglo XIX exigía el Ensanche, pero a la vez lo posibilitaba como un gran negocio y un factor de modernización de su vida económica.



Fig. 4.1: Trabajadores en la construcción del Pontón de la Oliva (Canal de Isabel II), 1855.

²⁰ BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)” en *Estudios de Historia Social*, 15, (1980), pp. 143-175.

Madrid descubrió en el negocio de la construcción una eficaz y suculenta solución para su desarrollo. El crecimiento de la ciudad se convirtió en un atractivo a la vez que seguro negocio para los burgueses madrileños. La inversión en la construcción de un edificio de viviendas garantizaba grandes beneficios en una ciudad en sostenido crecimiento y en la que los nuevos habitantes alimentaban de forma constante la demanda de residencias en alquiler²¹. Por otro lado, el tipo de trabajo generado por la expansión urbana se adecuó armoniosamente a las características de la mano de obra que, de manera creciente, llegaba a Madrid. Muchos de ellos eran jornaleros venidos de medios rurales, sin más capital que el de sus manos y su fuerza física. Otros eran trabajadores nacidos en la propia capital, incapaces de incorporarse a los circuitos laborales del trabajo manual que se desarrollaba en talleres y obradores. Para unos y otros, el trabajo en tajos y obras públicas ofrecía una rápida vía de entrada en el mercado laboral madrileño, un medio de encontrar el sustento básico con el que sobrevivir en la ciudad hasta encontrar algo mejor. Tanto los capitalistas madrileños como los miembros de las clases populares encontraron en el Ensanche una solución de compromiso para aliviar la situación de saturación a la que se enfrentaba Madrid hacia 1860.

Es indudable la importancia que adquirió la construcción en el mundo del trabajo madrileño en la segunda mitad del siglo XIX. El ruido de las piquetas y de los martillos lo monopolizó durante aquellas décadas: albañiles y peones, carpinteros y estuquistas, empedradores y canteros, capataces y jornaleros, alimentaron gran parte de la fuerza laboral madrileña sustituyendo a las masas de operarios y obreros de fábrica que daban el tono en otras grandes ciudades europeas. Un creciente número de los trabajadores de la capital de las décadas de 1860, 1870 y 1880 se declaraba en los empadronamientos como meros jornaleros, empleados en los diversos tajos y obras de la ciudad. La construcción y la gran variedad de tareas asociadas a ella, generaron un prometedor horizonte de expectativas para los miles de inmigrantes que se dirigían a Madrid en busca de la oportunidad de supervivencia que sus pueblos y ciudades de origen les negaban. El trabajo en la construcción era duro: los jornales pagados solían ser bajos y las contrataciones eran temporales, muchas veces sujetas a las variaciones atmosféricas. El día que llovía ni se trabajaba ni se cobraba; en los inviernos solían clausurarse las obras hasta que en primavera se retomaba la actividad de albañiles y peones. Pero al menos ofrecía una oportunidad de cambiar de vida, de mejorar de condición a las familias campesinas para los que los rendimientos de las tierras de cultivo resultaban insuficientes para garantizar su sustento.

²¹ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: "Chamberí, ¿un nuevo Madrid? El primer desarrollo del Ensanche Norte madrileño, 1860-1880.", Cuadernos de Historia Contemporánea, nº 24, (2004) pp. 77-98; Distintos trabajos han mostrado la importancia que la inversión inmobiliaria adquirió en la consolidación de fortunas generadas en otros ámbitos como el comercio o la industria. BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid 1856-1866*, UCM. Madrid, 1981, ofrece un amplio abanico; un ejemplo concreto en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "La reproducción patrimonial de la élite burguesa madrileña en La Restauración: el caso de Francisco de las Rivas y Ubieta, marqués de Mudela, 1834-1882" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, Vol. 1, (1989). pp. 523-594. Véase además RODRÍGUEZ CHUMILLAS, Isabel: *Vivir de las rentas. El negocio del inquilinato en el Madrid de la Restauración*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2002.

Tabla 4.4: Clasificación socioprofesional de la población de las afueras norte en 1880				
Categorías profesionales	hombres	%	mujeres	%
Sin determinar/Sus labores	723	8,42	7249	74,93
Sin oficio	292	3,4	40	0,41
Labores agropecuarias	14	0,16	3	0,03
Jornaleros/Trabajadores sin cualificar	3.554	41,37	314	3,25
Artesanos, oficios y trabajo cualificado	1.668	19,42	332	3,34
Pequeño comercio	420	4,89	122	1,26
Industriales	50	0,58	0	0
Servicio doméstico	214	2,49	1190	12,3
Empleados y dependientes	993	11,56	63	0,65
Profesiones liberales/Titulados	167	1,94	9	0,09
Iglesia y militares	264	3,07	120	1,24
Pensionistas, jubilados y retirados	104	1,21	177	1,83
Propietarios y rentistas	128	1,49	55	0,57

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte 1880

La población del Ensanche Norte en 1880 reflejaba elocuentemente el creciente protagonismo que habían adquirido los jornaleros en el mercado laboral madrileño. Lo que antaño había sido un arrabal en el que lo que predominaba eran los pequeños comercios y talleres donde el patrón y el artesano compartían un mismo espacio de trabajo, pareció convertirse un paisaje cada vez más marcado por las legiones de jornaleros que recalaban en la capital. Antes de que Madrid se decidiera a crecer y a romper las viejas tapias que lo contenían, las afueras del norte habían constituido un lugar especialmente atractivo para aquellos inmigrantes que ya llevaban unos años establecidos en la ciudad; que contaban con unos pocos ahorros para comenzar su vida de artesanos o tenderos al frente de un modesto negocio. La puesta en marcha de los trabajos de ampliación urbana de Madrid convirtió esta zona en un lugar cada vez más atractivo para los inmigrantes. Su presencia no era nueva; lo que cambiaba era su condición y su papel en la economía madrileña. Ya no eran el sobrante de la población trabajadora, el grupo de personas incapaces de integrarse en un tejido productivo aún dominado por el pequeño taller. Cuando se aprobó el proyecto de Castro y con mayor claridad tras su puesta en marcha en 1868, se convirtieron en los protagonistas del sector económico más dinámico en la economía urbana de Madrid: la construcción. Y era lógico que los jornaleros fueran especialmente abundantes en Chamberí, pues en cada una de las esquinas de sus calles en 1880 había un tajo o una obra donde emplearse, donde colocarse como peón de albañil o de carpintero, o para ganarse un jornal acarreando sacos y ladrillos; al ser el barrio de la capital que con más vigor crecía en aquella época²².

El papel central adquirido por el negocio de la construcción no sólo se manifestó en un aumento del número de jornaleros en el mercado laboral. Es cierto que los nuevos barrios contruidos, las calles que se trazaban y empedraban, los descampados que se aplanaban proporcionaban empleos sobre todo a los inmigrantes sin más conocimientos profesionales que los que traían de los campos de cultivo. Gran parte del trabajo que rodeaba la gran empresa de ampliar la capital sobre sus alrededores consistía en labores de fuerza que no exigían cualificación profesional. Acarrear ladrillos o cavar zanjas lo podía hacer cualquiera y Madrid estaba lleno de jornaleros dispuestos a ganarse unas

²² CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

monedas con lo que fuera. Pero levantar tabiques o poner vigas no podía hacerlo todo el mundo; se necesitaban albañiles y carpinteros, lo mismo que canteros para tallar las piedras y ebanistas para las labores más finas en los interiores de los edificios; también se requerían pintores que conocieran su arte o papelistas que se ocuparan de decorar las habitaciones de las nuevas casas. El auge de la construcción en la vida económica madrileña provocó que todos estos oficios se expandieran. Paradójicamente, mientras los jornaleros se hacían cada vez más abundantes en la ciudad a costa de los antiguos artesanos, había determinados oficios que también crecían. De tal manera que, entre 1860 y 1880 en Chamberí se hacía palpable que el mundo de los oficios no sólo estaba perdiendo peso sino también diversidad, mediante una reorganización del mundo de los oficios.

Tabla 4.5: principales profesiones de artesanos y trabajadores cualificados en el Ensanche Norte					
1860			1880		
profesiones	trabajadores	%	profesiones	trabajadores	%
carpintero	50	11,47	carpintero	291	17,45
zapatero	41	9,40	zapatero	195	11,69
cantero	30	6,88	albañil	176	10,55
herrero	24	5,50	cerrajero	115	6,89
panadero	32	7,34	cantero	90	5,40
cerrajero	17	3,90	pintor	87	5,22
pintor	17	3,90	ebanista	46	2,76
ebanista	16	3,67	herrero	46	2,76
fundidor	16	3,67	panadero	34	2,04
papelista	15	3,44	cajista	33	1,98
marmolista	12	2,75	tapicero	28	1,68
sastre	12	2,75	sastre	25	1,50
alfarero	7	1,61	fundidor	24	1,44
tapicero	7	1,61	marmolista	24	1,44
guarnicionero	6	1,38	guarnicionero	23	1,38
tejero	6	1,38	sombrerero	22	1,32
calderero	5	1,15	papelista	20	1,20
impresor	5	1,15	encuadernador	19	1,14
total	436		Total	1668	

Elaboración propia a partir AVM, Estadística, padrones del Ensanche Norte, 1860 y 1880

El crecimiento más espectacular fue el de los albañiles, que en 1860 estaban prácticamente ausentes de las afueras norte (entonces sólo tres habitantes se calificaban como tales) y que en 1880 representaban el tercer grupo de trabajadores cualificados en importancia, con 176 profesionales. En realidad, entre los grupos más nutridos de artesanos del Ensanche Norte tan sólo los zapateros estaban vinculados a un trabajo que no tenía una relación más o menos directa con el mundo de la edificación. El resto eran o trabajadores involucrados directamente en las obras, como carpinteros, ebanistas, cerrajeros o pintores, o vinculados a la fabricación de materiales de construcción, como los canteros.

La vitalidad de estos oficios no estaba reñida con su progresiva corrosión y caída en prácticas laborales que les acercaban al mundo de los jornaleros. De hecho, la capacidad de albañiles y carpinteros de combinar cualificación con proletarización es lo

que explica el peso e importancia que mantenían estos oficios en un contexto de lento aunque claro proceso de descomposición del artesanado madrileño. El sector de la construcción madrileña fue el ramo del trabajo manual que sin duda se mostró más maleable y receptivo para absorber a los grandes contingentes de trabajadores que llegaban a la ciudad en busca de trabajo: los jornaleros podían incorporarse, sin tener demasiados conocimientos técnicos previos, a muchas de las tareas que rodeaban la construcción de una casa, pero no desplazaban del todo ni amenazaban completamente a los trabajadores cualificados en el oficio. Los albañiles y carpinteros seguían siendo necesarios para realizar las tareas más especializadas y también para encuadrar y dirigir el trabajo de los jornaleros que tenían a su cargo.

Esta articulación de artesanos especializados y jornaleros permitió a los numerosos oficios que alimentaban el negocio de la construcción mantener ciertos rasgos de la organización propia del mundo preindustrial. Por otro lado, las particularidades de la industria de la construcción reforzaron algunas de esas pervivencias artesanales. El trabajo de albañiles, carpinteros y pintores se siguió realizando en la mayoría de los casos en pequeños grupos y cuadrillas en los que las situaciones intermedias del peón, el ayudante, el oficial y el capataz conservaron importancia. A diferencia de otros sectores de producción como el textil, la modernización y el impulso de la industria de la edificación no se vieron acompañados en un primer momento de una concentración de los trabajadores ni exigieron la introducción de nuevas máquinas, sino que se mantuvo la producción a pequeña escala. Para construir un edificio se necesitaba una cuadrilla de cinco o seis trabajadores, en la que se debía incluir al menos uno especializado que dirigiera la obra y aportara los conocimientos y experiencia necesarios para llevarla a cabo. El resto podían ser meros oficiales o incluso jornaleros, dedicados a las tareas más duras y menos especializadas. Así las formas de organización gremial se mantenían en parte en el mundo de la construcción. Al menos en apariencia seguía existiendo esa estratificación que iba desde la cúspide, donde estaban situados los maestros, pasaba por los oficiales conocedores de los secretos del oficio, y llegaba hasta la difusa masa de peones y jornaleros que participaban más o menos establemente en este tipo de trabajos²³.

Incluso la promoción y el desarrollo de carreras ascendentes era posible. Las antiguas expectativas de progreso en el oficio, de crear un negocio e incluso acrecentarlo, sobrevivían en la construcción gracias a la relativa facilidad de franquear las distancias que mediaban entre ser un mero artesano y convertirse en un industrial a mayor escala. Frente a otros sectores del trabajo manual en que ese salto pasaba por el establecimiento de un gran centro de trabajo de tipo fabril, el negocio de la edificación no necesitaba de las grandes inversiones en maquinaria que exigía la industria. No era lo mismo convertirse en capataz y contratista de obras que abrir una gran fábrica en la que había que contar con edificios y maquinaria. El enriquecimiento en los negocios inmobiliarios en el Madrid de 1880 no sólo estaba reservado a los capitalistas con capacidad para comprar tierras en la zona de Ensanche y especular con ellas, como habían hecho Andrés Arango, Francisco Drake del Castillo o Miguel Sáenz de Indo. El sector de la construcción experimentó tal dinamismo al calor de la apertura del Ensanche y de las reformas urbanas interiores, a los que había que añadir el incentivo de

²³ Para un acercamiento al mundo de los trabajadores de la construcción en el Madrid de la Restauración consultar DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales...*, *op. cit.*; SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*. Madrid, Cinca, 2005; BAHAMONDE MAGRO, Ángel: "El mercado de mano de obra...", *op. cit.*; RUIZ, David y BABIANO, José (eds.): *Los trabajadores de la construcción en el Madrid del siglo XX*. Madrid, Akal- Fundación 1º de Mayo, 1993.

la constante llegada de nuevos habitantes en busca de vivienda, que permitió crear fortunas de la nada.

Los negocios de Mariano Monasterio son buen ejemplo de ello, además de un caso ilustrativo de las posibilidades de acumulación de riqueza que el auge de la construcción abrió en Madrid. Mariano Monasterio nació en la localidad navarra de Villafranca en 1827; a los pocos años sus padres se trasladaron a la capital, donde el joven Mariano empezó a trabajar poco después de cumplir los diez como ayudante de carpintería en la construcción de edificios. En sus inicios como trabajador manual apenas obtenía un modesto jornal de once reales, pero pronto progresó en el oficio y subió todos los escalones hasta convertirse en dueño de taller. Una vez con negocio propio, supo aprovechar las oportunidades que ofrecía el mundo de la construcción en un Madrid en plena transformación; en la década de 1860 trabajó en el tendido del ferrocarril y, más tarde, el prestigioso arquitecto Cristóbal Lecumberri le contrató como aparejador para uno de sus trabajos en el Ensanche. El dinero obtenido con el encargo le permitió pasar la frontera entre el mundo de los trabajadores y de los inversores, comprando un solar en los codiciados terrenos situados al lado de la Fuente Castellana. En 1870 construyó allí un hotel para su propia residencia e inició la promoción de unos cuantos más para su venta. Pocos años después le llegaría otro gran encargo, otra vez como aparejador de obras: la construcción del Hipódromo que se había de alzar justo enfrente de sus propios terrenos, al otro lado del Paseo de la Castellana. Aquel ayudante de carpintero que había comenzado a trabajar por 11 reales, había llegado a lo más alto que se podía en el mundo de la construcción: la dirección de unas obras públicas en las que, bajo su mando, se contaban “3.000 hombres, entre ellos un batallón de ingenieros, más de 300 carros y hasta brigadas de presidiarios”. El triunfo social de Mariano Monasterio se nos muestra con claridad en la hoja que rellenó en el empadronamiento de 1880 donde aparece registrado en un hotel de su propiedad en el Paseo de la Castellana nº 42, en la zona que comenzaba a conocerse por su propio apellido, como el barrio de Monasterio. Vivía junto a su mujer, un hijo que aún era estudiante, su madre y otros familiares, además de las dos criadas que componían el servicio de la casa. Ya no se definía ni como aparejador, y mucho menos como carpintero. A la hora de rellenar la casilla del padrón correspondiente al oficio que desempeñaba decidió inscribirse como propietario. También indicaba pagar una contribución por sus bienes territoriales de 2.475 pesetas al año²⁴.

A pesar de todo, la feliz biografía de Mariano Monasterio representaba más la excepción que la norma entre los trabajadores madrileños de la construcción en 1880. El destino final de la gran mayoría de los trabajadores manuales con cierta cualificación como él, que había sido carpintero, fue muy diferente. Tal y como muestran las estadísticas de Chamberí, el crecimiento de determinados sectores del artesanado al calor del lucrativo negocio de la edificación no se vio acompañado de una revalorización de esos oficios. Ser albañil o carpintero y no un mero jornalero, en muchas ocasiones, era una simple distinción nominal que no implicaba necesariamente un mejor salario. Quizá los carpinteros y los albañiles se dedicaran a tareas más específicas y especializadas, pero frecuentemente cobraban lo mismo que el jornalero que arrastraba sacos de tierra o empujaba carretillas. Una buena parte de estos trabajadores cualificados de la construcción percibían jornales muy parecidos a los del que no tenía ninguna experiencia; el salario diario de dos pesetas era el más común, sin

²⁴ Para la reconstrucción biográfica de Mariano Monasterio, DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*. Siglo XXI, Madrid, 1986, pp. 71-72; *Madrid Moderno*, enero de 1880, cuaderno II, pp. 8-13; AVM, Estadística, padrón de 1880, ficha Paseo de la Castellana nº 42, hotel y AVM, Estadística, padrón de 1880, caso nº 2.423.

distinción de los conocimientos y saberes profesionales que atesorara el trabajador. Aún así conocer los secretos de la paleta o el martillo preservaba a los albañiles y carpinteros de caer en las condiciones más pobres que el mercado laboral reservaba a los jornaleros. Era muy raro que estos profesionales percibieran salarios por debajo de esas dos pesetas. Al mismo tiempo, sus conocimientos y cualificación les permitía acceder a mejores puestos de trabajo; no era raro que algunos carpinteros alcanzaran las 3 pesetas de salario diario e incluso entre los albañiles había un pequeño grupo de trabajadores que podían alcanzar las 4, 5 y hasta las 7 pesetas de jornal.

Tabla 4.6: Escala salarial de jornaleros, carpinteros y albañiles en el Ensanche Norte en 1880						
	jornaleros		carpinteros		albañiles	
salarios	nº	%	nº	%	nº	%
0,25	1	0,03	0	0,00	0	0,00
0,5	3	0,08	1	0,34	0	0,00
0,75	1	0,03	0	0,00	0	0,00
1,00	15	0,42	5	1,72	0,00	0,00
1,25	0	0,00	0	0,00	1	0,57
1,50	27	0,76	2	0,69	1	0,57
1,75	36	1,01	0	0,00	3	1,70
2,00	263	7,40	20	6,87	19	10,80
2,25	8	0,23	0	0,00	0	0,00
2,50	28	0,79	7	2,41	0,00	0,00
2,75	2	0,06	2	0,69	0,00	0,00
3,00	14	0,39	17	5,84	7	3,98
3,50	1	0,03	2	0,69	0	0,00
4,00	6	0,17	2	0,69	3	1,70
5,00	0	0,00	0	0,00	1	0,57
6,00	0	0,00	0	0,00	1	0,57
7,00	0	0,00	0	0,00	1	0,57
no indica	3.149	88,60	233	80,07	139	78,98
Total	3.554	100,00	291	100,00	176	100,00

Elaboración propia a partir AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880

Esos albañiles que superaban las 3 pesetas de salario constituían la reducida aristocracia del mundo de la construcción; trabajadores experimentados y con recursos como para capitanear cuadrillas más o menos nutridas de trabajadores e, incluso, con la valentía para asumir contratas de obras y manejar presupuestos importantes. Mariano Monasterio había sido uno de ellos; el más privilegiado de su gremio, que ascendiendo escalón a escalón se había convertido en uno de los más importantes contratistas de obras de la capital. Su historia, excepcional por no representar la suerte común de los trabajadores de la edificación, en lo que sí resulta significativa es como ejemplo del grado de flexibilidad que había alcanzado el mundo del trabajo madrileño en aquella época. La irrupción de los inmigrantes llegados a la ciudad, el predominio de la condición de trabajador a jornal sobre los artesanos y el desarrollo de grandes empresas y vetas de negocio como los que proporcionaban la construcción y las obras públicas, crearon un nuevo horizonte en que las fronteras entre un tipo de trabajadores y otros se fueron haciendo más porosas. Un mero carpintero podía llegar a ser el aparejador más importante de la ciudad pero, al mismo tiempo, podía caer en la triste condición de

jornalero y convertirse en uno más de una plantilla de trabajadores que, como las de las obras del Hipódromo, podían llegar a componerse de hasta 3.000 obreros.

La porosidad funcionaba en ambos sentidos y sobre todo hacia abajo. La apertura de grandes obras y la eclosión de grandes negocios constructivos no sólo permitieron que humildes artesanos se convirtieran en grandes negociantes sino también, y sobre todo, que muchos de ellos se acercaran cada vez más a la condición de jornaleros. Eran las paradójicas consecuencias en el mercado laboral de la euforia constructiva que impregnó la vida económica madrileña a partir de la aprobación definitiva del Ensanche. La reforma urbana de la capital y los negocios inmobiliarios proporcionaron una solución al grave problema de integración de las riadas de inmigrantes en el mercado laboral. Además insufló nueva vida a ciertos oficios de un mundo artesanal que en las últimas décadas había dado signos preocupantes de estancamiento: la industrialización ya había producido importantes transformaciones en otras ciudades y lugares mientras Madrid seguía adormecida en un sistema productivo más propio del Antiguo Régimen que de los tiempos modernos de la fábrica y la máquina de vapor. Los carpinteros, albañiles, canteros, ebanistas y cerrajeros se situaron en la vanguardia de la producción madrileña de la misma manera que los tejedores lo hacían en Cataluña o los fundidores y trabajadores del metal en Vizcaya. Lo hicieron pagando un alto precio; su crecimiento como grupo profesional se hacía a costa de la pérdida de su alta remuneración como trabajadores, de su distinción como oficio en un mercado laboral en el que las fronteras entre el artesano y el jornalero eran cada día más difusas.

La corrosión del oficio: la disolución del mundo de los artesanos madrileños

El proceso de pauperización de la condición de los artesanos y su progresiva confusión con los trabajadores jornaleros no era un fenómeno exclusivo de los oficios vinculados a la construcción. El aumento de jornaleros y la disolución de la antigua frontera que separaba a los trabajadores de oficio de los meros jornaleros afectaron a muchos otros ámbitos de la producción madrileña entre 1860 y 1880. Si bien muchos de los trabajadores que se declaraban como jornaleros en los registros padronales tenían su principal fuente de contratación laboral en la construcción y en las diversas tareas asociadas a este negocio, existían también para ellos muchas oportunidades en otros sectores. Por otro lado, la afluencia de inmigrantes dispuestos a aceptar cualquier trabajo y la abundancia de trabajadores incapaces de enrolarse en el mundo de los talleres o de montar uno por cuenta propia, también abrieron posibilidades de crecimiento y la transformación del trabajo en otros muchos negocios. Las legiones de nuevos trabajadores presentes en la ciudad no sólo podían ser empleadas en la construcción de edificios y en las obras públicas, también se podían aprovechar para diseñar a medida de cada industrial nuevas formas de organizar la producción en un sector determinado. Sólo hacía falta que el trabajo en el que intentaran introducirse los trabajadores sin cualificación fuera tan flexible y maleable como había demostrado serlo el mundo de la construcción. Para ello tenía que experimentar una expansión similar a la del ladrillo y contar con maestros e industriales emprendedores, como lo había sido Mariano Monasterio en el campo de las obras de construcción, que se decidieran transformar los modos tradicionales de organizar el trabajo.

El segundo grupo de artesanos en importancia en el mercado laboral del Ensanche norte madrileño en 1880 eran los zapateros. Ya lo eran antes del Ensanche y de que comenzaran las profundas transformaciones en las afueras norte de la capital que sustituirían una población con cierta impronta artesanal por otra en la que los jornaleros

y los albañiles se convertirían en la figura predominante. En 1860, había 41 zapateros en Chamberí que representaban un 9,40% de todos los artesanos censados en el arrabal, sólo superados en número por los carpinteros; en 1880 se habían convertido en 195, un 11,69% de los trabajadores en los oficios e igualmente el segundo contingente en importancia entre ellos, siempre por detrás de los trabajadores de la madera. El protagonismo adquirido por los trabajadores en la edificación no les había hecho retroceder. No habían crecido al ritmo que lo habían hecho los albañiles y los carpinteros, pero mantenían su peso.

La permanencia de los zapateros como uno de los grupos de trabajadores cualificados más numerosos no se produjo sin que les afectaran las profundas transformaciones que se estaban produciendo en otros sectores productivos. Igual que las cosas estaban cambiando para albañiles y carpinteros, los trabajadores del calzado vieron como sus tradicionales modos de trabajar se iban perdiendo. El crecimiento del negocio, el aumento de los trabajadores involucrados en la confección de botas, botines y zapatos, también exigió renunciar al viejo mundo de los oficios y las distinciones entre maestros, oficiales y aprendices. De la misma manera que en la construcción de edificios se produjo una progresiva confusión entre el antiguo trabajador de oficio y el mero jornalero, en la zapatería las fronteras se hicieron cada vez más difusas con similares consecuencias para los miembros del gremio. Muchos de ellos perdieron su antigua condición de trabajadores independientes, de productores con negocios propios mientras que una pequeña minoría se constituía en la elite profesional, disfrutando de las nuevas posibilidades de enriquecimiento que los cambios en el mercado laboral propiciaban.

El equivalente de Mariano Monasterio en el negocio de la zapatería madrileña fue José Soldevilla y Castillo que, igual que aquel ayudante de carpintero, consiguió amasar una importante fortuna partiendo desde la condición de mero artesano²⁵. José Soldevilla nació en Lérida, ciudad donde aprendió el oficio de zapatero. Más tarde, con 19 años, siguió los pasos tradicionales en la formación del artesanado, y se trasladó a Barcelona para trabajar como oficial en otros talleres y así completar su conocimiento del oficio. Allí pasó tres años tras los cuales decidió dejar la industriosa ciudad condal, pues *“tenía un carácter emprendedor, y no creía encontrar ancho campo a sus empresas si continuaba trabajando de oficial en los talleres de Barcelona.”* Los deseos de aquel joven zapatero de 22 años, que tan poco a gusto se sentía ejerciendo su oficio en los mejores talleres de la ciudad condal, eran ni más ni menos *“emprender obras nuevas en la fabricación de calzado, con el plausible objeto además, de alterar en alguna manera la antigua construcción, de establecer un centro fabril que compitiera con la obra que traían a España los ingleses y norteamericanos.”* Y para llevar a cabo tal revolución, que llevara la fabricación de zapatos desde los viejos modos del taller artesano a la modernidad industrial, el zapatero Soldevilla decidió dirigirse a la capital.

Los primeros tiempos en Madrid no debieron ser tan gloriosos como el joven zapatero había imaginado, pues durante los primeros cinco años, José hubo de continuar trabajando como oficial en talleres de tres maestros diferentes. En 1856 al fin pudo dar el primer gran salto y establecerse como maestro al frente de un taller propio, que

²⁵ Un esbozo de la biografía de José Soldevilla y Castillo en DÍAZ Y PÉREZ, Nicolás: *Memoria acerca de la Fábrica de Calzado de D. José Soldevilla y Castillo*, Establecimiento tipográfico del Eco del Siglo, Madrid, 1874 pág. 7. Una visión sobre la modernización de la fabricación de zapatos en NADAL, Jordi: “La transición del zapato manual al zapato “mecánico” en España”, en NADAL, Jordi (ed.): *La cara oculta de la industrialización española: la modernización de los sectores no líderes (siglos XIX y XX)*, Alianza Editorial, Madrid, 1994, pp. 321-339.

decidió abrir en la céntrica calle de Jacometrezo. La oportunidad para convertir sus proyectos en realidad se presentó en 1867, cuando Soldevilla logró convencer a unos cuantos inversores y pudo al fin introducir modernas máquinas para fabricar el calzado en su taller. La apuesta resultó acertada y en pocos años su negocio se expandió considerablemente. Al poco tiempo contaba ya con cincuenta operarios a su cargo; Soldevilla decidió entonces abandonar el céntrico taller de la calle Jacometrezo y abrir uno nuevo en la calle de Areneros, en el Ensanche Norte de la ciudad. En 1874, su éxito era tal que su taller fue visitado por un comisionado de la Sociedad Matritense de Amigos del País para realizar un informe favorable y condecorarle como uno de los industriales más emprendedores de la ciudad. Con ocasión del galardón se destacó la magnificencia de *“un centro fabril que produce mensualmente 17.000 pares de botinas; que cuenta hoy con más de 600 operarios de ambos sexos, y que en su presupuesto anual de gastos figura la respetable suma de 9.000.000 de reales”*, todo un estandarte de la modernidad industrial en un Madrid en que el paisaje productivo seguía dominado por los pequeños talleres y obradores.

La economía madrileña ofreció el contexto propicio para que un simple artesano como Soldevilla acabara capitaneando aquella gran fábrica de calzado. Si tal trayectoria fue posible, se debió a la afirmación de los principios de libertad económica que trajo el nuevo régimen político y jurídico salido de la revolución liberal. El principal cambio que hizo posible el desarrollo de su carrera profesional fue el colapso y desaparición de los gremios. Durante el Antiguo Régimen, las corporaciones profesionales habían controlado y repartido la producción entre los maestros de cada gremio, con lo que se tendía a un reparto más o menos igualitario del negocio. Al tiempo se controlaba el acceso de los trabajadores al oficio y sus mercados laborales para evitar la competencia desleal de gentes ajenas al gremio, y se regulaba el ascenso a través del aprendizaje hasta los grados de oficial y maestro. El gremio garantizaba una cierta estabilidad y seguridad a sus miembros, tanto al maestro al frente de un taller al que aportaba la tranquilidad de saber que la competencia era limitada, como al oficial y al aprendiz que contaban con el futuro más o menos claro de acabar convertidos en dueños de su propio obrador.

El funcionamiento de esta organización de la producción hacía tiempo que había dejado de ser eficiente en la ciudad de Madrid²⁶. Mucho antes de que se decretara la disolución de los gremios, éstos habían dejado de ser efectivos en el ejercicio de ese control y reparto de la producción entre los maestros. Tampoco representaban ya una garantía de futuro para oficiales y aprendices. Los maestros de taller eran ya incapaces de hacer frente a las mercancías producidas fuera de la vieja forma del mundo de los oficios por grandes maestros como Soldevilla, que ya no eran artesanos sino industriales y grandes comerciantes y que además comenzaban a tener una eficiente herramienta para vencer a la competencia: las máquinas. A ellos se sumaba, sobre todo, la dura competencia de los productos venidos de otras poblaciones y otros grandes centros industriales. El reverso del gran emporio de un gran fabricante de zapatos como Soldevilla, era el gran número de maestros zapateros que cayeron en la pobreza y que se mostraron crecientemente incapaces de mantener abierto un taller propio. Aunque muchos lo siguieron intentando, la posesión de un grado de maestro y de un taller ya no garantizaba ni la prosperidad económica ni el prestigio social de antaño.

En *La Busca*, Baroja nos ofrece un fiel retrato de la decadencia de los maestros zapateros en su descripción de los dos talleres que había en la calle del Águila. A un

²⁶ NIETO SÁNCHEZ, José A.: *Artesanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid, 1450-1850*, Madrid, Fundamentos, 2006. Especialmente parte cuarta, “Reorganización y larga transición industrial, 1750-1850” pp. 289-461.

lado un taller de fabricación de zapatos que tenía el sugerente nombre de “El león de la zapatería”, cuyo dueño pretendía seguir viviendo como artesano independiente, dedicado a la elaboración de calzado nuevo; al otro lado, el taller del tío de Manuel, el protagonista, en éste *“el trabajo consistía en desarmar y deshacer botas y zapatos viejos (...). En el tajo se colocaba la bota destinada al descuartizamiento; allí se le daba un golpe o varios con una cuchilla, hasta cortar el tacón; después, con las tenazas se arrancaban las distintas capas de suela; con tijeras se quitaban los botones o tirantes, y cada cosa se echaba en su espuerta correspondiente.”*²⁷ En el taller trabajaban el tío de Manuel, el señor Ignacio, y sus hijos, que habían aprendido mirando a su padre los restos de nociones profesionales del zapatero que exigía este negocio de reciclado de calzado. A ellos se iba unir el propio Manuel, que nunca antes había trabajado en un taller y que era admitido en el negocio familiar más por solidaridad que por necesidad de otro operario más.

Así era como se había adaptado a los nuevos tiempos económicos el señor Ignacio. Ante su incapacidad de fabricar zapato nuevo a un precio competitivo y la imposibilidad de contratar a otros trabajadores que no fueran sus propios familiares, se había lanzado al reciclaje a gran escala de zapatos. Seguramente era una opción más inteligente que la del artesano que pretendía vivir de su oficio, pues aunque *“el señor Ignacio, maestro de obra prima, había tenido la necesidad de abandonar la lezna y el tirapié para dedicarse a las tenazas y a la cuchilla; de crear a destruir; de hacer botas nuevas, a destripar botas viejas [...] podía consolarse viendo a su vecino, el de El León de la zapatería, que sólo de pascuas a ramos tenía alguna mala chapuza que hacer.”*

Si al emprendedor Soldevilla los cambios traídos por el fin de la organización gremial de la producción le habían facilitado su ascenso hasta convertirse en dueño de una moderna fábrica de zapatos, para el señor Ignacio el nuevo contexto se había traducido más que en posibilidad, en riesgo. El principal peligro para los artesanos como él era la pérdida de su independencia y control sobre el trabajo, el dejar de ser dueños de su taller y comenzar a trabajar a los ritmos y al salario que dictaran otros. El señor Ignacio había sucumbido, pues su principal ocupación era reciclar calzado, seguramente para suministrar los materiales obtenidos a algún comerciante o a un fabricante más poderoso que él. El antiguo maestro de obra prima era en realidad uno de tantos “maestros jornaleros”, una condición que le hacía un sujeto difícil de adscribir en uno de los apartados en que se dividía el mercado laboral. Sus conocimientos del oficio permitían caracterizarle como trabajador cualificado, como un artesano con un importante grado de especialización. El mantenimiento de un taller abierto y de un centro de trabajo propio le convertían en dueño y pequeño empresario con capacidad de mando sobre sus trabajadores, aunque estos fueran sus hijos; al tiempo que debía satisfacer una mínima contribución industrial: todo ello le hacían merecedor de encuadrarle entre los pequeños comerciantes, o como en la época gustaba decir, los industriales. Pero el tipo de trabajo que realizaba, suministrando el material reciclado de zapatos viejos a grandes fabricantes y comerciantes, la realización de tareas para otros talleres y centros de producción más importantes, le convertían en un subcontratista dependiente de los industriales del calzado que fijaban los precios y los plazos de entrega.

El retrato del señor Ignacio trazado por Baroja se corresponde más con la situación general de los zapateros que residían en el Ensanche Norte en 1880 que el ejemplo que nos ofrece el triunfador Soldevilla. En los nuevos barrios, el oficio de zapatero parecía haber caído hacía tiempo en esa indefinición en la que vivía el señor

²⁷ BAROJA, Pío: *La Busca*, Madrid, 1904, segunda parte, capítulo I.

Ignacio y que hacía invisibles los límites entre el maestro, el oficial y el simple jornalero. De hecho, tan sólo uno de los 195 zapateros del Ensanche Norte indicaba su condición como oficial, ninguno se definía como maestro y tres se presentaban en el empadronamiento como “zapateros jornaleros”. A los casi 200 zapateros sólo les acompañaban, según el empadronamiento, 5 aprendices. Por lo que parecía la vieja jerarquía propia de los mundos de los oficios había desaparecido completamente entre los miembros de esta profesión.

Tabla 4.7: Condición de los zapateros del Ensanche Norte en 1880			
Zapateros en general (sin indicar grado en el oficio)	195	aprendices de zapateros	5
posición en la familia			
cabeza de familia	97	realquilados	31
hijo	44	otros	4
familiares	19		
tipo de vivienda			
bajos, porterías y tiendas	105	otros	90
alquileres (157 indican alquiler)			
alquiler medio de zapateros 18,72			
alquiler medio en el Ensanche Norte 30,42 ptas.			
menos de 15 pesetas	62	39,49%	
de 15 a 30 pesetas	79	50,31%	
más de 30 pesetas	10	10,20%	

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880.

Esta abundancia de zapateros sin distinción en grado dentro del oficio se debía a la capacidad de adaptación de este colectivo a las condiciones cambiantes de la producción. Al zapatero no le resultaba difícil establecerse por cuenta propia; para abrir un taller de calzado bastaba con conocer el oficio, disponer de la habitación necesaria y de una herramienta ni demasiado extensa ni excesivamente cara²⁸. Es probable que una gran parte de todos los zapateros de las afueras norte tuvieran un pequeño obrador en su vivienda. De hecho, una gran parte de los zapateros de Chamberí se inscribían como cabezas de familia, como responsables del pago del alquiler y lo que es más importante, más de la mitad de ellos habían elegido una vivienda en un bajo, una tienda o una portería, con una puerta con acceso fácil y directo a la calle que les permitía mantener un negocio abierto. Ahora bien, en la mayoría de los casos calificar aquellos obradores de verdaderos talleres podía resultar exagerado. Bastaba comprobar los alquileres que pagaban los zapateros para darse cuenta de que si trabajaban en sus propias casas no era en grandes espacios y amplias estancias sino más bien en cuartuchos estrechos y de pequeño tamaño. El 90% de los zapateros vivía en viviendas cuyo alquiler estaba por debajo de la media del distrito y sólo una minoría superaba las 30 pesetas de alquiler mensual entre estos artesanos.

Lo más probable es que el trabajo que realizaban estos zapateros como si siguieran siendo artesanos independientes, con su propio taller y sin ningún maestro que los supervisara, fuera más propio de zapateros de viejo que de nuevo. Que se dedicaran en sus cuartuchos a la reparación del calzado más que a su fabricación, o si no a tareas

²⁸ Sobre la relativa independencia de los obreros del calzado véase el artículo de Hobsbawm “Zapateros políticos” en HOBSBAWN, Eric J.: *Gente poco corriente*, Crítica, Barcelona, 1999, pp. 29-56.

subsidiarias como las de destripar botas viejas o preparar piezas para grandes fábricas. Para eso no era necesario disponer de empleados en el obrador ni de modernas máquinas como las de Soldevilla. Como mucho se hacía a veces necesario que colaborara la esposa o los hijos en el trabajo. Así, aunque los zapateros presentes en los nuevos barrios madrileños tuvieran taller abierto, su actividad era escasa y normalmente se limitaba a labores menudas dentro de su arte. Eran zapateros de viejo, dedicados a reparar y remendar zapatos más que a fabricarlos. Sólo unos pocos con suerte podían dedicarse al arte plenamente. Únicamente cuatro de los casi doscientos zapateros de Chamberí reconocían pagar una cuota de contribución industrial y en ningún caso se trataba de una cantidad que hiciera sospechar unas grandes instalaciones para la fabricación de calzado. El que pagaba más impuestos era Marcelino Martínez Sainz, que tenía abierta una zapatería en el número 1 de la calle Jordán, junto a la calle Real (actual prolongación de Fuencarral a partir de la glorieta de Bilbao). No indicaba tener más empleados que la criada que se encargaba de llevar los asuntos del hogar. No se empadronaba en su vivienda dependiente alguno que se ocupara de atender a la tienda que ocupaba en el bajo, a no ser que su tía, que era el único familiar que le acompañaba, asumiera la función de despachar a los clientes. En fin, por el pequeño negocio sólo había de satisfacer un pago de 90 pesetas de contribución industrial, muy lejos de las cifras que afrontaban sus vecinos el boticario o el panadero de Lugo²⁹.

La dedicación a ese pequeño taller u obrador que los zapateros podían permitirse en sus cuartuchos de Chamberí rara vez era exclusiva, y seguramente la combinaban con las diversas posibilidades de negocio que les proporcionaba su oficio, adaptándose a las ofertas que en cada momento les ofreciera la ciudad y la clientela. Puede que incluso el trabajo en el propio domicilio fuera una actividad secundaria, realizada en los ratos libres que les dejara el trabajo en una gran fábrica como la de Soldevilla o en un gran taller de los que aún existían en el centro de la ciudad. Las chapuzas y remiendos que hicieran podían servir para ganarse unas monedas más con las que completar su exiguo salario. Aunque pocos de los 195 zapateros del Ensanche Norte registraban su lugar de trabajo y su sueldo, los que lo hacían muestran claramente en qué situación de escasez habían caído los artesanos que se habían incorporado al trabajo en grandes fábricas o talleres. Estanislao Adán Pérez, por ejemplo, decía ser zapatero y trabajar en la Fábrica de calzado de Soldevilla. Su jornal se reducía a dos pesetas diarias lo que no le bastaba para afrontar un alquiler. Se tenía que conformar con vivir realquilado, en un pequeño piso del Paseo de Areneros, muy cerca de la fábrica de calzado.³⁰ Para vivir sólo con su familia, sin la compañía de extraños realquilados, quizá debería haber hecho como su colega en la fábrica y vecino en el barrio, José Zamora, inscrito en la calle perpendicular de Galileo. También zapatero en la fábrica de Soldevilla, con sueldo similar seguramente (pues no lo indicaba), habitaba con su esposa un bajo por el que pagaba lo que debía de ser una astronómica cifra en su presupuesto, 22 pesetas y media. Teniendo en cuenta la escasez de su jornal de trabajador de fábrica, no es posible imaginar la supervivencia de esta pareja si no era gracias a los trabajos en que se ocupara su mujer y a los encargos que pudiera conseguir el marido para realizar en el propio domicilio, una vez terminada la jornada laboral en el gran taller³¹.

²⁹ Marcelino Martín en AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880, caso n° 569. Los otros tres que pagaban impuestos eran Isidoro Cañas Checa residente en una tienda de Santa Engracia 21 (caso n° 1.346) que pagaba 58 pesetas de contribución, José Anguera Font en un bajo de la calle Sagunto 6 (caso n° 1.183) con 32 pesetas de contribución y Felipe García en un sótano de Cardenal Cisneros 57 (Caso n° 814) con 30 pesetas.

³⁰ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1.880, vivienda de Paseo de Areneros 42, caso n° 5.928.

³¹ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1.880, caso n° 3.561.

La maleabilidad de los zapateros y, sobre todo, la persistencia de tantos talleres abiertos con una amplia mano de obra potencial compuesta por los familiares de los artesanos, se combinaba bien con las características de una industria que hasta finales del siglo XIX encontró bastantes problemas en su modernización. Aunque Soldevilla hubiera introducido en su fábrica maquinaria que hacía menos necesaria la mano de obra experta, no todo el proceso de elaboración del zapato podía ser realizado por jornaleros³². El trabajador cualificado seguía siendo necesario en la fábrica; ahora bien, había muchas tareas que apenas necesitaban preparación técnica o experiencia en el oficio. La legión de trabajadores sin oficio presentes en la ciudad ofrecía la tentadora y lucrativa posibilidad a los dueños de los talleres, a los industriales y a los maestros, de emplearlos en determinadas tareas que tradicionalmente ejercían los oficiales. En cualquier ámbito de la producción artesanal había muchas tareas que podían realizar trabajadores ajenos al oficio con la ventaja añadida de que no habría que satisfacerles un sueldo como el que exigiría un oficial e incluso un aprendiz.

Los profundos cambios que recorrieron el mundo de los oficios durante el siglo XIX lanzaron a los trabajadores manuales a una evolución en que se bifurcaban los caminos entre el enriquecimiento de gentes como Soldevilla o Monasterio y el empobrecimiento del señor Ignacio o de los trabajadores de la fábrica de zapatos del Ensanche Norte. Los artesanos iban perdiendo peso en el mercado laboral poco a poco en beneficio de dos grupos socioprofesionales, el de los pequeños comerciantes e industriales que no crecían en número pero sí en riqueza, y los que progresivamente se convertían en asalariados, condenados a trabajar de por vida como oficiales y sin esperanza de llevar algún día las riendas de su propio negocio. En sectores como los del zapato, mantener un taller como antiguamente que produjera calzado para su venta, exigía grandes inversiones en maquinaria para competir con grandes productores como Soldevilla. Si el viejo artesano se empeñaba en seguir trabajando por su cuenta, aunque fuera sólo unas horas a la salida de la fábrica, tenía que tener claro que su única salida era remendar viejos botines y zapatos y destripar botas viejas para convertirlas en piezas de cuero.

La intrusión de jornaleros en el trabajo de los artesanos, fomentada por los propios maestros, tuvo múltiples consecuencias en el mundo de los oficios madrileño. La primera fue la devaluación del trabajo realizado por aprendices y oficiales, en muchas ocasiones equiparados a los trabajadores a destajo y sin cualificación. Ya desde mediados de siglo abundaban las quejas de las malas prácticas en que había caído el aprendizaje en muchos oficios y que se sustanciaban en la utilización de los aprendices más como trabajadores de sueldo reducido que como estudiantes a los que había que formar. El *Tesoro de albañiles*, una obra publicada en 1853 por Pascual Perier y Gallego para combatir los vicios en que habían caído los oficios relacionados con la construcción, denunciaba cómo frecuentemente “*el maestro ocupa al aprendiz no para instruirle, sino para los adelantos del trabajo o del taller*”. El aprendizaje ya no era un periodo de formación laboral, sino más bien de explotación: “*pasa muchos años el desgraciado joven, en una especie de esclavitud, pues es el criado del maestro y de los oficiales, que lo ocupan en vez de instruirle y explicarle, en cosas extrañas al oficio. Sólo a fuerza de ver tanto tiempo de tantear él mismo, si tiene afición, en los momentos de descanso del maestro y oficiales, y de procurar imitarles, es como llega a*

³² NADAL, Jordi: “La transición del zapato manual al zapato “mecánico” en España” en NADAL (ed.): *La cara oculta de la industrialización española: la modernización de los sectores no líderes (siglos XIX y XX)*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp. 321-339.

comprender el uso de herramientas y a manejarlas primero muy desmañadamente, y luego con alguna menos torpeza.”³³

El fenómeno era común a muchos oficios y generaba una cierta frustración entre los muchachos que decidían acceder al aprendizaje de una carrera y que por el contrario, encontraban frecuentemente un trabajo duro y mal remunerado. En muchos casos, el viejo mundo de los oficios se había corroído por dentro y ya no representaba un camino seguro y previsible en el que estuvieran marcadas las etapas de la trayectoria laboral, primero como aprendiz, luego como oficial, llegando a la culminación que representaba tener un taller propio. Las trayectorias laborales se habían hecho en ocasiones más inciertas, y el aprendizaje no estaba necesariamente seguido de una etapa en que se pasara a la categoría de oficial y, por lo tanto, a un mejor salario. Para mejorar de condición, en demasiadas ocasiones se hacía necesario cambiar de empleo y de maestro sin haber aprendido nada con los anteriores, así hasta encontrar un oficio y un taller decente en el que se pudiera progresar. Eso si no se terminaba como un mero jornalero, en constante búsqueda cada mañana de un empleo mejor pagado y menos duro que el realizado el día anterior.

Francisco Largo Caballero nos informa de los tumbos que los aprendices daban por el Madrid de la Restauración en busca de un empleo decente. Largo Caballero nació en 1869 en la plaza de Chamberí, uno de los focos de residencia popular del Ensanche Norte madrileño. Sus padres se habían separado y la madre se había colocado de sirvienta, así que vivía con un tío suyo, que era uno de tantos zapateros caídos en la pobreza. A los siete años decidieron que había llegado el momento de que el niño contribuyera con algún sueldo a los exiguos recursos del hogar y se empleó en su primer trabajo en una “fábrica de cajas de cartón” que estaba en la misma plaza de Chamberí y que, en realidad, debía de ser un pequeño taller con poco o ningún trabajador más que el maestro y el propio Largo Caballero: *“Mi obligación consistía en dar engrudo al papel para forrar las cajas, y llevarlas a los comercios de Madrid, esto es, a los clientes. Este trabajo no era muy agradable porque se me cubrían las manos de sabañones ulcerados. Servir las cajas a la clientela me resultaba penoso, pues tenía que hacerlo lloviese o nevase, con frío o con calor, calzando alpargatas, casi siempre rotas aunque mi tío era zapatero.”* Sólo recibía un real de jornal por aquel duro trabajo en el que no aprendía ningún oficio ni arte que le pudiera servir en el futuro, así que el joven Largo tardó poco en abandonarlo y buscarse un trabajo mejor remunerado y que le abriera más expectativas para su vida laboral.

El segundo episodio de su vida de trabajador transcurrió como aprendiz de encuadernador. El niño lo acogió con ilusión: *“Ser encuadernador me parecía algo extraordinario. ¡Manejar libros de ciencia! ¡Yo, que no había tenido en mis manos otros que la Cartilla, el Catón y el Fleury!”* Aparte de los atractivos del trabajo cotidiano, la formación en ese oficio podría permitirle la incorporación a un sector de actividad, el de las artes gráficas y la producción de libros, que en Madrid ofrecía buenos salarios³⁴. Sin embargo, la decepción no tardó en llegar al descubrir las tareas que realmente se escondían bajo su contrato de aprendizaje: *“No hacía más que plegar papel, calentar los hierros para grabar las letras en las tapas de los libros y acompañar a la hija del maestro al mercado. Por esta labor recibía un jornal de dos*

³³ PERIER Y GALLEGOS, Pascual: *Tesoro de albañiles o guía teórico-práctica-legislativa de albañilería*, Huarte-Grupo Hasa, s.l., 1990 (Edición facsímil de 1853), pág. 13.

³⁴ Sobre el desarrollo de la industria de las artes gráficas en Madrid, ver MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A. (dir.): *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2001.

reales a la semana y todavía tenía que estar agradecido, pues en aquellos tiempos se consideraba como un favor que le enseñaran a uno el oficio."³⁵

El convencimiento de que bajo su contrato de aprendizaje se amparaba una forma de explotación que poco tenía que ver con la formación profesional, y la indignación que le produjo el ser pagado con moneda falseada, llevó de nuevo al joven Largo Caballero a cambiar de trabajo y a recomenzar de cero su vida laboral. Esta vez lo hizo en un taller de fabricar cuerdas del que recordaba "el trato bestial y grosero que recibía, al igual que otros aprendices". Igual que en las dos ocasiones anteriores, aquel niño de tan sólo nueve años decidió abandonar un trabajo por el que cobraba poco y en el que era objeto de explotación. Sólo tras estos intentos, deambulando de un taller a otro, empujado por una mezcla de necesidad de obtener un pequeño salario con el que ayudar en casa y la esperanza de encontrar un oficio en el que formarse para el resto de su vida, Largo Caballero acabó encontrando un oficio digno y adecuado. Antes de cumplir los diez, ingresó en una cuadrilla de estuquistas en la que pudo aprender un oficio de alta cualificación. A los diecisiete años Largo Caballero ascendió al grado de oficial y ya tenía dos ayudantes a su cargo; parecía haber encontrado el camino en el que el progreso profesional y hasta una cierta prosperidad económica parecían garantizados.

El estuco era un material utilizado para la decoración en el interior de las viviendas; pero en ese Madrid inmerso en la fiebre de construcción de la segunda mitad del siglo XIX, los artesanos dedicados al trabajo con este material eran más bien escasos, una pequeña elite dentro del muy nutrido mundo de los obreros de la construcción. De los 1.668 artesanos que se registraban en todo el Ensanche Norte en 1880, sólo uno se declaraba como estuquista (y no era Largo Caballero, entonces de 11 años y que temporalmente se había alejado de su Chamberí natal). Joaquín Brifel vivía en el arrabal de Chamberí en una vivienda modesta, un bajo de la calle Arango por el que pagaba un alquiler de 12 pesetas y 50 céntimos. Brifel había nacido en Madrid y tenía veintiocho años; aún era soltero aunque vivía con una mujer que declaraba ser cepillera y dos familiares de ésta, un albañil y un jornalero. Sólo con la reunión de todos esos sueldos era posible sacar la casa adelante porque los ingresos del estuquista eran demasiados escasos: declaraba ser trabajador autónomo y cobrar un jornal de 2 pesetas al día, una cantidad que le situaba más cerca de los jornaleros que del prestigio generalmente acordado al trabajo artesanal³⁶.

La alta cualificación del trabajo con estuco podía ser motivo de prestigio, pero no permitía escapar de los bajos sueldos. Había otros muchos rasgos en el trabajo como estuquista que acercaban a los miembros de este oficio a las condiciones de vida del jornalero. Ante todo destacaba la irregularidad de los ingresos que se obtenían; como el resto de los trabajos asociados a la construcción, los estuquistas eran dependientes de las fluctuaciones de la demanda de trabajo y no todos los días podían poner en práctica su arte y sus conocimientos. Largo recordaba cómo su alta cualificación como trabajador no estaba reñida con la precariedad: *"El oficio de estuquista, de tantos atractivos para mí, tenía sus quiebras. Era oficio de temporada; se trabajaba en primavera y el verano y el invierno se pasaba en paro forzoso. Para suplir, en parte, esa falta de salario, tenía que buscar otras ocupaciones suplementarias."* Y en esas temporadas de carencia de trabajo no se comportaba de una manera muy diferente a los jornaleros, que no pertenecían a ningún gremio concreto y que realizaban cualquier pequeña tarea para obtener un sueldo: *"Mi madre había dejado ya el oficio de sirvienta*

³⁵ LARGO CABALLERO, Francisco: *Mis recuerdos. Cartas a un amigo*, México D.F., Ediciones Unidas S.A., 1976; pp. 24-25.

³⁶ AVM, Estadística, Padrón del Ensanche Norte, 1880, caso nº 90.

y se dedicaba a vender cosas que no exigían la inversión inmediata de mucho dinero y que eran de fácil colocación. Durante el invierno, la ayudaba en este comercio y no era raro encontrarme en algún mercado como el de San Ildefonso, ofreciendo tímidamente a las criadas de servir, pimientos, tomates y cosas semejantes. También iba por los campos recogiendo cardillos para venderlos al día siguiente.”

Largo Caballero había tenido suerte al encontrar una cuadrilla de estuquistas que le acogieran como aprendiz y le enseñaran el oficio en vez de aprovecharse de él. También había sido tenaz e inquieto para aprender rápidamente los secretos del arte del estuco. Nada de ello le había evitado los periodos de paro y falta de ingresos y tenía que ingeniárselas para salir adelante, montando pequeños negocios, al margen de la legalidad, en la venta ambulante. Su modo de vida no era excepcional en el Madrid de la segunda mitad del XIX. La alternancia entre los periodos en que trabajaba como estuquista en tareas que requerían conocimientos muy especializados y habilidades muy concretas y los momentos en que era uno más entre la gran masa de trabajadores a jornal, ocupado en cualquier tarea que le pudiera reportar unas pocas monedas, era una situación que se había extendido a las experiencias laborales de muchos de los artesanos de la ciudad. De hecho, era la situación generalizada entre carpinteros, albañiles y zapateros, los colectivos de trabajadores cualificados más nutridos de la capital. Precisamente los gremios que más dinámicos se mostraban en el mercado laboral madrileño eran los que más se veían afectados por la disolución gremial y por la pérdida de la certeza, la seguridad y el prestigio que antaño confería pertenecer a un oficio.

La resistencia del oficio: trabajo cualificado y prestigio laboral en el Ensanche Norte en 1880

De la misma manera que la suerte no le reservó igual destino a todos los albañiles, carpinteros y zapateros, el muy diverso mundo de los oficios madrileños no acusó de manera universal las transformaciones en el modo de organizar el trabajo que se produjeron en la segunda mitad del siglo XIX. Los zapateros o los carpinteros podían sentirse perjudicados por los nuevos tiempos porque los habían empujado cada día más hacia el grupo de los jornaleros a pesar de su cualificación profesional. Pero también los había que podían sentirse tremendamente afortunados, como Mariano Monasterio y José Soldevilla que, aprovechando las circunstancias, habían desarrollado carreras profesionales inimaginables en otros tiempos. Otros simplemente habían logrado lo que desde siempre habían esperado: ir subiendo los escalones del oficio poco a poco e ir escalando desde la condición de aprendiz a la de oficial y luego a la de maestro y dueño de un taller propio, como los numerosos panaderos que poblaban Chamberí.

Algo similar sucedía con el conjunto de los oficios y artes que componían el artesanado madrileño. Mientras determinados sectores sufrían las transformaciones que traían los nuevos tiempos y el contagio de la condición de jornalero iba quebrando la forma en que tradicionalmente habían desarrollado su trabajo, otros oficios se mantenían a salvo e incluso conocían nuevas situaciones de privilegio. No todos los ámbitos de la producción experimentaron el crecimiento y expansión de la construcción, que había desdibujado la frontera entre el albañil y el jornalero. La introducción de maquinaria y nuevas tecnologías no se produjo simultáneamente en todos los oficios. La tímida llegada de las máquinas a la zapatería no coincidió con el mundo de la tapicería o el de la construcción de carruajes y coches, donde los métodos de trabajo podían seguir por caminos más tradicionales. E incluso, la vitalidad y modernización de un trabajo no tenía por qué traducirse para todos los trabajadores en una pérdida de status. Hasta en los sectores más afectados por la jornalización de la mano de obra madrileña era posible encontrar trabajadores a los que los nuevos tiempos les habían tratado bien.

Tabla 4.8: Artesanos y trabajadores cualificados con salarios más altos en el Ensanche Norte en 1880

trabajadores con salario anual			trabajadores con salario mensual			trabajadores con salario diario		
profesión	lugar de trabajo	sueldo	profesión	lugar de trabajo	sueldo	profesión	lugar de trabajo	sueldo
oficial de coches	Taller de coches Zacarías López	3000	fotógrafo	Puerta del Sol, 5	127	cepillero		10
carpintero	Fábrica La Iberia	2000	confitero		120	albañil maestro	en varios	7
pintor	Hortaleza	1900	diamantista	Taller	120	albañil	obras	6
cajista	Imprenta Nacional	1825	panadero		100	ebanista	Barrio de Salamanca	5,5
constructor de máquinas	Fundición de hierro Pozos de la Nieve	1600	tallista	Palafox 18	90	albañil	en obras	5
guantero	Fábrica	1500	sombrerero		80	guarnicionero oficial		5
litógrafo		1500	cervecero	La Deliciosa	75	sombrerero		5
pintor		1500	fotógrafo	Sr. Hebert	75	tapicero		5
tipógrafo	Imprenta Maroto e hijos	1500	muñequero	Rueda 21, de fábrica de juguetes	75	tipógrafo	La Correspondencia	5
alfarero		1460	cervecero	La Deliciosa	60	tornero	Valentín Fonbuena	4,5
molinero	Fábrica de Harinas	1360	cantero		50	albañil (3)		4
molinero	Fábrica La Espiga	1250	impresor	Imprenta de Lotería	50	broncista	Leganitos 61	4

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880.

Entre los trabajadores cualificados y artesanos mejor pagados que residían en el Ensanche Norte en 1880 se contaban abundantes ejemplos de profesionales de la construcción. Albañiles que cobraban 6 o 7 pesetas por día trabajado, carpinteros o marmolistas que podían enorgullecerse de tener un salario anual y no diario como el resto de sus compañeros y cobraban hasta 1.000 pesetas al año, y carpinteros que en vez de trabajar en las obras o en un taller estaban empleados en una institución oficial y que gozaban de la misma estabilidad de un conserje o de un funcionario de bajo rango. Ellos constituían ese puñado de profesionales beneficiados por el crecimiento del sector de la construcción; trabajadores cuyo ascenso no era tan fulgurante como el de Mariano Monasterio, pero que, igual que en su caso, se había producido por la necesidad que el sector tenía de seguir contando con especialistas que conocieran bien el oficio, a pesar de todo lo que se hubiese flexibilizado el mundo de la edificación y por muchos jornaleros que lo hubieran inundado.

La introducción de la mecanización en ciertos sectores no significó únicamente la aparición de esa dura competencia que tenían que afrontar los zapateros remendones del Ensanche Norte frente a la todopoderosa fábrica de Soldevilla. Aunque las máquinas pudieran simplificar algunas partes del proceso de elaboración, necesitaban trabajadores a su cargo, que generalmente eran bien pagados y protegidos por sus empleadores. Ramón de Miguel, de 44 años, era molinero en la Fábrica de Harinas La Espiga, por lo que decía cobrar 1.360 pesetas al año; era un simple artesano pero podía permitirse una vivienda en la calle Luchana de 37,50 pesetas de alquiler mensual, en uno de los paseos más codiciados del recién construido Ensanche Norte³⁷. Sin duda el alto valor concedido a su trabajo se vinculaba al conocimiento del manejo de las máquinas de la fábrica, lo mismo que sucedía con Enrique Steven Petit, de 39 años y natural de Couillot, Bélgica. Era un trabajador mecánico en la fábrica *La Colonial* y cobraba 1.200 pesetas al año, más que muchos funcionarios del Ayuntamiento³⁸. La propia novedad del oficio también podía ser un sinónimo de buena remuneración, como en el caso de

³⁷ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880, caso n° 3.355.

³⁸ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880, caso n° 4.123.

los fotógrafos, una profesión recién nacida y que todavía debatía su definición como arte o artesanía; Jorge Godet Chastel, de 24 años, de familia francesa y residente en el Ensanche en 1880, trabajaba como fotógrafo para un taller de la Puerta del Sol, con sueldo de 127 pesetas mensuales³⁹.

Finalmente, había toda una serie de trabajos en los que los conocimientos específicos para poder ejercerlos, seguían siendo muy valorados y en los que era más difícil la penetración de jornaleros o la devaluación de la condición de sus profesionales, por mucho que la distancia entre el mero trabajador y el patrono se hubiese agrandado. Era el caso de tipógrafos, impresores, litógrafos y demás trabajadores de la industria de las artes gráficas y de la edición. Para un tipógrafo, el paso de oficial a dueño de una imprenta era tan improbable como lo era para los zapateros, cada vez más condenados a labores periféricas en su oficio ante el predominio de grandes talleres como el de Soldevilla. La maquinaria era cara y necesaria en las artes gráficas y no estaba en la mano de ninguno de sus numerosos artesanos el poder adquirirla para constituirse en productores independientes. Sin embargo, su oficio no era tan permeable a la entrada de trabajadores ajenos al gremio. Para trabajar entre libros y publicaciones, era imprescindible una formación básica; sin haber pasado por la escuela, sin haber adquirido los rudimentos más básicos en lectura y escritura para los tipógrafos y en el dibujo para los litógrafos, la participación en este sector era impensable. La educación y la formación laboral era en este sentido una eficaz barrera que preservaba al colectivo de tipógrafos e impresores de las amenazas que acechaban a otros profesionales⁴⁰.

El maquinista venido de Bélgica, el fotógrafo francés y los tipógrafos son ejemplos del puñado de artesanos que vivían en Madrid ajenos al empobrecimiento que corroía muchos oficios tradicionales por el avance de la jornalización. Mientras el general de los trabajadores manuales recorrían las calles de Madrid para buscarse la manera de salir adelante, mientras Largo Caballero debía cubrir los periodos de paro forzoso con trabajos muy por debajo de su capacidad, como la venta ambulante de frutas y verduras, este selecto grupo era a veces objeto de cuidados y protección por los industriales y los empresarios. Sus conocimientos específicos de un oficio les convertían muchas veces en piezas fundamentales para el despegue y mantenimiento de determinados centros de producción. De tal manera, que tampoco la aparición de grandes centros de trabajo en sustitución del mundo de pequeños talleres que había caracterizado la economía artesanal del Antiguo Régimen se saldó siempre con perjuicios en las condiciones laborales. Al menos en un primer momento, en muchos sectores en que todavía no se había producido una modernización tecnológica del trabajo, las fábricas ofrecieron un campo de contratación favorable para los operarios. Era el efecto del primer despegue de la industrialización en Madrid, donde los centros de producción más importantes no lo eran tanto por su modernidad en la introducción de máquinas como por su capacidad de concentrar trabajadores. Por lo general, las fábricas que existían en la capital eran modestas, poco mecanizadas y no ofrecían ninguna posibilidad de trabajo al jornalero. Lo que necesitaban eran artesanos altamente especializados y con mucha experiencia en sus oficios. La escasez de esta mano de obra cualificada la encarecía, hizo de ella una suerte de aristocracia del trabajo, convirtiendo

³⁹ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880, caso nº 2.937.

⁴⁰ Los tipógrafos madrileños, por su especial protagonismo en el sindicalismo y socialismo madrileño han sido objeto de diversos acercamientos historiográficos. Es imprescindible la consulta de biografías de los primeros líderes obreros socialistas trazadas en CASTILLO, Santiago: *Historia del socialismo español. Vol. 1, 1870-1909*, Barcelona, Instituto Monsa, 1997 y del mismo autor el retrato de Juan José Morato en CASTILLO, Santiago: *Trabajadores, ciudadanía y reforma social en España: Juan José Morato (1864-1939)*, Madrid, Siglo XXI, 2005, Tomo I, pp. 1-152.

a los primeros obreros madrileños verdaderamente fabriles en algo muy parecido a los artesanos de otros tiempos más felices para el trabajo manual.

Tabla 4.9: Trabajadores de la Real Fábrica de Tapices residentes en el Ensanche Norte en 1880			
Trabajador	edad	Profesión	Salario (en pesetas)
Manuel de Limas Escobar	12	Tapicero	0,50 día
Eulogio Soria de Pascual	14	alfombrista	2,50 día
Miguel Muñoz Marconel	18	Tapicero aprendiz	1,50 día
Juan Sánchez Toscazo	19	Tapicero	1,75 día
Manuel Huguet Ligar	20	Jornalero	No indica
Emilio Sánchez Toscazo	20	Tapicero	1,25 día
José Arroyo Sánchez	31	Alfombrista	700 anual
José Alday Mardones	32	Tapicero	No indica
Benito Quintana Minués	33	Jornalero	800 anual
Mariano García Sancho	34	Jornalero	No indica
Fermín Sánchez Toscazo	36	Empleado	No indica
Manuel Caballero Torriego	38	Tapicero jornalero	No indica
Juan Menéndez	40	Tintorero	1.000 anual
Antolín Gómez Aguado	44	Alfombrista	1.020 anual
Miguel Monlleó Rosell	45	Tapicero	730 anual
Joaquín Muñoz	45	Alfombrista	900 anual
Francisco Zamorano Álvarez	52	Tapicero jornalero	No indica

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880.

El Ensanche Norte contaba con varios de estos centros de trabajo en los que los trabajadores manuales gozaban de unas condiciones laborales y de unos sueldos privilegiados dentro del panorama de jornalización que estaba experimentando la economía madrileña en su conjunto. Un primer ejemplo nos lo ofrece la Real Fábrica de Tapices, que estaba establecida en el número 1 de la calle Santa Engracia, junto a la antigua puerta de Santa Bárbara. En realidad no se trataba de una fábrica en sentido estricto, pues se dedicaba a la producción de tapices de lujo para la Monarquía y algunas familias poderosas capaces de permitirse esos lujos. Desde finales del siglo XVIII su dirección había sido encomendada a una prestigiosa familia de tapiceros flamencos, los Stuyck que, generación tras generación, se habían mantenido al frente de la Real Fábrica. En 1880, Gabino Stuyck Dulongval era su director y como buen artesano residía en la misma finca donde se encontraba su taller, tal y como había hecho su padre. Muchos tapiceros empleados en la Real Fábrica también habitaban allí o en viviendas cercanas, como si siguieran siendo trabajadores de un taller de los viejos tiempos preindustriales. Estos rasgos arcaizantes que podía presentar la Fábrica de Tapices eran compensados por el gran número de trabajadores que concentraba, más de 100 en algunas épocas, que la convertían en uno de los talleres más importantes de la capital.

Esta concentración de trabajadores no se había traducido, en apariencia, en un empeoramiento de sus retribuciones salariales ni en su devaluación como artesanos especializados. Entre los 17 trabajadores de la Fábrica de Tapices registrados en el el Ensanche Norte en 1880, tan sólo tres se definían como meros jornaleros. Aunque hubieran decidido utilizar esa denominación para presentarse en el padrón, su realidad laboral estaba lejos de ser la de un trabajador mal pagado: uno de ellos señalaba percibir un sueldo de 800 pesetas anuales, muy distante en la cantidad y en la forma de pago de los trabajadores en las obras de construcción, los zapateros o los carpinteros. Por otro

lado, el aprendizaje también parecía mantener algunos de los rasgos benéficos del viejo mundo de los oficios al no participar de las formas de explotación que se daban en la albañilería o en la encuadernación. Los salarios de aprendiz eran altos, si comparamos con las cifras dadas por Largo Caballero: el más joven de los aprendices de tapicero cobraba dos reales por día. Los ingresos de los trabajadores en formación iban aumentando a medida que ganaban experiencia en el oficio, hasta los 7 reales que cobraba un aprendiz tapicero ya de 19 años o los 10 de un aprendiz alfombrista de 14. Una vez incorporados plenamente al oficio, los distinguidos trabajadores de esta Real Fábrica parece que pasaban a cobrar un sueldo fijado anualmente, lo que les convertía en un tipo de trabajador más cercano a un empleado de la administración que a un obrero de fábrica.

Un ejemplo de fábrica un poco más evolucionada era la de la Casa de la Moneda, que se situaba a la vera del Paseo de la Castellana, en la actual plaza de Colón. El edificio había sido construido entre 1855 y 1861 para proseguir el trabajo que hasta entonces se había desarrollado en la antigua fábrica de la calle Segovia. Tenía en común con la Fábrica de Tapices el patrocinio del Estado y cierto aire artesanal en algunos de los trabajos que se desarrollaban, muchos de ellos sujetos a rancias tradiciones de oficio. Pero en otros aspectos, la Casa de la Moneda había adquirido una clara impronta industrial, pues no sólo se acuñaban monedas e imprimían billetes de lotería, también se desarrollaban trabajos de fundición y cincelado del metal, laminado o estirado y blanqueamiento. En 1876 contaba con tres máquinas de vapor (una de 50 caballos, otra de 25 y otra de 9) y trabajaban diariamente en sus talleres 141 personas, con un coste salarial de 275 pesetas diarias⁴¹.

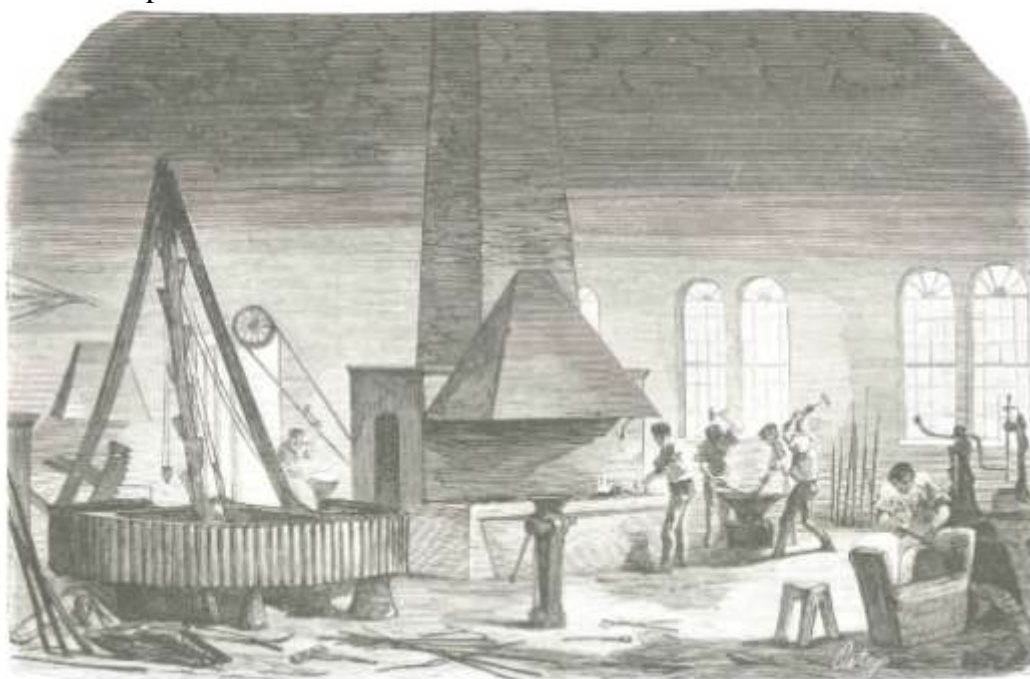


Fig. 4.2: Interior de la Casa de la Moneda según un grabado de 1866

El retrato de los trabajadores que participaban en la Fábrica de la Moneda muestra una realidad más diversa que la de la Fábrica de Tapices. En este establecimiento estatal existían diversos ámbitos profesionales diferenciados por el tipo de labor realizada y por

⁴¹ FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, A.: *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*. Madrid, La Librería, 2002 (facsímil de la edición de 1876), pp. 636-637.

las condiciones laborales y salariales de sus trabajadores. Por un lado, existía un nutrido grupo de profesionales contratados en la fábrica que no pertenecían al ámbito del trabajo manual; eran los distintos empleados encargados de labores administrativas de un centro de producción vinculado al Estado y a una labor de tanta importancia para las cuentas públicas como la producción de moneda. Su retribución era anual y acorde con el prestigio social concedido a los funcionarios: aunque con las variaciones internas que se derivaban del escalafón, su sueldo se situaba por encima del de cualquier trabajador manual. En este grupo se distinguía especialmente Manuel C. Azofra, un ingeniero que contaba con el sueldo más alto (4.000 pesetas anuales), que debía estar encargado de la dirección de parte del trabajo en una fábrica en la que la innovación tecnológica debía de ser una de las mayores preocupaciones.

Tabla 4.10: Muestra de los trabajadores de la Casa de la Moneda residentes en el Ensanche en 1880

Trabajador	Edad	Profesión	Salario (en pesetas)
José Santos Reyes	16	cerrajero	416 anual
Francisco Santos González	61	cerrajero	1.216 anual
Ricardo Fernández Martínez	25	empleado	1.250 anual
Camilo Caplín Peyro	32	empleado	1.250 anual
Teodomiro Cayetano Fernández Martínez	35	empleado	1.250 anual
José María Moreno Tomás	35	empleado	2.000 anual
Atanasio Carrasco	48	empleado	3.500 anual
Pedro Carmona Iglesia	68	empleado	1.500 anual
Francisco Jiménez Sánchez	20	grabador	700 anual
Manuel C. Azofra	41	ingeniero	4.000 anual
Antonio López	22	Jornalero	3,00 diario
Ángel Madrilley López	24	Jornalero	2,75 diario
Marcos Jesús Álvaro Martínez	32	Jornalero	2,50 diario
Antonio Martínez	32	Jornalero	60 mensual
Juan Arboledas López	34	Jornalero	2,50 diario
Florián Muguía Vallejo	43	Jornalero	No indica
Ignacio Martínez	52	Jornalero	1,50 diario
Marino Martínez Alonso	56	Jornalero	2,50 diario
Ángel Miguel Núñez	60	jornalero	No indica
José López	32	mozo	1,75 diario
Victoriano Turco Ozores	59	Tornero jornalero	3,00 diario
Joaquín López Tállez	47	vidriero	2,50 diario

Elaboración a partir de AVM, Estadística, padrones de Ensanches Norte, Este y Sur, 1878-1880. En el presente cuadro se incluyen los datos de habitantes de las zonas este y sur del Ensanche, fruto del estudio conjunto CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

En un nivel más bajo se situaban los diversos artesanos y trabajadores cualificados adscritos a la Casa de la Moneda: varios cerrajeros, un vidriero, un grabador y un tornero. Alguno de ellos, como el cerrajero Francisco Santos, se asemejaba en su sueldo a los empleados de administración: cobraba 1.216 pesetas anuales, una cantidad muy lejana a la que recibían los trabajadores proletarizados de la construcción. Finalmente, se encontraban los jornaleros que no especificaban una actividad precisa en la fábrica; casi todos indicaban cobrar su sueldo de forma diaria, pero las cantidades, que superaban en muchos casos las 2,50 pesetas, les convertían en asalariados privilegiados

dentro de un mercado laboral madrileño en el que los sueldos de la construcción solían rondar las 2 pesetas. Incluso en una fábrica en la que se daba una fuerte jerarquización interna entre los empleados y en la que se habían introducido máquinas de vapor para incrementar su producción, los salarios seguían siendo relativamente altos entre los trabajadores.

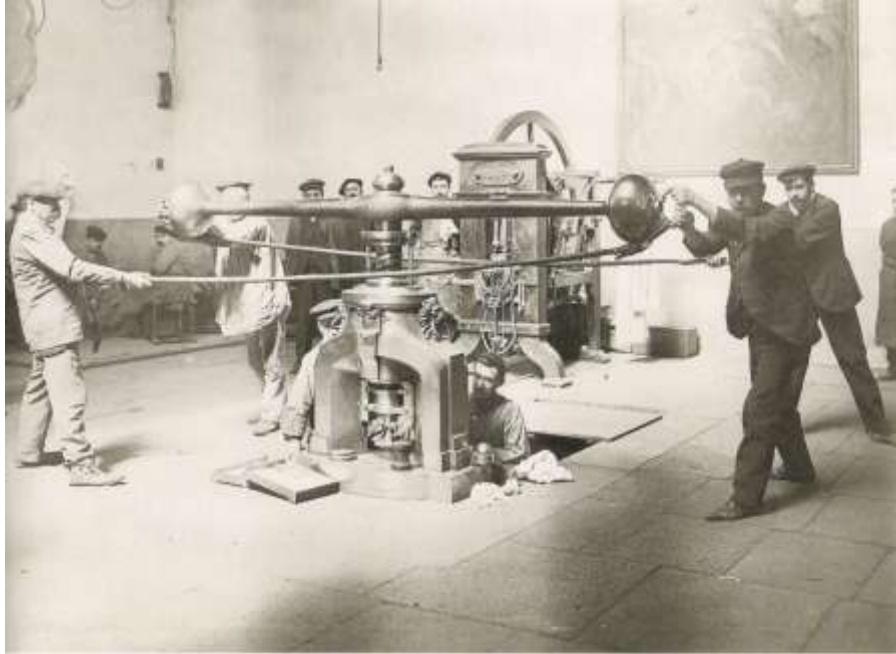


Fig. 4.3: Maquinistas de la Casa de la Moneda, hacia 1897.

Los artesanos empleados en la Casa de la Moneda y en la Real Fábrica de Tapices no parecían haber perdido mucho con el paso de un mundo de pequeños talleres al de las fábricas. Los sueldos de unos y otros eran altos, y desde luego mucho más regulares y estables (sobre todo los que eran pagados anualmente) que el del tradicional artesano que dirigía su propio taller. El trabajo que realizaban no se veía afectado por la degradación jornalera que corroía otros ámbitos del trabajo artesanal y, aunque con ciertas limitaciones, podían confiar en que sus carreras progresaran: los aprendices serían oficiales y los oficiales irían ganando más dinero con el tiempo. Eran trabajadores privilegiados porque su situación resultaba excepcional en un mercado laboral madrileño en que lo que primaba era la precariedad temporal y los bajos salarios. Se beneficiaban por un lado de ser mano de obra contratada por el Estado, lo que les convertía en un tipo de trabajador mixto a medio camino entre el operario fabril y el empleado de la administración. Pero también eran afortunados como representantes de una mano de obra muy especializada en determinados sectores de la producción, con una formación muy específica que les hacía raramente intercambiables por otros trabajadores. Los tapiceros de la Real Fábrica tenían detrás largos años de aprendizaje, muchas veces adquirido en la misma fábrica. Las técnicas del troquelado de monedas no podían ser adquiridas más que en la fábrica estatal que tenía, por supuesto, el monopolio de su producción. En un Madrid en el que sobraban los brazos y el paro era una amenaza cotidiana para la mayor parte de los trabajadores manuales, estos privilegiados operarios del Estado representaban una verdadera aristocracia del artesanado.

El ejemplo más acabado de esta mano de obra especialmente cotizada y protegida la ofrecía la fábrica de bebidas gaseosas y de cerveza *La Deliciosa*, que había fundado el comerciante catalán Joaquín Castellá en la calle Santa Engracia. En la

fábrica de cervezas apenas había trabajadores especializados, primaban los que se declaraban en el padrón como meros jornaleros. Y entre los que declaraban una profesión concreta, aparecían algunos cuyas tareas parecían poco relacionadas con el tipo de producción a la que se dedicaba el establecimiento, como un albañil o un carpintero. Tampoco los salarios eran los más altos que se podían encontrar entre operarios de fábrica ni entre artesanos especializados, aunque sí que contaban con el aliciente de estar en ocasiones fijados mensual o anualmente, lo que les proporcionaba una estabilidad de ingresos poco común entre el resto de trabajadores manuales.

Tabla 4.11: Trabajadores en La Fábrica de gaseosas La Deliciosa en 1880.

Dirección	Trabajador	Edad	Profesión	Salario en pesetas
Santa Engracia 7	Joaquín Castellá	51	Comerciante	ninguno
Santa Engracia 7	Benito Antonio Ramos	37	cervecero jornalero	60 mensual
Santa Engracia 7	Vicente Blázquez	28	Cervecero jornalero	75 mensual
Santa Engracia 7	Juan Ares	30	Albañil	3,00 diario
Luchana 2	Julián Ferreiro	24	Carpintero	4,00 diario
Bravo Murillo 9	Ramón Gual Sanan	39	Cerrajero	No indica
Santa Engracia 7	José López	28	Dependiente	90 mensual
Santa Engracia 7	Pablo Garcés Ruiz	27	Jornalero	730 anual
Santa Engracia 7	Benito Garcés Hernández	58	Jornalero	730 anual
Santa Engracia 7	José Muñoz Camacho	55	Jornalero	2,00 diario
Santa Engracia 7	Antonio Mirón Rocis	36	Jornalero	2,00 diario
Santa Engracia 7	Román Hernández	21	Jornalero	2,00 diario
Trafalgar 15	Ricardo Arenas Arenas	37	Jornalero	No indica
Santa Engracia 7	Remigio Arnaiz García	32	Jornalero	No indica
Santa Engracia 7	José Muña Freijo	29	Jornalero	2,00 diario
Santa Engracia 7	José Pin	no indica	Jornalero	1,50 diario
Santa Engracia 7	Ventura Ares	20	Jornalero	3,00 diario
Santa Engracia 7	Incolaza Murillo	22	Sirvienta	180 anual
Bravo Murillo 9	Martín Gual Ziqueras	21	Tornero	No indica

Elaboración propia a partir AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880.

La situación privilegiada de los trabajadores de *La Deliciosa* iba mucho más allá de la estabilidad salarial y un alto nivel de ingresos. Castellá había creado alrededor de sus trabajadores todo un sistema de protección con el que premiaba su fidelidad a la empresa y que era celebrado por la prensa de la época: *“Los operarios de “La Deliciosa” tienen empleos casi inamovibles y están satisfechos, porque están bien reenumerados. Viven la mayor parte de ellos con sus familias en la misma fábrica, habiendo algunos que hace un cuarto de siglo que ocupan su puesto.”*⁴² De hecho, Castellá no se contentaba con proporcionar vivienda a sus operarios, sino que él mismo vivía con ellos en el edificio que había construido en la calle Santa Engracia nº 7. Además, el alquiler que ofrecía a sus trabajadores era bajo para 1880, no superaba las 15 pesetas cuando el precio medio en esa misma calle era de casi 27 pesetas⁴³.

Obviamente, no se trataba tan sólo de apego del industrial hacia la plantilla de su empresa ni de bondad de un burgués preocupado por las condiciones de vida de los

⁴² *La Gaceta Industrial*, 1886, pp. 11-13, citado en BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)” en *Estudios de Historia Social*, 15, 1980, pág. 151.

⁴³ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El distrito de Chamberí 1860-1880. El nacimiento de una ciudad*. Trabajo Académico de Tercer Ciclo, Madrid, UCM, 2004, E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es:6237, 182-186.

trabajadores. Al unir fábrica y vivienda de sus empleados en el mismo edificio, Joaquín Castellá combinaba muy beneficiosamente dos negocios que le podían ser muy lucrativos: por un lado se creaba una mano de obra fiel (al tiempo que sus trabajadores eran sus inquilinos y vecinos) y por el otro, realizaba una promoción inmobiliaria en la que estaba seguro que no le faltaría nunca el pago de un alquiler. Creaba así el típico círculo paternalista que, como señalaba la *Gaceta Industrial*, iba aún más allá: *“Aquellas familias gozan de la ventaja de una caja de ahorros que instituyó el señor Castellá, exclusivamente para ellas, donde mensualmente depositan cada una sus ahorros, lo que les permite acumular paulatinamente un capital que devenga un 6 por 100 de interés anual. Con este sistema altamente moralizador (...) ha logrado el señor Castellá despertar tan vivamente entre sus operarios el amor al trabajo y a la economía que algunos de ellos, sin más sueldo que el correspondiente a un mero oficial, acreditan más de 40.000 reales en dicha caja”*.

El sistema de Castellá era altamente moralizador pero también altamente rentable. Era difícil sacarle más partido al sueldo de sus empleados, primero recuperando una parte de él a través de los alquileres que les cobraba, después consiguiendo que fueran inversores con la parte que ahorraban en un sistema financiero del que él mismo era el propietario. No obstante, el comportamiento de Castellá tenía otros objetivos a parte del beneficio inmediato. También pretendía la protección y fidelidad de una mano de obra cualificada que resultaba cara y escasa en el Madrid de su tiempo.



Fig. 4.4: Fábrica de cervezas La Deliciosa, 1873.

La fábrica de *la Deliciosa* componía así el mejor exponente de la compleja evolución del trabajo manual en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX. La peculiar actitud del dueño de la fábrica, empeñado en proteger y conservar a sus trabajadores, contrastaba con un panorama general del artesanado madrileño en que de una forma creciente se había instalado la inestabilidad. Mientras en los oficios vinculados a la construcción, a la zapatería o la tipografía la distancia se acrecentaba entre los dueños de los talleres y sus trabajadores, Castellá se empeñaba en acercarse a sus empleados, en vivir puerta con puerta con los operarios a los que contrataba y pagaba. Si entre los rasgos definitorios de la industrialización se encontraban la

progresiva separación entre el hogar como lugar de residencia y la fábrica como lugar de trabajo y la mayor distancia entre el patrón y los trabajadores, *La Deliciosa* parecía desafiar la línea de evolución general. Los salarios y las condiciones de trabajo de los empleados de la fábrica tampoco parecían conjugar demasiado bien con el cuadro general del mercado laboral madrileño. Llamaba poderosamente la atención que aquellos jornaleros, que no indicaban tener un oficio ni un arte concreto, cobraran tanto y tan regularmente mientras artesanos de tan fuerte identidad gremial como podían ser los zapateros o de especialización tan refinada y exclusiva como la de los estuquistas se veían condenados al trabajo temporal y a los sueldos de miseria. Por ello, la denominación de jornalero encubría un amplio y heterogéneo conjunto de trabajadores en el que se incluía desde el trabajador descualificado, empleado un día y en paro al siguiente, hasta el que teniendo un trabajo fijo recibía su salario diariamente. Ambos se consideraban jornaleros, unos por la precariedad de su contratación, otros por la forma en que eran pagados.

La particular organización de *La Deliciosa* no la convertía en un oasis excepcional en la economía madrileña. Como tampoco lo eran la Real Fábrica de Tapices ni la Casa de la Moneda. Sus trabajadores no eran especies extrañas en un paisaje únicamente dominado por los jornaleros y los trabajadores de la construcción; junto a ellos había también muchas otras minorías que aportaban diversidad a un mercado laboral que no se podía resolver en la dicotomía entre artesanos empobrecidos y trabajadores inmigrantes y sin cualificación. Los fotógrafos, los torneros y molineros, los tipógrafos y tantos otros oficios que mantenían o incluso aumentaban en algunos casos su status como trabajadores mientras albañiles, carpinteros y zapateros se hundían en la realidad jornalera. Unos y otros eran la demostración de que el proceso abierto por la disolución gremial y el inicio de las transformaciones para una nueva organización del trabajo no fue unívoco ni homogéneo. El tránsito entre el pequeño taller y la gran fábrica industrial varió en los ritmos y en los caminos por los que se realizó en los diversos sectores que conformaban una economía de Madrid definida por otros mil oficios aparte de las figuras hegemónicas del jornalero o el albañil.

El trabajo en los márgenes: la aparente desaparición de las mujeres del mercado laboral

Los profundos cambios que se produjeron en el mercado laboral madrileño durante la segunda mitad del XIX afectaron de manera especialmente acusada a las mujeres que participaban en el mundo de la producción artesanal. Si entre los varones se observaba una progresiva caída de los artesanos y de los trabajadores con oficio en el empobrecimiento propio de los jornaleros, entre las mujeres los cambios parecían más drásticos. En 1860, el 12% de las mujeres en edad laboral del Ensanche Norte madrileño se declaraba como artesanas o trabajadoras en un oficio cualificado; veinte años después ese porcentaje se había reducido radicalmente hasta el 3%. A diferencia de los varones, el retroceso de las mujeres artesanas no se vio compensado con un aumento del trabajo en otros sectores: no se trataba de que se hubieran convertido en jornaleras o en trabajadoras descualificadas, porque éstas eran también muy pocas entre la población de los nuevos barrios. Tampoco era una cuestión de que las mujeres se ocuparan fundamentalmente en otros sectores de la economía madrileña: al margen del servicio doméstico, que empleaba a un importante grupo de mujeres, no parecía haber más trabajadoras que el puñado de artesanas en desaparición y las pocas que se declaraban como jornaleras. En realidad, la inmensa mayoría de las mujeres de Chamberí, tres de

cada cuatro hacia 1880, no reconocían desempeñar ningún tipo de trabajo asalariado sino sólo dedicarse “a sus labores”. Parecía que las mujeres trabajadoras simplemente habían desaparecido y se habían convertido masivamente en amas de casa.

Tabla 4.12: Evolución socioprofesional femenina en el en Ensanche Norte 1860-1880				
categorías profesionales	1860		1880	
	trabajadoras	%	trabajadoras	%
Sin determinar/Sus labores	1194	62,38	7249	74,93
Sin oficio	12	0,63	40	0,41
Labores agropecuarias	2	0,10	3	0,03
Jornaleros/Trabajadores sin cualificar	68	3,55	314	3,25
Artisanos, oficios y trabajo cualificado	229	11,96	332	3,34
Pequeño comercio	55	2,87	122	1,26
Industriales	0	0,00	0	0,00
Servicio doméstico	272	14,21	1190	12,30
Empleados y dependientes	13	0,68	63	0,65
Profesiones liberales/Titulados	2	0,10	9	0,09
Iglesia y militares	21	1,10	120	1,24
Pensionistas, jubilados y retirados	33	1,72	177	1,83
Propietarios y rentistas	13	0,68	55	0,57

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, 1880

El retrato que nos ofrece la estadística de la participación laboral femenina es hasta cierto punto engañoso. Bajo la denominación de *sus labores*, que aparecía en las casillas de las esposas e hijas de los hogares madrileños, se escondían muchas trabajadoras en muy diversas actividades⁴⁴. Para empezar, las mujeres que trabajaban junto a sus maridos o padres en talleres y tiendas no solían declarar profesión alguna, a pesar de que solían contribuir al mantenimiento del negocio familiar tanto o más que los varones. La producción de los talleres o el trabajo dentro de una pequeña tienda de comestibles implicaba a toda la familia en diferentes grados: el marido podía ser el artesano reconocido y quien conociera los secretos del oficio, pero mujeres e hijos desempeñaban algunas tareas dentro del taller, colaborando en el trabajo del cabeza de familia artesano, como se ha visto en la decadente zapatería del señor Ignacio. Por otro lado, mientras el oficio del artesano mantuvo su total independencia, mientras los zapateros, panaderos, buñueleros y silleros se encargaron no sólo de elaborar los productos de su arte sino también de venderlos en su propio taller o tienda, sus familiares y muy especialmente sus esposas, cumplían una función vital: la de despachar en el mostrador y atender la tienda. En la economía preindustrial, en el mundo de la producción de pequeños talleres anterior a los grandes cambios que introdujeron las fábricas, cuando el hogar y el lugar de trabajo eran un mismo sitio, la familia cumplía un papel complementario que resultaba fundamental para el artesano.

⁴⁴ CAMPS, Enriqueta: “De ocupación sus labores. El trabajo de la mujer en los albores del siglo XX (Sabadell, 1919-1920) en GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, Karmele (eds.): *IV Congreso de la Asociación de demografía histórica – Historia de la población, Universidad del País Vasco*, Bilbao, 1999, pp. 549-562. ARBAIZA VILLALONGA, Mercedes: “La ‘cuestión social’ como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)” en *Historia Contemporánea*, 21 (2000), 395-458. PÉREZ-FUENTES, Pilar.: *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína, 1877-1913*. Bilbao, UPV-EHU, 1993. PÉREZ-FUENTES, Pilar: “*Ganadores de Pan*” y “*Amas de Casa*”. *Otra mirada sobre la industrialización vasca*, Bilbao, UPV-EHU, 2004.

Otra cosa es que fueran los varones los que ingresaran en el gremio y se presentaran socialmente como artesanos en tal o cual oficio. La realidad era que, en los talleres y comercios, todos los miembros de la familia trabajaban, desde el cabeza de familia y la esposa hasta los hijos⁴⁵.

La dedicación de las mujeres de los artesanos y de los pequeños comerciantes al trabajo en el taller y en la tienda no podía ser de todas maneras total y plena; la necesidad de atender a la casa, de ocuparse de *sus labores*, marcaba una participación más esporádica que la de los varones artesanos. La gran cifra de mujeres que declaraba en los padrones no ejercer ninguna profesión, tres de cada cuatro, era sin duda exagerada y demasiado alta, pero tampoco estaba demasiado alejada de la realidad. En la mayor parte de las ocasiones las mujeres que se dedicaban *sólo a sus labores*, no se debía tanto a la imposibilidad de encontrar un trabajo remunerado fuera de casa, como a la necesidad imperiosa de que la esposa se dedicara con carácter exclusivo a las tareas domésticas. En una ciudad como el Madrid de la segunda mitad del XIX, donde todavía había grandes carencias en las infraestructuras más básicas, como el alcantarillado o el abastecimiento de agua, en la que el precio de la comida registraba importantes fluctuaciones y era generalmente caro, la eficiencia y la experiencia en la realización de las tareas que rodeaban la vida cotidiana de un hogar eran fundamentales para el mantenimiento de cualquier economía familiar. Había que ir al mercado y conseguir alimentos lo más baratos posibles, bajar a la fuente a por agua. Otras duras tareas eran las de mantener limpia la vivienda, sobre todo en los barrios populares, en los que no existían sistemas de desalojo de las aguas residuales. También había que mantener apta para el uso la ropa de los miembros de la familia que era normalmente escasa, lo que obligaba a frecuentes lavados y remiendos de los que se ocupaba la esposa. Eso sin contar con las necesidades reclamadas por hijos pequeños y familiares enfermos o incapaces por su edad avanzada. El ama de casa tenía un programa de actividad diario lo suficientemente amplio como para impedirle un trabajo a tiempo completo fuera del hogar⁴⁶.

Las labores domésticas retenían a una gran parte de las mujeres madrileñas fuera de las redes laborales formales: su actividad era fundamental, garantizando la subsistencia y el bienestar de sus familias, pero en ellas no había un intercambio monetario de por medio. Si tras completar las distintas y penosas tareas del hogar les sobraba tiempo, quedaba abierto un resquicio para aumentar los ingresos monetarios de la familia. Lo aprovechaban de todas las maneras posibles: ayudando a su marido artesano en el taller o en la tienda, bajando al río o yendo al lavadero para trabajar como lavandera a jornal. También podían aceptar alguna labor de costura para realizar en su domicilio o recorrer las calles como vendedoras ambulantes de algún producto traído por familiares del pueblo o haciéndolo a comisión para un tendero. Pero todos estos pequeños trabajos, esporádicos, irregulares e inconstantes, solían quedar olvidados en el padrón a la sombra de las tareas y ocupaciones que absorbían la gran parte de su tiempo: las labores propias del hogar. Si las esposas de las familias del Ensanche Norte querían ganar unas monedas se veían por tanto condenadas a aprovechar las ofertas de trabajo discontinuo, irregular y esporádico que ofrecían la venta ambulante, las labores de

⁴⁵ La participación de las mujeres en los talleres de artesanos e incluso la asunción de la jefatura de los negocios en la viudedad ha sido brillantemente explicada para la ciudad de Alcalá de Henares en OTERO CARVAJAL, Luis Enrique CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2003, pp. 197-220.

⁴⁶ La importancia del trabajo reproductivo de las amas de casa para el sostenimiento de las economías familiares en el Madrid de finales de siglo XIX en NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: "Las relaciones de género: Imágenes y realidad social" en *Arbor*, nº 666 (2001), tomo CLXIX, junio 2001, pp. 431-460.

costura a domicilio o el trabajo como asistenta en casa de una familia acomodada. Ser esposa, en un tiempo en que no había discusión alguna sobre quién había de ocuparse de la organización del hogar, significaba la expulsión del mercado de trabajo o la relegación a los sectores de este donde imperaban los rasgos de la economía sumergida, la temporalidad y la inestabilidad.

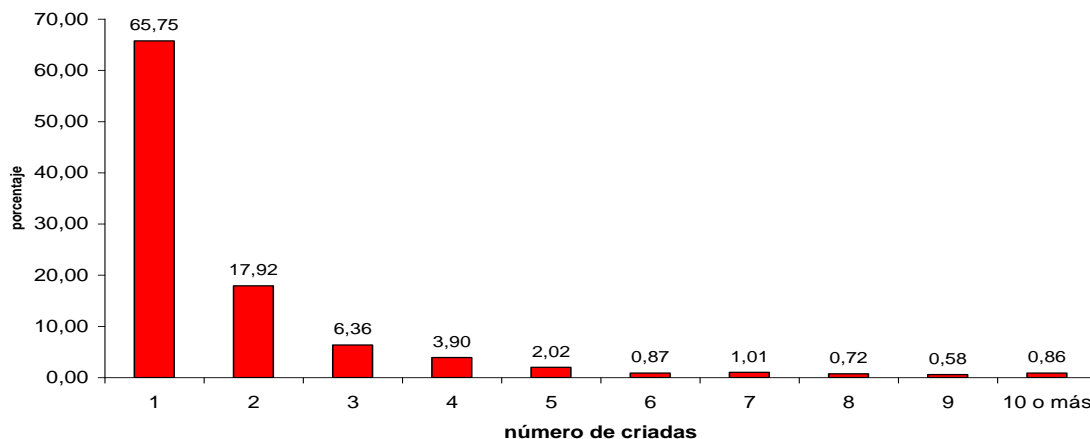
Aunque la marginación en los sectores más informales del mercado laboral era la norma, existía entre las mujeres del Ensanche Norte en particular y de Madrid en general, una proporción que participaba en formas de trabajo más regular y normalizado. Aquellas mujeres aún solteras o que habían decidido o no habían podido casarse, tenían a su disposición una serie de trabajos que no eran tan subterráneos ni esporádicos como los que solían ejercer las mujeres casadas. Liberadas de las obligaciones del hogar, o con menores cargas que las que tenían que cuidar a un marido y unos hijos, podían dedicarse plenamente a un empleo, afrontar unos horarios regulares y desplazarse a un centro de trabajo alejado de su casa. Para las mujeres solteras, la participación en la economía madrileña podía ser más visible, en trabajos que no pertenecían a ese mercado sumergido de la venta ambulante o la subcontratación en los talleres de los maridos. Aunque las opciones eran menos diversas que las de los hombres, disponían de un abanico diverso de trabajos en los que emplearse. Había ciertos trabajos en los que incluso podían desarrollar una carrera profesional a la que dedicarse de por vida, siempre y cuando renunciaran definitivamente al matrimonio y a la vida familiar.

La más importante de estas vetas de empleo femenino era el servicio doméstico. El volumen de tareas que rodeaba el mantenimiento de un hogar era tal, que en muchas familias no bastaba con la sola actividad de la esposa o de las hijas mayores para realizarlo. Organizar la vida de la familia no sólo impedía que las mujeres se dedicaran a un trabajo regular más allá del cuidado de su marido e hijos, sino que en muchas ocasiones exigía refuerzos. Nunca sobaban dos brazos femeninos en la casa. Otra cosa es que se pudiera pagar por ellos. Pero siempre eran necesarios. La contratación de una criada, la incorporación de una mujer externa al hogar para que ayudara al ama de casa, se hacía en cuanto se disponía del suficiente dinero para ello. No era una mera cuestión de lujo, si no de simple necesidad. Y de la satisfacción de esa necesidad surgía el camino más fácil para aquellas mujeres solteras y sin hijos con la libertad y la posibilidad de dedicarse plenamente a un empleo.

El Ensanche Norte en 1880 seguía siendo una zona urbana de marcada impronta popular; la llegada de familias acomodadas a los nuevos barrios no había hecho más que empezar y las formas de vida seguían marcadas en la mayoría de los hogares por la estrechez de los presupuestos familiares. De ahí que sólo en una pequeña parte de las viviendas de la zona se registrara alguna sirvienta; únicamente 692 de las 5.418 familias que componían Chamberí en aquel tiempo incluían entre sus miembros a sirvientes que habitaban con ellos. Con todo, las cifras eran engañosas. El trabajo en el servicio doméstico no se escapaba de la ocultación generalizada que se producía en la participación laboral femenina, especialmente en un ámbito como el del hogar en que la frontera entre lo que era trabajo y lo que era tarea cotidiana era tan difusa. Al lado de esos casi 700 hogares en que se empadronaba una criada, había que situar muchos otros en que a pesar de que no se reconociera había una trabajadora ayudando al ama de casa en las tareas domésticas. Muchas familias que no podían permitirse pagar un sueldo a una muchacha recurrían a una familiar o una conocida para que la supliera. Las sobrinas, las primas y las hermanas menores realizaban en las casas de las familias jornaleras la misma función que las doncellas, las niñeras y las amas de llave. Con la

diferencia de que no obtenían por sus esfuerzos un salario, sino simplemente la comida y el jergón gratis y el eterno agradecimiento de sus parientes⁴⁷.

Gráfico 4.4: número de criadas por cada hogar en el Ensanche Norte en 1880



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880. Los porcentajes responden al número de hogares sobre el total de 692 que incluían alguna criada entre sus miembros

De todas maneras algo había cambiado en el Ensanche Norte en los últimos años. A pesar de que los hogares con servicio doméstico eran escasos, las transformaciones que se habían producido en el tipo de familias que habitaban los nuevos barrios habían aportado una mayor diversidad y complejidad al mundo de las criadas y de las sirvientas que trabajaban en aquellas calles. La aparición del emergente barrio aristocrático que desde mediados de la década de 1870 se estaba construyendo junto a la Castellana y la progresiva afición de las clases acomodadas madrileñas por el Ensanche madrileño, aportaban una riqueza y variedad al trabajo como criada que antes no existía en Chamberí, cuando era un humilde arrabal a las afueras de la capital. La mayoría de los hogares con servicio doméstico únicamente contaban con una sola criada, pero cada vez eran más abundantes las familias que tenían los recursos y sentían la necesidad de contratar a más de una.

En el servicio doméstico, como en la elección de una vivienda en la que habitar, todo dependía de la cuenta de caudales de la familia. Lo mismo que la diversidad de viviendas cubría un amplio espectro que iba desde la casa del jornalero sólo compuesta de una habitación en un oscuro patio de corrala hasta el gran hotel del burgués o aristócrata con decenas de habitaciones, varios salones, cocheras y hasta invernaderos y circos de gallos, en la contratación de servicio doméstico existían grandes diferencias según la condición social y la riqueza de la familia. Había quien no podía permitirse una criada y recurría a la sobrina o a la hermana pequeña para que ayudara en la casa. Quien

⁴⁷ De nuevo conviene volver sobre la evolución de la familia del farmacéutico Benigno Castro para ilustrar con un ejemplo. A pesar de que se trataba de una de las familias acomodadas, o al menos desahogadas del Chamberí de la época, en sus padrones no siempre aparecía una criada entre los miembros de su hogar. En algunos años no había ninguna y puede que fuera el mancebo de la botica, lo mismo que Largo Caballero cuando era encuadrador, el que ayudara a la mujer de la casa en otras tareas. También hay momentos en que la ausencia de servicio doméstico coincidía con la presencia en la casa de una familiar, una mujer joven sin ocupación concreta, que probablemente ayudara en las labores domésticas. Ver tabla de evolución de la familia Castro en el capítulo 3.

disponía de los suficientes ingresos y rentas para incluir servicio doméstico en el presupuesto de gastos del hogar se solía conformar con contratar una muchacha para todo, que lo mismo lavaba la ropa, iba a la compra o cuidaba a los niños. Luego estaba el grupo reducido de familias que nadaban en la abundancia y que podían añadir a la simple doncella, una, dos o tres criadas hasta llegar a la cúspide del lujo y la comodidad de los Zulueta-Madoz, condes de Álava, que empleaban en su hotel de la calle Fernando el Santo a 14 criados.

Salvador Zulueta, el rico heredero de una familia vasca que había hecho grandes negocios con el azúcar de Cuba y su esposa, Angustias Madoz, no se conformaban con una mera criada que llevara la casa. Eran un matrimonio joven, él tenía 29 y ella 26, y todavía no tenían hijos que hicieran su vida doméstica demasiado compleja. Aún así se sentían necesitados de hacerse acompañar de un extenso séquito de criados, cada uno de ellos ocupado de una parte muy específica del trabajo en las tareas domésticas y entre los que se contaban dos amas de gobierno, una lacaya y un lacayo, el portero, el jardinero, una doncella para ayuda personal de la señora y un ayuda de cámara para el señor, una lavandera y una planchadora que se ocupaban de la ropa de todos, un cocinero y un pinche que se encargaban de la alimentación, un mozo empleado en el cuidado de los caballos y hasta una niñera, que ya se había instalado en el hogar ante la próxima llegada de un primer hijo a la familia⁴⁸.

Tabla 4.13: profesiones de las trabajadoras del servicio doméstico en el Ensanche Norte en 1880⁴⁹					
categoría profesional	trabajadoras	%	categoría profesional	trabajadoras	%
Sirvienta	812	68,24	costurera	5	0,42
lavandera	116	9,75	institutriz	5	0,42
asistente	57	4,79	aya	4	0,34
doncella	51	4,29	portera	4	0,34
cocinera	47	3,95	cochera	3	0,25
ama de cría	23	1,93	camarera	2	0,17
planchadora	17	1,43	ama seca	1	0,08
Ama	16	1,34	fregona	1	0,08
Niñera	13	1,09	lacaya	1	0,08
ama de gobierno	6	0,50	matrona	1	0,08
ama de llaves	5	0,42			

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880.

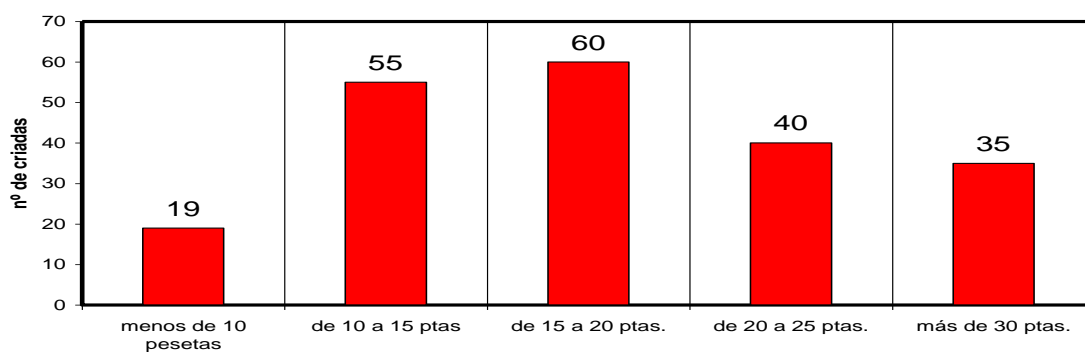
El extenso servicio doméstico de los condes de Álava es una muestra de la complejidad y diversidad de las diferentes formas de participación de las criadas en el mercado laboral. Igual que en el caso de los trabajadores manuales varones, bajo la laxa

⁴⁸ Reconstrucción del hogar de Salvador Zulueta y Angustias Madoz a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880, caso n° 5468-5469.

⁴⁹ En el cuadro se presentan las diferentes profesiones englobadas dentro del servicio doméstico siguiendo la clasificación socioprofesional aplicada en esta investigación. En ella se incluyen algunas profesiones que también aparecen en otras rúbricas socioprofesionales, como es el caso de las costureras (que también forman parte de las artesanas y trabajadoras cualificadas) y de las porterías (incluidas en empleados y dependientes). Las costureras incluidas en el servicio doméstico son sólo aquellas que residían en casa de sus empleadores como una sirvienta más y no las que trabajaban a domicilio o de forma ambulante; lo mismo sucede con las porterías; aquellas que se ocupaban del cuidado de un edificio de varias viviendas han sido incluidas entre los empleados y dependientes. No así las lavanderas, a las que se las ha concentrado en el servicio doméstico, independientemente de si eran trabajadoras que formaban de un séquito de criados como en el caso de los Condes de Álava o de trabajadoras que acudían al lavadero. La peculiar posición de las lavanderas en el mercado laboral será abordada más adelante.

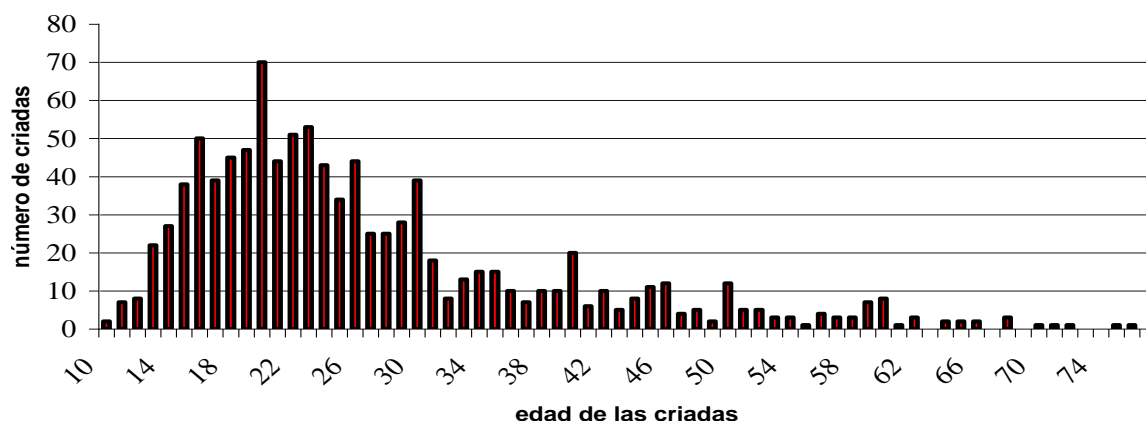
denominación de sirvienta se escondían realidades laborales muy diversas. No cobraba lo mismo una muchacha empleada en cualquier vivienda humilde del Ensanche Norte que una doncella encargada de la asistencia personal a la condesa de Álava. Tampoco afrontaban de igual manera su trabajo. Para la primera seguramente se trataba solamente de un empleo temporal, restringido a la época en que permaneciera soltera; cuando llegara la edad de casarse dejaría la vivienda de sus amos y se retiraría del mercado laboral. Para la segunda quizá las cosas cambiaban, los altos sueldos y las buenas condiciones de vida en las que desarrollaba su trabajo podía causarle dudas y le decidiera renunciar al matrimonio para dedicarse de por vida al trabajo en la casa de una buena familia. Por otro lado las preferencias de los empleadores también creaban diferencias. A la hora de buscar una sirvienta no tenían las mismas exigencias alguien como Francisco Fernández, el panadero de Otur, que tan sólo necesitaba una muchacha que ayudara en casa, que los marqueses y condes de la calle de Fernando el Santo que se veían necesitados de una nodriza, una niñera o una institutriz. El tahonero, siempre tan aficionado a traerse los paisanos a Madrid, se conformaba con una joven del pueblo, mientras que los marqueses se preocupaban muy mucho de que la nodriza fuera originaria de una buena familia cántabra o vasca y que la institutriz hubiese nacido en Inglaterra, Francia o Irlanda.

Gráfico 4.5
: sueldos mensuales de las criadas en el Ensanche Norte en 1880



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche, 1880.

La gran línea de división que distinguía a las trabajadoras del servicio doméstico era bastante similar a la que diferenciaba a unos artesanos y otros. Por un lado, existía una gran masa de trabajadoras humildes, con bajos salarios y obligadas a realizar una gran diversidad de tareas en la casa de sus amos, pues eran sirvientas para todo. Por el otro se distinguía un grupo minoritario de aristócratas del oficio, trabajadoras especializadas en labores muy concretas dentro del servicio a las familias más poderosas y que cobraban altos salarios. El grupo mayoritario, el de las criadas para todo, respondía a un perfil muy definido que se ajustaba a las características generales del trabajo femenino en cualquier otro sector. La criada de casa humilde, sólo se empleaba en el servicio doméstico durante la época de soltería. Casi todas ellas tenían edades comprendidas entre los 14 o 15 años de las más jóvenes hasta las 30 de las más adultas. A partir de esa edad solían dejar la profesión, porque se casaban o retornaban a los pueblos de donde habían venido.

Gráfico 4.6: Edades de las criadas del Ensanche Norte en 1880**Tabla 4.14: Lugares de origen las criadas en hogares con una sola sirvienta. Ensanche Norte 1880.**

	Nº de criadas	%	% acumulado
Guadalajara	47	12,88	12,88
Madrid provincia	42	11,46	24,34
Segovia	37	10,14	34,47
Burgos	26	7,12	41,60
Madrid Ciudad	21	5,80	47,40
Cuenca	18	4,93	52,33
Lugo	16	4,38	56,71
Soria	16	4,38	61,10
Oviedo	15	4,11	65,21
Toledo	15	4,11	69,32
Valladolid	11	3,01	72,33
resto provincias	101	27,67	100,00

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880

Muchas de estas criadas pertenecían a esa corriente de inmigración temporal de jóvenes que acudían a Madrid desde las provincias más cercanas. Eran de Guadalajara, Segovia, Burgos y Cuenca o de los pueblos que rodeaban la capital. Su estancia en la ciudad era limitada; sólo llegaban para ganar unas cuantas monedas con las que aliviar la economía de sus padres en el pueblo y de paso, ahorrarles el gasto de una boca que alimentar. Su apuesta por el traslado a la ciudad no obtenía más que una ganancia limitada; frecuentemente cobraban 15 pesetas al mes o lo que es lo mismo, media peseta de jornal, un sueldo que no servía para mucho día a día, pero que al final del año, si se había ido guardando, constituía un valioso capital con el que empezar la nueva vida. Para ellas, su trabajo en Madrid como criadas, la percepción de un sueldo regular, era una experiencia temporal, una etapa de la vida que se terminaba con el matrimonio. Con la vuelta a la rutina del ama de casa, quedaban consagradas a sus labores y a la realización de trabajos esporádicos en el mercado laboral sumergido, ya fuera en la venta ambulante o en la lavandería. Otras, muchas menos, acababan estableciéndose en la ciudad, ya porque el pueblo no les ofrecía ningún futuro, ya porque hubieran

encontrado una forma de vida que les permitiera establecerse definitivamente en Madrid.

Si decidían quedarse en la ciudad, lo más normal es que lo hicieran porque habían encontrado un marido con el que formar un hogar. Fue el caso de Isabel Blanco Ruiz, que llegó en Noviembre de 1880 a Madrid procedente de su pueblo de nacimiento, Mondéjar, en Guadalajara, cuando apenas tenía quince años. Su primer trabajo en la ciudad fue como criada de un pastor evangélico de 39 años, que vivía con su mujer e hija en una casa del viejo arrabal de Chamberí. El salario de la joven Isabel era de 7,50 pesetas al mes, relativamente bajo en un tiempo en que una criada modesta cobraba el doble. Veinticinco años después, la vieja criada volvía a aparecer en el padrón del Ensanche. En 1905 Isabel había mejorado sustancialmente su situación y había cambiado radicalmente de actividad profesional. Casada y con tres hijos (la mayor nacida en 1894), vivía en una tienda de la calle Luchana por la que el matrimonio pagaba 60 pesetas al mes; el esposo era un castellonense de 46 años y de profesión maestro pintor. Ella, aunque señalara sus labores como principal ocupación, es muy probable que se encargara de llevar la alpargatería y zapatería a la que, ella y su marido, decían dedicar el local comercial que alquilaban y que les exigía una contribución industrial de 371,50 pesetas anuales⁵⁰. El caso de Isabel Blanco es excepcional; había conseguido pasar de ser una mera sirvienta mal pagada, a disponer de un negocio con su marido. El general de las criadas que abandonaban la profesión no solían tener tanta suerte y si seguían trabajando después del matrimonio lo hacían en algunas labores parecidas a las que habían marcado su juventud: como costurera, cocinera o portera. Como el resto de las mujeres, se veían obligadas a abandonar la participación activa en el mercado laboral una vez que contraían matrimonio y sólo podían volver a él tangencialmente y de forma esporádica, en los cortos resquicios de tiempo que su nueva condición de madres y esposas les dejaban libres.

La pequeña franja de criadas mejor pagadas realizaba su trabajo en unas condiciones muy distintas y por unos salarios muy lejanos del común de las *muchachas para todo* de las casas de clase media. También procedían de lugares muy diferentes y tenían expectativas de futuro que poco tenía que ver con las de las jovencitas que procedían de los pueblos cercanos a Madrid. Entre las 20 sirvientas mejor pagadas en el Ensanche Norte, destacaban aquellas que procedían de lugares lejanos y sobre todo las extranjerías. Cuando las familias más acaudaladas del barrio buscaban una criada para un puesto de especial responsabilidad no paraban en gastos ni en distancias y podían hacer recorrer cientos de kilómetros y un par de fronteras a la persona que decidían contratar. Sin duda las que más valoradas estaban eran las sirvientas dedicadas a la crianza, tanto física como espiritual de la prole. Las nodrizas, un puesto de trabajo para el que no se admitía a cualquier joven. Primero porque debían ser madres recientes y gozar de la buena salud que garantizara que los hijos de sus amos serían bien alimentados. Después porque determinados prejuicios, supersticiones y modas privilegiaban la contratación de jóvenes de determinadas regiones en perjuicio del resto. Así sucedía con las pasiegas y cántabras, que contaban con el prestigio de ser originarias de la misma región que las nodrizas de la casa real. De igual modo, sucedía

⁵⁰ La reconstrucción biográfica de Isabel Blanco a partir de AVM, Estadística, padrones del Ensanche Norte, 1880 caso nº 2.941 y 1905 caso Luchana 4.383.

con las guipuzcoanas y vizcaínas que contaban con el sello de calidad de pertenecer una provincia en la que se suponía a toda la población cristiana vieja e hidalga⁵¹.

Tabla 4.15: Las 20 criadas mejor pagadas del Ensanche Norte en 1880

Nombre	edad	lugar de nacimiento	estado civil	categoría profesional	sueldo (anual)	llegada a Madrid
Nicolasa Murillo	22	Velada, Toledo	soltera	sirvienta en la fábrica La Deliciosa	2160	1860
Margarita Fitzgerald	29	Londres, Inglaterra	soltera	institutriz	1200	1876
María Baudenin	46	Dedous, Francia	soltera	ama de llaves en el Hospital Homeopático	1000	1866
Elisabeth Dupony	20	Burdeos, Francia	soltera	institutriz	800	no indica
Magdalena Goñi	60	Egozcue, Navarra	soltera	ama de gobierno	730	1846
Juana Canales	22	Priego, Cuenca	soltera	sirvienta	720	no indica
Elisa Buncs	26	Londres, Inglaterra	soltera	aya	720	1879
Luisa Sanz	14	Riaguas, Segovia	soltera	sirvienta	720	1878
Tomasa Pérez	26	Madrid	casada	sirvienta	720	siempre
Josefina Michalet	29	Lyon, Francia	soltera	doncella	600	1877
Inés Kelly	29	Londres, Inglaterra	soltera	sirvienta	600	1880
Eustaquia Carranque	50	Ribadeo, Lugo	viuda	sirvienta	504	1870
Ambrosia Azpeitia	24	Arechavaleta, Guipúzcoa	casada	nodriza	480	1880
Josefa Benito	42	Noya, Coruña	viuda	cocinera	480	1861
Engracia Fernández	17	Carabaña, Madrid	soltera	sirvienta	480	1878
María Vega	22	La Vega de Trecellas, Oviedo	soltera	sirvienta	480	1878
Valentina Leorabarrubia	23	Escoriaza, Guipúzcoa	casada	nodriza	450	1880
Juana Bosde	26	Madrid	viuda	nodriza	420	siempre
Micaela Alonso	28	Quintanilla, Santander	soltera	nodriza	420	1880
Ambrosia Prieto	29	San Román, Santander	viuda	doncella	400	1872

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880

El empleo como nodriza ofrecía un trabajo muy bien pagado a un sector muy concreto de la inmigración de Madrid; madres recientes procedentes de unas regiones muy determinadas de la Península. En el par de años que solían estar empleadas, podían ahorrar casi mil pesetas además de gozar de alimentación y alojamiento gratuitos, seguramente en mejores condiciones que en su pueblo de procedencia. Al finalizar el periodo de lactancia de los hijos de sus amos volvían al pueblo, con ahorros pero a llevar la misma vida humilde que habían arrastrado hasta entonces.

⁵¹ A ambos prejuicios se refiere Carmen Sarasúa en sus estudios del servicio doméstico en Madrid y los datos del padrón del Ensanche Norte parecen confirmarlo las dos nodrizas guipuzcoanas, la cántabra y la excepcional madrileña que figuran entre las veinte criadas mejor pagadas. Sobre las nodrizas pasiegas SARASÚA, Carmen: "Emigraciones temporales en una economía de minifundio: los montes de Pas, 1758-1888", *Revista de demografía histórica*, Vol. 12, nº 2-3 (1994), pp. 163-181, especialmente 171-173. Sobre el mercado de nodrizas en Madrid y la participación de guipuzcoanas y vizcaínas, SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Madrid, Siglo XXI, 1994.



Fig. 4.5: Niñeras en el Paseo del Prado, h. 1895.

Las institutrices y ayas estaban situadas un peldaño por encima en el mundo jerarquizado del servicio doméstico madrileño. El sueldo que podía cobrar una jovencita extranjera ocupada en la educación de la prole de una buena familia alcanzaba niveles con los que no podían ni soñar el resto de mujeres trabajadoras y que no se limitaban a la mera cifra expresada en el salario. Las 1.200 pesetas anuales que percibía Margarita Fitzgerald por enseñar inglés y cuidar a los hijos de los condes de Muguíro, era sólo una parte de la recompensa por sus servicios. Además, gozaban de habitación en algunos de los mejores barrios de la ciudad, como el hotelito en que se alojaban los Muguíro en la calle Zurbano, y eran generalmente vestidas a cuenta de la casa, sin reparar en gastos, para que su aspecto fuera acorde con la riqueza y nobleza de los amos que las contrataban. Para estas criadas privilegiadas debía ser fuerte la tentación de renunciar a una vida propia y consagrarse de lleno al servicio de las familias más nobles y poderosas, en parte por la buena remuneración de la que eran objeto, en parte porque a diferencia de las simples criadas para todo, sus salarios no solían bajar cuando cumplían la treintena. La criada alcarreña o de Burgos, se marchaba pasada la juventud para casarse pero también porque ya no le pagaban tanto como antes, en cambio la jovencita inglesa siempre era codiciada y podía hacer de la educación particular toda una carrera profesional con ascensos y aumentos de sueldo incluidos.

Como Inés Kelly, otra jovencita londinense de 29 años que ya aparecía entre las criadas más cotizadas del Ensanche Norte en 1880. Entonces acababa de desembarcar en Madrid en compañía de la marquesa viuda de Montilla y vivía junto a ella en el lujoso edificio del número 2 de la Plaza de Colón, donde también avecindaban el capitán de barco Camilo Arana o el insigne Pérez Galdós. Inés Kelly era la única mujer contratada al servicio de la Marquesa, junto a tres hombres, y recibía el mismo sueldo que ellos: 50 pesetas al mes, muy lejano a las 15 pesetas a las que acostumbraban las criadas de clase media. Ni la edad ni la probable muerte de la marquesa, debieron suponer un problema para que Inés mantuviera su estatus dentro del oficio, pues a los 56 años seguía trabajando en el distrito de Chamberí, en una familia más adinerada (u ostentosa) si cabe. En 1905, la londinense Inés Kelly vivía en la calle Génova 13, en un piso de alquiler por el que su inquilino, Francisco de Bellechos y Delcourt, pagaba 750 pesetas al mes, y en el que este rico propietario nacido en Cuba, residía junto a sus cinco

hijos. Inés Kelly había pasado de ser mera sirvienta o doncella a institutriz de la prole de uno de los más poderosos contribuyentes madrileños⁵².

Finalmente, dentro del servicio doméstico destacaba un grupo de trabajadoras tanto por su nutrido número como por su situación excepcional en el mercado laboral. Eran las lavanderas, el grupo de criadas más numeroso tras las sirvientas sin especialización, esas *muchachas para todo* que representaban el grueso de las trabajadoras del sector. En realidad, el tipo de trabajo que realizaban y las relaciones laborales que establecían con sus empleadores distinguía a las lavanderas del resto. La gran mayoría de ellas no trabajaba en el domicilio de sus patrones como las doncellas o las niñeras. Tan sólo tres de las 116 lavanderas que se registraban en el padrón residían en casa de la familia a la que servían con el resto del servicio doméstico. Lo más habitual era que se tratara de trabajadoras que habitaban en su propio domicilio, especialmente mujeres que asumían en su totalidad la jefatura de la familia. Había pocas mujeres casadas que se declararan como lavanderas; eran sobre todo viudas o mujeres solteras que, careciendo de un marido que aportara un sueldo a la casa, tenían que buscar la forma de sacar el dinero suficiente para sobrevivir, ellas y los hijos que tuvieran a su cargo. En su caso, ganarse la vida era más duro que para cualquier trabajador, teniendo en cuenta que los salarios reservados para las mujeres eran mucho más bajos que los que podía obtener un varón.

Tabla 4.16: formas de inserción familiar de las lavanderas del Ensanche Norte en 1880					
parentesco			estado civil		
cabezas	45	38,79	casada	27	23,28
familiares	20	17,24	soltera	31	26,72
esposa	15	12,93	Viuda	58	50,00
hijas	4	3,45	Total	116	100,00
realquilados	27	23,28			
criada	2	1,72			
otros	3	2,59			

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880

La vida de una lavandera era dura y así lo recordaba Arturo Barea al rememorar su infancia y los esfuerzos de su madre para sacarle adelante a él y a sus hermanos. *“Cuando murió mi padre, éramos cuatro hermanos y yo tenía dos meses. Le aconsejaban a mi madre (...) que nos echara a la Inclusa, porque con los cuatro no iba a poder vivir. Mi madre se echó al río a lavar ropa. Los tíos nos recogieron a mí y a ella; los días que no lava en el río hace de criada en casa de los tíos y guiso, friega y lava para ellos.”*⁵³ Teniendo hijos que todavía exigían cuidados y atención, una mujer viuda no podía participar del mercado laboral del servicio doméstico como las solteras. En ningún hogar o sólo en casos muy excepcionales, la habrían aceptado con su prole a cuestas. Así que la madre de Arturo había encontrado una situación mixta en el trabajo en el lavadero, que le permitía obtener un salario y mantener junto a ella a sus hijos.

El tipo de trabajo que realizaba pertenecía al ámbito de las labores domésticas. Lavar la ropa en el río era una de las tareas que debía afrontar toda ama de casa sin los suficientes recursos como para que alguien lo hiciera por ella. Pero Madrid era una ciudad en que, a pesar de que el Canal de Isabel II había traído recientemente los ríos de las sierras a las fuentes, el agua corriente todavía no surgía en muchas casas, ni siquiera

⁵² La reconstrucción biográfica de Inés Kelly a partir de AVM, Estadística, padrones de 1880 y 1905.

⁵³ BAREA, Arturo: *La forja*, Barcelona, Mondadori – de bolsillo, 2006 (ed. orig. 1941), p. 26.

en las más acomodadas. Las lavanderas realizaban un servicio fundamental, organizando el lavado y cuidado de la ropa de las familias de clase media que no podían limpiar sus trapos sucios en su propio domicilio⁵⁴. Para ello acudían a estas trabajadoras, que encontraban además una solución para romper la barrera de marginación en el mundo del trabajo que se derivaba de su condición de madres. Al lavadero podían llevar a sus hijos y cuidarlos y hasta emplearlos para que les ayudaran en todas las tareas que rodeaban el lavado de ropa, como hacía la madre de Arturo: *“Por la tarde, cuando los pantalones están secos, ayudamos a contarlos en montones de diez hasta completar los doscientos. Los chicos de las lavanderas nos reunimos con la señora Encarna en el piso más alto del lavadero. (...) Cada prenda tiene su número, y la señora Encarna los va cantando y tirándolas al chico que tiene aquella docena a su cargo.”*⁵⁵

En muchas ocasiones el trabajo de la lavandera podía parecerse al de las trabajadoras de un taller; como la madre de Arturo Barea, que era una más entre un grupo de mujeres que trabajaban bajo la supervisión de una encargada que las organizaba. En su caso, en parte se debía a que, en el lavadero, se ocupaban de la limpieza de los uniformes y la ropa de cama de los soldados de la escolta Real, para lo que se necesitaban muchas manos y una persona que organizara el proceso. Pero no siempre era así; también ella tenía sus propios negocios en los que trataba directamente con la persona que le encargaba el lavado de ropa. Además trabajaba como criada por horas para su cuñado en los ratos que la disciplina del lavadero o la falta de un encargo le dejaba libres. La madre de Arturo se deslizaba así con facilidad y soltura en ámbitos laborales muy distintos: a veces como empleada bajo la encargada del lavadero, otras como trabajadora autónoma y otra como asistente por horas. En el mundo del trabajo de las mujeres, el del servicio doméstico en las casas de las familias acomodadas o el del lavado de ropa en los lavaderos de las afueras de la ciudad, las fronteras no estaban tan claras como entre la casa de un operario y la fábrica en la que trabajaba: la condición de trabajadora autónoma o dependiente de un patrón no era tan tajante para las mujeres como en ocasiones podía serlo para los varones.

La condición laboral de las mujeres en el Madrid de finales del siglo XIX estaba profundamente marcada por esa indefinición de fronteras entre lo doméstico y lo público, entre el hogar y el lugar de trabajo, entre su identidad como trabajadora y su papel en la familia. La sombra del ama de casa las perseguía más allá del umbral de la vivienda. Cuando se empleaban fuera del hogar, apenas se les ofrecía más oportunidades que las de trabajar realizando tareas domésticas. Los únicos campos que se abrían plenamente al trabajo femenino estaban de una manera más o menos relacionada con las funciones que se les adjudicaba en el hogar; por otro lado, su trabajo no era valorado más allá de lo que lo era en sus propios hogares. Al menos en términos monetarios: las criadas por lo general no cobraban más allá de la media peseta diaria, puesto que se consideraba que ya eran suficientemente recompensadas con la habitación que ocupaban en la casa y con el plato que se les servía en la mesa; las lavanderas a lo sumo alcanzaban una peseta de sueldo el día que trabajaban. Nada que ver con los trabajadores varones, cuyos sueldos más bajos se situaban en torno a las dos pesetas, como mucho en la peseta y media.

Entre las trabajadoras de talleres y obradores la situación era muy parecida. Eran también víctimas de su consideración ambigua como amas de casa y trabajadoras remuneradas y sufrían la misma discriminación en los salarios que las lavanderas y las

⁵⁴ SARASÚA, Carmen: “El oficio más molesto, más duro: el trabajo de las lavanderas en la España de los siglos XVIII al XX”, *Historia Social*, nº 45 (2005), pp. 53-78.

⁵⁵ BAREA, Arturo: *La forja...* p. 19.

criadas. Entre 1860 y 1880, tanto en Chamberí como en el conjunto de Madrid, la proporción de mujeres que reconocían en los registros municipales ser trabajadoras manuales había descendido drásticamente, de casi un 12% hasta un 3% del total de mujeres en edad de trabajar. Aún así, al menos en el Ensanche Norte, seguían representando un grupo importante de la fuerza laboral del barrio: 332 mujeres eran artesanas y trabajadoras manuales, el segundo grupo profesional en importancia detrás de las numerosas criadas y sirvientas. Pero si entre los artesanos y trabajadores manuales varones el auge de los negocios de la construcción había alcanzado un punto hegemónico y había hecho que los albañiles, carpinteros y cerrajeros comieran el terreno al resto de los oficios artesanales, entre las mujeres el fenómeno se había demostrado más drástico si cabe. No existía esa diversidad, por minoritaria que resultara, de profesiones que si ejercían los hombres. Mientras que entre los varones se podía encontrar algún que otro relojero, un fotógrafo, un joyero y hasta muñequeros, las trabajadoras manuales eran exclusivamente costureras, modistas y sastras⁵⁶.

Tabla 4.17: Principales oficios de las trabajadoras cualificadas en el Ensanche de Madrid en 1880				
profesiones	Ensanche Norte		Ensanche de Madrid	
	trabajadoras	%	trabajadoras	%
costureras	187	59,55	429	36,08
sastras	48	15,29	110	9,25
modistas	26	8,28	57	4,79
guarnecedoras	18	5,73	36	3,03
cigarreras	12	3,82	464	39,02
sombrereras	5	1,59	8	0,67
zapateras	4	1,27	7	0,59
cepilleras	3	0,96	3	0,25
cordonerías	2	0,64	4	0,34

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880. Los datos del conjunto del Ensanche proceden de CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

El trabajo con la aguja y en la confección textil no dejaba de ser una actividad que se vinculaba con las labores domésticas. Al gran número de costureras madrileñas se las debía incluir en el conjunto de trabajos que se derivaban de la condición de ama de casa adjudicada a las mujeres, a ese tipo de tareas que se situaban en un lugar indefinido entre el hogar y el taller. Por otro lado, la producción textil era quizá uno de los sectores que más se habían transformado al calor del desarrollo industrial. La confección había comenzado a abandonar los pequeños talleres y era cada vez más un asunto de fábricas, de la misma manera que estaba ocurriendo con la elaboración de zapatos. Era un sector dinámico, en constante innovación desde que los telares mecánicos habían hecho su irrupción en el siglo XIX, pero en el que, como en el caso de la zapatería, muchas partes del proceso que iba desde la producción de telas hasta la finalización de un vestido, de un sombrero o de una gorra aún estaban escasamente modernizados. Aún no existían fábricas ni máquinas capaces de producir en serie pantalones, faldas o camisas y eran

⁵⁶ NÚÑEZ ORGAZ, Adela, “Las modistillas de Madrid, tradición y realidad (1884-1920)”, en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, (eds.), *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, (III Coloquio de Historia madrileña), Madrid, Alfoz- Comunidad de Madrid, Madrid, 1989, pp. 435-450.

los artesanos, con sus viejos modos y métodos de trabajo manuales los que habían de ocuparse de ello. Ese cruce de caminos entre innovación y estancamiento, ese desajuste entre las fábricas dedicadas a la producción de telas y tejidos en masa y la imposibilidad de confeccionarlos y convertirlos en prendas listas para vestir, era el que convertía a las modistas y costureras en trabajadoras insustituibles, aunque no por ello bien valoradas ni recompensadas.

Aunque en Madrid no existían grandes fábricas textiles, el vestido generaba un dinámico negocio que se desarrollaba en muy distintos lugares de trabajo. A pesar del panorama general de pobreza de gran parte de la población, también existía un Madrid acomodado con recursos y dinero que les permitían distinguirse del común de la gente. En las novelas de Galdós abundan las esposas burguesas, febriles compradoras de muebles, joyas, objetos de decoración y, sobre todo, de vestidos. Retratos literarios que sirven de buen ejemplo de los hábitos y del volumen de consumo no sólo de las mujeres, objetos de la sátira, sino del conjunto de las familias que se situaban en los escalones intermedios y más altos de la sociedad madrileña⁵⁷. Entre los gastos de vestido de una familia no sólo se incluía la cuenta de la tienda de tejidos sino también el de la costurera. En muchas familias acomodadas, la esposa compraba las telas y llamaba a la costurera de confianza. Ésta iba a la casa de la señora para tomar medidas, se llevaba el trabajo a casa y allí lo realizaba. Los deseos consumistas de las familias acaudaladas eran así materializados por las esposas pobres pero duchas en el uso de la aguja en un servicio que era muy parecido al que realizaban las lavanderas o las asistentes y criadas por horas.

Para otro tipo de productos, el proceso de confección se realizaba en talleres, donde una maestra modista o costurera se encargaba del trato con los clientes y unas cuantas oficiales y aprendizas llevaban a cabo los encargos. En estos casos se podía tratar tanto de prendas a medida para una persona en particular o de pedidos más grandes, que luego serían vendidos en otras tiendas. Otras muchas veces este tipo de trabajo se hacía de manera externa por las costureras, que recibían el encargo del taller, recogían allí los materiales y confeccionaban las prendas en sus propios hogares. De esta manera la obtención de unas cuantas monedas podía ser compatibilizada con las labores domésticas necesarias para el mantenimiento del bienestar en el hogar. Su trabajo de costurera se confundía entonces con la infinidad de tareas que debía de realizar para cuidar y alimentar a su familia, y lo mismo que la esposa o la hija cocinaba, lavaba y cosía para los miembros del hogar, aprovechaba para hacer este tipo de trabajos que además les proporcionaba unos ingresos extras.

La diversidad de formas en que se podía participar en la confección textil hizo posible que hubiera tantas mujeres costureras, modistas y sastras. El trabajo con la aguja se adaptaba bien a las limitaciones de horario que el cuidado del hogar imponía a las mujeres cuando buscaban trabajo. Había posibilidades para que todas trabajaran independientemente de su situación familiar. Durante la juventud y la soltería, la costurera podía emplearse en un taller y trabajar como los carpinteros o los tipógrafos varones que acudían a las obras o a los negocios de sus patrones. Tras el matrimonio y la llegada de los primeros hijos podían reconvertirse en costureras a domicilio, de las que recorrían las residencias de las familias acomodadas para tomar medidas a sus

⁵⁷ El ejemplo más acabado es quizás el de Rosalía Pipaón, *La de Bringas*, cuyo voraz apetito consumidor en ropa y complementos llevó a la economía de su familia al borde de la quiebra. No sólo era el precio de los vestidos y las telas pagados en las boutiques del centro de Madrid lo que arruinaban a los Bringas, sino también las importantes facturas pagadas a las costureras y modistas que acudían a la casa para realizar arreglos en las compras hechas por la extravagante ama de casa

cientas o pasaban a por el material en los talleres y luego se aplicaban con el hilo y la aguja en sus casas.

Este camino de las costureras; que les llevaba al taller en su juventud y las hacía regresar a sus casas tras la boda, era frecuente y casi la norma. Un buen ejemplo es el retrato que Blasco Ibáñez trazaba en *La Horda* de Feli, la esposa del protagonista Isidoro Maltrana. La joven había trabajado como gorrera en una fábrica, pero tras su matrimonio *“le era imposible volver á la fábrica de gorras (...). Pero conocía otros oficios menudos é insignificantes, de los que están al alcance de las muchachas pobres y las ayudan a engañar el hambre. Haría “flores” para los corsés, se dedicaría a emballenarlos. Conservaba cierta amistad con la dueña de un taller, por haber trabajado para él cuando escaseaba la faena en la fábrica de gorras.”* El paso de la fábrica al trabajo en el propio domicilio, aparentemente proporcionaba a esta joven trabajadora de la aguja una flexibilidad en el uso de su tiempo que le permitía trabajar cuando podía en los corsés, y dejarlo a un lado cuando quería dedicarlo a otros asuntos. En la realidad, los bajos precios que cobraba por estos pequeños encargos, la encadenaban al trabajo en jornadas más largas y duras que las que podría haber realizado en una fábrica: *“Salían cada dos días, luego de cerrada la noche, cargados con aquellos paquetes, por cuyo trabajo daban á Feli unos cuantos reales. (...) Los dos amantes, en su lento regreso, discutían el empleo del dinero que acababan de cobrar. No bastaba para las más rudimentarias necesidades. Feli percibía cincuenta céntimos por cada docena de corsés. Trabajando día y noche apenas si podía juntar un par de pesetas.”*⁵⁸

Las abundantes modistas a domicilio sufrían muchas veces las consecuencias de su contradictoria participación en el mercado laboral. Apparentemente trabajaban en la periferia del sistema de producción, fuera de las fábricas y talleres, en sus casas. Como su tarea estaba considerada una actividad secundaria, algo que realizaban en su tiempo libre, se les pagaba un precio exageradamente bajo por las piezas y trabajos que entregaban. La realidad era muy distinta. Los ingresos que obtenían por su trabajo eran fundamentales para completar el presupuesto de sus familias y el resultado eran las largas jornadas de trabajo en las que ellas eran sus más feroces explotadoras. Al abandonar la fábrica o el taller y recluirse en sus hogares para atender a *sus labores* no habían puesto fin a su vida como trabajadoras para convertirse en amas de casas, sino que habían añadido una jornada laboral a la otra. El precio que pagaban era la pérdida del reconocimiento que tenían como trabajadoras en el taller y la entrada en un mercado sumergido, peor pagado y con condiciones laborales más penosas.

Esta sinuosa trayectoria de las mujeres en el mundo del trabajo, y particularmente en el de los talleres y las fábricas de la capital, tenía otras consecuencias en su condición como trabajadoras. Sus carreras profesionales quedaban truncadas y los rastros que pudieran quedar de la seguridad que daba el mundo de los oficios, apenas significaban nada para ellas. Si ya era difícil que entre los varones se produjera el paso de aprendiz a oficial y luego a maestro y evitar la conversión en jornalero, peor era para las mujeres, que cuando comenzaban a adquirir experiencia, si se casaban debían retirarse del trabajo en el taller o en la fábrica. Ni siquiera tenían las opciones de acceder a mejores jornales y condiciones laborales que sí existían en algunos oficios monopolizados por los varones. Entre las mujeres, no existía una aristocracia del artesanado, un grupo reducido de trabajadoras que conservara una situación excepcional en medio de la ola de empobrecimiento que la jornalización había producido en el mundo del trabajo madrileño.

⁵⁸ BLASCO IBÁÑEZ, Vicente: *La Horda*. 1905, Capítulo 8.

Tabla: Escala salarial de las artesanas y trabajadoras cualificadas del Ensanche Norte en 1880						
trabajadora	posición en la familia	edad	estado civil	profesión	lugar de trabajo	Jornal
Felipa Franco Pastrana	cabeza	51	viuda	cigarrera	Real Fábrica de Tabacos	4,00
Antonia Rubinat	esposa	45	casada	cigarrera	Real Fábrica de Tabacos	1,50
Dolores Cervantes	Realquilada	23	viuda	costurera	en las casas	1,50
María Postigo	cabeza	47	casada	sastra	en su casa	1,00
Josefa Ramírez	cuñada	26	Soltera	costurera	donde sale	1,00
Encarnación Gálvez Ardanaz	hija	17	Soltera	zapatera	taller en la calle Arango	1,00
Encarnación Porras	hija	25	Soltera	sastra	en un obrador	1,00
Isabel Carreto	Realquilada	40	viuda	sombrerera	no indica	1,00
Matilde Garrido	Realquilada	19	Soltera	modista	con Doña María	1,00
María Madrigal	Realquilada	30	Soltera	guarnecedora	Fábrica de zapatos Soldevilla	1,00
Soledad Ferrer	esposa	27	Soltera	costurera	no indica	0,75
Luisa Pérez	hijo	14	Soltera	modista	no indica	0,50
Emilia Guzmán Rojo	hija	14	Soltera	costurera	no indica	0,25

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880.

No había entre las mujeres sueldos ni jornales altos; de hecho prácticamente ninguna trabajadora manual señalaba un salario. Los ingresos de las costureras y modistas que trabajaban en sus casas eran tan irregulares e inestables que no tenía sentido fijar una cifra. Tampoco era mejor la situación para las que acudían a un centro de trabajo de una forma regular. La costurera de taller nunca superaba la peseta y media de jornal; ni siquiera en las fábricas más modernas como la de Soldevilla. María Madrigal que era una de las numerosas mujeres que en 1880 trabajaban como guarnecedoras en el gran establecimiento de fabricación de zapatos de Soldevilla, a sus 30 años a lo que había podido llegar era a un jornal de una peseta. Y lo mismo les ocurría a las excepcionales zapateras que se empleaban en otros talleres, a las modistas de obrador o las sombrereras y gorreras.

La causa de los bajos salarios era, a parte de la escasa consideración del valor del trabajo de las mujeres, ese corto recorrido de las carreras profesionales femeninas. Las trabajadoras que acudían regularmente a un taller o una fábrica eran por lo general jóvenes, menores de 30 años y antes de casarse no tenían tiempo de adquirir la experiencia que daba acceso a más altas remuneraciones; cuando cambiaban su domicilio por la fábrica como lugar de trabajo y pasaban de coser junto a otras trabajadoras a hacerlo junto a sus hijos y marido, eran sustituidas por otras jóvenes, recién llegadas a la fábrica y que percibían salarios ridículos, como los 25 céntimos o los dos reales que decían cobrar las costureras más jóvenes de Chamberí, que apenas tenían 14 o 15 años.



Fig. 4.6: Mujeres trabajando en la fábrica de Soldevilla, 1874.

Sólo en un caso excepcional las mujeres madrileñas podían salvar los obstáculos que el matrimonio y el cuidado de sus familias creaban a sus trayectorias como trabajadoras. Eran las cigarreras, que además componían el grupo de artesanas y trabajadoras manuales especializadas más nutrido y visible de la ciudad. La Real Fábrica de Tabacos daba trabajo en 1876 a 1.896 mujeres que se empleaban en los distintos talleres y obradores de los que disponía el establecimiento. En su mayoría se trataba de un trabajo manual, pues la elaboración de tabaco estaba aún escasamente mecanizada y por lo tanto necesitaba de una mano de obra experimentada. El trabajo se realizaba en pequeños grupos de trabajadoras o ranchos al frente de los que se establecía una jefa que se encargaba de la organización. El de cigarrera era así un oficio exclusivamente femenino, con diversos escalafones a los que se accedía a medida que se ganaba experiencia⁵⁹.

Pero la fábrica estaba muy lejos de Chamberí, en la otra punta de la ciudad y no era frecuente que sus trabajadoras buscaran su residencia en calles tan apartadas. En 1880 sólo había doce cigarreras viviendo en los nuevos barrios surgidos del Ensanche Norte; casi todas se concentraban en los barrios populares del sur, en Lavapiés y en Arganzuela, donde eran legión⁶⁰. Allí vivían juntas, en las mismas calles y muchas veces en las mismas casas, donde compartían taller y esfuerzos por sacar a sus familias adelante. Se ayudaban unas a otras cuidando de los hijos cuando una tenía que ir a la fábrica o caía enferma, colaborando entre todas para que el matrimonio y las duras cargas del hogar no les impidiera seguir acudiendo al taller e incluso ir ascendiendo en

⁵⁹ VALLEJO FERNÁNDEZ, Sergio: “Las cigarreras de la Fábrica Nacional de Tabacos de Madrid” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel, y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX, op.cit.*, vol. 2, pp. 136-161. CANDELA SOTO, Paloma: “Trabajo y organización en la industria del tabaco: las cigarreras madrileñas, 1890-1920” *Sociología del trabajo*, N° 20, 1993-1994, pp. 91-116. CANDELA SOTO, Paloma: *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1888-1927)*. Tecnos, Madrid, 1997.

⁶⁰ VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *Los albores del nuevo Madrid: el distrito de Arganzuela (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2006, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es: 6238

los puestos que el oficio de cigarrera en la Real Fábrica les ofrecía. Eran un grupo cerrado y solidario, debían mantenerse unidas para que su singular condición como trabajadoras un poco más privilegiadas que el resto de las mujeres se mantuviera.

Sólo en casos excepcionales la cigarrera se alejaba de Lavapiés, tal y como había hecho Felipa Franco, esa trabajadora de la Real Fábrica que se destacaba como la artesana mejor pagada de Chamberí en 1880, con 4 pesetas de jornal diario. Felipa era una de las empleadas más antiguas de la fábrica; tenía 51 años, y aunque era viuda, ya no se veía tan agobiada por los problemas de compatibilizar el cuidado de su familia y el trabajo. La única hija que aún vivía con ella, Mercedes, tenía ya 16 años y no requería ni de su atención ni cuidado. Podía permitirse vivir alejada de sus compañeras de taller, e incluso podía convenirle hacerlo. Había alcanzado uno de los puestos de responsabilidad dentro de la Real Fábrica, y ya no era una mera trabajadora. Se encargaba de organizar a las cuadrillas y a los grupos de obreras. Con los años, pues, había conseguido ir escalando puestos en su oficio y asumir más responsabilidades y ganar más dinero, como algunos fundidores lograban en la Casa de la Moneda o los tejedores en la Real Fábrica de Tapices. Para ello no había tenido que renunciar a una vida familiar como sucedía con las criadas que elegían trabajar de por vida con sus amos; Felipa pudo casarse y tener hijos sin por ello renunciar a su trabajo como artesana del tabaco. Tampoco la viudedad supuso para ella una ruptura en su vida laboral ni en su hogar, como les sucedía a tantas mujeres como la madre de Arturo Barea que tuvo que ingeniar mil combinaciones para evitar que sus hijos acabaran en la inclusa. Su sueldo de 4 pesetas le bastaba para salir adelante. Era una excepción en el humilde mundo de los trabajadores manuales, donde a pesar del general panorama de pobreza existían tajantes diferencias entre hombres y mujeres.

La emergencia de una economía urbana de servicios: el sector terciario en el Madrid de 1880

En los veinte primeros años tras la aprobación del proyecto de Ensanche, Madrid asistió a profundas transformaciones en su vida económica. El derribo de las cercas y la edificación de los nuevos barrios provocaron un auge de los negocios de la construcción que aceleró las dinámicas de corrosión del mundo de los oficios y de la segregación en el mercado laboral de las mujeres que venían produciéndose en la ciudad desde hacía tiempo. La gran concentración de trabajadores manuales en la construcción de edificios y la llegada de continuas riadas de inmigrantes jornaleros, favorecieron la disolución de las viejas formas de producción propias de los tiempos de los pequeños talleres y de los artesanos. Los cambios eran palpables en el Ensanche Norte de la capital; entre 1860 y 1880, se pudo observar cómo el arrabal perdía sus rasgos iniciales como una comunidad en que destacaba una cierta prosperidad humilde, de pequeños patronos y tenderos que vivían aún próximos a sus artesanos y dependientes. La brecha entre los trabajadores y los industriales se iba abriendo poco a poco separando cada vez más a unos de otros. Los trabajadores manuales se estaban convirtiendo en jornaleros, que a pesar de contar con los conocimientos y la cualificación de un aprendiz o un oficial iban perdiendo el estatus y el sueldo que tradicionalmente se les había adjudicado. La aparición de grandes centros de trabajo vino a acelerar el proceso: para un trabajador manual, era cada vez más difícil acabar cumpliendo el sueño artesano de regentar un taller propio. Y cuando lo lograban, era al precio de rebajar su arte, como les ocurría a todos los zapateros convertidos en remendones bajo la sombra del poder de la gran fábrica de Soldevilla.

La desaparición acelerada de los artesanos y su sustitución por los jornaleros, que aparecían cada vez con más fuerza como los protagonistas de la vida económica madrileña, eran los efectos más visibles de las transformaciones laborales que se estaban produciendo en la ciudad. Eran las consecuencias económicas más llamativas en una ciudad que al fin se había decidido a abrazar el futuro y se había decidido a abrir sus puertas y a dejar entrar a todo el que llamaba en busca de una oportunidad. Al pasar de la resistencia ante la llegada de inmigrantes a su aprovechamiento como una mano de obra ideal para construir los nuevos barrios, la ciudad había hecho de sus necesidades una virtud y, de paso, se había llevado consigo a un mundo artesanal en franca decadencia. Pero no sólo eso; el crecimiento de Madrid en aquellos años estaba lejos de ser un fenómeno que afectara únicamente a los negocios de la construcción y a los trabajadores manuales, sino que iba más allá, para incidir en otros ámbitos de un mercado de trabajo que era ya antes de 1860 muy complejo.

El mundo de los artesanos y de los oficios era sólo una de las patas sobre las que se había asentado la vida económica de Madrid hasta entonces. El otro pilar fundamental, que explicaba el tamaño de la ciudad y su particular composición, era su importancia como ciudad administrativa y de servicios⁶¹. Madrid era la capital, era la sede de la Corte, y desde hacía siglos se había caracterizado por ser un lugar de especial concentración de burócratas, funcionarios y comerciantes atraídos por las oportunidades que ofrecía el corazón de la vida económica, política y cultural del país. A Madrid acudía el noble que buscaba los posibles beneficios de situarse cerca de los monarcas y el burgués que quería hacer carrera en la recién inventada vida política parlamentaria; también se acercaban los grandes comerciantes y capitalistas para seguir de cerca las decisiones políticas y económicas que pudieran afectarles, ya con la intención de influir en ellas o de aprovecharse de las oportunidades que les ofrecieran⁶². Los grandes negocios del siglo XIX se germinaban en Madrid: el ferrocarril y su trazado, el establecimiento o el levantamiento de aranceles, y por supuesto la financiación del Estado a través de la Deuda Pública, se decidían en las calles de la capital. El financiero y el inversor tenían que estar en la capital para influir a favor de los propios intereses, o por lo menos para cazar las ocasiones al vuelo cuando se presentaran en la Bolsa madrileña, centro del mercado nacional. Finalmente, en las calles de la ciudad se acumulaban las principales instituciones de gobierno del país: los ministerios y las direcciones generales que organizaban la administración general, pero también los máximos organismos de una Iglesia aún poderosa y de un reforzado ejército, y junto a ellos, la principal universidad española, las reales academias y demás centros de cultura, las más altas instancias judiciales... En las dependencias de todas estas sedes se necesitaban funcionarios y trabajadores que iban desde los conserjes a los abogados e

⁶¹ BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "Madrid, de capital imperial a región metropolitana. Cinco siglos de terciarización" en *Economía de las Comunidades Autónomas: Madrid*, Madrid, Papeles de Economía Española, (18), 1999, pp. 18-30.

⁶² Un buen ejemplo lo representa José Campo, cuya biografía fue retratada en SERNA, Justo y PONS, Anacleto: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en al Valencia de mediados del XIX*, Valencia, Diputación de Valencia, 1992; gran capitalista valenciano, omnipresente en los negocios de la ciudad levantina, se trasladó definitivamente a la capital española como paso obligado para seguir escalando posiciones en la política y los negocios. Sobre su trayectoria madrileña véase también CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008. Otro ejemplo lo constituye la inmigración vasca, entre la que se encontraban numerosos hombres de negocios e inversores. RUIZ DE AZÚA, Estíbaliz: "Madrid... atrae cohortes de hombres (Sobre los vascos en la capital en 1850)" en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, (Número extraordinario), 2007, pp. 273-280. RUIZ DE AZÚA, Estíbaliz: *Los vascos en Madrid a mediados del siglo XIX*, Madrid, Delegación en Corte - Dpto. de Publicaciones, 1995.

ingenieros más cotizados, desde el mero escribiente hasta el catedrático, en fin, desde el simple conserje hasta el ministro o el general.

El peso de los servicios y de los empleados en la capital tenía que verse necesariamente afectado por las grandes transformaciones que experimentaba la ciudad. Madrid creció entre 1860 y 1880 como nunca antes lo había hecho: el paso de una ciudad de 300.000 habitantes a otra de 400.000 era un gran salto adelante que había de dejar su huella en todos los aspectos de la vida económica. Para empezar, el incremento de esos 100.000 habitantes llegados a la ciudad creaba nuevas necesidades en la vida madrileña. Además de ser trabajadores, los inmigrantes que alimentaron el crecimiento de Madrid eran consumidores, que no sólo necesitaban viviendas en las que alojarse sino también tiendas en las que abastecerse. En consecuencia, el pequeño comercio, el de distribución de los productos más básicos de comer, beber y arder conoció una importante expansión al calor del crecimiento de la ciudad⁶³. De igual manera que la fabricación de pan había ofrecido a Francisco Fernández un lucrativo negocio en los nuevos barrios del Ensanche Norte, las tiendas de ultramarinos, las tabernas, las bodegas, los despachos de carbón y demás establecimientos comerciales representaban un sector de actividad en auge. Se necesitaban más tenderos, pero también más dependientes de comercio, mozos que se encargaran del despacho de las tiendas y que hicieran los repartos por las casas de los clientes. Y a la vez, más tiendas exigían más cocheros y conductores de carros, arrieros y mozos de carga que garantizaran la llegada de todos los productos a Madrid desde las provincias.

El crecimiento del sector servicios en la capital fue mucho más complejo que un mero aumento de las tiendas y de sus trabajadores que aliviaran las necesidades de los nuevos habitantes. Cuando Madrid optó por derribar sus tapias y expandirse por sus alrededores, cuando desató aquella fuerza a la que desde hacía tiempo se venía resistiendo y dejó entrar a todo inmigrante que llegaba a sus puertas, también dio un paso que dejó atrás un tipo de vida urbana para abrazar otra muy diferente. Las cosas no volvieron a ser igual porque la ciudad se volvió más compleja; el paso de 300.000 a 400.000 habitantes era algo más que un incremento en la cantidad de madrileños, era un verdadero salto cualitativo en el que se abandonaba el *Viejo Madrid* de los tiempos de Mesonero Romanos, para crear otro nuevo, más grande y con otros rasgos muy diferentes. El *Viejo Madrid*, el que iba desde la puerta de Embajadores en Lavapiés hasta la de Bilbao en los barrios populares del norte era más manejable; era una ciudad que podía recorrerse a pie en apenas una hora y media de punta a punta. A partir de 1868 no. La superficie de la ciudad se había triplicado y, aunque quedaba mucho para que las calles y los edificios de los nuevos barrios fueran construidos, las distancias se habían agrandado para los madrileños. Ya no estaba todo tan cerca, ya no estaba todo ahí al lado. Con el derribo de las tapias y la puesta en marcha del Ensanche de Madrid, además de despertarse violentamente el negocio inmobiliario, nacieron nuevos negocios y servicios vinculados al transporte público. Los coches de punto existían desde hacía tiempo, pero en la nueva ciudad se incrementaban porque los desplazamientos entre lugares alejados se hacían más frecuentes. A ellos se unían ahora nuevos medios de transporte que hacían ingresar a Madrid en el grupo de las grandes capitales europeas que ya los conocían hacía tiempo: primero el ómnibus, esos grandes coches de caballos en los que se apretaban de quince a veinte viajeros; más tarde los tranvías de sangre, de

⁶³ NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985. Véase además las consideraciones sobre el desarrollo del comercio al calor del crecimiento de la ciudad en la edad moderna en NIETO SÁNCHEZ, José A.: *Artisanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid, 1450-1850*, Madrid, Fundamentos, 2006.

tracción equina también, que empezaron a surcar la ciudad a partir de 1868. Los cocheros y chóferes, los conductores de ómnibus y de tranvía, pero también los revisores, los encargados del mantenimiento de las vías, los mozos de las caballerías de las empresas de transporte, alcanzaron un protagonismo que antes no tenían. Se hicieron más necesarios y más abundantes porque Madrid había cambiado, porque ya no era esa pequeña capital de otros tiempos, sino una gran ciudad en que ya no se podía ir a todos los sitios andando.

El gran salto hacia delante que dio Madrid al derribar sus tapias se hizo notar en muchos otros aspectos de su vida cotidiana. Lo mismo que ya no era tan fácil recorrer sus calles y manejarse en ellas, había otras necesidades y exigencias de la vida en comunidad que era imposible organizar como en los viejos tiempos. El más claro ejemplo lo representaban el abastecimiento de agua y el desalojo de desperdicios. Con la masa de vecinos que poblaban los barrios de la capital, el viejo sistema de aguadores que repartían el agua por las casas y el de los traperos y los encargados de vaciar pozos negros se estaba quedando obsoleto. El Canal de Isabel II, que trajo el agua del Lozoya a la capital, no sólo se realizó para combatir los peligros de enfermedad que suponía el antiguo sistema de fuentes de la Corte; también respondía a la creciente escasez de agua producida por el aumento de vecinos. La traída de aguas a Madrid no significó una obra puntual en que se empleó a un ejército de jornaleros para crear las presas en las sierras al norte de la provincia y excavar las conducciones que traían el agua hasta la ciudad; el funcionamiento de este servicio, que con el tiempo se haría más complejo, exigía un cuerpo permanente de empleados encargado de su mantenimiento y de su vigilancia. Lo mismo cabe decir del alcantarillado y de la evacuación de aguas inmundas; las nuevas alcantarillas de Madrid proporcionaron mucho trabajo a jornaleros y albañiles durante su construcción, pero también exigió la existencia de su cuerpo correspondiente de empleados para el mantenimiento y hasta la creación de una ronda de vigilancia de policía que las vigilara. Y aunque es cierto que los aguadores y los traperos siguieron trabajando en la ciudad durante mucho tiempo, a su lado iban surgiendo nuevos cuadros de empleados públicos que organizaban y administraban los cada vez más necesarios servicios de una ciudad que no sólo se había vuelto más grande sino sobre todo más complicada en su vida cotidiana.

El aumento de los empleados encargados de los servicios públicos se produjo en todos los ámbitos de la vida comunitaria, porque en todos los aspectos la organización de la ciudad se había vuelto diferente y más difícil que en el *viejo Madrid*. Los mercados necesitaron más serenos de comercio e inspectores que garantizaran el buen estado de las mercancías, también se reforzó el sistema de control de entrada de productos a la capital y la recaudación de impuestos de puertas y de consumos, sobre el que se basaba la financiación del Ayuntamiento. En una ciudad más grande y poblada, la prevención de incendios y otros accidentes era más complicada y también se produjo una pequeña revolución en el servicio de bomberos. Igual en el mantenimiento del orden público y en la lucha contra el crimen, que exigió la ampliación de la policía. La modernización fue especialmente acusada en la asistencia médica y social; el sistema de hospitales, de casas de socorro, de distribución de medicamentos y de visita de enfermos necesitó que se multiplicaran sus empleados, funcionarios y actores⁶⁴. El ejemplo de Benigno Castro, el boticario de Chamberí es elocuente: en 1860 era el único boticario del arrabal, en 1880 había en los nuevos barrios del norte otros siete que le

⁶⁴ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “De la caridad entre vecinos a la asistencia social de las masas urbanas: Avance y límites de la modernización del sistema benéfico madrileño, 1850-1910” en *Modernizar España. 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras*, Congreso Internacional, UCM, 2006.

hacían la competencia, pero que venían también a satisfacer las necesidades de una población abundante que aquel farmacéutico pionero ya no podía afrontar por sí solo.

El desarrollo de los servicios y del mundo de los empleados en el Madrid de finales del siglo XIX no se debía sólo a factores internos. El crecimiento de la ciudad y la complicación de su gobierno no fue la única causa del desarrollo del sector servicios. Quizá lo que influyó con más fuerza en la expansión del número de empleados fueron los impulsos que venían del resto del país. Igual que los inmigrantes llegaban a la capital más como consecuencia de lo que estaba sucediendo en los campos y pueblos de España que por las posibilidades que la gran ciudad les ofrecía, los empleados, escribientes, abogados y funcionarios de todo rango se multiplicaron más como resultado de la vida de la nación que por los latidos de la propia ciudad. Madrid era la capital y en ella se reflejaban, además de sus propios avatares como centro urbano, los del resto de la nación. Así, como en ningún otro lugar, en la ciudad del Manzanares se comenzaron a notar la transformación que la vida política española experimentó con la definitiva afirmación del Estado liberal. Tras la Revolución de 1868 y muy particularmente a partir de la Restauración alfonsina, el Estado liberal recibió el definitivo impulso para su desarrollo e implantación. Empezando por los ministerios, siguiendo por las direcciones generales, institutos nacionales y el resto de instancias administrativas, las instituciones gubernamentales se fueron reproduciendo y el organigrama administrativo español creció y se hizo más complejo. Como una planta bien regada, la administración del Estado conoció en esta etapa un vigoroso proceso de ramificación; del tronco común del gobierno central, se fueron desgajando las más diversas oficinas e instituciones para cubrir los distintos ámbitos que incumbían a la vida política. El empleo público creció, los funcionarios aumentaron y con ello la actividad en los más diversos ámbitos de la vida pública.

Por frágil y lento que pudo ser el desarrollo del Estado liberal en España, sobre todo a la luz de otras naciones europeas, no fueron menores ni pocos sus avances en esta época. Algunos ámbitos de la vida pública y de la labor gubernativa conocieron importantes reformas y transformaciones que implicaron la creación de nuevos y más abundantes cuerpos de funcionarios; desde el desarrollo de un sistema de educación nacional hasta la reorganización del sistema tributario y fiscal, desde la organización de las nuevas redes de comunicación modernizadas por la implantación del ferrocarril, el desarrollo del correo y la expansión de la telegrafía eléctrica⁶⁵ hasta los primeros pasos de una organización de asistencia sanitaria nacional. Y aunque tal renovación y desarrollo tardó en llegar y hacerse sentir en muchos lugares y lo hizo a diferentes ritmos e intensidades según lo remoto del paraje, en el centro del país, donde se germinaban las reformas y eran implantadas antes, el impacto del crecimiento era más vistoso e inmediato. En la capital estaba la raíz, el tronco y las principales ramas de la administración y si siempre había sido una ciudad de funcionarios y burócratas, a partir de las reformas introducidas por la consolidación de la Revolución liberal, aún lo fue más.

El desarrollo del sector servicios en Madrid tuvo por lo tanto estos dos impulsos fundamentales. Su transformación en una gran ciudad en que la vida se hacía más compleja y con ella su gobierno y administración y su refuerzo como capital de un Estado que estaba experimentando profundos cambios y un intenso desarrollo. Aparentemente, nada de esto afectó a la vida en los barrios del Ensanche Norte. En 1860, en el arrabal de Chamberí tan sólo había 193 empleados y trabajadores de cuello

⁶⁵ BAHAMONDE MAGRO, Ángel, MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *Atlas histórico de las comunicaciones en España: 1700-1998*, Madrid, Correos y Telégrafos, 2002.

blanco, entre los que se contaban demasiados jardineros, guardas de fincas y encargados de los cementerios o del Canal de Isabel II como para considerarlos como un funcionariado moderno. Era un grupo reducido que se destacaba en la masa de trabajadores manuales y artesanos (436, casi el 23% de todos los trabajadores varones) y de jornaleros (622, más del 32% de la fuerza laboral masculina). Veinte años después, la situación apenas había cambiado. En 1880, los empleados seguían siendo una pequeña minoría entre los trabajadores del Ensanche Norte, y aunque su número se había incrementado su peso seguía siendo reducido. Había 993 empleados y trabajadores en los servicios de diferentes condiciones en los nuevos barrios (un 11,56% de todos los trabajadores) que seguían siendo una minoría frente a los 3.554 jornaleros (el 41,37%) y los 1.668 artesanos y trabajadores cualificados (el 19,42%).

Como en tantos asuntos, influía demasiado la posición de aquellos barrios en la ciudad y su aún escasamente iniciada urbanización. El arrabal de Chamberí y las nuevas casas que se habían construido alrededor apenas contaban con unos pocos años de historia y seguía siendo una zona demasiado periférica en la urbe madrileña. Aunque el desembarco de las clases medias y altas se había hecho con cierto estrépito en el rincón junto a la Castellana, su presencia aún era tímida y limitada. Era lógico que los funcionarios, escribientes y empleados de oficina, que tanto proliferaban en la capital, prefirieran aún las calles del centro a los barrios exteriores. La mayor parte de las instituciones se situaban en los barrios del *Viejo Madrid* y junto a ellas sus trabajadores, mientras que el *Nuevo Madrid*, con su activa transformación inmobiliaria y urbana era una tierra dominada por los jornaleros, los carpinteros y los albañiles. Esta diferente función entre unos barrios y otros en la misma ciudad podía explicar que a pesar de su creciente importancia en el mundo del trabajo madrileño, los empleados apenas aumentaran frente a los trabajadores manuales. Era en otros barrios donde esa gran transformación de Madrid como ciudad y como capital se había de notar más; era en las cercanías de Palacio, junto al Congreso de los Diputados, en las grandes avenidas como la Carrera de San Jerónimo y la calle de Alcalá, donde los empleados y oficinistas se hacían notar más. Chamberí era todavía el paraíso del ladrillo y de la zanja y atraía sobre todo a quienes hacían negocios con ellos; a los estuquistas, a los albañiles, a los jornaleros.

El poco peso de los empleados y de los trabajadores de los servicios en Chamberí no significaba que los habitantes del barrio se mantuvieran ajenos a las grandes transformaciones que afectaban al conjunto de la ciudad. Los cambios también se producían en el mercado laboral del Ensanche Norte, pero eran más sutiles aunque igualmente importantes. Para apreciarlos había que observar más de cerca y no detenerse únicamente en el número de encargados, funcionarios y escribientes. Para entender los cambios en un sector laboral tan diverso y variado, en el que se incluían tanto los dependientes de comercio y horterías como a los empleados de un ministerio, había que preguntarse por los tipos de negocios en los que realizaban su función. Y sobre todo, la forma en que cada empleado y trabajador de los servicios era contratado y la forma y la cantidad con la que era remunerado.

De nuevo el hogar de Benigno Castro ofrece un perfecto caso para la observación de las formas en que la vida en Chamberí se había transformado entre 1860 y 1880. La perfecta expresión de los cambios en la economía madrileña era la distancia entre aquel boticario pionero de Chamberí y su yerno Florencio Estébanez, también farmacéutico. Aunque ambos tenían la misma formación académica y ejercían la misma profesión, la manera en que uno y otro se insertaban en el mundo del trabajo era ligeramente diferente. Benigno había forjado su carrera en su botica y había alcanzado su prosperidad regentando un pequeño comercio; aunque se beneficiara de las

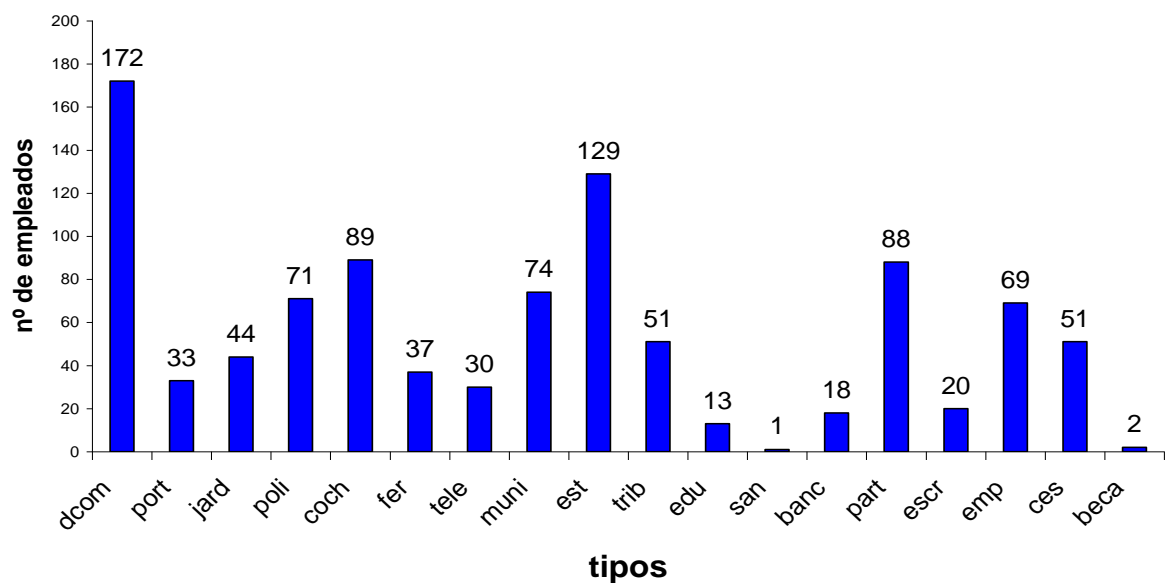
contrataciones de la Beneficencia municipal, vender medicamentos y administrar recetas no era muy diferente a despachar tras un gran comercio de artículos coloniales y ultramarinos. A Florencio, que tenía veinte años menos que su suegro y que en 1880 acababa de cumplir los 32, se le abría ante sí un horizonte muy diferente. Además de estar cualificado para regentar la farmacia de la calle Santa Felicianita, que algún día heredaría y de la que sería dueño, había logrado obtener un puesto de trabajo en el Ministerio de Gobernación, por el que cobraba 1.250 pesetas al año. Como inspector, técnico o simplemente como consejero en alguna dirección técnica, Florencio trabajaba diariamente en un entorno muy diferente al de su suegro; tenía que acudir a las dependencias gubernamentales y permanecer en oficinas y despachos y no entre los tarros de loza de la botica. Era probable que con el tiempo se le presentara la ocasión de acceder a un puesto de mayor responsabilidad y mejor pagado y así ir ascendiendo poco a poco en el escalafón de la administración del Estado. Una oportunidad que no había tenido probablemente a Benigno, su suegro, cuando era joven, en un tiempo en el que el triunfo para un estudiante de farmacia de provincias era conseguir regentar una pequeña farmacia de barrio como la suya.

Ese mundo mixto en el que se movían los farmacéuticos de Chamberí, entre la pequeña tienda de barrio y las oficinas de los ministerios que administraban el gobierno del país, era una imagen clara de la composición del sector terciario madrileño. La modernidad que le insuflaba su condición de capital del Estado era compensada por la persistencia de determinados ámbitos de negocio que seguían organizados según formas tradicionales y propias de aquel viejo Madrid que comenzaba a desaparecer. En un lado los empleados de los ministerios que anunciaban los nuevos tiempos, al otro, los boticarios que compartían la vida y el trabajo en su tienda con un mancebo, como se había hecho siempre en la profesión.

Así lo mostraban los dos principales grupos de trabajadores dentro del variopinto mundo de los servicios: los más numerosos eran los dependientes de comercio, que por sus características y formas de contratación se parecían más a un criado doméstico o a un aprendiz de taller que a un funcionario público. Por lo general el trabajador de una tienda solía ser un muchacho o un joven, que como las chicas que se empleaban como criadas en las casas de la burguesía, residía en la casa de su patrón. Su jornada de trabajo comenzaba cuando se levantaba, para preparar la tienda antes de la apertura y terminaba mucho tiempo después, a última hora de la noche, cuando el establecimiento se cerraba y había quedado todo recogido. En su larga jornada, tenía que afrontar diversas tareas que le rebajaban en su condición como empleado: barrer la tienda, acompañar al mercado a la señora de la casa, cargar las cajas y sacos donde llegaba la mercancía con la que se comerciaba en la tienda.... Muchas veces su salario también les hacía emparentar con las trabajadoras del servicio doméstico; el dependiente de comercio, como *las criadas para todo* de tantas casas burguesas y de clase media, recibía gran parte de la recompensa por su trabajo en especie y no en dinero. Su salario era reducido porque se les descontaba la vivienda y la alimentación que obtenían gratuitamente en la tienda del comerciante, a pesar de que muchas veces lo que les daban no valiera gran cosa. Solían dormir en la trastienda o en el mismo establecimiento, en un jergón sobre el suelo que se recogía y escondía cada mañana; era con lo que se habían de conformar, porque difícilmente se habrían podido costear ni siquiera una habitación con su solo salario.

Tabla 4.19: Sectores de ocupación de los empleados del Ensanche Norte en 1880					
Sectores de ocupación		trabajadores	%	%	Grandes sectores de ocupación
dcom	dependientes y empleados de comercio	172	17,34	17,34	Comercio
port	porteros, conserjes y ordenanzas	33	3,33	14,92	porteros, jardineros, seguridad
jard	jardineros, guardias de arbolado y de cementerios	44	4,44		
poli	guardias de orden público y seguridad	71	7,16		
coch	cocheros y chauffeurs	89	8,97	15,73	transportes y comunicaciones
fer	empleados del ferrocarril	37	3,73		
tele	empleados de correos, telégrafos y teléfonos	30	3,02		
muni	empleados municipales	74	7,46	27,02	sector público
est	empleados estatales	129	13,00		
trib	empleados de tribunales	51	5,14		
edu	maestros y empleados de la educación	13	1,31		
san	servicios médicos y sanitarios	1	0,10		
banc	empleados de banca y servicios financieros	18	1,81	12,70	sector privado
part	empleados particulares	88	8,87		
escri	escribientes y oficinistas	20	2,02		
emp	empleados sin identificar	69	6,96	12,30	empleados sin especificar, cesantes y meritorios
ces	empleados cesantes y en paro	51	5,14		
beca	meritorios y aspirantes	2	0,20		
Total		992	100,00	100,00	Total

gráfico 4.7: tipos de empleados en el Ensanche Norte en 1880



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880.

Los dependientes de comercio lideraban a una parte de los trabajadores en los servicios cuya importancia no se debía tanto a las transformaciones de la vida urbana que había acontecido en Madrid, sino simplemente al crecimiento de su número de habitantes. Siempre había habido dependientes de comercio, muchachos de tienda, horteras como se les calificaba entre cariñosa y despectivamente. Seguían siendo muchos porque eran necesarios, pero no habían experimentado ningún cambio en su trabajo cotidiano. Su forma de contratación, el tipo de tareas que realizaban y la manera en que percibían su salario tenían poco de novedoso y les entroncaba con un mundo del trabajo tradicional que persistía en la ciudad. Un mundo de servicios personales, pagados en parte en especie, parte en moneda, igual que a las doncellas, las niñeras y las nodrizas. Algo similar se podía decir de los porteros y conserjes, casi todos empleados en fincas privadas controlando el acceso al edificio y encargados de recoger el alquiler de los inquilinos cada mes para entregárselo al propietario del inmueble. Aunque algunos llevaran levita y no el blusón de los artesanos, aunque parte de su trabajo no fuera estrictamente manual como el de un carpintero o un albañil, en realidad no se diferenciaban demasiado de ellos. Su sueldo era bajo, unas 800 pesetas anuales, cuando lo cobraban, porque lo más habitual era que trabajaran a cambio de una vivienda gratis en la que residían, en el mismo inmueble cuya escalera tenían que barrer y cuyos vecinos tenían que controlar.

Gráfico 4.8: salarios medios de los empleados del Ensanche Norte por sector de trabajo, 1880



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880.

En esta misma órbita de trabajos arcaizantes, en los que las formas de contratación tenían muchos aspectos en común con los criados y el servicio doméstico, se situaban los diferentes tipos de guardias y empleados de seguridad. De hecho, los jardineros, los guardias del arbolado, los encargados de la vigilancia del Canal de Isabel II o de los cementerios, los guardias de orden público y los serenos, se presentaban en el padrón muchas veces como sirvientes públicos. Aunque cobraban más que las sirvientas y las doncellas, sus sueldos seguían siendo bajos. Apenas superaban las 1.000 pesetas anuales por término medio, porque parte de su remuneración solía ser una vivienda o su manutención, pero también por la consideración que su trabajo tenía. Todos ellos realizaban actividades que ya existían en la ciudad desde hacía tiempo; ni el sereno de comercio que controlaba los mercados ni el horterero que despachaba en una tienda de ultramarinos eran figuras nuevas en la vida de la ciudad. Tampoco representaban una diferencia con los trabajadores de otras ciudades, donde también eran abundantes. Se ocupaban de servicios que se proporcionaban en cualquier centro urbano y para ellos la condición de capital de Madrid apenas influía en su condición de trabajadores. Eran, sin duda, los sectores más humildes de los empleados, en una situación que se confundía con la de los aprendices y oficiales de artesanos, los jornaleros y los criados de toda la vida.

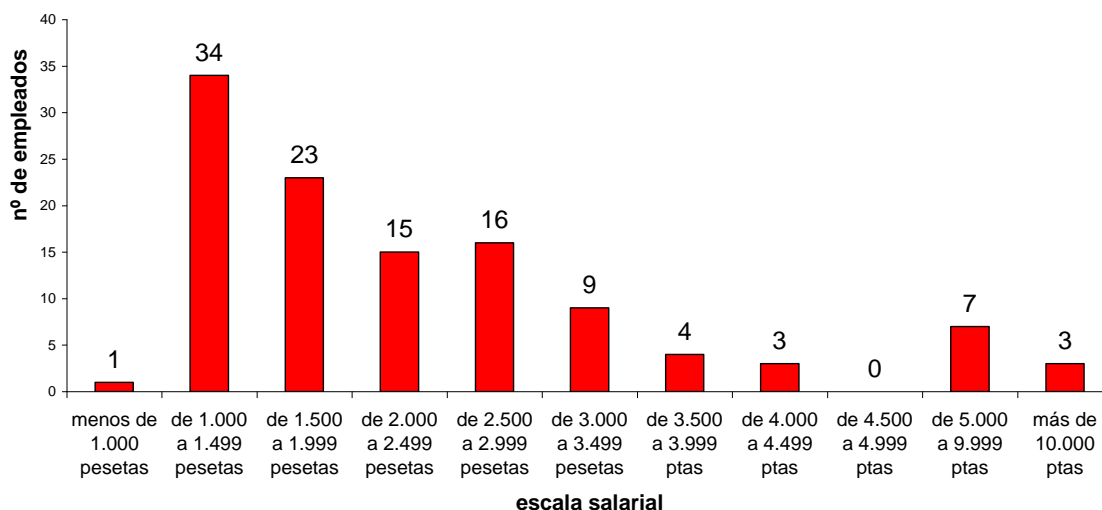
El segundo grupo en importancia por su número dentro los trabajadores de los servicios eran los funcionarios del Estado, que aglutinaban al 13% de todos los empleados del Ensanche Norte en 1880. Si además se les añadía los oficinistas y diversos empleados de la administración municipal y de la diputación provincial, los trabajadores de la enseñanza y los de los tribunales, la proporción aumentaba hasta casi una tercera parte de todos los empleados (el 27,02%). El sector público se destacaba así como una de las principales vetas de desarrollo del sector servicios; un ámbito que además se mostraba como el más dinámico en su expansión. El Estado estaba creciendo, estaba multiplicando sus tentáculos en los más diversos ámbitos de la vida pública y cotidiana, desde la enseñanza hasta el control de rentas a través del sistema tributario, desde una justicia cada vez más compleja y refinada en su funcionamiento hasta la asistencia social aún en sus primeros pasos.

Era también un grupo cohesionado dentro de los trabajadores de los servicios, como el que representaban hortereros, guardias y porteros. Pero si en el caso de estos últimos lo más llamativo era la similitud en sus formas y condiciones de vida, entre los empleados públicos lo que imperaba era la heterogeneidad. Dentro de un ministerio o de una dirección general, los puestos de trabajo eran muy variados y diferentes y la escala salarial era muy amplia. En términos generales, un empleado de una institución pública cobraba mucho más que toda esa masa de sirvientes públicos, trabajadores de levita de bajo rango entre los que se encontraban los policías y los conserjes. La media de los sueldos de empleados de los ministerios era de 2.500 pesetas, lo que había de permitirles una posición desahogada con la que vivir. Con esa renta era posible permitirse una gran vivienda en el Ensanche, uno o dos criados para hacer la vida doméstica más cómoda y un amplio presupuesto para gastos corrientes y extraordinarios. Sin embargo, ese sueldo de 2.500 pesetas no dejaba de ser una cifra producto del azar estadístico. Caso a caso, empleado a empleado, las cosas cambiaban.

En el servicio público, fuese cual fuese la dependencia en la que uno trabajara, existía un escalafón fuertemente jerarquizado que se expresaba drásticamente en los salarios. Lógicamente, los que más abundaban eran los empleados de menos categoría; seguramente simples escribientes, contables y técnicos de bajo rango cuyos sueldos oscilaban entre las 1.000 y las 2.000 pesetas. Trabajadores como Florencio Estébanez, el farmacéutico de Chamberí que trabajaba para el Ministerio de la Gobernación y cuyo

salario se quedaba muy lejos de las 2.500 pesetas de media. Pero Florencio era joven, acababa de cumplir los 30 años y podía confiar en que si continuaba su carrera en el funcionariado con los años subiría los escalones que le harían beneficiario de una mayor retribución. La diferencia que existía entre los empleados públicos y los trabajadores del resto de los sectores económicos madrileños, era que entre los puestos más bajos y peor pagados y los de mayor salario no existía esa brecha imposible de salvar que se abría ante los artesanos. Entre el recién llegado a la oficina y el alto funcionario había una gran distancia, como la había entre el oficial de zapatero y el industrial José Soldevilla o el jornalero trabajando en las obras públicas y el gran contratista de obras Mariano Monasterio. Pero si en esos casos las trayectorias de los triunfadores, de aquellos que habían logrado cubrir todas las posiciones intermedias desde el aprendizaje hasta la prosperidad que gozaban el gran fabricante de zapatos y el promotor inmobiliario, podían parecer excepcionales y anecdóticas, no lo eran tanto para los funcionarios. Entre el jefe de administración civil que cobraba 10.000 pesetas y el escribiente de 1.250 pesetas encargado de las tareas más mecánicas del trabajo en una oficina, existían muchas y muy diversas situaciones laborales intermedias.

Gráfico 4.9: salarios de los empleados estatales del Ensanche Norte en 1880



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880.

Las diferencias en el sueldo entre los trabajadores de un ministerio o de cualquier dependencia institucional se debían a diversos factores. Para comenzar, contaba la preparación técnica previa y los estudios con que se contara; un ingeniero no aspiraba a lo mismo en la carrera funcionarial que alguien que únicamente pudiese presentar los estudios básicos que le permitían manejar cuentas y escritos. Tampoco entraban en la misma posición; al ingeniero se le podía conceder de entrada un puesto de la más alta responsabilidad, en la dirección o diseño de unas obras públicas, mientras que el mero escribiente comenzaba desde las posiciones más bajas. Después era el grado de experiencia y los servicios ya prestados en la Administración lo que podía facilitar un ascenso hacia puestos más altos. Cada uno desde su puesto de partida, tanto el ingeniero como el simple empleado, podían aspirar a mejorar su situación, algo con lo que no contaban con tanta seguridad otros trabajadores como los artesanos, los dependientes de

comercio y los porteros de fincas urbanas. Esa confianza en el futuro les unía y les distinguía frente al resto de los trabajadores, sumidos en una época en que predominaba la incertidumbre en las carreras profesionales.

Para los funcionarios estatales el futuro profesional dibujaba un horizonte diferente; si la disolución del mundo de los oficios estaba truncando las expectativas de los artesanos y pequeños comerciantes, borrando los restos de aquella humilde prosperidad que había marcado el carácter de los barrios del norte de la ciudad, un proceso de muy distinto signo pero igual intensidad sostenía el optimismo de los empleados y trabajadores de cuello blanco. Era la construcción del Estado, el desarrollo de la Administración, que por aquel entonces se dejaba notar en Madrid con un vigor y fuerza desconocidos. Aunque los servicios públicos estatales estuvieran aún en sus primeros pasos, aunque se le pudiera achacar al Estado español debilidad y raquitismo en comparación con las vecinas naciones europeas, no por ello era menos cierto que por aquel estaba experimentando un importante desarrollo. La acción de los ministerios y de las oficinas que dependían de ellos cada día se extendía a más ámbitos de la vida; el número de funcionarios y los puestos de empleo público no paraban de crecer... el dinamismo del mercado de trabajo no podía hacer temer a los empleados las penurias que sí sentían los artesanos y jornaleros.

Tabla 4.20: Empleados del Instituto Geográfico y Estadístico en el Ensanche Norte en 1880					
Trabajador del Instituto	edad	Lugar de nacimiento	Profesión	Salario anual	Llegada a Madrid
Felipe García Plaza	19	Cuenca	Topógrafo	1.500	1869
Antonio Sánchez	21	Madrid	Empleado	1.500	Madriileño
Evaristo Rodríguez García	21	Mayorga, Valladolid	Topógrafo	no lo indica	1880
Ildefonso Salazar Cervero	23	Soria	Empleado	1.500	1870
Rafael Marín Sáenz	30	Málaga	Empleado	2.500	1869
Emilio Hernández	32	Toledo	Topógrafo	2.500	1860
Enrique Martínez Ginesta	32	Lugo	Empleado	2.500	1866
Abelardo Lafuente Almeda	33	Málaga	Topógrafo	2.000	1879
Manuel Menéndez Escolar	35	Badajoz	Topógrafo oficial	3.000	1854
Álvaro Ortega Montero	36	Guadalajara	Empleado	2.000	1869
Evaristo García-Chicano Pardo	37	Cádiz	Empleado	2.500	1873
Manuel Acebal Compains	38	Astorga, Leon	Empleado	2.500	no lo indica
Serafín Baroja Zorner	39	San Sebastián	Ingeniero de minas	3.000	1879
Manuel Bosqued Gómez	39	Aguadón, Zaragoza	Empleado	3,5 pesetas diarias	1878
Pablo Teixidó Domingo	41	Tarragona	Empleado	no lo indica	1869
Manuel Pargada Guillén	46	Villamayor, Zaragoza	Militar	3.000	1852
Domingo Ramos Rodríguez	51	Colomera, Granada	Topógrafo	2.500	1850
José Pascual Peñas	52	Galapagares, Soria	Topógrafo	2.500	1856
José María de la Torre Díaz	52	Madrid	Empleado	4.000	madriileño

Elaboración propia a partir de las hojas de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880

El Instituto Geográfico y Estadístico ilustra elocuentemente cómo la condición madrileña de capital del Estado dinamizó el mercado laboral de la ciudad generando múltiples empleos en el sector servicios. Esta institución, cuya sede se alzó en los límites del norte de la ciudad, fue creado en 1870 como una oficina dependiente de la Dirección General de Estadística del Ministerio de Fomento. Entre sus funciones se encontraban las tareas necesarias para la elaboración de cartografías militares e institucionales, y las relacionadas con las de elaboración de censos, catastros y demás estadísticas oficiales. A ellas se fueron añadiendo nuevos cometidos como el del servicio de pesos y medidas oficiales y la institución pronto pasaría a constituir una dirección general propia dentro del Ministerio de Fomento. El Instituto se convirtió en una de las dependencias administrativas más florecientes de un Estado que, en su modernización y creciente complejidad, requería cada vez más información estadística sobre sus habitantes y sobre la riqueza real del país⁶⁶.

En las cercanías de 1880 aparecían registrados en el Ensanche Norte 19 trabajadores del Instituto Geográfico y Estadístico, que señalaban diversas ocupaciones y profesiones que se enmarcaban en la institución. Predominaban los que se declaraban con la lacónica y aséptica denominación de empleado, pero también los había que eran topógrafos, técnicos encargados de la medición y del trabajo de campo. Ellos componían el grueso de los trabajadores del Instituto, el escalón más bajo de la pirámide. Sin embargo, los sueldos en la función pública eran elevados, y todos superaban las 1.000 pesetas anuales. Por lo que parecen sugerir los datos de los trabajadores del Instituto, normalmente se comenzaba cobrando alrededor de las 1.500 pesetas y a medida que se progresaba en la carrera profesional el sueldo iba aumentando. Salvo casos excepcionales, a partir de los 30 años, los empleados del Instituto Geográfico y Estadístico solían percibir más de 2.500 pesetas, sin hablar de aquellos que por su mayor cualificación, fundamentalmente ingenieros, podían aspirar a salarios aún más altos.

Uno de los efectos más llamativos de la calidad y buena remuneración del empleo en este centro administrativo fue el poderoso influjo que produjo sobre profesionales de todos los rincones de España y que decidieron encaminar sus pasos hacia la capital para integrarse en la institución. De los 19 trabajadores del Instituto residentes en el Ensanche, sólo 2 eran madrileños; el resto habían nacido en otras provincias, y seguramente la mayor parte había inmigrado ex profeso, atraídos por la oportunidad de incorporarse a la administración central a través del Instituto. Un caso bien conocido es el de Serafín Baroja, que residió temporalmente en 1880 en una de las principales vías del Ensanche Norte. Su hijo Pío relata en sus memorias los avatares de su infancia, al rebufo de los traslados de empleo de su padre⁶⁷. En 1879, cuando Pío tenía siete años, la familia Baroja se trasladó desde San Sebastián a Madrid, pero duraron poco en la capital y en 1881 se dirigieron a Pamplona donde don Serafín pensaba que se desarrollaría mejor la educación de sus hijos. Más tarde, en 1886, el patriarca de los Baroja fue promovido a jefe de minas de Vizcaya y su mujer e hijos abandonaron la ciudad navarra para volver a Madrid. La familia se separaba para que los hijos completaran sus estudios de bachillerato y comenzaran los de la Universidad en la capital. Años después se tuvieron que trasladar a Valencia mientras Pío terminaba su formación como médico, un nuevo abandono de la capital que le lanzaría

⁶⁶ Este crecimiento y desarrollo de los servicios estadísticos como una de las principales acciones de gobierno han sido retratados para el ámbito europeo por JOYCE, Patrick: *The Rule of Freedom. Liberalism and the modern city*. London – New York, Verso, 2003

⁶⁷ BAROJA, Pío: *Desde la última vuelta del camino*. Madrid, Tusquets-Caro Raggio, 2006, vol. I, pp. 297 y ss.

definitivamente a la vida errante de la que tanta gala haría el escritor vasco y que le llevaría primero a ser médico de pueblo en Guipúzcoa y luego novelista y periodista autodidáctica en París y Londres. Y aunque Baroja se lamentara habitualmente del poco éxito que tuvo como escritor, periodista o industrial panadero, sus viajes y los de su familia dan testimonio de migraciones e inserciones en el mercado laboral que poco tenían que ver con los de las legiones de jornaleros que constantemente fluían a la capital, más empujados por la necesidad que por la voluntad de aventuras. Y es que, por marginal y excepcional que fuera, también existía ese grupo de trabajadores en Madrid, que como los Baroja, aprovechaban las oportunidades que ofrecían la abundancia de puestos de trabajo en el mundo de los empleados y de las profesiones liberales para realizarse y prosperar.

En 1880, el mundo del trabajo en Madrid se encontraba en una encrucijada. El gran remolino que habían creado las corrientes migratorias al confluir en el centro del país, la ebullición provocada por el auge de los negocios de la construcción tras el Ensanche y el impulso ejercido por la modernización de la administración del Estado, habían acelerado la erosión de la vieja ciudad de otros tiempos. Quizá Madrid no contara con tantas fábricas como Bilbao y Barcelona, y las chimeneas industriales no recortaran tan tajantemente el horizonte como en aquellas otras ciudades. Aún así, no podía decirse que la capital siguiera siendo una ciudad de talleres y artesanos. El oficio, el arte, los gremios, hacía tiempo que se estaban corroyendo; desaparecían y se diluían por el poderoso efecto de una nueva figura llamada a protagonizar el mundo de los trabajadores manuales madrileños: el jornalero. Al mismo tiempo, a pesar de la falta de ese halo industrializador que envolvía otras ciudades, Madrid asistía a transformaciones similares a las que acontecían en las ciudades más típicamente fabriles. La separación entre el taller y el hogar, la tajante división entre el lugar de trabajo y el de residencia, en fin, la distinción propia de los nuevos modos de producción entre tiempo de trabajo y tiempo de reposo, condenaba a las mujeres a la marginación en el mercado laboral. Cada vez más mujeres se vieron relegadas a la ambigua condición de la dedicación exclusiva a “sus labores”. Se las convertía así en víctimas de un sistema injusto de reparto de tareas en el que imperaba la segregación sexual en el trabajo. Los hombres accedían al empleo remunerado y formalmente organizado, mientras que ellas en su mayoría debían cernirse a las labores domésticas y a tareas irregulares que rara vez eran recompensadas con un salario y, cuando lo era, solían ser cantidades escasas y pagadas de forma irregular. Eran trabajadoras pero mal retribuidas. Porque trabajo también era, e igual de importante, asegurar la buena alimentación de sus familias, garantizar que tuvieran ropa limpia en buen estado cada día y asistirlos cuando caían enfermos. Otra cosa muy distinta es que sus esfuerzos fueran reconocidos socialmente.

Madrid era una ciudad de mil caras y junto a los grandes procesos de transformación cabe destacar los pequeños movimientos que contradecían la línea general de evolución. Ni todos los artesanos cayeron en la decadencia ni todas las mujeres se vieron expulsadas tan violentamente del mercado laboral. Ahí estaban los fotógrafos, los maquinistas y los tipógrafos. Ahí se podía encontrar, en los barrios populares de la ciudad, a las cigarreras con su peculiar estilo de vida. En Madrid, muchas veces, cuando se cerraba una puerta, se abría otra. La que ofrecía un camino más esperanzador para el futuro era la que se abría al mundo de los empleados y de los trabajadores en los servicios. La hoja apenas se había abierto, pero dejaba entrever un

resquicio de luz que anunciaba el porvenir de la vida económica de la ciudad. Ya había signos llamativos de que el futuro de la capital no se resolvería necesariamente en la pugna entre la resistencia de los artesanos y la llegada del mundo industrial. El destino de Madrid estaba indisolublemente unido a su condición de capital, de centro de administración de recursos y de organización política, social y económica. Aún era pronto para proclamar su condición de ciudad de servicios, pero ya había muestras evidentes de que los empleados y los trabajadores de cuello blanco se afirmaban como actores de igual o mayor protagonismo que los obreros y los artesanos. La persistencia de las viejas formas de organización del trabajo era fuerte; los talleres y los comercios familiares resistían, pero poco a poco parecía más claro que sucumbirían ante un nuevo mundo de ministerios, grandes compañías y sociedades anónimas.

CAPÍTULO 5:

UN ARRABAL UNIDO:

FAMILIA, BENEFICENCIA Y ARTICULACIÓN SOCIAL EN LOS NUEVOS BARRIOS DEL ENSANCHE NORTE

Historia de dos familias: estructura del hogar, comportamiento familiar y condiciones sociales en el Madrid del siglo XIX

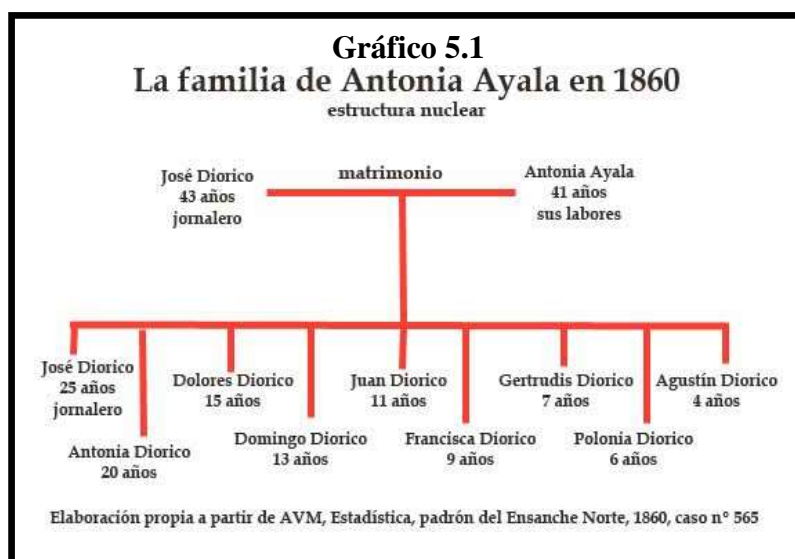
Antonia Ayala y Benigno Castro se habían cruzado un lejano día del invierno de 1859. Fue un encuentro sin demasiada trascendencia. Ella acudía apurada a la farmacia, a por un medicamento más de los que le había estado recetando el médico de la Beneficencia municipal a su hija Polonia, afectada de un catarro pulmonar. Benigno le atendió como a tantas otras madres de familias pobres que pasaban por su establecimiento. Era el encargado de distribuir los medicamentos gratuitos entre los habitantes del barrio que tenían derecho a ese servicio. Quizá la reconociera porque la mujer ya hubiera acudido antes a su botica, pero también era probable que la confundiera con tantas otras esposas de jornaleros que pululaban por el arrabal. Uno y otra pertenecían a mundos muy distintos. Aunque ambos eran inmigrantes, su forma de llegada a la ciudad se había producido en circunstancias muy diferentes: Benigno Castro había acudido a labrarse un futuro, Antonia Ayala, junto a su marido e hijos, venía huyendo de la pobreza. La ciudad no se había portado de la misma forma con cada uno de ellos. El farmacéutico regentaba un negocio próspero, sin duda había ganado con el cambio, al trocar su Salamanca natal por la gran capital. Antonia Ayala no podía decir lo mismo: puede que no le quedara otra salida el día que salió de Novelda, en Alicante, junto a su marido José y su hijo recién nacido, cuando partieron apenas habían cumplido los veinte años. No había nada que comer allí, no había nada de lo que vivir y se vieron empujados a deambular por los caminos en busca del pan que les faltaba. Primero recalaron en Fuencarral, luego en Chamartín de la Rosa, finalmente en Chamberí, y en cada pueblo tuvieron varios hijos, hasta sumar los nueve que albergaba su casa en una de las zonas más pobres del arrabal, y en todos lo pueblos fueron pobres, jornaleros, trabajadores sin cualificación y sin un sueldo seguro. Tanto habían andado para seguir igual que en la puerta de su casa.

Benigno y Antonia pertenecían a mundos distintos pero no irreconciliables. A pesar de tan distantes condiciones sociales, a pesar de que no viviera ni con las mismas preocupaciones el boticario enriquecido que la afanosa ama de casa, entre la vida cotidiana de uno y otro había puntos de intersección. El farmacéutico rara vez se adentraría en las tristes y pobres calles de detrás de la iglesia donde Antonia vivía junto a su familia. Y esta, cuando se paseaba por la calle Santa Feliciano o la de Sagunto, tan rectamente trazadas y bordeadas por sus confortables edificios, seguro que caminaba timorata, sintiéndose intrusa en un entorno al que no pertenecía. Aún así, Benigno y Antonia residían a tres manzanas de distancia. Tan sólo trescientos metros separaban sus respectivas viviendas y, al menos, en 1859 se presentaban algunas ocasiones para que establecieran contacto, como aquella mañana en que la humilde ama de casa acudió a la farmacia. Eran encuentros breves pero que demostraban que las vidas de la inmigrante pobre y del boticario próspero, aunque diferentes, no se desarrollaban del todo segregadas.

La gran transformación que experimentó Madrid entre 1860 y 1880, y de manera muy acusada el arrabal de Chamberí, no les afectó de la misma manera. Las consecuencias de la apertura de la ciudad, de la construcción de los nuevos barrios, de esa llegada en

riada de inmigrantes, de la progresiva sustitución del barrio de humilde prosperidad de pequeños tenderos y patronos por otro en que el jornalero era la figura laboral y social hegemónica, no repercutió de la misma forma en las vidas de Benigno y Antonia. Mientras el primero, que partía de una situación mejor, consiguió adaptarse a la corriente y aprovechar su fuerza para avanzar hacia una mejor situación, la pobre Antonia parecía que, más que navegar, se dejaba arrastrar por la riada y que sólo con grandes esfuerzos no perecía ahogada. Basta comparar sus vidas entre 1860 y 1880, paralelas en lo geográfico porque eran vecinos, pero tan divergentes en su contenido por el destino que una y otra tuvieron.

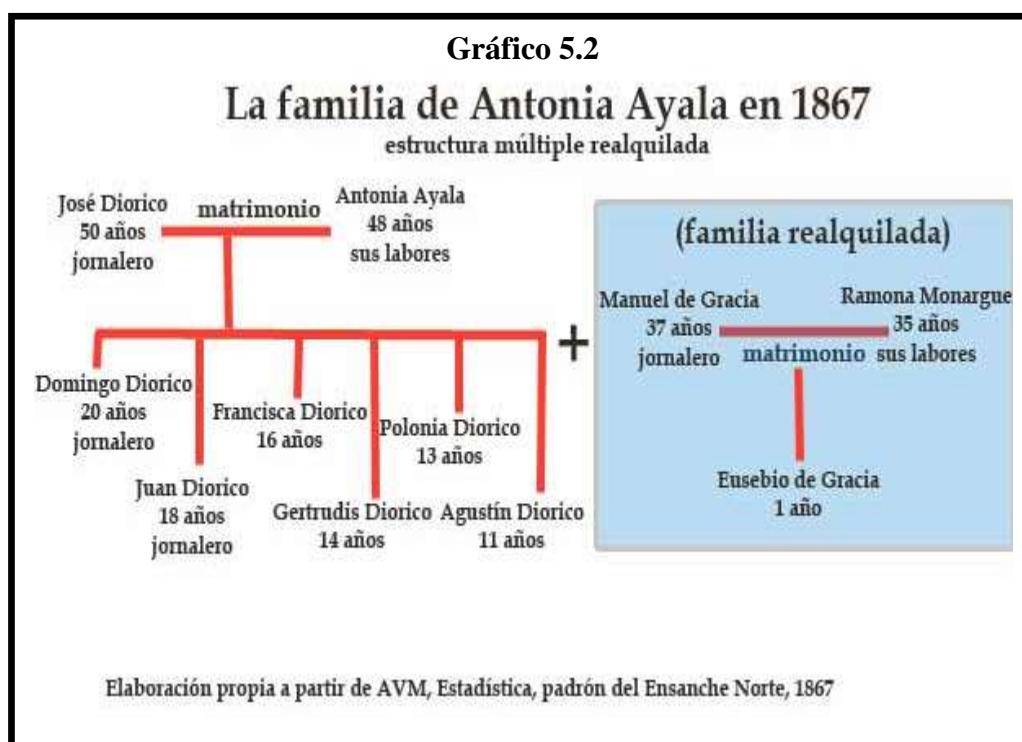
Entre 1860 y 1880 a Benigno se le pudo ver agrandar su negocio, luchar contra la Administración central por la pervivencia del barrio y vencerla con ayuda de sus vecinos, derribar su vieja casa y construirse una nueva sin grandes lujos ni bombines inodoros como los del palacio de Indo, pero decente y agradable... su pequeña hija Carolina creció sin sobresaltos ni dramas, acudió a la escuela y con el tiempo se casó con uno de los mancebos de la botica, un joven prometedor y que apuntaba maneras para perpetuar la saga de los Castro al frente de la farmacia más importante de Chamberí; Florencio había llegado incluso a superar a su suegro en la carrera de farmacéutico, con aquel empleo que tenía en el Ministerio de Gobernación. La semilla que Benigno y su mujer Ramona pusieron al llegar a Chamberí e instalar el negocio, había fermentado y el árbol familiar crecía con vigor y se ramificaba. En 1880, el hogar de los Castro bullía de juventud, con Benigno aún con fuerzas para trabajar, su mujer Ramona siempre a su lado, Carolina y Florencio con todo el futuro aún por delante a sus treinta años y dos nietos recién nacidos corriendo entre la cocina, los cuartos, la trastienda y la botica.



El devenir del hogar de Antonia Ayala transcurrió por un sendero muy diferente en aquellos años. Antonia había llegado con su marido José Diorico y nueve hijos a sus espaldas en 1856. Desde entonces no se movió de la casa baja en que se instalaron en la calle Balmes y en la que al principio se apiñaban los once miembros de la familia. Juntar los 60 reales de alquiler mensual que tenían que pagar era difícil, pero la unión hacía la fuerza en la casa de los Diorico – Ayala. Cuando Antonia y José llegaron a Madrid, algunos de sus hijos ya habían cumplido la edad para trabajar y obtener un salario, especialmente el mayor José, que tenía 21 años y que era jornalero como su padre. Antonia, que era la segunda hija, tenía 16 y podía ganar unas cuantas monedas como costurera en un taller o a domicilio, de la misma manera que hacían tantas otras jóvenes a

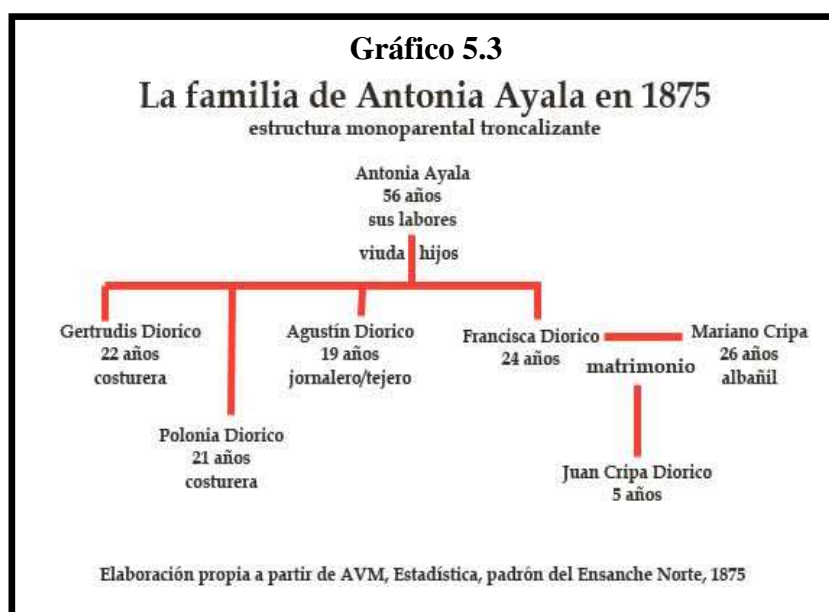
en la ciudad. Con eso, con el sueldo del padre y con las monedillas que pudiesen conseguir el resto de los niños trabajando como aprendices o mozos en cualquier sitio, la familia fue tirando en sus primeros tiempos en la capital. Eran muchos. Once bocas que alimentar era todo un problema para cualquier presupuesto familiar, pero tenían sus veintidós brazos con los que trabajar y ganar un sueldo. Mientras el equilibrio se mantuvo, la vida aunque apretara no ahogaba en la modesta casa de la calle Balmes¹.

Tal situación duró sólo unos pocos años. Los hijos podían ser una bendición en aquel momento, porque comenzaban a traer sueldos a casa, pero Antonia y José sabían que era por poco tiempo. A diferencia de Benigno, que llegó sólo a la capital y vio crecer como un árbol vigoroso a su propia familia, Antonia estaba condenada a verla desaparecer y disgregarse por las mil y una calles de Madrid. Ella, que había llevado en las entrañas a aquellos nueve muchachos, que les había dado la vida y los había defendido ferozmente cuando la muerte amenazaba, como aquel invierno en que ella y la pequeña Polonia debieron luchar contra el catarro, se debía hacer a la idea de que irían desapareciendo para dejarla sola en su vejez y no rodeada de nietos como al boticario. Tarde o temprano se irían casando, tendrían a su vez hijos y problemas para sacarlos adelante y se verían obligados a buscar su propio camino, como habían hecho ella y Antonio el día que salieron de Novelda para no volver más. En 1862, a los 6 años de instalarse en el arrabal de Chamberí, comenzó el goteo. José, el mayor de los hijos, que tenía ya 27 años, se marchó de casa; al tiempo lo hizo Antonia, que tenía 22, en 1867 los siguió Dolores, también al cumplir los 22 años. El padre tenía ya 50 años, la madre 49 y la familia de un plumazo había sufrido una reducción drástica de sus componentes; los 11 se habían convertido en 8, y aunque ya no había que llenar tanto el puchero también era verdad que había menos con que hacerlo. Había menos sueldos con que comprar la comida y pagar el alquiler.



¹ La reconstrucción de la historia familiar de los Diorico-Ayala que se presenta a continuación, elaborada a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, casa de Calle Balmes 8-10, años 1860, 1862, 1863, 1865, 1867, 1868, 1871, 1872, 1875, 1877, 1879-1881.

Antonia y José entraban en una nueva etapa de su vida en aquel año de 1867. Hasta entonces, la máxima preocupación de su matrimonio había sido sacar adelante a aquella legión de hijos que habían tenido. Ya no había gran riesgo; el más pequeño de todos, Agustín, había cumplido 11 años y podía desenvolverse solo en el mundo del trabajo y traer de vez en cuando un real a casa. Ahora lo que tenían que pensar era en cómo sobrevivir sin ellos. Los tres mayores se habían ido y a partir de ahora sería una cascada de abandonos. No es que la casa se les quedara grande, seguían siendo suficientes como para sentirse apretados. Lo que pasaba es que sin los sueldos de sus hijos emigrados, el alquiler se les quedaba alto. Así que decidieron llenar la ausencia de sus vástagos abriendo la puerta del hogar a una familia de desconocidos: el sitio que habían dejado libre José, Antonia y Dolores fue ocupado ese año de 1867 por Manuel de Gracia, un jornalero de 37 años, su mujer Ramona y el hijo recién nacido que el matrimonio tenía. Con lo que pagaban por el cuartucho, se podía compensar la pérdida de los salarios de los hijos mayores ausentes; de nuevo la vivienda de la calle Balmes bullía de vida, de nuevo eran once en la casa, aunque fuera al precio de instalar en realidad dos hogares en uno. A partir de entonces Antonia y José se tuvieron que acostumbrar a esta peculiar forma de vida; a realquilar alguno de los cuartos de la casa a otra familia humilde y a compartir el espacio con ellos. También vieron como progresaba la disolución de su numerosa familia y cómo, año a año, algún hijo cruzaba la puerta de casa para vivir su propia vida y combatir sus propias preocupaciones. En 1868 fue Juan, que había cumplido 21 y en 1871 Francisca, que tenía entonces 20. La prole se estaba quedando en nada, de los nueve hijos ya sólo les acompañaban cuatro.



Aún le esperaba otro gran cambio a la familia de Antonia Ayala; quizá el más drástico y el que iba a acelerar la disgregación de la familia. Justo cuando se fue la hija Francisca, su marido José murió. Tenía 55 años; llevaba más de 30 fuera de su pueblo y muchos más trabajando de jornalero, en lo que fuese, en lo que encontrase, con tal de que le aportara unas monedas con las que alimentar a sus numerosos hijos. Nunca había pasado de ahí, de ser un trabajador manual sin cualificación y sin trabajo fijo, aspirando como mucho a obtener ocho reales por día. Tampoco parecía que sus hijos fueran a llegar a mucho más. Dejaba cuatro acompañando a su viuda por aquel entonces: Juan con 22 y Agustín con 15 decían ser tejeros, probablemente empleados en una de las fincas ruralizantes que aún subsistían en las afueras del norte de Madrid; Gertrudis con 18 y Polonia con 16 se

declaraban costureras. Especialmente los varones parecían abanderar la resistencia del viejo arrabal de aire pueblerino ahora que se estaba convirtiendo en barrio urbano; aferrados a su trabajo, nada indicaba que las grandes transformaciones que experimentaba la ciudad se les fueran a contagiar ni que pudieran beneficiarse de ellas como lo hacía el yerno de un boticario. Nunca serían nada más que lo había sido su padre; no podían soñar con salario más altos porque no tenían un oficio ni un aprendizaje como el que había salvado a Largo Caballero al convertirse en estuquista y, desde luego, ni se les ocurría pensar en acceder a un vulgar puesto en la Administración porque ni siquiera habían aprendido a leer.

Los hijos no iban a sacar de pobre a Antonia en su viudedad. A lo máximo que podía aspirar era a compartir con ellos los sufrimientos y a que le acompañaran en su vejez. La niña Francisca, por ejemplo, que se había marchado cuando la muerte del padre, volvió unos años después a la calle Balmes. Lo hacía acompañada de Manuel, su marido, un albañil de 26 años con el que había tenido un niño. De nuevo los Diorico Ayala se unían para hacer fuerza; la madre de todos, Antonia, necesitaba a su hija casada y su yerno para pagar el alquiler, y sin ellos seguramente habría recurrido a cualquier otra familia con pocos recursos como para aceptar la pequeña habitación disponible. La hija Francisca estaba dando sus primeros pasos como esposa y madre y, seguramente, con la vuelta al hogar materno buscaba la experiencia y la ayuda de su progenitora para que fuese menos duro su camino por la vida adulta. Precisamente ese mismo año de 1875, a tan sólo trescientos metros, también Benigno acogía al matrimonio de su hija, pero la situación era bien diferente. Mientras al boticario y a su yerno les unía la prosperidad y el negocio, a Antonia y al suyo les juntaba la necesidad; para Benigno era el comienzo de una feliz vida familiar, para la sacrificada ama de casa viuda era uno de los últimos momentos de convivencia con los miembros su propia sangre.

En 1881, tras varias piruetas más deshaciendo y recomponiendo su hogar, Antonia Ayala seguía viviendo en la calle Balmes en estrecha compañía y abultado número. Eran siete en total entre aquellas cuatro paredes, pero sólo mantenía a sus dos hijos menores junto a ella: Polonia de 26 años, que trabajaba como criada, y Agustín, ya hecho todo un jornalero de 25. El resto lo completaban cuatro realquilados sin aparente relación entre ellos con diversas edades y dedicaciones: una lavandera viuda de 63 años, dos jornaleros solteros de 20 y 51 años y un albañil también soltero de 21. Antonia, por su parte, ya tenía 62 y como en los últimos veinte años que había rellenado la hoja de empadronamiento, se declaraba como una mera ama de casa, escondiendo tras tal denominación una vida de constantes esfuerzos por sacar adelante a su numerosa familia. Le quedaba poco tiempo de vida y pocos hijos a su lado; estaban muy lejos los tiempos en que los nueve estaban junto a ella y José, en que eran una familia unida ante la carestía de la vida en la gran capital. Era ley de vida, al menos entre ellos, entre los inmigrantes pobres de la capital, que el paso del tiempo acabara erosionando los lazos familiares hasta hacerlos desaparecer y los disolviera en esa peculiar amalgama entre viudas y realquilados.

La vida familiar en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX

Las familias de Antonia y Benigno pasaron por trances similares a lo largo de aquellos años y aún pasarían por situaciones comunes; los hijos de ambos crecían y se casaban, nacían los nietos, también algún día la muerte llamaría a la puerta de la feliz familia de la calle Santa Feliciano. Los hogares de Antonia y Benigno adquirieron formas parecidas en aquel tiempo. Hubo momentos en que fueron hogares nucleares, en los que sólo vivían los padres y sus hijos; en otras ocasiones se les pudo considerar como hogares troncales, porque en ellos convivían hasta tres generaciones: las que formaron el matrimonio

original, sus hijos y yernos y los nietos. Pero ahí acababa toda posible coincidencia porque las circunstancias en que cada una de estas estrategias familiares se habían puesto en marcha habían sido muy diferentes en las vidas de Antonia y Benigno, también lo habían sido las causas y motivaciones que les empujaron a organizar su hogar de una u otra manera.

Al acercarse al estudio de la familia en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX cabría dejarse llevar por la tentación de afirmar que existía un tipo de hogar dominante en la ciudad. Que existía una pauta característica y típica de organizar la vida en familia, unas costumbres comunes a todos los habitantes de la capital que fijaban el número de hijos que se consideraba conveniente tener, la edad a la que era lógico casarse y el tipo de parientes a los que era decente franquear la puerta y a los que no. Así parecen indicarlo los datos, que delatan una importante mayoría de hogares cuya composición entraba dentro de la órbita de la familia nuclear².

Tabla 5.1: estructuras familiares en el Ensanche Norte 1860-1880				
tipo de familia	estructuras familiares en 1860		Estructuras familiares en 1880	
	Número de familias	%	Número de familias	%
Solitario	57	4,99	228	4,34
familiares sin núcleo	28	2,45	142	2,71
Pareja	178	15,59	805	15,34
monoparentales	69	6,04	324	6,18
Nuclear	462	40,46	1901	36,22
total nucleares	709	62,08	3030	57,73
Extensa	115	10,07	728	13,87
Troncal	24	2,10	105	2,00
Múltiple	14	1,23	85	1,62
total complejas	153	13,4	918	17,49
realquilados sin núcleos	39	3,42	138	2,63
Pseudoextensas	93	8,14	322	6,13
Múltiple realquilados	53	4,64	430	8,19
total realquilados	185	16,20	890	16,95
Dudosos	10	0,88	41	0,78
total familias	1142	100,00	5249	100,00

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrones del Ensanche Norte, 1860 y 1880.

El grupo más numeroso de hogares del Ensanche Norte, tanto en 1860 como en 1880, eran aquellos compuestos sólo por un matrimonio y su descendencia, es decir, familias nucleares. A ellos había que unir un gran número de viviendas en que sólo se empadronaban marido y esposa, ya porque estuvieran recién casados y no hubieran tenido

² La reconstrucción de la composición de los hogares del Ensanche Norte en 1860 y 1880 se ha hecho a partir de los datos contenidos en cada una de las hojas de empadronamiento de dichos años. La clasificación de hogares utilizada sigue, con ligeras modificaciones, el modelo usualmente aplicado en historia de la familia y que introdujo la investigación comparativa dirigida por LASLETT, Peter: *Household and Family in Past Time*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972; véase del mismo autor, *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*, Madrid, Alianza Editorial, 1987. Tal modelo de clasificación subraya la diferencia entre familias nucleares, troncales y múltiples. En la clasificación presentada en esta investigación y en el resto de las realizadas por el grupo de investigación en la que esta tesis se inserta, añade además la presencia de realquilados como un criterio de definición de la estructura familiar y así surgen nuevas tipologías como las de familia pseudoextensa o familia múltiple realquilada.

aún hijos, ya porque éstos hubieran abandonado el hogar materno. Aunque no se ajustaran a la estructura de la familia nuclear completa, acabarían adoptando esa forma o ya la habían adoptado. Lo mismo los hogares monoparentales, integrados en su mayoría por mujeres viudas con sus hijos; no dejaban de ser hogares nucleares en procesos de disolución; familias que habían perdido a uno de sus fundadores, en la mayoría de los casos al marido, y que ya anunciaban su futura disgregación.

Los hogares integrados por parejas, matrimonios con hijos y viudas y viudos con algún descendiente todavía conviviendo con ellos, entraban todos dentro de una lógica de funcionamiento nuclear. También lo hacían la gran mayoría de las familias extensas, que estaban compuestas por uno de estos tipos de familia nuclear completa o en formación al que se añadía algún familiar de la extensa parentela: el típico cuñado o cuñada que, siendo soltero, se decidía a ir a vivir con la familia de su hermana; o la suegra viuda, que al perder al marido, era acogida por su hija ya casada para asistirle en sus años de vejez y pobreza. Vivir en soledad era una rareza en el siglo XIX por muchas razones. Primero por una mera cuestión de supervivencia; porque pocas personas podían mantenerse con su solo trabajo; segundo porque la soltería sufría del suficiente descrédito y era objeto de poderosos prejuicios sociales como para que el que pudiera permitírselo acabara optando por irse a vivir con algún pariente antes que hacerlo en solitario o con la única compañía de los criados³. Independientemente de las razones, el caso era que el que estaba soltero, viudo o el que no había logrado casarse, solía tener a mano una familia en la que alojarse, con la que compartir el día a día antes que acabar en el asilo en el caso de los más pobres o en soledad en el de los más afortunados⁴.

Parecía que la familia gozaba de buena salud en el Ensanche Norte, lo que era un fenómeno destacable. Se podría haber pensado que el rápido ritmo de crecimiento que conocía Madrid a golpes de inmigración se habría traducido en una cierta desestructuración familiar; que en la gran ciudad se disolvía la tradicional vida en familia y cundía un cierto abandono de las formas. Que tanta mezcla, tanto inmigrante, tanta gente que había abandonado el lugar donde había nacido, dejando atrás familiares y vecinos para adentrarse en la masa anónima de la ciudad, tendría que haber desembocado necesariamente en el desorden y la irregularidad. Que en vez de familias de padres, madres e hijos uno se fuera a encontrar extrañas amalgamas de desconocidos, inmigrantes que, empujados por la pobreza, hubiesen acabado en un confuso hacinamiento, en que gentes de todas las edades y todas las procedencias se mezclaban sin orden ni concierto. Más bien sucedió todo lo contrario. De hecho, entre los habitantes de Chamberí no sólo era raro que existieran los hogares compartidos por personas que no tenían ninguna vinculación, sino que con el crecimiento del barrio su presencia tendió a reducirse. En 1860, las viviendas habitadas por personas entre las que no existía ningún tipo de vinculación familiar eran sólo el 3,42% de todos los hogares del Ensanche Norte; en 1880 eran el 2,63%.

³ Al desprestigio de la soltería en la España de la Restauración se refiere MUÑOZ LÓPEZ, Pilar: *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pág. 153 y ss.

⁴ La acogida de miembros ajenos al núcleo pero pertenecientes a una parentela más o menos extensa es una práctica inherente a la familia nuclear, un ejercicio de solidaridad que le es propio y que ha sido ya muchas veces descrito desde el estudio pionero de REHER, David Sven: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1900*, Madrid, CIS-Siglo XXI, 1988; a ello también se refiere MUÑOZ LÓPEZ, Pilar: *Sangre... Ob. Cit.* pp. 173-174. Para un estudio más detallado de estas prácticas de solidaridad en las familias madrileñas CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008, pp. Existen estudios específicos al respecto como el de PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, Pilar y PAREJA ALONSO, Arantza: "Envejecer solos o en familia: una aproximación al caso de Bilbao, 1825-1935" en *Revista de Demografía Histórica*, Vol. 12, nº 2-3, 1994, pp. 317-341.

Lo que sí había era muchos hogares en que además de la familia se incluía algún realquilado; un extraño al que se le cedía una habitación o un jergón a cambio de que pagara parte del alquiler. Era una estrategia que aliviaba las necesidades de gentes en muy distinta situación; por un lado familias como la de Antonia Ayala que, al envejecer y perder alguno de sus hijos, ya no eran capaces de hacer frente al pago del alquiler y recurrían a la práctica del hospedaje. El huésped podía ser un recién llegado, un inmigrante que hubiese acudido a la ciudad en solitario y que careciera aún de vínculos familiares en la ciudad, o alguien que puntualmente se encontrara solo. En este tipo de familias pseudoextensas cumplía la misma función que los cuñados, sobrinos y suegras en las familias nucleares extendidas: venían a llenar un hueco en la familia pero su integración en el hogar, en vez de realizarse por la solidaridad que creaba los vínculos de parentesco, se sellaba con un intercambio económico de por medio⁵. Al huésped se le hacía hueco porque pagaba su parte de alquiler, como al cuñado, la hermana o la madre acogida en casa se le suponía que echaría una mano y en el sostenimiento de la economía del hogar. En realidad, había muchas similitudes entre ambas situaciones: quizá Antonia Ayala, en los días tras la muerte de su marido, prefiriese compartir su pobreza con la familia de su hija Francisca y su yerno el albañil, pero si no era posible, no tenía ningún problema en realquilar habitaciones a desconocidos como repetidamente hizo en su vejez.

Otra práctica frecuente para abaratar los gastos de alquiler era que dos familias distintas, sin aparentes vínculos de parentesco entre ellas, se aliasen para compartir una misma vivienda. Eran los hogares múltiples realquilados en que varios matrimonios, con hijos o sin ellos, convivían bajo un mismo techo, compartiendo estancias y alquiler. Su presencia aumentó en las calles de Chamberí entre 1860, cuando eran el 4,64% de todos los hogares, y 1880, momento en que representaban el 8,19%. Pero tampoco eran un verdadero signo de desarraigo ni de disolución familiar. Aunque gentes sin vínculos familiares entre sí compartieran alguna habitación, no había demasiado mezcla entre ellos. Seguían siendo familias separadas, aliadas temporalmente contra la carestía de la vida, pero que tarde o temprano se separarían de la misma manera y con la misma rapidez con que se habían juntado. Si acaso, tanta familia amontonada en una misma vivienda, podía ser signo del encarecimiento de la vida en Madrid y muy particularmente en sus afueras del norte. El paso de arrabal a zona de Ensanche había supuesto un gran cambio en el paisaje residencial de los nuevos barrios madrileños. Aunque persistían las modestas casas bajas de antaño, los nuevos edificios de alquiler, contruidos siguiendo las normativas del Ayuntamiento y lastrados por el alto precio que había alcanzado el suelo, tenían un alquiler más alto. Incluso las viviendas eran más grandes y amplias. Por todo ello eran más caras y muchas veces la única forma de que fueran ocupadas era dividir las entre varios inquilinos. Pero vivir tras la misma puerta no era necesariamente mezclarse y lo más seguro es que, entre dos matrimonios que compartían casa, las distancias y las fronteras estuvieran muy bien delimitadas.

La gran ciudad no parecía haber erosionado demasiado la vida familiar. Otra cosa es que la hubiera flexibilizado y que las rígidas estructuras que la encuadraban se desdibujaran. Antonia Ayala y su marido José Diorico podían tener ciertos valores sobre

⁵ El hospedaje es una estrategia para aumentar los ingresos del núcleo familiar en el que de hecho la esposa y las hijas desempeñaban un empleo sumergido vital para el sostenimiento de la economía familiar. Ha sido magistralmente descrito en la comunidad minera de San Salvador del Valle, por PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, Pilar: *Vivir y morir en las minas: estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína (1877-1913)*, Bilbao, UPV, 1993. Véase también GARCÍA ABAD, Rocío: "Mercado de Trabajo y estrategias familiares en las mujeres durante la primera industrialización vizcaína: el hospedaje", *Vasconia: Cuadernos de historia - geografía*, nº 28, 1999, pp. 93-115 y MIKELAREÑA PEÑA, Fernando y ERDOZÁIN AZPILICUETA, M. Pilar: "Hospedaje y trabajo femenino en Pamplona a finales del siglo XVIII", *Huarte de San Juan. Geografía e historia*, nº 5, 1998, pp.43-62.

cómo había de organizarse la vida en familia; podían participar de una cultura concreta en que se considerara que el hogar ideal era el nuclear, exclusivamente formado por el matrimonio y sus hijos. Y de hecho se esforzaron por vivir de esta manera en sus primeros años en el Ensanche Norte, pero también se tuvieron que adaptar a las circunstancias cuando vinieron tiempos peores. De ser una familia nuclear pasaron a componer un hogar múltiple realquilado cuando más tarde se fueron sus hijos mayores de casa y decidieron compartir la vivienda con otra familia jornalera. Al morir el marido José y regresar una de las hijas con un marido y un nieto, Antonia encabezó una familia monoparental con rasgos de familia troncal y más tarde, al quedarse con sólo dos de sus hijos y admitir unos cuantos realquilados sin familia, la casa de la calle Balmes caía en la clasificación de los hogares pseudoextensos.

La imagen de la familia del siglo XIX que ofrecen las fuentes estadísticas no puede ser interpretada sin tener en cuenta la fluidez con que los hogares cambiaban de estructura y componentes. La familia de Antonia Ayala era en eso más la norma que una excepción; en general, las familias madrileñas de la segunda mitad del siglo XIX no eran estructuras fijas, sino grupos en continuo cambio, en que el número de sus miembros y las relaciones de parentesco o afinidad que establecían entre ellos dependían mucho de su edad biológica y de sus avatares biográficos. Era mucho más fácil componer una familia nuclear cuando los hijos habían alcanzado la edad de trabajar y permanecían en casa porque había más sueldos, como cuando llegaron Antonia y José a Chamberí. Era mucho más difícil cuando faltaba el marido, como cuando Antonia hubo de recurrir frecuentemente a realquilar parte de su casa a otras familias y personas ajenas a su parentela.

Las estructuras de los hogares nos dicen poco sobre la naturaleza de la vida familiar, al menos en el caso de las ciudades. Todos los tipos de organización de la vida en familia formaban parte, al fin y al cabo, de una realidad común. Una misma familia podía adoptar muchas de las diversas formas de organización que aparecían en la ciudad, tal y como demuestra el caso de la familia de Antonia Ayala. Al mismo tiempo, dos familias podían tener estructuras parecidas y representar dos realidades bien diferentes. Los hogares de Antonia Ayala y Benigno Castro tenían el mismo tipo de familia en 1860; eran núcleos restringidos a los padres e hijos, sin embargo no puede decirse que fueran el mismo tipo de hogar ni que funcionaran de la misma manera. La de la esposa del jornalero se veía sometida a constantes cambios y reequilibrios para hacer frente de la mejor manera posible a las duras condiciones que imponía la vida urbana; la del farmacéutico próspero destacaba por su estabilidad y relativa tranquilidad, en una evolución sin sobresaltos que le permitía mantener sus formas de vida y organización prácticamente inalteradas a lo largo de los años.

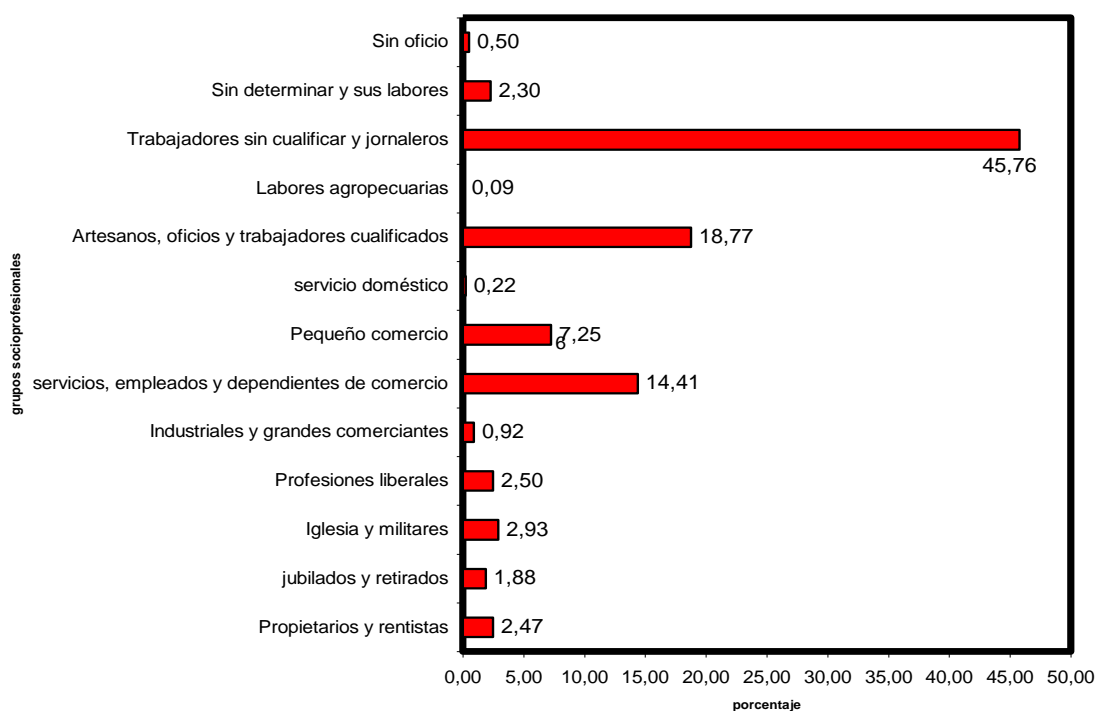
En este sentido, al acercarse a la realidad social del Madrid de finales del XIX, se hace preciso superar los debates en los que se ha movido la historia de la familia en España. Una primera línea de interpretación ha puesto especial énfasis en las relaciones entre las estructuras familiares y los sistemas hereditarios⁶. Con ello se ha logrado trazar un mapa de la familia en la Península dividido en zonas de predominio troncal, caseríos y masías por un lado, y zonas de predominio nuclear y pequeñas parcelas por el otro⁷. El tipo de propiedad de cada zona y la forma de repartirla entre los hijos, habría condicionado por

⁶ Una senda que ha proporcionado fructíferos resultados a partir de la pionera descripción del funcionamiento de la familia en Cuenca de REHER, David Sven: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1900*, Madrid, CIS-Siglo XXI, 1988;; véase también REHER, David Sven: *La familia en España. Pasado y presente*, Madrid, Alianza Universidad, 1996.

⁷ REHER, David Sven: *La familia en...* Ob. Cit. y MIKELARENA PEÑA, Fernando: "Las estructuras familiares en la España tradicional: geografía y análisis a partir del Censo de 1860" en *Revista de Demografía Histórica*, Vol. 10, nº 3, 1992, pp. 15-62.

tanto la vida familiar en las diferentes regiones españolas. Ahora bien, si las parcelas de cultivo y la forma de repartirlas entre la descendencia pudo influir en los entornos rurales, apenas condicionaba la vida de una inmensa mayoría de los hogares de la gran ciudad.

Gráfico 5.4: clasificación socioprofesional de los cabezas de familia masculinos del Ensanche Norte 1880



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte 1880.

La mayor parte de los cabezas de familia del Ensanche Norte no tenían nada que legar a sus hijos y parece poco probable que en su comportamiento familiar estuvieran condicionados por el reparto de la herencia. Desde luego no los jornaleros, que eran casi la mitad de los cabezas de familia de Chamberí en 1880. Aunque quizá hubiera algún artesano con taller abierto que tuviera unos ingresos más o menos abundantes, también sabemos que, por lo general, los trabajadores cualificados se acercaban en sus condiciones de vida y sus niveles salariales más a los jornaleros que a los pequeños comerciantes y propietarios. Tampoco ellos en una gran proporción tenían que preocuparse de repartir nada entre sus hijos, sino eran sus propios saberes profesionales, intangibles e inmateriales y que planteaban menos problemas para dividirlos y distribuirlos. Si acaso las herramientas, si las tenían pero no parcelas de tierra ni grandes capitales ahorrados. Incluso aquellas familias que se situaban situarse en escalones más altos de la sociedad podían mostrarse relativamente independientes de las cuestiones referidas a la herencia, al menos en la manera de organizar el hogar: en las familias de los empleados, aunque pudieran surgir disputas, rencillas y rencores cuando moría el padre y se establecía el reparto de la fortuna acumulada en los años de trabajo, la actividad económica de los miembros del hogar no tenía por qué influir en la estructura que este adquiría. No era como en una familia campesina, en la que se podía privilegiar a uno de los hijos a cambio de que se quedara a labrar las tierras de sus padres. El empleado tenía un capital divisible, un caudal

quizá acumulado en un banco o en letras del Estado que podía repartir a su gusto cuando llegara el momento de hacer testamento.

En las familias en los que estos condicionamientos de la herencia podían influir más en su forma de organizar la vida del hogar, eran las que regentaban un negocio, grande o pequeño, como Benigno Castro. Su yerno e hija residían en la botica y trabajaban en ella como lo hacían las familias del primogénito en un caserío, porque tarde o temprano heredarían el negocio. Lo mismo podía suceder en las tiendas de ultramarinos o en las panaderías; era también muy habitual entre negocios de mayor importancia, como el puñado de deslumbrantes fábricas cuyas chimeneas cortaban el cielo de Chamberí desde mediados de siglo. Los Sanford, que establecieron una de las fundiciones más importantes de Madrid en la prolongación de la calle Fuencarral a mediados de los años 50, son un buen ejemplo. En 1860 vivían junto a la fábrica, en un edificio de su propiedad en la calle Real 7. En un piso William Sanford y su mujer Eugenia Proche, los fundadores de la dinastía. En el otro su primogénito y heredero de la fábrica, William Sanford Proche, casado con Vicenta Ayuso y con la que ya había tenido un hijo, Enrique Sanford. Veinte años después los dos William Sanford de Chamberí habían fallecido; pero seguían viviendo allí sus esposas y un buen número de miembros de la tercera generación de los Sanford, nietos del primer William: Enrique, Vicente y Evaristo. La saga continuaba⁸.

Eran casos excepcionales. La inmensa mayoría de las familias que residían en Madrid se podían abstraer de los problemas que en el futuro podía presentar la herencia. Para bien o para mal, la familia urbana, por su modelo económico y sobre todo por la pobreza de muchas de ellas, gozaba de una mayor libertad en su constitución y no tenía por que atenerse a consideraciones sobre cómo gestionar sus bienes inmuebles entre la descendencia⁹. Sobre todo porque no los tenían, o porque su economía no dependía tanto de ellos. De ahí que el común de las familias madrileñas se pareciera en su funcionamiento y en su evolución más a la de Antonia Ayala que a la de Benigno Castro. No todas las familias estarían sometidas a tantos problemas como la de Antonia, ni deberían realizar tantas contorsiones a causa de las estrecheces de la vida, pero sí que gozaban de una cierta libertad a la hora de elegir su forma y composición que no tenían los campesinos propietarios de su tierra.

La otra vertiente de interpretación de la historia de la familia en la España del XIX ha puesto más énfasis en la forma en que el marco normativo y las mentalidades influían en la composición y comportamiento familiar¹⁰. La nueva legislación liberal, y especialmente el Código Penal de 1870 y el Código Civil de 1889, habrían significado la consolidación final de un modelo de familia en el que se adoptan los valores canónicos de la Iglesia católica y se privilegia la familia nuclear en perjuicio de la familia extensa propia del Antiguo Régimen. Las leyes liberales también habrían consagrado las desigualdades en las relaciones de poder dentro de la propia familia, sancionando en los textos la subordinación de la mujer como hija y esposa a un cabeza de familia que sale reforzado en su condición de máxima autoridad como padre y marido.

⁸ Reconstrucción de la familia Sanford a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860 – casos nº 1.039 y 1.040, 1880 casos nº 4.006 y 4.007.

⁹ A esta independencia se ha referido MUÑOZ LÓPEZ, Pilar: *Sangre, amor...* pág. 83, especialmente al referirse a la falta de un condicionamiento patrimonial en la formación del matrimonio.

¹⁰ Un tipo de acercamiento a la historia de la familia cuyo máximo exponente es el ya citado MUÑOZ LÓPEZ, Pilar: *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*, Madrid, Marcial Pons, 2001. En la misma línea se enmarcan otros acercamientos que siguen la estela de la Historia de la Vida privada como el de GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe: “La vida privada” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (coord.): *Los fundamentos de la España Liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida. Historia de España de Menéndez Pidal*. Tomo XXXIII, Madrid, Espasa, 1997, pp. 635-659.

La reforma legislativa liberal se produjo demasiado tarde como para afectar a la vida en el Ensanche Norte de esta época; al mismo tiempo, se hace necesario comprobar hasta qué punto los discursos oficiales y las normas legales influían verdaderamente en el comportamiento de las personas en un ámbito tan privado y a veces tan blindado al exterior como era la vida doméstica. Un caso ejemplar es el del concubinato o amancebamiento, como se denominaba en la época, o de la vida en pareja al margen de las leyes y de la iglesia. Una práctica que estaba muy extendida, si bien el padrón municipal no permite rastrearla ni cuantificarla con total exactitud¹¹. Era frecuente que los habitantes ocultaran o camuflaran las relaciones conyugales no regularizadas a la hora de rellenar la hoja declaratoria del padrón; o bien disfrazaban a su pareja bajo la figura de un realquilado o un ama de gobierno, o bien directamente mentían y decían estar casados cuando eran solteros. Otros ni tan siquiera se molestaban en ocultarlo; en 1860, en la misma calle Balmes donde vivía Antonia Ayala y su numerosa familia, solo un par de puertas más allá, vivían Juan Benito y Ángela Fernández. Él tenía 30 años y ella 29 y a pesar de que no habían regularizado sus relaciones conyugales, ya compartían dos hijos, la mayor con cuatro años¹². No eran una excepción en aquella calle popular y pobre que se encontraba en las inmediaciones de la Iglesia que con tanto esfuerzo habían levantado los vecinos más devotos de Chamberí: del total de 17 familias que residían en la calle Balmes, había cuatro en la que una pareja vivía sin estar casada.

El caso era todavía más llamativo porque sucedía a la sombra de la iglesia; la cercanía del cura párroco y su influencia moral no parecían amedrentar a los habitantes de Chamberí, que decidían ignorar las convenciones sociales y las normas legales. Por aquel entonces, el cura de la parroquia de Santa Teresa y Santa Isabel era don Ángel Barra, un eclesiástico que destacaba por su intensa participación en la vida del barrio. Por su cargo era el responsable de organizar la ayuda sanitaria a los pobres y se le podía ver periódicamente visitando a las familias con menos recursos del arrabal para preocuparse por el cuidado de los enfermos y animando a las más acaudaladas a juntar dinero para comprar medicamentos. Sus numerosas visitas le hacían conocer bien a sus vecinos y no desconocía la extensión que había alcanzado la vida pecaminosa en pareja y sin estar casados. No podía dejarlo pasar por alto, él, que tan preocupado estaba por el bienestar moral y físico de sus convecinos. Por eso, un poco más tarde, en 1862, decidió dirigirse al gobernador civil de la provincia para pedir ayuda ante la gravedad del asunto:

“Penetrando en el hogar doméstico, es el amigo de confianza que se identifica con aquellos seres desgraciados, y testigo ocular de sus necesidades, se olvida por un momento de la noble tarea que se le confiara, para investigar la causa de su infortunio, y el estado de sus costumbres.

Sensible es confesar que las más de las faltas que se cometen, tienen su origen en la vida privada, donde, con doloroso pesar, no existe con frecuencia la más completa moralidad.

Esta junta parroquial viene observando ha mucho tiempo que en el distrito que tiene la honra de representar, está muy arraigado el amancebamiento, sin que, a su aminoración siquiera, haya bastado

¹¹ No hay que descartar que los propios vecinos, al declarar su estado civil, mintieran y ocultaran una vida al margen de la ley y de las convenciones morales y señalaran como estado civil el de casado cuando no había habido boda de por medio. Tampoco resulta fácil asegurar en la lectura del padrón la existencia de una relación conyugal cuando aparecen varios solteros en una misma casa sin que haya hijos de por medio que desvelen la relación familiar; sin embargo, existen datos que permiten adivinar la extensión que alcanzaba la vida familiar no regularizada por la norma legal o moral, como es el caso del porcentaje de hijos “ilegítimos” en la época. Philip Hauser señala que entre 1861 y 1870, el 29% de los nacidos en Madrid eran hijos de una madre soltera, proporción que se mantendría en cotas similares hasta final de siglo, HAUSER, Philip: *Madrid desde el punto de vista médico-social*, (edición preparada por Carmen del Moral), Madrid, Editora Nacional, 1979 (original de 1902), pág. 522.

¹² AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, caso nº 562.

el celo y afán con que sus dignos párrocos se han esmerado en facilitar todos los medios para que cambiasen de estado cuantos pudieran encontrarse envueltos en este vicio”¹³

El preocupado Ángel Barra solicitaba al gobernador civil que pusiese los medios necesarios para “alejar en lo posible de la senda del vicio, á los que viven de esta manera, y de prevenirse acaso delitos” y por supuesto “el escándalo de ejemplos tan perniciosos condenados por las leyes divinas y humanas.” Sin proponer soluciones precisas, el párroco de Chamberí sí que sugería que hiciese intervenir a las fuerzas de la autoridad para amedrentar a los que vivían en pecado y así forzarles a cesar en su vicio o bien reconvenirlos hacia una vida arreglada. Desde el Gobierno Civil no se hizo esperar la respuesta, en la que se demostraba que, desde la distancia, las cosas se veían de otro modo. El subinspector de vigilancia de las afueras norte de Madrid realizó un informe que confirmaba la existencia de una arraigada tendencia a ignorar las reglas sobre la vida conyugal: *“En este distrito, aunque no existe casa alguna de mancebía, como acontece en todo Madrid, son bastantes los casos de vivir en relaciones amistosas. Siempre que ha habido motivos de escándalo, he dado conocimiento al Sr. Teniente de Alcalde, aconsejando a los interesados, cuál era la conducta que debían observar, y consiguiendo de muchos la separación de la vida que tenían.”* Pero para el subinspector las razones por las que la vida irregular estaba tan extendida no eran sólo el vicio como pensaba el cura, sino que *“la experiencia y repetidas manifestaciones que se me han hecho, no me dejan duda, para creer, que son infinitas las personas que viven ilegalmente, por carecer de recursos para atender a los derechos marcados por esponsales, y hallarse persuadidos aun cuando algunos pueden ser casados como pobres, no dejan por eso de tener que dar muchos pasos abandonando el trabajo semanas enteras y hacer algún desembolso.”*

En fin, el subinspector sugería que eran las propias trabas y obligaciones que imponía la Iglesia las que en parte generaban la vida familiar irregular. Por supuesto, el informe irritó al cura Ángel Barra. Se sentía ultrajado, difamado, ante la sugerencia de *“que la Iglesia, o mejor dicho sus ministros, con su conducta contribuyen á fomentar la mancebía”*. ¿Cómo podían echarle la culpa a él, quien precisamente había luchado con tanto empeño para evitar que cundiera tan deplorable costumbre? Pues, como el mismo párroco señalaba en una segunda carta en respuesta al informe del subdirector, si los vecinos de Chamberí que vivían amancebados *“necesitan presentar documentos que no existan en la Corte, yo mismo, casi en lo general, los he reclamado en su nombre a los párrocos de fuera y hasta los han recibido gratis. (...) Si los dos viven ha mucho tiempo en la feligresía yo los caso sin más requisito”*. No, el problema de que existieran tantas parejas viviendo en el vicio no era culpa de la Iglesia. Él, desde su cargo como párroco, había hecho todo lo posible por poner coto a tanto vicio y disipación; la causa de la vida irregular de tanta pareja era otra distinta. *“El verdadero inconveniente es su voluntad, que prefieren vivir en ese estado, a pesar de lo que se les predica, pues me han manifestado más de una vez que así están más libres.”*¹⁴

Nos falta la voz de los protagonistas para saber si el amancebamiento era tan popular en las calles del viejo arrabal por la falta de recursos de la gente para casarse, como decía el subinspector de vigilancia, o por mero empeño en sentirse libres, como defendía el cura. Parece probable que fuese una mezcla de ambas causas. Las parejas no se

¹³ Comunicación pasada al Sr gobernador Civil acerca del amancebamiento y pidiendo interponga a su autoridad para aminorar este mal. Contestación del Sr Gobernador. (1862), AVM, Beneficencia, 1-195-21

¹⁴ Carta del cura párroco de Chamberí en respuesta al informe del subinspector de las afueras Norte de Madrid, en Comunicación pasada al Sr gobernador Civil acerca del amancebamiento y pidiendo interponga a su autoridad para aminorar este mal. Contestación del Sr Gobernador. (1862), AVM, Beneficencia, 1-195-21

casaban porque, al carecer de dinero, propiedades y de riquezas cuya transmisión había que regularizar, no sentían especial prisa por sellar sus relaciones conyugales en la iglesia o en el juzgado. El matrimonio sancionado por la ley no resultaba una fórmula de organización indispensable para las familias pobres. Otra cosa es que accedieran a regularizar su situación por convencimiento religioso o por costumbre, pero al menos materialmente eran libres para decidir si pasaban por la vicaría o no. Igual que en lo relativo a la estructura del hogar y a la composición de sus miembros, las familias sin recursos no se veían presionadas por seguir ningún modelo de familia concreto. Las familias jornaleras, y con ellas gran parte de las de artesanos e incluso las de los empleados más modestos, no se veían empujados a un tipo de familia ni por el futuro reparto de la herencia ni como una salvaguarda de la propiedad que aportaban al matrimonio. Si adoptaban la forma nuclear de familia y pasaban por la iglesia, era por costumbre, convencimiento moral o presión social, aunque como se ha visto con el amancebamiento en Chamberí, la capacidad de persuasión de las autoridades morales y políticas era más bien limitada.

Esta independencia de las familias sin recursos para elegir su composición y su organización no ha de entenderse como una total libertad, a no ser que se entienda como una libertad ética o moral. La ausencia de preocupaciones por la gestión de las propiedades, porque carecían de ellas, podía convertir en un asunto relativamente irrelevante el matrimonio entre un jornalero y una costurera. No tenían que preocuparse de la cuantía de la dote porque a nadie se le ocurría que fuera a haber aportación de dinero al matrimonio. Tampoco era un asunto importante el número de hijos que eran convenientes para gestionar la riqueza del hogar porque no la tenían, o si entre ambos cónyuges se establecería un régimen de separación de bienes o de ganancias simplemente porque no había bienes que repartir. Lo mismo sucedía con otros asuntos y rasgos que se han considerado como propios y característicos de la vida familiar en la Restauración, como la estricta separación de funciones en el hogar entre hombres y mujeres¹⁵.

El discurso sobre las dos esferas de actuación de hombres y mujeres en la vida doméstica tuvo una amplia circulación en la literatura dirigida al público femenino en el siglo XIX¹⁶. La doctrina en la que se pretendía educar a las hijas y esposas de las clases acomodadas defendía que el varón y el esposo debía dedicarse a la esfera pública, al

¹⁵ Una estricta separación de funciones que ha sido considerada como uno de los elementos definitorios de la familia en la Restauración, tal y como señalan MUÑOZ LÓPEZ, Pilar: *Sangre, amor... Ob. Cit.*, GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe: "La vida privada..." *Ob. Cit.*

¹⁶ NASH, Mary: "Identidad cultural de género, discurso de la domesticidad y la definición del trabajo de las mujeres en la España del siglo XIX" en DUBY, Georges y PERROT, Michelle (dirs.): *Historia de las mujeres. El siglo XIX*, t. 4, 1993; NASH, Mary: "Identidades, representación cultural y discurso de género en la España contemporánea" en VVAA: *Cultura y culturas en la Historia*, Salamanca, 1995, pp. 191-204; GÓMEZ-FERRER, Guadalupe: "Las limitaciones del liberalismo en España: El Ángel del hogar" en FERNÁNDEZ ALVADALEJO, Pablo y ORTEGA LÓPEZ, Margarita (eds.): *Antiguo Régimen y Liberalismo. Homenaje a Miguel Artola. Vol. 3: Política y Cultura*, Madrid, Alianza Editorial – Ediciones de la U.A.M., 1995 pp. 515-532. ARBAIZA VILLALONGA, Mercedes: "La "cuestión social" como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)" en *Historia Contemporánea*, 21 (2000), 395-458; ARESTI ESTEBAN, Nerea: "El ángel del hogar y sus demonios: Ciencia, religión y género en la España del siglo XIX", *Historia contemporánea*, nº 21, 2000, pp. 363-394. Este discurso era común a otras sociedades europeas y probablemente en España simplemente se reproducían las representaciones que circulaban en otros lugares. La metáfora de las dos esferas ha sido también objeto de estudio en la sociedad inglesa, sobre la que versaba uno de los estudios que han animado el debate, el de DAVIDOFF, Leonore y HALL, Catherine: *Family fortunes: men and women of the English middle class, 1780-1850*, Chicago, University of Chicago Press, 1987. En los últimos años han surgido unos cuantos estudios que cuestionan la validez de tal metáfora más allá de su existencia en el discurso, especialmente interesante es el de RAPPAPORT, Erika Diane: *Shopping for pleasure. Women in the making of London's West End*, Princeton and Oxford, Princeton University Press, 2000.

trabajo fuera de casa mientras que la mujer debía consagrarse como *ángel del hogar*. La esposa, y por extensión las hijas, eran las encargadas de organizar la vida doméstica y asegurar el bienestar físico y moral del resto de los miembros de la familia. Una misión que era considerada indispensable para que los varones del hogar y especialmente el marido y cabeza de familia pudieran cumplir con la suya: asegurar el bienestar material de su mujer e hijos a través del desempeño de una profesión o un trabajo en la esfera pública. Esta división del trabajo pretendidamente armónica entre hombres y mujeres dentro de la familia escondía una profunda injusticia: la subordinación de la mujer a un papel subsidiario al de su marido o su padre que además implicaba su condena de reclusión definitiva en el hogar. La mujer no debía salir de la casa; el bienestar de los suyos dependía de ello y en consecuencia tenía que renunciar completamente a toda pretensión de realizarse como persona en el exterior, y especialmente en el mundo laboral. El trabajo quedaba como un ámbito exclusivamente masculino, mientras la mujer había de conformarse con su papel como *ángel del hogar*.

Sin negar la repercusión que este discurso pudo tener en determinados ámbitos sociales, también conviene marcar los límites de la influencia que pudo ejercer¹⁷. La idea de una esposa recluida en el hogar, independientemente si se consideraba como un ideal por más o menos gente en la sociedad madrileña (y española por extensión), sólo podía ser una realidad en familias muy concretas. Únicamente las familias acomodadas podían seguir un estilo de vida en el que se mantuvieran a las mujeres como ángeles de sus hogares. Para empezar porque el simple desempeño de las tareas domésticas obligaba a esposas e hijas a continuas salidas del hogar. Que le dijeran a Antonia Ayala que fuera un ángel del hogar, a ella que tenía que bajar al lavadero a adecentar la ropa de su marido e hijos, a buscar el agua para cocinar o acudir al mercado para llenar el puchero. Cuando no para trabajar como lavandera por horas o buscarse algún encargo de costura. Una cosa era el discurso ideal y otra la realidad concreta en que se desarrollaba cotidianamente la vida. ¿Cuál tenía que ser el comportamiento de la madre de Arturo Barea para adecuarse al ideal de la mujer de su tiempo? Al morir su marido y quedarse viuda con tres hijos tenía dos opciones: enviar a estos a la inclusa o incorporarse plenamente al mundo del trabajo como lavandera. No dudó en hacer lo segundo y probablemente no tuvo problemas de conciencia al abandonar su hogar cada día para ir a trabajar si con ello podía seguir manteniendo a sus hijos junto a ella¹⁸.

Una cosa era el discurso sobre el ideal femenino y otra la realidad que dictaban las circunstancias. La mayor parte de las mujeres madrileñas se encontraban en la situación de Antonia Ayala y de la madre de Arturo Barea. La organización ideal de la vida familiar chocaba con la imposibilidad práctica de llevarla a cabo. Algo que descubrieron los miembros de la Comisión de Reformas Sociales en 1885 cuando desarrollaron su intensa investigación sobre la condición de la vida obrera en España. Como pudieron comprobar claramente, la idea de que una familia obrera viviera sólo del salario que aportara el

¹⁷ La misma Erika Rappaport ha demostrado cómo el mismo desempeño de las tareas adjudicadas a la mujer en el ámbito doméstico y muy especialmente la organización del consumo, ofreció a las mujeres del Londres de fines del siglo XIX los resquicios por los que pudo escapar de la reclusión en el hogar y labrarse el camino hacia la esfera pública. Véase RAPPAPORT, Erika Diane: *Shopping for pleasure... Ob. Cit.*

¹⁸ La imposibilidad de cumplir este ideal de organización familiar burguesa por un amplio espectro de las clases populares es también abordada por PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, Pilar: "Ganadores de pan y amas de casa: los límites del modelo de "Male Breadwinner Family". Vizcaya, 1900-1965" en GÁLVEZ MUÑOZ, Lina y SARASÚA GARCÍA, Carmen: *¿Privilegios o eficiencia?: mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, Alicante, Universidad de Alicante, 2003, pp. 217-240. Véase también la recopilación de artículos PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, Pilar: "Ganadores de Pan" y "Amas de Casa". *Otra mirada sobre la industrialización vasca*, Bilbao, UPV-EHU, 2004.

marido era directamente ridícula¹⁹. Confrontar el presupuesto mínimo para la supervivencia de una familia con los jornales más habituales de los trabajadores manuales de la misma época deja clara la imposibilidad de cumplir con los ideales sobre la organización familiar. En 1885, mantener una familia de tres personas en Madrid suponía un coste medio de unas 4 pesetas al día. Los salarios de los habitantes del Ensanche Norte que lo declaraban solían rondar las 2 pesetas, pero habían de ser a la larga más bajos porque no todos los jornaleros y artesanos tenían colocación a diario. Un abismo de más de dos pesetas se abría entre la realidad y el deseo, entre el salario disponible que tenían los cabezas de familia para sacar a sus esposas y a sus hijos adelante y el modelo ideal de organizar su economía doméstica en el que se suponía que ellos eran los únicos encargados de trabajar fuera de la casa. Dos pesetas que eran muchas más si en vez de tener un hijo tenían dos, o tres, o la abuela había venido a vivir con ellos porque estaba sola y ya no tenía qué comer. Entonces el presupuesto crecía y se alejaba más de las posibilidades de que los varones fueran los únicos que ganaran el pan y las mujeres simplemente fueran ángeles de sus hogares.

Gráfico 5.5: salarios diarios de los trabajadores del Ensanche Norte en 1880

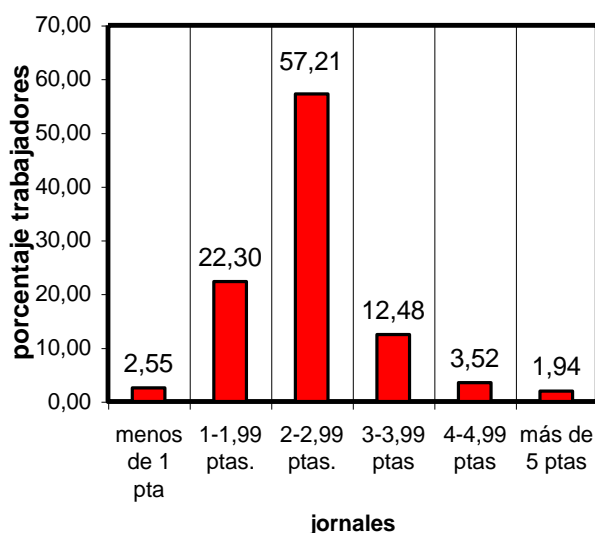


Tabla 5.2: Presupuesto diario de una familia obrera de tres personas en 1885²⁰

	Pesetas
Casa	0,50
Pan, 2 kg. a 36 céntimos	0,72
1 kg. de carbón	0,23
desayuno (café y leche)	0,36
Comida del mediodía	
125 gr. de garbanzos	0,12
250 gr. de carne	0,50
72 gr. de tocino	0,15
Cena	
250 gr. de carne	0,50
750 gr. de patatas	0,12
Aceite, 125 gr.	0,24
Luz, aceite mineral	0,10
Jabón y varios	0,25
Tabaco	0,10
Total diario	3,97

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880.

La forma en que las familias salvaban cotidianamente ese abismo entre las dos y las cuatro pesetas ya las conocemos. Había esposas que buscaban los resquicios que las tareas domésticas abrían en su horario para sacar unas monedas en cualquier trabajo. Los hijos desde que podían aportar un pequeño jornal a la economía del hogar se ponían a trabajar y

¹⁹ FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "Niveles de vida del proletariado madrileño (1883-1903)" en *El reformismo social en España: la Comisión de Reformas Sociales: actas de los IV Coloquios de Historia*, 1987, pp. 163-180

²⁰ CASTILLO, Santiago (ed.): *Comisión de Reformas Sociales. Información oral y escrita. 1889-1893*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985, vol. I, pág. 224. Aunque son datos algo posteriores, los precios no experimentaron una fuerte inflación en esos cinco años. Las mayores variaciones se encontraban en el cálculo para la casa, ya que las diferencias eran enormes entre unos barrios de Madrid y otros.

abandonaban la escuela²¹. Otras veces se abría la puerta a cuñados y sobrinos para que aportaran su salario a cambio de una habitación que ellos no podrían haberse costeadado por sí solos. Cuando no quedaba otra solución, se optaba por compartir la vivienda y los gastos con otra familia que estuviera en la misma situación o a alojar a unos cuantos realquilados que contribuyeran a juntar las monedas para el alquiler. Y así, apiñados, combinando grupos de distinta composición en el que podían intervenir padres, hijos, abuelos, sobrinos, hermanos e inquilinos desconocidos, vivían las familias populares en su continua lucha por la vida.

Antonia Ayala y su familia realizaron varias de estas piruetas, con la despreocupación e indolencia respecto a las normas ideales y a las prácticas moralmente convenientes que se podían permitir las clases populares. Como los amancebados de Chamberí, que tanto preocupaban al párroco, Antonia y el resto de cabezas de familias pobres, se sentían libres para organizar la vida familiar como más le conviniera según vinieran los tiempos. Cuando había dinero, o mejor dicho, cuando había brazos para que entraran los sueldos suficientes, podían ajustarse a los patrones ideales de comportamiento familiar establecidos por la ley y las costumbres. Pero cuando no, cuando la realidad apretaba, no debían sentir ningún remordimiento para saltarse leyes y convenciones, dejando atrás costumbres y tradiciones. Si había que hacer hueco a una hija recién casada a la que no le llegaba la camisa al cuerpo y era incapaz de sostener a su familia, se le hacía hueco. Si había que renunciar a una habitación para realquilarla a otra familia y crear una casa como la *de tócame Roque*, aún a riesgo de ser sospechoso de llevar un comportamiento moral disipado y censurable, se renunciaba a la habitación y a una reputación decente, y se realquilaba.

En realidad, en la ciudad del siglo XIX, la gran línea que dividía los diferentes comportamientos familiares la marcaban los recursos económicos de los que disponía cada hogar. Para la gran mayoría de las familias, su funcionamiento y su composición venían dictados por las circunstancias, como le había sucedido a la de Antonia Ayala. La familia en ese caso era una unidad ante la necesidad y estaba moldeada en su forma y su funcionamiento por el precio del alquiler de la casa que habitaban y el coste general de los alimentos. En estas dos partidas se iban prácticamente todos los sueldos de los que disponían. El objetivo era conseguir las 3 pesetas y los 97 céntimos que se necesitaban para sobrevivir en 1885, según decía la Comisión de Reformas Sociales; y toda estrategia era válida para conseguirlo. Si era necesario se ampliaba el hogar con cuñados, sobrinos, primos o realquilados en busca del equilibrio que igualara el dinero que entraba en la casa con el que costaba alimentar todas las bocas presentes en él.

²¹ En el presente estudio sólo se han hecho referencias a la participación de los niños en el mercado laboral al describir a la situación de los aprendices en el proceso de disolución del mundo de los oficios. El padrón de habitantes resulta más opaco en el reflejo del trabajo infantil que en el caso de la participación laboral de las mujeres. Sin embargo, contamos con estudios para otras realidades cercanas coetáneas que demuestran que esta participación era muy extendida; desde las propias experiencias vitales de Arturo Barea o de Francisco Largo Caballero que ya se han reseñado, hasta los estudios de otras ciudades como BORRAS LLOP, José María: “El trabajo infantil en la industria de Barcelona según el censo obrero de 1905” *Historia social*, nº 33, 1999, pp. 25-48; CAMPS CURÁ, Enriqueta: “Trabajo infantil y estrategias familiares durante los primeros estadios de la industrialización catalana (1850-1925): Esbozos a partir del estudio de un caso”, *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 24, 2002, pp. 263-280 o de los entornos rurales de la propia capital BORRAS LLOP, José María: “Antes de nacer sabíamos trabajar: Absentismo escolar y trabajo infantil en el Madrid rural del primer tercio del siglo XX”, *Historia agraria: Revista de agricultura e historia rural*, nº 20, 2000, pp. 169-194. Para una síntesis del trabajo infantil en el siglo XIX y comienzos del XX, BORRAS LLOP, José María: “Zagales, pinches, gamenes...: aproximaciones al trabajo infantil” en BORRAS LLOP, José María (coord.): *Historia de la infancia en la España contemporánea, 1834-1936*, Madrid, Ministerio de Trabajo y asuntos Sociales 1996, pp. 227-310.

Al otro lado de la frontera de las 3,97 pesetas diarias se situaban aquellas familias en las que el sustento estaba garantizado; en los que el sueldo del cabeza de familia o las propiedades y bienes del conjunto de sus miembros permitían una relativa despreocupación ante la supervivencia diaria. Los empleados de media y alta categoría, algunos artesanos bien remunerados, los pequeños comerciantes, los profesionales liberales, los propietarios y rentistas, en fin, los miembros de las capas medias y altas de la sociedad, constituían otro tipo de familias en las que el principio de organización y funcionamiento no estaban marcados tanto por la necesidad como por la posibilidad. Superado un determinado nivel de rentas, que se podía establecer en las 2.000 o 2.500 pesetas anuales, era cuando podían aparecer en los hogares madrileños otro tipo de preocupaciones más allá de la lucha contra el hambre y el equilibrio presupuestario a final de mes.

De todas maneras el dinero siempre era escaso y nunca satisfacía todas las necesidades, o más bien todos los deseos que un núcleo familiar podía sentir como imprescindibles. A finales del siglo XIX, al tiempo que la Comisión de Reformas Sociales investigaba sobre la cuantía mínima para la supervivencia de una familia obrera, los periódicos también publicaban la lista de la compra que exigía una vida arreglada en casa de un empleado.

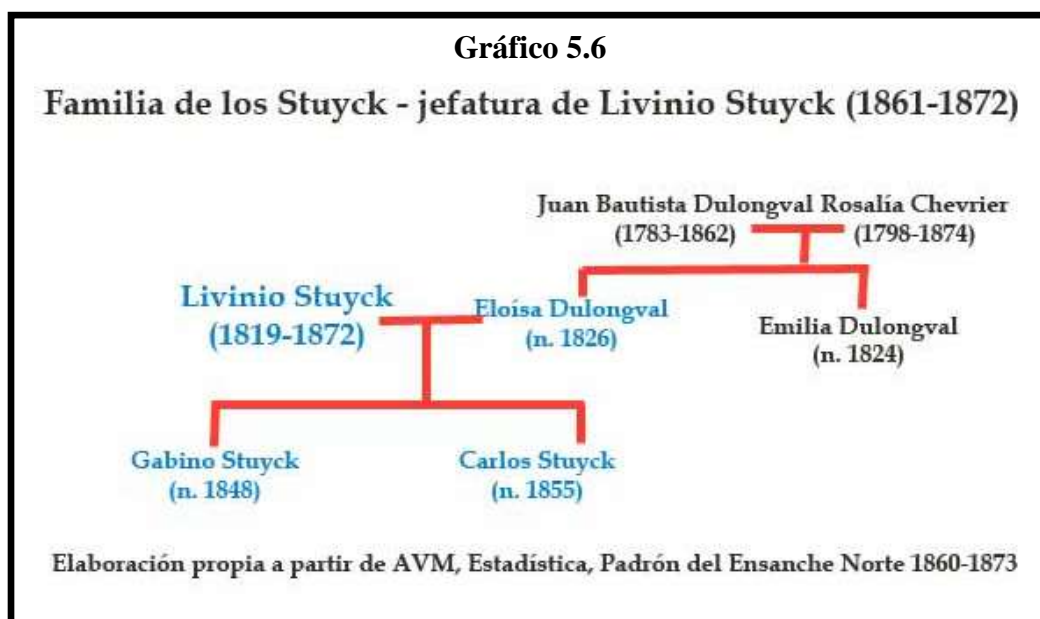
Tabla 5.3: Presupuesto de una familia media burguesa en 1881.²²	
Casa, con un tope de alquiler de	750
criada para ayuda a la esposa	115
gastos de los hijos: ama, colegio, libros	300
Tabaco	50
Sereno	10
Correo	30
médico y botica	25
Aguinaldos	12,50
Tranvía	5
Aguador	37,50
Carbonero	75
Petróleo	50
Lavandera	75
vestido y calzado	250
Alfombrado	25
Muebles	25
Jabón	25
Periódicos	12,50
Total	1.872,50

Una rápida ojeada a la estructura del presupuesto de esta familia ideal de clase media y su comparación con la de una familia obrera muestra claramente las diferencias que existían a un lado y a otro de las 3,97 pesetas diarias de gasto consideradas como umbral de supervivencia. Entre las partidas de gasto de la familia acomodada aparecen algunas que, por mucho que se consideraran necesarias e irrenunciables por el empleado y su esposa, sabemos que no entraban ni siquiera en la imaginación de una familia como la de Antonia Ayala y José Diorico. Por ejemplo las 115 pesetas destinadas anualmente al servicio

²² *La Época*, 31 de Julio de 1881, recogido en BAHAMONDE MAGRO, Ángel, y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pág. 237.

doméstico, o las 300 que se consideraban como un mínimo para la buena educación de los hijos. Y a partir de ahí todos los gastos suntuosos que cupiera imaginar; desde el aguinaldo hasta el mantenimiento del alfombrado, desde el dinero gastado en periódicos hasta el dedicado al tranvía en una ciudad en que aún no había largas distancias que no pudieran ser cubiertas a pie con un poco de paciencia.

El presupuesto de la familia del empleado señala claramente otros objetivos más allá de la mera supervivencia; la estructura del gasto apunta hacia el bienestar. Cuando se gozaba de los suficientes recursos era posible plantearse qué forma de estructura y qué tipo de organización familiar era más conveniente. Era entonces cuando se buscaba el cumplimiento de las convenciones sociales consideradas como signo de una vida moralmente arreglada y decente, de una organización familiar armónica y saludable. Si se disponía de las 115 pesetas para contratar a una criada, de las 37 pesetas y media para el aguador, y de las 75 para la lavandera, entonces sí que la esposa y las hijas podían ser auténticos ángeles del hogar que no necesitaban salir a la calle para cumplir el papel que se les había encomendado en la sociedad. La familia de clase media y ciertos recursos era la que podía debatir ese tipo de cuestiones que tanto preocupaban al cura párroco de Chamberí sobre la necesidad de casarse y no vivir amancebados o sobre el papel que hombres y mujeres debían cumplir dentro del hogar. Incluso podía suceder que las riquezas y los caudales fueran tales en una familia que también obligara a complicadas piruetas en su composición para poder administrar sus propiedades.



Es lo que sucedía con los Stuyck, una de las familias más conocidas y célebres de todo el Ensanche Norte. Los Stuyck llevaban instalados en las afueras de la puerta de Santa Bárbara, allá donde daba comienzo la zona noble del Ensanche Norte, desde tiempos inmemoriales. Livinio Stuyck había llegado desde Amberes a finales del siglo XVIII para hacerse cargo de la Real Fábrica de Tapices y su estirpe la había conservado a lo largo de las décadas, hasta ese momento. La jefatura de la Real Fábrica imponía unas estrictas condiciones a la vida familiar de los Stuyck; se trataba de un patrimonio indivisible que se transmitía de padres a hijos como lo hacía el nombre y el apellido. Al primer Livinio Stuyck le sucedió uno de sus hijos, Gabino Stuyck que regentó la fábrica a comienzos del

siglo XIX, y a este le sucedió un nuevo Livinio Stuyck, nieto del primero, que lo hacía en 1860²³.

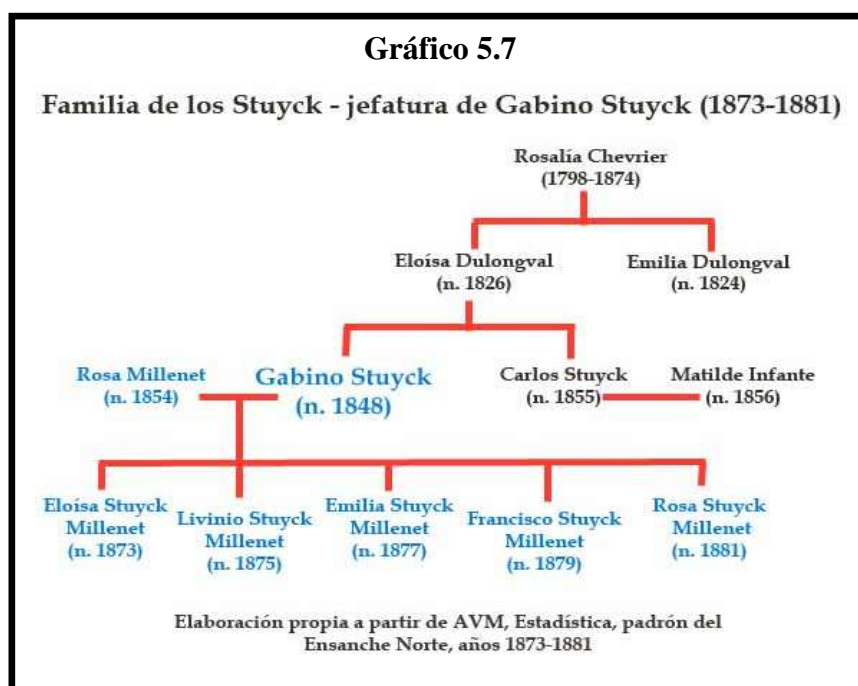
La estructura del hogar encabezado por Livinio Stuyck denota la prosperidad en que vivía esta familia en los tiempos en que Antonia Ayala luchaba por sacar sus hijos adelante. Hasta 1873, fecha en la que murió don Livinio, la vivienda aneja a la Real Fábrica de Tapices acogió a una familia numerosa y extendida. Por un lado estaba el núcleo familiar; él y su esposa Eloísa Dulongval, junto a los dos hijos del matrimonio. Pero el dinero sobraba y también las habitaciones y don Livinio asumió como una responsabilidad propia de su condición de cabeza de familia ofrecer refugio y comodidad a su familia política. Los padres de Eloísa vivían con ellos, más como un gesto de amabilidad del dueño de la fábrica de tapices que por verdadera necesidad económica de su parentela política. Su suegro, Juan Bautista Dulongval nacido en Normandía, había recalado en España para trabajar como empleado en la Embajada de Francia y disponía seguramente de los recursos necesarios para haberse alquilado un buen piso o un hotelito en la capital. Tampoco habría encontrado problemas para mantener a su esposa Rosalía y a la otra hija que tenía, Emilia que había quedado para vestir santos y seguía solterona a sus 38 años en 1860. Así vivieron los Stuyck y los Dulongval, en un hogar nutrido que compartían suegros y yernos y en el que además no se empleaban nunca menos de dos o tres criadas para garantizar el bienestar de todos. Livinio Stuyck tuvo dos hijos; al primero lo bautizó con el nombre de su padre y lo llamó Gabino. Con ello le estaba marcando el camino, escribía su futuro, pues le señalaba como el futuro heredero: el sería el administrador de la fábrica y el eje de la familia. Se vería beneficiado con la parte del león en la herencia, pero al mismo tiempo estaría obligado a cargar con toda la familia como había hecho él.

Livinio Stuyck murió demasiado joven, con tan sólo 52 años, pero la sucesión se llevó a cabo según lo previsto. Su hijo Gabino, con 24, asumió la jefatura de la familia y de la fábrica y con ello la responsabilidad de sacar adelante a todos sus miembros. El inicio de su vida familiar estuvo así marcado por la presencia de sus mayores y sobre todo de su hermano, que apartado del negocio familiar había de ser compensado de alguna manera. Entre 1873 y 1881, la casa de la fábrica de tapices estuvo más nutrida que nunca; por un lado estaba la familia del propio Gabino, sucesor de la estirpe de los Stuyck al frente de la fábrica. Como su padre, como su abuelo, se casó y comenzó a tener hijos para asegurar la sucesión de la familia al frente de la Real Fábrica. Y como su abuelo Gabino, que se llamaba igual que él, le puso el mismo nombre a su primer hijo varón; el de Livinio, con el que se dejaba claro quién sería el designado para mantener el negocio y la jefatura de la familia.

Por otro lado, Gabino debía recoger a todos los miembros laterales a la línea sucesoria que arrastraba la familia. Su abuela viuda, su madre también viuda, su tía solterona y su hermano Carlos, el segundón. Éste último, unos años menor, podía sentirse comparativamente agraviado por el desigual reparto de la herencia. Para compensarlo, Gabino y su madre le apoyaron en sus años de juventud hasta que logró abrirse su propio camino. Así en los años de 1873, 1874 y 1875, Carlos era incluido en las hojas de empadronamiento, pero junto a sus datos se incluía una nota que indicaba que el joven estaba ausente estudiando en París. En 1877 había regresado y se casó con Matilde Infante y Mier, una joven madrileña de 21 años. Para comenzar su vida conyugal, Carlos se instaló en una de las viviendas con las que contaba la fábrica y señaló como profesión y principal

²³ VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia: *La Real Fábrica de Tapices en los documentos de su Archivo*, Madrid, Real Fábrica de tapices, 2000. VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia: *La Real Fábrica de Tapices. Pasado y presente*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, UNED, 2007.

sustento de su hogar, la condición de propietario. En buena medida, aún era un miembro dependiente de la gran casa familiar que encabezaba, su hermano; el alquiler lo tenía gratis, los recursos para sacar adelante su matrimonio procedían de los restos de la herencia y de las propiedades familiares que le había cedido Gabino. Era su obligación; como a la abuela, a la madre y a la tía, Gabino Stuyck en su condición de jefe familiar acogía a su hermano, al que estaba obligado a ayudar y sacar adelante.



Los Stuyck y la familia de Antonia Ayala representaban así los dos polos en que se movía la vida familiar en el Madrid de finales del siglo XIX. Los Stuyck podían sentirse relativamente ajenos a las preocupaciones económicas que marcaban la vida de muchos hogares; su composición y su estructura era independiente a las presiones que creaban en otras familias el precio del alquiler o la carestía de los alimentos frente a la escasez de los sueldos. La familia para los Stuyck era el reino de la posibilidad. Pero esa independencia económica que les garantizaba el próspero negocio de la Real Fábrica contrastaba con la existencia de una serie de obligaciones que había de asumir el cabeza de familia, como la de garantizar el acomodo de toda su parentela. Eran quizá las gentes como los Stuyck los que se veían más férreamente sometidos al cumplimiento de las normas sociales y las convenciones morales de la época, sancionadas por la ley y por las autoridades eclesiásticas. Entre los Stuyck no cabía imaginar casos de amancebamiento, no sería posible que se comportaran de un modo en el que se sintieran más libres, como le decían los que vivían en concubinato al cura párroco de Chamberí. Por otro lado los gabinos y los livinios de la saga, aunque fueran los jefes nominales de la familia y en teoría dispusieran de todo el peso de la autoridad por ser varones y primogénitos, debían afrontar una serie de obligaciones y aplicar determinadas soluciones ya preestablecidas. En buena medida, el transcurso de su vida familiar estaba escrito de antemano; la independencia económica de la que disfrutaban contrastaba con el escaso margen de maniobra que las obligaciones de otro género le marcaban.

Antonia Ayala también era libre en su vida familiar, aunque de otro modo. Para empezar, no se veía sometida a ninguna tradición ni costumbre como las de los Stuyck. No tenía que poner tal o cual nombre a su hijo primogénito ni existía una norma previa que

estableciera cómo debían comportarse. Si ella y luego sus hijos se casaron, por ejemplo, fue porque quisieron, porque nada les forzaba a ello. Podían haber hecho como otros vecinos de su calle, que prefirieron vivir al margen de las normas y convenciones de la época. Mientras los Stuyck se veían obligados a mantener a las mujeres de su parentela que permanecían solteras para garantizar su cumplimiento del papel de ángeles del hogar, en casa de los Ayala no existía tal preocupación. Las hijas de Antonia trabajaron en el taller de costura, la misma Antonia debió de buscarse sus propios apaños para ganarse unas monedas fuera de casa. No se puede saber si lo hacían a gusto o no, si sentían que estaban haciendo algo inconveniente o simplemente lo tomaban como naturalidad, pero el caso es que para ellas la frontera que separaba el mundo de los hombres y de las mujeres en los discursos no era tan tajante ni tan infranqueable. Quizá Antonia y sus hijas hubieran preferido no hacerlo, pero no les quedaba otra si querían comer todos los días. De igual manera resulta bastante probable que habrían preferido no tener que compartir la vivienda con otra familia ni abrir la puerta a aquellos realquilados desconocidos que tan frecuentemente se instalaron en casa de los Ayala. Lo hicieron obligados por las circunstancias, porque si no habría sido imposible llegar a fin de mes, pero tampoco por ello pensaron que su vida familiar era desarreglada ni que la convivencia con extraños era un signo de disipación.

Cuando la familia no es suficiente: la Beneficencia Municipal como herramienta de cohesión social.

A pesar de todos los malabarismos y piruetas que tuvo que hacer para cuadrar las cuentas de su hogar, Antonia Ayala podía sentirse privilegiada. Le costó mucho sacar adelante a su familia pero lo consiguió. En un tiempo en que la mortalidad infantil era una verdadera lacra, podía sentirse contenta de que sus nueve hijos hubieran alcanzado la edad adulta y que lo hubieran hecho a su lado. La fueron abandonando, uno a uno, pero por motivos que parecían naturales; cuando pasaban la veintena, como ella había hecho décadas atrás, se casaban y dejaban el hogar familiar. El alejamiento de sus hijos podía causarle cierta tristeza, pero no era una separación traumática: era ley de vida, los hijos crecían y se casaban y se marchaban.

No siempre era así entre las familias pobres. A veces la vida apretaba mucho más y ponía a madres y padres entre la espada y la pared. Como les sucedió a los Barea cuando murió el cabeza de familia. La madre de Arturo Barea, con tres hijos todavía demasiado pequeños como para que ganaran un sueldo, se encontró ante la disyuntiva de ponerse a trabajar como lavandera o ingresar a alguno de sus retoños en la inclusa. Sin dudarlo eligió lo primero y comenzó a subir la dura pendiente por la que transcurriría el resto de su existencia: un camino marcado por las jornadas laborales interminables y los constantes sacrificios. Y por dura que fuera su vida, aún tenía que estar contenta, porque no todas las viudas lograban mantener a sus hijos junto a ellas cuando se veían en una situación tan difícil.

El abandono de los hijos en la inclusa o en el asilo era uno de los últimos recursos, reservado para los momentos de total desesperación. Una solución desagradable pero a la que a veces había que recurrir. Antonia Ayala lo sabía, porque sin duda conocía a alguna madre en el barrio que se había visto en tan triste trance. No muy lejos de la casa en la que vivió junto a su familia en Chamberí residían los Fariña, una familia que pertenecía al mismo mundo que Antonia Ayala. Tomás Fariña y Sebastiana Sánchez habían nacido en Medina del Campo, Valladolid y allí se casaron y tuvieron sus primeros hijos. Más tarde, había venido a Madrid. En 1880 residían en la calle del Marqués de la Romana, en la

misma triste y desolada zona en que moraba Antonia con sus hijos. Tomás Fariña era uno de tantos trabajadores involucrados en el mundo de la construcción que se declaraba carpintero en la hoja de empadronamiento; Sebastiana Sánchez era una más de las afanosas amas de casa ocupadas en sacar a su numerosa prole adelante. Tenían entonces cuatro hijos: Polonia de 16 años, Isabel de 11, Ernesto de 9 y Filomena de 4 y su vida no se diferenciaba de la del resto de familias inmigrantes que poblaban los barrios del Ensanche Norte. Tenían que hacer esfuerzos para llegar a fin de mes, pero los momentos más duros ya deberían haber pasado. En el hogar ya había un par de hijos con edades suficientes como para ganarse unas monedas, y Filomena, la más pequeña, ya no exigía tantas atenciones de su madre. Esa lucha por alcanzar las 3.97 pesetas diarias en que se situaba la franja de supervivencia (y que en su caso sería más alta porque había seis bocas que alimentar) parecía estar dominada²⁴.

De repente todo cambió; una enfermedad inesperada, el desgaste de tantos años de trabajo, o un accidente... No lo sabemos, el caso es que Tomás Fariña, murió y dejó a su mujer a cargo de los cuatro hijos, más otro que nació después de 1880. Lo conocemos porque su viuda escribió desesperada una carta a la Beneficencia municipal en la que exponía su situación de miseria: "*Sebastiana Sánchez viuda de Tomás Fariña, vecina de Madrid, calle de Bravo Murillo nº 44 cuarto principal nº 25 (...) teniendo cinco hijos y no teniendo con que sostener á su familia*" suplicaba en aquel escrito el ingreso de su hija Filomena de 10 años en el segundo Asilo de San Bernardino en Alcalá de Henares²⁵.

Para Sebastiana era mejor desprenderse de su hija que mantenerla a su lado; una decisión drástica pero quizá necesaria. Sebastiana daba así un paso desesperado, empujada por la pobreza y que en realidad se saltaba el procedimiento habitual en el funcionamiento de los asilos. En realidad, San Bernardino no era una institución en la que se esperaba que nadie fuera a llamar a su puerta para ingresar, sino más bien para reclamar la salida de algún familiar. La institución había sido creada en 1834, como refuerzo del Hospicio de la ciudad, que con la llegada masiva de inmigrantes se había visto desbordado. El hospicio de la calle Fuencarral se había quedado pequeño y se decidió destinar el viejo y destartado convento de San Bernardino como una institución paralela. Su función era la de recluir a los mendigos que las fuerzas de orden público recogían por las calles de la ciudad. Al infractor, al que era descubierto en las calles de Madrid ejerciendo la mendicidad, se le trasladaba a aquel asilo situado en el extremo de noroeste de la ciudad, en las proximidades de El Pardo. Una vez allí se comprobaba si era natural de la ciudad o forastero y si contaba con los medios para su subsistencia. A estos últimos se les ponía en libertad. A los pobres sin recursos para ganarse la vida, si eran madrileños se les confinaba en el asilo donde podían trabajar en talleres y si eran forasteros se les expulsaba de la ciudad y se les trasladaba a sus pueblos de origen²⁶.

Con el tiempo, la recogida de mendigos y de gentes sospechosas que deambulaban por todo Madrid fue tan abundante, que se abrieron un segundo y un tercer asilo de San Bernardino en Alcalá de Henares, que se destinaron a la acogida de niños y mujeres, mientras que el primero se destinaba a los varones. En términos generales, el paso por esta institución producía temor y lo normal era que, si uno de los miembros de la familia daba con sus huesos allí, se reclamara su libertad por todos los medios. A los asilos de San Bernardino llegaban numerosas solicitudes que pedían la liberación de algún hijo que se había perdido por las calles de la ciudad o que había sido recogido mendigando en

²⁴ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880, caso nº 2.628.

²⁵ La carta de Sebastiana Sánchez en AVM, Secretaría, 1-397-1.

²⁶ Sobre el origen y funcionamiento del Asilo de San Bernardino, véase VIDAL GALACHE, Florentina: "¿Qué hacemos con los pobres? El origen del Asilo de San Bernardino (1834)", *Espacio, tiempo y forma, Serie V, Historia contemporánea*, nº 5, (1992), pp. 305-316.

cualquier esquina²⁷. A veces la vida no sólo apretaba sino que incluso ahogaba y por eso tampoco era raro que, como Sebastiana, algunos padres solicitaran el ingreso de sus hijos en la institución, aun sabiendo que la vida allí no era agradable, en un último esfuerzo por poner a salvo a su prole del hambre y la miseria.

Los motivos para dar este paso solían ser siempre similares. Así, José Cuadrado señalaba en 1883 que “*viéndome viudo con cuatro hijos en la mayor miseria y [que] durante la enfermedad de mi esposa he agotado todos cuantos recursos [tenía]. Deseando meter en el Asilo de San Bernardino a mi hijo Tomás Cuadrado Rodríguez de diez años a fin de que pueda recibir instrucciones conveniente, suplico se digne conceder el ingreso del citado hijo para el fin indicado.*”²⁸ Por motivos ligeramente diferentes, la también vecina del Ensanche Norte, Regina Pineda se había visto en la soledad y en la pobreza, sin poder sacar a su familia; pues “*hallándose abandonada de su marido y no sabiendo el punto donde este reside, teniendo a su cargo cuatro hijos todos menores sin poder atender por carecer de recursos á su educación tanto moral como material ó física pues su trabajo solo le produce el abandono por muchas horas [...] desea que el segundo sea admitido en el asilo de San Bernardino en Madrid y de ese modo recibirá educación y podrá aprender un oficio para ser útil á su madre y hacerse hombre de bien*”²⁹.

Viudas, viudos, mujeres a las que había abandonado el marido, familias a las que la enfermedad y la pobreza les habían desbordado... los solicitantes de un ingreso en el Asilo de San Bernardino solían responder a un mismo perfil. Pero no siempre eran los hijos a los que se quería hacer entrar en la institución. Además de estas peticiones que pretendían garantizar a la prole un futuro que sus padres no se creían capaces de ofrecer, también había quien consideraba sus días acabados en la ciudad y que, ante la perspectiva de que la miseria acelerara la llegada de la muerte, solicitaban su propio ingreso, pensando que, incluso en el tan temido asilo, estarían mejor. Así lo hacía “*María Cebreiro y Popa, de cincuenta y nueve años de edad, casada, que vive en la calle Bravo Murillo nº 44 principal nº 21 y que encontrándose sin recursos para atender a su subsistencia a causa de no poder trabajar por los achaques propios de la edad, y sin poder contar con el auxilio del marido por estar casi ciego y recogido en el establecimiento de San Bernardino*” pedía en junio de 1884 ser ingresada en el mismo asilo que su esposo. Lo mismo que “*Cándida Rodríguez habitante de calle Blasco de Garay (...) que teniendo la edad de sesenta y cinco años y siendo una pobre lavandera y estando imposibilitada de dolores y siendo de esta corte y viéndome en la mayor miseria imaginable, me veo que no tengo más remedio que acudir a Vuestra Excelencia.*”³⁰.

Conviene subrayar que las solicitudes de estos padres y madres desesperados y de estas viudas sin recursos eran casos desesperados. Existían muchos otros procedimientos para aliviar la pobreza y las dificultades antes de acudir a la drástica solución de llamar a las puertas de un asilo generalmente contemplado más como una cárcel que como un hogar deseable. Si optaban por esta solución era porque no les quedaba otra; tampoco las

²⁷ Y así, junto a solicitudes como la de Sebastiana Sánchez, se conservan en el Archivo de Villa de Madrid varias peticiones de padres y esposas solicitando la puesta en liberación de sus hijos y maridos. alguna de ellas han sido reproducidas en PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Marginación, pobreza y delincuencia en el Madrid de la segunda mitad del XIX: una aproximación microhistórica”, en CASTILLO, Santiago y OLIVER, Pedro: *Las figuras del desorden. Heterodoxos, proscritos y marginados. Comunicaciones al V Congreso de Historia Social*. Madrid, Siglo XXI, 2006.

²⁸ Solicitud de José Cuadrado para el ingreso de su hijo en el Asilo de San Bernardino hecha el 25 de Octubre de 1883, AVM, Secretaría, 1-397-1.

²⁹ Solicitud de Regina Pineda para el ingreso de su hijo en el Asilo de San Bernardino hecha el 28 de Septiembre de 1883, AVM, Secretaría, 1-397-1.

³⁰ Solicitud de Cándida Rodríguez para ingresar como asilada en el Asilo de San Bernardino, sin fecha, tramitada en el año de 1883, AVM, Secretaría, 1-397-1.

autoridades políticas ni los directores de la institución contemplaban con gusto estas solicitudes. De hecho, casi todas eran rechazadas. La reclusión, el ingreso en el asilo, era la última salida y tanto familias pobres como gobernantes preferían buscar antes otras formas de alivio. Los asilos y hospitales eran sólo una de las instituciones y acciones de asistencia social que comprendía el amplio y complejo sistema de beneficencia pública. Incluso se les podía considerar como la medida extrema, la medida excepcional de un conjunto de servicios que, a partir de la reforma liberal del sistema de Beneficencia tras la ley de 1849, había puesto en el refuerzo de la familia como célula básica de cohesión social, uno de sus objetivos. En buena medida, la persecución del pobre, su represión y reclusión, no dejaba de ser un remedio antiguo que poco tenía que ver con las intenciones dispuestas en esa ley de 1849³¹. Más sorprendente por lo tanto, resultaba que los propios pobres recurrieran a esta solución; en el fondo se trataba de una de las diversas fallas que mostraba la asistencia social y el alivio al pobre en su funcionamiento.

La reforma del sistema de Beneficencia en su tránsito desde el Antiguo Régimen al nuevo orden liberal fue un proceso complejo que respondió a diversas dinámicas³². Al margen de la racionalización y el nuevo ordenamiento que impuso la legislación liberal, había diversas causas para reformar el sistema de hospitales y asilos que existía en España hasta finales del siglo XVIII³³. En Madrid, especialmente. Hasta finales del siglo XVIII, la

³¹ Ya se ha hecho referencia anteriormente a las rondas de recogida y expulsión de mendigos, una medida que había de ser frecuente antes de 1860 y la puesta en marcha del Ensanche, mientras Madrid vivía en la situación de saturación demográfica que dio origen a las crisis epidémicas de 1835 y 1865. La expulsión de forasteros ha sido descrita por VIDAL GALACHE, Florentina: “¿Qué hacemos con los pobres? El origen del Asilo de San Bernardino (1834)”, *Espacio, tiempo y forma, Serie V, Historia contemporánea*, nº 5, (1992), pp. 305-316. Véase también SOUBEYROUX, Jacques: “El encuentro del pobre y la sociedad: asistencia y represión en el Madrid del siglo XVIII”, *Estudios de historia social*, nº 20-21 (1982), pp. 7-22.

³² Para el estudio de la Beneficencia en el tránsito del Antiguo Régimen a la sociedad liberal es necesario partir de la investigación pionera de CARASA SOTO, Pedro: *Pauperismo y revolución burguesa: (Burgos, 1750-1900)*, Valladolid, Universidad-Secretariado de Publicaciones, 1987. El marco interpretativo propuesto por la investigación de Pedro Carasa Soto sobre la provincia de Burgos fue después aplicado a otras provincias españolas en MAZA ZORRILLA, Elena: *Valladolid: sus pobres y la respuesta institucional (1750-1900)*, Valladolid, Universidad Secretariado de Publicaciones, 1985; ESTEBAN DE LA VEGA, Mariano: *De la Beneficencia a la Previsión. La acción social en Salamanca, 1875-1898*, Salamanca, Diputación Provincial de Salamanca, 1991. A ellos habría que añadir el estudio de DÍEZ RODRÍGUEZ, Fernando: *La sociedad desasistida. El sistema benéfico - asistencial en la Valencia del siglo XIX*, Valencia, Diputación de Valencia, 1993, en el que el marco de la provincia era sustituido por el del municipio. Con posterioridad a esta primera ola de estudios de la Beneficencia en la España Contemporánea, el mismo Pedro Carasa Soto realizó nuevas propuestas en la metodología y la temática que debían afrontar este tipo de investigaciones: CARASA SOTO, Pedro: “La historia y los pobres: de las bienaventuranzas a la marginación”, *Historia Social*, nº 13, 1992, pp. 77-99 y CARASA SOTO, Pedro: “Por una historia social de la ciudad. Urbanización, pauperismo y asistencia” en BONAMUSA, Francesc: y SERRALLONGA, Jean (eds): *La sociedad urbana en la España Contemporánea*. Barcelona, Asociación de Historia Contemporánea, 1994, pp. 23-63; CARASA SOTO, Pedro “Metodología del estudio del pauperismo en el contexto de la revolución burguesa española” en CASTILLO, Santiago y ABELLÁN, Joaquín (coord.): *La historia social en España: actualidad y perspectivas : actas del I Congreso de la Asociación de Historia Social*, Zaragoza, 1991, pp. 359-384. Más recientemente, CARASA SOTO: “Beneficencia y “cuestión social”: una contaminación arcaizante”, *Historia contemporánea*, nº 29 (2004), pp. 625-670. CARASA SOTO, Pedro: “Lo privado y lo público en el sistema asistencial: el triángulo Iglesia-Ayuntamiento-Estado en la beneficencia española” en ABREU, Laurinda (coord.): *Asistencia y caridad como estrategias de intervención social: Iglesia, Estado y Comunidad (siglos XV-XX)*, Bilbao, UPV, 2007, pp. 141-172. En la estela de estas nuevas propuestas para el estudio de la Beneficencia, podemos destacar la aparición de nuevas tesis doctorales como la de SIMÓN ARCE, Rafael: *El comunismo del hambre. La cuestión social en Alcalá de Henares: limosna, instrucción y orden (1800-1900)*, (tesis inédita), Madrid, Departamento de Historia Contemporánea, UCM, 2007.

³³ Un análisis sobre las líneas maestras de la reforma liberal de la Beneficencia en ESTEBAN DE VEGA, Mariano: “La asistencia liberal español: beneficencia pública y previsión particular”, *Historia social*, nº 13, 1992, pp. 123-138.

asistencia al pobre había sido una competencia de las instituciones eclesiásticas; los conventos y cofradías se habían ocupado de atender al necesitado a partir de las limosnas y legados que recibían, por un lado, y del producto de su propio patrimonio, por el otro. En el Viejo Madrid, como en el resto de las ciudades españolas, el necesitado acudía a las puertas de la Iglesia o de un convento cuando tenía hambre o se sentía enfermo, con la esperanza de que se le administrara la sopa boba que le permitiera sobrevivir o una cama donde curar su enfermedad³⁴.

Si bien este sistema en manos de la Iglesia se mantuvo activo a lo largo del siglo XIX en el resto de la geografía peninsular, en Madrid se dieron las circunstancias para que los cambios acontecieran antes. La presencia de Palacio fue determinante. También lo fue el crecimiento que experimentó la ciudad en el tránsito del siglo XVIII al XIX. La masa de población, aunque todavía lentamente, iba creciendo y con ella la de los pobres y los jornaleros. Y la pobreza generaba miedo entre las clases poderosas, sobre todo si esa pobreza se arremolinaba en torno a la sede del poder. Había que evitar que una excesiva acumulación de pobreza creara el caldo de cultivo en que prendiera una insurrección popular. Conforme a su espíritu ilustrado reformista, Carlos III puso las bases de una primera organización de asistencia al pobre organizada por el propio Ayuntamiento y creó en su reinado las Juntas de Caridad. Más tarde, fue Fernando VII, que asistió ya a un más vigoroso crecimiento de población de la capital a la que comenzaban a llegar los primeros contingentes de inmigrantes jornaleros, quien perfeccionó el sistema, creando el primer sistema de asistencia médica al pobre que superaba el viejo mundo de los hospitales³⁵.

En 1816 Fernando VII creó las bases del sistema de asistencia domiciliaria madrileña que años más tarde se utilizaría como modelo para la organización de la beneficencia pública municipal de todo el país. La principal medida fue el establecimiento de un sistema de asistencia a los pobres a domicilio en cada uno de los barrios de la ciudad. Para ello se crearon los puestos de médico y cirujano de la Beneficencia, cuya labor era visitar a los pobres cuando caían enfermos y asistirlos gratuitamente. El objetivo era evitar que el cabeza de familia cayera enfermo y provocara esas crisis familiares que con facilidad podían desembocar en la ruptura del hogar y el fin de alguno de los miembros en el asilo o en el hospital. También era un intento de atajar y poner coto a un excesivo recurso a los hospitales ante la enfermedad; en realidad, los hospitales en aquella época, con sus graves carencias higiénicas y sus altos índices de mortalidad entre los enfermos, eran lugares que provocaban pavor, y se consideraba el traslado a sus

³⁴ Para un estudio de la Beneficencia en Madrid hasta la aplicación de la ley general de 1849, SOUBEYROUX, Jacques: “El discurso de la Ilustración sobre la pobreza: Análisis de una formación discursiva”, *Nueva revista de filología hispánica*, tomo 33, nº 1, (1984), pp. 115-132. Del mismo autor: “Pauperismo y relaciones sociales en el Madrid del siglo XVIII”, *Estudios de historia social*, nº 12-13 (1980), y “El encuentro del pobre y la sociedad: asistencia y represión en el Madrid del siglo XVIII”, *Estudios de historia social*, nº 20-21 (1982). Véase también la obra de VIDAL GALACHE, Florentina: “La epidemia de cólera de 1834 en Madrid: Asistencia y represión a las clases populares”, *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, 1989, pp. 271-280; “El impacto de la Ley General de Beneficencia de 1822 en Madrid”, *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, nº 1 (1988), pp. 41-56; “La beneficencia en Madrid a principios del siglo XIX. El plan de beneficencia de Fernando VII”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, nº 24 (1987), pp. 133-147. Véase asimismo, la obra conjunta de VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia: “Enfermedad y pobreza en el Madrid del siglo XVIII”, UNED, 2006; “Enfermar en Madrid: la asistencia, 1800-1830”, *Historia 16*, nº 172 (1990), pp. 31-36; “Los médicos en el Madrid del s. XIX”, *Historia 16*, nº 176, 1990, pp. 33-38.

³⁵ Véase el *Reglamento formado por la Real y Suprema Junta General de Caridad para gobierno de la hospitalidad domiciliaria en los diez cuarteles y sesenta y dos diputaciones de esta Capital heroica fundada por el Rey Nuestro Señor Don Fernando VII...*, Madrid, por Ibarra, Impresor de Cámara de S.M., 1816, recogido por MAZA ZORRILLA, Elena: *Pobreza y beneficencia en la España contemporánea*. Barcelona, Ariel, 1999, pp. 47-64.

instalaciones más como una antesala de la muerte que un remedio a la enfermedad. Así pues, se arbitraron dos tipos de socorro. Primero el puramente médico: cuando uno de los pobres con derecho a asistencia caía enfermo, era visitado por el médico o el cirujano. Además de ser atendido, se le recetaban los medicamentos necesarios para su curación, que podía ir a recoger gratuitamente a la farmacia del barrio que había sido designada como establecimiento adscrito a la Beneficencia. En segundo lugar, era visitado por uno de los notables del barrio, el visitador del pobre, que decidía si la enfermedad era lo suficientemente grave para darle un socorro suplementario. Si el enfermo necesitaba de convalecencia, o si iba ausentarse del trabajo por unos días, entonces se le proporcionaban los alimentos que iban a faltar en su casa por la carencia del jornal. Con ello se pretendía evitar que niños y mujeres tuvieran que salir a trabajar descuidando otras ocupaciones, como el mismo cuidado del enfermo o la asistencia a la escuela en caso de los hijos³⁶.

El sistema funcionó de forma desigual según el barrio de Madrid y según la época. El principal problema para que la asistencia domiciliaria a enfermos funcionara era su inestable régimen de financiación, que se basaba en las donaciones voluntarias. El dinero para pagar a los médicos y para sufragar el reparto de medicamentos y alimentos había de salir de las arcas reales y de las cuestaciones entre los habitantes más acaudalados del barrio. No había ninguna partida presupuestaria prevista, lo que determinó que la actividad de estos médicos y cirujanos que habían de visitar las casas de los pobres dependiera de lo generoso que se encontrara el monarca cada año y, sobre todo, del interés que pusieran los propios vecinos en ayudar a los pobres que residían en la misma calle que ellos. Hubo periodos de letargo, en los que la asistencia de enfermos se dejó de practicar. En algunos barrios, los más pobres de Madrid, donde había menos vecinos acaudalados para aportar su limosna para este servicio, la asistencia domiciliaria y el volumen de medicamentos y alimentos repartidos pudieron ser anecdóticos. Aunque renqueante y fluctuante en su intensidad, la nueva organización médica subsistió desde su creación en 1816 hasta mediados de siglo, cuando el gobierno de la nación aprobó la ley general de Beneficencia de 1849.

La ley general de Beneficencia de 1849 y su posterior reglamento de 1852 fueron un intento de racionalizar el multifacético y, hasta cierto punto, caótico abanico de instituciones y acciones que comprendía la asistencia social hasta el momento³⁷. La pobreza era objeto de muy diversos tratamientos que iban desde esta ayuda a los enfermos que se practicaba en Madrid hasta la persecución y reclusión en asilos de los mendigos en tiempos de crisis; desde la oferta de trabajos públicos cuando el paro y el hambre amenazaban la paz social hasta la organización de los hospitales donde se llevaban a los enfermos graves hasta su defunción. La ordenación de todas estas acciones pasaba además por adecuarlas e insertarlas en el nuevo sistema de organización de la Administración creado por el régimen liberal y, sobre todo, adaptarlas a una sociedad progresivamente secularizada. Uno de los graves problemas que planteaba la asistencia al pobre era la decadencia de muchas de las instituciones que hasta entonces se habían ocupado de ello, y muy especialmente las congregaciones religiosas³⁸. La falta de recursos, agudizada por los procesos desamortizadores, había provocado que las antiguas cofradías y conventos que repartían sopa boba y consuelo al desvalido, se mostraran crecientemente incapaces de

³⁶ Para una reconstrucción del funcionamiento de la asistencia domiciliaria en Madrid durante este periodo es especialmente útil la consulta de SÁNCHEZ RUBIO, Eduardo: *Historia de la Beneficencia Municipal de Madrid y medios de mejorarla*, Madrid, 1869.

³⁷ ESTEBAN DE VEGA, Mariano: "La asistencia liberal español: beneficencia pública y previsión particular", *Historia social*, nº 13, 1992, pp. 123-138. La descripción general de la ley y el reglamento en MAZA ZORRILLA, Elena: *Pobreza y beneficencia en la España contemporánea*, Barcelona, Ariel, 1999.

³⁸ Uno de los temas abordados en su día por CARASA SOTO, Pedro: *Pauperismo y revolución burguesa: (Burgos, 1750-1900)*, Valladolid, Universidad-Secretariado de Publicaciones, 1987.

cumplir su misión. Ahora, era el Estado en sus diferentes niveles de administración, el que había de encargarse de desempeñar las funciones de las que la Iglesia se había hecho responsable hasta el momento.

A grandes trazos, la ley general de Beneficencia de 1849 estableció tres grandes ámbitos de actuación que se correspondían con los tres niveles de la administración: el gobierno central, las diputaciones provinciales y los ayuntamientos. Al gobierno central le fue adjudicada la organización general de la Beneficencia y el tratamiento de aquellos enfermos considerados incurables; así, bajo el manto del Gobierno fueron acogidas las instituciones destinadas al tratamiento de enfermos mentales, sordomudos o impedidos, en fin, de los pobres y enfermos que se consideraban insalvables y que necesitaban una asistencia continuada. A las diputaciones provinciales les fue confiada la gestión de la pobreza de más larga duración y de la enfermedad crónica: era la diputación la que se encargó a partir de ese momento de gestionar los hospitales a donde se trasladaban los enfermos graves y crónicos. También había de ocuparse de aquellas instituciones donde eran internados los pobres de larga duración, aquellas personas que por su situación social o familiar estaban condenadas a una miseria por mucho tiempo, con escasas posibilidades de solución a corto plazo. Era el caso de las inclusas en las que acababan los niños abandonados, los hospicios destinados al albergue y educación de los jóvenes sin familia o los asilos para reclusión de mendigos. Una labor, la de las diputaciones, que combinaba la asistencia y la represión, pues también eran las encargadas de perseguir a los pobres en las ciudades y, en el caso de ser inmigrantes, de hacerles retornar a sus lugares de origen. Finalmente, a los ayuntamientos se les confiaba la gestión de la pobreza cotidiana y la asistencia de la enfermedad puntual. Para ello se les exhortaba en la ley a la creación de sistemas de asistencia domiciliaria a los enfermos y de reparto de socorros en alimentos y medicamentos, en un intento de que se imitaran las prácticas que ya se habían puesto en marcha en algunas ciudades, y especialmente en la capital del reino. También se preveía la creación de casas de socorro, un tipo de establecimiento al que los enfermos pudieran acudir en todo momento y que sirviera de puente entre la asistencia inmediata y la más especializada del hospital. Las casas de socorro debían atender a los enfermos repentinos, a los accidentados y luego, en caso de que fuera necesario, trasladarlos a los hospitales provinciales.

Los distintos balances que se han hecho sobre el sistema de Beneficencia liberal han coincidido en subrayar las carencias de su aplicación en buena parte de la segunda mitad del siglo XIX³⁹. La ley general de Beneficencia ha sido generalmente tachada como una declaración de buenas intenciones que se quedó en el papel y que tuvo una tardía plasmación. De forma destacada, se ha señalado cómo los ayuntamientos fueron incapaces de poner en marcha las distintas misiones que les fueron adjudicadas. Los médicos de asistencia a domicilio y las casas de socorro tardaron en aparecer en las principales ciudades españolas y mucho más en las localidades de tamaño medio y en los pueblos. La raíz del problema fue la misma que anegó muchas otras leyes liberales que se quedaron en el papel: la falta de financiación. Desde el gobierno se legislaba y se planeaban grandes proyectos de reforma y se esperaba que los ayuntamientos fueran los que los pusieran en

³⁹ Son las conclusiones a las que llegan en sus respectivos estudios CARASA SOTO, Pedro: *Historia de la beneficencia en Castilla y León. Poder y pobreza en la sociedad castellana*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1991, especialmente capítulo 4 “El sistema de beneficencia municipal: alguaciles y pobres en las ciudades de Castilla”, pp. 171-205; ESTEBAN DE LA VEGA, Mariano: *De la Beneficencia a la Previsión. La acción social en Salamanca, 1875-1898*, Salamanca Diputación Provincial de Salamanca, 1991. DÍEZ RODRÍGUEZ, Fernando: *La sociedad desasistida. El sistema benéfico - asistencial en la Valencia del siglo XIX*. Valencia, Diputación de Valencia, 1993.

marcha, sin que se elaboraran planes de financiación o se previeran recursos⁴⁰. Con la asistencia domiciliaria sucedió lo mismo y se aplicó, ligeramente modificado, el régimen de financiación que ya se había puesto en marcha en Madrid en tiempos de Fernando VII. Los sueldos de los médicos y cirujanos, los medicamentos y los alimentos que se repartirían entre los pobres, habían de salir de las aportaciones de los propios ayuntamientos y de las donaciones que los vecinos tuvieran a bien entregar a la Beneficencia municipal. En fin, por un lado se exigía a los ayuntamientos que organizaran la asistencia a los enfermos y por el otro se dejaba a la buena voluntad de los notables de cada municipio recolectar el dinero necesario para ello. Como era previsible, en la mayor parte de los municipios no se llegó a reunir el dinero para aplicar la ley.

De todas maneras, aunque se pueda considerar que el sistema de asistencia domiciliaria fracasó en términos generales, como en tantas otras facetas del proceso de reforma liberal, la aplicación de la ley dependió mucho de las condiciones previas del lugar al que nos refiramos. No se partía de las mismas condiciones en Burgos, Valencia o en Valladolid, donde las casas de socorro y los médicos a domicilio tardaron décadas en aparecer, que en Madrid, donde ya se había ensayado este tipo de acciones en el pasado⁴¹. Por otro lado, los problemas de pobreza no eran igual de acuciantes en esas capitales de provincia de tamaño reducido que en la capital del Estado, que desde 1830 estaba conociendo un ritmo de crecimiento de su población y una transformación radical de la composición de sus clases populares. La pobreza era un problema grave en cualquier ciudad, pero era más urgente en la capital, que era donde existían esas masas de jornaleros y de inmigrantes que marcaban la entrada en el nuevo mundo urbano. Y sobre todo era un problema más preocupante; en la ciudad en la que residían los monarcas, en la que estaban situadas las principales instituciones de gobierno. Había que evitar por todos los medios toda posible quiebra de la paz social que pudiera amenazar la estabilidad del poder; el mejor medio para atajar motines, revueltas y revoluciones, era evitar el hambre entre las clases populares y los hambrientos deambulando por las calles de Madrid.

En la capital además se añadía otra circunstancia que permitía salvar las dificultades que otros ayuntamientos encontraron a la hora de poner en marcha los distintos servicios públicos. Madrid, como cualquier otra ciudad, no contaba con todos los recursos necesarios para afrontar todas las funciones administrativas y políticas que se adjudicaron a los municipios en el nuevo organigrama liberal. Aún así contaba con una ventaja: su condición de capital y sede de la Corte, su naturaleza de centro de decisión económica y principal plaza mercantil de la España del siglo XIX, habían atraído hacia sus calles a gran parte de las mayores fortunas del país. Madrid era el principal centro de acumulación de riqueza y capitales. Eso no garantizó que el Ayuntamiento recaudase entre sus vecinos las cantidades necesarias para dotar a la ciudad de los servicios necesarios para una vida urbana confortable pero, por lo menos, sí permitió que se pusieran en marcha algunas iniciativas de las que carecieron el resto de los ayuntamientos españoles, como fue el caso de todos los relacionados con la Beneficencia Municipal.

⁴⁰ Al protagonismo de los municipios en la aplicación de las reformas liberales y al amplio abanico de funciones que los ayuntamientos debieron asumir, se refiere OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "Tradición y modernidad en la España urbana de la Restauración" en GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe y SÁNCHEZ, Raquel (coord.): *Modernizar España: proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 79-118.

⁴¹ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: "La ciudad frente a la pobreza: la acción social del municipio madrileño a través de las juntas parroquiales en 1860" en CARANTOÑA ÁLVAREZ, Francisco y AGUADO CABEZAS, Elena (eds.): *Ideas reformistas y reformadores en la España del siglo XIX. Los Sierra Pambley y su tiempo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pp. 509-521.

Tabla 5.4: Estados de los pobres socorridos por a Beneficencia domiciliaria en 1859

Estado demostrativo del primer semestre de 1859													
Distritos parroquias	Familias asistidas	Bonos distribuidos											
		pan	carne	tocino	garbanzos	Judías	arroz	patata	bacalao	Choco-late	aceite	carbón	total bonos
Distrito 1													
Santa María	108	482	546	614	455	52	172	184		19	180	515	3219
San Nicolás	24	134	96	96	86	7	77	43		7	90	119	755
Santiago	33	149	140	152	138	22	100	48		11	131	170	1061
San Martín	305	1384	1195	1217	970	67	355	261		104	1052	1214	7819
San Marcos	480	2000	1382	1413	1334	177	757	709		70	1031	1766	10639
Distrito 2													
San Luis	346	519	601	595	579	48	320	103	4	112	319	428	4322
San José	1131	1898	1408	1386	1353	62	936	607	115	229	1284	2038	13304
San Ildefonso	870	2538	2105	2148	2210	70	580	743	21	469	1513	2230	16317
Chamberí	479	982	684	730	615	79	193	451	5	59	346	605	5742
Distrito 3													
San Sebastián	598	1729	1445	1402	1362	74	224	182	71	412	486	1454	9741
San Lorenzo	1364	2669	2927	2380	2204	286	924	861	115	565	1069	2082	20118
San Millán	286	699	694	705	657	59	185	194	34	219	197	477	6429
Santa Cruz	193	572	454	432	417	68	70	180	2	68	342	396	3668
Distrito 4													
San Ginés	170	770	542	789	532	87	529	351	14	84	515	849	5148
San Pedro	48	144	107	109	111	19	102	54	35	7	63	118	939
San Justo	162	530	408	550	418	95	291	86	15	58	275	390	3152
San Andrés	468	1826	1282	1613	1366	405	890	988	25	250	660	1308	10897

Elaboración propia a partir de AVM, Beneficencia, 1-173-4

La ciudad de Madrid rompe la interpretación general que se ha hecho de la puesta en marcha de los servicios sociales en la España Contemporánea. Si el balance general del país ha producido un retrato en que la Beneficencia Municipal resultó tardía y escasa en su desarrollo hasta bien entrada la Restauración, no es ese el caso de la capital. Todo lo contrario. Hacia finales de la década de los años cincuenta, apenas unos años después de la aprobación de la ley general de 1849 y su reglamento de 1852, Madrid contaba con un sistema de organización de asistencia a la pobreza realmente complejo. Tan pronto como en 1855, el propio Ayuntamiento publicó su propio reglamento de la Hospitalidad domiciliaria de Madrid, en el que creó la primera división de la administración de

Beneficencia de la ciudad⁴². La capital quedó dividida en cuatro distritos y cada uno de ellos se dividió en diversas parroquias, en las que se organizaba la asistencia de los enfermos. En 1859, cada una de estas parroquias ya tenía un médico asignado y un cirujano; igualmente se había formado en cada una de ellas una Junta Parroquial de Beneficencia, formada por los vecinos más ilustres del barrio, en el que se organizaba la recaudación de dinero para poder pagar al personal, así como los medicamentos y los bonos de comida que se tenían que repartir entre los enfermos.

Plano 5.1: La organización de la asistencia domiciliar en Madrid en 1859; división en distritos de Beneficencia y localización de las parroquias con servicios de asistencia a enfermos a domicilio



Las líneas de división entre distrito han sido trazadas de forma aproximada, ya que no se ha localizado la división utilizada por el Ayuntamiento en aquel momento. El número de familias que se recoge junto al nombre de cada parroquia indica el de las familias asistidas por la asistencia domiciliar en el primer semestre de 1859, tal y como indica el cuadro previo. Elaboración propia a partir de AVM, Beneficencia, 1-173-4

⁴² SÁNCHEZ RUBIO, Eduardo: *Historia de la Beneficencia Municipal de Madrid y medios de mejorarla*, Madrid, 1869.

Esta primera organización de los servicios médicos a domicilio en el Madrid isabelino estaba lejos de ser un sistema perfecto e igualitario. Existían grandes diferencias en el tamaño de los distritos. La población de la que se ocupaba cada parroquia podía ser muy diversa en su volumen. Así, el centro histórico de la ciudad, en las calles alrededor del Palacio, se concentraban las diferentes iglesias que desde el siglo XII habían articulado la vida de aquellos barrios, mientras que las zonas más modernas de la capital, los barrios del norte y del sur, habían de conformarse con centros de organización más dispersos. Parroquias como las de San José o San Ildefonso, situadas en los barrios populares del norte, donde se concentraban los artesanos y jornaleros a los que iban destinados los servicios de Beneficencia, registraban una intensa actividad. Lo mismo la de San Lorenzo, en el corazón del populoso y humilde barrio de Lavapiés, cuyos médicos atendieron en los primeros seis meses de 1859 a 1.364 familias. Mientras tanto, los facultativos de las más rancias iglesias de San Nicolás, Santiago o San Pedro, no llegaron a las 50 visitas en el mismo periodo de tiempo.

Con todo, las cifras generales del funcionamiento de la asistencia a domicilio en 1859 revelan la importancia que alcanzó la actividad de algunas juntas parroquiales de beneficencia; muy especialmente en los barrios populares. No sólo se trataba de que en los seis primeros meses de 1859, el médico de Lavapiés, por ejemplo, visitara a más de 1.300 personas postradas en su lecho. También era importante que las autoridades de aquel populoso barrio hubieran repartido entre sus habitantes más de 2.000 raciones de carne, otras tantas de tocino y de muchos otros alimentos. Una ración de pan, garbanzos, la carne y el tocino, el aceite y las patatas, juntaban para hacer el cocido que podía salvar, al menos, por un día a una familia de jornaleros o de artesanos empobrecidos. Todo dependía de cómo se distribuyera y entre quienes se hiciera. Al mismo tiempo, el reparto gratuito de comida entre los enfermos y los pobres de un barrio, podía tener efectos más allá de los puramente alimenticios. Los beneficios iban más allá del recibido por el enfermo y el desvalido que ese día llenaba su puchero; también podían recogerlos el que hacía ese reparto de comida y, sobre todo, el que vendía los alimentos y los medicamentos que compraban los ayuntamientos. También conviene preguntarse por el significado que tales distribuciones de medicamentos y alimentos podían adquirir en una época en que gran parte de las familias trabajadoras vivían en un contexto de extrema pobreza, y más en una pequeña comunidad como la que constituía el arrabal de Chamberí.

Asistentes y asistidos en el arrabal de Chamberí: la distancia entre clases acomodadas y clases populares antes de la explosión del Ensanche

La Junta Parroquial de Beneficencia de Chamberí jugó un papel fundamental en la vida del arrabal antes de su incorporación a la ciudad. Paradójicamente, aquel conjunto de casas que había surgido al margen del centro de la ciudad antes del proyecto de Ensanche, en los años previos a la Revolución de 1868 contaron con un activo sistema de asistencia a los enfermos y pobres que moraban en sus tristes calles. El arrabal, que tan mala fama había adquirido durante los años cincuenta y que con tan negros caracteres era descrito en el decreto ley del Ensanche, destacaba por ser una de las zonas de la ciudad en las que funcionaba con más intensidad la asistencia de enfermos a domicilio. Era bastante sorprendente, que mientras algunos barrios del casco antiguo tenían que conformarse con compartir una parroquia entre varios para atender a extensas zonas, Chamberí, en teoría un espacio marginal y marginado en la ciudad, contara con su propio centro de servicios de asistencia.

No había más que compararlo con la situación del vecino barrio de Universidad, en los alrededores de la calle de San Bernardo, un espacio céntrico y que en teoría estaba

mejor acondicionado al menos materialmente que el arrabal de las afueras. El distrito de Universidad era uno de las zonas residenciales populares por excelencia del Madrid de entonces⁴³; los barrios de Dos de Mayo, del Pez, Corredera o la Estrella acogían a las familias de artesanos madrileños más castizos. Indudablemente era uno de los lugares en que el ejercicio de la Beneficencia había de ser más necesario; sin embargo, su nutrida población se tenía que conformar con la ayuda que ofrecían tres juntas parroquiales muy distantes entre sí: la de San Ildefonso, la de San Marcos, ya en el extremo occidental de la ciudad y la de San Martín, en el laberinto de calles del barrio de Desengaño. Mientras tanto, el arrabal de Chamberí, que en 1860 sólo contaba con unas 5.000 almas y un caserío todavía muy disperso entre descampados, podía enorgullecerse de disponer de su propia junta parroquial, exclusivamente consagrada a ayudar a su población.

Las ayudas que distribuía la Junta Parroquial entre los vecinos de Chamberí en aquellos años no eran poca cosa. La suerte de muchas familias habría sido muy difícil sin ellas. Los medicamentos y los alimentos que repartía la junta no bastaban para sacarlos de la miseria, pero probablemente proporcionaban un gran alivio. La vida de Antonia Ayala y su familia, habría sido seguramente muy diferente si no hubiese contado con la posibilidad de acudir a la farmacia de Benigno Castro cuando sus hijos se ponían enfermos, o de recibir un puñado de garbanzos cuando el dinero escaseaba en el hogar. Desde luego que las migajas que pudo recoger en su larga vida como vecina de Chamberí no le ahorraron ese constante ejercicio de contorsionismo al que se vio sometido su familia, haciendo entrar realquilados y parientes para cuadrar los presupuestos. Pero sin esa ayuda tampoco habría sido fácil que, en una época en que uno de cada cuatro niños moría en Madrid antes de cumplir los cinco años de edad, ella hubiera conseguido sacar adelante a los nueve que tuvo con su marido.

Las causas de los dramas que jalonaban la vida de una familia humilde en el Madrid del siglo XIX son claras: el hambre y la pobreza. La muerte prematura de los hijos de las familias artesanas y jornaleras, la abundancia de maridos que dejaban viudas a sus mujeres antes de tiempo, no tenían razón más poderosa que la mísera vida a la que les postraba las duras condiciones de trabajo y los altos precios que habían de pagar sólo por la supervivencia. La sobremortalidad infantil característica de la vida urbana del siglo XIX se comprende perfectamente a la sombra del contraste entre esas 3,97 pesetas en que estaba fijado el precio de la vida diaria y los sueldos más frecuentes, que no solían superar las 2 o las 2,5 pesetas por jornada trabajada. En ese contexto, el nacimiento de un hijo era más una desgracia que una alegría, más una amenaza de muerte que una esperanza de vida. Es fácil imaginar el trauma y la repercusión que un nuevo nacimiento podía provocar en cualquier hogar con pocos recursos: de entrada suponía una boca más que alimentar al tiempo que un salario menos que se ingresaba. La madre, fuera cual fuese su participación en el mercado laboral, plena como las de las trabajadoras de los talleres o esporádica como las de las amas de casa lavanderas, debía cesar repentinamente toda su actividad, que sólo poco a poco recuperaría a medida que el niño fuera creciendo. Un nuevo hijo era una crisis que muchas veces no se superaba. Los recursos disminuían y con ello las raciones de la comida que se consumían en el hogar, y en ese contexto, los más débiles físicamente podían sucumbir: bien la madre, exhausta tras el reciente parto o el recién nacido, aún con pocas defensas biológicas para hacer frente a los periodos de escasez.

⁴³ Un retrato de esta zona a en el estudio del barrio de Corredera realizado por GONZÁLEZ PALACIOS, Daniel: "La estructura socioeconómica del casco antiguo de Madrid a finales del siglo XIX, el caso del barrio de Corredera", en NICOLÁS Encarna y GONZÁLEZ, Carmen (coords.): *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. Actas del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008.

Las autoridades y los notables del barrio de Chamberí, como los del resto de Madrid, eran conscientes de ello, y se esforzaron en atajar estas situaciones de excesiva presión en las que a veces se encontraban las familias con menos recursos. Bien sabían que la ruptura del núcleo familiar suponía la antesala de la miseria; que se podía pasar de una situación relativamente aceptable a la caída en la pobreza más absoluta por la pérdida de cualquier miembro de la familia, y especialmente de aquellos que cumplían un papel fundamental en la economía del hogar, aquellos que por poco que aportaran, traían un salario a casa. No era muy difícil comprenderlo; la pobreza era fundamentalmente una cuestión de ausencia de familia. Se comprobaba con mirar las listas de los asilos y examinando el estado civil de los mendigos que habían sido recogidos por las calles de Madrid. El pobre era viudo o viuda, no tenía hijos y era incapaz de sostenerse económicamente por sí mismo. Si no, era huérfano, un niño que había perdido a sus padres antes de haber aprendido a ganarse la vida por su cuenta, o un soltero o una soltera que carecía del cónyuge con el que juntar las casi cuatro pesetas que costaba la supervivencia diaria⁴⁴.

En buena medida, la acción de la Beneficencia en los alrededores de 1860 iba destinada a reforzar a las familias en esas situaciones de riesgo en que quedaba amenazada la estabilidad del hogar, al menos en lo que se refiere a las juntas parroquiales de Madrid. La ayuda concreta podía ser muy diversa. Podía tratarse de un simple alivio puntual, como el que había recibido Antonia Ayala cuando su hija Polonia sufría el catarro pulmonar aquel invierno de 1859 que acudió a la farmacia de Benigno Castro. Podía ser una ayuda universalmente dispensada, como la que recibían todas las mujeres de familias pobres que daban a luz en el barrio y a la que seguro que Antonia Ayala pudo optar en su día.

La ayuda a las mujeres en el momento del parto era una de las más frecuentemente dispensadas por la Junta Parroquial de Chamberí. Los peligros que suponía dar a luz para una mujer pobre eran especialmente graves; la mala alimentación y la escasez de fuerzas solían poner en riesgo la vida de la madre y del hijo. Una de las funciones de los médicos y cirujanos pagados por la parroquia era la de estar siempre disponible para acudir a la casa de la parturienta y ayudarla cuando lo solicitara. Sin que fuera una ocupación desbordante, cada cierto tiempo el médico del barrio era despertado o apartado de sus ocupaciones para entrar en acción. En el mes de febrero de 1862, por ejemplo, sólo cuatro mujeres pobres acudieron a la puerta de don Antonio García y Solís, el médico que vivía en el edificio anejo al de la farmacia de Benigno Castro, en el corazón del arrabal de Chamberí. El día 7 de febrero fue la familia de Gabriela Segura, que vivía en el Paseo de la Habana 3, allá donde estaba la panadería de los gallegos y asturianos, la que lo reclamó y recibió sus servicios. Una semana después, el día 15, el médico se tuvo que trasladar hasta el 6 de la calle de Cardenal Cisneros para atender a Marcela Iglesias. Luego pasaron diez días sin que el médico se viera ante parecido trance. El día 25, sin embargo, tuvo que acudir a la Carretera Mala de Francia 15, junto a los cementerios, para atender a Isabel Vila y el día 27, hasta la calle del Marqués de la Romana, en la parte trasera de la iglesia, junto a la vivienda que alquilaba Antonia Ayala, para asistir en una de esas destartadas y pobres viviendas a Teresa Collado⁴⁵.

⁴⁴ La vinculación entre soledad y pobreza ha sido destacada por todos los autores que se han ocupado de la Beneficencia y la pobreza en el siglo XIX; recientemente los estudios sobre la vejez (y su relación con la pobreza) han adquirido cierto protagonismo, tanto en los ámbitos de la asistencia social como en la historia demográfica, véase GARCÍA GONZÁLEZ, Francisco (coord): *Vejez, envejecimiento y sociedad en España, siglos XVI-XXI*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2005, especialmente CARASA SOTO, Pedro: "Marginación de la vejez en la cultura del liberalismo contemporáneo español", pp. 101-134.

⁴⁵ La actividad de Antonio García Solís ese febrero de 1862 en AVM, Beneficencia, 1-214-3.

La asistencia médica no se limitaba al momento concreto del nacimiento del hijo, sino que implicaba un seguimiento de las madres en los momentos previos al parto y en los días posteriores. Por lo que dejan ver las recetas de medicamentos de aquel mismo mes de febrero de 1862, sabemos que el médico de Chamberí visitó a las cuatro madres varias veces. Marcela Iglesias, por ejemplo, debió de tener un parto difícil y de dolorosas consecuencias. El día 11 de febrero ya comenzó a acusar la cercanía del nacimiento y el médico hubo de acercarse a atenderla; le recetó los medicamentos necesarios y al día siguiente repitió la visita. El día 15 fue el alumbramiento, pero el estado de postración en que quedó Marcela, le hizo reclamar la presencia del médico dos veces más, el día 19 y el día 24. En esas cinco visitas que realizó a su domicilio, el médico de Chamberí dejó otras tantas recetas que algún miembro de la familia, uno de sus hijos o el marido, tuvieron que ir a canjear en la farmacia de Benigno Castro. El importe total de los medicamentos ascendía a 26 reales, lo que suponía más o menos tres días de trabajo de un jornalero o de un artesano que cobrara el salario medio de 8 o 9 reales que se usaba por aquel entonces. Es fácil evaluar el alivio que esa ayuda produjo en el hogar de Marcela Iglesias; porque difícilmente su marido podría haber pagado esa factura y menos cuando los ingresos se habían visto reducidos drásticamente y los trabajos para mantener el hogar multiplicados, puesto que su esposa llevaba prácticamente diez días postrada en la cama.

La ayuda a la familia de Marcela Iglesias no se quedó en ese suministro de recetas gratuitas proporcionado por el médico. Tampoco era éste el único que visitaba a la familia que necesitaba hacer recurso al sistema de Beneficencia. Junto al especialista encargado de asistir al parto, también aparecía el visitador del pobre de la Junta Parroquial, en este caso Fernando Heredia, que llamó a la puerta de la casa de Marcela el mismo día de su parto. El de visitador del pobre era un cargo voluntario que debían ejercer los vecinos más ilustres de la zona. Fernando Heredia lo era. Se le conocía suficientemente porque, junto con Benigno Castro y Rufino García y Nogueira, era uno de aquellos firmantes del documento en contra del proyecto de Ensanche; en fin, uno de los patronos y notables del barrio de Chamberí desde su nacimiento. Por otro lado, su condición laboral y sus riquezas infundían un halo de respetabilidad a su alrededor: era empleado del Congreso de los Diputados y con su fortuna se había hecho construir un edificio de su propiedad en la calle Españolito, que defendía de la destrucción por aquellos años⁴⁶. Seguramente Marcela Iglesias lo reconociera cuando entró por la puerta y puede que hasta sintiera un cierto temor ante su mirada inquisidora. La función de tan distinguido personaje en la Junta Parroquial era visitar a los pobres y decidir si eran merecedores de una ayuda, si eran pobres con derecho a la asistencia o no⁴⁷. Pero Marcela no tenía por qué preocuparse. Don Fernando Heredia entró y firmó unas cuantas papeletas para que se canjearan en la casa de socorro por un buen puñado de víveres: cuatro raciones de pan, otras cuatro de carne, tocino, garbanzos y de carbón, y además, un suplemento de cuatro raciones de chocolate, un producto cuyo suministro se reservaba únicamente para las mujeres que acababan de dar a luz. En total, suponían 15 reales y 20 céntimos en alimentos, que sumados a los 26 de los medicamentos hacían más de 40. Todo un dineral para una familia pobre como la de Marcela, que parecía llovido del cielo en aquel momento tan difícil⁴⁸.

⁴⁶ A Fernando Heredia ya se ha hecho referencia en el capítulo 2; su retrato a partir de AVM, Estadística, Padrón del Ensanche Norte, 1860, caso nº 467.

⁴⁷ Un retrato de esta figura en ÁLVAREZ URÍA, Fernando: "Los visitadores de pobre. Caridad, economía y asistencia en la España del siglo XIX" en VVAA: *De la Beneficencia al bienestar social. Cuatro Siglos de Acción Social*. Madrid, siglo XXI, 1986, pp. 117-146.

⁴⁸ La reconstrucción de las ayudas recibidas por Marcela Iglesias y las visitas realizadas por el médico de la Junta parroquial de Chamberí y el visitador Fernando Heredia a partir de AVM, Beneficencia, 1-214-3. El legajo recoge todas las recetas expedidas en aquel mismo mes, así como todos los bonos repartidos por los visitadores.

Marcela Iglesias podía sentirse feliz por haber recibido todas esas ayudas pero no tenía por qué considerarse una privilegiada. Lo suyo no era una excepción, no era un regalo raro por parte de las elites del barrio hacia su familia y su persona. Otros muchos vecinos ese mismo mes de febrero pudieron servirse de los servicios de la Junta Parroquial de Beneficencia, y no sólo ella y las otras tres vecinas que dieron a luz en el barrio. La sensibilidad de los notables de Chamberí iba más allá de los sufrimientos y padecimientos de las madres en su alumbramiento y comprendía también a otras familias en dificultades. Incluso podía darse que otras situaciones suscitaran una ayuda de mayor cuantía, como la enfermedad que sufría Manuel Ávila por esos mismos días. Su caso era grave, tanto como para que el médico García y Solís lo calificara como enfermo agudo en el parte que realizó de su visita en día 1 de febrero, cuando le recetó 11 reales en medicamentos. Manuel debería guardar cama, y tendrían que ser su mujer y sus dos hijos pequeños los que consiguieran las monedas con que alimentarse. También en el caso de Manuel la Beneficencia acudió en su ayuda y otro de los visitantes, Cecilio Gurrea, firmó hasta en cuatro ocasiones bonos de comida y carbón para que el enfermo se recuperara y sus familiares no pasaran hambre. A don Cecilio Gurrea tampoco le costaba demasiado pasarse por la casa del enfermo. Él vivía en el 2 de la Carretera Mala de Francia, junto a la glorieta de Quevedo; Manuel, al que seguramente conocía, habitaba en el 15, a sólo unos pasos, y así los días 7, 9, 17 y 26 de aquel febrero le suministró papeletas canjeables por comida que ascendieron a un importe total de 28 reales y 80 céntimos⁴⁹.

Los ejemplos se podrían multiplicar hasta describir las 57 personas que ese mismo mes recibieron en sus casas la visita del médico o alguno de los visitantes de la Junta Parroquial, o de ambos, y a los que también se les concedió las papeletas canjeables por medicamentos o comida. O hasta describir el reparto de los 1.700 reales que ese febrero de 1862 gastó la Junta Parroquial de Chamberí para asistencia de sus vecinos. Pero en buena medida no hace falta; la distribución de aquellos caudales siguió más o menos las pautas que ilustran los casos de Marcela Iglesias y de Manuel Ávila, pues salvo los 700 reales que la Junta Parroquial destinaba al pago del médico y del cirujano, el resto se marchaba a la botica de Benigno Castro y a la compra de víveres.

Ese mes de febrero de 1862 ofrece un buen ejemplo de cómo funcionó el sistema de asistencia domiciliaria mientras la Junta Parroquial de Beneficencia se mantuvo activa. Entre octubre de 1858, fecha en que se reunió por primera vez la Junta y octubre de 1862, en que cesaron sus actividades, la capacidad de gasto para medicamentos y ayudas en alimentos apenas varió, rondando siempre esos mil reales que se repartieron en febrero de 1862. Alguna vez hubo un poco más para regalar los estómagos de los vecinos del barrio. De vez en cuando llegaba hasta las arcas de la Junta Parroquial un ingreso extraordinario, que multiplicaba la capacidad de gasto de los colaboradores en el sistema de beneficencia. En diciembre de 1860, por ejemplo, la reina Isabel II hizo llegar a cada junta parroquial de beneficencia, 3.000 reales de donativo para que se repartieran alimentos entre los pobres de todos los barrios de Madrid. En agosto de 1861 llegó otra de estas limosnas extraordinarias, que entonces fueron 5.000 reales, y en noviembre del mismo año, otros 3.000 reales. Esos ocasionales regalos caídos del cielo apenas alteraban la práctica cotidiana de la Junta Parroquial. Tan pronto como llegaba el dinero se gastaba. Se hacía un cálculo de cuántas raciones de pan, tocino, garbanzos y demás artículos de primera necesidad podían comprarse y se repartían entre todos los vecinos de Chamberí. La gestión cotidiana apenas se veía afectada por estos ingresos extras, que jamás se ahorraban ni se reservaban en previsión de posibles gastos futuros, seguramente por expreso deseo de la

⁴⁹ La asistencia a Manuel Ávila en AVM, Beneficencia, 1-214-3. A Manuel Ávila ya se ha hecho referencia en el capítulo 3, como uno de los inmigrantes procedentes de Santa Cruz de la Zarza; su retrato partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 911; el de Cecilio Gurrea, caso nº 960.

reina, que a través de estos regalos de comida seguramente buscaba ganarse el favor de sus súbditos.

Tabla 5.5: Cuenta de Caudales; depositaría de la Junta Parroquial de Beneficencia de Chamberí, Febrero de 1862	
Ingresos	Reales de vellón
de lo existente en fin de mes de Enero	0,00
de los 46 recibos de suscripción voluntaria expedidos por el Secretario Contador	218,50
ingresos extraordinarios	0,00
Recibidos de la Junta del Distrito en el mes de Febrero	1482,34
Total	1700,84
Gastos	Reales de vellón
por pagos de bonos y socorros de todas clases, sanguijuelas, leche de burras y demás suministrado para los pobres de esta parroquia	282,96
gastos de botica	694,56
Lactancias	0,00
sueldos de escribientes, profesores de medicina y avisador	723,32
gastos generales y escritorio	0,00
por recibos no realizados de la suscripción mensual	0,00
por entrega del 20% a la Junta del Distrito	0,00
Total	1700,84
Existencia para el mes de Marzo	0

Elaboración propia a partir de AVM, Beneficencia 1-214-3

La actuación cotidiana de la Junta Parroquial tenía un tinte diferente a estas acciones de sesgo populista impulsadas por la Reina. Aunque, en un principio, tal y como había quedado organizada la beneficencia municipal, podría haber guardado cierta relación. En teoría, los gastos de farmacia y alimentos de cada junta parroquial debían de ser sufragados por los vecinos más acaudalados del barrio. Y en parte así era. Cada mes, un miembro de la Junta Parroquial, había de recorrer la casa de los vecinos de Chamberí recogiendo los donativos de los que podían desprenderse los vecinos con más recursos. Ese mes de Febrero de 1862, el encargado de hacerlo era Toribio Ribera, que aunque no residía propiamente en el arrabal (era vecino de la calle Palma 55, en el casco antiguo, junto a la puerta de Bilbao), era uno de los más involucrados en la organización de la asistencia domiciliaria: además de recaudador, ejercía de tesorero y escribiente, sin cobrar nada por ello.

Toribio Ribera recaudó ese mes 250 reales, que ingresaron en la caja para ser gastados en el mes de Marzo⁵⁰. Sin ser una cosecha excelente, el dinero que recogió rondaba la suma que generalmente juntaban los donativos. Más o menos, los que aportaban algo para los enfermos pobres eran siempre los mismos; en total, unos cincuenta vecinos del arrabal que constituían el grupo más selecto de los residentes de aquellas calles. A la cabeza de todos, Andrés Arango, el gran propietario cubano que había invertido sus capitales en la construcción del barrio y que no dudaba en apartar diez reales de los abundantes beneficios que le reportaban todos los meses sus edificios en alquiler para dárselos a los pobres.

⁵⁰ Se ha tomado el mes de febrero de 1862 como ejemplo para su análisis por ser uno de los que más riqueza documental conservaba; los 250 reales que recaudó en ese mes Toribio Ribera debían pasar a formar parte del presupuesto en Marzo de 1862, por eso la no coincidencia entre esta cifra y la que figura en el cuadro con las cuentas del mes de febrero de 1862, en que se 218,50 reales de ingresos por suscripciones de los vecinos.

Tabla 5.6: SUSCRITORES DE LA JUNTA PARROQUIAL DE BENEFICENCIA DE CHAMBERÍ EN FEBRERO DE 1862			
Domicilio	Suscriptor	reales	Descripción (a partir del padrón del Ensanche Norte, 1860)
Virgen de las Azucenas 6	Manuel Díaz Guijarro	20	
Castillo 11 bajo	Andrés Arango	10	Promotor del barrio; constructor y propietario de un gran número de fincas en el arrabal.
Atocha 96 principal	Feliz María Messina	10	
Hortaleza 2 bajo	José Simón	10	
Santa Engracia 1	Livinio Stuyck	10	Habita en la Real Fábrica de Tapices, de la que es director..
Luchana 4 principal	Luis Narice	10	propietario y militar retirado
Angosta de Peligros 3	Juan José Vicente	10	
Alburquerque 2 bajo	Próspero Soynard	10	Propietario; promotor inmobiliario, constructor del barrio madrileño de Prosperidad.
Escorial 10 principal	Francisco Navarro	10	
Mala de Francia 2	Cecilio Gurra	10	empleado; secretario de la Compañía general de Minas
Castellana (Fonda)	Francisco Gombell	8	propietario de fonda
Imperial 1 tienda	Celestino Gil	8	
Blanca de Navarra 3	Eusebio de Castro	8	
Santa Engracia 3 bajo	Angel Barra	6	Cura párroco, presidente nato de la Junta Parroquial de Chamberí
Plaza 2 bajo	Manuel Zabala	4	propietario de fábrica de Chocolates Zabala, en la que habita.
Arango 1 principal	José de Torrès	4	militar, brigadier de caballería
Tres Cruces 2 2º	Venancio Espinosa	4	
Olmo 4 bajo	Antonio Zurbano	4	
Habana 10 principal	Agustín Tenreiro	4	empleado, dirección general de Aduanas
Alburquerque 7 principal	Antonio Otero	4	Propietario
Sagunto 4 principal	María Alonso	4	Viuda de Mariano Lerroux, labrador y propietario
Palma 55 bajo	Toribio Ribera	4	Tesorero y depositario de la Junta Parroquial de Chamberí..
Castellana (Tiro de Pistola)	Manuel Torres	4	
Santa Felicina 17 bajo	Benigno Castro	4	Farmacéutico.
Santa Felician 15 bajo	Antonio Solís	4	Médico, empleado de la Beneficencia municipal.
Barquillo 14 principal	José María Encina	4	
Habana 1 bajo	Francisco López	4	Propietario.
Luchana 4 principal	Pedro García Arredondo	4	abogado, jefe de la administración y gobernador de provincia; jubilado
Carretera 5 bajo	Luis Escosura	4	ingeniero de minas
Blanca de Navarra 5 bajo	Nicanor Veliandantein	4	
Santa Felician 13 principal	Federico de Vini	4	
Santa Engracia 42 principal	Julián Baigada	4	Declarado como demente en el padrón; es soltero y habita con 3 criados.
Obelisco 9 bajo	Rufino García y Nogueira	4	fabricante de loza
Habana 8 bajo izda	Antonio Quenol	4	tipógrafo / impresor
Santa Engracia 48	Ezequiel Zeinos	4	Tahonero; acabará regentando la panadería de Francisco Fernández, en Habana 3
Luchana 1 principal dcha	Mariano Villacampa	4	comerciante de maderas
Arango 3 bajo	Pedro Escobar	4	militar retirado
Alburquerque 7 bajo	Manuel Trelles	2	Tahonero, nacido en Sabugo, Oviedo.
Habana 4 bajo	Francisco Fernández	2	Tahonero
Fuencarral 47 bajo	Juana Fernández	2	
Mayor 16 tienda	José García	2	
Cisne 11 bajo	Agustín Tudela	2	
Habana 10 bajo	Eusebio Godos	2	empleado del Canal de Isabel II
Carretera 3 bajo	Grouselle	2	ingeniero; propietario y director de una fábrica de fundición
Cisne 3 2º	Francisco Garro	2	

Elaboración propia a partir de AVM, Beneficencia, 1-214-3 y de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860.

Igualmente generoso era Livinio Stuyck, el director de la Real Fábrica de Tapices, que además de su donativo, regalaba su tiempo a la buena causa de la ayuda a la pobreza, visitando a los pobres de la misma manera que lo hacía el fabricante de loza Rufino García o el empleado Cecilio Gurra. Entre este grupo de vecinos más generoso a la hora de rascarse el bolsillo ante el recaudador, también destacaba Próspero Soynard, otro gran propietario inmobiliario que por aquel entonces comenzaba a desplegar su actividad como constructor en las afueras madrileñas en un barrio al que bautizó con su propio nombre: Prosperidad⁵¹. Por supuesto que en la lista de los suscriptores de limosnas para la beneficencia no podía faltar el cura Ángel Barra, siempre preocupado por el bienestar material y moral de sus parroquianos. Los 6 reales con los que contribuía seguramente que querían también dar ejemplo, empezando entre aquellos que estaban estrechamente relacionados con la Junta Parroquial de Chamberí por sus negocios o por sus empleos. Si el cura, que era el presidente de la junta daba seis reales, no podía negarse a hacer su propia aportación Benigno Castro, que al fin y al cabo se llevaba un buen porcentaje a través de lo que despachaba en su botica. Tampoco se le pasaba a Antonio Solís, el médico encargado de asistir a los pobres y que cobraba parte de su sueldo de lo que se recogía casa por casa en el barrio. Uno y otro, farmacéutico y médico, aportaban religiosamente junto al cura sus cuatro reales mensuales para medicamentos y alimentos de los más necesitados.

Cuatro reales era la cifra que de alguna manera parecía estar convenida como donativo suficiente. Era lo menos que podía dar aquel que, por su posición social y sus recursos, era alguien en Chamberí, y prácticamente nadie faltaba a la hora de hacer su aportación a la bolsa que el recaudador paseaba por el barrio. Desde luego, ninguno de los que poseían un negocio de cierta prosperidad en el arrabal. Nicolás Grouselle, el ingeniero belga que había instalado su fundición de hierro junto a los cementerios echaba dos reales, y otros cuatro ponía Manuel Zabala, el dueño de la fábrica de chocolates sita en la plaza de Chamberí. También hacía su contribución el insigne panadero asturiano Francisco Fernández y los otros tahoneros que servían de cabeza de puente a tantos trabajadores venidos desde las aldeas de Lugo y Asturias: Ezequiel Ceinos y Manuel Trelles, dueños de panaderías, siempre aparecían en las listas de suscriptores de donativos. Lo mismo que Rufino García, el fabricante de loza. Junto a ellos algún que otro personaje célebre del barrio, como Pedro García Arredondo, antiguo gobernador provincial ya retirado. También había mucho empleado próspero recién trasladado a aquellos parajes e incluso algún que otro vecino del casco antiguo que, por alguna razón u otra se sentía ligado a los habitantes del barrio y que se creía obligado a paliar las condiciones de escasez en que buena parte de ellos vivían.

Las razones que motivaban a cada uno de estos generosos benefactores de Chamberí son imposibles de adivinar. Si aquella aportación mensual nacía de una sincera preocupación por la injusta condición de miseria a la que se veían condenados muchos de sus vecinos, que en el caso de alguno eran también sus trabajadores y empleados, con los que compartían parte del día en el horno de la tahona o en el taller, o si en realidad tanta generosidad respondía a intereses espurios, más relacionado con la búsqueda de prestigio

⁵¹ Acerca de Próspero Soynard, consúltense los diferentes trabajos de VORMS, Charlotte: "La génesis de un mercado inmobiliario moderno en la periferia de Madrid (1860-1900)" en BEASCOECHEA GANGOITI, José María, GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y NOVO LÓPEZ, Pedro (eds.): *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, Bilbao, UPV, 2006, pp. 529-546; VORMS, Charlotte: "La ville sans plan?: Le faubourg de la Prosperidad à Madrid (1860-1940)", *Histoire urbaine*, n.º. 8, 2003 pp. 103-128. VORMS, Charlotte: "La urbanización marginal del extrarradio de Madrid: una respuesta espontánea al problema de la vivienda. El caso de "La Prosperidad" (1860-1930)", *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, n.º. 7, 146, 2003 .

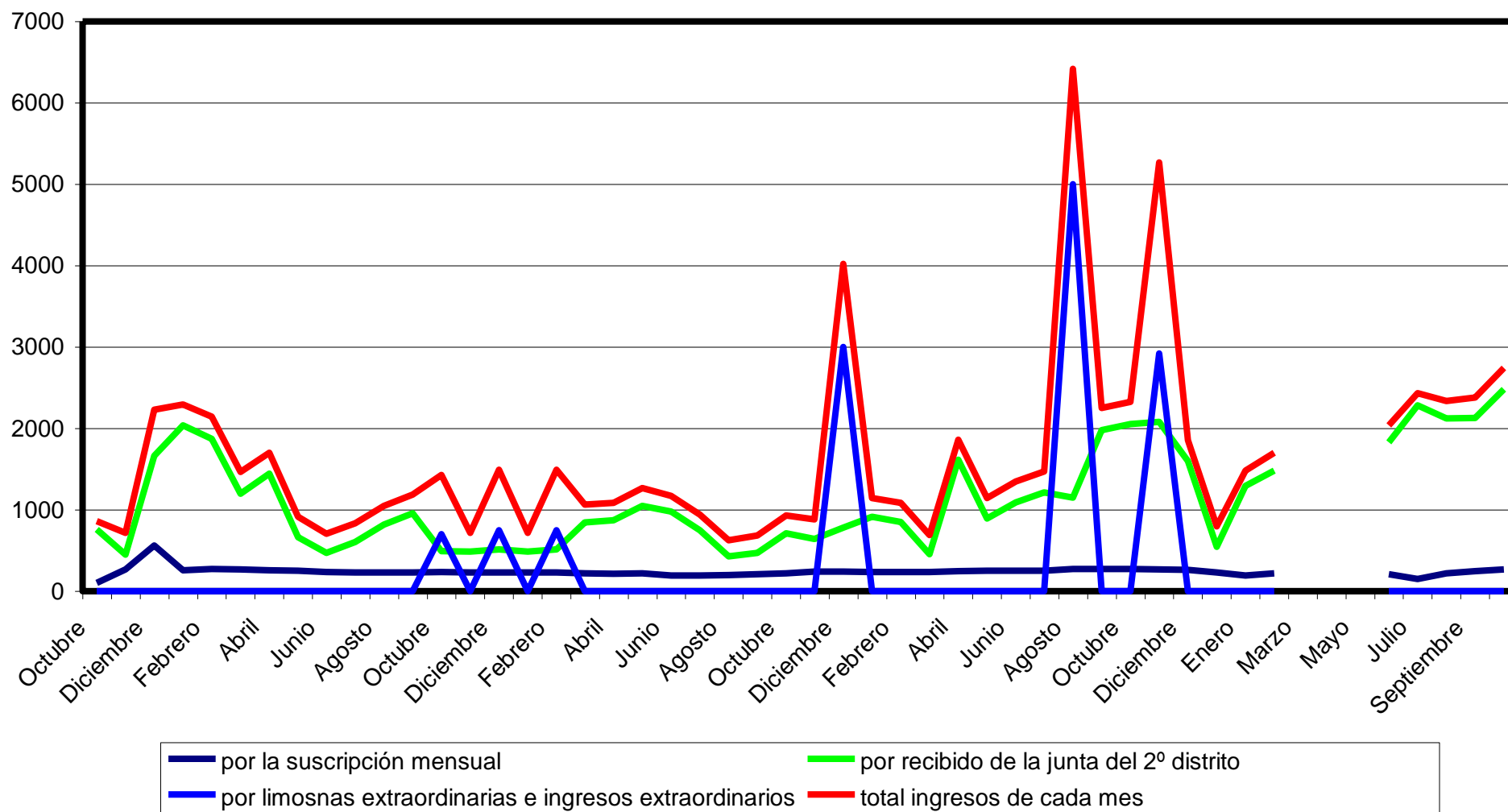
en la vecindad e incluso alguna contrapartida de obediencia del que recibía la limosna hacia el que la daba. Ciertamente, tal y como estaba planteado el sistema de financiación de las juntas parroquiales de Beneficencia se podía pensar esto último. Esa idea de que los médicos, los medicamentos y los alimentos que se repartían se pagaran a partir de las limosnas de los habitantes ilustres, de que tanto el pobre que recibía la ayuda como el rico que la hacía posible fueran vecinos y conocidos, se parecía más a una forma de caridad y de compasión del que andando por la calle echaba una moneda al misericordioso sentado en la acera que a la organización de un servicio público moderno.

Independientemente de cuál fuera el espíritu de la organización de la asistencia domiciliaria a través de las juntas parroquiales, el caso es que su funcionamiento cotidiano acabó disipando todo residuo de vieja caridad que pudiera rodearlo. Don Andrés Arango, el cura Ángel Barra y el panadero Francisco Fernández podían sentirse muy generosos al soltar sus reales cada mes, pero lo cierto es que una vez recogidos en un montón servían para poco. Aquel mes de febrero habían juntado 250 reales, pero el mes anterior apenas habían sido 218 y no habían servido para pagar más que una pequeña parte de todos los gastos de la Junta Parroquial. Si hubiesen tenido que contar sólo con ese capital, ni el médico podría haber cobrado sus honorarios, ni se habría podido asistir más que a una pequeña parte de los vecinos del arrabal que cayeron enfermos. Sólo en medicamentos el gasto alcanzó los 700 reales y el reparto de comida los 280. Si los visitantes de los pobres y el médico hubieran estado pendientes de la caja, habrían tenido que cesar de hacer visitas el 5 o el 6 de febrero, desentendiéndose de la suerte que corrieran incluso los enfermos que ya habían empezado un tratamiento.

En realidad los donativos de los vecinos eran irrelevantes en la marcha de la Junta Parroquial. Desde la puesta en marcha de la ayuda a enfermos, lo que se había hecho siempre era atender al necesitado (siempre y cuando los visitantes del pobre lo consideraran merecedor de una ayuda), recetar cuánto se considerara preciso y luego reclamar el dinero necesario al Ayuntamiento, que puntualmente, mes tras mes, cubría el presupuesto de cada junta parroquial de Madrid. En este sentido, el auxilio a domicilio de enfermos, no parecía estar limitado, en un principio, a los recursos disponibles. Sin que fuera un derecho social universalmente reconocido, pues la ayuda y la cuantía podían variar según lo que considerara el notable que visitaba al pobre, sí que parecía adquirir los perfiles de un servicio público, que se administraba siempre y cuando era necesario, sin restricciones presupuestarias. Igual que el servicio de bomberos actuaba antes de preguntar si la vivienda estaba asegurada o no contra incendios, el médico no paraba a calcular el presupuesto ante el inicio de un parto o ante un herido que acudiera a su consulta.

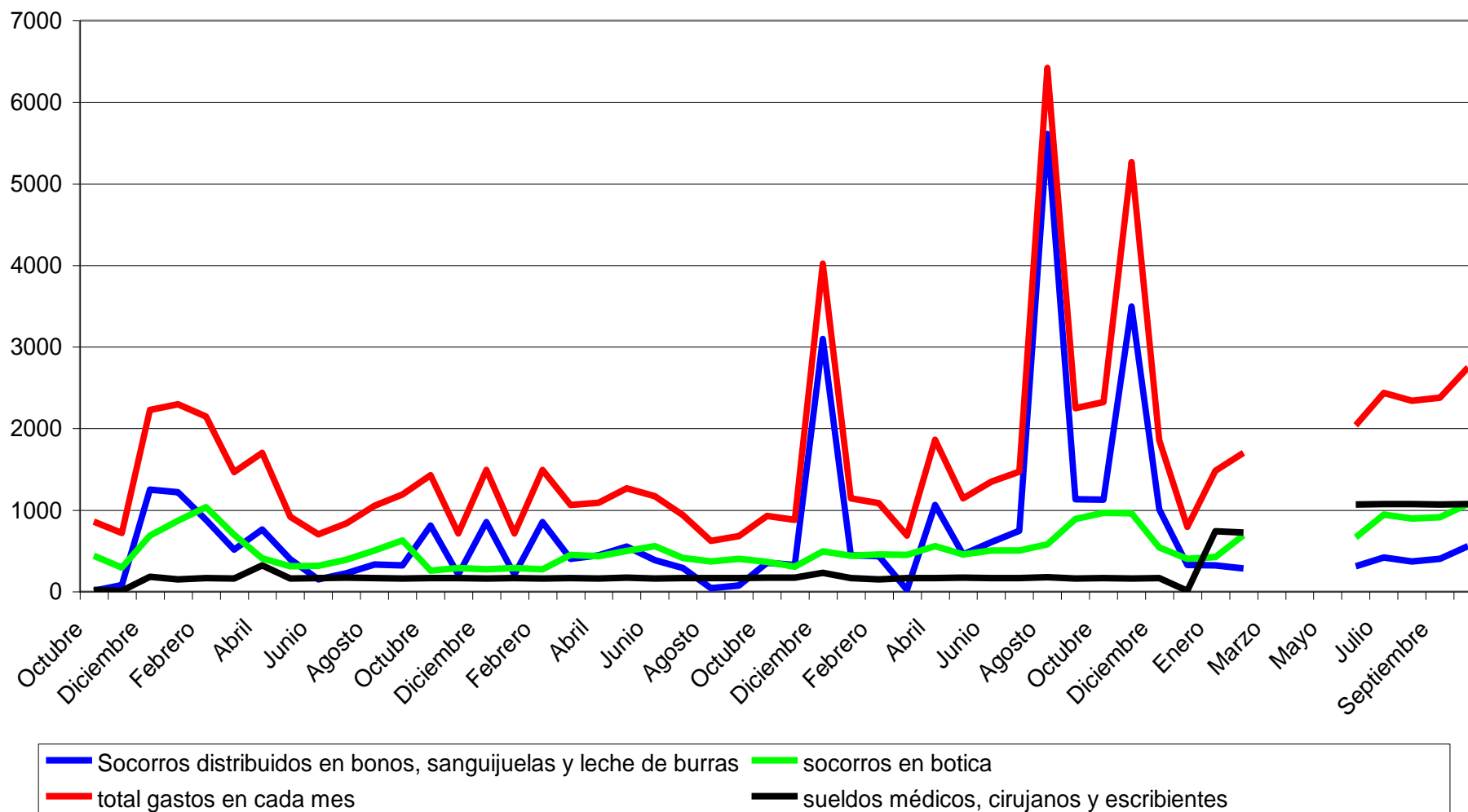
Aunque las aportaciones a la Junta Parroquial de los vecinos acaudalados de Chamberí fuesen insuficientes, el rendimiento que les podían sacar a sus cuatro o cinco reales no era escaso. Cuando Antonia Ayala recibió la receta para los medicamentos que su hija necesitaba o cuando le dieron a Marcela Iglesias los bonos por aquellos garbanzos, aquel tocino, aquel pan y ese chocolate que tanto se necesitaba en su hogar, probablemente no se planteaban de donde manaba el capital que les llegaba a sus manos. Aceptaron las ayudas de buen grado y si las agradecieron fue a aquellos visitantes que firmaban las papeletas que tanta falta les hacía para superar la enfermedad de su hija o para recuperar fuerzas tras el parto.

**Gráfico 5.8: Ingresos de la junta parroquial de Chamberí
Octubre de 1858-Octubre de 1862**



Elaboración propia a partir de AVM, Beneficencia, 1-209-15 y 1-195-21.

**Gráfico 5.9: Gastos de la Junta parroquial de Chamberí
Octubre 1858 - Octubre 1862**



El reparto a discreción de aquellos víveres y medicamentos, hecho de manera particular y casi privada, tenía más repercusiones de lo que pueda parecer a primera vista. La labor de la Junta Parroquial de beneficencia de Chamberí se hizo de manera continuada en aquellos cuatro años en que permaneció activa, y por lo que muestran sus cuentas de ingresos y gastos, no hubo más variaciones que las que un mayor número de enfermos podían dictar⁵². Aquellas acciones discretas y aisladas venían a solventar pequeños problemas para el barrio en su conjunto pero que resultaban trascendentales en la vida de tantos hogares en que un parto o una enfermedad situaba a sus miembros al borde de la crisis. Todas esas pequeñas ayudas iban tejiendo una red entre los hogares del arrabal que los cohesionaba, una red que podía cubrir las diferencias que existían entre unos y otros por crudas que fueran, que acercara a personas cuya vida familiar era tan diferente como la de Antonia Ayala madre de nueve hijos y Benigno Castro dueño de una botica, que pusiera en contacto a Livinio Stuyck de profesión director de toda una Real Fábrica de Tapices y visitador de pobres en sus ratos libres y a Marcela Iglesias, esposa de jornalero y madre de otro jornalero más, el cuarto, al que acababa de dar a luz.

La red no siempre se tejía en silencio. Había momentos en que se hacía ruidosamente visible, como cuando llovían aquellas esporádicas y caudalosas limosnas que procedían de Palacio. Entonces, cuando llegaba una de esas abultadas sumas de dinero regalada por la reina, los visitantes de pobres, con el cura don Ángel Barra a la cabeza, tardaban poco en recorrer las calles del arrabal repartiendo por cada una de las viviendas una buena porción de alimentos, y con ello una pequeña alegría en unos hogares donde nunca estaba de más un trozo de pan suplementario. Así lo hicieron por ejemplo en diciembre de 1860, cuando llegaron a manos de la Junta Parroquial los 2.500 reales que la reina daba en limosna en *celebridad de los días de su augusta hija la Infanta Doña Concepción*⁵³. La suma, que hubiera bastado para cubrir los gastos ordinarios de la Junta Parroquial durante dos meses, fueron invertidos inmediatamente en la compra de 380 panes y 300 libras de arroz y otras tantas de bacalao, de judías y de carne. Una vez impresas las papeletas para que los vecinos pudieran canjearlas por esos alimentos, los seis visitantes que entonces componían la Junta Parroquial repartieron entre los pobres más próximos a sus domicilios aquel cargamento de comida.

Cada visitador se ocupó de las familias que vivían a su alrededor. Luis Narice, militar retirado que residía en el paseo de Luchana, se limitó a distribuir los bonos entre los nutridos vecinos de aquella ancha calle que partía de la puerta de Bilbao, además de unos pocos en la calle Palafox. Su hijo Pedro Narice se ocupó de las familias que vivían en la Carretera Mala de Francia, en las cercanías de los cementerios. Joaquín María Robles y Pedro Escobar, domiciliados ambos en las callejuelas del al arrabal, se ocuparon de aquella abigarrada zona y Livinio Stuyck, de las cercanías de su fábrica: sus papeletas se dispersaron a lo largo de la calle Santa Engracia y de la plaza de Chamberí. Para Manuel Díaz Guijarro, habitante de una de las primeras quintas de recreo que habían surgido en las inmediaciones del paseo de la Fuente Castellana, quedaron reservados todos los habitantes de los tejares y las chozas dispersas que había por la zona. Entre los seis visitantes llevaron aquel suplemento alimenticio a 280 familias compuestas por más de 1.100 personas. Por una vez se podía pensar que todos los habitantes de Chamberí, entre los que existían tan fuertes diferencias en sus recursos

⁵² Los meses que no aparecen en los gráficos presentados no responden a paros en la actividad sino a lagunas de la documentación. Las actas conservadas de las reuniones de la junta parroquial de Beneficencia de Chamberí, indican que los visitantes y los médicos mantuvieron su actividad entre marzo de 1862 y julio del mismo año. AVM, Beneficencia, 1-209-15 y 1-195-21.

⁵³ El reparto de esta limosna se describe a partir de AVM, Beneficencia 1-203-8.

y en sus condiciones de vida, tenían la comida de un día asegurada. Al menos en aquella ocasión, todos los residentes en el arrabal y en sus inmediatos alrededores podían sentirse miembros de una comunidad, de un grupo unido que partía su pan, su carne y su bacalao para compartirlo.

Tabla 5.7: Reparto de la limosna de 2.500 reales de la reina concedida a la Junta Parroquial de Beneficencia de Chamberí en diciembre de 1860.									
Visitador	zona de residencia	familias	almas	panes	arroz libras	bacalao libras	judías libras	carne libras	Importe reales
Luis Narice	Luchana nº 4, extremo sur del arrabal	30	177	66	50	50	50	50	403,04
Pedro Narice	Luchana nº 4, extremo sur del arrabal	40	140	50	40	40	40	40	318,4
Joaquín M ^a Robles	Sagunto 13, en el arrabal	60	281	80	60	60	60	60	484,8
Pedro Escobar	Arango 4, arrabal	40	142	50	40	40	40	40	318,4
Livinio Stuyck	Santa Engracia 1, extremo sudeste	50	172	62	50	50	50	50	397,28
Manuel Díaz Guijarro	Virgen de las Azucenas, cerca de la Castellana	60	215	72	60	60	60	60	473,28
total		280	1127	380	300	300	300	300	2395,2

Elaboración propia a partir de AVM, Beneficencia, 1-203-8.

A cada familia se le dio la misma ración: un pan y una libra de carne, bacalao, arroz y judías. Una cesta de compra que sumaba 7 reales con 60 céntimos, más o menos el salario de un día para un jornalero. Un salario gratis a cambio de nada, aparentemente, tan sólo el agradecimiento del ama de casa que recogía las papeletas y las muestras de respeto hacia la labor que tan desinteresadamente realizaban los vocales visitantes. Livinio Stuyck, que cada mes desembolsaba cuatro reales para los pobres, tuvo aquellos días la ocasión de poner casi 400 en manos de las familias más humildes de las que vivían junto a su casa; a cambio de tal reparto fue recolectando esas muestras de respeto y agradecimiento que contribuían a reforzar su consideración como uno de los notables del barrio. Repartir limosnas proporcionaba prestigio pero también otorgaba poder. Livinio Stuyck, podía decidir cómo disponer de aquellos 400 reales que la junta parroquial había puesto en su mano. Cada ración de comida a 7,60 reales podía ser utilizada por Livinio Stuyck como una eficaz herramienta; él, que conocía tan bien el barrio, porque su familia vivía en las afueras de la ciudad desde que su abuelo se había hecho cargo de la Real Fábrica, podía decidir quién era merecedor de aquella ayuda y quién no. Como pionero del arrabal y como notable que tenía la decisión sobre aquel montón de comida, estaba en disposición de utilizarla como recompensa otorgándola a aquellos vecinos cuyas actitudes y comportamientos le parecieran más dignos; en cambio podía negársela a aquellos que le parecieran indeseables o censurables para que, o bien cambiaran su actitud para conseguir su ración en el próximo reparto, o se marcharan de su barrio, el que su abuelo don Livinio Stuyck, su padre Gabino y él mismo, habían contribuido a construir.

La organización liberal de la beneficencia y de la asistencia social escondía un componente de moralización y corrección de los comportamientos sociales por debajo

de su declarada intención de alivio y de auxilio de las familias pobres⁵⁴. Seguía vivo el viejo discurso que marcaba diferencias entre el pobre que era víctima de las circunstancias y, por tanto, se merecía su ración de carne y pan y el pobre que se lo había buscado, por haberse lanzado a la perdición él mismo⁵⁵. Las diferentes acciones de la Beneficencia Municipal expresaban esas distintas actitudes que convivían en el auxilio a los pobres. Mientras se repartían zanahorias a través de las juntas parroquiales, ayudando en los momentos de crisis a la parturienta y al jornalero que caía enfermo, otras instituciones administraban certeros palos sobre los inmigrantes que llegaban a mendigar a las calles de Madrid y que eran objeto de recogidas periódicas para llevarlos reclusos al asilo y posteriormente expulsarlos hacia sus pueblos de origen.

Ambas actitudes, la recompensa y el castigo, podían convivir también en el comportamiento de estos visitadores de los pobres el día del reparto de los alimentos que habían de hacer comulgar a todos los habitantes de Chamberí. Seguro que en aquella acción extraordinaria había un componente de favoritismo, que las razones personales y los prejuicios sociales se mezclaban con los imperativos de la función del visitador del pobre. A Livinio Stuyck, no se le podía olvidar a la hora de repartir pan y carne tal o cual vecino por el que sentía cierta predilección, al mismo tiempo que podía dejar de acercarse a aquellas familias por las que sentía una cierta reticencia⁵⁶. Otra cosa es que esas pequeñas injusticias respondieran a un verdadero plan que pretendiera disciplinar a los habitantes del barrio. Esto era especialmente patente en el tipo de familias que acababan recibiendo la ración extra de comida. Era bien conocida la preocupación del cura Ángel por la abundancia de parejas que vivían amancebadas en Chamberí. Preocupación que incluso le había llevado a escribir al Gobernador Civil para que pusiera en sus manos algún medio para corregir aquellos descarriados que vivían en delito sólo porque así se sentían más libres. Tan sensible como era el párroco al cumplimiento de las convenciones morales y sociales, bien podría haber utilizado aquella limosna que ponía en su mano la Reina para distinguir en su reparto a las gentes de bien y las de mal comportamiento. Si tal idea se le ocurrió, o los visitadores le hicieron el mismo caso que el Gobernador Civil, o no se esforzaron demasiado por cumplir la norma.

Livinio Stuyck no tuvo problemas para darle una de las raciones de comida a Ramona Ortega, una mujer que al quedarse viuda con sus hijos, había decidido reconstruir su familia junto a Juan Fernández, un jornalero también viudo y que por entonces carecía de más familiares a su lado⁵⁷. Vivían allí, en la calle Santa Engracia, al

⁵⁴ La intención represora implícita de los sistemas de asistencia social ha sido una de las vetas que más se han explotado en los estudios de beneficencia; en todos los ejemplos citados, aparece la represión de la mendicidad como uno de los objetivos de las medidas articuladas en espacios como Burgos, Valladolid o Salamanca. Sin duda, el estudio más acabado en este sentido es el ya clásico de ÁLVAREZ-URÍA, Fernando: *Miserables y locos: medicina mental y orden social en la España del siglo XIX*, Barcelona: Tusquets, 1983. Para una reseña de las aportaciones recientes en las relaciones entre la pobreza y los poderes públicos, véase OLIVER OLMO, Pedro: "Marginados: la producción y el castigo de la exclusión" en CASTILLO, Santiago y OLIVER, Pedro: *Las figuras del desorden. Heterodoxos, proscritos y marginados. Comunicaciones al V Congreso de Historia Social*. Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 341-369.

⁵⁵ Una imagen que seguía viva en los discursos; véase por ejemplo en SÁNCHEZ RUBIO, Eduardo: *Historia de la Beneficencia Municipal de Madrid y medios de mejorarla*, Madrid, 1869.

⁵⁶ Así se podrían rastrear repartos de alimentos y medicamentos en los que caben ciertas sospechas de favoritismo; por ejemplo, la abundancia de recursos que Rufino García y Nogueira, el fabricante de loza, distribuía entre sus propios trabajadores, que habitaban en el mismo edificio que él. Más difícil resulta señalar a aquellos que eran marginados en el reparto.

⁵⁷ La papeleta concedida a Ramona Ortega en AVM, Beneficencia 1-203-8. Los datos familiares de Ramona Ortega en AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, caso nº 210.

margen de toda norma moral y ajenos, o al menos indiferentes a las preocupaciones que la mancebía suscitaba en el cura que vivía en la iglesia a unos escasos metros. Tampoco le debió temblar la mano a Manuel Díaz Guijarro, otro de los seis visitantes que hicieron el reparto de comida ante las familias inconvenientemente organizadas. Si se hubiese parado a considerar ese tipo de cuestiones, quizá se habría vuelto a casa con todas las papeletas en el bolsillo. A Manuel Díaz se le había encomendado los hogares que se situaban entre Santa Engracia y la Castellana, en una zona apenas urbanizada y en la que primaban las chozas, los tejares y las casas bajas y pobres. En el número 3 de la calle del Cisne, por ejemplo, otorgó una ración de comida en casi todos los hogares; diecisiete familias se llevaron su pan, su bacalao y el resto de las viandas y entre ellas, la pareja formada por Isabel Benito y José Heras, de 39 y 34 años, que tenían dos hijos pero que aún no se habían casado, si es que entraba en sus planes pasar por la iglesia a formalizar su relación. También se llevó su parte del pastel benéfico Cipriana Bernardo, que vivía en una de las buhardillas del mismo edificio. Esta costurera de 37 sí que se había casado, pero por aquellos tiempos había dejado de vivir con su marido, que no aparecía en el padrón y era sustituido por un albañil soltero con el que Cipriana compartía alquiler y jergón⁵⁸.

La indiferencia de los visitantes ante las condiciones de moralidad de los asistidos por la Beneficencia municipal pudo ser perfectamente producto de una combinación de espíritu tolerante y de ignorancia. Sólo se sabe lo que pensaba el cura de Chamberí de la mancebía, pero no el resto de los componentes de la Junta Parroquial; y aunque hubieran estado de acuerdo con él, poco podrían haber hecho. Por mucho que se esforzaran en controlar la población pobre del barrio, por mucho que se repartieran los diferentes edificios que componían el arrabal entre varios, resultaba casi imposible estar al tanto de la situación familiar y del comportamiento de cada uno de los vecinos de Chamberí como para poder dictaminar al momento quién era merecedor de una ayuda o quién no. Aunque se había intentado crear un registro de pobres en la Junta Parroquial, un documento en el que inscribir a las familias necesitadas cuya buena conducta les hacía merecedores de ayuda, finalmente se había desistido de hacerlo⁵⁹. La gente en Madrid se mudaba constantemente, más los pobres que continuamente estaban al acecho de un alquiler más barato o que debían de trasladarse cada vez que un hijo mayor abandonaba el hogar y se reducía la cantidad de sueldos. Y aunque Livinio Stuyck, Manuel Díaz Guijarro, Rufino García y Nogueira conocían bien a muchos de sus vecinos, necesariamente la vida de muchos otros les pasaba muy desapercibida como para emitir un juicio sobre ella.

⁵⁸ Las reconstrucciones familiares de Isabel Benito y Cipriana Bernardo a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, casos nº 522 y 532 respectivamente.

⁵⁹ Los padrones de pobres han sido documentos muy utilizados en el estudio de la beneficencia en otros lugares; por desgracia entre la documentación de la junta parroquial de Chamberí no se conserva ninguno. Sí hay referencias en las actas de reuniones a su elaboración: así, en acta del 20 de agosto de 1859, la junta se congratula por la realización definitiva del tal padrón de pobres. AVM, Beneficencia, 1-216-12. Pero también sabemos por Sánchez y Rubio que, aunque la elaboración de esos padrones de pobres era una de las obligaciones de las juntas parroquiales, pronto se decidió que no eran documentos necesarios. SÁNCHEZ RUBIO, Eduardo: *Historia de la Beneficencia Municipal de Madrid y medios de mejorarla*, Madrid, 1869. La ausencia de padrones de pobres no quiere decir que cesara toda investigación sobre los pobres a los que se había de conceder una ayuda o asistencia. En casos en que se dispensaba una ayuda en metálico, por ejemplo, los visitantes acudían a la casa del enfermo y hasta el lugar de trabajo del solicitante. Es el caso de las solicitudes de lactancias, que han sido retratadas en otro lugar. Véase PALLOL TRIGUEROS, Rubén: "Marginación, pobreza y delincuencia en el Madrid de la segunda mitad del XIX: una aproximación microhistórica", en CASTILLO, Santiago y OLIVER, Pedro: *Las figuras del desorden. Heterodoxos, proscritos y marginados. Comunicaciones al V Congreso de Historia Social*. Madrid, Siglo XXI, 2006.

Al mismo tiempo podía suceder que los actores de la Junta Parroquial de Beneficencia antepusieran otros principios y otras consideraciones a las preocupaciones por las costumbres privadas de los asistidos. Especialmente para los profesionales médicos podían existir asuntos y objetivos más importantes que el de velar por que el comportamiento de sus pacientes se ajustara a los caprichos de la iglesia. Antonio García Solís, el médico del distrito, atendía a los enfermos sin que parezca que pretendiese una rectificación en ningún tipo de comportamiento. Era médico y atendía enfermos, independientemente de su situación. Aquel mes de febrero de 1862 en que asistió cuatro partos, dio la casualidad de que las cuatro mujeres estuviesen casadas, pero tampoco era raro que atendiera a mujeres solteras o sin marido. Para otros meses que dejó rastro de su actividad, es frecuente encontrarlas. Como en el mes de enero de 1860, en el que al rendir cuentas de su actividad a la Junta Parroquial de Beneficencia señaló haber ayudado a cuatro mujeres a alumbrar a sus hijos; una de ellas era María García, habitante de la mal reputada calle de Recaredo, soltera de 22 años y madre primeriza. Ni su condición ni su comportamiento supusieron un problema para que el médico acudiera ni para que le fueran suministrados los socorros en pan, garbanzos, carne y chocolate de los que el resto de las vecinas de Chamberí solían disponer⁶⁰.

Antonio García y Solís no sólo daba muestras de fidelidad al juramento hipocrático en los casos desesperados, en los que, como en un parto, no había tiempo para consideraciones morales porque corría peligro la vida de la madre y del recién nacido. En su actividad cotidiana, en el tratamiento de enfermedades corrientes y largas, parecía seguir los mismos principios. Su actividad de ese mismo mes de enero de 1860 dejaba claro rastro de ello. Fue un mes ajetreado, en el que hubo de realizar 21 visitas a enfermos en toda la parroquia de Chamberí. Donde más trabajo tuvo fue en su misma calle, en el edificio colindante al que él ocupaba. En el número 13 de la calle Santa Feliciana estaba por aquel entonces instalado el beaterio de las Siervas de María, la pequeña congregación religiosa fundada por sor María Soledad Torres Acosta, entonces en sus primeros meses de actividad como asociación religiosa⁶¹. Fue precisamente la fundadora la primera que cayó enferma, el 13 de enero, víctima de un catarro pulmonar; al día siguiente fue la hermana Mercedes, que aquejaba unas palpitaciones del corazón, que el médico consideró en su diagnóstico como “simplemente nerviosas”. Días más tarde fueron otras dos monjas las que cayeron también enfermas, víctimas de enfermedades respiratorias, en lo que parecía una pequeña epidemia catarral propia del invierno y de la vida en comunidad. Pero lo mismo que visitaba y aliviaba de sus dolores a las monjas que vivían en el edificio de al lado, Antonio García y Solís también visitaba frecuentemente a María Antonia Pérez, una joven lavandera soltera de 28 años que residía en el 3 de la calle Luchana, en una buhardilla. Desde el 27 de Noviembre le estaba aplicando el tratamiento y procurándole los medicamentos para sanar la sífilis que padecía⁶².

Antonio García y Solís lo mismo atendía a una beata que era alabada por sus convecinos hasta el punto de que algún día sería convertida en santa, como a una anónima lavandera cuyo comportamiento sería condenado muy probablemente por el cura Ángel Barra, en teoría jefe supremo de la organización de la asistencia a la pobreza

⁶⁰ Los datos de las parturientas asistidas por Antonio García y Solís durante 1860 se conservan en AVM, Beneficencia, 1-1925-21.

⁶¹ Para la biografía de Soledad Torres Acosta, ZUGASTI, Juan Antonio: *La madre Soledad Torres Acosta y el Instituto de las Siervas de María: estudio histórico*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1978.

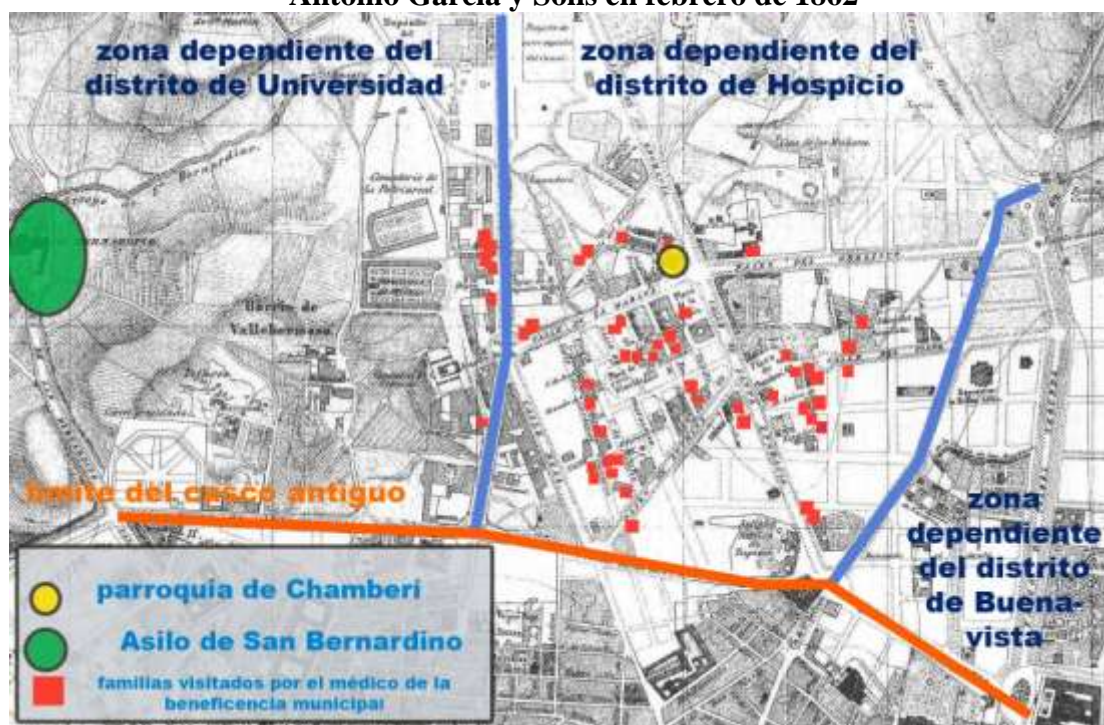
⁶² La actividad de Antonio García y Solís durante el mes de Enero de 1860, así como los datos de María Antonia Pérez, Sor Soledad (Manuela) Torres Acosta y Mercedes Pensabene, en AVM, Beneficencia, 1-195-21.

en Chamberí. Si en algún momento el sistema de beneficencia había sido concebido como un medio de moralizar a unas clases populares que demostraban cierta libertad en sus comportamientos familiares, desde luego la asistencia domiciliaria había fracasado en ello. Por varias razones. Primero porque sus actores, tanto los trabajadores como los voluntarios implicados en el servicio, o no mostraban el celo necesario para convertirlo en un instrumento de disciplina, o directamente no comulgaban con las preocupaciones morales de don Ángel. Y segundo, y quizá más determinante, porque los medios eran insuficientes. El palo y la zanahoria podían tener algún resultado en un pueblo, incluso en una pequeña capital de provincia, pero no en Madrid que empezaba ya en 1860 a adquirir dimensiones de gran ciudad. Aunque Chamberí a comienzos de la década de los sesenta era un arrabal marginado del casco antiguo, su población ya estaba suficientemente nutrida como para que fuera difícil que el cura, el boticario, el médico o el dueño de la fábrica conocieran la cara de todos los vecinos, y mucho menos las minucias de sus comportamientos privados.

El arrabal de Chamberí, a pesar de ser todavía en 1862 un barrio periférico, que estaba separado del casco antiguo por la tapia de tiempos de Felipe IV, parecía un espacio muy atractivo para establecerse. Su escaso desarrollo, su pequeño contingente de población, que apenas superaba los 5.000 habitantes, tenía sus compensaciones. Pocas juntas parroquiales de Beneficencia administraban sus recursos sobre una población tan pequeña; comparándolo con otros barrios populares del centro de la ciudad, ofrecía muchas ventajas: la administración era cercana, los recursos seguramente más abundantes para cada pobre. Al mismo tiempo, las incipientes calles del futuro barrio de Ensanche, garantizaban a los habitantes un anonimato y una libertad que era impensable en un pueblo o en una pequeña capital de provincias. Sin que la vida de las familias de jornaleros, artesanos, lavanderas y costureras en Madrid fuera fácil, al menos tenían la opción de acceder a determinados servicios, como la asistencia médica a domicilio, que en el resto de los municipios españoles no dejaba de ser una mera promesa en la Ley General de Beneficencia de 1849.

La circulación de recursos a través del sistema de asistencia domiciliaria creaba una red de relaciones entre los vecinos de Chamberí que puede ser rastreada en el plano de la ciudad. Con centro en la parroquia de Santa Teresa y Santa Isabel y en la farmacia de Benigno Castro, los alimentos y los medicamentos se distribuían en un amplio radio, creando vínculos entre el pequeño núcleo de vecinos acaudalados que conformaban la elite del arrabal en aquel momento y la gran mayoría de población pobre, en su mayoría familias de trabajadores manuales y jornaleros, que daban el tono social al barrio. La redistribución de recursos compensaba en parte las distancias que se podían observar entre las vidas de unos y otros y creaba puentes que permitían que los mundos de gentes como Antonia Ayala y Benigno Castro, de Livinio Stuyck y Marcela Iglesias, no fueran del todo independientes. La Junta Parroquial de Beneficencia actuaba así integrando a los vecinos del arrabal en una comunidad que se conocía como Chamberí; su actividad funcionaba de argamasa entre las vidas individuales de aquellos vecinos, interrelacionándolos de igual manera que lo hacían otros vínculos, como podían ser las ayudas y las relaciones entre paisanos en la inserción en la ciudad, tan evidentes en el caso de los trabajadores gallegos de la panadería. O los intereses comunes defendidos por los propietarios del suelo frente a las intenciones del ministerio de derribar el arrabal para crear el Ensanche.

**Plano 5.2: Visitas realizadas por el médico de la Beneficencia Municipal
Antonio García y Solís en febrero de 1862**



La organización de la Beneficencia Municipal madrileña a comienzos de la década de 1860 se articulaba sobre las 17 juntas parroquiales que existían en la ciudad; la actividad de estas juntas y de los médicos a su servicio no seguía necesariamente los límites que existían en la administración general de la ciudad, que estaba dividida en diez distritos. Así por ejemplo, la junta parroquial de Chamberí, que estaba situada en el distrito de Hospicio, también atendía a unos pocos vecinos que en realidad dependían a efectos administrativos del distrito de Universidad. En realidad era una respuesta ante la carencia de servicios en las zonas de Ensanche dependientes de ese distrito de Universidad. Mientras Chamberí había creado su propia parroquia y construido su iglesia, el barrio de Vallehermoso, entre el Asilo de San Bernardino y los cementerios, era simplemente un conjunto de casas construidos fuera de la ley en el que ningún tipo de servicio urbano había sido puesto en marcha. En el caso de que los vecinos de ese barrio quisieran recibir ayudas médicas, habían de solicitarlas en el casco antiguo, traspasando las tapias todavía en pie.

Elaboración propia a partir de AVM, Beneficencia, 1-214-3

Al mismo tiempo que la actividad de la Junta Parroquial muestra la intensidad de los vínculos que existían entre los vecinos de las afueras del norte de Madrid, también desvela sus fallas. Las visitas de los médicos y la distribución de los medicamentos, tenían sus fronteras y la más visible y tajante era la hilera de cementerios que se alineaba junto a la carretera Mala de Francia. Mientras se puede considerar que a comienzos de la década de 1860, los habitantes de los alrededores del arrabal contaban con un buen servicio de asistencia médica y benéfica, en cambio los habitantes de la zona más occidental de las afueras de la ciudad permanecían marginados y olvidados de toda acción pública. El médico y los visitantes de la Beneficencia llegaban hasta la Carretera Mala de Francia, pero no más allá; jamás franqueaban ese límite que establecían los cementerios y a partir del cual se extendía la zona depreciada y despreciada en la que se había erigido aquel barrio de mala fama que se conocía como Vallehermoso.

En parte se trataba de un asunto derivado de la división administrativa de Madrid y de la forma en que se incorporaron a la ciudad los terrenos que la rodeaban. En un

principio, la administración de las casas que se situaban más allá de la tapia y que luego fueron integradas en el Ensanche, fue distribuida entre los distintos distritos en que se dividía el casco antiguo de la ciudad. Así, la zona norte del Ensanche, quedó dividida en tres zonas según a que distrito del interior pertenecieran. La zona más occidental, la que iba desde el Asilo de San Bernardino hasta la carretera Mala de Francia que partía desde la puerta de San Bernardo hasta los Cuatro Caminos dependía del distrito de Universidad. La zona central, entre la Carretera Mala de Francia y la calle de Almagro que partía de la puerta de Santa Bárbara, dependía del distrito de Hospicio; y desde la calle de Almagro, hasta más allá del Paseo de la Castellana y extendiéndose por los terrenos que había adquirido el marqués de Salamanca, eran dependientes del distrito de Buenavista.

La Junta Parroquial de Beneficencia de Chamberí se integraba por tanto en la administración del distrito de Hospicio y en cierto sentido era lógico que sólo se ocupara de los pobres que dependían de ese distrito, ignorando y desatendiendo a los de Vallehermoso. Sin embargo, como la misma actividad de la Junta Parroquial de Chamberí muestra, las fronteras entre distritos eran difusas y el médico no dudaba en franquearlas de vez en cuando para administrar sus servicios. Las gentes que vivían en la acera izquierda de la Carretera Mala de Francia, que pertenecía a Universidad, eran tratados de igual manera que los de la acera derecha, que pertenecían al distrito de Hospicio. Seguramente, si las fronteras se habían forzado era porque algún vecino notable lo había provocado. Por ejemplo, Nicolás Grouselle, el dueño de la fábrica de fundición, que vivía en la Carretera Mala de Francia 3, y que, al ser uno de los contribuyentes a la caja de caudales de la Junta Parroquial de Chamberí, no podía permitir que sus trabajadores, muchos de los cuales habitaban en la misma fábrica, no se aprovecharan de los socorros en alimentos y en medicamentos gratis.

El gran problema de la zona de Vallehermoso era que no tenía parroquia, como la había tenido Chamberí. No la tenía porque no había existido el impulso de sus vecinos para construirla, como sí había ocurrido en la zona del arrabal a comienzos de la década de 1850. No se trataba de una diferencia de devoción entre los vecinos de uno y otro barrio, sino más bien de condiciones sociales y recursos de los habitantes. En Chamberí, aunque los miembros de las elites fueron de una cierta modestia antes de la aprobación del proyecto de Ensanche, existía un círculo exquisito de vecinos que contaban con los recursos y, sobre todo, con las relaciones en las esferas de poder como para luchar por su barrio. Ahí estaban Andrés Arango y Francisco Drake del Castillo, los promotores del barrio y propietarios de gran parte de los terrenos y de los edificios, que se incluían entre los miembros de la nobleza madrileña y que llegarían hasta senadores del reino; o Livinio Stuyck, el director de la Real Fábrica de Tapices, que pertenecía a una familia de larga tradición en su participación en las instituciones municipales madrileñas. Poco importa de qué tipo de sentimiento naciera su preocupación por el bienestar de sus vecinos. Si todos sus esfuerzos porque hubiera un médico y un farmacéutico en el barrio respondían a un espíritu sinceramente filantrópico o realmente venían causados por el temor a que las malas condiciones de vida convirtieran a sus vecinos en jornaleros peligrosos. El caso era que se habían preocupado porque los servicios llegaran al arrabal y sus habitantes lo notaban.

En Vallehermoso la situación era muy diferente. La escasa veintena de edificios que existían eran un conjunto destartado de casas de corredor organizadas en torno a dos cruces de calles estaba compuesta construcciones pobres, realizadas apresuradamente para participar del lucrativo negocio de ofrecer vivienda mala pero barata a las familias que no podían costearse una habitación en el centro de la ciudad. Entre los vecinos de aquellas viviendas no se contaba personaje distinguido alguno; ni

rastros de los empleados ni de los pequeños pero prósperos comerciantes del arrabal, sino sólo familias jornaleras, lavanderas viudas, artesanos empobrecidos, traperos y costureras. Nadie que pudiera atraer hacia el barrio los recursos de los que se gozaba en Chamberí.

Tabla 5.8: El barrio de Vallehermoso en 1860	
Número de edificios	18
Número de viviendas	103
Alquiler medio	8,40
Habitantes	373
Habitantes por vivienda	3,62
Cabezas de familia jornaleros	46,15%
Peso específico dentro del barrio	21,89%

Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento municipal del Ensanche Norte de 1860. Calles de Fernando el Católico, Meléndez Valdés y Blasco de Garay. AVM, Estadística, padrón de 1860.

Por otro lado Vallehermoso era en 1860 un núcleo de población lo suficientemente reducido para no despertar ninguna preocupación. No llegaba a los 400 habitantes, una cifra demasiado reducida como para que el Ayuntamiento lo percibiera como un foco de insalubridad y pobreza tan preocupante como para extender hacia aquella zona sus servicios y su benéfica mano. Pero si su capacidad de atracción de recursos era poco intensa, no lo era en cambio su capacidad de repulsión de capitales y de inversiones. La mala fama de las casas de corredor que se situaban en las calles de Fernando el Católico, Meléndez Valdés y Blasco de Garay, unidas al efecto que producía en el ánimo de los madrileños la presencia de los cementerios y del cercano asilo de San Bernardino, contribuyeron a crear un halo de mala reputación sobre esta zona que la perseguiría durante décadas. Los terrenos se depreciaron y las elites que se decidieron a hacer del Ensanche su paraíso residencial evitaron este lugar en beneficio de otras zonas más atractivas como los márgenes de la Castellana. La pobreza llamó a la pobreza, y con el tiempo, junto a las primeras corralas y casas de corredor que constituyeron el núcleo del barrio de Vallehermoso, surgieron otras de similares características y parecidos inquilinos. Se creaba así una diferencia en los paisajes residenciales de Chamberí y de Vallehermoso que tenía su correspondencia en la composición social de cada uno de estos dos barrios de la zona norte del Ensanche. Y lo que es más importante, se abría una brecha entre dos comunidades con desiguales accesos a servicios públicos: por el momento, el retraso en infraestructuras e integración de aquel triste barrio de Vallehermoso no era demasiado llamativo, pero con los años, con la intensificación del crecimiento de la ciudad y el consecuente desarrollo urbano de la zona, se haría más palpable y significativo.

CAPÍTULO 6:

DE ARRABAL UNIDO A BARRIO ANÓNIMO:

EL FLUCTUANTE SENTIMIENTO DE COMUNIDAD EN EL ENSANCHE NORTE ENTRE 1860 Y 1880

La articulación de la comunidad: el sufragio censitario de la monarquía isabelina y la representación de los vecinos en el gobierno municipal.

La Beneficencia y la administración de socorros médicos y de alimentos a domicilio era uno de los ámbitos de la administración municipal en que existía una participación más activa por parte de los habitantes de los barrios de las afueras de Madrid. Al mismo tiempo, el grado de implantación de este servicio que tan vitales ayudas ofrecía a los vecinos, mostraba la intensidad con que estos se implicaban en la gestión y del gobierno de la ciudad en su conjunto. En buena medida, el acceso a los recursos de la beneficencia, que en su gran mayoría salían de las arcas públicas y no de las limosnas de los vecinos acaudalados, dependía de la capacidad de las elites de cada barrio para atraerse el favor del presupuesto municipal. Muy especialmente en el caso de los arrabales de las afueras, de los que en teoría no tenía por qué ocuparse la administración de la ciudad, ya que estaban fuera de su jurisdicción.

En tiempos de la monarquía isabelina, la naturaleza escasamente representativa del gobierno municipal tendía a crear grandes diferencias en la participación que unos y otros barrios tenían en el Ayuntamiento, al menos en lo que se refiere al caserío de las afueras. En general, la representación de los madrileños en el gobierno de la ciudad era escasa. Para empezar, el alcalde no era un cargo electivo, sino designado por el gobierno de acuerdo con los principios de organización de un sistema parlamentario liberal tan restringido como el de la monarquía de Isabel II. La única forma de representación ciudadana era la de los concejales, elegidos por votaciones parciales cada dos años, pero el carácter censitario del derecho a sufragio, convertía a los cargos públicos en representantes de un círculo muy restringido de los vecinos de la capital. En 1860, la capital tenía 298.419 habitantes de los que 163.259 habían cumplido la edad de los 25 años necesaria para votar y, de estos, poco menos de la mitad eran varones, condición obligatoria para obtener el derecho a sufragio (según el censo de 1860, 80.924 hombres y 82.335 mujeres). En tan voluminosa población, el cuerpo electoral, tanto de los ciudadanos que podían elegir a sus representantes además de ser elegidos como los que únicamente tenían derecho a depositar su papeleta era muy restringido. En las elecciones municipales de 1860, por ejemplo, el censo electoral solamente alcanzaba los 8.879 individuos, es decir, poco más del 10% de los varones mayores de 25 años residentes en Madrid¹.

Como en cualquier otra elección en el régimen político isabelino, la condición de votante estaba reservada a los mayores contribuyentes, aquellos que superaban los 400 reales en su contribución por bienes inmuebles o por su actividad comercial o industrial y al pequeño grupo de capacidades, el variopinto conglomerado de clérigos, licenciados

¹ Las cifras del cuerpo electoral en AVM, Secretaría, 10-36-42.

y profesionales liberales cuya formación se consideraba suficiente para ejercer el voto². Todavía era más restrictiva la condición de elegible; para poder presentarse como candidato a concejal del Ayuntamiento había que rondar los 2.000 reales de contribución industrial, cifra a la que llegaban sólo unas 2.500 personas en toda la ciudad y que eran los llamados a ser distinguidos con el honor y el poder de participar en las decisiones del Ayuntamiento.

Tabla 6.1: Elecciones municipales de 1860 – censo electoral y participación de los distritos madrileños

Distritos	elegibles	no elegibles	capacidades	total	incluidos	Excluidos	quedan	tomaron parte	porcentaje de participación
Palacio	226	228	537	991	11	7	995	363	36,48
Universidad	244	288	645	1173	12	9	1176	550	46,77
Correos	234	160	331	725	11	21	715	381	53,29
Hospicio	250	253	487	990	11	6	1001	460	45,95
Aduana	304	536	142	982	5	9	978	344	35,17
Congreso	296	209	403	908	12	7	913	430	47,10
Hospital	294	242	387	923	15	3	935	426	45,56
Inclusa	218	216	255	689	7	4	692	314	45,38
Latina	191	191	254	636	15	89	562	416	74,02
Audiencia	302	237	283	822	9	19	812	288	35,47
Total	2559	2560	3724	8839	108	174	8879	3972	44,73

Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 10-36-42.

En apariencia, los miembros de este círculo exquisito de vecinos madrileños que podían participar en el gobierno municipal y encarnar el poder, estaban bien distribuidos por la ciudad, aunque en los distritos más pobres su presencia fuera más rara. Todos los distritos tenían un similar número de electores, que rondaban los 900 en cada uno, salvo en Latina e Inclusa, espacios residenciales populares por excelencia dentro del casco antiguo, donde no pasaban de los 700. Parecía que existía en la capital una igualdad ante la limitación del voto y que todos los distritos, independientemente de su perfil, ya popular o más acomodado, estaban igualmente de mal representados en el gobierno de la ciudad.

Si se descendía en la escala de la ciudad y en vez de examinarla distrito a distrito, se analizaba la situación barrio por barrio, las cosas cambiaban. En las afueras norte de Madrid era posible comprobar cómo entre dos barrios tan distintos como Chamberí y Vallehermoso podían existir muy diferentes contactos con el poder y con los sistemas de representación que definían su composición. La escasa representación que el Ayuntamiento podía tener de sus ciudadanos, la mínima posibilidad de que los concejales se hicieran eco de las preocupaciones de sus vecinos, dependía de que un barrio tuviera o no electores para que, aunque fuera de manera muy indirecta, pudieran influir en el nombramiento de unos u otros concejales. Por aquel entonces, en 1860, los

² La ley electoral vigente era la del 18 de marzo de 1846, que había sido posteriormente reformada por O'Donnell, en decreto de 6 de julio de 1858, con el que se produjo una profunda rectificación de las listas electorales y un recorte drástico del censo electoral. Una exposición de la ley de 1846 y su reforma en TOMAS VILLARROYA, Joaquín: “El proceso constitucional”, en TOMAS VILLARROYA, Joaquín (dir.): *La Era Isabelina y el Sexenio*, Tomo XXXIV, 1 fundada por Ramón Menéndez Pidal, Madrid, Espasa, 1981, pp. 197-370, especialmente pp. 212-3 y 320-1.

terrenos de las afueras seguían siendo un espacio periférico y era de esperar que resultara un tanto marginado en la amplia lista de tareas y cometidos que tenía el Ayuntamiento. Pero si por lo menos se contaba con un puñado de vecinos con los ingresos y las riquezas suficientes como para incluirse en el grupo de privilegiados que introducían papeletas en las urnas electorales, al menos se podía albergar la esperanza de influir algo en el gobierno de la ciudad.

Esa era la situación del arrabal de Chamberí. No era un barrio de ricos, pero tampoco le faltaba algún que otro miembro de la elite. Entre las calles destartalladas de aquel pueblecito construido junto a la tapia de Madrid se contaban hasta 38 vecinos con derecho a participar en las elecciones municipales, siete de los cuales podían además ser elegidos como concejales si así lo querían y encontraban ánimos y apoyos para presentarse a las elecciones. No es que esos treinta y ocho electores supusieran mucho en el distrito de Hospicio, que contaba con 990 vecinos con derecho a voto, pero al menos señalaban que aquel barrio extramuros no era sólo un reducto de desesperados y pobres trabajadores incapaces de costearse la vida en el casco antiguo. En el arrabal había treinta y ocho personas cuyas voces merecían tenerse en consideración en opinión de los poderes públicos.

Sus nombres no sorprendían. Todos eran personajes que se habían significado en el barrio, ya por sus propiedades, ya porque de alguna manera habían influido en el devenir de sus gentes. Faltaba alguno; los grandes promotores del barrio, los constructores de Chamberí, no figuraban entre sus electores. Andrés Arango y Francisco Drake no estaban en la lista porque residían en el centro de la ciudad y votaban allí. Pero del resto no faltaba ninguno, empezando por los grandes propietarios de industrias como Livinio Stuyck director de la Fábrica de Tapices, Ramón Bonaplata, que acababa de instalar su fundición en las afueras de la puerta de Santa Bárbara o Manuel Zabala, dueño de la fábrica de chocolates de la plaza de Chamberí. Junto a ellos, todos aquellos empresarios que, aunque regentaban negocios de menos importancia, tenían tanta o más ascendencia sobre sus vecinos. Ahí estaba Francisco Fernández, el tahonero asturiano, que se alzaba como el representante de la riada de paisanos suyos que inmigraban desde el concejo de Otur y sus alrededores. Y como él, algún que otro dueño de panadería más, como Antonio Otero, que también había nacido en aquellas tierras, en Lugo, y que igualmente drenaba desde allí a sus trabajadores para emplearlos en sus hornos instalados en las afueras de la puerta de Bilbao. Un escalón por debajo en la importancia de sus negocios se situaban gentes como los Menéndez, también asturianos, que tenían abiertas dos tiendas de ultramarinos. Uno de ellos, Manuel Menéndez Baragaña, aun con su modesta fortuna, formaba parte de ese grupo de vecinos que fervientemente defendía el barrio frente al Ensanche, de esos once que encabezaron las protestas ante el Ayuntamiento y el gobernador civil.

Tabla 6.2: Censo electoral de habitantes de las afueras norte de Madrid registrados en las listas de electores del distrito de Hospicio en 1860

Elector	Dirección	capacidad /profesión	Contri- bución inmuebles (reales)	Subsidio (reales)	clasificación: elegible / no elegible
Ramón Bonaplata	Puerta de Santa Bárbara	Dueño de fundición	965	5131	elegible
Juan Antonio Cos	Pza de Chamberí 1	comerciante	0	1976	elegible
Segismundo Moret	Puerta de Santa Bárbara 2	.	3377	0	elegible
Pascual Muñoz	Cardenal Cisneros 7	Propietario	1847	0	elegible
Antonio Otero	Afueras de la Puerta de Bilbao, tahona	Propietario / tahonero	2305	0	elegible
Mariano Villacampa	Paseo de Luchana 1	Comerciante de madera	0	1921	elegible
Antonio Zabala	Pza de Chamberí 1	Fabricante de chocolate	0	2305	elegible
Lázaro Bardón y Gómez	Paseo de la Habana	Catedrático de universidad	0	0	no elegible
Ángel Barra	Parroquia de Chamberí	teniente de cura	0	0	no elegible
Antonio Celia	Paseo de San Rafael	.	0	919	no elegible
José Caballer	Paseo de Luchana 12	Retirado	0	0	no elegible
Juan Castillo y Saiz	Paseo de Luchana 2	Capitán reitrado	0	0	no elegible
Benigno Castro	Chamberí	Boticario	0	0	no elegible
Francisco Fernández	Paseo de la Habana	Tahonero	657	316	no elegible
Antonio Fernández de Castro	Paseo de Luchana 1	administración militar, jubilado	0	0	no elegible
Justo García	Chamberí, Calle Real	Almacenista de madera	1438	0	no elegible
Francisco Garro	Paseo del Cisne	.	0	1549	no elegible
Ramón Gómez	Chamberí, Juan de Dios	.	0	1237	no elegible
Antonio García Solís	Chamberí	Médico cirujano	0	0	no elegible
Ceferino García Taranco	Paseo de Luchana	Abogado	0	0	no elegible
Pedro García Arredondo	Chamberí	Jubilado, jefe administración	0	0	no elegible
Tomás Jiménez de Serrate	Paseo de Luchana	Teniente coronel retirado	0	0	no elegible
Remigio Infante	Chamberí	Médico cirujano	0	0	no elegible
Manuel Menéndez	Chamberí	Retirado	0	1372	no elegible
Manuel Menéndez Baragaña	Chamberí Castillo 28	comerciante	0	919	no elegible
Manuel Martino y Mas	Santa Engracia 28	comandante retirado	0	0	no elegible
Fernando Olaiz	Zarzal 10	Empleado de gobernación	0	0	no elegible
Luciano Paz	Navas de Tolosa 5	Retirado	1518	72	no elegible
Pedro Palacios	Santa Engracia 48	Empleado	0	0	no elegible
Gaspar Pereda y Cañedo	Paseo de Luchana 5	Abogado	0	0	no elegible
Juan Quintana	Paseo de San Rafael 23	Abogado	0	0	no elegible
Francisco Rojas	Paseo de Luchana 6	comerciante	0	1029	no elegible
Mateo Sancho	Paseo de Luchana 45	Fabricante de ladrillos	0	1057	no elegible
Livinio Stuyck	Fábrica de Tapices	Director de la Real Fábrica	1351	0	no elegible
Aniceto Sanz	Santa Engracia 44	Cirujano	0	0	no elegible
Juan Tabares	Chamberí, Castro 14	Comercio – tienda	0	1029	no elegible
Agustín Tenreiro	Paseo de la Habana 10	Empleado –aduanas	0	0	no elegible
Ramón Valladares	Paseo de la Habana 8	comandante retirado	0	0	no elegible

Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 4-232-2 y AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860. Los datos incluidos en rojo proceden del padrón.

Finalmente, en ese grupo selecto de votantes del arrabal, se encontraban muchos de esos vecinos que, sin poseer grandes fortunas ni negocios que generaran demasiados beneficios, se habían significado por su intensa actividad en la vida del barrio. Por supuesto que don Ángel Barra, cura párroco de Santa Teresa y Santa Isabel y presidente de la junta parroquial de beneficencia tenía voto. Y Benigno Castro el farmacéutico; y Antonio García y Solís el médico, y Pedro García Arredondo, ese funcionario ya jubilado que nunca faltaba para donar sus cuatro o cinco reales a la bolsa de ayuda a los enfermos y a los pobres de Chamberí. Y unos cuantos empleados más, algún profesor de Universidad excéntrico que había preferido las afueras al centro de la ciudad y dos o tres abogados que se habían construido su casa en el Paseo de Luchana. Ellos completaban el grupo de las fuerzas vivas de Chamberí, de ese núcleo abigarrado y selecto de vecinos que organizaba la vida interna del arrabal, gestionando la beneficencia, promoviendo la construcción y defendiendo el barrio de las amenazas de derribo. Al mismo tiempo, eran humildes electores dentro del amplio censo de votantes de la capital; un pequeño grupo de treinta y ocho notables que se perdían en los 990 del distrito de Hospicio y en los 8.000 de todo Madrid. De puertas para afuera podían parecer poco significativos, pero de puertas para dentro del arrabal su condición de votantes les reforzaba frente a sus más humildes vecinos: aquellos treinta y ocho notables jugaban un papel fundamental al constituirse en los eslabones de la cadena que unía a los habitantes anónimos de Chamberí, sin voz ni voto, con el Ayuntamiento de la capital.

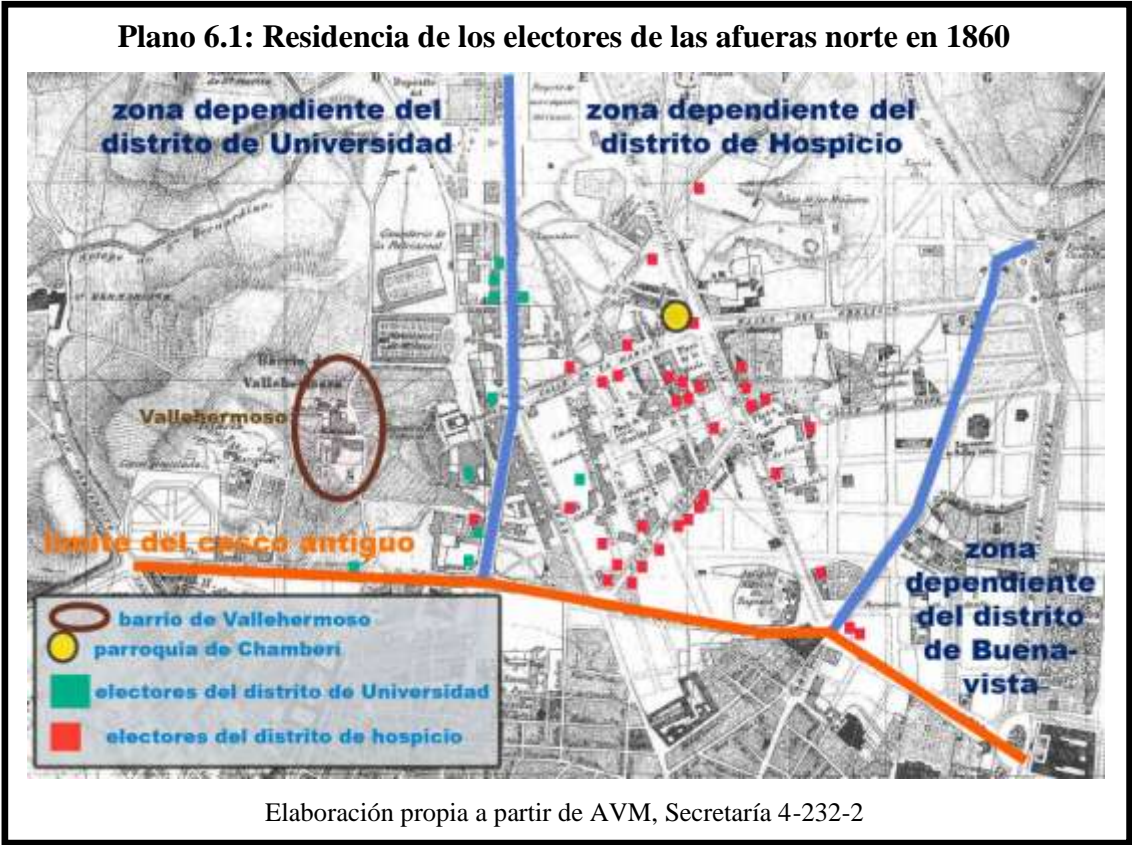
La participación política de aquellos treinta y ocho vecinos permitía que existiese un canal de comunicación entre los vecinos del arrabal y las autoridades. Con ello no se garantizaba que los anhelos y las inquietudes de las familias jornaleras y artesanas del barrio fueran satisfechas, ni que se alzasen en defensores de sus intereses. Pero sí al menos se lograba que existiera una correa de transmisión entre una parte de los miembros de aquella pequeña comunidad que formaba Chamberí y las autoridades encargadas de gobernar el conjunto de la ciudad. Porque, aunque se podía dudar sobre la calidad de aquellos electores como representantes del conjunto del barrio, no se podía negar que conocían los problemas de aquellas calles. Desde los más adinerados, como el panadero Antonio Otero o el industrial Livinio Stuyck, hasta los más modestos empleados y capacidades como Benigno Castro o Ángel Barra, gran parte de ellos tenían una participación más o menos directa en la vida del barrio. Unos como patronos de muchos trabajadores que eran sus propios vecinos, otros como activos miembros de la junta parroquial de beneficencia, conocían bien la situación del barrio y en momentos puntuales podían alzar su voz para reclamar alguna mejora en las condiciones de vida del arrabal. Eran los primeros interesados en que la vida en el barrio de Chamberí no se deteriorara, para que sus propiedades y sus negocios no se pusieran en peligro; y por eso soltaban algún real todos los meses para la caja de la beneficencia, o regalaban sus horas de vez en cuando visitando a los pobres.

En los territorios que dependían del distrito de Universidad, en la zona noroeste de las afueras, la situación era muy distinta. Las conexiones entre sus habitantes y el gobierno municipal estaban muy marcadas por su carácter de zona aún poco urbanizada. Entre la carretera mala de Francia, la actual calle de Bravo Murillo y el asilo de San Bernardino, en las cercanías de la actual plaza de Moncloa, no había construcciones de importancia. Tan sólo los edificios alineados junto a la antigua carretera y el islote de corralas que formaba el barrio de Vallehermoso. Había menos habitantes que en el arrabal, pero sobre todo eran más pobres, lo que provocaba que hubiera un menor número de electores en la zona. Frente a los treinta y ocho que residían en afueras

dependientes del distrito de Hospicio, en las que dependían del distrito de Universidad sólo había doce.

Tabla 6.2: terceras listas de electores para rectificación de del Ayuntamiento, 30 de octubre de 1860					
Elector	Dirección	calidad que le convierte en votante /profesión	Contribución inmueble (reales vellón)	Subsidio (reales vellón)	clasificación como elector: elegible / no elegible
Justo Jiménez	Paseo de Bilbao parador de la Trinidad		0	3307	elegible
Santiago Jabonin	Pza de Quevedo Chamberí 3	marmolista	1195	1098	elegible
Juan Quintana	Paseo de San Rafael	.	2038	0	elegible
Guillermo Sanford	Carretera de Francia s/n	ingeniero	2882	803	elegible
Guillermo Sanford hijo	Carretera de Francia s/n	ingeniero	2882	803	elegible
Francisco Andrés	Parador del Norte, Puerta de Bilbao		0	1304	no elegible
Francisco Bellver	Chamberí, Charcas de Mena	Escultor, artista	0	0	no elegible
José Guinot	Carretera de Francia 12	Propietario	1576	0	no elegible
Antonio López	Carretera de Francia 13	Arriero	0	1009	no elegible
Luciano Paz	Navas de Tolosa 5	Militar retirado	1418	0	no elegible
Manuel Rodríguez	Portillo de Conde Duque	Tahonero	0	960	no elegible
Alejandro Simón	Afuera del portillo de San Bernardino	.	1475	0	no elegible

Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 4-232-2, y AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860. Los datos incluidos en rojo proceden del padrón.



Pero más significativo que su escaso número era el lugar donde residían y su escasa integración en el barrio del que eran electores. Muchos de ellos vivían en las grandes calles y paseos que establecían los límites de la zona de Ensanche, y si hubieran cruzado de acera, habrían podido pertenecer a otro barrio y a otro distrito. Ese era el caso de los Sanford, los dueños de la fábrica de fundición situada en los números impares de la carretera mala de Francia. Al otro lado de la calle ya comenzaban los territorios de Chamberí y, por tanto, el distrito de Hospicio. En algunos casos, de hecho, chocaba la adscripción de algunos electores al colegio del distrito de Universidad. No existía una lógica administrativa, por ejemplo, en que Francisco Bellver, que residía en los terrenos de las Charcas de Mena por donde pasaba la calle Cardenal Cisneros, estuviera inscrito en el distrito de la Universidad. En su misma calle había algún que otro elector más y todos pertenecían al colegio del distrito de Hospicio, porque todos aquellos edificios eran considerados como parte del arrabal. Pudo ser una elección personal permitida por un sistema flexible de elaboración de las listas electorales; de hecho había quienes incluso se inscribían en uno u otro colegio, como Luciano Paz, que residiendo en la zona dependiente del distrito de Universidad, aparecía en ambas listas de electores.

La diferencia fundamental entre ambas zonas, entre el arrabal de Chamberí y la barriada de Vallehermoso, era la distribución de sus votantes. Mientras en el arrabal aparecían diseminados entre todos los edificios, en Vallehermoso aparecían en los márgenes. Mientras en Chamberí se había creado una red que articulaba relaciones entre todos los vecinos, entre los más pobres y los más acaudalados, entre los patronos de las fábricas y los trabajadores, en Vallehermoso los votantes y electores vivían aparte y sin contacto con aquel núcleo de población humilde que constituía el barrio de corralas al otro lado de los cementerios. En Chamberí se había creado una comunidad, con centro en la parroquia, en el mercado de la plaza de Olavide, en la farmacia, donde coincidían todos los vecinos independientemente de sus recursos económicos y su condición social. En Vallehermoso, en cambio, existía una brecha entre los habitantes pobres de las corralas, aislados de la ciudad por la barrera de cementerios y los extensos descampados, y los vecinos más acomodados, instalados en los márgenes de aquella zona a la que daban la espalda, porque miraban más hacia al arrabal que a sus propios vecinos.

Tales diferencias entre uno y otro barrio pueden parecer poco relevantes en un tiempo en que el juego político en el ámbito municipal estaba alimentado por un escaso o nulo debate público. No sólo se trataba de que el derecho al sufragio y la representación estuviese extremadamente limitado y que quedaran excluidas del sistema político amplias capas de población. Era también que, ni siquiera entre los que tenían derecho a voto se desarrollaba una intensa pugna por el control de las concejalías. La composición del Ayuntamiento no era una preocupación especial para la prensa, y la lucha por un representante en la corporación municipal, si existía, era poco disputada y más bien subterránea. El cargo de concejal era un puesto de escasa importancia y se destinaba a aquellos que comenzaban la aventura de una carrera política o como una forma de reconocimiento a los notables de la ciudad a los que se quería recompensar de algún modo. El Ayuntamiento estaba plagado de condes y marqueses que añadían así, un título más para agrandar el reconocimiento del que eran objeto en la sociedad.

Tabla 6.4: Evolución electoral municipal de los distritos de Hospicio y Universidad entre 1860 y 1866					
HOSPICIO			UNIVERSIDAD		
Elecciones de 1860					
Concejales elegidos	Votos obtenidos	Porcentaje de votos	concejales elegidos	votos obtenidos	porcentaje de votos
Francisco Puig Bulles	264	57,39	Joaquín Pineda Apestegui	371	67,45
Ildefonso Salaya	256	55,65	Joaquín Medina Rodríguez	363	66,00
Manuel Riva	251	54,57	José Romero Paz	338	61,45
Domingo Ibarrola	237	51,52			
censo electoral, 1001; votos emitidos, 460, participación, 45,99%			censo electoral, 1176; votos emitidos, 550, participación, 47,66%		
Elecciones de 1862					
Concejales elegidos	votos obtenidos		Concejales elegidos	votos obtenidos	porcentaje de votos
Livinio Stuyck	sin datos		Andrés Tavira	sin datos	
Luis Entrambasaguas	sin datos		Marqués de Santa Marta	sin datos	
Juan Alberto Casares	sin datos		Enrique Bengoechea	sin datos	
censo electoral, 1133; votos emitidos 517, participación 45,63%			censo electoral, 1353; votos emitidos 509, participación 37,62%		
Elecciones de 1864					
Concejales elegidos	votos obtenidos	porcentaje de votos	Concejales elegidos	votos obtenidos	porcentaje de votos
José Abascal	318	90,08	Conde de Santiago	422	69,87
Manuel de la Riva	301	85,27	Marqués de Falces	399	66,06
censo electoral, 1104; votos emitidos 353, participación 31,97%			censo electoral, 1076 votos emitidos 604, participación, 56,13		
Elecciones de 1866					
concejales elegidos	votos obtenidos	porcentaje de votos	concejales elegidos	votos obtenidos	porcentaje de votos
Marqués de Villamagna	319	96,96	Cirilo Bahía	453	95,77
Livinio Stuyck	318	96,66	Manuel Darriba	453	95,77
Conde de Heredia Spinola	316	96,05	Marqués de Liedena	452	95,56
Juan Alberto Casares	316	96,05	Conde de Villariezo	450	95,14
Francisco de las Barcnas	313	95,14	Francisco Biego Valdés	447	94,50
censo electoral, 1306 votos emitidos 329, participación 24,43			censo electoral, 1359 votos emitidos 473, participación 34,81		

Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 10-36-42

Los nombres de los concejales se repetían una elección tras otra; cabía poca sorpresa, y los resultados ofrecían ciertas sospechas de que la elección estaba amañada. Los datos de participación en las elecciones municipales entre 1860 y 1866 parecen indicar que cundió el desánimo y el desinterés entre los electores, que pasaron de arrojar datos de participación cercanos al 50% (en 1860, en el distrito de Hospicio participó el 45,99% y

en Universidad el 47,66%) hasta los raquíticos datos de las elecciones de 1866: aquel año, en el distrito de Universidad sólo acudió el 34% de los electores, y en el de Hospicio, el 24%. Resultaba lógico, porque no parecía haber opción o alternativa a los concejales que salieron elegidos. Cada vez era más frecuente que en las elecciones municipales los concejales obtuvieran resultados cercanos al 90 y al 95% de los sufragios.

Como en el resto del sistema político isabelino, las elecciones municipales estaban profundamente alteradas por el caciquismo y el control que el gobierno ejercía sobre los procesos electorales para que no le fueran adversos. La corporación municipal no era más que una institución consultiva, formada por impulso del alcalde en el poder, como lo era el Congreso de los Diputados por parte del Gobierno. Eso no significaba necesariamente que los distintos barrios carecieran de representación ni que los concejales permanecieran ajenos a las preocupaciones y problemas de los distritos que representaban. Aunque dependiera de la buena voluntad del elegido, podía suceder que el concejal se esforzara por mejorar las condiciones del barrio al que representaba, que realmente pusiera interés en drenar recursos y medidas del Ayuntamiento que contribuyeran a la mejora de los barrios por los que había obtenido el voto. Los habitantes del arrabal de Chamberí podían sentirse unos privilegiados en ese punto. Al menos desde 1862 contaron con un buen representante de sus asuntos en el municipio; Livinio Stuyck, el director de la Real Fábrica de Tapices, que tanto interés y tiempo había puesto en el buen funcionamiento de la junta parroquial de Beneficencia, salía puntualmente elegido en las elecciones parciales para renovar el Ayuntamiento.

La presencia de Livinio Stuyck en el gobierno municipal no debió de ser anecdótica, como tampoco fue poco beneficioso el trato que el barrio de Chamberí recibió del Ayuntamiento en aquellos años. Fueron los tiempos en los que se entablaron los agrios enfrentamientos entre los vecinos y el Ministerio de Fomento, con el Ayuntamiento como árbitro, a propósito de las rectificaciones que habían de hacerse en el plano del proyecto de Ensanche; el apoyo tácito del municipio a los vecinos permitió que subsistieran las construcciones del arrabal a costa de la paralización del proyecto de ampliación urbana de la capital. Y no sólo en los conflictos en torno a las alineaciones y el trazado de los planos pudo el arrabal de Chamberí sentir el respaldo beneficioso del consistorio; también en otros asuntos en que se estaba operando una profunda transformación en los modos de gestión municipal por aquellos años. El más importante de ellos era uno en el que Livinio Stuyck podía sentirse un especialista, por su larga experiencia como visitador de pobres y miembro de la junta parroquial de Chamberí: la Beneficencia, que justo en el año de 1862 fue objeto de una radical remodelación en Madrid³.

A finales de 1862, las juntas parroquiales de Beneficencia, que tan activos servicios habían rendido en muchos barrios y con mucha intensidad en el de Chamberí, cesaron sus actividades. A partir de ese momento, sus funciones fueron asumidas por otras instituciones que las acabarían suplantando: las casas de socorro. Estos establecimientos habían hecho su aparición en Madrid en 1858, siguiendo los dictados de la Ley General de Beneficencia que exigía su apertura en las ciudades y grandes

³ El funcionamiento de la Beneficencia Municipal madrileña y su reforma, PALLOL TRIGUEROS, Rubén: "La ciudad frente a la pobreza: la acción social del municipio madrileño a través de las juntas parroquiales en 1860" en CARANTOÑA ÁLVAREZ, Francisco y AGUADO CABEZAS, Elena (eds.): *Ideas reformistas y reformadores en la España del siglo XIX. Los Sierra Pambley y su tiempo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pp. 509-521. PALLOL TRIGUEROS, Rubén: "De la caridad entre vecinos a la asistencia social de las masas urbanas: avances y límites en la modernización del sistema benéfico madrileño, 1850-1910" en SÁNCHEZ, Raquel (coord.): *Modernizar España: proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Actas del Congreso Comunicaciones.

localidades. Su función primera era la de ofrecer asistencia médica de urgencia, un lugar al que se pudiera acudir en cualquier momento en caso de accidente o de enfermedad. Al mismo tiempo, se pretendían erigir como un centro de consulta, al que los enfermos pudieran acudir a ser atendidos por los facultativos más rápido y con menos coste que si el médico se tenía que desplazar casa por casa. Con la creación de las casas de socorro se pretendía suplir algunas de las carencias del sistema de Beneficencia. A pesar de que la actividad de los médicos de las juntas parroquiales era intensa, muchas veces eran incapaces de atender a todos los enfermos del barrio; las distancias entre uno y otro domicilio podían ser largas y era muchas veces difícil cubrir el amplio radio de acción que se les adjudicaba. La casa de socorro se erigía en cambio en un lugar al que pudieran acudir todos los enfermos de un distrito cuando no era estrictamente necesario que el médico se presentase en la casa. Para el resto, para los casos más urgentes, seguían existiendo esos médicos de barrio que acudían prestos a la llamada cuando una mujer se ponía de parto o la enfermedad se agravaba⁴.

Las casas de socorro supusieron un avance en los servicios públicos madrileños y su aparición fue celebrada por los publicistas de la época. Concepción Arenal, por ejemplo, no escatimaba elogios para celebrar la función que como “servicio público” cumplían al ofrecer una ayuda inmediata a los accidentados:

*“deben recordarse aquellos tiempos, no lejanos por cierto, en que no las había; aquellos heridos que era preciso llevar desangrándose, desde la puerta de Santa Bárbara, por ejemplo, al Hospital General; aquellos accidentados que se metían en una barbería, donde lo mejor que podía sucederles era no recibir auxilio alguno; aquellos conflictos, cuando no se hallaba médico en muchas horas para la enfermedad repentina y grave de un ser querido. (...) ¡Bendito sea mil veces el que tuvo el pensamiento de las Casas de Socorro, y benditos sean también los que las han planteado!”*⁵

Pero en las mismas páginas, también se destilaban algunas críticas a la sustitución de las juntas parroquiales por las casas de Socorro, casi todas ellas referidas a la lejanía del trato entre el profesional que asistía y el que era asistido:

*“El médico de la Casa de Socorro sale de mala gana a deshora de la noche a ver a un pobre; el caso urge, tarda en salir, va despacio, hace o no hace todo lo que puede, se detiene o no se detiene todo lo preciso. Cuando por primera vez visita a un desvalido, vuelve o no vuelve, porque él es el juez de la necesidad de su presencia.”*⁶

En buena medida, la nueva forma de organización de la Beneficencia perdía la capilaridad que había tenido antes gracias a las juntas parroquiales. Aunque el médico de barrio seguía existiendo, y también los visitantes de los pobres, estos ya no estaban bajo la supervisión de los notables, del comerciante, el fabricante modesto y el cura de la iglesia; ahora eran nombrados y supervisados por el Ayuntamiento, a través de sus distritos:

⁴ *Reglamento general para el ejercicio de la Beneficencia Municipal de Madrid, reglamento particular de las Juntas de Distrito y de las Casas de Socorro*, Madrid, Oficina Tipográfica de los Asilos de San Bernardino, 1865.

⁵ ARENAL, Concepción: “Las casas de socorro de Madrid”, incluido en *Artículos sobre beneficencia y prisiones. Volumen 1*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1900 (Obras completas de Concepción Arenal; 18), el artículo fue escrito hacia 1870.

⁶ *Ibid.*

*“los visitantes son nombrados por el Ayuntamiento, que podrá acertar algunas veces, pero que las más es probable que se equivoque, aunque no fuese más que por ser materialmente imposible que los encargados de la elección conozcan treinta o cuarenta personas en cada distrito con las cualidades que debe tener el visitador del pobre. Los alcaldes de barrio son visitantes, y no debieran serlo por sus muchas ocupaciones y porque varían con el Ministerio, teniendo un color político muy marcado, como los Ayuntamientos, y que influye en todos los nombramientos que hacen.”*⁷

Concepción Arenal se centraba en su desconfianza ante un predominio del profesionalismo en los socorros a los pobres y abogaba porque fueran llevados más a los terrenos de la caridad, como en los viejos tiempos. Consideraba que se creaba una cierta lejanía al resolver las cuestiones de beneficencia sólo entre médicos y pacientes, sin que intervinieran los voluntarios benéficos. Pero con la sustitución de las juntas parroquiales se produjo un distanciamiento más grave que el que la publicista denunciaba y que tenía menos que ver con el tipo de personas que se encargaban de aquellos servicios como con los propios recursos del Ayuntamiento.

Como en tantas otras reformas administrativas propuestas en la ciudad, las ideas fueron una vez más por delante de las actuaciones. Al suprimirse las Juntas Parroquiales de Beneficencia en 1863, existían en Madrid tan sólo cuatro casas de socorro que debieron afrontar a partir de ese momento toda la atención de enfermos a domicilio y, lo que resultaba más importante, el reparto de socorros en medicamentos y en alimentos. Aquellos repartos masivos de víveres cuando llegaba una limosna de la reina, dejaban de ser decididos en la sacristía de la parroquia de Chamberí y se organizarían desde una de las oficinas de la casa de socorro. Las decisiones sobre cómo emplear el presupuesto ya no dependerían en última instancia de la opinión de ese cura que afirmaba conocer a todos sus convecinos, sino de un funcionario que trabajaba en un edificio del casco antiguo, al otro lado de las tapias de la ciudad.

La reorganización del sistema de Beneficencia supuso una pérdida de proximidad en el acceso a los servicios para el conjunto de los habitantes de Madrid, que afectó más drásticamente a los habitantes de las afueras. Las casas de socorro eran instituciones que ahora quedaban lejanas para ellos. Los habitantes del arrabal Chamberí debían dirigirse hasta el número 70 de la calle Hortaleza, atravesando la puerta de Santa Bárbara y adentrándose en la plaza del mismo nombre para dirigirse hacia el centro de la ciudad. Los de Vallehermoso lo tenían peor; la casa de socorro del primer distrito de Beneficencia al que pertenecía el barrio estaba situada en la calle Silva, al principio prácticamente de la calle San Bernardo⁸.

La insuficiencia de la nueva organización del sistema de Beneficencia madrileño se hizo patente muy pronto. La invasión epidémica del cólera morbo de 1865 dejó ver a las claras que cuatro establecimientos médicos eran demasiados pocos para asistir al conjunto de la ciudad⁹. La gran cantidad de personas que cayeron víctimas de la

⁷ *Ibid.*

⁸ La reorganización del sistema de Beneficencia y la situación de las casas de Socorro entre 1863 y 1868 en SÁNCHEZ RUBIO, Eduardo: *Historia de la Beneficencia Municipal de Madrid y medios de mejorarla*, Madrid, 1869.

⁹ Los efectos demográficos de la enfermedad y un seguimiento de las reacciones de la opinión pública en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Barcelona, Vicens Vives, 1985. Testimonios de la época en JUNTA MUNICIPAL DE BENEFICENCIA: *Memoria de la Junta Municipal de Beneficencia con una reseña de los actos de la de Sanidad de esta Corte acerca de la epidemia de cólera morbo asiática que sufrió esta capital en el año de 1865*, Madrid, Asilos de San Bernardino, 1866 y GASTALDO FONTABELLA, José: *El cólera morbo asiático (Texto impreso): Estudio hecho a la cabecera del enfermo en las epidemias de los años 1854 (en Valencia) y 1865 (en Madrid, y el Real sitio de San Fernando)*, Madrid, José Rojas, 1884.

epidemia a su paso por la capital, obligó a medidas excepcionales y por iniciativa propia de los vecinos y de los concejales de distrito, se crearon centros improvisados de auxilio a enfermos en algunos barrios. Estas *sucursales de las casas de socorro*, tal y como se denominaron, se establecieron fundamentalmente para atender a los vecinos de los arrabales, que por ser más pobres y vivir en zonas peor acondicionadas higiénicamente, eran los más vulnerables a caer víctimas de la enfermedad. Aunque la creación de estas improvisadas casas de socorro fue rápida, este despliegue suplementario de la asistencia médica de Madrid no llegó por igual a los habitantes de los alrededores de la ciudad. Sólo se crearon otras cuatro sucursales, con gran distancia entre unas y otras¹⁰.

La primera sucursal que se abrió fue la del distrito 1 de Beneficencia, al que pertenecía el barrio de Vallehermoso; sin embargo su creación no palió en absoluto el abandono médico que había sufrido este núcleo de población. Fue instalada a finales de septiembre de 1865 en la carretera de Extremadura, más allá del puente de Segovia. Los habitantes del noroeste de Madrid se tenían que seguir conformando con ser atendidos por el lejano establecimiento de la calle Silva; como siempre, seguían siendo condenados al abandono sanitario por parte del Ayuntamiento.

El 2 de octubre se abrió la siguiente sucursal, en las afueras del sur del Madrid, que había de atender a los enfermos de los arrabales de aquella zona, y una semana después se inauguró otra para repartir el trabajo en el segundo distrito de Beneficencia, al que pertenecía Chamberí. Como no podía ser menos, la sucursal fue abierta en el propio arrabal. Primero se instaló provisionalmente en el parador de Muñoz, una fonda aislada al norte de la capital, pero más tarde se trasladó a un edificio mejor acondicionado en la calle de La Habana número 5, que era propiedad de la familia Arango y que lo cedían, una vez más, para la buena causa¹¹. Pero los privilegios del barrio no se limitaron a los de albergar una de las sucursales, consiguiendo así un acceso rápido a la asistencia médica de la que, por ejemplo, los habitantes de Vallehermoso carecían. También consiguieron que fuera un acceso prácticamente exclusivo, porque el distrito 2 de Beneficencia no abrió una, sino dos sucursales. La otra fue instalada en la carretera de Vicálvaro, con el objeto de atender a los pacientes del barrio de la Plaza de Toros y de lo que ya comenzaba a conocerse como barrio de Salamanca. Con ello Chamberí salía doblemente privilegiado, pues además de tener su propia sucursal de casa de socorro, no tendría que compartirla con el resto de los vecinos de las afueras¹².

Una vez más, las fuerzas vivas del arrabal se ponían en marcha para aliviar los problemas de sus habitantes, en un esfuerzo que no se paró en la lucha por obtener recursos para el propio barrio por parte de la administración. Los vecinos de Chamberí y, entre ellos sus notables, fueron más allá. Contaban con recursos y sobre todo con experiencia para afrontar la organización de un sistema sanitario propio; así que

¹⁰ AVM Beneficencia 1-140-13 y AVM Beneficencia 1-161-4.

¹¹ El solar del número 5 de la calle de La Habana había sido ofrecido por Andrés Arango desde los tiempos primitivos del arrabal para uso público. Fue en ese mismo solar donde se estableció el sanatorio de baños hidroterápicos que ya existía en 1850, y más tarde sería sede del Hospital Homeopático, creado en 1871 y que aún se conserva.

¹² El establecimiento de las sucursales de casas de Socorro debió mucho a la intervención de los propios representantes de los vecinos en el Ayuntamiento, tal y como sugiere *La Iberia* por esas fechas: “Los regidores que presentaron la proposición para que se establezcan nuevas casas de socorro en los barrios de Peñuelas, del puente de Segovia y de Chamberí, quedando ya establecida la que acaba de poner en el barrio del puente de Toledo, son los siguientes: Don Livinio Stuyck – Don José Abascal – Don Félix Zaballa – Don Emeterio Ruiz de la Peña – Don Miguel Mañanas – Don Victoriano Huesca – Don Manuel de Palacios – Don José Fernández de Velasco – Don José Lozano – Don Melitón Arana – Don Manuel de Llano y Persi – Don Manuel Bravo – Don José Gadea”. Así, la presencia de personajes como Stuyck en la corporación municipal, traía beneficios al barrio, extremo que no podía decirse del barrio de Vallehermoso. *La Iberia*, 30 de septiembre de 1865.

formaron una asociación de *Amigos de los pobres*, para recolectar dinero y repartir comida y medicamentos entre sus vecinos. Pretendían reconstruir la organización parroquial que habían perdido con la reforma del sistema de asistencia benéfica; sabían que dejando en manos del Ayuntamiento la ayuda a los pobres, sus vecinos podían quedar olvidados. Lo mejor era hacerlo como en los viejos tiempos; que los más acomodados pusieran el dinero, que el farmacéutico y los médicos se ocuparan de atender a los enfermos y que los más distinguidos y conocidos miembros de la comunidad coordinaran el reparto de alimentos y medicinas.

En realidad todas las iniciativas para afrontar la lucha contra el cólera en Chamberí, tanto la asociación de los amigos de los pobres como la puesta en marcha de la sucursal de la casa de socorro, partían de los vecinos y no del propio Ayuntamiento. Así al menos lo declaraba el periódico liberal-progresista de oposición *La Iberia*, que subrayaba que “*la iniciativa [se debía] a nuestro compañero de redacción don Carlos Massa Sanguinetti, eficazmente secundada por todos los individuos del círculo [progresista] de Chamberí.*”¹³ Aunque en los momentos más graves, en los que los fallecimientos diarios en Madrid por cólera se contaban por decenas, ni el periódico ni los vecinos del arrabal no expresaron crítica alguna. La aparición de esta movilización de los vecinos, al margen de las instituciones, indicaba importantes cambios en las relaciones entre el poder central del Ayuntamiento y las elites del arrabal. Parecía que el sentimiento de comunidad entre los vecinos de Chamberí podía desembocar en algo más que aquella conspiración de once propietarios para luchar contra el plano de Ensanche de Castro. Ya no se trataba de un puñado de comerciantes e industriales defendiendo sus propiedades y sus intereses contra la administración; con aquella iniciativa, en el fondo, lo que estaba haciendo aquel “círculo” progresista de Chamberí era planteando una política alternativa a la del Ayuntamiento, que al fin y a la postre era la de gobierno moderado en el poder de España y por extensión, de la reina cada vez más identificada con esa tendencia política.

Resulta difícil reconstruir quiénes eran cada uno de los miembros de aquel círculo progresista de Chamberí, aunque las páginas de *La Iberia* ofrecen algunas pistas de los vecinos más activos y, sobre todo, de hasta qué punto el puñado de progresistas del barrio podían movilizar al resto de los habitantes del arrabal. Se creó una “comisión encargada de distribuir los socorros” que quedó “constituida en la escuela de párvulos, sita en la plaza del barrio”. Inmediatamente, el señor don Benigno Castro, farmacéutico, se ofreció para “suministrar gratis los medicamentos que necesitaban los pobres invadidos” del cólera y don Antonio Nicolás Perona, que habitaba en el más lujoso Paseo de Luchana, quedó nombrado tesorero recaudador de los fondos necesarios para pagar esos medicamentos. Como presidente fue elegido Andrés Caamaño, un tendero de la calle Santa Engracia que hasta entonces no se había distinguido demasiado en el barrio, pero que a partir de ahora se autoproclamaba como defensor de aquella iniciativa de los liberales progresistas de Chamberí; junto a él, un anónimo secretario, de nombre Federico Fernández¹⁴.

El día 18 de Octubre, apenas cuatro días después de que la asociación de amigos de los pobres de Chamberí se diera a conocer, el recaudador Antonio Nicolás Perona ya tenía en la caja de la asociación 1.817 reales de vellón que habían donado los vecinos de Chamberí; y dos días más tarde ya eran más de 2.100 reales. Nadie había faltado a la cita; ninguno de los ilustres residentes de las humildes calles del arrabal había dejado de rascarse el bolsillo. El señor Perona llamaba a la puerta y señalaba lo que habían

¹³ *La Iberia*, 14 de Octubre de 1865

¹⁴ Las citas a Benigno Castro y al recaudador en *La Iberia*, 18 de Octubre de 1865; la elección del presidente y del secretario el 19 de Octubre de 1865.

estipulado los amigos de los pobres; lo lógico sería poner diez reales, que cada vecino con poder en el barrio lo hiciera. A cambio, su nombre aparecería en el periódico *La Iberia* y podría ser acreedor del reconocimiento y del agradecimiento del resto de los habitantes del arrabal. Como es lógico, a quién primero se dirigió Perona fue a los miembros del círculo progresista, a los que estaban detrás de la iniciativa y los que tenían más interés en que triunfara, para demostrar la manera en que los de su partido afrontaban los problemas y se preocupaban por las clases trabajadoras cuando acechaba una desgracia como el cólera. Entre los primeros en dejar su aportación de diez reales estaba el señor Massa Sanguinetti, el redactor del diario *La Iberia*; también Manuel Menéndez Baragaña, aquel tendero de ultramarinos de Lugo que vivía en la misma manzana que Benigno Castro y que, como él, había firmado el documento contra el Ensanche del Ministerio: era uno de los miembros destacados del círculo y uno de los progresistas declarados del barrio. El farmacéutico fue especialmente generoso y dio 40 reales, él que solía dar solo 4 a la Beneficencia Municipal. Andres Caamaño, el tendero tampoco faltaba, ni Rosendo Conde, un vidriero, dueño de su propio taller en la misma calle de Santa Engracia¹⁵.

Pero no sólo aportaron recursos los vecinos que se identificaban con los liberales progresistas. Lo importante no era tanto secundar la iniciativa del círculo político de Chamberí como no quedar fuera del cuadro. Independientemente de lo que se pensara sobre la política del Ayuntamiento y del gobierno en el poder, uno no se podía permitir no aparecer ante la comunidad como generoso y preocupado por la salud de los más pobres del arrabal. Al mismo tiempo, puede que fuera sincero, que la invasión del cólera en Madrid, que estaba segando la vida de miles de personas, impulsara a aflojar la bolsa a todos, sin distinción de partido ni inclinación política. Livinio Stuyck, concejal por el partido moderado y, por tanto, en el otro lado de la línea de confrontación política que los miembros del círculo progresista, donó sus 10 reales y por ello apareció en las páginas de *La Iberia*. También lo hicieron otros ilustres personajes cuya adscripción política no había sido declarada, como el propio Andrés Arango, el gran señor de aquellas tierras o el fabricante de chocolates Zabala. Hasta apareció en la larga lista de más de un centenar de generosos vecinos un autodenominado “señor sacerdote amante de los pobres”, seguramente el párroco de Chamberí, que sacó de sus propias cajas 100 reales para dárselos a los progresistas.

Los *Amigos de los pobres* se mostraron activos; repartieron comida, mantas e hicieron gala de un sacrificio y amor por los menesterosos que iba más allá de la caridad del que teme ser contagiado, tal y como se mostró “*Don Vicente García Colomo, nuestro amigo y correligionario, visitador de los pobres de Chamberí, que ha prohijado a dos huérfanos que vivían con su madre en el Paseo del Cisne*” y que había muerto por la terrible enfermedad¹⁶. Los progresistas no sólo daban comida y mantas a los pobres, los metían en sus casas y los adoptaban cuando la muerte de algún familiar trastocaba sus vidas. *La Iberia* desde sus páginas se encargó de publicitar bien todas estas grandes acciones que sacaban a la luz la benevolencia política de los progresistas, y una vez terminada la epidemia, cuando pasó la tormenta, de contrastarlas con la ineficacia del gobierno caduco de Isabel II y de los moderados en cuyas manos había dejado los

¹⁵ Los datos suministrados en ese momento por *La Iberia*, no permiten asegurar la adscripción progresista de estos vecinos de Chamberí, más allá de la de Caamaño, obvia por su condición de presidente de los Amigos de los pobres; sí en cambio lo permite hacer la posterior actividad política de todos ellos, miembros del partido progresista en Chamberí en el Sexenio y la Restauración, como se verá más adelante.

¹⁶ *La Iberia*, 17 de Octubre de 1865.

resortes del poder. Toda la diligencia que *La Iberia* y los progresistas habían puesto en ayudar a los pobres se transformó entonces en agria crítica contra el gobierno:

“Confiesan los periódicos ministeriales que el primer caso de cólera se presentó en Madrid el 3 de agosto. Pues bien: el 11 o 12 de octubre se estableció el hospital de Chamberí, entrando a la vez enfermos y albañiles. La Casa de Socorro del Paseo de la Habana se estableció tres o cuatro días después, y la de las afueras de Alcalá en la semana actual; he aquí toda la previsión de la autoridad. He aquí todo lo que ha hecho el gobierno.

Todo no: falta añadir la publicación de la hoja del alcalde-corregidor dando consejos higiénicos a los vecinos de Madrid el día 20 de Octubre de 1865, Por cierto que en esta oportuna e interesante hoja se recomienda a los pobres que coman pollos y jamón y que vivan en habitaciones sanas y ventiladas.

¿Lástima que con esa hoja no se hayan repartido los bonos al efecto para que los pobres comprasen el jamón y los pollos! Nosotros, sin hoja ninguna, hemos hecho lo conveniente, hemos repartido alimentos sanos y nutritivos, y seguimos repartiéndolos, y es muy posible que hasta demos habitaciones a los pobres. ¿Estamos?”¹⁷

Las duras críticas de *La Iberia* no eran sólo un producto de la puntillosa pluma de un periodista sino el intento de aprovechar un cierto momento de debilidad de los moderados en el poder para asestar un golpe desde el progresismo, aspirante algún día a sustituirlos. Obviamente, en la asistencia a los enfermos en la epidemia, el sistema de beneficencia había fallado y dado muestras de colapso en su nueva organización, pero por el otro lado, cabía reconocer, que en medio de la lucha política había habido barrios que podían sentirse privilegiados. Sin duda el que más, Chamberí, que había contado para luchar contra la temible enfermedad con los medios puestos por el ayuntamiento en forma de sucursal de casa de socorro y por el otro, con el espíritu caritativo de los progresistas en la oposición, de los cuales un grupo activo se había organizado en el arrabal. En Chamberí no llovieron pollos y jamones pero sí lo hicieron los bonos de medicamentos, de garbanzos, de carbón, de la misma manera que lo hacían cuando la junta parroquial se encargaba de la Beneficencia y recibía una limosna de la reina en navidad.

En otros lugares las cosas fueron muy distintas, y especialmente en Vallehermoso, que no fue objeto de preocupación en las páginas de los diarios y ni mucho menos de reparto, no ya de pollos y jamones, sino de garbanzos y medicinas. La abundancia de medios con los que contó el barrio de Chamberí para afrontar el cólera morbo de 1865 contrastaba con la escasez de los de la barriada de Vallehermoso. La hiperactividad de las elites del arrabal de los alrededores de la iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel tenía su negativo en la nula iniciativa de los vecinos más poderosos de la zona de las afueras que se desarrollaba a la sombra de los cementerios y del Asilo de San Bernardino. Las diferencias ante la grave epidemia y las desigualdades de acceso a los recursos para combatirla expresaban claramente las distintas formas en que un espacio y otro se habían integrado en la ciudad de Madrid.

Por un lado un barrio, el de Chamberí, que a pesar de haber surgido al margen del planeamiento oficial de la capital, había logrado integrarse en la administración de la ciudad. A pesar de sus carencias como espacio urbano y su posición marginal respecto a Madrid de la que aún le separaba una tapia, los vecinos de Chamberí habían logrado crear una red de relaciones que integraba al conjunto de habitantes, desde el más acomodado hasta la masa humilde de familias trabajadoras. También habían logrado que uno de los miembros de la comunidad se alzara como representante en el gobierno

¹⁷ *La Iberia*, 22 de Octubre de 1865.

municipal; el famoso Livinio Stuyck, director de la Real Fábrica, que desde el puesto de visitador de pobre había llegado al cargo de concejal de distrito. Y lo que era más importante, ahora que el Ayuntamiento se mostraba ineficiente, o al menos no tan capaz de afrontar los problemas de la vida urbana, había atraído la mirada de la oposición política, que hacía de Chamberí uno de sus campos de batalla en la guerra entre progresistas y moderados por el poder del municipio madrileño y del gobierno de la nación. En ello influía poderosamente la iniciativa de los propios vecinos de Chamberí, que a través de su círculo liberal progresista habían mostrado que formaban parte de los núcleos de organización de la oposición política en la capital de España.

Por el otro la olvidada barriada de Vallehermoso, que era apenas un conjunto de casas en medio del páramo de las afueras norte que habían quedado bajo administración del distrito de Universidad. En los territorios dependientes de este distrito residía algún que otro vecino ilustre, como los industriales Sanford o Grouselle, que bien podrían haber cumplido el mismo papel que desempeñaban Arango, Stuyck o los progresistas en el arrabal de Chamberí. Sin embargo vivían apartados de las familias humildes de Vallehermoso; establecidos en los márgenes de aquella zona, en la Carretera Mala de Francia, vivían mirando hacia la parroquia del vecino Chamberí o hacia el casco antiguo de la ciudad y daban la espalda a sus convecinos. De hecho, no dudaron en aportar su granito de arena para la caja de los amigos de los pobres de Chamberí, y como donantes de algún dinero aparecieron en las páginas de *La Iberia* pero, en cambio, no lo hicieron para ayudar a las gentes que tenían más cerca. En la dura crisis del cólera en el otoño de 1865, no hubo mención alguna a Vallehermoso, a sus pobres y los pollos y jamones que necesitaban, sino sólo silencio; ni moderados ni progresistas se preocuparon por ellos, porque ningún notable de los que participaban en política, de los que se jugaban algo en la pugna por el poder, vivía más allá de los siniestros cementerios de la Carretera Mala de Francia. Mientras Chamberí, por unos días, se situaba en el centro del duelo político, Vallehermoso se quedaba en el margen, olvidado como había estado siempre a la sombra del asilo y de los camposantos. En Vallehermoso los habitantes habían sido abandonados, apenas tenían un contacto con el interior de la ciudad que paliara algunos de los problemas que aquejaban a sus habitantes. El hecho de que los vecinos de aquella barriada no tuvieran canales de expresión política ni representantes que al menos indirectamente y de forma superficial hicieran valer sus necesidades ante el consistorio, no quería decir que no existiera voz política en aquel barrio. Sólo que permanecía acallada por la forma en que estaba estructurado el poder. Pero la voz de Vallehermoso podía aflorar cualquier día, cuando las reglas cambiasen, como cuando se llegaron los vientos revolucionarios de septiembre de 1868.

El bautismo democrático del pueblo madrileño: las elecciones municipales de diciembre de 1868 en Vallehermoso.

La Revolución de 1868 proporcionó a la ciudad de Madrid el impulso que necesitaba para abordar definitivamente su transformación social y urbanística. Hacía tiempo ya que se daban las condiciones para sustituir el viejo Madrid por uno nuevo. El aumento de población había forzado desde principios de la década de 1850 la extensión de la capital más allá de sus viejas tapias y habían surgido espontáneos arrabales como los de Chamberí, Vallehermoso y Peñuelas. El desarrollo de ese crecimiento oculto de la capital, al margen de la ley y de la iniciativa de las autoridades, había contribuido a que el Gobierno se decidiera a tomar las riendas del asunto y se formara aquel proyecto de ciudad ideal diseñado en el Ensanche de Castro de 1860. Pero las riendas no estaban

sujetas por una mano firme ni demasiado decidida; como se pudo ver entre 1860 y 1868, existían demasiados titubeos y el proyecto se embarrancó en un marasmo de problemas financieros y administrativos¹⁸.

La propuesta del Nuevo Madrid acabó generando descontento entre sus vecinos, que derivó en iniciativas políticas de oposición a los planes de Ensanche del Gobierno. A pesar de que el Ayuntamiento no se sustrajo a los esfuerzos de los gobiernos de los últimos años de la monarquía isabelina por controlar todos los ámbitos del poder a través de la “influencia moral” y el caciquismo electoral, durante aquellos años de indecisión en la puesta en marcha del Ensanche, se produjo un cierto divorcio entre el consistorio madrileño y el Gobierno Central. El asunto en que la divergencia se hizo más visible fue la controversia sobre la integración del arrabal de Chamberí en el plano de Ensanche; dos campos opuestos se dibujaron: el gobierno defendía el plano de Castro que arrasaba el arrabal y el Ayuntamiento se resistía a derribarlo. A pesar de que el enfrentamiento se esbozó, la sangre no llegó al río. El Ayuntamiento podía ponerse de parte de sus vecinos pero era incapaz de hacer frente, y mucho menos de ganar, al Gobierno Central en una disputa. Era el problema de unas instituciones escasamente representativas, en que los alcaldes eran nombrados a dedo y la elección de los concejales estaba muy controlada por el Gobierno. Por toda solución se produjo un estancamiento de la situación entre 1860 y 1868, que generó incertidumbre sobre los propietarios de suelo, protestas en los dueños de inmuebles y en última instancia, la paralización del desarrollo de aquellos barrios extramuros que hasta entonces habían experimentado un crecimiento notable.

El estancamiento se debió en buena medida a que los miembros del Ayuntamiento, si bien eran capaces de ofrecer una resistencia pasiva al Gobierno en asuntos como el de Chamberí, no tenían tanta fuerza como para ir más allá. De hecho la solución tuvo que esperar hasta el derrumbe definitivo de los gobiernos de inspiración monárquica y la aparición de un consistorio en la capital, profunda y radicalmente renovado en el personal político que lo integraba¹⁹. El otoño de 1868 fue el momento clave en que se conjugaron las fuerzas necesarias para que el nuevo Madrid naciera. La huida de la reina y de su personal político y el surgimiento de un nuevo Ayuntamiento nacido de las urnas revolucionarias hicieron posible la toma de decisiones que habían sido relegadas hasta el momento. Las primeras decisiones del Ayuntamiento revolucionario, encabezado por el alcalde Nicolás María Rivero y animado

¹⁸ Existen pocos acercamientos recientes al sexenio democrático que se fijan en la evolución particular de Madrid como ciudad en sí y no sólo como escenario de los grandes acontecimientos de carácter nacional, en su condición de capital del Estado; por supuesto hay que partir de las páginas dedicadas al sexenio por BAHAMONDE MAGRO, Ángel, y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 60-94 y las referencias en el capítulo de ESPADAS BURGOS, Manuel: *Evolución política de Madrid en el siglo XIX* en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense, 1993, pág. 462 y ss. Existen algunas breves aproximaciones como: ESPADAS BURGOS, Manuel: *Madrid, de la revolución a la restauración (1868-1874)*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid - Instituto de Estudios Madrileños del CSIC, 1981. Los republicanos son sin duda los que más y mejor atención han recibido en la tesis de PÉREZ ROLDÁN, María del Carmen: *Bases sociales del republicanismo madrileño (1868-1874)*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid – Departamento de Historia Contemporánea, 1998 y en su publicación posterior *El Partido Republicano Federal: 1868-1874*, Madrid, Endymion, 2001. Aquí se citará la tesis doctoral.

¹⁹ La importancia de la revolución para el impulso definitivo del Ensanche en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

sustancialmente por Ángel Fernández de los Ríos²⁰, dieron la talla de hasta qué punto estaban dispuestos a romper con el pasado y a abrazar el futuro. Se derribaron las tapias de la ciudad, integrando definitivamente los nuevos barrios en Madrid. Se destituyó a Castro del cargo de jefe de las obras del Ensanche, poniendo fin a la controversia de Chamberí y las viejas construcciones del arrabal fueron definitivamente conservadas. Se impulsaron las obras públicas, como una medida para afrontar el paro jornalero pero también como muestra del deseo del Ayuntamiento de tomar la iniciativa en la construcción de los nuevos barrios, hasta entonces dejada al capricho de los intereses particulares.

La fuerza del cambio de rumbo del Ayuntamiento no sólo se debía al carácter decidido y al carisma de los nuevos concejales que lo integraban. En su actuación también influía poderosamente la legitimidad que los respaldaba en sus cargos; era el primer ayuntamiento que surgía de unas elecciones democráticas, celebradas con sufragio universal masculino, era el primer ayuntamiento en que los habitantes de la capital en su conjunto (con la marginación incuestionada de las mujeres) elegían a sus representantes. Nunca antes se habían elevado los intereses y las preocupaciones de los vecinos madrileños hasta el gobierno municipal con tan pocas restricciones o filtros, y eso había de notarse tanto en los acuerdos municipales que se tomaron como en las personas que integraron el consistorio y fueron artífices del nuevo Madrid que surgió a partir de ese momento.

Las elecciones municipales celebradas entre el 18 y el 21 de diciembre de 1868 fueron fundamentales por muchos más motivos que las meras consecuencias que tuvieron en la gestión política de la ciudad. Alcanzan el rango de acontecimiento histórico porque fueron las primeras en que se aplicó el sufragio universal masculino, porque nunca antes se había producido una liza en la que concurrieran tantos votantes y de estratos sociales tan diversos²¹. No existían precedentes en las prácticas políticas y en las estrategias electorales que orientaran cómo abordar tal lucha en las urnas. Los que se disputaban un acta de concejal se enfrentaban, en ese sentido, a un territorio desconocido en el que se abría una puerta hacia la incertidumbre. Al mismo tiempo, ese carácter abierto de los comicios, la extensión del derecho al sufragio y de la presentación de candidaturas, convertía a aquella cita electoral en una ocasión para que irrumpieran en la vida política nuevos actores a los que el sistema parlamentario extremadamente selectivo de tiempos de Isabel II había denegado la entrada. Estaba por comprobar si, en la formación de las instituciones representativas del nuevo régimen, el protagonismo seguiría en las manos de las mismas elites que durante años habían controlado los procesos electorales. Si distrito a distrito y barrio a barrio, los representantes de los vecinos de Madrid seguirían siendo los mismos, si se producían cambios en las correas de transmisión entre el poder central del Ayuntamiento y los

²⁰ Los nuevos proyectos y actitudes de los concejales en el desarrollo urbanístico pueden estudiarse a partir del testimonio del propio Fernández de los Ríos; para las nuevas ideas en el desarrollo de la ciudad FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *El futuro Madrid*, Barcelona, Los Libros de la Frontera, 1975; en su *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*. La Madrid, La Librería, 2002 (facsimil de la edición de 1876), se explican muchos de las iniciativas políticas que impulsó el nuevo Ayuntamiento y que marcaron un punto de inflexión con la política isabelina, como el derribo de las tapias o la creación del Parque de Madrid a partir de la Real Posesión de El Retiro.

²¹ En sentido estricto, no fueron las primeras elecciones celebradas por sufragio universal en Madrid; ya antes se habían producido las elecciones a la Junta Superior Revolucionaria el 1 de Octubre de 1868; pero la precipitación y la escasa preparación con que se realizaron esos comicios, las alejan de la condición de consulta verdaderamente democrática para ser casi un plebiscito por parte de los revolucionarios provisionalmente en el poder, como se verá. DE LA FUENTE MONGE, Gregorio: *Los revolucionarios de 1868. Elites y poder en la España liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2000.

notables que a través de las elecciones y de la multitud de pequeños cargos de confianza como el de alcalde barrio o visitador de pobre, ponían en contacto al consistorio con la población que administraban.

Antes de las elecciones municipales, el único referente de las inclinaciones de la voluntad popular, era el resultado que había arrojado la votación a la junta superior Revolucionaria de Madrid. La elección de la junta de Madrid, celebrada el 1 de octubre, cuando los rescoldos de la revolución aún estaban calientes, se había hecho de forma apresurada. Aunque aquellos comicios se organizaron cumpliendo con el principio revolucionario irrenunciable del sufragio universal masculino, aún no se había promulgado ninguna ley que regulara el voto. Tampoco hubo tiempo para que realmente se estableciera un debate político; como en el resto de España, las elecciones a juntas en Madrid sirvieron para confirmar a los actores que se habían puesto al frente de la revolución, pues los elegidos a la junta revolucionaria, lo fueron más por su prestigio revolucionario que por el resultado de un debate de ideas. Se alzaron con el puesto en el gobierno provisional de la ciudad en gran parte porque habían sabido estar en el sitio preciso en el momento adecuado y porque habían encabezado el movimiento revolucionario en el momento que se desencadenó²².

En cada distrito se celebraron elecciones en las que se eligieron miembros *propietarios* (o titulares) y *suplentes*; cada figura con cierta importancia en la coalición que había expulsado a la reina Isabel del poder obtuvo su puesto en la junta. Para ello se apoyaron en sus correligionarios; las principales figuras de la revolución, acudieron a los clubs y círculos políticos que habían permanecido activos en los últimos tiempos de la monarquía isabelina y consiguieron auparse a la Junta Superior Revolucionaria. No lo tuvieron difícil y, prácticamente, aquel gobierno provisional de Madrid se confeccionó a la medida de los revolucionarios. Aquellas primeras elecciones por sufragio universal, las de la junta revolucionaria del 1 de octubre, se producían tras años de silencio político, en el que la oposición a los moderados de Isabel II se había tenido que organizar en la clandestinidad, hasta que la victoria de Serrano en Alcolea había traído de nuevo los aires de libertad a la capital. Tan sólo habían pasado tres días de la Revolución y sólo los más organizados pudieron afrontar con ciertas garantías de éxito la presentación de una candidatura.

El distrito de Hospicio, al que pertenecía el arrabal de Chamberí, lo mostró a las claras. En aquella zona de Madrid se radicaban algunos de los centros progresistas más activos en los años previos a la revolución; entre ellos aquella agrupación que se volcó en la ayuda a los pobres de Chamberí en los momentos más crudos de la invasión de cólera de 1865. Cuando aquellos opositores del partido progresista, que tanto habían

²² En Madrid se había formado con el triunfo de la Revolución el 29 de Septiembre, una junta provisional, con 46 vocales, integrada en su mayoría por los miembros de las juntas revolucionarias clandestinas, círculos y clubs que habían conspirado por la monarquía. Esta Junta, presidida por Pascual Madoz y en la que quedaron integrados demócratas como Nicolás María Rivero, republicanos como Estanislao Figueras, progresistas y unionistas, fue resultado de los pactos entre los distintos conspiradores, realizados en domicilios particulares. Una vez formada la junta se presentó en el Ayuntamiento y buscó su legitimación democrática en la aclamación popular, en los vítores de los ciudadanos congregados ante el consistorio, pero sin votación alguna. Más tarde como en el resto de España, esta junta provisional convocó elecciones por sufragio universal que se celebraron el 5 de octubre, sin que mediara una semana para elaborar censos, proponer candidaturas o que se generara un debate político. La nueva junta electa, contó con 30 vocales, de los que 11 pertenecían a la junta provisional; el resto de los puestos los ocuparon muchos de los líderes revolucionarios, que por estar en el exilio o conspirando en otros lugares, no habían podido estar en la capital el día del levantamiento y de la formación de la junta provisional. Para un estudio de la formación de ambas juntas y de la continuidad de su personal político en Madrid y el resto de España. DE LA FUENTE MONGE, Gregorio: *Los revolucionarios de 1868. Elites y poder en la España liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2000, especialmente pp. 81-92 y 120-142.

publicitado sus acciones benéficas a través de las páginas de *La Iberia*, acudieron a los habitantes del distrito para que apoyaran su candidatura a la Junta Superior Revolucionaria, les fue devuelto el favor. El distrito de Hospicio decidió auparlos al poder. Como propietario (titular) a la Junta, fue elegido Práxedes Mateo Sagasta, jefe del progresismo madrileño, junto a José Simón y Nicolás Soto; como suplentes, resultaron electos Carlos Massa Sanguinetti, que era redactor de *La Iberia* y uno de los protagonistas de la movilización progresista de Chamberí, también fue elegido su correligionario José Abascal. El grupo lo completaba José Fernández González²³.

En la zona de Vallehermoso no se conocía que hubiera habido una agitación y una actividad de oposición a Isabel II de importancia antes de la batalla de Alcolea; no había sido objeto de tanto interés como el arrabal de Chamberí y tampoco había visto surgir círculo o club político demasiado activo. Sin embargo, las elites del barrio no dejaron pasar la oportunidad de presentarse ante sus vecinos como líderes de la revolución y también se celebraron elecciones a la Junta Superior Revolucionaria. El 3 de octubre de 1868, los periódicos publicaban los nombres de los representantes por un distrito electoral improvisado con todos los terrenos de las afueras del distrito de Universidad: los barrios de Pozas, Argüelles y Vallehermoso²⁴. Los ganadores de las elecciones mostraban un perfil ligeramente diferente a los del Hospicio. Había un monárquico liberal, Gregorio de las Pozas, miembro de la coalición revolucionaria que había destronado a Isabel II y que, como Sagasta en el distrito de Hospicio, había ido a aquellos barrios a buscar el apoyo que lo elevara a la Junta Revolucionaria. El resto no eran revolucionarios excesivamente destacados o conocidos. Junto a Gregorio de las Pozas fueron elegidos como propietarios (o titulares), el arquitecto Agustín Ortiz de Villajos y Ángel Pozas, que había construido gran parte de los barrios populares de aquella zona de la ciudad²⁵. Como suplentes aparecían tres anónimos (políticamente hablando) vecinos de la zona: Darío Regoyos, José Castro Cano y Calixto de la Torre²⁶.

²³ Los resultados proceden de *La Iberia*, 3 de octubre de 1868. Nicolás Soto finalmente no pasó a formar parte de la Junta Superior Revolucionaria y fue sustituido en su puesto por Carlos Massa Sanguinetti.

²⁴ Hasta entonces, todas las elecciones para el gobierno del municipio de Madrid (y en parte las elecciones a junta lo eran) se habían organizado siguiendo la división en diez distritos administrativos de las ciudad; así se había hecho en 1866. En este sentido, la aparición de un distrito electoral organizado en torno a los barrios de Pozas, Argüelles y Vallehermoso resultaba una innovación, quizá surgida de la improvisación revolucionaria y que debió ser rápidamente rectificada; también representa una muestra de las irregularidades y contradicciones de aquel proceso electoral precipitado e improvisado.

²⁵ Su promoción más conocida era la del Barrio de Pozas, situado en la esquina sudeste entre la calle Alberto Aguilera actual y la de la Princesa y que estaba compuesto por un caserío pobre destinado a familias jornaleras y artesanas. Asimismo era propietario de grandes parcelas de terreno en la zona de Ensanche, particularmente las situadas junto a las tapias de la ciudad por el norte, lindando con la actual calle Alberto Aguilera. El papel de Pozas en la urbanización del noroeste Madrileño en RUIZ PALOMEQUE, María Eulalia: "Argüelles", en *Madrid*, Madrid, Espasa Calpe, nº86, 21-5-1980, RODRÍGUEZ CHUMILLAS, Isabel: "Un desarrollo tardío del Ensanche Norte: el sector occidental del distrito de Chamberí" en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Madrid, CSIC, tomo XXIV, 1987, pp. 499-513. RUIZ PALOMEQUE, María Eulalia: "Desarrollo urbano de la zona Argüelles Chamberí" en VV.AA.: *Establecimientos tradicionales madrileños. 5. El Ensanche: Argüelles y Chamberí*. Madrid, Cámara de Comercio e Industria, 1985. pp. 29-52. y CANOSA ZAMORA, Elia: "La periferia Norte de Madrid en el siglo XIX: cementerios y barriadas obreras", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, CSIC, Tomo XXIV, 1987, pp. 515-533. Por su parte, Agustín Ortiz de Villajos, famoso arquitecto madrileño por aquel entonces, concurría como uno de los residentes del barrio de Argüelles y lo que es más importante, como uno de los más interesados en su construcción, donde había firmado numerosos proyectos de viviendas. Darío Regoyos, que aparecía como uno de los suplentes, era también vecino de la zona y probablemente especulador y promotor de suelo; DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pág. 289 y ss.

²⁶ Los resultados en *La Iberia*, 3 de octubre de 1868.

Lo que sucedió con los candidatos de aquel nuevo distrito es la mejor prueba de que aquellas elecciones tan tempranas a la Junta Superior revolucionaria de Madrid eran sólo un intento de los revolucionarios en la intención de buscar una cierta legitimación del pueblo. La decisión de los votantes de Vallehermoso, Pozas y Argüelles sólo se tuvo parcialmente en cuenta finalmente; la creación de un distrito electoral con aquellas barriadas había sido precipitada por las prisas revolucionarias. Al final se volvió a la vieja organización en diez distritos de la capital y los resultados de las afueras se asimilaron a los del distrito de Universidad; de los tres elegidos por las afueras, finalmente sólo formó parte de aquel gobierno provisional don Gregorio de las Pozas²⁷.

Las elecciones a la Junta Superior Revolucionaria, por su precipitación e improvisación, apenas unos días después del triunfo de la revolución, no podían ser consideradas como un verdadero examen de hacia donde se inclinaba la voluntad popular. Por mucho que se hubiera impuesto el sufragio universal masculino, en realidad ganaron los únicos que podían concurrir: los revolucionarios que acababan de hacerse con el poder. El voto que recibieron fue debido a la celebridad que habían conseguido con la expulsión de Isabel II pero no por un apoyo expreso a ningún proyecto político; el 1 de Octubre todavía no existían fisuras ni grietas en las variopintas fuerzas políticas que habían inspirado la gloriosa revolución. El respeto al pacto de Ostende y el fervor del triunfo, provocaba en aquellos días que unionistas, demócratas, progresistas e incluso republicanos apartaran sus diferencias sobre si el nuevo régimen había de ser monarquía o república en favor de la expresión de los gritos de júbilo que les unía: los vivos al sufragio universal masculino, a la nación, los abajos a los borbones y a lo existente. Las elecciones municipales de diciembre de 1868 eran otra cosa; ya había pasado el suficiente tiempo como para que pudieran representar un verdadero examen de la inclinación política de los madrileños.

En términos generales, los resultados de las elecciones municipales de diciembre de 1868 en Madrid, no supusieron un sobresalto en la dinámica revolucionaria iniciada en septiembre. Los concejales elegidos suponían una renovación profunda del personal político que se situaba al frente de la gestión municipal, pero sus inclinaciones políticas se encontraban en sintonía con la del gobierno provisional, por aquel entonces aún orientado por la coalición de unionistas, progresistas y demócratas²⁸. La adscripción de cada político en uno u otro partido resulta siempre provisional en un tiempo, el de la revolución de 1868, en que los distintos bandos políticos presentaban porosidades, pero pareció existir un cierto consenso en que las elecciones habían sido abrumadoramente ganadas en la capital por las candidaturas monárquico-liberales. En los comicios se elegían 47 concejalías, cinco por cada distrito de Madrid salvo en los de Audiencia, Congreso y Universidad, en los que sólo se elegían cuatro; los republicanos sólo

²⁷ Agustín Ortiz de Villajos y Ángel de las Pozas no figuran en la composición de la Junta Superior Revolucionaria hecha pública por la Gaceta de Madrid en aquellos días; resulta difícil identificar quiénes fueron los otros elegidos por el distrito de la Universidad además de Gregorio de las Pozas. En el Archivo de Villa de Madrid no se conservan actas de la elección a la Junta Superior Revolucionaria, que probablemente fue demasiado improvisada como para dejar rastro.

²⁸ Es necesario subrayar la continuidad del personal político en la secuencia de instituciones que gobernaron Madrid desde la revolución hasta la creación de la Alcaldía Popular por sufragio Universal a finales de Diciembre. Primero fue la Junta provisional revolucionaria de 46 vocales; 11 de esos vocales pasaron a la Junta Superior Revolucionaria, que cesó en sus funciones cuando se creó el gobierno provisional de la nación dirigido por Serrano. Este gobierno es el que nombró en octubre el Ayuntamiento provisional, al frente del que se situó Rivero y que en gran medida fue confirmado por las elecciones de Diciembre. La presencia y el liderazgo de Nicolás María Rivero en todas las instituciones es quizá la mejor muestra de tal continuidad.

obtuvieron cinco concejales en dos distritos: cuatro por el distrito de Hospital (Diego López Santiso, Estanislao Figueras, Patricio Lozano y Pedro Pallarés) y otro por el distrito de Inclusa (Camilo Laorga)²⁹.

La victoria de los republicanos en la zona sur de la ciudad y sus buenos resultados en otros distritos que también tenían una importante población artesana y jornalera, como los de Centro y Universidad, parecían previsibles. Las gentes del sur de Madrid, de Lavapiés y los entornos de El Rastro se habían destacado especialmente en las jornadas revolucionarias y parecía probable que entre ellos cundieran con más fuerza las propuestas políticas más radicales. El resto de la ciudad se mantenía más o menos cercana a la opción política cuya cabeza visible seguía siendo Prim y que tenía en Madrid como figura señera a Nicolás María Rivero, hasta hacía bien poco vicepresidente de la Junta Superior Revolucionaria y que, posteriormente, había estado al frente del gobierno municipal provisional. Por lo demás, la revolución no había hecho más que comenzar y no existían demasiadas divergencias en cuanto a política municipal entre las diversas fuerzas que habían colaborado en el derrocamiento de Isabel II. A comienzos de diciembre de 1868, republicanos y monárquicos podían enfrentarse sobre la forma de gobierno que se había de dar al país, y entre los distintos monárquicos y liberales podían disputar si era más conveniente traer como nuevo rey de España al Duque de Montpensier o a otro candidato, pero en lo que atañía a las políticas del Ayuntamiento apenas había controversia.

Lo que habían de hacer los responsables del Ayuntamiento estaba claro y generaba cierta unanimidad entre las distintas sensibilidades revolucionarias. El programa político había sido expresado en sus líneas generales por el alcalde provisional, Nicolás María Rivero, en su primera alocución a los madrileños:

*“será el primer cuidado del nuevo Ayuntamiento atender a las necesidades más urgentes de la vida social, momentáneamente turbada en su curso ordinario: dar organización a la fuerza popular, actividad a la industria, regularidad al comercio, trabajo al proletario, socorro al indigente, libertad, orden y seguridad a todos.”*³⁰

Se trataba, por lo tanto, de normalizar la situación y, sólo más tarde, “*tras esta primera tarea*”, llegaría el momento de abordar nuevas empresas, “*grandes mejoras materiales, que, haciendo a Madrid digna capital de una gran nación, sean para el futuro recuerdo permanente y vivo de la Revolución de Septiembre*”. Pero ya se vería de qué forma abordar ese gran proyecto de transformación de la capital; por el momento bastaba con que los revolucionarios se hicieran con las riendas de la ciudad, y probablemente el más indicado para ello era el carismático Nicolás María Rivero.

²⁹ El análisis de los resultados republicanos en estas elecciones en PÉREZ ROLDÁN, María del Carmen: *Bases sociales del republicanismo madrileño (1868-1874)*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid – Departamento de Historia Contemporánea, 1998, pp. 380-383. En la elección de los concejales republicanos también debió influir su condición de miembros de las juntas revolucionarias; Estanislao Figueras formó parte de la Junta provisional y Camilo Laorga de la Junta Superior.

³⁰ *Alocución del señor Alcalde popular de Madrid, Nicolás María Rivero, dada el 11 de Octubre de 1868*, AVM, Secretaría, 4-406-21, recogida en LÓPEZ-CORDÓN, María Victoria: *La Revolución de 1868 y la I República*, Madrid, Siglo XXI, 1976, pp. 105-106.

Tabla 6.5: Elecciones municipales de 1868; resultados por distritos					
Distritos	Nº de electores	Nº de votantes	participación	% voto republicano	Concejales elegidos
Palacio	7.149	2.945	41,19	12,00	Baltasar Gemne y Fuentes, Manuel López Silva, José Cerdeias, Manuel Soriano y Asmero, Francisco Díez Zorita
Universidad	8.384	3.596	42,89	25,50	José Rodríguez Villabrille, Gregorio de las Pozas (jsr), Antonio Valles (jpr), Ruperto Fernández de las Cuevas (jpr)
Centro	6.153	2.816	45,77	28,50	Simón Pérez, Julián Iruela, Félix Borrel, Francisco Martínez Brau, Santiago Ortega Calamero
Hospicio	6.889	2.951	42,84	no hay datos	Manuel María José de Galdo, José Abascal y Carredano (jpr), Juan Balín y Pallo, José Mengíbar, Nicolás María Rivero (jpr y jsr)
Buenavista	6.499	2.753	42,36	5,50	Ángel Fernández de los Ríos, Santiago Olózaga, Casimiro Gil, José García Cachena, Felipe Ibarra
Congreso	6.976	3.451	49,47	13,50	Nicolás María Rivero (jpr y jsr), José, Luis Alvareda, Fernando Hidalgo Saavedra (jsr), Fernando Jaqueto
Hospital	7.831	3.221	41,13	28,50	Julián Viñas, Diego López Santiso, Estanislao Figueras (jpr), Patricio Lozano, Pedro Pallares
Inclusa	8.396	2.897	34,50	33,50	Joaquín Fernández Albert (jsr), Manuel Bravo, Camilo Laorga (jsr), Román Ortiz, Leandro Marichalar
Latina	9.140	3.455	37,80	22,50	Eduardo Gasset y Artime, Manuel Prieto y Prieto, Alfonso Sánchez Talavera, Julián Sevilla
Audiencia	6.974	3.493	50,09	10,00	Manuel Becerra (jsr), Francisco García Martínez, Vicente Tabernilla, Juan Manuel Ranero
Total	74.391	31.578	42,45		

(Jpr) indica la pertenencia a la junta provisional revolucionaria y (jsr) indica la pertenencia a la Junta Superior Revolucionaria. Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría 10-36-42 y PÉREZ ROLDÁN, María del Carmen: *Bases sociales del republicanismo madrileño (1868-1874)*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid – Departamento de Historia Contemporánea, 1998, pág. 383.

La figura de Rivero fue apenas cuestionada antes de las elecciones municipales que habían de confirmar su cargo de alcalde provisional para convertirle en alcalde electo por el pueblo. En ese sentido, las elecciones municipales fueron afrontadas por unas y otras fuerzas políticas, más para mostrar que había un claro apoyo popular a los revolucionarios de septiembre en su conjunto que a una de las facciones que lo habían integrado. Se trataba de hacer visible que el pueblo de Madrid estaba más con la proclama de llevar *abajo lo existente* que con forjar un proyecto político concreto y determinado, por otra parte aún no definido ni por progresistas, ni por demócratas ni por unionistas. Los periódicos republicanos y muy especialmente *La Igualdad*, se limitaron a animar a los ciudadanos a que acudieran a las urnas y apenas dieron apoyo en sus páginas a las candidaturas republicanas de los distintos distritos de la ciudad. Lo normal en unos comicios era publicar en las primeras páginas los nombres de los candidatos

que cada periódico apoyaba, pero en esta ocasión prácticamente ningún periódico lo hizo³¹.

Los republicanos no fueron los únicos que concurrieron a las elecciones municipales de 1868 con cierta desorganización e improvisación; la situación fue común a los progresistas y demócratas e incluso a los pocos moderados y carlistas que se atrevieron a participar. Había barrios y zonas de la ciudad donde los distintos partidos políticos podían hacer cálculos de sus resultados y de sus posibilidades. Por ejemplo, los progresistas sabían que en Chamberí contaban con ese activo núcleo de correligionarios para hacer salir electos a sus candidatos. Contaban con una red tupida de simpatizantes, organizados en torno al círculo progresista del barrio, que podían ponerse a trabajar y hacer campaña por su candidato. Poco antes de la celebración de las elecciones, aquel grupo de progresistas de Chamberí se reunieron y decidieron que su candidato para la concejalía había de ser José Abascal Corrales, experimentado político que ya había ocupado ese puesto en tiempos de Isabel II. Al comité central del partido y a Sagasta les pareció una buena idea, y decidieron que el nombre de Abascal fuera incluido en la candidatura que iban a presentar por Hospicio junto a unionistas y demócratas y que completaban Mengibar, Balín, Galdo y Rivero. Cuando llegaron los días de la votación, los progresistas de Chamberí se pusieron manos a la obra y sintiéndose representados en aquella candidatura, hicieron todo lo posible para que saliera elegida.

En cambio, en otros barrios, en los que no se habían constituido círculos ni clubs políticos demócratas o progresistas, las ideas y el prestigio de estos políticos apenas había circulado. En ese sentido, las elecciones eran una prueba, un análisis que podía sacar a la luz las distintas fuerzas sociales con las que podía contar cada agrupación política en cada barrio. Esto fue especialmente claro en la zona norte del Ensanche dependiente del distrito de Universidad, las afueras que ya comenzaban a conocerse por el nombre de la barriada de Vallehermoso. En tiempos de Isabel II, los vecinos de esta zona apenas llegaban a una docena, y resultaban insignificantes en su comportamiento político dentro del distrito del que dependían y en el que el cuerpo electoral superaba el millar de electores. Las altas exigencias censitarias del sufragio en tiempos de la monarquía de Isabel II excluían a los habitantes de un arrabal pobre, en que la mayoría de los habitantes eran jornaleros. Los propietarios y rentistas de la zona, los posibles electores, se podían contar con los dedos de las manos. En 1868 todo cambió; para participar en las elecciones había que ser varón, tener más de 25 años y llevar residiendo más de dos en la capital. La nueva ley electoral sacó de la insignificancia política a aquella zona de la ciudad y la convirtió en la sección electoral más importante del distrito de Universidad.

La misma división de los distritos en secciones electorales resultaba una novedad en la organización de los comicios. En la década anterior, en tiempos de Isabel II, el número de electores por distrito era tan reducido, que bastaba con establecer una mesa electoral por distrito. En las últimas elecciones municipales celebradas, las de

³¹ Una actitud que no fue exclusiva de los republicanos; más sorprendente es el caso de *El Imparcial*, cuyo director, Eduardo Gasset y Artime se presentaba como candidato por el distrito de Latina y que no aprovechó en ningún momento las páginas de su diario para recordárselo a sus lectores; simplemente se limitó a congratularse de su triunfo una vez finalizados los comicios. Véase *El imparcial*, 22 de Diciembre de 1868. *La igualdad*, por su parte, se limitó a señalar los candidatos republicanos de los distritos de Audiencia y Palacio, sin dejar rastro ni testimonio de quiénes eran los demás aspirantes republicanos a concejales en el resto de la ciudad. En esos días prefirieron dedicar el escaso y valioso espacio de las cuatro páginas del diario a relatar pormenorizadamente los graves sucesos acaecidos en Cádiz para azuzarlos contra los monárquicos, al tiempo que criticaban las intenciones de traer un monarca del extranjero que sustituyera a Isabel II.

1866, el distrito de Universidad, por ejemplo, contaba sólo con 1.359 electores³²; el sufragio universal masculino amplió el número de electores hasta casi los 10.000. Por otro lado, el ánimo descentralizador de los revolucionarios y su espíritu democrático, también contribuyeron a la nueva organización de los comicios, que se hacía más próxima a los ciudadanos.

Tabla 6.6: Resultados electorales del distrito Universidad en 1868, por secciones electorales				
sección electoral	censo electoral*	votos	Participación	% sobre el total del distrito
Campo de Guardias	no se indica ³³	568	----	15,85
Dos de mayo	1088	500	45,96	13,95
Daoiz	437	209	47,83	5,83
Corredera	999	400	40,04	11,16
Colón	632	277	43,83	7,73
Rubio	1022	488	47,75	13,62
Escorial	953	396	41,55	11,05
Estrella	787	284	36,08	7,92
Pizarro	576	241	41,84	6,72
Pez	524	221	42,18	6,17
total votos		3584		100,00

Elaboración propia a partir de; AVM, Secretaría 4-445-1

Vallehermoso, la zona de Ensanche dependiente del distrito de Universidad constituyó una sección electoral propia, que pasó a denominarse como Campo de Guardias. Lo hacía con sobrados derechos, porque en aquella zona había más habitantes que en cualquiera de los barrios del casco antiguo.³⁴ Pero más que el número de electores, lo importante de la sección electoral del Campo de Guardias era su carácter como nuevo espacio urbano, con un perfil social muy concreto, con afilada impronta popular y, sobre todo, sin una articulación social previa. No era lo mismo que el arrabal de Chamberí, en el que, desde comienzos de la década de 1860, los notables se habían preocupado un mínimo por ponerse al frente de las necesidades y de la organización de los servicios del barrio. Las gentes de Vallehermoso, que componían el grueso de la población de esa zona de las afueras, habían sido abandonadas durante años; no habían contado con un Livinio Stuyck, que además de ir casa por casa de los pobres repartiendo el tocino y los garbanzos de la limosna real, luego además les representara como concejal del Ayuntamiento. No existía la figura de ese médico municipal o ese boticario, que no sólo se encargaban de atenderlos en la enfermedad, sino que también se alzaban como defensores de las construcciones del arrabal frente a la administración, recogiendo

³² Los datos, ya reproducidos anteriormente, en AVM, Secretaría, 10-36-42.

³³ En las actas electorales municipales del distrito de Universidad no se consigna el número de electores del censo de la sección de campo de Guardias; tampoco se conservan los libros talonarios para poder calcularlos; un mes después, en las elecciones a cortes celebradas en Enero de 1869, se señalan 1.581 electores para esta sección electoral, la más nutrida con diferencia de todo el distrito de Universidad. AVM, Secretaría, 4-461-1.

³⁴ Desgraciadamente no se conservan los datos del censo electoral de las afueras, que habían de rondar los 1.500 electores, pero en las actas electorales se pudo comprobar que la gente que vivía más allá de las tapias representaba el mayor número de votantes de todo el distrito. De aquella docena que participaba en tiempos de Isabel II, se pasó a más de medio millar en aquella primera cita electoral tras la revolución: 568 vecinos de aquel barrio pobre acudieron al colegio de su sección.

firmas y presentando reclamaciones ante las instituciones. Tampoco habían visto germinar un círculo político de los vecinos que se alzara en tiempos de Isabel II como alternativa a los moderados en el poder. En Vallehermoso, o en Campo de Guardias, como lo había bautizado la Administración, no existía ningún referente político; ninguna figura hegemónica que pudiera liderar la organización de las elecciones en el barrio. A lo sumo, aquellos junteros que habían aparecido oportunamente para reclamar el apoyo de los vecinos y así hacerse con un puesto en el gobierno provisional de la capital, pero que carecían de más argumentos que su celebridad, debida más a su riqueza que a sus acciones políticas previas.

Aquellas primeras elecciones por sufragio universal en la sección de Campo de Guardias no fueron excesivamente controvertidas, aunque sí muy disputadas. Aunque no marcaron grandes diferencias en los resultados generales del distrito de Universidad, al menos sí sirvieron para dar a conocer quiénes asumirían el liderazgo en una comunidad hasta entonces desprovista de una articulación política estable. En aquellos días de diciembre surgieron los rostros que a partir de entonces encarnarían las voces políticas del barrio, esos modestos personajes que funcionarían de correas de transmisión entre los habitantes desconocidos de un arrabal perdido y alejado del centro de la ciudad y las altas instancias del poder municipal, además de con los comités centrales de cada partido. Hasta entonces tales figuras no se habían manifestado ni en Vallehermoso ni en el resto de edificios a espaldas de los cementerios, porque apenas hacían falta en el sistema político isabelino; pero en cuanto se presentó la ocasión, no tardaron en aparecer.

Como el resto de los madrileños, los electores de Campo de Guardias estaban convocados en la mañana del 18 de diciembre de 1868 para proceder a la elección de la mesa. Allí no había casa de socorro, ni sucursal, ni una escuela de niños de importancia, así que el colegio electoral se había instalado en el salón de baile de Pozas, situado en el Paseo de Areneros, pegando con las antiguas tapias de la capital, en uno de los límites del barrio. El dueño del local, claro, era Ángel Pozas. El gran terrateniente de aquella zona, constructor de barrios y edificios y declarado liberal, no podía negarse a colaborar con la Revolución. En aquellos barrios desprovistos de servicios y edificios públicos él era el único en disposición de proporcionar un establecimiento para celebrar las elecciones. No había podido ser miembro de la Junta Revolucionaria, pero no por ello iba a renunciar a tener cierto protagonismo en la vida política en el que era *su barrio*, tanto por estar vecindado en él como por ser el mayor propietario de edificios³⁵.

En aquel salón de baile del antiguo aspirante a juntero se hubo de presentar el alcalde de barrio del Campo de Guardias, Pedro Ruiz, y organizar la votación del presidente y los secretarios escrutadores que en los tres días siguientes se encargarían de supervisar la elección³⁶. El procedimiento era el tradicional en la constitución de mesas

³⁵ Todos los detalles sobre la constitución de la mesa electoral así como del desarrollo de la elección a partir de las actas electorales, AVM, Secretaría, 4-445-1.

³⁶ La cuestión de la composición de las mesas de votación no era menor; representaba la primera batalla para obtener la victoria final en cada sección electoral. De hecho, el primer día de la votación se consagraba únicamente a la elección del presidente de la mesa y de los cuatro secretarios escrutadores; ellos serían los encargados de atender las reclamaciones de los electores que participaran en la votación y de decidir sobre la adecuación de las papeletas. Era un asunto importante, porque dada la inexperiencia de muchos de los votantes, se producían frecuentes errores y confusiones con las papeletas depositadas en las urnas. No existían papeletas oficiales; las listas eran abiertas y eran los propios votantes los que habían de escribir el nombre de los candidatos elegidos, o traer la papeleta confeccionada de casa, ya porque alguien se la hubiera escrito, ya porque la hubieran recortado de un periódico. Entre una población con altas tasas de analfabetismo y poca práctica lectora, los errores eran frecuentes. Dependía de la buena voluntad y de la tolerancia del presidente de la mesa y de sus secretarios escrutadores, el dar por buenas las papeletas que presentaran la más mínima incorrección; y con ello el resultado final de la elección.

provisionales en todos los ámbitos parlamentarios desde tiempos de la Revolución Francesa; de todos los electores presentes aquella mañana, que fueron 78, los dos más ancianos y los dos más jóvenes habían de unirse al alcalde de barrio, que era el presidente nato para aquella primera votación. Al examinar la edad de los electores que habían acudido hasta el salón de baile, resultó que uno de los más ancianos era Calixto de la Torre, aquel abogado que con el propio Ángel Pozas y otros notables de Argüelles, había intentado ser elegido como juntero. Él era un hombre de la Revolución, experimentado en procesos electorales y acudía al colegio establecido en el edificio de su compañero de fatigas políticas a participar y, de paso, a colaborar en la organización de las mesas electorales, entre una población que carecía de experiencia política, y por tanto, no conocía los procedimientos electorales. El resto de los elegidos para aquella primera mesa provisional, ofrecían un perfil muy diferente; eran vecinos de Vallehermoso, que hasta entonces habían estado excluidos de toda actividad política oficial, porque su condición social y económica se lo había impedido.

El otro de los electores ancianos era Emilio Alarcón, un oficial de carpintero que residía en las casas pobres de Vallehermoso. Era uno de los vecinos más antiguos del barrio, instalado en la calle Menéndez Valdés, en el islote de corralas que habían surgido pegadas a las tapias de los cementerios. Los más jóvenes eran menos conocidos: José Conejo, del que no se sabía la profesión y José María Espinosa, que residía en el mismo Paseo de Areneros, junto al baile de Pozas. Este último era pobre pero distinguido. No era un artesano, sino un tenedor de libros; un humilde contable que no había podido participar en las elecciones de tiempos de la monarquía de Isabel II por su edad y por la escasa importancia de su condición de trabajador de cuello blanco. Aunque él considerara estar a la misma altura que Calixto de la Torre, aquel funcionario que se había presentado en los primeros momentos de la revolución como un líder, un caudillo para el barrio, hasta entonces la desigualdad en derechos y oportunidades políticas había marcado una distancia considerable entre ambos. Calixto de la Torre era un hombre célebre en Pozas y Vallehermoso, que contaba con cierto respeto y consideración por parte de sus vecinos, hasta el punto de haberle confiado el papel de suplente en la elección a juntas; José María Espinosa era un hombre oscuro, sin más mérito quizá que el de tener alguna labia al tratar de asuntos políticos y que tenía que demostrar que su condición de humilde contable no le impedía ser merecedor de algún protagonismo político³⁷.

La presencia de aquellos electores que se vieron de repente en la mesa provisional no era casual. Calixto de la Torre podía permitirse faltar un viernes al trabajo, en el caso de que por aquel entonces tuviera un puesto en una administración que vivía momentos de continua reorganización al calor del proceso revolucionario. No era tan fácil ausentarse para alguien como Emilio Alarcón, un carpintero que por espíritu cívico y participativo estaba dejando de cobrar el jornal aquel día; y probablemente no lo era tampoco para José María Espinosa, un humilde empleado. Si se habían presentado en el salón de baile era porque querían algo y porque estaban dispuestos a sacrificar su tiempo y su jornal para no perderse nada en aquellas primeras elecciones democráticas que se celebraban en su barrio.

La presentación de candidaturas para la mesa hizo visibles las aspiraciones de aquellos vecinos que se bautizaban en la actividad política. Tanto Emilio Alarcón el

³⁷ El retrato de estos cuatro electores que formaron la mesa provisional para elección de la mesa definitiva elaborado a partir de los datos proporcionados por el libro talonario de electores del Campo de Guardias para las elecciones municipales de 1868; AVM, Secretaría, 4.445-1. Además, el retrato de Emilio Alarcón, el único de ellos que ya estaba presente en el barrio de 1860, a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 825.

carpintero como el empleado Calixto de la Torre se presentaron como candidatos a secretarios escrutadores; a ellos se unió Liborio Fernández. El resultado de la votación puede hacer pensar que se trataba de una composición de la mesa de consenso, porque los votos estuvieron muy equilibrados y estratégicamente repartidos. Hubo 70 papeletas en las que se podían incluir dos candidatos para secretarios. 69 de ellas concedieron su sufragio a Calixto de la Torre. Su condición de empleado y hombre experimentado en lides políticas le hacían recoger la confianza de todos los electores presentes en el salón de baile para que liderara la organización de la mesa electoral. El segundo voto que podía incluir cada elector, quedó repartido: 38 fueron para el carpintero Emilio Alarcón y 30 para Liborio Fernández³⁸. Las posibles sospechas de que existiera un pacto en el reparto de la mesa, de que los puestos se habían adjudicado de antemano, quedaron diluidas en la votación del presidente. Para dirigir las votaciones se presentaron dos candidaturas. La de José Delgado, que obtuvo el mismo número de votos que el carpintero Emilio Alarcón, 38, y la de Ramón Tornado, que obtuvo un número similar de apoyos a los del secretario Liborio Fernández, 29.

En esta primera presentación de los líderes políticos del barrio se esbozaba un reparto de fuerzas complejo, pero que tenía mucho que ver con los tiempos del proceso revolucionario. Como líder indiscutible de la comunidad de votantes de las afueras noroeste de la ciudad surgía aquel activo empleado, Calixto de la Torre, agente portavoz de los monárquicos-liberales en el poder y portavoz de los intereses de los miembros del gobierno provisional. El unánime respaldo de los electores de Chamberí hacia su candidatura como secretario escrutador demostraba hasta qué punto las elites revolucionarias aún mantenían su prestigio casi tres meses desde la caída de la monarquía. Ante las elecciones municipales de diciembre eran los que más tenían que ganar y podían seguir rentabilizando el protagonismo que habían adquirido en la vida política desde septiembre. La gente les seguía otorgando la confianza, el liderazgo y la hegemonía en un proceso democrático que ellos habían desatado y que por el momento les tocaba gobernar.

Además del mantenimiento de esa hegemonía de las elites revolucionarias de septiembre, el proceso electoral también desvelaba los movimientos de otros actores políticos hasta entonces en silencio. Lo más significativo era la aparición de aquellos dos personajes anónimos, que vinieron desde las casas pobres de Vallehermoso y que se hicieron con la presidencia de las mesas. José Delgado y Emilio Alarcón eran vecinos de aquella zona tan olvidada de las afueras, prácticamente vivían puerta con puerta en aquel montón de viviendas junto a los cementerios. Destacaban en el colegio electoral porque eran dos trabajadores manuales, uno jornalero y el otro carpintero, que se colaban en un mundo, el de las elecciones y la política, durante décadas monopolizado por funcionarios como Calixto de la Torre, grandes propietarios inmuebles como Ángel Pozas o las llamadas capacidades (profesionales liberales y profesores) como Agustín Ortiz de Villajos. Como actores políticos en el barrio eran hijos de aquella revolución democrática de septiembre de 1868 que, instaurando el sufragio universal, había abierto las puertas para que participara el pueblo en su conjunto y había dado margen para que entraran nuevas ideas y propuestas en el régimen que los liberales habían instaurado. Y

³⁸ El cuarto secretario no fue elegido. Había una cuarta persona que había recibido tres votos, José Marconell, vecino del barrio y dueño de un tejár en las inmediaciones, además de algunas de las corralas que se habían construido por la zona. El señor Marconell, ni tan siquiera había acudido aquella mañana a la votación de la mesa electoral y una vez preguntado, declinó la invitación a tomar posesión de su puesto como secretario “por razones que le honran”. La más poderosa de las honrosas razones era que, como se vería más tarde, él mismo había presentado su propia candidatura para concejal en el Ayuntamiento de Madrid, y por lo tanto no parecía decoroso que participara en el recuento de votos al que presentaba.

es que quizá por lo que más destacaban aquellos dos vecinos en el colegio electoral de Vallehermoso era por ser republicanos.

Tabla 6.7: Resultados electorales del distrito Universidad en 1868, Campo de Guardias y distrito de Universidad				
Nombre del candidato	Campo de Guardias	%	Votos Universidad	%
José Rodríguez Villabrille	209	36,80	1.529	42,66
Gregorio de las Pozas	211	37,15	1.528	42,63
Antonio Valles	266	46,83	1.478	41,24
Ruperto Pérez de las Cuevas	163	28,70	1.406	39,23
Manuel Salvador López	104	18,31	1.289	35,97
Juan Prado	119	20,95	933	26,03
Santiago Gutiérrez	253	44,54	919	25,64
Bernardo García	122	21,48	906	25,28
Manuel Roig	115	20,25	864	24,11
Carlos Ferrari	96	16,90	619	17,27
Juan Altolaquirre	119	20,95	383	10,69
Pedro Carrasco	100	17,61	371	10,35
José Marconell	155	27,29	362	10,10
Guillermo Sanford	98	17,25	322	8,98
Santos González	15	2,64	261	7,28
votos total	568	100,00	3.584	100,00

En la columna de los candidatos, aparecen en rojo los que fueron elegidos como concejales en el distrito de Universidad. En los resultados del Campo de Guardias se señala los rojos los que fueron más votados en esa sección electoral. Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 4-445-1.

El protagonismo de estos activistas republicanos en el Campo de Guardias no dejó de ser una mera presentación en sociedad. Su triunfo en la composición de la mesa de votación, por un estrecho margen, frente a los candidatos monárquico-liberales no se trasladó a las votaciones a concejales. Las elecciones municipales en las afueras de Madrid del noroeste fueron ganadas por las candidaturas monárquico-democráticas, las de la coalición que había tomado el poder en la Revolución, aunque con un importante voto republicano. En el distrito de Universidad se elegían cuatro concejales para los que la coalición había pactado presentar a José Rodríguez Villabrille, a Antonio Vallés, a Ruperto Fernández de las Cuevas y a Gregorio de las Pozas. En el conjunto del distrito ganaron con holgura: José Rodríguez Villabrille, el más apoyado, recibió 1.529 votos, siendo incluido en más del 42% de las papeletas; Fernández de las Cuevas, fue el miembro de la candidatura con menos éxito, con 1.406 votos y siendo incluido en el 39% de los sufragios. Los republicanos, única opción de oposición de importancia, quedaron lejos: no obtuvieron en el distrito de la Universidad más del 26% de los apoyos en el mejor de los casos³⁹.

³⁹ Las elecciones municipales (y las generales a Cortes) en el sexenio fueron siempre de “listas abiertas”; no existían papeletas formales a no ser que por eso se entendieran las impresiones con el nombre de los candidatos que repartían los miembros de los partidos a los electores; los electores podían escribir a su antojo los nombres de sus candidatos e incluso tachar en las papeletas impresas algún nombre no deseado y sustituirlo por otro (lo que era una práctica muy común); esa es la razón de que dentro de una misma candidatura el número de votos y por tanto de los sufragios recibidos pudiera oscilar tanto como sucedía en el caso de la candidatura promovida por la coalición de progresistas, demócratas y unionistas.

En Campo de Guardias los resultados fueron similares, pero no iguales. En su conjunto, la candidatura consensuada por la coalición en el gobierno fue la más votada, pero candidato a candidato, se produjeron sorpresas. Si bien el que fue incluido en más papeletas fue uno de los monárquico-democráticos, Antonio Vallés (266 papeletas, el 46,83%), fue seguido muy de cerca del republicano Santiago Gutiérrez (253 papeletas, el 44,54%). Después fueron el resto de los monárquicos y un sin fin de candidatos de diferente adscripción política, que iban desde progresistas que se presentaban al margen de la candidatura oficial promovida por el gobierno provisional (era el caso de Carlos Ferrari o de Pedro Carrasco), hasta los industriales que se presentaban por libre (Guillermo Sanford o José Marconell). El voto parecía haberse dispersado en muy variadas direcciones: hasta catorce candidatos obtuvieron más del 10% de los votos en aquel colegio electoral del Campo de Guardias.

Los confusos resultados de este colegio electoral no eran una excepción ni en el distrito de Universidad ni en la ciudad de Madrid en su conjunto. Era algo propio de un juego electoral recién nacido, donde los partidos políticos todavía no habían desarrollado tácticas y estrategias para conjugar el sufragio universal y las listas abiertas en su beneficio. Y sobre todo, era un problema derivado de la endeblez de las formaciones políticas y de los pactos que habían establecido para concurrir a las elecciones. Una cosa era que los líderes de la revolución, los grandes jefes de los partidos acordaran presentarse unidos, apartando sus diferencias que como unionistas, demócratas y progresistas pudieran tener. Otra muy diferente era que los electores les hicieran caso y votaran la candidatura oficial. Por no obedecerles, parecía que ni siquiera los miembros de los comités de barrio, lo hacían. Es lo único que puede explicar por qué se presentaron tantos candidatos al margen de la propuesta oficial, candidatos que, sin ser contrarios a la revolución, compitieron con sus propios correligionarios y teóricos aliados. Ese era el caso del progresista Carlos Ferrari, que obtuvo un estimable resultado en aquellas elecciones municipales: 619 votos en todo el distrito (siendo incluido en el 17,27% de todas las papeletas), de los que 96 los había cosechado en el colegio electoral del Campo de Guardias (donde fue incluido en el 16,90% de las papeletas).

Estas candidaturas por libre, como las de Carlos Ferrari⁴⁰, tuvieron un éxito limitado, que generalmente se circunscribió a dos o tres secciones electorales. Así por ejemplo, tuvo un éxito notable en su propio barrio, el de Colón, donde consiguió ser incluido en 107 papeletas de las 277 que se depositaron en las urnas, más de un 38% de los votos. En el vecino barrio de Escorial fue el quinto más votado con un 33% y en Estrella, barrio ya situado en lo más profundo de la ciudad, el 35%. Seguro que le ayudó bastante su celebridad. Carlos Ferrari era un progresista de larga carrera en el distrito; se había inaugurado en la vida política en la revolución de 1854, en la que participó y acabó convirtiéndose en concejal del Ayuntamiento. Por otro lado era boticario instalado en la plazuela de San Ildefonso, en el corazón del distrito de Universidad. No sólo era la popularidad de tener un comercio abierto, sino de ser como tantos otros boticarios, actor de la Beneficencia Municipal del distrito⁴¹. Pero todo ello no bastó para que en otros barrios se encontrara con sonoros fracasos. En las secciones electorales en

⁴⁰ Los casos de Manuel Roig y Pedro Carrasco son muy similares al de Carlos Ferrari; miembros del partido progresista, con una intensa actividad que se puede seguir a través de su firma de manifiestos y declaraciones en *La Iberia*, pero que decidieron presentarse al margen de la candidatura oficialmente apoyada por los progresistas. De forma similar a Ferrari, cosecharon resultados muy diversos que variaron de barrio a barrio dentro del distrito de Universidad, que seguramente no robaron votos a sus correligionarios pero sí a los unionistas y demócratas que les acompañaban en la candidatura gubernamental.

⁴¹ La trayectoria política de Carlos Ferrari, reconstruida partir de las páginas de *La Iberia*, 1854-1868.

que se dio por buena la estrategia dictada por las altas esferas del partido, en que se votó casi sin fisuras a la candidatura que coaligaba unionistas, progresistas y demócratas, Carlos Ferrari se vio relegado a la insignificancia política, como en Dos de Mayo: en ese barrio vencieron los candidatos ministeriales con más del 37% de los votos y Carlos Ferrari no pasó del 5,4%.

Los partidos políticos eran agrupaciones inestables y porosas, extraordinariamente maleables y que podían transformarse para adaptarse las circunstancias políticas de cada momento. Entre los diferentes líderes y caudillos que los organizaban en los distintos niveles de su actuación, se establecían pactos, acuerdos y coaliciones que se renovaban continuamente y se renegociaban en función de las circunstancias políticas que había que afrontar en cada momento. Eran partidos de notables, que fiaban su suerte en un caudillo o una celebridad, especialmente en aquel momento de desconcierto que se había producido a continuación del derrumbe de la monarquía y en que el porvenir político del país estaba por escribir. Por ahora se había constituido esa coalición que los periódicos llamaban “gran partido monárquico-democrático” en que convivían opositores a la monarquía de Isabel II de todo pelaje, que apartaban temporalmente sus diferencias hasta consolidar la revolución. Ante las elecciones municipales, los líderes de los distintos partidos se reunían, y las antiguas diferencias entre Serrano, Sagasta, Ruiz Zorrilla y Nicolás María Rivero se olvidaban. Al adoptar ese comportamiento, los líderes del partido debían asumir que se pudieran producir pequeñas escisiones locales, pues todos eran notables en el partido desde el líder nacional hasta el jefe de barrio. Por lo tanto, debían afrontar el riesgo de que se pudieran producir ese tipo de aventuras emprendidas individualmente por gentes como Carlos Ferrari; riesgo que de todas maneras no era grave porque bien sabían que los discolos y los independientes volverían al seno del partido cuando las circunstancias fueran distintas.

Pero a la vez, los resultados de candidaturas como la del boticario Ferrari mostraron el margen de independencia en el uso del sufragio de los habitantes del distrito de Universidad en general y del colegio de Campo de Guardias en particular. También advertían de la debilidad de la candidatura oficial, que si bien había salvado la situación por el momento, podía sentirse amenazada para futuros comicios. El problema más grave que se le presentaba era una cierta percepción de que aquella unidad entre progresistas, unionistas y demócratas era un pacto hasta cierto punto contra natura; hasta los miembros mismos de esas fuerzas políticas así lo consideraban y boicoteaban la candidatura, presentándose por su cuenta y riesgo, como hacía el boticario de la plazuela de San Ildefonso. La mayor garantía con que contaban los coaligados y las elites del partido era la ventaja que les proporcionaba su posición hegemónica en el proceso revolucionario; la gran coalición monárquico-democrática, al frente del gobierno provisional de la ciudad y de la nación, gozaba del prestigio de haber expulsado a la monarquía, de ser los artífices de la traída de la democracia a las calles de Madrid, y eso les daba una cierta ventaja sobre el resto de rivales políticos.

Tabla 6.8: Resultados electorales del distrito Universidad en 1868, por barrios

Nombre del candidato	Campo de Guardias	Dos de mayo	Daoiz	Corredera	Colón	Rubio	Escorial	Estrella	Pizarro	Pez	total votos
José Rodríguez Villabrille	209	188	76	174	61	265	221	110	138	87	1529
Gregorio de las Pozas	211	220	81	185	51	262	203	103	134	78	1528
Antonio Valles	266	239	109	180	132	199	86	88	70	109	1478
Ruperto Pérez de las Cuevas	163	196	56	170	59	258	210	112	124	58	1406
Manuel Salvador López	104	163	65	133	105	150	154	189	142	84	1289
Juan Prado	119	157	67	119	102	137	89	23	39	81	933
Santiago Gutiérrez	253	115	50	126	41	157	73	46	33	25	919
Bernardo García	122	149	70	107	98	140	64	26	40	90	906
Manuel Roig	115	154	68	102	71	134	80	25	37	78	864
Carlos Ferrari	96	27	20	22	107	30	131	101	31	54	619
Juan Altolaquirre	119	46	16	60	11	42	33	21	22	13	383
Pedro Carrasco	100	53	20	58	10	42	32	21	21	14	371
José Marconell	155	39	25	19	28	24	18	30	19	5	362
Guillermo Sanford	98	6	8	12	36	10	23	95	13	21	322
Santos González	15	9	16	11	55	7	34	82	13	19	261
censo electoral*	no se indica	1088	437	999	632	1022	953	787	576	524	
votos día 19	137	153	64	125	99	167	114	no se indica	81	70	
votos día 20	349	261	91	210	115	197	156		116	92	
votos día 21	82	86	54	65	63	124	126		44	59	
votos total	568	500	209	400	277	488	396	284**	241	221	3584
Participación		45,96	47,83	40,04	43,83	47,75	41,55	36,08	41,84	42,18	

Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría 4-445-1. En rojo aparecen los ganaderos en cada sección electoral: Los nombres en rojo son los de los candidatos finalmente electos.

También les favorecía su más articulada organización en clubs y círculos políticos, que si bien les podía presentar puntuales problemas en algún barrio, les ofrecía una buena red de apoyo al voto. Pero también en este punto, parte de su éxito se debió a la relativa desorganización y desconcierto en que todavía vivían el resto de las fuerzas políticas por la cercanía de la revolución; no les había dado tiempo a organizarse completamente todavía, pero ya habían dado los primeros pasos. Especialmente los republicanos, que por ejemplo comenzaban a dar muestras de vitalidad en el barrio de Vallehermoso, un territorio prácticamente virgen en la geografía política madrileña y que había sido descuidado hasta el momento por los liberales.

La irrupción republicana se hacía patente en su participación en la mesa electoral y en la movilización del voto, que consiguió que su candidato Santiago Gutiérrez fuese el segundo más votado en el barrio. Ciertamente, no se trataba de un gran balance para los republicanos, porque aquella recolección de votos en un apartado barrio no les había bastado para que obtuvieran un concejal en el distrito de Universidad. Pero tampoco debió de importar mucho; en realidad los republicanos habían acudido a aquellos comicios sin demasiadas esperanzas y tampoco habían hecho muchos esfuerzos por ganarlas: los periódicos apenas se habían ocupado de presentar a sus candidatos y en algunos distritos ni siquiera se habían llegado a presentar candidaturas completas.

Con todo, a pesar de su desinterés, las elecciones municipales habían hecho descubrir a los republicanos que podían albergar algunas esperanzas de obtener mejores resultados en el futuro. Aunque los monárquicos hubieran arrasado en casi toda la ciudad, su poder no era tan fuerte como podía parecer: su victoria se asentaba sobre una coalición inestable que generaba un río de disensiones entre sus propios militantes y que se había materializado en multitud de candidaturas independientes. Los republicanos podían convertirse en los pescadores que hicieran ganancia en el río revuelto de candidaturas que proponían demócratas, progresistas, unionistas y demás fuerzas políticas que competían por el poder. Todo dependía de si sabían aprovecharse de las nuevas posibilidades que les ofrecía la democracia para hacerse con el poder y sabían movilizar el voto. Y para ello contaban con un elemento del que no habían dispuesto hasta entonces en las luchas electorales: aquellos personajes anónimos, que como el carpintero Emilio Alarcón o el tenedor de libros José María Espinosa, se habían presentado reclamando su propia voz. Trabajadores manuales, vecinos sin riquezas ni propiedades, que por su condición social habían estado excluidos hasta entonces de la votación y de la decisión política. En aquellas elecciones, las primeras que se celebraban con sufragio universal, se habían hecho oír en las mesas de votación de los barrios, sin complejos ni timidez, arrogándose la misma autoridad de la que se revestían los viejos líderes revolucionarios y políticos, poniéndose a la altura de Calixto de la Torre o de grandes propietarios como Ángel de las Pozas. El destino político de la ciudad, sino de la nación, estaba en manos de un nuevo protagonista: el pueblo madrileño.

La primera gran batalla electoral madrileña: las elecciones a Cortes Constituyentes de Enero de 1869 en Vallehermoso y Chamberí.

La Revolución gloriosa de 1868 había llegado agitando la bandera del sufragio universal, pero en realidad las primeras elecciones que se habían celebrado en la ciudad habían estado lejos de poder considerarse como una expresión demasiado fiable de la voluntad ciudadana. En los primeros comicios, la elección de la Junta Superior

Revolucionaria, había habido más exaltación que práctica democrática. Se habían organizado apresuradamente, como una forma buscar la coherencia por parte de unos revolucionarios que, si bien afirmaban el principio sacrosanto del sufragio universal, se habían hecho con el poder por la vía de la insurrección y el pronunciamiento. Se había tratado más de un plebiscito para encontrar un respaldo formal al gobierno provisional que una elección democrática propiamente dicha.

Para la segunda cita, las elecciones municipales de diciembre de 1868, había transcurrido el suficiente tiempo para organizar un sistema de votación universal con garantías. Se habían formado censos electorales en cada barrio, se había dado margen para la presentación de candidaturas y tiempo para que los electores aprendieran las nociones imprescindibles para ejercer un derecho al voto del que nunca había disfrutado. Si de algo pecaron aquellas elecciones fue de un exceso de espontaneidad e improvisación en la expresión de la voluntad popular. Los resultados, aunque claramente favorables a los revolucionarios instalados en el gobierno provisional, habían sido demasiado confusos. Los candidatos para concejal se multiplicaron; la aventura de la política sedujo a cientos de madrileños, desde las elites que ya habían participado en el restrictivo parlamentarismo isabelino a ciudadanos que acababan de recibir su bautismo electoral y para los que era la primera vez que gozaban del derecho y la posibilidad de acceder al poder. La contienda fue un guirigay de voces y propuestas, en las que se presentaron partidarios de todas las opciones políticas y de todos los matices posibles. En parte se debió a la confusión que creaba la alianza monárquico-democrática en el poder; en parte a la inexistencia de un verdadero debate sobre política municipal. Resultaba lógico: a mediados de diciembre de 1868, había cuestiones más importantes que resolver que la política del Ayuntamiento. Aún estaba por decidir el futuro de la revolución, si la aventura iniciada en septiembre de 1868 desembocaría en monarquía o república. Los ciudadanos, por otra parte, comprendían que con aquella votación no se dirimían las grandes cuestiones de la revolución y algunos no dudaron en romper la disciplina del voto que sus líderes políticos pretendían. Si para algo sirvieron los comicios fue para confirmar a muchos concejales provisionales en su puesto (Rivero, Galdo, Gregorio de las Pozas, Abascal o Fernández de los Ríos), pero sobre todo para que muchos habitantes de Madrid establecieran un primer contacto con la participación electoral, tanto en calidad de votantes como en calidad de candidatos, secretarios y presidentes de mesa.

Las elecciones a Cortes Constituyentes del 16, 17 y 18 de Enero sí que reunieron todas las condiciones para que se pudieran alzar las armas de una verdadera contienda electoral⁴². Ya se habían depurado los procedimientos de organización para que los comicios cumplieran los criterios democráticos: la gente conocía el proceso de elaboración de los censos, de reparto de las cédulas y de constitución de las mesas. Además se habían convocado en noviembre, con tiempo suficiente como para que se

⁴² Las elecciones a Cortes Constituyentes de enero de 1869 y sus resultados en Madrid han sido objeto de una especial atención por la historiografía; entre los análisis más importantes destacan los de BAHAMONDE, Ángel: "Contribución al estudio del fraude electoral en un distrito urbano. Las elecciones de 1869 en Madrid", *Hispania: Revista española de historia*, Vol. 36, nº 134, 1976, pp. 639-662, centrado en las manipulaciones e intento de control por el gobierno y FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "El estreno del sufragio universal en Madrid (1869)", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2003, nº extraordinario, pp. 71-83, que pone el foco de atención en las candidaturas presentadas y los resultados. Además es especialmente útil el análisis contenido en PÉREZ ROLDÁN, María del Carmen: *Bases sociales del republicanismo madrileño (1868-1874)*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid – Departamento de Historia Contemporánea, 1998, pp. 329-340, que ofrece un detallado recuento de los barrios y zonas de Madrid en los que el republicanismo encontró sus mayores apoyos.

podieran elaborar candidaturas sin la precipitación que había marcado las elecciones municipales y, más aún, las de la Junta Superior Revolucionaria. Pero lo que confería un rasgo diferencial a aquella cita electoral, era la existencia de un debate político claro, que la convertía en una batalla que había de decidirse más a partir de las ideas y las propuestas políticas que en torno a las personas que las defendían⁴³. Al elegir la Junta Superior Revolucionaria, al elegir los concejales de Madrid, los ciudadanos sólo habían podido decidir evaluando el historial político que cada candidato presentaba, y muy especialmente su prestigio como revolucionario. En el voto aquel día influyó mucho la confianza que les inspiraba uno u otro candidato y no lo que proponían para el futuro: se lo concedieron a los que habían traído la revolución, al gran líder político como Rivero o Galdo, pero también al boticario del barrio, al que tan bien conocían y de cuyo espíritu liberal no dudaban. Ninguno les había dicho que harían con él, más allá de consolidar la Revolución, porque no había habido verdaderas campañas electorales, no había habido debate, pero en enero de 1869 las cosas era muy diferentes.

En enero de 1869 estaba muy claro para qué se elegían los candidatos a Cortes. Iban a elaborar una Constitución, iban a definir la dirección por la que transcurriría la Revolución. El ciudadano podía ser consciente de las repercusiones de su sufragio, que lo que eligiera al depositar su voto tendría peso en la resolución de asuntos vitales para el futuro político del país. El más importante de ellos, la definición del régimen. Si España iba a ser una monarquía o una república. Una cuestión que inundó las páginas de los periódicos en los meses precedentes a la convocatoria electoral, generando un debate animado entre las distintas fuerzas políticas que se disputaban el poder en el vacío dejado tras la caída de Isabel II. La apuesta por una u otra solución, permitió articular un intenso debate político a partir del que podía hacer campaña cada uno de los candidatos y definir así sus propuestas políticas. Al mismo tiempo, también hizo posible que se trazaran claramente las fronteras entre los distintos grupos que concurrían a la lucha política. Se había acabado ese territorio indefinido en que se movían confusa y ambiguamente demócratas, republicanos, unionistas, progresistas, revolucionarios y liberales. Ahora las cosas estaban claras y los límites bien definidos. A un lado los partidarios de la República, al otro los de una monarquía distinta a la de los Borbones. Y si acaso, en un rincón, aquellos que abrazaban las opciones contrarrevolucionarias: los moderados y los carlistas.

La división territorial sobre la que se organizaron las elecciones también era muy diferente a las de las municipales. Los candidatos fueron elegidos por provincias y no por distritos urbanos. La provincia de Madrid quedó dividida en dos circunscripciones: una urbana compuesta por la capital, a la que correspondía la elección de siete diputados, y otra encabezada por Alcalá de Henares que aglutinaba al resto de la provincia, que debía elegir cuatro diputados. Para la circunscripción de la capital se presentaron cuatro grandes candidaturas, que se correspondían con las cuatro principales fuerzas que se disputaban el poder en el país en aquel momento⁴⁴. Los revolucionarios en el poder, principales artífices de la caída de Isabel II, presentaron una única lista de consenso bajo aquel manto común llamado partido monárquico-

⁴³ Una introducción al debate previo a las elecciones en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “El estreno del sufragio universal en Madrid (1869)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2003, n° extraordinario, pp. 71-83.

⁴⁴ Más detalles de la organización territorial de las elecciones y de la presentación de las candidaturas FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “El estreno del sufragio universal en Madrid (1869)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2003, n° extraordinario, pp. 71-83.

democrático⁴⁵. Por ser la capital de España el principal foco de debate político y una plaza de especial valor simbólico, incluyeron entre los elegibles a las figuras más importantes de los partidos que se habían coaligado para derrocar a los borbones. Los siete elegibles representaban la cúpula del liberalismo sesentayochista español: los generales Prim y Serrano, el almirante Topete, Nicolás María Rivero, Práxedes Mateo Sagasta, Manuel Becerra y Manuel Ruiz Zorrilla. Por su lado, los republicanos siguieron una estrategia similar y colocaron a las grandes figuras de su partido en la candidatura de Madrid: Estanislao Figueras, Francisco Pi i Margall, Emilio Castelar, José María Orense, Blas Pierrad, Francisco García López y Fernando Garrido⁴⁶.

La coalición de monárquicos-liberales por un lado y los republicanos del otro, constituían los dos polos en torno a los que se estableció la contienda electoral en aquellos comicios a Cortes Constituyentes. Las otras dos opciones eran en realidad candidaturas contrarrevolucionarias, dispuestas a dar marcha atrás en el proceso revolucionario y por eso mismo, con pocas expectativas de triunfo en una ciudad que en su gran mayoría había dado el apoyo a los acontecimientos de septiembre. Los moderados llegaban con un mensaje ambiguo que, no atreviéndose a defender los derechos de Isabel II y los borbones al trono, les presentaba como monárquico-constitucionales y defensores de la unidad católica. Sus hombres en Madrid eran el Conde de San Luís, Francisco Lersundi, Fernando Álvarez, Claudio Moyano, el Conde de Vástago y Domingo Moreno. Los carlistas por su parte concurrían en las elecciones en franca anarquía; más con un lema que con una candidatura cerrada; y aunque circularon varias propuestas, no se llegó a proclamar ninguna oficialmente⁴⁷.

A las cuatro candidaturas principales había que añadir un puñado de independientes, que se presentaban al margen de las oficiales, con la esperanza de que en el sistema de listas abiertas algún elector decidiera incorporarlos en su papeleta. Era el caso de Guillermo Sanford, Felix Bona y Juan Fabra que se presentaron como “candidatos industriales”. Eran tres grandes empresarios madrileños, miembros del Círculo de la Unión Industrial y Comercial, que redactaron un manifiesto y pidieron a los votantes que se les incluyera junto a Serrano, Prim, Rivero y Nicolás Salmerón en la papeleta a las elecciones a Cortes. Sabían que por sí solos no podían movilizar el voto; lo suyo eran los negocios y no la política, y en ese sentido se presentaban más como un complemento que como una alternativa. Querían sumarse a la candidatura monárquico-demócrata a la que de paso añadían a un Nicolás Salmerón que no

⁴⁵ La expresión de “gran partido monárquico-democrático” es utilizada por *La Iberia*, de la misma manera se utilizará la expresión de “revolucionarios de septiembre” o coalición o coaligados para hacer referencia al conjunto de unionistas, demócratas y progresistas que se presentaron aliados en las elecciones de Enero de 1869.

⁴⁶ PÉREZ ROLDÁN, María del Carmen: *Bases sociales... Ob. Cit.*, pág. 335.

⁴⁷ Antonio Fernández distingue dos candidaturas carlistas a las Cortes Constituyentes, una encabezada por el Conde de Cheste y en la que figuraban Antonio Aparisi y Guijarro, Juan Bravo Murillo, Ramón Cabrera, Cándido Nocedal, Pedro Izaga y el Conde de Fuentes. La otra, paradójicamente, la encabezaba Antonio Aparisi y Guijarro, incluida en la anterior, al que acompañaban Federico Salido, Vicente de la Hoz, Francisco Navarro Villoslada, Antonio Juan Vildósola, Ángel Morales Herrero y Romualdo Brea. FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “El estreno del sufragio universal en Madrid (1869)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2003, nº extraordinario, pp. 71-83.

aparecía en el resto de las candidaturas oficiales⁴⁸. Los tres industriales eran los más destacados de una ristra de independientes que decidieron presentar su candidatura en Madrid, en general de forma aislada, intentando introducirse en las candidaturas oficiales, de las que habían sido marginados. Era el caso de Cristino Martos, Joaquín Aguirre o el mismísimo Baldomero Espartero, que aunque vivía en su retiro de Logroño, siempre recababa algún voto en la capital, independientemente de si era su intención presentarse o no⁴⁹.

Las candidaturas independientes fueron, de todas maneras, menos numerosas que en las elecciones municipales, en la que había habido una eclosión de luchas personales y escisiones en las principales fuerzas políticas. Además, las que se presentaron tuvieron un muy escaso éxito entre los electores. Al final, el debate político previo y los votos se polarizaron entre las dos grandes opciones, la de los monárquico-democráticos y la de los republicanos, y que ni en un caso ni en otro mostraron fisuras tan profundas como las que habían sufrido en las elecciones municipales⁵⁰.

La victoria del gran partido monárquico-democrático fue clara y contundente, tanto en la ciudad de Madrid como en el conjunto del país. Las Cortes Constituyentes fueron dominadas por las fuerzas coaligadas de la revolución, que obtuvieron 236 escaños: por toda oposición quedaron los republicanos con 85 diputados y los carlistas con 20⁵¹. Los siete escaños que se pusieron en juego en la capital fueron ganados por la candidatura monárquico-democrática, quedando los siete candidatos republicanos a gran distancia. Nicolás María Rivero fue el más votado, con 34.399 votos y siendo incluido en casi el 63% de las papeletas; de los monárquicos, Sagasta fue el que menos votos obtuvo (29.434, apoyado en el 53,85% de las papeletas), pero su diferencia con el republicano más apoyado por los madrileños fue clara: Estanislao Figueras, que hacía menos de un mes había conseguido auparse a la concejalía de Madrid, recabó

⁴⁸ La propuesta fue hecha en el Circo Price de Madrid el 6 de enero de 1869 y publicado en *La Voz del Siglo*, el 13 de enero de 1869. No era la primera vez que los miembros del Círculo de la Unión Industrial y Mercantil ensayaban esta estrategia; ya en las elecciones municipales de diciembre, algunos industriales se habían presentado como independientes por distintos distritos de Madrid. Sanford, lo hizo por Universidad, aunque sin demasiado éxito, ni tan siquiera en la sección de Vallehermoso en la que tenía instalada su fábrica de fundición. La presentación de candidaturas industriales en las elecciones municipales en *La Voz del Siglo*, 15 de Diciembre de 1868.

⁴⁹ Resulta difícil saber quiénes eran los promotores de estas candidaturas, que muchas veces no habían sido lanzadas por los propios interesados. El caso de Espartero puede ser uno de ellos; su popularidad hacía que recibiera votos en casi todas las convocatorias electorales, a veces hasta en las municipales en las que obviamente no concurría. Por otro lado pudo ser una candidatura promovida por aquellos que le habían propuesto para monarca, entonces una de las opciones junto al Duque de Montpensier y Fernando de Portugal para suceder a Isabel II.

⁵⁰ Esta unidad del voto se debía en parte al tipo de circunscripción sobre la que se realizaba la elección; para ser elegido había que obtener votos en toda la ciudad de Madrid y no valía con hacerlo solo en un puñado de barrios o en un distrito. En esas condiciones, los boticarios y los pequeños comerciantes como Ferrari no podían lanzarse alegremente a la aventura y presentarse por su cuenta. Su celebridad como liberal intachable de larga experiencia y como miembro distinguido de su comunidad, del barrio en que tenía su farmacia, no eran nada ante la figura de un Prim, un Serrano o un Sagasta, conocidos a lo largo y ancho de todo Madrid. Por otro lado, en aquellas elecciones, en que la liza se reducía en sus trazos más groseros en la opción entre monarquía y república, aquella alianza de alta política entre unionistas, progresistas y demócratas había de resultar menos insoportable que en la pelea por las concejalías. Seguramente las gentes como Ferrari y el resto de los votantes progresistas, tendrían menos problemas para olvidar sus rencillas con los unionistas y votar a Serrano; podían apartar sus diferencias por un momento y considerarlos como compañeros para aquel viaje, porque había algo más en serio en juego: evitar que la Revolución degenerara en república y anarquía.

⁵¹ Los resultados nacionales de las elecciones en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: *Historia de España. Siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 1998, pág. 553.

13.000 votos menos y sólo fue incluido en el 29% de las papeletas. A diferencia de las elecciones municipales, en esta ocasión, además, los monárquico-democráticos consiguieron vencer en todos y cada uno de los distritos de la ciudad, si bien con diferentes márgenes. El mapa electoral de Madrid aparecía claramente dominado por la coalición de progresistas, demócratas y unionistas, aunque con matices. Los resultados electorales esbozaban la existencia de ciertos focos de republicanismo en Madrid que coincidían con los distritos populares de la ciudad: Hospicio, Inclusa y Universidad, distritos predominantemente artesanos y jornaleros en su composición social, sin llegar a constituirse en feudos del republicanismo, eran los que más votos habían concedido a esta opción⁵².

Tabla 6.9: Resultados a las elecciones a cortes constituyentes de enero de 1869 en la ciudad de Madrid			
Distritos	participación	% votos monárquico-democráticos	% votos republicanos
Audiencia	67,50	74,00	20,00
Buenavista	63,50	69,00	23,00
Centro	71,00	70,00	22,00
Congreso	71,00	69,00	23,00
Hospicio	68,00	65,00	28,00
Hospital	67,00	58,00	37,50
Inclusa	56,00	52,50	41,00
Latina	63,00	61,00	21,00
Palacio	76,00	62,50	29,00
Universidad	64,00	55,00	38,00
Total	66,00	63,50	29,00

En las elecciones a cortes constituyentes, las listas eran abiertas. Los porcentajes señalados por Carmen Pérez Roldán reflejan los del candidato más votado de cada opción; así en Hospicio, el voto monárquico-democrático representa el de Nicolás María Rivero y el republicano el de Estanislao Figueras. Fuente: PÉREZ ROLDÁN, María del Carmen: *Bases sociales del republicanismo madrileño (1868-1874)*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid – Departamento de Historia Contemporánea, 1998, pág. 340.

La contundencia de la victoria monárquico-democrática no debe hacer pensar que la lucha fue poco disputada; tampoco que los resultados se saldaron con un retroceso absoluto del republicanismo madrileño. Los hasta 16.000 votos que pudo recoger Estanislao Figueras debían considerarse como un éxito en una ciudad que los republicanos ya sabían que les era adversa⁵³. Si habían situado a sus figuras más importantes en la candidatura de Madrid no había sido con la esperanza de obtener los escaños, sino por el valor simbólico de la plaza. Ya sabían que no vencerían y, por eso mismo, todos y cada uno de los siete republicanos que se presentaron por Madrid, se habían asegurado otras circunscripciones por las que presentarse y donde sabían que serían elegidos. En unas elecciones los éxitos y los fracasos debían valorarse más allá

⁵² Un mapa electoral más detallado, aunque sólo para el voto republicano, destacando sus principales zonas de apoyo en PÉREZ ROLDÁN, María del Carmen: *Bases sociales del republicanismo madrileño (1868-1874)*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid – Departamento de Historia Contemporánea, 1998.

⁵³ El poco apoyo de los madrileños al republicanismo en los comienzos del sexenio es un lugar común en la literatura de la época, sobre todo en los testimonios dejados por los propios republicanos. Véase por ejemplo ESTÉVANEZ, Nicolás: *Mis Memorias*, Madrid, Tebas, 1975.

de la obtención o no de los escaños en juego; sobre todo en aquellas, en el que la democracia estaba todavía en sus pasos iniciales. Por debajo de los resultados globales, tan claros y contundentes, existían otras mil batallas en la lucha por el poder y por el favor de la confianza política de los madrileños. Junto a la pugna entre grandes líderes como Sagasta y Serrano contra Figueras y Castelar, en las elecciones a Cortes Constituyentes de enero de 1869, también se desarrolló la competencia entre madrileños anónimos, republicanos y monárquicos, por hacerse con el poder e influencia en su entorno inmediato; su distrito, su barrio o las calles de alrededor de su vivienda o de la tienda que regentaban. El análisis de esas luchas de barrio y de distrito desvelaba en algunas zonas de Madrid, como la zona de Ensanche Norte, las complejas dinámicas de una victoria monárquica que no resultaba tan apabullante como lo parecía a primera vista y de una derrota republicana que tampoco era tan desesperanzadora.

Tabla 6.10: Resultados electorales en elecciones a Cortes de 1869: total Madrid y distritos de Hospicio y Universidad						
	Ciudad de Madrid		Distrito de Hospicio		Distrito de Universidad	
Nombre del candidato	votos	%	votos	%	votos	%
Nicolás María Rivero	34.399	62,93	3.452	65,05	3.347	54,81
Juan Prim	33.368	61,04	3.328	62,71	3.241	53,08
Francisco Serrano	31.940	58,43	3.269	61,60	3.066	50,21
Manuel Becerra	31.879	58,32	2.918	54,98	3.126	51,20
Juan Bautista Topete	31.456	57,55	3.231	60,88	3.112	50,97
Manuel Ruiz Zorrilla	30.716	56,19	3.164	59,62	3.047	49,90
Práxedes Mateo Sagasta	29.434	53,85	3.079	58,02	2.870	47,00
Estanislao Figueras	16.295	29,81	1.486	28,00	2.319	37,98
José María Orense	15.931	29,14	1.470	27,70	2.256	36,95
Francisco Pi i Margall	15.627	28,59	1.449	27,30	2.211	36,21
Blas Pierrad	15.538	28,43	1.435	27,04	2.174	35,60
Francisco García López	15.223	27,85	1.407	26,51	2.155	35,29
Fernando Garrido	14.734	26,95	1.380	26,00	2.103	34,44
Emilio Castelar	sin datos	sin datos	1.467	27,64	2.250	36,85

Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 4-458-1 y 4-461-1 y BAHAMONDE, Ángel: “Contribución al estudio del fraude electoral en un distrito urbano. Las elecciones de 1869 en Madrid”, *Hispania: Revista española de historia*, Vol. 36, nº 134, 1976, pp. 639-662.

El distrito de Hospicio era uno de los que había arrojado una de las más claras victorias monárquico-democráticas; era un campo de batalla electoral que no debía generar a priori ningún temor a los revolucionarios en el poder. Los resultados que habían obtenido allí en las elecciones municipales habían mostrado el respaldo con el que contaban: por Hospicio habían sido elegidos algunas de las figuras más importantes del nuevo Ayuntamiento madrileño, como Nicolás María Rivero, José María Galdo o José Abascal. Por otro lado, se trataba de uno de los distritos madrileños en que mejor se había articulado la red de organización de los partidos liberales, especialmente el progresista de Sagasta. La jerarquía de clubs y comités organizativos estaba articulada desde los tiempos de Isabel II, cuando los partidarios del político liberal habían desarrollado una activa labor de oposición y de propaganda a través del periódico *La Iberia* y actuaciones vistosas como durante la invasión del cólera de 1865. Todo ello situaba a los monárquico-democráticos en una situación privilegiada para ganar las

elecciones: tenían controlado el distrito y disponían de jefes y actores con gran influencia en cada barrio para saber canalizar la voluntad popular de los ciudadanos hacia su candidatura.

Tabla 6.11: Resultados electorales en la sección de Chamberí y en el distrito de Hospicio en las elecciones a Cortes de 1869				
Nombre del candidato	Chamberí	%	total distrito de Hospicio	%
Nicolás María Rivero	654	53,52	3452	65,07
Juan Prim	649	53,11	3328	62,73
Francisco Serrano Domínguez	632	51,72	3269	61,62
Juan Bautista Topete	638	52,21	3231	60,90
Manuel Ruiz Zorrilla	614	50,25	3164	59,64
Práxedes Mateo Sagasta	623	50,98	3079	58,04
Manuel Becerra	340	27,82	2918	55,00
Estanislao Figueras	520	42,55	1486	28,01
José María Orense	519	42,47	1470	27,71
Emilio Castelar	519	42,47	1467	27,65
Francisco Pi i Margall	519	42,47	1449	27,31
Blas Pierrad	514	42,06	1435	27,05
Francisco García López	513	41,98	1407	26,52
Fernando Garrido	505	41,33	1380	26,01
Cristino Martos	322	26,35	423	7,97
Joaquín Aguirre	31	2,54	301	5,67
Casto Méndez Núñez	25	2,05	274	5,16
Guillermo Sanford	14	1,15	78	1,47

Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 4-461-1.

Las zonas de las afueras de la ciudad pertenecientes al distrito de Hospicio, el arrabal de Chamberí y sus alrededores, parecían uno de los lugares más propicios para que la candidatura monárquica cosechara votos. Las elites del barrio habían formado un activo grupo de apoyo a la política progresista, que se había mostrado efectivo en otras situaciones más adversas. El círculo progresista de Chamberí reunía en su seno a algunos de los vecinos más distinguidos del arrabal. Distinguidos por sus propiedades, por su riqueza que destacaba en medio de una población en su mayoría artesana y jornalera, pero también por el papel rector que desempeñaban en diversos ámbitos de la vida del barrio. Estaba el farmacéutico, piedra angular en el sistema de beneficencia que tan importante era para aliviar las duras condiciones en que vivían las familias

trabajadoras de Chamberí. También Manuel Menéndez, uno de esos gallegos que habían ascendido desde la humilde condición de dependiente hasta propietario de un negocio propio; era un orgullo y un referente para sus abundantes paisanos que llegaban aquel barrio de Madrid en busca de un futuro. Igual que Ezequiel Ceinos, que sin ser gallego ni asturiano, estaba al frente de una de esas panaderías que jugaban un papel fundamental en la recepción de los inmigrantes y en el mundo del trabajo del emergente arrabal.

Todos ellos y algunos más, llevaban años reuniéndose en la tienda de ultramarinos de Manuel Menéndez, o en la botica de Benigno Castro, no sólo para comentar los últimos acontecimientos políticos, sino para elaborar propuestas y estrategias y para actuar cuando había sido necesario. Habían pasado por muchas cosas juntos, habían afrontado experiencias que habían contribuido a unirlos y que les había hecho aprender los recursos para defender sus intereses en la lucha política. Como en la pugna que sostuvieron contra el proyecto de Ensanche de Castro que pretendía derribar sus posesiones y de la que ahora recogían los frutos, con las primeras medidas adoptadas por el Ayuntamiento revolucionario. Esas y otras actividades, como su implicación activa en la junta parroquial de beneficencia les habían ayudado para acrecentar su popularidad en Chamberí y ganar prestigio entre sus habitantes; también les había enseñado a organizarse como un grupo, a gestionar los recursos de los que dependían y en casos tan graves como el cólera de 1865, cuando fueron capaces de recaudar más de 2.000 reales en apenas unos días, a provocar la movilización de sus vecinos y ponerse al frente.

Los progresistas de Chamberí sabían bien lo que habían de hacer ante las elecciones a Cortes de enero de 1869. Era el momento de devolver todos los favores y las ayudas que habían recibido de su jefe Sagasta. También era la ocasión para demostrar que eran dignos de la confianza que los líderes de su partido habían depositado en ellos. El día de la constitución de la mesa, allí estaban todos, Manuel Menéndez Baragaña, el primero. El tendero de ultramarinos de la calle Castillo había sido recompensado por sus años de apoyo a la causa progresista con un puesto de responsabilidad: era el alcalde de barrio de Chamberí, nombrado por el nuevo ayuntamiento que dirigía Rivero desde finales de diciembre y, por lo tanto, era el encargado de presidir la constitución de la mesa electoral en el primer día de elecciones⁵⁴.

Aunque Manuel Menéndez se sintiera confiado ante la tarea, sintió el peso de la responsabilidad. Se sabía respetado en el barrio, conocía los apoyos de los que gozaba entre sus vecinos, a muchos de los cuales conocía personalmente porque les había despachado alguna vez en su tienda de ultramarinos, o había entrado en contacto con ellos en las acciones benéficas impulsadas por los progresistas. Unos eran sus amigos, a otros les había vendido garbanzos y chocolate, y a algunos se los había repartido gratuitamente alguna vez. Nada podía fallar; los progresistas llevaban años luchando por organizar la vida en el barrio y la revolución de septiembre les había confirmado en sus puestos de jefes de la comunidad, a él y a sus compañeros de tertulia política. No obstante, la situación le imponía un cierto respeto y una cierta duda quebrantaba su seguridad en la victoria. Le ocurría desde hacía días, desde que había visto los libros talonarios en los que estaban registrados los vecinos con derecho a voto del barrio. Entre sus responsabilidades como alcalde de barrio estaba la de organizar las listas del censo electoral y, posteriormente, repartir las cédulas que cada votante había de presentar el día de la votación. Cuando quedó formado el censo, notó la primera

⁵⁴ La descripción de la constitución de la mesa electoral y del desarrollo de las elecciones en el arrabal de Chamberí a partir de las actas electorales, AVM, Secretaría, 4-461-1.

punzada de duda. Sabía del número abultado de electores que había en Chamberí; que fueran 1.752 los vecinos que tenían derecho a voto no había de sorprenderle porque había participado activamente en las anteriores elecciones⁵⁵. Pero ahora había tenido a su disposición los nombres de todos, les había visto las caras a muchos cuando se habían pasado a recoger la cédula. Él, que era uno de los fundadores del barrio, que había llegado allí cuando Chamberí no era más grande que un pueblo, cuando todo el mundo se conocía porque se encontraban frecuentemente ante la iglesia o en la botica, o porque todos compraban en la misma tienda, la suya, comenzaba a darse cuenta de cuánto había crecido el barrio en los últimos años. Ya no conocía a todos los vecinos y no podía asegurar, como antes habría podido, cuál sería el comportamiento de todos ellos ante unas elecciones tan cruciales como las de aquel enero de 1869⁵⁶.

Tabla 6.12: Resultado de las elecciones a Constituyentes de enero de 1869. Distrito de Hospicio

BARRIOS	nº electores	votos constitución mesa	participación	votos 16 de enero	votos 17 de enero	votos 18 de enero	votos total	participación
Chamberí	1.752	471	26,88	363	577	282	1.222	69,75
Valverde	537	211	39,29	174	161	86	421	78,40
Fuencarral	669	125	18,68	186	148	140	474	70,85
Barco	687	201	29,26	224	186	114	524	76,27
Beneficencia	424	185	43,63	171	138	70	379	89,39
Colmillo	685	180	26,28	213	185	97	495	72,26
Desengaño	593	140	23,61	178	154	115	447	75,38
Hernán Cortés	577	115	19,93	163	172	93	428	74,18
Pelayo	595	137	23,03	171	162	86	419	70,42
Santa Bárbara	688	192	27,91	207	187	102	496	72,09
total	7.207	1.957	27,15	2.050	2.070	1.185	5.305	73,61

Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 4-461-1.

Manuel Menéndez estaba al frente del colegio electoral más importante del distrito; prácticamente uno de cada cuatro votantes de Hospicio residía en Chamberí. Mientras que sus compañeros del comité progresista del distrito tenían que bregar en campañas electorales en las que se competía por quinientos, seiscientos y a lo sumo setecientos votos, al tendero gallego le tocaba influir y movilizar a casi el triple de electores. Su barrio era más grande y, lo que casi asustaba más, estaba especialmente implicado en la pugna política. Lo pudo comprobar aquella mañana del 15 de enero en que se había

⁵⁵ Como ya se ha señalado previamente, las actas del distrito de Hospicio de las elecciones municipales de diciembre del 1868 no se conservan en el Archivo de Villa de Madrid, por lo que es imposible conocer quiénes lideraron entonces la organización de los comicios en el barrio de Chamberí. No obstante, la prensa, a través de noticias sueltas, ofrece algunos datos. En una de las primeras publicaciones de resultados por parte de *La Iberia*, se informa de que Manuel Menéndez Baragaña había obtenido 191 votos. El tendero de Chamberí y principal hombre del partido progresista en el arrabal, se había presentado de manera similar a como lo había hecho Carlos Ferrari en el distrito de Universidad, al margen de la candidatura oficial. Véase *La Iberia*, 20 de diciembre de 1868.

⁵⁶ Los resúmenes estadísticos ofrecidos por el ayuntamiento de Madrid no nos permiten conocer con exactitud el volumen de población de Chamberí; a partir del análisis de las hojas de padrón sabemos que la zona que constituía la sección electoral de Chamberí albergaba en 1860 unos 3.000 habitantes; desde entonces, el caserío había crecido lentamente a causa de la incertidumbre creada por el plan de Ensanche y sus reclamaciones. La población sí debió de aumentar, sobre todo por una ocupación más intensiva de las viviendas, aunque la gran explosión demográfica de la zona se produciría a partir de 1869 y 1870 cuando el ritmo de la construcción se retomó.

de decidir la constitución de la mesa electoral. Casi quinientos vecinos del barrio se presentaron para la votación. En un arrabal en que la mayoría de los vecinos con derecho a votos eran jornaleros, trabajadores de la construcción y artesanos caídos en la desgracia de la corrosión gremial, gentes para los que el jornal de un día de trabajo era fundamental para llegar a final de mes, casi quinientas personas se habían tomado la molestia de ausentarse ese viernes del trabajo para ver qué sucedía en la votación de la mesa, para decidir quiénes iban a ser los responsables de interpretar y evaluar la voluntad popular de Chamberí.

Como buen progresista demócrata Manuel Menéndez no podía tener miedo. Creía en el sufragio universal y en la bondad de la participación del pueblo en las decisiones políticas. Su credo político había de reconfortarle en aquel emocionante acontecimiento en que se estaba decidiendo el destino del país, como monarquía o república, y en el que él era un modesto protagonista. Eso le reconfortaba y también que a la votación de la mesa había venido su gente, sus compañeros de fatigas en el barrio, con los que tantas otras veces se había juntado para organizar la vida en Chamberí. Los tenía a su lado, como votantes, pero también controlando y organizando el proceso. De los cuatro secretarios que estaban en la mesa por el método relativamente azaroso y ciego de elegir a los dos más jóvenes y los dos más viejos de entre los presentes, al menos tres le eran bien conocidos. Ahí estaba Rosendo Conde, el vidriero que tenía su taller en la calle Santa Engracia desde hace años y que había sido uno de los vecinos que religiosamente había donado su dinero a la junta parroquial de Chamberí desde hacía años. Un miembro viejo de la comunidad, que como él formaba parte del grupo de los primeros vecinos del arrabal y que probablemente no le fallaría. Lo mismo que Ibo de la Cortina, uno de los primeros empleados que se había trasladado a vivir a Chamberí. Residía desde hacía años en la calle Luchana y había sido uno de los más activos vecinos en la junta parroquial de Beneficencia, en la que había sido visitador y vocal hacía años. El tercero, a pesar de su juventud, también le inspiraba mucha confianza; era Simón, el hijo de Mariano Lerroux, uno de los primeros que había tenido tierras por allí en las afueras. Don Mariano, que era labrador, dueño de su tejtar y habitante de las casitas del arrabal, había fallecido ya hacía unos cuantos años; había sido uno de los notables del barrio y siempre estuvo implicado en la vida de la comunidad, junto a ellos. Su hijo continuaba ahora su labor como prohombre de Chamberí.

Cuando hubo puesto orden en la sala, todo comenzó según lo habían previsto en una de las últimas reuniones que los progresistas de Chamberí habían tenido para preparar las elecciones. Ezequiel Ceinos, el panadero de la calle de La Habana, viejo amigo y reconocido progresista, presentó su candidatura para ser presidente de la mesa durante los tres días que habían de durar las elecciones a Cortes Constituyentes. Junto a él, presentaba como candidatos a secretarios a don Ibo de la Cortina y a Lorenzo García. También se confirmó el rumor que había circulado por el barrio en los últimos días: Alejo Ortiz de Taranco se le acercó y propuso su propia candidatura para presidente de la mesa.

Era algo que se podía esperar de Ortiz de Taranco; aquel empleado nunca había acabado de encajar en la comunidad. Llevaba unos años instalado en uno de las viviendas acomodadas del Paseo de La Habana, en la misma calle que estaba la tahona de Ceinos y de Francisco Fernández; junto al Hospital que el señor Arango les había prestado para luchar contra el cólera, muy cerca de la botica que ordenaba la vida de la

comunidad⁵⁷. Podía haber sido uno más de los suyos, juntarse con el boticario, el tahonero y el comerciante de ultramarinos, pero aunque conocía las actividades del círculo recreativo y progresista de Chamberí, no acudió frecuentemente a sus reuniones. Cuando los notables del arrabal tuvieron ocasión de hablar con él en los primeros días de la revolución, comprobaron rápidamente que sus simpatías no estaban con Sagasta o Abascal y que su odio a la monarquía rebasaba los límites de la oposición a los borbones, para alcanzar a la institución en su conjunto. Ortiz de Taranco era republicano y le gustaba debatir sobre política y definirse; no era pues sorprendente que se postulara para presidente de la mesa de elección. De todo tenía que haber en la política, incluso republicanos en aquel barrio cuyo corazón siempre había sido progresista.

La sorpresa saltó cuando se abrieron las urnas y se recomptaron los votos. Llamaba la atención que aquel recién llegado que predicaba el republicanismo en tierra progresista hubiera obtenido tanto apoyo de los vecinos de Chamberí. 186 vecinos del arrabal le otorgaron su confianza para la presidencia de la mesa; no bastaban para superar los 278 votos que obtuvo el tahonero y progresista Ezequiel Ceinos, pero daban una muestra de la fuerza con que había prendido el republicanismo en Chamberí en aquellos pocos meses transcurridos desde la caída de Isabel II. La potente irrupción del republicanismo y la capacidad de movilización de aquellos recién llegados fueron confirmadas en los tres días siguientes en que se celebraron las elecciones. Aunque el primer día ganaron los monárquico-democráticos (Nicolás María Rivero fue el más votado con 198 votos), los republicanos obtuvieron muy buenos resultados: Figueras, Castelar y Pi i Margall aparecían en 147 papeletas. Pero lo más sorprendente, con tintes preocupantes, fueron los resultados de la segunda jornada de votación, el domingo 17 de enero. Los republicanos eran los más votados en el día que acudían más vecinos al colegio; porque ese día los jornaleros y artesanos no tenían que acudir al taller o al tajo y tenían tiempo para acercarse a las urnas. Aunque no fuera apabullante, era una demostración de que los trabajadores estaban más con el republicanismo que con la opción que defendían los progresistas, que tanto se habían preocupado por el bienestar de los más desfavorecidos del arrabal. Manuel Menéndez, Ezequiel Ceinos, Benigno Castro y el resto de notables que tanto habían luchado por el barrio tuvieron que hacer verdaderos esfuerzos para movilizar a cuanto votante pudieron al día siguiente, el lunes 18 de enero.

Tabla 6.13: Resultados electorales elecciones Constituyentes de enero de 1869, distrito de Hospicio, sección de Chamberí.					
Nombre del candidato	votos 16 enero de 1869	votos 17 de enero de 1869	votos 18 de enero de 1869	votos total	porcentaje de votos total
Nicolás María Rivero	198	270	186	654	53,52
Juan Prim	194	273	182	649	53,11
Francisco Serrano	194	262	176	632	51,72
Práxedes Mateo Sagasta	193	255	175	623	50,98
Juan Bautista Topete	193	267	178	638	52,21
Manuel Ruiz Zorrilla	187	248	179	614	50,25
Estanislao Figueras	147	285	88	520	42,55

⁵⁷ Ortiz de Taranco no residía en Chamberí en 1860 y no aparece en el padrón; sus datos biográficos proceden del libro talonario del censo electoral del barrio, que acompaña a las actas de las elecciones a cortes Constituyentes (y que se realizaba a partir del padrón, en este caso el realizado en diciembre de 1868). AVM, Secretaría, 4-461-1.

Emilio Castelar	147	285	87	519	42,47
Francisco Pi i Margall	147	285	87	519	42,47
José María Orense	146	285	88	519	42,47
Francisco García López	144	284	85	513	41,98
Fernando Garrido	141	279	85	505	41,33
Blas Pierda	140	287	87	514	42,06
Manuel Becerra	106	127	107	340	27,82
Cristino Martos	100	147	75	322	26,35

Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 4-461-1

Finalmente, en Chamberí venció la candidatura monárquico-democrática que los progresistas hicieron suya, aunque la victoria no fue completa ni contundente. En realidad, entre los siete más votados se coló un republicano, Estanislao Figueras, que con 520 votos superó a Manuel Becerra que sólo recogió 340. De hecho, Manuel Becerra fue superado por todos los candidatos republicanos. Esta derrota de uno de los monárquico-democráticos se debía, una vez más, a las fricciones y disputas internas que se producían dentro de la coalición formada por los unionistas, progresistas y demócratas, donde la armonía estaba lejos de imperar. Lo que había sucedido era que la candidatura no había sido del todo aceptada por los monárquicos y un sector había decidido sustituir a Becerra por Cristino Martos en la papeleta. Aquella disensión llevada a la urna provocó una división del voto que permitió a Figueras una pequeña victoria en Chamberí.

Fue un fenómeno localizado, restringido a aquel arrabal que no tuvo consecuencias ni en los resultados del distrito ni en los de la ciudad. Aún así era una muestra de dos formas claramente distintas de comportamiento de los partidos políticos. De una parte, los monárquico-democráticos, en los que la escisión era endémica, por lo coyuntural de su alianza y por su naturaleza como partido demasiado basado en las personalidades. De la otra, los emergentes republicanos, que hacían gala de una extraordinaria unidad y cuyos militantes aparentaban seguir una fiel disciplina de voto. Unidad y disciplina en el voto, dos valores que serían vitales y especialmente eficaces en la contienda política democrática con sufragio universal, en la que votaban todos los ciudadanos y no sólo unos notables escogidos.

A todo ello los republicanos de 1869 añadían una virtud más: su éxito entre los sectores populares del electorado, que se había apuntado en los resultados de Chamberí. Un apoyo que había de ser esencial en su crecimiento como partido. Porque el sufragio universal colocaba a partir de ese momento el peso de la decisión política en unas clases populares que componían la mayor parte del censo electoral. Los jornaleros, que eran el grupo social en más rápido crecimiento en la capital, se convertían en protagonistas de primer orden y su voto en la clave de la distribución del poder, sustituyendo a las elites que habían monopolizado la vida política hasta el momento. Aún así, en Chamberí, y en otros barrios de la capital, no se produjo un vuelco revolucionario en el personal político: las antiguas redes personales que articulaban la vida social, como la de los progresistas de Chamberí, hicieron de eficaz malla de contención frente a la alternativa que representaba el republicanismo.

No fue así en otros espacios urbanos cuya integración en la sociedad madrileña había sido escasa. Era el caso de Vallehermoso, en que la autoridad de los revolucionarios triunfantes en septiembre de 1868 era precaria y débil. Se trataba de una barriada marginada, que había sido objeto de poco interés por las elites antes de la revolución y donde los actores de los partidos monárquicos no se habían presentado para mejorar las condiciones de sus vecinos hasta que los habían necesitado como

electores. En las elecciones municipales de diciembre, los revolucionarios habían triunfado sólo parcialmente. Se encontraron una acogida tibia por parte de los vecinos y los republicanos habían aprovechado el vacío para crecer allí como partido y forjarse como líderes de aquella comunidad. Pero el desarrollo del republicanismo en Vallehermoso no se trataba simplemente de una cuestión de oportunismo y cálculo político. Eran los propios vecinos de la zona, los oficiales de carpintero, los jornaleros y los modestos comerciantes que tenían allí su tienda, los que habían abrazado la causa de la república, presentándose como candidatos a las presidencias y a las secretarías de las mesas electorales.

En la gran cita electoral de enero de 1869, en que había de tomarse la decisión entre monarquía o república, los republicanos aprovecharon para continuar la obra que habían comenzado en diciembre. Vallehermoso era una zona propicia al republicanismo por su composición social y por el rencor que sus habitantes podían sentir contra las elites políticas monárquicas por haberles relegado al abandono durante años. Por otro lado, el republicanismo había de ser una opción política atractiva para los habitantes de Vallehermoso; en sus propuestas políticas podían canalizar gran parte de sus reivindicaciones y necesidades como vecinos. Era fácil encontrar entre los habitantes de aquel conjunto de casas de vecindad y de corralas, personas dispuestas a incorporarse a la lucha por la victoria republicana en las urnas y contribuir a movilizar al resto de los vecinos de Vallehermoso.

José Yus fue uno de ellos. Era ebanista y tenía cuarenta años. Vivía en una de las viviendas baratas de las corralas y casas de vecindad de Vallehermoso, en la calle Blasco de Garay. Era artesano, un trabajador cualificado pero se había tenido que conformar con ser uno más de los numerosos vecinos del barrio que hacía del trabajo en la construcción su principal fuente de ingresos⁵⁸. De ebanista había pasado a ser un mero jornalero, teniendo que luchar día a día por encontrar un trabajo en una obra o en un tajo. Últimamente podía estar relativamente contento y aliviado, porque el nuevo Ayuntamiento había dado un importante impulso a las obras públicas. Los revolucionarios, desde el momento que se habían instalado en el poder, habían puesto en marcha todos aquellos proyectos que habían estado parados desde que comenzara la gran crisis de trabajo de hacía un par de años: se habían tirado las tapias, se había comenzado a trazar calles en el ensanche, a empedrarlas... de nuevo había trabajo. Pero José Yus no se hacía demasiadas ilusiones para el futuro: ya había conocido otras épocas en que las autoridades se había puesto a repartir trabajo para intentar esconder el malestar de los jornaleros y los artesanos de la ciudad. También era posible que fuese consciente de que los liberales y los monárquicos nunca habían hecho nada por la gente como él, por los vecinos de Vallehermoso. Quizá hubiera sentido la falta de interés de las elites en otras ocasiones, cuando cayó enfermo y no vino a su casa ninguno de esos notables que iban visitando a los pobres y regalando garbanzos. Como en 1865, cuando el cólera cundía en el barrio como en el resto de Madrid y a Vallehermoso no habían llegado los repartos de pan, de carbón y de mantas que tan abundantes habían sido justo ahí al lado, a unos centenares de metros, en el arrabal de Chamberí.

Un día José Yus estaba en el tajo, trabajando codo con codo con sus compañeros en una de tantas obras que había puesto en marcha el Ayuntamiento. Un capataz se acercó con un taco de papeles. Empezó a hablar. Les hizo saber a sus trabajadores quién estaba al frente del Ayuntamiento: aquellos encomiables

⁵⁸ Los datos biográficos de José Yus en el libro talonario de registro de electores del barrio de Campo de guardias, incluido en las actas del distrito de Universidad de las elecciones a Cortes Constituyentes, AVM, Secretaría, 4-458-1, nº de elector 1.118.

revolucionarios que en septiembre habían echado a la reina de España y habían puesto fin a un largo periodo de mal gobierno, de miseria y de crisis económica. El trabajo que ahora tenían se lo debían a aquellos grandes revolucionarios. Tenían que recordar el último verano, y el pasado invierno, cuando no había manera de ser contratado, porque todas las obras públicas se habían parado. Les contó lo que muchos de los jornaleros que trabajaban junto a Yus ya sabían; que dentro de unos días habría elecciones para las Cortes Constituyentes y que ellos podrían votar. Eso también se lo debían a los revolucionarios, les dijo el capataz; los revolucionarios de septiembre habían traído el sufragio universal y la democracia, habían devuelto los derechos al pueblo. Pero todos aquellos avances y logros estaban en peligro, podían acabarse si los revolucionarios no ganaban las elecciones para poder continuar con aquellos grandes avances. Terminó su discurso entre el silencio un tanto escéptico de los trabajadores y comenzó a repartir el taco de papeles que traía consigo: eran papeletas con la candidatura de Prim, Serrano y el resto de encomiables revolucionarios. Se despidió con una sentencia de tinte amenazante: recuerden, si no ganan los revolucionarios de septiembre, si no les apoyan con sus votos, puede que al día siguiente no tengan trabajo.

Pudo ser así o pudo ser que José Yus se lo inventara, o simplemente exagerara las palabras de su capataz. El caso es que el ebanista, trabajador jornalero para el Ayuntamiento, decidió escribir a *La Igualdad* para contarlo. El periódico republicano se hizo eco de la noticia el 14 de enero, llevándola a primera página y resaltando una denuncia que añadía una palada más al gran montón de intentos del Gobierno de ejercer su “influencia moral en el voto” y que *La Igualdad* llevaba días reflejando en sus páginas:

*“El gobierno, valiéndose de sus empleados (y estos se prestan por no perder el turrón), hace apoyar su candidatura por cuantos medios están a su alcance, y un ejemplo de esta verdad está, señor Ciudadano Director [del periódico] en lo sucedido hoy en Vallehermoso. Se han formado las brigadas y se les han hecho promesas difíciles de realizar. Más aún todavía, se les amenaza que perderán su trabajo si no apoyan la candidatura del gobierno reaccionario.”*⁵⁹

Eran palabras de José Yus, que se desvelaba en vísperas de las elecciones como un ferviente republicano, dispuesto a poner en juego su nombre frente a los capataces que le contrataban y de los que dependía su sueldo. El gesto era apreciado por los republicanos de Vallehermoso, que decidieron que el ebanista José Yus se alzara como su líder en la lucha en las elecciones a las Cortes: al día siguiente de la publicación de su carta en el periódico republicano, se le pudo ver presentarse como candidato a la mesa electoral del colegio de Campo de Guardias.

Las quejas de los jornaleros de Vallehermoso fueron el primer signo de cuánto se había vigorizado el apoyo de los vecinos de la barriada a las propuestas republicanas. La confirmación de ese vigor vino en la votación de la mesa, primer paso en la organización de los comicios. Los monárquico-democráticos del barrio, los hombres de la revolución que habían intentado en las distintas elecciones anteriores ganarse el apoyo popular, ya estaban sobre aviso. Habían visto el éxito que había

⁵⁹ *La igualdad*, 14 de enero de 1869; la carta viene firmada por tres trabajadores de Madrid, Pedro Sofi, Ramón Figuerola y José Yus. Su publicación provocó una agria respuesta por parte de los capataces y los sobrestantes de obras públicas de Vallehermoso; *La Igualdad*, la publicó al día siguiente, el 15 de enero, haciéndose eco de otros intentos de coacción sobre los obreros, en este caso en la Montaña del Príncipe Pío.

alcanzado el republicano Santiago Gutiérrez en las municipales y temían que se extendiera el favor hacia sus rivales políticos. Acudieron al de siempre para que intentara controlar el proceso electoral: Calixto de la Torre, el abogado que trabajaba en las oficinas del Ministerio, que ya había estado organizando las elecciones a Junta Superior Revolucionaria y que había participado en las municipales. En esa última ocasión, había conseguido que todos los electores del barrio, unánimemente, le incluyeran en su votación para secretario escrutador de la mesa y confiaba que su popularidad en el barrio les siguiera siendo útil para conducir las elecciones hacia donde ellos querían.

Calixto de la Torre se presentó a primera hora de la mañana en el colegio electoral⁶⁰; allí estaban todos los vecinos que ya habían demostrado algún interés en la organización de las elecciones pasadas: Emilio Alarcón el carpintero republicano, José María Espinosa el joven tenedor de libros que había intervenido en las protestas y que había seguido tan atentamente el escrutinio día a día, y además aquel José Yus, el ebanista que tan famoso se había hecho en los últimos días por sus mal intencionados comentarios a los esfuerzos de propaganda de los revolucionarios monárquicos. Pero algo había cambiado; se notaba que aquellas elecciones eran más vibrantes que las de hacía apenas un mes, cuando se pidió a los electores que eligieran a sus concejales. La principal diferencia era que mientras en diciembre para votar la mesa sólo habían acudido 78 vecinos, ahora eran 234. La pasión política parecía haberse extendido, incorporando a los debates y a la pugna a gentes que tradicionalmente o no habían estado interesadas en esos asuntos, o simplemente habían sido marginados del sistema. Porque para votar la mesa habían acudido muchos jornaleros, albañiles y carpinteros, que habían inundado con su presencia el colegio, y sus voces ahora ahogaban en los debates las de los abogados, propietarios, farmacéuticos y clérigos que normalmente se habían ocupado de esas cuestiones.

La votación de la mesa fue un auténtico revés para Calixto de la Torre. Recibió sólo 44 votos, mientras que aquel ebanista vocinglero, José Yus, fue honrado con el apoyo de 128 vecinos. Era patente que don Calixto había perdido el favor unánime de sus convecinos; que su ascendencia sobre los habitantes de Vallehermoso se resquebrajaba y que, si antes su prestigio como hombre de la revolución le había convertido en un árbitro incuestionable en la organización de la democracia, ahora era percibido como un agente hostil. Las voces de los propietarios, de los empleados y de los profesionales liberales, ya no eran las más escuchadas cuando se hablaba de política, al menos en Vallehermoso. La constitución de la mesa lo dejaba claro. La presidencia, ganada por aquel José Yus, jornalero republicano se hizo acompañar por cuatro secretarios: Emilio Alarcón, el carpintero republicano que ya había participado en las elecciones municipales y que obtuvo 175 votos, Dionisio Vicente, dueño de una carbonería en el barrio que recibió 71, el propio Calixto de la Torre, que sí que consiguió ese puesto en la mesa con 55 apoyos y Narciso Arias, un artesano calderero que tenía su taller en la calle Navas de Tolosa (la actual San Bernardo).

El sufragio universal había hecho que la política se convirtiera en Vallehermoso en un asunto de carpinteros, artesanos, pequeños comerciantes y jornaleros y que las gentes como Calixto de la Torre perdieran el respeto de la comunidad del que habían gozado cuando eran las elites incuestionables. Además, la democracia se volvía un asunto menos agradable de lo que había parecido en un primer momento. Si las elecciones a la Junta Superior Revolucionaria habían sido fáciles para él, reducidas a una mera confirmación por aclamación popular de los revolucionarios en el poder, y

⁶⁰ La constitución de la mesa y el desarrollo de las elecciones a partir de AVM, 4-458-1.

las municipales habían transcurrido apaciblemente, sin que nadie protestara ninguna papeleta, en aquellos comicios a Cortes Constituyentes todo fue muy diferente. Durante los tres días de la elección, Calixto de la Torre tuvo que aguantar y luchar contra las quejas que los republicanos presentaban contra las papeletas que apoyaban a Prim, Serrano, Sagasta y el resto de los revolucionarios monárquicos. Los republicanos estaban crecidos en su orgullo de líderes de barrio y se sabían poderosos, y querían aprovecharlo para ganar las elecciones lo más contundentemente posible. El más combativo fue José María Espinosa, el joven tenedor de libros, cuyas lecturas y conocimientos, si bien no le habían valido para tener un puesto en la administración como el de don Calixto de la Torre, le bastaban para conocerse unas cuantas argucias legales y políticas. El primer día intentó que se invalidaran 56 papeletas de voto, alegando que aquella era una *“elección de representantes de sufragio universal y no de representantes de partidos. Protesto todas las candidaturas, que antepuesto a los nombres de los diputados llevan un lema que dice Candidatura Democrático Monárquica.”*⁶¹ Al día siguiente lo intentó con otras 94. Sólo con grandes esfuerzos y con agrias discusiones en las que don Calixto se enfrentó públicamente al tal José María Espinosa y a su amigo Emilio Alarcón, el carpintero que era secretario de la mesa. Sólo con muchos esfuerzos, el empleado monárquico consiguió que no se salieran con la suya.

6.14: Elecciones diputados a Cortes Constituyentes de enero de 1869. Distrito de Universidad y sección de Campo de Guardias.				
Candidatos	Campo de Guardias	%	distrito de Universidad	%
Nicolás María Rivero	382	41,03	3.347	54,81
Juan Prim	366	39,31	3.241	53,08
Manuel Becerra	323	34,69	3.126	51,20
Juan Bautista Topete	388	41,68	3.112	50,97
Francisco Serrano	319	34,26	3.066	50,21
Manuel Ruiz Zorrilla	283	30,40	3.047	49,90
Práxedes Mateo Sagasta	303	32,55	2.870	47,00
Estanislao Figueras	516	55,42	2.319	37,98
José María Orense	512	54,99	2.256	36,95
Emilio Castelar	513	55,10	2.250	36,85
Francisco Pi i Margall	510	54,78	2.211	36,21
Blas Pierrad	511	54,89	2.174	35,60
Francisco García López	508	54,56	2.155	35,29
Fernando Garrido	506	54,35	2.103	34,44
Joaquín Aguirre	47	5,05	469	7,68
Baldomero Espartero	46	4,94	364	5,96
Casto Méndez Núñez	25	2,69	317	5,19

⁶¹ La protesta queda reflejada en las actas del barrio de Campo de Guardias, del distrito de Universidad. AVM, Secretaría, 4-457-1. José María Espinosa se valió de un argumento formal, aunque no claramente válido. Intentó que se invalidaran todas las papeletas que incluyeran un lema político, del tipo “candidatura monárquico-democrática por Madrid”. De las 56 que intentó invalidar el primer día, 54 iban para los candidatos gubernamentales, una para los carlistas y otra para los republicanos. De las 94 que se protestaron el segundo día, 89 eran monárquico-democráticas, 3 republicanas y dos carlistas. Todas las papeletas se adjuntaron a las actas por petición expresa de Emilio Alarcón y se conservan en el Archivo de Villa de Madrid. La gran mayoría de ellas eran impresas y no escritas por los propios votantes, probablemente habían sido repartidos los días previos por los militantes de cada partido, tal y como sugería la noticia publicada en *La Igualdad*.

Cristino Martos	53	5,69	241	3,95
Eugenio García Ruiz	24	2,58	240	3,93
Nicolás Salmerón y Alonso	25	2,69	224	3,67
Antonio Aparici y Guijarro	10	1,07	161	2,64
Amable Escalante	11	1,18	158	2,59
Guillermo Sanford	57	6,12	149	2,44
Antonio Valles	12	1,29	148	2,42
Ángel Fernández de los Ríos	37	3,97	138	2,26
Juan Fabra y Florenta	31	3,33	117	1,92
Félix Bona	31	3,33	100	1,64
Francisco Lersundi	5	0,54	82	1,34

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, 4-458-1

Fue una victoria pírrica de don Calixto; el recuento definitivo de las papeletas hizo ver que, ni aún contando con todos los votos que pudieran recoger en el barrio, podían acercarse a los republicanos, cuyo éxito en Vallehermoso era aplastante. Los electores de aquella zona dieron su apoyo a la candidatura de los grandes líderes republicanos del país en los tres días de elección. El más votado en aquel barrio fue Estanislao Figueras, con 516 votos y el que menos en la candidatura republicana, Fernando Garrido, con 506. El más apoyado del partido monárquico-democrático fue el almirante Topete cuya gesta de la bahía de Cádiz en el septiembre pasado sólo le sirvió para cosechar 388 apoyos.

La victoria de los republicanos en Vallehermoso era clara y contundente. A diferencia de lo que había sucedido en Chamberí, los éxitos no tenían que ver con los vicios y defectos de sus contrincantes. En Vallehermoso Estanislao Figueras no triunfaba aprovechándose de las divisiones y peleas internas entre unionistas, demócratas y progresistas, como ocurría en Chamberí; de hecho, en Vallehermoso las candidaturas independientes como las de Cristino Martos o Antonio Vallés tenían poco éxito. Tan sólo Guillermo Sanford, que tenía su fábrica en las inmediaciones recogía algunos votos pero, por lo demás, los electores monárquico-democráticos se habían comportado con cierta disciplina. El triunfo republicano se debía al enraizado apoyo que tenían en el barrio y a la activa participación de los propios vecinos en la movilización política. Vallehermoso se había constituido en un feudo del republicanismo en una capital que, por lo que sugerían los resultados generales, todavía apoyaba en su gran mayoría a Prim, Serrano, Sagasta, Rivero y el resto de los coaligados.

El avance de los republicanos, más tímido en Chamberí y más contundente en Vallehermoso, podía parecer poco importante, en el contexto de la gran victoria de los monárquicos en toda la capital. Pero, aunque los éxitos republicanos de esos dos barrios no habían afectado en los de los respectivos distritos a los que pertenecían, no había que olvidar que eran con diferencia los que más votantes concentraban en cada una de esas zonas. Chamberí y Vallehermoso, el Ensanche Norte en su conjunto, eran las zonas más dinámicas de Madrid, los extremos por los que se extendía una ciudad cuya explosión demográfica y urbana se había contenido hasta el momento, pero que estaba a punto de un estallido demográfico. De hecho ya había sucedido; la revolución había derribado las tapias y desatado las fuerzas contenidas durante los años en que se produjo el colapso de la monarquía isabelina. Eran el futuro Madrid, donde se forjaba una nueva ciudad y se instalaban sus nuevos habitantes, y no era una cuestión menor que aquellos barrios emergentes hubieran caído del lado republicano. Los progresistas lo sabían, sabían que era vital incorporar a las elites y a los vecinos de un barrio como

Chamberí, de intentar alcanzar una hegemonía en la organización social del barrio y de su vida comunitaria. Conseguirlo generaba prestigio que podía traducirse en poder, en votos y en concejales y escaños. El fracaso que la coalición revolucionaria había tenido en Vallehermoso podía ser una carencia inicial, un pequeño problema propio de los primeros tiempos en el poder. O podía convertirse en un peligro. Sólo lo comprobarían con el tiempo, a medida que la revolución se enfriara y se consolidara.

Tabla 6.15: ELECCIONES DIPUTADO A CORTES DE 1869 DISTRITO DE UNIVERSIDAD, RESULTADOS POR BARRIOS, Elaboración propia a partir de AVM, SECRETARÍA, 4-458-1

Candidatos	Corredera		Campo de Guardias		Estrella		Colón		Pizarro		Daoiz		Pez		Escorial*		Rubio		Dos de Mayo		Distrito de Universidad	
Nicolás María Rivero	354	49,79	382	41,03	292	55,41	294	63,09	351	65,24	197	61,37	207	58,81	370	59,11	440	56,41	460	53,86	3347	54,81
Juan Prim	361	50,77	366	39,31	282	53,51	292	62,66	326	60,59	188	58,57	186	52,84	353	56,39	435	55,77	452	52,93	3241	53,08
Manuel Becerra	352	49,51	323	34,69	275	52,18	277	59,44	338	62,83	178	55,45	181	51,42	333	53,19	425	54,49	444	51,99	3126	51,20
Juan Bautista Topete	333	46,84	388	41,68	270	51,23	281	60,30	316	58,74	168	52,34	174	49,43	341	54,47	412	52,82	429	50,23	3112	50,97
Francisco Serrano Domínguez	330	46,41	319	34,26	270	51,23	276	59,23	330	61,34	179	55,76	181	51,42	343	54,79	416	53,33	422	49,41	3066	50,21
Manuel Ruiz Zorrilla	342	48,10	283	30,40	273	51,80	273	58,58	324	60,22	177	55,14	194	55,11	338	53,99	411	52,69	432	50,59	3047	49,90
Práxedes Mateo Sagasta	329	46,27	303	32,55	264	50,09	250	53,65	305	56,69	154	47,98	150	42,61	311	49,68	404	51,79	400	46,84	2870	47,00
Estanislao Figueras	307	43,18	516	55,42	180	34,16	119	25,54	152	28,25	98	30,53	93	26,42	205	32,75	303	38,85	346	40,52	2319	37,98
José María Orense	308	43,32	512	54,99	171	32,45	111	23,82	141	26,21	98	30,53	88	25,00	191	30,51	301	38,59	335	39,23	2256	36,95
Emilio Castelar	307	43,18	513	55,10	173	32,83	111	23,82	139	25,84	94	29,28	92	26,14	189	30,19	300	38,46	332	38,88	2250	36,85
Francisco Pi i Margall	292	41,07	510	54,78	168	31,88	111	23,82	138	25,65	95	29,60	87	24,72	185	29,55	298	38,21	327	38,29	2211	36,21
Blas Pierrad	296	41,63	511	54,89	164	31,12	106	22,75	135	25,09	95	29,60	82	23,30	182	29,07	294	37,69	309	36,18	2174	35,60
Francisco García López	295	41,49	508	54,56	160	30,36	110	23,61	131	24,35	91	28,35	76	21,59	181	28,91	291	37,31	312	36,53	2155	35,29
Fernando Garrido	288	40,51	506	54,35	158	29,98	100	21,46	132	24,54	90	28,04	77	21,88	174	27,80	285	36,54	293	34,31	2103	34,44
Joaquín Aguirre	46	6,47	47	5,05	41	7,78	28	6,01	30	5,58	34	10,59	54	15,34	70	11,18	58	7,44	61	7,14	469	7,68
Baldomero Espartero	32	4,50	46	4,94	20	3,80	30	6,44	40	7,43	18	5,61	34	9,66	54	8,63	36	4,62	54	6,32	364	5,96
Casto Méndez Núñez	23	3,23	25	2,69	28	5,31	27	5,79	45	8,36	23	7,17	41	11,65	39	6,23	22	2,82	44	5,15	317	5,19
Cristino Martos	24	3,38	53	5,69	23	4,36	17	3,65	17	3,16	12	3,74	10	2,84	30	4,79	26	3,33	29	3,40	241	3,95
Eugenio García Ruiz	22	3,09	24	2,58	19	3,61	22	4,72	17	3,16	10	3,12	27	7,67	35	5,59	24	3,08	40	4,68	240	3,93
Nicolás Salmerón y Alonso	15	2,11	25	2,69	28	5,31	12	2,58	29	5,39	21	6,54	22	6,25	30	4,79	19	2,44	23	2,69	224	3,67
Antonio Aparici y Guijarro	9	1,27	10	1,07	24	4,55	23	4,94	18	3,35	9	2,80	19	5,40	21	3,35	7	0,90	21	2,46	161	2,64
Amable Escalante	24	3,38	11	1,18	7	1,33	12	2,58	9	1,67	3	0,93	27	7,67	13	2,08	18	2,31	34	3,98	158	2,59
Guillermo Sanford	20	2,81	57	6,12	6	1,14	12	2,58	7	1,30	6	1,87	13	3,69	13	2,08	5	0,64	10	1,17	149	2,44
Antonio Valles	0	0,00	12	1,29	10	1,90	15	3,22	8	1,49	6	1,87	26	7,39	14	2,24	19	2,44	38	4,45	148	2,42

Las fisuras de la comunidad: la sustitución de las viejas elites políticas en Madrid durante el Sexenio revolucionario.

Las elecciones a juntas revolucionarias, las primeras elecciones municipales y las elecciones a Cortes Constituyentes compusieron un ciclo electoral en los primeros meses tras la revolución de 1868 en el que se alcanzó el punto álgido de entusiasmo y participación ciudadana en la vida política del Sexenio democrático. En la ciudad de Madrid, la inauguración de la democracia y el fin del parlamentarismo doctrinario y restringido fueron acompañados en aquellos meses de un cierto fervor popular inicial que se manifestó en los índices de participación electoral: los días que hubo de decidirse los diputados a Cortes Constituyentes, concurren a las urnas el 66% de los votantes, un porcentaje estimable para una población que en su mayoría nunca antes había votado. Parecía que el pueblo de Madrid había recogido con interés e ilusión la mano tendida por los revolucionarios que habían traído el sufragio universal.

A este primer festín democrático siguió una cierta abulia de los madrileños, que fue creciendo con el tiempo, y que desembocó en un cierto desapego por la participación electoral. Poco a poco, los electores dejaron de acudir a las urnas a las que en un primer momento se habían acercado con tanto interés. En las elecciones parciales a Cortes que se celebraron en enero de 1870, quizá por ser extrañas y excepcionales (eran elecciones parciales y por solo un diputado), solo registraron un 46,5% de participación. En las primeras tras la aprobación de la Constitución, las de marzo de 1871, las cifras fueron similares: votó el 53% del censo. Luego vinieron unas municipales, que ya de por sí solían despertar menos interés, celebradas en diciembre de 1871: la participación cayó al 42,5%. Aunque las elecciones a Cortes de abril de 1872 atrajeron más votantes, no se recuperó el fervor de los comienzos de la democracia: el voto fue ejercido por el 51,5% de los madrileños que tenían derecho. La ristra de elecciones que siguieron confirmó esa caída en picado de la participación ciudadana: 30,5% en las elecciones de agosto de 1872, 26% en las Constituyentes de Mayo de 1873 y 19,5% en las municipales de julio del 1873⁶².

Una de las causas para explicar el creciente desinterés de los madrileños pudo ser el mero empacho. En menos de cinco años, los habitantes de la capital fueron convocados diez veces a las urnas sin contar con los comicios que se celebraron para elegir diputados provinciales ni las elecciones de compromisarios al Senado. Los vecinos de Madrid habían pasado de ser actores en su mayoría marginados de la vida política, a los que se les reservaba únicamente el papel de coristas en las sublevaciones y de fuerza de choque en las insurrecciones, a convertirse en un elemento central en la decisión política a través del voto y a los que se consultó frecuentemente. Necesariamente se hubo de producir cansancio, porque la participación política era una actividad, que tomada en serio, resultaba exigente. En un tiempo en que la circulación de los debates y propuestas políticas se realizaba a través de la prensa y en que una gran mayoría de los madrileños eran analfabeta o tenía una muy superficial experiencia lectora, los votantes habían de acudir a otros medios para recabar la información que formara su decisión: los clubes, las reuniones y las convocatorias de los miembros de los distintos partidos.

⁶² Los datos de participación recogidos en PÉREZ ROLDÁN, María del Carmen: *Bases sociales del republicanismo madrileño (1868-1874)*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid – Departamento de Historia Contemporánea, 1998, pp. 329-395.

Al cansancio se unió un cierto desengaño. El halo de limpieza en las prácticas políticas y de comunión entre pueblo y dirigentes con el que nació la revolución de 1868, fue disolviéndose en un mar de dudas, recelos y escepticismo. Era uno de los riesgos de una aventura en la que se dejó demasiado peso a las personalidades, muchas veces por encima de las ideas y los proyectos políticos. El futuro de la experiencia democrática se confió al caudillaje, a la capacidad de ciertos líderes para ganarse el favor popular y, si en algunos momentos pudo cristalizar esa comunión entre pueblo y líder político, como cuando Prim era el más amado de Madrid, en otras ocasiones los supuestos directores de la nación se encontraron con la indiferencia, cuando no el rechazo generalizado. El caso más ejemplar es el del monarca Amadeo, que siendo la máxima autoridad de la nación, sufrió el desapego de sus súbditos y el poco respeto de la clase política.

El excesivo espacio dejado al caudillaje y la estructura de los partidos políticos que sostenían el régimen, organizados más sobre individuos concretos que sobre proyectos políticos, fomentaron la ambición personal y contribuyeron a que gran parte de las lizas políticas tuvieran motivaciones más relacionadas con intereses particulares que con debates ideológicos⁶³. La democracia de 1869 fue un baile de nombres y una continua recomposición de los grupos políticos que creó a veces extrañas compañías de viaje. Si la asociación entre unionistas, progresistas y demócratas pudo causar recelo, más desconcierto provocó que carlistas y republicanos se presentaran de la mano a las elecciones a cortes de 1871. Aquella alianza contra natura, entre los partidarios de destruir el trono y los de traer a España a sus representantes más tradicionalista, tenía su explicación más allá del oportunismo político. Había sido provocada por el propio régimen, que con la nueva ley electoral aprobada en 1871 no hacía posible otra estrategia para los partidos de oposición si querían entrar en el Parlamento.

La ley electoral de 1871 supuso el verdadero punto de inflexión en el desarrollo de la participación democrática durante el Sexenio. El punto esencial de la ley era la sustitución de la base territorial sobre la que se organizaban los comicios. Antes se votaba por provincias, sólo divididas en el caso de que albergaban mucha población. Así Madrid, dividida en zona urbana y zona rural, eligió once diputados en 1869. Siete en la ciudad y cuatro en la zona encabezada por Alcalá. Con la nueva ley, se dividía toda la provincia en doce distritos y cada uno de ellos había de elegir un solo diputado. Era el fin de las listas abiertas y de la espontaneidad que había influido en los primeros comicios. Ya no se podía dar el caso de que entre los monárquicos se colara algún republicano aprovechándose de las escisiones y las luchas personales. Se rebajaba la emoción y la incertidumbre a la que habían estado abiertos los comicios hasta anteriores.

⁶³ Aunque los unionistas, demócratas y progresistas se presentaran como “partidos políticos”, no podían ser considerados como tales en el sentido más moderno de la palabra. Eran más bien corrientes políticas, en las que los líderes arrastraban sus clientelas hacia un lado u otro según soplaran los vientos en cada momento y según les inspirara su propia ambición. El credo político no estaba ausente de sus comportamientos; había principios irrenunciables para unos y otros. Lo que existía era más maleabilidad, que les permitía construirse y reconstruirse dependiendo de las circunstancias. Así los tres se presentaron juntos para las cortes constituyentes, para luego en mezcla heterogénea, disputar durante los debates que dieron lugar a la Constitución de 1869. Pero una vez aprobada, el liberalismo que había apoyado la instauración de monarquía democrática sufrió una nueva división en banderías, entre constitucionalistas y radicales, que fueron lideradas por Sagasta y Ruiz Zorrilla respectivamente, que pugnaron en las siguientes elecciones por hacerse con el poder. Una introducción a la naturaleza y funcionamiento de los partidos políticos en ARTOLA, Miguel: *Partidos y programas políticos, 1808-1936*, Madrid, Aguilar, 1974. 2 vols. También, MARTÍNEZ CUADRADO, Miguel: *Elecciones y partidos políticos de España, 1868-1931*, Madrid, Taurus, 1969.

La intención última de la reforma electoral de 1871 era el ejercicio de un mayor control de los procesos políticos por parte de los revolucionarios en el poder. El sistema de distritos unipersonales permitía volver al fraude electoral y a las manipulaciones que habían adulterado los comicios en tiempos de Isabel II. Aunque en la ciudad controlar a los votantes no era tan fácil como en los distritos rurales, lo cierto es que la ley marcó el final del periodo de apertura política con que había comenzado la revolución. La siguiente cita electoral, las elecciones a Cortes de marzo de 1871, demostró hasta qué punto los gritos al sufragio universal y a la democracia habían quedado para los revolucionarios triunfantes en la mera declaración de intenciones y eran olvidados en las prácticas. Las partidas de la porra aparecieron, igual que las compras de votos y las roturas y hasta los robos de urnas. Desde el Ministerio de Gobernación, en manos de Sagasta, volaron las circulares, destituyendo alcaldes, anulando candidaturas y adulterando resultados. A partir de entonces, nada volvió a ser lo mismo. Aunque con diferentes grados en la manipulación, en las siguientes citas electorales se volvió a la vieja costumbre del primer parlamentarismo español de utilizar las elecciones más como una vía de legitimación de los gobernantes ya efectivamente en el poder, creando a partir de la influencia moral parlamentos a su gusto, que como un sincero intento de expresión de la voluntad popular⁶⁴.

La experiencia había sido corta pero fructífera. Los vecinos madrileños a los que se concedió el voto tuvieron la ocasión de asistir a unos cuantos meses de apertura política en que las viejas relaciones de poder establecidas en los barrios, en los distritos y en la ciudad en su conjunto pudieron ser cuestionadas. Las viejas elites políticas, que por norma se sucedían unas a otras con prácticamente el mismo personal independientemente de la bandera que se enarbolará en cada momento, pudieron ser renovadas y dejar entrar a nuevos miembros. Y así hubo quien aprovechó la ocasión, que con su participación en aquellos días de incertidumbre que creó el sufragio universal, hizo suficientes méritos para luego ser invitado al festín de reparto de escaños y de puestos en que se acabó convirtiendo la monarquía democrática.

Ezequiel Ceinos fue uno de los elegidos. Al tahonero de Chamberí, que había sido un dinámico miembro del círculo progresista del barrio y que había participado en todas las luchas de los de Sagasta, le llegó su momento con la revolución de 1868. Era un hombre con prestigio en su comunidad, por estar al frente de uno de los negocios más dinámicos del arrabal, aquella panadería a la que aflúan los gallegos y los asturianos. Pero la honra y el respeto que pudiera tener en el barrio no colmaban las expectativas de alguien que sabía que el mundo era más amplio. Como progresista, era una cabeza de ratón en aquel arrabal pero la cola de león de un partido con mucho más poder en la ciudad, en la provincia y en todo el país. Por famoso que fuera en Chamberí, por repercusión que hubiera tenido en la vida pública del barrio en los tiempos del cólera, en la llegada de la revolución y en las primeras elecciones, él, que había tramado y en gran parte protagonizado todas aquellas aventuras en la botica de don Benigno o en la trastienda de don Manuel, no podía compararse con un Sagasta o un Abascal que hacían sus grandes actuaciones en el Congreso de los Diputados o en el Circo Price.

Fue en enero de 1871 cuando dio el gran salto. El partido necesitaba candidatos para presentarlos a diputado provincial por los distritos del norte. Tal y como habían quedado organizadas las elecciones, la proclamación de una candidatura por el gobierno en el poder, y ahora Sagasta estaba en Gobernación, era una elección segura. El partido progresista rebuscó entre sus hombres de los barrios del norte y eligió a uno de sus más prestigiosos miembros, a aquel tahonero que tantos años había dedicado su tiempo y

⁶⁴ El fraude electoral y el control de los comicios por el gobierno en estas elecciones, en PÉREZ ROLDÁN, María del Carmen: *Bases sociales...* pp. 343.346.

parte de su dinero a apoyar a Sagasta. Ceinos podía sentirse feliz; fue elegido sin problemas. Su vida le hacía subir un escalón más en la pirámide social y el éxito que ya había cosechado en los negocios, se veía ahora coronado por el galardón del honor público. Su nombre tan conocido en Chamberí, saldría publicado a partir de ese momento en los periódicos, se extendería por Madrid y por la provincia; su puesto le haría acceder a nuevos círculos de relación, más amplios, más importantes, más influyentes que aquel de la trastienda y la botica del arrabal al que había pertenecido durante años⁶⁵.

La renovación de las elites políticas madrileñas que abrió la revolución del 68 no fue un proceso dominado de forma exclusiva por la cooptación. No se limitó a un proceso de selección en el que, los ya instalados en el poder o al frente de las grandes corrientes políticas, escogían entre sus más activos ayudantes a nuevos miembros. La celebración de elecciones democráticas en los primeros meses del Sexenio abrió también el hueco para que aparecieran personajes políticos que en un principio no estaban invitados a la fiesta democrática o que, al menos, no se esperaba que alcanzaran tanto protagonismo. Los aguafiestas de más renombre fueron los republicanos, que habían sido marginados de entrada en la organización de la revolución. A pesar de su posición de desventaja lograron acrecentar su apoyo popular y su poder en determinados barrios de la capital. La hegemonía que alcanzaron en esas zonas de Madrid no se debilitó a pesar de los manejos electorales de Sagasta y los suyos en 1871. Bastaba ver lo que había sucedido en las elecciones a Cortes de marzo. A pesar de todos los esfuerzos de compra de votos y de retirada de derecho al sufragio que se habían hecho desde Gobernación, los republicanos estuvieron a punto de que uno de los suyos, José María Orense, fuese elegido diputado por el distrito de Hospital, feudo indiscutible del republicanismo. Finalmente, el único medio de evitarlo fue la participación de la partida de la porra; un grupo armado se introdujo en el colegio electoral de Arganzuela y se llevó la urna; los votos de aquel barrio quedaron invalidados, las elecciones fueron finalmente ganadas por el candidato ministerial⁶⁶.

Las técnicas de manipulación electoral, aunque eficientes en muchos casos, no convertían al Gobierno en todopoderoso, y podían ser desafiadas allá donde la oposición se había organizado de forma más eficiente y había echado raíces entre la población. Los republicanos consiguieron crear sólidas redes de organización y clientelas propias en aquellas primeras elecciones de finales de 1868 y principios de 1869. Redes que se fueron solidificando y extendiendo en los siguientes comicios, especialmente en las convocatorias municipales en que la base territorial no se había cambiado. La reforma electoral solamente afectaba a las elecciones al Congreso. En las municipales no había esa lucha de elector contra elector que se producía en las generales; seguían funcionando las listas abiertas y la organización por los distritos urbanos de Madrid a los que se les adjudicaban varios candidatos. Las elecciones municipales eran así un reducto democrático en un régimen que había ido reduciendo la posibilidad de participación de los ciudadanos. Los barrios que conquistó el republicanismo a comienzos de 1869 siguieron siendo republicanos en adelante y además ganaron otros más en las siguientes elecciones. Así, en Vallehermoso, que se había destacado por ser

⁶⁵ La elección de Ezequiel Ceinos como diputado provincial en AVM, Secretaría, 10-36-42. El documento es una simple estadística electoral, en la que se recogen sólo los electos por Madrid y no los otros candidatos ni los votos obtenidos. No obstante, la participación de Ceinos en la diputación puede ser seguida en los meses posteriores en las páginas de *La Iberia*.

⁶⁶ El episodio de la ruptura de las urnas y la intervención de la "partida" de la porra es recogido y descrito por PÉREZ ROLDÁN, María del Carmen: *Bases sociales...* pp. 349-351. Según los cálculos de esta autora, con los votos conservados en el Archivo de Villa de Madrid, las elecciones habrían sido ganadas por Orense en ese distrito por encima de Cándido Pieltain.

la única zona del norte de Madrid en que triunfó la candidatura republicana en 1869, fue una plaza que, no sólo nunca se perdió, sino que contagiò a las calles colindantes.

En diciembre de 1871 se celebraron elecciones municipales en Madrid y en el barrio de Vallehermoso arrasaron los republicanos, de la misma manera que lo habían hecho a las Cortes Constituyentes de comienzos de 1869. Es cierto que para aquel entonces, los monárquico-democráticos se habían dividido en el país; las disputas por el liderazgo entre Sagasta y Ruiz Zorrilla, habían provocado su fragmentación en dos grandes partidos que ordenaban ahora a los hombres del régimen: el partido constitucionalista, liderado por el primero y el partido radical encabezado por el segundo. A pesar de la división, el control de los hilos electorales ejercido por los radicales en el poder, había de asegurar que aquellos comicios fueran ganados por los partidarios de Ruiz Zorrilla.

En aquellas elecciones controladas por el Gobierno a través de los alcaldes de barrio y la presión en las mesas electorales, debían elegirse cincuenta concejales: cuarenta y tres fueron radicales y siete republicanos. Los sagastinos fueron excluidos de la fiesta democrática. El Gobierno había logrado sus propósitos de copar prácticamente todas las concejalías con sus candidatos. Los republicanos sólo obtuvieron concejalías en aquellos lugares irreductibles a la influencia moral y la manipulación electoral; en los barrios en los que su tupida red de organización y su fiel clientela era demasiado fuerte como para intentar modificar los resultados de las urnas. El distrito de Inclusa, al sur de la ciudad, era el bastión republicano por excelencia: los seis concejales en juego en las elecciones fueron ganados por los republicanos. El otro, Pedro Bernardo Orcasitas, correspondía al distrito de Universidad donde, aunque los radicales controlaban muchos barrios, también existían amplias zonas controladas por los republicanos. La más importante de ellas, la emergente barriada de Vallehermoso⁶⁷.

Las elecciones municipales de 1871 en Vallehermoso fueron un calco de las elecciones a Cortes Constituyentes de enero de 1869. Con una estrategia muy similar, los republicanos controlaron todo el proceso electoral desde el comienzo. Obtuvieron la presidencia de la mesa, dos secretarios escrutadores y durante los tres días de elección presentaron cuantas protestas pudieron para intentar invalidar las papeletas de los radicales y de los pocos y débiles seguidores que quedaban de Sagasta. El resultado fue mejor que en las anteriores elecciones; en Vallehermoso triunfó la candidatura republicana, y lo que era más importante, lo hizo recolectando una gran cantidad de votos que servirían para que Pedro Bernardo Orcasitas consiguiera uno de las seis concejalías que estaban en juego en el distrito de Universidad. Vallehermoso, controlado electoralmente por los republicanos, se había convertido en un granero de votos para ellos que les empujaba a ir conquistando el resto del distrito poco a poco.⁶⁸

La obtención de siete concejales dentro de un Ayuntamiento de cincuenta podía parecer un triste resultado; el crecimiento que los republicanos experimentaban en algunos distritos de la ciudad y los pequeños triunfos de distrito y de barrio, podían parecer victorias menores e insignificantes. Al fin y al cabo, los concejales no daban

⁶⁷ El resultado general de estas elecciones municipales y su desarrollo en Madrid en PÉREZ ROLDÁN, María del Carmen: *Bases sociales...* pp. 384-387.

⁶⁸ La elección de Bernardo Orcasitas también se debía al crecimiento que los republicanos experimentaban en otros barrios del distrito que parecían irse contagiando del republicanismo de Vallehermoso: en el vecino barrio de Corredera, también populoso y popular, también los republicanos fueron los más votados; en el de Colón, uno de los republicanos, Antonio García Rudillas, también se colaba entre los más votados. En general se producía un aumento general del voto republicano en todo el distrito; en las elecciones a Cortes Constituyentes de Enero de 1869, el candidato republicano más votado en el distrito, Estanislao Figueras había sido incluido en el 37,98% de las papeletas; en diciembre de 1871, el más votado de los republicanos, Pedro Bernardo Orcasitas, lo fue en el 43,44%.

poder. Ni tan siquiera daba poder ganar ayuntamientos. En un sistema electoral corrupto, cada vez más controlado por el Ministerio de la Gobernación aquellas victorias menores poco iban a repercutir en la política general de la ciudad y mucho menos en la de la nación. Las consecuencias más importantes del triunfo republicano eran de otro orden y tenían más que ver con las experiencias de los anónimos protagonistas que habían hecho posible aquella victoria, que con el reparto de un poder político que poco tenía que ver con la voluntad popular desde que la democracia había sido adulterada.

Tabla 6.16: Elecciones municipales de 1871. Distrito de Universidad. Resultados por barrios.				
Candidatos principales que obtienen votos	Campo de Guardias	%	Distrito Unviersidad	%
Ciriaco Bermejo Royetela (radical)	273	37,66	2.134	53,43
Fernando de la Torre y Hernández (radical)	276	38,07	2.061	51,60
Román Ortiz Landadury (radical)	200	27,59	1.918	48,02
Juan Prados Vázquez (radical)	200	27,59	1.875	46,95
José Rodríguez Villabrille (radical)	202	27,86	1.813	45,39
Pedro Bernardo Orcasitas (republicano)	429	59,17	1.735	43,44
Santiago Gutiérrez y Pérez (republicano)	381	52,55	1.726	43,21
Antonio Vallés Pablos (radical)	193	26,62	1.718	43,01
Antonio García Ruidíaz (republicano)	370	51,03	1.691	42,34
Hilarión Zuloaga (republicano)	363	50,07	1.684	42,16
Antonio Peñasco y Galé (republicano)	367	50,62	1.676	41,96
Enrique Faura Artola (republicano)	365	50,34	1.656	41,46
Carlos Ferrari (independiente)	46	6,34	257	6,43
Matías López (independiente)	41	5,66	191	4,78
Santiago Ballesteros (independiente)	31	4,28	87	2,18
Salvador López (independiente)	21	2,90	71	1,78
Nicolás Fernández (independiente)	18	2,48	71	1,78
Votantes	725	100	3994	100

Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 4-497-1. En rojo los candidatos más votados en el distrito y en la sección

La lucha por el poder municipal sostenida por los republicanos, aunque fuera estéril, implicó intensamente a una parte importante de la población de barrios como Vallehermoso. Para muchos de sus habitantes fue su primera experiencia política, su bautismo en el debate y la movilización, ya como votantes, agitadores de campaña, secretarios o presidentes de mesa o incluso candidatos. Ellos, que eran simples jornaleros, carpinteros, a lo sumo pequeños comerciantes, habían permanecido años relegados del poder, ignorados incluso por él, cuando no constituían más que una barriada insalubre a las afueras de la capital. Como mínimo, aquellos que votaron republicano en Vallehermoso, se familiarizaron con algún nombre, como el de Pedro Bernardo Orcasitas, al que habían elevado con su apoyo hasta el cargo de concejal. Ahora estaba allí, en el Ayuntamiento gracias a ellos. Otros, más apasionados, sintieron la decepción de que unos comicios tras otros su voto fuese desvirtuado, su voluntad frenada por la manipulación gubernamental. Un sentimiento mezcla de rencor contra el adversario político y fidelidad al líder apoyado subsistió en ellos. Habían votado republicano y serían republicanos por muchos años. Quizá el republicanismo no cambió la vida de los habitantes del Ensanche Norte, pero al menos si sembró en ellos la pasión política, dejó un poso de fidelidad, de conocimiento, que había de subsistir en el futuro

por encima de las circunstancias políticas y las posibilidades de que pudieran expresar su voluntad o no.

Tabla 6.17: Resultados de las elecciones municipales de 1873 en el distrito de Universidad y en su distrito de Campo de Guardias.			
candidatos	Campo de Guardias	%	total distrito
Hilarión Zuluaga	101	15,78	1208
Pedro Bernardo Orcasitas	456	71,25	928
Juan Ruiz Pérez	40	6,25	712
Miguel Sánchez Plazuelos	18	2,81	705
Eduardo López y López	57	8,91	666
José Domingo Molina	200	31,25	613
Vicente Tricio	26	4,06	569
José Fernández Calleja	39	6,09	519
Pedro Benito Agudo	26	4,06	494
Antonio Jiménez	27	4,22	475
Juan Aguado Gil	22	3,44	412
José María Espinosa	101	15,78	388
Ramón Casavella	226	35,31	292
Bernardo Pérez	126	19,69	174
Mateo Nuevo	80	12,50	130
Valero Cirrana	66	10,31	127
Vicente Parra	79	12,34	122

Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 5-42-6.

En rojo aparecen los candidatos finalmente electos.

En unos cuantos casos señalados la pasión y la implicación fue más allá del voto y de la participación en los comicios. Las elecciones en el barrio ofrecieron la posibilidad para que algunos vecinos se incorporaran a la contienda e iniciaran sus propias carreras políticas. José María Espinosa lo hizo con entusiasmo y ambición. El joven tenedor de libros del Paseo de los Areneros, había sido uno de los electores jóvenes en la organización de la mesa en aquellos primeros comicios municipales de diciembre de 1868. Durante los días de la votación intervino tímidamente en los debates sobre algunas irregularidades en el recuento. En enero de 1869, en las elecciones a Cortes Constituyentes, su inicial timidez se convirtió en juvenil descaro; emergió como batallador republicano, protestando muchas de las papeletas monárquicas y enfrentándose a don Calixto de la Torre, antiguo notable del barrio. En 1871 dio un paso más allá en su responsabilidad republicana: salió elegido como secretario escrutador y fue uno de los artífices de la elección de Pedro Bernardo Orcasitas como concejal madrileño. Las siguientes elecciones municipales marcaron la cima de su carrera. En diciembre de 1873 el intrépido Espinosa figuraba en una de las candidaturas republicanas a las concejalías del Ayuntamiento de Madrid por el distrito de Universidad. Sin embargo llegó tarde a la fiesta republicana; por aquellas fechas, la República instaurada en febrero de 1873, se desgajaba en luchas internas de los propios republicanos. Las elecciones municipales eran fiel reflejo de las disputas; en el distrito de Universidad se presentaron cientos de candidatos de todos los matices republicanos posibles, fraccionando a un partido que se había destacado por su unidad en las contiendas electorales anteriores. Aunque Espinosa obtuvo un buen resultado, 388 votos, muchos de ellos fuera de su barrio, no le bastó para acercarse a las grandes figuras del republicanismo madrileño. Su carrera política se paró en seco; después

vendría el golpe de Pavía, no habría por un buen tiempo más convocatorias a urnas en las que poder participar. La pasión política del joven tenedor de libros no se podría volver a expresar⁶⁹.

La carrera política de José María Espinosa no es tan importante por sus intervenciones decisivas en la vida pública madrileña, limitadas al barrio y como mucho a la de un distrito, como por ser reveladora del tipo de vecinos que el Sexenio revolucionario en general y el republicanismo en particular, incorporó a la movilización política. Tenedores de libros como él, pero también carpinteros como Emilio Alarcón, ebanistas como José Yus o las decenas de jornaleros que residían y trabajaban en Vallehermoso, al calor de las abundantes obras públicas y la construcción de nuevos edificios en una ciudad imparable en su crecimiento desde que se habían derribado las tapias. Gentes que no habían tenido voz hasta entonces y que en aquellos años no sólo demostraron tenerla, sino que hicieron ver que era diferente a la de los notables que se habían esforzado por imponer la suya. La actividad y popularidad que alcanzó José María Espinosa en su barrio tenía como negativo fotográfico el olvido en que cayó Calixto de la Torre, aquel empleado que pretendió ser el que anunciara la buena nueva de la Revolución a finales de 1868. Su desaparición del paisaje político de Vallehermoso, así como los fracasos de otros notables de la zona por hacerse con el favor de sus vecinos en las elecciones, como Guillermo Sanford o José Marconell, eran las mejores muestras de la autonomía política que habían adquirido aquellos vecinos tan fervorosamente republicanos.

El amargo final de la experiencia republicana, en la que habían crecido como electores y como actores políticos, pudo dejarles mal sabor de boca. A partir de 1874, muchos de los vecinos de Vallehermoso no pudieron volver a votar ni a participar en los comicios. La Restauración de los borbones, la figura de Alfonso XII, trajo consigo el regreso al sufragio censitario y la marginación de aquellos vecinos que tan ardorosos se habían mostrado en los agitados años del Sexenio. Quizá también pudieron sentir la frustración y la decepción por los últimos tiempos de división entre ellos mismos, los republicanos, que siempre se habían mostrado tan unidos y que habían acabado enfrentándose unos a otros para ver como se desmoronaba la República. Con todo, el recuerdo era imborrable. Ni el carpintero, ni el jornalero ni el pequeño comerciante podrían olvidar aquellos tiempos en que habían sido los reyes del barrio; tampoco olvidarían todo lo que habían aprendido sobre la política. Desde los nombres de uno y otro partido, de los enemigos y de los aliados, a cómo funcionaba la democracia. Cómo dar un discurso a los vecinos, cómo protestar en las mesas electorales, cómo presentarse como candidatos. Por ahora sólo era un recuerdo, conocimientos que no podían aplicar porque ya no había urnas ni elecciones para ellos, pero algún día podrían utilizarlos y entonces podrían volver a soñar con ser los reyes de Vallehermoso.

Los últimos suspiros de la democracia en Chamberí fueron diferentes a los de Vallehermoso, de igual manera que los primeros episodios revolucionarios habían sido protagonizados por distintos personajes en uno y otro barrio. El arrabal de Chamberí era un feudo progresista; parte de las elites del barrio se habían comprometido con el partido sagastino desde finales de la década de los años 50 y cuando llegó 1868 se pusieron al frente de aquella comunidad del extremo norte madrileño. El liderazgo político del círculo progresista de Chamberí se basaba en las mismas prácticas que alimentaban y daban identidad al partido de Sagasta en su conjunto: el caudillaje de los

⁶⁹ La carrera política de José María Espinosa ha sido reconstruida a través del rastreo de sus intervenciones en las actas electorales de diciembre de 1868 (municipales, AVM, Secretaría, 4-445-1), enero de 1869 (Constituyentes, AVM, Secretaría, 4-458-1), diciembre de 1871 (municipales, AVM, Secretaría, 4-497-1) y julio de 1873 (municipales, AVM, Secretaría, 5-42-6).

notables, de los personajes carismáticos cuyo prestigio se presentaba al resto de los vecinos en busca de su apoyo. Los progresistas de Chamberí se habían trabajado bien su imagen ante los vecinos; muchos de los trabajadores manuales y de los jornaleros del barrio se sentían en deuda con el panadero que una vez les había dado trabajo, con el tendero que estuvo al frente de la lucha contra el cólera o con el boticario que les repartía las medicinas de la beneficencia municipal. La hegemonía de los progresistas en Chamberí fue suficiente para ponerlos al frente de la vida política del barrio pero no tan absoluta como para que su liderazgo resultara incuestionable. Ya a comienzos de 1869 se había hecho notar el empuje de nuevos actores políticos que prendían con fuerza en el favor electoral de los vecinos: los republicanos lograron unos honrosos resultados en las elecciones a Cortes Constituyentes y se postulaban como rivales en futuras luchas políticas.

Tabla 6.18: Resultados de las elecciones municipales de 1871 en el distrito de Hospicio y en su distrito de Chamberí.				
Nombre del candidato	Chamberí	%	total distrito	%
Fernando Colón (radical)	148	20,79	1.447	52,01
Celestino Negrete (radical)	170	23,88	1.397	50,22
Víctor Peñasco (radical)	107	15,03	1.314	47,23
Manuel Feito (radical)	104	14,61	1.282	46,08
Manuel Torres (radical)	111	15,59	1.261	45,33
Manuel Menéndez Baragaña (sagastino)	375	52,67	866	31,13
Santiago Nistal (sagastino)	250	35,11	660	23,72
Jerónimo Palancar (republicano)	340	47,75	616	22,14
Manuel Redondo (sagastino)	249	34,97	595	21,39
Federico de Onís (republicano)	292	41,01	579	20,81
Diego María Quesada (republicano)	282	39,61	563	20,24
Cayetano Meca (republicano)	273	38,34	551	19,81
Juan Escribano (sagastino)	191	26,83	546	19,63
Braulio Larravide (sagastino)	214	30,06	542	19,48
Pedro Iza (republicano)	268	37,64	534	19,19
Antonio Guinea (independiente)	74	10,39	237	8,52
Total papeletas	712		2.782	

Elaboración propia a partir de AVM Secretaría, 4-497-3

En rojo aparecen los candidatos finalmente electos

Los progresistas de Chamberí llegaron en una situación poco ventajosa a las elecciones municipales de diciembre de 1871. Se acaba de producir la división de los revolucionarios que desde septiembre de 1868 se habían mantenido al frente del Gobierno; de repente la coalición se fracturaba en dos campos, constitucionales y radicales, y lo peor es que ellos caían del peor lado. Manuel Menéndez, Ezequiel Ceinos y Benigno Castro siempre habían sido hombres de Sagasta; habían hecho sus carreras políticas a su sombra. El problema es que, estando el líder progresista fuera del poder y concentrada la maquinaria electoral en manos de las gentes de Ruiz Zorrilla, no tenían muchas posibilidades de conseguir un triunfo en las municipales. Estar con Sagasta en aquellos momentos significaba despedirse por el momento de todos los sueños políticos que pudieran haber tenido, que se abortara una carrera política que en ocasiones se llevaba cultivando durante años.

Es lo que sucedió a Manuel Menéndez Baragaña, el tendero lucense de Chamberí. Había recorrido todos los escalones posibles del militante progresista. Partidario de Sagasta de primera hora, miembro del círculo de Chamberí y activo participante en el comité de distrito, agitador en los últimos años de Isabel II, había sido también secretario en las mesas de elección, alcalde de barrio cuando los suyos accedían al reparto del poder en el Ayuntamiento... Había visto a su buen amigo el panadero Ezequiel Ceinos ser nombrado diputado provincial; en diciembre de 1871 llegaba su turno, iba a ser nombrado concejal por el distrito de Hospicio, candidato por su barrio de Chamberí, en el que tanta gente lo respetaba y lo ayudaba. Fue un mal momento, ya se había producido el desacuerdo entre Sagasta y Ruiz Zorrilla, y los partidarios del primero, como él, habían caído en desgracia. La lucha, que habría tenido que ser contra los republicanos, al final hubo de dirigirla contra los miembros del partido radical, que desde el poder se encargaron de garantizarse su victoria total en el distrito.

Los resultados de Manuel Menéndez no fueron suficientes para alcanzar la concejalía pero fueron honrosos; fue el sexto más votado de una elección en que se decidían cinco cargos de concejal. En Chamberí, más de la mitad de los electores que acudieron a las urnas decidieron incluir su nombre en la papeleta. No sería concejal pero seguía siendo un notable en el barrio, respetado y apoyado por sus convecinos. Su caso era una clara demostración de hasta qué punto la identidad personal seguían siendo influyente en la movilización política. Su gran éxito en Chamberí representaba una anomalía en unas elecciones en que prácticamente los únicos contendientes en todo Madrid habían sido los radicales y los republicanos. De hecho, en el vecino distrito de Universidad, los constitucionales ni siquiera se habían presentado como tales. Los habitantes del arrabal y del distrito, votaron a Manuel Menéndez porque lo conocían, porque confiaban en él, saltándose todos los obstáculos que los radicales pusieron para evitar su elección. Manuel Menéndez Baragaña era un buen caudillo, capaz de movilizar a la clientela política que había ido creándose a su alrededor en los últimos años y ponerla a su servicio. Con ello había sido capaz de burlar las manipulaciones y los controles de los radicales; sin embargo su solo prestigio ya no bastaba para arrastrar totalmente la voluntad de los vecinos de Chamberí. Él era popular, pero no sus compañeros de candidatura, y su éxito fue acompañado por una derrota del resto de los sagastinos. Junto al tendero de la calle Castillo, los más votados en Chamberí fueron los republicanos, con altos porcentaje de votos.

Los republicanos se hicieron con el favor de Chamberí definitivamente en aquel diciembre de 1871; era un paso más en su marcha silenciosa hacia el control de la ciudad y que ya se había manifestado con el triunfo en otros barrios, como Vallehermoso o Corredera en el distrito de Universidad o en el conjunto del distrito de Inclusa. El poder republicano se extendió por aquellas zonas de la capital mal controladas por los monárquico-democráticos, progresistas o demócratas; allá donde los republicanos habían conseguido que su militancia echara raíces y desarrollara su organización de comités de barrio y de distrito. En el caso del arrabal de Chamberí no se debía simplemente al declive del progresismo, que tradicionalmente había monopolizado la vida política y social de la comunidad; de hecho los progresistas mantenían su fuerza, y algunos de sus más consolidados representantes, como Manuel Menéndez Baragaña, seguían gozando de popularidad y apoyo en el barrio. Había otras causas que estaban relacionadas con su condición de espacio urbano de nuevo cuño y que se encontraba en un desatado proceso de expansión urbana y demográfica.

La Revolución de 1868 había puesto fin al bloqueo que vivía el futuro del arrabal desde que se hizo público el plan de Ensanche del ingeniero de Castro. Desde 1869 se había asistido a un aumento del ritmo de construcciones y de

acondicionamiento del barrio; era lo que Benigno Castro y Manuel Menéndez deseaban cuando años atrás habían promovido aquellas quejas contra el Ministerio. Que el barrio evitara la demolición y saliera del olvido al que le había sometido la Administración. La integración del arrabal en la ciudad y su resurgimiento tuvieron consecuencias quizá no esperadas ni del todo deseadas por los notables que habían gobernado su vida desde aquella botica y aquella trastienda. Más edificios y, sobre todo, más obras que ofrecían empleo, atraieron más vecinos. Chamberí creció vigorosamente en los años de la revolución; comenzaron a llegar nuevos habitantes de todos los puntos de la capital, que ni conocían al boticario, ni al tendero ni al tahonero. No pensaban que aquellos ilustres notables de Chamberí hubieran hecho nada por ellos y por lo tanto no podían ni sentirse en deuda ni experimentar respeto el día que acudían a las urnas y se los encontraban en la mesa electoral o en la candidatura progresista. A eso se añadía que muchos de los nuevos vecinos eran jornaleros, trabajadores manuales y artesanos que sufrían la corrosión de sus oficios; un grupo social que se estaba mostrando cada vez más proclive a cifrar sus esperanzas en el republicanismo como opción política. El sentimiento de comunidad que pudo existir alguna vez en el barrio se estaba diluyendo por inundación de tanto jornalero y de tanto elector nuevo.

El crecimiento del republicanismo en Chamberí no sólo fue provocado por la llegada de este nuevo electorado, jornalero y obrero,. Tan determinante o más fue la llegada de los otros grupos sociales que desembarcaron en la nueva zona de Ensanche, cada vez más apreciada por las clases medias y altas madrileñas, todos aquellos empleados, propietarios y comerciantes de más o menos importancia, que fueron a instalarse en los nuevos edificios de vecindad, de más calidad y lujo, que fueron construidos a partir de 1868. A diferencia de Vallehermoso, donde el despertar republicano había venido de la mano de ebanistas, jornaleros y trabajadores a sueldo del municipio, en Chamberí el republicanismo siempre tuvo por líderes a gentes de clase media, de condición más o menos desahogada que no tenían nada que envidiar al boticario, al tendero y al tahonero progresistas. Como aquel Alejo Ortiz de Taranco, empleado que vivía en el Paseo de la Habana, que había decidido no integrarse en las tertulias de la botica de Chamberí y había alzado la bandera de Estanislao Figueras, Castelar y Pi i Margall en 1869.

Los republicanos de Chamberí de comienzos de la década de 1870 se parecían más a Alejo Ortiz de Taranco que al carpintero de Vallehermoso. En realidad, no había grandes distancias sociales entre los progresistas y los republicanos que coparon los puestos de responsabilidad del partido y los cargos municipales en aquella época. Ambos pertenecían a las elites sociales de aquellos barrios emergentes. Porque miembro de la elite era Federico Onís, gran propietario que fue elegido concejal por Hospicio en 1873 y que vivía en una lujosa casa de su propiedad junto a sus hijos, nietos y tres criados. O su compañero en las batallas electorales en el barrio primero y luego en el consistorio, José Bernaldo de Quirós, almacenista de maderas y propietario que pagaba un alquiler de nada menos que 50 pesetas. O Toribio Herrero, que sin destacar mucho, hizo su función como secretario en las mesas electorales, lo mismo que Emilio Alarcón. La diferencia estaba en que el secretario de la mesa electoral republicano de Vallehermoso era un modesto trabajador manual y el de Chamberí era un industrial confitero, dueño de dos tiendas, que sólo en impuestos podía pagar más de 500 pesetas.

Tabla 6.19: Activistas del partido republicano madrileño en 1873 con residencia en Chamberí

nombre del vecino	datos empadronamiento	participación política	fuentes
Federico de Onís	Habita en Santa Engracia 7 en una casa de su propiedad, cuyo alquiler es calculado en 60 reales. En 1873 se declara propietario y abogado; en su casa tiene empleados a 3 criados.	Candidato republicano a concejal por el distrito de Hospicio; presidente de mesa en las elecciones a cortes de 1873.	Padrón de 1873
Esteban Arceda	Habita en Plaza de Chamberí, paseo del cisne; es comerciante y en 1880 señalaba pagar 200 pesetas de contribución anual.	secretario de mesa en las elecciones municipales de 1871, elegido por los republicanos.	Padrón de 1880
Isidro Hernández Parra	Habita en Españolito 2, en un edificio de su propiedad; polvorista, tiene una modesta industria en la zona que funciona desde al menos 1860.	Nombrado alcalde de barrio de Chamberí por los republicanos; dirige la composición de mesa a Cortes generales de 1873. En 1873 será elegido concejal por el distrito de Hospicio.	Padrón de 1860, 1873, 1880.
Luis Onís	Hijo de Francisco de Onís, con el que habita en la casa familiar. En 1873 es estudiante de medicina.	Secretario de mesa en las elecciones generales de 1873 y en las municipales de 1873.	Padrón de 1873 y de 1880.
Ricardo Revuelta	Comerciante, tratante en carnes, vive en casa de sus suegra en Santa Engracia 46, una taberna regentada por ella.	Secretario en las elecciones generales de 1873; se presentó candidato a las municipales de 1873, no obtuvo el cargo.	Padrón de 1880.
Manuel Camino	Propietario; habita en el Paseo de La Habana 12, en una casa de 30 pesetas de alquiler mensual.	Presidente de la mesa electoral en las municipales de 1873.	Padrón de 1873
Francisco Moreno	Cepillero; habita en cardenal Cisneros 26, en un segudon de 15 pesetas de alquiler.	Secretario en las elecciones municipales de 1873.	Padrón de 1873
Domingo Elorza	Tabernero; habita en Cardenal Cisneros 9, tienda, con su mujer e hijo. Paga 45 pesetas de alquiler	Alcalde de barrio nombrado por los republicanos; preside la constitución de la mesa en diciembre de 1873.	Padrón de 1873 y 1880
José Elías Bernaldo de Quirós	Propietario y almacenista de maderas; vive en Palafox 14 y 16, principal, paga un alquiler de 50 pesetas en 1873.	Secretario en las elecciones generales de 1873; concejal electo por Hospicio en las elecciones municipales de diciembre de 1873.	Padrón de 1873 y 1880
Torbio Herrero	Confitero, dueño de su propio negocio. Habita en Luchana 3; tiene dos tiendas por las que paga un alquiler 115 pesetas en 1873; en 1880 paga 560 pesetas de contribución industrial.	Secretario en las elecciones generales de 1873; se presentó candidato a las municipales de 1873, no obtuvo el cargo.	Padrón de 1873 y 1880

También hubo republicanos de condición social más baja en Chamberí, pero estaba claro que allí era una opción política encabezada por las elites y no por los trabajadores, por propietarios y no por desposeídos, como había ocurrido en Vallehermoso. En el arrabal, el triunfo del republicanismo no era una manifestación de la acusada organización y movilización políticas de los vecinos pobres de la zona; no surgía como una opción política desde abajo, sino introducida por un grupo de nuevos notables que se habían instalado en el barrio y competían con los que habían monopolizado hasta entonces la vida social y comunitaria de aquellas calles. Era otra cara del republicanismo, de un movimiento político complejo en sus bases sociales y en su organización y que aunaba corrientes muchas veces contradictorias entre sí⁷⁰.

El poso que dejó también fue ligeramente diferente al de Vallehermoso; el auge republicano en Chamberí tuvo en común con el barrio vecino el involucrar por primera

⁷⁰ La extracción social de los diferentes líderes republicanos que actuaban tanto en el ámbito nacional como en el local desde Madrid, ha sido objeto de análisis por parte de PÉREZ ROLDAN, María del Carmen: *Bases sociales... Ob. cit.* pp. 402-428.

vez a gentes que nunca antes habían votado, ni participado en política. La República, pero también el progresismo y las distintas opciones monárquicas, aunque en menor medida, proporcionaron una primera bandera con la que concurrir a las elecciones a personas que hasta entonces no habían tenido la opción de participar en el reparto del poder. Igual que en Vallehermoso, jornaleros, artesanos, obreros y albañiles entraron en contacto con un mundo antes cerrado para ellos; pero en el arrabal, no llegaron a franquear el umbral de la participación como meros votantes, para pasar a ser actores y protagonistas de la lucha política. Eso se lo dejaron a los notables, a los propietarios, a quienes disponían de más dinero y tiempo para ello. El protagonismo de las elites en la vida política de Chamberí, marcaba una diferencia con Vallehermoso que condicionaría su futura evolución política. Por un lado, los carpinteros, jornaleros y demás trabajadores de Chamberí, carecieron de las experiencias que habían tenido sus vecinos de Vallehermoso: se limitaron a ser espectadores, meros votantes, que dejaron a sus notables hacer y deshacer alianzas y tácticas políticas. Pero por otro lado y por esto último, gozaron de una continuidad en su vida política de la que carecieron los republicanos de Vallehermoso. Los propietarios de vivienda, los comerciantes y dueños de industria, habían llegado a Chamberí para quedarse como una vez lo hicieron los progresistas. Se habían instalado en aquel nuevo barrio para hacerlo suyo. En cambio, los carpinteros y jornaleros de Vallehermoso, siempre sujetos a los vaivenes a los que exponía sus frágiles economías familiares, teniendo que buscar su jornal en un punto u otro en la ciudad, tuvieron que poner fin en muchos casos su vinculación al barrio, y con ello abortar su participación en su vida comunitaria. Chamberí y Vallehermoso, dos barrios que habían tenido trayectorias muy distintas, habrían de afrontar el futuro en muy distintas condiciones y contando con muy representantes políticos de perfiles particulares y propios en cada una de las zonas.

CAPÍTULO 7: EL NUEVO MADRID DE LA RESTAURACIÓN

La consolidación del crecimiento de Madrid en La Restauración

A comienzos de la Restauración se produjo un claro retroceso en los avances políticos y en las conquistas de libertades que se habían logrado en tiempos del Sexenio democrático. Aún así, no todo fue una vuelta atrás con la reposición de los borbones en el trono español. En muchos aspectos la obra revolucionaria que se había producido entre 1868 y 1874 fue conservada por los monárquicos a su vuelta al poder. La ciudad de Madrid fue un buen escaparate para observar las reformas y los cambios que, habiendo sido promovidos y realizados por los revolucionarios de 1868, fueron conservados por los restauradores de 1875. En ese sentido, Benigno Castro, Manuel Menéndez y los modestos líderes progresistas del barrio de Chamberí debían sentirse decepcionados sólo a medias. Les podía disgustar que después de unos años de protagonismo político en el barrio se les hubiera desplazado de su pequeña parcela del poder, pero al mismo tiempo podían sentirse plenamente satisfechos al comprobar que parte de sus objetivos políticos habían sido conquistados y sus intereses como propietarios y vecinos habían sido salvaguardados.

El legado más sólido que dejaron en Madrid los seis años de experiencias democráticas fue la transformación urbanística y social que había experimentado la ciudad. Entre 1868 y 1874 se soltaron definitivamente las amarras que habían atado a la capital española a su pasado. Se decidió romper definitivamente con aquel viejo Madrid que ya había dado demasiadas muestras de ser un modelo de vida urbana caduco e incapaz de afrontar los nuevos desafíos lanzados por la realidad social, no sólo de la región que circundaba la ciudad sino del país del que era capital. El derribo de las cercas que habían encerrado Madrid hasta 1868 era la medida simbólica de una transformación urbana radical y profunda. Gran parte de las decisiones tomadas por los ayuntamientos revolucionarios para transformar la ciudad fueron conservadas en su relevo en el poder por los monárquicos. El plano definitivo del Ensanche de la capital, que había sido aprobado en 1869 contraviniendo el proyecto inicial del ingeniero Castro, fue asumido por el primer ayuntamiento de la Restauración; los barrios de Chamberí y Peñuelas, inicialmente condenados al derribo, fueron oficialmente reconocidos, al igual que todos los edificios que se habían construido desde la llegada de los revolucionarios al Ayuntamiento¹. También fueron asumidas otras medidas especialmente lesivas para la propia Corona, como la conversión de la posesión real de El Retiro en el Parque de Madrid, dejando de ser coto exclusivo de disfrute del monarca para convertirse en parque de propiedad y usufructo de todos los madrileños². En otros muchos ámbitos también se respetaron los contratos y los derechos adquiridos por particulares en la ciudad: las líneas de tranvía cuya explotación se había puesto en marcha durante los tiempos de Amadeo fueron respetadas y continuaron en funcionamiento³; igual que muchas contratas de abastecimiento, especialmente las de la Beneficencia pública, que siguieron siendo disfrutadas por los mismos boticarios y comerciantes que en el pasado,

¹ La legislación referente al Ensanche y la asunción de las medidas en la Restauración en MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982.

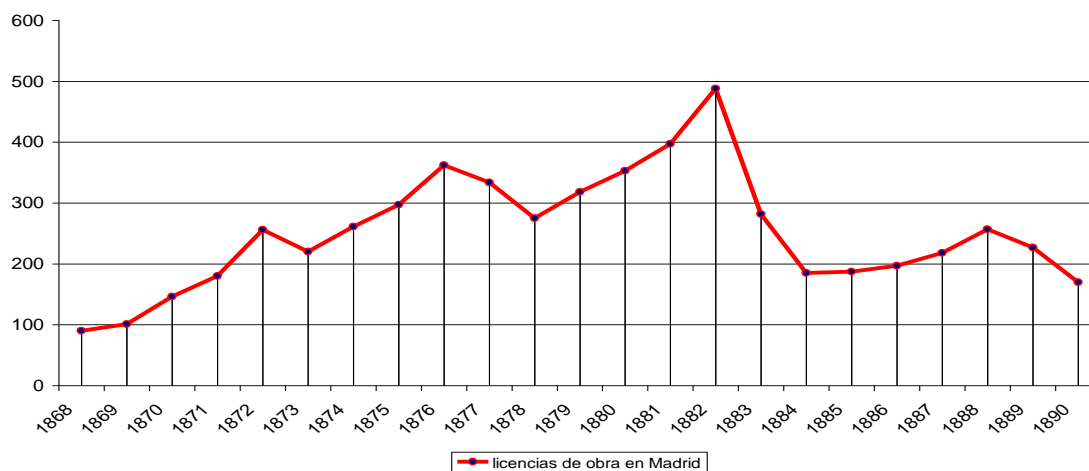
² Véase ARIZA MUÑOZ, Carmen: *Buen Retiro*, Madrid, Fundación Caja Madrid, 2001 y D.E.R.N.: *Guía histórica del Parque de Madrid, antes del Buen Retiro*, Madrid, 1879.

³ LÓPEZ GÓMEZ, Antonio: *Los transportes urbanos de Madrid*, Madrid, Instituto Juan Sebastián Elcano, 1983

Benigno Castro incluido⁴. Tampoco fueron dismanteladas las casas de socorro que habían ido abriendo sus puertas a partir de 1868 y, aunque muchas de las obras de reforma que se habían planeado en la ciudad en aquellos años nunca pasaron del papel a la realidad, las que sí se habían iniciado, fueron acabadas por el nuevo Ayuntamiento, como el viaducto construido sobre la calle de Segovia.

Haber anulado cualquiera de estas reformas habría resultado tan ilógico como haber reconstruido las tapias ya derribadas; los monárquicos de regreso al poder, habían comprobado los efectos beneficiosos de muchas de las medidas e iniciativas puestas en marcha por los revolucionarios. Además, tampoco les convenía ganarse la animadversión de los propietarios de los edificios de los nuevos barrios. Pero más allá del respeto a los intereses creados, la asunción de las reformas en la ciudad eran importantes porque consolidaban el modelo de crecimiento que poco a poco se había ido esbozando en la capital española y en el que la construcción se había constituido como uno de los principales sectores de empleo de mano de obra y de formación de capitales.

Gráfico 7.1: licencias de obra concedidas por el Ayuntamiento en Madrid 1868-1890



[Elaboración propia a partir de los datos recogidos en: BAHAMONDE MAGRO, Ángel y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social... ob. cit. pág. 217.*]

A partir de 1868 los niveles de actividad en el mundo de la construcción se mantuvieron siempre en cotas mucho más altas que las que habían alcanzado en los tiempos de la monarquía isabelina. Las obras de reforma y de nueva planta emprendidas en Madrid cada año oscilaban en torno a las 200, alcanzando picos espectaculares como el de 1882, en que se concedieron casi 500 licencias de obra en la capital. En gran parte, esta vitalidad del negocio inmobiliario se debía a la confianza que las decisiones tomadas respecto al Ensanche generaban en los posibles inversores. La construcción de una casa de vecindad en los terrenos incorporados a la ciudad se desvelaba desde 1870 como una

⁴ Algunos de los rasgos del sistema de beneficencia madrileño en la Restauración en PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “De la caridad entre vecinos a la asistencia social de las masas urbanas: Avance y límites de la modernización del sistema benéfico madrileño, 1850-1910” en *Modernizar España. 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras*, Congreso Internacional, UCM, 2006. CARBALLO BARRAL, Borja: “La beneficencia municipal de Madrid en el cambio de siglo: el funcionamiento de las Casas de Socorro (1896-1915)” en *Modernizar España. 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras*, Madrid, UCM, 2006.

de las apuestas más seguras para colocar los beneficios acumulados en la industria, el comercio y otros negocios, y así se multiplicaron los inversores que decidieron dedicar parte de su capital a la construcción de un edificio para poner luego en venta o en alquiler. Al negocio de la construcción y alquiler de casas concurrió un gran número de vecinos de la capital; en 1870, ya había entre los habitantes de Madrid más de 6.000 personas que satisfacían impuestos por sus propiedades inmobiliarias en la ciudad y por las rentas que generaban sus alquileres. Un grupo de contribuyentes que aumentó hasta los 7.000 en 1890⁵.

No había un único perfil de propietario en Madrid. En el negocio inmobiliario participaban personas de muy diferentes procedencias sociales y cuyo capital se había originado en las más diversas actividades. Ya se había podido observar en las primeras operaciones realizadas tras el proyecto del ingeniero Castro. En las afueras de la ciudad lo mismo construía un inversor de altos vuelos como el Marqués de Salamanca, que se presentaba un empleado de la Administración que se limitaba a construir un único edificio para instalarse él mismo en una de las viviendas y alquilar el resto a unas cuantas familias. Los caseros más conocidos eran los Manzanedo, los Mudela, los Urquijo, aquellos grandes nombres de las finanzas y de los negocios que poseían varias parcelas y que construyeron numerosos edificios en la ciudad. En 1870, sólo 107 propietarios controlaban una quinta parte de todas las viviendas de la capital, que les reportaban grandes rentas en alquileres. El resto era una legión de más de cinco mil propietarios que no solían tener más que un bloque de edificios, a lo sumo dos, que les arrojaban un pequeño caudal a final del año. Lo que recibían estos modestos propietarios por el alquiler de sus viviendas eran unas 3.000 o 4.000 pesetas que servían para ir pagando la inversión realizada en la construcción de la casa y para aumentar un poco el dinero que obtuvieran en su actividad cotidiana, ya como tenderos, empleados en la Administración o cualquier otra profesión⁶.

Para unos, el negocio inmobiliario era uno de los muchos caminos para acrecentar y consolidar capitales amasando, cada vez un mayor volumen de dinero; para otros, era el destino ideal para refugiar los ahorros acumulados tras años de trabajo y el medio más eficaz de dejar una renta segura a sus hijos el día en que muriesen. Independientemente de las intenciones con que acudieran al revitalizado negocio inmobiliario, lo significativo era la importancia que la construcción de edificios en Madrid había adquirido como actividad económica hacia 1880. Una importancia que apenas sufrió desfallecimientos hasta el cambio de siglo. El Ensanche, y particularmente su zona norte, fue una de los lugares donde más se hizo notar ese protagonismo que el ladrillo tenía en la vida económica de la capital. El arrabal de Chamberí ya se había destacado como el foco más dinámico de crecimiento residencial y demográfico de Madrid mucho antes de que se derribaran las tapias; de todos los barrios exteriores, era el que primero y más rápido se había desarrollado. Mucho antes de que el Ensanche

⁵ Las cifras de contribuyentes en RODRÍGUEZ CHUMILLAS, Isabel: *Vivir de las rentas. El negocio del inquilinato en el Madrid de la Restauración*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2002. Otros análisis sobre la extensión social que adquirió el negocio inmobiliario, con análisis del tipo de contribuyentes por el número de fincas poseídas y los impuestos satisfechos en GALIANA, Luis y LLOP POMARES, Mercedes: "Propiedad y mercado inmobiliario en Madrid, 1885 (I. Propiedad)"; AYLLÓN, María del Carmen; LACASTA, Pilar y TARANCÓN, Olga: "Propiedad y mercado inmobiliario en Madrid, 1885 (II. Mercado inmobiliario)" y RODRÍGUEZ CHUMILLAS, Isabel: "La propiedad inmobiliaria en Madrid: 1870-1890", los tres artículos en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Madrid, Comunidad de Madrid – Alfoz, 1989, vol. I, pp. 151-159, 161-173 y 175-197 respectivamente.

⁶ Este retrato de la composición de los propietarios en RODRÍGUEZ CHUMILLAS, Isabel: *Vivir de las rentas...* ob. cit.

fuese una idea en el Ministerio, el caserío que se extendía al norte de la capital ya había llamado la atención de los contemporáneos. No en vano, en 1860 ya se habían construido casi quinientos edificios más allá de las puertas de Santa Bárbara, Bilbao y Conde Duque que ofrecían 1.261 viviendas en las que se alojaban unas 5.000 personas.

Tabla 7.1: Evolución del paisaje residencial del Ensanche Norte entre 1860 y 1905						
años	número de edificios	Crecimiento Edificios (índice 100)	número de viviendas	Crecimiento viviendas (índice 100)	número de habitantes	Crecimiento (índice 100)
1860	475	100	1.261	100	5.007	100
1880	963	202,74	5.888	4.63,93	23.694	473,22
1905	1.971	414,95	14.446	1.154,6	55.261	1103,66

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrones del Ensanche Norte, 1860, 1880 y 1905.

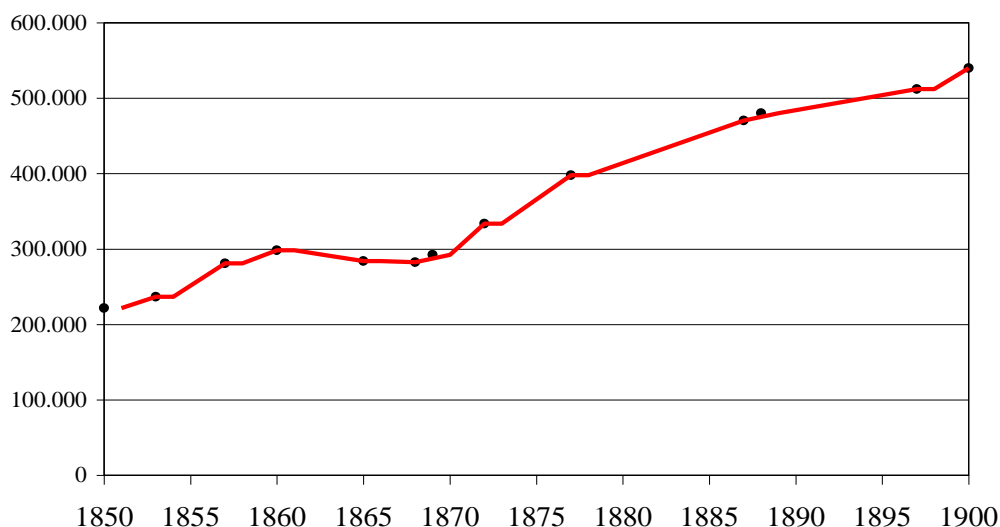
A pesar de los problemas iniciales que tuvo que afrontar el proyecto de Castro, entre 1860 y 1880 se produjo un desarrollo notable del caserío de la zona norte de Ensanche que la llevó a duplicar su número de edificios. En los primeros años de la Restauración, el arrabal de Chamberí, la barriada de Vallehermoso y el incipiente barrio aristocrático surgido en los márgenes del paseo de la Castellana, ya sumaban casi mil edificios. Ese aumento del caserío era el reflejo del fervor constructor que se había despertado en 1869 con el espaldarazo definitivo del Ayuntamiento democrático a la ampliación urbana de la capital. Se había roto definitivamente con la vieja ciudad, no sólo porque se asumía ya sin reticencias la construcción en las afueras, sino también porque los nuevos barrios que se estaban alzando adquirirían una estructura y unas formas completamente nuevas.

La aprobación del Ensanche, si bien no había logrado cumplir con todas las medidas de higiene y salubridad pergeñadas por el ingeniero Castro en su proyecto, al menos sí consiguió que se abordara la expansión del caserío madrileño de manera muy diferente a los tiempos en que los arrabales se construían a la sombra de las tapias de la capital. El crecimiento de Madrid ya no se materializaba en ese desarrollo de barrios de casitas bajas y modestas, con cierto aire rural, que habían caracterizado los primeros tiempos del arrabal de Chamberí. El Ensanche, una vez legalizado y sometido a la norma y al plan del Ayuntamiento, se desarrolló con un perfil más urbano, en que la figura dominante era el edificio de vecindad, con varias plantas y múltiples viviendas en cada piso. Así, si el número de edificios se multiplicó por dos entre 1860 y 1880, el número de viviendas lo hizo por más de cuatro, lo mismo que el número de habitantes que albergaban. En 1880, había en el Ensanche Norte unas 6.000 viviendas en las que se alojaban más de 23.000 personas; la ciudad crecía más rápido, más alto y más intensamente.

La estabilidad de los primeros años de la Restauración y la confianza generada en torno al negocio inmobiliario, una vez que se confirmaron las bases y las reglas de juego sobre las que se asentaba, permitieron que el desarrollo del Ensanche no sólo mantuviera su vigor sino que incluso lo intensificara. Entre 1880 y 1905 el caserío de la zona norte del Ensanche volvió a duplicarse, pasando de esos mil edificios legados por el Sexenio democrático a los casi dos mil que se repartían por los nuevos barrios a comienzos del siglo XX. La oferta del número de viviendas sufrió una explosión mayor en la que se pasó de las cerca de 6.000 de 1880 hasta las casi 15.000 que en 1905 daban cobijo a una población cada vez más nutrida y que ya había alcanzado los 55.000 habitantes. Pero el negocio no se paraba ahí; junto a la espectacular expansión de la oferta residencial, la construcción de los nuevos barrios abría un abanico mucho más

amplio de negocios y beneficios. Además de construir nuevas viviendas, por tratarse de una zona que hasta hacía bien poco había estado cubierta por descampados y eriales, también era necesaria la creación de las infraestructuras más básicas: primero había que realizar el desmonte y aplanamiento de los solares, trazar las calles, pavimentarlas, construir aceras y alcantarillado, ir ramificando un sistema de distribución de agua cada vez más extendido desde la creación del Canal de Isabel II y un sin fin de tareas que hicieran olvidar el aire rural de las afueras para asimilarlas al decorado urbano del casco viejo de la ciudad.

Gráfico 7.2: Evolución de la población Madrileña en el siglo XIX



Elaboración propia a partir de los datos ofrecidos por FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio, y BAHAMONDE MAGRO, Ángel: "La sociedad madrileña en el siglo XIX" en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): Historia de Madrid. Editorial Complutense, Madrid, 1993. p. 481.

Más allá de las succulentas oportunidades de negocio que los nuevos barrios ofrecieron para los capitalistas con residencia en Madrid, el despegue definitivo de la expansión urbana y la consolidación del negocio inmobiliario en la capital supusieron la clave para que dejara de ser definitivamente una ciudad anclada en el Antiguo Régimen y se asistiera a la transformación de su composición social. El negocio de la construcción aportó a la economía madrileña el motor que impulsó su crecimiento a un ritmo que comenzaba a acercarse al que estaba alimentando el desarrollo urbano en el resto de Europa y sin duda muy superior al del resto del país, con excepción de Barcelona y Bilbao. El aumento del volumen de población de la capital era un claro signo de ese despertar provocado por el negocio inmobiliario. A partir de 1870 se produjo una aceleración del crecimiento del número de habitantes en la capital; los casi 300.000 contabilizados por la Comisión Estadística Municipal en 1869 se convirtieron en cerca de 400.000 según el censo nacional de 1877. En los siguientes veinte años la ciudad mantuvo su pulso demográfico: en 1887 ya se contabilizaban 470.000 madrileños y al finalizar el siglo la capital había superado la cifra del medio millón de personas residiendo en sus calles: en el censo nacional de 1900, en Madrid se contabilizaban 540.000 habitantes⁷.

⁷ Para un estudio de la evolución demográfica de la ciudad de Madrid en este periodo el mejor trabajo sigue siendo FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio

La población de Madrid nunca había crecido tanto ni tan rápido. Lo más llamativo era que ese crecimiento se basaba en los mismos mecanismos que habían marcado su devenir demográfico en el último siglo. Poco habían cambiado las escalofrantes estadísticas de natalidad y mortalidad. Madrid seguía siendo una “ciudad de la muerte” donde año tras año el número de nacimientos que se producían en sus calles era inferior al de las personas que encontraban la muerte. Un lugar donde la vida podía ser excesivamente corta, porque gran parte de los niños recién nacidos morían a los pocos meses de ver la luz: a finales de siglo, uno de cada cuatro niños nacidos en la capital no llegaba a cumplir el año de vida. Eso, sin contar los que se quedaban por el camino, puesto que uno de cada quince embarazos se saldaba con el nacimiento de un niño muerto⁸. Además de corta, en muchos casos, la vida era precaria y se podía marchar repentinamente, por efecto de una de las mil enfermedades que acechaban a los habitantes de la ciudad. Aunque con menos potencia mortífera que en el pasado, las crisis epidémicas eran aún habituales y graves en la capital española; en 1885 se produjo el último embate de cólera en Madrid, que aún causó más de 1.300 muertos, y en 1890 la grave crisis que alió gripe y viruela para llevarse por delante a 6.000 madrileños⁹. Madrid era una ciudad biológicamente incapaz de reproducirse a sí misma; si crecía no era por los impulsos vitales procedentes de su seno, sino como consecuencia de las inyecciones continuas de inmigrantes que le derivaba el resto del país. Siempre había sido así; la capital era una ciudad sepulcra de inmigrantes, que succionaba habitantes de las provincias de alrededor para compensar su endémico déficit de población producido por la sobremortalidad. Madrid crecía porque constantemente entraban nuevos inmigrantes por sus puertas para ocupar el puesto de los que se había llevado la pobreza, las malas condiciones de vida y alimentación o la falta de trabajo.

En el último cuarto del siglo XIX y los primeros años del siglo XX, el Ensanche Norte representaba perfectamente la estructura demográfica madrileña. Los habitantes del Ensanche Norte ya no ofrecían los contrastes acusados de cuando era una zona de frontera y de acogida de un sector tan concreto de la inmigración como en tiempos del arrabal. Ya no existía esa clara concentración en dos grupos de edades: el de la población adulta en su mayoría ya casada y al frente de una familia y la de sus hijos en una gran proporción menores de diez años. La antigüedad de la población del Ensanche Norte, había corregido y disuelto algunos de los rasgos que la habían diferenciado del resto de Madrid, por ser una zona de las afueras y uno de los focos preferentes de instalación de las familias inmigrantes. Ya no se notaba esa ausencia de niños de más de diez años, como cuando la población del arrabal estaba compuesta casi en totalidad por familias llegadas hacía relativamente poco y los hijos que habían ido teniendo en Madrid. En 1905 una buena parte de la población del Ensanche Norte estaba formada por familias de larga estancia en el barrio; que aunque fueran forasteras, llevaban

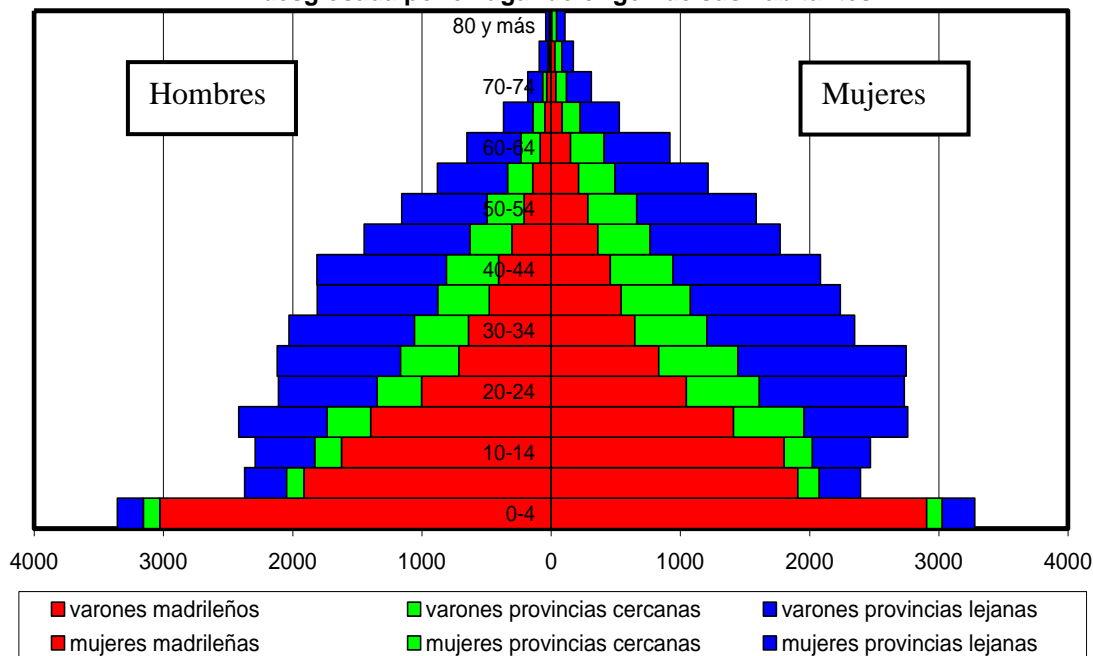
de modelo demográfico” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, Vol. 1, pp. 29-76. Véase también FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio, y BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “La sociedad madrileña en el siglo XIX” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*. Editorial Complutense, Madrid, 1993, pp. 477-485.

⁸ Los datos proceden de HAUSER, Philip: *Madrid desde el punto de vista médico-social*, (edición preparada por Carmen del Moral), Madrid, Editora Nacional, 1979 (original de 1902), pp. 533-536; para el quinquenio 1896-1900, Hauser señala una mortalidad de 0 a 1 año de 246,2 por mil; el promedio anual de nacimientos era de 15,517, al que había que sumar 1.156 niños nacidos muertos por año.

⁹ FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Vicens Vives, Barcelona, 1985; MONTERO PÉREZ, Nicolás: “El cólera de 1855 en la provincia de Madrid”, en *España entre repúblicas 1868-1939, actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Guadalajara, 15-18 noviembre 2005, Vol. 1, 2007, pps. 311-334.

residiendo en la capital muchos años y cuyos hijos habían ido creciendo y formando las cohortes de edades que antes, cuando aquello no era más que un arrabal, se habían echado en falta.

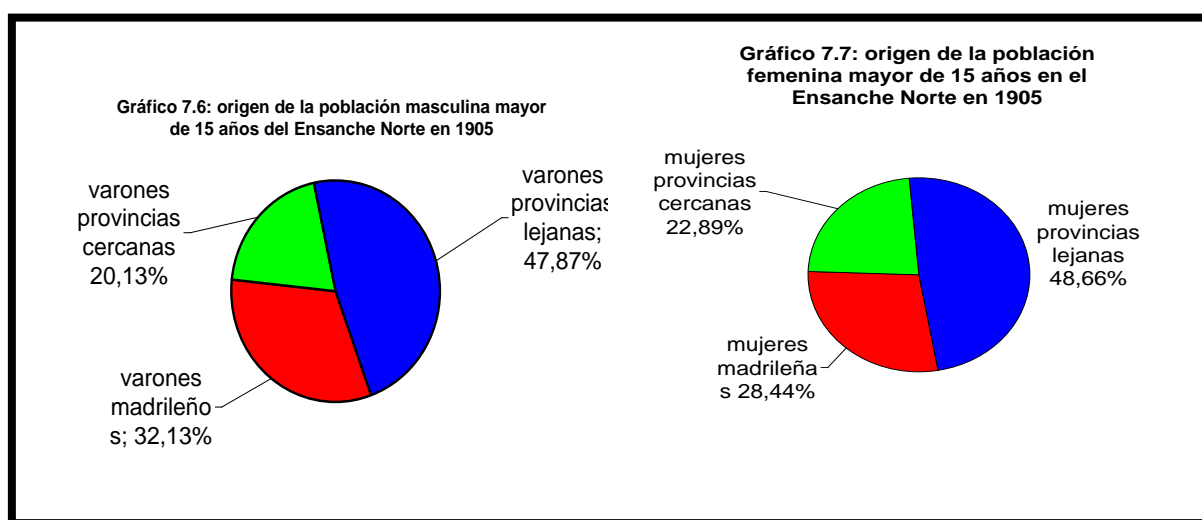
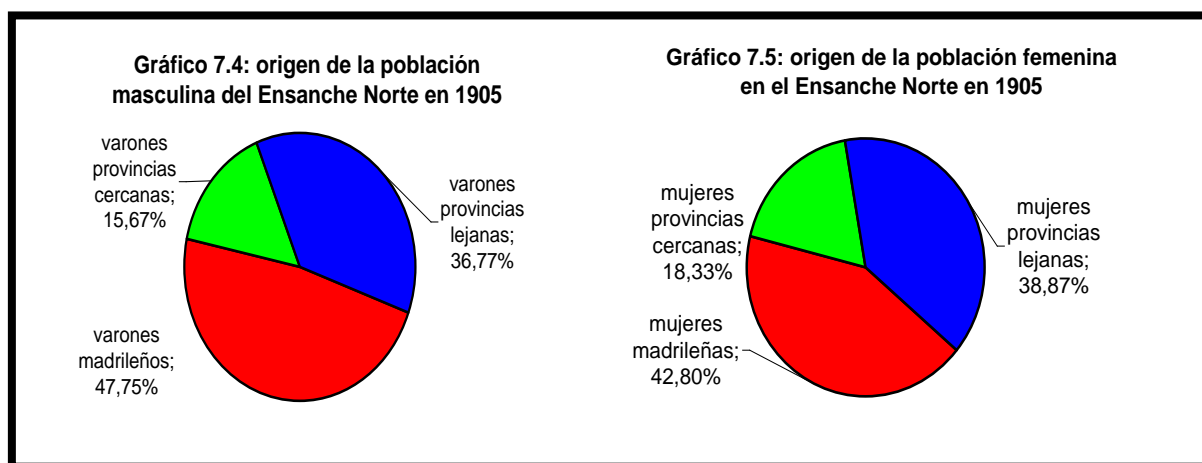
Gráfico 7.3: Pirámide de población del Ensanche Norte en 1905, desglosada por el lugar de origen de sus habitantes



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

La familia de Benigno Castro podía ser tomado como buen ejemplo de los cambios que se habían producido en el conjunto de la población de su barrio. En 1860, Benigno era un inmigrante aún joven, en la plenitud de su edad laboral, con tan sólo treinta años. Casado con una madrileña de su misma edad, Ramona, les acompañaba la hija de ambos, Carolina, de 8 años. Por aquel entonces, en Chamberí ese tipo de familias era el más abundante, tanto, como para marcar la estructura de la población del arrabal y crear ese fuerte contraste entre unos cabezas de familia predominantemente inmigrantes y situados entre los veinticinco y los cincuenta años y sus hijos, casi todos nacidos en Madrid y menores de diez. En 1895, treinta y cinco años más tarde, Benigno, que seguía viviendo en la misma farmacia y en la misma esquina, podía comprobar como su familia y su barrio habían experimentado evoluciones paralelas. Su hija Carolina ya tenía 43 años y había contribuido a engrosar la proporción de habitantes madrileños en esa franja de edad, que eran cada vez más abundantes. Además contaba en la farmacia con la presencia de cuatro de sus nietos: Higinio de 18, Emilio de 16, Ramona de 13 y Luisa de 9, todos nacidos en Madrid, en la misma farmacia de su abuelo. La extensión de su descendencia ilustraba a la perfección el decisivo impulso que la inmigración había aportado al crecimiento de Madrid desde la década de 1850. Todos aquellos que habían llegado a la capital, no sólo habían contribuido a sumar más y más habitantes a la ciudad con su presencia, sino que, al quedarse definitivamente en sus calles, al forjarse una vida en ellas y fundar una familia, habían aumentado los nacimientos de madrileños, descendientes de inmigrantes, pero al fin y al cabo madrileños que iban

creciendo en número en los últimos años hasta superar la barrera del medio millón de habitantes al rayar el siglo XX¹⁰.



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

Pero quizá lo más importante del fenómeno inmigratorio a la capital era su incesante llegada, su constante aportación de nuevos habitantes para Madrid en general y para el Ensanche Norte en particular. En la misma casa de Benigno Castro se dejaba notar esa continua llegada. Igual que en los primeros años de desarrollo del Ensanche y de la actividad en aquella farmacia, los mancebos que trabajaban al servicio del señor Castro continuaron llegando y desfilando año tras año, dejando el puesto unos para que lo tomaran otros. Lo mismo ocurría con las muchachas que eran empleadas como criadas: todos los años se despedía una para que entrara otra. Parecía que nunca acabaría ese entrar y salir de jóvenes en aquel comercio; si entre 1860 y 1880 Benigno Castro había contratado a más de treinta trabajadores, cabe esperar que fueran otros tantos los que llegaron entre 1880 y comienzos de siglo. La botica era una representación a pequeña escala de un Madrid en que el flujo de llegada de nuevos trabajadores era constante, muchos de ellos simplemente de paso, como los mancebos y las criadas, otros con la

¹⁰ La reconstrucción de la estructura familiar de Benigno Castro en 1860 y 1895 a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte de 1860 (vivienda calle Santa Feliciano n° 17) y padrón del Ensanche Norte, 1895, (vivienda calle Castillo n° 1).

intención de quedarse como el mismo Benigno o como su yerno Florencio, que había llegado veinte años después para repetir la misma historia que su suegro. Se casó con una madrileña, tuvo hijos con los que contribuyó al crecimiento del número de madrileños y siguió fomentando la llegada de nuevos trabajadores a través de su negocio.

A pesar del desarrollo biológico de la población ya presente en el Ensanche Norte antes de 1880, a pesar de que aquellos hijos de inmigrantes, niños ya nacidos en la ciudad habían crecido y ganaban peso en la población, Madrid seguía siendo una ciudad de recién llegados, en que una mayoría de sus habitantes no habían nacido en la ciudad, y buena parte de ellos ni tan siquiera en las provincias más cercanas. En 1905, entre los 55.000 vecinos con los que ya contaba el Ensanche Norte, un poco más de la mitad, tanto de los varones como de las mujeres, no eran madrileños de nacimiento. Esta proporción aún aumentaba más si sólo se tenía en consideración a los habitantes con edad para estar plenamente insertos en el mercado laboral. Tanto entre los hombres como en las mujeres de más de quince años, los madrileños de pura cepa eran minoría y apenas suponían un tercio del total.

Las razones que empujaban a tantos inmigrantes a adentrarse en la capital eran diversas. Las soluciones que encontraban para ganarse la vida también. Los negocios como el de la botica de la calle Santa Feliciano ofrecían una vía privilegiada de entrada a la ciudad. Lo eran tanto para quienes como Benigno y su sucesor Florencio venían de localidades más pequeñas en las que no podían colmar sus ambiciones profesionales de farmacéuticos, como para los mancebos y las criadas, que quizá tenían proyectos más modestos y simplemente habían venido a la ciudad para ganar un salario durante unos meses con los que regresar a su pueblo. De todas maneras, la vida del inmigrante no solía ser tan fácil ni le reservaba trabajos tan cómodos en Madrid. Al menos al principio. Una vida como la de Benigno Castro no era el destino más común de una gran parte de los trabajadores que integraban las caudalosas riadas migratorias que se dirigían a la capital, huyendo de la pobreza y de la miseria de los medios rurales. Lo normal es que se ocuparan en trabajos menos seguros y con un salario mucho menos regular que los de una botica. Tampoco esperaban nada diferente; la llegada a Madrid se producía por desesperación, porque se había tenido que tomar la drástica decisión de abandonar el pueblo en que se habían criado. Por el momento se conformaban con sobrevivir, que no era poco. Otra cosa era lo que esperasen para el futuro: eso sólo el tiempo lo diría. Lo urgente era encontrar un trabajo en cualquier cosa, un día en una obra, otro día como mozo de carga, al siguiente empleado por el Ayuntamiento para remover tierra o derribar un edificio en ruinas. Todo valía siempre y cuando se ganase un jornal al día con que sacar la familia adelante.

En el Ensanche Norte, a comienzos del siglo XX, la profesión más común entre los inmigrantes recién llegados seguía siendo, en el caso de los varones, la de jornalero. Las mujeres en su gran mayoría no reconocían más actividad que la dedicación en exclusiva a las tareas domésticas. Por ser madres y esposas y encargarse del cuidado de sus maridos y de sus hijos, se veían en la imposibilidad de desempeñar un empleo a tiempo completo y sólo podían participar esporádica y regularmente en el mercado laboral, realizando tareas de costura por encargo o trabajos similares. Sí que había un grupo numeroso de criadas, pero en el fondo respondían a otro tipo de inmigración diferente. Eran muchachas de los alrededores que venían a la ciudad por un tiempo para luego volver a sus pueblos. Pero el común de las mujeres, las que venían con sus maridos, solían declarar esa ambigua dedicación de “sus labores”.

Tabla 7.2: Clasificación socioprofesional de la población inmigrante adulta del Ensanche Norte en 1905 (menos de 2 años de residencia)¹¹				
Categorías profesionales	hombres	%	Mujeres	%
Sin determinar/Sus labores	91	9,59	815	59,84
Sin oficio	93	9,80	3	0,22
Labores agropecuarias	2	0,21	0	0,00
Jornaleros/Trabajadores sin cualificar	260	27,40	6	0,44
Artesanos, oficios y trabajo cualificado	91	9,59	8	0,59
Pequeño comercio	21	2,21	1	0,07
Industriales	8	0,84	0	0,00
Servicio doméstico	55	5,80	483	35,46
Empleados y dependientes	167	17,60	8	0,59
Profesiones liberales/Titulados	33	3,48	1	0,07
Iglesia y militares	90	9,48	2	0,15
Pensionistas, jubilados y retirados	23	2,42	25	1,84
Propietarios y rentistas	15	1,58	10	0,73
Total	949	100,00	1362	100,00

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

Unos y otros, jornaleros y amas de casa, componían el tipo de inmigración que seguía siendo la base de la que se alimentaban el crecimiento de Madrid. Eran familias jóvenes, muchas de ellas recién fundadas, sólo formadas por el matrimonio recién casado o a lo sumo con un hijo o dos de unos pocos años o unos pocos meses. En 1905, más de una cuarta parte de los inmigrantes recién llegados al Ensanche Norte se tenían que seguir conformando con ese tipo de vida que había sido característico de los que les habían precedido unas décadas antes en la aventura de buscarse la vida en la capital. Los maridos a luchar por hacerse un hueco en ese inestable mercado de trabajo marcado por la temporalidad, los periodos de paro forzoso y los bajos salarios que componían la oferta laboral compuesta por el trabajo en las obras de la construcción particulares y la obras públicas promovidas por el Ayuntamiento. Las esposas condenadas a buscar huecos en sus sobrecargadas jornadas de amas de casa para obtener unas monedas trabajando a domicilio para algún taller, aceptando encargos puntuales como lavanderas o siendo criadas por horas.

Gran parte de la inmigración llegada a Madrid a partir de 1870 y la forma en que se insertaba en el mercado laboral apenas se diferenciaba de aquellas riadas que tanto habían asustado a las autoridades antes de la aprobación del Ensanche: seguía estando compuesta en su parte mayoritaria por familias expulsadas de sus comunidades de origen y que recalaban en la gran ciudad como una salida desesperada en su búsqueda de trabajo. Si acaso, lo que se había producido era un aumento del flujo de inmigrantes. Las transformaciones en el orden económico y jurídico del país derivadas de la revolución liberal se habían intensificado en los últimos años, acelerando el proceso de trasvase de población desde las zonas rurales hacia las ciudades. Los cambios en la titularidad de la propiedad de las tierras habían hecho crecer aún más el número de familias de jornaleros, de campesinos sin tierra ni trabajo fijo que, en su deambular en

¹¹ En la tabla sólo se ha incluido la población mayor de 14 años y en la que es más habitual la declaración de una profesión, al menos entre los varones. Para detectar mejor los empleos en que se insertaban los inmigrantes en sus primeros momentos en la ciudad se ha restringido la muestra a los forasteros con menos de dos años de residencia en la capital, siguiendo una estrategia que ya pusiera en práctica en su día MENDIOLA GONZALO, Fernando: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización. Pamplona (1840-1930)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2002.

busca de un lugar donde sobrevivir, acababan confiando su suerte a la vida en la ciudad. Las economías urbanas, y particularmente la de Madrid, se caracterizaban por la abundancia de trabajo descualificado y de contrataciones laborales temporales a las que estaban tan bien acostumbrados los jornaleros. El campo español producía hambrientos y no proporcionaba ni las tierras ni el trabajo que necesitaban; como siempre, el campesino, miraba hacia la gran ciudad como su posible vía de escape a la miseria y a una posible muerte prematura por hambre o enfermedad¹².

El verdadero cambio que explica el vigor con que creció la ciudad de Madrid en el último tercio del siglo XIX no estaba, por tanto, en los flujos migratorios, que ya existían desde hacía tiempo, sino en la actitud al respecto que los habitantes de la ciudad y sus autoridades adoptaron a partir de 1870. Hasta entonces se habían hecho esfuerzos por combatirla, pues la llegada de familias trabajadoras era percibida con cierto miedo y sólo un puñado de madrileños había decidido aprovecharse de las riadas de nuevos vecinos para hacer un negocio. Así habían surgido los primeros arrabales, como los de Chamberí, Vallehermoso o Peñuelas; sus promotores no sólo daban satisfacción a las necesidades de los nuevos madrileños para crear un negocio construyendo y alquilando las casas que necesitaban sino que también aprovechaban esos mismos inmigrantes que eran sus inquilinos como la fuerza de trabajo ideal para poner en marcha el negocio inmobiliario. A partir de 1869 y tras la confirmación en la Restauración de las medidas de los revolucionarios, se difundió esta estrategia de enriquecimiento que dejaba de considerar la inmigración a la ciudad como un problema para convertirlo en fuente de riqueza y de energía para el trabajo. Con aquel cambio de actitud, Madrid abrazó el futuro derribando sus cercas físicas y mentales para dejar pasar los inmigrantes que acabarían transformando la capital de España.

La puesta en marcha del Ensanche y los negocios inmobiliarios que se derivaron de él suministraron a Madrid la solución a los desafíos que le habían propuesto las profundas transformaciones sociales y económicas que experimentaba el país del que era capital. Hasta 1870 la ecuación creada por la llegada masiva de inmigrantes, la falta de trabajo por el nulo desarrollo económico de la ciudad y la escasez de viviendas para alojar a los nuevos vecinos, había degenerado en un endurecimiento de las condiciones de vida en la capital. En Madrid había mucho paro y la vida era cara, se había creado el caldo de cultivo para que de vez en cuando se quebrara la paz social de la ciudad, tal y como se había demostrado en 1854 o 1868. Con la apertura de la ciudad hacia sus alrededores se invirtieron los términos de la ecuación. Los jornaleros inmigrantes dejaron de ser candidatos a parados y mendigos para ser contemplados como la mano de obra idónea, barata por ser tan numerosa, para emprender nuevos negocios más grandes y voluminosos que los que habían caracterizado a un Madrid hasta entonces centrado en

¹² Para una caracterización general de los movimientos migratorios en la Península Ibérica véase los estudios de SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: “Las migraciones interiores durante la modernización económica de España, 1860-1930”, *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70 (2005), pp. 157-182; “Inmigraciones interiores e industrialización: el caso de la ciudad de Zaragoza durante el primer tercio del siglo XX”, *Revista de Demografía Histórica*, vol. 21 nº 2 (2003), pp. 59-92; “Las emigraciones interiores en España durante los siglos XIX y XX: una revisión bibliográfica”, *Ager: Revista de estudios sobre despoblación y desarrollo rural*, nº. 2 (2002), pp. 227-248. Para los estudios de los factores de expulsión en los lugares de origen GARCÍA ABAD, Rocío: *Historias de emigración: factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, Bilbao, UPV, 2004; también de la misma autora: “La decisión de emigrar y el papel de las redes migratorias en las migraciones a corta y media distancia”, *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, nº. 5, 94, 2001; y “La emigración a la Ría de Bilbao a finales del siglo XIX: aproximación a los factores de expulsión por partidos judiciales” en REHER, David Sven (coord.): *Actas del Congreso Internacional de la Población: V Congreso de la ADEH: (Logroño, 15, 16 y 17 de abril de 1998)*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1999, Vol. 2, pp. 181-208.

el pequeño negocio artesano. La escasez de viviendas en la ciudad dejó de ser visto como un problema higiénico y una amenaza a la paz social para ser considerado una veta de negocio por explotar y en la que emplear a esos abundantes trabajadores que llamaban a las puertas de la capital. En definitiva, las antiguas condiciones que hacían de Madrid una ciudad saturada y abocada al colapso auguraban ahora un futuro de crecimiento económico y de transformación social.

La importancia adquirida por el negocio inmobiliario en la economía madrileña se dejaba notar en la estructura de su mercado laboral. Madrid seguía siendo una ciudad de jornaleros. Los trabajadores sin oficio concreto, dispuestos a trabajar en cualquier cosa a cambio de un salario, seguían representando el grupo más numeroso dentro de la mano de obra madrileña. Ya lo eran en el Ensanche Norte en 1880, cuando suponían un 41% de todos los trabajadores varones. Veinticinco años más tarde, en 1905, cuando los barrios nuevos del norte habían más que duplicado su población, seguían representando una proporción similar dentro de la fuerza de trabajo; el 39%. De los 18.000 varones mayores de 14 años que poblaban aquellas calles, más de 7.000 no encontraban mejor respuesta para indicar el tipo de trabajo del que vivían que la de declararse como trabajadores a jornal.

Tabla 7.3: Clasificación socioprofesional de la población masculina del Ensanche Norte en 1905		
Categorías profesionales	Trabajadores	%
Sin determinar/Sus labores	1400	7,69
Sin oficio	1011	5,56
Labores agropecuarias	9	0,05
Jornaleros/Trabajadores sin cualificar	7097	39,00
Artesanos, oficios y trabajo cualificado	2725	14,97
Pequeño comercio	908	4,99
Industriales	105	0,58
Servicio doméstico	435	2,39
Empleados y dependientes	2799	15,38
Profesiones liberales/Titulados	536	2,95
Iglesia y militares	665	3,65
Pensionistas, jubilados y retirados	295	1,62
Propietarios y rentistas	214	1,18

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

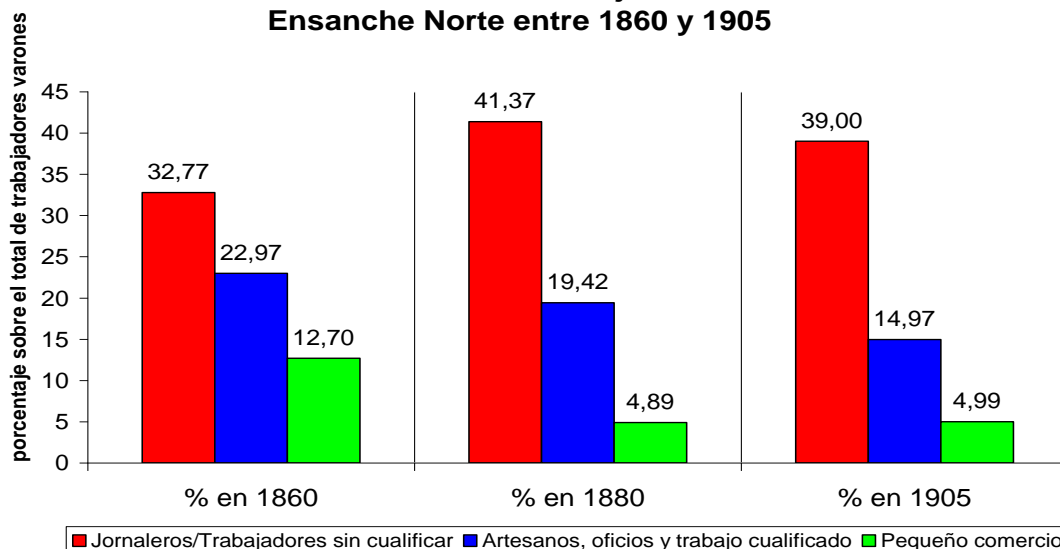
Es cierto que no se podía establecer una equivalencia directa entre el jornalero y el trabajador de la construcción. El trabajador a jornal, no sólo era aquel que trabajaba como peón de albañil o ayudante de carpintero, el inmigrante llegado del campo que por no traer más que sus experiencias como campesino, que de tan poco servían en el mundo del trabajo urbano, se tenía que conformar con ganarse su escaso salario con labores de fuerza: arrastrando sacos, cavando zanjias, acarreando ladrillos.... Bajo la voz de jornalero, cada vez más común y numerosa en los registros estadísticos, también se escondían montones de antiguos artesanos, trabajadores cualificados en tal o cual arte, que poco a poco habían ido perdiendo la dignidad de su oficio. Jornaleros también se declaraban a veces aquellos zapateros que hacía tiempo que sólo se empleaban en las tareas menos refinadas de su profesión, destripando botas viejas o realizando piezas sencillas para los grandes negociantes del calzado que, como José Soldevilla, habían instalado modernas máquinas en sus grandes talleres. También como jornaleros se registraban centenares de oficiales que habían perdido la esperanza de cumplir el viejo sueño gremial de convertirse algún día en maestros y tener abierto su propio taller.

Muchos oficiales de fundidor, de herrero o de platero se habían visto condenados a cobrar por día trabajado y no de acuerdo a su rango y experiencia en el oficio. Eran meros trabajadores a jornal a disposición de sus patronos, los dueños de los talleres o los negociantes en materias primas para los que trabajaban, y como tal se reconocían, como jornaleros. Era la corrosión del oficio, el fin del modo artesanal de producir, un proceso que hundía sus raíces más allá de mediados del siglo XIX y que en 1880 ya había mostrado su contundente efecto en el mundo del trabajo.

Esta corrosión de los oficios, aunque tuviera causas que procedían del propio mundo del artesanado, no podía ser comprensible sin referencia a esas riadas de inmigrantes que habían transformado la sociedad madrileña desde 1850. En parte los oficiales y los artesanos veían su mundo corroerse porque aquellos jornaleros inmigrantes llegados a la ciudad, que buscaban en las obras su primer trabajo, cuando se encontraban en el paro, no dudaban en aceptar, por el sueldo que fuera, un trabajo en cualquier ámbito de la producción. Que había que trabajar en una tahona, trasladando sacos de harina o atendiendo el horno por las noches, se hacía. Que había que desmontar botas viejas en un taller de zapatería, pues también. En realidad había muchas tareas dentro del mundo de los oficios que podía desempeñar cualquier trabajador, hubiese sido aprendiz o no. La competencia de los inmigrantes y de los trabajadores intrusos para panaderos, zapateros y demás artesanos fue feroz. Obligó a los artesanos a ser como ellos, a convertirse en jornaleros, no sólo porque comenzaran a cobrar sólo por día trabajado sino porque debieron imitar aquel continuo salto del mundo del trabajo cualificado al del trabajo de escasa o nula especialización. Lo mismo que los jornaleros cuando paraba la construcción se trasladaban a otros sectores como el de la panadería o la zapatería, los trabajadores en los oficios, cuando les faltaba un taller en el que emplearse, no dudaban en presentarse como candidatos para alguna cuadrilla de trabajadores en las obras públicas o en ofrecerse como mero peón en un edificio en construcción.

La corrosión de los oficios que transformó el mundo de los trabajadores manuales madrileños entre 1860 y 1905 se nutrió de tres fenómenos diferentes. Cada uno de ellos, de manera independiente contribuyeron a crear un nuevo panorama laboral en que se abría una brecha entre un pequeño grupo de trabajadores manuales que podían reconocerse como patronos y pequeños comerciantes y una gran masa de trabajadores que ya no tenía su establecimiento propio, que dependían de sus salarios. Primero estaba la llegada de aquella riada de inmigrantes que se empleaban masivamente en el mundo de la construcción pero que, con su participación esporádica en los oficios tradicionales, contribuyeron a deprecia el trabajo de los antiguos oficiales y artesanos cualificados. En segundo lugar estaba la progresiva caída del artesano cualificado en el mundo del jornalero y su cada vez más difícil culminación del ideal gremial en que los aprendices pasaban con el tiempo a ser ayudantes, luego ascendían a oficiales y finalizaban como patronos dueños de un taller. Lo más probable en 1905 era que los aprendices como mucho llegaran a oficiales y que nunca tuvieran su negocio de platería o de tejido y confección, sino que trabajaran para grandes comerciantes y contratistas. Al mismo tiempo, de manera cada vez más pronunciada, los artesanos especializados en un oficio, se veían obligados a buscar un sustento complementario en trabajos que poco tenían con el arte en que se habían formado. El fundidor, el herrero o el bronceista se encontraban frecuentemente entre las cuadrillas que empedraban las nuevas calles de la capital. También el panadero, guarnicionero o el zapatero. Con ello se veían equiparados en salario y condiciones de trabajo al inmigrante jornalero venido del campo, sin más experiencia laboral que las largas jornadas de siega y siembra que habían conducido su vida hasta recalar en la ciudad.

Gráfico 7.8: evolución de los trabajadores manuales del Ensanche Norte entre 1860 y 1905



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, 1880 y 1905

Finalmente, en tercer lugar se había producido una reducción y estancamiento del número de pequeños patronos y dueños de un negocio propio. En realidad, de ese 5% de trabajadores que se presentaban como patronos y pequeños comerciantes en el Ensanche Norte en 1905, la gran mayoría eran del segundo grupo. Dueños de ultramarinos, de despachos de pan, de carbonerías o de una taberna. El patrón, con taller de cuatro o cinco trabajadores en el que se producía y a la vez se vendía el producto fabricado, era cada vez más escaso, porque las grandes fábricas habían acabado con ellos. Y si no las fábricas, los grandes contratistas que se apoyaban en el trabajo a destajo y a domicilio para sacar adelante su producción. Era especialmente obvio en el mundo de la confección textil y de calzado. No quedaban talleres de zapato nuevo, solo zapateros remendones que un día arreglaban una bota a un vecino y al siguiente hacían un encargo para una gran fábrica, pero ya no hacían zapatos nuevos para venderlos ellos. Lo mismo con los sastres y las costureras, que remendaban, hacían arreglos a domicilio en casa de las buenas familias, y si no se ganaban la vida trabajando a destajo para un gran taller. Pero el mundo ideal de los artesanos, el de un reino de pequeños talleres en que el dueño controlaba la producción y se encargaba de su comercialización, había desaparecido.

Los tres fenómenos, el crecimiento de los jornaleros, la caída de los artesanos en las formas de trabajo proletarizada y el estancamiento del número de pequeños patronos estuvieron íntimamente ligados a la hegemonía que adquirió la construcción en el sector productivo madrileño. La corrosión de los oficios, la desintegración del mundo artesanal en el Madrid de la segunda mitad del XIX y principios del XX, se produjo de forma paralela y estrechamente asociada a la orientación cada vez más acusada del trabajo manual madrileño hacia los negocios inmobiliarios. La forma concreta en que se disolvió el mundo de los talleres de la capital y, sobre todo, las vías que encontró para subsistir, dependió de ese auge de la construcción que se despertó con el Ensanche de la ciudad. Para entender esa compleja relación, entre el creciente dinamismo de la construcción y la cada vez más patente crisis del artesanado, es preciso desplazar la mirada y en vez de centrarla en los sectores del trabajo manual que entraron en

decadencia, hacerlo en aquellos que se mostraban con más salud y vigor en el cambio de siglo.

A pesar de que a comienzos del siglo XX, Madrid seguía siendo una ciudad de mil oficios, en la que se podía encontrar trabajadores cualificados en cualquiera de los ámbitos del trabajo manual, la composición del artesanado estaba cada vez más concentrada en sectores muy concretos de la producción. Al examinar las principales profesiones desempeñadas por los trabajadores cualificados del Ensanche Norte en 1905, se destacaban con claridad los oficios relacionados con el mundo de la construcción. De manera cada vez más acusada, el artesanado madrileño era un mundo de albañiles, carpinteros, pintores, cerrajeros, ebanistas y canteros. A ellos había que añadir algunas profesiones nuevas que surgían de la incorporación de nuevas tecnologías al mundo de la construcción y que necesitaban de trabajadores especializados, como los electricistas, aún minoritarios pero en franco crecimiento. O los vidrieros, que también crecían al calor de la difusión de este material en las nuevas viviendas construidas. En cambio, otras profesiones que habían gozado de un cierto protagonismo, tanto en el conjunto de la ciudad como en el caso concreto de Chamberí, cedían terreno. Era el caso de los panaderos, que habían sido abundantes en los primeros tiempos del arrabal, cuando Chamberí se convirtió en uno de los focos de concentración de tahonas de la capital. O de los herreros y los fundidores, abundantes también unas cuantas décadas atrás, cuando las fábricas de metal de Bonaplata, Sanford, Grouselle o Meneses eran prácticamente los únicos centros de trabajo en aquella zona de la capital.

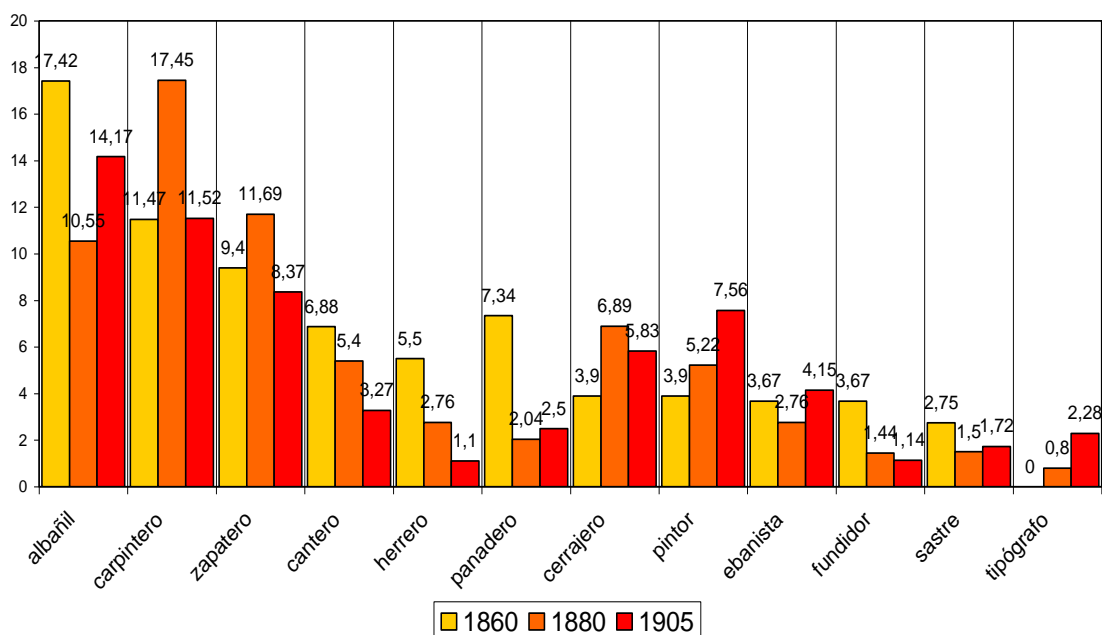
Tabla 7.4: Principales profesiones de los trabajadores del mundo de los oficios en el Ensanche Norte en 1905.					
sobre un total de 2.725 trabajadores en el mundo de los oficios					
oficio	trabajadores	%	Oficio	trabajadores	%
albañil	386	14,17	Impresor	50	1,83
carpintero	314	11,52	Tallista	48	1,76
zapatero	228	8,37	Broncista	47	1,72
pintor	206	7,56	Sastre	47	1,72
cerrajero	159	5,83	guarnicionero	39	1,43
ebanista	113	4,15	encuadernador	33	1,21
cantero	89	3,27	Electricista	31	1,14
panadero	68	2,50	Escultor	31	1,14
tipógrafo	62	2,28	Fundidor	31	1,14
mecánico	55	2,02	Fotgrabador /fotógrafo	30	1,1
vidriero	54	1,98	Herrero	30	1,1

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

No todos los oficios que mantenían un cierto peso en el mundo del trabajo madrileño estaban vinculados a la construcción. El caso de los zapateros, particularmente, y el de los sastres, en menor medida, representaban ejemplos de resistencia ante el avasallador avance que se estaba produciendo de los diversos oficios relacionados con la edificación. Pero si los zapateros y los sastres mantenían su importancia, era porque su forma de trabajo había sufrido una evolución muy similar a la de los albañiles, carpinteros y demás trabajadores de la construcción, flexibilizando las rígidas divisiones del mundo gremial. También se debía a las condiciones materiales en que se desarrollaba su trabajo, que les permitía mantener una cierta independencia de oficio que no era posible para otros artesanos. En una economía progresivamente industrializada y en la que cada vez era más importante la producción en grandes

fábricas, los albañiles y los carpinteros podían seguir trabajando como antaño, cuando los artesanos eran trabajadores libres y dueños de su propio negocio. Ellos no necesitaban instalar un taller, sino organizar una cuadrilla en la que además era fácil integrar mano de obra barata, como la de los jornaleros. Los zapateros y los sastres habían encontrado un término medio; no se habían trasladado a la fábrica porque muchos de ellos trabajaban en sus propias casas, una parte del tiempo por encargo para un gran taller, otra parte dedicados a encargos que habían conseguido por su cuenta, remendando botas viejas o arreglando un traje o un vestido.

gráfico 7.8: evolución de las principales profesiones manuales cualificadas en el Ensanche Norte 1860-1880-1905 (en %)



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, 1880 y 1905.

Albañiles, carpinteros, zapateros y sastres tampoco encontraban demasiadas dificultades en reunir el dinero necesario para invertir en materiales y herramientas. No era como en el caso de los fundidores, que habían sido incapaces de mantener sus talleres abiertos ante la competencia de las grandes fábricas madrileñas y de la producción llegada de lugares más industrializados, como el País Vasco. Al albañil y al carpintero les bastaba con conservar su caja de herramientas y conseguir una contratación en un edificio pequeño en el que emplear su cuadrilla para seguir trabajando de manera independiente, siendo su propio patrón, como los antiguos artesanos. Los sastres y zapateros lo hacían en casa, con sus agujas, tijeras y alfileres propios y, aunque subordinados a un gran taller, seguían conservando parte de su independencia porque eran insustituibles. No se habían inventado máquinas que pudieran realizar algunas de las tareas de las que sólo una mano experta era capaz, por ejemplo el cosido de los zapatos o la confección de una camisa a medida. Por eso seguían siendo abundantes, por eso no habían desaparecido como artesanos. Ahora bien, el mantenimiento de esa independencia, el vigor que mantenían sus trabajos en la economía madrileña, no les convertía en trabajadores especialmente bien pagados ni en situaciones de privilegio en el mercado laboral, sino más bien todo lo contrario.

Tabla 7.5: Trabajadores cualificados con salarios más altos en el Ensanche Norte en 1905.					
alquiler vivienda (ptas.)	trabajador	edad	profesión	lugar de trabajo	salario diario (ptas.)
30,00	Juan Miguel Morera	36	escultor	Estudio Agustín Querol	12,00
30,00	Laureano León Martín	54	Impresor	En su casa	10,00
25,00	Mariano Alores Casas	36	mecánico	En un taller	10,00
14,00	Joaquín Llobell Morán	29	encuadernador	imprensa de Romero	10,00
12,75	Apolonio Campos Violero	44	forjador de coches	No indica	9,00
16,00	Antonio Mas Botella	61	sastre	en su casa	8,00
37,50	Isidro Cámara Venages	29	fotograbador	Revista Nuevo Mundo	8,00
17,50	Ricardo Jata Sánchez	39	broncista	C/ Justiniano nº 6	7,00
35,00	Gregorio González Orzas	33	mecánico	No indica	7,00
22,00	José Álvarez Pastor	41	electricista	En una fábrica	6,50
27,50	Antonio González Yllescas	38	Oficial mecánico	Taller de precisión	6,50
15,00	Fernando Millán García	27	mecánico O	Automóviles C/ Capellanes 47	6,00
15,00	Valentín García Suárez	34	herrero	No indica	6,00
50,00	Antonio Alvo de la Fuente	45	tejero albañil	En obras	6,00
20,00	José Calderón García	30	ajustador	En Cuatro Caminos	6,00
27,50	Miguel Pastor Montealegre	45	tapicero	cesante	6,00
25,00	José Riestra Labra	27	Oficial entarimador	Trabajador eventual	6,00
20,50	Enrique Solvet Warnier	46	litógrafo	Empresa de Faure	6,00
31,75	Alfredo Genique Gonder	38	fumista	taller de Luis Norve	6,00
50,00	Enrique Menéndez Miguel	43	tapicero	Empresa del Sr. Rosado	6,00

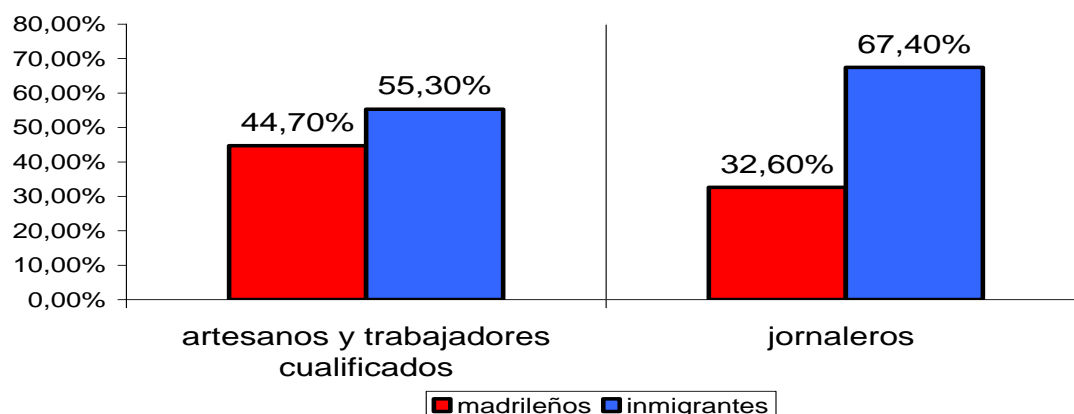
Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

Los trabajadores del mundo de la construcción no se encontraban entre los mejor remunerados del Madrid de comienzos del siglo XX. Sólo en casos muy específicos, los de profesionales especializados en tareas muy concretas dentro de la construcción de un edificio podían llegar a gozar de salarios altos. Era el caso de ese oficial entarimador que residía en el Ensanche Norte en 1905 y que cobraba un salario de 6 pesetas diarias. O del albañil tejero que percibía un jornal similar. El resto de los miembros de la aristocracia artesanal que recibía los sueldos más altos eran representantes de oficios más minoritarios y en los que se exigía un grado de preparación muy superior al de los trabajadores de la construcción. Los trabajadores de las artes gráficas, los impresores, litógrafos, fotograbadores y tipógrafos tenían que haber pasado por la escuela, lo que no dejaba de ser excepcional entre las clases populares. A los mecánicos se les exigía un conocimiento y una experiencia muy concretos con un tipo de maquinaria compleja y se les retribuía en consonancia. En la cúspide se situaban aquellos oficios en que el trabajo manual se mezclaba con la creación artística. El mejor pagado de todos los artesanos del Ensanche Norte era un escultor que trabajaba con el muy reputado Agustín Querol, uno de los artistas más celebrados en la época.

Los distintos sectores que componían el mundo de los oficios madrileño se vieron afectados de muy diferente manera por la corrosión de las estructuras gremiales y artesanales y por la expansión del número de trabajadores manuales residentes en la capital. Por un lado se mantuvieron un sin número de oficios en que el saber profesional aún seguía siendo valorado y retribuido con salarios altos, esas mil profesiones que habían caracterizado la estructura productiva madrileña. Pero se trataba de oficios en los que si se mantenían buenas condiciones de trabajo se debía a su carácter minoritario y especializado. La realidad del trabajo manual caminaba por otro lado. Por el de la

jornalerización o proletarización de los trabajadores y por el de los salarios disminuidos. Los oficios que más crecían en Madrid, en los que había un mayor volumen de trabajo, eran los peor pagados y, sobre todo, en los que existían menos barreras para que fueran integrados todos aquellos jornaleros inmigrantes que se presentaban a las puertas de la capital.

Gráfico 7.10: origen de los trabajadores manuales del Ensanche Norte en 1905 por cualificación

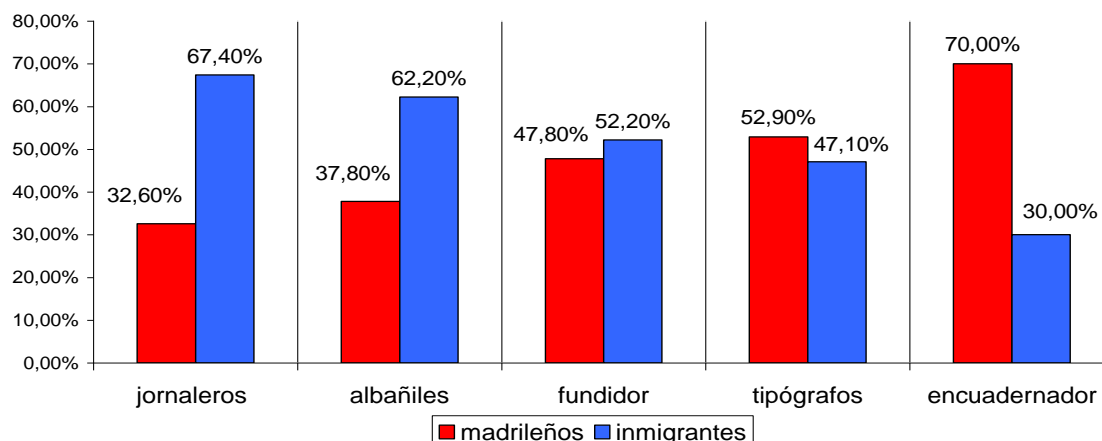


Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

Existía una clara división entre los trabajadores manuales. La frontera estaba trazada por la cualificación pero también por la capacidad de cada sector para integrar a las riadas migratorias que llegaban a la ciudad. Los jornaleros eran en su mayoría inmigrantes mientras que en el artesanado, sin llegar a predominar, había una fuerte presencia de trabajadores madrileños. Resultaba lógico. Por un lado como expresión del destino que les reservaba la ciudad a muchos de los que venían buscando una manera de sobrevivir y que se contentaban con cualquier trabajo: de campesinos se convertían en jornaleros urbanos. Por el otro lado, el gran número de trabajadores cualificados madrileños se explicaba por la transmisión hereditaria de muchos de estos oficios. Los plateros eran muchas veces hijos de plateros madrileños, como los fundidores o los herreros. Además, en un mundo del trabajo cualificado en que el aprendizaje seguía manteniendo cierta importancia, el jornalero que llegaba con veinte o treinta años encontraba muchas más dificultades para insertarse en un oficio que el niño que nacía en la capital, que comenzaba por los escalones más bajos de la profesión y podía aprender durante su adolescencia y juventud los saberes necesarios para desempeñar una profesión.

Aún así no todos los oficios estaban igualmente cerrados a la inmigración. Había profesiones que por las condiciones concretas en que se desarrollaban, abrían más la puerta que otras a la entrada de trabajadores forasteros, como la de albañil. Ello se debía al propio dinamismo del negocio inmobiliario y a la demanda de mano de obra que había en esta profesión. Pero también a esas condiciones que la convertían en una profesión en que el paso de mero oficial a capataz no necesitaba de grandes inversiones ni capitales. Un inmigrante que llevara varios años podía acabar dirigiendo su propia cuadrilla y convertirse en capataz y dejarse de sentirse como un jornalero para reconocerse como un trabajador cualificado, como un albañil.

Gráfico 7.11: origen de los trabajadores manuales cualificados del Ensanche Norte en 1905 por oficios



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

La construcción jugó en Madrid el mismo papel que la industria en otras ciudades de su tiempo que experimentaban ritmos de crecimiento similares. No sólo solucionó parcialmente el problema del paro de los inmigrantes ya presentes en sus calles sino que, como las fábricas en ciertas localidades de Cataluña y el País Vasco, comenzó a ejercer de polo de atracción sobre otras muchas más personas que aún no se habían visto forzadas a abandonar sus pueblos y localidades de origen. La marcha a Madrid dejó de ser exclusivamente una solución desesperada, un destino al que se veían empujados los jornaleros más por obligación que por deseo, el final del callejón sin salida al que les había conducido el mercado laboral y con el que se tenía que conformar quisieran o no. El dinamismo que aportó el negocio de la construcción al mercado laboral madrileño, hizo que la capital pudiera comenzar a ser observada como una ciudad de las oportunidades, un lugar donde era posible encontrar un trabajo y ganarse la vida mejor que en otras zonas del país estancadas económicamente.

El protagonismo que adquirió el negocio de la construcción en Madrid transformó el modelo de crecimiento económico de la ciudad creando los cauces para asimilar a un número creciente de trabajadores en su mercado laboral. Madrid demostró una capacidad cada vez mayor de asimilar población en sus calles y darles una forma de ganarse la vida. El aumento del número de sus habitantes, que la llevó a superar el medio millón en el cambio de siglo, era una clara muestra del éxito de ese cambio de modelo de crecimiento, pero no debe hacer pensar que con ello se acabaron los dramas y sufrimientos que implicaba la inserción de tantos inmigrantes en la vida urbana. Sería ingenuo considerar que la incorporación de población de zonas rurales a la vida urbana fue un proceso armónico en que una mano invisible hacía cuadrar la demanda de trabajo que había en los pueblos y campos de España con la oferta de empleos en la capital¹³. De la misma manera que sucedió en las ciudades cuyo motor era la industrialización, el camino que llevaba desde el campo de labor hasta el trabajo en una de las obras de edificación en Madrid, no se solucionaba con la exactitud de los mecanismos de vasos

¹³ Tal y como lo considera Enriqueta Camps en su crítica a las teorías neoclásicas de las migraciones en CAMPS I CURÁ, Enriqueta: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1995. Para una exposición de las teorías más recientes sobre las migraciones, GARCÍA ABAD, Rocío: “Un estado de la cuestión de las teorías de las migraciones”, *Historia contemporánea*, nº 26 (2003), pp. 329-351.

comunicantes ni el resultado era todo lo feliz que cabía esperar. Para empezar porque el tipo de trabajo que generaba la construcción y cuyas dos figuras dominantes eran las de los albañiles y los jornaleros, estaba lejos de ofrecer altos sueldos y una seguridad laboral como la que habían disfrutado los artesanos hasta entonces.

El fervor inmobiliario del último cuarto del siglo XIX dio una forma de ganarse la vida a todos aquellos inmigrantes que habían asediado el Viejo Madrid en busca de trabajo en el pasado, pero lo que les ofreció fue un empleo mal pagado y duro, con sueldos bajos, muchas veces insuficientes para cubrir el presupuesto de mera supervivencia. La otra cara del crecimiento de Madrid eran sus altas tasas de mortalidad y otros indicadores demográficos que se derivaban de las deplorables condiciones de vida en que vivían muchos de sus trabajadores manuales y que la habían hecho justa merecedora de su calificativo como ciudad sepulcra de inmigrantes. En Madrid había trabajo y hueco para los inmigrantes pero eso no significaba que se siguieran encontrando con una excesiva temporalidad en las contrataciones, sueldos demasiado bajos y precios altos del alquiler y de los alimentos. Lo que había cambiado era que, si antes se les cerraba las puertas de Madrid a los inmigrantes y habían de traspasar como pudieran las tapias de una ciudad reacia a admitirlos en su seno, ahora se les ofrecía un camino para prosperar aunque fuera duro y tortuoso.

El renovado motor de la capitalidad

El negocio inmobiliario tuvo bastante culpa del despliegue urbano de Madrid en el último cuarto del siglo XIX, pero no fue el único motor que lo impulsó. También intervinieron otros factores entre los que destacó el empuje que experimentó la ciudad en su condición de capital del Estado. Tampoco en este caso se trataba de nada nuevo. La vida de Madrid había estado marcada desde hacía siglos por su condición de sede permanente de la corte¹⁴. Entre los rasgos definitorios de la sociedad madrileña ya era un elemento esencial la nutrida y exquisita representación que tenían las elites de todo el país¹⁵; Madrid era una ciudad en que confluían las grandes familias de la nobleza española que buscaban la proximidad de palacio para desempeñar sus funciones como elite y así engrandecer el nombre de su estirpe. También había sido desde el siglo XVI una ciudad funcionarial, repleta de secretarios y escribientes, abogados y notarios, trabajadores todos de las diversas oficinas y dependencias encargadas de regir los destinos del reino.

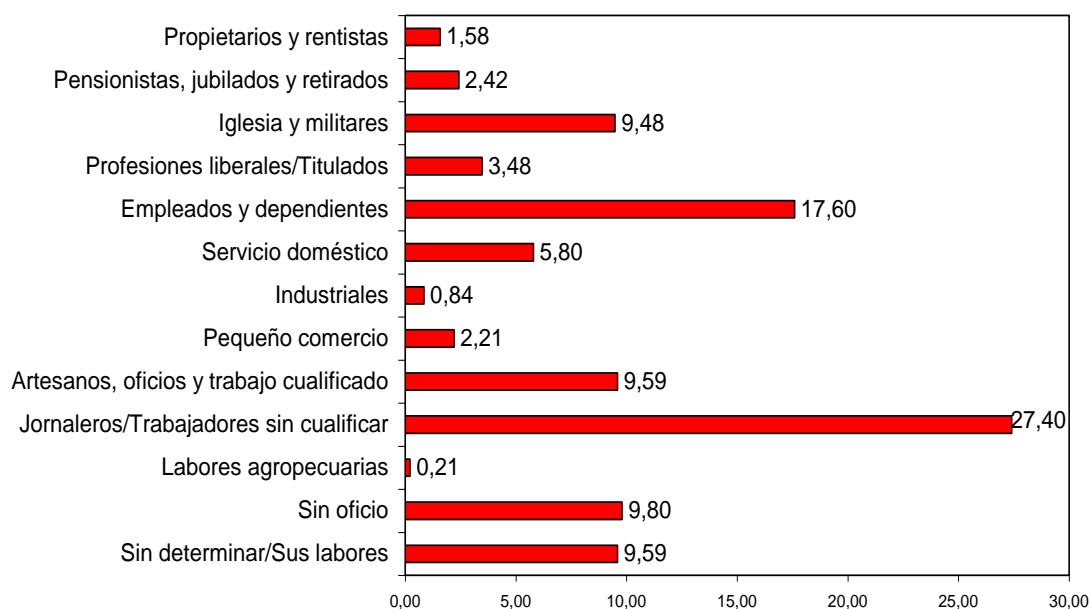
La presencia de la nobleza y del funcionariado en Madrid había provocado un efecto considerable en su estructura social y económica. Hasta 1870, a los rasgos que podía tener en común con cualquier otra ciudad preindustrial en la que las figuras señeras eran el artesanado y el comerciante, había que añadir los caracteres particulares derivados de su condición de capital. Porque la abundancia de nobles y funcionarios, es decir, de familias enriquecidas y con rentas caudalosas, tenía en primer lugar un efecto

¹⁴ Para la estructura social del Madrid de la Edad Moderna RINGROSE, David: *Madrid y la economía española, 1560-1850: ciudad, corte y país en el antiguo régimen*, Madrid, Alianza Editorial, 1985 o MARTÍNEZ RUIZ, Enrique: "La sociedad madrileña del siglo XVIII" en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Madrid, UCM, 2007, pp. 329-365. Para una consideración general de la capitalidad en la evolución histórica de Madrid BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana" en FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo (coord.): *España, autonomías*, Madrid, espasa, 1989, pp. 517-616.

¹⁵ La presencia de las elites sociales y económicas del país en el Madrid de mediados del XIX en BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid, 1856-1866*. Madrid, UCM, 1981. Para épocas anteriores, CRUZ, Jesús: *Los notables de Madrid: las bases sociales de la revolución liberal española*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.

multiplicador en el servicio doméstico. Madrid era ciudad de nobles, funcionarios y también de criados. En ningún sitio había un mercado laboral relacionado con la servidumbre tan dinámico y diversificado como el madrileño, en el que a las criadas para todo del común de las familias había que añadir niñeras, ayudas de cámara, señoritas de compañía, cocheros, mozos de cuadra, camareros, pinches y toda la amplia gama de sirvientes que la refinada sociedad cortesana había podido inventar¹⁶. Igualmente, la presencia del rey y su corte, así como de las elites que pretendían emularlos, había repercutido en el perfil del artesanado madrileño. Los trabajadores de los oficios, además de estar integrados por artesanos tradicionales y comunes a cualquier ciudad, contaba entre sus dueños de talleres y comerciantes con un abundante sector dedicado al lujo: plateros, comerciantes de telas y muebles, constructores de coches de caballos, tapiceros y otros tantos más dedicados a satisfacer los apetitos y deseos de la elite consumidora más exigente y refinada que se podía encontrar en el país¹⁷.

Gráfico 7.12: inserción laboral de los inmigrantes con menos de dos años de residencia. Ensanche Norte 1905



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

Las familias de jornaleros eran las que quizá más destacaban por su número y por su impacto entre los flujos de población que alimentaban el crecimiento de la ciudad. Su llegada tenía gran impacto porque venían para quedarse, porque eran los que mayor contribución hacían a la expansión de las clases populares. Pero no eran los únicos. La inmigración que llegaba a las puertas de la ciudad no se agotaba en los trabajadores manuales; existían otros grupos nutridos de trabajadores que acudían a la capital, que respondían a motivaciones y a estrategias diferentes y cuyo impacto también se dejaba notar en la ciudad. El primero de ellos en importancia era el de las criadas. Centenares de jóvenes muchachas cruzaban cada año las puertas de la capital en busca de una de las

¹⁶ SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Madrid, Siglo XXI, 1994.

¹⁷ El desarrollo del artesanado en NIETO SÁNCHEZ, José A.: *Artesanos y mercaderes. Una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*, Madrid, Editorial Fundamentos, 2006, pp. 91-106.

abundantes ofertas de empleo que se ofrecían en una ciudad en que abundaban los hogares que podían permitirse contratar servicio doméstico. Con diferencia, eran el mayor grupo de trabajadoras inmigrantes. En el Ensanche Norte en 1905, de las 1.362 mujeres mayores de 14 años que acababan de llegar a la ciudad, 483 estaban empleadas como criadas en casas de una familia. Su impacto quizá era menor sobre la estructura de la población madrileña. Al fin y al cabo, en su mayoría se trataba de trabajadoras temporales, que venían por una temporada a la ciudad y que luego marchaban con sus ahorros a los pueblos de los que habían venido. No obstante su peso en la ciudad era notable y ofrecían una muestra de las diversas maneras en que Madrid abría sus puertas a todo aquel que deseaba buscar una forma de vida diferente a la del pueblo o la ciudad en la que había nacido.

No toda la inmigración era pobre. No todos los trabajadores que llegaban a la capital en el último cuarto del XIX eran jornaleros expulsados del campo que se veían empujados inexorablemente a cavar zanjas y transportar sacos en las obras de construcción madrileñas. De los cerca de mil trabajadores varones del Ensanche que eran inmigrantes recientes, los jornaleros eran sólo una cuarta parte. Las tres cuartas partes restantes, los otros 700 inmigrantes habían logrado un empleo diferente, porque venían en otras circunstancias y con objetivos y proyectos muy distintos a los de aquellas empobrecidas familias de jornaleros.

En la misma época que entraban por las puertas de Madrid todas aquellas familias jornaleras, también lo hacía Adolfo González-Posada y Biesca. El discípulo de Giner de los Ríos puede que se sintiera impresionado en aquel otoño de 1904 en que regresaba a Madrid al bajar del tren y verse mezclado con todos los trabajadores manuales que salían con sus sacos y sus cajas de los vagones de tercera. Conocía bien la capital porque hacía veinte años, siendo un joven estudiante de doctorado, ya había dejado su Oviedo natal para trasladarse a las calles de la capital. Más tarde lo había hecho como brillante abogado. Ahora, a sus 44 años, era catedrático de Universidad y jefe de la sección de la Universidad de la capital asturiana; tenía un sueldo más que respetable de 11.000 pesetas anuales. Ya no venía solo, sino junto a su mujer y sus hijos, que por aquel entonces cursaban la secundaria y en vez de ir a una pensión de estudiantes, en 1904 se podía permitir una de las mejores casas de Madrid y hasta dos criadas. El viaje a la capital era uno de los más a los que lo obligaba su vida como intelectual y eminente jurista, que no sólo debía ejercer su maestría en provincias sino también estar en permanente contacto con lo que sucedía en Madrid, el corazón de la vida académica y cultural de la nación¹⁸.

Otros que habían hecho del intelecto su principal herramienta de trabajo y que acudían a Madrid a ganarse la vida no llegaban en tan buenas condiciones, ya porque no hubieran desarrollado carreras tan brillantes como la de González Posada o porque simplemente la acababan de comenzar. Entre esos mil trabajadores que entraron en Madrid entre 1904 y 1905 y se instalaron en el Ensanche Norte, también estaba Rafael Sancho Bruño, un modesto maestro de escuela nacido en Alcira, Valencia. Tenía una edad similar a la del catedrático, 41 años, pero su sueldo se había quedado estancado en un escalón mucho más bajo: sólo cobraba 1.650 pesetas por sus lecciones. Quizá su traslado a la capital estuviera motivado por la esperanza de encontrar un mejor trabajo y ganar más dinero, de que surgiera la oportunidad de ascender en la escala de la enseñanza¹⁹. En el caso de Miguel Tato Arriat la ambición era el motor más que

¹⁸ Las condiciones y circunstancias de la llegada de Adolfo González-Posada y Biesca a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso n° 3.217 – Fernando el Santo.

¹⁹ El retrato de Rafael Sancho Bruño a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso n° 913 – Luchana.

probable de su traslado a Madrid en aquel mismo otoño de 1904. Tenía apenas 27 años y todo el futuro por delante. Su soltura al escribir le había hecho pensar que podría ganarse la vida como periodista. Por eso había abandonado Alicante y se había presentado en Madrid junto a su mujer, donde abundaban las revistas, los diarios y las gacetas. Por ahora ganaba lo mismo que un jornalero; su trabajo como redactor en *El País*, no le daba más que un sueldo de peseta y media. Pero era de esperar que, en el futuro, su situación mejoraría si sabía aprovechar las oportunidades que ofrecía a un joven inquieto como él²⁰.

Lo mismo que para los periodistas y los catedráticos, la capital representaba un punto de paso obligado en la trayectoria profesional de muchas otras personas. Josefa Cobeña era una cantante lírica de cierta reputación, con larga experiencia en compañías de teatro con las que había viajado por toda España. También llegó en uno de esos trenes de 1904 que traía vagones cargados de inmigrantes. La joven actriz, que por entonces contaba 33 años, se instaló en la capital para gozar de una temporada de cierta estabilidad económica, cobrando 15 pesetas cada día que tenía representación²¹. También eran motivos profesionales los que ese mismo año trajeron a Madrid a Federico Vaño Ortiz, aunque con resultados notablemente diferentes en su cuenta bancaria. Era un gran propietario valenciano que, únicamente por contribución territorial había de pagar 2.500 pesetas al año, lo que daba un primer indicador de su riqueza. Pero no era la administración de sus fincas lo que le había arrastrado a la capital por aquel entonces, sino su puesto como consejero en la Unión Alcohólica Española, por el que recibía un exorbitante salario de 36.000 pesetas anuales²².

La búsqueda de trabajo en la capital podía provocar largos viajes y despertar en sitios muy remotos el deseo de trasladarse hasta ella. José Caño González no sólo tuvo que coger un tren, sino también un barco para viajar desde su Filipinas natal hasta la antigua capital del imperio. En parte era un trayecto obligado. Hijo de españoles, había emprendido la carrera militar. La derrota del 98 había truncado su vida en las islas y había encontrado, como tantos otros, una salida profesional incorporándose a las oficinas militares en la sede del gobierno español²³. Por el contrario, Luis Kantler Mayer no se debió de ver empujado a venir a Madrid y abandonar Landeshut, la localidad de la Baviera alemana en la que había nacido. Era más bien una apuesta personal. Cuando llegó a la capital española en 1904 tenía 33 años, era soltero y traía su cámara fotográfica bajo el brazo. Quizá pensó que su oficio de fotógrafo le permitiría vivir en cualquier ciudad del mundo. Era un oficio nuevo, bien considerado, más que un trabajo, un arte, en el que, además, había poca competencia. Si aquello pensaba, no se equivocaba. En 1905 se le podía encontrar bien instalado en una calle apartada de las afueras del Ensanche Norte, en una casa grande en una zona modesta que compartía con su mujer e hijo españoles y una criada que se podía permitir pagar con su jornal de 4 pesetas²⁴.

El fotógrafo alemán y el militar filipino, el joven periodista recién llegado y la actriz que había arrastrado su baúl por todas las provincias de España, el modesto maestro de escuela y el distinguido catedrático de Universidad, la criada venida de provincias y el gran propietario que se sentaba en los consejos de administración de las empresas más pujantes, todos eran figuras tan representativas de la inmigración hacia la ciudad y de sus trabajadores, como esos abundantes jornaleros que en las últimas

²⁰ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 4.381 – Trafalgar.

²¹ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 347 – Luchana.

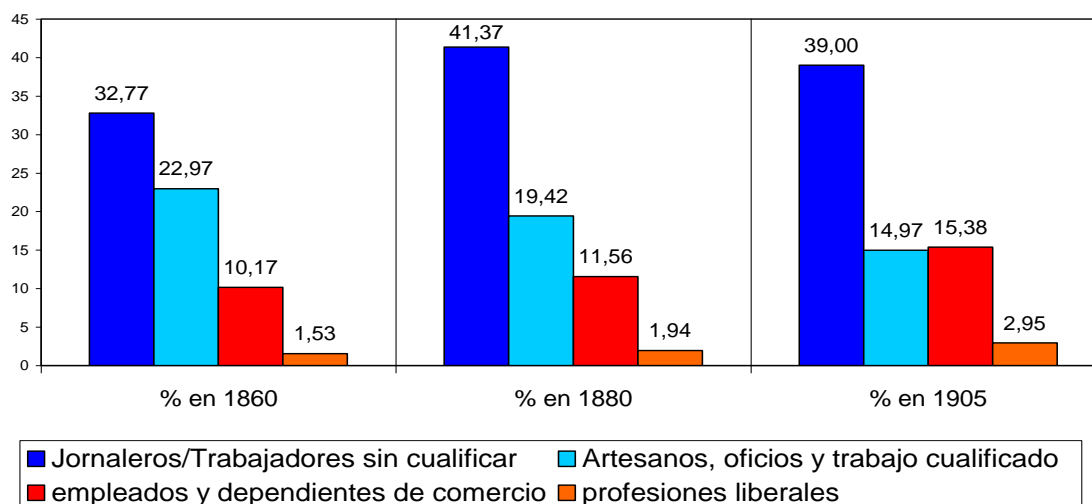
²² AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 1.166 – Luchana.

²³ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 4.444 – Trafalgar.

²⁴ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 264 – Hipódromo.

décadas estaban haciendo desaparecer a los artesanos de la capital. Madrid era una ciudad extremadamente diversa, cuyos habitantes vivían en condiciones muy diferentes y se ganaban la vida de mil y una maneras. El ser capital y residencia de la corte siempre la había hecho diferente del resto, tener una composición social particular. La capitalidad también había hecho posible que, además de en la producción artesanal y en el comercio, Madrid tuviera otras fuerzas de arrastre en su desarrollo económico de las que no gozaban las demás ciudades españolas.

Gráfico 7.13: evolución del trabajo manual y del trabajo en servicios en el Ensanche Norte entre 1860 y 1905



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

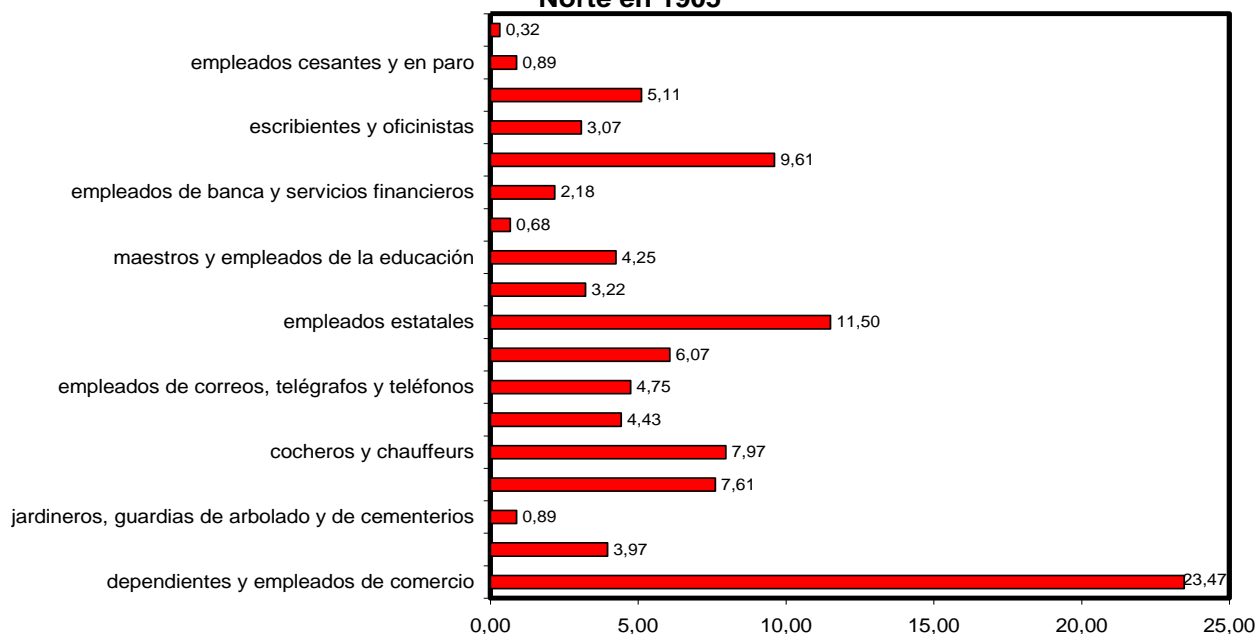
A partir de 1875, esa fuerza de arrastre que la capitalidad imprimía a la vida económica madrileña, ganó unos cuantos grados de intensidad para convertirla en el otro gran motor, junto a la construcción, de su expansión urbana. Una intensificación que acabó por hacer despegar el sector servicios como el segundo polo de referencia de la economía de la ciudad. En 1905, en el Ensanche Norte, los trabajadores varones que se calificaban como empleados ya habían superado a los que se consideraban artesanos. Madrid estaba dejando de ser una ciudad de talleres, a causa principalmente de la llegada de todos aquellos los jornaleros que habían acabado por eclipsar a los artesanos en el mundo del trabajo, pero también por su afirmación cada vez más pronunciada como ciudad de oficinas y ministerios, en que una gran parte de los trabajadores no tenían como herramientas un martillo o una aguja sino el papel y el tintero.

No todo era nuevo en el campo laboral de los servicios. Todavía en 1905 el principal grupo de empleados dentro del mercado de mano de obra madrileño era el de los dependientes de comercio. Una cuarta parte de todos los empleados trabajaban en una tienda, despachando productos ultramarinos, pan, leche o cualquier otra mercancía. En esto Madrid no se distinguía demasiado del resto de ciudades de su entorno ni había marcado excesivas diferencias con su pasado. Como todo centro urbano, en la capital abundaban los establecimientos de venta de productos de *comer, beber y arder* que satisfacían las necesidades más básicas de la población. Se trataba de un sector escasamente modernizado, en el que seguía predominando el minifundismo comercial²⁵.

²⁵ Sobre ese minifundismo comercial véanse los estudios de NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad

Las tiendas solían ser negocios familiares de tamaño reducido. Una tienda por esquina, regentada por el propio dueño del negocio y en la que se empleaban un muchacho para que despachara y otro que se encargaba de hacer los recados. Algunas tiendas podían emplear a lo sumo cinco o seis trabajadores, pero estaba lejos aún la aparición de grandes almacenes del tipo que ya existían en París o en Londres, con decenas de trabajadores y dependientes²⁶.

Gráfico 7.14: sectores de ocupación de los empleados en el Ensanche Norte en 1905



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

Los dependientes de comercio siguieron representando un volumen importante dentro del trabajo en los servicios, que crecía constantemente y en proporción al aumento de población. Por cada barrio que aparecía en la ciudad era necesario un despacho de pan,

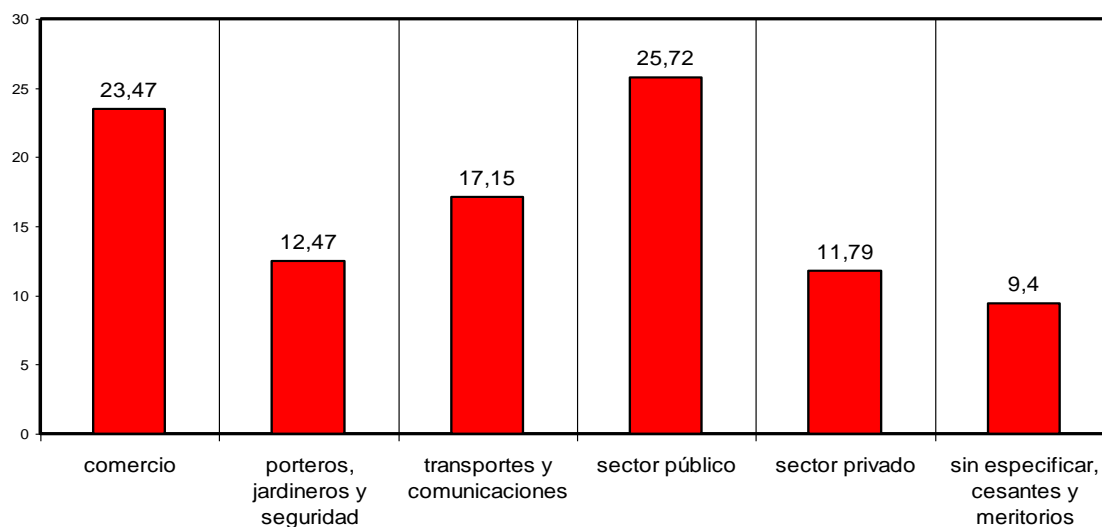
Social, 1985; ““Las estructuras comerciales en Madrid, 1900-1931: el minifundismo comercial” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luís Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Comunicad de Madrid – Alfoz, 1989, Vol. 1, pp. 429-458. La misma autora también ha realizado investigaciones sobre la condición laboral de los dependientes de comercio, especialmente centradas en la participación femenina. NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “Las dependientas de comercio: Un ejemplo peculiar de trabajo “femenino” en Madrid, en el primer tercio del siglo XX” en *La mujer en la historia de España (siglos XVI-XX): actas de las II Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*, Madrid, Universidad Autónoma, 1990, pp. 159-176 y “Mercado y organización del trabajo en el comercio 1893-1931”, *Estudios de historia social*, nº 30 (1984), pp. 137-148.

²⁶ Un retrato de la aparición de los grandes centros comerciales, centrado en el caso de Selfridge’s en Londres, en RAPPAPORT, Erika Diane: *Shopping for pleasure. Women in the making of London’s West End*. Princeton University Press, Princeton and Oxford, 2000. Véase también CROSSICK, Geoffrey y JAUMAIN, Serge (eds.): *Cathedrals of consumption : the European department store, 1850-1939*, Aldershot, Ashgate, 1999.

una tienda de ultramarinos, una vaquería y una carbonería, pero no muchas más²⁷. Se trataba de un negocio seguro porque los madrileños siempre necesitarían pan, leche, conservas y carbón, pero en el que no parecía haber demasiado margen para el crecimiento. Los habitantes de la ciudad no comprarían mucho más carbón del que ya usaban y parecía imposible que se multiplicaran los empleos como dependientes de carbonería.

Las persistencias en formas de trabajo tradicional de esa gran parte del empleo en los servicios que aún giraba en torno a la pequeña tienda, no significaba que todo el sector se mantuviera anclado en el pasado. Lo cierto es que el número de los empleados estaba creciendo en Madrid y no se debía principalmente al mundo de la distribución comercial, que seguía estancado en formas de organización tradicionales. La creciente importancia de los servicios en la economía madrileña estaba alimentada por otros tipos de trabajo, entre los que destacaba en primer lugar el sector público. Los trabajadores al servicio del Gobierno representaban el segundo grupo en importancia de empleados del Ensanche Norte en 1905, en el que residían 322 trabajadores en las distintas dependencias de la Administración. A ellos había que sumar los 170 trabajadores municipales, la centena larga de empleados en la educación, los casi 100 trabajadores de los tribunales y la veintena de trabajadores de hospitales, casas de socorro y otros servicios médicos. En total hacían 720. La suma de los empleados de todas las administraciones superaba a los dependientes de comercio. Los trabajadores de cuello blanco, tintero y papel eran tantos como los horteras y recaderos de las tiendas.

Gráfico 7.15: distribución de los empleados por sector de contratación en el Ensanche Norte. 1905



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905²⁸.

²⁷ Una aproximación a los tipos de comercio más habituales en el Madrid en la época en CÁMARA DE COMERCIO E INDUSTRIA DE MADRID: *Establecimientos tradicionales madrileños*, Madrid, Cámara de Comercio e Industria de Madrid, 1980-1988, 8 cuadernos.

²⁸ El presente gráfico es un resumen del gráfico general en el que se desglosan todas las profesiones que componían el mercado laboral de los servicios. Bajo la rúbrica de “comercio” se han incluido a los dependientes de comercio; bajo la de “porteros, jardineros y seguridad” se han incluido tres de las rúbricas del cuadro general; bajo la de transportes y comunicaciones a otras tres (los telegrafistas, ferroviarios y cocheros); en el sector público a dos (empleados estatales, municipales, de tribunales, de la enseñanza y de servicios médicos); en el sector privado a empleados particulares y escribientes. La última a las tres restantes. Esta agrupación ya fue utilizada en el capítulo 4 al tratarse el mercado laboral.

El crecimiento del trabajo en el sector público respondía en primer lugar, a la multiplicación de funciones que la ciudad, en su condición de capital, había de desempeñar en un Estado cuya organización era cada vez más compleja. Los años de la Restauración se caracterizaron por ser un periodo de crecimiento y despliegue de la administración estatal, que multiplicó sus dependencias y oficinas. La consolidación del liberalismo trajo consigo una presencia cada vez mayor de la administración pública en la vida española²⁹. Cada vez eran más los ámbitos en los que el Estado extendía sus tentáculos e intervenía; un buen ejemplo eran los servicios sociales, que aunque tímidamente, se expandían en terrenos como la sanidad o la educación. Aunque las escuelas, las casas de socorro y buena parte de los servicios de asistencia médica eran dependientes de los municipios, las cúpulas del sistema educativo y sanitario dependían de la administración general del Estado y tenían su centro de operaciones en Madrid.

Tabla 7.6: empleados en los servicios educativos en el Ensanche Norte en 1905	
tipos de empleados	nº de trabajadores
empleados en la Universidad, museos, archivos, bibliotecas y centros de educación especializada (no incluye profesores de Universidad)	50
maestros de instrucción primaria	49
profesores de enseñanza especializada (música, artes, colegio de sordomudos...)	12
profesores particulares	8

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

Así, en el caso de los empleados en los servicios educativos que residían en el Ensanche Norte en 1905, se distinguían dos grandes grupos. Por un lado estaban los maestros de enseñanza primaria, empleados en las escuelas públicas de la capital. Su número en un principio dependía de la población de la localidad y no tenían porque ser mucho más abundantes, en términos relativos, que en cualquier otra ciudad. Madrid debía estar tan dotado o tan escaso de maestros para la enseñanza básica como cualquier otra parte del país, en función del dinero que las instituciones invirtieran en los servicios educativos. Los maestros de la capital tampoco se distinguían de los del resto del país en su perfil como trabajadores. Como en el resto del país, los maestros madrileños hacían gala de esa escasez de sueldo, tan señalada en la época y que pasó a convertirse en un lugar común en la cultura popular. La pobreza del maestro era relativa y estaba representada por su salario de 1.650 pesetas, que era lo que cobraban los maestros de escuela pública de Vallehermoso registrados en el padrón de 1905. Ciertamente no era un sueldo alto, y así por ejemplo, José Barreda Espinosa, el maestro de la escuela de la calle Galileo, a pesar de tener 32 años, había vuelto a vivir a casa de sus padres. Acababa de enviudar, tenía un hijo de seis años, y con su solo sueldo quizá no se habría podido permitir el pago de una criada³⁰. Y lo peor era que no tenía demasiadas esperanzas de poder hacerlo

²⁹ BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Madrid, de capital imperial a región metropolitana. Cinco siglos de terciarización” en *Economía de las Comunidades Autónomas: Madrid*, Madrid, Papeles de Economía Española, (18), 1999, pp. 18-30.

³⁰ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905, caso nº 1.261 – Sandoval. El otro maestro de Escuela que indica que su lugar de trabajo en el Ensanche Norte era Andrés Escudero Blasco, de 39 años y profesor en la escuela de la calle Calvo Asensio, que también se tenía que conformar con aquellas 1.650 pesetas al año para sacar a su familia adelante, con esposa y tres hijos, aunque contaba con la ayuda de vivir en la escuela, con lo que no debía pagar alquiler. AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905 caso nº 501 – Guzmán el Bueno. Los otros maestros de escuela o bien no trabajaban en el Ensanche,

en el futuro; Gregorio Ocio, que era maestro de primera enseñanza en el mismo barrio, a sus 48 años cobraba ese mismo sueldo de 1.650 pesetas. No parecía que la experiencia adquirida con los años y los servicios públicos prestados se tradujeran en ninguna mejora de la condición laboral de los maestros.

Los maestros de primaria, tan abundantes o escasos como en cualquier otra ciudad del país y ciertamente igual de mal pagados, no hacían a Madrid una ciudad especial. Sí lo hacía en cambio el otro gran grupo de empleados vinculados a los servicios de educación. En él se incluían los distintos trabajadores que, sin formar parte del personal docente, estaban empleados en el resto de instituciones educativas y culturales en la ciudad³¹. Se trataba de los archiveros, bibliotecarios, administrativos y demás trabajadores de la Universidad y escuelas de ingenieros, de los museos madrileños, de las Bibliotecas, de las escuelas de artes y oficios, del conservatorio o de la Real Academia de Medicina. Un colectivo que llamaba la atención por su heterogeneidad. En los escalones más bajos se encontraban los escribientes y los secretarios que cobraban un sueldo mínimo, como Lorenzo Blanco, que en 1905 era empleado en el Museo de Pintura por 1.250 pesetas al año. En los escalones más altos, en cambio, se situaban auténticos profesionales, a los que se les exigía una formación muy especializada que era reconocida en su retribución, como Antonio Paz, que por aquel entonces debía ocupar un alto cargo como bibliotecario en la Biblioteca Nacional y que decía cobrar la respetable suma de 6.000 pesetas al año³².

Tabla 7.7: Bibliotecarios y archiveros residiendo en el Ensanche Norte en 1905.

Nombre	Edad	lugar de nacimiento	puesto y lugar de trabajo	sueldo	alquiler vivienda
Antonio Paz Melva	63	Talavera de la Reina, Toledo	Empleado, Biblioteca Nacional	6000	100,00
Domingo Blesa Marqués	63	Teruel	Bibliotecario, Biblioteca Nacional	6000	50,00
Francisco Lupiani Gómez	39	Madrid	bibliotecario y abogado, Biblioteca Nacional	3000	52,50
Juan Lucio Carralero	50	Sayatón, Guadalajara	Empleado, Biblioteca	3000	57,50
Guillermo González Prats	39	Almería	Empleado, Biblioteca Nacional	2500	47,50
Antonio de la Torre del Cerro	27	Córdoba	archivero, bibliotecario y arqueólogo, Archivo Histórico	2000	75,00
José de la Torre del Cerro	29	Córdoba	archivero, bibliotecario y arqueólogo, Museo Arqueológico	2000	75,00
Maximiliano Camarón	71	Valencia	Empleado, Biblioteca Nacional	2000	85,00
Felipe Sánchez Solera	40	Pozorrubio, Cuenca	Empleado, Biblioteca	1000	12,50
Manuel Manzanares Cubero	49	Madrid	Empleado, Biblioteca Nacional	1000	30,00
Domingo Pérez Huerta	55	Fresno, Cantabria	Empleado, Biblioteca Nacional	2,5	12,50
Domingo Turino Berenguer	66	Zaidin, Huesca	Empleado, Biblioteca Nacional de Farmacia	2,5	15,00

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

La profesión de bibliotecario puede ser un buen ejemplo para comprender hasta qué punto Madrid ofrecía una veta excepcional de contratación en un ámbito como el educativo. A diferencia de los maestros, cuyo sueldo era similar al del resto de profesores de enseñanza primaria del país y cuyas expectativas de ascenso y desarrollo de una carrera profesional parecían bastante escasas, los bibliotecarios formaban parte

o no indicaban escuela o no indicaban sueldo. Aún así, el sueldo de 1.650 pesetas se repite a lo largo de la documentación.

³¹ El personal docente universitario ha sido incluido en la clasificación socioprofesional bajo la rúbrica de los profesionales liberales y titulados universales.

³² AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905, caso nº 1.080 – Guzmán el Bueno

de un gremio, reducido, pero con una gran diversidad de situaciones laborales y de salarios. Y sobre todo con un brillante futuro para el que destacara. El salario de bibliotecario era en general alto y oscilaba entre las 1.000 pesetas de los profesionales de menos categoría o empleados en bibliotecas más modestas hasta esas 6.000 pesetas que cobraban los cargos más altos de la Biblioteca Nacional. Estos puestos de trabajo además ofrecían un empleo más o menos temporal a profesionales de alta cualificación y preparación académica que difícilmente lo hubieran encontrado en otro lugar. Como a los jóvenes hermanos José y Antonio de la Torre del Cerro, ambos arqueólogos y archiveros, y que con 29 y 27 años se habían conseguido colocar en el Museo Arqueológico y el Archivo Histórico Nacional respectivamente. Probablemente aquellos trabajos no colmaran totalmente sus aspiraciones. Al menos Antonio, acabaría opositando para entrar en la plantilla docente de la Universidad y terminaría por ser catedrático en los años siguientes. Pero por el momento estaba bien; ser archivero o bibliotecario era una manera decente de ganarse la vida mientras esperaban a que saliera un puesto de trabajo más acorde con sus ambiciones intelectuales y profesionales³³.

¿Dónde en España habría ido un arqueólogo a comienzos del siglo XX para buscarse la vida? Madrid era sin duda el primer destino. En la capital se concentraban todas las altas instituciones educativas y culturales del país; los archivos, las bibliotecas, los museos y sobre todo la principal universidad española y las escuelas de ingenieros. Y si no, siempre quedaba la posibilidad de obtener un trabajo en el recién creado ministerio de Instrucción Pública, que necesitaba de nuevos funcionarios especializados en el mundo de la educación. Todos estos empleos eran prácticamente exclusivos de la capital. En una ciudad de provincias podían aumentar las escuelas y sus maestros; en Madrid además lo hacían los trabajos asociados a las instituciones que eran la cúpula del sistema educativo y que se encargaban de organizar todo el sistema nacional. Así, a medida que la oferta educativa pública se fue extendiendo por el país, en la capital iban surgiendo nuevas instituciones encargadas de su coordinación y con ellas iban creciendo el número de funcionarios y empleados vinculados a la enseñanza o a la investigación científica.

Tabla 7.8: Distribución de los empleados estatales del Ensanche Norte en 1905 por lugar de trabajo

lugar de trabajo	nº de trabajadores	%	lugar de trabajo	nº de trabajadores	%
Ministerio de Hacienda	92	28,57	Casa de la Moneda	10	3,11
Ministerio de Fomento	31	9,63	gobierno civil	9	2,80
Deuda y Tesoro Publico	27	8,39	Ministerio de Instrucción Pública	9	2,80
Ministerio de la gobernación	24	7,45	Senado	8	2,48
Ministerio de la Guerra	17	5,28	Dirección general de Aduanas	5	1,55
Ministerio de Gracia y Justicia	14	4,35	Congreso de los diputados	4	1,24
Ministerio de Marina	12	3,73	otros	29	9,01
Instituto Geográfico y Estadístico	11	3,42	no indica	20	6,21

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

Este aumento del número de funcionarios ocurrió en los terrenos más diversos de la acción del gobierno, tanto en ámbitos en que la intervención pública venía de lejos como en asuntos que resultaban novedosos dentro del organigrama del Estado. Así, por ejemplo, en la recaudación de impuestos y en la organización de la Hacienda se hizo notar la expansión del funcionariado. En un sistema de fiscalidad cada vez más

³³ El retrato de los hermanos de la Torre del Cerro a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905, caso nº 1.222 – Sandoval.

complejo se hacían necesarios no sólo más recaudadores sino también más gestores, que tenían que realizar su función en la capital, junto al centro de gobierno para ajustar sus actuaciones a las exigencias del presupuesto y a las decisiones políticas.

Los empleados de Hacienda se multiplicaron en Madrid y constituían el principal grupo de funcionarios vinculados al Estado residiendo en el Ensanche Norte en 1905. También se hacía notar el peso de los trabajadores de otras instituciones relacionadas más o menos directamente con la tributación, como por ejemplo el Instituto Geográfico y Estadístico. La función de este organismo no era únicamente la de cartografiar España para el mejor conocimiento de su orografía; su función última era la de conocer los recursos nacionales para fiscalizarlos mejor, al tiempo que conocer mejor a los ciudadanos para una administración más eficiente de los recursos.

Los ejemplos se podían multiplicar hasta el infinito. En todos los servicios suministrados por cualquiera de los niveles administrativos del Estado, en todos los ámbitos de intervención pública, se producía en la capital esa duplicación de empleados que se podía observar en el mundo de la educación. Por un lado los trabajadores que se encargaban de la administración más directa de los servicios, como era el caso de los maestros; por el otro el de los empleados integrados en las más altas instituciones de dirección como podía ser el Ministerio de Instrucción Pública, el Museo Arqueológico o la Biblioteca Nacional.

Tabla 7.9: Distribución de los empleados en tribunales del Ensanche Norte en 1905 por institución		
lugar de trabajo	nº de trabajadores	%
tribunal de cuentas	28	31,11
juzgados de primera instancia	17	18,89
Tribunal supremo	16	17,78
Audiencia Nacional	9	10,00
Policía Judicial	3	3,33
Audiencia territorial	2	2,22
no indica	8	8,89
otros	7	7,78

**Elaboración propia a partir de
AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.**

En el caso de los empleados en tribunales y en otras dependencias de la administración de justicia, el peso de la capitalidad era especialmente evidente en el Ensanche Norte³⁴. Era significativo que entre sus habitantes hubiera más trabajadores de las altas instancias judiciales, como el Tribunal de Cuentas o el Tribunal Supremo, que de los escalones más bajos, de los juzgados de primera instancia. Y lo mismo cabe decir de tantos otros ámbitos de la intervención estatal cuyos núcleos de organización se situaban en la capital. Desde la administración del ejército cuyos organismos de decisión se acumulaban en Madrid, hasta la Deuda Pública, desde la Universidad Central y las Reales Academias hasta las administraciones de rentas para las clases pasivas que dependían del presupuesto general del Estado. Con el crecimiento y despliegue del Estado español, con el aumento de su presupuesto y la ampliación de sus

³⁴ En parte ello se debía a que los altos tribunales del Estado se encontraban en las cercanías de aquellos nuevos barrios: el tribunal de cuentas del reino estaba en la calle Fuencarral, junto a la puerta de Bilbao; el Tribunal Supremo en la plaza de las Salesas, en las inmediaciones de la Puerta de Santa Bárbara. Muchos de los empleados y trabajadores decidieron trasladar su residencia a los nuevos barrios surgidos del arrabal de Chamberí.

funciones, necesariamente su capital, Madrid, se hacía una ciudad cada vez más burocrática y funcionarial y engordaba su sector servicios atrayendo a cuanto escribiente y abogado quisiera hacer carrera fuera de su provincia natal.

El refuerzo de su papel como capital en un estado con vocación fuertemente centralista, fomentó en Madrid una gran expansión del sector servicios en el último tercio del siglo XIX. Una expansión que estaba en parte alentada por el propio gobierno, que creaba e instalaba oficinas y ministerios en las calles de la ciudad, pero que también respondía a impulsos que no procedían de ámbitos estrictamente oficiales. La actividad política de la capital también generaba oficios y formas de vida que se desarrollaban cerca pero fuera de las dependencias del gobierno y de forma independiente al poder político. Era el caso de los periodistas, cada vez más numerosos en la capital y cuyo crecimiento era una expresión más de la fuerza con que había prendido la pasión política en los últimos años. A pesar de todas las carencias de libertad y limpieza que se pudieran achacar a la Restauración como régimen político, el sistema de gobierno establecido tras el regreso de los borbones no dejaba de ser un régimen representativo en el que la opinión y el debate públicos jugaban un importante papel. El auge de la discusión política era producto también de la inercia: los seis años de experiencia democrática habían sido fértiles en la fundación de periódicos y habían fomentado el interés por la cosa pública entre una ciudadanía a la que se había llamado a participar³⁵. Por todo el país habían surgido cabeceras de diarios y revistas que transmitían y daban forma a la discusión política, y con especial fuerza en Madrid, donde se domiciliaba el Congreso de los Diputados y tenía escenario la resolución de las cuestiones políticas más vitales. La censura y el recorte del sufragio que trajo la Restauración no se tradujeron directamente en un declive de la prensa. Lo mismo que en los años previos, en la década de 1880 salían a la calle diariamente más de una veintena de periódicos. A ellos había que sumar las diversas revistas semanales, quinquenales y mensuales que se publicaban en la ciudad sobre los aspectos más variados³⁶.

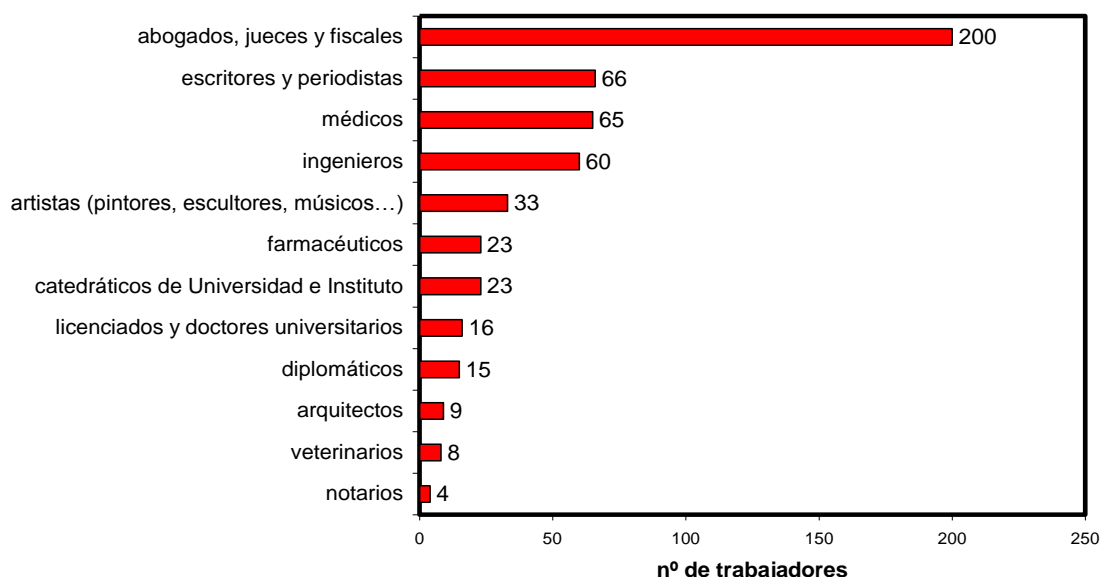
Los periodistas y los escritores se hicieron notar en el mundo del trabajo urbano de comienzos del siglo XX. En el Ensanche Norte en 1905, los que vivían de publicar sus escritos en la prensa diaria o en libros, o en ambos medios, que solía ser lo más frecuente, ya representaban el segundo grupo de profesionales liberales en importancia. Los abogados, los jueces y fiscales eran los más numerosos, por su capacidad de introducirse en muy diversos terrenos profesionales, más allá del campo para el que se habían formado. Estudiar Derecho no obligaba necesariamente a trabajar en un juzgado o en un tribunal, sino que abría muchas más puertas para ganarse la vida. La política era una de ellas, también el mundo de los negocios y, sobre todo, el funcionariado. Esa era la razón del éxito de la carrera de derecho entre los estudiantes y de su predominio entre los profesionales liberales. Aún así, la abundancia de abogados no ensombrecía el auge de los de profesionales de la prensa. No podía dejar de asombrar que en los nuevos

³⁵ CHECA GODOY, Antonio: *El ejercicio de la libertad: la prensa española en el Sexenio Revolucionario (1868-1874)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006; CASTILLO, Santiago y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *Prensa obrera en Madrid, 1855-1936*, Madrid, Comunidad de Madrid-Alfoz, 1987. ÁLVAREZ, Jesús Timoteo: *Restauración y prensa de masas: los engranajes de un sistema (1875-1883)*, Pamplona, Ediciones de la Universidad de Navarra, 1981. SEOANE, M^a Cruz y SÁIZ, M^a Dolores: *Historia del periodismo en España. El siglo XX: 1898-1936*, Madrid, Alianza, 1996.

³⁶ *El día*, periódico madrileño, en una *Guía de Madrid* que publicó en 1883 como un regalo para sus suscriptores, reseñaba el gran número de publicaciones que se hacían en la capital, como parte del retrato de la oferta cultural y de ocio que podía encontrar el forastero en la ciudad de Madrid. Así contabilizaba la publicación de 43 periódicos políticos, 10 ilustrados, 13 revistas científicas y literarias, 11 revistas profesionales, 6 diarios satíricos y 4 revistas de moda. *Guía de Madrid, 1883. Regalo a los suscriptores de El día*, Madrid, Imprenta de El Día, 1883.

barrios del Ensanche Norte hubiera más periodistas que médicos, ingenieros o farmacéuticos. Era relevante que hubiera más trabajadores volcados a satisfacer las necesidades en información o en mero placer por la lectura que boticarios despachando medicamentos para curar dolencias.

Gráfico 7.16: profesiones liberales en el Ensanche Norte en 1905



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905

La de periodista y escritor tenía en común con el resto de profesiones vinculadas a los servicios esa diversidad en condiciones laborales y salarios, que se podía observar en los trabajadores de la construcción. También la existencia de un amplio horizonte de expectativas de progreso y ascenso profesional. La situación de unos periodistas y otros podía variar mucho y no estaba únicamente representada por la de aquel joven inmigrante de 27 años, que recién llegado a Madrid en 1905, cobraba ese mísero jornal de peseta y media como redactor de *El País*. Dentro de la profesión se podían encontrar situaciones más acomodadas. Manuel Serrano García Vao, o *Dulzuras*, nombre con el que se le conocía en las redacciones y con el que firmaba sus crónicas taurinas, cobraba por entonces 1.500 pesetas al año por formar parte de la plantilla de *El Diario Universal*³⁷. Era la recompensa a una carrera ya consolidada, tras más de dos décadas en la capital. Pero Manuel tenía sólo 42 años y podía esperar aún mejorar más su posición y llegar hasta la de su colega Alfredo Rivera Aguilar, que en ese mismo años de 1905 ganaba 3.000 pesetas al año como periodista a sueldo de *El Imparcial*³⁸.

Otra cosa era llegar a la cúspide, al máximo de reconocimiento del que gozaban otros ilustres vecinos del Ensanche Norte y que también habían hecho de la pluma su instrumento de trabajo. Este pequeño círculo lo componían gentes como Joan Montseny Carret, empecinado anarquista y prolífico publicista en defensa de las libertades. Montseny y su esposa Teresa Mañé, también escritora, no habían elegido una vida del todo cómoda. Sus escritos les habían hecho pasar temporadas en el exilio o perseguidos

³⁷ El retrato de Manuel Serrano García Vao en AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905, caso nº 1.149 – Sandoval.

³⁸ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905, caso nº 653 – Cardenal Cisneros.

por la guardia civil. De todas maneras, en 1905 tampoco podían quejarse. Vivían con la familia de Teresa en un hotelito de la calle Cristóbal Bordiú por el que pagaban 50 pesetas al mes, ganadas con colaboraciones que hacían en distintos periódicos³⁹. Mejor situado estaba el ya venerable Benito Pérez Galdós que quizá a sus sesenta años ya no necesitara escribir en los periódicos para salir adelante y le bastara con lo que le rentaban sus novelas y obras de teatro. Que no era poco. En 1905 seguía viviendo en el Ensanche Norte, con su hermana y su sobrino, en un lujoso piso de la calle Alberto Aguilera por el que pagaban 180 pesetas al mes, más de lo que ganaba un maestro de escuela⁴⁰. Entre esos 66 escritores y periodistas, la cima del éxito la había alcanzado Emilio Ferrari Sánchez Blanco, también domiciliado en un lujoso piso de 145 pesetas de alquiler, este en la calle Almagro, junto a los hotelitos de la aristocracia de la Castellana. El poeta, que había publicado durante muchos años en los periódicos madrileños, en 1905 se podía permitir rellenar en el padrón la casilla donde se le interrogaba por su profesión señalando no sólo su condición de escritor sino también la de “académico de la lengua”⁴¹. Llegar a disfrutar del reconocimiento de sus lectores del que gozaba Joan Montseny o del bienestar y de los honores sociales de Emilio Ferrari no estaba reservado para todos los jóvenes que llegaban a Madrid con sueños en su tintero. Pero si en algún lugar era posible que aquel redactor mal pagado de *El País* se convirtiera en todo un académico de la lengua, ese sitio era la capital. En Madrid, junto al Congreso de los Diputados se había creado en las redacciones de diarios y revistas un espacio paralelo para la discusión y el discurso político, en el que se hacía posible la forja de brillantes carreras periodísticas y literarias.

Este parlamento de papel surgido al calor de la capitalidad no sólo proporcionaba una forma de vida a los redactores y periodistas que firmaban las noticias. El funcionamiento de un periódico repercutía más allá de las oficinas donde se componían sus artículos y editoriales y servía de incentivo para otras muchas empresas económicas más. La primera de ellas, la industria editorial, que daba trabajo a centenares de tipógrafos, litógrafos y encuadernadores en Madrid. No había que olvidar que todos estos oficios representaban algunos de los grupos de artesanos más numerosos de la ciudad⁴². Por otro lado, la intensa actividad periodística y editorial de Madrid también se traducían en un incentivo para la industria del papel y de la fundición encargada de proporcionar el soporte del periódico y las herramientas con que imprimirlo⁴³. Todo aquel mundo alrededor de la publicación de los periódicos quizá no tuviera la capacidad de arrastre económico que otros sectores que han sido considerados como la punta de lanza de la industrialización de finales del siglo XIX, pero no dejaban de ser focos de crecimiento económico en una ciudad que no podía ser definida a partir de una única veta de actividad y en el que el rasgo definitorio era la diversidad.

³⁹ El retrato de la familia Montseny – Mañé a partir de AVM, Estadística, padrón de 1905, caso nº 253 – Hipódromo. Un breve retrato de la infancia de Federica Montseny Mañé en RODRIGO, Antonina: *Mujeres para la historia: la España silenciada del siglo XX*, Barcelona, Carena, 2002, pág. 241 y ss..

⁴⁰ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905, caso nº 173 – Guzmán el Bueno.

⁴¹ AVM Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905, caso nº 2.840 – Fernando el Santo

⁴² Como se ha visto más arriba los tipógrafos el puesto 9 en orden de importancia de los trabajadores cualificados en el Ensanche Norte, los impresores el 12, los encuadernadores el 17 y los fotograbadores y los fotógrafos el 21. Representaban el 2,28, el 1,83, el 1,21 y el 1,10 % de todos los trabajadores cualificados. Datos a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

⁴³ Para el desarrollo de la industria editorial (en general, incluyendo libros y editoriales) MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A. (dir): *Historia de la Edición en España, 1836-1936*, Madrid, Marcial Pons, 2001; el caso de Madrid en RUEDA LAFFOND, José Carlos: “Industrialización y empresas informativas en el Madrid del siglo XIX”, *Historia y comunicación social*, nº 4 (1999), pp. 341-360.

Además de en su vertiente política, la condición de capital hizo que Madrid se viera también encargada de ejercer el liderazgo económico de todo el país. Tampoco era una función nueva para la ciudad, pero las profundas transformaciones que se estaban operando en la estructura económica española por aquel entonces provocaron que ese papel se reforzara, potenciara y adquiriera mayor relevancia. En los años de la Restauración se asistió a una profunda reestructuración de las bases sobre las que se había organizado el desarrollo económico del país durante los tres primeros cuartos del siglo XIX. Una reestructuración lenta y profunda, que se debía a las nuevas posibilidades abiertas por la industrialización, con todo el atraso, lentitudes y carencias que se quieran subrayar a sus tímidos avances en España⁴⁴.

En 1876 ya se podían distinguir unos cuantos racimos de industrialización que demostraban que la simiente de la revolución fabril, aunque a duras penas y lentamente, había germinado en unos focos muy concretos de España. A partir de 1850, el capital extranjero, inglés, francés y belga mayoritariamente, había permitido que se desarrollasen la industria siderúrgica vizcaína o la minería onubense y asturiana. Asimismo, la inversión venida de fuera y la importación tecnológica habían permitido la puesta en marcha de una de las empresas fundamentales para la transformación industrial: el ferrocarril, del que una red básica ya estaba tendida en los primeros años de la Restauración y que se ampliaría a buen ritmo hasta el cambio de siglo. Por su parte, la industria textil catalana había experimentado una profunda modernización en las décadas previas que la iba acercando a una posible homologación con la industria inglesa, la más pujante en este sector.

Estos pocos y dispersos focos de la incipiente industria española se destacaban en un trasfondo en que la actividad agrícola cerealista seguía dando el tono de la economía peninsular. En todo el interior castellano y andaluz el trigo seguía siendo el principal objeto de producción y la tierra, la base de la riqueza. Este desfase regional, entre una periferia que se había lanzado con esfuerzo hacia la modernidad industrial y un interior meseteño que permanecía anclado en la producción agropecuaria, no tenía porque ser percibido como algo negativo por los miembros de la elite capitalista española. Los grandes contribuyentes en impuestos territoriales e industriales, en cuyas manos había quedado las grandes decisiones políticas en el nuevo régimen político instaurado en 1876, no tenían porque ver este desequilibrio como un problema. Para el

⁴⁴ Para una introducción al desarrollo de la industrialización en la Restauración GARCÍA DELGADO, José Luis y JIMÉNEZ, Juan Carlos: "Industria y energía" en VV. AA.: *Los fundamentos de la España liberal... Ob. Cit.*, pp.311-351. En este capítulo se puede encontrar un buen resumen del debate entorno al fracaso y el desarrollo de la Revolución industrial en España. Es Necesario partir de NADAL, Jordi: *El fracaso de la Revolución Industrial en España*, Barcelona, Nadal, 1975 y TORTELLA, Gabriel: *Los orígenes del capitalismo en España. Banca, industria y ferrocarriles en el siglo XIX*, Madrid, Tecnos, 1972. Obras posteriores que han ido incorporando los diferentes avances en la investigación sobre la industrialización española son las de NADAL, Jordi: *Moler, tejer y fundir: estudios de historia industrial*, Barcelona, Ariel, 1992; TORTELLA CASARES, Gabriel: *El desarrollo de la España contemporánea: historia económica de los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza Editorial, 1994; MALUQUER DE MOTES, Jordi: *España en la crisis de 1898: de la Gran Depresión a la modernización económica del siglo XX*, Barcelona, Península, 1999; CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier: *Historia económica de la España contemporánea*, Barcelona, Crítica, 2003; PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro: *El progreso económico de España: (1850-2000)*, Bilbao, Fundación BBVA, 2003. Para una visión general de las diferencias pautas regionales de desarrollo industrial NADAL, Jordi, SUDRIÀ, Carles y BENAUL, Josep M.: *Atlas de la industrialización de España, 1750-2000*, Bilbao, Fundación BBVA – Crítica, 2003. Es necesario profundizar en esas diferencias regionales para evaluar el desarrollo industrial a finales del siglo XIX en una y otras zonas de la Península y en uno y otros sectores productivos. Para ello: NADAL, Jordi y CARRERAS, Albert. (dir. y coord.): *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*, Barcelona, Ariel, 1990; NADAL, Jordi (ed.): *La cara oculta de la industrialización española: la modernización de los sectores no líderes (siglos XIX y XX)*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.

gran propietario de tierras del último tercio del siglo XIX, para el gran comerciante de granos o de manufacturas textiles, incluso para el industrial propietario de una fábrica textil, estas desigualdades entre regiones agrícolas e industriales no sólo resultaban deseables sino hasta necesarias. La orientación económica de ciertas regiones cada vez más concentrada en la producción fabril y, sobre todo, el surgimiento de ciudades cada vez más populosas obligaban, en parte, a la existencia de esas regiones volcadas en la producción agrícola, encargadas de surtir de grano y harina a las zonas que por ser industriales, eran deficitarias en él. De forma complementaria, las regiones industriales colocaban su producción en las zonas agrícolas, en las que se carecía de una estructura productiva industrial. De esta manera, las desigualdades del desarrollo industrial en España se convertían en una especialización regional de la producción y, las diferencias en la modernización industrial, se desvelaban como un necesario reparto de tareas en que se creaba una situación de interdependencia que los mercados compensaban⁴⁵.

Para que esta situación se convirtiera en una oportunidad de negocio para los terratenientes, grandes comerciantes e inversores industriales habían de cumplirse dos condiciones. En primer lugar, un grado de desarrollo suficiente de las comunicaciones y los transportes que permitiera poner en contacto la oferta de unas regiones y la demanda de otras. A la altura de 1875, la red de ferrocarriles españoles ya se había convertido en un sistema de transporte barato y rápido que había producido una integración nacional del mercado de granos, abaratando su precio final de venta en las ciudades y en sus destinos de consumo⁴⁶. La misma importancia, o casi más, tuvo la consolidación de la red telegráfica nacional que permitió un contacto más fluido entre productores y compradores, facilitando la ampliación de mercados a todos los sectores de producción⁴⁷. En Castilla se sabía el grano necesitado en Barcelona y en esta ciudad al

⁴⁵ La descripción de la estructura económica de España a finales del siglo XIX y su tendencia hacia la autarquía proteccionista en ROLDÁN, Santiago; GARCÍA DELGADO, José Luis y MUÑOZ, Juan: *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, Madrid, Confederación de Cajas de Ahorro, 1973, Vol. 1, 17-30. El consenso de propietarios y productores agrícolas meseteños e industriales periféricos (especialmente textiles catalanes) en torno al proteccionismo es subrayado por CARASA SOTO, Pedro: “Las otras elites se movilizan y desbordan al régimen” Capítulo V de la obra coordinada por BAHAMONDE, Ángel (coord): *Historia de España. Siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 131-190; especialmente pág. 146 y ss. Véase también SERRANO SANZ, José María: *El viraje proteccionista de la Restauración. La política comercial española, 1875-1895*, Siglo XXI, 1987.

⁴⁶ GÓMEZ MENDOZA, Antonio: “Comercio interior” en VV. AA.: *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida*” dirigida por José M^a JOVER ZAMORA, Tomo XXXIII, Madrid, Espasa Calpe, 1997, pp. 391-411; El impacto del desarrollo de los transportes en el precio del grano y las harinas en pp. 402-405.

⁴⁷ El desarrollo del moderno sistema de comunicaciones en BAHAMONDE MAGRO, Ángel; OTERO CARVAJAL, Luís Enrique y MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar: *Las comunicaciones en la construcción del estado contemporáneo en España: 1700-1936: el correo, el telégrafo y el teléfono*, Madrid, Secretaría General de Comunicaciones, 1993; de los mismos autores: *Atlas histórico de las comunicaciones en España, 1700-2002*, Barcelona, Lunweg, 2002 y *El Palacio de Comunicaciones: un siglo de historia de Correos y Telégrafos*, Madrid, Correos y Telégrafos, 2000. Un análisis que puede servir de introducción en BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “Comunicaciones” en VV. AA.: *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida*” dirigida por José M^a JOVER ZAMORA, Tomo XXXIII, Madrid, Espasa Calpe, 1997, pp. 519-542. Véanse también los artículos de OTERO CARVAJAL, Luís Enrique: “El telégrafo en el sistema de comunicaciones español, 1800-1900” en VV.AA.: *Antiguo Régimen y liberalismo: homenaje a Miguel Artola*, Madrid, Alianza, 1994, Vol. 2, pp. 587-598; “El Estado y la red telegráfica en España (1852-1936)” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel; OTERO CARVAJAL, Luís Enrique y MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar (eds.): *Las comunicaciones entre Europa y América (1500-1993): actas del I Congreso Internacional de Comunicaciones*, Madrid, Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, pp. 133-146 y sobre todo “Las telecomunicaciones en la España contemporánea, 1885-2000”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 29 (2007) pp. 119-152. Asimismo resultan fundamentales las

precio que podían comprarlo; y viceversa, en la ciudad condal podían situar las telas y artículos textiles confeccionados en cualquier punto del país donde surgieran compradores.

La segunda condición necesaria para que la economía regionalmente especializada de España fuera rentable para inversores y comerciantes pasaba por cerrar las puertas del país a los productos extranjeros. Las ventajas para el mercado nacional de la revolución del vapor en el ferrocarril y en la navegación, se volvían amenazas en el marco internacional. El grano traído de América o de otras zonas de Europa resultaba en la costa mediterránea más barato que el que llegaba por tren desde el interior del país; de igual manera, los productos manufacturados por una industria española aún en sus primeros pasos no ofrecían precios competitivos frente a los de regiones de más antigua industrialización. Frente a la producción de Inglaterra, Francia o Alemania, nada podían hacer los textiles catalanes o la siderurgia vizcaína. Pero también este asunto fue afrontado decididamente por los gobernantes españoles y las elites de contribuyentes que sostenían el régimen. A partir de 1876 se aprobaron las medidas arancelarias encaminadas a proteger la producción española y a cerrar los mercados a la competencia extranjera, creando así las condiciones para que la especialización regional de las distintas provincias agrícolas e industriales hiciese soñar con el cumplimiento del ideal de la autarquía económica⁴⁸.

En realidad, la organización del mercado español y la especialización regional de su estructura productiva no se diferenciaban mucho, en sus líneas generales, de lo que estaba sucediendo en los países que más o menos intensamente y con más o menos adelanto se habían introducido en la senda de la industrialización y el desarrollo capitalista. Las distintas economías nacionales europeas combinaban de forma parecida y sin problemas de conciencia la defensa del liberalismo en el interior de sus fronteras con la protección de mercados. Lo que cambiaba era la amplitud del marco de los mercados en los que operaban. Así Inglaterra también blindaba los espacios coloniales en que daba salida a su producción industrial, lo mismo que Alemania, Bélgica o Francia. España en cambio no tenía ya grandes territorios ultramarinos y el reparto de funciones que otros países establecían entre metrópolis y colonias, debía de resolverse prácticamente en el interior del país. Pero el que la articulación del mercado y el reparto especializado de tareas productivas se hiciera en un marco espacial más reducido que en los grandes imperios coloniales, no significaba que el proceso se realizara de manera menos intensa ni que tuviera consecuencias distintas.

En este reparto de tareas por regiones que se derivó del desarrollo de la economía capitalista de base industrial, también Madrid tenía reservado un papel específico y singular. En una economía liberal de marcado carácter nacionalista, la capital del país quedaba como la clave de bóveda del sistema, el centro nodal que garantizaba la estabilidad y la solidez de todo el edificio productivo y de toda la red de intercambios comerciales. En ese sentido, Madrid experimentó las mismas transformaciones en sus funciones económicas que se estaban desarrollando en el seno de economías más desarrolladas, aunque a menor escala. Madrid, en ese mercado

páginas dedicadas por este autor a las relaciones entre el desarrollo de las telecomunicaciones en la España de la Restauración y el proceso de urbanización contenidas en "Tradición y modernidad en la España urbana de la Restauración" en GÓMEZ-FERRER, Guadalupe y SÁNCHEZ, Raquel (eds.): *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 79-118, especialmente pp. 88-99.

⁴⁸ ROLDÁN, Santiago; GARCÍA DELGADO, José Luis y MUÑOZ, Juan: *La consolidación... Ob. Cit.*, pág. 23 y ss.

nacional en plena articulación, no era una ciudad que, como Barcelona o Bilbao⁴⁹, hubiese abrazado la industrialización y encarnara el papel de productora de artículos manufacturados. Tampoco era una de tantas ciudades interiores que concentrara la producción de granos de sus alrededores como primer punto de paso en su distribución hacia el resto del país, como era el caso de Burgos, Valladolid o Vitoria⁵⁰. Ni siquiera podía ejercer el papel comercial de algunas ciudades portuarias tradicionalmente volcadas hacia la exportación y los intercambios internacionales como habían sido Valencia, Cartagena, Cádiz o la misma Bilbao. A Madrid, como a Londres dentro de la economía británica, le tocaba interpretar su papel desde una posición más alta dentro del sistema y armonizar cada una de esas regiones especializadas en una y otra función para garantizar que el conjunto funcionara⁵¹.

En una economía de escala y regionalmente especializada como la que se estaba forjando en España, tan importante era la producción de materias primas y de artículos industriales como la coordinación de los intercambios comerciales⁵². Madrid contaba con las condiciones más favorables para convertirse en ese centro de gestión y de dirección que exigía la economía capitalista en su desarrollo. Para empezar, por su condición de capital política. Muchas de las oportunidades de negocio se engendraban en Madrid al calor de las necesidades y de las exigencias del Estado. Como por ejemplo la construcción del ferrocarril, cuyas concesiones, trazado y explotación era decidido por el gobierno y luego trasladado a las compañías privadas para su realización. O como las muy diversas contrataciones que podían obtenerse en el gran negocio del abastecimiento del Estado en asuntos como la guerra. Suministrar ropa, armas y materiales al ejército podía ser fuente de grandes beneficios seguros ya que la demanda era amplia y el demandante un pagador fiable. Así los grandes comerciantes habían de situar a sus agentes en la capital, lo mismo que los industriales y las empresas dedicadas a la construcción de la red ferroviaria. Lo mismo cabe decir de las compañías arrendatarias de ciertos monopolios concedidos por el Estado, que también establecían sus oficinas y sus sedes centrales junto al poder político, como la Compañía Arrendataria del Tabacos.

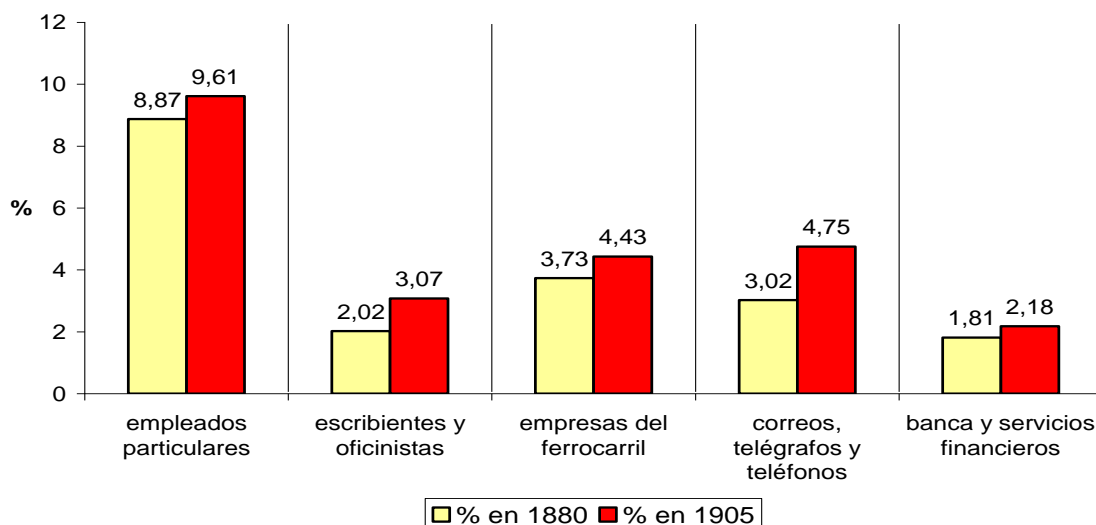
⁴⁹ Una caracterización del modelo de crecimiento de Bilbao basado en la industria en GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (dir.): *Bilbao en la formación del País Vasco contemporáneo (economía, población y ciudad)*, Bilbao, Fundación BBV, 1995. CARASA SOTO, Pedro: "El poder local en la Castilla de la restauración: fuentes y método para su estudio", en *Hispania: Revista española de historia*, Vol. 59, N° 201, 1999, pps. 9-36.

⁵⁰ La orientación económica de este tipo de ciudades más volcadas a la administración de la provincia que impulsadas por un desarrollo industrial de sus estructuras productivas queda ejemplificada en la caracterización que hace RIVERA BLANCO, Antonio: *La ciudad levítica: continuidad y cambio en una ciudad interior (Vitoria, 1876-1936)*, Vitoria, Diputación Foral de Álava, 1992. CARASA SOTO, Pedro (dir.): *Elites castellanas de la Restauración*, 2 vols, Valladolid, Conserjería de Educación y Cultura de Castilla y León, 2004. CARASA SOTO, Pedro (dir.): *El poder local en Castilla: estudios sobre su ejercicio durante la Restauración (1874-1923)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004.

⁵¹ Es lo que defiende para Londres dentro del Imperio británico RICHARD, Dennis: "Modern London" en CLARK, Peter (ed.): *The Cambridge Urban History of Britain*, Cambridge: Cambridge University Press, 2000, vol. 2, pp. 95-131. El papel de Londres como metrópolis y corazón del Imperio en su momento álgido es analizado por SCHNEER, Jonathan: *London 1900. The Imperial Metropolis*. New Haven & London, Yale University Press, 1999, que saca a la luz las peculiaridades del desarrollo económico londinense.

⁵² El protagonismo del sector terciario en el desarrollo económico capitalista ya desde finales del siglo es señalado por PERKIN, Harold: *The rise of professional society. England since 1880*. Routledge, London, 1989.

**Gráfico 7.17: evolución de los empleados particulares en el
Ensanche Norte 1880-1905.
Porcentajes sobre el total de empleados**



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880 y 1905

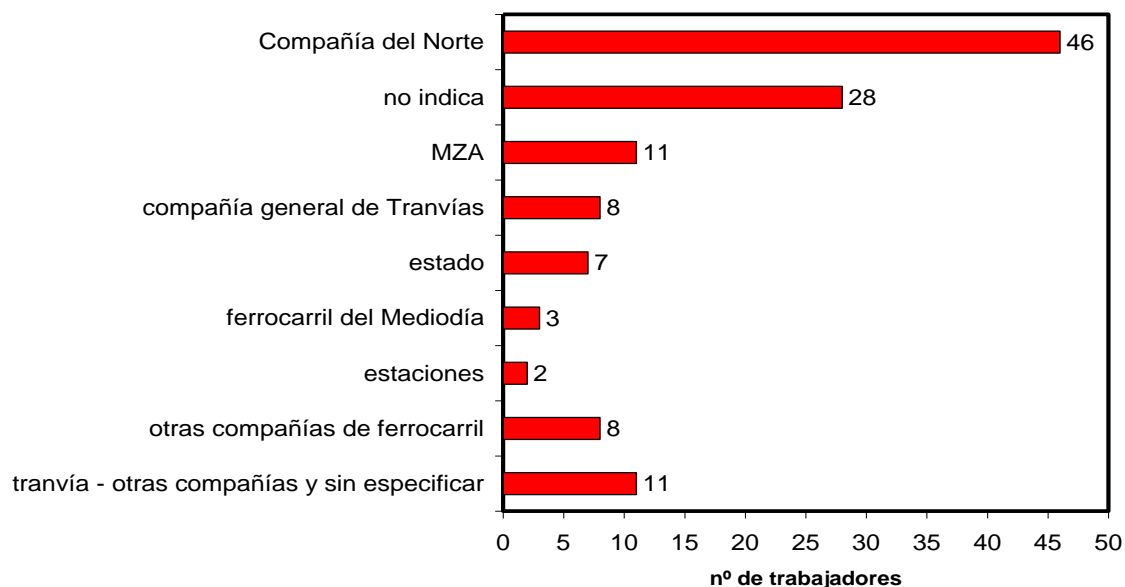
A principios de siglo XX el crecimiento en Madrid del trabajo de cuello blanco para empresas privadas era aún tímido. Sólo un 9% de los empleados del Ensanche Norte se presentaban como trabajadores para “empresas particulares” y no públicas. Además, tampoco había signos de una especial transformación entre las compañías privadas que ofrecían servicios. No había hecho su aparición ninguna gran corporación que concentrara a un importante número de trabajadores en sus oficinas. En general, el empleado particular en esta época era un escribiente o un secretario o que trabajaba en un negocio pequeño con tres o cuatro compañeros. Abundaba el que se declaraba empleado en una fábrica, que solía ser el contable o el administrador que llevaba las cuentas del taller. Sólo en algunos sectores muy concretos se podía percibir la aparición de esos ejércitos de trabajadores de oficina que ya habían tomado las calles de Londres, Nueva York y otras grandes ciudades⁵³. Se trataba de la banca, las telecomunicaciones y el ferrocarril, que por otro lado eran sectores de actividad en que existía una importante participación del Estado.

Las compañías de ferrocarril eran con diferencia las que más empleados reunían. En total residían en el Ensanche Norte 124 trabajadores de las empresas de tren y tranvías con oficinas en Madrid. Una cifra que probablemente habría sido más alta de haber sido una zona más cercana a las estaciones de tren donde situaban sus oficinas las distintas compañías ferroviarias⁵⁴.

⁵³ Para una aproximación al estudio de los trabajadores de cuello blanco, KOCKA, Jürgen: *Historia social y conciencia histórica*, Madrid, Marcial Pons, 2002.

⁵⁴ Así por ejemplo eran más abundantes en los barrios del Ensanche Sur, donde se encontraba la estación de Atocha y las oficinas de las principales compañías. Véase los estudios de esta zona madrileña de - VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *Los albores del nuevo Madrid: el distrito de Arganzuela (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2006, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es: 6238, 2006.

Gráfico 7.18: distribución de los empleados del ferrocarril y del tranvía por empresas. Ensanche Norte 1905



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880 y 1905

Con todo, los 46 empleados de la Compañía de ferrocarriles del Norte que residían en el Ensanche Norte en 1905 representaban una concentración de trabajadores especialmente significativa en una ciudad en que los las fábricas con un número parecido de trabajadores era más bien escasas. Ese nutrido número de empleados era el legado que el espectacular negocio de la construcción del ferrocarril había dejado al mercado laboral. Pues la puesta en marcha de un moderno sistema de transportes no sólo había creado empleos temporalmente para jornaleros, carpinteros y albañiles durante los años en que se tendían las vías. Una vez terminada las obras y que los trenes podían realizar su trayecto, se comenzaban a necesitar centenares de taquilleros, administrativos, contables e ingenieros para que el negocio funcionara. El establecimiento de las oficinas centrales de cada compañía en Madrid era la opción más lógica. Toda la red ferroviaria confluía en el centro de España y lo más efectivo era que la mayor parte de la gestión cotidiana de cada una de las empresas se hiciera en la capital.

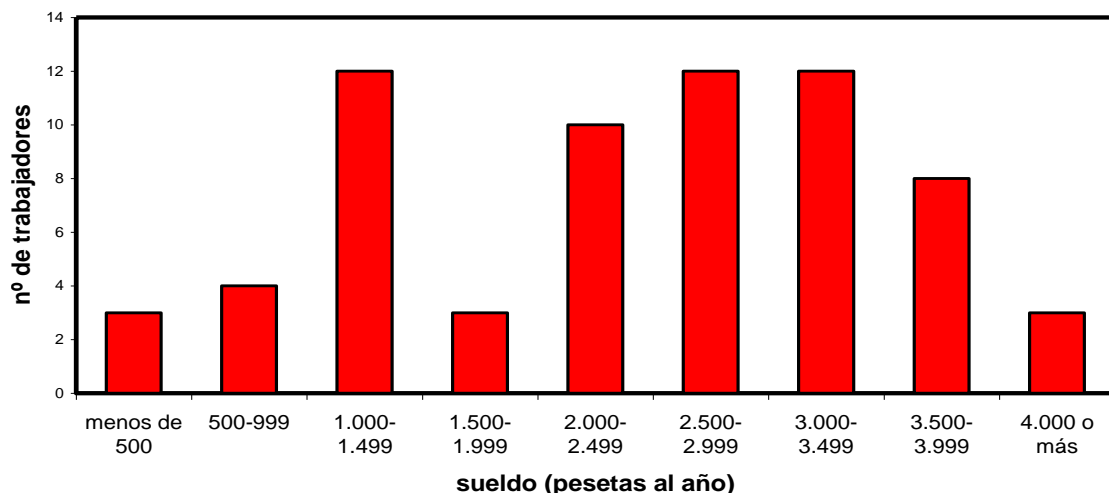
El ferrocarril y sus oficinas se constituyeron en esta época en otro sector económico que alimentó el desarrollo de la economía de servicios en Madrid. Bien es verdad que bajo la denominación de “empleado de ferrocarril” se escondían muchos trabajadores que difícilmente se podían identificar con un secretario o escribiente. Como empleado se reconocía todo aquel que tenía un sueldo fijo, establecido sobre una base mensual o anual, un grupo en el que entraba desde los altos cargos de la compañía hasta muchos revisores y trabajadores de las estaciones de tren. No obstante, ese rasgo común de todos ellos, el sueldo fijo, marcaba ya una notable diferencia con los trabajadores manuales, los artesanos y los jornaleros, normalmente retribuidos por día trabajado. Ser empleado del ferrocarril, aunque uno fuera un mero “limpiavías”, un mozo de estación o un guarda de agujas, era una pequeña pero valiosa garantía de bienestar en un mundo laboral en que la incertidumbre sobre el salario que se obtendría no ya en el próximo mes, sino al día siguiente, era demasiado común, al menos para carpinteros, albañiles y jornaleros.

Al mismo tiempo, el ferrocarril y su trazado también influyeron decisivamente al desarrollo de la economía de servicios de la ciudad de Madrid, al reforzar su papel como el centro de gestión y organización económica española. La estructura radial de la red de ferrocarriles no sólo repercutía en que las compañías ferroviarias establecieran en la ciudad sus oficinas. También obligó a que gran parte de las mercancías transportadas por los trenes de un rincón a otro del país pasaran por sus estaciones. Era lógico que, en consecuencia, gran parte de los tratos y negocios se cerrasen en el lugar donde confluía toda la riqueza y la producción de la península. Madrid, que no contaba con una estructura productiva industrial semejante a la de las grandes áreas fabriles catalanas o vascas, ni gestionaba un territorio que destacara por su volumen de producción agrícola, sí que era en cambio el principal centro de intercambio y distribución de estos productos. En ello, además de la red de transportes, también jugó un papel fundamental la red de comunicaciones y especialmente la del telégrafo, que entre 1875 y 1900 experimentó un intenso proceso de ramificación e intensificación de su tráfico⁵⁵. Muchas de las comunicaciones entre las capitales de provincias debían pasar por Madrid, pues el tendido telegráfico había sido también iniciado siguiendo un esquema radial en que los puntos de la periferia comunicaban directamente con el centro pero no tenían enlaces rápidos con otras regiones. En la capital se podía conocer lo que ofrecían uno y otros lugares de la Península y por lo tanto resultaba el lugar ideal para establecer el centro de operaciones de toda gran empresa comercial.

El desarrollo de las telecomunicaciones también dejó notar su influjo en el mercado laboral madrileño, poniendo su granito de arena al desarrollo de la economía de servicios. La difusión del uso del correo y del telégrafo y la tímida aparición del teléfono no se limitaron a generar nuevos empleos y ampliar la oferta de mano de obra en la ciudad. En realidad, el efecto más significativo del aumento del número de trabajadores en telecomunicaciones era su contribución a la difusión de un nuevo tipo de vida laboral, marcada por el desarrollo de carreras profesionales, la diversidad salarial y el cada vez más diversificado escalafón de cargos y puestos. En el trabajo de los telegrafistas, particularmente, se hacía visible esa diversidad de condiciones laborales dentro de una misma profesión que se podía percibir entre los profesionales de la educación o en oficios como el de periodista.

La escala salarial de los telegrafistas se caracterizaba por su variedad y por un cierto predominio de los sueldos altos. No existía un salario tipo del telegrafista, sino que se movía en una horquilla amplia entre las 1.000 y las 4.000 pesetas, aunque con cierta tendencia a superar las 2.000. El del empleado de telégrafos era un trabajo bien pagado, que permitía unas condiciones de vida dignas, por encima de las de esos modestos maestros de escuela que cobraban 1.650 pesetas. Su buena retribución se debía en parte a la cualificación que se les exigía, pues no sólo debían haber recibido una educación elemental que por aquel entonces no estaba a mano de toda la población, sino que además también necesitaban conocer un código específico de comunicación, que requería unos estudios y una preparación especial. También influía poderosamente su condición de profesión relativamente nueva, en la que la experiencia era altamente valorada. A medida que pasaban los años, los telegrafistas iban conociendo mejor un oficio para el que entonces no había tantos candidatos y recibían su recompensa en forma de ascensos en categoría profesional y en aumentos de salarios.

⁵⁵ OTERO CARVAJAL, Luís Enrique: "Las telecomunicaciones en la España contemporánea, 1885-2000", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 29 (2007) pp. 119-152.

Gráfico 7.19: escala salarial de los empleados en telégrafos del Ensanche Norte en 1905

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880 y 1905

Nombre	edad	empleo	Lugar de trabajo	Sueldo anual
Ramón Vázquez Gómez-Miguel	64	Inspector de Telégrafos	Administración General	8.750
Joaquín Vidal Micó	53	telegrafista	Central de Telégrafos	3.500
Eugenio Riaza Grimand	47	oficial de telégrafos	Dirección de telégrafos	3.000
Juan Ruiz Escoll	45	oficial de telégrafos	No indica	2.500
Joaquín Martínez Pozo	27	oficial de telégrafos	Gobierno civil	2.000
Rafaela García Pola García	32	telégrafos	central de Telégrafos	1.500
Eduardo Riaza Tolosa	17	empleado	Telégrafos	1.250
Mariano Villa Puerta	16	repartidor de telegramas		365
Romeo Ruiz Arias	14	repartidor telégrafos	Telégrafos	300
Milagros Martínez de Céspedes	22	telefonista	Central de Teléfonos	600
Eversilda Martínez de Céspedes	23	telefonista	Central de Teléfonos	600

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880 y 1905

Una muestra de los 76 trabajadores en telégrafos y telefonía del Ensanche Norte de 1905 permite observar la correlación que en este oficio existía entre la edad, la categoría profesional y el sueldo. El telegrafista sabía que una vez incorporado al servicio se le abriría un camino de progreso imparable. Podía haber empezado en los escalones más bajos, como Romeo Ruiz Arias, ese muchacho que repartía telegramas por las calles de Madrid a sus 16 años por el modesto sueldo de una peseta diaria. No le pesaba demasiado la dura tarea ni el bajo sueldo. Con razón podía pensar que con el tiempo las cosas cambiarían porque conocía un ejemplo bien cercano. Su padre, Juan Ruiz Escoll, de 45 años, era oficial de telégrafos y cobraba 2.500 pesetas anuales. Sabía que si hacía las cosas como era debido, si seguía aquel camino ya trazado por su progenitor, podría seguir subiendo escalones en la telegrafía y quién sabe, si superarlo y alcanzar un buen puesto como inspector o jefe de una sucursal, un cargo de esos en los que se cobraban más de 4.000 pesetas al año.

La expansión y la novedad del oficio de telegrafista y de telefonista también sembraban un nuevo germen de cambio en el mercado laboral. Se trataba de un oficio abierto, con escaso paro porque los puestos laborales crecían continuamente. De hecho, cada día se necesitaban más profesionales y por ello el sector se abrió a grupos de población que tradicionalmente habían estado excluidos del trabajo en los servicios. Por un lado, parte de los hijos de jornaleros inmigrantes y de los artesanos en decadencia lograron introducirse en aquel campo laboral bien remunerado. Por el otro, fueron también accediendo tímidamente las mujeres a la profesión. En 1905 eran pocas, al menos en el Ensanche Norte, donde sólo dos se registraban como telegrafistas y otras dos como telefonistas. Tampoco gozaban de los mejores sueldos ni se les confiaba demasiada responsabilidad. Por el momento, el trabajo femenino en las telecomunicaciones estaba limitado en número y en los escalones de la amplia gama de puestos a los que podían acceder dentro de la profesión, pero la existencia de esas cuatro trabajadoras era en sí un símbolo. El de otra barrera que se había roto, el de otro campo profesional público (al que apenas podían añadir el de la enseñanza y ciertas labores sanitarias auxiliares) cuya entrada se franqueaba a las mujeres⁵⁶.

Las comunicaciones habían hecho de Madrid la capital económica de España y habían provocado una notable expansión de su economía de servicios, especialmente en el sector de los ferrocarriles y las telecomunicaciones. Madrid era el corazón comercial en una España en que las vías férreas hacían el papel de las venas y arterias recogiendo las mercancías en sus lugares de producción y distribuyendo el flujo hacia las zonas donde esas mercancías eran demandadas. En el tejido comercial del país, cada estación telegráfica hacía de terminación nerviosa que transmitía sus estímulos hacia una capital que también ejercía como cerebro, no sólo para distribuir las mercancías sino también para invertir los recursos. A partir de 1875 Madrid también vio reforzada su centralidad en la organización económica española al alzarse como la principal plaza de un sistema financiero en construcción. La creación de una banca española moderna aún estaba en sus primeros pasos pero, en el último cuarto del siglo XIX, los avances que se habían producido ya repercutían en la orientación económica de un Madrid que acabaría conformándose como *la capital del capital español*⁵⁷.

El primer hito en ese camino, que sería recorrido a mayor velocidad a partir del cambio de siglo, era la concesión del monopolio de emisión de billetes al Banco de

⁵⁶ No obstante el camino fue tortuoso y jalonado de injusticias como bien ha demostrado BORDERÍAS MONDÉJAR, Cristina: *Entre líneas: trabajo e identidad femenina en la España contemporánea : la Compañía Telefónica, 1924-1980*, Barcelona, Icaria, 1993. Véase también BORDERÍAS MONDÉJAR, Cristina: "Discriminación femenina y segregación sexual del trabajo. Una aproximación microsocial: la Compañía Telefónica Nacional de España" en VARA, María Jesús y MAIQUEIRA D'ANGELO, Virginia: *El trabajo de las mujeres, siglos XVI-XX: VI Jornadas de Investigación Interdisciplinaria sobre la Mujer*, Madrid, Universidad Autónoma, 1987, pp. 397-414. ASENJO HERNÁNDEZ, Pilar: "La incorporación de la mujer en correos y telégrafos", en BAHAMONDE MAGRO, Ángel; OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar: *Las comunicaciones entre Europa y América (1500-1993): actas del I Congreso Internacional de Comunicaciones*, Palacio de Congresos de Madrid 30 de noviembre - 3 de diciembre, 1995, pps. 231-238

⁵⁷ La idea de la función central de Madrid en el sistema financiero español en SANZ GARCÍA, José María: *Madrid, ¿Capital del capital español? Contribución a la geografía urbana y a las funciones geoeconómicas de la Villa y Corte*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1975. Un desarrollo sobre los antecedentes ya en los comienzos de la Restauración del papel financiero hegemónico que Madrid desempeñó a comienzos del XX, así como una historia sobre la presencia bancaria en la capital en TORTELLA, Gabriel: "Madrid, capital del capital durante La Restauración" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, Vol. 1, pp. 337-349;

España en 1874⁵⁸. El antiguo Banco de San Fernando acaparaba así una función que había llegado a ser desempeñada en las décadas anteriores hasta por veinte bancos diferentes y dispersos por toda la geografía nacional. La concesión del monopolio de emisión era, por otra parte, un paso lógico en la modernización del sistema de financiación del estado y en la regulación del sistema monetario. Que la sede del Banco encargado de ello se situara en Madrid junto al Ministerio de Hacienda y el de Fomento no había de sorprender, ya que era con el gobierno con quien había de realizar sus mayores negocios.

La decisión, aunque se debía a la voluntad del gobierno y podía calificarse de política, era también reflejo de los movimientos de las entidades financieras privadas de la época. Los banqueros y los financieros acudían a Madrid porque era allí donde estaba el negocio más suculento, el del préstamo al Estado español, en crónica situación de carencia de liquidez. Por mucho que la segunda mitad del siglo XIX fuera el del despegue industrial, las fábricas y factorías rara vez necesitaban de los bancos para ponerse en marcha y por lo tanto el desarrollo industrial, como tal, no representaba un campo demasiado fértil para el préstamo y la inversión⁵⁹. Más bien el camino era el contrario. Los beneficios obtenidos en el comercio o la industria se desviaban hacia el préstamo al Estado. Durante el siglo XIX y, muy particularmente, durante sus últimas décadas, se asistió a un constante drenaje de fortunas personales hechas en provincias hacia la capital, donde se podían multiplicar las ganancias comprando y vendiendo títulos de deuda flotante, deuda consolidada y el resto de formas de pagarés del Estado⁶⁰. Más tarde serían, ya no los banqueros y prestamistas particulares, sino los bancos formados al calor del desarrollo industrial y el lucrativo comercio interior, los que abrirían sus sucursales en la capital para poder participar en la arena madrileña. Esta capacidad de atracción de Madrid se vio además reforzada cuando los bancos se arrojaron más decididamente a la inversión industrial a partir del cambio de siglo. En

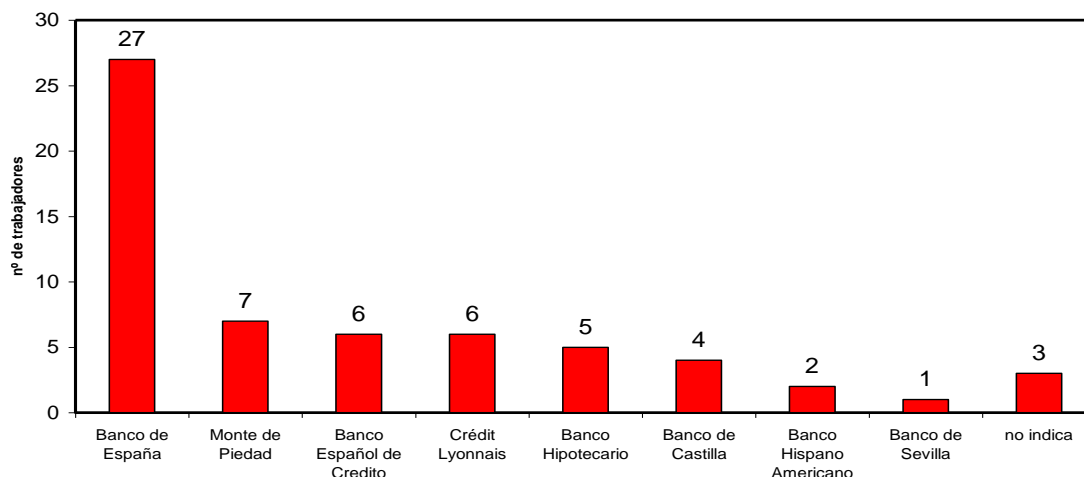
⁵⁸ TEDDE DE LORCA, Pedro: “La banca” en VV. AA.: *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida*” dirigida por José M^a JOVER ZAMORA, Tomo XXXIII, Madrid, Espasa Calpe, 1997, pp.353-390. Véase también, TORTELLA, Gabriel: “El Banco de España entre 1829 y 1929. La formación de un Banco Central”, en VV.AA.: *El Banco de España. Una historia económica*, Barcelona, Ariel-Banco de España, 1970 y ANES, Rafael: “El Banco de España (1874-1914): Un Banco Nacional”, en TORTELLA, Gabriel (dir.): *La banca española en la Restauración*, 2 vols., Madrid, Banco de España, 1974, pp. 109-215.

⁵⁹ Así lo defiende Tedde de Lorca al caracterizar la banca catalana de finales de siglo y sus relaciones con la inversión industrial, considerando plausible “la hipótesis de que las empresas agrarias, fabriles y comerciales de Cataluña, a finales del siglo XIX, no precisaban para sus nuevas inversiones de grandes sociedades bancarias. A pesar de ser ya Cataluña lo que llama Jordi Nadal “la fábrica de España” (...), la formación de capital físico y la renovación de equipos productivos parecían encontrar otras fuentes de financiación: la reinversión de beneficios en la propia empresa, el recurso al crédito a corto plazo o los fondos dispuestos por los eficientes banqueros privados...” TEDDE DE LORCA, Pedro: “La banca” en VV. AA.: *Historia de España de Menéndez Pidal... Ob. Cit.* pág. 387.

⁶⁰ Un caso ejemplar de ese viaje del capital formado en provincias y que llega a la capital para multiplicarse es el de José Campo, gran comerciante valenciano que finalizó sus días entre su carrera política y sus asuntos de negocios en la capital (y que inspiraría la creación del Banco Central) retratado en SERNÁ, Justo y PONS, Anacleto: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en al Valencia de mediados del XIX*, Valencia, Diputación de Valencia, 1992. OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2003. También se ha referido ya el comportamiento inversor de la elite de la Restauración y del que un buen ejemplo es BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “La reproducción patrimonial de la élite burguesa madrileña en La Restauración: el caso de Francisco de las Rivas y Ubieta, marqués de Mudela, 1834-1882” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, Vol. 1, (1989). pp. 523-594.

ese punto también la situación central de Madrid en la red de comunicaciones la convirtió en un espacio inmejorable para desarrollar el juego inversor, pues en la capital era desde donde mejor se podía obtener la información de dónde situar los capitales y en qué lugares se desarrollaban los negocios más interesantes para ello.

Gráfico 7.20: Distribución de los empleados de banca por entidades. Ensanche Norte 1905



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880 y 1905

El mercado laboral del Ensanche Norte madrileño reflejaba fielmente ese estado embrionario en que se encontraba aún el proceso de afirmación de Madrid como el centro financiero del país, como la ciudad donde se concentraban los bancos y las compañías de seguros que electrificaban la vida económica española. Madrid aún sólo cumplía ese papel de una manera débil. No existían en sus calles bancos que se hubiesen desarrollado como grandes empresas privadas y que alimentaran esa expansión de los servicios de la economía madrileña tan visible en otros sectores. El peso de los empleados de la banca en los servicios empezaba a ser destacable, pero seguía alimentado más por la cualidad de Madrid de sede de la banca oficial y nacional, que por un desarrollo de las entidades privadas. Casi la mitad de los empleados de banca del Ensanche Norte en 1905 estaban contratados en el Banco de España; los de las bancas privadas escaseaban y se repartían entre casas de préstamo de tipo antiguo, de esas que habían nacido para vivir al calor del préstamo al Estado como el Banco de Castilla y las primeras representantes de un sistema financiero moderno, como el Banco Hispano Americano, que acababa de ser fundado y todavía casi no había echado a andar⁶¹.

Madrid siempre había sido una ciudad de gran importancia comercial y financiera, pero a partir de 1875 lo fue más. A medida que aumentó el flujo de intercambios de mercancías y capitales en un mercado nacional progresivamente

⁶¹ La fundación del Banco Hispano Americano en GARCÍA RUIZ, José Luis y TORTELLA CASARES, Gabriel: "Trayectorias divergentes, paralelas y convergentes: la historia del Banco Hispano Americano y del Banco Central, 1901-1965" en GARCÍA RUIZ, José Luis y HERNÁNDEZ ANDREU, Juan (coords.): *Lecturas de historia empresarial*, Madrid, Civitas, 1994, pp. 401-427 y GARCÍA RUIZ, José Luis: "Noventa años de gran banca comercial: el Banco Hispano Americano, 1900-1991", *Revista de la historia de la economía y de la empresa*, nº. 1, 2007 pp. 117-139

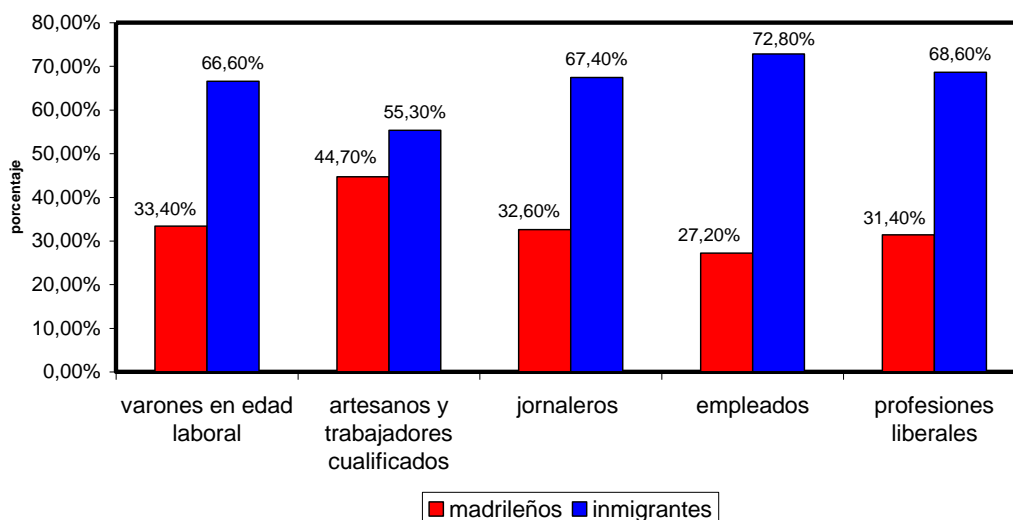
integrado⁶², también ganó en importancia su papel de rectora y organizadora de la economía española. El despertar de la actividad en el sector bancario y la franca expansión de las empresas vinculadas a los transportes y las comunicaciones así lo indicaban. Lo mismo sucedía con su papel de principal ciudad administrativa española; Madrid era el centro político del país desde hacía siglos, pero la gran expansión que experimentó el Estado en sus atribuciones y, sobre todo, la forma en que lo hizo, siguiendo un organigrama institucional de clara vocación centralizadora, provocaron un crecimiento exponencial de las funciones que hasta ahora había desempeñado como capital.

En Madrid se multiplicaron las oficinas tanto dependientes del gobierno de la nación como privadas. La doble vertiente de su capitalidad, política y económica, aportó un segundo vector de crecimiento urbano que se unió al que ya representaba el gran negocio de la construcción. Este crecimiento del sector servicios amplió el número de funcionarios, comerciantes, empleados de banca, de empresas de transporte, de editoriales y de periódicos y cuantos más ámbitos de actividad podían ser fomentados por su condición de centro político y económico del país. Con ello Madrid abría una oferta en su mercado laboral con un atractivo inigualable por ninguna otra ciudad española y que era ejercido a lo largo y ancho del país. Quizá las oportunidades de empleo que ofrecía la capitalidad en el sector servicios no fueran superiores en número a las que se derivaban del auge de la construcción, pero poco a poco ambos mundos se estaban acercando. Quizá el número de jornaleros, albañiles y carpinteros que absorbía la capital era mayor que el de comerciantes, funcionarios y escribientes, pero lo que importaba es que el volumen de estos últimos estaba en expansión y no era en absoluto despreciable, sobre todo en comparación con el de otras ciudades españolas. Y sobre todo, lo que importaba era la calidad y la categoría de los trabajos que se ofertaban.

Como se podía comprobar en todos los sectores que componían el diverso mercado de mano de obra vinculada a los servicios, la diversidad de salarios y la expectativa de desarrollo de carreras profesionales eran rasgos dominantes. El trabajo en la enseñanza, en la prensa o en las telecomunicaciones dibujaba un mercado laboral complejo y regularizado que ofrecía al empleado no la seguridad, pero sí la esperanza de un cierto progreso. El muchacho recién incorporado a la empresa de telégrafos o el funcionario que acababa de aprobar su oposición, podían soñar con que, con el tiempo, iría escalando posiciones en su trabajo e iría percibiendo un sueldo más elevado que se correspondiera con su experiencia y antigüedad en el puesto. En ese sentido, la pujante economía de servicios madrileña estaba imprimiendo unas transformaciones al funcionamiento del mercado laboral que contrastaban con las que se estaban produciendo en el ámbito del trabajo manual, cada vez más dominado por la construcción. Las diferencias eran evidentes. Mientras para muchos empleados el futuro estaba marcado por la seguridad de un salario fijo y de un ascenso probable, para gran parte de los artesanos la amenaza de la pérdida de su prestigio como trabajadores cualificados y de la caída en las redes del jornalero era una realidad cada vez más palpable.

⁶² GÓMEZ MENDOZA, Antonio: "Comercio interior" en VV. AA.: *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida* dirigida por José M^a JOVER ZAMORA, Tomo XXXIII, Madrid, Espasa Calpe, 1997, pp. 391-411.

Gráfico 7.21: origen de los trabajadores en el Ensanche Norte en 1905 según cualificación profesional



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1880 y 1905

Había otro punto en que se marcaban profundas diferencias entre el trabajo manual y el trabajo de los empleados. Uno y otro ámbito laboral no mostraban la misma capacidad de integrar a los inmigrantes que llegaban a las puertas de la ciudad. En el mundo del trabajo manual, el destino de los trabajadores inmigrantes que venían huyendo de la pobreza era generalmente el de acabar convertidos en jornaleros, mientras que las profesiones que conservaban las condiciones de cualificación del viejo artesanado se mantenían en manos de trabajadores madrileños. Si un inmigrante era trabajador manual cualificado, era más probable que fuera un albañil y no un tipógrafo, es decir, que hubiera acabado en los trabajos peor pagados y cuyas condiciones laborales se habían deteriorado más. En el sector servicios no parecía existir ese acaparamiento de los mejores puestos de trabajo, sino más bien todo lo contrario. El de los empleados parecía una parcela del mercado laboral especialmente permeable a la inmigración, que más que ofrecerle resistencia parecía invitarla a trasladarse a la ciudad.

Y así fue. A finales del siglo XIX, la expansión de los servicios asociada a la capitalidad atrajo hacia Madrid una corriente migratoria muy diferente a la que componían todos aquellos jornaleros y trabajadores manuales que alimentaban el mercado laboral de la construcción. Si la ciudad de Madrid era el destino al que se veían empujados aquellos que eran expulsados de un medio rural incapaz de sustentarles, un lugar al que acudían más condenados por la necesidad que por el deseo, al mismo tiempo, la capital, con sus bancos, ministerios y oficinas de empresas privadas, era también el objetivo de aquellos otros que en cualquier rincón del país deseaban hacer carrera. De aquellos que no se conformaban tan sólo con lo que su ciudad de provincias o su pueblo les ofrecía, de los que habían acumulado ya riquezas y el negocio en su localidad o en su región se les hacía pequeño, de los licenciados de las universidades de España que querían sacar partido a sus estudios y hacer carrera allí donde se podían escalar todos los puestos del escalafón del funcionariado. Sino todos, la mayoría de los más ricos y mejor preparados y, seguramente, los más ambiciosos entre los profesionales liberales, funcionarios, comerciantes e inversores de cada ciudad española, tenían en algún momento de su vida la intención de triunfar en los alrededores de la puerta del Sol. Madrid, a partir de 1875 y en virtud de los cambios que se estaban operando en la estructura del Estado y en la organización económica españolas, era más

capital que nunca y por ello ofrecía más oportunidades de triunfo al que las quisiera buscar.

En el crecimiento de Madrid en el último cuarto del siglo XIX no hay que olvidar, junto a la corriente de jornaleros y trabajadores manuales en busca de un empleo en la construcción, a esos contingentes de clases medias y altas llegados de todo el país que encontraban en la capital el lugar idóneo para enriquecerse y desarrollar sus carreras profesionales. Tampoco conviene considerarlos como grupos humanos completamente diferentes. Unos y otros, los contingentes de inmigración empujados por la necesidad y los atraídos por la ambición, no pertenecían a mundos totalmente separados. El jornalero venido del campo, sólo con sus dos manos como únicas herramientas para ganarse la vida en la gran ciudad compartía con el licenciado o el comerciante las ilusiones de progresar y enriquecerse. Aunque sabía que lo más probable era que en los primeros años tendría que pelear duro y conformarse con trabajos mal pagados y sujetos a la amenaza de la temporalidad, podía albergar la esperanza de que, con el tiempo, accediera a una vida mejor y a un mayor salario. No se trataba de que escalara hasta la cúspide social y económica, de recorrer el camino que por ejemplo había hecho Mariano Monasterio desde su condición de aprendiz de carpintero hasta la de concejal y gran propietario inmobiliario. Al inmigrante humilde se le dibujaban posibles trayectorias más modestas pero igualmente deseables, destinos menos espectaculares pero que para él significaban un ascenso social de la misma magnitud: acabar como conserje en una de las centenares de instituciones públicas y privadas que había en la ciudad, colocar los ahorros de toda una vida de esfuerzos en un pequeño comercio de ultramarinos, disfrutar de un pequeño empleo como capataz o guarda en las obras públicas entre otras muchas opciones en un Madrid que en la época multiplicaba sus actividades y negocios.

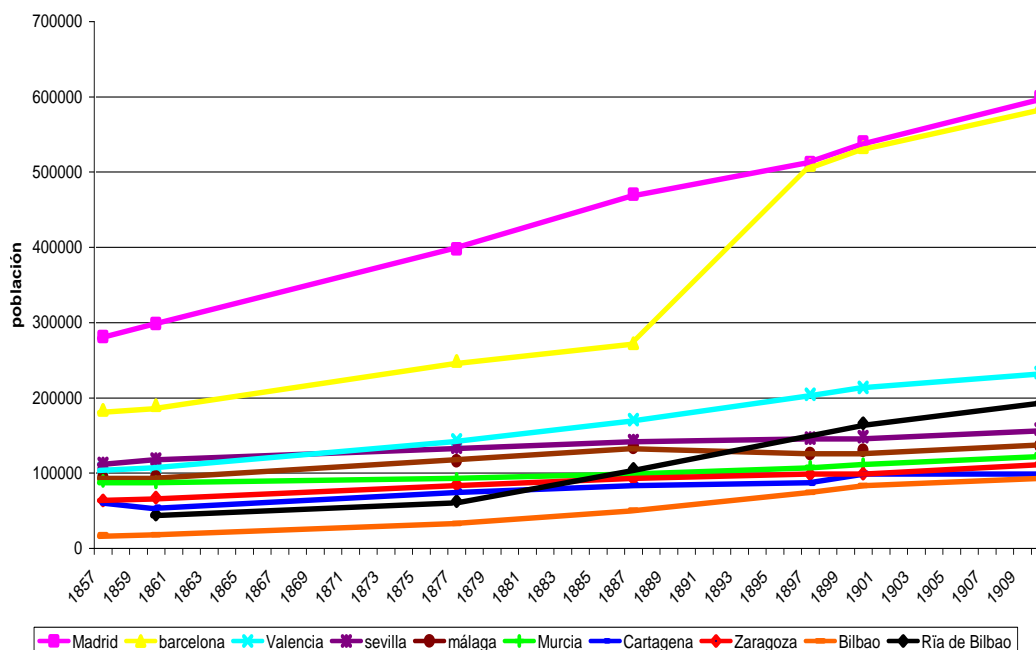
Madrid 1900: el esbozo de una metrópoli.

A medida que Madrid se acercó al siglo XX, su economía fue volviéndose más compleja y diversa y se hizo cada vez más difícil la atribución de la responsabilidad de su crecimiento a una sola de las múltiples funciones que desempeñaba en la vida económica, política, social y cultural del país⁶³. No había una razón única que atrajera a los inmigrantes hacia la capital. A diferencia de las ciudades industriales que habían cifrado su expansión en la producción de bienes manufacturados como las catalanas o las vascas, y dentro de la producción en un sector muy concreto como el textil o la siderurgia, Madrid no podía afirmar que su crecimiento y expansión se debiera sólo a un único motor. Tampoco los inmigrantes podían señalar una única razón que les llevara a

⁶³ Hace tiempo que la historia urbana ha dejado considerar la industrialización como una condición sin la que no se puede explicar el proceso de urbanización contemporáneo. La existencia de modelos de ciudades cuya principal actividad económica era otra, como por ejemplo el ocio en Bath, San Sebastián o Niza marca otra de las vías que hicieron posible la expansión urbana antes de la Primera Guerra Mundial. Por otro lado, Jean Luc Pinol y François Walter, en su retrato del proceso urbanización ha destacado los vínculos que existen entre tamaño de las ciudades y composición de su población (apoyándose en los análisis que ya hiciera a finales del siglo XIX Adna Weber del crecimiento de las ciudades en Alemania). En la época industrial, los núcleos de población de pequeño tamaño, las de menos de 5.000 habitantes, suelen ser preponderantemente agrícolas; superado ese umbral la industria o la minería son las actividades predominantes, pero más allá de los 100.000 habitantes las categorías profesionales comerciales y vinculados a los servicios comienzan a ganar la partida. Véase el capítulo “Logiques et fonctions urbaines” en PINOL, Jean-Luc (dir.): *Histoire de l'Europe urbaine. Vol. II. De l'Ancien Régime à nos jours. Expansion et limite d'un modèle*, Paris, Éditions du Seuil, 2003, pp. 49-73. El modelo puede ser aplicable a Madrid y considerar que el tamaño que había alcanzado la lanzaba por la pendiente del sector terciario.

la capital para buscarse una manera de ganarse la vida: en buena medida, el atractivo que Madrid ejercía sobre ellos se debía a la gran cantidad de caminos que se abrían al que traspasaba las puertas de la ciudad del Manzanares para instalarse en sus calles.

Gráfico 7.22: evolución de las principales ciudades españolas 1860-1910



Elaboración propia a partir de censos de población de 1857, 1860, 1877, 1887, 1897, 1900, 1910.

En la evolución de Barcelona, el gran salto entre 1887 y 1897 es producto de la incorporación de los municipios colindantes a la ciudad condal. De Bilbao se ofrecen dos series; la que lleva el nombre de Bilbao representa la evolución de la población del municipio a partir de los datos de los censos nacionales; la Ría de Bilbao incluye los municipios del gran Bilbao, si lo que en el caso de esta ciudad con limitaciones tan poderosas a su expansión urbana, se minusvaloraría el crecimiento demográfico real; los datos de la serie de la Ría de Bilbao proceden de GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (dir): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 Vols., Bilbao, Fundación BBVA, 2001, pág. 100.

La diversidad del mercado laboral madrileño en una ciudad que era a la vez productora, consumidora, comerciante y administradora en la economía española, provocó que cada vez, con más fuerza, gentes procedentes de todos los rincones del país la eligieran como el lugar donde buscar una solución a sus vidas o una oportunidad para cambiarlas. El flujo migratorio hacia Madrid adquirió tal intensidad que, al acercarse al cambio de siglo, la capital superó el umbral del medio millón de habitantes, destacándose con Barcelona como aglomeraciones urbanas sin parangón en el territorio peninsular. En ese momento, el crecimiento urbano de Madrid, ya impulsado potentemente por la construcción y la capitalidad, adquiría un nuevo motor: el gran tamaño que había alcanzado como ciudad. Con 500.000 personas en su seno, Madrid subía un peldaño más en la escala urbana para situarse en la órbita de las grandes ciudades, cuyo funcionamiento y evolución se distinguían del resto de los centros urbanos de su entorno y en las que el crecimiento, imparable y aparentemente sujeto a una suerte de inercia, se impulsaba a sí mismo.

El tamaño adquirido por Madrid era en sí mismo un aliciente para su crecimiento por muchas razones. La primera de ellas porque, al traspasar el umbral de los 200.000 habitantes que caracterizaba a las ciudades de tamaño medio y superar el medio millón propio de las grandes urbes, la mera organización de la vida cotidiana en Madrid comenzó a generar un gran volumen de negocio que actuaba, por su cuenta, como dinamizador del crecimiento y desarrollo de la ciudad. En una ciudad con tal cantidad de habitantes, la organización de los servicios y la satisfacción de las necesidades más básicas de los vecinos proporcionaban un nuevo campo para la inversión de capitales y el desarrollo de nuevas empresas. También generaban nuevos empleos, fundamentalmente en el sector servicios, en los que se podían colocar tantos inmigrantes como llegaban hasta las puertas de la ciudad. Madrid al crecer y superar el límite que habían establecido durante siglos sus tapias, sentía nuevas necesidades que habrían de generar nuevos negocios y nuevas posibilidades de sustento para los trabajadores recién llegados.

El mejor ejemplo de ello fue el surgimiento de los transportes urbanos modernos que, en el último tercio del siglo XIX, experimentaron un desarrollo espectacular y que corrió paralelo a la construcción del Ensanche⁶⁴. Hasta 1869, Madrid había carecido de una red de transportes urbanos públicos propiamente dicha porque seguía siendo lo que los ingleses llamaban una *walking city*⁶⁵. Mientras las tapias de Felipe IV se mantuvieron en pie, las distancias dentro de la ciudad habían seguido siendo pequeñas y abarcables para casi cualquier peatón. Entre la puerta de Bilbao, al norte de la ciudad, y la Puerta del Sol, donde latía la vida madrileña, no había más que un kilómetro cuatrocientos metros caminando por la calle Fuencarral. De ese mismo punto céntrico hasta el extremo sur, en el portillo de Valencia, la distancia era prácticamente la misma, un kilómetro trescientos metros. El eje que unía las dos posesiones reales, el Palacio de Oriente y el del Buen Retiro, que hasta entonces habían marcado los límites al este y al oeste de la villa, se extendía a lo largo de poco más de dos kilómetros. Las mayores distancias que podía recorrer un viandante para atravesar la ciudad entre sus puertas más lejanas nunca superaban la capacidad de un peatón bien acostumbrado: el recorrido entre la puerta de Atocha, al sureste, y el portillo del Conde Duque, al noroeste, se cubría con una caminata de tres kilómetros. Madrid era hasta entonces una ciudad manejable a pie. En aquellos tiempos, a mediados del siglo XIX, un Londres ya desbordado por los suburbios había estrenado el tren metropolitano y en París se multiplicaban los omnibuses para unir el centro de la ciudad con las comunidades de Montmartre o Belleville recién anexionadas. Mientras tanto, en la capital de España se seguía fiando la circulación y el traslado por sus calles a las piernas de sus vecinos para los desplazamientos habituales y a los coches de punto para cuando, ocasionalmente,

⁶⁴ Faltan estudios que aborden el desarrollo de los medios de transportes urbanos en Madrid; es necesario partir de LÓPEZ GÓMEZ, Antonio: *Los transportes urbanos de Madrid*, Madrid, Instituto Juan Sebastián Elcano, 1983. También se puede consultar la obra de PÉREZ BUSTOS, Carlos: *Tranvías de Madrid*, Madrid, Aldaba, 1993. GUTIÉRREZ GÓMEZ, Diego: *Aquellos tranvías de Madrid*, Madrid, La Librería, 2001.

⁶⁵ El término es utilizado por Jean-Luc Pinol para señalar las diferencias morfológicas antes y después del desarrollo de los medios de transporte urbanos modernos; así por ejemplo señala las diferencias que existe en el paisaje edificatorio en Londres antes de la aparición de tranvías y metro (en el West End, por ejemplo) y después (los suburbios). PINOL, Jean-Luc: *Les mondes des villes au XIXe siècle*, Paris, Hachette, 1991, pág. 73 y ss. Ahora bien, las relaciones entre transportes y desarrollo suburbano son más complejas y como en Madrid, mucha vez en las grandes ciudades aparecieron primero los barrios periféricos y después los sistemas de transportes para paliar estos problemas. Para el desarrollo suburbano inglés THOMPSON, F.M.L.(ed.) :*The Rise of suburbia*. Leicester, Leicester University Press, 1982, especialmente su capítulo introductorio.

había que recorrer grandes distancias o las circunstancias hacían imposible trasladarse a pie.

Todo esto cambió a partir de la apertura de la ciudad hacia los terrenos que quedaban más allá de las cercas y, sobre todo, a partir de la construcción del Ensanche y de sus barrios destinados a la clase media. Para que las promociones inmobiliarias iniciadas en el Este por el Marqués de Salamanca, o en el naciente barrio de Argüelles por otros constructores, tuvieran éxito, había que conectar mejor y más rápidamente aquellos barrios con el centro de la ciudad. Para que la gente con el dinero suficiente para permitirse el alquiler de aquellas casas modernas del Ensanche se decidiera a abandonar el casco antiguo, había que romper con la imagen de que irse a vivir a la calle Serrano era lo mismo que exiliarse en el campo. Casi al mismo tiempo que se inició la construcción de los nuevos edificios de vecindad destinados a la burguesía madrileña, los primeros tranvías aparecieron surcando las calles madrileñas. Así en 1871 se ponía en marcha la primera línea, todavía de *tranvías de sangre* porque los vagones eran tirados por caballos, que unía los barrios de Pozas y de Salamanca, pasando por la inevitable Puerta del Sol. Pronto se le unieron nuevas líneas y en 1876 aparecieron el “tranvía de estaciones y mercados”, diseñada y explotada por Arturo Soria Mata. En ese año también se estrenó el trazado que unía la plaza Mayor con los Carabancheles, estableciendo comunicación entre la ciudad y otro municipio de sus alrededores. En 1878 se abrió la línea de tranvías del Norte que unía Sol con los extremos de Chamberí y que colmataba la red radial de comunicación intraurbana entre el centro y las distintas zonas de Ensanche. A partir de ese momento, los tranvías se multiplicaron y diversificaron al aparecer líneas que unían zonas exteriores sin pasar por el centro, como la que partía del Ensanche Este hacia el del Sur y que fue inaugurada en 1882. O como el “Tranvía de Madrid”, que recorría las rondas desde 1891. Finalmente surgieron las líneas suburbanas que hacían posible un traslado cotidiano entre la ciudad y otras localidades próximas como Leganés, Vallecas, Fuencarral, Vicálvaro y Chamartín de la Rosa⁶⁶.

Independientemente de algunos problemas que pudo tener el tranvía en su puesta en marcha, el caso fue que, andando el tiempo, el nuevo sistema de transporte urbano resultó un éxito. Su modernización gracias a la electrificación que comenzó a partir de 1898 y el abaratamiento progresivo de sus tarifas, hizo del tranvía un transporte de masas en Madrid. En el año de 1901, los diferentes tranvías de la capital habían transportado a 43 millones de usuarios; en 1906 eran ya 56 millones, en una progresión que no dejaría de crecer en el futuro⁶⁷. De repente los vecinos de la capital habían descubierto que necesitaban desplazarse más y a mayor velocidad, porque la ciudad en aquellos treinta años tras el fin de la República se había vuelto más grande y el ritmo de vida más acelerado. Los madrileños ya no podían conformarse con la energía y potencia que pudieran aportar sus propias piernas.

La organización de la vida en una ciudad tan grande y tan poblada se hacía más compleja. La aparición del transporte público moderno con la creación de la red de tranvías es sólo un ejemplo ilustrativo de los diversos servicios públicos que, ya el gobierno municipal, ya empresas privadas, hubieron de poner en marcha donde antes no existían o se organizaban de una manera rudimentaria. Lo mismo sucedía con la distribución y evacuación de agua, que hasta la creación del Canal de Isabel II dependía de los aguadores y de los poceros encargados de desalojar pozos negros. Con todos los riesgos higiénicos y las catástrofes puntuales que se producían, una ciudad de menos

⁶⁶ El trazado y la puesta en marcha de la primera red de tranvías madrileños en LÓPEZ GÓMEZ, Antonio: *Los transportes urbanos de Madrid*, Madrid, Instituto Juan Sebastián Elcano, 1983.

⁶⁷ Los datos en LÓPEZ GÓMEZ, Antonio: *Los transportes urbanos... Ob. Cit.* pág. 37.

250.000 había podido subsistir con la sola ayuda de poceros y aguadores, eso sí, a costa de grandes dramas que estallaban periódicamente en forma de epidemia colérica. En una ciudad de medio millón de habitantes tales figuras del Viejo Madrid no daban abasto, y allí donde surgía la necesidad de la población, ahora convertida en masa de clientes para el consumo de agua, aparecía un negocio que era cubierto por una o varias empresas⁶⁸. Algo similar ocurría con el alumbrado público; en su paso del aceite al gas y del gas a la electricidad exigía un sistema de organización más complejo que el de los faroleros de antaño.

El transporte, el abastecimiento y evacuación del agua, el alumbrado público y privado y la distribución del gas en los hogares eran servicios cuya organización y funcionamiento generaban un volumen de negocio y de trabajo antes desconocido. Además exigían la existencia de infraestructuras nuevas como las fábricas de gas y las centrales de electricidad que aparecieron en el último cuarto del siglo XIX. Con ello se abría un nuevo campo para la contratación de trabajadores en empleos que iban desde los operarios de las fábricas de gas, los jornaleros, técnicos y contratistas encargados de la construcción de las infraestructuras hasta los empleados dedicados a la gestión cotidiana de los servicios entre los que se contaban cobradores, inspectores, contables, conductores de tranvía, técnicos de reparación o guardas de las instalaciones. La renovación de los servicios e infraestructuras, que permitían el desarrollo de la vida cotidiana en la gran ciudad se erigía así en otra inyección de vitalidad para la economía madrileña y que repercutía en la expansión de su sector servicios⁶⁹.

Tabla 7.11: Trabajadores del Ayuntamiento clasificados por dependencias. Ensanche Norte 1905	
Ayuntamiento - sin especificar	109
Canal de Isabel II	24
Asilo de San Bernardino, Hospicio y Servicios de Beneficencia	11
diputación	9
Consumos	8
empleados en alcaldías de distrito	2
Almacén de la Villa	1
Bomberos	1
estadística	1
laboratorio municipal	1
Matadero	1
Obras Públicas	1
vigilancia	1

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905

En el Ensanche Norte también se pudo ver el influjo que la expansión de los servicios municipales tuvo en su mercado laboral. Las consecuencias fueran las mismas que en otros ámbitos del sector servicios que estaban experimentando un crecimiento en aquel final de siglo. Entre los empleados municipales había muchos trabajadores que eran en

⁶⁸ ESPINOSA DE ROMERO, Jesús y GONZÁLEZ REGLERO, Juan José (coords.): *1851. La creación del Canal de Isabel II*, 2 vols., Madrid, Fundación del Canal Isabel II, 2001.

⁶⁹ AUBANEL, Anna María: "La competencia en la distribución de electricidad en Madrid", *Revista de Historia Industrial*, nº 2, 1992, pp. 143-171; SIMÓ RUESCAS, José: "La Cooperativa Electra Madrid y los inicios del monopolio compartido en la industria eléctrica madrileña (1905-1912)" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel OTERO CARVAJAL, Luís Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Comunidad de Madrid – Alfoz, 1989, vol. 1, pp. 419-428.

realidad obreros de la construcción empleados en los grandes trabajos públicos de explanación de terrenos y empedrado de calles que rodeaban el Ensanche. Pero lo importante era que junto a ellos cada vez eran más los que se dedicaban a todos aquellos trabajos permanentes que exigía la vida en una ciudad cada vez más poblada y más grande, como el abastecimiento de agua del que se ocupaban los empleados del Canal de Isabel II o la prestación de servicios médicos y de socorro al pobre de los que se encargaban los empleados de la Beneficencia, de los asilos o del hospicio.

Al lado de estos empleados del Ayuntamiento también habría que incluir otras profesiones que mantenían su peso en el mercado laboral madrileño y que se ocupaban de satisfacer necesidades urbanas cotidianas. Como los 233 cocheros y chóferes que residían en el Ensanche Norte en 1905, los 213 guardias de policía urbana y de distintos cuerpos de seguridad, los jardineros y guardias de arbolado o aquellos empleados de las compañías de tranvía que se incluían entre los trabajadores ferroviarios⁷⁰.

El salto cualitativo que experimentó Madrid en número de habitantes y tamaño de la ciudad en el último cuarto del siglo XIX, también abrió nuevas posibilidades de negocio y de desarrollo del sector servicios que se basaban exclusivamente en el consumo de los vecinos de la capital. Ese medio millón de habitantes que se alojaban en las calles de Madrid al rayar el cambio de siglo, ofrecían una masa de consumidores y clientes que hacían posible muchos negocios impensables en otros lugares. Al fin y al cabo, la capital era el lugar de residencia de la cúpula económica y social del país. En consecuencia también era el destino de muchas fortunas generadas en provincia y el lugar en que eran gastadas. Madrid había sido desde siempre el mayor centro de consumo suntuario del país; comenzando por los reyes, siguiendo por los nobles que rodeaban el trono y por las clases medias y burguesas que intentaban emularles. Bastaba hojear algunas de las guías comerciales que habían comenzado a publicarse a comienzos de la Restauración y fijarse cuánto lujo se ofrecía en sus anuncios y qué tipo de productos se consumían en la capital. Las grandes tiendas de productos coloniales ofrecían vinos franceses, alemanes, italianos y de los lugares más recónditos de Europa además de la Península, quesos del otro lado de la frontera y especias de todo el ultramar, conservas llegadas de todos los puertos españoles y extranjeros. Y más allá de los alimentos, en las páginas de las guías saltaban los anuncios de pianos, de billares, de peluqueros que ofrecían sus servicios y de sastres que vendían sus diseños.

Nada de esto era nuevo porque en la capital siempre había sido posible encontrar todo lo que pudiese desear el apetito consumidor de las familias más adineradas. Lo que cambiaba con el crecimiento de la ciudad era la difusión a otros grupos sociales de esos hábitos de consumo en productos que iban más allá de la mera supervivencia. Aún era pronto para poder hablar de una sociedad de consumo en la ciudad de Madrid, porque muchos de sus habitantes sólo podían consagrar su escaso sueldo y renta a satisfacer las necesidades básicas de alimentación, vestido y vivienda⁷¹. Las familias de jornaleros, artesanos, costureras, lavanderas y demás oficios que constituían la base demográfica de la ciudad no contaban con los recursos suficientes como para dedicar una partida fija del presupuesto familiar a gastos no imprescindibles, más allá de los dispendios en vicios baratos como el tabaco de picadura, o relativamente alimenticios como podía ser el

⁷⁰ El peso de estos sectores en el mercado laboral asociado a los servicios se puede evaluar en el gráfico presentado hace unas cuantas páginas con el desglose por profesiones de todos los empleados del Ensanche Norte. Los empleados municipales representaban un 6,07% de todos los trabajadores en servicios, los chóferes y cocheros un 7,97%, los guardias de orden público y de policía urbana el 7,61% y los jardineros y guardas de arbolado el 0,89%.

⁷¹ FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "Niveles de vida del proletariado madrileño (1883-1903)" en VV.AA: *El reformismo social en España: la Comisión de Reformas Sociales: actas de los IV Coloquios de Historia*, Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros, 1987, pp. 163-180

chato ocasional de vino en la taberna. Pero esta vida cotidiana marcada por la pobreza y la austeridad forzosa no excluía que de vez en cuando, con la frecuencia que el salario de cada cual permitiera, fuera posible hacer un dispendio en algo que fuera más allá del alimento o el techo en el que se malvivía, que de tanto en tanto se pudiera gastar por gastar, simplemente para pasar un buen rato. Por otro lado, aunque fueran menos que las familias obreras, tampoco hay que olvidar a unas clases medias numerosas, en términos absolutos, en una ciudad tan grande como Madrid y que representaban un buen grupo de compradores para ciertas de lujo y de artículo no estrictamente imprescindibles.

El ocio fue uno de los primeros ámbitos en que las clases populares urbanas expandieron un consumo que podía considerarse relativamente superfluo, o que al menos no resultaba imprescindible para la supervivencia⁷². Por otro lado, el tiempo libre de los trabajadores abrió un campo para diversos negocios basados en el entretenimiento y la evasión. Sin que pueda hablarse todavía de un verdadero desarrollo de la industria cultural a finales del siglo XIX, sí que al menos se podían observar en las calles de la capital sus primeros balbuceos. Los máximos exponentes de esta incipiente industria del ocio eran dos espectáculos públicos que gozaban de una especial preferencia del pueblo madrileño: el teatro y las corridas de toros. La celebración de corridas de toros y la representación de obras teatrales no eran una novedad en la capital; se trataba de dos espectáculos públicos de profundas raíces en Madrid. Desde la época barroca, las representaciones teatrales habían estado asociadas a los festejos públicos, lo mismo que las lidias de toros, que ocupaban un lugar central en las celebraciones madrileñas. Otra cosa era su conversión en un modo de entretenimiento cotidiano, independiente del calendario festivo y eclesiástico, y sobre todo en un negocio que contara con espacios y establecimientos permanentes.

En la capital ya existían locales fijos para representaciones teatrales antes de la Restauración, pero fue a partir de 1875 cuando Madrid se convirtió en una ciudad de teatros y espectáculos. No sólo por el número de representaciones de su cartelera sino por su repercusión, que superaba muchas veces el ámbito del mero comentario de conversación banal entre madrileños. En ello tuvo gran parte de culpa la apertura del Teatro Real de Madrid en 1850, buque insignia de la arquitectura madrileña de la época y espacio simbólico en que se demostraba la grandeza del nuevo núcleo de poder que gobernaba el país⁷³. Sus representaciones, en las que se expresaba la capacidad de

⁷² El ocio en el Madrid de finales del siglo XIX ha sido objeto de estudios recientes que han comenzado a cubrir un área temática hasta hace bien poco muy desatendida. Un primer acercamiento puede hacerse a través de los trabajos de DEL MORAL, Carmen: "Ocio y esparcimiento en Madrid hacia 1900", *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, nº 666 (2001), pp. 495-518; "La mitificación de Madrid en el género chico", *Revista de Occidente*, nº 128 (1992), pp. 69-82; *El género chico: ocio y teatro en Madrid (1880-1910)*, Madrid, Alianza Editorial, 2004. También OTERO CARVAJAL, Luís Enrique: "Ocio y deporte en el nacimiento de la sociedad de masas: la socialización del deporte como práctica y espectáculo en la España del primer tercio del siglo XX", *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 25 (2003), pp. 169-198. VILLACORTA BAÑOS, Francisco: "Madrid 1900: Sociabilidad, ocio y relaciones sociales", *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, nº 666 (2001), pp. 461-494. SALAÚN, Serge: *El cuplé, (1900-1936)*, Madrid, Espasa Calpe, 1990 y SALAÚN, Serge: "El cuplé (1900-1936). Ensayo de etno-historia cultural", *Estudios de historia social*, nº. 40-41 (1987), pp. 291-446. Aunque centrado en Oviedo, es fundamental para comprender el surgimiento del consumo de ocio en las clases populares el trabajo de URÍA, Jorge: *Una historia social del ocio. Asturias, 1898-1914*. Madrid, UGT-Centro de Estudios Históricos, 1996.

⁷³ Un reciente estudio sobre el significado simbólico del Teatro Real en PIÑEIRO BLANCO, Joaquín: "El teatro de ópera como centro de articulación social y cultural en España durante el siglo XIX: Madrid y Barcelona" en NICOLÁS, Encarna y GONZÁLEZ, Carmen: *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. Actas del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008. Un análisis similar es el que realiza Jorge Uría sobre el teaytro Campoamor en URÍA, Jorge: *Una historia social... Ob. cit.*

ostentación de las elites madrileñas, eran reseñadas en los periódicos y revistas que viajaban a lo largo del país gracias al moderno ferrocarril. Si bien su acceso era exclusivo de unos pocos y los precios para asistir a una de sus sesiones establecían una barrera infranqueable para la gran mayoría, la fama del Real y los ecos de sus espectáculos contribuyeron a crear el halo de centro de cultura, de ocio y espectáculos que orlaba a Madrid a comienzos de la Restauración.

Entrar en el Real en 1883 costaba 140 pesetas si se quería disfrutar de uno de los más lujosos palcos y una peseta y media para las butacas más baratas y con peor posición⁷⁴. Al que le era difícil permitirse esos precios o quería disfrutar del honor de ocupar un palco sin desembolsar las astronómicas cifras que reclamaba el Real, podía dirigirse a otro de los muchos teatros de la capital. En el de la Zarzuela el asiento más noble costaba entre 30 y 35 pesetas, en el de la Comedia entre 25 y 30 y en el Español entre 15 y 20 pesetas. Por aquel entonces existía una oferta graduada de teatros madrileños que se acomodaba a los bolsillos de los ciudadanos y en los que había que incluir además al Apolo, el Variedades, el Novedades o el teatro de Madrid. También para las localidades más baratas, que pasaban de la peseta y media del Real a la peseta que se cobraba en el resto de los escenarios de cierto prestigio. Por otra parte existía toda una oferta de teatros populares en los que los precios descendían a las posibilidades de sacrificio de las clases populares madrileñas. En el Lara, la entrada más barata costaba un real, como en el Salón Eslava. En el teatro Madrid de la calle Primavera sólo 10 céntimos. Incluso existían unos cuantos teatros, considerados de tercer orden, en los que los precios podían ser más baratos. Tan amplia oferta de teatros y espectáculos sólo era imaginable en una ciudad tan populosa como Madrid donde siempre había alguien dispuesto a llenar las salas. Ya fueran las elites o las clases medias más pudientes, que hacían de su concurrencia al Real un hábito social de obligado cumplimiento casi cotidiano, ya el pueblo que con más o menos frecuencia encontraba en estos espectáculos un momento de reposo y distracción. El caso es que el desarrollo del ocio y de su negocio necesitaba de la gran ciudad y su abundante población; de un tipo de conformación social lo suficientemente diversa para que el sector económico del entretenimiento despegase.

La importancia en la economía y en la vida madrileña del teatro y de otros espectáculos como las corridas de toros, las carreras del hipódromo o las apuestas en frontones y circos de gallos, no estribaba en el número de puestos de trabajo que generaba. Claro que el teatro y los espectáculos daban de vivir a un buen puñado de personas y ejercía su poder de atracción sobre las provincias españolas. Ahí estaba por ejemplo Josefa Cobeña, esa cantante lírica de 33 años que a comienzos de siglo llegaba a Madrid para trabajar una temporada en sus teatros. También podía ser el campo profesional para forjar considerables fortunas como la del matrimonio formado por María Guerrero y Fernando Díez de Mendoza, que por aquel año de 1905 residían en el Ensanche Norte. De la gran dama del teatro de la época no se conoce el sueldo, pero sí de su marido, primer actor del teatro Español entonces. Las 100 pesetas que decía cobrar el día que trabajaba les valía para pagarse un hotel en la calle Zurbano, cuyo

⁷⁴ Los precios de las entradas del Teatro Real así como de los teatros que se ofrecen a continuación recogidos en *Guía de Madrid, regalo a los suscriptores de El día*, Madrid, Imprenta de El día, 1883, conservada en la Biblioteca Nacional. El listado de teatros corresponde a los que estaban activos en Madrid aquel año de 1883, aunque hubo muchos otros más que abrieron y cerraron sus puertas por aquella época. Francisco Villacorta Baños elabora una relación intensiva de los espacios de sociabilidad, centros de cultura y lugares de espectáculo en VILLACORTA BAÑOS, Francisco: “La vida social y sus espacios” en VV. AA.: *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida*” dirigida por José M^a JOVER ZAMORA, Tomo XXXIII, Madrid, Espasa Calpe, 1997, pp. 661-725, especialmente pp. 674-677.

alquiler se elevaba a 6.000 pesetas al año, el sueldo de todo un profesor de Universidad. Además de mantener a sus tres hijos, los magníficos ingresos de la pareja les permitía pagar a seis criadas para asegurarse el mayor confort en su vida casera⁷⁵.

La quincena de actores que residían en las calles del Ensanche Norte no era tan importantes por su peso en el mercado laboral como por lo excepcional que desprendían vidas como las de María Guerrero y Fernando Díez de Córdoba. Su fama y el interés que despertaba su trabajo no se limitaban al estricto ámbito de la ciudad sino que iba más allá y eran conocidos en todas las provincias de España. De igual manera sucedía con la repercusión que las obras de teatro o las corridas de toros que se celebraban en Madrid y cuyos ecos llegaban a todos los rincones del país. El desarrollo y vitalidad de los negocios asociados al ocio y el entretenimiento no eran simplemente una muestra de que, habiendo en Madrid gente para todo, cualquier empresa económica asociada al consumo podía triunfar. También contribuyeron a reforzar una idea, cada vez más difundida en su radio de acción como capital del país, de que en Madrid había de todo. Que la ciudad del Manzanares era un espectáculo en sí mismo, un lugar que merecía la pena de ser contemplado y de ser visitado. Que la capital era el escenario de acontecimientos y fenómenos que sólo allí podían ser observados, o que al menos no podían contemplarse en el resto de las ciudades españolas.

La fascinación que ejercía Madrid como gran ciudad en la que todo era posible y en la que se podían contemplar espectáculos inimaginables para los que vivían en una ciudad más pequeña o en un entorno más rural que urbano, también se convirtió en aquel final de siglo en un impulso para su expansión y crecimiento. Madrid era una ciudad singular, única en el paisaje urbano español. Lo era por ser más grande y poblada que ninguna, por albergar edificios, monumentos e instituciones que se habían hecho famosos a lo largo y ancho del país. Estaba en boca de todos los españoles por haber sido escenario de acontecimientos que habían cambiado los destinos políticos de la nación y de pequeños hechos que alimentaban las conversaciones cotidianas de los lectores de los periódicos en provincias, hasta donde llegaban los ecos de la peculiar vida madrileña.

Se trataba de un fenómeno común a toda Europa: el desarrollo de los medios de comunicación y de los transportes, la difusión de la cultura escrita, intensificaron la circulación de información y de conocimientos a través de las noticias y las imágenes de los periódicos. Las grandes ciudades, que eran los lugares de donde partían las vías de tren y donde se editaban los principales periódicos, producían una imagen de sí mismas que se popularizaba a través de las fotografías y grabados, las noticias y los reportajes de la prensa. A ello contribuían también los relatos de viva voz de los cada vez más abundantes viajeros que hacían uso del tren para acercarse a la gran ciudad y que narraban a los que quisieran escucharles en su pueblo las maravillas y singularidades de la nueva vida urbana. El deseo de visitar Madrid, de formar parte de aquella ciudad, aunque sólo fuera por unos días y en calidad de viajero, se difundió entre todo aquel que en el país tenía acceso a la cultura escrita y recibía noticias de lo que sucedía en la capital. Igual que en aquellos mismos años surgían las primeras ciudades que hacían del turismo y el reposo una de sus principales actividades económicas, como era el caso de Santander o San Sebastián, también afloró en España un primitivo turismo asociado al fenómeno urbano⁷⁶. La curiosidad por la gran ciudad, el deseo de conocer los escenarios

⁷⁵ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905, caso nº 1735 – Hipódromo.

⁷⁶ El estudio del primer desarrollo del turismo no ha sido aún objeto de demasiadas investigaciones en España; cabe destacar la tesis y la monografía de MORENO GARRIDO, Ana: *Turismo y nación : la definición de la identidad nacional a través de los símbolos turísticos (España 1908-1929)* (Tesis Inédita), Madrid, Universidad Complutense de Madrid – Departamento de Historia Contemporánea, 2004,

madrileños de los que tanto se sabía en provincias por la prensa o las novelas o por los relatos de los familiares y amigos que los habían visitado, empujaba a los que podían a trasladarse a la capital y hacerla suya. Los contemporáneos lo observaban sorprendidos y así tan pronto como en 1873, en una *guía para forasteros e incautos* publicada en la capital se resaltaba cómo aunque “la voz general dice que en España no hay dinero, las empresas de ferrocarriles se lo creen a medias y cuando se acerca el día de San Isidro, consiguen con fabulosas rebajas arrancar a las provincias el escaso numerario que según fama poseen” haciendo de Madrid un “verdadero festín en que se funden las monedas de los provincianos”⁷⁷.

Los provincianos, como los calificaban los periodistas madrileños en una mezcla de socarronería y compasión, no acudían a la ciudad sólo para las romerías de San Isidro. Cada vez era una figura más habitual la del visitante de provincias que se acercaba por unos días hasta la capital para disfrutar de sus maravillas y de sus extravagancias, para conocer un lugar como la gran ciudad, tan distinto a ese en que él desarrollaba su vida cotidiana. De hecho, esas mismas guías que tanta burla hacían de los visitantes de provincia y de sus choques con las costumbres y modos de vida en la gran ciudad, en gran parte eran publicadas para ellos. A partir de 1870 y con creciente intensidad una vez iniciada la década de 1880, proliferaron este tipo de guías en muy diversos formatos y estilos, todas con la intención de hacer la gran ciudad manejable para el viajero que la visitaba o para el madrileño que quería conocer mejor los recursos, atractivos y ofertas que le ofrecía su ciudad. Las había de todos los estilos. Las más sobrias y funcionales sólo incluían un plano con su guía para manejarse con soltura por las calles de la ciudad y conocer la situación de las instituciones más útiles como las casas de socorro o los ministerios. Otras más completas y minuciosas indicaban los principales teatros, lugares de diversión, los hoteles de la ciudad y las pensiones más conocidas, las embajadas, los museos y sus horarios, las bibliotecas y centros de reunión y tertulia científico-literarias, el trazado de las líneas de tranvía y hasta las tarifas de los coches de punto. Finalmente estaban las que sobrepasando el objetivo meramente informativo se introducían en el género costumbrista y además de ofrecer estas informaciones útiles, o en vez de hacerlo, retrataban literariamente los principales rasgos de la vida madrileña y sus personajes más típicos, así como las escenas que consideraban más características y que el viajero no podía perderse en su visita a Madrid⁷⁸.

y MORENO GARRIDO, Ana: *Historia del turismo en España en el siglo XX*, Madrid, Síntesis, 2007. Menos aún se ha profundizado en el estudio del atractivo y fascinación que generó la sociedad urbana, atrayendo a visitantes y turistas hacia las grandes ciudades, y que en cambio ha sido objeto de diversos acercamientos en casos como los de Londres y París. Como ejemplo baste citar el libro sobre la capital francesa de SCHWARTZ, Vanessa Schwartz: *Schwartz, V. R.: Spectacular Realities: Early Mass Culture in fin-de-siècle Paris*, Berkeley, University of California Press, 1998. Un texto especialmente sugerente que recrea esa difusión de la vida en la gran ciudad, también en este caso París, es el capítulo que dedica Dominique Kalifa a la difusión y al impacto de las noticias de sucesos y crímenes de la capital en la provincia a través de la prensa de los periódicos. “L’insecurité vue d’ailleurs. Courriers de l’Oise” en KALIFA, Dominique: *Crime et culture au XIX^e siècle*, Paris, Perrin, 2005, pp. 298-314.

⁷⁷ Del artículo de MOYA y BOLIVAR, Federico: “La Romería de San Isidro” en BLASCO, Eugenio: *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros e incautos*, Madrid, 1873, pág. 158.

⁷⁸ Las guías de Madrid del siglo XIX más conocidas son el *Manual de Madrid* de Mesonero Romanos cuya primera edición data de 1831 y la *Guía de Madrid* de Ángel Fernández de los Ríos publicada en 1876, pero no son en sentido estricto guías callejeras para orientarse por la ciudad, y tienen en gran medida más de descripción y de historia que de manual de uso cotidiano para llevar en el bolsillo. Tampoco son las únicas ni agotan el género. En la Biblioteca Nacional de España se conserva una vasta colección de este tipo de publicaciones que comenzaron a aparecer a comienzos del XIX y se popularizaron en el Sexenio y la Restauración. Para el retrato de Madrid que se ofrece en este capítulo se han utilizado las siguientes: *Calendario popular y guía del forastero en Madrid*, Madrid, Imp. Manuel

Los tres tipos de guía surgían para cubrir las mismas necesidades; eran respuestas de distinto estilo a los cambios y transformaciones que se habían operado en la ciudad. No era extraño que fuese precisamente entonces, tras haber ampliado la ciudad más allá de las cercas y dejar que se ensanchara por sus alrededores, cuando aparecieron los primeros planos y callejeros de uso común. Antes, en los tiempos del Viejo Madrid, disponer de un plano con el trazado de las calles de la ciudad era una rareza, y los que existían, como el que hiciera Teixeira en los tiempos de Felipe IV, eran más una representación con pretensiones artísticas que un intento de reflejar con criterios científicos la formas y los trazados de las calles de la ciudad⁷⁹. Los que se comenzaron a difundir a partir de 1870, en cambio, más que pintar la ciudad querían dominarla, hacerla comprensible a un ciudadano que se veía desbordado por su tamaño y ya le era imposible conocerla al dedillo. Lo mismo que Madrid había dejado de ser abarcable en su totalidad para el peatón y se habían puesto los tranvías en marcha para seguir dominándola, el plano era la respuesta para unos vecinos que ya no podían contar con su memoria y sus experiencias para no perderse en las mil calles de la ciudad y encontrar el camino más corto para llegar desde un punto a otro.

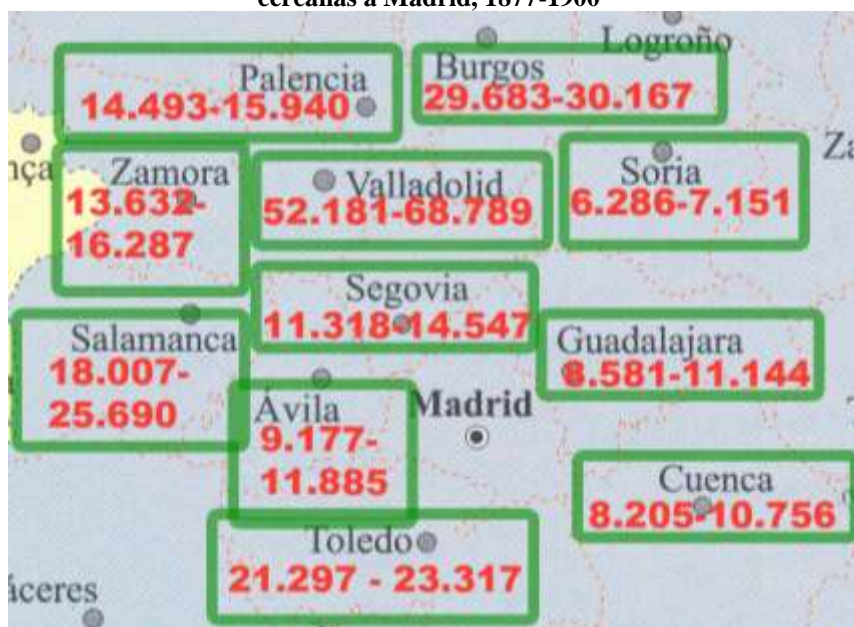
Martínez, 1875 (en adelante, publicación periódica), *Madrid caritativo y benéfico: Noticia de las obras de caridad y beneficencia existentes en Madrid y sus cercanías.- Guía indispensable de pobres y bienhechores*, Madrid, Imp. de G. Juste, 1875; *Nueva Guía especial de Madrid comercial, industrial y artística: Sistema Holberk*, 1876. *Primer año de la publicación*, Madrid, Imp. del Indicador Oficial de los Caminos de Hierro, 1876; *Almanaque y guía de Madrid*, Madrid, García Alfaro, 1878; GIL, Rafael: *Guía de Madrid con un plano de D. Álvaro Rosell*, Madrid, Imp. de Fortanet, 1881; *Apuntes de Madrid: guía de sus más notables instituciones y edificios de beneficencia, sanidad, administración, enseñanza, ciencias y artes*, Madrid, Imp. y Litogr. de La Guirnalda, 1883; VALVERDE y ÁLVAREZ, Emilio: *La capital de España Texto impreso: guía y plano general de Madrid : comercial, industrial y artística*, Madrid, Imprenta y Biblioteca militar , 1883; ED. BAILLY BAILLIÈRE: *Guía comercial de Madrid publicada con datos del Anuario del comercio (G. Bailly- Bailliere)*, Madrid, Librería editorial de D. Carlos Bailly-Bailliere, 1886 (en adelante; es publicación periódica); MARÍN PÉREZ, Andrés: *Guía de Madrid y su provincia*, 2 vols. Madrid, Tip. del Hospicio, 1888-1889; *Verdadera Guía de Madrid necesaria para todas las clases sociales*, Madrid, Impr. de Manuel Minuesa de los Ríos, 1884; GUSI y LERROUX, Mariano: *Guía del Parque de Madrid y catálogo ilustrado de su jardín zoológico*, Madrid, Imp. de Ricardo Rojas, 1892; *Guía de la villa y corte de Madrid*, Madrid, Ricardo Fé, 1898. *Guía redactada con ocasión del IX Congreso internacional de higiene y demografía. 10-17 abril 1898: Guía de la villa y corte de Madrid*, Madrid, Ricardo Fe, 1898; MÉNDEZ, José: *Guía del Plano de Madrid: reducido con la autorización competente del publicado por el Instituto geográfico y estadístico y ampliado con las nuevas constituciones*, Madrid, J. Méndez, 1900. SERRANO, Luis M.: *Festejos en Madrid: única guía del forastero, coronación del Rey D. Alfonso XIII*, Madrid, Antonio Marzo, 1902; *Fiestas de Mayo: Guía del forastero en Madrid*, Madrid, Antonio Marzo, 1902; PARDO, Gerardo: *Guía de la Coronación hecha expresamente para los forasteros que visiten Madrid en las fiestas que se celebrarán durante el mes de Mayo de 1902 con motivo de la coronación de S.M. el Rey D. Alfonso XIII*, Madrid, 1902; DIABLO COJUELO (pseudónimo): *Guía del placer en Madrid*, Madrid, 1902; JORRETO PANIAGUA, Manuel: *Guía municipal alfonsina de Madrid [Texto impreso] : conmemorativa á la Coronación de S.M. el Rey D. Alfonso XIII*, Madrid, Fortanet, 1902; *Las reales fiestas de mayo: guía ilustrada de Madrid : coronación de D. Alfonso XIII*, Madrid, Imprenta de L. Aguado, 1902; *Recuerdo de Madrid (Guía oficial con motivo de la visita del Presidente de la Republica francesa, Mr. Loubet, á esa villa y Corte, en Octubre de 1905)*, Madrid, Imp. Alemana, 1905.

⁷⁹ Patryck Joyce ha rastreado la aparición y la difusión de los planos urbanos modernos y que se corresponde con el triunfo del liberalismo político y social. Es cierto que tanto en Inglaterra como en España ya existían planos detallados de las ciudades en los que la representación seguía los criterios modernos (y que se separaban del tipo de plano de Teixeira), pero su difusión era escasa. Se trataba de planos militares o administrativos sólo usados y conocidos por las autoridades y cuyo fin era un mejor gobierno y un control más férreo del orden público. En Madrid, el plano de uso común, servido a los ciudadanos para ayudarles en su orientación, no aparece en grandes tiradas y asequibles para la población hasta esta fiebre de guías y callejeros. Véase JOYCE, Patrick: *The Rule of Freedom. Liberalism and the modern city*. Verso, London - New York, 2003, pp. 20-61.

En su vertiente más informativa y literaria, en sus listados de cafés, teatros, edificios públicos y hasta de las esculturas dispersas por el entramado viario, las guías de Madrid pretendían ser un instrumento útil al provinciano “*que recorre las calles de Madrid comprando en las tiendas, tomando en los cafés, riendo en los teatros, embobándose ante las fruslerías de relumbrón, vacilando ante la desembarazada marcha de las pecadoras, con ese rostro peculiar del que admira sin análisis, de esa manera innata del que desconoce el terreno que pisa*”⁸⁰. El visitante que hollaba por primera vez las calzadas madrileñas, se arriesgaba a ser desbordado por el torbellino de estímulos y espectáculos que ofrecían sus calles y, lo que era peor, podía dejarse arrastrar por las amenazas y peligros que acechaban tras cualquier esquina de la gran ciudad. Por eso, algunas guías advertían seriamente de los timos más frecuentes, de los riesgos de apostar en casas juego y timbas ilegales, de los ladrones y carteristas de la Puerta del Sol, de los peligros de participar en el comercio de la prostitución o de la posibilidad de verse inmerso en una turba o una protesta y que los obreros y los jornaleros a la carrera pusieran fin a una apacible tarde de paseo.

En última instancia, la explicación de por qué Madrid aceleró su crecimiento e intensificó su capacidad de atracción de población al acercarse el cambio de siglo residía en esa sensación de barullo y confusión que podía experimentar el provinciano en su visita a la capital. La amalgama de mil funciones y actividades que concentraba Madrid, la mezcla de gentes de todo tipo y condición que residían en sus calles, sumados a su propio tamaño en continua expansión, parecían haber generado una especie de fuerza gravitatoria que atraía a más gente cuanto más crecía la ciudad. Madrid se convertía así en el polo de atracción que devoraba en sus calles a gran parte de las personas que nacían en su provincia y en las de alrededor.

Gráfico 7.23: Evolución demográfica de las capitales de provincias cercanas a Madrid, 1877-1900



Elaboración propia a partir de los censos de población de 1877 y 1900; INE.

⁸⁰ Del artículo de MOYA y BOLIVAR, Federico: “La Romería de San Isidro” en BLASCO, Eugenio: *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros e incautos*, Madrid, 1873, pág. 158.

Bastaba observar la diferencia en el ritmo de crecimiento entre la gran capital, una gran ciudad que se expandía con una intensidad avasalladora y el relativo letargo en que permanecían los centros urbanos de sus alrededores, en que los cambios y las transformaciones eran mucho más lentos y subterráneos, a veces imperceptibles por producirse a la sombra de la gran ciudad que todo lo eclipsaba⁸¹. Entre 1877 y 1900, mientras Madrid crecía en más de 140.000 habitantes, las cinco capitales de provincia que la rodeaban apenas lo hacían en 13.000 personas. Estaba claro que los inmigrantes que expulsaban los campos de Castilla y la provincia de Madrid se veían preferentemente inclinados a dirigirse a la gran capital antes que a las pequeñas ciudades que tenían más cerca. Era patente que en la intensificación de los movimientos migratorios que se estaba produciendo a finales del siglo XIX y en el que se estaba forjando el trasvase de la población rural hacia los centros urbanos, existían dos categorías diferentes de ciudades receptoras. Por un lado se encontraban las grandes ciudades. Madrid, Barcelona, Valencia o Bilbao absorbían a la mayoría de las gentes que decidían salir de sus pueblos para buscarse la vida o colmar sus ambiciones en otro lugar: se trataba en su caso de las grandes cuencas migratorias, el lugar en el que desembocaban tarde o temprano los abundantes caudales de inmigrantes a finales del siglo XIX⁸². En términos absolutos, estas cuatro grandes ciudades eran las que más inmigrantes recogían del resto del país, atrayendo a nuevos habitantes, no sólo de su provincia sino de las de sus alrededores.

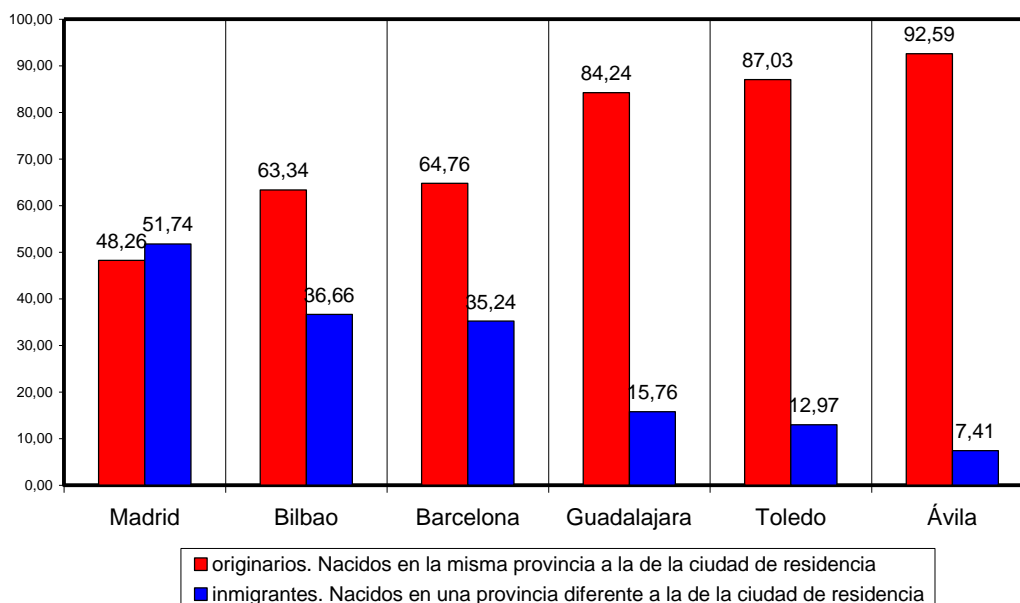
En 1900 en las calles de la capital vivían más de 270.000 personas nacidas en otra provincia, en Barcelona casi 200.000 y en Bilbao más de 40.000. También era mayor en ellas el impacto de la inmigración en términos relativos: en 1900 más de la mitad de los vecinos de Madrid había nacido en otra provincia; en Bilbao y en Barcelona alrededor de un tercio, mientras que en ciudades más pequeñas como Toledo, Ávila o Guadalajara no representaban mucho más que uno de cada diez habitantes. En definitiva, las ciudades de primer orden en la jerarquía urbana española, restaban posibles flujos de inmigrantes a las de menor tamaño, en las que avecindaban muchos menos forasteros. A las capitales de provincia, también llegaron muchos inmigrantes, pero ni fueron tantos como en Madrid y las grandes ciudades, ni atravesaron las puertas con sus mismas intenciones. Muchos de los que entraban en Guadalajara, Segovia o Cuenca, estaban de paso hacia la capital que era su verdadero destino (y que era lo mismo que sucedía con los inmigrantes en Zaragoza que iban a Barcelona o los de Pamplona que se dirigían a Bilbao)⁸³.

⁸¹ Existen diversos estudios de la evolución demográfica de ciudades próximas a Madrid como los de Alcalá de Henares OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2003, Guadalajara de SAN ANDRÉS CORRAL, Javier: *Guadalajara, 1869-1884. El lento despertar de un prolongado letargo*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo, Madrid, UCM, 2007 y Segovia de DE LA FUENTE NÚÑEZ, Rubén: *Evolución histórica de Segovia, 1900-1936*, (Trabajo Académico de Tercer Ciclo), Madrid, UCM, 2007, e-prints: <http://eprints.ucm.es/7947/1/Segovia.pdf>.

⁸² El concepto de cuencas migratorias y el papel de las grandes ciudades en la absorción de los flujos migratorios en el marco nacional son analizados y presentados por SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: "Las migraciones interiores durante la modernización económica de España, 1860-1930", *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70 (2005), pp. 157-182; "Las emigraciones interiores en España durante los siglos XIX y XX: una revisión bibliográfica", *Ager: Revista de estudios sobre despoblación y desarrollo rural*, nº 2 (2002), pp. 227-248.

⁸³ La existencia de esa población inmigrante flotante en Pamplona ha sido estudiada MENDIOLA GONZALO, Fernando: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización. Pamplona (1840-1930)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2002. Para el caso de Zaragoza, véanse los trabajos de Javier Silvestre Rodríguez ya citados.

Gráfico 7.24: origen de la población de los partidos judiciales de Madrid, Barcelona, Ávila, Bilbao y Barcelona en 1900

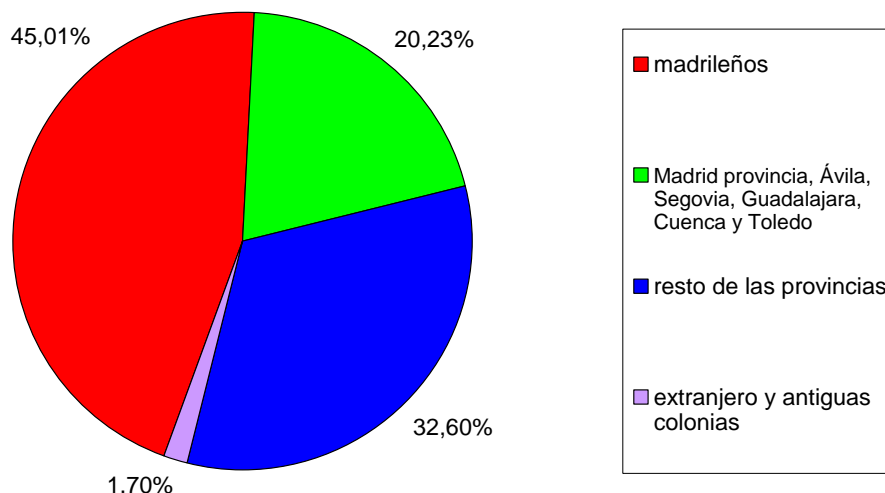


Elaboración propia a partir de INE, censos de población de 1900.⁸⁴

El papel de estas ciudades de tamaño medio o pequeño en el flujo de las corrientes migratorias era más el de lugar de paso que el de punto de destino; no eran la desembocadura de los inmigrantes sino más bien afluentes en el transcurso de su marcha desde los medios rurales hacia las grandes ciudades.⁸⁵ Las grandes ciudades como Madrid, Barcelona y Bilbao se caracterizaban, en cambio, por la alta presencia de inmigrantes en su población. Era su signo distintivo. Las grandes ciudades eran el destino definitivo de la mayor parte de las migraciones, el lugar donde desembocaban esos ríos de trabajadores en busca de una solución a sus vidas. Del tamaño de cada una de ellas, de la vitalidad de sus mercados laborales y del tipo de oferta que hicieran a los recién llegados, dependía lo lejos que estuvieran los manantiales donde nacían los ríos humanos que las alimentaban.

⁸⁴ Las unidades de población analizadas son las de partido judicial ya que los censos no ofrecen resúmenes de datos desglosados por el lugar de origen de sus habitantes a escala municipal; en el caso de Madrid, Barcelona o Bilbao penas ofrecen distorsión ya que los partidos judiciales que encabezaban no abarcaban más allá de su propio término municipal. Otro caso es el de las ciudades más pequeñas como Guadalajara que incluían pueblos de los alrededores en el que la presencia de inmigrantes lejanos y de fuera de la provincia podían ser raros y distorsionar a la baja los datos que aquí se ofrecen para la capital; sin embargo las diferencias son suficientes para marcar los distintos papeles de ciudades grandes y pequeñas en la absorción de los flujos migratorios.

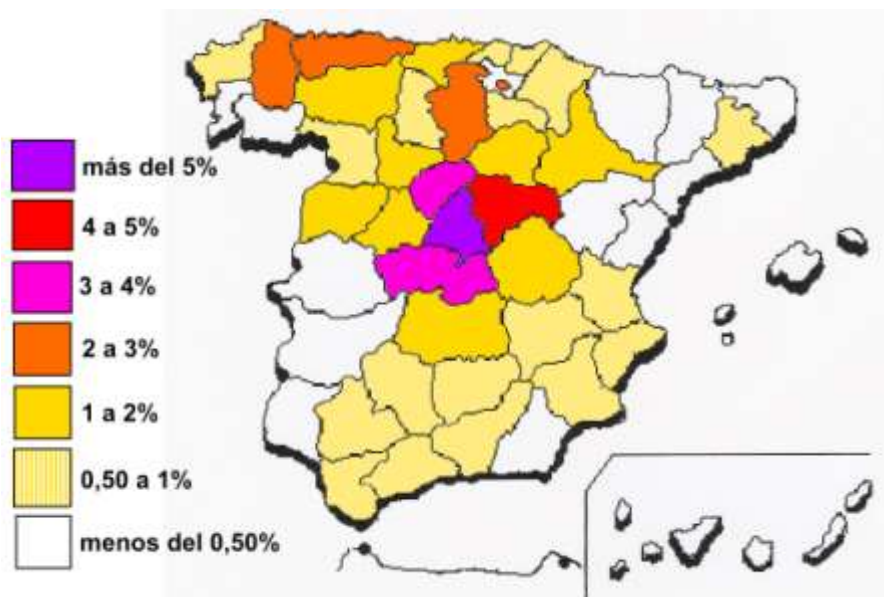
⁸⁵ Para un estudio del papel diferenciado de Guadalajara y Madrid en la captación de flujos migratorios y sobre las relaciones de complementariedad entre ambos núcleos véase CARBALLO BARRAL, Borja; GONZÁLEZ PALACIOS, Daniel; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; SAN ANDRÉS CORRAL, Javier y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: "Al calor del moderno Madrid: la capital y su hinterland, hacia la recomposición de la red urbana del interior (1860-1885)", en NICOLÁS, Encarna y GONZÁLEZ, Carmen: *Ayer en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. Actas del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008.

Gráfico 7.25: origen de la población en el Ensanche Norte en 1905

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905

Madrid era, entre las grandes ciudades, la que contaba con una mayor presencia de inmigrantes venidos de tierras lejanas. Mientras que en Barcelona o Bilbao alrededor de un tercio de la población había nacido fuera de la provincia, en la capital ese porcentaje ascendía hasta el 50%. No se trataba sólo de que el hinterland madrileño fuera más amplio que el de la ciudad vizcaína o el de la catalana. Esa era una razón poderosa pero no la única. La capital de España, tras haber vaciado su propia provincia, había ido extendiendo su influencia sobre las provincias limítrofes, robándole su papel a ciudades como Guadalajara, Toledo o Ávila. Pero también había ocurrido que Madrid había extendido sus tentáculos para arrebatar habitantes a lugares mucho más lejanos que Barcelona o Bilbao. En el Ensanche Norte de 1905, la inmigración que procedía de las provincias cercanas (la propia provincia de Madrid, Ávila, Segovia, Guadalajara, Cuenca y Toledo) representaba una quinta parte del total de la población. La inmigración llegada de más lejos era ligeramente superior y alcanzaba a un tercio del total de los habitantes.

En su crecimiento demográfico Madrid se alimentaba de sus alrededores, pero también de muchas otras zonas del país. Claro que las comunidades de inmigrantes más numerosas eran las que integraban los oriundos de los pueblos de su propia provincia o de otras cercanas, como Guadalajara, Toledo o Segovia. Pero también existían nutridas comunidades de forasteros venidos de lugares lejanos. Los asturianos o los gallegos de Lugo, por ejemplo, habían continuado ese viaje que les llevaba desde sus tierras empobrecidas hasta la capital y que tanto impacto había tenido en los primeros tiempos del arrabal de Chamberí. La cornisa cantábrica seguía siendo uno de los principales manantiales donde surgían los nuevos habitantes que estaban haciendo expandirse a la capital. La tendencia general era que las comunidades de inmigrantes fueran más reducidas cuanto más lejana fuera su procedencia. Los gaditanos eran menos numerosos que los de Ciudad Real y estos que los de Toledo, pero con todo, Madrid tenía una representación importante de casi todas las provincias españolas.

Gráfico 7.26: Origen de la población del Ensanche Norte en 1905. Mapa

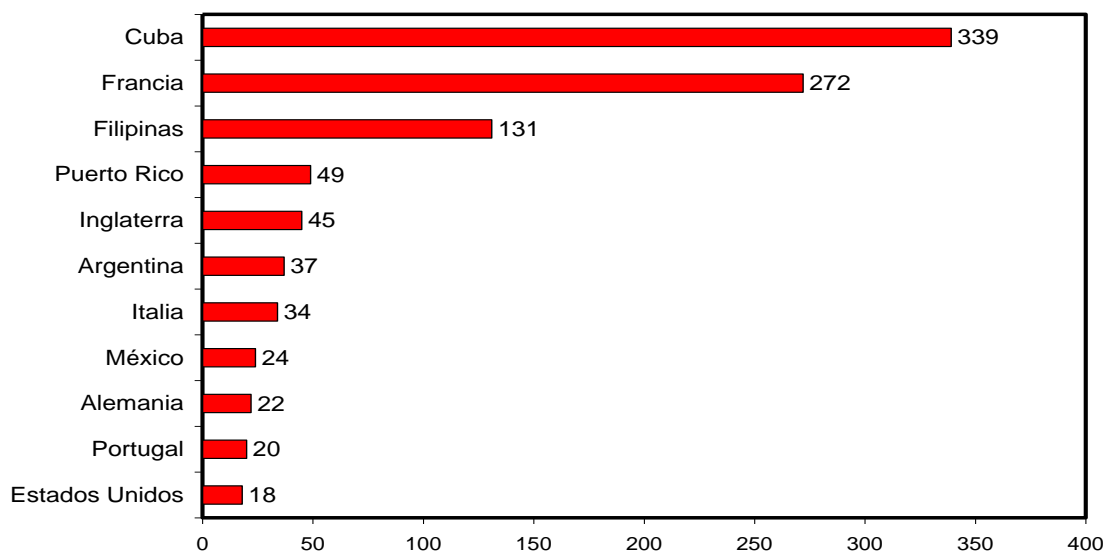
Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905

Sólo unas pocas zonas se le resistían, especialmente las provincias catalanas. Resultaba bastante lógico. Para una familia jornalera leridana o tarraconense, no era sólo que Madrid estuviera lejos. En realidad lo estaba casi tanto como para un gallego o para un asturiano. Lo que sucedía era que tenía poco sentido emprender un viaje tan largo teniendo un polo de referencia como Barcelona mucho más cerca. Lo que ellos buscaban, una salida para su situación de pobreza, lo podían encontrar en su propia región y por lo tanto no tenían que trasladarse hasta el centro de la Península. La ciudad condal era así el único centro de población que ofrecía una cierta competencia a la capital, el único que le restaba influencia en el drenaje de población que Madrid llevaba a cabo en todas las regiones del país. De ahí la escasez de catalanes, oscenses y castellanenses entre los habitantes del Ensanche Norte. Aunque ni tan siquiera esa competencia era un freno total a la inmigración de esas regiones. Así, había en las calles de Madrid una modesta pero destacable comunidad catalana procedente en su mayoría de la propia ciudad de Barcelona. Los que de allí llegaban no eran jornaleros ni inmigrantes pobres en su mayoría, sino que formaban parte de esos flujos migratorios que acudían atraídos por las oportunidades que la economía de servicios ofrecía en la capital. Eran financieros, empleados, licenciados y abogados que acudían al calor de la Bolsa madrileña, de la Universidad central, de los periódicos y de la intensa vida cultural que sólo la capital, como máximo centro de decisión política y económica del país, podía ofrecer. Eso era lo que hacía diferente y única a Madrid en toda la red urbana española, el ser capaz de drenar población incluso de las otras ciudades que se estaban convirtiendo en focos de atracción migratoria. Ser capaz de que una ciudad como Barcelona, que estaba concentrando la población de sus alrededores a un ritmo similar al suyo, también le enviara inmigrantes.

En Madrid casi todas las provincias españolas tenían una importante representación, certificando así el papel de capital de todas las regiones que ostentaba desde hacía tiempo. En 1905 era una ciudad en la que se podían encontrar gentes de cualquier rincón de la geografía española: andaluces, castellanos, manchegos,

asturianos, vascos, levantinos y hasta catalanes. El crecimiento que experimentaba desde mediados del siglo XIX estaba contribuyendo así a hacer de ella una ciudad diversa, en la que no sólo confluían trabajadores de muy distinta condición, sino a la que acudían inmigrantes con formas de vida y de costumbres muy diferentes. En las calles de los nuevos barrios de la capital y en sus edificios de vecindad se mezclaban todos los acentos en que podía ser pronunciada la lengua castellana, incluidas hasta las entonaciones que procedían del otro lado del atlántico.

Gráfico 7.27: principales comunidades de extranjeros en el Ensanche Norte en 1905



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905

Ese era otro de los fenómenos que hacían a Madrid una ciudad única en España y que se derivaban de su tamaño extraordinario y de su papel excepcional en la vida del país: la importancia que comenzaban a adquirir las comunidades de inmigrantes extranjeros. Ciertamente muchos de ellos eran españoles de las colonias recién perdidas que, en los últimos años, habían venido en avalancha hacia la metrópoli. Los que habían abandonado Cuba tras la derrota del 98 se hacían especialmente visibles en el Ensanche Norte en 1905. En sus calles ya había 339 personas empadronadas que habían nacido en la isla, más que los que lo habían hecho en Alicante, Coruña o Cáceres, por ejemplo. A ellos se unían un buen grupo de filipinos y puertorriqueños, la mayoría de ellos militares o funcionarios de la antigua administración ultramarina que, en el momento del regreso, habían decidido que el mejor sitio para continuar sus vidas sería la gran capital. Pero además de estos compatriotas que habían vuelto, también existía un importante grupo de franceses, a los que seguían ingleses, argentinos, italianos y mexicanos, hasta completar las cuarenta y cinco nacionalidades diferentes que se podían encontrar entre los habitantes del Ensanche Norte. Hasta una australiana vivía en el arrabal de Chamberí, que había llegado hacía dos años para visitar el país. Incluso un congoleño, como el criado que se registraba en una de las casas nobles del barrio del Paseo de la Castellana.

Este cierto aire cosmopolita y de mezcla de Madrid, propio de las grandes urbes europeas, era un síntoma más del vigoroso crecimiento que estaba experimentando la ciudad. Madrid comenzaba a presentar rasgos de metrópoli, que le hacían emparentar poco a poco con Londres o París, sus hermanas mayores que eran el símbolo de la modernidad urbana. Digno de una metrópoli comenzaba a ser su mercado laboral

complejo y diversificado al calor del desarrollo de los servicios, como también lo eran los tranvías que cada vez con más frecuencia y concurrencia recorrían sus calles. También propio y exclusivo de una gran ciudad era la creciente fascinación que su vida cultural y sus espectáculos de ocio ejercían sobre el resto del país, atrayendo cada día más visitantes a sus calles. A todo ello había que añadir un último síntoma que pudo comenzar a percibirse por aquellos años: el profundo cambio que estaba experimentando su estructura urbana y que hizo que iniciara el proceso que la llevaría de ser aquella pequeña ciudad abarcable a pie para convertirse en una auténtica metrópoli de una dimensión y una complejidad hasta entonces desconocidas.

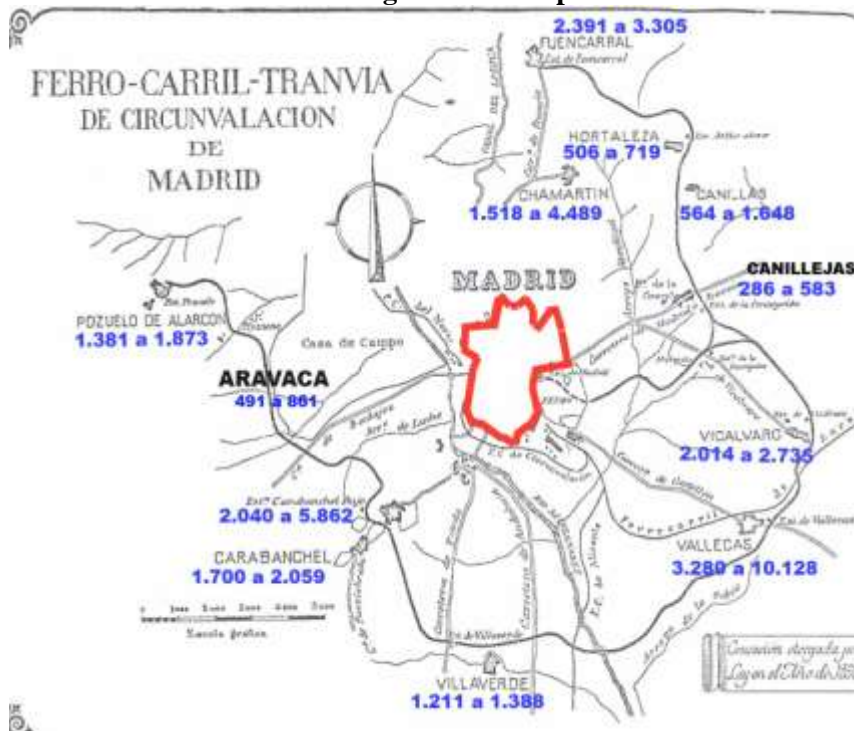
El cambio de escala de Madrid: de walking city a esbozo de metrópoli

El primer anuncio de que Madrid había iniciado su ascenso a una categoría superior en la escala de las ciudades fue el contagio de su dinamismo y expansión a otros núcleos de población. En vísperas del siglo XX, la fuerza del crecimiento de la capital era tal, que comenzó a insuflarla a otras comunidades cercanas. Como si esa fuerza gravitatoria que atraía personas y capitales hacia Madrid fuese contagiosa, las localidades de sus alrededores también experimentaron un importante desarrollo en el último cuarto del siglo XIX. No se trataba de una explosión de las afueras pero sí de un comienzo. A partir de 1875, los pueblos más cercanos a Madrid, la gran mayoría poco poblados y casi anecdóticos ante la gran mole que representaba la capital en el despoblado horizonte meseteño, despertaron y se expandieron de la misma manera que ya lo habían hecho los arrabales junto a las tapias de la capital unas décadas antes⁸⁶.

No fue un despertar universal ni homogéneo en sus ritmos. No todos los municipios experimentaron un crecimiento igualmente impactante, y mientras algunos se destacaban por aumentos explosivos, otros seguían estancados en su condición de pequeños pueblos situados a la sombra de la capital. Las localidades que más crecieron fueron aquellas más cercanas a Madrid o que estaban insertas en una red de comunicaciones que permitía un traslado rápido y frecuente a las calles de la capital.

Así, en el último cuarto de siglo, Chamartín de la Rosa, pequeño pueblo a unos pocos pasos de la capital, vio crecer su población desde los 1.500 habitantes a los 4.500. Los Carabancheles, Alto y Bajo, que quedaron comunicados con el centro de Madrid por una línea de tranvía, pasaron de sumar unos 3.700 habitantes a casi 8.000. Vallecas, conectada por tren a la capital y localizada no muy lejos de los límites del Ensanche Sur, ya era un pueblo grande de más de tres millares de personas al comenzar la Restauración. En el primer año de siglo alcanzaba el rango urbano, al superar los 10.000 habitantes y equipararse en su volumen de población a las capitales de provincias españolas más pequeñas como Cuenca, Soria o Teruel. Otros municipios más lejanos o peor comunicados con el centro, como Pozuelo, Villaverde o Fuencarral, crecían más lentamente. Los había que experimentaban grandes cambios en términos relativos, doblando o triplicando su población. Canillas pasó de 500 a 1.600 habitantes entre 1877 y 1900. Aravaca aumentó sus vecinos de 500 a 860 en el mismo periodo. Aún así, seguían siendo pueblos pequeños, de tamaño imperceptible ante la enormidad alcanzada por la capital.

⁸⁶ MORÓN GARCÍA, María Esperanza: *Demografía histórica de Pozuelo de Alarcón (1940-200) su utilización para el conocimiento de la localidad*, Tesis Doctoral, Madrid, UCM, 2006.

Gráfico 7.28: Evolución demográfica de los pueblos del entorno de Madrid: 1877-1900

Elaboración propia a partir de INE, censos de población, 1877 y 1900. El plano reproducido es el del proyecto de tranvía de circunvalación ideado por Arturo Soria.

Este contagio de la expansión urbana desde el centro de Madrid a sus municipios colindantes, aunque fuera débil y parcial aún en las últimas décadas del siglo XX, era uno de los síntomas más claros de que la capital de España había traspasado la frontera que distinguía a las grandes ciudades de las pequeñas y medianas. Era una gran urbe pero todavía no una metrópolis. No obstante, comenzaba a mostrar en su ordenación espacial las primeras pulsaciones de una nueva forma de organización en que la vida urbana traspasaba el ámbito estricto del municipio para conectar distintas localidades y aglomeraciones de una misma comarca. El hecho de que por aquel entonces surgieran los primeros proyectos de creación de redes de comunicación para establecer contacto entre la capital y los pueblos colindantes, como el que presentó Arturo Soria en 1892, era una muestra elocuente de que Madrid comenzaba a ser pensada como una realidad que superaba los estrictos límites de su término municipal para expandirse y desarrollarse sobre las tierras y los pueblos que la rodeaban⁸⁷.

Más llamativo que ese contagio del desarrollo urbano de Madrid a sus municipios cercanos, fue la emergencia en ese último cuarto del siglo XIX, de nuevos espacios urbanos más cercanos aún a la capital, ya no en sus afueras sino en sus terrenos de extrarradio. Aunque no era del todo un fenómeno nuevo, el desarrollo de la edificación en los terrenos del extrarradio madrileño (aquellos que perteneciendo a la capital, no formaban parte de su zona urbana, delimitada por el casco Antiguo y el Ensanche), comenzó a hacerse visible y hasta preocupante en esta época. Una serie de barrios se extendían en las nuevas puertas de Madrid, pegados al foso de Ensanche que

⁸⁷ Acerca del proyecto de creación de un tranvía de circunvalación de Madrid en el capítulo “De la Ciudad Lineal a la Ciudad Jardín: sobre la difusión en España de los supuestos urbanísticos a comienzos de siglo” de SAMBRICIO, Carlos: *Madrid, vivienda y urbanismo: 1900-1960*, Madrid, Akal, 2004, pp. 21-48.

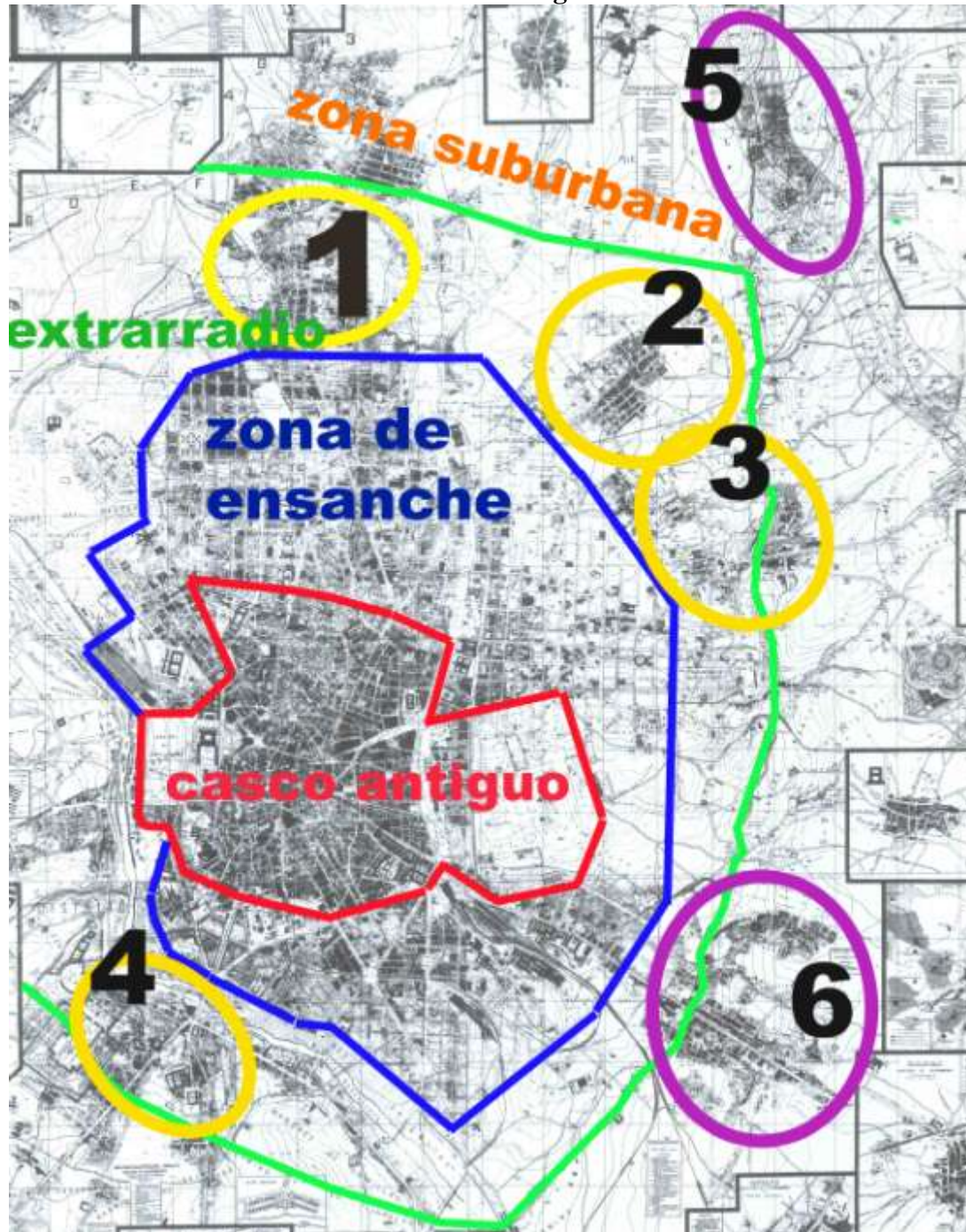
desde 1868 establecía la frontera entre la ciudad y sus afueras, en unos terrenos que en teoría no eran urbanizables. Eran conjuntos de casas bajas y modestas, construidas sin sometimiento alguno a las ordenanzas del Ayuntamiento, y que surgían y se multiplicaban en un proceso muy similar al de la edificación de los arrabales de Chamberí o Peñuelas en la primera mitad del siglo XIX. Su destino era el alquiler o la venta a los habitantes de Madrid que, por su falta de recursos o por su negativa a pagar altos alquileres, no podían o no querían vivir dentro de los límites de la ciudad. Jornaleros, pequeños comerciantes, obreros y artesanos decidieron cambiar su residencia en el casco urbano y trasladarse a barrios cada vez más populosos, como los de Bellas Vistas o Tetuán de las Victorias al norte de los Cuatro Caminos, o La Prosperidad, La Guindalera o el Madrid Moderno en el Este de la ciudad. Ahora bien, existía una diferencia sustancial entre estos desarrollos que se habían producido en la periferia antes y después del Ensanche. Mientras los arrabales de Chamberí y Peñuelas surgieron porque la ciudad de 1850 no podía ya contener más habitantes ni más edificios dentro de sus tapias, los barrios del extrarradio de 1900 se desarrollaban mientras el Ensanche seguía a medio construir y disponía aún de grandes extensiones de solares vacíos y disponibles para la edificación. Los arrabales de 1850 eran un síntoma de la necesidad de un proyecto de ampliación urbana y los barrios de extrarradio de 1900 la constatación de que la solución propuesta, el Ensanche, se había saldado en parte con un fracaso⁸⁸.

Las razones del fracaso del Ensanche residían en gran parte en su diseño y sobre todo en su aplicación, que no habían puesto freno a la especulación inmobiliaria y había frustrado la intención (en el caso de que en algún momento tal intención hubiera existido) de crear una vivienda barata para las clases populares madrileñas⁸⁹. Pero a la vez, eran también una manifestación más de ese cambio de escala que estaba experimentado Madrid como aglomeración urbana, un rasgo más de ese camino hacia la organización metropolitana que la capital acababa de emprender a finales del XIX. En la nueva ciudad que se estaba forjando, uno de los rasgos fundamentales era la progresiva especialización funcional y residencial de cada una de las zonas y centros urbanos que interrelacionaba.

⁸⁸ El desarrollo “inesperado” del extrarradio como parte de un paisaje residencial insalubre y al margen de la planificación y su papel en el alojamiento de las clases populares madrileñas ya fue señalado por BRANDIS, Dolores: *El paisaje residencial de Madrid*, Madrid, MOPU, 1983. Existen algunas aproximaciones históricas a estas zonas del extrarradio como las realizadas para las barriadas del extrarradio norte por DIEZ DE BALDEÓN GARCÍA, Alicia y LÓPEZ MARSÁ, Flora: *Historia de Tetuán*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1987 y de las mismas autoras *Historia de Chamartín de la Rosa*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1985. Pero sin duda, los mejores estudios dedicados al desarrollo de las barriadas de extrarradio son los de VORMS, Charlotte: “La ville sans plan?: Le faubourg de la Prosperidad à Madrid (1860-1940)”, *Histoire urbaine*, nº. 8 (2003), pp. 103-128; “La urbanización marginal del extrarradio de Madrid: una respuesta espontánea al problema de la vivienda. El caso de “La Prosperidad” (1860-1930)”, *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, nº. 7, 146, 2003, “L’implantation des Maisons à Bon Marché dans la périphérie madrilène: éclatement de l’espace urbain et fragmentation sociale (1923-1931)”, *Histoire urbaine*, nº. 19 (2007), pp. 31-53; “La génesis de un mercado inmobiliario moderno en la periferia de Madrid (1860-1900)” en BASCOECHEA GANGOITI, José María; NOVO LÓPEZ, Pedro A. y GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (eds.): *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, Bilbao, UPV, 2006, pp. 529-546; “Propriété populaire et urbanisation spontanée: l’extrarradio madrilène (dernier tiers du XIXe siècle)” en LAVASTRE, Philippe y MAS HERNÁNDEZ, Rafael (coords.): *Propiedad urbana y crecimiento de la ciudad: seminario celebrado 4-5 febrero 2002*, Madrid, UAM – Casa Velázquez, 2005, ISBN 84-7477-961-8, pps. 181-201.

⁸⁹ Un estudio de este fracaso y de las razones que lo causaron en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Madrid, UCM, 2008.

Plano 7.1: Los cuatro anillos de desarrollo urbano de Madrid a comienzos del siglo XX.



En el plano de la capital de 1910 se pueden observar las diferencias entre las distintas zonas urbanas que formaban la aglomeración madrileña. En el corazón, el **casco antiguo**, espacio urbano completamente colmatado y que mantiene la organización propia de la ciudad medieval que lo originó. El **Ensanche** y su trazado ortogonal en un anillo exterior. En la zona del extrarradio, han aparecido varios núcleos cuyo rasgo definitorio es el desorden y la improvisación urbanística. En **Bellas Vistas y Tetuán** (1) el caserío se ordena siguiendo la carretera Mala de Francia, **Prosperidad** (2), sigue un plano ordenado ideado por el promotor del barrio aunque no integrado con el resto de la ciudad; **Guindalera** (3) y **San Isidro** (4) se organizan al capricho de los propietarios de las parcelas. En la **zona suburbana**, se puede observar el contraste entre un urbanismo improvisado y que sigue el trazado de la carretera en **Vallecas** (6) y la propuesta innovadora de Arturo Soria para la **Ciudad Lineal** (5).

En la gran ciudad, y Madrid comenzaba a tener aires de serlo, no sólo surgían diferentes núcleos de población comunicados entre sí por modernos medios de transporte, sino que dichos núcleos establecían relaciones de complementariedad en sus funciones. Cada fragmento de ese Gran Madrid que comenzaba a tejerse asumía un papel específico en el conjunto de la ciudad, acogiendo determinadas instalaciones y ofreciendo un tipo de residencia diferente en sus formas, en sus calidades y en sus precios y que iban dirigidas a una fracción específica de la sociedad madrileña. No era lo mismo vivir en el centro histórico de la ciudad que en el Ensanche, y dentro de este, no era lo mismo determinadas zonas del Ensanche Este que habían sido promovidas por el Marqués de Salamanca, sin parar ni en gastos ni en lujos, que en el caserío pobre del Ensanche Sur, construido apresuradamente para ofrecer refugio a los jornaleros inmigrantes. Tampoco se podían encontrar los mismos tipos de comercio ni los mismos centros de trabajo en las calles de los alrededores de Sol, que constituían el epicentro de la red urbana española y en las que todo tipo de comercios de lujo florecían, que en esas barriadas en emergencia en el extrarradio como Tetuán de las Victorias o Prosperidad donde, con suerte, se podía uno topar con una tienda de alimentación o una carbonería, una vaquería o una finca dedicada a la construcción de tejas o ladrillos⁹⁰. Eso sin acercarse a esos primitivos suburbios como Chamartín o Vallecas, en los que la economía giraba aún en torno a la producción agrícola o ganadera, si bien residían en ellos un buen número de personas que por trabajar en Madrid, se podían considerar vecinos de la mayor ciudad de España..

El crecimiento experimentado por Madrid en el último cuarto del siglo XIX hizo progresivamente visible una división de su estructura que a la altura de 1900 esbozaba cuatro círculos concéntricos. En el núcleo, en el corazón del artefacto urbano, el casco antiguo de Madrid, la vieja ciudad que había permanecido tras las tapias de Felipe IV hasta hacía pocos años. Allí se concentraban las instituciones y los principales centros de comercio y de negocios de una ciudad cada vez más protagonista en la vida económica del país. Era un espacio urbano prácticamente colmatado y aunque se comenzaba a hablar de algunas grandes reformas para adaptarlo a los nuevos tiempos (siendo la Gran Vía el proyecto más importante), se trataba de una zona con escasas posibilidades de crecimiento, al menos en términos demográficos⁹¹.

El siguiente círculo lo constituía la zona de Ensanche, tal y como había sido delimitado en 1860. Desde entonces y con especial intensidad a partir de 1869, había conocido una intensa expansión de su caserío y de sus habitantes. Aún así, sobre el plano se podía comprobar que quedaban gran parte de los solares por construir. La función de este anillo de Ensanche era esencialmente residencial, con una división en tres partes prevista en el diseño: en el norte un conjunto de barrios destinados a las clases medias y populares que establecían continuidad con los antiguos barrios de Chamberí y Vallehermoso; en el este, barrios para la aristocracia y las clases medias que

⁹⁰ La desigual distribución de los comercios en la ciudad y la especialización zonal en las funciones mercantiles en los trabajos de NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985; “La distribución del comercio en Madrid en la primera década del siglo XX”, *Cuadernos de historia moderna y contemporánea*, nº. 4 (1983), pp. 117-138, “Las estructuras comerciales en Madrid, 1900-1931: el minifundismo comercial” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luís Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Comunicad de Madrid – Alfoz, 1989, Vol. 1, pp. 429-458

⁹¹ Para una primera aproximación a la distribución de las administraciones en la capital y para constatar su concentración en el casco antiguo se puede consultar la colección de planos ofrecida en -PINTO CRESPO, Virgilio (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Madrid, Fundación Caja de Madrid - Ludwerg Editores, 2001.

se declaraban herederos de las primeras promociones del Marqués de Salamanca; en el sur, barrios jornaleros y obreros además de una zona industrial, que sucedían al viejo arrabal de las Peñuelas⁹².

La franja de tierras que mediaba entre el límite del Ensanche y el fin del término municipal de Madrid formaba el tercer círculo urbano madrileño. Era el extrarradio. Sobre sus terrenos habían surgido esos barrios si no ilegales, por lo menos no planificados ni sujetos a la legislación municipal. Ni deseados ni controlados por las autoridades, sus edificios componían unos cuantos focos de infravivienda, en un trazado viario diseñado al capricho de los dueños de los solares y que acogía a los habitantes de la capital sin los recursos para vivir dentro de su zona urbana. Tetuán, Bellas Vistas, Prosperidad, Guindalera y San Isidro se alzaban en el paisaje urbano madrileño como el mejor ejemplo de las carencias y fallas de su ampliación urbana, sacando a la luz su ineficacia en el objetivo de dar vivienda asequible a los más desfavorecidos.

Finalmente, el último anillo lo componían los terrenos que, sin estar bajo la administración del municipio madrileño, comenzaban a caer bajo la órbita de la gran capital, lenta pero inexorablemente. En 1900 sólo eran tres o cuatro de los municipios que rodeaban Madrid, pero se podía adivinar que, como había sucedido en grandes ciudades como Londres o París, acabarían incorporándose al conglomerado urbano que ya se perfilaba como el de una metrópolis⁹³. En cierta medida ya lo habían hecho; que los habitantes de Vallecas, Chamartín o Fuencarral trabajaran en la capital les hacía medio madrileños y a sus pueblos los iba convirtiendo poco a poco en parte de Madrid. Sin embargo aún era pronto para adivinar el perfil social que adquirirían cuando verdaderamente se desarrollara la zona. Era cierto que los suburbios que habían alcanzado un gran tamaño, como Vallecas o Chamartín, se habían erigido como espacios residenciales populares, pero ya había quien, mirando hacia aquellos terrenos lejanos, soñaba con aprovechar la oportunidad de crear allí un nuevo modelo de ciudad. El proyecto de ciudad lineal de Arturo Soria, contemporáneo de las nuevas propuestas teóricas de las ciudades jardín inglesas, y que pretendía crear una especie de arcadia urbana en las afueras madrileñas, ya estaba planteado en la última década del siglo XIX y ahora sólo faltaba buscar los medios y recursos de financiación para construirlo. Marcaría un nuevo Madrid, un punto y aparte en la historia de la capital y desde luego ofrecía una opción futura muy distinta a la de las infraviviendas del extrarradio o la de los pueblos convertidos en suburbios de los alrededores. Sólo el tiempo diría cuál de las dos opciones triunfaría.

⁹² El retrato general del Ensanche y la especificidad de sus zonas norte, este y sur hasta 1880 en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Madrid, UCM, 2008.

⁹³ El desarrollo de los suburbios y su integración en la gran ciudad ha sido una de las vetas de estudio más prolíficas en la historia urbana inglesa desde que Harold Dyos realizara su pionero estudio sobre el suburbio londinense de Camberwell, que se convirtió en un estudio clásico y que animó otras investigaciones a seguir su estela. Véase además de DYOS, Harold J.: *Victorian suburb: a study of the growth of Camberwell*, Leicester, Leicester University Press, 1961, el trabajo de THOMPSON, F. M. L.: *Hampstead, building a borough, 1650-1964*, London, Routledge and Paul Kegan, 1974 y la obra colectiva coordinada por este último autor: THOMPSON, F.M.L.(ed.) : *The Rise of suburbia*. Leicester, Leicester University Press, 1982. Para París, el mejor estudio quizá sea el de JAQUEMET, Gérard: *Belleville au XIX^e siècle: du faubourg à la ville*, Paris, EHESS, 1984, en el que se describe el proceso de integración de una de las comunas de los entornos de París a la gran ciudad.

La entrada de Madrid en un nuevo siglo

En el último cuarto del siglo XIX, Madrid había experimentado una serie de cambios que acabaron modificando la lógica de su crecimiento como ciudad. En aquel tiempo dejó de ser una pequeña capital, difícil de comparar con las grandes metrópolis europeas, y comenzó a apuntar algunos de los rasgos que caracterizaban a sus hermanas mayores que, como Londres o París, habían dado el estirón hacía décadas. Madrid se hizo grande, cambió de escala, y con ello, entró en una nueva dinámica de evolución y crecimiento que la distinguía del resto de los núcleos urbanos españoles, con la excepción de Barcelona. Madrid se esbozaba como gran ciudad en 1900, mientras el resto de urbes españolas seguían siendo pequeños núcleos con dimensiones espaciales y volúmenes demográficos del Antiguo Régimen, ya conocidos antes de la ola urbanizadora que se había desatado durante el siglo XIX.

El cambio de escala de Madrid como ciudad y de su dinámica de crecimiento, se debía en parte a la profundización en transformaciones que se habían iniciado antes de 1875. La apuesta sincera y decidida por el Ensanche, por hacer del mundo de la construcción un nuevo motor económico, databa de 1868. Entonces había sido cuando los revolucionarios habían dejado de mirar las riadas de inmigrantes como una amenaza para contemplarlas como una masa de potenciales trabajadores y de posibles inquilinos para los nuevos edificios construidos. Con ello Madrid daba con la veta de crecimiento y transformación económica que otras ciudades habían encontrado en la industria o el comercio. Así, si Barcelona y Bilbao habían hallado en su seno el latido industrializador que les impulsó en su crecimiento, Madrid descubrió también por si sola un motor que la alimentaba en su expansión, que también surgía de su interior, pero que en vez de proceder del mundo fabril lo hacía del ladrillo.

En el cambio de escala de Madrid entre 1875 y 1900, además de las causas endógenas que se derivaban de su propia evolución como ciudad, también actuaron otros factores externos que intensificaron su ya potente crecimiento. La condición de Madrid como capital y la multiplicación de funciones que tuvo que asumir como consecuencia de las profundas transformaciones económicas, sociales y políticas que se estaban operando en el país que capitaneaba, dotaron al crecimiento de Madrid de un plus de intensidad del que carecían las ciudades industriales, comerciales o administradoras de una sólo provincia. En una economía española cada vez más compleja, en la que ya había echado sus primeras raíces la industrialización, en la que se había desarrollado una especialización regional de la producción y en la que había cristalizado una primera articulación del mercado nacional gracias al ferrocarril y al telégrafo, se hacía cada vez más necesario que una ciudad se erigiera en capital económica del conjunto y asumiera el papel de centro de decisión financiera y de centralización de las operaciones mercantiles. Al mismo tiempo, en un Estado cada vez más complejo y que había multiplicado sus ámbitos de intervención, se hacía también necesario que la capital ordenara y dirigiera la acción política, que centralizara recursos y administraciones, instituciones y funciones. Madrid, villa y corte desde el siglo XVI, asumió ese papel de capital económica y política del país, ya como consecuencia de la decisión de una clase política liberal de vocación extremadamente centralizadora, ya como consecuencia del diseño de un sistema de transportes y comunicaciones españoles que abocaba a ese centralismo. Con el refuerzo de su papel como capital en estos años, Madrid encontró otro motor de gran intensidad que la arrastraría en su crecimiento y desarrollo futuros. Las transformaciones que se operaron en su mercado laboral al calor del desarrollo de la economía de servicios, hicieron de Madrid un destino cada vez más atractivo para trabajadores de todas las clases y todas las regiones del país. Con ello se

intensificaron aún más los flujos migratorios hacia la capital, añadiendo a las legiones de jornaleros que se incorporaban al mundo de la construcción, los importantes contingentes de empleados y trabajadores en los servicios que comenzaron a hacerse cada vez más visibles en el cambio de siglo.

Finalmente, Madrid añadió una tercera fuerza a su crecimiento: la de su gran tamaño y el de la variedad de fuerzas sociales que lo alimentaban. A Madrid no sólo llegaban jornaleros hambrientos en busca de trabajo, también lo hacían profesionales liberales que anhelaban satisfacer sus ambiciones laborales, comerciantes e inversores que pretendían multiplicar sus fortunas, y grandes propietarios y rentistas con la única intención de gastar sus riquezas. Y con ellos, recalaban en Madrid legiones de criadas, artesanos y trabajadores cualificados, escritores y artistas, militares y clérigos y cuantas figuras componían el arco social español. Para todos había una oportunidad de trabajo y de prosperidad en Madrid o al menos un reclamo para satisfacer los apetitos que los arrastraban hasta sus calles.

La diversidad en los motores que propulsaban el crecimiento de Madrid (la construcción, la capitalidad y su gran tamaño) y en las personas que lo encarnaban (desde el jornalero al gran financiero, desde la criada al terrateniente rentista) la convertían en una ciudad única, al menos en España. No era una ciudad de burgueses y proletarios como podían serlo las urbes que habían emprendido el camino de la industrialización. Tampoco era una ciudad de funcionarios y artesanos, como aquellas que se estancaban en el Antiguo Régimen. Era todo eso y más y resultaba lógico que por ello su original modelo de crecimiento se manifestara en una peculiar organización como ciudad. Al expandirse, Madrid no sólo expresaba la creciente división entre barrios ricos y pobres, altos y bajos, burgueses y obreros, que se estaba produciendo en tantas ciudades europeas. En Madrid, el fenómeno era mucho más complejo porque su naturaleza urbana era diversa y multifacética.

A la ciudad del Manzanares, en 1900, había que comenzar a contemplarla como un gran sistema que articulaba diversos núcleos diferenciados que se resumían en los cuatro anillos concéntricos que integraban su paisaje residencial: casco histórico, ensanche, extrarradio y suburbios. Cada uno de estos cuatro espacios cumplían una función urbana distinta y evolucionaban de una manera diferente. No era lo mismo el casco antiguo, cada vez más volcado en su papel como espacio de concentración comercial y administrativa y que cada día perdía más población, que un Ensanche eminentemente residencial en expansión demográfica vigorosa y constante. Por su parte, el extrarradio, que alrededor de 1900 sufrió una explosión desordenada y hasta cierto punto inesperada del número de sus habitantes y de sus edificios, se diferenciaba claramente de aquellas otras dos zonas. Pero dentro de cada uno de estos cuatro anillos, también cabía señalar las múltiples diferencias que existían entre los espacios que la componían. En el casco antiguo no era lo mismo el barrio pobre y popular de Lavapiés que el de Palacio, marcado por la grandeza de ser la residencia de la monarquía y de la nobleza española de rancio abolengo. En el Ensanche había una gran distancia entre el barrio de Salamanca que las elites habían convertido en espacio de expresión de sus anhelos de distinción y su capacidad de gasto, y el Ensanche Sur, en Arganzuela, que se había convertido en zona de incubación de fábricas y obreros madrileños, gracias al aliento del ferrocarril. Tampoco era uniforme el desarrollo del extrarradio y de los suburbios; mientras se expandían barriadas insalubres como las de Guindalera y Tetuán de las Victorias, desordenadas y caóticas y que representaban la quintaesencia del fracaso de la planificación urbana, muy de cerca de allí, Arturo Soria y otros promotores cumplían sus sueños de construir una ciudad del futuro, equilibrada y salubre y exenta de todos los vicios del pasado.

Cada uno de estos espacios que componían Madrid cumplía una función en el conjunto y respondían en su evolución y en sus ritmos de vida a lógicas propias y particulares. Esa atomización, esa diversificación del espacio urbano en lo arquitectónico, en lo social y en lo económico, eran al mismo tiempo un rasgo que se derivaba de la esencia de Madrid como gran ciudad, como núcleo urbano que había aumentado su escala de organización. Para entender la manera en que se conjugaban los rasgos específicos que tenía cada barrio y zona de Madrid y el carácter que a su vez le imprimía la pertenencia a una gran ciudad, para observar como se articulaban las relaciones entre lo particular y lo general, se hace necesario, una vez esbozado el retrato general de la capital, descender al detalle de uno de sus espacios más representativos: el Ensanche y los barrios que lo componían.

CAPÍTULO 8: HACIA UNA CIUDAD SEGREGADA

La creación de fronteras sociales en el Madrid del último cuarto del siglo XIX

Las diferencias entre barrios pobres y ricos no era un fenómeno nuevo en el Madrid del último cuarto del siglo XIX. En la capital de España siempre habían existido fronteras y distinciones entre el hábitat de los más acaudalados y el de los que menos tenían. Los madrileños siempre habían ido a buscar su alojamiento a lugares diferentes según sus recursos y su posición social, seleccionando primero los barrios, luego las calles y después los edificios que más les convenían. Así el noble, por ejemplo, encontraba su tipo de residencia ideal en el palacete urbano, heredado en sus formas arquitectónicas de las residencias nobiliarias del Renacimiento y de los que en Madrid existían un gran número de ejemplos. Un edificio para toda la familia y el servicio, que preferentemente había de situarse en las cercanías de los centros de poder de la Villa y Corte, y a ser posible junto a Palacio Real. Quizá el viejo palacio de los Uceda, construido en la calle Mayor en los tiempos gloriosos de los Austria era el que representaba mejor este tipo de hábitat doméstico que simbolizaba la cúspide del poder social. Mientras tanto, el artesano o el jornalero se veía obligado al alquiler de una vivienda o una habitación en una de las innumerables casas de vecindad de la ciudad, ordenadas en torno a un patio interior recorrido por pasillos en los que se alineaban las puertas de las modestas viviendas como si fueran las celdas de una colmena. Las más baratas se encontraban en los barrios populares y artesanos de Lavapiés, Maravillas o del Pez, separados del centro de la ciudad y en los que abundaban los talleres y los obradores. La corrala que fue bautizada por los madrileños con el elocuente nombre de la *casa de tócame Roque*, era el mejor ejemplo de esta forma de vivienda en la que se recluían los integrantes de los escalones más bajos de la pirámide social madrileña¹.

Palacetes y corralas constituían los dos tipos extremos entre las viviendas madrileñas y marcaban expresivamente la amplitud de las diferencias en las condiciones de vida entre las elites y las clases populares de la capital. Ahora bien, tales diferencias en las condiciones de vida no tenían una traducción directa en la distancia geográfica. Hasta que en 1868 se abrió el Ensanche, y todavía durante unos cuantos años más, nobles y jornaleros, grandes comerciantes y artesanos, podían vivir de maneras muy diferentes y con un muy desigual acceso al confort, pero en realidad no lo hacían demasiado lejos. Madrid era una *walking city*, una ciudad abarcable a pie, en que no existían distancias lo suficientemente grandes como para ser inaccesibles a cualquier peatón. Por muy diferentes que fueran la vida de las elites y de las clases populares, en aquel Madrid, unos y otros estaban condenados a compartir los mismos espacios, los mismos barrios y hasta las mismas calles. De hecho la situación en el plano de las corralas de Lavapiés y los palacios de la calle Mayor no era del todo representativa de la distribución de unos y otros grupos sociales en la ciudad. No siempre vivían tan separados. También había grandes familias que decidían establecer su casa en barrios de carácter marcadamente popular, como el marqués de Perales que había construido su palacio en la calle de la Magdalena, en los altos de Lavapiés, en una zona de artesanos y

¹ La casa de tócame-Roque, que fue demolida en 1850, estaba situada en la calle Barquillo, también en un barrio marcadamente popular del casco antiguo. Se trataba de una casa de vecindad o de tipo corrala famosa por los alborotos y altercados de sus vecinos y que fue utilizada como escenario en el sainete de Ramón de la Cruz, *La Petra y la Juana o el buen Casero*.

jornaleros². Por otro lado, tampoco existía ninguna zona de la ciudad en que no existieran corralas, casas de vecindad o construcciones similares. En todos los barrios había algún edificio en alguna calle secundaria en la que se amontonaban las familias de artesanos, jornaleros, lavanderas o costureras³. La realidad era mucho más matizada porque, además, palacetes y corralas eran los tipos ideales que hacían visibles las diferencias sociales ante la vivienda, pero no por ello eran las más abundantes ni las que resumían mejor la forma de hábitat del común de los madrileños. Probablemente, en aquel Madrid saturado de antes del Ensanche, el más representativo era el edificio de vecinos de muchas plantas en que los usos y los precios de las viviendas variaban según el piso: en la planta baja los talleres de artesanos y las tiendas, en el principal la vivienda más cara ocupada por un comerciante, un propietario o un profesional liberal, y en los plantas superiores los funcionarios, los empleados, las viudas pensionistas hasta llegar hasta las buhardillas donde habitaban oficiales de artesanos, costureras y lavanderas viudas y jornaleros. En fin, un tipo de distribución de la vivienda que no es que aproximara a todos los grupos sociales en la ciudad, sino que los hacía coincidir en la misma escalera⁴. Ricos y pobres, elites y pueblo, no vivían demasiado separados en el viejo Madrid. Todavía a mediados de los años 80, en el Madrid que Benito Pérez Galdós describía en *Fortunata y Jacinta*, dos personajes tan distanciados socialmente como Juanito Santa Cruz, el descendiente de una estirpe de comerciantes enriquecidos, y Fortunata, la mujer del pueblo, vivían apenas a trescientos metros de distancia. El primero en la plazuela de Pontejos, la segunda en la cava de San Miguel, solo separados por la Plaza Mayor que quedaba en medio. Aunque al final la distancia social acabara separando a uno y otro personaje, la cercanía física no sólo propició que durante un tiempo coincidieran en calles y esquinas de la ciudad, sino que incluso llegaron a establecer una relación amorosa, en la que su proximidad por ser vecinos jugó un importante papel⁵.

² El Palacio del Marqués de Perales, sito en la calle Magdalena 10 y 12 y que aún se conserva (es la sede actual de la Filмотeca Española), fue construido a principios del siglo XVIII y conserva una portada de Pedro de Ribera de 1732. Más detalles del Edificio en FUNDACIÓN COAM: *Guía de arquitectura de Madrid*.

³ Todavía a finales de siglo, el médico Hauser, en su radiografía de Madrid señalaba que existían casas de vecindad en todos los distritos de Madrid salvo en el de Congreso, si bien con un reparto desigual que las concentraba en los barrios bajos (distritos de Inclusa, Latina, Universidad y Hospital). No obstante no eran raras en Palacio, donde se señalaban 24. HAUSER, Philip: *Madrid desde el punto de vista médico-social*, (edición preparada por Carmen del Moral), Madrid, Editora Nacional, 1979 (original de 1902), vol. 1 pág. 323.

⁴ No existen trabajos detallados de la geografía social del Madrid del Antiguo Régimen, pero los estudios que se han realizado de ciertos barrios del casco antiguo en la segunda mitad del siglo XIX permiten observar como esa convivencia entre gentes de condiciones sociales muy diferentes subsistía en los momentos previos del Ensanche, en barrios de carácter tan marcadamente popular como el de *La corredera* (perteneciente a Maravillas, en Hospicio) o el *Primavera*, (en Lavapiés distrito de Hospital). Véase GONZÁLEZ PALACIOS, Daniel: *El barrio de Corredera durante la segunda mitad del siglo XIX*, Madrid, Trabajo Académico de Tercer Ciclo UCM, 2008.

⁵ El significado simbólico del lugar de residencia de los personajes de Galdós ha sido profusamente analizado; para el caso de *Fortunata y Jacinta*, véase por ejemplo, BORING, Phyllis Zatlin, "The streets of Madrid as a structuring device in *Fortunata y Jacinta*", *Anales galdosianos*, Año XIII (1978), pp. 14-23 o ARROYO ALMARAZ, Antonio: "La casa como núcleo estructurador del espacio urbano en la novela del siglo XIX: *Fortunata y Jacinta* de B. Pérez Galdós y *La Febre d'Or* de N. Oller", *Revista de Lenguas y Literaturas Catalana, Gallega y Vasca de la UNED*, núm. 6 (2000). Véase también el análisis de la geografía social del Ensanche Norte que se expresa en *Tristona* en PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El distrito de Chamberí 1860-1880. El nacimiento de una ciudad*, Madrid, UCM, 2004, E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es:6237. Un buen análisis del reflejo de las diferencias sociales a través de la vivienda, en este caso en las novelas de Palacio Valdés en GÓMEZ-FERRER, Guadalupe: *Palacio Valdés y el mundo social de la Restauración*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1983.

Esta convivencia de los madrileños de todos los orígenes sociales comenzó a diluirse cuando la ciudad cambió de escala y dejó de ser una urbe encerrada en sí misma en un espacio reducido y empezó a dibujarse como una gran capital integrada por varios espacios urbanos diferenciados en sus funciones y en sus características. El derribo de las cercas y, sobre todo, la construcción de edificios más allá de donde las piernas podían llevar a un peatón, resquebrajaron esa unidad que hasta entonces había hecho avectar palacetes y corralas, nobles y jornaleros, en un espacio urbano compartido⁶. A medida que Madrid se extendía, colonizando primero los terrenos de Ensanche, después los del extrarradio, para finalizar conquistando los suburbios que rodeaban la ciudad, aumentó la relevancia que tenía elegir si se residía en un núcleo o en otro de los que integraban la aglomeración madrileña. La ciudad se atomizaba, sus partes se desgajaban unas de otras para tener vida propia, cada barrio, cada distrito y cada zona en los que se podía dividir la capital adquiría un perfil propio que la definía y que la particularizaba, haciéndola única. No era lo mismo vivir en el Viejo Madrid junto al Palacio Real que en el Ensanche por muy burgués que fuera, tampoco la vida era igual en los barrios populares de Lavapiés, que en las barriadas pobres del Ensanche Norte o en los poblados del extrarradio. Cada lugar tenía sus propias características marcadas por el tipo de vivienda que la componían y el tipo de gentes que la habitaban. Si hasta las vísperas de la revolución del 68 los vecinos de Madrid de todas las condiciones sociales habían convivido en aquel pequeño anillo limitado por sus cercas, durante la Restauración comenzaron a separarse. Las diferencias entre los barrios de Madrid, cada vez más palpables, empujaban a los habitantes de la ciudad hacia unos rincones u otros, según su condición social y sus recursos, según sus inclinaciones y sus valores, adjudicándoles el sitio concreto que les correspondía en un paisaje urbano cada vez más diversificado.

En esta reorganización social del espacio que se inició en el Madrid del último cuarto del siglo XIX intervinieron diversas fuerzas. La primera de ellas se derivaba del tamaño adquirido por la capital. Madrid había dejado de ser una ciudad en que todo estaba a la vuelta de la esquina y en que nada quedaba lejos. La distancia a la que uno residiera del centro empezó a adquirir una gran importancia que se hacía sentir en el precio de los alquileres. Siempre habían existido diferencias de precio entre los barrios del centro de la capital y los que estaban más cerca de las tapias⁷. Ya en tiempos de

⁶ El proceso de segregación social en el espacio en el Madrid contemporáneo había sido hasta hace poco un asunto tratado sólo tangencialmente en algunas investigaciones. Pesaba una cierta imagen de su escaso desarrollo, de una ciudad en la que esa vieja convivencia de grupos sociales diferentes se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX, como en JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI, 1984, pp. 41-92, más matizada en SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*. Madrid, Cinca, 2005, pág. 6 y ss. Más recientemente han aparecido investigaciones que se han preocupado por rastrear los inicios de este proceso a finales del siglo XIX, especialmente en el Ensanche, por ejemplo CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Madrid, UCM, 2008 o CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “Entre palacetes y corralas. Procesos de segregación socioespacial en el nuevo Madrid (1860-1905)” en NICOLÁS, Encarna y GONZÁLEZ, Carmen: *Ayer en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. Actas del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008

⁷ Es lo que se intuye en los acercamientos que al tema de los alquileres se han hecho para el Madrid de la época, como el de MAS HERNÁNDEZ, Rafael: “Crecimiento espacial y mercado del suelo periférico en los inicios de La Restauración” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Comunidad de Madrid – Alfoz, 1989, Vol. 1, pp. 103-136. Se puede consultar un cuadro con las diferencias de alquileres por distritos en tiempos de la Revolución del 68 en BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “Contribución al estudio del fraude

Mesonero Romanos, antes del Ensanche, alquilar una vivienda en las cercanías de la Puerta del Sol era mucho más caro que en las calles del barrio Maravillas o de Lavapiés. Pero las diferencias se incrementaron a medida que aumentó la distancia entre el epicentro de la vida madrileña, que bien podía situarse en la Puerta del Sol y sus barrios más extremos, que se fueron desplazando más allá de las tapias, primero en el Ensanche, luego en el extrarradio y finalmente en los suburbios. Era una consecuencia más o menos inevitable del crecimiento de la ciudad. Era lógico que en los barrios lejanos desde los que se hacía necesario tomar un tranvía para desplazarse hasta el centro o por lo menos emprender una larga caminata, los precios bajaran cuanto más se separaran del corazón urbano de la capital.

La distinción entre centro y periferia en la distribución de los grupos sociales que componían la población madrileña ganó fuerza como criterio de organización social en el último cuarto del siglo XIX. En aquellos años se inició un proceso de expulsión de los habitantes con menos recursos del centro urbano hacia los barrios exteriores. En este proceso también influía de forma determinante las transformaciones del papel que desempeñaban los barrios centrales en la vida de la ciudad. No se trataba únicamente de que era más caro vivir en un barrio como Sol en el que se tenían todas las administraciones, los comercios y los cafés en el portal de al lado, que en los barrios exteriores donde apenas se habían desplegado los servicios y las instituciones. El aspirante a ser inquilino en los barrios centrales no sólo competía con sus iguales, con otras gentes que, como él, buscaba una vivienda para alquilar o comprar. También competía, y cada vez más, con instituciones, tiendas y oficinas que estaban siempre dispuestas a pagar precios más altos de alquiler que las familias que sólo buscaban un lugar donde vivir y no un sitio donde llevar a cabo sus negocios⁸. Una vez iniciada su expansión urbana, el centro de Madrid se convirtió en un espacio urbano más transitado que habitado, con una cierta tendencia al despoblamiento. A las calles que rodeaban la Puerta del Sol se venía a comprar en las tiendas, a pasar el rato en los cafés o a resolver papeleos en las sedes de los ministerios y otras dependencias públicas, pero para dormir, comer y para las rutinas de la vida cotidiana, los madrileños, cada vez de forma más mayoritaria, elegían otros barrios, menos ajetreados, donde el alquiler era más barato y se podía gozar de más espacio para instalarse por menos dinero.

La pérdida de población de los centros urbanos y su conversión en espacios administrativos y comerciales era un fenómeno propio de las grandes ciudades y que se podía observar claramente por aquellos años en las capitales que habían iniciado su expansión antes que Madrid. El caso paradigmático era el de Londres, cuya city, el burgo originario que hundía sus raíces en los tiempos romanos y que se había convertido en el centro mundial de los negocios y del comercio, ofrecía dos caras muy distintas por el día y por la noche. En las horas de luz, en las horas de trabajo, era la zona más bulliciosa de la capital británica, sus calles se poblaban de trabajadores de cuello blanco y profesionales que llegaban desde los suburbios a primera hora de la mañana; al caer la noche, apenas quedaba un alma en los alrededores de la bolsa y el banco de Inglaterra, los edificios se vaciaban porque casi sólo contenían oficinas y raramente viviendas. El contraste era elocuente: en las horas de trabajo la zona

electoral en un distrito urbano: las elecciones de 1869 en Madrid”, *Hispania Revista Española de Historia*, tomo XXXVI (1976), pp. 639-658.

⁸ NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “La distribución del comercio en Madrid en la primera década del siglo XX”, *Cuadernos de historia moderna y contemporánea*, n.º. 4 (1983); VELERT, Sara; MENCHERO, Carmen y RUEDA LAFFOND: “El centro urbano madrileño: indicadores de terciarización en el primer tercio del siglo XX” en VVAA: *Fuentes y métodos de la historia local*, Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos “Florian de Ocampo”, 1991, pp. 513-528.

financiera de Londres en 1900 acogía a más de 300.000 personas, en las horas de descanso y de sueño tan sólo a 30.000, que eran los que estaban censados en el barrio⁹.

El caso de Londres era extremo y sus contrastes mucho más fuertes que los de cualquier otra ciudad, en razón del tamaño desmesurado que la capital británica había alcanzado en el cambio de siglo. Aún así, aunque no con la misma intensidad, en el resto de las capitales europeas se podían observar fenómenos parecidos. La intensa remodelación a la que habían sido sometidos los cascos antiguos, derribando viejos edificios de viviendas para convertirlos en edificios de oficinas o en espacios residenciales de más alta calidad y precio, había provocado el vaciado de algunos cascos históricos. En París, donde los picos y piquetas de los obreros movilizados por el barón Haussman habían comenzado a actuar a mediados del XIX, el fenómeno se había hecho violentamente visible. El corazón de la ciudad de las luces, la isla de la Cité, antaño un conglomerado de edificios insalubres en los que se amontonaba el pueblo de París rodeando la catedral de Nôtre Dame, había quedado convertido en un espectacular barrio dedicado a la administración y al gobierno, donde junto a las viejas iglesias medievales se alzaban los ministerios y los más altos tribunales de justicia. Mientras tanto, el pueblo de París iniciaba un peregrinaje que poco a poco, empujón a empujón de los gobernantes empeñados en abrir grandes bulevares y derribar viejos edificios, les acabaría llevando hacia los márgenes de la ciudad¹⁰.

En Madrid los cambios no habían sido tan profundos pero se empezaban a notar y, aunque pálidamente, los procesos que estaban cambiando el aspecto arquitectónico y las formas de vida en Londres y París, también se reflejaban en sus calles. Las reformas del casco antiguo iban más lentas y tenían menos amplitud que las de París, pero no por ello eran menos ciertas ni estaban exentas de consecuencias para la su población¹¹. Ya en la década de 1850 se había acometido la reforma de la Puerta del Sol derribando viejos edificios, borrando barrios populares y expulsando a sus vecinos del centro, porque los lujosos inmuebles que se habían construido frente a la Casa de Correos ya no eran asequibles para cualquier bolsillo. Aunque el proyecto de crear una *gran vía* que atravesara el centro del casco antiguo aún esperaba a ser autorizado en las oficinas municipales, acabó aprobándose a finales de siglo. Las obras comenzaron en los primeros años del siglo XX y provocaron el mismo efecto que habían causado el trazado y apertura de los bulevares de Saint-Michel o de Saint-Germain en París, expulsando a las rentas más bajas del centro y sustituyendo antiguas viviendas por tiendas y oficinas¹². La cada vez mayor inclinación del centro histórico de Madrid hacia las

⁹ La descripción de la vida en la city londinense alrededor de 1900 y los datos de su población en SCHNEER, Jonathan: *London 1900. The Imperial Metropolis*. New Haven & London, Yale University Press, 1999, pp. 64-92.

¹⁰ Para el estudio de la remodelación del centro histórico de París, GAILLARD, Jeanne: *Paris, la ville (1852-1870)*, Paris, L'Harmattan, 1997. Gérard Jaquemets, en su estudio de la evolución social del barrio parisino de Belleville rastreó la procedencia de sus habitantes y trazó el itinerario de un progresivo desplazamiento de las clases populares desde el centro de la ciudad hacia la periferia: JAQUEMET, Gérard: *Belleville au XIX^e siècle: du faubourg à la ville*, Paris, EHESS, 1984. A este fenómeno de la segregación social en la ciudad de París y sus cambios en la distribución espacial ya se refirió CHEVALIER, Louis: *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIX^e siècle*, Paris, Perrin, 1958 (reeditado en 2002).

¹¹ RUIZ PALOMEQUE, Eulalia: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1976.

¹² El proyecto de la *Gran Vía* hubo de dar muchos tumbos antes de comenzarse en los primeros años del siglo XX. Ya en 1886 se había aprobado el *Proyecto de prolongación de la calle Preciados, describiendo una gran avenida transversal este-oeste entre la calle de Alcalá y la plaza de San Marcial*, obra del arquitecto Carlos Velasco, pero la oposición de los vecinos y la falta de recursos de Ayuntamiento lo paralizaron. La idea se retomó en 1899 por los arquitectos municipales José López Salaberry y Francisco

funciones administrativas y comerciales en detrimento de las funciones residenciales se comenzaba a notar en la Restauración. El centro también se vaciaba como sucedía en la city londinense o en los barrios centrales parisinos: mientras el conjunto de la capital española aumentaba por decenas de miles sus habitantes, el distrito centro de Madrid los perdía, y si en 1878 se contaban en sus edificios 30.000 personas empadronadas, en 1895 eran unas 5.000 menos¹³.

La cada vez más afirmada función administrativa y comercial de los barrios centrales de la ciudad y el progresivo despoblamiento que experimentaron tuvieron como efecto compensatorio el desarrollo como zonas residenciales de los barrios exteriores (el Ensanche, el extrarradio, los suburbios). En este proceso de reordenación de la población madrileña, la distribución de los diferentes grupos sociales no se resolvía con una simple ecuación. El fenómeno iba más allá de la expulsión de las clases populares de un centro caro hacia una periferia más barata. Si bien esa fuerza centrífuga existía, otros factores también intervinieron en el resquebrajamiento de la vieja convivencia de palacetes y corralas en un mismo espacio, de aquel tipo de ciudad en que elites y pueblo se encontraban en las mismas calles y plazas. Y la causa más decisiva para que esto sucediera fue el deseo de los propios madrileños de poner fin a ese tipo de vida.

La separación de los madrileños en barrios de distintas calidades según la renta y la riqueza de cada uno se derivaba en gran medida de la inexorable lógica del mercado inmobiliario. También nacía del deseo de aquellos habitantes de la ciudad con los recursos suficientes como para elegir en qué barrio podían vivir, porque eran lo suficientemente ricos como para pagar cualquier alquiler. Desde que se había apostado definitivamente por el Ensanche y se habían puesto a disposición de los madrileños aquellos vastos terrenos para que construyeran una nueva ciudad a su gusto y según sus caprichos, se había ido extendiendo entre las elites la preferencia por vivir en los nuevos barrios y abandonar el viejo Madrid. Los espacios que eligieron para trasladarse son bien conocidos: los barrios de Salamanca y Argüelles y el Paseo de la Castellana y sus alrededores¹⁴. Allí el gran financiero, el banquero o el industrial podía comprarse un terreno y construirse un hotelito o un palacete que simbolizara su triunfo social¹⁵. Los

Octavio Palacios que presentaron su *Proyecto de reforma de prolongación de la calle de Preciados y enlace de la plaza del Callao con la calle de Alcalá*. Finalmente las obras serían adjudicadas en 1909. La construcción de la Gran vía ha sido objeto de una especial atención por la historiografía; además del ya citado estudio de RUIZ PALOMEQUE, Eulalia: *Ordenación y transformaciones urbanas... Ob. Cit.*, véase RUEDA LAFFOND, José Carlos: "Limitaciones municipales e intereses de reforma: el ejemplo de la gran Vía madrileña (1901-1923)", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, nº 33, (1993), pp. 651-671, RUEDA LAFFOND, José Carlos: *Madrid, 1900: proyectos de reforma y debate sobre la ciudad, 1898-1914*, Madrid, Universidad Complutense, 2001. DRIEVER, Steven L.: "La geografía histórica de las propuestas para la Gran Vía de Madrid, 1860-1905", *Spagna contemporanea*, nº 29, 2006, pp. 1-24; NAVASCUÉS PALACIO, Pedro; ALONSO PEREIRA, José Ramón y ALONSO, Ángel: *La Gran Vía: noventa años de la historia de Madrid*, Madrid, Consejería de Justicia y Administraciones Públicas, 2001.

¹³ Los datos en BRANDIS, Dolores: *El paisaje residencial de Madrid*, Madrid, MOPU, 1983, pág. 104.

¹⁴ La caracterización del barrio de Salamanca como foco residencial de la burguesía y las clases medias en MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982 o CARBALLO BARRAL, Borja: *Los orígenes del Moderno Madrid. El Ensanche Este (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2006, E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es: 6336; la Castellana como sede residencial de la aristocracia y la alta burguesía en AZORÍN, Francisco y GEA ORTIGAS, María Isabel: *La Castellana, escenario de poder: del Palacio de Linares a la Torre de Picasso*, Madrid, La Librería, 1990; el perfil social de Argüelles en DÍEZ DE BALDEÓN GARCÍA, Alicia: "El nacimiento de un barrio burgués: Argüelles en el siglo XIX", *Norba - arte*, nº 13, 1993, pp. 231-268.

¹⁵ Las características arquitectónicas que hicieron de estos barrios un espacio residencial netamente burgués ya las estudió DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del*

que no llegaban a tanto, buscaban un piso para alquilar en las cercanías, para ver si aproximándose crecía su propio poder y aumentaba su prestigio social. Unos y otros actuaban persiguiendo el mismo afán de distinción social así como el deseo de disfrutar de las comodidades de una vida urbana renovada. Vivir en el centro estaba bien, tenía su prestigio, pero también sus incomodidades y sus peligros. Era mejor el ambiente soleado y aireado del Ensanche donde se podía encontrar una casa con jardín, a cierta distancia del barullo del centro pero sin perder del todo el contacto con él. Era un nuevo tipo de vida que se había hecho posible gracias a los tranvías que trasladaban rápidamente a los vecinos hasta la Puerta del Sol. Allí, en el barrio de Salamanca, el empleado, el propietario y el rentista se sentían entre los suyos y no en la promiscuidad social más propia de otros tiempos. Esa convivencia de pobres y ricos había estado bien en el pasado, pero lo cierto, es que, también como consecuencia del gran tamaño que había adquirido la ciudad, las clases medias y las elites comenzaron a sentirse incómodas en aquella amalgama social que había hecho avecindar hasta entonces palacetes y corralas.

Las elites se autosegregaron. La ciudad se había hecho demasiado grande para controlarla completamente como en tiempos de Mesonero Romanos; nunca se acababa de conocerla del todo y mucho menos de dominarla. Ya ni era abarcable a pie ni con la mente y se necesitaban tranvías y planos para manejarse en ella. Para vivir cómodo había que encontrar un espacio adecuado que proporcionara la seguridad que ya no inspiraba una ciudad demasiado grande. A partir de 1875 se hizo cada vez más frecuente que las elites sintieran la llamada del Ensanche y que, siguiendo los pasos de aquel pionero que había sido el Marqués de Salamanca, dejaran el centro de la ciudad para instalarse en los nuevos barrios. Al hacerlo optaban por un barrio más moderno, al tiempo que renunciaban al contacto con el pueblo, con las gentes de otra condición social distinta a la suya. Se estaban aislando. Se estaban separando de un pueblo madrileño con el que los roces no siempre habían traído alegrías. Había que recordar que el Marqués de Salamanca no sólo se había construido su nuevo palacio, en la frontera de la ciudad, porque prefiriese aquel paisaje al del centro de Madrid. Su decisión también estaba influida porque el pueblo, en un arrebato revolucionario, hubiera prendido fuego a su antigua residencia en la calle Cedaceros. Allí, al margen, en el barrio burgués, hasta donde había que coger el tranvía o emprender una larga caminata, el Marqués y sus iguales, estarían cómodos y seguros.

La aparición de estos islotes residenciales burgueses en el nuevo Madrid que se estaba construyendo hizo un poco más compleja esa separación entre barrios ricos y pobres. El precio del alquiler ya no sólo variaba en función de la mayor o menor cercanía al centro, sino que en él influía el tipo de personas que habían decidido trasladarse a cada barrio. Además de la Puerta del Sol como polo de referencia de los alquileres más altos de la ciudad, surgieron otros puntos que también marcaban un terreno vedado para los estratos más bajos de la escala social, tales como el barrio de Salamanca o el Paseo de la Castellana. Como reacción al fenómeno del aislamiento de las elites, también surgieron espacios urbanos que se convirtieron en cotos exclusivos de las clases populares. Uno de los primeros ejemplos fue el barrio de Vallehermoso, que con sus corralas y cementerios se erigía en la antítesis de la Castellana. A la oposición entre centro y periferia se le unía un nuevo criterio de división social del espacio

siglo XIX., Madrid, Siglo XXI, 1986. La migración de las clases medias y altas al barrio de Salamanca queda retratada por CARBALLO BARRAL, Borja: *Los orígenes del Moderno Madrid. El Ensanche Este (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2006, E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es: 6336 y CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Madrid, UCM, 2008.

encarnado por los barrios burgueses y los barrios populares. Con ello, el conjunto de la ciudad se convertía en un puzzle social en que cada barrio representaba una pieza distinta, un fragmento con rasgos diferenciados, casi únicos, que dependían de la forma y el sitio en que tal barrio encajara en el conjunto de la ciudad.

Para entender la forma en que se produjo ese proceso de segregación social en el espacio es también necesario subrayar que no afectó con la misma intensidad ni se desplegó con la misma rapidez en cada una de las piezas del puzzle. La separación entre pobres y ricos, entre vecinos que podían elegir el sitio donde residían y los que se veían obligados a conformarse con las viviendas que la ciudad les ofrecía, se produjo a diferentes ritmos en las distintas áreas que componían la capital. En algunos puntos, la separación se hizo a gran velocidad, dando origen a barrios con una homogeneidad social antes desconocida. Era el caso de las barriadas de extrarradio como Tetuán o Prosperidad. Su caserío se levantó de la noche a la mañana ofreciendo un perfil urbano muy definido. Eran barriadas mal edificadas, alejadas del centro y desprovistas de servicios; su destino estaba claro: servir de alojamiento a los madrileños más pobres. Todo ello los convirtió en ejemplos puros de barriada popular. En el centro de la ciudad, en cambio, el foso entre grupos sociales se abrió más lentamente, de forma casi imperceptible al principio, pues los nuevos criterios de organización social se tenían que afirmar sobre una estructura urbana en la que aún se hacían notar las inercias de varios siglos de historia. Las obras de remodelación del casco antiguo, que derribaban viejos edificios para abrir nuevas avenidas atestadas de tiendas y oficinas, seguían siendo muy localizadas y avanzaban lentamente¹⁶. Aunque los precios de los alquileres subieran en los alrededores de la Puerta del Sol, también seguían subsistiendo en aquella zona corralas y edificios de vecindad en mal estado que ofrecían refugio a los vecinos más pobres de la capital. Al mismo tiempo, aunque la actitud más característica en las elites de la época fuera la huida hacia el Ensanche, seguía habiendo un nutrido grupo de acaudalados vecinos de Madrid que seguían considerando que la máxima distinción consistía en fijar la residencia en un palacete o un buen piso en las calles más céntricas de la capital. Allí por lo tanto, la vieja organización propia del Antiguo Régimen, en que la convivencia interclasista era el rasgo fundamental, tardó más en disolverse que en los barrios recién construidos que expresaban más intensamente los nuevos fenómenos de segregación social en el espacio¹⁷.

En ese sentido, el Ensanche era quizá la zona en que mejor se podía observar el alcance y los límites de la nueva organización social en el espacio surgida en la gran ciudad. Lo era por su condición de zona urbana construida prácticamente *ex novo*, donde la población que se asentaba en uno u otro lugar no se había de ver influida por el peso de varios años de convivencia entre clases sociales, como sucedía en el centro. También por el carácter aparentemente neutro de su diseño, en el que se pretendía extender una cuadrícula homogénea sobre el terreno que rodeaba la ciudad y en el que *a priori*, no se preveía ningún tipo de distribución de los tipos de edificios. En definitiva, el Ensanche era considerado como un folio en blanco, para lo bueno y para lo malo: no

¹⁶ RUIZ PALOMEQUE, Eulalia: *Ordenación y transformaciones urbanas... Ob. Cit.*

¹⁷ Esta diferencia en la intensidad de la segregación social en el espacio entre las distintas zonas de la ciudad según su antigüedad también es observada en la Barcelona de 1930 por José Luis Oyón que subraya las particularidades en la composición social de los distintos núcleos de asentamiento de la población obrera. Así no era lo mismo el centro histórico de la ciudad ocupado fundamentalmente por jornaleros, los suburbios en los que la mezcla de trabajadores cualificados y no cualificados era un rasgo dominante y las segundas periferias obreras donde el elemento jornalero inmigrante era la figura predominante. OYÓN, José Luis: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008, 113-162.

existían condicionantes previos y, por lo tanto, en sus terrenos y en su organización como espacio urbano se podrían expresar libremente los deseos y las intenciones de quienes tuvieran en su mano diseñarlo, construirlo y gobernarlo.

La segregación social en el espacio en el Ensanche Norte

El ingeniero Castro lo había dejado claro. En su proyecto de Ensanche para Madrid no había ninguna intención de dictar el tipo de inmuebles que se debían edificar en una u otra zona de los terrenos incorporados a la capital¹⁸. Nada más lejos de sus deseos que coartar a los propietarios en el uso libre de sus solares. Lo único que incluía en el texto del proyecto era una previsión, fiándose de que el cumplimiento de la “lógica del mercado inmobiliario” llevaría a la aparición de barrios de distintas calidades y características de acuerdo con los usos que se habían hecho hasta entonces del suelo. De esta manera Castro dibujaba un futuro del Ensanche en que al norte aparecerían barrios fabriles y de residencia popular, la Castellana estaría ocupada por la aristocracia y las elites madrileñas, el Este sería pasto de clases medias y empleados, y el sur sería destinado a las fábricas, los almacenes y a una clase obrera que con los años aumentaría en Madrid.

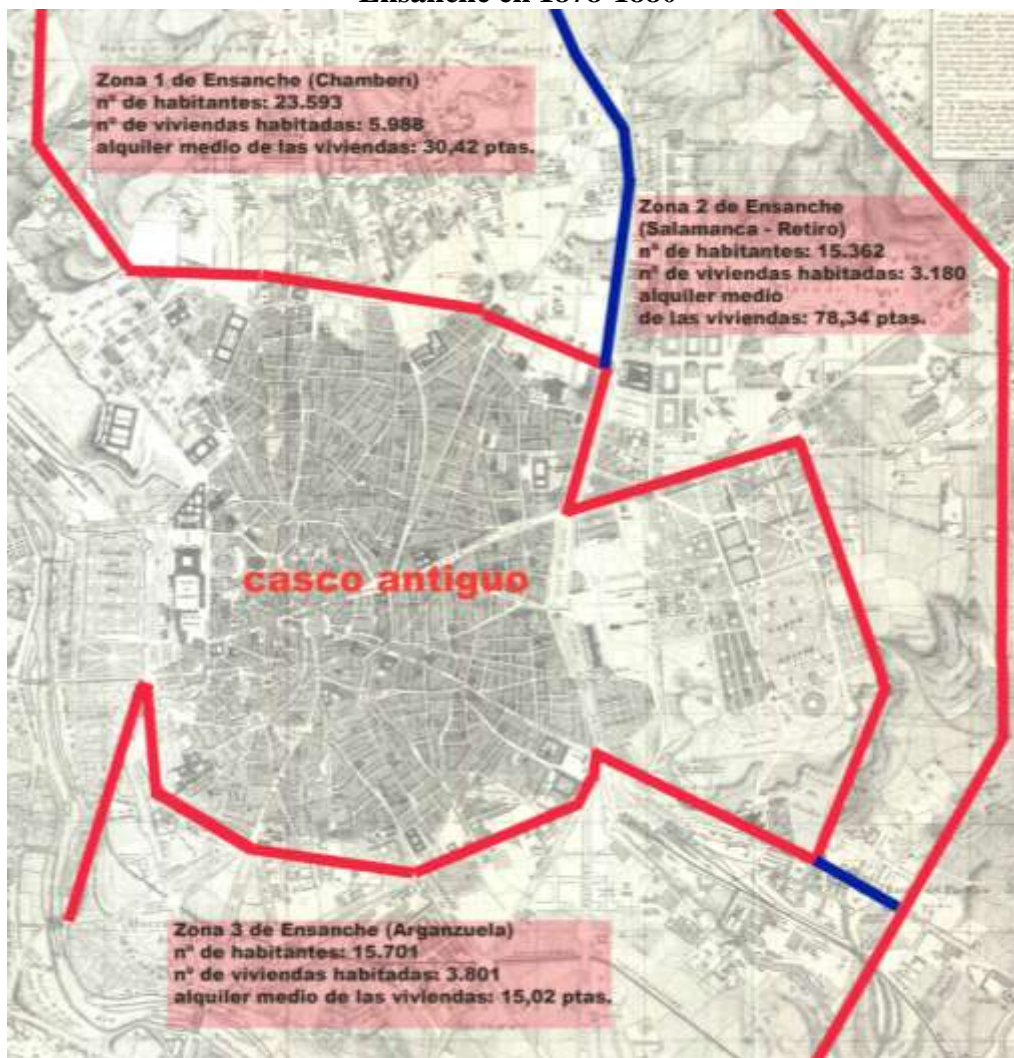
En 1880 se podía comprobar hasta qué punto se habían cumplido los augurios de Castro. A los veinte años de la aprobación del proyecto de ampliación urbana, las tres zonas en que se dividía el Ensanche arrojaban grandes diferencias en el precio de los alquileres de sus viviendas. Sin duda, el ingeniero había acertado en su idea de que, en la nueva ciudad construida, surgirían barrios separados para las distintas clases sociales. Lo mostraba a las claras la gran diferencia entre el Ensanche Sur, donde los alquileres medios se situaban en las 15 pesetas y el Ensanche Este, donde alcanzaban las 78. También había sido certero su vaticinio de que el Norte del Ensanche, aquel que había de formarse como continuación del arrabal de Chamberí, acabaría conformándose como un barrio de tipo medio, con precios moderados en comparación con los del barrio de Salamanca y los de Arganzuela. A la vista de cómo habían evolucionado los precios y las construcciones de los nuevos barrios, nadie podía haber reprochado nada a las predicciones que el ingeniero Castro había hecho en 1860.

Otra cosa se podía decir de las causas que él mismo Castro había señalado como responsables de este proceso de diferenciación del Ensanche en barrios pobres y ricos. El ingeniero lo había achacado a ciertos efectos inevitables del mercado y a la actitud libre de los propietarios de los solares. Se trataba de una verdad a medias. Realmente nada se hizo para evitar las diferencias entre barrios: no se había dictado ninguna norma que obligara a que los edificios de las calles Serrano o Alcalá fueran de más calidad, más espaciosos y que, mientras tanto, en Arganzuela o Vallehermoso o en ciertas regiones de Chamberí surgieran los edificios de vecindad con habitaciones más pequeñas y patios más estrechos. Lo que sí se había hecho era adoptar una serie de medidas legales que tendían a reforzar estas diferencias. En realidad, la inevitabilidad de las leyes del mercado inmobiliario tenía mucho que ver con la forma en que se había organizado la financiación de todo el conjunto de las obras públicas que habían de

¹⁸ El discurso de Castro en BONET CORREA, Antonio (ed.): *Plan Castro*. Madrid, COAM, 1978; en MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982. Un análisis del proyecto de Castro y sus implicaciones en este asunto CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Madrid, UCM, 2008.

emprenderse para que unos barrios y otros, pobres y ricos, fueran efectivamente contruidos.

Plano 8.1: Desarrollo urbano y niveles de los alquileres de las tres zonas de Ensanche en 1878-1880



Elaboración propia a partir de los datos de CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Madrid, UCM, 2008.

La financiación fue uno de los principales problemas que lastraron y retrasaron la ejecución de las obras de la ampliación urbana de Madrid¹⁹. Es cierto que el ingeniero Castro no tenía culpa alguna en ello; entre las tareas que se le encargaron no estaba la de

¹⁹ El análisis del sistema de financiación del Ensanche que aquí se presenta es deudor del que hiciera MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982. Véase también lo aportado en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Madrid, UCM, 2008 y la síntesis presentada en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “Entre palacetes y corralas. Procesos de segregación socioespacial en el nuevo Madrid (1860-1905)” en NICOLÁS, Encarna y GONZÁLEZ, Carmen: *Ayer en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. Actas del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008

pensar la forma en que financiarían las obras públicas en los nuevos barrios. No era una cuestión menor. Resultaba difícil pensar que nadie se embarcara en la construcción de edificios en las afueras de la ciudad para vender o alquilar sin que previamente estuviera asegurado que la administración iba a construir las aceras, pavimentar las calzadas, instalar el alumbrado público u organizar el sistema de distribución de agua potable y el de evacuación de aguas residuales. El asunto tardó tiempo en resolverse y fue una de las razones para que el despegue del Ensanche se retrasara tanto. Al final fueron dos leyes dictadas por la administración central en 1864 y 1876 las que crearon el sistema de financiación de los ensanches, especificando la forma de recaudar el dinero necesario para las obras y la forma en que habría de ser repartido.

La provisión de servicios e infraestructuras en los nuevos barrios, en un principio, era una cuestión de la que se debía encargar el Ayuntamiento, pero el estado de penuria crónica de sus arcas hacía albergar pocas esperanzas de que tal idea fuera posible. O se creaban nuevos impuestos o nunca empezarían las obras públicas que tenía que emprender el municipio. La solución a la que se llegó fue la de ceder temporalmente al Ayuntamiento los ingresos que el Estado recibía por contribución territorial en las zonas de Ensanche. Parecía una solución razonable y adecuada dentro de la lógica fiscal liberal. La contribución territorial era el impuesto anual que había de satisfacer todo aquel que poseía un bien inmueble, ya fuera una finca rústica o un edificio en una ciudad. Lo que se acordó en la ley fue que los impuestos que se pagaran por los edificios recién construidos en el Ensanche fueran destinados durante los veinticinco primeros años a las arcas municipales y sirvieran para emprender las obras que acondicionarán los barrios de los que esos mismos impuestos habían salido. Así, al construirse su propia casa Benigno Castro en 1876, empezó a pagar un impuesto todos los años que hasta 1901 fue directamente para que el Ayuntamiento lo dedicara a pavimentar las calles y embellecer el barrio donde él había hecho su inversión.

El diseño del sistema tenía sus virtudes porque permitía acompasar el ritmo de las obras públicas al de las construcciones particulares. Cuantos más edificios se construyeran en los terrenos del Ensanche, más impuestos recibiría el Ayuntamiento y, por lo tanto, más dinero tendría disponible para trazar calles, instalar farolas y crear alcantarillas. Además podía tener un efecto de retroalimentación, pues al llegar las farolas, las alcantarillas y los adoquines a los nuevos barrios, estos se hacían más agradables y más gente iría dejando el casco antiguo para trasladarse a ellos, los alquileres de las nuevas casas irían subiendo y también se incrementaría la parte proporcional de impuestos que recibía el Ayuntamiento. Incluso podía tener un efecto redistributivo de la riqueza que compensara las desigualdades que existían entre unas y otras zonas de Ensanche. Como era obvio, no se pagaban los mismos impuestos por una casa en el barrio de Vallehermoso, junto a los cementerios, en las que las habitaciones se alquilaban a 5 o 10 pesetas al mes en 1880 que en el barrio de Salamanca, zona donde una vivienda podía alcanzar las 100 o las 200 pesetas al mes. En cambio, pavimentar una calle, instalar farolas o excavar alcantarillas en uno u otro lado costaba prácticamente lo mismo. El dinero que sobraba en el barrio de Salamanca, que tantos y tan altos impuestos generaba al Ayuntamiento, podía ser invertido en Vallehermoso, en que las viviendas baratas apenas generaban ingresos en tributos. Transfiriendo dinero de las zonas ricas a las pobres, irían adecentándose estas últimas y aumentarían sus atractivos. La ayuda del barrio de Salamanca al barrio de los cementerios quizá no fuera suficiente para equipararlas, pero sí que al menos haría al segundo un poco más apetecible para las clases acomodadas.

Esta posibilidad de que las zonas ricas ayudaran a las pobres quedó cercenada en la propia legislación. Una disposición permitió que los ensanches urbanos fueran

subdivididos en varias zonas en las que la financiación y la gestión de los recursos podían ser autónomas. Al principio se permitió que los Ensanches quedaran divididos en cuantas zonas se quisiera, aunque más tarde el número de divisiones fue limitado a tres. La limitación era relativamente irrelevante, porque el daño al sistema de financiación era el mismo. En el caso de Madrid, donde no se tardó en aplicar la subdivisión, se hizo patente muy pronto. A partir de 1876, el Ensanche quedó dividido en las tres grandes zonas que habría trazado Castro: norte, este y sur y que se correspondían con el arrabalero barrio de Chamberí, el lujoso de Salamanca y el pobre y fabril de Arganzuela²⁰. La diferencia entre la calidad de los edificios y los impuestos que se pagaban en cada una de estas zonas se hacían patentes en el balance de cualquier año económico y repercutían en la capacidad de inversión que el Ayuntamiento tenía a disposición para emprender las obras públicas en una u otra zona.

Tabla 8.1: Presupuesto del Ensanche y reparto del gasto por zonas. Año Económico de 1882-1883

	Zona 1 (norte)	zona 2 (Este)	zona 3 (Sur)	Total
Población (habitantes)	23.593	15.362	15.701	54.656
Edificios	971	451	450	1.872
Ingresos (pesetas)	418.300	534.685	211.600	1.164.585
Gastos (pesetas)	475.690	534.684	246.006	1.256.380
gasto por habitante (ptas/habitantes)	20,16	34,81	15,67	22,99
gasto por edificio (ptas/habitantes)	489,90	1185,55	546,68	671,14

Elaboración propia. Los datos de ingresos y gastos para las zonas de Ensanche proceden de MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982, pág. 64; los datos de población y el número de edificios proceden del análisis de las hojas de padrón de los años 1878 (zona Este y Sur) y 1880 (zona norte). Pueden consultarse en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Madrid, UCM, 2008.

A comienzos de la década de 1880, mientras en la zona del Norte, que era con diferencia la más poblada, el gasto del Ayuntamiento era de poco más de 20 pesetas por habitante, en el barrio de Salamanca alcanzaba las 34. El sur se quedaba claramente descolgado, con apenas 15 pesetas por residente. Lo mismo sucedía si se tenía en cuenta el gasto por edificio. En 1882, en los barrios de Chamberí y Vallehermoso que, por aquel entonces, ya sumaban casi mil edificios, el gasto por cada inmueble era de 489 pesetas al año. El barrio de Salamanca tenía muchos menos edificios y estaban más concentrados que en Chamberí; por fuerza era una zona con menos necesidades de construir infraestructuras y de acondicionar sus terrenos. En cambio, los gestores de las obras del Ensanche tenían mucho más dinero para gastar allí: casi 1.200 pesetas por edificio, a pesar de que gran parte de ellos eran palacetes y residencias unifamiliares, cuyo aprovisionamiento de servicios era menos complejo y caro que el de un gran edificio de viviendas de varios pisos.

²⁰ La primera división del Ensanche de Madrid en zonas con distintas financiación data de 1870. Entonces quedó dividido en cinco zonas que se repartían de la siguiente manera: dos al norte (Chamberí y Vallehermoso quedaban separados), otra al este y dos más al sur. Al aprobarse la ley que limitaba la subdivisión de los ensanches a tres zonas, se consolidó la división del ensanche madrileño en zonas norte, este y sur. Aquí se omite el análisis de las diferencias que se produjeron entre esas cinco zonas vigentes sólo seis años, aunque con efectos similares a las tres zonas que finalmente se establecieron. La división en cinco zonas y sus diferencias en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Madrid, UCM, 2008.

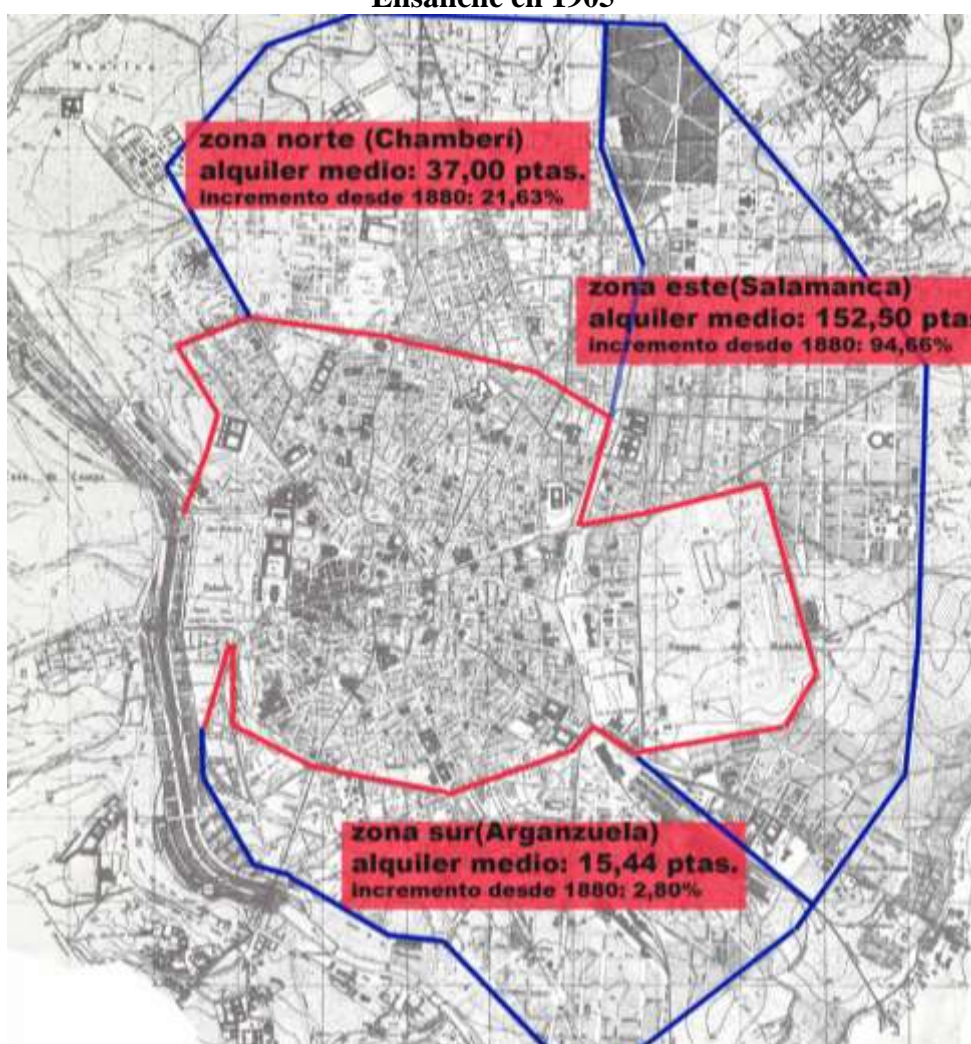
La división del Ensanche en varias zonas tuvo profundas consecuencias en el tipo de inmuebles que se edificaron en el último cuarto del siglo XIX. La brecha que ya existía entre la calidad de los inmuebles de unos barrios y otros se abrió aún más. Era lógico. En gran medida, los dueños del suelo y los promotores, si querían hacer negocio, se veían obligados a optar por construir un tipo de residencia u otra según donde tuvieran la parcela en la que iban a invertir. Los propietarios de solares en el barrio de Salamanca, que habían pagado una cifra muy alta por cada metro cuadrado, eran conscientes de que hacía aquella zona de la ciudad se dirigían las miradas de los que tenían más recursos. No iban a dejar pasar la oportunidad de obtener cuantos beneficios pudieran de su inversión. Por eso, los solares del barrio de Salamanca fueron consagrados a la construcción de hotelitos que pudieran vender a algún acaudalado marqués o financiero y a edificios de viviendas de lujo, por los que obtendrían suculentos alquileres mes a mes. Otra cosa habría sido un disparate. En aquella zona, la construcción de viviendas modestas para artesanos o jornaleros con alquileres bajos era un sin sentido. El precio que ya habían pagado por el suelo prácticamente lo imposibilitaba. La cuantía que habían de pagar en impuestos en aquella zona tan altamente tasada, reducía demasiado el margen de beneficios. Recuperar el capital invertido en la compra de un solar tan caro y compensar los gastos corrientes de mantener una casa en aquel barrio no parecía posible por esa vía.

Para los dueños de solares e inversores en las otras zonas de Ensanche la situación era similar, aunque les abocara en otras direcciones. Al propietario de un solar en las cercanías de los cementerios de Vallehermoso, por ejemplo, nunca se le habría ocurrido construir un edificio en que las viviendas reunieran todas las comodidades que buscaba una familia de clase media o alta. Ninguna familia madrileña que contara con ciertos recursos iba a trasladarse a aquella zona, a la que no se podía acceder por aceras ni calzadas, sino que había que hacerlo por el fango que creaba el agua al correr en busca de una acequia, en la que no había alcantarillas y seguían acumulándose los desechos en pozos negros que eran vaciados de pascuas a ramos, en la que tampoco surgía el agua del canal del Lozoya de las cañerías sino que había que seguir llamando al aguador para que la trajera a casa. Si algo se construía en aquellos parajes tenía que ser una corrala, una gran casa de corredor, con habitaciones pequeñas y baratas, porque aquel barrio no sería elegido como lugar de residencia más que por los madrileños que no tuvieran otra opción y, desesperados, estuvieran dispuestos a meterse en cualquier tugurio o agujero con tal de tener un techo bajo el que dormir.

Nadie obligó a que las cosas fueran así. En ninguna ley se establecía que el inversor en el barrio de Salamanca tenía que construir palacetes y el de los solares de Vallehermoso en cambio debiera edificar corralas. Era la simple lógica del mercado inmobiliario. Pero, muy lejos de la interpretación de Castro, tal lógica no se traducía en una libertad total del propietario del solar para hacer lo que quisiera con él. Más bien los propietarios se vieron empujados, sutil pero firmemente, por la mano invisible del mercado hacía la única decisión que les era lógica: construir de acuerdo con el tipo de barrio en el que tenían sus parcelas y habían hecho sus inversiones. Con aquel sistema de financiación del Ensanche, en que se hacía de las zonas norte, este y sur departamentos estancos, con presupuestos y capacidades de gasto tan desiguales, no quedaba otra. Y a medida que se avanzó en la construcción del Ensanche, el proceso se fue radicalizando. Cuantos más edificios se construían en el barrio de Salamanca, más dinero se recaudaba y se podía invertir en acondicionar sus calles para crear un espacio urbano con todas las comodidades que sus distinguidos vecinos podían desear. Tanto lujo redundaba a su vez en su revalorización, pues el barrio era cada día más exquisito y por lo tanto más alto el precio por vivir en él. Si subían los precios del alquiler, también

subían los impuestos que pagaban los caseros. Así se creaba un círculo virtuoso que hacía al barrio de Salamanca caminar hacia la acumulación del lujo y la riqueza²¹. A la inversa, en Arganzuela, se fueron multiplicando las viviendas insalubres y de mala calidad. Aunque con cada nuevo edificio construido se incrementaban los ingresos que la comisión del Ensanche sur tenía a su disposición para invertir en infraestructuras, el aumento del presupuesto se hacía lento. Se iban construyendo alcantarillas, instalando aceras y pavimentando calles, pero a una velocidad infinitamente más lenta que en el barrio de Salamanca. El subdesarrollo urbano de la zona no invitaba más que, en caso de construir, seguir haciéndolo de aquella manera pobre que había marcado ya los perfiles del barrio. El Ensanche Sur quedó condenado a que en sus calles imaginarias (pues muchas ni habían sido trazadas por falta de dinero) siguieran surgiendo las corralas y los edificios de mala calidad²².

Plano 8.2: Desarrollo urbano y niveles de los alquileres de las tres zonas de Ensanche en 1905



Elaboración propia a partir de datos contenidos en CARBALLO, Borja, PALLOL, Rubén y VICENTE, Fernando: "Entre palacetes y corralas...", *Ob. Cit.*

²¹ CARBALLO BARRAL, Borja: *Los orígenes del Moderno Madrid. El Ensanche Este (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2006, E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es: 6336.

²² VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *Los albores del nuevo Madrid: el distrito de Arganzuela (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2006, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es: 6238, 2006.

Las diferencias entre unas y otras zonas del Ensanche, que ya se habían apuntado a la altura de 1880, se convirtieron a medida que avanzó el proceso de construcción y de urbanización, en un auténtico abismo que separaba realidades urbanas muy diferentes entre sí y sobre todo, cuyas dinámicas de evolución parecían completamente independientes. Entre 1880 y 1905, las tres grandes zonas de Ensanche experimentaron una notable expansión, al calor de esa ola constructiva que se había desatado en Madrid.

Tabla 8.2: Desarrollo demográfico y evolución de los precios de alquiler en las tres zonas del Ensanche madrileño (1860-1905).

Zonas del Ensanche	1860		1878/1880		1905	
	población	Alquiler medio	población	alquiler medio	Población*	alquiler medio
Este	1.992	46,97	15.362	79,34	50.000	152,50
Norte	5.007	14,73	23.593	30,42	55.330	37,00
Sur	3.701	12,33	15.701	15,02	30.232	15,44

Fuente: CARBALLO BARRAL, Borja, PALLOL TRIGUEROS, Rubén y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “Entre palacetes y corralas. Procesos de segregación socioespacial en el nuevo Madrid” en NICOLÁS, Encarna y GONZÁLEZ, Carmen: *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. Actas del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008, pág. 12. Los datos del Ensanche Este son provisionales y proceden de estimaciones hechas a partir de los datos de empedronamiento de uno de los barrios que componían esta zona de Ensanche.

Tanto en el sur, como en este y el norte, se produjo un espectacular crecimiento del caserío y de la población que lo habitaba pero la evolución de los precios medios del alquiler siguieron trayectorias completamente distintas. Entre 1880 y 1905, años de explosión urbanística del Ensanche, el barrio de Salamanca, que tantos problemas financieros había traído a su fundador, se desveló como un lucrativo negocio en que los precios no hacían más que aumentar. En aquellos veinticinco años, el alquiler medio de una vivienda casi se duplicó, pasando de las 79 pesetas a más de 150, confirmando los atractivos de invertir en aquella zona de Ensanche. Cuanta más gente se trasladaba aquellas calles, más lujosas se volvían y más caro resultaba vivir en ellas; los dueños de parcelas y de inmuebles en aquella zona podían sentirse satisfechos y esperanzados en que con los años seguirían recogiendo cada vez más beneficios²³.

²³ Los datos de los alquileres en el barrio de Salamanca en 1905 proceden de la investigación para la elaboración de una tesis doctoral que lleva a cargo Borja Carballo Barral sobre el desarrollo del Ensanche Este; algunos de sus resultados parciales, en este aspecto han sido publicados en CARBALLO BARRAL, Borja, PALLOL TRIGUEROS, Rubén y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “Entre palacetes y corralas...”, *Ob. Cit.*



Plano 8.3: El plano de alquileres del Ensanche de Madrid en 1905

El plano de alquileres del Ensanche de Madrid es un proyecto del grupo de investigación dirigido por Luís Enrique Otero Carvajal en el departamentote Historia Contemporánea de la Universidad Complutense. En el plano se ponen en común los resultados de tres investigaciones que abarcan el conjunto del Ensanche de Madrid a cargo de Rubén Pallol (Ensanche Norte – distrito actual de Chamberí), Borja Carballo (Ensanche Este – distritos de Salamanca y Retiro) y Fernando Vicente (Ensanche Sur – Arganzuela). Con ellos se pretende cartografiar las diferencias en los precios de los alquileres a lo largo de toda la zona de Ensanche de la ciudad en dos fechas: 1905 y 1930. Los datos utilizados son los alquileres de todas las viviendas obtenidos a partir de los padrones municipales. La elaboración del plano de 1905 está aún en marcha; el que se presenta aquí incluye las zonas de Ensanche Sur y Norte íntegras y un barrio del Ensanche Este.

Leyenda		
Clave	Nivel	Alquileres
Azul marino	Superior	más de 500 ptas.
Turquesa	Muy Alto	250,00-499,99 ptas.
Verde	Alto	150,00-249,99 ptas.
Amarillo	Medio – alto	75,00-149,99 ptas.
Naranja	Medio	30,00-74,99 ptas.
Rojo	Bajo	15,00-29,99 ptas.
Negro	Muy bajo	0,00-14,99 ptas.

El plano se inspira en en el *Plano de la pobreza* que elaboró a finales del siglo XIX Charles Booth para la ciudad de Londres ²⁴. Igual que en el plano de Booth, en el de Madrid se han establecido diversos escalas de alquileres. Para su representación se han utilizado los precios medios de cada calle. Un primer análisis de este plano ya ha sido ofrecido por los autores en el artículo citado “Entre palacetes y corralas. Procesos de segregación socioespacial en el nuevo Madrid”

²⁴ Acerca de Booth, véase el capítulo “The discovery of poverty” (pp. 45-65) de INWOOD, Stephen: *City of cities. The birth of modern London*. London, McMillan, 2005. Los planos que realizó Booth sobre la pobreza en Londres pueden ser consultados en <http://booth.lse.ac.uk/>

En el Ensanche Sur las cosas sucedieron de otra manera. La zona también experimentó en el último cuarto del siglo XIX un crecimiento demográfico espectacular: de 15.000 habitantes en 1878 a 30.000 en 1905. A pesar de ello, los precios del alquiler se estancaron y se mantuvieron en torno a las 15 pesetas. El negocio inmobiliario en aquella zona no por ello era poco rentable²⁵. Era simplemente diferente. La zona se orientaba a la acogida de otro tipo de población distinta y las viviendas construidas eran de peor calidad e intentaban mantener el precio bajo al que estaban condenados los jornaleros, artesanos y demás trabajadores manuales. Finalmente el Ensanche norte se mostraba como una zona de evolución intermedia. Su crecimiento demográfico era el más vigoroso y en 1905 ya alcanzaba los 55.000 habitantes. Sus precios de alquiler, aunque crecían, lo hacían moderadamente pasando de las 30 pesetas de media en 1880 a 37 en 1905.

El mapa de los alquileres del Ensanche en 1905 permite observar cómo se dibujaban con claridad las diferencias entre la riqueza de unas y otras zonas de Madrid. En cada una de las divisiones que había creado el sistema de financiación del Ensanche, predominaba una gama de color que se correspondía con un nivel de precios. En el Sur de Madrid, abundaban las zonas de alquiler barato, por debajo de las 15 pesetas y las zonas de alquiler caro eran prácticamente inexistentes. No había ninguna calle que pudiera situarse entre las de alquiler más elevado de Madrid. Por el contrario, en el barrio de Salamanca no había calles que se situaran en el nivel más bajo de la escala de alquileres. Las zonas más baratas de este espacio urbano de la capital superaban las 75 pesetas de media.

El Norte se erigía en esta división del Ensanche en una zona intermedia, marcada por la diversidad de los precios. Entre el Paseo de la Castellana y la Moncloa se podían encontrar alquileres de todos los niveles. Desde los más altos, que superaban las 500 pesetas al mes, como los de la Castellana o la calle Almagro, hasta los que no alcanzaban las 15 pesetas, abundantes en el extremo este y norte. Esta diversidad de alquileres no implicaba mezcla y confusión, tal y como el plano deja ver, sino una compleja jerarquía en el espacio que distribuía riqueza y pobreza en unas calles y otras. Lo que si señalaba esta diversidad de precios dentro de una zona cerrada del Ensanche era que, las diferencias que había creado el sistema de financiación entre el Norte, el Sur y Este eran más una tendencia que una tajante frontera. Las zonas del Ensanche no eran espacios monolíticos, sino que expresaban la heterogeneidad de la sociedad madrileña. Igual que la población madrileña no podía dividirse simplemente en clases altas, medias y bajas, los distintos barrios que componían el Ensanche no podían resumirse en una mera distinción entre barrios ricos y pobres, altos y bajos, sino que había que atender a cientos de matices entre ambos extremos. Esos matices eran también la manifestación de que el proceso de segregación social del espacio que se estaba produciendo en Madrid era más complejo que una simple ecuación matemática. El sistema de financiación, las desigualdades creadas en la inversión pública en infraestructuras urbanas era un poderoso factor de influencia en la creación de barrios de diferentes calidades y precios en la ciudad, pero no era el único. También ejercían su fuerza muchos otros factores, de raíz más local pero no por ello de menor intensidad, que contribuían a crear las fronteras sociales que articulaban la vida en la ciudad.

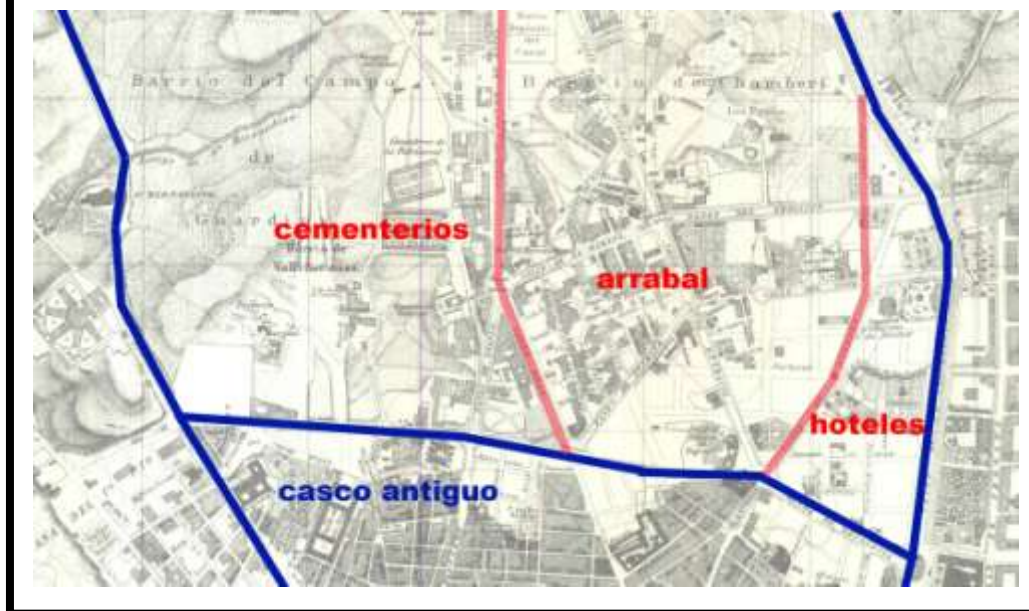
²⁵ Los datos de los alquileres en el Ensanche Sur en 1905 proceden de otra tesis doctoral en marcha que realiza Fernando Vicente Albarrán; una primera publicación de estos datos también en CARBALLO BARRAL, Borja, PALLOL TRIGUEROS, Rubén y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “Entre palacetes y corralas...”, *Ob. Cit.*

La evolución del paisaje residencial del Ensanche Norte entre 1880 y 1905

Hasta 1880, el desarrollo de la zona norte del Ensanche había girado en torno a dos polos claramente diferenciados. Por un lado el arrabal de Chamberí, el primer foco de construcciones fuera de la cerca de Madrid, que había comenzado a levantarse en 1830 y que había sido continuado por las promociones inmobiliarias de Andrés Arango, Francisco Drake y otros constructores. En torno a la iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel y la plaza del mercado de Olavide había surgido un abigarrado caserío en el que se alternaban las casas bajas de los tiempos arrabaleros y los edificios de viviendas de varios pisos de un carácter más urbano. Se trataba de una barriada que, siendo barata en comparación con el centro, ofrecía alojamiento para diversos grupos sociales. Aunque las familias de jornaleros y artesanos eran mayoría, había una importante representación de las clases medias de empleados, pequeños comerciantes o profesiones liberales que permitían considerar que la convivencia de clases sociales de la ciudad del antiguo régimen se mantenía en estas primeras calles surgidas en el Ensanche.

El otro foco de construcciones lo constituía el barrio de Vallehermoso, en el oeste de la zona norte de Ensanche y que había surgido a la sombra de los cementerios que por allí se concentraban. Se trataba de un conjunto de casas pobres, en gran medida corralas y edificios de vecindad de habitaciones pequeñas y baratas que estaban destinadas al alquiler de las familias más pobres de Madrid. Entre sus vecinos predominaban los trabajadores sin cualificar y escaseaban los miembros de las elites. Estos últimos encontraban cierta repugnancia a trasladarse a una zona que quedaba rodeada por establecimientos tan incómodos como el Asilo de San Bernardino, las fábricas que se habían establecido en la calle de Bravo Murillo o los mismos camposantos donde se sepultaban los fallecidos de Madrid.

Plano 8.4: Estado de la urbanización del Ensanche Norte en 1875



A estos dos polos de urbanización pronto se añadió un tercero junto a la Castellana. Era el barrio de Fernando el Santo, que había surgido más tarde y cuyo desarrollo era todavía muy incipiente, pero que había producido un fuerte impacto en el paisaje residencial de la zona. En 1880 había allí sólo unos cuantos edificios dispersos que se distinguían claramente por sus formas arquitectónicas y por la condición social de sus

habitantes. Muchos eran hotelitos unifamiliares situados entre la calle Almagro y la Castellana y cuyo ejemplo más simbólico era el que había construido Miguel Sainz de Indo, gran industrial y propietario madrileño. El lujo de tales residencias y su alto precio convertían este rincón del Ensanche en un espacio vedado para las clases populares y muy raramente accesible para familias que no procedieran de la elite social más exquisita de la capital.

Las fronteras entre estos espacios residenciales de tan distintas características y composiciones sociales eran claras. Entre Vallehermoso y Chamberí la línea la marcaba la prolongación de la calle Fuencarral y su continuación, la recién bautizada calle de Bravo Murillo. Entre el arrabal de Chamberí y el lujoso conjunto de hotelitos, ese papel fronterizo lo desempeñaba la calle de Almagro, que partía de la plaza de Santa Bárbara para unirse en trayectoria diagonal al Paseo de la Castellana. Además, entre el barrio de Chamberí que terminaba en la calle Santa Engracia, y el de Fernando el Santo que lo hacía en la de Almagro, mediaba en 1880 un gran espacio en el que apenas había construcciones y si muchos terrenos sin edificar, sobre los que incluso todavía se podía encontrar algún que otro tejero o granja de cuando todo aquello era una zona rural. Una tierra de nadie que hacía más evidente la distancia en la arquitectura y en la composición social entre el arrabal y el barrio de Fernando el Santo.

Junto a este esbozo de división tripartita, existía una diferenciación más difusa del espacio según su grado de urbanización y de edificación. Las construcciones no habían surgido por todas las zonas del Ensanche al mismo tiempo ni con la misma fuerza. La expansión urbana se producía como una mancha de aceite, contagiándose primero las zonas más cercanas al casco antiguo que las más alejadas. Cuanto más cerca de la ciudad, más subían los precios y antes entraban las ganas a los propietarios de convertir sus solares en fincas urbanas. Era más probable encontrar inquilinos que quisieran vivir junto a otros edificios que en medio de un descampado. También era más fácil que vivieran en un lugar que asegurara una comunicación directa con el centro de la ciudad que en una zona apartada y lejana. Tanto en las zonas de hoteles como de corralas, de edificios para clases medias o para clases bajas, se cumplía siempre la misma característica: el sur estaba más edificado que el norte, cuyo paisaje seguía dominado por los descampados. Y en estas zonas aún despobladas del norte, se hacía claramente visible cómo las pocas edificaciones que existían se concentraban junto a las carreteras y salidas de Madrid, mientras que más allá de sus lindes sólo quedaban solares y parcelas sin edificar.

A partir de 1880, el Ensanche Norte no sólo se contagió del vigoroso crecimiento que estaba experimentando Madrid en su conjunto, sino que se destacó como una de las zonas más dinámicas de la expansión urbana de la capital. Sus edificios se multiplicaron al igual que el número de sus habitantes: los 963 inmuebles de 1880 se convirtieron en casi dos millares en 1905, y los 23.000 habitantes que los ocupaban a comienzos de la Restauración, habían aumentado hasta superar los 55.000²⁶. Aún así, los terrenos que componían el Ensanche Norte estaban muy lejos de haber alcanzado el límite de su capacidad de crecimiento y de alojamiento de población. En realidad, a la altura de 1900, la urbanización del distrito no había hecho más que comenzar y muchas de las parcelas esperaban el momento propicio para ser convertidas en fincas urbanas. A pesar de todos los edificios que se construyeron a partir de 1880, en 1905 se mantenía aquel contraste entre un sur cercano al casco antiguo ya casi completamente urbanizado y un norte en el que los edificios eran aún escasos, más allá del borde de las antiguas carreteras.

²⁶ Datos a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

Plano 8.5: Estado de la urbanización del Ensanche Norte según el plano de 1910

La línea azul marca los límites del Ensanche Norte con el casco antiguo al sur y con el barrio de Salamanca en el Este. Las líneas rojas marcan la división del Ensanche en tres zonas que dependían de tres distritos distintos del casco viejo y que se corresponden con esos tres núcleos diferentes de urbanización surgidos hacia 1880. Al oeste la zona de los cementerios y Vallehermoso, que era dependiente del distrito de Buenavista; en el centro los alrededores del arrabal que dependían del distrito de Hospicio, al este, los hoteles junto a la Castellana y que eran administrados por el distrito de Buenavista.

La expansión urbana se siguió comportando como una mancha de aceite. En los últimos años del siglo XIX, fueron los terrenos más cercanos al casco antiguo, que ya estaban poblados por un nutrido caserío en 1880, los que más intensamente y más rápidamente vieron aparecer nuevos edificios durante el fervor constructivo de la Restauración. Especialmente, el arrabal de Chamberí, en el que muchas de las manzanas aparecían ya completamente construidas en los primeros años del siglo XX. También la zona de los hoteles y las residencias más lujosas, que vieron como el Paseo de la Castellana y las calles adyacentes se iban poblando. El tercer foco de urbanización que ya existía previamente, el barrio de Vallehermoso y las zonas cercanas a los cementerios, también se contagió del crecimiento, sobre todo junto a las grandes vías de comunicación como San Bernardo o Fuencarral, en las que prácticamente no quedaba ningún solar sin construir en 1905.

La expansión de estos tres focos que habían organizado la vida del Ensanche en sus primeros años fue tal, que las fronteras entre ellos, antes tan claras y visibles, comenzaron a ser difíciles de distinguir. Se había creado un paisaje urbano continuo en el que desaparecieron los espacios vacíos entre la barriada de Vallehermoso y el arrabal

de Chamberí y entre este y los hotelitos que buscaban la vecindad de la Castellana. Gran parte de los solares del Ensanche Norte más cercanos al casco antiguo ya estaban contruidos. En 1900 se podía caminar desde los hotelitos del este hasta los cementerios, pasando por las callejuelas del arrabal, sin dejar de tener la sensación de estar en una misma ciudad. Tampoco se notaba demasiado el tránsito entre el viejo Madrid y el Ensanche. Ya no había solares que atravesar entre unas zonas y otras, ya no se alternaba el campo y la ciudad como en los primeros tiempos. Pero que los distintos barrios se hubieran acabado uniendo, que formaran entre sí un espacio urbano continuo cada vez más abigarrado, no quería decir que hubiera desaparecido la impronta de cada uno. Todo lo contrario; los caracteres propios de Vallehermoso, Chamberí y los hotelitos de Castellana como barrios singulares y distinguidos del resto, seguían influyendo en los nuevos edificios que se construían a su alrededor.

El propietario de un terreno en el Ensanche, cuando decidía que había llegado el momento para convertir su solar en una finca urbana, no podía ser demasiado consciente de las diferencias que existían en los recursos entre el Este del Ensanche y el Norte, de si en una zona se invertían más recursos o no. No podía sospechar que en Madrid se estaba gestando esa gran división entre barrios ricos y pobres, altos y bajos, que a vista de pájaro era tan obvia y perceptible. Tampoco había de importarle a la hora de realizar su inversión. Él no estaba allí para confirmar las tendencias generales en la evolución de Madrid o para desafiarlas. A él lo que le importaba era que, al colocar su dinero para transformar el solar que había comprado, su inversión diera buenos resultados. Y lo mejor para conseguirlo era fijarse en lo que existía alrededor, en la parcela de al lado, para copiar aquello en lo que el vecino hubiera acertado y evitar los errores que hubiera cometido. O al menos eso es lo que debió pensar José García Pérez en 1886, el día que se decidió a presentar un proyecto en el Ayuntamiento para construir un edificio de viviendas en la parcela que tenía en un rincón apartado del Ensanche.

El lote de tierra de José García Pérez no estaba en una de las mejores zonas del Ensanche Norte. De hecho, quizá estuviera en una de las peores. Era una pequeña parcela que hacía esquina entre las futuras calles de Gaztambide y de Fernández de los Ríos, dos vías que sólo estaban dibujadas en el plano y todavía no habían sido ni siquiera señaladas sobre el terreno. Él sabía, que aquellas tierras eran pobres, que no tenían gran futuro. Vivía a unos cuantos metros de allí, en el Paseo de San Bernardino y conocía bien la zona y no tardaba mucho en acercarse caminando. Sus paseos hasta la finca le habían permitido evaluar las posibilidades de negocio le habían permitido evaluar las posibilidades de negocio que ofrecía una parcela en aquel barrio.

La finca que pretendía edificar don José estaba en el centro de un triángulo formado por los establecimientos públicos que más capacidad tenían de espantar a las familias de buena posición en la sociedad madrileña. Al norte, el mal afamado asilo de San Bernardino, donde se recluía a todos los mendigos de Madrid y a las decenas que venían de provincias. Al sur, la cárcel modelo. Y para completar tan siniestro cuadro, al este, los cementerios de la calle Magallanes. A todo esto había que añadir la cercanía del siempre temible barrio de Vallehermoso, que tanta celebridad se había ganado en la revolución como centro de incubación del republicanismo más exaltado. Con estas compañías, nada hacía sospechar que su parcela de terreno fuera a tener algún valor en el futuro. Desde luego en 1883 resultaba impensable que por aquellos parajes fuera a aparecer una familia con algo de dinero en busca de una vivienda para alquilar. ¿Quién iba a querer vivir allí, en una zona de la ciudad en la que ni siquiera se habían allanado los terrenos, donde todavía se alzaba el cerro del pimiento sobre los descampados como si de una montaña de escombros se tratara? Claro que todo podía cambiar. Aquel rincón había estado más desolado antes, cuando era campo y no ciudad, pero para que aquellas

tierras adquiriesen algún valor tendría que pasar mucho tiempo: años, décadas incluso, y hasta entonces nadie querría comprarle la parcela a don José, a no ser que fuera por una cifra ridícula. Mientras tanto, ahí estaría su finca, abandonada, en barbecho, sin producir más que la seguridad de ser una propiedad segura en la que refugiar los ahorros.

Plano 8.6: Situación de la finca construida por José García Pérez en la calle Galileo 20



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905 y AVM, Secretaría, 7-75-67.

A don José le debió parecer que sacaba poco provecho a su terreno y se decidió a construir. Como sabía bien que el único tipo de personas que podían buscar un alquiler en paraje tan desolado era el de los que se veían condenados a ello, pensó que lo mejor que se podía hacer era seguir los pasos de los ya habían invertido en la zona. El mejor ejemplo y el que más estaba a la vista era el de Vallehermoso, aquel conjunto de casas pegadas a los cementerios, en el otro extremo de la calle de Fernández de los Ríos. Por ello se decidió a hacer un edificio de viviendas de alquiler barato, para que vinieran unas cuantas familias pobres a habitarlas. Eso no significaba necesariamente emprender una construcción de mala calidad o insalubre. Independientemente de lo estrictas que fueran las ordenanzas del Ayuntamiento sobre construcción de inmuebles (y en 1886 aún no lo eran demasiado)²⁷ y del margen que tuviera para sacar todo el beneficio posible a su propiedad, don José sabía que en Madrid abundaba la habitación barata, cuyos precios reducidos se ofrecían muchas veces a costa de las condiciones higiénicas

²⁷ Un análisis de las ordenanzas municipales en DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX.*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pág. 29 y ss.

de las viviendas²⁸. Había mucho edificio alto de patio estrecho y habitaciones minúsculas en los que se podía vivir por cinco pesetas al mes. Pero el hacinamiento era comprensible en el centro de la ciudad, no en aquel rincón apartado y de tan mala sombra. Su única baza para vencer las reticencias que los madrileños podían sentir a trasladarse hasta allí, era ofrecer un edificio algo atractivo, que hiciera olvidar la vecindad de la cárcel, el asilo y los cementerios.

Don José optó por un tipo de vivienda modesta pero saludable, en la que no llevó el beneficio hasta el límite de sus posibilidades. Ateniéndose a las normativas, en su solar, que estaba situado en una calle de tercer orden, podría haber albergado un edificio de hasta tres pisos. Él no quiso llegar tan alto. En el proyecto que le firmó el arquitecto Casimiro Montalvo sólo se incluía una casa compuesta de bajo y principal, *“distribuida la planta baja en tiendas, portal, caja de escalera y patio y la principal en habitaciones para varios vecinos y estas tendrán las piezas necesarias en armonía con la renta que han de producir y el sitio en que se ha de construir la casa”*. Lo más importante era eso, encontrar esa armonía entre las necesidades del tipo de gente que la iba habitar, las posibilidades económicas de estos y el emplazamiento del edificio, que no auguraba alquileres demasiados altos. No se trataba de construir con lujo sino calculando no hacer más de lo que se fuera a recibir de los inquilinos. No tenía sentido ofrecer más comodidad de la podía ser pagada por la gente que habitaba aquellos barrios alejados. José sabía qué tipo era aquella gente. Tampoco se podía optar por construir el tipo de vivienda de peor calidad porque, para vivir en un tugurio, los jornaleros, las costureras o los mozos de carga se irían antes al centro de la capital, donde había miles de habitaciones baratas de mala calidad, pero que por lo menos estaban a mano de todo y no en aquel barrio desierto, sin calles trazadas y en el que su futuro estaba aún por construir²⁹.

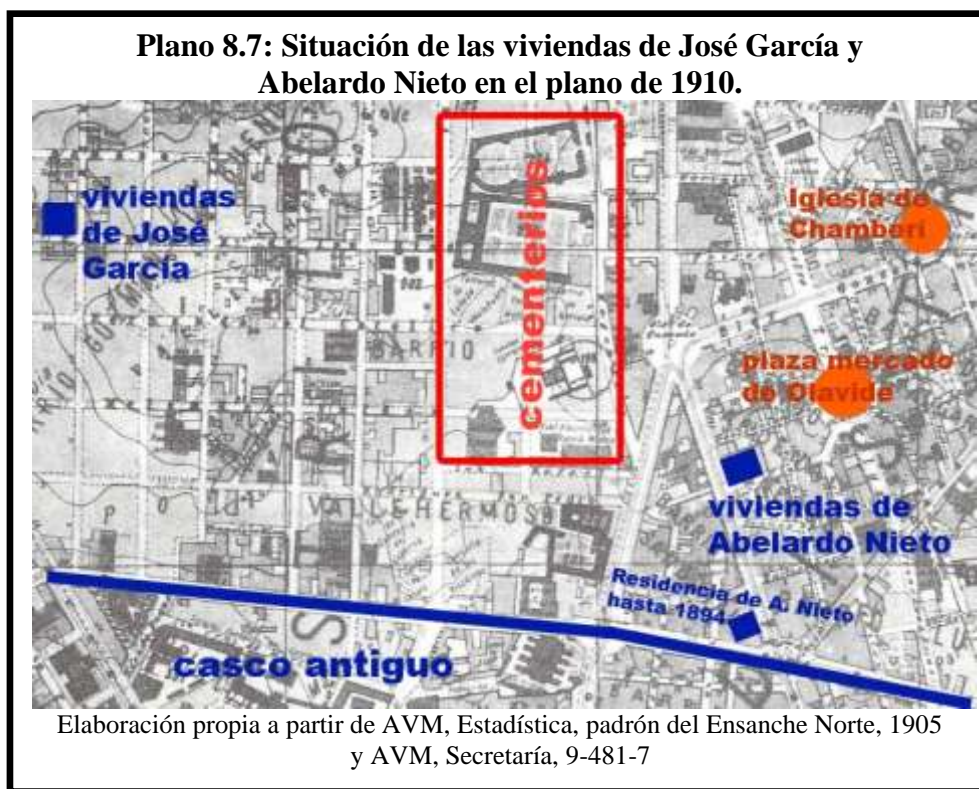
Don José no era un visionario ni su propuesta de casa representaba una innovación. Aquel tipo de corrala, con solo un piso de altura y con cierto desahogo, tuvo un relativo éxito y fueron construidas abundantemente en Vallehermoso durante los años de finales del siglo XIX. Si don José se había decidido por aquel modelo de edificio era porque seguramente había visto que una casa parecida en el barrio funcionaba bien como negocio. En ese sentido, los propietarios de suelo en el ensanche practicaban seguramente más la imitación que el cálculo; cuando encargaban a un arquitecto el diseño de una casa, lo último que querían era que se saliera de la línea marcada por los edificios de las parcelas colindantes. No querían riesgos sino negocios seguros. A don José le salió bien la jugada. En 1905, su edificio seguía en pie y, aunque Don José había fallecido hacía algunos años, allí residían su viuda e hijos para seguir recogiendo la cosecha de la inversión. Por aquel entonces, había ocho familias habitando en el edificio, incluyendo la de su viuda que, por supuesto, ocupaba la mejor vivienda del inmueble. El resto las tenían alquiladas. Una de ellas a la familia de un modesto empleado (su sueldo así lo indicaba, unas 1.250 pesetas al año) que pagaba a la viuda de García 25 pesetas al mes. Era el vecino más distinguido del edificio, el resto de los habitantes pertenecían a los estratos más bajos del mundo laboral. Había dos viudas con sus hijos, que pagaban 8 y 11,25 pesetas cada una, y cuatro familias nucleares de jornaleros, de las que tres pagaban un alquiler de 10 pesetas al mes y una tan sólo 7,50

²⁸ Un retrato de las malas condiciones de higiene y construcción de las corralas y casas de vecindad en el casco antiguo en HAUSER, Philip: *Madrid desde el punto de vista médico-social*, Madrid, Editora Nacional, 1979 (original de 1902).

²⁹ Las características de la vivienda promovida por don José García Pérez en *Expediente de tira de cuerdas en el solar manzana 11 del Ensanche con fachada a las calles de Fernández de los Ríos y Gaztambide de Don José García Pérez y licencia para construir*, AVM, Secretaría, 7-75-67.

pesetas. En fin, un inmueble de alquileres baratos pero que con todo le reportaban a la viuda de García unos buenos ingresos anuales; nada menos que 981 pesetas, lo suficiente para ir tirando modestamente³⁰.

La estrategia inmobiliaria de don José García habría adquirido una forma bien diferente si su parcela se hubiera encontrado en otra zona del Ensanche; los beneficios que habría obtenido mes a mes en forma de alquileres también podrían haber sido mucho más altos. Bastaba caminar unos centenares de metros para comprobarlo. En 1894, unos pocos años más tarde que don José García, Abelardo Nieto, que era otro propietario de un solar en el Ensanche Norte, se decidió también a convertir sus terrenos en edificios de alquiler. Abelardo Nieto partía de una situación más ventajosa que la de José García; sus propiedades, no sólo eran más extensas que las de su vecino, también estaban mucho mejor situadas. Se trataba de una parcela de 638 metros cuadrados en la calle Fuencarral, entre la glorieta de Bilbao y la de Quevedo. Sin estar emplazada en una de las zonas más caras de los nuevos barrios, se situaba en un lugar de cierta distinción. Abelardo Nieto lo sabía; también conocía al dedillo el barrio en que estaba su solar, pues vivía tan sólo a unos pocos metros, en el número 127 de la misma calle Fuencarral, en la frontera entre el casco antiguo y el Ensanche.



El barrio tenía sus desventajas; estaban cerca los cementerios de la calle San Bernardo, aquel polo de repulsión que había intimidado a constructores y familias y había retrasado la urbanización de la zona. Pero la parcela de Abelardo Nieto quedaba relativamente protegida de tan funesto influjo. Los edificios de la propia calle Fuencarral y de la calle San Bernardo creaban una barrera que podía hacer olvidar la presencia de las lápidas y las tumbas a la vuelta de la esquina. Por otro lado, la zona contaba con otros vecinos más agradables y que le daban un cierto atractivo; la parcela

³⁰ El retrato de los habitantes de la casa de don José García Pérez a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte fichas nº 685-692.

estaba a unos cuantos pasos del mercado de Olavide, que era el corazón comercial al norte del casco antiguo de Madrid. Sin estar inserto del todo en el arrabal de Chamberí, el solar de don Abelardo se situaba en sus márgenes, en un espacio cuya urbanización había comenzado hacía varias décadas y que, por ello, se beneficiaba de una mayor dotación de servicios que otras áreas del Ensanche: la iluminación había llegado a sus calles, las calzadas estaban pavimentadas y las aceras construidas, el alcantarillado y el abastecimiento de agua instalados, hasta el tranvía pasaba por la puerta de los futuros edificios, permitiendo un rápido traslado entre aquel punto y la Puerta del Sol, donde bullía en todo su esplendor la agitada vida madrileña.

Finalmente, el solar de don Abelardo se revalorizaba también por el tipo de vía al que habrían de dar las fachadas de los edificios. La calle Fuencarral era una de las grandes avenidas que atravesaban el Ensanche. Los inquilinos con vistas a ella podían sentirse privilegiados porque podían mirar por la ventana y sentirse desahogados. Hasta la fachada de enfrente había treinta metros, los suficientes para no sentir al vecino dentro de casa como sucedía en las calles secundarias del barrio. El carácter de vía principal había provocado, además, que en los bajos de los edificios hubieran proliferado todo tipo de tiendas. Pocas vías del Ensanche podían vanagloriarse de una vida comercial como la que ya tenía la calle Fuencarral y en la que además de carbonerías, tahonas o ultramarinos que se dedicaban al comercio de los productos más básicos, también se podían encontrar algunos establecimientos especializados como jugueterías, relojerías, tiendas de tejidos. Hasta había un café y no sólo tabernas como en las calles del arrabal de Chamberí. Un café donde la gente de una cierta posición social podía hacer su tertulia sin tener que trasladarse hasta la Puerta del Sol³¹.

En definitiva, la calle Fuencarral reunía muchos de los atributos para convertirse en una zona apetecible para que las clases medias establecieran su residencia. Una calle ancha y trazada con generosidad, bien comunicada con el centro, acondicionada con las infraestructuras urbanas básicas y con una alegre y bulliciosa vida comercial. Mientras don José García, que tenía sus propiedades en aquel rincón tan lúgubre, había tenido que pensar la forma para que su edificio resultara medianamente atractivo, a su vecino Abelardo Nieto se le abrían unas perspectivas muy diferentes de negocio. Para empezar, no tendría que contenerse a la hora de aprovechar todas las posibilidades de su solar. Nada de eso de construir sólo un bajo y un principal; primero porque en las calles anchas como aquella, la ley permitía alzar hasta cinco alturas, y después, porque mientras a la casa de José García sólo irían los que no podían permitirse otra cosa, a la de Abelardo nunca le faltarían los candidatos para el alquiler. Eso también le permitía orientar su edificio a un tipo de inquilinos distinto. El gran negocio no estaba realmente en construir viviendas pequeñas y de mala calidad para alquilarlas a familias desesperadas que se amontaban en una o dos habitaciones. La manera de obtener el máximo de beneficio estaba en todo lo contrario; en ofrecer residencias con cierto lujo, por las que las familias acomodadas de Madrid estuvieran dispuestas a sacrificar una buena parte de sus recursos.

³¹ En la calle Fuencarral en su transcurso por el Ensanche Norte en 1905 (números pares del 118 al 166 e impares del 123 al 157) se localizaban siete tiendas de ultramarinos y comestibles, catorce tiendas y despachos de vino y tabernas, un café, cuatro tahonas y despachos de pan, una pastelería, cuatro carnicerías y una salchichería, una vaquería, dos fruterías, cuatro tiendas de zapatos, dos barberías y un salón de peluquería, tres tiendas de tejidos, una de tintes, una mercería, dos sastrerías y un taller de tapicería, una trapería y una prendería, dos cacharrerías, una farmacia, una platería, una juguetería, un estanco, una droguería – perfumería, una tienda de objetos de escritorio y una posada. Los datos a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

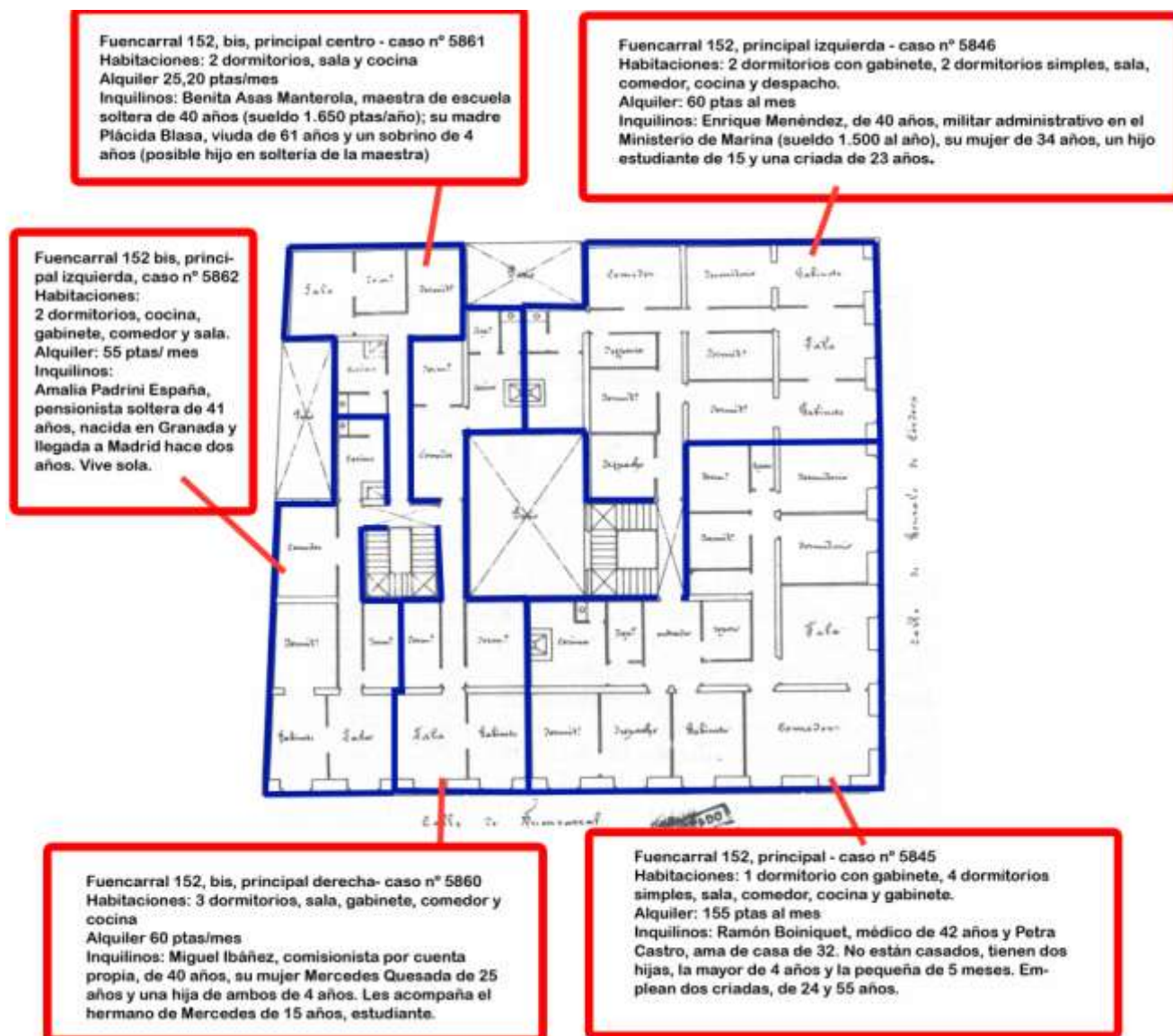


El proyecto que presentó Abelardo Nieto al Ayuntamiento en 1894 pretendía la construcción de dos grandes edificios de viviendas en su solar. Eran dos inmuebles gemelos, que compartían patios y que alcanzaban la misma altura: además de los bajos destinados a tiendas y locales comerciales, el número 152 y el 152 duplicado de la calle Fuencarral tendrían un entresuelo, un piso principal, primero, segundo y tercero, a los que se unían unas buhardillas que ya se advertía en el proyecto que no serían vivideras sino destinadas a trasteros³².

La distribución de las plantas en uno y otro edificio permiten adivinar en qué tipo de inquilinos estaba pensando Abelardo Nieto cuando se decidió a construir su finca. En cada edificio habría tres viviendas por planta como máximo, aunque en algunos pisos se limitaban a dos. Lo que quería don Abelardo eran pisos amplios, y no muchas viviendas en las que se hacinaran las familias jornaleras. Con tanta generosidad en el espacio, el arquitecto pudo diseñar residencias de alta calidad en las que, además de dos, tres y hasta cinco dormitorios, había una sala, comedor y hasta gabinetes y despachos. La propia situación de la parcela permitía construir con ese lujo. El solar de Abelardo Nieto estaba en la esquina de dos calles, la que formaban Fuencarral y Gonzalo de Córdoba, lo que ofreció la posibilidad de que el arquitecto incluyera en su diseño una vivienda en la que había nada menos que siete habitaciones que recibían luz directa del exterior.

³² La descripción de las viviendas de Abelardo Nieto a partir de *Expediente solicitando construir dos casas en Fuencarral 152 esquina a Gonzalo de Córdoba I, 1894, AVM, Secretaría, 9-481-7*.

Plano 8.9: Ocupación en 1905 de la planta principal de los edificios de la calle Fuencarral 152 y 152 duplicado, propiedad de Abelardo Nieto García.



Elaboración propia: AVM, Estadística, padrón Ensanche Norte 1905 y AVM, Secretaría 9-481-7

La planta principal del edificio era donde quedaba más patente esa generosidad con que se había decidido a construir Abelardo Nieto. En la casa que correspondía al número 152 de Fuencarral, el que hacía esquina con la calle Gonzalo de Córdoba, sólo se plantearon dos viviendas. Una que tenía fachada a la calle secundaria y otra que se beneficiaba de la amplitud que proporcionaba la esquina. Esta última era sin duda la más lujosa de todo el edificio, con sus tres dormitorios exteriores y ese gran comedor con tres ventanas desde el que se podía dominar la calle Fuencarral. En el portal contiguo, el 152 duplicado, la planta se repartió en tres viviendas. Dos de ellas eran exteriores, con dos ventanas a la calle Fuencarral cada una y luego con dos profundos pasillos que conducían a la cocina y al retrete, situados al fondo del edificio, junto a los patios de luz. La tercera vivienda era la más modesta de toda la planta. Completamente interior, apenas contaba con la cocina, un dormitorio con vistas al patio, una sala con ventana a otro patio y un pequeño cubículo sin ventilación al que, con cierta

benevolencia, se consideraba en el plano como un dormitorio. El contraste entre la modestia de esta vivienda y el lujo y generosidad desplegada en las otras cuatro, podía hacer pensar que se trataba de un retal, de una manera de aprovechar un espacio que de otra manera se hubiese perdido en el diseño de la casa.

Los inquilinos que se podían encontrar en 1905 en esas cinco viviendas del piso principal dan la talla de la distinción y la comodidad que representaba vivir en aquellos dos edificios de la calle Fuencarral. Aunque había grandes diferencias de riqueza entre el médico que habitaba la vivienda más lujosa, por la que pagaba 155 pesetas al mes, y la maestra de primaria que ocupaba con su madre y su sobrino el modesto interior, que sólo costaba 25, lo cierto es que las cinco familias podían considerar que pertenecían a un mismo grupo social. Las cinco se distinguían por su forma de vida, por el trabajo que tenían y por los ingresos económicos de los que disfrutaban. Tras el resto de las puertas se podía encontrar la familia de un militar empleado en el Ministerio de Marina que pagaba 60 pesetas de alquiler, la de un comisionista que pagaba otras 60 y una pensionista solterona cuya vivienda costaba 55. Ninguno de ellos eran trabajadores manuales, sino profesionales liberales o gente que dependía de un sueldo o una retribución fija anual. Ni siquiera en la vivienda más modesta cabía un artesano cualificado, ni mucho menos un jornalero. No era sitio para ellos, no estaban hechas aquellas casas para que las pudieran pagar gentes tan humildes. Otra cosa es que, dentro de este mundo de empleados, profesionales liberales y rentistas, hubiera sus propias diferencias, sus clases, que colocaban a cada uno según su capacidad en un sitio u otro del edificio. A los más acaudalados, como el médico, en la vivienda con siete habitaciones con vistas a la calle y a los menos favorecidos, como la maestra, en el dormitorio con ventana al patio.

Esa homogeneidad social que se podía encontrar en el piso principal, se extendió a todo el edificio. Abelardo Nieto apostó por que todas las plantas de sus casas guardaran los mismos criterios de calidad y lujo que el piso principal, que solía ser siempre el más noble. No importaba cuántas escaleras había que subir, en todos los pisos se podía encontrar la misma distribución, con pequeñas variaciones: todas las viviendas eran exteriores menos un pequeño interior. Por eso no existían grandes diferencias de alquiler dentro del mismo edificio, sólo las que se derivaban de la altura y el número de escalones que las separaban de la calle. La vivienda más amplia del entresuelo del número 152 costaba 72,50 pesetas al mes; la misma vivienda, con mismo número de habitaciones y distribución, cuatro tramos de escalera más arriba se rebajaba a 65 pesetas, como compensación de los esfuerzos diarios por elevarse tanto desde la calle. Con los interiores la relación era inversa: cuanto más baja, menos luz se recibía y menos costaba el alquiler. El entresuelo interior del 152 duplicado costaba 15 pesetas mensuales, cuatro pisos más arriba, donde las vistas al patio no eran tan lúgubres, 27 pesetas y media. Abelardo Nieto había sido fiel a su idea de no dejarse arrastrar por la codicia en la construcción de su finca y mantuvo la calidad en todas las viviendas, sin distinción de la planta en que se situaran. Sólo se traicionó en un punto: en 1905 había puesto en alquiler una de las buhardillas, que en un principio iban a ser destinadas a trasteros. Allí, en el palomar, porque eso era a lo que se parecía, más que una auténtica residencia humana, habitaban Celestino Cano, un jornalero de 29 años, su mujer Daniela de 31 y el hijo de cinco años que ambos tenían. No pagaban más que 11 pesetas y 25 céntimos al mes por un cuarto reducido en aquel edificio tan distinguido³³. De todas maneras, su presencia no distorsionaba demasiado el clima de prosperidad y acomodo que reinaba en aquella comunidad de vecinos. Tanta era la diferencia entre

³³ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905, caso nº 5.871 – Cardenal Cisneros.

ellos y el resto, que seguro que Daniela y Celestino subían rápida y discretamente las escaleras, pretendiendo pasar desapercibidos y sin que se notara que ellos no pertenecían aquel mundo de empleados, literatos, rentistas y propietarios que circulaban por las mismas escaleras. Lo mejor era no hacerse notar, no fuera a ser que el casero se arrepintiera de haberles ofrecido aquella habitación tan barata y los echara del edificio.

Tabla 8.3: Ocupación de las casas construidas por Abelardo Nieto en 1905

cuarto						11,25 ptas Jornalero
tercero	65 ptas pensionista 875 ptas/año	60 ptas empleado del juzgado 1200 ptas/año	55 ptas 3 mujeres turistas extranjeras	55 ptas empleado particular 6000 ptas/año	50 ptas empleado particular 2100 ptas/año	27,50 ptas madre soltera e hijo dependiente comercio
segundo	83,33 ptas sin profesión	67,50 ptas archivero militar 6000 ptas/año	60 ptas profesora de secundaria 2750 ptas/año	57,50 ptas empleado Ayto 2000 ptas/año	52,50 ptas literato estadounidense	25 ptas viudo de 77 años
primero	propietario A. Nieto dueño de la casa	70 ptas propietario	25 ptas Comerciante droguero	62,50 ptas empleado de correos 2000 ptas/año		60 ptas profesor, belga 1800 ptas/año
principal	155 ptas Médico		60 ptas empleado militar	60 ptas comisionista	55 ptas pensionista	25 ptas maestra 1650 ptas/año
entresuelo	72,50 ptas oficial telégrafos 3.000 ptas/año	62,50 ptas empleado 1250 ptas/año	Desalquilado	60 ptas propietario	55 ptas jubilado 1200 ptas/año	15 ptas pensionista viuda 625 ptas/año
tiendas	80 ptas talabartería	125 ptas comestibles	sin alquiler portería vacía	65 ptas carnicería	sin alquiler portería	45 ptas Droguería
	FUENCARRAL Nº 152			FUENCARRAL Nº 152 DUPLICADO		

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte 1905
casos nº 5.837-5.871 – Cardenal Cisneros y AVM, Secretaría 9-481-7

A Abelardo Nieto el negocio le salió redondo. En 1905, los alquileres de sus edificios de la calle Fuencarral le rentaban nada más y nada menos que 19.255 pesetas al año, una cifra que superaba con creces al salario del empleado más alto de la administración³⁴. Y eso que no tenía todas las viviendas alquiladas. Por aquel entonces: un entresuelo estaba vacío y además se había reservado para su propia residencia una de las más lujosas: el primero exterior del nº 152, cuyo alquiler habría sido de 83 pesetas

³⁴ Ese mismo año, en el padrón de 1905 del Ensanche Norte, el salario anual más alto de un empleado al servicio del Estado, era el de Ricardo Molina Rodríguez, que cobraba 15.000 pesetas como presidente de sala del Tribunal Supremo (AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 3.364 – Fernando el Santo); para encontrar empleados que superaran en su sueldo a los ingresos que recibía Abelardo Nieto de sus alquileres, había que rebuscar en los más altos puestos de la empresa privada y fijarse en gentes que tenían más de financieros e inversores que de trabajadores, como Guillermo Michaud van Muyden, director del Crédit Lyonnais en España y cuyo sueldo era de 25.000 pesetas (AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 3.195 – Fernando el Santo).

mensuales de no haber sido ocupada por él³⁵. Abelardo Nieto debía una parte del éxito de su negocio a la buena situación de su solar; también había sido definitivo el momento en que había decidido poner en marcha la idea. Había sabido esperar el mejor momento para construir. Su parcela había permanecido abandonada, sin uso durante muchos años, mientras en los alrededores se construía en función de las expectativas y de las posibilidades de cada época. A mediados del siglo XIX aquellos terrenos habían sido pasto de las fábricas, de los cementerios y de las casitas bajas que habían formado el arrabal de Chamberí. Más tarde habían surgido modestos edificios de viviendas. A finales de siglo llegó el momento de la gran explosión inmobiliaria del Ensanche y de su revalorización definitiva y se habían podido cosechar grandes ganancias como esas casi 20.000 pesetas que recogía cada año Abelardo Nieto sólo en concepto de alquileres.

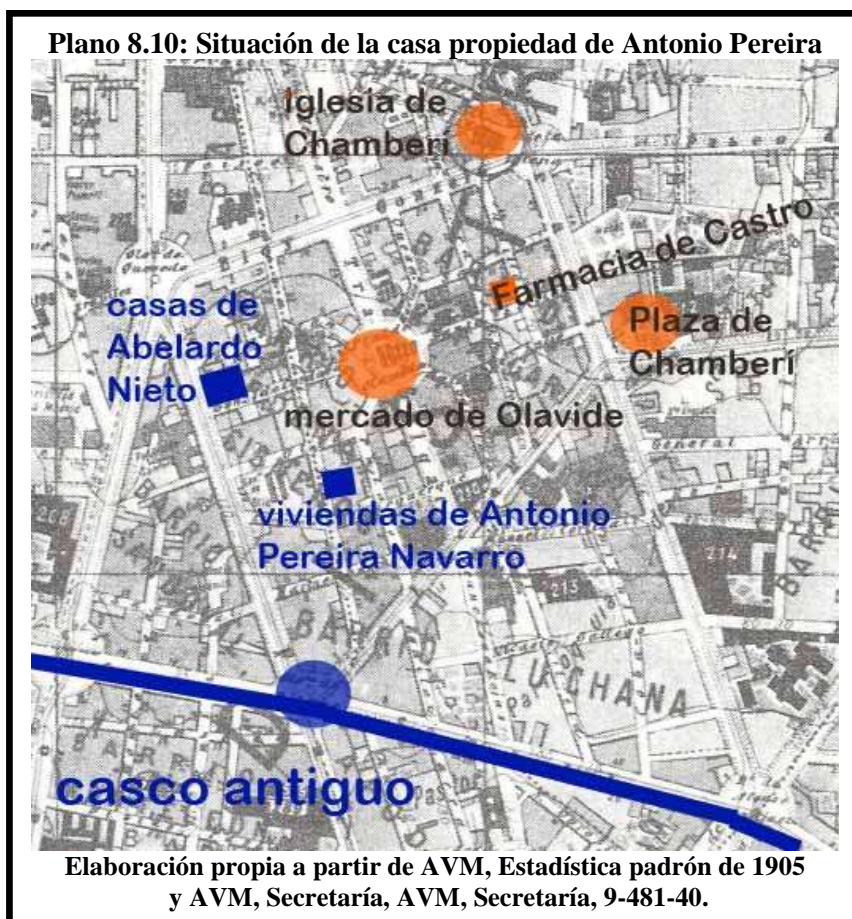
Los que se habían precipitado, los que habían construido mucho antes que él, le debían mirar con lógica envidia. Había muchos propietarios de una parcelita que habían optado hacía décadas por lo que por aquel entonces parecía una buena manera de dar salida a ese terreno que tenían en las afueras de Madrid. Entonces habían construido una casa modesta, de una sola planta baja o a lo sumo dos, para alquilar a las familias de artesanos y jornaleros que por allí estaban instalados. ¿Quién les iba a decir que años más tarde las familias de empleados y de médicos, con suficiente dinero como para pagar un buen alquiler, se iban a querer trasladar a aquellos barrios? Ahora veían como junto a sus modestas propiedades se alzaban aquellos grandes y lujosos edificios de viviendas que generaban fabulosas rentas cada año a sus propietarios, y puede que se arrepintiesen de la decisión que habían tomado en su día. Abelardo Nieto le estaba sacando los ahorros a los médicos, a los empleados y a los maestros de escuela, y ellos seguían con sus casas para pobres, para jornaleros, costureras, a los que no podían pedir mucho más de 10 pesetas de alquiler al mes.

Antonio Pereira era uno de estos propietarios de fincas urbanas arrepentidos e insatisfechos con su inversión. Tenía un edificio en Cardenal Cisneros, en la calle paralela a Fuencarral donde Abelardo Nieto había construido su fabulosa casa de alquiler. Una y otra propiedad estaban tan sólo a unos pasos de distancia, pero la de Antonio Pereira era mucho más modesta. Primero por el sitio donde se encontraba. La calle Cardenal Cisneros había sido una de las primeras en que habían aparecido edificios en las afueras hacia los años 50 del siglo XIX. Entonces a la zona se la conocía como *Las Charcas de Mena* y no era más que una calle mal trazada en las inmediaciones del fielato de la puerta de Bilbao, donde se habían instalado unos cuantos artesanos, un par de tahonas y un buen puñado de tabernas que se aprovechaban de no tener que pagar impuestos por estar fuera de la ciudad. La calle, muy cercana a la plaza de Olavide, mantuvo durante décadas su aire pueblerino y su carácter popular. Muchas de las edificaciones eran casas bajas con un piso superior como mucho, en las que las viviendas se reducían a dos o tres cuartos pequeños. Y así era la casa de Antonio Pereira a comienzos de la década de 1890, un edificio de alquiler con una planta baja en la que había dos tiendas-taller y dos viviendas interiores y un primer piso con cuatro viviendas, dos con vistas a la calle, dos con vistas a un patio trasero.

Aunque hubiese querido, Antonio Pereira no habría podido construirse un edificio como el de su vecino Abelardo Nieto. Su parcela era mucho más pequeña, de tan sólo 212 metros cuadrados (la de Abelardo Nieto superaba los 600). Además, al estar situada en una calle secundaria, la ley no le permitía llegar tan alto. En las vías principales, como Fuencarral, se podía llegar hasta los cinco pisos, pero en las calles más estrechas, como Cardenal Cisneros, que sólo tenía diez metros de lado a lado, lo máximo que permitían

³⁵ Era lo que declaraba Abelardo Nieto en el padrón de habitantes de 1905; señalaba un valor de alquiler para su piso de 1.000 pesetas anuales.

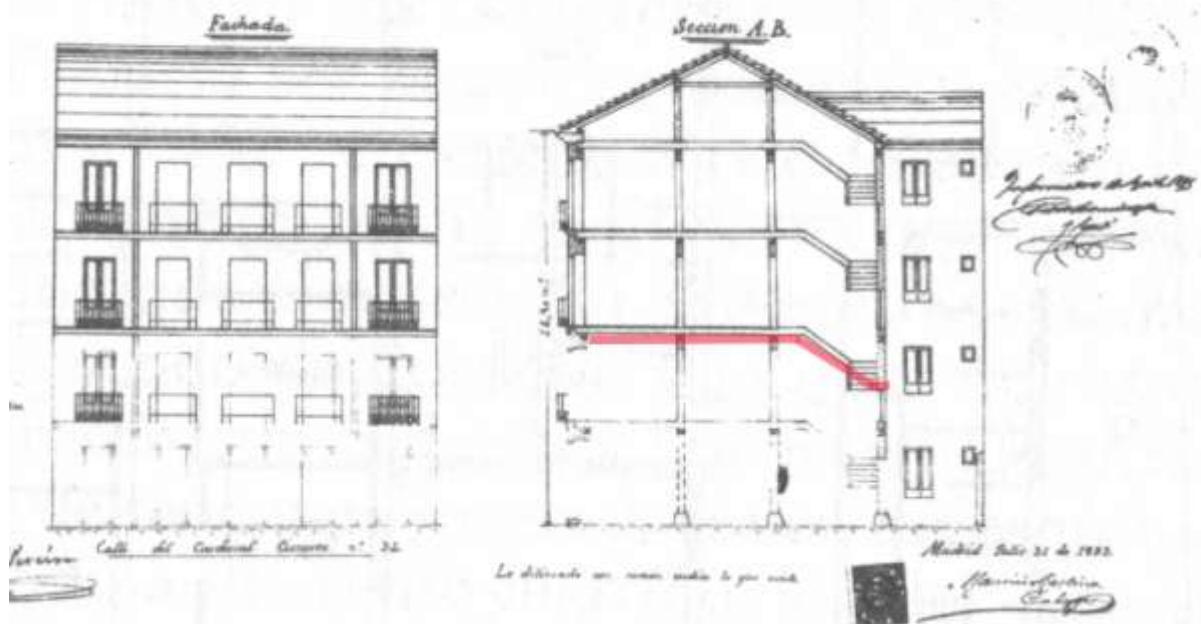
las ordenanzas municipales eran tres alturas. Claro que lo que tenía por aquel entonces el señor Pereira, que era una casa de bajo y principal, era mucho menos. En total había ocho viviendas en ella, por las que cobraba unos alquileres bajos que le arrojaban unas 2.000 pesetas al año. Estaba perdiendo la oportunidad de tener otras ocho más si construía por encima un piso segundo y un tercero, tal y como la ley hacía posible. Incluso alguna otra si se apuraba el espacio y se instalaban un par de buhardillas en la parte superior para alquilarlas alguna familia jornalera desdichada.



Puede que Pereira se hubiese equivocado en su día al comprar aquel solar y no uno en la calle Fuencarral con el que hacer grandes negocios, pero en 1893 no iba a seguir dejando de ganar aquel dinero que podría si su casa fuese más alta. No iba conformarse con ese pequeño pellizco mientras otros llenaban sus arcas con los lucrativos inmuebles de la calle Fuencarral. Así que un buen día se dirigió al Ayuntamiento y lo mismo que otros iban con su proyecto para construir edificios de nueva planta, Pereira presentó una solicitud para que se le concediera licencia para reformar el edificio que ya tenía en la calle Cardenal Cisneros, ampliando las dos plantas ya existentes, con un piso segundo y un tercero destinados a viviendas de alquiler³⁶.

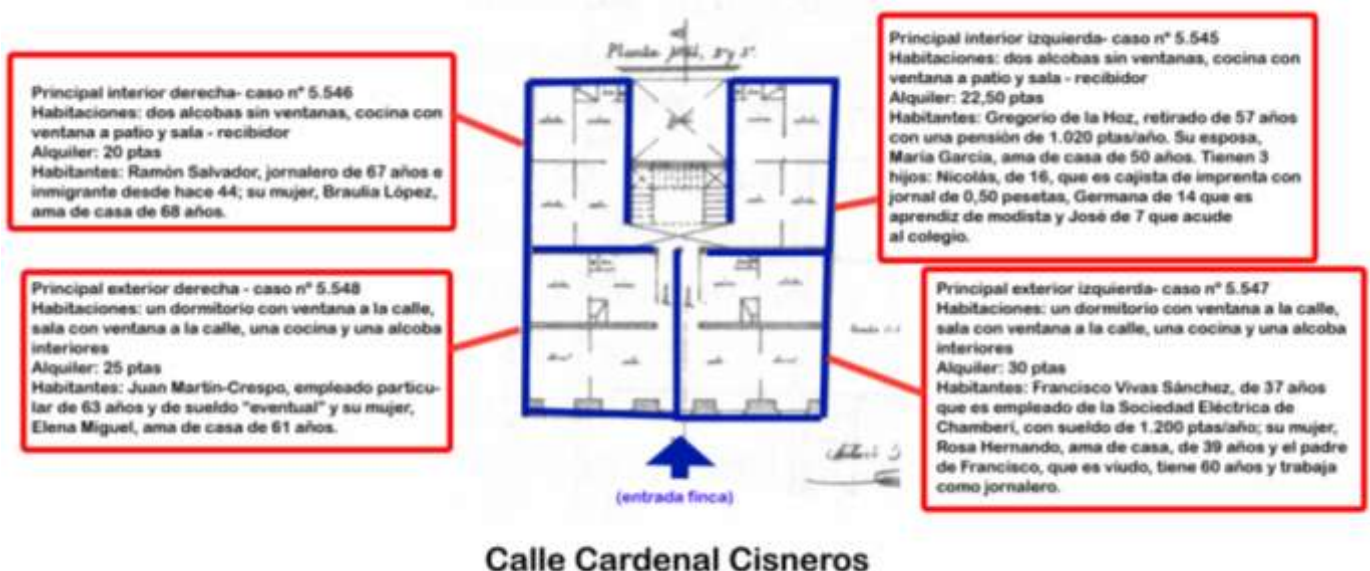
³⁶ Expediente de Antonio Pereira solicitando licencia para levantar dos pisos en la calle Cardenal Cisneros, 1893, AVM, Secretaría, 9-481-40.

Fig. 8.2: Planta y sección de las reformas proyectadas por Antonio Pereira Navarro en su edificio de la calle Cardenal Cisneros.



AVM, Secretaría, 9-481-40. En rojo aparecen destacado el antiguo tejado de la casa de Antonio Pereira, sobre el que propuso la construcción de dos plantas nuevas.

Plano 8.11: Ocupación de las viviendas del piso principal de la calle Cardenal Cisneros, finca construida por Antonio Pereira y Navarro



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905, casos n° 5.545-5.548 y AVM, Secretaría, 9-481-40.

Al ampliar su edificio, Antonio Pereira no pretendió cambiar el tipo de viviendas ni dirigir su inversión a otro tipo de inquilinos. Probablemente sospechara que a aquella calle estrecha y bulliciosa, en el que los ruidos de los talleres, las tabernas y las tiendas tanto alborotaban, no iba a dirigirse ninguna familia burguesa en busca de un alquiler. Quizá también fuera una actitud conservadora, reacia a arriesgar su capital. Si hasta entonces le había ido bien alquilando casas para familias modestas, no había ninguna razón para cambiar. En los planos que presentó al Ayuntamiento mantuvo la sencillez que ya había caracterizado a la distribución de habitaciones de su antiguo edificio. Por cada piso, había cuatro viviendas: dos exteriores y dos interiores, cada una con dos habitaciones para dormitorio o alcoba, una sala y una cocina con su retrete.

Una visita a los inquilinos del piso principal de la casa de la calle Cardenal Cisneros permitía comprobar la brecha que se abría entre aquellas viviendas modestas y las de la calle Fuencarral. El tono del edificio lo daban los empleados del más bajo escalafón, que cobraban menos que un maestro de Escuela, como Francisco Vivas, que habitaba en una de las casas con balcón a la calle y tenía un sueldo de 1.200 pesetas anuales en la Sociedad Eléctrica de Chamberí³⁷. También destacaban los trabajadores manuales y los jornaleros que, si en el edificio de la calle de Fuencarral vivían de prestado, casi escondidos en las buhardillas, en el de Calle Cardenal Cisneros ocupaban sin complejos los principales. Como Ramón Salvador, jornalero de 67 años, que vivía con su mujer en uno de esos interiores oscuros del primer piso³⁸. Tras las puertas de aquel edificio no se nadaba en la abundancia, prueba de ello era que no era raro que los hijos hubiesen comenzado a trabajar a edades tempranas, como los de Gregorio de la Hoz, ese jubilado que vivía en el otro principal interior. Mientras los hijos varones de los médicos y los abogados de la calle fuencarral podían permitirse pasar sus años de juventud en el Instituto o en la Universidad o recibiendo lecciones de piano y de idiomas, en el caso de las niñas, su hijo Nicolás de 16 años ya se había colocado como cajista de imprenta y su hija Germana, de 14, traía de vez en cuando un real por su trabajo como aprendiz de modista³⁹.

Un rápido vistazo al resto de las plantas mostraba que, a pesar de las diferencias en la condición social de los vecinos de la calle Fuencarral y la de los vecinos de Cardenal Cisneros, la organización de uno y otro edificio era similar. Dentro de cada uno existía esa misma homogeneidad social entre los habitantes. Cada familia era un mundo y las circunstancias diferentes: había jornaleros, empleados de bajo rango, artesanos y mucha viuda que había visto caer sus recursos económicos con la muerte del marido y se había visto condenada a vivir en un interior barato. En el fondo eran diferentes caras de la misma estrechez económica, sino de la pobreza. De la misma forma que la del médico, el propietario de inmuebles, el empleado de alto rango o el comerciante acaudalado eran diferentes versiones de la abundancia y de la riqueza en la calle Fuencarral. Igual en uno y otro edificio existía una gran similitud entre los alquileres de todas las viviendas. Más o menos se movían en el mismo arco, entre las 15 y las 30 pesetas. Los matices respondían a las diferencias en la luz y el aire que cada vivienda recibía y en el número de escaleras que había que subir para llegar hasta ellas. En una calle estrecha como aquella, la casa más cara era la que era exterior y estaba más cerca del cielo y por tanto de la luz. Así los terceros exteriores de Cardenal Cisneros costaban 32 pesetas y media. Las más baratas eran las interiores, poco iluminadas y en lo alto de las escaleras, cuyo alquiler se quedaba en 15 pesetas.

³⁷ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 5.547 – Cardenal Cisneros.

³⁸ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 5.546 – Cardenal Cisneros.

³⁹ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 5.545 – Cardenal Cisneros.

**Tabla 8.5: ocupación de la casa de la Calle Cardenal Cisneros
construida por Antonio Pereira Navarro**

		15 ptas ama de casa; hijos aprendiz de cajista y panadero	15 ptas jornalero	buhardillas
32,50 ptas 3 pensionistas 500 ptas/año	32,50 ptas 3 jornaleros 1 aprendiz de cajista	20 ptas viuda sola	15 ptas viuda con hijos	tercero
30 ptas ama de casa viuda	20 ptas ama de casa viuda	15,50 ptas viuda, hijos bombero (875 ptas/año) y jornalero	15 ptas peón al bañil - hijo albañil	segundo
25 ptas empleado particular	30 ptas empleado 1.200 ptas/año	20 ptas Jornalero	22,50 ptas retirado / hijos artesanos	principal
25 ptas carbonería	30 ptas oficial zapatero	sin alquiler Portería	15 ptas almacén	bajo tiendas
Exteriores		Interiores		

Elaboración propia AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905, casos nº 5.541-5.558

La homogeneidad interna se instaló como un rasgo característico de los nuevos edificios construidos en el Ensanche en el último cuarto del siglo XIX. Esa relativa igualdad de alquileres, esa poca distancia en pesetas entre las mejores y las peores viviendas dentro del mismo inmueble fue una tendencia general, ya para el caso de los edificios destinados a las clases más acomodadas, como el de la calle Fuencarral, ya para los orientados para jornaleros y artesanos, como el de la calle Cardenal Cisneros. Claro que existían diferencias entre las viviendas del exterior y del interior, y entre las del principal y las del tercer piso. Como también las había entre los habitantes que las ocupaban. Pero tales diferencias matizaban más que creaban duros contrastes. El médico que representaba el vecino más distinguido de la casa de Fuencarral 152 y la maestra que vivía en el cuarto interior y que era la de condición más humilde, pertenecían en realidad mundos muy cercanos. Los dos eran trabajadores en los servicios, que gozaban de la seguridad de tener un sueldo más o menos fijo, aunque de muy diferente cuantía. Uno y otro, al cruzarse en la escalera, eran conscientes de lo que les distinguía. Vivir en un mismo espacio, les permitía relacionarse, aunque fuera de pasada y, en última instancia, conocer gente en una situación distinta a la suya propia y no perder contacto con lo que sucedía en otros ámbitos sociales diferentes al que uno y otro pertenecían. Lo que ya no sucedía es que el médico se encontrara en la escalera de su casa con alguien de un mundo completamente distinto al suyo, con un artesano, con una lavandera o un jornalero. Los precios de los alquileres del edificio hacían imposible que ese tipo de trabajadores se instalaran en el inmueble, a no ser que fuera más o menos clandestinamente, escondidos en una buhardilla, desafiando la ley y las ordenanzas municipales.

Algo similar les sucedía a jornaleros, artesanos y empleados de los bajos escalafones que compartían el edificio de Cardenal Cisneros. Sus vidas confluían en las escaleras. Sus mundos se rozaban cotidianamente e incluso podían llegarse a mezclarse dentro de las propias viviendas. Había hijos de jornaleros que habían llegado a convertirse en empleados, como ese muchacho que vivía en el principal y trabajaba para la Sociedad Eléctrica de Chamberí. Su padre, que tenía 60 años y vivía con él, decía trabajar de jornalero. Los hijos de los empleados también podían ser artesanos, como los

de ese jubilado que vivía en uno de los interiores y cuyos descendientes trabajaban, por aquel entonces, el varón como cajista de imprenta, la muchacha como aprendiz de modista. No se podía decir que los jornaleros y los artesanos fueran comunidades aisladas, que las fronteras que los separaban de otros grupos sociales fueran infranqueables. Todo lo contrario, eran más bien borrosas, y el tránsito entre el jornalero, el artesanado y pequeño empleado era fluido y frecuente, hasta el punto de que unos y otros se confundían en las mismas calles y los mismos edificios de Madrid. Tampoco se podía decir del jornalero o del trabajador del taller que no conociera otros mundos, pero sí se podía pensar que no los conocía todos. Porque con el que no se cruzaba en la escalera, con el que no compartía descansillo, era con el médico y el magistrado, con el militar de alta graduación y con el comerciante acaudalado. Porque ellos, los más humildes vivían en la calle Cardenal Cisneros y los otros, los más acomodados, en la calle Fuencarral.

Estos edificios de viviendas en que confluían mundos cercanos pero en los que no se juntaban vidas ajenas, proliferaron en los años de la Restauración hasta convertirse en el modelo de inmueble por excelencia del Ensanche. Las combinaciones de comodidad de las viviendas, de precios de los alquileres y del tipo de inquilinos no pueden reducirse a los ejemplos de Fuencarral y Cardenal Cisneros. La variedad era prácticamente infinita y recorría toda la gama de matices posible dentro de la también variopinta sociedad madrileña. Pero en esencia, todos ofrecían a sus habitantes una visión del mundo igualmente restringida. Ninguno de ellos albergaba en su interior una total diversidad social. Si entre sus habitantes había miembros de la elite social madrileña, de la franja de los más favorecidos, entonces estaban ausentes jornaleros y artesanos. Si por el contrario eran estos los que daban el tono al edificio, entonces faltaban las clases altas en sus viviendas. Entre medias existían unas capas sociales tan diversas como para que pudiera haber edificios con una gran variedad de viviendas y alquileres y no estuvieran representados ni jornaleros ni grandes propietarios. En ellos vivían las clases medias, con su mezcolanza de funcionarios, profesiones liberales, pequeños comerciantes, profesores, empleados de banca y cuantas otras figuras componían este grupo social tan heterogéneo.

En buena medida, la extensión de este tipo de edificios fue resultado del cálculo que cada propietario de una parcela hizo el día que se decidió a construirla y se puso a pensar en el tipo de inmueble con el que la sacaría al mercado de alquiler. Las consideraciones que cualquier promotor inmobiliario hacía, fuese cual fuese el sitio donde estuviera situada su propiedad, eran siempre las mismas. Lo primero que influía era el tipo de calle en la que su parcela se encontraba, si era ancha o estrecha, porque de eso dependerían las alturas que podría construir, pero también el tipo de gente que la iba a habitar. No atraía a la misma gente una calle estrecha y lúgubre que una gran avenida ancha, airada y con una bulliciosa vida comercial. Luego estaba el tipo de barrio, pues no era lo mismo residir a la sombra de los cementerios que en las cercanías de la Castellana o junto al casco antiguo de la ciudad, donde los precios eran más altos. Finalmente, pero no menos importante, pesaba mucho lo que el vecino ya había hecho antes en la parcela de al lado. Bien se sabía que los semejantes atraían a los semejantes y que junto a un edificio de corrala no iban a venir a instalarse una gran familia a vivir. Lo mejor era hacer otra corrala. En la situación contraria sucedía lo mismo. Al lado de un inmueble de lujo resultaría una insensatez construir una casa de viviendas baratas; si tu vecino había conseguido alquilar sus casas por más de cien pesetas al mes, no tenía sentido regalarlas por debajo de las 30. Y de esta manera, junto al lujo se construía más lujo.

Caso nº 1 Casa Covarrubias nº 1

segundo	500	500	
primero	625	416,65	
principal	1250		
bajos	portería	200	700
alquileres	medio: 598,81	mínimo: 200	máximo: 1250

Caso nº 2 Génova nº 15

tercero	177	177	
segundo	354,17	375	
primero	416,66		
principal	354,17	sin alquiler	
bajos	cochera	portería	218,75
alquileres	medio: 296,11	mínimo: 177	máximo: 416,66

Caso nº 3 Almagro 10

tercero	100	145	
segundo	165,5	135,45	
primero	100		
principal	165	125	333,33
entresuelo	140		
bajos	cochera propiedad	80	portería
alquileres	medio 148,93	mínimo: 80	máximo: 333,33

Caso nº 4 Santa Engracia nº 20

Tercero	70	90	
segundo	75	100	
primero	80	110	
principal	85	115	
entresuelo	70	90	
bajos	tienda s.a.	85	portería
alquileres	medio: 88,18	mínimo: 85	máximo: 115

Plano 8.12: muestra de edificios de vecindad en el Ensanche Norte en 1905



Caso nº 5 Trafalgar nº 22

buhardillas	10	10	
tercero	35	32,5	45
segundo	45	40	50
primero	50	42,5	55
principal	40	50	
entresuelo	70	80	
bajos (tiendas)	250	145	portería
alquileres	medio: 61,76	mínimo: 10	máximo: 145

Caso nº 6 Santa Feliciano 16 duplicado

tercero	33	32,5	
segundo	40	32,50	
primero	30	32,5	
principal	37,5	30	
bajos	35	40	portería
alquileres	medio: 34,30	mínimo: 30	máximo: 40

Caso nº 7 Galileo 20

Tercero	20	13,75	12,5	12,5	12,5	12,5
Segundo	15	15	13	12,5	12,5	10
Principal	25	15	13,75	13,75	12,5	12,5
Bajos	35	35	10	10	11	
Alquileres	medio: 15,44		mínimo: 10		máximo: 35	

Con estas coordenadas, el carácter general del edificio ya estaba decidido, luego los matices interiores eran poca cosa; las diferencias de alquiler entre las viviendas se ajustaban en función del número de habitaciones que tenía cada una, las ventanas a la calle y hasta los escalones que había que subir para llegar a ella. En tal calle, tan lejos o tan cerca del centro y en la que habían sido construidos determinados edificios, el promotor inmobiliario tenía bastante claro lo que debía de hacer. Por ejemplo, cuando se construyó el número uno de la calle Covarrubias, en la esquina con el bulevar de la Ronda de Bilbao (hoy calle Sagasta), no hubo ninguna duda. Se trataba de una de las zonas más codiciadas de Madrid. Estaba junto a los altos tribunales de justicia y muchos de sus ilustres trabajadores querían vivir allí. También se situaba a unos pasos de la recién inaugurada Biblioteca Nacional y del Paseo de la Castellana, donde las mejores familias de Madrid habían establecido sus residencias. El alquiler medio de las viviendas del número uno de Covarrubias, que en 1905 era de 598 pesetas mensuales, no ofrece dudas del gran lujo con que se acometió la edificación. Tampoco del tipo de personas que lo habitaban; la vivienda más barata costaba 500 pesetas al mes, algo sólo al alcance de una minoría de banqueros, grandes terratenientes, marqueses y diplomáticos, que era el tipo de gente que se podía encontrar en sus escaleras⁴⁰.

Las mismas fuerzas (el tipo de barrio, de calle y de los habitantes que había alrededor), aunque combinadas de otra manera, influyeron en la forma que adquirió el edificio del número 16 duplicado de la calle Santa Feliciano. Estaba situado en el arrabal, frente a la ya vieja farmacia de Benigno Castro. Aquella esquina conservaba esa humilde prosperidad que había marcado los primeros tiempos de Chamberí. Era una calle estrecha, pero sus edificios estaban construidos con gusto y buscando cierta comodidad para los inquilinos. No había por qué quebrar la línea de los inmuebles ya edificadas. Así que la casa del 16 de Santa Feliciano ofrecía viviendas de un precio medio, que en todos los casos superaba las 30 pesetas. Esa era una cantidad que podía pagar un empleado, un profesor de primaria o un carpintero con su propio taller abierto, como los que en 1905 vivían allí, pero que no entraba en el presupuesto de un jornalero ni un oficial que trabajara para ese mismo carpintero con taller abierto⁴¹. Por otro lado, el edificio, a pesar de la preocupación que su promotor hubiera puesto en ofrecer viviendas decentes, no reunía la calidad como para que un médico, un propietario o cualquier otro miembro adinerado de la sociedad madrileña se trasladara allí. Y así hasta el infinito. En el inmueble de la calle Trafalgar 22, con alquiler medio de 61 pesetas y un precio mínimo de las habitaciones de 10, había sitio para empleados, comerciantes y un par de buhardillas para jornaleros, pero no para profesionales liberales⁴². En la calle Santa Engracia, con precios medios de 88 pesetas, se acogía a funcionarios de alto rango y licenciados e ingenieros, pero no había hueco para los trabajadores manuales. La de la calle Galileo 20, con unas viviendas que rondaban las 15 pesetas, abría sus puertas a los trabajadores manuales, pero no albergaba un espacio que se adecuara a las necesidades y a los deseos de un empleado mediano⁴³.

Todos estos edificios de vecindad, construidos siguiendo el cálculo que hacían los propietarios de las parcelas para obtener el máximo beneficio, constituyeron la lógica de actuación inmobiliaria predominante en los años finales del siglo XIX. Al

⁴⁰ AVM, Estadística, Padrón del Ensanche Norte, casos nº 8.996-9.006 – Luchana. Caso nº 1 en el plano ofrecido en páginas anteriores.

⁴¹ AVM, Estadística, Padrón del Ensanche Norte, casos nº 5.027 -5.038 – Trafalgar. Caso nº 6 en el plano ofrecido en páginas anteriores.

⁴² AVM, Estadística, Padrón del Ensanche Norte, casos nº 5.151 -5.169 – Trafalgar. Caso nº 5 en el plano ofrecido en páginas anteriores.

⁴³ AVM, Estadística, Padrón del Ensanche Norte, casos nº 749-759 – Alfonso X. Caso nº 4 en el plano ofrecido en páginas anteriores.

mismo tiempo, hubo otras intervenciones en el paisaje residencial del Ensanche que, sin estar tan extendidas, también produjeron un profundo impacto en el aspecto final de los nuevos barrios. No todos los dueños de una parcela en aquellas zonas, habían comprado su terreno con ánimo de especular y de obtener de ellos el máximo beneficio, al menos en términos monetarios. Había también quien no valoraba tanto el negocio que podía obtener, construyendo sobre sus terrenos para ponerlos en venta o alquiler, sino que buscaba otro tipo de satisfacciones. El deseo de incrementar el patrimonio, de asegurarse una buena renta anual a partir de los alquileres recibidos no estaba siempre detrás de las construcciones en el Ensanche Norte. Había propietarios de terrenos que podían buscar otro tipo de beneficios. Al dueño de una parcela también le podía guiar el simple deseo de construirse una casa a la medida de las propias necesidades y de los propios caprichos. No era nada nuevo. Desde antes del que el Ensanche fuese aprobado, ya había habido quien se había aventurado a abandonar el casco antiguo de la ciudad y marcharse a las afueras para establecer allí su residencia, sin las estrecheces que imponía el *Viejo Madrid*. Uno de los primeros había sido Andrés Arango, el gran promotor del barrio, que hacia 1840 se había instalado en una quinta de recreo en los bordes de la Castellana, cuando en el Paseo no habitaba nadie. Luego había llegado Miguel Sainz De Indo que se había construido su espectacular palacio, casi en el Hipódromo, una maravilla arquitectónica que merecía ser citada y recomendada al paseante en las guías turísticas. Además, el gran industrial vasco había sabido combinar la satisfacción de sus propios deseos de comodidad y lujo con el negocio. Al lado de su palacio había construido un buen puñado de hotelitos para vender y alquilar a aquellos que, como él, estuvieran por encima del resto de los madrileños y no les valiera con vivir en el mejor principal del más caro edificio de vecindad y necesitaran su propia casa con jardín para sentirse a gusto.

El hotel, el edificio unifamiliar rodeado de jardín, se convirtió en la década de 1880 en el ideal de residencia privada entre las altas clases madrileñas⁴⁴. Como el palacete de la antigua ciudad barroca, el hotel en medio de una finca, simbolizaba en lo arquitectónico el triunfo conseguido en sociedad. Permitía que los viandantes, cuando pasaran por delante, pudieran comprobar la talla y el poder que el propietario había alcanzado. Sólo las mayores fortunas podían permitírselo. Construir un hotel significaba despreciar la oportunidad de negocio y en vez de construir un edificio de viviendas para instalarse en el principal, sacrificarlo todo para la propia comodidad. Era algo que estaba al alcance sólo de los que ya habían ganado suficiente dinero y no necesitaban convertirse en caseros para poder vivir cómodamente.

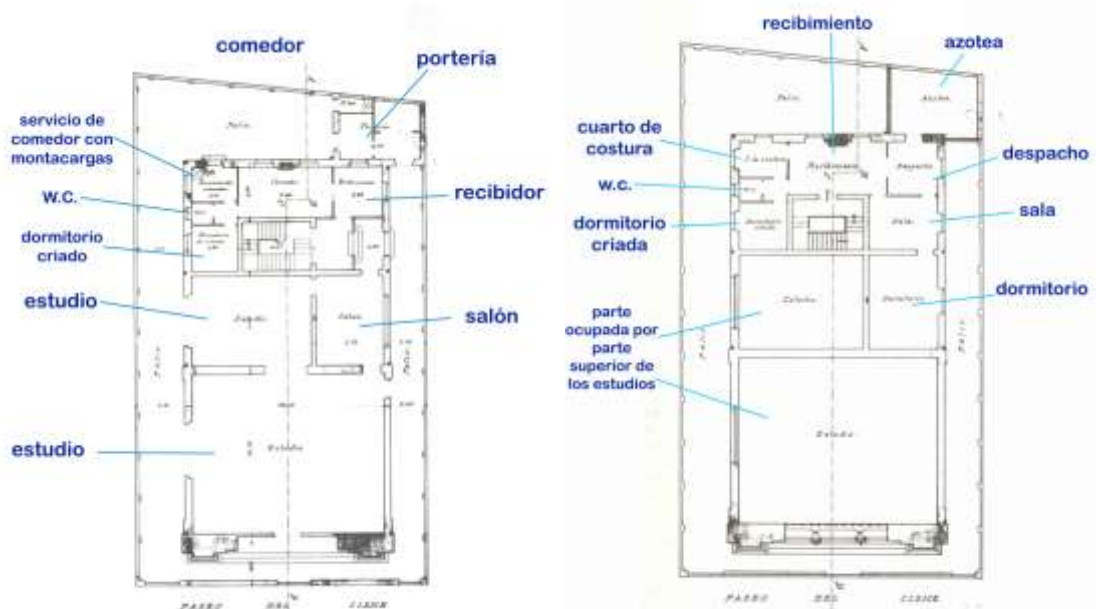
El escultor Agustín Querol era uno de ellos. En 1893, mientras José García construía sus modestas viviendas en el barrio de los cementerios, Abelardo Nieto iniciaba su fabuloso negocio en la calle Fuencarral o Antonio Pereira se devanaba los sesos para sacar un poco más jugo a su inmueble de la calle Cardenal Cisneros, el célebre artista Agustín Querol podía considerar innecesario preocuparse por la forma de conseguir más dinero del que ya tenía. Los éxitos y los contratos le llovían en los últimos años, tras haber conseguido el primer premio de escultura en la Exposición Universal de Barcelona de 1888. Acababa de firmar dos esculturas para la fachada de la Catedral de Barcelona y venía de recibir un encargo que le traería gran reconocimiento y una buena recompensa económica: realizar el frontón de la recién inaugurada Biblioteca Nacional de Madrid.

Por entonces en la cumbre del éxito, Agustín Querol había adquirido un terreno en el Ensanche que nada tenía que envidiar, ni por su tamaño ni por su posición, al que

⁴⁴ DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX.*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pp. 325-374.

albergó los edificios de Abelardo Nieto en la calle Fuencarral. Eran 558 metros cuadrados en el Paseo del Cisne, junto a la recién construida iglesia de San Fermín de los Navarros. La zona quedaba en el centro del Ensanche y aún estaba un poco desangelada porque no se habían construido demasiados edificios. El Paseo del Cisne, donde estaba situada su parcela, quizá era la calle que más casas albergara. Era la vía que conectaba el arrabal de Chamberí con la Castellana y desde que Indo había construido sus hotelitos a finales de los 70 al fondo de la calle, habían ido surgiendo en la ribera del paseo unas cuantas residencias de lujo, imitando las del gran financiero vasco. Todo confluía para que, en caso de que quisiese, Agustín Querol obtuviera grandes beneficios de aquel privilegiado solar de su propiedad, si se empeñaba en explotarlos como negocio

Plano 8.13: Planta baja y planta principal de la vivienda de Agustín Querol en Paseo del Cisne 25



AVM, Secretaría, 9-481-41

El célebre escultor tenía otras preocupaciones en la cabeza por aquel entonces. Lo que le interesaba no era abrir más frentes de ganancias económicas en su vida sino seguir haciendo lo mismo de la mejor manera posible, dedicarse a su vida de escultor. Por eso decidió dedicar su gran solar exclusivamente para una casa de uso particular, en la que poder tener un estudio adecuado a su grandeza como artista, que andaba en proporción al tamaño de sus esculturas. Las dimensiones de los encargos que recibía ya no le permitían trabajar en un oscuro taller. Para llevar a cabo el frontón que tenía ideado para la Biblioteca Nacional necesitaba espacio, no sólo por la mole de las esculturas, sino para que pudieran trabajar todos los colaboradores que habría de contratar. Agustín Querol ni se debió llegar a plantear construir un edificio de viviendas en su solar. Lo consagró en exclusiva a un lujoso hotelito que sólo ocuparían él, sus herramientas y sus esculturas.

La residencia de Agustín Querol en el Paseo del Cisne era una buena muestra de la magnificencia que podía alcanzar la construcción cuando el dinero no era un problema ni el mayor interés, cuando el objetivo no era obtener beneficios sino satisfacer las necesidades y los deseos personales y se contaba con los recursos suficientes para hacerlo. La vivienda del escultor tenía dos partes diferenciadas: una para estudio y zona de trabajo, otra para su vida privada. El taller se situaba en el frente del edificio, en la fachada al Paseo del Cisne; era una gran sala de más de 130 metros cuadrados y 12 de altura. Un enorme cubo acristalado que constituía el sueño de cualquier artista. Allí podría trabajar a lo grande, con luz natural y con cuantos colaboradores quisiera. No tendría problema alguno en materializar sus proyectos y diseños por grandiosos que fueran.

En la parte destinada a residencia, se podía observar el grado de especialización que podía alcanzar la distribución de las habitaciones en la vivienda de las familias acaudaladas cuando se disponía de espacio. En una casa grande como aquella, que lo era mucho más que los extensos pisos principales de la calle Fuencarral, había mucho más que dormitorios, comedor y despacho. Agustín Querol, que además era soltero y no tenía familia conviviendo con él, disponía de todo el sitio necesario para organizar su vida cotidiana tal y como su refinado gusto le hacía desear. Se podía permitir que la cocina quedase apartada y que sus olores no llegaran hasta su zona de trabajo o impregnaran las cortinas del salón o del comedor. Si quería, incluso podía no pisarla en la vida, puesto que la había situado en el sótano, junto a la despensa y la bodega. Los alimentos eran subidos en un pequeño montacargas por los criados y aparecían, como por arte de magia, servidos a su mesa. Nunca veía cómo se cocinaban, cuáles eran las tareas necesarias para que todos aquellos manjares acabaran en su plato. Él no tenía por qué preocuparse de esos pequeños detalles de la vida diaria.

Plano 8.14: Sección y distribución de las habitaciones por planta de la casa de Agustín Querol en Paseo del Cisne nº 25



AVM, Secretaría, 9-481-41

Aunque su trabajo como escultor estaba muy presente en el diseño de la casa y gran parte de la superficie la ocupaban el estudio y el taller, Agustín no se había olvidado de dejar sitio para disfrutar los ratos en los que no estaba ocupado con el martillo y el cincel. Además de las zonas destinadas a la recepción de visitas en la planta baja, como el comedor o el salón, al no tener que preocuparse por situar las habitaciones de unos hijos de los que carecía, en la planta principal pudo establecer otra sala y un despacho para su propio gozo. Tampoco faltaban los dormitorios para los criados, uno en la planta baja, otro en el principal, pues dos criados habrían de bastar para servir a una familia de la que él era el único miembro⁴⁵.

La vivienda y la comodidad que podía disfrutar Agustín Querol eran las de un privilegiado. El común de los madrileños desarrollaba su vida cotidiana en unas condiciones mucho más modestas. Los habitantes del 152 de la calle Fuencarral, que tan superiores podían sentirse a los vecinos de la calle Cardenal Cisneros, tenían que atravesar la cocina y mezclarse con las criadas para ir al aseo, cosa que por ejemplo, Agustín no tenía que hacer. El dormitorio del médico que vivía en aquel amplio principal que hacía esquina con la calle Gonzalo de Córdoba, daba pared con pared con la cocina, y su inquilino no podía evitar muchas noches, en sus horas de reposo, oír como la sirvienta seguía trajinando con platos, ollas y cubiertos. A Agustín Querol eso no le sucedía; los ruidos de la cocina se quedaban ahogados en el subsuelo, junto a los cimientos de la casa, dos plantas por debajo de su cama.

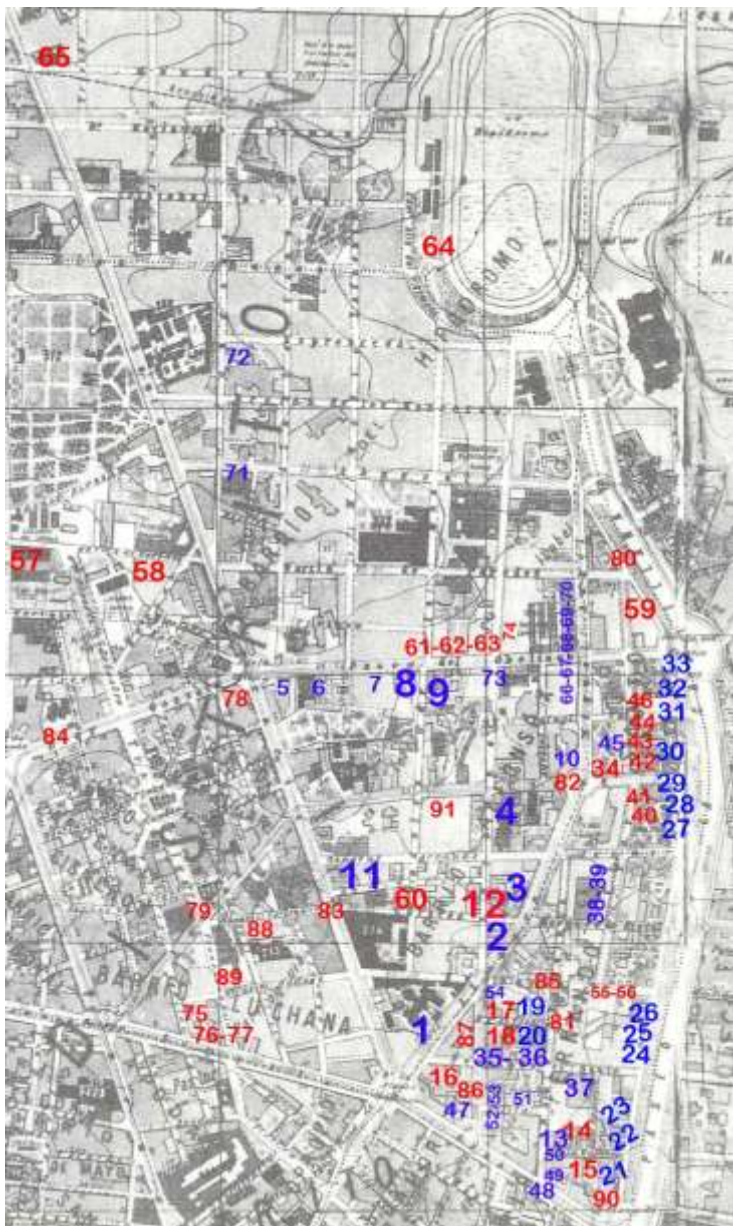
Estaba claro que Agustín Querol se situaba un escalón por encima, pero siendo excepcional su forma de vida, no era rara en un Madrid en que residían las mayores fortunas del país. Al margen de la particularidad de aquel gran espacio destinado a su trabajo como escultor, su casa no era única en los nuevos barrios, ni por sus rasgos arquitectónicos ni por el lujo que reunía. Antes que él ya se habían trasladado muchos madrileños adinerados hacia el Ensanche y lo seguirían haciendo por muchos años. A comienzos de siglo XX, en las calles del norte de la ciudad, se podían encontrar ejemplos más deslumbrantes que el suyo. Gonzalo de Figueroa y Torres, conde de Mejorada del Campo, senador vitalicio, banquero, gran propietario terrateniente, empresario y, como colofón, hermano del conde de Romanones, estaba instalado por aquellos años en el hotel del nº 3 del Paseo de la Castellana, junto a los límites del casco antiguo. En el edificio no sólo había suficientes cuartos para que viviera a sus anchas él, su mujer y sus siete hijos, sino también los 24 criados que formaban el servicio doméstico de la casa. Más que un hogar aquello parecía un ministerio⁴⁶.

En algunos casos, los edificios particulares eran ministerios de verdad. Unas cuantas puertas más allá, en el número 27 del mismo Paseo de la Castellana, se había instalado el embajador de México en España. Como residencia de su familia y sus 18 criados, el embajador había elegido un hotel cuyo alquiler costaba al Estado mexicano 50.000 pesetas al año. No podían ser menos. Si desde el otro lado del Atlántico querían gozar del respeto del gobierno español, el edificio que les representara en Madrid había de deslumbrar⁴⁷.

⁴⁵ La descripción a partir del *Expediente promovido por Don Agustín Querol, solicitando tira de cuerdas y licencia para construir en el solar nº 25 de la calle del Cisne, 1893* AVM, Secretaría, 9-481-41.

⁴⁶ AVM, Estadística padrón del Ensanche Norte, 1905, caso nº 3.084 – Fernando el Santo; la residencia del Conde de Mejorada del Campo es la número 21 en el plano que se ofrece en las siguientes páginas de los hoteles del Ensanche Norte en 1905.

⁴⁷ AVM, Estadística padrón del Ensanche Norte, 1905, caso nº 3.135– Fernando el Santo; nº 26 del plano.



Plano 8.15: Situación de los hoteles y viviendas unifamiliares del Este de la Zona Norte de Ensanche

Leyenda: En cada caso se incluye, dirección, nombre del cabeza de familia, profesión declarada en el padrón, alquiler (Alq.) indicando si es propiedad (p) o si el pago es mensual (m) o anual (a), y el número de habitantes y dentro de estos los que son criados. (p.e.: 10 hab/6 cr).

- 1.- Almagro 5, Luis del Arco y Vizmano, Conde de Arcentales. Alq: p. 19 hab/13 cr
- 2.- Almagro 11, Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno, Alq: 1.041 m 13 hab/9 cr.
- 3.- Almagro 15, José Palacios, Marqués Unza del Valle, Alq: 3.500 m, 9 hab/4 cr.
4. Paseo del Cisne 17: José Palacios Palacios y María Velasco Palacios, Marquesa de Villarreal de Álava, Alq: p, 16 hab/5 cr.
5. Pº Gral. Mtnéz Campos 2, Enrique Girmendi Sagarmariaga, Marqués de Torre Milanos, coronel de ingenieros. Alq: p. 9 hab/5 cr.
6. Pº Gral Mtnéz Campos 4, bis: Carmen Pisana Castillo, propietaria; Alq: 233,33 m. 7 hab/4 cr.
7. Pº Gral Mtnéz Campos 14, Enrique Peinador Vela, médico, Alq: p. 7 hab/ 4 cr.
8. Pº Gral. Mtnéz Campos 16, Mariano Agrela H. de Tejada, propietario, Alq: p. 9 hab/ 6 cr.
9. Pº Gral. Mtnéz Campos 18: Luis Doby Frey, comisionista francés, Alq: 150 m. 4 hab/2 cr.
- 10.- Miguel Ángel 17: Federico Moreno Sandoval, propietario, Alq: p. 6 hab/ 2 cr.
- 11.- Sta Engracia 44,46, Carmen Vicente Ortega, Condesa Vda de Montarco, propietaria. Alq: p. 6 hab/1 cr.
- 12.- Zurbano 34, Mariano Fernández de Hinestrosa Mioño, Duque de Sto Mauro, propietario; Alq: p. 16 hab/10 cr.
- 13.- Alcalá Galiano 1, Lourdes San Miguel, Marquesa de Uría, sus labores. Alq: p. 13 hab, 8 cr.
- 14.- Alcalá Galiano 3, Emilia Irigoistia (figura empadronada en Álava). Alq: 925 m.
15. Alcalá Galiano 4, Manuel Aguirre Tejada, Conde de Tejada, senador vitalicio. Alq: 542,50 m. 16 hab/8 cr.
- 16.- Almagro 6: Brígida Esteva García, Marquesa Viuda de Saavedra, sus labores, Alq: 500 m; 6 hab/4 cr.
- 17.- Blanca de Navarra 1: Luis Alarcón Hierro, abogado; Alq: 200 m. 4 hab/ 2 cr.
- 18.- Blanca de Navarra 4: Segismundo Moret y Pendergast, abogado. Alq: p. 8 hab/ 4 cr.
- 19.- Blanca de Navarra 5 bis, Ángel Castro Menéndez, abogado. Alq: p. 8/2 cr
- 20.- Blanca de Navarra 7, Francisco Alday Icañeta, propietario y comerciante. Alq: p. 6 hab/3 cr.
- 21.- Pº de la Castellana 3: Gonzalo de Figueroa y Torres, Conde de Mejorada del Campo, propietario, Alq: p., 33 habs/24 cr.
- 22.- Pº Castellana 5, Emilio Alcalá Galiano Valencia, Conde de Casa Valencia. Alq: p. 15 habs/8 cr.
- 23.- Pº de la Castellana 7, Joaquín Fernández de Córdoba (ausentes de Madrid). Alq: p.
- 24.- Pº de la Castellana 21, Pedro Olea Crespo, propietario, Alq: p. 12 hab/ 8 cr.
- 25.- Pº de la Castellana 23, Ramón García López, comerciante y banquero, Alq: p. 12 hab/ 5 cr.
- 26.- Paseo de la Castellana 27, Juan A. Beistegui, embajador de México en España, Alq: 50.000 a. 21 hab / 18 cr
- 27.- Paseo de la Castellana 29 - Pº del Cisne 20, Felipe Falcó Osorio, Duque de Montellano, propietario. Alq: 36.000 a. 15 hab/11 cr.
- 28.- Pº de la Castellana 31 – desalquilado
- 29.- Pº de la Castellana 33, Juan Gómez Velasco, propietario. Alq: 375 m. 7 hab/ 4 cr
- 30.- Pº de la Castellana 35, Desalquilado. Dueña Pilar Ortiz López
- 31.- Pº de la Castellana 45, Félix Herrero Velázquez, propietario. Alq: 566,66 m. 19 hab/9 cr
- 32.- Pº de la Castellana 51, José Martínez de las Rivas (empadronado en Bilbao), Alq: 780 m
- 33.- Paseo de la Castellana 53, Francisco Martínez de las Rivas, Alq: 625 m.. 11 hab / 6 cr.

Situación de los hoteles y viviendas unifamiliares del Este de la Zona Norte de Ensanche (continuación)

- 34.- **Pº del Cisne 35**, Manuel Lurcán Olañeta. Alq: p. 8 hab/4 cr.
- 35.- **Fernando el Santo 11**, Antonio Martín Hebot Marqués de Linares, abogado. Alq: p. 16 hab/8 cr.
- 36.- **Fernando el Santo 13**, José Juan Fernández de Villavicencio Corral y Caña Marqués de Castrillo, propietario. Alq: 700 m. 27 hab/17 cr
- 37.- **Fernando el Santo 16**, Desalquilado
- 38.- **Fortuny 3**, Carlos Fernández de Córdoba Pérez Barrados Duque de Tarifa. Alq: p. 8 hab/6 cr.
- 39.- **Fortuny 5**, William Thomas Sulick, propietario. Alq: p. 6 hab/1 cr.
- 40.- **Fortuny 6**, Juan Manuel Sánchez Gutiérrez de Castro, Duque de Almodóvar del Río, propietario. Alq: 6.000 a. 9 hab/6 cr.
- 41.- **Fortuny 8**, José Hoyos Vicent, Marqués de Hoyos, militar ayudante de campo. Alq: p. 7 hab/4 cr.
- 42.- **Fortuny 10**, Fernando Sánchez Arjona Cabeza de Vaca, propietario. Alq: 4000 a. 6 hab/3 cr
- 43.- **Fortuny 12**, Guillermo Rieman Brundbeak. Alq: 1.200 a. 3 hab/1 cr
- 44.- **Fortuny 14**, Hotel de 2 pisos de Pilar Ortiz y Gómez. Desalquilado.
- 45.- **Fortuny 17**, Guillermo Joaquín Osma Seull, diplomático . Alq: p 8 hab/6 cr
- 46.- **Fortuny 18**, Fabrique Álvarez de Toledo Álvarez de Toledo. Conde de Sclafani, Alq: 541,66 m. 16 hab/12 cr.
- 47.- **Génova 9**, Santiago Udaeta Villachica, propietario. Alq: 750 m. 6 Hab/5 cr
- 48.- **Génova 23 - Monte Esquinza 2**, Rodrigo Figueroa y Torres, Marqués.de Torres (ausente en Roma), diplomático y propietario. Alq: p. – 15 hab / 8 cr.
- 49.- **Monte Esquinza 4**, Jorge Maldonado Soto, Cónsul de Grecia y de los Países Bajos, Alq: 375 m, 7 hab/4 cr.
- 50.- **Monte Esquinza 6**, Vicenta Simó Rueda, propietaria. Alq: p (valorado en 110.000 ptas) 9 hab/3 cr.
- 51.- **Orfila 7**, Miguel Irisarri Errazquen, rentista. Alq: 750 m. 13 hab/5 cr.
- 52.- **Zurbano 3**, Emilia Weil Weis (sin profesión declarada). Alq: 835 m. 1 hab.
- 53.- **Zurbano 5**, Juan Muguiro y Beruete, Conde de Muguiro, propietario. Alq: p. (valorado 100.000 ptas). 5 hab/3 cr.
- 54.- **Zurbano 26**, Encarnación Aranda Infante, Condesa de Humanes. Alq: 229 m. 6 hab/5 cr.
- 55.- **Zurbarán 26**, Duque de Montemar. (ausentes de Madrid).
- 56.- **Zurbarán 26**, José Luis de la Torre. Marqués de Guadales (en San Sebastián). Alq: 5.000 a.
- 57.- **Abascal 2**, Lorenzo López Infanta, profesor. Alq: 125 m. 4 hab/2 cr.
- 58.- **Abascal 12**, El propietario está empadronado en la calle San Bernardo.
- 59.- **Pº de la Castellana 59**, Francisco Gueriguet Vila. Comandante del ejército. Alq: 333,33 m. 4 hab/1 cr.
- 60.- **Fernández de la Hoz 28**, Carmen Perdiguer Martínez, sus labores. Alq: p. 2 hab.
- 61.- **General Martínez Campos 15**, Alejandro Bacqué Ledesma, rentista. Alq: 416,66 m. 5 hab/2 cr.
- 62.- **General Martínez Campos 17**, Hotel en construcción.
- 63.- **General Martínez Campos 19**, Albina Polo López, sus labores. Alq: 190 m. 4 hab/2 cr.
- 64.- **Paseo del Hipódromo s/n**, Desalquilado
- 65.- **Maudes 11- Santa Engracia 114**, Emilio Haering Bloch, cónsul retirado, Alq: p. 3 hab.
- 66.- **Miguel Ángel 3**, Antonio García Mencía, artista pintor. Alq: p. 6 hab/1 cr
- 67.- **Miguel Ángel 3duplicado**, Julio García Mencía, artista pintor. Alq: p. 7 hab/1 cr
- 68.- **Miguel Ángel 5**, José María Patoja Agudo, magistrado. Alq: 166 m. 6 hab/2 cr.
- 69.- **Miguel Ángel 7**, Fernanda Méndez Casariego Arnagua de la Puente, sus labores. Alq: 75 m. 3 hab/2 cr.
- 70.- **Miguel Ángel 9**, Joaquín Sorolla Bastida, pintor artista, Alq: 441 m. 7 hab / 2 cr.
- 71.- **Ponzano 6**, hotel desalquilado.
- 72.- **Ponzano 30**, Leopoldo Escolar Gutiérrez, comerciante, Alq: 80 m. 5 hab/2 cr.
- 73.- **Zurbano 42 - General Martínez Campos**, Fernando Díaz de Mendoza Aguado, actor de teatro. Alq: 500 m. 11 hab/6 cr
- 74.- **Zurbano 44**, José Echegaray Eizaguirre, ingeniero de caminos. Alq: p. 7 hab/2 cr.
- 75.- **Nicasio Gallego 2**, Ignacio Fernández de Hinesrosa Mioño, Marqués de Camarasa, propietario. Alq: p. 16 hab/8 cr.
- 76.- **Sagasta 11** Álvaro López de Carrizosa Giles, Conde del Moral de Calatrava,propietario. Alq: p. (valorado en 500 m.) 10 hab/5 cr.
- 77.- **Sagasta 13**, Isabel Iranzo Daguerre, Marquesa de Aguila Real, propietaria, Alq: 750 m. 13 hab/10 cr.
- 78.- **Eloy Gonzalo 18**, Rafael Prieto Caules, abogado. Alq: 333,33 m. 10 hab/5 cr.
- 79.- **Luchana 33**, María Quejerazu Ruiz, sus labores. Alq: p. (valorada en 15.000). 5 hab/1 cr.
- 80.- **Paseo de la Castellana 63**, José González Lameyer, abogado. Alq: 416,66 m. 18 hab/8 cr.
- 81.- **Blanca de Navarra 5 duplicado**, Martín Albiñana Guimbeu. Empleado. Alq: 50 m. 9 hab / 2 cr.
- 82.- **Alfonso X, 1 – Glorieta del Cisne**, Florentino Azpeitia Moros, ingeniero de Minas, Alq: 125 m.10 hab/3 cr
- 83.- **Caracas 1**, Águeda Fernández González, industrial, Alq: 100 hab. 3 hab.
- 84.- **Eloy Gonzalo 5**, Carolina Román Granés, sus labores. Alq: p. 4 hab/2 cr.
- 85.- **Monte Esquinza 33**, Mateo Silvela Casado, artista pintor, Alq: p. 16 hab/5 cr.
- 86.- **Zurbano 12**, Ramón Dalmau Olidar, Marqués de Oliver, abogado. Alq: 416,66 m. 12 hab/4cr.
- 87.- **Zurbano 17**, Agustín Moyano Esteban, abogado, Alq: 312,5° m. 15 hab/5 cr.
- 88.- **Manuel Cortina 3**, Felipe González Vallarino (no está empadronado). Alq: 4.000 a.
- 89.- **Nicasio Gallego 4**, Fernando Casani Díaz de Mendoza, Conde de Vilana, propietario. Alq: p. 13 hab/7 cr.
- 90.- **Paseo de la Castellana 1**, Luis Silva González de Córdoba, Conde de Pie de Concha, diplomático. Alq: 500 m. 11 hab/8 cr.
- 91.- **Paseo del Cisne 10**, Agustín Querol Subirats, artista escultor. Alq: p. 1 hab.

Entre los habitantes de los hoteles también había muchos que buscaban una vivienda de unas dimensiones y grandeza proporcionales a las de sus nombres y no era difícil encontrar títulos nobiliarios en las puertas de las casas, como el de conde Casa Valencia, el duque de Montellano, el duque de Tarifa o el conde de Muguiro, todos ellos residentes en 1905 en las calles del Ensanche Norte⁴⁸. Y luego estaban a los que su nombre no les había precedido en sus vidas, sino que habían sido ellos los que lo habían engrandecido en sus carreras profesionales, políticas o en el mundo de los negocios. Muchos de ellos buscaban ahora refrendarlo con el sello de distinción que proporcionaba vivir en un lujoso hotelito. Y como había hecho Agustín Querol, también se habían trasladado al Ensanche el matrimonio formado por Fernando Díaz de Córdoba y María Guerrero que vivían en el 34 de Zurbano, Segismundo Moret y Pendergast que lo hacía en Blanca de Navarra 4, el pintor Joaquín Sorolla que tenía su residencia en el hotel de Miguel Ángel 9 o el ingeniero de caminos, ex ministro, matemático, literato y desde hacía bien poco todo un premio Nobel, José Echegaray Eizaguirre, que tenía su propia casa con jardín en Zurbano 44.

Poco importaba de dónde procedían las fabulosas fortunas de todos estos vecinos del Ensanche, lo que llamaba la atención era que, en una ciudad en que los altos alquileres obligaban a buena parte de la población a apiñarse en corralas y en edificios de vecindad, ellos pudieran permitirse el lujo de construirse una casa con jardín y patio particulares en una zona urbana que comenzaba a ser relativamente céntrica. El suelo era escaso y caro para todos, salvo para ellos. Por lo general, todos los habitantes de Madrid seguían teniendo que compartir un edificio con otras familias, con gentes que aunque parecidas, a veces no eran exactamente del mismo rango. El puñado de privilegiados que vivían en sus hoteles, no. En ese sentido representaban la forma más acusada de ese proceso de segregación que estaban produciendo los nuevos edificios que se construían en la capital. Y no sólo porque el conde de Muguiro, el embajador de México o el pintor Sorolla no se encontraran artesanos o maestros de escuela en sus escaleras. Eso no era nuevo del todo. Las mayores fortunas de España y los grandes títulos nobiliarios no habían compartido nunca patio de edificio con las clases populares; siempre habían vivido en un lugar aparte, antes un palacete en la ciudad, ahora un hotelito en el Ensanche. Si las clases altas de Madrid se estaban aislando y perdían contacto con el resto de la sociedad en aquellos años se debía sobre todo a que, a la hora de establecer su residencia, estaban eligiendo rincones muy concretos de los nuevos barrios, zonas muy exclusivas en las que sólo ellos podían instalarse.

Durante los primeros años de la Restauración, la construcción de hotelitos se contagió del intenso ritmo de desarrollo que estaba experimentando el Ensanche en su conjunto. En 1905 eran al menos 90 las familias en el Ensanche que vivían en edificios como el que Agustín Querol se había hecho construir en el Paseo del Cisne. Sólo era una pequeña fracción de las más de 5.000 viviendas que ya tenía el Ensanche Norte, pero la fuerza de su impacto no estaba tanto en su número como en su unión. Más que cualquier otro tipo de edificio, los hoteles eran característicos de sólo unas pocas calles del Ensanche, en las que estas familias convivían en un mundo progresivamente cerrado y exclusivo.

En aquella zona de Madrid, el Paseo de la Castellana era la calle del lujo por excelencia. Allí era donde Miguel Sáinz de Indo había construido sus hoteles y hasta allí se habían trasladado muchos otros para imitarle, de la misma manera que estaba sucediendo al otro lado de la Castellana, en el barrio de Salamanca. Como si de un fértil río se tratara, en los bordes del gran paseo que partía hacia el norte de Madrid surgió una ribera rica en la que

⁴⁸ Números 22, 27, 38 y 53 respectivamente del plano.

florecieron las más exquisitas construcciones de la época. En el Ensanche Norte estaba bien claro hasta donde llegaba el influjo fertilizante de la Castellana. Era la franja entre el gran paseo y la calle de Almagro donde se alzaba una gran parte de todos los hoteles. Todavía un poco más hacia al oeste, hasta Santa Engracia, aparecía alguna que otra residencia lujosa, especialmente en las grandes vías como el Paseo del Cisne, la calle Sagasta o el recién bautizado paseo del General Martínez Campos (el antiguo del Obelisco). A partir de Santa Engracia, se hacían raros y más modestos. Sus dueños los denominaban hoteles, pero eran más bien caserones de ladrillo y en realidad poco tenían que ver con los edificios de noble construcción que se encontraban en la Castellana.

Había calles como las de Fortuny, Miguel Ángel o Blanca de Navarra, en que las casas con jardín se sucedían sin interrupción. En otras calles, como Almagro o Zurbano, se alternaban con edificios de vecindad, con varias viviendas en su interior y que alcanzaban los cuatro o cinco pisos de altura. No había tantas familias en Madrid como para sembrar todos los solares de viviendas unifamiliares y de altos precios, así que algunos de los dueños de los terrenos se decidieron por construir edificios de varias alturas y alquilar cada planta a una familia distinta, como se hacía en las otras zonas del Ensanche. No por ello se rompía el aspecto general de prosperidad y riqueza que dominaba en las cercanías de la Castellana. El edificio de vecindad que se construía junto a los hoteles era de una calidad mucho mayor que el que se podía encontrar en la calle Fuencarral y sin posible comparación con el de la calle Cardenal Cisneros. Para empezar, en muchos de ellos no existía esa diferencia entre cuartos interiores y exteriores, simplemente porque no solía haber más de una vivienda por planta. Los patios, por otra parte, eran más generosos y los techos, más altos. No alcanzaban el gran lujo de las casas con jardín pero representaban una buena opción de consolación para el que no tenía tanto dinero como el conde de Muguiro para construirse un hotel. Y además permitía vivir entre los grandes, entre los ricos. Todas esas diferencias con los edificios de vecindad de otras zonas se pagaban. En el bloque de viviendas del número 15 de la calle Génova el precio medio del alquiler se acercaba a las 300 pesetas y en el 10 de Almagro a las 150, muy lejos de las 60 pesetas de media que se pagaba en los edificios que había construido Abelardo Nieto en sus solares de la calle Fuencarral⁴⁹.

Un espacio minuciosamente jerarquizado:

Los precios del alquiler y las fronteras sociales en el Ensanche Norte de 1905

La concentración de hoteles y de edificios de vecindad de alta calidad ejerció una influencia sobre sus alrededores de la misma intensidad, aunque de efecto inverso, a la de los cementerios de la otra punta del Ensanche Norte. Entre la Castellana y la calle Almagro se alcanzaron unos precios tan altos, superiores por lo general a las 100 pesetas de alquiler mensual, que cuando el dueño de una parcela en aquel rincón se decidía a construir, se le presentaban tan pocas dudas sobre el tipo de viviendas que había que diseñar, como al que tenía un trozo de terreno entre la cárcel y los camposantos. Estaba claro que allí había que construir edificios con viviendas amplias, soleadas, con cuartos con criadas, comedor, salón, gabinetes y despachos. Tan claro como que junto a los cementerios lo que más convenían era ese tipo de corralas agradables, con dos o tres piezas, un par de alcobas y una salita con un fogón, algo modesto que se pudiera permitir pagar una familia de jornaleros o una lavandera viuda.

⁴⁹ Los edificios de Génova 15 y de Almagro 10 aparecen en el plano de edificios presentado unas páginas antes y corresponden a los casos nº 2 y 3 respectivamente. AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, casos nº 2.831-2.840- Fernando el Santo (Almagro 10) y nº 3.389- 3.401 – Fernando el Santo (Génova 15).

Tabla 8.5: Evolución de la población y precios de alquiler de los distintos barrios del Ensanche Norte en 1860-1930

Zona de ensanche norte	Barrios	1860		1880		1905	
		Habitantes	Alquiler medio mensual	Habitantes	Alquiler medio mensual	Habitantes	Alquiler medio mensual
Este	Fernando el Santo	1.178	16,5	1.942	130,9	4.099	157,35
	Alfonso X			4.225	32,24	3.245	50,82
	Hipódromo					6.414	19,66
Chamberí centro	Balmes	2.125	15,49	309	16,35	7.211	20
	Luchana			10.630	26,44	5.118	53,02
	Cardenal Cisneros					6.089	31,48
	Trafalgar					5.274	32,05
Oeste	Vallehermoso	1.211	14,09	142	13,54	4.818	19,05
	Sandoval			4.823	20,97	4.645	39,91
	Guzmán el Bueno	408	8,45	1.465	13,64	4.438	23,21
	Lozoya	85	9,38			3.979	17,27
Total		5.007	14,73	23.593	30,42	55.330	37

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, 1880 y 1905.

Los cementerios al oeste y los hoteles al este se convirtieron en los dos principales polos de referencia para el alquiler dentro del Ensanche. Cuanto más cerca de las lápidas estuvieran los edificios, más barato resultaría habitar en ellos, cuanto más cerca de las residencias aristocráticas, más caro. Como los promotores inmobiliarios lo sabían, el influjo se trasladó a las características de los edificios. Al oeste se edificarían viviendas pequeñas en grandes bloques, tal y como parecían merecer las rentas más bajas. Al oeste en cambio los constructores pondrían toda su imaginación a trabajar para crear el tipo de viviendas que fuera capaz de atraer a las rentas más altas.

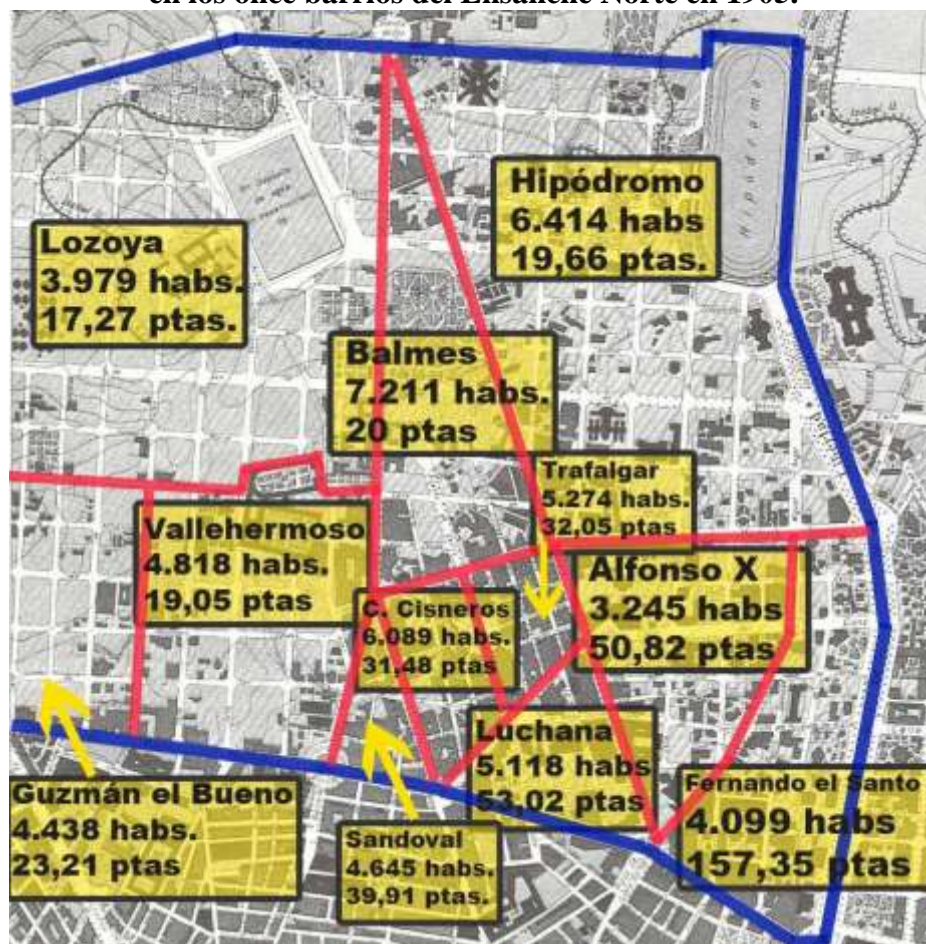
No era algo nuevo. Desde antes de que se iniciara el Ensanche, desde las primeras construcciones en las afueras, las diferencias habían sido claras entre los alrededores de la Castellana donde había unas cuantas quintas de recreo de algún que otro excéntrico madrileño acaudalado, el arrabal de Chamberí marcado por esa prosperidad modesta de pequeños empleados y farmacéuticos y el barrio Vallehermoso, foco residencial de jornaleros y artesanos empobrecidas. Lo que sucedió en los años de fervor constructivo y de gran aumento demográfico de finales del XIX fue que las distancias se hicieron aún más patentes y los perfiles de cada uno de estas zonas se afilaron.

A principios de siglo el Ensanche Norte contaba con 55.000 habitantes distribuidos en casi 2.000 inmuebles. Había crecido extraordinariamente, hasta alcanzar un tamaño de población y un número de edificios muy superior al de muchas capitales de provincia⁵⁰. Aquello ya no podía ser considerado como un par de arrabales y unas cuantas casas dispersas y el Ayuntamiento de la capital así lo reconoció. En la reforma administrativa de la ciudad que se aprobó en 1902 y en la que se retrazaron las fronteras entre parroquias y distritos, el Ensanche Norte fue objeto de una subdivisión, en la que quedaron delimitados

⁵⁰ En 1900, la ciudad Santander tenía 47.694 habitantes, Oviedo 48.103, Almería 47.326, Coruña 43.971, San Sebastián 37.812 y así hasta 19 capitales de provincia más que tenían menos habitantes que el Ensanche Norte de la capital. Datos a partir de *Censo de habitantes de 1900*, INE.

once barrios. No era únicamente una división en grupos humanos más manejables; las compartimentaciones establecidas por el consistorio respondían a profundas diferencias entre las características de cada barrio que se expresaban con fuerza en sus alquileres.

Plano 8.16: Número de habitantes y precios medios del alquiler en los once barrios del Ensanche Norte en 1905.



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

El barrio que más se destacaba era el de Fernando el Santo, en el que se concentraban los hoteles de la aristocracia y los edificios de viviendas de lujo de las familias más acomodadas. Las 157 pesetas de alquiler medio de esas cuantas calles no tenían parangón en el resto del Ensanche Norte. Lo que sí tenían era un efecto contagioso en sus alrededores. Los dos barrios vecinos, Alfonso X y Luchana, experimentaban alzas de sus alquileres que, sin llegar a los niveles de la zona adyacente a la Castellana, les hacían entrar en el club exquisito de los barrios caros de Madrid. Las cincuenta pesetas mensuales que costaban sus viviendas, 600 al año, sólo entraban en los presupuestos de las familias de empleados de cierta consideración y gentes de iguales o superiores recursos. Los tres barrios formaban el núcleo del vecindario acomodado del Ensanche Norte. Una primera frontera quedaba dibujada por el Paseo de Luchana y el recién bautizado paseo del General Martínez Campos hasta llegar a la calle Miguel Ángel y el Paseo de la Castellana.

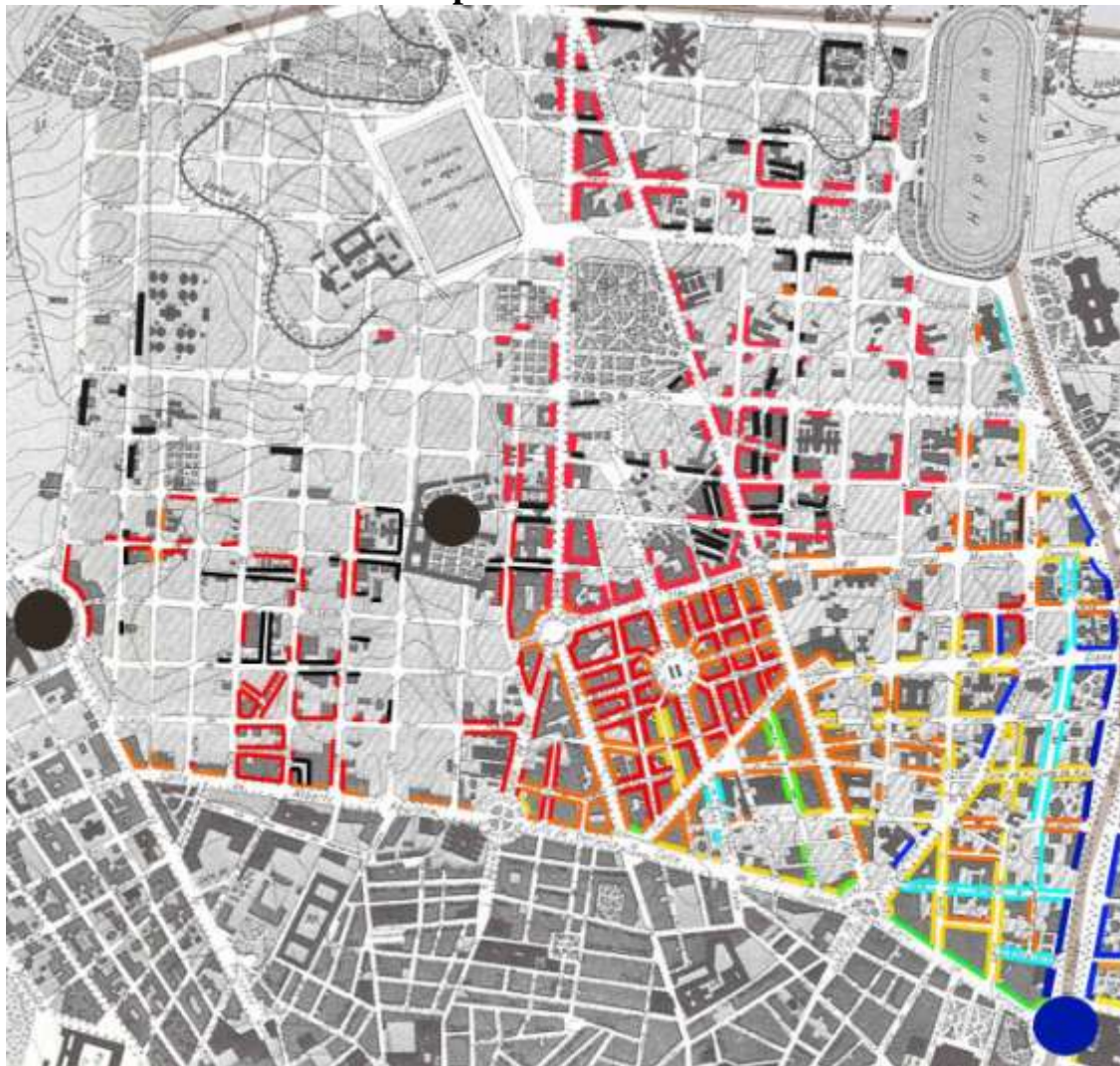
El alto precio de los alquileres no era el único rasgo que hacía singulares a estos tres barrios. También les distinguía el tipo de edificios que formaban su paisaje. Los

dueños de los solares se vieron en la nada desagradable obligación de construir edificios de alta calidad. Al mismo tiempo, la condición de barrios caros influyó en que el ritmo de su construcción y poblamiento fuese más lento que en otras zonas. Las razones eran fácilmente comprensibles. En aquellas zonas no había una especial urgencia por edificar. El continuo ascenso de los precios de alquiler se transmitió al suelo no edificado. Los solares aún vacíos en este rincón privilegiado eran también muchísimo más caros que en el conjunto de Madrid. La constante e imparable revalorización de inmuebles y solares colocaba a sus dueños en una difícil pero dulce encrucijada de caminos. Por un lado, podían construir una casa de vecinos y ponerla en alquiler para ir recibiendo mes a mes las ganancias, pero eso les obligaba a invertir más dinero e ir recuperándolo poco a poco, a medida que los inquilinos fuesen pagando. El riesgo estaba en no conseguir que los inquilinos acudieran a las viviendas. Había precedentes de quiebra como el de marqués de Salamanca que podían repetirse. Al fin y al cabo, aunque Madrid creciera, la gente que podía pagar más de 50 pesetas no era una parte mayoritaria de la población y siempre cabía la posibilidad de que las viviendas quedaran vacías o que los caseros tuvieran que reducir sus precios para poder alquilarlos.

Sabiendo que los precios del suelo seguirían subiendo constantemente a los dueños de los solares se les abría otro camino. Podían esperar e intentar vender su parcela más tarde a otro comprador por un precio muy superior al que ellos habían pagado. Ganarían de esta manera una buena cantidad de dinero sin haber tenido que levantar un edificio ni dedicarse a las siempre molestas gestiones cotidianas que ocupaban la vida del casero. Además, inmovilizar capital en un bien de revalorización constante como el suelo urbano, era una estrategia de inversión altamente segura y muy conveniente siempre y cuando no se necesitara disponer del dinero invertido. En la tierra, que nunca perdería valor, los ahorros estarían seguros, más que en cualquier otra parte. Muchos dueños de los solares en Fernando el Santo y Alfonso X optaron por esta segunda opción y sus parcelas quedaron como un terreno de reserva para futuras construcciones y negocios que se pondrían en marcha cuando se reunieran las condiciones que los hicieran apetecibles⁵¹. Por eso, aunque el negocio inmobiliario era altamente lucrativo en esta zona, la construcción se desarrolló lentamente, parcela a parcela, y sin que el suelo se agotara súbitamente.

En el extremo contrario del Ensanche, un segundo grupo de barrios lo formaban Guzmán el Bueno y Vallehermoso, que destacaban por sus precios bajos. Todavía conservaban grandes espacios vacíos, en gran medida sin urbanizar, en parte por el efecto repulsivo que los cementerios producían en los inversores y los inquilinos. Aún así, el crecimiento de su población había sido notable. Ya se habían instalado entre sus calles más de 9.000 personas, la mayoría de ellos en edificios de muy baja calidad, como ese que había construido José García en la calle Galileo. Las corralas, los grandes edificios de viviendas que tenían uno o dos cuartos, a lo sumo tres, eran la figura inmobiliaria dominante. En fin, este y oeste, barrios de hoteles y barrios de corralas, se mostraban como la cara y la cruz del paisaje residencial del Ensanche Norte. Creaban por su influjo un primer criterio de jerarquía de alquileres en los que los dos extremos eran la plaza de Colón, zona que se convertía en el epicentro de la riqueza, y la cárcel Modelo de Moncloa y los cementerios en el este, como punto más bajo por el efecto repulsivo de ambas edificaciones. Entre uno y otro, los precios evolucionaban en una progresiva degradación, que iba ordenando los barrios por el precio medio de sus alquileres.

⁵¹ Así lo mostró el análisis de las actitudes ante el propio patrimonio y las estrategias de inversión de los dueños de terrenos en una zona similar como era el barrio de Salamanca. La caracterización del barrio de Salamanca como foco residencial de la burguesía y las clases medias en MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982

Plano 8.17: Plano de la pobreza en el Ensanche Norte en 1905

Leyenda		
Clave	Nivel	Alquileres
Azul marino	Superior	Más de 500 ptas.
Turquesa	Muy alto	250,00-499,99 ptas.
Verde	Alto	150,00-249,99 ptas.
Amarillo	Medio alto	75,00-149,99 ptas.
Naranja	Medio	30,00-74,99 ptas.
Rojo	Bajo	15,00-29,99 ptas.
Negro	Muy bajo	0,00-14,99 ptas.

Fuente: elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

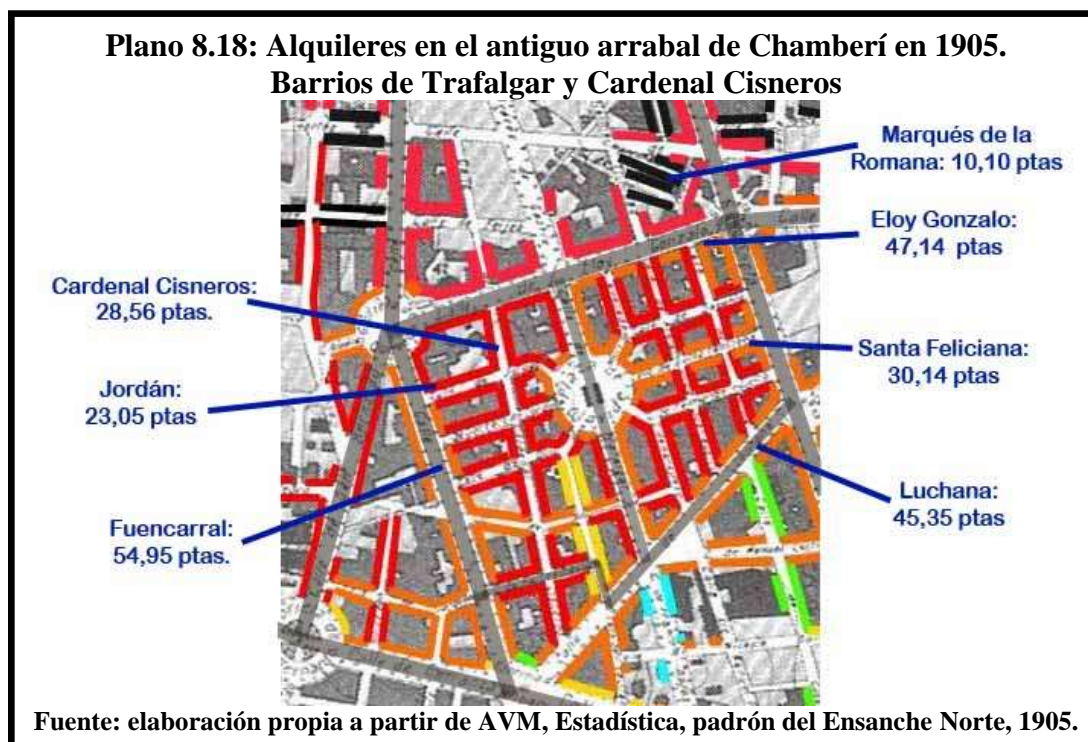
Con un punto azul aparece señalada la plaza de Colón, en la confluencia de los paseos de Recoletos y Castellana y las calles de Goya y Génova. Con puntos negros, la cárcel modelo de Moncloa, en el extremo Este, y los cementerios, en el barrio de Vallehermoso.

A esta oposición este – oeste, se superponía otro criterio de jerarquía en que la fuerza decisiva era la proximidad al casco antiguo y que recorría el Ensanche de sur a norte. Los tres barrios más lejanos, los que se situaban al norte, Lozoya, Balmes e Hipódromo, ofrecían también rasgos comunes que permitía considerarlos como un espacio urbano relativamente homogéneo. Sus calles agrupaban a una gran parte de la población del Ensanche Norte: casi 18.000 personas, pero también representaban los barrios más

extensos en superficie. Su edificación seguía formando un paisaje muy disperso, en el que los solares predominaban sobre las casas, que aparecían muchas veces aisladas, como oasis en un desierto urbano. También era una zona con fuertes carencias en infraestructuras. Desde luego faltaban los grandes avances que se podían disfrutar en las zonas de Ensanche de más antigua ocupación, como el transporte público o el suministro eléctrico, pero también los elementos más básicos para hacer la vida urbana soportable, como el empedrado de las calles o el alcantarillado. Eso era lo que explicaba que, a pesar de que en estos barrios hubieran surgido residencias de gran calidad, como los hoteles que se extendían por los paseos del barrio de Hipódromo, los precios medios del alquiler siguieran siendo muy bajos y no superaran las 20 pesetas. Era probable que esta condición de barrios baratos fuera transitoria; que acabaría corregida por el futuro desarrollo de la edificación y la instalación de nuevos habitantes en aquellas calles. Los barrios del norte serían tarde o temprano asimilados por la ciudad, dejarían de ser una zona periférica para estar plenamente integrados en la trama urbana madrileña y entonces, los precios medios de sus alquileres se acercarán a los de sus barrios colindantes.

Los barrios centrales del Ensanche Norte eran el resultado de la confluencia de ambas fuerzas. Trafalgar, Cardenal Cisneros y Sandoval, por estar cerca del casco antiguo, arrojaban precios relativamente altos en comparación con los barrios del norte. Por su situación equidistante entre hoteles y cementerios, ofrecía precios moderados. A esto había que añadir un tercer factor poderosamente influyente en el paisaje residencial, que era el de su condición de zona de urbanización ya antigua. Los tres barrios se superponían sobre los terrenos que antaño habían constituido el arrabal de Chamberí. Había sido el primer lugar donde se habían construido edificios fuera del casco antiguo y la inercia de este primer impulso había provocado que el ritmo de construcción se mantuviera y se acrecentara en los primeros años de desarrollo del Ensanche. Los edificios ya existentes habían llamado a otros nuevos, hasta el punto de que los alrededores de la plaza de Olavide ya aparecían completamente colmatados. A comienzos del siglo XX, en los barrios de Trafalgar y de Cardenal Cisneros ya no quedaban solares en los que edificar y las operaciones inmobiliarias se tenían que limitar a la reforma de inmuebles como la que había emprendido Antonio Pereira en la calle Cardenal Cisneros. Se podían añadir nuevos pisos, reformar la distribución de los cuartos en el interior de los edificios, pero si se querían construir casas de nueva planta, había que demoler antes alguna que ya existiera.

La antigüedad de las construcciones también aportaba otros rasgos particulares a los barrios de Trafalgar y Cardenal Cisneros. Aquellas calles habían sido arrabal antes que Ensanche. Aunque en los últimos años del siglo XIX se construyeron muchos edificios modernos como el de la calle Fuencarral, también subsistieron muchos de los inmuebles que databan de antes de que se hubiera aprobado el proyecto de ampliación urbana del ingeniero Castro. Eran casas bajas, a las que a veces se les había añadido algún piso más, pero a otras no. Habían sido construidas en la década de 1850, en la de 1840, incluso antes, cuando todo aquello era campo. Algunas estaban francamente deterioradas pero seguían siendo alquiladas, eso sí, a muy bajos precios, ofreciendo una vivienda barata que resultaba accesible a los jornaleros, a los artesanos y al resto de los trabajadores menos favorecidos en el mercado laboral madrileño. Junto a estas viejas casas se alzaban aquellos imponentes edificios nuevos de cinco plantas en los que avecindaban médicos, profesores, empleados, literatos y pensionistas.



El centro del Ensanche Norte, el antiguo arrabal de Chamberí ahora convertido en dos barrios plenamente asimilados al casco antiguo, se constituía en una zona de alquileres medios por su particular inserción en el conjunto de la ciudad. La combinación de influencias de los cementerios y los hoteles aristocráticos, unos vecinos al oeste, otros al este, la cercanía al casco antiguo al mismo tiempo que a las zonas aún despobladas del norte del Ensanche, daban como resultado esas 30 pesetas de media que costaban los alquileres en aquel rincón del nuevo Madrid. Tal cifra, producto del cálculo aritmético, escondía, no obstante, profundas diferencias entre las distintas calles de Trafalgar y Cardenal Cisneros. En estos barrios, las herencias recibidas de sus tiempos como arrabal exterior a la ciudad se mezclaban con las nuevas dinámicas desatadas por el Ensanche, creando una rica diversidad de precios entre calles que presentaban características arquitectónicas muy diferentes según el periodo en que habían sido construidas.

Había calles como las de Cardenal Cisneros o la de Jordán que mantenían el sabor de los primeros habitantes del arrabal: los artesanos y jornaleros que, expulsados de Madrid por los altos precios de alquiler, se instalaron en lo que entonces era una zona de las afueras. Allí se fueron con sus bártulos, abrieron talleres, tabernas y comercios en casas que normalmente sólo tenían bajo y principal. Muchas de ellas seguían existiendo y ofrecían un precio moderado de alquiler que se situaba cerca de las 25 pesetas. También sobrevivían algunas de las casuchas que había en los tiempos en que la ciudad cerraba sus puertas a los inmigrantes. Casuchas de cuando las familias jornaleras debían instalarse allí fuera, en condiciones miserables e insalubres, a la espera de que Madrid les acogiera en sus brazos. Tras la iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel todavía se podían encontrar las viviendas que ocupaban en su día toda esa gente que, por sus condiciones de miseria y sus formas de vida, habían escandalizado al párroco de Chamberí. El estado de deterioro de muchas de ellas se había agravado con los años y cada vez se acusaba más su carácter de foco residencial de los más desfavorecidos. En la calle del Marqués de la Romana, se amontonaban estas casas viejas, mal construidas y mal conservadas y se hacía notar en sus alquileres extraordinariamente bajos, que rondaban las 10 pesetas.

El escalón inmediatamente superior en el nivel de precios y en la calidad de los edificios estaba ocupado por las calles que habían sido objeto de las primeras promociones inmobiliarias del Ensanche, las que habían llevado a cabo Andrés Arango o Francisco Drake del Castillo. Sus edificios de viviendas, modestos pero de agradable apariencia, habían permanecido y a ellos se habían sumado algunos nuevos como el que se hizo construir Benigno Castro en 1876. Santa Feliciano, la calle de su farmacia, alcanzaba el nivel de las 30 pesetas, Eloy Gonzalo, que Drake había poblado de casas para empleados y pequeños propietarios, se elevaba hasta las 47 pesetas. Finalmente los grandes edificios propios de los tiempos del Ensanche se habían abierto paso por las grandes vías y paseos, convertidos gracias al tranvía y a la bulliciosa vida comercial de sus tiendas, en lugares codiciados por los promotores y los nuevos vecinos. En el Paseo de Luchana, la media de los alquileres era de 45 pesetas y en Fuencarral de 55. Era en estas calles donde se alzaban aquellos edificios de cinco pisos, en los que las viviendas tenían cuatro o cinco dormitorios, salones, despachos y gabinetes y todo lo que podían desear los médicos, empleados y profesionales liberales varios que los ocupaban.

Cada cual en su lugar:

Rasgos diferenciales de la población de los barrios del Ensanche Norte en 1905.

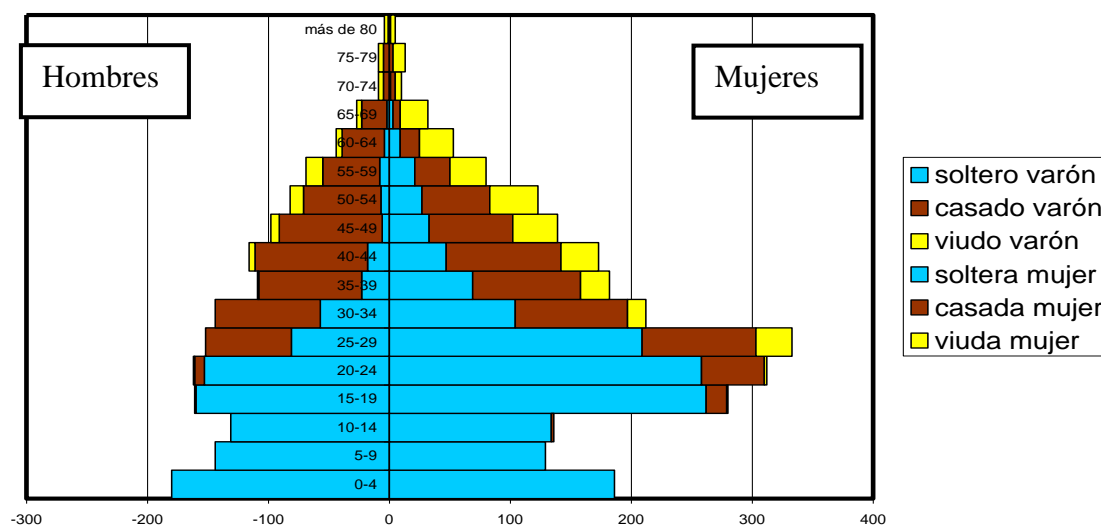
La posición del barrio en la ciudad, el tipo de calle y su anchura, la antigüedad de sus edificaciones y sus características, la vivienda concreta que se ocupaba, si era exterior o interior, si era un piso principal o uno de los superiores, cuántas habitaciones tenía y cómo estaban distribuidas... todos estos matices explicaban la jerarquía de alquileres cada vez más explícita en la organización del Ensanche Norte. En zonas como el antiguo arrabal de Chamberí, alquileres de diferente cuantía podían coincidir en un espacio relativamente reducido aunque sin producir grandes contrastes. Las viviendas más caras, los hoteles de la aristocracia y las más baratas, las corralas de los jornaleros, aparecían por el contrario, completamente separadas, situadas unas en una punta del Ensanche, las otras en la contraria. La combinación de cada uno de estos barrios formaba un complejo mapa de alquileres en los que los ciudadanos se movían con diferente libertad. La condición social, los recursos disponibles y el salario que cada cual tenía en función de su inserción en el mercado laboral, establecían los límites y las posibilidades con que cada cual podía elegir dónde residir en la ciudad. Los grandes financieros, los nobles de título y los artistas enriquecidos podían elegir cualquier vivienda de los nuevos barrios para establecer su residencia, aunque probablemente se vieran atraídos por la zona cercana a la Castellana y por sus hoteles. Los jornaleros y los artesanos encontraban fronteras que les impedían acceder a determinadas calles y se veían empujados con irresistible fuerza hacia las zonas más depreciadas como las de los cementerios. De todas maneras, a veces se abría un resquicio en otras zonas, como en el arrabal, por donde podían introducirse y encontrar una vivienda barata en un barrio en el que podían seguir conviviendo con gentes de mejor posición social que la suya.

Cada cual tenía un destino diferente en la ciudad. La diversidad de la sociedad madrileña no significaba que sus calles fueran un batiburrillo en que jornaleros y grandes banqueros convivieran en una mezcla promiscua. Los barrios de la ciudad reservaban un lugar distinto a cada uno que dependía del dinero que unos y otros tuvieran para invertir en el alquiler de su vivienda. Los pobres iban allí donde había viviendas a la medida de sus posibilidades económicas, los ricos allá donde podían encontrar una residencia acorde a sus deseos de comodidad y lujo. Entremedias se movían todos aquellos que estaban por encima de los niveles de la pobreza más extrema pero que no podían alcanzar los niveles de total despreocupación que la riqueza y la prosperidad hacían posible gozar. Las clases

medias se dirigían a barrios mixtos, en que la vivienda barata se codeaba con los modernos edificios del Ensanche. El particular carácter y aspecto de cada barrio y, sobre todo, su nivel de precios de alquiler, tenían su correlato en el tipo de población que habitaban sus calles. El contraste entre el barrio de Fernando el Santo y el de Vallehermoso no se quedaba en el tipo de viviendas lujosas que formaban el paisaje de uno y las pobres y desoladas calles que formaban el del otro. También su gente era diferente, procedía de otros lugares, había llegado a la ciudad por motivos distintos y se comportaba de una manera u otra según sus anhelos y sus posibilidades.

Existían enormes diferencias entre las poblaciones de dos barrios tan distintos como el de Fernando el Santo, quintaesencia del lujo y de la comodidad aristocrática y el de Vallehermoso, símbolo de la pobreza más cruda del Madrid de la época. Los perfiles demográficos del barrio de los hotelitos de la Castellana mostraba a las claras las condiciones privilegiadas en que vivían los habitantes de este rincón dorado de Madrid.

Gráfico 8.1: Pirámide Fernando el Santo 1905



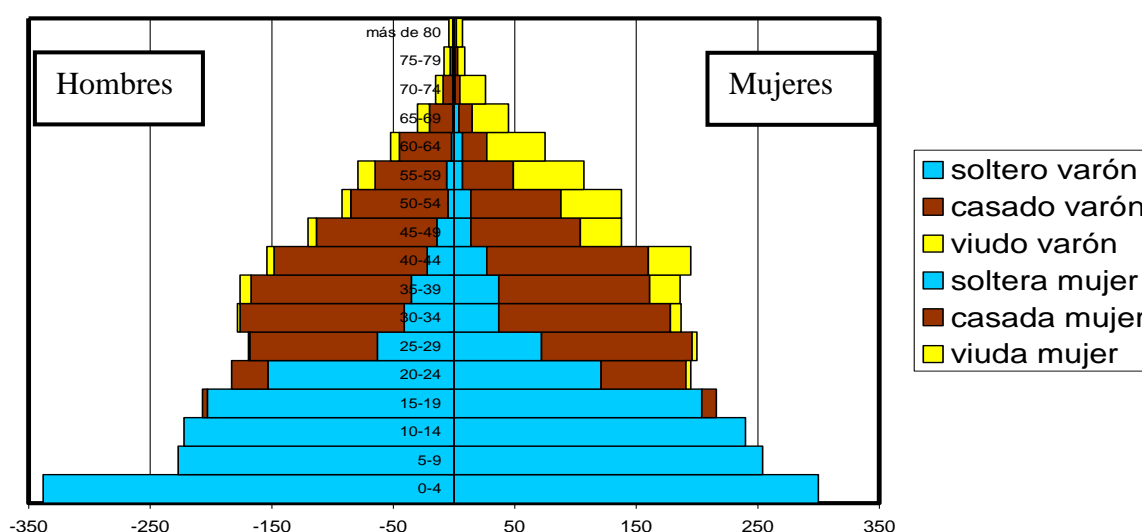
Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

El gran grupo de mujeres solteras entre los 15 y los 30 años que tanto distorsionaba la pirámide demográfica de Fernando el Santo era el primer signo de la privilegiada prosperidad en que vivían los habitantes de este barrio. Se trataba del gran número de criadas contratadas por las familias acomodadas que vivían en los hoteles y los edificios de viviendas de lujo. Eran muchachas venidas de las provincias de los alrededores o hijas de jornaleros y artesanos que habían abandonado las casas de sus padres para ir a servir a las familias más ricas, para hacerles la vida más cómoda y agradable. Se empleaban en casas como la del conde de Mejorada del Campo, como la de María Guerrero o la de Agustín Querol y cocinaban con alimentos y en una abundancia que nunca habían conocido en sus hogares. Las criadas se encargaban de la limpieza de la casa y garantizaban la higiene necesaria para que los hijos de sus amos crecieran sanos y fuertes, en unas condiciones que ellas no habían disfrutado en la casa de pueblo donde nacieron o en la corrala de barrio pobre en la que se criaron.

La abundancia de criadas en Fernando el Santo era llamativa, pero en realidad el verdadero privilegio de los barrios ricos radicaba en el diferente impacto que la muerte producía en sus habitantes. En los hotelitos, en las viviendas de lujo, no se marcaba con tanta crudeza la continua sangría de vidas que la muerte producía en otras zonas de la

ciudad. En Vallehermoso, por ejemplo, los niños de menos de cinco años eran abundantes, porque había muchos nacimientos, porque las familias de jornaleros y artesanos aumentaban su prole con generosidad. Sus calles se llenaban cada día del griterío infantil que salía de las casas, el de los recién nacidos que lloraban, el de los niños que jugaban en las calles. En el barrio de los cementerios los niños de menos de cinco años eran, con diferencia, el grupo de edad más numeroso. A partir de esa edad, su número se reducía drásticamente porque la muerte se los llevaba con una frecuencia que era desconocida en otros barrios. La mala alimentación y el hambre, el frío y el hacinamiento en las viviendas, las enfermedades infecciosas y la falta de dinero para comprar los medicamentos o los tratamientos que le pusieran remedio, seguían siendo las causas de que en Vallehermoso su población siguiera en ese ciclo de comportamiento demográfico en el que el gran número de nacimientos era superado por otro aún mayor, el de los fallecimientos.

Gráfico 8.2: Pirámide Vallehermoso 1905



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

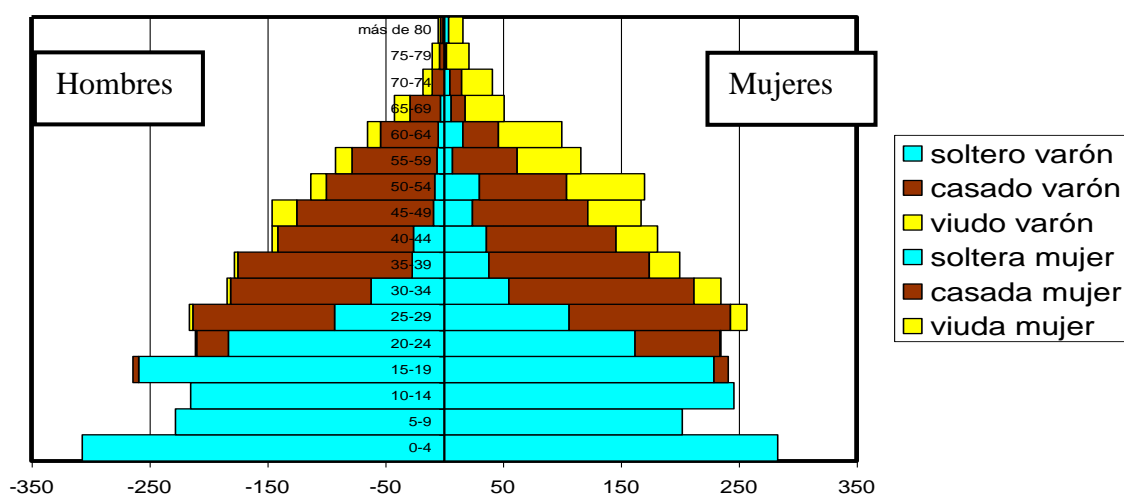
A comienzos de siglo XX Madrid seguía siendo una ciudad de la muerte. En términos generales, en sus registros seguían inscribiéndose más fallecidos que recién nacidos y sólo la continua llegada de inmigrantes hacía posible que siguiera creciendo su población. La capital, en su conjunto, no había logrado vencer las causas que producían tantas muertes entre los niños y que reducían drásticamente la esperanza de vida de sus habitantes. Eso no quitaba que existieran determinados barrios en que esta dramática tendencia fuera desafiada⁵². En Fernando el Santo se vivía más y se moría menos que en Vallehermoso. La diferencia se debía a la desigualdad en los niveles de prosperidad de uno y otro barrio. En los hotelitos sobraba el dinero para alimentar a la propia familia y al nutrido cuerpo de

⁵² La desigualdad ante la muerte de los distintos grupos que conformaban la sociedad madrileña ha sido puesto de relevancia en los distintos estudios de Antonio Fernández García, especialmente en el caso de las grandes enfermedades epidémicas. Véase. FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Barcelona, Vicens Vives, 1985; también ofrece datos de este comportamiento demográfico diferencial por distritos y barrios en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, Vol. 1, pp. 29-76. Algo que por otra parte ya había sido señalado en la época por HAUSER, Philip: *Madrid bajo un punto de vista médico-social*, 2 vols., (edición a cargo de Carmen del Moral, Madrid, Editora nacional, 1979).

criados, para que cuidaran de ellos y garantizaran el máximo nivel de bienestar en sus hogares. Mientras tanto, en las corralas de Vallehermoso, las hijas tenían que abandonar con frecuencia la casa paterna ante la falta de alimentos y marchar a trabajar por un pequeño salario a las casas de aquellas familias que nadaban en la abundancia en la otra punta del Ensanche.

Los rasgos particulares de la población de cada barrio también se debían a la orientación económica concreta en la que se habían volcado. En Trafalgar no se hacían notar demasiado las jóvenes solteras empleadas en el servicio doméstico que tan abundantes eran en Fernando el Santo. En cambio sí destacaban los jóvenes entre 15 y 20 años. Muchos de ellos eran dependientes de comercio y aprendices de artesano en un barrio que, por su posición céntrica y su inserción en la ciudad, se caracterizaba por su actividad comercial.

Gráfico 8.3: Pirámide de Trafalgar 1905



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

Trafalgar era la continuación de aquel arrabal en que se habían instalado tenderos y artesanos a mediados del XIX. Aunque el mundo de los oficios estuviera en declive, aún había talleres abiertos en Chamberí y en ellos seguían empleándose jóvenes que daban sus primeros pasos en la vida laboral. Por otro lado, la presencia del mercado de Olavide había provocado que las tiendas se multiplicaran en sus alrededores y con ellas, el número de jóvenes que se encargaban de su despacho como dependientes de comercio. Eso explicaba la particular atracción que las calles de Trafalgar ejercían sobre los varones menores de veinte años hasta convertirlos en una de sus grupos de edad mayoritarios.

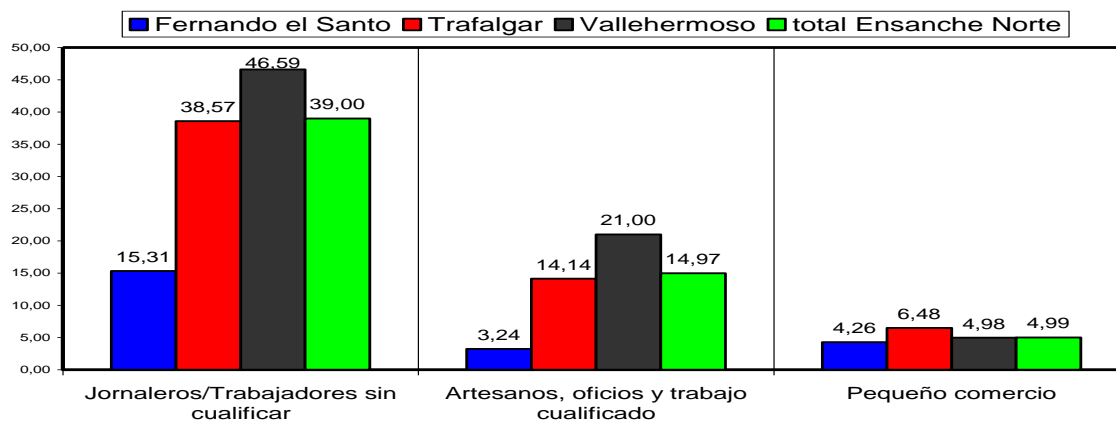
Los trabajadores del extremadamente diverso mercado laboral madrileño no se repartían por igual en todas las calles de la ciudad. En su distribución influía poderosamente este tipo de especialización local de cada barrio, y así los dependientes de comercio y los pequeños comerciantes se concentraban en Trafalgar, al calor del mercado de la plaza de Olavide, mientras que el servicio doméstico dirigía los pasos hacia Fernando el Santo, donde había más hogares adinerados en los que emplearse. Un factor más importante en el reparto de los trabajadores por las calles de Madrid era el sueldo del que cada uno de ellos disponía y de la capacidad de su presupuesto para alquilar una vivienda. Cuanto más reducido este presupuesto, más estrechas eran las opciones de barrios donde establecer el hogar. Y para quienes el abanico era más escueto eran los jornaleros y el resto de los trabajadores de escasa cualificación y menor salario.

Tabla 8.6: Clasificación socioprofesional de la población masculina de los barrios de Fernando el Santo, Trafalgar y Vallehermoso en 1905				
Categorías profesionales	Fernando el Santo	Trafalgar	Vallehermoso	total
Sin determinar/Sus labores	6,79	6,32	7,28	7,69
Sin oficio	9,31	6,82	3,51	5,56
Labores agropecuarias	0,00	0,00	0,00	0,05
Jornaleros/Trabajadores sin cualificar	15,31	38,57	46,59	39,00
Artesanos, oficios y trabajo cualificado	3,24	14,14	21,00	14,97
Pequeño comercio	4,26	6,48	4,98	4,99
Industriales	1,18	0,61	0,32	0,58
Servicio doméstico	15,79	0,61	0,57	2,39
Empleados y dependientes	19,34	17,61	11,55	15,38
Profesiones liberales/Titulados	12,94	2,12	0,70	2,95
Iglesia y militares	6,08	4,19	2,17	3,65
Pensionistas, jubilados y retirados	2,05	1,84	1,08	1,62
Propietarios y rentistas	3,71	0,67	0,26	1,18

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

Madrid, en 1900, ya se había convertido en una ciudad de jornaleros. Los trabajadores descualificados y masivamente empleados en la construcción habían anegado a los antiguos artesanos que habían dominado el trabajo manual de la capital hasta el siglo XIX. En el Ensanche Norte, los jornaleros representaban en 1905 el 39% de toda la fuerza laboral masculina. Ahora bien, su presencia hegemónica en el mercado laboral no significaba que tuvieran el mismo peso y el mismo protagonismo en la composición social todos los barrios.

Gráfico 8.4: Peso de los trabajadores manuales y del pequeño comercio en el mercado laboral de Fernando el Santo, Trafalgar y Vallehermoso en 1905.



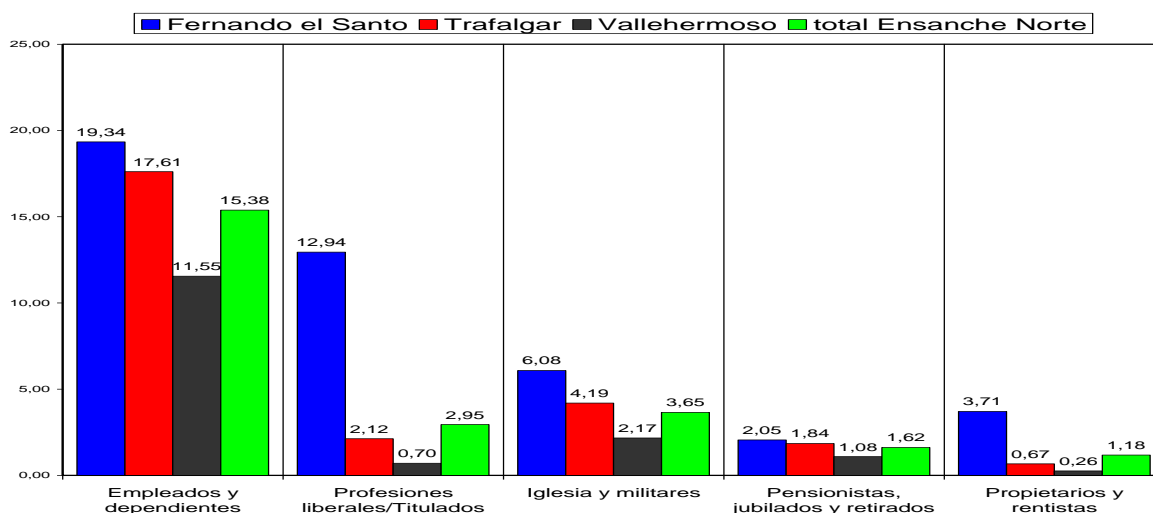
Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

Los trabajadores manuales se concentraban en los barrios de los cementerios y en el antiguo arrabal de Chamberí, donde su peso era mayor que el que tenían en el conjunto del Ensanche Norte. En Fernando el Santo, en cambio, escaseaban. Los jornaleros tan sólo representaban el 15% de los trabajadores de este barrio de hoteles y edificios de lujo; los altos precios del alquiler les hacía imposible encontrar una vivienda, a no ser que fuera en una de esas buhardillas que los caseros más codiciosos sacaban al mercado para alquilar clandestinamente. También se colaban algunos en terreno tan hostil por estar trabajando en

la construcción de algún hotel. Vivían en el solar mientras duraba la obra y luego se marchaban de un barrio al que realmente no pertenecían. Un buen grupo de ellos eran maridos de las porteras de una finca lujosa, que habitaban en una vivienda cedida en el edificio cuyas escaleras barrían sus mujeres. Quedaban relegados a las habitaciones más oscuras y reducidas, en bajos e interiores, rodeados de los grandes señores que ocupaban los pisos superiores. Lo que no sucedía es que estos jornaleros en barrio extraño habitaran en casas en que fueran el tipo de vecino característico, como en las corralas de los cementerios o en algunas casas del viejo arrabal como aquella que compartían artesanos y jornaleros en la calle Cardenal Cisneros. En Fernando el Santo, el trabajador manual era una minoría, que sólo podía instalarse en los resquicios que se abrían en un barrio que no estaba construido para que ellos lo disfrutaran.

El otro gran grupo profesional que caracterizaba al mercado laboral madrileño, el de los empleados en los servicios, se repartía más igualitariamente por el territorio. Al fin y al cabo, empleados los había de todas las categorías y entre ellos se incluían desde los conserjes del ministerio hasta funcionarios del más alto escalafón, desde los limpiavías y los guardagujas de las estaciones de ferrocarril hasta los contables y los secretarios de las compañías de tren.

Gráfico 8.5: Peso de los empleados, profesionales liberales, propietarios y rentistas en el mercado laboral de Fernando el Santo, Trafalgar y Vallehermoso en 1905



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

Los empleados tenían un peso similar en los alrededores de la Castellana y en el antiguo arrabal. Sólo en la zona de los cementerios se hacían más raros, aunque no dejaban de ser un grupo de cierta importancia. Esta similitud no dejaba de ser más aparente que real y escondía las diferencias de salario que existían entre los empleados de unos barrios y otros. Sólo había que fijarse en el comportamiento de los abogados, médicos, arquitectos, artistas y resto de trabajadores que componían el grupo de los profesionales liberales. Ellos eran la aristocracia del trabajo en los servicios, los que podían llegar a tener sueldos más altos cuando triunfaban en sus carreras. En ese caso, su decisión solía siempre la misma. Emigraban al este. En cuanto tenían el dinero suficiente, se compraban un terreno junto a la Castellana y se hacían construir un hotel similar a los de los grandes nobles de España. Como había hecho Agustín Querol, María Guerrero, el pintor Joaquín Sorolla o el recién galardonado con el premio Nóbel José Echegaray. Huían del pueblo y de su pobreza, como también lo hacían los altos mandos del ejército y los miembros de la

Iglesia, como aquellos que por tener suficientes propiedades no declaraban una profesión en el padrón y simplemente señalaban en las estadísticas la condición de propietarios o rentistas por toda ocupación laboral.

En el Madrid de 1905 las elites se habían separado del resto de la sociedad; vivían en sus propios barrios, lejanos de los que ocupaban las clases medias y populares. Su vida era radicalmente distinta, porque se desarrollaba en un paisaje que nada tenía que ver con el que creaban edificios de vecindad y corralas en otras zonas del Ensanche. Tampoco tenían nada que ver sus problemas con el del resto de la sociedad, porque estaban a salvo de las desgracias que marcaban la vida de una gran mayoría de los madrileños. No sufrían esa constante amenaza de la muerte que pesaba sobre los hijos de las clases populares y que se manifestaba en las terribles tasas de mortalidad infantil que convertían a Madrid en una ciudad de la muerte.

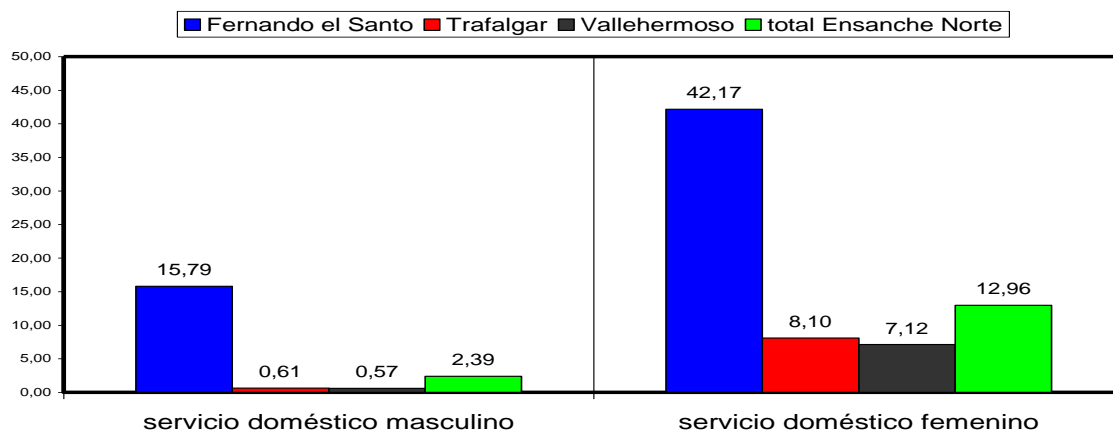
Los miembros de la elite no fueron los únicos que se aislaron en el plano del nuevo Madrid. Existían otros grupos que se situaban al margen del conjunto, en su caso el aislamiento se producía por efecto de la cruda exclusión que creaban los precios de alquiler y los bajos salarios. Vallehermoso, sobre el que pesaba el estigma de lugar desapacible por culpa de cementerios, cárceles y otras instituciones, se convirtió en un barrio en que los jornaleros y los trabajadores manuales eran mayoría y los empleados, incluso los de más bajo rango, eran escasos. En cierta manera este barrio y el de Guzmán el Bueno, que lindaba con él, era el negativo fotográfico del lujoso barrio de Fernando el Santo. Todo lo que había de riqueza y bienestar en la zona de hoteles de la Castellana, lo tenían de pobreza y rigor en las condiciones de vida las calles que rodeaban a los cementerios.

En el Madrid de comienzos de siglo XX se estaba produciendo una progresiva y cada vez más tajante separación entre ricos y pobres, entre las gentes de más alta condición y los de más baja. El proceso era más acusado para los propietarios, los grandes financieros o los profesionales liberales. Ellos vivían solos en su barrio, en su paraíso fabricado junto al Paseo de la Castellana. Había lugares en que los jornaleros vivían igual de aislados, como Vallehermoso, pero también se les abrían un amplio parque de viviendas en barrios en los que sus vidas se podían rozar y entremezclar con gentes de otra condición. En Trafalgar, Cardenal Cisneros y Sandoval, contruidos sobre las casas del antiguo arrabal de Chamberí, se mezclaban con los empleados, los pequeños comerciantes y los modestos patrones de taller que formaban las clases medias madrileñas. Aunque vivían en edificios separados, jornaleros y empleados, artesanos y patrones, compartían los mismos barrios y podían verse y reconocerse por las calles. En cambio, la elite, cada vez más encerrada en sí misma, estaba perdiendo el contacto con el resto de la sociedad y especialmente con sus capas más bajas, los jornaleros.

El dato que mejor expresaba las diferencias que existían en las condiciones de vida de los barrios del Ensanche Norte era el peso que en cada uno tenía el servicio doméstico. La distancia era abismal. Los criados varones, que eran mucho mejor pagados que las mujeres, representaban un 15% de los trabajadores de todo el barrio de Fernando el Santo. En Trafalgar y Vallehermoso, eran prácticamente inexistentes. No había familias en el arrabal ni en la zona de los cementerios que pudieran pagar a un joven un salario mayor del que podría ganar como jornalero o aprendiz. Casi nadie en estos barrios podía contratar en su casa un muchacho para que les sirviera, atendiera la portería, llevara el coche de caballos de la familia, cuidara el jardín o atendiera al servicio de la mesa. Con las mujeres jóvenes sucedía lo mismo. La forma de vida de gente como el Conde de Mejorada del Campo que se hacía acompañar de 24 sirvientes o de María Guerrero con sus seis criadas viviendo bajo su techo, era la causa de que un 42% de las mujeres en edad laboral de Fernando el Santo se emplearan en el servicio doméstico. En Trafalgar y Vallehermoso

también había criadas, pero no tantas. En las cercanías de la Castellana eran legiones, tantas, que representaban casi la mitad de las mujeres del barrio. Hasta cierto punto, se podía considerar que en aquel barrio las mujeres se dividían en amas y criadas, en hijas de buena familia y sus señoritas de compañía.

Gráfico 8.6: peso del servicio doméstico en el mercado laboral de los barrios de Fernando el Santo, Trafalgar y Vallehermoso en 1905



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905.

Los hombres y mujeres que se empleaban como criados en Fernando el Santo daban un tono especial a sus calles. Se les podía ver andar entre sus edificios lujosos, apresuradamente para realizar un encargo hecho por sus amos o para acometer alguna de las tareas que se les había encomendado en las casas en las que servían. Algunos iban con la librea que todos los criados de una misma casa vestían y que les hacía reconocibles como el sirviente de tal o cual señor. Otros se plantaban ante las puertas del hotel en que trabajaban, con gesto serio y responsable, franqueando la entrada a los visitantes, a los mozos de las tiendas que traían la compra de los señores o al cartero. Cuando llegaba el señor o la señora o alguno de sus hijos, le miraban entre tímidos y respetuosos, sabedores de que habían de guardar las formas ante quien era su empleador y el dueño de la casa en la que trabajaban y habitaban. Los señores a veces saludaban, otras respondían a los gestos de los sirvientes con una orden o una petición, no faltaba quien, hoscamente, no se dignaba a parar ni a intercambiar palabra.

La actitud del gran propietario, del gran financiero o del abogado enriquecido, al llegar a su casa y encontrarse con alguno de sus criados, se movía entre la indiferencia teñida de desprecio y un cariño que destilaba altas dosis de paternalismo. Igual daba. Ellos, los señores, aquella elite madrileña que habitaba los hoteles y las casas de lujo de Fernando el Santo, veía en sus criados a un pueblo llano que le era subordinado, que no sólo estaba muchos escalones por debajo de ellos, sino que además estaba a su servicio. Para una gran mayoría de la elite privilegiada, este era el único contacto que tenía con las clases populares. Vivían en aquel barrio aislado y apartado, cuya forma sólo les ajustaba a ellos y hacía imposible que familias más modestas encajaran en él. La percepción que tenían del pueblo era deudora de esta relación en la que estaban acostumbrados a mandar, a ser seguidos, a que sus decisiones no fueran cuestionadas sino cumplidas por sus legiones de sirvientes y criados.

La posibilidad de extender esta imagen al resto de la ciudad era tentadora. Los dueños de los hotelitos, que eran altos responsables de los grandes bancos, que sentaban en el Congreso y en el Senado, que eran miembros de las Reales Academias y eran dueños

de los principales periódicos, podían llegar a pensar que, dada su riqueza y prosperidad, eran dueños de todo Madrid. Que ellos dictaban las leyes y gobernaban la vida de la capital. Era algo que había que comprobar. Si aquel puñado de vecinos de Fernando el Santo, había visto reforzada su condición social privilegiada con el control del poder político en la ciudad. Si eran capaces, además de vivir mejor que nadie, de imponerse en el gobierno de Madrid al resto de sus habitantes. O si por el contrario, al haber abandonado la vida en el palacete en el casco antiguo rodeado del resto de madrileños, estos habían comenzado a no seguirles, a buscar su propio camino. En fin, si al quebrarse la convivencia que siempre había existido entre palacetes y corralas, entre elites y pueblo, los nuevos barrios, desiguales en su arquitectura y en las gentes que lo habitaban, también tenían voces distintas a la hora de elegir a sus líderes y al expresar sus preferencias políticas.

CAPÍTULO 9:

DE FARMACÉUTICOS Y TIPÓGRAFOS

LA DISOLUCIÓN DEL PODER DE LOS PARTIDOS DEL TURNO Y LA EMERGENCIA DEL SOCIALISMO EN CHAMBERÍ

El apuntalamiento del poder de las elites:

Las elecciones municipales en el Ensanche Norte a comienzos de la Restauración

En febrero de 1877, se celebraron las primeras elecciones municipales en Madrid tras la vuelta al trono de los borbones y el desmantelamiento de lo que quedaba del régimen democrático de 1868. En aquel fin de invierno, con menos ilusión que en otras ocasiones, Benigno y sus compañeros de tertulia se juntaron para comentar la actualidad política. El farmacéutico de Chamberí y sus compañeros del círculo progresista no podían estar alegres. Aquellas elecciones eran a las primeras en las que no se habían podido presentar. Ellos, que tan activos se habían mostrado en los últimos años cada vez que había que elegir un nuevo ayuntamiento para Madrid, habían sido prácticamente expulsados del juego político. Lejos quedaban los días en que el boticario con su vecino Manuel Menéndez, el tendero, y el tahonero Ezequiel Ceinos, controlaban las mesas de votación, repartían las cédulas electorales entre los vecinos y hasta se presentaban para el puesto de concejal o de diputado provincial. La fiesta revolucionaria de septiembre de 1868, de la que habían sido los protagonistas en el barrio de Chamberí, había degenerado en el caos de la república y se había terminado con la vuelta al orden y el regreso de los borbones a España a comienzos de 1875. Desde que el gobierno estaba en manos de Alfonso XII y Cánovas del Castillo, se habían tenido que olvidar de que hubo un tiempo en que eran los que dirigían la vida política del barrio y tuvieron que resignarse a, como mucho, juntarse en la trastienda de Menéndez o en la rebotica de Benigno a comentar las últimas novedades de las que uno y otro se habían enterado.

Las tertulias eran más necesarias que nunca, aunque no pudieran desembocar en ninguna acción política. Aquellos vecinos de Chamberí llevaban años compartiendo sus ideas y sus pasiones liberales y no iban a dejar de celebrarlas porque vinieran malos tiempos. Si querían estar enterados de cómo iban las cosas, no les quedaba otra que juntarse para intercambiar información. La restauración borbónica en el monarca Alfonso XII, parecía haber traído los peores modos de los últimos tiempos de su madre Isabel II en el trono. Y uno de los peores vicios, el de la censura de la prensa y el control de la información, era ejercido con especial afición en aquellos días de elecciones. Los progresistas de Chamberí pudieron comprobarlo pronto. Cuando se acercaban las elecciones pudieron seguir por los artículos de *La Iberia*, el periódico de su partido en el que tantos de sus amigos trabajaban y colaboraban, algunos de los tejemanejes del gobierno para intentar controlar y adulterar aquellas elecciones: un día se denunciaba que las cédulas electorales no se habían repartido, otro día los intentos de evitar que tal o cual candidato de oposición se presentara a las elecciones¹, pero pronto la información libre se hizo rara, y en vez de las noticias y los comentarios críticos, aparecían en primera página alguno de esos artículos peregrinos que eran huella indiscutible de la censura. De repente una página dedicada a la normativa sobre la navegación en el Duero o a la descripción de las calidades de la tierra en la Isla de Santo Domingo². Al lector experimentado de

¹ Así por ejemplo, *La Iberia* denunciaba el 6 de febrero de 1877, que de los 45.484 votantes que había en Madrid, sólo había recibido su cédula 25.496, y cómo las listas había un gran número de irregularidades, incluyendo a muertos en los censos o a personas desconocidas.

² Por ejemplo, *La Iberia* 4 y 9 de febrero de 1877.

periódicos no le engañaban; se trataba de la censura previa, que había forzado al periódico a retirar algún artículo. Los redactores se habían visto obligados a sustituirlo rápidamente por algún texto inocuo y que no diera excusas para que las autoridades impidieran la salida del diario a las calles. En esas circunstancias, la única manera de enterarse de cómo evolucionaban las cosas era juntarse y que cada uno contara lo que sabía, para que si en algún momento llegaba la ocasión de intervenir, estuvieran preparados a volver a la primera línea de la política en el barrio.

La actuación de la censura era la más llamativa en una amplia serie de medidas que habían adoptado los alfonsinos a su llegada al poder, para desactivar la ascendencia y el control de la vida política que los revolucionarios de septiembre, primero, y los republicanos, después, habían adquirido durante el sexenio. Aquellos años de democracia, sufragio universal masculino y libertades de prensa y asociación lo habían cambiado todo, ya no bastaba con un manifiesto del rey y un pronunciamiento militar en un cuartel de provincias para poner al país bajo su tutela. Para gobernar el país y controlarlo ya no se podía hacer sólo desde arriba, desde la cúpula del poder que conformaban el trono y el Congreso de los Diputados. No bastaban ya los tentáculos establecidos en los gobiernos civiles de cada provincia. Era preciso también descender a los ayuntamientos y a los barrios, adentrarse entre las calles de la gran ciudad, en la que se había convertido Madrid, e imponer la autoridad para contrarrestar la pasión política que se había desatado entre las clases populares.

Había zonas de la capital que suscitaban especial recelo a las viejas elites políticas, porque habían visto cómo sus vecinos se habían mostrado emancipados del liderazgo que tradicionalmente habían ejercido los notables. Los distritos del sur, en torno a Lavapiés, El Rastro o la Inclusa, donde los artesanos, las lavanderas, costureras y los trabajadores manuales eran las figuras sociales dominantes, habían abrazado desde primera hora el republicanismo radical³. Aquellos barrios bajos siempre habían estado rodeados de un halo revolucionario que los políticos de uno y otro signo habían excitado a conveniencia para aprovechar su fuerza: en 1848, en 1854, en 1868. En los últimos años, el instinto revolucionario popular había ido un poco más lejos; cuando el pueblo madrileño se había levantado no se limitó ya sólo a ser la mera punta de lanza revolucionaria, que, una vez puesto *lo existente* patas arriba, cedía, el control de la situación a los notables y a las elites; en aquellos años de democracia, los carpinteros, los jornaleros, los albañiles habían querido ser más y, de coro en las revoluciones, habían pasado a ser primeras voces.

Con especial intensidad en los nuevos barrios de la ciudad, en Chamberí y Vallehermoso, se había visto cómo las clases populares, aliadas con una fracción de las clases medias, habían arrebatado el protagonismo en la organización de la comunidad a los notables. En Chamberí había sido un proceso más lento, en que se había ido diluyendo la autoridad y ascendencia de los miembros ilustres del arrabal como Manuel Menéndez o Ezequiel Ceinos. Poco a poco, vieron cómo perdían el apoyo de sus vecinos a favor de unos republicanos recién llegados, que habían acabado por arrebatarles la hegemonía social en el barrio. En Vallehermoso la irrupción había sido más rápida y sonada; los habitantes de las calles abandonadas a la sombra de los cementerios y del Asilo de San Bernardino habían decidido organizarse ellos mismos, prácticamente desde el primer repique de campanas de la revolución. Fueron los artesanos, los pequeños empleados, los patronos de talleres modestos, los jornaleros a sueldo del Ayuntamiento y los trabajadores pobres que atestaban aquella barriada mísera los que controlaron las elecciones y la vida

³ PÉREZ ROLDÁN, María del Carmen: *Bases sociales del republicanismo madrileño (1868-1874)*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid – Departamento de Historia Contemporánea, 1998; de la misma autora, *El Partido Republicano Federal: 1868-1874*, Madrid, Endymion, 2001.

política desde enero de 1869, convirtiendo a Vallehermoso en uno de los focos de expansión del republicanismo.

Los alfonsinos eran conscientes de la complejidad que había alcanzado la política en la ciudad de Madrid. Durante los años del Sexenio habían sido testigos de ese despertar de la pasión política en las clases populares y de las preferencias que estas habían expresado cuando habían podido ejercer su voto. Sabían de los peligros que para su causa tenía el dejar que los barrios de Madrid se comportaran independientemente y, sobre todo, de que la voluntad popular encontrara cauces de expresión tan libres como los que había llegado a disfrutar en algunos momentos del Sexenio. Si querían mantenerse en el poder, tenían que atajar la democracia y para ello era necesario comenzar por los barrios. La primera tarea al llegar al gobierno había de ser situar en todos los puestos de responsabilidad dependientes del poder central a personas de confianza que pudiesen influir para que la vida política no se desmandase. En esa tarea resultaban fundamentales los alcaldes de barrio, que eran los encargados de organizar las pequeñas cuestiones administrativas sobre las que se sustentaba el gobierno de la ciudad: eran los que dirigían el registro de empadronamiento, los que repartían las cédulas de vecindad y las cédulas electorales que había que presentar el día de la votación, los que formaban los censos electorales y los que controlaban las mesas el primer día de los comicios.

Alfonso XII hizo público su manifiesto de Sandhurst el 1 de diciembre de 1874, el pronunciamiento del general Martínez Campos en Sagunto fue el 29 de diciembre; tan pronto como el 8 de enero de 1875, el Ayuntamiento de Madrid se aprestaba a la renovación de los cien alcaldes de barrio de la capital, situando en el cargo a los ciudadanos que más confianza daban a los alfonsinos recién llegados al poder⁴. En Chamberí el elegido fue José Zabala, vecino distinguido por su riqueza en el arrabal. Pertenecía a la familia que había sido propietaria de una de las primeras fábricas que se instalaron en las afueras de la capital, en la misma plaza de Chamberí: Chocolates Zabala. Además era un hacendado propietario en su Vizcaya natal, donde poseía tierras de labor. Llevaba residiendo en el barrio desde antes de 1860 y como correspondía a sus riquezas y su condición social, había participado en el sistema de beneficencia parroquial, aportando sus limosnas cuando era necesario. Eso sí, en política no se había mezclado hasta entonces. Al menos no se había juntado con los progresistas, con los tenderos, el boticario y los tahoneros. Durante el Sexenio había permanecido en el barrio, dejando hacer a los nuevos líderes del arrabal pero sin mezclarse con ellos. Él pertenecía a otro mundo diferente al de la política de las reboticas y las trastiendas⁵. Él formaba parte de aquella elite que había gobernado antes de 1868, como Livinio Stuyck, el director de la Real Fábrica de Tapices, que había sido concejal por el distrito de Hospicio en vísperas de la revolución. Era en ese tipo de gentes, grandes empresarios adinerados y propietarios de tierra en las provincias, en los que Alfonso XII, Cánovas y el resto de los forjadores de la Restauración querían confiar el destino de España.

Tan importante como desplazar a los antiguos revolucionarios y a los republicanos de los puestos de decisión, era desactivar las fuerzas que habían hecho posible su ascenso hasta alcaldías de barrio, concejalías y ayuntamientos. La Restauración era un régimen temeroso de la expresión popular y desde el comienzo de su funcionamiento uno de sus pilares fue la filtración y vigilancia de la soberanía nacional. Primero restringiendo el voto y reinstaurando el sufragio censitario, más tarde adulterándolo por medio de los caciques y las maniobras del ministerio de Gobernación. Había que aminorar todo lo posible los

⁴ La renovación de los alcaldes de barrio del 8 de Enero en AVM, Secretaría, 6-346-9.

⁵ El retrato de José Zabala a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860 caso n° 21 y 1880, caso n° 1.195; su participación en la Beneficencia Municipal en AVM, Beneficencia, 1-214-3.

espacios de libertad y de democracia surgidos tras la revolución de 1868⁶. Si bien se podía mantener la apariencia parlamentaria del régimen, había que terminar con toda veleidad democrática en su funcionamiento. Nada de que los ayuntamientos fueran directamente elegidos por todos los ciudadanos como en tiempos de Rivero; si acaso sólo una parte de ellos, los contribuyentes y los propietarios, pero no desde luego los jornaleros. El sufragio universal era un peligro: sólo los que poseían algo tendrían algún interés en defender la libertad⁷. Desde muy pronto, antes incluso de que Alfonso XII llegara al trono, diversas voces, como la de Andrés Borrego, se habían alzado pidiendo una reforma de la ley electoral: *“El país educado y contribuyente la desea, las clases trabajadoras verán realzada por ella su dignidad, y únicamente los agitadores, los cantonales, podrán echar de menos los auxiliares que pierden en la clase de mendigos, de parásitos y de vagos que forman el ejército de los trastornadores de oficio”*⁸

Tabla 9.1: evolución del censo electoral del barrio de Chamberí y de Beneficencia⁹				
	elecciones a cortes constituyentes 1869	elecciones municipales de 1871	elecciones a cortes de 1873	Elecciones municipales de 1877
electores barrio de Chamberí	1.752	1.837	2.270	942
Votantes	1.222	712	641	[659]
participación	69,75	38,76	28,24	52,59
electores barrio de Beneficencia	424	483	sin datos	341
votantes	379	262	sin datos	[659]
participación	89,39	54,24	sin datos	52,59

Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 4-461-1, 4-497-3, 5-44-1, 5-129-2 y 5-129-3

Las elecciones municipales de 1877 en Madrid mostraron cuánto cerraba la puerta a la participación política el nuevo régimen de Alfonso XII. A pesar de que aún no se había

⁶ Para una caracterización del sistema político de la Restauración como una “ficción parlamentaria” véase CARASA SOTO, Pedro: “La Restauración monárquica” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel (coord.): *Historia de España. Siglo XX. 1875-1939*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 21-298. El caciquismo y su ejercicio a través de los grandes partidos en VARELA ORTEGA, José: *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1890)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, VARELA ORTEGA, José (dir.): *El poder de la influencia: geografía del caciquismo en España (1875-1923)*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001, pp. 175-235. CARASA SOTO, Pedro (dir.): *Elites castellanas de la Restauración*, 2 vols, Valladolid, Conserjería de Educación y Cultura de Castilla y León, 2004. CARASA SOTO, Pedro (dir.): *El poder local en Castilla: estudios sobre su ejercicio durante la Restauración (1874-1923)*. Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004.

⁷ El proceloso camino hacia la instauración del sufragio universal en TUSELL GÓMEZ, Javier: “El sufragio universal en España (1891-1936): un balance historiográfico”, *Ayer*, nº 3, (1991) pp. 13-62.

⁸ BORREGO, Andrés: *El libro de las elecciones*, Madrid, Imprenta Española, 1874, pág. 77.

⁹ Además de restringir drásticamente el derecho al sufragio, los nuevos gobernantes de 1875 acometieron una remodelación de la división en secciones electorales de la ciudad. Así, cada distrito de la ciudad, compuesto por 10 barrios, fue dividido en cinco secciones electorales, cada una formada por 2 barrios. De esta manera, Chamberí, que había constituido una sección electoral propia durante el sexenio, fue unido al barrio de Beneficencia. A partir de ese momento, la mesa se constituiría en uno de los dos barrios, cosa que sucedió preferentemente en el barrio de Beneficencia, a pesar de que Chamberí era el barrio en que residía un mayor número de electores (942 frente a 341 en Beneficencia). Esa es la razón por la que se presentan los datos de ambos barrios en el cuadro y lo que hace imposible señalar la exacta participación los electores en 1877. Las cifras entre corchetes, corresponden al conjunto de la sección electoral (Chamberí +Beneficencia).

aprobado ninguna ley electoral, el censo de votantes del barrio de Chamberí hacía patente la voluntad inequívoca de las autoridades recién establecidas de excluir a una parte sustancial de la población de la vida política. En enero de 1869, cuando se eligieron las Cortes Constituyentes, tras la expulsión de Isabel II, había 1.752 vecinos del arrabal con derecho a voto. En los momentos álgidos de la exaltación democrática, con los republicanos en el poder que bajaron la edad de acceso al voto a los 21 años, ya eran 2.270. En 1877, se habían reducido a más de la mitad, quedando sólo en 942. Eso sin contar con que Chamberí, como zona de Ensanche que era, se había convertido en los últimos cinco años en la zona de Madrid que crecía más vigorosamente. Esas 942 personas a las que ahora quedaba reducido el cuerpo electoral, eran una pequeña parte del vecindario; aquellos que no eran percibidos como peligrosos y alborotadores por las autoridades.

El recorte del censo electoral por los alfonsinos tenía una intención clara: privar a los elementos demócratas y republicanos de las bases sociales que los apoyaban en la ciudad. Para Chamberí eso significaba la condena al silencio político de una gran parte de su población. Aunque en los últimos años la mejor calidad de los edificios y construcciones y la definitiva integración de la zona en la trama urbana de Madrid, habían atraído a unos cuantos vecinos prósperos, Chamberí en 1877 seguía siendo un barrio con una abrumadora presencia de jornaleros. Los progresistas primero y los republicanos después, habían formado sus clientelas políticas y sus pequeñas masas de votantes del barrio entre trabajadores manuales y a jornal, inmigrantes y pobres. En definitiva, entre todos aquellos a los que en ese momento se les cerraba la puerta de la participación política. En esas condiciones, la victoria electoral era más que difícil y el interés que los progresistas, demócratas y republicanos pusieron en la contienda, resultó más bien escaso.

Tabla 9.2: Resultados de las elecciones municipales de 1877 en el distrito de Hospicio y en la sección de Beneficencia – Chamberí			
candidatos	votos en el distrito de Hospicio	votos en Beneficencia – Chamberí	Porcentaje en Beneficencia Chamberí
Teodoro Bonaplata (oficial)	1.314	647	98,18
Pedro Celestino Cañedo (oficial)	1.298	552	83,76
Fernando Casani (oficial)	1.257	513	77,85
Antonio Rafael de Poo (oficial)	1.166	532	80,73
Antonio Gil y Receta (oficial)	950	345	52,35
Vicente Floren (independiente)	12	6	0,91
Elías Bernaldo de Quirós (independiente)	8	4	0,61
Gregorio Martínez Serrano (independiente)	6	1	0,15
Juan Antonio Corcuera (independiente)	5	1	0,15

Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 5-129-2 y 5-129-3. Las denominaciones de oficial e independiente fueron las que utilizaba la prensa (en este caso *La Iberia*). Dentro de los independientes se integraban personajes con distintas trayectorias políticas; Bernardo de Quirós ya se había presentado a concejal con los republicanos por el distrito de Hospicio; Vicente Florén lo haría en los siguientes años siempre en las filas del partido de Sagasta.

Benigno Castro, Ezequiel Ceinos y Manuel Menéndez no tenían mucho que comentar de los resultados electorales en el barrio. En aquel febrero de 1877, los rivales políticos de Cánovas del Castillo, y ellos lo eran, seguían sumidos aún en el desconcierto producido tras el derrumbe de la República. De nuevo se veían en aquella situación indefinida a la

que tendían los liberales y demócratas, más organizados en banderías que en verdaderos partidos políticos. Los progresistas de Chamberí, lo mismo que Sagasta y los miembros más ilustres del partido, estaban aún buscando la forma de definirse y presentarse en sociedad. Por aquellos días, *La Iberia*, el periódico que les había servido de altavoz público durante tantos años, se definía como diario liberal-constitucional, sin dejar muy claro a qué Constitución se declaraban fieles ni que tipo de liberalismo defendían. Los progresistas aún dudaban entre permanecer fieles a su pasado revolucionario, para mantener así su prestigio entre las clases populares de cara al voto, o aceptar la monarquía de Alfonso XII, para no quedarse fuera del sistema político.

La mejor prueba de su confusión y su desorganización fue que en aquel febrero de 1877, en vez de presentarse por su cuenta, los progresistas concurrieron a las elecciones con el resto de las fuerzas opositoras bajo el manto de una candidatura que se declaraba como independiente. En la misma papeleta se juntaban demócratas, radicales, progresistas o constitucionales, republicanos federales y cantonales y revolucionarios de todo pelaje. En el distrito de Hospicio y en el barrio de Chamberí eso se traducía en que los miembros del círculo progresista del barrio se veían obligados a apoyar a uno de sus viejos rivales políticos, Elías Bernardo de Quirós, que les había disputado en tiempos de la República la concejalía a Manuel Menéndez y compañía. La desgana ante una candidatura tan heterogénea, la poca fe en la victoria y el desánimo que creaban las manipulaciones del gobierno dieron al traste con aquellas elecciones. Los candidatos independientes prefirieron retirarse y dejar el camino libre a los candidatos oficiales, designados por los conservadores en el poder, que arrasaron en el distrito de Hospicio. Todo rasgo de democracia parecía haber quedado aniquilado en Chamberí.

Las cosas no fueron tan fáciles para los conservadores en todos los barrios de Madrid. En el barrio de Chamberí y en el distrito de Hospicio la oposición había bajado los brazos, dejando pasar a los alfonsinos para que tomaran el poder con toda la tranquilidad del mundo. En otras zonas de la capital, los vecinos estaban dispuestos a que por lo menos los recién llegados al poder sufrieran un poco para ganar los comicios. En Vallehermoso, que había despertado durante el Sexenio a la vida política, los republicanos no podían permitir que los monárquicos se salieran con la suya tan fácilmente. El barrio, rebautizado como barrio de Pozas, había sufrido un recorte de su censo electoral similar al que se había producido en Chamberí. En 1869, en las elecciones a Cortes Constituyentes había sido censados en aquella barriada de los cementerios, 1.581 electores; un poco más tarde, en 1873, cuando los republicanos ampliaron el sufragio a los jóvenes y rebajaron la edad de acceso al voto de 25 a 21 años, ya eran 2.153 votantes¹⁰.

El recorte que los conservadores hicieron del censo electoral fue todavía más drástico que en Chamberí, porque más pobres y más revolucionarios habían sido sus habitantes en la ausencia de los borbones. De más de 2.000 electores se pasó a tan sólo 709 en el censo presentado en febrero de 1877¹¹. También fueron mayores los esfuerzos de los conservadores por controlar el proceso electoral, porque bien sabían que los vecinos del barrio de Vallehermoso no se dejarían vencer sin presentar batalla en todos los frentes. Las autoridades debieron emplearse a fondo para intentar contrarrestar los intentos de conquista de cualquier parcela de poder que ensayaran aquellos empecinados republicanos de barrio. Los conservadores no podían limitarse a la tutela que el alcalde de barrio adicto pudiese ejercer; el día de la votación de la mesa, allí estaban los ardorosos republicanos de Vallehermoso, destacándose a la cabeza Absalón de la Puente, el barbero de la calle Navas de Tolosa. Absalón era un tipo bien conocido en aquellas calles, no sólo por el comercio

¹⁰ AVM, Secretaría, 5-42-6

¹¹ Los libros talonarios con el censo electoral de Universidad para las elecciones municipales de 1877, en AVM, Secretaría, 5-128-8,

que regentaba, sino porque en los tiempos gloriosos de la República, en 1873, le había sido confiada a él la alcaldía de barrio. Cuando habían cambiado los vientos políticos, Absalón no había abandonado su militancia republicana y a la hora de la contienda política estaba allí, dispuesto a no ceder a los conservadores monárquicos ningún metro de los terrenos conquistados por los republicanos durante el Sexenio¹².

Mientras en el resto de Madrid la mayoría de las mesas electorales fueron ganadas por las autoridades, en Vallehermoso la batalla fue dura e igualada¹³. La presidencia de la mesa fue obtenida por muy poco por el candidato conservador que recabó 85 votos por 76 del candidato republicano, un bodeguero de la Carretera Mala de Francia, de nombre Jacinto Ardavín. Los puestos de secretarios escrutadores quedaron repartidos: por un lado, obtuvieron su puesto el barbero Absalón de la Puente y su correligionario Manuel Infiesta, con los mismos 76 votos que el candidato a la mesa, haciendo una vez más gala de la disciplina de voto propia de los militantes republicanos; por el otro salieron elegidos Calixto González y Pablo Fernández, dos empleados del Asilo de San Bernardino que acudían al colegio electoral, muy probablemente con el mandato de las autoridades municipales de no dejar cabo suelto en la victoria de los candidatos oficiales. Con este reparto de la mesa electoral, entre empleados municipales adictos al gobierno y republicanos de oposición, Vallehermoso se erguía como un oasis de democracia, en el que el recuento de votos no podría ser manipulado con tanta facilidad como en el resto de las secciones electorales de la capital¹⁴.

Los resultados de los candidatos de oposición en la sección a la que pertenecía Vallehermoso, el colegio de Pozas y Daoíz¹⁵, indicaban que continuaban vivas las brasas del republicanismo que tanto había inflamado el barrio en tiempos del Sexenio. A pesar de que habían sido expulsados de las listas electorales gran parte de los votantes que les habían apoyado en tiempos de Amadeo y la República, la ascendencia de algunos de los candidatos de oposición no se había visto afectada. Pedro Bernardo Orcasitas, republicano que en 1871 y en 1873 había obtenido su acta de concejal por el distrito de Universidad con un amplio apoyo, recogió en esta ocasión menos proclive para él casi el mismo número de votos que habían obtenido los candidatos promovidos por las autoridades.

¹² El retrato de Absalón de la Puente a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 3.879; su papel en las elecciones municipales de 1873 en las que era alcalde de Barrio, AVM, Secretaría, 5-42-6.

¹³ Según *La Iberia*, el 7 de febrero de 1877, de las 40 mesas electorales de Madrid, en sólo 3 se había obtenido la presidencia por la oposición; en otras 12 se había conseguido colocar algún secretario y en el resto tanto presidentes como secretarios del gobierno eran adictos y amigos del gobierno. Entre estas últimas había que incluir las de Hospicio en que la oposición había decidido retirarse de las elecciones y las de Palacio en que no se había presentado candidatos de oposición alguna. En el distrito de Universidad sólo en la sección electoral de Pozas y Daoiz la oposición logró colocar secretarios; en las otras cuatro secciones tanto el presidente como los cuatro secretarios eran adictos.

¹⁴ Los pormenores de la constitución de la mesa y el desarrollo de los comicios en las actas electorales municipales de 1877 del distrito de Universidad, AVM, Secretaría, 5-128-9.

¹⁵ Además del recorte de los censos electorales, los alfonsinos a su llegada al poder introdujeron otras novedades en la organización de los comicios municipales; la más significativa, la reforma de la división en secciones electorales de cada distrito de la capital. Entre 1868 y 1873, la ciudad había quedado dividida en diez distritos, y cada distrito formado por tantas secciones o colegios electorales como barrios tenía. Así, el distrito de Universidad, estaba dividido en diez barrios como ya se vio, uno de los cuales era el de Campo de Guardias (que correspondía con el de Vallehermoso), rebautizado en tiempos alfonsinos como barrio de Pozas. En 1877, se agruparon los barrios de dos en dos; así, el distrito Universidad quedaba dividido en cinco secciones electorales, de las que una era la de Pozas y Daoiz: así Vallehermoso – Pozas quedaba unido en sus destinos políticos a un barrio del casco antiguo de la capital.

Tabla 9.3: Resultados de las elecciones municipales en el distrito de Universidad y su sección 3, barrios de Pozas (Vallehermoso) y Daoiz			
Candidatos	Distrito de la Universidad	% en el distrito	sección electoral 3, Pozas y Daoiz
Manuel La Riva y Dorrego (oficial)	1.137	72,51	153
Basilio Chávarri (oficial)	861	54,91	146
Antonio Mendo Figueroa (oficial)	802	51,15	149
José López y López (oficial)	750	47,83	143
Joaquín de la Concha y Alcalde (oficial)	645	41,14	52
Sergio Martínez del Bosch (independiente)	467	29,78	74
Pedro Bernardo Orcasitas (independiente)	400	25,51	143
Telesforo Montejo y Robledo (independiente)	273	17,41	61
Jerónimo Alonso Pueyo (independiente)	221	14,09	74
Juan Martín González	44	2,81	5
Antonio José de Berada	41	2,61	5

Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 5-128-9

De nuevo se trataba de una mera victoria moral, sin consecuencias para los resultados generales ni del distrito ni de la ciudad. En los cómputos totales del distrito de Universidad los candidatos de oposición quedaron muy lejos de los candidatos oficiales que ganaron la elección. En el resto de las secciones electorales, el gobierno no debía tener ningún problema para imponer sus candidatos, pues todos los secretarios escrutadores y los presidentes de mesa eran criaturas suyas, que compondrían los resultados al gusto del alcalde y del gobernador civil. Los resultados de la oposición en Vallehermoso eran importantes como demostración de que los conservadores no tenían tan sujetas las riendas del poder como podía parecer a primera vista. La Restauración no era más que el regreso de la monarquía borbónica con una cierta atemperación de las libertades y los avances políticos conseguidos en los años anteriores. No se podía restaurar del todo la realidad de antes de 1868; se habían producido cambios en la ciudad que por mucho que se quisieran negar o ignorar, eran imborrables. En los años del Sexenio, Madrid se había transformado radicalmente y era imposible que las cosas fuesen a ser igual que cuando salía Isabel II apresuradamente hacia Francia; por el momento, los alfonsinos podían simular regresar al viejo orden apuntalándolo a base de manipulaciones electorales y recortes de libertades, pero la idea de la restauración como tal, como un regreso a la monarquía de antes del 1868, no era más que una pose. Madrid había cambiado y era necesario asumirlo y cambiar en las formas de entender y gobernar lo que había dejado de ser una ciudad pequeña y manejable para empezar a esbozarse como una gran capital.

La quiebra definitiva de la comunidad:

El declive del poder progresista y la consolidación republicana

La exclusión política de los liberales y progresistas duró poco. Los conservadores, artífices de la vuelta al trono de los borbones, sabían bien que necesitaban de los revolucionarios de 1868 más moderados para dar estabilidad a la monarquía¹⁶. Cuando Sagasta aceptó la invitación de Cánovas a participar en el juego parlamentario, las bases de su partido en

¹⁶ JOVER ZAMORA, José María (ed.): *España: sociedad, política y civilización (siglos XIX-XX)*, Madrid, Debate, 2001; CARR, Raymond: *España, 1808-1975*, Barcelona, RBA, 2005; TOMÁS VILLARROYA, Joaquín (coord.): *“La era isabelina y el sexenio democrático (1834-1874)”*, Madrid, Espasa Calpe, Tomo 34 de Historia de España de Menéndez Pidal, 1991; BAHAMONDE MAGRO, Ángel (coord.): *Historia de España. Siglo XX. 1875-1939*, Madrid, Cátedra, 2000.

Madrid le siguieron fielmente, como tantas otras veces. Las nuevas reglas chocaban en parte con su propio ideario. Ellos habían sido defensores ardorosos del sufragio universal, y lo seguían siendo. Integrarse en aquel régimen en el que se establecían tan fuertes resistencias a la participación política podía interpretarse como una traición. Claro, que también les reportaba a los hombres de Sagasta importantes beneficios. Los progresistas no se podían engañar. Eran conscientes de que no gozaban del favor popular. Durante el Sexenio habían podido comprobarlo. La extensión de los derechos políticos y la implantación del sufragio universal masculino se habían traducido en su ensombrecimiento por los republicanos, que les habían arrebatado muchos de sus territorios políticos en la capital. Algunos de los barrios y distritos que les habían apoyado tradicionalmente, como el propio Chamberí o el distrito de Universidad, cayeron en manos de aquellos exaltados y parecía difícil que volvieran a ser ganados por los liberales. Las medidas que la nueva clase gobernante dispuso para adulterar y atemperar la expresión de la soberanía nacional convenían a los hombres de Sagasta. La exclusión del juego de los republicanos y de los elementos populares más radicales, hacían posible su vuelta al poder y la reconquista de secciones y distritos electorales que habían perdido en los tiempos en que todo el pueblo tenía derecho al voto. Ahora sólo había que esperar a que les llegara su turno para manejar mesas de votación y voluntades políticas, como habían hecho los conservadores en las primeras elecciones de la Restauración.

Ese momento llegó el 8 de febrero de 1881, cuando Sagasta fue elegido presidente del Consejo de Ministros. A comienzos de mayo se debían celebrar las elecciones para renovar ayuntamientos. No es que la cita electoral fuera demasiado trascendente. En el régimen de la Restauración la representación de la soberanía nacional en el gobierno municipal había quedado igual de adulterada que en el resto de los ámbitos de poder. El ayuntamiento se consideraba como un ente administrativo, no político. El alcalde de la ciudad no debía ser elegido por los ciudadanos sino por el gobierno en el poder, como lo eran los gobernadores civiles o los ministros del Consejo¹⁷. Sagasta se decidió por uno de sus hombres de confianza en la capital: José Abascal, que tenía una ya larga trayectoria como concejal madrileño. Ahora, una vez elegido el alcalde por el gobierno era cuando los electores entraban en juego para elegir a los concejales, que era a lo que había quedado restringido el sufragio universal en el gobierno municipal. Y ni siquiera en esto se concedía demasiado poder de decisión a los ciudadanos. La Restauración, como régimen político timorato de la representación de la soberanía nacional, había previsto todo lo necesario para que en ningún momento, ni tan siquiera ese reducido puñado de ciudadanos a los que se les concedía el voto, pudieran darle una sorpresa al poder constituido. En Madrid, las elecciones municipales eran siempre parciales: en ellas se renovaba una parte de los concejales pero nunca el cuerpo consistorial en su conjunto. Así en aquella primavera de 1881 se votaban 26 concejales de los 50 de los que se componía el Ayuntamiento; y habría que esperar hasta 1883 para que fueran elegidos los otros 24.

Todo estaba diseñado en el sistema de la Restauración para que las consultas electorales no cambiaran nada. Ganar unas elecciones municipales no daba gran poder, porque el alcalde ya estaba nombrado y el único que podía destituirlo era el gobierno central. Lo malo era perderlas; si los candidatos propuestos por el partido en el gobierno

¹⁷ VARELA ORTEGA, José: *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1890)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, VARELA ORTEGA, José (dir.): *El poder de la influencia: geografía del caciquismo en España (1875-1923)*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001, pp. 175-235. CARASA SOTO, Pedro (dir.): *Elites castellanas de la Restauración*, 2 vols, Valladolid, Conserjería de Educación y Cultura de Castilla y León, 2004. CARASA SOTO, Pedro (dir.): *El poder local en Castilla: estudios sobre su ejercicio durante la Restauración (1874-1923)*. Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004.

no sacaban su concejalía, el desprestigio podía llegar hasta al presidente. Pero era difícil que eso sucediera. El gobierno tenía todo en su mano para amañar los resultados a su gusto: el gobernador civil de la provincia, el alcalde de Madrid y hasta los alcaldes de barrio habían sido nombrados a dedo por el Ministro de gobernación. Ellos tenían en su mano modificar censos electorales, supervisar la elección de los interventores, sancionar las actas de escrutinio... en fin tenían a su alcance todos los medios para publicar los resultados que les fueran más deseables.

**Tabla 9.4: Resultado de las elecciones municipales de 1881
en los distritos de Hospicio, Universidad y Buenavista**

Hospicio (elige tres concejales)			Universidad (elige cuatro concejales)			Buenavista (elige 2 concejales)		
Candidato	adscripción política	Votos	Candidato	adscripción política	votos	Candidato	adscripción política	votos
Mariano Monasterio	Liberal	1.062	Enrique Arroyo	Liberal	1380	Jacobo Álvarez Capra	Liberal	1210
Vicente Floren	Liberal	987	Víctor Collado	Liberal	1022	Gregorio Zabalza	Liberal	1171
Pedro Celestino Cañedo	conservador	558	Vicente Saiz	liberal	950	Gonzalo Vilches	Conservador	514
Juan Borrel y Miquel	demócrata	402	Fernando de la Torriente	demócrata	484	Jacinto María Ruiz	Conservador	489
Zacarías López López	conservador	227	Pedro Bernardo Orcasitas	demócrata	437	Pedro Méndez Vigo	independiente	421
			Manuel Darriva	conservador	314	José López Sánchez	Demócrata	349
			Sergio Martínez del Bosch	demócrata	249	Felipe Ibarra	Demócrata	113
			Antonio Eulogio Gómez	conservador	224	Manuel Arroitia	independiente	55
			Juan Bañón Algarra	demócrata	193			
			Gustavo Morales	demócrata	181			
			Guillermo Gullón	conservador	170			
			Tomás Pescador Rojas	demócrata	168			
			José María Espinosa	demócrata	123			

Resultados generales de Madrid: 20 concejales liberales, 4 demócratas, 1 independiente y un conservador-liberal.

Elaboración propia a partir de los datos ofrecidos por *El Imparcial*, 5 de Mayo de 1881.

En mayo de 1881 todo salió a conveniencia de los liberales, como no podía de ser de otra manera. De las veintiséis concejalías en juego, veinte fueron para los candidatos propuestos por el partido en el poder, cuatro para los republicanos que se presentaban bajo el cartel de “demócratas”, una para un independiente y la que sobró, tan sólo una, para los conservadores, el gran rival a batir¹⁸. Benigno Castro, Ezequiel Ceinos y el resto de sus amigos liberales de Chamberí pudieron sentir cierta alegría cuando aquellos días leían los resultados de los escrutinios. Conocían bien al alcalde, porque habían compartido con él muchas reuniones, cuando José Abascal era un joven y prometedor concejal y se

¹⁸ Los resultados de los 3 días de votación se pueden seguir en *El Imparcial* y *La Iberia*, días 3,4 y 5 de mayo de 1881.

encargaba de dirigir el comité progresista del distrito de Hospicio. También podían sentirse satisfechos de que una vez más en Chamberí se impusiera el voto de los suyos, como en los tiempos gloriosos de la revolución, cuando la botica de Benigno o la trastienda de Manuel Menéndez eran los centros de reunión política del barrio. Después de tantos años era reconfortante ver que había triunfado su candidatura, la de los vecinos del barrio, como cuando se enfrentaron a los gobiernos de González Bravo o cuando defendieron en las calles del arrabal la candidatura de Prim. Un tiempo pasado glorioso en que todo era posible, en el que desde una rebotica se decidían los destinos políticos, no de toda la ciudad, pero sí de una de sus partes más importantes, el arrabal de Chamberí.

La comparación era inevitable para ellos. Para los progresistas de Chamberí, los del 68 eran tiempos gloriosos y, definitivamente, eran tiempos mejores que los de 1881. Aunque les resarciera en su orgullo, Benigno y sus compañeros de tertulia, debían de ser plenamente conscientes de que aquella victoria era más aparente que real. Bastaba fijarse con detenimiento en los resultados electorales de su propio distrito, el de Hospicio, para comprobar cuán forzada era esa victoria liberal en Madrid. Sí, en el distrito de Hospicio los candidatos de Sagasta habían ganado dos de las tres candidaturas en juego. Y podrían haber ganado más. Lo que sucedía era que en el sistema de votación que habían traído aquellos nuevos tiempos, se intentaba evitar la creación de mayorías excesivas y cada elector sólo podía señalar dos nombres de su papeleta. De ahí que hubiera quedado un tercer concejal para que se lo repartieran las candidaturas perdedoras y que era ese el que se habían llevado los conservadores. A pesar de que las diferencias en votos eran claras, de que el candidato liberal con menos apoyo había aventajado en más de 400 sufragios al conservador, los liberales de Chamberí sabían que en el fondo era un resultado distorsionado. Ellos se habían curtido políticamente en las elecciones de 1868 y 1869. Conocían las vías por las que se podía expresar sinceramente la opinión popular y sabían que la preponderancia alcanzada ahora en Madrid había sido posible sólo gracias al fraude en las elecciones y, sobre todo, al recorte del censo electoral. En los mismos resultados de esa primavera, había datos un tanto preocupantes. Que los republicanos, pues eso eran los demócratas aunque usaran otro nombre, hubieran conseguido tanto apoyo a pesar de que tenían todo en contra, era bastante significativo. En Hospicio, sin ir más lejos, su candidato había conquistado el cuarto lugar en el escrutinio, quedando por encima de uno de los conservadores.

En el distrito de al lado, en Universidad, el asunto era más grave. No se trataba de que los republicanos hubieran obtenido ese escaño que los comicios dejaban para disputa de los perdedores. Lo que realmente era llamativo es que hubieran desbancado a los conservadores, incluso habiendo presentado dos candidaturas separadas. Asustaba mirar los resultados electorales del distrito de Universidad. A pesar de todas las barreras que se habían puesto para evitar que los republicanos de 1873 volvieran al poder, ahí estaban todos, gozando de un apoyo estimable entre los votantes. Pedro Bernardo Orcasitas, que salió de la más absoluta oscuridad para convertirse en concejal en tiempos del Sexenio y acabó siendo nombrado alcalde de la ciudad en 1873, obtenía 473 votos. Hasta los republicanos menos conocidos de aquellos turbulentos tiempos habían vuelto a la carga. José María Espinosa, el joven tenedor de libros de Vallehermoso que durante el Sexenio había tenido un modesto papel en el republicanismo del barrio, había recogido ahora una cosecha de 123 votos. Si los republicanos eran capaces de eso cuando se les había quitado el derecho al voto a los jornaleros y artesanos que los habían aupado al poder en 1873, ¿qué no podrían hacer si Sagasta acababa introduciendo el sufragio universal y poniendo los destinos de las elecciones en manos de las masas?

Para los miembros del antiguo círculo progresista de Chamberí, a los que había que suponer sincera su defensa del sufragio universal, una victoria electoral como aquella,

conseguida a costa de recortar y amañar la soberanía popular, debía resultar amarga. También había de ser una dolorosa muestra de cómo habían cambiado las formas de hacer política desde los tiempos en que ellos eran los que mandaban en el barrio, a mediados de la década de 1860. Los métodos que entonces ellos utilizaron para ganarse la voluntad popular habían quedado completamente obsoletos. Un claro ejemplo era la decadencia en que había caído el sistema de Beneficencia Pública, no tanto por los servicios que prestaba como por la escasa utilidad que tenía como medio de articulación de la vida comunitaria del barrio. Benigno lo sabía bien porque su farmacia había sido el centro de todo el sistema de ayuda al pobre durante muchos años. Él, precisamente, no se podía quejar. Con los años, el dinero que se gastaba el municipio en medicamentos había ido aumentando y él era uno de los principales beneficiarios. Gran parte de la caja que hacía cada mes procedía de lo que le compraba el Ayuntamiento, un cliente regular en sus pagos que le aseguraba una cierta estabilidad a su negocio. Por ese lado, por tanto, nada que reprocharle al paso del tiempo.

Lo que había cambiado drásticamente en la ayuda al pobre era la participación de los propios vecinos. Benigno Castro había conocido un sistema de Beneficencia pública muy diferente. Cuando instaló su farmacia en el arrabal de Chamberí, las visitas a los enfermos y a las mujeres a punto de dar a luz, las realizaban los propios vecinos. Uno de ellos tenía que pasar mes a mes por todas las casas y hacer la colecta para los pobres; luego con eso y con lo que llegara del Ayuntamiento, se compraban medicinas, comida y mantas. Eran ellos, el farmacéutico, sus amigos los panaderos gallegos, el director de la fábrica de tapices, los que iban visitando al pobre y repartiendo los cupones con las raciones de garbanzos, bacalao o chocolate. Eso permitía que los vecinos se conocieran, que se ayudaran y que, en caso necesario, actuaran en conjunto para afrontar un gran problema. ¿Quién de los vecinos antiguos del barrio no se acordaba de la epidemia de cólera de 1865? Ante la ineficacia del gobierno de Isabel II, todos los habitantes con cierta categoría de Chamberí se pusieron de acuerdo para juntar dinero para montar un hospital de coléricos y dar comida a las familias de los enfermos. Aquella actuación les había labrado un prestigio en el barrio que tuvo gran parte de culpa en los éxitos que cosecharon en las elecciones de 1868 y 1869. Porque sus vecinos más pobres los reconocían como sus líderes, como los personajes capaces de solucionar sus problemas.

Todo eso se había ido diluyendo con los años. La ciudad había crecido y el sistema de ayuda al pobre se había hecho más impersonal. Ahora ya no lo dirigían los notables del barrio, sino que lo organizaban los empleados municipales desde la casa de socorro del distrito. Casi todo el dinero lo ponía el Ayuntamiento, aún así, entre los notables de Chamberí todavía había quien, mes a mes, contribuía religiosamente con una cuota voluntaria para ayudar a los pobres. En general se trataba de vecinos con mucha antigüedad en el barrio, como el propio Benigno Castro, que en 1880 ponía su peseta mensual para la compra de medicamentos de la Beneficencia Pública. También ponían una peseta Ezequiel Ceinos, el tahonero que llegó a ser diputado provincial en el Sexenio, y Francisco Fernández, el panadero de Lugo cuyos paisanos tanto tenían que agradecerle. No faltaban tampoco el sobrino de Andrés Arango o el hijo de Livinio Stuyck, que había sucedido a su padre en la dirección de la Real Fábrica de Tapices¹⁹.

Para ellos era una especie de tradición, de obligación moral con sus vecinos y por eso no faltaban nunca a su cita mensual con la colecta. Pero sólo lo era para ellos y no para los nuevos habitantes que se habían incorporado después a la vida del barrio. Ya nadie se preocupaba por la limosna a los pobres aparte de ellos. La prueba era que, si en 1862 había

¹⁹ La relación completa de los 34 contribuyentes voluntarios al sistema de beneficencia en Elaboración propia a partir de AVM, Contaduría, 2-565-6.

unas cincuenta personas en el arrabal que daban su peseta mensual, en 1881 tan sólo eran veinticuatro²⁰. Mientras tanto la población de aquellas calles había pasado de unos 3.000 habitantes a unos 15.000. En 1880, la implicación de los vecinos en el sistema de beneficencia resultaba insignificante y su repercusión más bien escasa. Ya nadie tenía en consideración al panadero o al farmacéutico como un benefactor; al cruzárselos en la calle ya no los veían como los que había hecho posible que su familia hubiera tenido garbanzos o pan el día en que le faltó. Era consecuencia del paso del tiempo y de los grandes cambios que se estaban produciendo en Madrid. En 1880, en Chamberí, que ya no era un arrabal sino un barrio pujante en el que cada vez había más y más vecinos, estaba desapareciendo esa manera de entender el mundo, en que las relaciones entre pueblo y elites, entre pobres y benefactores estaban marcadas por el trato personal y el conocimiento mutuo²¹.

Tabla 9.5: cuenta del movimiento de fondos de la Junta de Beneficencia y casa de socorro del Distrito del distrito de Hospicio, Julio de 1880	
Ingresos	ptas
por existencias del mes anterior	477,82
por la suscripción voluntaria satisfecha en Junio	535,37
por limosnas, legados y donativos	36,5
por subvención del Ayuntamiento para cubrir el déficit	1090
Total	2.139,69
Gastos	
relación nº 1 (curaciones y socorros)	1.785,19
relación nº 2 (impresos y libros)	354
relación nº 3 (reintegros)	0,5
Total	2.139,69

Elaboración propia a partir de AVM, Contaduría, 2-565-6

Había que aceptarlo. En el Chamberí de 1881, al farmacéutico Benigno Castro ya no lo conocía todo el mundo, como tampoco al panadero de Lugo o al tendero de ultramarinos. Porque Chamberí era mucho más grande, mucho más populoso y habían surgido muchos otros farmacéuticos, panaderos y tenderos en sus calles. Su influencia había desaparecido y por lo tanto, habían dejado de ser útiles para los líderes del partido liberal. Esa era la razón por la que en aquella vuelta al poder no habían sido llamados para que prestaran los servicios que en otras ocasiones habían desempeñado con cierto éxito. En su sustitución, el partido liberal había recurrido a otro tipo de gentes, más acordes por su condición social a los tiempos políticos que corrían.

En 1871, un tendero de ultramarinos, un farmacéutico o un tahonero podían situarse en las listas del distrito de Hospicio a las elecciones municipales del partido de Sagasta. En 1881, el que encabezó la candidatura fue Mariano Monasterio, aquel oficial de carpintero que había amasado una fabulosa fortuna en el negocio de la construcción. Por aquel entonces, con 2.750 pesetas de cuota anual, era uno de los mayores contribuyentes de todo el distrito. Vivía muy lejos del arrabal, en un hotelito de la Castellana de su

²⁰ En páginas anteriores ya se ofrecieron las cuentas de caudales de la junta parroquial de Beneficencia de Chamberí en 1862; se conservan en AVM, Beneficencia, 1-214-3.

²¹ Un estudio detallado de este proceso de despersonalización del sistema de beneficencia madrileño en PALLOL TRIGUEROS, Rubén: "De la caridad entre vecinos a la asistencia social de las masas urbanas: avances y límites en la modernización del sistema benéfico madrileño, 1850-1910" en SÁNCHEZ, Raquel y GÓMEZ-FERRER, Guadalupe (coord.): *Modernizar España. 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.

propiedad²². No tenía contacto alguno con los vecinos de Chamberí, pero eso les importaba poco a los líderes del partido liberal. El perfil de Mariano Monasterio era el que más convenía en los nuevos tiempos políticos que corrían. Se ajustaba a la perfección al tipo de ciudadanos en que se quería hacer reposar la monarquía parlamentaria recién reinstaurada. Era alguien con nombre, cuya fortuna había hecho olvidar sus orígenes humildes y había infundido respeto en la elite social madrileña. El papel de Mariano Monasterio al frente de la candidatura no era arrastrar votos, o al menos no demasiados. En unas elecciones en que no participaban las clases populares, no hacía falta ganarse su favor. Sólo tenía que ser aceptado por los contribuyentes, por los propietarios, por el pequeño grupo de ciudadanos en cuyas manos estaba depositado el gobierno de la ciudad.

Los liberales no tuvieron ningún problema para sacar sus candidatos adelante en elecciones posteriores. Siempre y cuando Sagasta estuvo en el poder y dispuso del alcalde, el gobernador civil y los alcaldes de barrio para organizar los comicios a su gusto, su partido obtuvo resultados similares. En mayo de 1887, por ejemplo, se elegían 35 concejalías, de las que 27 acabaron ocupadas por los liberales; entre ellos Mariano Monasterio y Vicente Floren, que desde su elección en 1881 no habían dejado de pertenecer a la corporación municipal²³. Lo mismo sucedió en diciembre de 1889, en que se eligieron 26 concejalías; 22 fueron a parar a manos de los liberales todavía en el poder. Esta facilidad de su triunfo (que era la misma que encontraban los conservadores cuando era Cánovas el que manejaba los hilos) se veía acompañada siempre de esa demostración de fuerza que hacían los republicanos. Carentes de las ayudas y las presiones del poder político, irremediabilmente aparecían como la segunda fuerza política en disputa.

Tabla 9.6: Resultado de las elecciones municipales de 1889 en el distrito de Hospicio (tres concejalías en juego, cada candidatura podía presentar dos posibles concejales)		
Candidato	adscripción política	nº de votos
José Gayo	liberal	1.277
Sr. Utrilla	liberal	1.065
Juan Llorca	demócrata	314
Marques de Caramines	conservador	240

Elaboración propia a partir de *El Imparcial*, 2 de diciembre de 1891.

En 1889 el candidato demócrata (republicano) del distrito de Hospicio aparecía en tercer lugar en el número de votos. La distancia podía parecer mucha, más de 700 sufragios, pero no se podía olvidar que buena parte de los vecinos que podían apoyar a los republicanos estaba excluida del derecho al voto. Los viejos progresistas de Chamberí podían seguir preguntándose qué sucedería si el sufragio universal llegaba, ahora con más razón, porque cada vez la ley de ampliación del voto era reclamada con más fuerza por la opinión pública. Benigno Castro y compañía recordaban bien lo que había sucedido en las últimas contiendas en las que se las habían tenido que ver con los republicanos en igualdad de condiciones. Había sido en las elecciones de 1871, en medio de la división del partido liberal entre sagastinos y radicales; en el barrio, los republicanos habían empatado prácticamente con las candidaturas presentadas por los partidarios de Sagasta. A pesar de todos los tejemanejes que pudiera hacer su jefe de filas desde el gobierno, los liberales no

²² Ya se ha hecho referencia en capítulos anteriores a Mariano Monasterio y a su caso excepcional de promoción en el mercado laboral madrileño; su retrato a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 2.423.

²³ Los resultados electorales en *La Iberia*, 5 de mayo de 1887.

podían garantizar el control de Chamberí. El resultado, en el caso de que todos los vecinos votaran, era un enigma: nadie sabía de lo que serían capaces los republicanos en unas elecciones con sufragio universal.

No hubo que esperar mucho tiempo. La ley de sufragio universal masculino fue aprobada en 1890 por los propios liberales de Sagasta, aunque fue a los conservadores de Cánovas a los que les tocó aplicarla en las primeras elecciones municipales²⁴. En mayo de 1891, como cada dos años, tocaba renovar concejalías en Madrid. Esta vez iba a ser diferente; todos los varones mayores de edad, independientemente de su condición social y de sus rentas, iban a ser llamados a las urnas. No era una circunstancia nueva, ya habían sido celebradas antes otras elecciones por sufragio universal en la capital. Pero habían pasado nada menos que dieciocho años desde las últimas, que se habían celebrado en 1873 en tiempos de la República. Para muchos existía el riesgo de que se hubiesen disuelto las redes personales sobre las que antiguamente habían articulado la movilización del voto popular. Los republicanos que habían vencido entonces, puede que ahora que no contaran con sus agentes y propagandistas. Que los taberneros, barberos, pequeños empleados y los jornaleros que se habían destacado en la reclamación en las mesas electorales, se hubiesen marchado del barrio o hubiesen muerto y que, llegada la hora de la lucha electoral, no hubiera nadie para movilizar el voto de los vecinos.

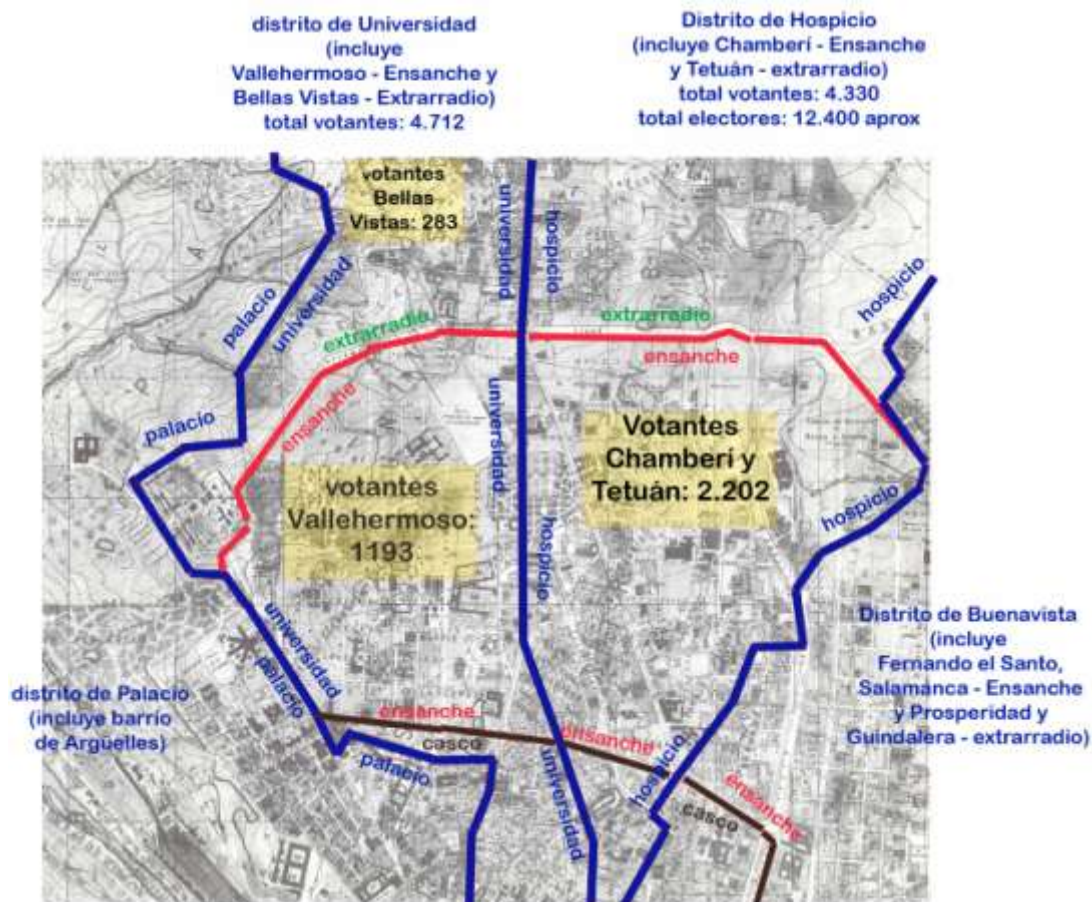
Lo mismo podían pensar los liberales, progresistas y demás seguidores de Sagasta (que aquel año se hacían denominar fusionistas). Habían pasado demasiados años sin ocuparse de los vecinos más humildes, de aquellos que no pagaban una contribución suficiente para poder votar. Tampoco contaban con las redes de articulación del vecindario que tan efectivas habían sido en otras ocasiones, como el sistema de Beneficencia. Los conservadores, en cambio, no tenían ese problema, más que nada porque no tenían redes de articulación del voto popular que perder. En el Sexenio democrático, los conservadores habían optado por el retraimiento. Durante la ausencia de los Borbones de España, se habían presentado a las elecciones con un carácter meramente testimonial y apenas habían participado del juego político. Ellos contaban en aquellas elecciones con un arma diferente; la que les proporcionaban los resortes del poder. Estando Cánovas al frente del Consejo de Ministros, podían disponer de alcaldes y gobernadores civiles para ejercer su influencia el día de la votación.

Había otro factor que podía crear más incertidumbre que el largo tiempo transcurrido desde las últimas elecciones por sufragio universal. Entre 1873 y 1891, además de haberse producido la suspensión del derecho a voto de las clases populares, la ciudad de Madrid había experimentado grandes y profundos cambios que habían transformado su mapa social y urbanístico. Desde tiempos de la República, el desarrollo del Ensanche había adquirido un vigoroso ritmo; también había comenzado a adquirir velocidad el crecimiento de barrios de extrarradio como Tetuán, Bellas Vistas, Vallecas o Prosperidad. En todas estas zonas se habían ido instalando los contingentes de inmigrantes que acudían a la capital cada vez en mayor número desde todos los rincones de España. No todos los nuevos barrios habían adquirido un carácter popular. Ahí estaba el barrio de Salamanca, la zona de la Castellana y Fernando el Santo. Chamberí también acogía

²⁴ La aplicación del sufragio universal en las elecciones municipales de 1891 en Madrid no han sido objeto de investigaciones hasta el momento; sí que existen para otras localidades como los de SANZ MARCOTEGUI, Ángel: *Las elecciones municipales de Pamplona en la Restauración, (1891-1923)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1990; SERRANO BLANCO, Laura: "Las elecciones municipales de 1891 en Valladolid: Un estudio de poder local" en SÁNCHEZ MANTERO, Rafael (coord.): *En torno al "98": España en el tránsito del siglo XIX y XX: actas del IV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Huelva, Universidad de Huelva, 2000, Vol. 1, pp. 389-404; BARRAGÁN MORIANA, Antonio: "La aplicación del Sufragio Universal en Córdoba: las elecciones municipales de mayo de 1891", *Trocajero: Revista de historia moderna y contemporánea*, nº 5 (1993), pp. 139-148.

empleados, pequeños propietarios y algún que otro profesional liberal que habían podido acudir a las urnas en los últimos años. Aún así, una parte mayoritaria del nuevo Madrid estaba compuesto por trabajadores manuales, pequeños empleados, jornaleros y el resto de ese conjunto de vecinos excluidos del voto desde hacía casi veinte años. Entre ellos había que incluir todas esas gentes que vivían en barrios como Vallehermoso y Guzmán el Bueno, en las zonas más al norte del Ensanche, en los edificios más baratos de Trafalgar, Cardenal Cisneros y del antiguo arrabal, en alguna que otra buhardilla de los edificios caros de la calle Fuencarral. Hasta el momento su opinión no había contado en las decisiones políticas y nadie podía asegurar cómo se comportarían el día que fueran llamados a las urnas.

Plano 9.1: Distribución de los electores del Ensanche Norte en 1891



Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 9-288-1, 9-289-1, 9-290-1, 9-291-1 y 2-292-1. Las actas electorales de 1891 no siempre incluyen el número de electores que había en cada distrito; en el distrito de Hospicio, por ejemplo, en tres secciones no se indicaba sólo el número de votantes pero no el censo electoral. En el de Universidad no se indicaba en ningún caso el censo electoral ni de los secciones ni del distrito en su conjunto. De ahí que se haya optado por reflejar el número de votantes que acudieron a las urnas y que permiten estimar cuál era el censo electoral.

Los nuevos votantes no eran pocos. Sólo en el distrito de Hospicio, del que dependía el antiguo arrabal de Chamberí, los electores del censo habían pasado de ser apenas 1.280 en 1877 a más de 12.000 en 1891. Su comportamiento en las próximas elecciones era un enigma. Representaban una masa de votantes incontrolados, que habían sido descuidados por los partidos del turno de la Restauración. Los liberales y los conservadores no se habían preocupado en los años anteriores por alimentar la fidelidad de unos vecinos que

nada podían darles en las urnas. La incertidumbre se incrementaba además por la aparición de actores y fenómenos sin precedentes en la arena política madrileña. Hacía justo un año, se había celebrado la primera manifestación del Primero de Mayo en Madrid. Los socialistas, junto a las sociedades de resistencia y las primeras organizaciones sindicales de diversos oficios, se habían puesto al frente de parte de los trabajadores y jornaleros, de esos nuevos madrileños que habían adquirido derecho al voto con la ley de 1890²⁵. Los socialistas todavía no eran una amenaza, porque no presentaban candidatura a las elecciones municipales madrileñas, pero su capacidad de movilización advertía de la existencia de una parte importante de vecinos madrileños que no habían sido integrados en los partidos del turno. Ese alejamiento del electorado de los conservadores y liberales podía traerles una sorpresa en las urnas.

De hecho, la sorpresa fue mayúscula. El 5 de mayo de 1891 los madrileños se desayunaron leyendo en el periódico que su ciudad era republicana. La derrota no era sólo del gobierno, sino de los partidos del turno en su conjunto. La victoria de los republicanos, en cambio, había sido contundente en todos los frentes. De los 26 concejales en juego, 12 habían sido obtenidos por los republicanos, 11 por los conservadores en el gobierno y tan sólo 3 por los partidarios de Sagasta²⁶. Por lo que parecía, los años de silencio político, no habían hecho olvidar al pueblo madrileño su fidelidad política. Los artesanos, los pequeños comerciantes y los jornaleros que habían alzado a los republicanos al poder en 1873, habían vuelto a apoyarlos dieciocho años después. Y no sólo eso, los nuevos vecinos de una capital que había crecido espectacularmente en las últimas dos décadas, se habían incorporado a la clientela republicana, reforzando el favor del que su candidatura gozaba en la ciudad.

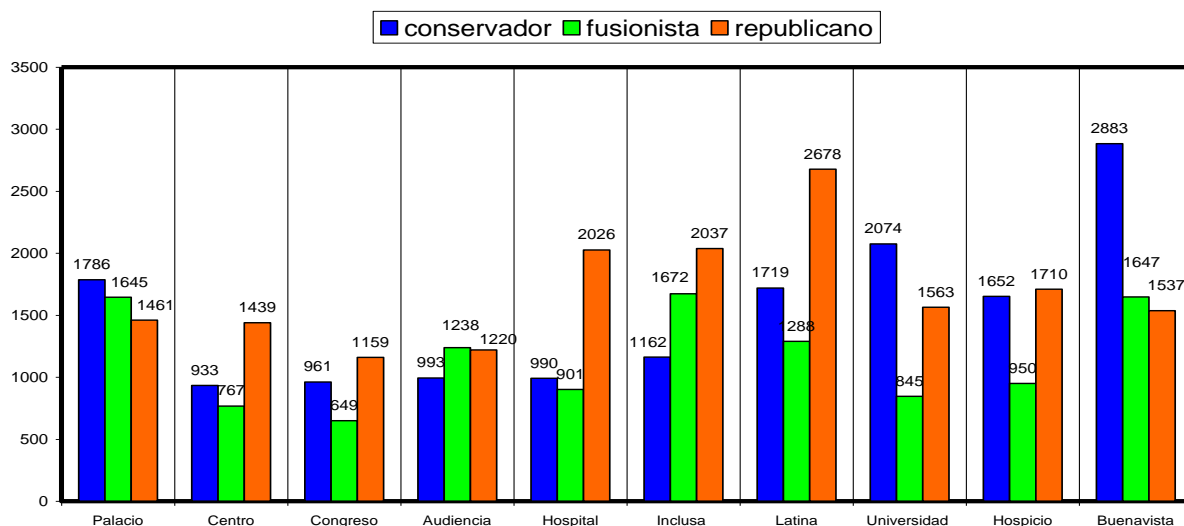
Si los resultados se analizaban por distritos y barrios, la victoria quedaba matizada; los republicanos habían sido la candidatura más votada en seis de los diez distritos de la capital, en otros dos se habían establecido como la segunda fuerza política. Sólo en Palacio y Buenavista habían quedado por detrás de conservadores y fusionistas, siendo los dos únicos distritos de la ciudad por los que sus candidatos no obtenían acta de concejal. La primera expresión del sufragio universal tras la ley de 1890 trazaba con fuerza un mapa electoral de Madrid que dividía a sus distritos por su preferencia política. Cada uno mostraba un distinto color político y un grado diferente de apoyo a las distintas candidaturas. En el plano se podía observar que las diferencias entre el comportamiento de

²⁵ Una descripción de la celebración del 1º de Mayo en Madrid véanse los trabajos de RIVAS LARA, Lucía: “Las celebraciones del 1º de Mayo en el Madrid de la Restauración: 1890-1930” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luís Enrique: *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Comunidad de Madrid, Alfaz, 1989, vol. 2, pp. 451-466; “Actitud del Gobierno ante el 1º de Mayo, desde 1890 hasta la Segunda República”, *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, nº 1 (1988), pp. 89-118; “Ritualización socialista del 1º de Mayo: ¿Fiesta, huelga, manifestación?”, *Historia contemporánea*, nº 3, 1990 pp. 45-58 y el trabajo de RALLE, Michel: “Las huelgas antes y después del 1º de mayo: los conflictos españoles entre 1886-1894: la irrupción de la fiesta del trabajo”, *Estudios de historia social*, nº. 54-55, 1991 pp. 7-35. Para el estudio de los primeros pasos del socialismo madrileños, además de CASTILLO, Santiago: *Historia del socialismo español. Vol. 1, 1870-1909*. Barcelona: Instituto Monsa, 1997 y de textos de los propios protagonistas como MORATO, Juan José: *El partido socialista español*, Madrid, Ayuso, 1976, véanse los trabajos más específicos de RALLE, Michel: “Cultura obrera y política socialista. Los primeros decenios del PSOE” en *Ayer*, nº 54, (2004), pp. 49-70, RALLE, Michel: “Socialistas madrileños” en ELORZA, Antonio y RALLE, Michel: *La formación del PSOE*, Barcelona, Crítica, 1989, pp. 244-298, RALLE, Michel: “Socialistas madrileños (De los orígenes de la agrupación a 1910)”, *Estudios de historia social*, nº 22-23 (1982), pp. 321-358; CASTILLO, Santiago: “Los orígenes de la organización obrera en España: de la Federación de Tipógrafos a la Unión General de Trabajadores”, *Estudios de historia social*, nº. 26-27, 1983; CASTILLO, Santiago: “Organización y acción política del PSOE hasta 1900” en JULIÁ, Santos (coord.): “El socialismo en España: desde la fundación del PSOE hasta 1975”, Madrid, Pablo Iglesias, 1986, pp. 9-33.

²⁶ Los resultados a partir de AVM, Secretaría, 9-290-1 y *El Imparcial*, 5 de Mayo de 1891.

un distrito y otro guardaban intensas relaciones con las fronteras que creaban los precios de los alquileres entre barrios populares y barrios acomodados.

Gráfico 9.1: resultados de las elecciones municipales de 1891 por distrito (número de votos del más votado de cada candidatura)



Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 9-288-1, 9-289-1, 9-290-1, 9-291-1 y 2-292-1.
y *El Imparcial*, 5 de Mayo de 1891

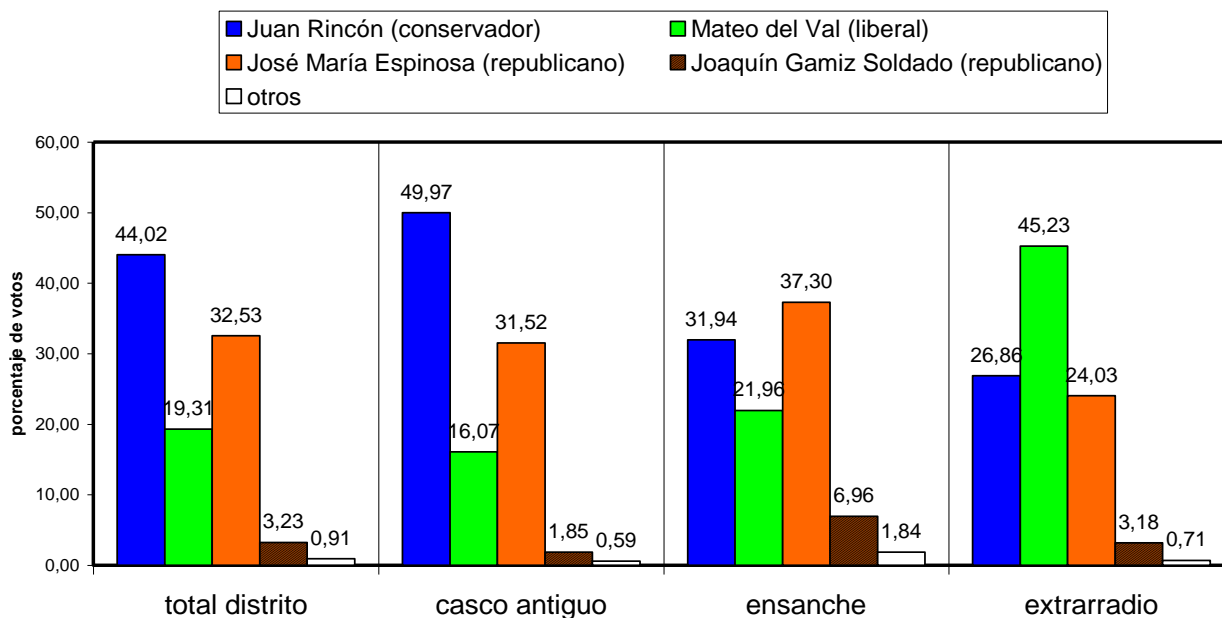
Los barrios bajos fueron los que con mayor fervor habían apoyado a los republicanos. Los distritos del sur, Hospital, Inclusa y Latina, allí donde residía el Madrid popular y pobre del casco antiguo, ya se habían significado en el pasado como los focos de republicanismo más fieles²⁷. En esta ocasión tampoco defraudaron y dieron seis de los doce concejales que obtuvo la candidatura republicana. Algunos distritos centrales eran también importantes graneros de voto republicano, como el de Congreso o el de centro y en menor medida Audiencia. En cambio, el distrito de Buenavista se mostraba claramente con el poder. En este distrito se integraban los nuevos barrios que se estaban construyendo para residencia de las elites madrileñas. La aristocracia de título y del dinero, aquella que residía en los alrededores de la Castellana y en el barrio de Salamanca, en 1891 apoyaba a los conservadores con pocas fisuras. No es que fueran canovistas; si los de Sagasta hubieran estado en el poder, los habitantes de los imponentes hoteles y los lujosos edificios de vecindad habrían votado probablemente liberal. Eran ante todo gentes del régimen, del turno, del orden y de la monarquía y no de la República. Si había entre sus votantes algunos que mostraban predilección por los republicanos se debía a que en este distrito se integraban algunas barriadas populares del extrarradio como Prosperidad o Guindalera en el que los republicanos cosecharon votos. Pero el conjunto del distrito estaba con el gobierno, muy especialmente sus zonas de Ensanche que se caracterizaban por sus habitantes de alta posición social.

Salvo por aquel rincón burgués que era un bastión de los partidos del turno, los distritos del norte de Madrid ofrecían un mapa electoral muy complejo. En el distrito de

²⁷ PÉREZ ROLDÁN, María del Carmen: *Bases sociales del republicanismo madrileño (1868-1874)*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid – Departamento de Historia Contemporánea, 1998.

Universidad se elegían dos concejales que irían a las dos candidaturas con mayor apoyo²⁸. La victoria de los conservadores fue holgada. Obtuvieron 2.074 votos, seguidos de los republicanos con 1.563. Los fusionistas se quedaron fuera del reparto y a mucha distancia: tan sólo 845 personas apoyaron la candidatura de Mateo del Val en el distrito de Universidad²⁹.

Gráfico 9.2: resultados de las elecciones municipales de 1891 en el distrito de Universidad



Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 9-288-1, 9-289-1, 9-290-1, 9-291-1 y 2-292-1.
y *El Imparcial*, 5 de Mayo de 1891

La contundente victoria conservadora quedaba matizada si en vez de considerar el distrito en su conjunto se observaba lo que había sucedido en los distintos barrios que lo componían. Los candidatos de cada partido habían tenido una acogida muy diferente en el casco antiguo y en el Ensanche, hasta el punto que parecía que cada una de estas zonas habían sido repartidas como feudos de uno y otro candidato. Las calles del distrito de Universidad que pertenecían al casco antiguo, habían apoyado de forma aplastante a Juan Rincón, el candidato conservador. Uno de cada dos votantes en esa parte del distrito había apoyado a este joven abogado de 31 años que vivía ahí mismo, en el número 1 de la calle Velarde. Quizá jugó en su favor el ser vecino del barrio y que las gentes de los alrededores de la plaza del Dos de Mayo lo conocieran. Seguramente también pudo servirse de las diversas herramientas que su partido, por entonces en el poder, tenía para confeccionar los resultados a su gusto³⁰. Podía recurrir a los alcaldes de barrio para que animara a los votantes y a los presidentes de mesa para que dejara pasar a los electores falsos. Pero nada de esto le sirvió para obtener tan buenos resultados al otro lado de la ronda, donde acaba el

²⁸ En Universidad, cada elector podía incluir únicamente un candidato en su papeleta; de ahí que liberales, conservadores y republicanos sólo presentaran un candidato a pesar de haber dos concejalías en juego. Gamiz Soldado era un republicano disidente, que años más tarde se presentaría como independiente.

²⁹ AVM, Secretaría, 9-291-1 y 9-292-1.

³⁰ El retrato de Juan Rincón a partir de la presentación de candidaturas a concejales de Madrid, en AVM, Secretaría, 9-290-1.

casco antiguo y comenzaba el Ensanche. Allí se extendía uno de los barrios tradicionalmente más hostiles a la monarquía: Vallehermoso.

En Vallehermoso, la barriada de los cementerios, le esperaba un duro rival, José María Espinosa. Era un vecino acomodado en aquel barrio de tan mal aspecto y gentes de condición tan humilde. En el padrón figuraba como dibujante, pero también pagaba contribución industrial como tasador de alhajas. Además satisfacía contribución territorial por dos edificios de viviendas en el paseo de Areneros 34 y 36, allí en el borde de Vallehermoso³¹. El vivía en el número 34 y alquilaba el resto. Dibujante, pequeño comerciante y casero había de destacar en un barrio en su mayoría compuesto por jornaleros y artesanos caídos en la pobreza. De todas maneras, José María Espinosa no debía su celebridad en Vallehermoso a su prosperidad económica, sino a su ya dilatada carrera política³². Mientras el candidato conservador acababa de llegar a la lucha por la concejalía, el dibujante de Vallehermoso podía acreditar una larga experiencia en luchas electorales en aquel barrio y, sobre todo, muchos años de apoyo al republicanismo madrileño. José María ya se había destacado protestando en las mesas de votación la primera vez que se votó un ayuntamiento por sufragio universal en Madrid, en diciembre de 1868. También había colaborado para que Estanislao Figueras, Pi i Margall, Castelar y compañía fueron más votados que Prim, Sagasta y Rivero en las elecciones a Cortes de 1869. Más tarde había contribuido a que los republicanos consiguieran sus primeros concejales y su primer alcalde en la capital. Hasta había llegado a ser candidato a concejal por el distrito de Hospicio al menos en dos ocasiones. Una vez en 1873, al final de la República, y otra en 1881, ya en tiempos de Alfonso XII, aunque en ambas ocasiones sin mucha suerte³³.

José María Espinosa, el viejo republicano de Vallehermoso, ganó en su terreno a aquel joven abogado que abanderaba a los conservadores del casco antiguo. Los jornaleros y artesanos que habitaban la barriada de los cementerios habían abrazado hacía décadas la causa de la República. Los años de silencio político impuesto por conservadores y liberales no les habían hecho renegar. Las ascuas siguieron vivas, no sólo por un sentimiento de fidelidad, sino también porque los vecinos republicanos del barrio, que se habían puesto al frente en elecciones y se habían alzado a los puestos de responsabilidad cuando el viento soplaba a favor, habían mantenido la lucha en los momentos difíciles. Los conservadores y liberales cogían fuerza y se desinflaban en el barrio según el momento. Si les tocaba turno del gobierno, ganaban las elecciones; si no, apenas recogían votos. Los republicanos no sufrían estas oscilaciones. Siempre estuvieron allí. Aunque tuvo que esperar mucho tiempo y se llevó unas cuantas decepciones en tantas veces como José María Espinosa intentó ser elegido como concejal, cuando se reunieron las condiciones propicias lo consiguió. En mayo de 1891 el barrio de jornaleros y artesanos pudo hablar al fin y elegir a sus representantes. Lo tuvieron claro. En Vallehermoso eran republicanos y por eso le abrieron las puertas a José María Espinosa, a uno de los suyos, que desde hacía más de veinte años había luchado con ellos para que llegara ese momento.

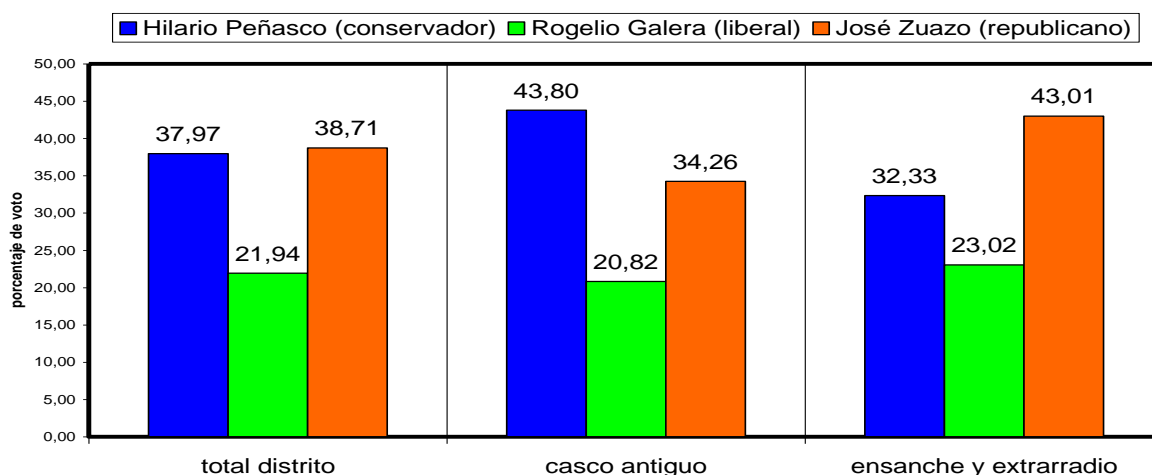
³¹ Se trata de la actual calle de Alberto Aguilera; en esa misma casa ya vivía José María Espinosa cuando participó en las elecciones del sexenio abordadas en un capítulo anterior.

³² AVM, Secretaría, 9-290-1.

³³ Esta participación de José María Espinosa en la movilización republicana en el barrio de Vallehermoso ya se ha hecho referencia en el capítulo 6 y ha sido reconstruida a partir de las actas electorales del distrito de Universidad en los comicios municipales de 1868, constituyentes de 1879, municipales de 1871 y 1873. La poca suerte se debió al momento que eligió en ambas ocasiones. Cuando se presentó en 1873, los republicanos se desgarraban en luchas internas; en 1881 también, en un contexto aún pero, con el sufragio restringido y todos los impedimentos creados por el sistema de la Restauración para que no accedieran al poder.

En el distrito de Hospicio, en el que se integraba el antiguo arrabal de Chamberí, las elecciones se resolvieron de forma similar. Los dos concejales en juego también quedaron repartidos entre conservadores y republicanos, aunque aquí la votación fue ganada por los segundos con un estrecho margen. Obtuvieron 1.710 votos, los conservadores les siguieron con 1.652 y los liberales de Sagasta mucho más atrás, con tan sólo el apoyo de 950 papeletas³⁴. La derrota de los liberales de Sagasta era especialmente penosa para los viejos progresistas de Chamberí. No sólo porque se rompiera la tendencia que se había manifestado en los últimos años, con los triunfos consecutivos de sus candidatos Mariano Monasterio y de Vicente Florén en 1887 y 1889; sobre todo era penosa porque certificaba la pérdida definitiva del favor y de la ascendencia que los liberales habían tenido en su día sobre el arrabal y sus gentes. Los resultados eran elocuentes. Los republicanos habían ganado en el distrito de Hospicio y lo habían hecho porque contaban con el apoyo mayoritario de los habitantes del Ensanche, que les habían votado otra vez en masa, como ya habían hecho en el Sexenio.

Gráfico 9.3: resultados de las elecciones municipales de 1891 en el distrito de Hospicio



Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 9-288-1, 9-289-1, 9-290-1, 9-291-1 y 2-292-1.
y *El Imparcial*, 5 de Mayo de 1891

Lo más amargo de la derrota era que esta vez los liberales se habían comportado como antaño y no había dado resultado. Y eso que habían recurrido al tipo de hombres que en otras ocasiones habían sabido catalizar el voto de los artesanos, jornaleros y pequeños comerciantes que habitaban en el arrabal de Chamberí. En aquellas elecciones municipales de 1891 se habían desmarcado del poder y habían presentado a un candidato que podía representar bien al arrabal. Benigno y sus compañeros de la vieja guardia del círculo progresista de Chamberí se habrían prestado de buen gusto para ello, pero entendían que quizá no era lo más conveniente. Había pasado su momento. El farmacéutico, por aquel entonces, ya había cumplido 62 años y era momento de dejar a las siguientes generaciones para que asumieran el protagonismo. Además, entre los liberales más jóvenes del barrio había una buena cantera.

A Benigno y sus compañeros de tertulia seguro que les hubo de parecer muy digno que el candidato elegido para aquellas elecciones fuese su vecino Rogelio Galera. ¿Qué mejor que alguien del gremio? Rogelio, de 37 años, era médico militar y Benigno había de

³⁴ AVM, Secretaría, 9-291-1 y 9-292-1.

conocerlo bien. Antes de encontrárselo en las reuniones del comité de distrito del partido, ya había tenido numerosas ocasiones de tratar con él. Porque era su vecino, vivía allí al lado, en la casa que su familia tenía en la calle Murillo, haciendo esquina con la plaza del mercado. Seguro que le pareció bien que fuera el candidato, porque representaba lo mismo que él hacía unos años. Un vecino del arrabal, comprometido con su barrio, un pequeño propietario que no se limitaba a vivir de las rentas y se ganaba la vida con su trabajo como médico. Y probablemente le hiciera feliz también que su yerno Florencio, con el que llevaba ya más de quince años gestionando a medias la farmacia, siguiera también sus pasos en la militancia política. En aquellas cruciales elecciones, en que el arrabal había de volver a mostrar su voz después de tantos años sin derecho a voto, Florencio se había puesto al servicio del partido liberal para actuar como interventor en una de las mesas electorales de Chamberí, la 92, esa en la que debían votar los habitantes de la farmacia y sus vecinos más cercanos³⁵.

Tabla 9.7: Candidatos a las elecciones municipales en Hospicio en 1891				
Candidato	partido	lugar de residencia	profesión	condición que le acredita como elegible
Hilario Peñasco de la Puente	conservador	Fernando el Santo 9, principal, en un edificio de viviendas de lujo del barrio de Fernando el Santo propiedad de su familia (padrón de 1880)	no indica profesión en la presentación de candidatura; en el padrón de 1880 se inscribe como abogado	más de 1/5 de los votos en las elecciones de 1885 (883 de un total de 2.577)
José Zuazo Masot	republicano	Fuencarral 114; un edificio de viviendas en el límite del casco antiguo con el Ensanche	abogado	contribución de 330 ptas. por su actividad profesional
Rogelio Galera	liberal - fusionista	Murillo 1, casa de propiedad familiar; en el arrabal de Chamberí, junto a la plaza de Olavide	médico militar	

Elaboración propia a partir de presentación de candidaturas a concejales de Madrid, en AVM, Secretaría, 9-290-1 y AVM, Padrón del Ensanche Norte, 1880, casos nº 5.452 (Hilario Peñasco de la Puente) y 2.157 (Rogelio Galera).

Realmente no había color entre los liberales y los conservadores. El representante del partido de Cánovas no tenía nada que ver con Rogelio Galera, aquel médico que residía en el mismo arrabal y que conocía, al menos de vista, a los electores a los que pedía el voto. Hilario Peñasco, el representante de Cánovas, no era uno de los suyos. Habitaba en uno de esos lujosos hoteles más allá de la calle Almagro, junto a los marqueses, los grandes banqueros, los terratenientes y los artistas de renombre. Quizá tuviera influencia hasta la calle Santa Engracia, quizá pudiera encontrar partidarios en los hotelitos de los paseos del Obelisco, del Cisne o de Luchana. También había un Chamberí rico hacia el Este, antes de

³⁵ El sufragio universal obligó a ciertos cambios en la organización de las votaciones. Con el aumento del número de votantes, ya no era posible una única mesa electoral por distrito como anterior. Y los distritos fueron divididos en varias secciones electorales, cada una de ellas con mesa propia. El distrito de Hospicio fue dividido en 24. En la documentación electoral municipal de 1891 se conservan las actas electorales de todas las secciones, lo que permite tanto reconstruir los resultados calle por calle a los que se hace mención más adelante, así como los interventores de mesa que participaron los recuentos. Asimismo se conservan las presentaciones de interventores que cada candidato hizo; así Rogelio Galera señaló a Florencio Estébanes como su interventor para la calle Santa Felician. AVM, Secretaría, 9-289-1 y 9-292-1.

llegar a la Castellana y Peñasco podía encontrar su público allí. Pero no en el arrabal. El arrabal era suyo, de los liberales, de los médicos, farmacéuticos, los tahoneros y los tenderos que se habían alzado en 1854 y en 1868 y habían guiado a los artesanos, a los jornaleros, a los empleados medianos y a los pequeños comerciantes en las revoluciones. Benigno podía confiar que sus vecinos, si tenían que elegir entre un rico conservador que vivía en un barrio lejano o un liberal que era un empleado modesto y que vivía en las mismas calles que ellos, probablemente optarían por el vecino.

Otra cosa eran los republicanos. Los republicanos estaban por todas partes, no eran una figura lejana como ese Hilario Peñasco que vivía en la distinguida calle de Fernando el Santo. Sin ir más lejos, el candidato para Hospicio de los republicanos, José Zuazo, vivía a la vuelta de la esquina, en la calle Fuencarral. Si se paraba a pensarlo, Benigno se daba cuenta de que no eran tan diferentes a ellos. A lo largo de tantos años de elecciones había tenido ocasión de ver pasar a unos cuantos por Chamberí. Solían ser vecinos distinguidos en el barrio, que tenían un poco más de dinero que el común de artesanos y jornaleros; habitaban como él y sus compañeros de partido en las mejores casas del barrio, pero sin que por ello hubieran perdido totalmente el contacto con el pueblo. Aunque los médicos y los boticarios se habían volcado especialmente con el partido progresista en su día y luego habían seguido a Sagasta, también conocía alguno que otro del colegio de farmacéuticos que se había adscrito al republicanismo. Entre los republicanos había muchos abogados, periodistas, escritores, profesores de educación primaria y secundaria y algún que otro pequeño patrón de un taller más o menos grande³⁶. Había que reconocer además que, cuando lograban salvar sus rivalidades internas, los republicanos sabían organizarse bien. Cuando no se desgajaban en discusiones entre federales, unionistas y demás individualidades, habían tenido una gran capacidad para conectar con el pueblo y atraerlo a las urnas. Lo habían hecho en 1871 en Chamberí y en 1873 y en los últimos años habían avisado dando muestras de su fuerza en el barrio. Definitivamente, los republicanos eran otro tipo de rival.

Cuando Florencio salió del escrutinio y le dio los resultados de la mesa, su suegro Benigno ya se pudo imaginar que la derrota iba a ser clara. Sí, habían superado a los conservadores. En la mesa que votaban los vecinos de la calle Santa Feliciano, el médico Rogelio Galera había conseguido 35 votos, el rico propietario Hilario Peñasco sólo 29. Pero esa victoria, que en otros tiempos tanto le hubiera satisfecho, perdía significado ante el avasallador apoyo que había conseguido el abogado republicano José Zuazo: en la urna había ochenta y dos papeletas con su nombre³⁷. Ochenta y dos personas de las que tenían residencia en la misma calle que su farmacia, habían preferido la candidatura republicana; gentes a las que Benigno conocía porque entraban en su negocio, porque se cruzaban con él por la calle o coincidían en el café. El jornalero que vivía con su familia en la buhardilla del edificio de al lado, el artesano que tenía taller dos puertas más allá, el dueño de la vaquería de la esquina y tantos otros que sabían que el farmacéutico era un hombre de

³⁶ Al menos ese es el retrato que nos ofrecen los candidatos republicanos que obtuvieron sus concejalías en Madrid en aquellas elecciones de 1891: además de José Zuazo, concejal por Hospicio que era abogado y José María Espinosa por Universidad y que era tasador de alhajas y dibujante, Manuel Arias (Centro) era abogado y tenía abierto un establecimiento de enseñanza en la calle Silva, Constantino Rodríguez (Centro) era comerciante de curtidos al por mayor, Pedro Menéndez Vega (Congreso) era propietario y casero, José María Ezquerdo (Hospital) era médico y dirigía un manicomio en Carabanchel Alto, Manuel Salvador (Inclusa) era propietario y casero, Antonio Pardo (Inclusa) era especulador de calzado, Antonio Ruiz (Latina) era abogado, licenciado en derecho civil y canónico, José Noguera (Latina) abogado, Antonio Castañe (Latina) industrial de un taller de telares a la Jacquenard y Ramón Chies (Audiencia) editor de la revista *Los dominicales del libre pensamiento*. Datos tomados de presentación de candidaturas a concejales de Madrid, en AVM, Secretaría, 9-290-1

³⁷ El resultado de las votaciones de todas las secciones de Hospicio se conserva en AVM, Secretaría, 9-290-1

Sagasta, que apoyaba al médico de la calle Murillo y que, sin embargo, no se habían sumado a él.

El barrio ya no les hacía caso ni a él, ni al médico, ni a Sagasta. Benigno se pudo enterar bien pronto que, sección electoral a sección electoral, los resultados se repetían en el arrabal de Chamberí. Ganaban los republicanos, por detrás los conservadores, los liberales antaño dueños del barrio, quedaban los últimos. El gran número de votos de los canovistas no le inquietaba; Benigno Castro llevaba suficiente tiempo mezclado en política para saber de qué recursos se podían valer los candidatos del partido en el poder para aumentar votos. Unas cuantas suplantaciones en el colegio electoral, unas cuantas papeletas dobles, una compra de interventores... Lo preocupante era lo de los republicanos. Y la desazón creció cuando al día siguiente pudo leer en los periódicos que Chamberí no había sido un accidente; que los republicanos se convertían también en el partido más votado en Vallehermoso, en las Peñuelas, en Pozas, en Pacífico y en todos los nuevos barrios que habían surgido en Madrid, además de las zonas populares del casco antiguo como Lavapiés, el Rastro, los entornos de la calle Toledo, que siempre habían sido tan radicales en su voto. Parecía existir una clara frontera entre un Madrid monárquico y constitucional, el del barrio de Salamanca, el de la Castellana, el de Palacio y Argüelles, zonas todas lujosas, en las que vivían las elites y parte de las clases medias, y un Madrid popular, de artesanos, jornaleros, pequeños comerciantes, profesionales y empleados modestos que abrazaban el republicanismo. Había habido un tiempo en que ese segundo Madrid les pertenecía, en el que gentes como él, el farmacéutico de Chamberí, eran respetados e influyentes. Ese tiempo había pasado. El pueblo de Madrid, los artesanos y los jornaleros, los empleados y los pequeños comerciantes que poblaban los nuevos barrios de la capital, habían abandonado la tutela de las viejas elites y andaban a la búsqueda de nuevos líderes. Por ahora los habían encontrado en el republicanismo, pero sólo el tiempo diría si eran los definitivos.

El rumor de las calles:

el desarrollo del socialismo madrileño a la sombra de la Restauración

Liberales y conservadores tomaron buena nota de los resultados electorales de mayo de 1891. La derrota en Madrid había sido un desprestigio para los dos partidos monárquicos que disfrutaban del monopolio del poder. La entrada de doce republicanos en el Ayuntamiento no los iba a derrocar, pero sí mostraba a las claras algunas de las fallas del sistema político pergeñado por Cánovas y asumido por Sagasta. La más grave era la constatación de que la voluntad popular a la que se había abierto vías de expresión con la ley de sufragio universal no era tan fácil de controlar en una gran capital como en las provincias³⁸. Amañar elecciones, comprar voluntades, no era fácil en una ciudad de más de 400.000 almas. Se podían llevar desagradables sorpresas si no corregían ese fallo; el gran apoyo recibido por los republicanos era un primer aviso, pero había otras amenazas en el horizonte. Por ejemplo aquellos socialistas, que eran pocos pero ya se habían hecho notar en sus manifestaciones de mayo y en sus huelgas. Cualquier día también se empeñarían en presentarse a las elecciones y si no se ponía remedio podían llegar hasta sentarse en el Congreso de los Diputados.

Los monárquicos corrigieron presto los fallos del sistema. La solución que encontraron pasaba por refinar las barreras que hacían difícil la entrada en las instituciones de elementos no deseables. Como el voto ya no podía ser recortado, hubieron de inventar

³⁸ Véase el apartado “El espacio municipal como célula primaria de socialización del poder” pp. 118-120 en CARASA SOTO, Pedro: “La Restauración monárquica” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel (coord.): *Historia de España. Siglo XX. 1875-1939*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 21-298.

nuevas estrategias para frenar el avance de la oposición republicana. Como solución de urgencia, en la siguiente cita electoral, los hombres de Sagasta y de Canovas decidieron presentarse unidos. Con ello pretendían evitar que la división del voto de los monárquicos volviera a convertir a los republicanos en el partido más votado de la capital. Los fusionistas de Sagasta, entonces en el poder, fueron los más beneficiados, pues obtuvieron en aquella ocasión 14 concejales de los 27 posibles. Los conservadores se hubieron de contentar con cuatro y los republicanos, a pesar de todo, lograron nueve³⁹.

La victoria de los monárquicos en 1893 no pudo ocultar que el republicanismo seguía gozando de un apoyo considerable entre los madrileños. En el distrito de Universidad, por ejemplo, la unión de fusionistas y conservadores había aventajado sólo en 400 votos al candidato republicano. En otras zonas de Madrid incluso, ni siquiera la colaboración monárquica había conseguido desbancar a los republicanos. En el distrito de Hospital, los vecinos de Lavapiés y de los barrios del Ensanche Sur les dieron su voto masivamente y obtuvieron dos de los tres concejales en juego, quedando un tercero para los fusionistas⁴⁰. Por eso, al mismo tiempo que propugnaron la unión ante el republicanismo, los partidos monárquicos se ocuparon de refinar las herramientas que permitían filtrar una opinión popular que les podía resultar incómoda. Ya que no podían ganar en las urnas, lo harían en las oficinas municipales y en las mesas de recuento, a través del control de los presidentes de mesa, de los interventores y de la manipulación de los resultados en los casos que fuera necesario.

A partir de 1893 las elecciones municipales de Madrid resultaron muy tranquilas para los partidos oficiales. El alto grado de corrupción que alcanzó la organización de los comicios, hizo prácticamente imposible la participación de candidatos que no pertenecieran a los partidos del turno. En general, las elecciones pasaron a ser decididas en la Junta de Censo Electoral que era el organismo que se reunía antes del día de las elecciones para decidir el reparto de interventores en las mesas electorales⁴¹. A partir de 1893, el fraude se instaló en ese reparto y las mesas fueron prácticamente monopolizadas por los conservadores y los liberales. Ganados los interventores, la manipulación era una cosa sencilla. En muchas mesas, el control de los votantes y del censo electoral estaba en manos de interventores del partido del turno; también lo estaba el recuento del voto. En buena medida, el reparto de interventores prefiguraba ya el resultado de las elecciones. Las elecciones de 1895, 1897 y 1899 fueron ganadas por los conservadores con amplias mayorías. Faltaría más; ellos estaban al frente del gobierno del país y era su turno para elegir los concejales de la capital a su gusto. A la tranquilidad de los monárquicos también contribuyó decisivamente la actitud de los republicanos, que a partir de 1893 optaron por el retraimiento. En 1895 y en 1897 no presentaron concejales en Madrid y en 1899 sólo lo hicieron por algunos distritos, dejando vía libre al fraude y la manipulación.

³⁹ Los resultados de las elecciones municipales de 1893 en Madrid en *El Imparcial*, 20 de noviembre de 1893.

⁴⁰ Los resultados del distrito de Hospital fueron: Pedro Niembro, candidato republicano, 2.327 votos; Francisco Garrido Mena, republicano, 2.128; Luis Mitjans, fusionista, 1.725 votos; Mariano Belmás, fusionista; 1.712. *El Imparcial*, 20 de Noviembre de 1893.

⁴¹ A pesar de la aprobación de la ley de sufragio universal de 1890, el sistema político de la Restauración nunca llegó a alcanzar el grado de democracia que presidió los primeros comicios del sexenio. El nombramiento de los interventores de las mesas electorales es el mejor elemento para comparar ambos sistemas. Durante el Sexenio y ya desde las primeras elecciones municipales celebradas en diciembre de 1868, tanto el presidente de la mesa como los interventores eran votados por los propios electores en el primer día de la elección. En la Restauración, tanto el presidente de la mesa como los interventores eran elegidos en seno de la junta del censo electoral, celebradas varios días antes. El resultado de esa designación provocaba que frecuente muchas candidaturas fueran retiradas en los días previos ante el convencimiento de que nada podrían hacer en unas mesas presididas por autoridades hostiles que iban a frenar sus aspiraciones políticas.

Tabla 9.8: Resultados electorales municipales en los distritos de Universidad, Hospicio y Buenavista 1893-1899							
	1893		1895		1897		1899
Universidad	Candidatos	votos	Candidatos	votos	candidatos		candidatos
	Manuel Cobo, f	2.747	Francisco Villanova, c	4.408	Conde de Toreno, c		Evaristo Sanford, c
	Teodoro Gómez, c	2.746	Felipe González Rojas, f	1.744	conde Torres Arias, c		Gascón, l
	Enrique Gª de la Rasilla, f	2.628	Duque de Prim, s	1.267	Fernández de Guevara, l		Sánchez Covisa, r
	Rafael Ginard, r	2.214					
	Ignacio Lacasa, r	2.171					
	Emilio Menéndez, r	2.187					
Hospicio	Enrique B. Chávarri, c	3.967	Francisco Peña, c	4.226	Conde Moral de Calatrava, c		J. Cánovas del Castillo, c , 3.962 votos
	Joaquín Ruiz Jiménez, f	3.954	Santiago Liniers, s	1.173			
	Antonio Fernández, f	3.681			Conde de Lascoiti, c		
	J. Francos Rodríguez, r	2.292			Emilio Rodríguez, c		
	J. Bernaldo de Quirós, r	2.225			José Rodríguez, l		
	Esteban Arceda, r	2.225					
	Celemente del Berro, r	826					
Buenavista	Ricardo Becerra y Bell, f	5.299	Vidal y Llimona, c	5.862	Conde de Vilches, c		Garay, l, 2214 votos
	Bernardo Rengito, f	4.961	Masip, c	5.864	Benito Zozaya, l		
	Joaquín de la Concha, c	4.708	Marqués de Cubas, s	1.718	Frutos de Zúñiga, li		Á. Ossorio y Gallardo, Fomento de las Artes 2.003 votos
	Amado Bustillo, r	2.330	Barón Castillo de Chirel, s	1.653			
	Celestino Armiñán, r	1.931	Narciso Mauri, f	965			
	Angel Armendtía, r	1.727	Rodrigo Figueroa, f	957			
	Marqués de Zafra	455					
Madrid	Conservadores	4	Conservadores	18	conservadores	12	Conservadores 11
	Fusionistas	14	Fusionistas	4	liberales	10	Liberales 5
	Republicanos	9	Republicanos	0	independientes	3	Republicanos 3
			Silvelistas	4			otros 6

Elaboración propia: El Imparcial, 20 de Noviembre de 1893, 13 de mayo de 1895, 10 de Mayo de 1897 y 15 de Mayo de 1899. En rojo aparecen los candidatos que consiguieron el acta de concejal. La letra después de cada nombre indica la filiación política, siendo c: conservador, f: fusionista, l: liberal, r: republicano y s: silvelista. En 1897 no se ofrecieron los datos del número de votos obtenidos por cada candidato; en 1899 sólo se ofreció el de los que aparecen en el cuadro.

El retraimiento republicano de finales del siglo XIX conectaba con una actitud generalizada de desinterés y escepticismo ante la política municipal madrileña. En los periódicos, los comentarios de los resultados transitaban entre la indignación por la sensación de fraude generalizado y la ironía en el relato de las burdas artimañas para amañar los resultados. Las elecciones municipales en Madrid se convirtieron en un acto político de género chico, en un acontecimiento que no se distinguía demasiado en su trama de las zarzuelas que se representaban en los teatros de la capital por aquel tiempo. La prensa dejó de reflejar los resultados para centrarse en las anécdotas que se producían el día de la votación: que si en tal distrito habían llegado varios omnibuses cargados de electores de un partido; que si en el otro varias personas que aparecían como fallecidas en el censo electoral habían acudido a votar a las mesas; o la historia de aquel votante que, al llegar a la urna, descubría que ya había alguien que le había suplantado y había rellenado la papeleta por él...

El escepticismo y el descreimiento se contagiaron a las bases de los propios partidos monárquicos. La política parecía algo cada vez más lejano, ya no era una actividad que ponía en contacto a los concejales con sus ciudadanos, a los líderes de los partidos con el pueblo. La gran derrota que sufrieron los partidos monárquicos frente a los republicanos en 1893 no había supuesto una vuelta atrás en la forma de seleccionar a sus

candidatos o en el intento de movilizar al vecindario. Todo lo contrario. Especialmente en el partido liberal, que había pasado de ser un ardoroso defensor de la democracia en 1868 a participar de los sucios tejemanejes del caciquismo y la manipulación en los tiempos de la Restauración. Los concejales de su partido ya no eran seleccionados entre los vecinos más distinguidos del barrio, entre los farmacéuticos, los tenderos y los tahoneros a los que respetaban los electores, por conocerles y tener un trato cotidiano con ellos. Ahora los candidatos eran designados por la cúpula del partido, como una forma de recompensa a sus militantes, a los que hacían salir elegidos concejales por tal o cual distrito. No había más que ver quién se había presentado por el partido fusionista en 1893 en Hospicio. Joaquín Ruiz Jiménez, podía ser un miembro muy respetable del partido liberal, pero poco tenía que ver con los vecinos de Chamberí y los alrededores de la calle Fuencarral. Había sido diputado por su Jaén natal hacía unos años; ahora buscaba provincia en la que encasillarse y, mientras tanto, el partido le había buscado un destino político intermedio: ser concejal de la capital⁴².

Esto no significaba que los médicos, los tenderos, los pequeños empleados y los farmacéuticos de Chamberí dieran la espalda a su partido. Benigno Castro continuó acudiendo a las reuniones del comité de distrito del partido liberal⁴³. Seguramente, él y su yerno Florencio, siguieron haciendo todo lo que pudieron para ayudar a Sagasta y los suyos los días de votación, pero ni se les pasaría por la cabeza desempeñar el mismo papel de otros tiempos, cuando un tendero o un médico del arrabal de Chamberí acababan en las listas electorales del partido. Eso estaba reservado para recompensar a grandes hombres como Ruiz Jiménez o Mariano Monasterio. Ellos eran más modestos y tenían que aspirar a otras cosas; así lo entendió y lo pudo comprobar el mismo Florencio que se benefició bien pronto de sus estrechas vinculaciones al partido. No pudo llegar a ser concejal, como los miembros del círculo progresista de Chamberí de una generación anterior, pero sí que de vez en cuando se pudo aprovechar de algún cargo de funcionario facilitado por el partido. Además de ocuparse de la farmacia junto a su suegro, Florencio pasó temporadas trabajando en el Ministerio de la Gobernación. En 1880 aparecía empleado allí por un sueldo en 1.250 pesetas, que se convirtieron en 1.825 pesetas en 1890, año en que volvió a aparecer como trabajador de ese ministerio⁴⁴. Nadie podía asegurar que este segundo sueldo de Florencio fuese una recompensa a sus favores como militante, pero también era fácil sospechar que sin sus amistades en el partido liberal, el segundo farmacéutico de Chamberí nunca habría salido de su rebotica para ir a parar a un edificio oficial.

La política municipal había cerrado sus puertas a los vecinos para garantizar el control del Ayuntamiento por los partidos del turno. La manipulación del voto garantizó una cierta tranquilidad electoral para los liberales y conservadores en la última década del siglo XIX. La aparente calma chicha no debía llamar a engaño: en aquellos años, bajó la hegemonía de los partidos del turno, diversas corrientes subterráneas estaban provocando una transformación profunda de las fuerzas de oposición al régimen de la Restauración. La ausencia de contestación y de oposición en las urnas contrastaba con la turbulencia en las calles. La década de 1890 no fue un tiempo de paz social en Madrid. A medida que la ciudad crecía, que engordaba el número de sus jornaleros y que se hacían más duras las

⁴² Joaquín Ruiz Jiménez obtuvo su primer escaño en el Congreso de los Diputados por Jaén 1881; más tarde lo obtendría por Guadalajara en 1898 para finalizar siendo candidato por Madrid a comienzos del siglo XX.

⁴³ Y así en *La Iberia*, el 31 de Enero de 1897, aparecía Benigno Castro formando parte de la comisión nominadora que se encargó de dirigir la renovación del comité del distrito de Hospicio del partido liberal. Tras tal renovación, Benigno Castro quedó incluido entre el cuerpo de vocales de la junta directiva del partido liberal en el distrito de Hospicio, junto a su yerno Florencio Estébanez.

⁴⁴ Florencio Estébanez aparece como farmacéutico y empleado en el padrón de habitantes de 1880; AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 319; también en el de 1890, AVM, Estadística, padrón de habitantes, ficha de la calle Castillo nº 1, bajo (hoja nº 1.483 del distrito del Hospicio).

condiciones de trabajo de los artesanos, las manifestaciones y las huelgas se hicieron más frecuentes. Parte de los trabajadores manuales madrileños comenzaron a reconocerse como obreros y a defender por sí mismos sus propios objetivos políticos y sus reivindicaciones sociales; entre las protestas en huelgas y manifestaciones, en 1890 la voz del Partido Socialista comenzó a emerger como una de las más potentes y de las más respaldadas entre los trabajadores de la capital.

El partido socialista se hizo notar con fuerza en Madrid a partir de ese año de 1890. En los años 80, sus miembros ya se habían dado a conocer en actuaciones como la huelga de tipógrafos de 1882 o en sus intervenciones en la Comisión de Reformas Sociales⁴⁵; además en 1886 había comenzado a circular su semanario *El Socialista*, propagando por las calles de la ciudad sus ideas y propuestas políticas. Para cuando se celebró la primera manifestación del primero de mayo en 1890, Pablo Iglesias, al frente del partido, pudo ocupar una posición de privilegio en las manifestaciones que recorrían Madrid pidiendo la jornada de 8 horas y que tanto asustaron a las clases acomodadas de la capital. Hubo un antes y un después en la percepción de las clases trabajadoras en la ciudad: los 10.000 obreros reunidos en el parque de El Retiro y los 4.000 que salieron en manifestación hacia el Congreso ocuparon las páginas de todos los periódicos al día siguiente⁴⁶. Los relatos de la jornada se movían entre el temor y la fascinación de las clases acomodadas ante la demostración de fuerza de la que eran capaces los trabajadores manuales cuando lograban ponerse de acuerdo. No eran todos socialistas, ni mucho menos; sin embargo el nombre de Pablo Iglesias Posse, el líder del partido socialista, comenzaban a obtener cada vez un mayor eco en la ciudad y sus palabras aparecían cada vez más citadas en la prensa en general y no sólo en su semanario *El Socialista*.

El partido socialista y sus miembros aumentaron su popularidad en aquellos años; la intervención exitosa en huelgas como las de los panaderos madrileños de 1895, las protestas contra el reclutamiento en la guerra de Cuba o la intervención en defensa de los obreros condenados en Montjuic les hicieron ganarse el respeto de parte de los trabajadores madrileños y del resto del país⁴⁷. El aumento de los apoyos a Pablo Iglesias en las elecciones generales así lo indicaban. En 1891, aprovechando la aprobación de la ley de sufragio universal, Iglesias se presentó a diputado y obtuvo tan sólo 1.300 votos en Madrid que causaron cierta desazón en el partido. En 1899 los apoyos recogidos por el líder socialista en la capital ya superaban los 6.000, que no le sirvieron para obtener el acta de diputado, pero que en unas elecciones municipales le habrían podido abrir las puertas del Ayuntamiento.

⁴⁵ Para la huelga del 82 sigue siendo esencial la detallada narración en MORATO, Juan José: *La cuna de un gigante. Historia de Asociación General del Arte de Imprimir*, Madrid, 1925 (ed. Fácsmil de 1984 del Ministerio de Trabajo); pp. 115-171. Véase las contribuciones de Pablo Iglesias y Jaime vera a la Comisión de Reformas Sociales, editadas a cargo de Santiago Castillo, REFORMAS SOCIALES. *Información oral y escrita. 1889-1893*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985. Existen análisis como el de JIMÉNEZ ARAYA, Tomás: "Introducción del marxismo en España. El "Informe" a la Comisión de Reformas Sociales de Jaime Vera" en FUENTES QUINTANA, Enrique (coord.): *Economía y economistas españoles, Vol. 5 (Las críticas a la economía clásica)*, Barcelona, Galaxia-Gutemberg, 1999, pp. 765-798.

⁴⁶ La cifra de 10.000 manifestantes era la que manejaban periódicos como *El Imparcial* o *La Iberia*; los socialistas la recordarían más multitudinaria y así Morato y quienes han utilizado los relatos de otros militantes socialistas para reconstruir el acontecimiento elevan la cifra hasta los 40.000.

⁴⁷ Para la tensión social de estos años véase BAHAMONDE MAGRO, Ángel, y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 155-165; la actividad del partido socialista en estos primeros años en CASTILLO, Santiago: *Historia del socialismo español. Vol. 1, 1870-1909*. Barcelona: Instituto Monsa, 1997; sigue siendo un relato especialmente evocador el de MORATO, Juan José: *El partido socialista español*, Madrid, Ayuso, 1976, pp. 121-153.

No fue así, no por falta de deseo de los socialistas que, de haber podido, habrían concurrido a las elecciones municipales durante la década de 1890. Si permanecieron luchando en la calle únicamente, en huelgas y manifestaciones, y no en sesiones del pleno del Ayuntamiento, se debió a las particulares barreras que se impusieron a su participación en las elecciones. Durante la última década del siglo XIX, los socialistas fueron víctimas de una restricción de la ley electoral que les afectaba a ellos con especial dureza. Los liberales sabían por propia experiencia que la vida municipal había jugado un papel vital en el aprendizaje político de muchos republicanos de extracción popular. Durante los años del Sexenio habían visto como carpinteros, albañiles y otros artesanos habían escalado puestos en el partido republicano hasta convertirse en concejales de la capital; el recuerdo del Ayuntamiento de 1873, dominado por el pueblo, todavía les causaba horror⁴⁸. Por eso, aunque la ley concedía a todos los ciudadanos españoles el derecho de votar y ser elegidos al Congreso, no era así para la elección a ayuntamientos. Para ser concejal, había que pagar una contribución como propietario de un inmueble o como patrón de un taller o de un comercio, o si no demostrar capacidad como profesional liberal, es decir ser licenciado universitario⁴⁹. Eso no era problema para los republicanos, porque contaban en sus filas con muchos pequeños propietarios o comerciantes; desde luego no lo era para conservadores y liberales, que eran ante todo los partidos de la elite social. Pero para los socialistas, casi todos ellos oficiales de artesanos y obreros y en los que aún los médicos y los abogados eran una pequeña minoría, los requisitos fijados para poder ser concejal significaban su exclusión de la contienda electoral⁵⁰.

Todo cambió a comienzos de siglo. El blindado sistema electoral de la Restauración, monopolizado por liberales y conservadores, comenzó a resquebrajarse con la crisis política desencadenada en los años de la guerra de Cuba. Hasta el momento las oposiciones habían sido mantenidas a raya por la cohesión de la elite social que monopolizaba el poder político. Se mantenía una apariencia de hegemonía de los monárquicos, pero la realidad era bien distinta. El pueblo no estaba con sus gobernantes. Madrid ya lo había advertido en las elecciones municipales de 1891, con aquella victoria estruendosa de los republicanos. Sólo cerrando filas se pudieron amortiguar los ecos de oposición. La realidad se mostraba tozuda. Mientras los partidos del turno lograban el apaciguamiento en la política municipal, en las calles de la ciudad comenzaba a sentirse el rumor, primero tenue, pero cada vez más audible, de un nuevo actor político: los trabajadores organizados en un partido propio, el partido socialista.

La aparición de esta nueva voz era en parte responsabilidad suya. Habían dejado que la ciudad creciera y que muchos de los problemas que jalonaban las vidas de las clases populares se agravaran. Madrid seguía siendo, en el cambio de siglo, una ciudad de la muerte, en que las vidas de los trabajadores manuales y de sus familias transcurrían en un contexto de hambre, enfermedad y muerte prematura. La economía de la capital había dado signos de haber encontrado una salida a su estancamiento preindustrial con el abrazo

⁴⁸ La composición del Ayuntamiento de 1873 en PÉREZ ROLDÁN, María del Carmen: *Bases sociales del republicanismo madrileño (1868-1874)*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid – Departamento de Historia Contemporánea, 1998.

⁴⁹ La Ley de sufragio universal del 26 de junio de 1890 sólo regía para la elección de diputados a Cortes. Fue completada por una por un Real Decreto de 5 de Noviembre de 1890 que recortaba el sufragio universal y se mantenía la división entre elegibles y no elegibles para las elecciones a concejales y a diputados provinciales.

⁵⁰ La composición social y por profesiones de los socialistas madrileños en RALLE, Michel: “Socialistas madrileños” en ELORZA, Antonio y RALLE, Michel: *La formación del PSOE*, Barcelona, Crítica, 1989, pp. 244-298. También CASTILLO, Santiago: “El socialismo madrileño hace un siglo: Un anhelo de reforma”, *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, nº 666 (2001), pp. 411-430.

del negocio inmobiliario, pero se había hecho a costa de empobrecer cada vez más las condiciones laborales de los trabajadores. Los antiguos artesanos se veían, cada vez con más frecuencia, convertidos en jornaleros. Los inmigrantes del campo al llegar a la ciudad descubrían que en Madrid no les esperaba exactamente una vida mejor; si acaso lo que encontraban era más posibilidades de prolongar la existencia de miseria y precariedad de la que habían huido al emigrar de sus pueblos natales.

Las elites no se olvidaron completamente de las clases populares. Había habido intentos de mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, como las que inspiraron la Comisión de Reformas Sociales o las distintas iniciativas llevadas a cabo en el campo de la Beneficencia⁵¹. Pero todas estas medidas fueron tomadas desde la distancia y desde un cada vez mayor desconocimiento e ignorancia de la situación en que vivían las clases populares. Como gobernantes que eran, como monopolizadores del poder político, la elite social del Madrid de finales del siglo XIX pecó de una cada vez mayor ignorancia de sus gobernados. No sólo acallaron sus posibles reivindicaciones a través de un sistema político corrupto y que impedía su participación, sino que además miraron hacia otro lado. Huyeron. Marcharon a otros barrios desde los que pretendieron gobernar la ciudad. Y lo que es peor, rompieron los puentes que antiguamente habían tendido con el pueblo. A los jornaleros, artesanos, lavanderas y costureras que vivían en el ambiente pútrido del barrio de los cementerios de Vallehermoso les debía resultar cada vez más difícil considerar que aquel grupo selecto de propietarios y abogados que vivían en sus hotelitos con jardín pudiera entender sus problemas y quisieran ponerles remedio. Hacía un tiempo podrían haberse dirigido a ese tendero o a ese farmacéutico que les glosaba las bondades y las virtudes de Sagasta, pero éstos ya había dejado de jugar aquel papel de intermediarios. El tendero y el boticario de Chamberí ya no aparecían en las listas electorales y habían sido sustituidos por un gran industrial adinerado, un diputado desconocido venido de Jaén o un marqués rentista al que los vecinos humildes nunca habían visto. Resultaba lógico que unos, más tarde, y otros, más temprano, hubieran acabado fijándose en los republicanos. Los republicanos podían ser más ricos que ellos, vivir en mejores condiciones, pero al fin y al cabo se encontraban entre ellos. Podían ser caseros y pequeños patronos, pero vivían en Vallehermoso, en el arrabal de Chamberí, y cuando los votaban para concejales, aunque sabían que su elección sería anegada por un pucherazo o cualquier otra manipulación, lo hacían con gusto, porque al menos sentían que votaban a uno de los suyos. Poco a poco también comenzaron a mirar con simpatía a los socialistas, cada vez más presentes en las protestas en la ciudad y cuyas reivindicaciones contra la carestía de las subsistencias, a favor de la justicia en las condiciones laborales o contra los reclutamientos bélicos eran más frecuentes.

La Restauración vivió sus primeros años como régimen político en Madrid en esta situación de contradicción entre el color político de los gobernantes en el poder y la

⁵¹ Sobre el reformismo social, especialmente a través de la Comisión de Reformas Sociales, véase: *El reformismo social en España: la Comisión de Reformas Sociales: actas de los IV Coloquios de Historia*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1987, MONTOLYA, María Ángeles y FERNÁNDEZ, Juan Carlos: *La condición obrera hace un siglo: los trabajadores madrileños y la Comisión de Reformas Sociales*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1991. DE LA CALLE VELASCO, María Dolores: *La comisión de reformas sociales 1883-1903: política social y conflicto de intereses en la España de la Restauración*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989. PALACIO MORENA, Juan Ignacio: *La institucionalización de la reforma social en España, 1883-1924: la Comisión y el Instituto de Reformas Sociales*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1988. PÉREZ LEDESMA, Manuel: "La Comisión de Reformas Sociales y la cuestión social durante la Restauración" y ÁLVAREZ JUNCO, José: "La Comisión de Reformas Sociales: intentos y realizaciones" ambas contribuciones en *De la beneficencia al bienestar social: cuatro siglos de acción social*, Madrid, 1986, pp. 155-166 y 147-154 respectivamente.

voluntad política de sus gobernados. Sólo la férrea alianza del núcleo de poder hizo invisible la paradoja. Cuando la crisis desatada en torno al 98 deshizo un poco las costuras que habían unido a liberales y conservadores en torno al trono, afloraron los problemas. La Restauración como sistema político se había apoyado demasiado en un tejido de relaciones personales que comenzó a descoserse a medida que sus fundadores necesitaron ser sustituidos⁵². La desaparición política de Cánovas y Sagasta fue el detonante de una crisis larvada y generada dentro del propio régimen. Sus respectivos partidos se sumieron en sendas crisis por la sucesión y se dividieron en banderías. Silvela y Maura en los conservadores, Canalejas y Morte en los liberales, pero también Villaverde, Montero Ríos y tantas otras personalidades pugnaron por recoger la herencia de los grandes líderes recién fallecidos. Las luchas en el seno del bloque de poder dejaron espacio libre para que la oposición volviera a introducirse en el sistema e hiciera valer el apoyo popular del que gozaban y que podían traducir en votos. Así, en 1899, con Cánovas muerto y Sagasta arrastrando la resaca de la derrota bélica del 98, los republicanos fueron capaces de volver al Ayuntamiento de Madrid. Los monárquicos se estaban peleando entre sí y ellos se aprovecharon. Los electores no les habían olvidado y les proporcionaron 3 concejales, que amenazaban con ampliarse en el futuro si la crisis de los partidos del turno se mantenía.

En este contexto fue en el que los socialistas hicieron su irrupción en la vida política madrileña. En 1901 la ley que exigía pagar contribución o ser titulado académico para poder presentarse a concejal había sido derogada. Los socialistas ya podían concurrir a las elecciones municipales. No lo dudaron. A Pablo Iglesias particularmente nunca le había desanimado la posibilidad de una derrota en las urnas. Había que pelear toda parcela de poder que se pudiera conquistar. Porque conquistando el poder siempre sería más fácil promover la mejora de las condiciones de vida de los obreros. Además, el partido socialista vivía un momento dulce. Su popularidad y favor había crecido en los últimos años, gracias a las huelgas, las negociaciones laborales y a sus campañas de reivindicación de mejoras en las condiciones de vida de las clases populares, cada vez más sonadas y frecuentes en la prensa⁵³. Los vecinos de Madrid los conocían bien y sabían lo que pretendían. Había llegado el momento de ponerse a prueba en el intento de conquistar la capital.

Como en todas las elecciones municipales, en las de 1901 había más de una veintena de concejalías por decidir que se repartían en todos los distritos. Siguiendo el espíritu ambicioso pero siempre prudente de Pablo Iglesias en la lucha política, el partido socialista, conocedor de sus debilidades como organización, presentó sólo cuatro candidatos en tres distritos de la capital. Había que concentrar fuerzas si se quería salir victorioso y seleccionar muy cuidadosamente a los candidatos y los distritos en los que se competiría. Pablo Iglesias se presentó junto a Matías Gómez, tipógrafo y miembro histórico del PSOE, en uno de los distritos del casco viejo, el de Audiencia. Juan José Morato, tipógrafo ya célebre por sus artículos, tanto en la prensa del partido como en periódicos que les miraban con simpatía, fue destinado al distrito de Universidad, a

⁵² La crisis de los partidos del turno en el capítulo de GABRIEL, Pere: “Gobierno y reformismo dinástico. Maura. Canalejas. La oposición republicana, 1902-1913” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel (coord.): *Historia de España. Siglo XX. 1875-1939*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 351-396.

⁵³ Así por ejemplo, para 1901, Juan José Morato, uno de los líderes más destacados del Partido Socialista ya llevaba unos cuantos años colaborando con el periódico liberal *El heraldo de Madrid*, en una sección denominada Mundo obrero, en la que exponía los problemas de los trabajadores y las soluciones propugnadas por los socialistas. Una recopilación minuciosa de las contribuciones de Morato en la prensa en CASTILLO, Santiago: *Trabajadores, ciudadanía y reforma social en España: Juan José Morato (1864-1938)*, Madrid, Siglo XXI-Fundación Largo Caballero, 2005, 2 vols.

ganarse a un vecindario famoso por su profesión de fe republicana⁵⁴. Antonio García Quejido, también tipógrafo de la vieja guardia del partido fue encargado del distrito de Hospicio, cuyos barrios de Ensanche también se habían destacado por su apoyo a los candidatos republicanos en el pasado. Aunque los tres distritos en que entraban en liza eran de marcado carácter popular, parecía que los socialistas evitaban deliberadamente los barrios bajos, las zonas más pobres de Madrid (Hospital, Latina, Inclusa). Sabían que allí el republicanismo estaba mucho más enraizado. Que si ya era difícil competir contra las manipulaciones del gobierno en el recuento de votos, sería peor si encima iban a hacerlo a un territorio que los republicanos dominaban desde hacía más de treinta años. En cambio los barrios del norte, cuyo caserío había crecido espectacularmente en los últimos años, ofrecían un terreno virgen para crear nuevas fidelidades políticas. Chamberí, que había sido liberal-progresista y luego republicano (y de todo eso podía tener buena memoria Pablo Iglesias que comenzó su andadura política en la I República), se había expandido enormemente. Bullía de nuevos madrileños, trabajadores manuales muchos de ellos, que seguramente prestarían oídos al mensaje y las propuestas que los socialistas habían de ofrecerles.

Los socialistas tuvieron una buena acogida en las elecciones de 1901 y no sólo entre sus potenciales votantes. La prensa no socialista, como recordaría Juan José Morato años más tarde, les alababa en aquel tiempo por su participación limpia e integra en las elecciones. Los socialistas eran *“un alto ejemplo de honradez y de sinceridad, de entusiasmo por sus derechos y de confianza en sus propias fuerzas. No toleraron que fueran escamoteados votos ni a los amigos ni a los adversarios. No consintieron que se ejercitase el sufragio con nombre supuesto. Opusieron su veto a toda componenda. Fueron, en cuantos sitios lucharon, los más severos testigos de la gran farsa preparada por el Gobierno y los más implacables censores de las ilegalidades cometidas.”*⁵⁵ La apuesta de los socialistas en el sistema corrupto de la Restauración era precisamente esa; presentarse como la autoridad moral en un sistema político que se basaba en el uso y abuso inmoral del poder. De igual manera que sus actuaciones en huelgas, manifestaciones y campañas públicas se centraban en la lucha contra la injusticia en las condiciones de trabajo y en la denuncia en la desigual carga que debían llevar los pobres frente a los ricos ante el ejército o los impuestos, su participación en las elecciones pretendía ser una demostración de que nadie como ellos creía en el sufragio universal limpio. Dejaban claro que, a pesar de sus ambiciones de poder, que las tenían, no estaban dispuestos a asumir ningún cargo ni ninguna responsabilidad de gobierno, por pequeña y limitada que fuera, que no naciera con un respaldo sincero e indiscutible del voto popular.

Ya lo advertía *El Imparcial* el 9 de noviembre de 1901, en vísperas de las elecciones. Aparte de la candidatura socialista *“ninguna otra llevará seguramente tantos votos de verdad a los colegios; pero es de temer que otras muchas lleven mayor número de votos falsos a las urnas”*⁵⁶ Los socialistas estuvieron a punto de conseguirlo. Juan José Morato, que llegaba nuevo a la lucha en el distrito de Universidad, recogió más de 500 votos que le colocaban como el sexto candidato más votado, por encima de los conservadores y algunos de los republicanos⁵⁷. Incluso hubo parte de la prensa que la

⁵⁴ Para la biografía de Morato véase la introducción “Juan José Morato Caldeiro, 1864-1938” de Santiago Castillo a la recopilación de sus textos periodísticos en CASTILLO, Santiago: *Trabajadores, ciudadanía..., Ob. Cit.*, vol. 1, pp. 1-154.

⁵⁵ MORATO, Juan José: *El partido socialista español*, Madrid, Ayuso, 1976, pág. 160.

⁵⁶ *El Imparcial*, 9 de noviembre de 1901.

⁵⁷ Según *El Imparcial*. En Universidad se disputaban tres concejalías y los resultados que se ofrecieron la noche de la votación daban como ganadores a los liberales José Abril Ochoa (1.256 votos) y Natalio Rivas (1.082) y al republicano Justo Morayta (699). Les seguían Mariano González Sanz, federal (635 votos), Antonio Tomás Pro, independiente (548), Morato, socialista (517), Jesús Murciano, independiente (486),

noche de las elecciones se atrevió a anunciar la victoria de Pablo Iglesias en el distrito de Audiencia. Pero dos días después hubieron de rectificar; en el recuento oficial de votos, que se hizo en el Ayuntamiento a puerta cerrada, resultaba que el líder del partido socialista se había quedado a tan sólo 66 votos de conseguir su acta de concejal⁵⁸.

Los socialistas sabían que les habían robado las concejalías; que habían sido los apañños hechos en el Ayuntamiento los que habían inflado los votos de sus adversarios para negarles la entrada en el consistorio madrileño⁵⁹. También eran conscientes de que eso no habría sucedido si hubieran estado mejor organizados o hubiesen obtenido un mayor respaldo popular. Por mucho que les disgustara a los monárquicos, los republicanos eran capaces de introducir concejales en cada elección sin que las manipulaciones de votos pudieran impedirlo. No había razones para que ellos, los socialistas, no lo consiguieran también. Probablemente en algo habían fallado. Tenían que solucionar algunos problemas si querían convertirse en el partido político del pueblo madrileño; lo primero que tenían que hacer era aumentar un apoyo popular que aún resultaba escaso. Pablo Iglesias y sus compañeros se consideraban los más dignos y auténticos representantes de la clase trabajadora, pero los vecinos de los barrios populares en los que habían presentado sus candidaturas seguían prefiriendo a los republicanos antes que a ellos. Había que encontrar las razones por las que los habitantes de los distritos de Hospicio y de Universidad no habían querido seguirles a aquellos cuatro tipógrafos socialistas. Los habitantes de aquellos barrios eran en una gran mayoría artesanos y jornaleros con los que tenían en común la misma situación laboral y unas condiciones de vida y unas preocupaciones parecidas. Sorprendentemente se habían empeñado en seguir votando a los republicanos, cuyos candidatos, en casi todos los casos eran pequeños propietarios, patronos e industriales, caseros de inmuebles o rentistas, en fin, el tipo de gente que, como los socialistas no se cansaban de repetir, constituían los enemigos de la clase trabajadora. Había que aceptarlo. Su mensaje no había calado tanto como Pablo Iglesias y sus compañeros habrían querido; tendrían que tenerlo en cuenta para que cuando hubiera otra ocasión de luchar por las concejalías e intentar corregirlo.

La conquista socialista de Chamberí:

El inicio de una nueva era en la política municipal madrileña

La oportunidad se presentó en 1905; de nuevo aquel año tocaba renovar concejales en el ayuntamiento de Madrid, aunque con algunas diferencias en el sistema de votación. La capital acababa de ser objeto de una reforma administrativa de sus distritos que había introducido importantes modificaciones en el mapa electoral madrileño. La más importante era la creación de Chamberí como un distrito nuevo. La zona norte de Ensanche había crecido tanto en los últimos años, especialmente en las calles alrededor del antiguo arrabal, que se hacía imposible mantener aquellos barrios como una parte dependiente del casco antiguo de la ciudad. Hasta entonces los alrededores del arrabal habían sido administrados por el distrito de Hospicio, pero los más de 30.000 habitantes de esa zona, a los que había que sumar unos pocos miles en la zona del extrarradio, en

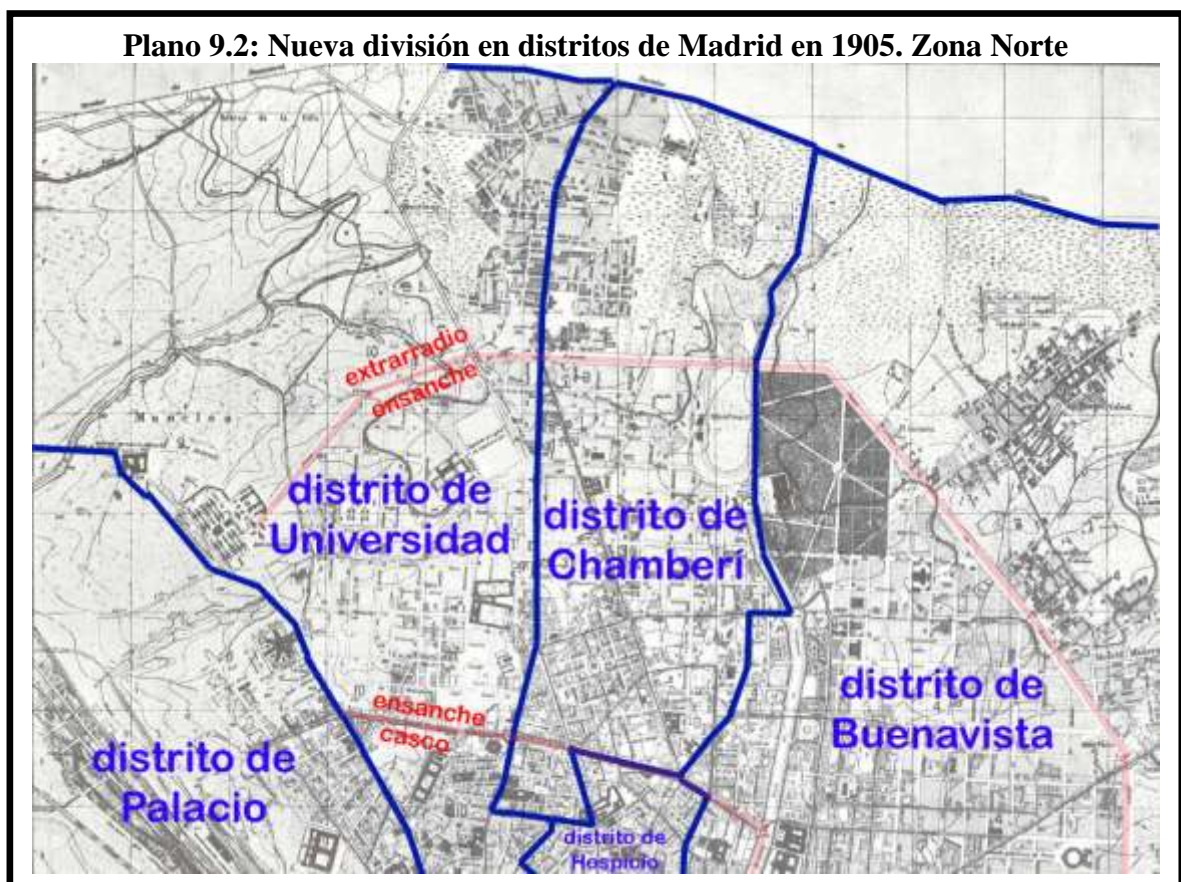
José del Pino, conservador (204) y Julián Cobo y Canalejas, conservador (198). *El Imparcial*, 11 de noviembre de 1901.

⁵⁸ La proclamación de la victoria en *El Imparcial*, 11 de noviembre de 1901, la rectificación de la votación el 12 de noviembre de 1901.

⁵⁹ MORATO, Juan José: *El partido socialista... Ob. Cit.* pág. 160. La cita se refiere a las elecciones generales celebradas ese mismo año, aunque el juicio lo hace extensible a las elecciones municipales en Madrid, donde Morato considera que si no obtuvieron ningún concejal fue porque fueron castigados en el gobierno por “no dejar hacer”, por no querer llegar a un pacto para dejar vía libre al amaño a cambio de concejalías.

Tetuán, hacían conveniente pensar en una recomposición. Las zonas de Ensanche, junto a un par de barrios del casco antiguo junto a la plaza del Dos de Mayo, fueron desgajadas para formar el nuevo distrito de Chamberí.

La aparición del nuevo distrito tenía importantes consecuencias desde un punto de vista electoral, especialmente por las características de las calles y de los barrios que lo formaban. Chamberí era el único distrito en que sus terrenos y población pertenecían prácticamente en su totalidad al Ensanche y al Extrarradio. Sólo un par de barrios estaban situados en el casco viejo y tampoco se trataba de zonas de la ciudad con demasiada antigüedad; las calles en torno a la plaza del Dos de Mayo habían sido edificadas en su mayoría tras el derribo del cuartel de Monteleón en tiempos del Sexenio democrático⁶⁰. El nuevo distrito era casi en su integridad parte de ese nuevo Madrid surgido desde la revolución de 1868 y que se había manifestado en sus comportamientos políticos con cierta tendencia antimonárquica.



Las zonas de Ensanche de la ciudad, desde las primeras elecciones municipales de 1868 y luego en las primeras celebradas por sufragio universal en 1891, habían abandonado la tutela de liberales y conservadores y se habían ido decantando como feudos del republicanismo. Eso hacía a Chamberí un espacio especialmente suculto para las ambiciones electorales de los socialistas. También les habían de resultar atractivos sus habitantes; muchos de ellos inmigrantes, trabajadores manuales que recién llegados a la capital, no tenían por qué sentirse ligados a los republicanos, que dominaban los barrios bajos de la capital. En 1901, Antonio García Quejido, ya había hecho una primera

⁶⁰ GONZÁLEZ PALACIOS, Daniel: *El barrio de Corredera durante la segunda mitad del siglo XIX*, Madrid, Trabajo Académico de Tercer Ciclo UCM, 2008.

tentativa en Chamberí, cuando se presentó como candidato a concejal por el distrito de Hospicio, el distrito en el que se integraba esta zona. Los resultados no habían sido del todo malos y podía ser una buena idea probar una vez más. Es probable que a comienzos de 1905, el partido socialista ya pensara en presentar candidatos por el nuevo distrito en las próximas elecciones municipales, que se celebrarían en el mes de diciembre. Lo que probablemente no tuvieran decidido era la estrategia que iban a desplegar para competir por las concejalías; fueron los acontecimientos de aquel año de 1905, turbulento en las calles de la capital, los que acabaron definiendo la forma en que los socialistas se presentaron en Chamberí solicitando el voto a sus vecinos. Y entre todos los sucesos que acaecieron en Madrid, uno especialmente trágico, que ocurrió en las calles de aquel barrio y que sacudió las conciencias de todos los vecinos de la ciudad y de los lectores de periódicos de toda España.

Fue el sábado de 8 de abril. *“Faltaban pocos minutos para las siete de la mañana cuando se oyó un horroroso estruendo, que puso en conmoción a todos los vecinos de la barriada [en torno a la calle Bravo Murillo], todos los cuales salieron asustados a la calle. (...) Bien pronto una espesa polvareda y un clamoreo de ayes, gritos y lamentos pusieron al corriente de que se había producido una horrible catástrofe, que dejará en todos imperecedero y terrible recuerdo.”* Una de las naves del tercer depósito del Canal de Isabel II, en la zona norte del Ensanche, se había hundido mientras cerca de trescientos obreros trabajaban en su interior. La noticia recorrió rápidamente la ciudad. *“Las urgentes peticiones de auxilio, el terror con que hacia el centro de Madrid corrían desolados algunos espectadores de la catástrofe, propagaron enseguida por todos los centros la especie de lo acaecido en la parte norte de nuestra capital.”* Era una catástrofe sin precedentes, que había de poner a prueba la capacidad de reacción de los vecinos y las autoridades de la ciudad de Madrid. Pronto se pudo ver como los bomberos se apresuraban por la calle Fuencarral y la de Bravo Murillo; a ellos se unieron militares y diversos colectivos que se presentaron voluntariamente para ayudar: los estudiantes de la Escuela de Minas y los de medicina de San Carlos, sacerdotes de diversas parroquias, obreros de las fábricas de alrededor y muchos ciudadanos anónimos que, atraídos tanto por la curiosidad y el deseo de ayudar, recorrieron las calles del Ensanche y atestaron los tranvías para rendirse ante el escenario de la desgracia⁶¹. Los que más destacaron fueron los albañiles madrileños. Desde que se enteraron de lo sucedido, los ecos del accidente fueron recorriendo los tajos y las obras que estaban en marcha en toda la capital. Los trabajadores, al conocer la noticia, dejaron sus herramientas y marcharon a la calle: *“Acudían por millares y millares los albañiles y los obreros de otros oficios al tercer depósito.”* Muchos de ellos con un brazalete negro en señal de duelo y con la disposición de ponerse a trabajar para rescatar a sus compañeros.

Los trabajos de rescate se sucedieron en los días siguientes sin tregua ni descanso. Se instalaron sistemas de iluminación eléctrica para no tener que interrumpir las faenas de búsqueda de víctimas durante la noche. Se trabajaba contra el reloj intentando rescatar de entre los escombros a los obreros que habían quedado sepultados. Las noticias alegres

⁶¹ Las citas proceden de *El Heraldo de Madrid*, 8 de abril de 1905. Véase también el extenso reportaje, con introducción de fotografías, que publicó *El Imparcial* ese mismo día. La catástrofe ha sido tratada en varios artículos y comunicaciones como BURGOS, Antonio: “El desastre del tercer depósito. Cien años después”, *Revista de Obras Públicas*, nº 3.458, Septiembre de 2005, pp. 25-48 o BYRNE, Justin: “De la microhistoria a los grandes procesos: el hundimiento del Tercer Depósito del Canal de Isabel II”, presentado al II Congreso de Historia Social: ‘El trabajo a través de la historia’. Córdoba, 28-29 de abril de 1994. Además de por ser un dramático accidente laboral, el hundimiento del tercer depósito fue objeto de numerosos artículos en la época, al tratarse de una de las primeras construcciones con hormigón armado. Diversos artículos debatieron sobre las causas técnicas que habían provocado el accidente; como ejemplo, véase el nº 1545 de la *Revista de Obras Públicas*, en la que se incluyen artículos de los ingenieros más reputados de la época.

abundaron en los primeros días; con la aparición milagrosa de supervivientes, pero pronto las tareas se hicieron duras y desagradables. Ya solo salían muertos. Al final el balance no fue tan duro como podía preverse. Las cifras oficiales de víctimas se fijaron en 30 muertos (que algunos periódicos elevaron hasta más de 40) y 54 heridos de diversa consideración. Era de todas maneras un saldo demasiado cruel: la falta de observación de las medidas de seguridad más básicas y una insuficiente inversión por parte de la subcontrata encargada de aquellas obras habían costado la vida a 30 trabajadores, la mayor parte de ellos jornaleros humildes, que no cobraban más de 2 pesetas por cada jornada.

El día de la desgracia muchas tiendas y comercios de Madrid cerraron, el trabajo en talleres y fábricas quedó detenido y los teatros no abrieron sus puertas y suspendieron las sesiones. El estupor provocó en un primer momento compasión y solidaridad y los obreros acudieron en ayuda de sus compañeros; más tarde surgió la rabia y la protesta. El mismo día de la desgracia, una comitiva de obreros recorrió las redacciones de los periódicos informando de la celebración de una manifestación para el domingo. A las 3 de la tarde, en la glorieta de los Cuatro Caminos. Allí se presentaron unos cuantos grupos de obreros que se concentraron alrededor de una bandera negra. Los guardias municipales recibieron órdenes de arrebatarla, por tratarse de una manifestación no autorizada. La reacción de los obreros fue violenta; de las tabernas de los alrededores salieron más y más obreros protestando por el abuso de autoridad, de las casas de la barriada salieron los vecinos, algunos de ellos familiares de los heridos y fallecidos en la catástrofe. Las mujeres del barrio se pusieron al frente de la algarada, animando a los obreros a que recuperaran la bandera. El motín se había formado. Hubo cargas con sable, acudió el ejército, se produjeron carreras y apedreamientos, finalmente aparecieron las armas de fuego y resonaron los tiros por las calles de aquel barrio pobre y popular. El resultado: un obrero muerto, más de veinte heridos, entre ellos seis de carácter grave por armas de fuego, todos ellos trabajadores.⁶²

Los incidentes menudearon en los siguientes días; hubo ataques aislados a la autoridad, apedreamiento de guardias de seguridad y alguna que otra detención de obreros sospechosos. El gobierno prohibió una manifestación que se había previsto para el siguiente fin de semana, poniendo como excusa los incidentes de Cuatro Caminos. Las sociedades de resistencia, asociaciones obreras y otras organizaciones sindicales, reunidas en el centro de la calle Relatores, accedieron al aplazamiento de la manifestación a regañadientes, reclamando su derecho a honrar a sus muertos. Mientras tanto los cadáveres seguían saliendo entre los escombros y los cascotes del tercer depósito. Gran parte de la prensa se puso del lado de los obreros que exigían el derecho de manifestación. Finalmente, tras varias conversaciones y negociaciones, se acordó la celebración de una marcha por Madrid con final en el cementerio general del Este para el domingo 23 de abril.

La multitudinaria manifestación de aquel domingo sirvió para hacer visible el ascendente poder de los socialistas entre los trabajadores manuales madrileños. La cita era a las 10 de la mañana, en la plaza del Progreso (hoy Tirso de Molina), en los barrios bajos de la capital. Allí, en la calle adyacente de Relatores, estaba el centro donde se reunían las distintas sociedades de obreros y oficios de la capital. Poco a poco se fueron congregando trabajadores de todos los barrios de la capital que se pusieron tras la pancarta de la sociedad a la que pertenecían. También llegó una delegación del republicanismo, integrada por algunos de sus diputados más célebres como Salmerón, Blasco Ibáñez, Pi i Margall o Nicolás Estévez, que se estableció en el lugar que el comité organizador le indicó, tras la

⁶² El motín de Cuatro Caminos en *El Heraldo de Madrid*, 9 de abril de 1905 y *El Imparcial*, 10 de Abril de 1905.

cabeza de la manifestación. Ese no era su día; correspondía a los obreros. Por eso iban los líderes de las organizaciones de distintos oficios al frente y entre ellos, en posición destacada, el presidente del Centro Obrero, Francisco Largo Caballero, que por aquel entonces era también presidente de la Agrupación Socialista Madrileña⁶³. A los republicanos, en cambio, les tocaba sólo mostrar su adhesión pero no ocupar un puesto principal en la manifestación

La masa de trabajadores emprendió su marcha por la calle Atocha, con los coches de caballos transportando las más de treinta coronas en honor de los obreros fallecidos. Se amontonaron en la plaza de Antón Martín y llegaron al Paseo del Prado. En su camino no encontraron guardias de orden público ni militares; los propios obreros crearon su propio cuerpo de seguridad que se encargó de que no se produjera ningún incidente. Hasta 40.000 personas, según los organizadores, recorrieron el paseo del Prado y llegaron a la calle Alcalá donde se produjo el único discurso de la mañana. Pablo Iglesias, el líder del partido socialista, habló brevemente en representación de los trabajadores madrileños: *“Esta manifestación expresa (...) la protesta de la clase trabajadora contra los culpables de la terrible hecatombe [del depósito]. (...) Hay que dar completa satisfacción a los hermanos nuestros que reposan en el cementerio, hay que vengar su muerte. Más nuestra venganza no consistirá en matar media docena de potentados (...), nos vengaremos echando abajo este régimen carcomido, defectuoso, que para subsistir necesita que haya catástrofes como las del depósito; nos vengaremos libertando la Humanidad de las cadenas que le oprimen, formando una sociedad que concluya con todas las ignominias que actualmente ocurren.”*⁶⁴

El discurso de Pablo Iglesias puso fin al desfile; las masas de trabajadores se disolvieron en orden y sin incidentes y un grupo de 2.000 personas se dirigieron con las coronas al cementerio para depositarlas en las tumbas de los obreros muertos. Al día siguiente los periódicos “burgueses” elogiaron la actitud de los obreros madrileños, calificando la manifestación como “una gran prueba de sensatez y respeto al orden”⁶⁵, como *“un acto hermoso, por su buen orden, por su excelente organización, por su número, por lo que ella demuestra como capacidad en las clases trabajadoras para ejercer los derechos políticos reconocidos en la Constitución”*.⁶⁶ Los obreros madrileños habían demostrado una responsabilidad y una integridad moral que se echó de menos en el gobierno en algunos momentos de la crisis del hundimiento del tercer depósito. Se habían ganado el favor de la opinión pública; sus líderes no eran observados como agentes peligrosos de revuelta y su opinión y reclamaciones obtenían cada vez más eco fuera de los círculos de trabajadores. Los nombres de Pablo Iglesias o de Largo Caballero comenzaban a ser familiares para los madrileños y habían perdido su carácter amenazante, a favor de un respeto cada vez mayor a su hacer como líderes políticos.

La desgracia del Canal de Isabel II aún coleó unas cuantas semanas en los diarios madrileños. El juicio de los responsables, la evolución de los heridos, los repartos de socorros y de indemnizaciones fueron objetos de noticias y reseñas, pero poco a poco fueron desplazados hacia la segunda y la tercera página de los periódicos. La vida vertiginosa de la capital y la gravedad de otros acontecimientos de los que llegaban ecos hicieron olvidar a los madrileños aquella traumática desgracia. Los obreros perjudicados por el desastre fueron sepultados en la prensa por la evolución de la guerra entre Rusia y Japón, los movimientos revolucionarios en el imperio zarista, las apuestas sobre la

⁶³ La descripción de la comitiva y la llegada de los republicanos en *El Heraldo de Madrid*, 23 de abril de 1905 y *El Imparcial*, 24 de abril de 1905.

⁶⁴ Recogido en *El Heraldo de Madrid*, 23 de abril de 1905.

⁶⁵ *El Imparcial*, 24 de abril de 1905.

⁶⁶ *El Heraldo de Madrid*, 23 de abril de 1905.

identidad de la futura esposa de Alfonso XIII, las crisis ministeriales, las huelgas y manifestaciones obreras, y toda una serie de pequeñas noticias que ocupaban las charlas trascendentales y banales en la gran ciudad, como las corridas de toros o las funciones de teatro celebradas en la velada anterior. El rastro de los obreros del Canal se perdió en la prensa y su desgracia fue olvidada poco a poco por los madrileños. Su recuerdo fue progresivamente desplazado por la impresión que les había causado otra noticia más reciente. Era la consecuencia lógica del tiempo. Los damnificados por el hundimiento del tercer depósito no podían ocupar el centro de atención de por vida.

Hubo un lugar donde el olvido no avanzó tan rápidamente. En Cuatro Caminos, al norte de Chamberí, donde vivían las familias de los muertos y los heridos del 8 de abril, el poso de la desgracia siguió marcando el transcurrir cotidiano. Las obras del Canal, que daban trabajo a un gran número de trabajadores, habían quedado paralizadas, negándole el sustento a muchas de las familias que vivían en aquellos barrios pobres. Luego estaban las familias de los muertos, que ya no recuperarían nunca el salario de los padres de familia e hijos perdidos. Como tampoco los de los que habían quedado lisiados y malheridos en el accidente. Para ellos no había olvido posible, aunque el gobierno repartió cuantiosas indemnizaciones⁶⁷, éstas se acabarían algún día, entonces volvería el sufrimiento recrudecido por la pobreza y el hambre. El invierno en Cuatro Caminos se presentaba duro; sin el trabajo que proporcionaban las obras públicas clausuradas, con la herencia de la desgracia aún caliente y el intenso frío del olvido de las instituciones y de la opinión pública cada vez más presente.

Los socialistas conocían la situación del barrio. Habían estado muy implicados en las protestas tras la catástrofe y su liderazgo en los movimientos asociativos obreros les había permitido seguir en contacto con los afectados⁶⁸. Si ya habían decidido que se presentarían por Chamberí en las elecciones municipales, el malestar que sentía el barrio debió de reforzar su idea. La popularidad alcanzada en las protestas de abril era un motivo más para presentarse a las elecciones por aquel distrito. El PSOE decidió aprovechar el caudal de protagonismo y aceptación que habían tenido sus actuaciones, y lo aplicó a aquella cita electoral para superar las dificultades que se habían encontrado hasta entonces para vencer en las urnas. Apostaron fuerte por Chamberí. En el distrito de nueva creación se tenían que elegir cinco concejales y los socialistas decidieron presentar tres candidatos que serían los únicos que competirían en Madrid. En vez de librar batalla en puntos diferentes de la ciudad y dividir sus fuerzas, como habían hecho en 1901, concentraron sus esfuerzos en convencer a los vecinos de aquellos barrios para que les apoyaran.

El primer punto en esa campaña fue una selección cuidadosa de los candidatos a concejales. Al frente de la candidatura situaron a Pablo Iglesias, el líder del partido desde su fundación. Su prestigio estaba fuera de toda duda. Cualquier trabajador madrileño que hubiera sentido en algún momento deseos de manifestarse para mejorar sus condiciones de vida, de asociarse con otros obreros para protestar, debía de conocer al jefe de los socialistas, cuyo protagonismo en la vida política había sido cada vez mayor en los últimos años. Junto a él se presentaba Francisco Largo Caballero, estuquista de profesión y también una de las cabezas más visibles del socialismo y de las organizaciones obreras en Madrid. Largo Caballero además, podía movilizar el voto de los vecinos de Chamberí por otras razones más allá de su celebridad en la vida política madrileña. Primero porque era un artesano del ramo de la construcción; a pesar de que ejercía una profesión altamente cualificada como la de estuquista, se había visto en numerosas ocasiones trabajando como

⁶⁷ BURGOS, Antonio: "El desastre del tercer depósito. Cien años después", *Revista de Obras Públicas*, nº 3.458, Septiembre de 2005, pp. 25-48.

⁶⁸ El papel de los socialistas en el movimiento asociativo obrero en CASTILLO, Santiago: *Historia de la UGT., vol.1 Un sindicalismo consciente, (1873-1914)*, Madrid, Siglo XXI, 2008.

mero jornalero en las obras públicas del municipio madrileño, empedrando caminos en la Dehesa de la Villa a las afueras de la capital o incluso vendiendo fruta en los mercados junto a su madre para ganar unas cuantas monedas en los tiempos de paro⁶⁹. Conocía bien la situación de todos esos trabajadores manuales que formaban el grueso de la población del antiguo arrabal. Lo conocía bien por su condición de trabajador y porque era uno de ellos. La familia de Largo Caballero llevaba instalada en las calles de Chamberí desde los primeros tiempos del Ensanche. El mismo había nacido en la misma plaza de Chamberí en 1869 y había transcurrido prácticamente toda su vida en el arrabal. Había trabajado junto a sus vecinos en numerosas ocasiones, se había mezclado con los jornaleros de Chamberí y de los alrededores en cuadrillas y batallones de trabajadores, y cuando había hecho falta había participado en luchas y reivindicaciones. Aquel 1905 residía allí mismo, en la calle Eloy Gonzalo, en una modesta buhardilla por la que pagaba 10 pesetas al mes, compartida con su compañera Isabel Álvarez, su hijo y un cerrajero y un albañil que figuraban como realquilados. Nadie podía poner en duda que Largo Caballero representaba a los trabajadores manuales de Chamberí y que conocía sus preocupaciones y los problemas de su vida cotidiana⁷⁰.

La candidatura la cerraba Rafael García Ormaechea, que como Largo Caballero también era vecino del barrio pero de una muy distinta condición. García Ormaechea era un joven abogado de 35 años que residía en uno de las calles anchas y de cierto lujo del arrabal, en el Paseo de Luchana. El alquiler de 52 pesetas y media mensuales que pagaba y la criada que su familia tenía empleada en el hogar ya marcaban una diferencia respecto a sus compañeros de partido⁷¹. Su prosperidad y comodidad contrastaban con la austeridad y modestia de las condiciones de vida de Largo e Iglesias. No lo hacía su compromiso socialista. Junto a Largo Caballero, García Ormaechea ocupaba uno de los puestos de vocales en el Instituto de Reformas Sociales; como abogado había consagrado su labor profesional a la defensa de los derechos de los trabajadores⁷². Como líder político, era un miembro de las clases acomodadas que se presentaba como un defensor de sus vecinos más desfavorecidos. En ese sentido entroncaba con la actitud de muchos miembros de las pequeñas elites del barrio, de los vecinos un poco más acomodados que ya desde antiguo habían encabezado las reivindicaciones de los jornaleros u artesanos con los que convivía en las mismas calles. García Ormaechea no se diferenciaba en mucho de los farmacéuticos y tahoneros que llevaron al pueblo de Chamberí a la revolución en 1868 bajo la bandera

⁶⁹ Ya se ha utilizado anteriormente el caso de Largo Caballero como ejemplo de las condiciones de trabajo de los artesanos cualificados (véase capítulo 4). El mismo Largo Caballero es el que ofrece testimonio sobre su situación laboral en la época, LARGO CABALLERO, Francisco: *Mis recuerdos. Cartas a un amigo*, México D.F., Ediciones Unidas, 1976; una aproximación a la biografía de Largo, FUENTES, Juan Francisco: *Francisco Largo Caballero. El Lenin español*, Madrid, Síntesis, 2005.

⁷⁰ Largo Caballero figura en el padrón de 1905 del Ensanche Norte como cabeza de familia en un quinto piso de Eloy Gonzalo nº 10 de 10 ptas de alquiler mensual. Vive con Isabel Álvarez Fernández, de 36 años, con la que tiene un hijo de 14 años. Además comparten la vivienda con Adolfo Chacón, oficial cerrajero de 37 años y Juan Iglesias Hernández, albañil de 35 años. Largo Caballero señala percibir un sueldo de 5 ptas que “no es seguro” y que cobra “los días que trabaja”. AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905, caso nº 505 – Balmes.

⁷¹ Según el padrón de 1905, Rafael García Ormaechea, de 35 años nacido en Madrid, residía en el principal izquierda de Luchana 39, junto a su padraastro, Torcuato Caballero Martín, su madre, Gregoria Ormaechea, su hermana y una criada. El alquiler de la vivienda era de 52,50 pesetas mensuales. Su padraastro era empleado de comercio en la calle del Carmen 14, con un salario de 1.500 ptas. anuales; García Ormaechea no indicaba sueldo por su actividad como abogado, pero sí el pago de una contribución industrial de 200 pesetas anuales. Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905, caso nº 4.388 – Trafalgar.

⁷² Sobre la trayectoria profesional e ideológica de Rafael García Ormaechea véase RUIZ TORRES, Pedro: “Rafael García Ormaechea, el problema social y la reforma jurídica en la España de principios del siglo XX” en DAVIS, James Charles y BURDIEL, Isabel (eds.): *El otro, el mismo: biografía y autobiografía en Europa: (siglos XVII-XX)*, Valencia, Universitat de València, 2005, pp. 219-282.

del liberalismo. Tampoco le separaban demasiadas cosas de los abogados y pequeños patronos que los habían guiado en 1873 y en 1891 empuñando la causa de la República. García Ormaechea simbolizaba un acercamiento entre las clases medias y los socialistas que, aunque era tímido y escaso, ya había tenido precedentes como el de Jaime Vera, el médico que había fundado el PSOE con Pablo Iglesias o el mismísimo Miguel de Unamuno, que desde hacía tiempo colaboraba con sus artículos en la prensa del partido⁷³. Por otro lado, la presencia de Ormaechea en la candidatura socialista, reforzaba la cada vez más patente benevolencia de las clases medias ante el movimiento obrero, al que dejaban de ver como una amenaza para comenzar a considerarlo como una propuesta política legítima y hasta necesaria, con la que estaban hasta dispuestos a colaborar. Ya se había visto en abril de aquel año, en las manifestaciones tras el hundimiento del depósito del Canal de Isabel II, cuando la actitud de los líderes obreros había sido elogiada por la prensa y sus posturas habían sido defendidas frente a la arbitraria actuación del gobierno. La inclusión en las listas de un abogado como Ormaechea no podía sino contribuir a hacer aceptable al partido socialista a ojos de las clases medias y de la opinión pública.

La procedencia social de los candidatos socialistas por Chamberí era diversa, pero el electorado al que se dirigían tenía un perfil muy concreto. Iglesias, Largo Caballero y García Ormaechea tenían muy claro a quiénes representaban y cuáles eran sus preocupaciones. En un artículo de *El Socialista* dirigido “*A los obreros de Chamberí*” en la víspera de las elecciones, les recordaban que los socialistas eran “*compañeros vuestros, explotados como vosotros*”. A diferencia de las “*candidaturas burguesas*”, que les ofrecerían vagas promesas de “*empleos, protección, acaso un puñado de céntimos y seguramente algunas copas de vino si le dais vuestro voto*”, los socialistas ponían por delante el compromiso de cumplimiento de un programa “*impuesto por su partido, y que si no le cumplen [los candidatos] son arrojados de él.*” Los puntos del programa dejaban claro a quién iba dirigida su candidatura. Se prometía la lucha por “*la fijación de un salario mínimo para los empleados y obreros del Municipio*” y la “*jornada máxima de ocho horas*” para esos mismos trabajadores. No prometían que lucharían por la jornada laboral de todos los madrileños porque bien sabían que desde sus puestos de concejales no tendrían el poder suficiente. No vendían la revolución a sus electores ni el paraíso socialista, sino medidas concretas, realizables si accedían a darles su respaldo. Al mismo tiempo, mostraban sensibilidad por los problemas cotidianos a los que se enfrentaban las clases populares de aquel barrio, porque los conocían bien, porque eran también los suyos. Proponían la creación de cantinas escolares para los hijos de los trabajadores en las que pudieran pasar el tiempo entre la clase de la mañana y de la tarde, el reparto de ropa a los niños para que pudieran acudir al colegio, la mejora de la “*asistencia médica y del servicio farmacéutico gratuito*” y “*el exacto cumplimiento de las Ordenanzas municipales en todo cuanto favorecen a los trabajadores y principalmente en los que se refiere a la higiene de las habitaciones, análisis de los artículos alimenticios, derribo de las casas denunciadas y andamiajes de las obras.*” Los socialistas no venían al Ayuntamiento para hacer la revolución social, sino para hacer cumplir las leyes que ya existían y a tratar de acabar con las injusticias de que eran víctimas los trabajadores.⁷⁴

⁷³ La colaboración de Unamuno con la prensa socialista ha sido objeto de numerosos estudios, por ejemplo: URRUTIA LEÓN, Manuel María: “Miguel de Unamuno en ‘El socialista’ (y nueve textos desconocidos)”, *Sistema: Revista de ciencias sociales*, nº 186 (2005), pp. 101-122; RABATÉ, Jean-Claude: “Miguel de Unamuno, publicista socialista en la prensa de Salamanca”, *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, nº 32 (1997), pp. 239-298; EREÑO ALTUNA, José Antonio: *El pensamiento socialista de Unamuno en ‘La lucha de Clases’ (1894-1897)*, Bilbao, Ediciones Beta, 2005.

⁷⁴ El manifiesto “*A los obreros de Chamberí*” y el programa electoral propuesto por el partido en *El Socialista*, 10 de Noviembre de 1905; un análisis más detallado de este programa y su contenido íntegro en PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Socialistas en el Madrid jornalero. La conquista electoral socialista en el

La publicación de un programa electoral era toda una innovación en la política madrileña. Las propuestas concretas y referidas a aspectos cotidianos de la vida de los vecinos que hacían los socialistas contrastaban con los discursos de los líderes políticos tradicionales. No se trataba de gritos de “abajo lo existente” o de apelaciones al “orden y la tradición”; no prometían ese cambio de régimen, esa República que todo lo salvaría el día que llegara pero que nadie explicaba como se produciría esa gran transformación. Los socialistas conocían lo que necesitaban sus vecinos, porque ellos mismos sufrían esas carencias. Sabían lo que podían llegar a darles, y era lo que les ofrecían en sus promesas electorales. Su unidad como partido y la concreción de su programa eran excepcionales en la lucha política por el Ayuntamiento de Madrid en que las propuestas electorales solían fiarse más a las personas que a las ideas. Liberales, conservadores y republicanos seguían actuando según los modos de los primeros tiempos de la Restauración, fiándose más del prestigio personal de sus candidatos que de la fuerza de las ideas que defendían. La crisis que atravesaba el sistema político, tras la muerte de los grandes líderes de los partidos, había exacerbado ese personalismo y había provocado una lucha fratricida entre miembros de las mismas corrientes políticas; hasta el punto de que en Chamberí se multiplicaron las candidaturas electorales como nunca antes había sucedido.

Tabla 9.9: Principales candidaturas presentadas en las elecciones municipales de 1905 por el distrito de Chamberí	
partido político	Candidatos
Partido Socialista Obrero Español	Pablo Iglesias Posse, Francisco Largo Caballero y Rafael García de Ormaechea
Villaverdistas	Luis Seguí
Liberales (ministeriales)	Luis Mazzantini y Eguía, Cristóbal de Castro, Eduardo Larrea, Antonio Fernández de la Cuadra, Enrique Martínez
Unión Republicana	José Moirón, Canuto González y Evaristo Fernández
Republicanos radicales	Fulgencio González y Francisco Cantero
Republicanos Federales	José María de la Torre Murillo, Manuel de la Torre Eguía, Eduardo Vargas
Conservadores	Eduardo Morales, Ramón Sáenz de Heredia
Independientes	Juan Rincón (antiguo conservador), Pascual Ruiz Salinas (industrial), Antonio Rosado (independiente), Luis Talavera (republicano).

Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 17-120-1 y *El País*, *El Socialista* y *el Heraldo de Madrid*.

Hasta treinta y cuatro candidatos se propusieron para las cinco concejalías que se debían elegir en Chamberí en aquel noviembre de 1905. Finalmente se presentaron veinticuatro que podían agruparse en ocho opciones políticas: los socialistas, los partidos del turno, sus escisiones y los republicanos de todos los matices. Al margen de la propuesta socialista, nada había cambiado en las formas de hacer y de actuar en el resto de los partidos. Los liberales estaban entonces en el poder y al ser los encargados de organizar aquellas elecciones, se fiaban de su capacidad de manipular resultados y retocar votos para sacar adelante a sus candidatos. Seguían empeñados en los mismos criterios para seleccionar a sus líderes. Se fiaban de la celebridad más que del contacto con los electores. Ninguno de los cinco candidatos que se presentaron en el distrito de Chamberí como ministeriales residían en el distrito: ya no acudían a los farmacéuticos y a los pequeños tenderos del

Chamberí de 1905”, en RIVERA, Antonio, ORTIZ DE ORTUÑO, José María y UGARTE, Javier (eds.): *Movimientos sociales en la España Contemporánea*, Madrid, UPV – Instituto Universitario de Historia Social “Valentín de Foronda”, 2008.

barrio sino a personajes ilustres o políticos de carrera. Mariano Monasterio, el gran negociante de la construcción de Madrid, había sido de los primeros; luego llegó Joaquín Ruiz Jiménez, que en aquel 1905 había ascendido escalones para convertirse en gobernador civil de la provincia y ya no estaba disponible para presentarse a concejal. Su hueco lo ocupó Luis Mazzantini, uno de los toreros más populares de la época, que aquel año se había cortado la coleta y se había decidido a emprender una carrera política al lado de los liberales. Junto a él se presentaban en Chamberí viejos conocidos del electorado madrileño como Cristóbal de Castro o Antonio Fernández que ya habían obtenido sus actas de concejales por otros distritos anteriormente.

Los conservadores, entonces en la oposición, vivían instalados en la crisis y la guerra fratricida. Como sabían que no podrían alcanzar el poder, porque probablemente los liberales amañarían los resultados, ellos aprovechaban aquellas elecciones para dirimir cuestiones internas. Por eso, además de la candidatura oficial del partido, compuesta por hombres de Maura, surgía la de un villaverdista y hasta la de un antiguo concejal del partido, Juan Rincón, que se presentaba como independiente⁷⁵. Se trataba de ver qué familia de las que componían el conservadurismo tenía más fuerza. Sabían que no iban a conseguir las concejalías y se enfrentaban entre ellos mismos en las elecciones, para ver quién se haría con las riendas del partido, en aquel periodo en que habían sido relegados por el turno a la oposición política.

Tabla 9.10: Candidatos republicanos a concejales de Chamberí en Noviembre de 1905		
candidato	Candidatura	datos aportados por el padrón de 1905
José Moirón	Unión republicana	Industrial carpintero de 48 años, vive en Trafalgar 28, donde tiene alquilado un bajo y el principal por 91,25 pesetas al mes. Al frente de un taller, paga una contribución industrial de 80 pesetas y una contribución territorial de 143,50 ptas.
Evaristo Fernández	Unión republicana	Industrial de 47 años. Reside en la calle Santa Engracia nº 30, donde tiene un lavadero. En su casa habita su esposa, un hijo, un primo, un sobrino y cuatro trabajadores del lavadero. Paga una contribución industrial de 456 ptas. y una contribución territorial de 200 pesetas.
Eduardo Vargas	republicano federal	Industrial granadino de 60 años, habita en la calle Abascal nº 14, en el bajo, con alquiler de 45 pesetas mensuales. No especifica el objeto de su comercio, pero indica el pago de una contribución industrial de 80,40 ptas. y 207,80 ptas. por sus propiedades.
Antonio Rosado	independiente	Industrial madrileño de 31 años, habita en Abascal 9 segundo en una vivienda por la que paga 45 ptas al mes. No indica el objeto de su comercio, pero sí poseer una tienda en los bajos de la casa. Paga contribución industrial de 180 ptas y 87,50 ptas por sus posesiones.

Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría 17-120-1 y AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905, casos nº 5.172 – Trafalgar, 763 – Alfonso X, 76 – Hipódromo y 8 – Hipódromo.

⁷⁵ A Juan Rincón ya se le vio presentarse a las elecciones municipales como candidato conservador por el distrito de Universidad, enfrentándose a José María Espinosa. Probablemente había sido una víctima de la reforma administrativa de Madrid, pues Juan Rincón residía en la calle Velarde que con la creación de Chamberí había pasado a formar parte de este nuevo distrito. Su victoria en 1891 se había fraguado precisamente en las calles del casco antiguo de Universidad y ahora le habían cambiado de distrito de referencia, lo que quizá pudo dejarle sin hueco en las listas del partido conservador.

Los republicanos por su parte, parecían haberse contagiado de los peores vicios de los partidos del turno. Ellos también se presentaban extremadamente divididos en el distrito de Chamberí. Las disputas entre federales, unionistas y radicales de tiempos de la Primera República, volvían aflorar treinta años después. Se presentaron candidaturas por Unión republicana, por el partido federal, por el partido republicano radical y unas cuantas más que se calificaban como “republicanos sin matiz” o “independientes”. Pero más allá de esta división, destacaban otros rasgos que les hacían emparentar con las formas de actuar de los partidos del turno. Como conservadores y liberales, los republicanos comenzaban a caracterizarse por su escasa vinculación con los vecinos del Ensanche. De los nueve candidatos republicanos que acabaron presentándose a las elecciones, sólo tres residían entre los vecinos a los que pedían su voto.

Parecía que también los republicanos estaban abriendo esa brecha que les separaba progresivamente del pueblo al que pretendían representar; una separación que en su caso era más sutil, pero que probablemente hundían sus raíces en esa crisis que les había lanzado a tanta división y disputa interna. Los pocos líderes republicanos que residían en Chamberí mantenían ese carácter de vecinos distinguidos de su comunidad. Eran pequeños patronos, dueños de comercios, de lavaderos y talleres; solían ser caseros, propietarios de inmuebles que alquilaban sus viviendas a los trabajadores que vivían en aquellas calles. Los cambios que se estaban produciendo en el movimiento obrero madrileño, la progresiva movilización de los trabajadores de la capital, les estaba colocando en una posición relativamente incómoda. En cierta manera, ellos, el pequeño propietario de un inmueble y el patrón de un taller, formaban parte de ese enemigo de la clase trabajadora que habían designado los socialistas y otros obreros movilizados. Ellos tenían mucho que ver con las quejas de los socialistas y las sociedades obreras acerca de los escasos salarios que recibían los trabajadores en los talleres y de los altos precios que tenían que pagar para alquilar sus viviendas. La incomodidad republicana había tenido una perfecta plasmación en aquella manifestación multitudinaria tras el desastre del Canal de Isabel II; sus líderes históricos se habían tenido que conformar con un puesto secundario en el desfile, porque la voz cantante en las protestas de los trabajadores había sido reclamada por otros.

Ante la división de las demás fuerzas políticas, Largo Caballero, Pablo Iglesias y García Ormaechea podían frotarse las manos. Las peleas entre los otros partidos y dentro de los mismos partidos podían facilitarles la recolección de votos en Chamberí. Aún así, sabían que no todo estaba conseguido. Se habían sentido estafados en demasiadas elecciones anteriores como para confiar en su victoria. El 11 de noviembre de 1905, el día de la votación, desplegaron una enorme actividad en el distrito de Chamberí para evitar que, una vez más, su triunfo en las urnas les fuera arrebatado en los despachos del Ayuntamiento. Haciendo gala de su fama como luchadores por la limpieza electoral, situaron observadores en las veinticuatro mesas del distrito, obligaron a que el recuento de votos se hiciera de forma pública y exigieron que cada presidente de mesa les extendiera un acta de escrutinio duplicada. Incluso recurrieron a sutiles artimañas como la elaboración de papeletas para evitar que los presidentes anularan sus votos en el momento de la votación. Los socialistas eran honestos pero no ingenuos. Se temían que, como en cada elección, las autoridades intentasen cerrarles la puerta del Ayuntamiento. De hecho el alcalde de Madrid, Eduardo Vicenti, lo intentó hasta el último momento. Los socialistas se le anticiparon, corrieron a los periódicos e hicieron que publicaran los resultados antes de que el regidor madrileño tuviera tiempo de amañarlos. En las redacciones se encontraron con la buena acogida que los directores de los diarios les venían dispensando desde hacía tiempo. Se pusieron de su parte, clamaron contra el robo de las concejalías que los socialistas habían ganado en las urnas. Eso les valió para que el gobernador civil

interviniera de su parte y para que finalmente el alcalde cediera y reconociera los resultados de Chamberí⁷⁶.

Tabla 9.11: Resultados de las elecciones municipales de 1905 en el distrito de Chamberí según las actas municipales		
Candidato	nº de votos	porcentaje de votos
Luis Mazzantini (liberal)	1.202	26,08
Pablo Iglesias (socialista)	933	20,24
Eduardo Larrea (liberal)	917	19,90
Francisco Largo Caballero (socialista)	877	19,03
Rafael García Ormaechea (socialista)	869	18,85
Evaristo Fernández (Unión republicana)	788	17,10
Juan Rincón (independiente, conservador)	771	16,73
Cristóbal de Castro (liberal)	753	16,34
Eduardo Morales (conservador)	555	12,04

Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 17-120-1. Aunque en las elecciones se decidían cinco concejalías, cada elector podía inscribir un máximo de tres en la papeleta, en un sistema de listas abiertas.

Por eso los candidatos de un mismo partido ofrecen tan diferentes porcentaje de votos.

A los pocos días los socialistas podían celebrar su triunfo en la primera página de su semanario. Habían traspasado una frontera que llevaba años impidiendo su crecimiento y expansión como partido. Era cierto que ya habían conseguido éxitos electorales en otros municipios, pero aquel era diferente. Porque Madrid era la capital y porque al fin, después de más veinticinco años al frente del partido, su líder, Pablo Iglesias, accedía al poder. Toda la prensa y no sólo la del partido elogiaba la forma en que los socialistas habían logrado sobreponerse a las dificultades. En algunos casos hasta expresaban un sano sentimiento de envidia, por la buena organización que echaban de menos en el partido que apoyaban. *El País*, que sostenía a los republicanos, reconocía que los socialistas habían merecido su victoria “*por su unidad, por su disciplina, por su actividad, por su entereza, por su acierto en elegir en antevotación sus candidaturas y, sobre todo, por fiar en sí mismos y no en un general mesiánico, en la revolución llovida del cielo, sin poner nada para lograrla y en el dictador Bum Bum que les saque del Limbo.*”⁷⁷ También jugó un papel fundamental la buena acogida que los socialistas tuvieron por parte de la opinión pública; incluso *La Época*, el diario monárquico conservador y con pocas simpatías por el socialismo, daba una bienvenida aunque un tanto escéptica a Pablo Iglesias y sus compañeros considerando que “*de la intervención de los socialistas podrán derivarse algunas ventajas en ciertos asuntos de interés general, como la cuestión de las subsistencias, la higiene de las habitaciones, etc.*”⁷⁸

De todas maneras, la victoria socialista no había sido producto exclusivamente de la habilidad de sus militantes. Lo que más admiración, sorpresa y hasta cierto temor producía era que en el caso de los socialistas había sido clave un apoyo de los votantes del que el resto de partidos no gozaban. Los socialistas no debían su poder a la compra de votos, como en el caso de los partidos del turno, porque no disponían de dinero para ello.

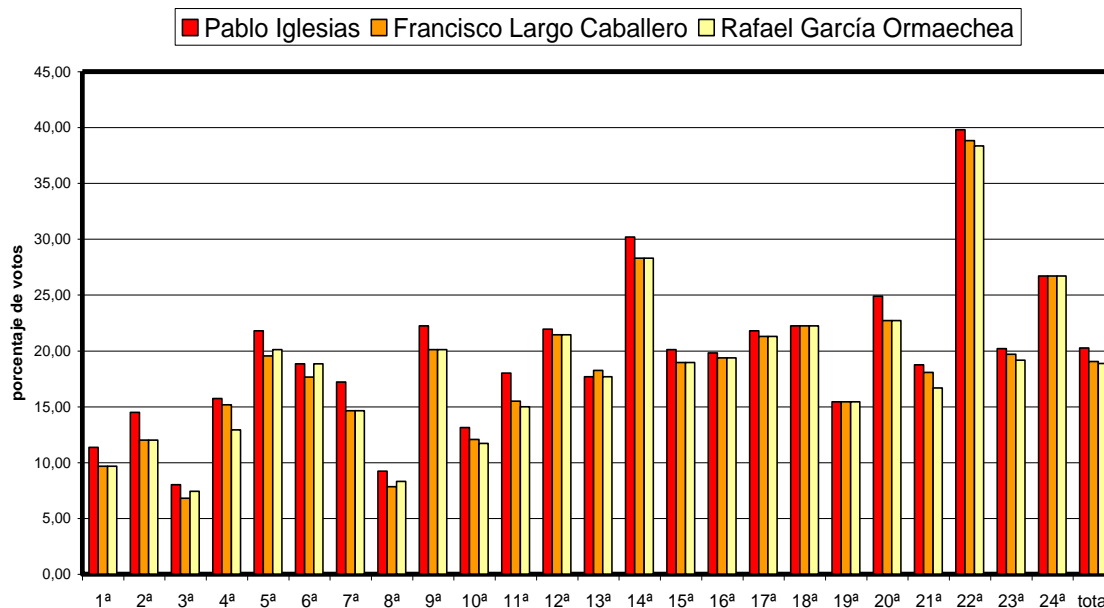
⁷⁶ El desarrollo de la jornada electoral y una descripción más detallada del comportamiento de los socialistas en PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Socialistas en el Madrid jornalero. La conquista electoral socialista en el Chamberí de 1905”, en RIVERA, Antonio, ORTIZ DE ORTUÑO, José María y UGARTE, Javier (eds.): *Movimientos sociales en la España Contemporánea*, Madrid, UPV – Instituto Universitario de Historia Social “Valentín de Foronda”, 2008.

⁷⁷ *El País*, 14 de Noviembre de 1905.

⁷⁸ *La Época*, 16 de Noviembre de 1905.

Tampoco de la manipulación, porque no ocupaban cargos en las instituciones para ejercerla. Los socialistas debían sus concejales exclusivamente al apoyo de los electores. Su entrada en el Ayuntamiento de la capital era el símbolo de la emergencia de un Madrid con una voz política diferente, de unas clases populares que se habían independizado de la tutela de las clases medias y de la aristocracia y que, organizada, abanderaba su propia propuesta política.

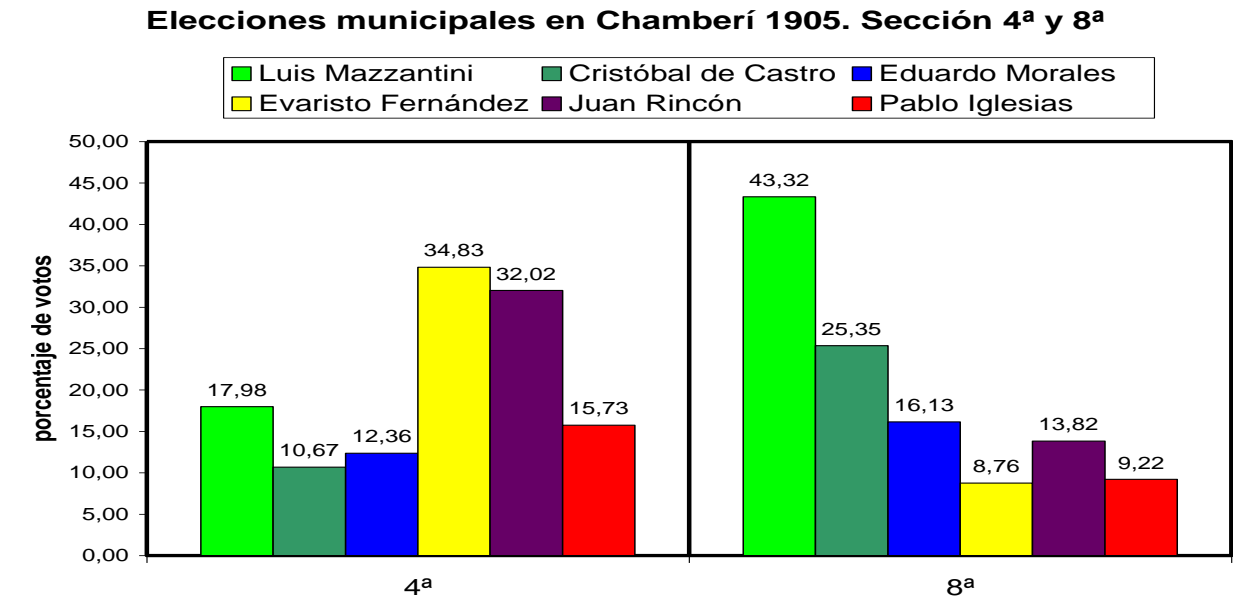
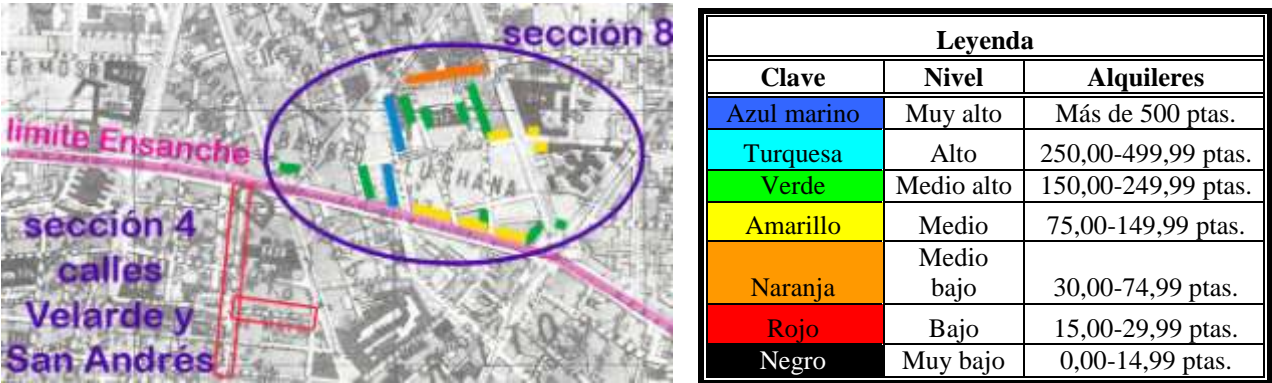
Gráfico 9.4: Resultados de la candidatura socialista en el distrito de Chamberí en 1905 por secciones electorales (% de votos)



Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 17-120-1

Chamberí no era enteramente socialista. Pablo Iglesias había sido superado en número de votos y con cierta ventaja por el torero Mazzantini; en realidad sólo un quinto de los votantes de todo el distrito habían dado el apoyo a los candidatos obreros. Se trataba de una parte de sus vecinos; habían obtenido sus concejales sin que se hubiera producido una mayoría arrolladora, como la que en algunas ocasiones habían logrado los republicanos o los liberales cuando todo aquello era el distrito de Hospicio. Por otro lado, aunque los socialistas habían sido bastante regulares en el reparto de sus votos por secciones electorales, si se observaban los resultados con detenimiento, se podía comprobar que el apoyo que recibían de la población podía variar significativamente por barrios. En un distrito en que existían grandes diferencias en las condiciones de la vivienda, según las calles y las zonas, y en el que los habitantes se distribuían desigualmente según sus recursos y su profesión, los distintos resultados permitían identificar en qué tipo de población recogía cada partido sus principales apoyos.

Gráfico 9.5: Porcentaje de votos y nivel de alquileres en las secciones electorales 4 y 8 del Distrito de Chamberí (casco antiguo y zona acomodada del Ensanche)



Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría 17-120-1 (resultados electorales) y AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905. La composición de las secciones electorales se ha podido realizar a partir del *Apéndice al Boletín del Ayuntamiento de Madrid*, 6 de Noviembre de 1905. Para la sección 4, compuesta por las calles de Velarde y San Andrés, no se dispone de precios de alquiler porque pertenecen al casco antiguo de Madrid y no al Ensanche Norte. El porcentaje señala el número de papeletas en que fue incluido el nombre cada uno de los candidatos; cada elector podía escribir tres nombres en su papeleta, por eso la suma de los candidatos incluidos en los gráficos supera el 100%.

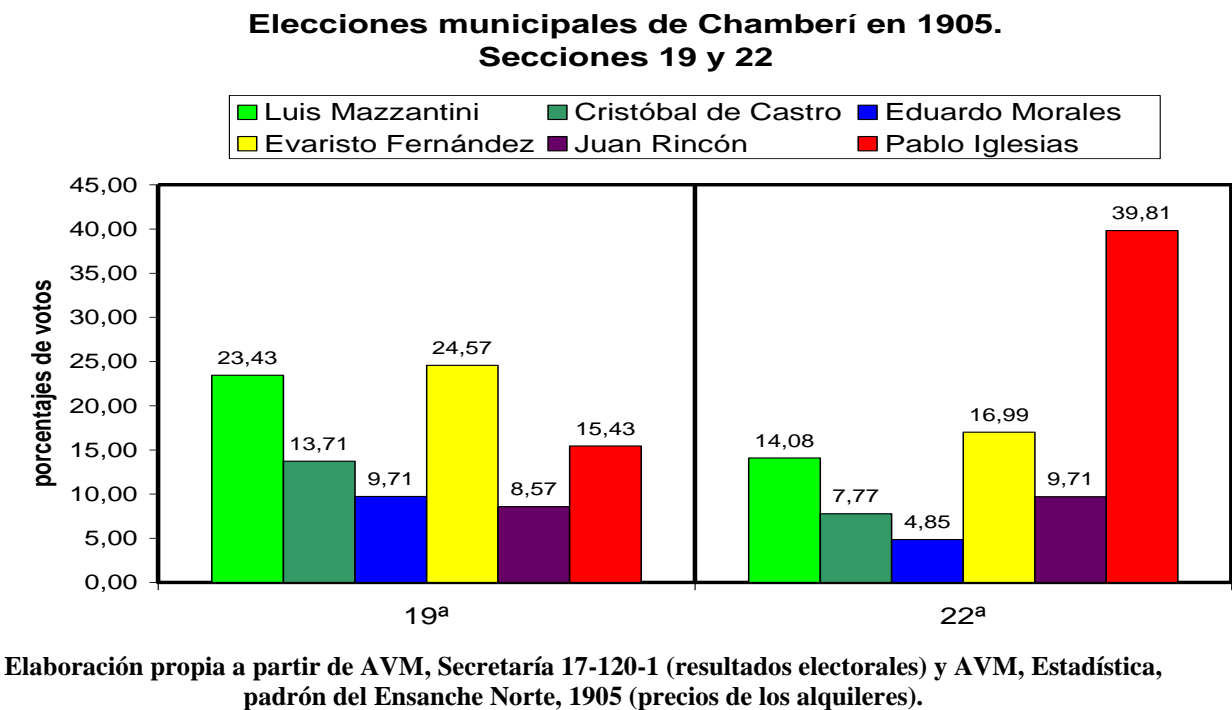
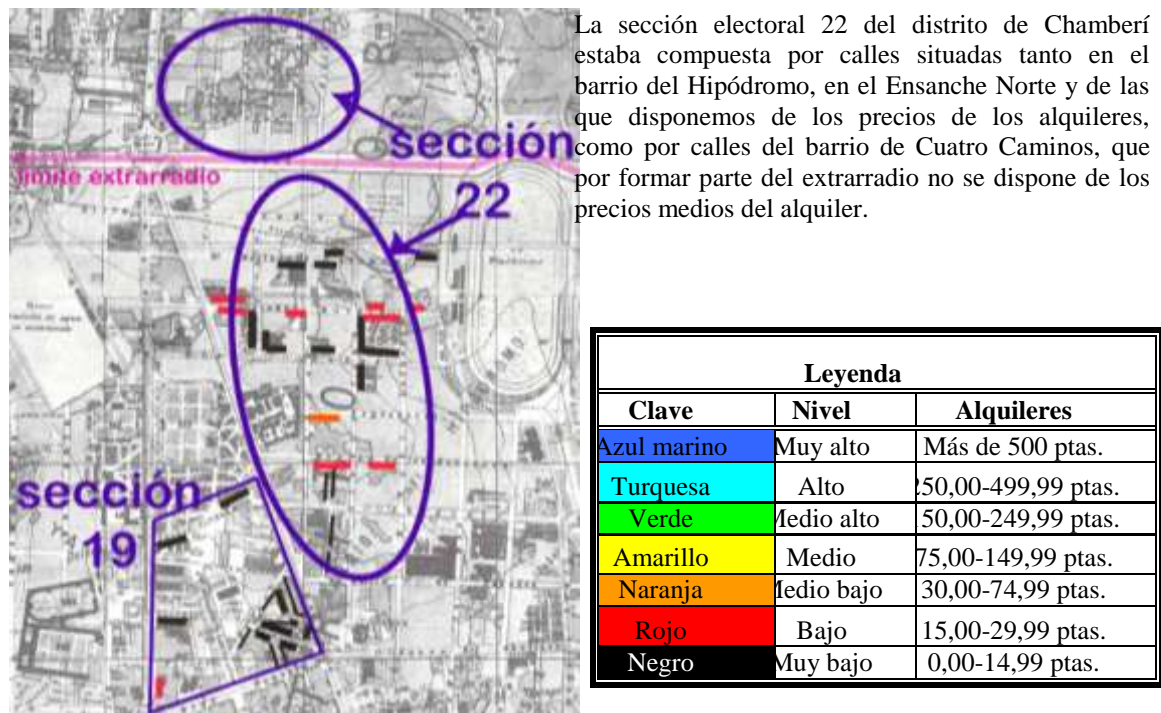
Hubo secciones en las que los socialistas apenas recogieron votos y quedaron por detrás de candidatos a los que superarían con holgura en los resultados generales. En la sección cuarta del distrito de Chamberí, que estaba compuesta por las calles de San Andrés y Velarde del barrio de Maravillas, gran parte de los votos fueron a los republicanos y al independiente de pasado conservador, Juan Rincón. No es que fuera un barrio particularmente acomodado; en aquellas calles marcadas en sus nombres por el levantamiento contra el francés de principios del XIX, el elemento popular y artesano seguía representando una parte importante de la población. También las clases medias, los pequeños propietarios y comerciantes del viejo Madrid⁷⁹. Se trataba de la zona de más antigua urbanización del distrito, ya que pertenecía al casco antiguo. Por ser un barrio viejo, era terreno de los republicanos. Los socialistas poco podían hacer frente a ellos; no se lo pudieron arrebatarse como tampoco podían hacerlo en Lavapiés, el Rastro o el resto de los barrios del sur. El otro gran triunfador en esta zona de la capital era Juan Rincón, el conservador que se había presentado como independiente en aquellas elecciones. Juan Rincón, abogado de 50 años en 1905, habitaba en la misma calle Velarde y ya había sido concejal en las primeras elecciones de 1891, cuando aquellas calles pertenecían al distrito de Universidad⁸⁰. Era probable que mantuviera desde entonces una clientela fiel que explicara el gran número de votos que consiguió recoger en estas calles del casco antiguo pero que no pudo igualar en el resto del Ensanche.

Aún peores fueron los resultados para los socialistas en la sección nº 8, una de las que menos votos le dieron. Estaba compuesta por las mejores calles de todo el distrito, las que se situaban entre la glorieta de Bilbao y la plaza de Alonso Martínez. Allí abundaban los hotelitos y los edificios de vivienda de lujo, en los que residían miembros de la aristocracia y la elite madrileña. Sus habitantes vivían cerca del Ensanche pero miraban más hacia el Paseo de la Castellana y el barrio de Salamanca. Nada tenían que ver con obreros y trabajadores manuales y en nada se identificaban con sus necesidades, sus preocupaciones y sus reivindicaciones. Los barrios caros de la ciudad, como el vecino distrito de Buenavista, estaban con los partidos dinásticos y con el poder. No era de extrañar que sus vecinos apoyaran en masa a Luis Mazzantini que era liberal, puesto que Montero Ríos era el que entonces estaba al frente del gobierno de la nación. Tampoco era sorprendente que la segunda fuerza política en el barrio fueran los conservadores, tanto para los que se presentaban de la mano de Maura como los que lo hacían como independientes, como Juan Rincón. Los barrios de hoteles, en que vivían grandes financieros y banqueros, empleados del más alto escalafón, oficiales del ejército, abogados de prestigio, marqueses, condes y grandes de España, en el que las calles eran recorridas por las grandes fortunas de Madrid y los séquitos de criados que las seguían no eran terreno para republicanos, mucho menos para socialistas.

⁷⁹ La composición social de este barrio en los comienzos de la Restauración en GONZÁLEZ PALACIOS, Daniel: "La estructura socioeconómica del casco antiguo de Madrid a finales del siglo XIX, el caso del barrio de Corredera" en NICOLÁS, Encarna y GONZÁLEZ, Carmen: *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. Actas del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008

⁸⁰ Su participación en las elecciones municipales de 1891 ya han sido analizadas más arriba; en ellas Juan Rincón fue el candidato más votado por el distrito de Universidad, aunque no logró vencer en el Ensanche al republicano José María espinosa.

Gráfico 9.6: Porcentaje de votos y nivel de alquileres en las secciones electorales 19 y 22 del Distrito de Chamberí (Norte del Ensanche Norte y zonas de Extrarradio)



La sección en la que Pablo Iglesias y sus compañeros obtuvieron mejores resultados fue la 22, que se extendía por el norte del Ensanche y que incluía parte del extrarradio. El barrio del Hipódromo, en el Ensanche, era una de esas zonas aún muy poco urbanizadas, en las que predominaban más los solares que los edificios. Las viviendas allí eran baratas, no tanto por su baja calidad como por la escasez de infraestructuras y lo apartado del lugar. En realidad el grueso de los votantes de aquella sección se concentraba en la barriada de Cuatro Caminos, en el extrarradio. Allí se habían alzado un buen puñado de casas de construcción barata y de baja calidad, al calor de la falta de ordenanzas municipales por ser terrenos fuera del área urbanizable de la capital. Las calles de los Artistas, de Dulcinea y de Don Quijote abundaban en casas de vecindad, donde se habían instalado muchas familias de jornaleros, de albañiles y de trabajadores de la construcción que tenían en las grandes obras públicas del Ayuntamiento y del gobierno su primer sector de contratación. Había sido en esta barriada donde con más crueldad se había sentido la desgracia del Canal de Isabel II. Muchos de los trabajadores afectados por el hundimiento del tercer depósito residían por la zona; eso sin contar con que pocos días después se reabrieron las heridas, con los graves incidentes que rodearon la manifestación espontánea de Cuatro Caminos que acabó a tiros y pedradas entre militares y obreros.

Resultaba lógico que aquella población fuera la que acogiera con más entusiasmo a la candidatura socialista. Cuatro Caminos estaba formado casi en su mayoría por obreros de la construcción, el tipo de trabajadores manuales en los que se hacían notar con mayor crudeza los procesos de proletarización. Eran esos vecinos a los que iba específicamente dirigido el programa electoral de Pablo Iglesias y sus compañeros. Las promesas de jornadas de ocho horas, de seguridad en los andamiajes de las obras, de un salario mínimo para los trabajadores a cuenta del municipio madrileño, las cantinas escolares y la rebaja de los impuestos perjudiciales para las clases populares debían de sonar a gloria en los oídos de unas familias atenazadas en su vida cotidiana por la escasez de los sueldos. Sin dudarlo, Cuatro Caminos se hizo socialista y votaron en masa su candidatura. Pablo Iglesias, Largo Caballero y García Ormaechea se llevaron casi un 40% de los votos, seguidos muy tímidamente por el republicano Evaristo Fernández. De los monárquicos ni hablar; la zona estaba completamente perdida para ellos; sólo Mazzantini logró arañar unos cuantos votos, seguramente más por su fama torera que por su credo liberal.

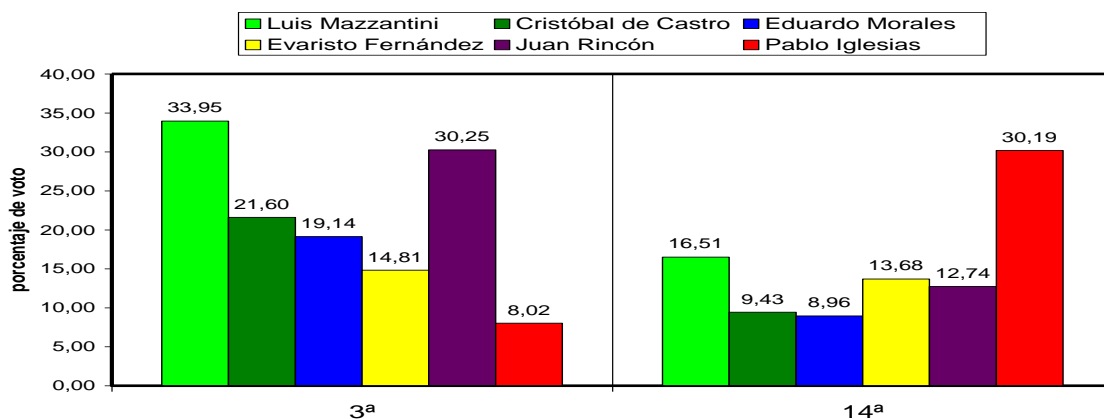
La pobreza no empujaba siempre directamente al abrazo del socialismo. Quizá la zona más mísera de todo el distrito de Chamberí era la de las calles que componían la sección electoral número 19. En la calle de Balmes, del Marqués de la Romana, de Felipe el Hermoso o de Santísima Trinidad se encontraban las primeras construcciones del arrabal de Chamberí, las que habían aparecido antes de 1840, mucho antes de que llegaran los primeros promotores inmobiliarios serios a las afueras norte de la capital. Eran casas bajas, que se caían a cachos; no se habían hecho para durar sino para alquilarlas rápido y barato. Aquel rincón escondido a la espalda de la Iglesia de Santa Teresa y de Santa Isabel siempre había gozado de mala reputación, por ser foco insalubre de vivienda y por acoger a los más pobres entre los vecinos del arrabal. No había mejorado con el Ensanche; entre los trabajadores allí instalados había mucho jornalero, pero también mucho pobre sin trabajo, gente que transitaba entre el pequeño comercio de trapos y la mendicidad, mozos para todo que carecían de las nociones mínimas de un oficio como para ni siquiera emplearse en la construcción. Su voto no iba en masa a los socialistas y estaba más predispuesto a otro tipo de líderes. A los republicanos, a los que se mantenían fieles y otras opciones en las que pesaba más el nombre que la adscripción política. Muchos eligieron a Mazzantini, pero no por liberal sino por torero; a sus compañeros de partido, en cambio, los ignoraron.

Gráfico 9.7: Porcentaje de votos y nivel de alquileres en las secciones electorales 19 y 22 del Distrito de Chamberí (Norte del Ensanche Norte y zonas de Extrarradio)



Leyenda		
Clave	Nivel	Alquileres
Azul marino	Muy alto	Más de 500 ptas.
Turquesa	Alto	50,00-499,99 ptas.
Verde	Medio alto	50,00-249,99 ptas.
Amarillo	Medio	75,00-149,99 ptas.
Naranja	Medio bajo	30,00-74,99 ptas.
Rojo	Bajo	15,00-29,99 ptas.
Negro	Muy bajo	0,00-14,99 ptas.

**Elecciones municipales Chamberí 1905.
Resultados en la secciones 3 y 14**



Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría 17-120-1 (resultados electorales) y AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905 (precios de los alquileres).

Los socialistas no eran el partido de los vecinos más absolutamente pobres, sino de los que, siéndolo, tenían algo que perder, una condición que, aunque humilde, querían conservar. Sus votantes no eran marginales, ni se situaban en los escalones más bajos de la sociedad, tampoco eran trabajadores que, desesperados por su situación de pobreza, hubieran abrazado el apostolado de Pablo Iglesias. Además de los barrios de extrarradio, en los que el dolor del hundimiento del tercer depósito había hecho prestar oído a las promesas de su programa, donde los socialistas recibían más apoyo era en las calles del arrabal, en esos inmuebles baratos de las calles Cardenal Cisneros o Gonzalo de Córdoba que formaban la sección 14 del distrito de Chamberí. Sus habitantes habían sido, desde los primeros tiempos, representantes de ese pueblo industrioso madrileño, esos trabajadores de los oficios y jornaleros que habían dado la nota a la vida económica de la capital desde la puesta en marcha del Ensanche. También había mucho empleado mediano y bajo, de esos que crecían y crecían en las últimas décadas al calor del desarrollo de la economía de servicios. No eran gentes recién llegadas a la política; durante muchos años aquellos humildes vecinos que vivían en casas de uno o dos alcobas, de estrechos patios y alquiler bajo, habían hecho del liberalismo y el progresismo su bandera. Más tarde, la irrupción del republicanismo conquistó aquellas calles y elección tras elección, cuando el sufragio universal imperaba, los vecinos del arrabal le dieron su apoyo.

En 1905 el mismo arrabal que una vez fue progresista y más tarde republicano se deslizaba hacia el socialismo. No era un fenómeno generalizado en el barrio. Sólo ocurría en las calles interiores, en las más baratas. En las vías anchas y más lujosas, como la calle Fuencarral, donde vivían los médicos, los abogados, los empleados de cierta categoría y los comerciantes medianamente prósperos, el socialismo apenas tenía respaldo. Sólo había que ver los resultados de la sección 3 de Chamberí, compuesta por la calle Fuencarral y la glorieta de Quevedo, donde Pablo Iglesias había quedado por detrás de liberales, conservadores y hasta de los republicanos. Las clases medias y acomodadas de aquellos lujosos edificios de viviendas, con cuatro o cinco dormitorios, despachos y gabinetes, permanecían fieles a los partidos del turno y, en menor medida, al republicanismo. Esta separación en el comportamiento político de dos calles tan cercanas hacía de la victoria socialista un acontecimiento todavía más relevante. Durante años, los habitantes de estas dos calles, los médicos, abogados y pequeños patronos de las calles anchas como Fuencarral, artesanos, pequeños empleados y jornaleros de calles estrechas como Cardenal Cisneros, habían seguido trayectorias tan paralelas como las hileras de los edificios en las que vivían. Los vecinos de las calles anchas proponían la bandera, ya fuera liberal, ya fuera republicana; los de las calles estrechas la siguieron, primero la liberal, después la republicana. En 1905, al menos en esas dos calles, las cosas habían cambiado. Los habitantes de la calle Cardenal Cisneros habían alzado su propia bandera, que representaba una opción política nacida de sus problemas, sus preocupaciones y sus necesidades. Por ahora sólo ondeaba en unas cuantas esquinas del barrio pero era de temer para los vecinos de la calle Fuencarral que cada vez la vieran con más frecuencia en otros lugares del distrito y de Madrid.

La victoria de los socialistas en Chamberí no cambiaba de inmediato la situación política en Madrid. Era un triunfo en un solo distrito que apenas afectaba a la composición del Ayuntamiento de la capital. De los veintiocho concejales que se pusieron en juego en las elecciones de 1905, el partido liberal en el poder había conseguido dieciséis y el resto se repartió entre una oposición dividida (tres conservadores, un villaverdista, cinco republicanos y los tres socialistas). No era una derrota del gobierno como la que habían infligido los republicanos en 1891, en las primeras elecciones por sufragio universal, en las que habían obtenido más concejalías que los conservadores en el poder. Tampoco resultaba una amenaza demasiado seria para los republicanos que mantenían muchos de sus feudos, como el barrio de Vallehermoso, en el distrito vecino de Universidad⁸¹. Aún así, aquellos tres concejales socialistas eran una pequeña sorpresa por el momento, pero un gran paso en la historia municipal de Madrid. Los republicanos supieron verlo; entendieron la trascendencia del acontecimiento y lo que podía anunciar. Como decía *El País*, órgano de la Unión Republicana por aquel entonces:

“Su triunfo es para los republicanos de Chamberí (...), y para todos los de Madrid una lección y un peligro. Una lección, porque si han triunfado, lo deben a la inercia y a la inepticia de nuestros correligionarios que el domingo dejaron de cumplir con su deber, a las divisioncillas de comité a comité, y a otra porción de faltas y errores (...).

Y es un peligro, porque si esos tres concejales electos cumplen con su deber en el Ayuntamiento, como esperamos, aumentarán a expensas de la masa republicana sus filas y en otras elecciones, sobre todo si nos retraemos (...) obtendrán muchos más puestos y

⁸¹ En el distrito de Universidad se elegían tres concejales y liberales y conservadores se presentaron unidos para evitar el desborde republicano; aún así estos obtuvieron un gran resultado. Los resultados fueron los siguientes: Guirao, conservador, 1.582; González Palencia, liberal, 1.555; Morayta, republicano, 1.158; Rozalem, republicano, 1.015; Atienza, liberal, 401. *El País*, 13 de noviembre de 1905.

constituirán en Madrid un partido fuerte, superior al republicano. A eso nos exponemos. Con tiempo lo advertimos”⁸²

Con tiempo lo advertían. Los republicanos conocían bien la ciudad y sabían que el triunfo socialista no era meramente circunstancial, era algo que sabían que, tarde o temprano, habría de producirse. Era un cambio de actitud del pueblo madrileño, de su pueblo, del que había dado masa y cuerpo al republicanismo durante mucho tiempo. Se estaban distanciando de los republicanos; no todos, porque aún sus líderes mantenían más fuerza de la que eran capaces los socialistas. En los barrios bajos, en algunos distritos como Universidad, los republicanos mantenían la hegemonía de la que disfrutaban desde hacía años. Pero aquellas elecciones ponían de relieve que había zonas de la ciudad que se escapaban a su control, en que su discurso ya no tenía el poder seductor de otros tiempos. Y lo peor de todo era que las zonas que perdían, que les habían arrebatado los socialistas eran precisamente aquellas por donde crecía la ciudad, las que constituían ese nuevo Madrid que no paraba de crecer y expandirse en los últimos años. Como los Cuatro Caminos, como el arrabal de Chamberí, que tan fervorosamente habían abrazado la candidatura de Pablo Iglesias.

El triunfo socialista, en el fondo, no era un mero accidente y expresaba transformaciones más profundas que se estaban produciendo en la ciudad. La distancia entre esas clases medias y los trabajadores que, cada día era más palpable en las diferencias de las calles que habitaban unos y otros, en el tipo de edificios que ocupaban o en la desigualdad en que afectaba a sus vidas la muerte y la enfermedad, cobraban ahora, con la victoria socialista en Chamberí, una dimensión política. Las clases medias y las elites sostenían a los partidos del turno, sólo una pequeña fracción de esa gente acaudalada sostenía a los republicanos; el pueblo, los trabajadores manuales y los pequeños empleados, seguía del lado del republicanismo, sólo en un distrito, en una zona muy concreta de la ciudad, se habían deslizado al socialismo. Pero se podía pensar que aquel deslizamiento fuera el inicio de una precipitación más mayoritaria. Porque Madrid estaba cambiando; la capital crecía sin parar en 1905 y lo hacía precisamente adquiriendo la forma y la organización que articulaba la vida en el distrito de Chamberí. Separando pobres y ricos, clases medias y clases populares, multiplicando jornaleros, depreciando las condiciones de vida de los artesanos y creando pequeños empleados, todos ellos cada vez más descontentos con el tipo de vida que les había tocado vivir. En 1905, aquel triunfo socialista era limitado pero podía ser un aviso; era plausible pensar que se trataba del inicio de una nueva época en la historia política de Madrid.

⁸² *El País*, 14 de Noviembre de 1905.

CAPÍTULO 10:

LA VIDA Y LA MUERTE EN LA GRAN CIUDAD: CAMBIO DE MODELO DEMOGRÁFICO Y DINÁMICAS MIGRATORIAS EN EL MADRID DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX

Madrid en 1910, una ciudad en constante rejuvenecimiento

Benigno Castro murió el 22 de junio de 1910¹. Tenía 81 años y había llegado a Madrid a mediados del siglo anterior, siendo un joven farmacéutico de veintiséis años. Tras una temporada saltando de botica en botica como empleado, y después de casarse con una madrileña que vivía en el casco antiguo, había abierto su farmacia en la calle de Santa Feliciano, en Chamberí, a finales de la década de 1850, cuando todo aquello no era más que un arrabal a las afueras de la capital. En el medio siglo en que había estado al frente de su negocio había asistido a una gran transformación del barrio en el que residía y de la ciudad en la que vivía. Había visto cómo Madrid, a fuerza de recibir riadas y riadas de inmigrantes durante décadas, multiplicó su población hasta rebasar el medio millón de habitantes en el cambio de siglo. Los edificios crecieron en altura e invadieron todos los solares que quedaban dentro de las tapias de la ciudad, hasta que las desbordaron y se desparrramaron por los alrededores, creando nuevos barrios como el suyo. También pudo contemplar cómo, tras el destronamiento de Isabel II en 1868, los revolucionarios en el poder mandaban derribar las barreras que habían contenido hasta entonces la expansión de la vieja capital. Aquellos revolucionarios impulsaron la creación del ensanche de Castro, que tantos años deambuló por las oficinas municipales sin que nadie encontrara la fórmula para ponerlo en marcha y que a él, como propietario, tantos quebraderos de cabeza le trajo, pues temió durante largo tiempo que echaran su casa abajo. En aquel tiempo, Benigno Castro asistió a la defunción del viejo Madrid y tras muchos esfuerzos, conservó su casa y contribuyó a construir una nueva ciudad, más amplia y abierta a su exterior gracias, al proyecto de Ensanche.

A partir de entonces todo se precipitó; los cambios se aceleraron. Su barrio, Chamberí, experimentó un rápido desarrollo que en unas cuantas décadas lo convirtió en uno de los distritos más poblados de la capital. Los 3.000 habitantes que poblaban los entornos de la plaza de Olavide en 1860 se convirtieron en más de 30.000 en 1905. Los que residían en el resto del Ensanche Norte, en las nuevas zonas urbanizadas entre el paseo de la Castellana y la calle de la Princesa, ascendían hasta 55.000. En el cambio de siglo, los nuevos barrios del norte acogían a una décima parte de toda la población de Madrid. Los edificios, que antes de la revolución de 1868 se contaban por cientos, empezaron a contarse por miles. Y su aspecto y el tipo de habitantes que los ocupaban cambiaron radicalmente. Ya no eran casas bajas o que apenas superaban los dos pisos. Aparecieron los grandes edificios de vecindad, con veinte o treinta viviendas en su interior. En las grandes vías y bulevares se alzaron grandes inmuebles que iban haciendo olvidar el aire rural de aquellos parajes. En el codiciado rincón junto a la plaza de Colón y en la ribera de la Castellana florecieron los hoteles lujosos de la aristocracia, rodeados de jardines y poblados por las elites madrileñas y sus séquitos de sirvientes. Hasta en la siniestra región de los cementerios empezaron a ocuparse los solares, con edificios de viviendas para las familias con menos recursos.

Poco a poco los viejos caminos de tierra fueron pavimentados hasta convertirse en calles; los antiguos paseos que había trazado Carlos III en el siglo XVIII y que

¹ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905, caso nº 3.952. La fecha de defunción de Benigno Castro está apuntada dentro de las altas a la hoja de empadronamiento de la casa de Castillo nº 1, tienda.

durante décadas estuvieron bordeados por altos árboles, huertas y tejares, se transformaron en las avenidas del nuevo Madrid. El paseo de Luchana, el del General Martínez Campos, el del Cisne (más tarde renombrado como calle de Eduardo Dato), las prolongaciones de las calles Fuencarral y San Bernardo, se convirtieron en el decorado de la nueva vida urbana, con altos edificios en cuyos bajos surgían las tiendas que animaban la vida comercial cada vez más bulliciosa de aquel barrio de las afueras. A los carros y carruajes que recorrían las antiguas carreteras que atravesaban aquellos terrenos les acompañaron pronto el ómnibus, primero, y el tranvía después, a partir de 1871. Los modernos medios de transportes no sólo acercaban rápidamente a los vecinos de Chamberí hasta la céntrica Puerta del Sol sino que atravesaban el barrio trasladando viajeros desde el casco antiguo de la ciudad hasta sus confines septentrionales, allá en los Cuatro Caminos, incluso más lejos, a los pueblos más cercanos como Chamartín de la Rosa o Fuencarral. Poco más tarde se materializarían los sueños y quimeras con los que podía haber soñado Benigno Castro al leer la prensa en su juventud: la chispa de la electricidad trajo en el cambio de siglo los tranvías sin caballos y las calles de su viejo barrio se cubrieron de cables eléctricos que daban energía a los vagones para que se movieran; el motor de combustión hizo posible que los carros y carruajes se movieran por sí solos y Benigno, asombrado, pudo ser testigo de cómo los primeros automóviles circulaban por el Ensanche Norte, llenando de humo y ruido unas calles hasta entonces acostumbradas al sonido de los relinchos y al trote de caballos y mulas². Cuando Benigno Castro veía acercarse la muerte, a comienzos del siglo XX, pudo pensar que el futuro ya estaba allí; que, en el transcurso de su vida, el mundo y Madrid habían experimentado un gran salto adelante. El primer boticario de Chamberí había visto desaparecer la vieja capital a la que había llegado siendo un joven muchacho y surgir una completamente nueva, más grande, más alta y en la que saltaban chispas eléctricas y cuyas calles olían a gasolina.

No fue únicamente un cambio de decorado. La profunda transformación que experimentó Madrid en la segunda mitad del siglo XIX estuvo ante todo provocada por un cambio en los protagonistas de su vida como ciudad. A la vieja capital de nobles, cortesanos, criados y artesanos se superpuso la nueva ciudad en la que los jornaleros eran la figura social más destacada. Madrid se llenó de ellos; creció por ellos, que construyeron sus nuevos barrios y los habitaron y que integraron el principal sector de expansión de su economía: la construcción. Los albañiles, carpinteros, ebanistas, cerrajeros, peones, mozos de todo tipo, los jornaleros en fin, fueron anegando e invadiendo el mundo del trabajo manual madrileño, en el que sólo unos cuantos sectores mantuvieron cierta importancia, como los tipógrafos, los zapateros o los sastres. Todos ellos componían las clases populares de los nuevos barrios, de sus calles de alquileres más baratos, allá en la zona de los cementerios, en los terrenos aún sin edificar más cercanos a las afueras, en las vías más estrechas del interior del arrabal de Chamberí.

Junto al protagonismo de albañiles y jornaleros en la expansión madrileña también había que señalar el de unas clases medias en profunda renovación. El crecimiento de Madrid y su transformación generaban un sinnúmero de oportunidades a muy diversos profesionales. Primero, a los pequeños comerciantes dedicados a la

² La electrificación de los tranvías madrileños comenzó en 1898 y se acometió con velocidad en los siguientes años. Para el desarrollo de la red de tranvías, LÓPEZ GÓMEZ, Antonio: *Los transportes urbanos de Madrid*, Madrid, Instituto Juan Sebastián Elcano, 1983; además LÓPEZ BUSTOS, Carlos: *Tranvías de Madrid*, Arganda del Rey, EDIMAT, 1998, a pesar de que la industria automovilística española tardó en despegar, la circulación de coches fue notable desde comienzos de siglo. Según el Ayuntamiento, en 1906 ya había 459 automóviles y 22 camionetas registrados en Madrid que convivían con 3.962 carros “de sangre” y 879 coches de caballos particulares y de punto. AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria, información de la ciudad*, 1929. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1929, pág. 158.

distribución de alimentos, bebidas y combustibles³. Vender artículos de comer, beber o arder podría ser un gran negocio y Benigno Castro lo sabía: algunos de sus vecinos, de los que llegaron al mismo tiempo que él al barrio, habían amasado importantes fortunas vendiendo alimentos y productos de primera necesidad, como Ezequiel Ceinos, el tahonero que llegó a ser diputado provincial. También se abrieron prometedores caminos para gente como él, para los titulados universitarios o los que hacían del trabajo con la pluma y el lápiz su forma de vida: las oficinas crecían lenta pero firmemente en Madrid. Secretarios, contables, profesores, escribientes, telegrafistas, oficiales de correos, vendedores de billetes de tren y empleados de todo tipo fueron el otro grupo que comenzaba a descollar en la sociedad madrileña de cambio de siglo. No sólo por su número, sino por la forma en que había cambiado la profesión de muchos de ellos. Nadie lo sabía mejor que Benigno. Probablemente en su juventud no podría haber imaginado lo bien que le irían las cosas. Su farmacia instalada en la calle Santa Feliciano, en un rincón apartado de las afueras en el Madrid de 1858, se acabó convirtiendo en un negocio próspero. Acertó al apostar por un barrio en crecimiento del que fue el primer boticario y en el que los clientes aumentaron imparablemente año tras año. Pero, sobre todo, fue fundamental la expansión que se produjo en los servicios sanitarios organizados por las instituciones públicas. El desarrollo de la beneficencia municipal, de la que Benigno fue un gran defensor en sus tiempos de militancia en el partido progresista, le proveyó de importantes contratos de suministros a lo largo de su vida profesional. Por su farmacia pasaba un importante pellizco del gasto del ayuntamiento madrileño en la salud de los vecinos del barrio, unos ingresos que le permitieron demoler su vieja casa y construirse una nueva para albergar a su cada vez más numerosa familia⁴.

Mejor parecieron irle las cosas a Florencio, que había comenzado trabajando como mancebo en la botica de Benigno y que había acabado convirtiéndose en su yerno y en su socio. Además de compartir el negocio con su suegro, Florencio, que también había llegado como inmigrante a Madrid, aunque una generación después, supo aprovechar las oportunidades que ofrecía una capital en plena ebullición política y social. Inició una carrera como funcionario, facilitada por su militancia en el partido de Sagasta, que le abrió de tiempo en tiempo las puertas del ministerio de la Gobernación y que proporcionaría unos ingresos suplementarios al ya abultado hogar de la botica de la calle Santa Feliciano. Yerno y suegro, que quedaron viudos y solos con su descendencia a finales de siglo XIX, no se podían quejar. Los beneficios obtenidos en las diversas actividades económicas de aquella familia les permitían vivir en una cierta abundancia. En aquella casa entraban los ingresos por las ventas regulares de la botica y los que proporcionaba el suministro de medicamentos para la beneficencia pública. A ellos se añadía la nómina que percibía Florencio cuando estaba empleado en el Ministerio de Gobernación y que por aquel entonces se acercaba a las 2.000 pesetas anuales. Por último, Florencio y Benigno podían disponer del dinero que obtenían del alquiler de uno de los pisos superiores de la casa. Benigno, que era propietario de todo el edificio, había

³ NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX.: tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985.

⁴ De la participación de Benigno Castro en el sistema de Beneficencia Pública madrileño ya se han ocupado los capítulos anteriores; en 1910, el farmacéutico de Chamberí seguía siendo el principal de los suministradores de medicamentos para la casa de socorro de Chamberí, tal y como se puede comprobar en las cuentas de gasto farmacéutico de ese año: véase, por ejemplo, *Gasto farmacéutico de Beneficencia en el mes de Marzo de 1910*, AVM Contaduría 5-696-1 y 5-697-1

decidido alquilar las plantas superiores y así contar con una fuente de beneficios extra, que le arrojaban otras 2.000 pesetas anuales en 1905⁵.

Gráfico 10.1: La familia de Benigno Castro a su muerte en 1910



Elaboración propia a partir de la respuesta particular del padrón municipal de Madrid, vivienda de Santa Feliciano 13 / Castillo 1, AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, años de 1860-1882, 1890, 1895, 1900, 1905 y 1910.

La tercera generación de los farmacéuticos de Chamberí pudo recoger los frutos de la simiente sembrada por Benigno Castro en la calle Santa Feliciano. Si su yerno ya había logrado subir un escalón más que él al adentrarse en el mundo de la administración, sus nietos gozaron de la posibilidad de llegar aún más alto. La hija de Benigno, Carolina, y Florencio, el yerno, tuvieron cuatro hijos: dos varones y dos niñas. Las hijas, Ramona y Luisa, como parecía conveniente a los ojos de muchas familias de una cierta posición en la época, hubieron de conformarse con las tareas de la casa y no estudiaron más allá del bachillerato. Bastante tenían con organizar la vida en el hogar de su padre y de su abuelo, que se habían quedado viudos demasiado pronto. Lo tenían que hacer ellas porque sus hermanos seguro que consideraban que eso de ir a la compra, fregar y cuidar de los niños era sólo para las mujeres. Ellos no se remangarían para ayudarlas, mucho menos para compartir ese tipo de tareas con ellas⁶.

⁵ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, calle de Castillo nº 1, padrones de 1900, 1905 y 1910. Florencio Estébanez declaraba un salario de 1.825 pesetas en 1900. Los ingresos que recibía la familia de Benigno Castro por los alquileres de la casa de Castillo, AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905, casos nº 3.958-3.966.

⁶ En el curso de 1900/01, las mujeres representaban el 18,2% de los estudiantes de enseñanzas medias en Madrid y las estudiantes de enseñanza superior eran prácticamente inexistentes. Más datos en CAPEL MARTÍNEZ, Rosa María: "Mujer y educación en el reinado de Alfonso XIII: un análisis cuantitativo", *Cuadernos de historia moderna y contemporánea*, nº. 2, (1981), pp. 231-250; véase de la misma autora, *El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930)*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1982. Para los discursos sociales imperantes acerca de la educación de la mujer, los trabajos de GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe: "Hacia una redefinición de la identidad femenina: las primeras décadas del siglo XX", *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 26, 2004, pp. 9-22; "La educación de las mujeres en la novela de la Restauración", *Scriptura*, nº 12, (1996) pp. 51-76; "El trabajo doméstico en los manuales escolares: (Contribución al conocimiento de las mentalidades de las clases medias)" en VARA, María Jesús y MAQUIEIRA D'ANGELO, Virginia (coords.): *El trabajo de las mujeres, siglos XVI-XX: VI*

A los hijos varones les estaba reservado otro papel, más público y mejor recompensado. Al mayor de los nietos de Benigno Castro, Higinio, que nació en 1877, le había de tocar seguir la tradición de sus ancestros. Como su padre, como su abuelo, estudió farmacia, para encargarse de la botica familiar de la calle Santa Feliciano. Pero él aspiró a más que su padre y no se quedó en un mero licenciado. El que había de ser el tercer farmacéutico de la saga también estudió el doctorado, con tanta brillantez que, en 1909, con tan sólo treinta y dos años, fue nombrado miembro de número de la Real Academia Española de Farmacia. El otro varón, Emilio Estébanez, que nació en 1879, abrió una nueva rama profesional en la familia que, a su vez, significaba otro ascenso en la escala social y profesional. Ya no sería farmacéutico sino médico, y como tal figuraba ya, a sus veintiséis años, en el padrón de 1905, instalado junto a su mujer en otro piso del edificio de la ya vetusta botica del arrabal de Chamberí⁷.

Un nieto farmacéutico miembro de la Real Academia y el otro médico. Su longeva vida le permitió a Benigno conocer los logros de sus precoces descendientes. Pudo sentir como propios los éxitos de sus nietos; como si aquel puesto en la Academia fuera el colofón a su acertada decisión de trasladarse a Madrid hacía sesenta años. Ciertamente, la de su familia era una historia afortunada. No era el caso general de los inmigrantes que habían acudido a la capital. La posición próspera y acomodada que habían alcanzado su hija, su yerno y sus nietos y el prometedor futuro que se les abría a los cinco bisnietos que llegó a conocer no eran el horizonte de vida del común de los vecinos del barrio ni de una parte importante de la población de Madrid. Sí eran representativos, en cambio, de cuánto había cambiado la ciudad, del abanico de oportunidades que se habían abierto a la promoción social con la expansión de su economía y la multiplicación de las actividades y negocios que la alimentaban.

Cuando Benigno Castro llegó a Madrid, hacia 1855, la capital alzaba barreras a la entrada de los inmigrantes pobres. Salvo para la gente como él, titulada universitaria y con ciertos recursos para dar sus primeros pasos en las calles de la ciudad, el destino reservado al que venía a buscarse la vida a Madrid era demasiado frecuentemente el asilo, la expulsión de malos modos y la persecución por los guardias de policía urbana. Otras muchas veces lo que les esperaba era la condena a la marginación, a la vida en las afueras, a la espera de que la ciudad abriera sus puertas. Benigno llegó a una ciudad decadente, inmersa en una dinámica en que, cíclicamente, la desgracia venía de visita, con epidemias de cólera, con sublevaciones populares, con expulsiones cotidianas de mendigos. Sólo con grandes esfuerzos y con cerril empeño se logró cambiar la situación. Se derribaron las tapias, se tendieron las líneas de tranvía, se trazaron nuevas calles y se alzaron nuevos y más altos edificios; el agua llegó a las casas de Madrid por cañerías y no a lomos de los aguadores como antiguamente, el tren irrumpió en las puertas de la ciudad y trajeron más y más gente, unas de paso, otras con voluntad de establecerse definitivamente. Aunque todavía muchas familias vivían en condiciones de extrema miseria, aunque Madrid aún sufría las lacras de una alta mortalidad y muchos

Jornadas de Investigación Interdisciplinaria sobre la Mujer, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1996, pp. 177-194; “Las limitaciones del liberalismo en España: El ángel del hogar” en BERNAL, Antonio Miguel: *Antiguo Régimen y liberalismo: homenaje a Miguel Artola*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, vol. 3, pp. 515-532; también ARESTI, NEREA: “El ángel del hogar y sus demonios: Ciencia, religión y género en la España del siglo XIX”, *Historia contemporánea*, nº 21 (2000), pp. 363-394. SARASÚA GARCÍA, Carmen: “Aprendiendo a ser mujeres: las escuelas de niñas en la España del siglo XIX”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 24 (2002), pp. 281-300.

⁷ Los datos biográficos de los nietos de Benigno Castro a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1910, casa de C/ Castillo nº 1. Higinio Estébanez Castro fue miembro de la Real Academia Nacional de Farmacia desde 1909 hasta 1965, fecha de su muerte, según los registros de dicha institución.

niños desaparecían antes de crecer porque se los llevaba la muerte, poco a poco la vida en la capital española parecía abrirse al progreso y al desarrollo. Las cifras de población y de empleo así lo mostraban.

Madrid, en los cincuenta años que tuvo a Benigno como uno de sus vecinos, mostró una creciente capacidad de alojar nuevos habitantes en sus calles y de darles un trabajo. En una gran proporción se trataba de empleos de escasa cualificación y peor retribución; en la construcción de viviendas, en las obras públicas, en tareas periféricas de la producción industrial, sujetos a una gran precariedad y a un endémico paro estacional y cíclico. Más trabajo manual pero en peores condiciones; los socialistas, los anarquistas, las diferentes asociaciones de obreros y trabajadores lo denunciaban y su mensaje había calado entre artesanos, oficiales y jornaleros. Con todo, había que reconocer que la situación había mejorado. Madrid daba de comer a más gente porque había más trabajo; tenía más habitantes porque se había hecho hueco para ellos. Por otro lado, se abría una puerta a otras mejoras en el futuro. No todo era crecimiento precario del trabajo; el motor del enriquecimiento de Madrid no era exclusivamente el del ladrillo y la construcción. También había un Madrid próspero que había crecido en los últimos tiempos. Era el de las oficinas, el de los bancos, el de la prensa y el de los espectáculos, el de las administraciones cada vez más gigantescas y el de la aparición de grandes empresas nacionales cuya sede social y oficinas centrales se encontraban en la capital.

Benigno Castro conocía bien esta cara más amable del crecimiento de Madrid. Era por ese camino por el que él mismo y su familia habían transitado en el último medio siglo y en el que habían cosechado la prosperidad que disfrutaban a comienzos del siglo XX. Como ellos, ese camino lo habían recorrido muchas otras familias que habían engordado las clases medias y el grupo de los empleados de la capital. El trabajo en los servicios, además, no era un coto exclusivo para aquellos que partían de una mejor situación. Este sector, que iba adquiriendo un protagonismo cada vez mayor en la economía madrileña⁸, al expandirse, también permitió el acceso a mejores puestos de trabajo a gentes venidas de familias humildes y de pocos recursos. Se necesitaban escribientes, contables, secretarios y se necesitaban profesionales en sectores que habían generado nuevas profesiones y en los que no existía tradición alguna, como en los telégrafos o en los teléfonos, como en las editoriales en las que la fotografía y otras invenciones estaban provocando una auténtica revolución. La modernización de estos negocios es la que hizo posible que algunos hijos de artesanos, de jornaleros y de albañiles, los pocos que pudieron ir a la escuela y aprovecharon el escaso tiempo que estuvieron allí, se reconvirtieran en trabajadores de cuello duro y cambiaran el martillo de carpintero o las tijeras de cortar cuero de sus padres por la pluma y el tintero de las nuevas oficinas. Todavía no eran muchos. Solían empezar en los escalones más bajos de la profesión y tenían sueldos escasos. Pero todo apuntaba a que aquello sólo era el comienzo, a que con el tiempo llegarían más inventos que revolucionarían una vez más la vida en la ciudad de Madrid, para hacerla irreconocible, como ya había sucedido en la larga vida de Benigno.

Benigno Castro, con ochenta años y en el final de sus días, a poco que lo hubiera pensado, sabría que él, sólo había sido testigo del principio de una transformación mucho más profunda y radical de la vida en la capital. Había visto desaparecer el viejo Madrid que conoció en su a lejana llegada de 1855 y en su último año de vida, en 1910, podía presentir que los madrileños se encontraban a las puertas de grandes y fabulosos

⁸ BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "Madrid, de capital imperial a región metropolitana. Cinco siglos de terciarización" en *Papeles de Economía Española*, nº 18 (1999), pp. 18-30.

cambios. Había signos contundentes de las novedades que traería el futuro: los coches llenando de ruido y humo unas calles antes colmadas por el relincho y el trote de los caballos; las bicicletas que inundaron la ciudad permitiendo a cualquier persona desplazarse mucho más rápido y poco faltaba para que se llegaran a ver sobrevolando Madrid a aquellos aviadores cuyas hazañas llenaban de relatos los periódicos de la época. Benigno Castro, que había visto a lo largo de su vida como un invento tan fascinante como la fotografía se difundía y era de uso vez más corriente, antes de morir tuvo ocasión de asistir perplejo a las sesiones de cinematógrafo que buhoneros y feriantes solían organizar en las fiestas de la ciudad⁹. Sobre la tela de una sábana pudo ver moverse a gente de lugares remotos, observar los tumultos que siguieron a un atentado en San Petersburgo o cómo dos trenes se chocaban en el lejano oeste americano. Durante su vida se acostumbró a que, además de comunicarse de puño y letra por el correo, podía hacer llegar sus palabras a través de los hilos del telégrafo y a que los pedidos que necesitaba para su farmacia fueran demandados con inmediatez y velocidad a cualquier punto de España e incluso del extranjero. En sus últimos años, incluso pudo hacer sonar su voz a mucha distancia a través del teléfono. Vio como la música grabada en un surco de pizarra sonaba por el altavoz de un fonógrafo. En 1910 las escaleras comenzaban a ser ignoradas porque a los pisos superiores de los edificios se subía en ascensor. La sopa ya no se cocía tras largas horas sino que podía hacerse con un cubito que vendían en la tienda de ultramarinos. Los seres humanos podían viajar por el aire varios kilómetros sin tocar el suelo y los tranvías andaban solos sin que ningún caballo tuviera que tirar de ellos.

Benigno pasó de ser un mancebo de farmacia a convertirse en un boticario próspero; su yerno Florencio ascendió de farmacéutico a funcionario y sus nietos fueron académicos y médicos. Al morir, cinco bisnietos vivían en aquel viejo edificio de la calle Santa Feliciano y, como todos los niños que les habían precedido, trastearon entre los tarros de la botica del anciano Benigno. Carlos Félix de 8 años, Aurora de 6, Higinio de 5, Emilio de 3 y Pilar de unos pocos meses. Al morir, el primer farmacéutico de Chamberí, podía presentir que aquellos cinco infantes que continuarían su estirpe asistirían a cambios más asombrosos que los que él ya había presenciado en su larga vida. Benigno Castro murió el 22 de junio de 1910 en la vivienda del arrabal de Chamberí desde la que había contemplado Madrid en los últimos cincuenta años; el barrio y la ciudad habían cambiado mucho desde que él llegó a aquellas calles pero todo hacía presentir que en los siguientes años, lo harían mucho más y a una velocidad cada vez mayor.

De los tiempos del tranvía a los del automóvil:

La aceleración del crecimiento de Madrid en el primer tercio del siglo XX

A comienzos del siglo XX, la ciudad de Madrid hacía tiempo que había encontrado las claves para desplegar su crecimiento demográfico y económico. Desde 1868 la capital española había entrado en una dinámica de expansión y transformación que se había ido acelerando a medida que la frontera de 1900 se aproximaba. Desde el punto de vista

⁹ Sobre las primeras proyecciones cinematográficas en Madrid (en 1896), CÁNOVAS BELCHÍ, Joaquín T.: “1896-1914. Primeros años del cinematógrafo en Madrid” en DE LA MADRID, Juan Carlos: *Primeros tiempos del cinematógrafo en España*, Oviedo, Ediciones Trea, 1996, pp. 53-64. Acerca de la socialización del cine en sus primeros tiempos, los trabajos de URÍA, Jorge: *Sociedad, ocio y cultura en Asturias (1898-1914)*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1991 y “El camino hacia el ocio de masas: Las industrias culturales en España antes de 1914” en RIBOT GARCÍA, Luis Antonio y DE ROSA, Luigi (coord.); *Trabajo y ocio en la época moderna*, San Sebastián de los Reyes, Actas, 2001, pp. 139-180.

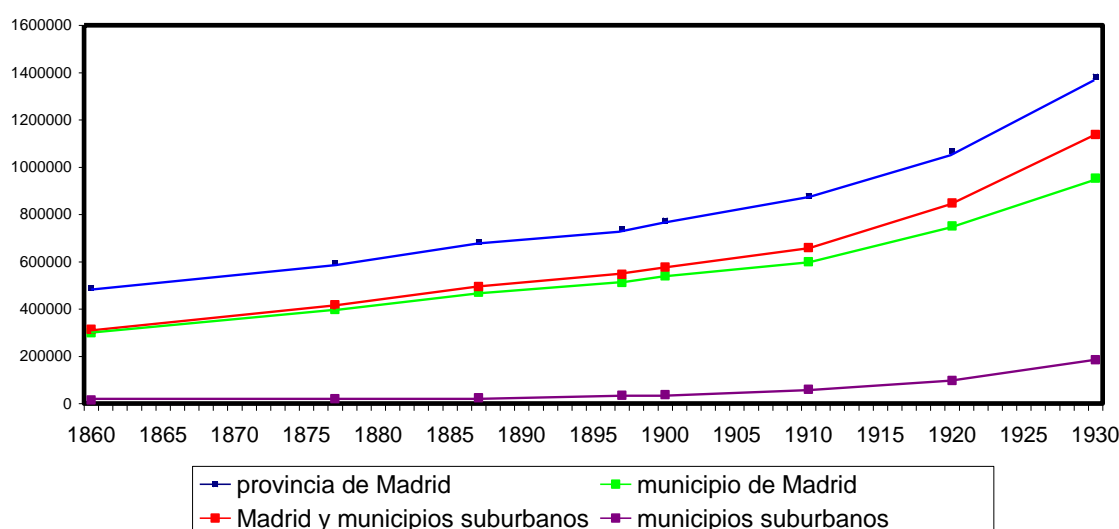
humano, la fuerza motriz de ese crecimiento había sido la inmigración. Madrid fue durante las décadas finales del siglo XIX una devoradora de personas, que exigía la llegada constante de inmigrantes para compensar un dramático balance demográfico en el que las muertes ocurridas en la ciudad siempre eran superiores a los nacimientos. En realidad, el drenaje de tantas personas de pueblos y ciudades más pequeñas no era una únicamente resultado de un afán de succión de la ciudad de Madrid. Lo que sucedía era que los campos de España se desbordaban humanamente; eran incapaces de mantener y ofrecer una forma de vida a todas sus gentes, las expulsaba de la comunidad para que se buscaran el pan en otro sitio. Uno de los destinos preferidos de los expulsados fueron las ciudades y especialmente la más grande de todas ellas, Madrid, donde la masa podía hacer más fácil la integración a las familias jornaleras. Podía parecer más probable encontrar un trabajo en una gran ciudad que en cualquier de los pequeños pueblos castellanos, donde también escaseaba el empleo y el dinero.

Parecía fácil pero no lo era. Hubo de producirse un viraje radical en la concepción de la ciudad para que los inmigrantes que de manera creciente llegaron a Madrid en la segunda mitad del siglo XIX dejaran de ser observados como visitantes molestos y peligrosos y se convirtieran en una oportunidad para lanzar el crecimiento económico de la ciudad. Los jornaleros llegados a la capital suministraron el combustible humano para que la construcción se convirtiera en un motor de desarrollo económico a partir de 1868. La edificación y todos los negocios relacionados con ella eran en 1900 una de las tres fuerzas motrices que arrastraban la economía de la ciudad. La segunda era la condición de capital de Madrid, que se había visto reforzada con el proceso de expansión del Estado alimentado por el despliegue de la política liberal. Madrid también se hizo más capital de España gracias al desarrollo económico del conjunto del país, en el que la producción de bienes agrarios e industriales y su intercambio se organizaban cada vez más claramente en un marco nacional. Madrid era la clave de bóveda de la administración del Estado y el principal centro de gestión y organización de la economía española, lo que estimuló un incipiente desarrollo de su sector servicios que, a la altura de 1900, ya marcaba profundamente su mercado laboral. Era una ciudad de albañiles y jornaleros, pero también, cada vez más, de empleados y profesionales liberales, lo que convertía a su economía en especialmente diversa. Finalmente, el propio crecimiento y la gran dimensión demográfica que alcanzó la capital de España se convirtió en la tercera fuerza de arrastre de su economía. Madrid era 1900 una ciudad de medio millón de habitantes que eran también (o podían ser) medio millón de inquilinos de viviendas, de consumidores de pan, vino y carbón, de clientes de barberías y peluquerías, de espectadores de teatro y de viajeros de tranvía, de lectores, de compradores de telas, guantes, zapatos o cualquier vestimenta, de paseantes, de bebedores de agua corriente, de visitantes asiduos del café o de la taberna... La satisfacción de las necesidades y de los deseos de aquel medio millón de madrileños hicieron de la organización de la vida urbana un asunto cada vez más complejo en el que, a la vez que se exigía un abastecimiento en servicios cada vez más sofisticados, también se abría la puerta a nuevos negocios. Sin alcanzar la hegemonía en la vida económica, en Madrid adquirieron un cada vez mayor protagonismo ciertos sectores vinculados a los servicios como el comercio de alimentación o el comercio de lujo, el ocio y la cultura o los transportes urbanos, que a la vez redundaban en una cada vez mayor diversificación del mercado laboral de la capital.

Durante las primeras décadas del siglo XX estos motores que habían impulsado el crecimiento de Madrid siguieron generando una importante fuerza de arrastre. A ellos se le fueron añadiendo otros nuevos que contribuyeron a acelerar el ritmo en que la ciudad se expandía y se transformaba. El crecimiento de Madrid estaba sujeto a una

combinación de impulsos de diferentes ritmos y velocidades, que tenía mucho en común con la forma en que sus habitantes vivían y se movían en la ciudad¹⁰. En aquella gran urbe de medio millón de habitantes había quién seguía trasladándose a pie o en carro de caballos, iban aumentando los pasajeros del tranvía y también se hacían notar los pocos que optaban por los más novedosos medios de transportes como el automóvil o la bicicleta. De la misma manera, también en sus dinámicas de crecimiento demográfico y evolución económica se superpusieron nuevas y viejas fuerzas de arrastre, los elementos propios de un pasado ya en avanzado proceso de disolución y los que anunciaban la llegada de nuevos comportamientos¹¹.

Gráfico 10.2: evolución demográfica del municipio de Madrid, sus localidades suburbanas y de la provincia 1860-1930



Elaboración propia a partir de Censos de población de 1860, 1877, 1887, 1897, 1900, 1910, 1920 y 1930. Los municipios suburbanos considerados para la elaboración de este gráfico son los que hoy están integrados en la capital, es decir: Aravaca, Barajas de Madrid, Canillas, Canillejas, Carabanchel Alto, Carabanchel Bajo, Chamartín de la Rosa, Fuencarral, Hortaleza, El Pardo, Vallecas, Vicálvaro y Villaverde.

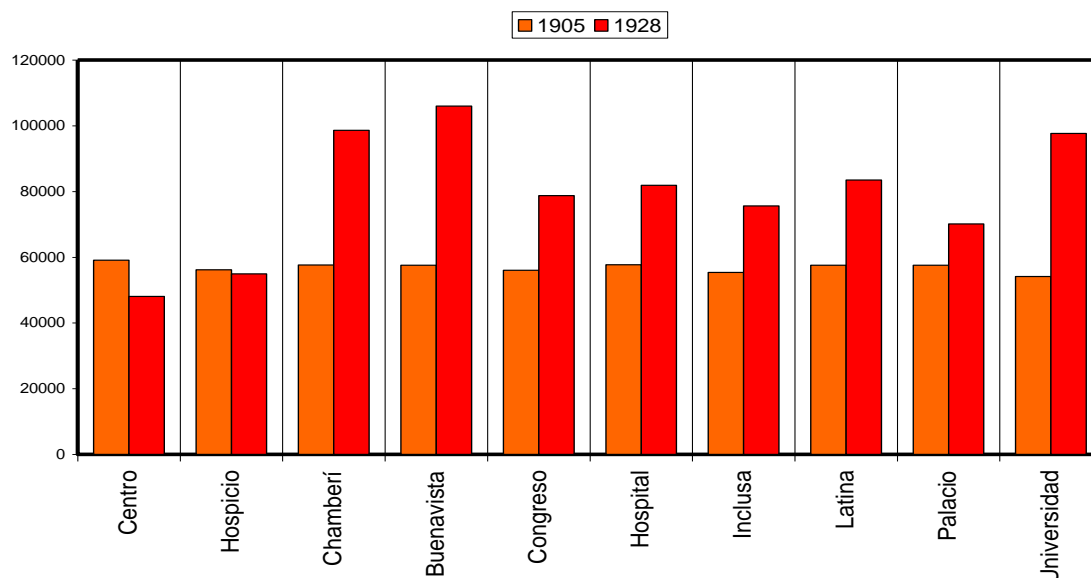
En el caso de la evolución demográfica esta combinación entre quietud y cambio, entre pautas antiguas y modernas, se hizo claramente visible entre 1900 y 1930. En las primeras décadas del siglo XX, el número de madrileños siguió creciendo a un ritmo cada vez superior: los 540.000 habitantes de la ciudad en 1900 se convirtieron en 600.000 diez años más tarde, que ya eran 750.000 en 1920 y subieron hasta los 950.000

¹⁰ OTERO CARVAJAL, Luís Enrique: "Tradición y modernidad en la España urbana de la Restauración" en FERRER-MORANT, Guadalupe y SÁNCHEZ, Raquel (coords.): *Modernizar España: proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 79-118; BAHAMONDE, Ángel y OTERO, Luís Enrique: "Quietud y Cambio en el Madrid de la Restauración" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luís Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración 1876-1931*, Madrid, Comunidad de Madrid – Alfoz, 1986, vol. 1, pp. 21-26.

¹¹ El modelo de crecimiento demográfico de Madrid en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luís Enrique: *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Madrid, Comunidad de Madrid – Alfoz, 1989. Vol. 1, pp.29-76 FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "Modelo demográfico y problemas sanitarios", *Arbor*, nº 666 (2001), pp. 323-342.

en 1930¹². Madrid parecía embarcado en un aumento imparable de su población, cada vez más acelerado y que le encaminaba hacia la confluencia con las grandes urbes europeas que ya habían superado el millón de habitantes hacía unos años¹³.

Gráfico 10.3: evolución de la población de Madrid por distritos entre 1905 y 1928



Elaboración propia a partir de los datos de AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Estadística demográfica*, Madrid, 1905 y 1928.

Como es lógico, el crecimiento de la ciudad no se produjo a un mismo ritmo en todas sus zonas. Madrid estaba compuesto por barrios y distritos que presentaban un muy diferente grado de poblamiento y de integración en el conjunto de la ciudad¹⁴. Mientras el casco antiguo tendía a estancarse en su número de habitantes o a crecer muy lentamente, las zonas de Ensanche de la ciudad estaban en pleno desarrollo y expansión tanto de sus edificios como de su población. Más allá de los límites de la ciudad, también se empezaban a producir importantes transformaciones. El extrarradio, compuesto por los terrenos que pertenecían al municipio de Madrid pero que habían quedado excluidos de la zona de Ensanche, veían como se desarrollaban cada vez más velozmente una serie de barriadas de escasa calidad edificatoria y peores condiciones higiénicas. Cuatro Caminos, Bellas Vistas, La Guindalera, Prosperidad o San Isidro surgieron como populosos arrabales a finales del siglo XIX y continuaron su desarrollo en los comienzos del siglo XX¹⁵. Finalmente, en lo lejano del horizonte, se hacía notar

¹² Datos a partir de los Censos nacionales de población, 1900, 1910, 1920 y 1930, INE.

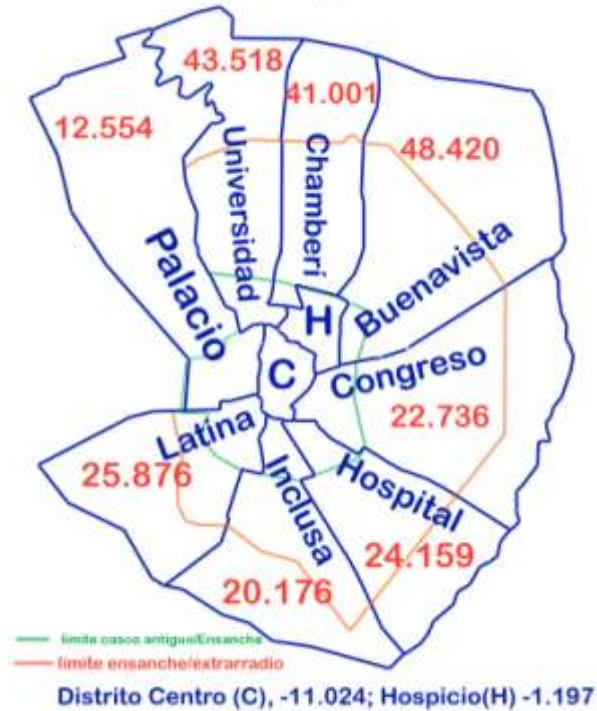
¹³ Para un panorama general europeo de la urbanización hasta la Segunda Guerra Mundial, PINOL, Jean-Luc y WALTER, François: "La ville contemporaine jusqu'à la Seconde Guerre Mondiale" en PINOL, Jean-Luc (dir.): *Histoire de l'Europe urbaine*, Paris, Seuil, 2003, vol. II, pp. 75-113.

¹⁴ BRANDIS, Dolores: *El paisaje residencia de Madrid*, Madrid, MOPU, 1983.

¹⁵ El desarrollo incontrolado del extrarradio forzó al Ayuntamiento a que, antes de que el Ensanche fuera agotado como zona de expansión, se hiciera necesario la creación de un plan de expansión de la ciudad que se encargó al ingeniero Núñez Granés (NÚÑEZ GRANÉS, Pedro: *Proyecto para la urbanización del extrarradio de dicha villa*, Madrid, Imprenta Municipal, 1910). Sobre el proyecto véase RUEDA LAFFOND, José Carlos: "El desarrollo de la ciudad y la política urbanística" en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense, 1992, pp. 577-599, especialmente 585 ss. También JULIÁ DÍAZ, Santos: "En los orígenes del gran Madrid" en GARCÍA

un nuevo fenómeno urbano: el crecimiento de poblaciones satélites que como Vallecas, Canillas, Chamartín de la Rosa o los Carabancheles, a pesar de ser municipios independientes de la capital, parecían haber caído bajo su influencia y haberse contagiado del empuje madrileño. Alrededor de 1900 se detectaba el despertar de estos núcleos y ya se había producido un crecimiento significativo de su número de habitantes.

Plano 10.1: Aumento de habitantes por distritos 1905-1928



Elaboración propia a partir de los datos de AYUNTAMIENTO DE MADRID:
Estadística demográfica, Madrid, 1905 y 1928.

Estas tendencias en la evolución de los distintos espacios que componían la ciudad de Madrid se reforzaron a lo largo del primer tercio del siglo XX. El crecimiento del conjunto de la ciudad tuvo un impacto muy diferente en los diez distritos que la componían. Así, los distritos céntricos y que no tenían ninguno de sus barrios situados ni en las zonas de Ensanche ni en las de extrarradio, como Hospicio y Centro, se estancaron y descendieron en su número de habitantes mientras el conjunto de la ciudad experimentaba un espectacular crecimiento. El distrito de Centro, de hecho, perdió más de 10.000 habitantes en este primer tercio de siglo. Cada vez se hacía más claro que el corazón de la ciudad abandonaba el papel residencial que había desempeñado en la antigüedad para convertirse en un espacio dedicado al comercio, los negocios y el ocio. Los distritos que más crecieron fueron los que se extendían por el Ensanche y sobre todo, los que administraban algunos de los barrios que habían surgido en el extrarradio.

DELGADO, José Luis (coord.): *Las ciudades en la modernización de España: los decenios interseculares*. VIII Coloquio de Historia Contemporánea de España, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 415-432 y LÓPEZ LUCIO, Ramón: "Núñez Granés y la urbanización del Extrarradio en el primer tercio del siglo XX", en AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Gestión urbanística europea, 1920-1940*, Madrid, 1986.

En número de habitantes, el que más creció fue Buenavista, que estaba compuesto por dos barrios del casco antiguo y la zona de Ensanche Este, sobre la que se extendió los edificios promovidos siguiendo el estilo lujoso y acomodado del marqués de Salamanca. También en Buenavista se incluían dos de esas grandes barriadas surgidas más allá de la frontera de la ciudad, Guindalera y Prosperidad, que absorbieron gran parte de los nuevos habitantes del distrito. Lo mismo sucedió con Chamberí que entre 1918 y 1928 pasó de 72.000 a 100.000 vecinos. En este gran aumento, la responsabilidad era compartida: por un lado se trataba de todos los nuevos vecinos que se habían instalado en la parte central del Ensanche Norte; por el otro de las muchas personas que habían fijado su residencia en el barrio de extrarradio de Cuatro Caminos. Un fenómeno muy similar ocurrió en el distrito de Universidad que pasó en estas mismas fechas de 67.000 a 100.000 habitantes, siendo en este caso los dos motores de su expansión la zona de Vallehermoso en el Ensanche y la barriada de Bellas Vistas en el Extrarradio¹⁶.

El crecimiento de la población madrileña entre 1900 y 1930 fue especialmente intenso en el Ensanche norte de la capital que durante estos años llegó a conocer la ocupación prácticamente total de sus terrenos. Los vecindarios surgidos en Vallehermoso, en Chamberí y en la ribera de la Castellana tenían 55.000 habitantes en 1905; veinticinco años más tarde el número de vecinos ascendió hasta 129.000.¹⁷ El yerno de Benigno Castro y sus nietos y bisnietos asistieron a la entrada en la mayoría urbana de las afueras norte de la capital. Durante su vida, el primer farmacéutico vivió en un Chamberí que estuvo siempre marcado por el predominio de los solares vacíos sobre los edificadas; para Benigno Castro el Ensanche Norte fue siempre la promesa de una ciudad futura, un espacio urbano en construcción. Sus descendientes conocieron otra realidad; nacieron en un barrio a medio construir y vieron cómo se urbanizaba por completo. Vieron que el vaso medio vacío se llenaba hasta los bordes, hasta el punto de rebosarlo y de que prácticamente no quedara sitio para nadie más.

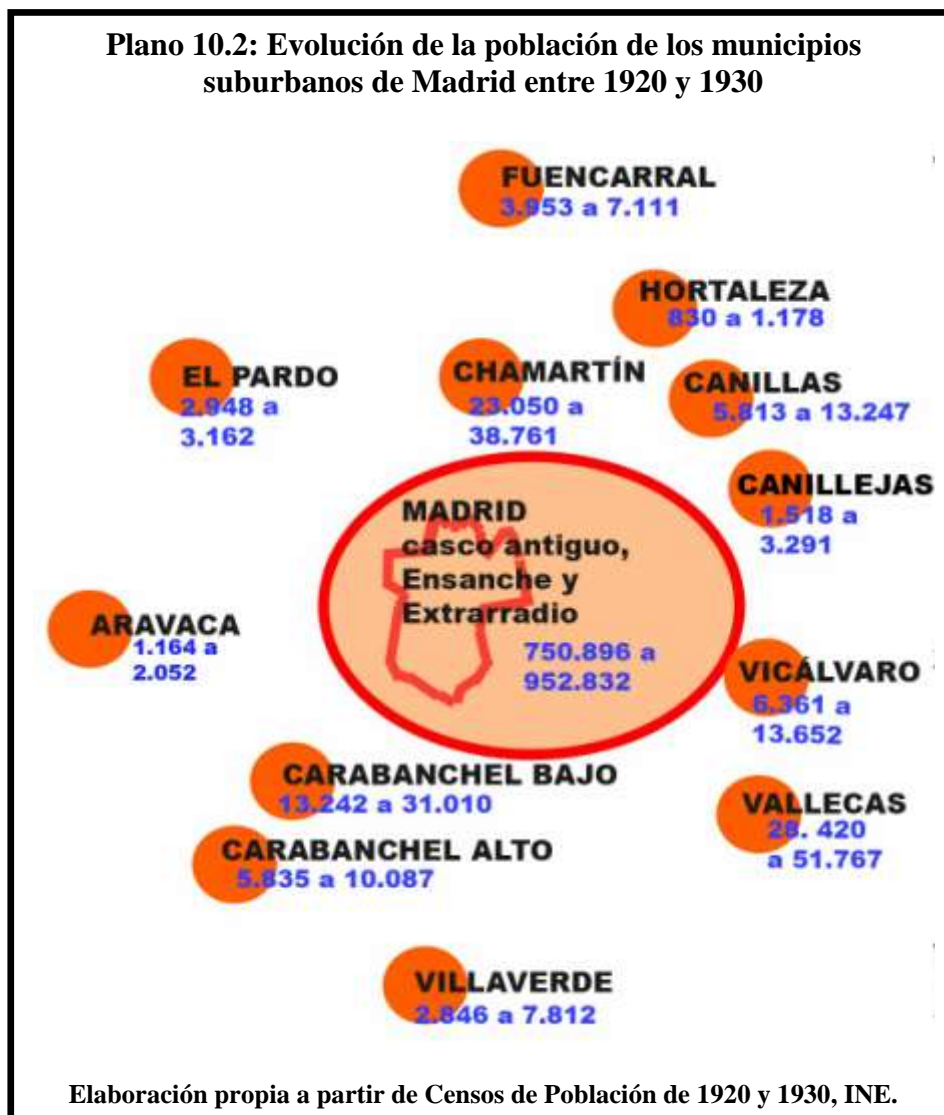
En 1930 se podía considerar que el Ensanche Norte había llegado a su punto de saturación. No existían más que unos pocos terrenos sin construir en su interior, en la zona de los cementerios y junto a las instalaciones del Canal de Isabel II¹⁸. De hecho, en 1930, el Ensanche Norte frenó su crecimiento. A partir de ese momento ya no podría presentarse como uno de los focos de expansión de la ciudad porque ya no había terreno libre en su territorio para seguir construyendo. Ese papel tenía que dejárselo a otras zonas de Madrid. El Ensanche en 1930 dejaba de ser ya periferia de la ciudad para convertirse en parte del centro urbano. No podía seguir considerándose como *El Nuevo Madrid*; hacía ya 70 años que había comenzado a construirse y las huellas de su pasado como arrabal, como zona periférica, en 1930 comenzaban a diluirse. Nunca más el Ensanche Norte volvería a experimentar una explosión demográfica como la que había conocido, simplemente porque ya no había espacio para que ingresaran nuevos vecinos. Los 130.000 habitantes de 1930 aumentarían aún un poco más, pero a ritmos mucho

¹⁶ Un estudio más detallado de la evolución de las distintas zonas que componían Madrid en BRANDIS, Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*. MOPU, Bilbao, 1983.

¹⁷ Datos a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930; la zona del oeste, desarrollada a partir de Vallehermoso alcanzó los 46.388 habitantes; la zona central, extendida a partir del arrabal los 75.040 habitantes y Fernando el Santo, junto a la Castellana en el Este, 7.859 habitantes. Más adelante se abundará en el desigual reparto de los habitantes por las zonas del Ensanche Norte.

¹⁸ RODRÍGUEZ CHUMILLAS: "Un desarrollo tardío del Ensanche Norte: el sector occidental del distrito de Chamberí", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXIV, (1987), pp. 499-513.

más lentos¹⁹. Chamberí, Vallehermoso y Fernando el Santo, los terrenos del Ensanche Norte, ya no eran la frontera de la ciudad, sino parte de su núcleo central.



A partir de 1920 y con más fuerza desde 1930, el futuro de Madrid comenzó a decidirse en sus afueras. Los terrenos del Municipio eran incapaces de absorber más vecinos y las poblaciones suburbanas, aquellos pueblos que durante siglos habían permanecido a la sombra de la gran capital, tomaron el relevo y fueron las que absorbieron el crecimiento demográfico a partir de ese momento. Algunas localidades, cuyo crecimiento ya había despertado al rayar el cambio de siglo, se convirtieron en auténticas ciudades. Chamartín de la Rosa, cuyas calles eran ya en realidad prolongaciones de algunas de las de Madrid, alcanzó los 38.000 habitantes, tantos como los que tenía Pamplona o Lérida en la época. En 1930, en Vallecas, que nacía justo donde terminaba Madrid en el sur, residían 51.000 personas, más o menos las mismas que en la ciudad de Almería o Huelva. Canillas, Canillejas y Vicálvaro, sobre cuyos terrenos se extendían las

¹⁹ En la última revisión del padrón publicada (2008) el distrito de Chamberí arroja una población de 145.394 habitantes, si bien esa cifra es el resultado de años de progresivo descenso del casco interior de la ciudad de Madrid; en 1970, Chamberí alcanzó el pico de población, con 220.212 habitantes. Los datos de 1970 en JIMÉNEZ BLASCO, Beatriz Cristina: "La renovación urbana en el distrito de Chamberí", *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, nº 2 (1982), pp. 193-205.

edificaciones de la Ciudad Lineal de Arturo Soria, sumaban 30.000 vecinos, lo que les situaba en el rango de una ciudad como León o Logroño. Los carabancheles, en la frontera suroeste de la capital, aglutinaban 41.000 habitantes, más de los que tenía Vitoria, la capital de Álava²⁰.

Madrid en 1930 ya no era una ciudad sino una ciudad de ciudades, una auténtica metrópolis en la que un gigantesco centro urbano de casi un millón de personas se veía rodeado por varios municipios que habían alcanzado el mismo tamaño y volumen de población que muchas capitales de provincias del país. El vigor con que crecía Madrid, la dimensión que había alcanzado y el volumen de habitantes que acogía su red urbana la hacían similar a las grandes ciudades europeas del momento como Londres, París o Berlín. Nada tenía que ver ese *Gran Madrid*, que ya lo era, con la vieja ciudad de 1860 que conoció Benigno Castro a su llegada, todavía encerrada por tapias del Setecientos. Era una gran urbe de la época de los aviones, del cinematógrafo, de la radio y del teléfono, que crecía a una velocidad acorde a la de los tiempos que corrían. Eso no quitaba que durante este periodo se siguieran produciendo fenómenos demográficos más propios de los tiempos en que las gentes iban a pie o en coche de punto que de la época del automóvil o del aeroplano.

La inmigración:

Principal fuente de crecimiento del Madrid del primer tercio del siglo XX

Durante buena parte de los comienzos del siglo XX Madrid siguió siendo una *ciudad de la muerte*²¹. Hasta 1920, en las calles de la capital siguieron muriendo más personas que las que nacían y la inmigración constante era necesaria para mantener el balance demográfico positivo. Aunque el cólera no volvió a visitar la ciudad, aún después de la Primera Guerra Mundial se produjeron graves crisis de mortalidad catastrófica. A partir de 1918 la gripe se extendió por las calles de Madrid, haciendo aumentar drásticamente las muertes por esta enfermedad durante dos años e hizo recordar los temores y los dramas que había conocido años atrás la ciudad, durante las mortíferas epidemias del siglo XIX²². También seguían siendo espantosas las cifras de los niños que morían antes de cumplir el año de vida; de cada mil nacidos en la capital en 1905, 199 no llegaban a celebrar su primer cumpleaños. En 1920 esta terrible tasa se había conseguido reducir sólo hasta los 168 niños muertos cada mil nacidos. Uno de cada seis niños nacidos en Madrid no aprendía ni siquiera a andar antes de morir; eso significaba que cada año 3.000 vidas eran arrancadas del suelo antes de que llegaran a echar raíces, 3.000 niños

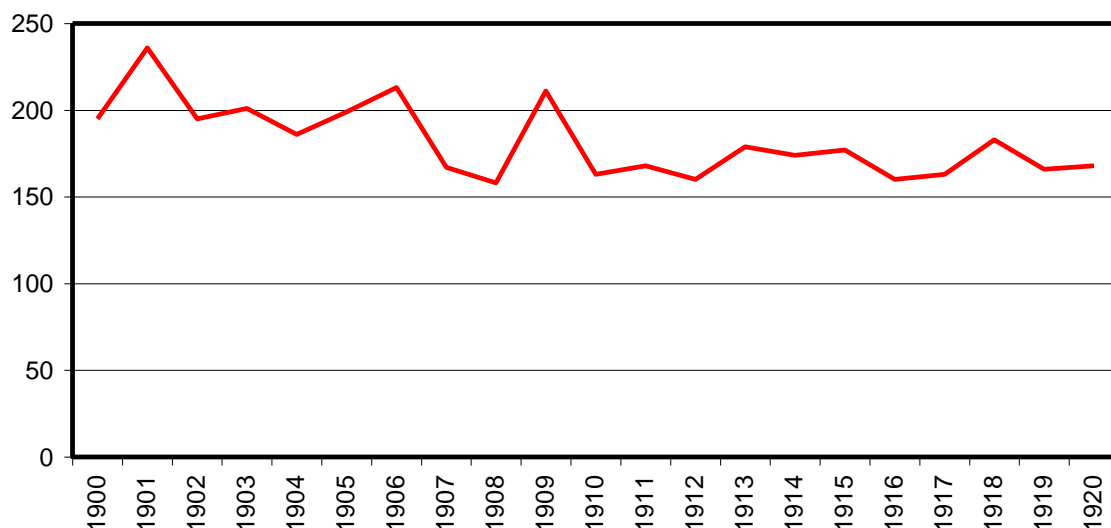
²⁰ Los datos de población de los municipios suburbanos y de las distintas capitales de provincia mencionados a partir de INE, censo de 1930.

²¹ Sobre la mortalidad en el Madrid de comienzos de siglo XX, además de los trabajos a citados de FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "La población madrileña...", *Ob. Cit.* y "Modelo demográfico...", *Ob. Cit.*, véase, con carácter más general, PÉREZ MOREDA, VICENTE, RAMIRO FARIÑAS, DIEGO y SANZ GIMENO, ALBERTO: "Dying in the city: urban mortality in Spain in the middle of the health transition: 1900-1931", en SONNINO, E. (ed.), *Living in the city (14th-20th centuries)*, Roma, Casa Editrice Università degli Studi di Roma La Sapienza, 2004, pp. 617-654.

²² Para la epidemia de gripe en Madrid véanse los trabajos de PORRAS GALLO, María Isabel: "Las repercusiones de la epidemia de gripe de 1818-19 en la mortalidad de la ciudad de Madrid", *Revista de Demografía Histórica*, vol. 14, nº 1 (1996), pp. 75-116; "El Laboratorio Municipal de Madrid y la epidemia de gripe de 1918-19", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, nº 37 (1997), pp. 585-591; "La lucha contra las enfermedades "evitables" en España y la pandemia de la gripe de 1918-19", *Dynamis: Acta hispanica ad medicinae scientiarumque historiam illustrandam*, nº. 14, 1994, pp. 159-184; "La diferente mortalidad por distritos durante la epidemia de gripe de 1918-19 en Madrid" en CARRILLO, Juan L. y OLAGÜE ROS, Guillermo (eds.): *Actas del XXXIII Congreso Internacional de Historia de la Medicina*, Sevilla, Sociedad Española de Historia de la Medicina, 1994, pp. 753-782.

que se quedaban por el camino por una enfermedad, por el hambre o por las malas condiciones higiénicas en las que le había tocado ver la luz²³.

Gráfico 10.4: Evolución de la tasa de mortalidad infantil legal en Madrid capital entre 1900 y 1920 (muertos por cada 1.000 nacidos)

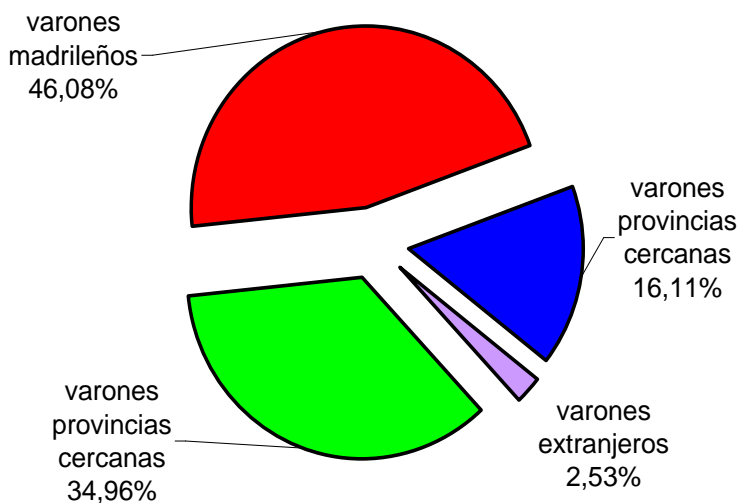


Elaboración propia a partir de los datos ofrecidos por GÓMEZ REDONDO, Rosa María: “El descenso de la mortalidad infantil en Madrid, 1900-1970”, *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, nº 32 (1985), pp. 101-140.

Sólo a partir de 1920 en Madrid la muerte de niños de menos de un año comenzó a abandonar las proporciones vergonzosas que eran más propias de una ciudad del siglo XVIII que las de una urbe en la que ya circulaban los automóviles y las calles se iluminaban eléctricamente. Hasta entonces, si la población creció, fue gracias a las fuerzas que ya lo habían provocado en los años precedentes. Fue la inmigración la que sostuvo el crecimiento demográfico de la capital en las primeras dos décadas del siglo XX, pues la ciudad continuaba siendo biológicamente incapaz de hacerlo por sí misma. Lo mismo en 1871, año en que se inauguró la primera línea de tranvías tirados por caballos, que en 1919 cuando los primeros trenes metropolitanos y subterráneos comenzaron a surcar el subsuelo madrileño, las riadas migratorias que llegaban hasta las puertas de Madrid fueron las que la salvaron de descender en su número de habitantes. Y como si ambos fenómenos estuvieran conectados, la llegada de nuevos vecinos hacia la capital se fue haciendo en contingentes cada vez más numerosos y a ritmos cada más veloces a medida que se fueron modernizando la ciudad y sus transportes.

²³ REVUELTA EUGERCIOS, Bárbara A.: *La inclusa de Madrid en el primer tercio del siglo XX. Entre los usos de la Beneficencia y la demografía de los expósitos. Madrid, 1900-1930*. Trabajo de Académico de Tercer Ciclo, Madrid, UCM, 2008.

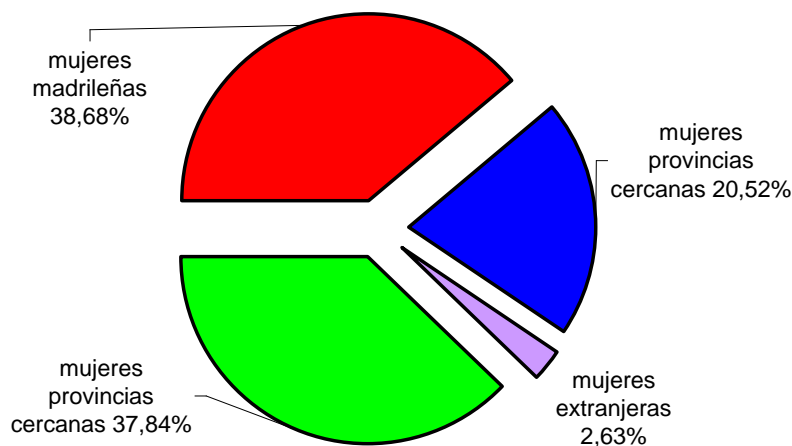
Gráfico 10.5: origen de la población masculina del Ensanche Norte en 1930



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

Los 130.000 habitantes del Ensanche Norte en 1930 mostraban en su composición la importancia que seguía teniendo la inmigración en el crecimiento de Madrid. Aunque la muerte ya no devoraba con tanta voracidad a los niños recién nacidos, aunque los hijos de las familias madrileñas tenían por aquel entonces más posibilidades de crecer y convertirse en adultos, Madrid continuaba caracterizándose por ser una ciudad en que los vecinos que no habían nacido en sus calles eran mayoría. Ser madrileño todavía era en gran proporción ser inmigrante. La mitad de los varones y casi dos tercios de las mujeres que residían en el Ensanche Norte en 1930 no habían nacido en las calles de la capital sino que habían llegado por un motivo u otro desde los distintos rincones del país.

Gráfico 10.6: origen de la población femenina en el Ensanche Norte en 1930



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

En esencia, las causas que atraían a la población hacia Madrid eran las mismas a finales del siglo XIX que a comienzos del XX. El hambre en muchos pueblos de España, la incapacidad de muchas familias de salir adelante en la comunidad en que habían nacido les expulsaba y la gran capital era una de las mejores salidas dentro del panorama siempre poco apetecible de abandonar familia, vecinos y patria chica²⁴. Si acaso, el mal se había agravado en el campo. La agricultura española, salvo en regiones excepcionales, no podía dar más trabajo del que ya daba²⁵. Las condiciones del medio rural español forzaban a que la mayoría de las regiones en el cultivo extensivo de cereal, lo que hacía que una gran parte de la población quedara condenada a las condiciones de vida de penuria de los jornaleros. Para ellos, para los que se ganaban la vida en cosechas y siembras a jornal, el trabajo era duro y mal pagado. Los pequeños propietarios dedicados al cereal tampoco tenían una mejor situación. Sus precios eran escasamente competitivos en un mundo en que las distancias se habían acortado y en que el trigo de la Europa Oriental o del otro lado del Atlántico resultaba más barato que el suyo propio. Sólo se vivieron tiempos un poco mejores cuando la agricultura española tuvo los mercados asegurados, como en tiempos del fuerte proteccionismo de finales del siglo XIX o durante la Primera Guerra Mundial, en que los países del centro de Europa compraron grano a alto precio a la Península Ibérica. Pero independiente de los beneficios que produjera, el verdadero problema era que la agricultura española no generaba el suficiente empleo como para mantener a los trabajadores de los entornos rurales y estos debían buscarse en otros lugares una forma de ganarse el pan, por ejemplo en las ciudades.

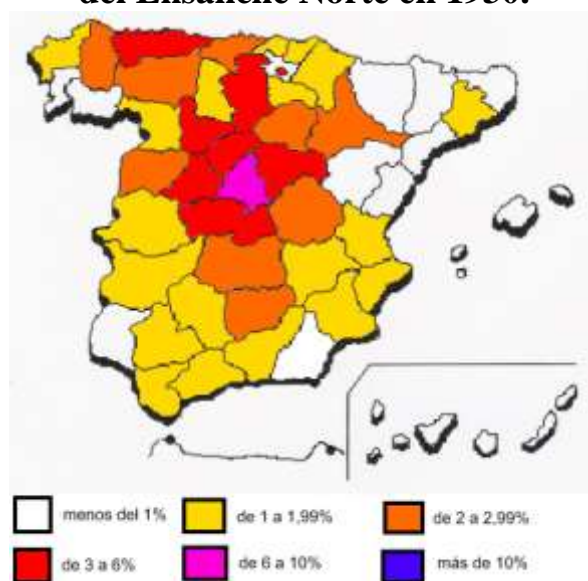
El mapa de los orígenes de los inmigrantes del Ensanche Norte dejaba ver claramente que eran las zonas meseteñas las que aportaban más vecinos nuevos a la capital. Las fuentes migratorias eran prácticamente las mismas en 1930 que a comienzos de siglo. El crecimiento de Madrid se nutría, en primer lugar, de las provincias de sus alrededores: la que más aportaba era la propia provincia de Madrid y luego las inmediatamente limítrofes. De estas zonas venían dos tipos diferentes de inmigrantes. Por un lado, estaban los que buscaban una salida a sus vidas en la gran capital ante la imposibilidad de salir adelante en sus pueblos; como es lógico tendían a trasladarse a la

²⁴ Un panorama general de los movimientos migratorios en el interior de España SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: "Las emigraciones interiores en España durante los siglos XIX y XX: una revisión bibliográfica", *Ager: Revista de estudios sobre despoblación y desarrollo rural*, nº 2 (2002), pp. 227-248. Para un panorama general del éxodo rural y el proceso de urbanización en España, ARANGO, Joaquín: "La modernización demográfica de la sociedad española" en NADAL, Jordi, CARRERAS, Albert, y SUDRIÀ, Carles (comp.): *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 1989, pp. 201-236; SÁNCHEZ JIMÉNEZ, José: "La población, el campo y las ciudades" en GARCÍA DELGADO, José Luis, SÁNCHEZ JIMÉNEZ, José y TUÑÓN DE LARA, Manuel (eds.): *Los comienzos del siglo XX. La población, la economía, la sociedad (1898-1931)*, Tomo XXXVII de la *Historia de España fundada por Ramón Menéndez Pidal* dirigida por José María Jover Zamora, Madrid, Espasa-Calpe, 1984. REHER, David S.: "Urbanization and demographic behaviour in Spain, 1860-1930" en VAN DER WOUDE, Ad; DE VRIES, Jan; HAYAMI, Akira: *Urbanization in History. A process of dynamic interactions*. Clarendon Press, Oxford, Oxford University Press, 1990, pp. 282-299.

²⁵ Para una caracterización del sector agrícola a comienzos del siglo XX. CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier: *Historia económica de la España contemporánea*, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 191-196 para los tiempos del proteccionismo, pp. 224-225 para la época boyante de la Guerra Mundial. TORTELLA CASARES, Gabriel: *El desarrollo de la España Contemporánea, Historia económica de los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza, 1994, especialmente capítulo XI: "La transformación de la agricultura: del subdesarrollo al retraso", pp. 229-254. ROLDÁN, Santiago; GARCÍA DELGADO, José Luis y MUÑOZ, Juan: *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, Madrid, Confederación de Cajas de Ahorro, 1973, Vol. 1, 17-42. PUJOL, Josep, GONZÁLEZ MOLINA, Manuel, FERNÁNDEZ PRIETO, Lourenzo, GALLEGO, Domingo y GARRABOU, Ramón: *El pozo de todos los males. Sobre el atraso en la agricultura española contemporánea*, Barcelona, Crítica, 2001.

gran ciudad y tomaban como polo de referencia Madrid como las provincias de Cataluña, Aragón y Castellón de la Plana elegían marchar hacia Barcelona o las gentes de Vizcaya marchaban a Bilbao²⁶. Un segundo grupo de inmigrantes de estas zonas cercanas lo integraban inmigrantes que sólo acudían a la ciudad de forma temporal y que también tenían pensado volver más tarde o más temprano a sus pueblos. Venían a trabajar unos meses o unos años, a estudiar o simplemente a vivir una temporada en la gran ciudad. Viviendo en Guadalajara, Toledo, Segovia o Alcalá de Henares era casi natural marchar a Madrid, incluso antes que a las capitales de sus provincias²⁷. Estaba cerca, era un lugar conocido para ellos y cercano y siempre podrían volver rápido a sus casas en busca de ayuda en caso de dificultad.

Gráfico 10.7: Origen de los inmigrantes del Ensanche Norte en 1930.



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930. El mapa refleja los porcentajes de los lugares de nacimiento sólo de los inmigrantes y quedan excluidos todos los nacidos en la ciudad de Madrid.

²⁶ La inmigración a Bilbao en GARCÍA ABAD, Rocío: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2005; GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (dir): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 Vols., Bilbao, Fundación BBVA, 2001, especialmente vol. 1. Para la inmigración a Barcelona, OYÓN, José Luis: *La quiebra de la ciudad popular*, Barcelona, Ediciones del Sebarl, 2008, pp. 21-61.

²⁷ OTERO CARVAJAL, Luís Enrique, GÓMEZ BRAVO, Gutmaro y CARMONA PASCUAL, Pablo: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868: el nacimiento de la ciudad burguesa*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2003. Referido a esta época concreta, GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: "La movilidad sin industria. El crecimiento de Madrid y su provincia en la transición demográfica (1868-1939)". SÁNCHEZ, Raquel (coord.): *Modernizar España. 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras, Comunicaciones al Congreso*. (en prensa). CARBALLO BARRAL, Borja; GONZÁLEZ PALACIOS, Daniel; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; SAN ANDRÉS CORRAL, Javier y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: "Al calor del moderno Madrid: la capital y su hinterland, hacia la recomposición de la red urbana del interior (1860-1885)", en NICOLÁS, Encarna y GONZÁLEZ, Carmen: *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. Actas del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008.

Más allá de estas provincias que componían su hinterland natural, había que destacar que Madrid encontraba importantes manantiales de inmigrantes en el conjunto de las dos Castillas, casi toda Andalucía y la cornisa Cantábrica, que siempre había sido uno de los lugares de los que habían llegado más gentes para alimentar el crecimiento de la capital. En realidad, el poder de atracción que ejercía Madrid era tan intenso que apenas se le escapaba ningún rincón del país. Únicamente la población de Cataluña, de Aragón y, en menor medida, del País Vasco parecía sustraerse a la llamada de la capital. Los habitantes de aquellas regiones tenían otros polos de referencia cuando querían marchar a una gran ciudad para buscarse la vida: el vizcaíno iba a Bilbao, el catalán o el aragonés marchaba a Barcelona²⁸. Tampoco parecían sentirse especialmente atraídos los de las provincias más alejadas de la capital, quizá porque la larga distancia les desanimara, quizá porque tuvieran otro punto en el horizonte en el que fijar sus miradas cuando decidían abandonar su hogar. Era el caso de los alicantinos, muchos de los cuales partían hacia Argelia por aquella época, los onubenses que quizá preferían quedarse en las ciudades andaluzas o marchar a América y los nacidos en Orense y Pontevedra cuyas vistas al mar y a Portugal quizá les hiciera olvidar que existía la capital y por eso tendían puentes con regiones extranjeras²⁹.

Si bien el hambre era el impulso de una gran parte de los inmigrantes que llegaban a Madrid, también como en las décadas precedentes, no todos los nuevos habitantes de la capital llegaban a rastras y por obligación. Madrid era también un destino deseado. Lo era por las oportunidades de trabajo que ofrecía a empleados, profesionales liberales y aventureros de todo tipo. Y cuanto más grande se hacía la ciudad más atractivos ofrecía. Esa era la razón de que, a pesar de la escasa capacidad de atracción de Madrid sobre Aragón y Cataluña, en cambio existieran importantes comunidades de barceloneses y de zaragozanos en el Madrid de 1930. Los campesinos leridanos o los oscenses no venían a Madrid porque iban a las grandes ciudades de sus regiones, pero sí llegaban a la capital miembros de las clases medias, empleados, profesionales liberales y otros trabajadores de cierta cualificación de Barcelona y de Zaragoza para los que sus ciudades se les habían quedado pequeñas. En su búsqueda de una mejor vida se marchaban hacia la única ciudad que era más grande y más diversa que las suyas: Madrid. Tampoco había que olvidar ese 2,5% de vecinos del Ensanche Norte que eran extranjeros: 1.447 varones y 1.901 mujeres que no habían nacido en España y que, si habían venido a la capital española, no había sido en su mayoría por azar ni por necesidad³⁰. Se trataba de opciones meditadas y muy calculadas, de viajes en los que el posible coste era altamente superado por los beneficios que se esperaban encontrar. Nadie abandonaba Francia o Inglaterra y mucho menos cruzaba el Atlántico para presentarse en la capital de Madrid si no contaban con conseguir algo que no les ofrecía su país. La capital española también tenía un hueco para ellos, para

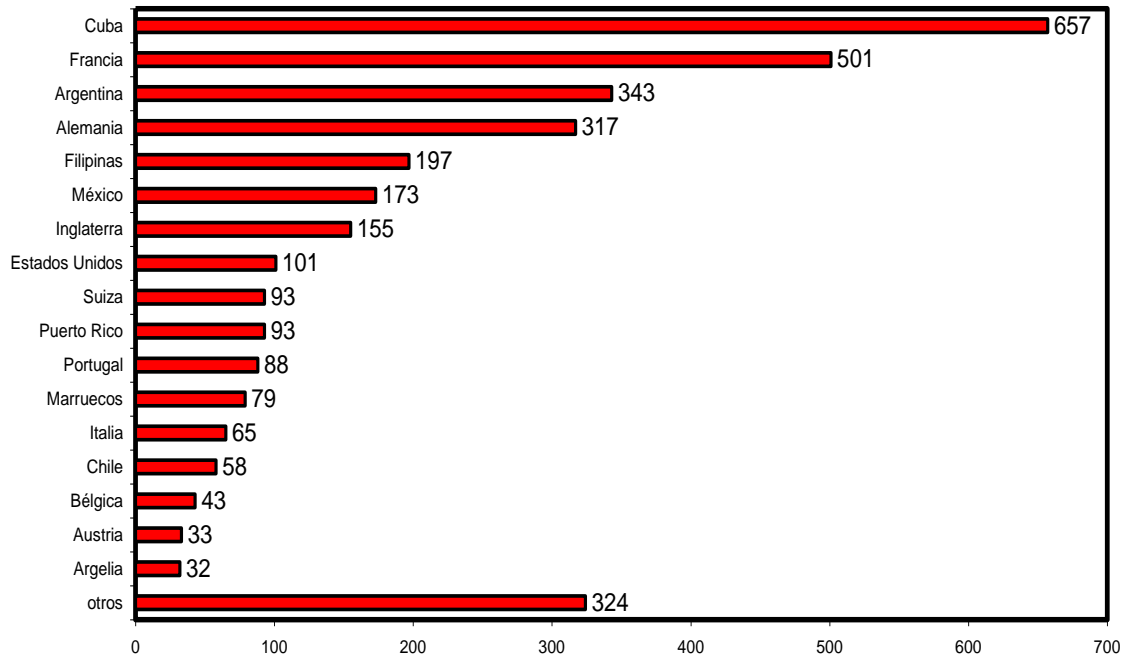
²⁸ SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: "Las emigraciones interiores en España...", *Ob. Cit.*

²⁹ Para la emigración hacia Argelia véase BONMANTÍ ANTÓN, José Fermín: *La emigración alicantina a Argelia: (siglo XIX y primer tercio del siglo XX)*, Alicante, Universidad de Alicante, 1989. En la perspectiva aquí presentada sólo se atiende a la redistribución de los flujos migratorios en el interior de la Península, pero no se debe olvidar el importante flujo hacia América en el periodo, estudiado por SÁNCHEZ ALONSO, Blanca: *Las causas de la emigración española, 1880-1930*, Madrid, Alianza, 1995; SÁNCHEZ ALBORNOZ, Nicolás (comp.): *Espanoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930*, Madrid, Alianza, 1988, ESCUDERO LÓPEZ, José Antonio y ANES, Gonzalo (eds.): *Espanoles de ambas orillas: emigración y concordia social*, Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, 1998 y EIRAS ROEL, Antonio: *La emigración española a Ultramar, 1492-1914*, Madrid, Ediciones Tabapress : Asociación de Historia Moderna, 1991.

³⁰ Los datos a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

emprendedores en busca de fortuna y no sólo para campesinos desesperados en busca de trabajo.

Gráfico 10.8: principales comunidades de extranjeros en el Ensanche Norte de 1930



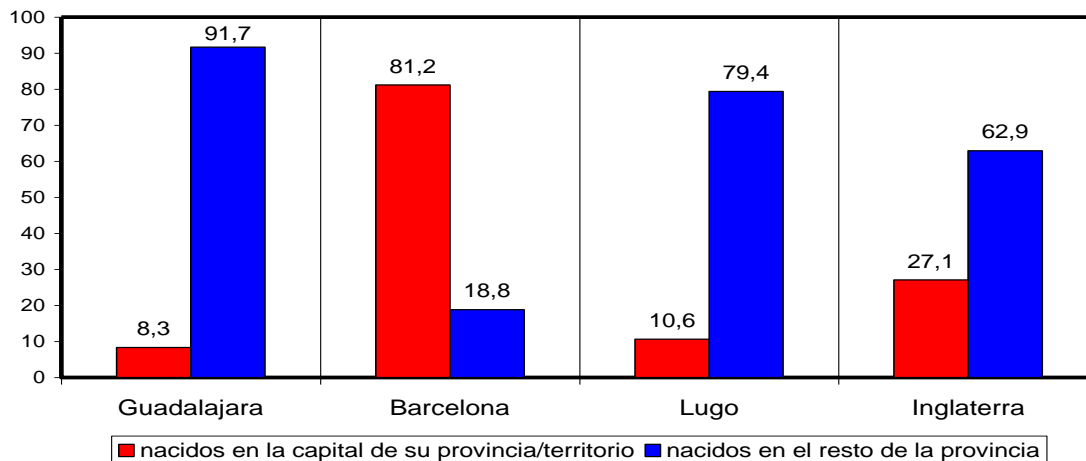
Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

En el Ensanche Norte de 1930 confluían muy diferentes corrientes migratorias cuyos integrantes partían de situaciones muy distintas en los lugares que habían nacido. Las razones por las que habían abandonado sus patrias no eran las mismas ni tampoco se parecían las esperanzas que podían albergar al entrar en la capital. Una gran mayoría eran familias de trabajadores de prácticamente todas las regiones de España, expulsados por el hambre y la falta de empleo en sus pueblos y ciudades. Les seguían en orden de importancia numérica los originarios de las provincias cercanas cuya estancia en la capital pretendía ser, al menos en un principio, temporal y que contaban con retornar a sus pueblos con unos pocos años y unas monedas más. Finalmente, había un nutrido grupo de inmigrantes a los que guiaba más la ambición que la necesidad y que acudían atraídos por las oportunidades de negocio y de aventuras que les podía ofrecer una ciudad que por ser la más grande, la más poblada y la más diversa de España, era única.

Cada grupo de inmigrantes tenía un perfil característico. Existían claras diferencias entre el inmigrante que venía de una provincia deprimida económicamente como Lugo, y el de una provincia en la que se había desatado un importante desarrollo económico como en Barcelona. De igual manera, no tenía el mismo significado el viaje hasta Madrid para alguien que había nacido en los alrededores que para el que venía de lejos. El inmigrante nacido en la cercana provincia de Guadalajara apenas se arriesgaba en el viaje; si las cosas salían mal, siempre podía volver a su casa y por ello podía presentarse en las puertas de Madrid sin un plan muy concreto, con cierto espíritu aventurero y abierto a la improvisación. Los que venían de regiones lejanas, especialmente los que habían cruzado fronteras para llegar hasta la capital española,

solían venir con planes muy definidos, con un proyecto de vida específico y, generalmente, ya tenían asegurado su sustento de antemano.

Gráfico 10.9: origen rural/urbano de los inmigrantes de las provincias de Guadalajara, Barcelona, Lugo y de Inglaterra en el Ensanche Norte en 1930



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

En realidad, la distancia no era tanto lo que distinguía a unos inmigrantes de otros sino el grado de desarrollo económico que habían alcanzado los lugares en los que habían nacido. La verdadera diferencia entre los inmigrantes barceloneses, arriacenses y lucenses no eran los kilómetros que habían tenido que recorrer hasta llegar a la capital española, sino los mundos radicalmente diferentes de los que procedían. Los inmigrantes de Lugo y de Guadalajara habían nacido en su inmensa mayoría en pueblos y zonas rurales; muchos de ellos no habían vivido en una ciudad antes de llegar a Madrid y si lo habían hecho, habría sido en su pequeña capital de provincia. En 1930 la ciudad de Lugo tenía 32.000 vecinos y la capital de Guadalajara unos 16.000, tamaños que eran superados por muchos de los barrios de Madrid y por las localidades suburbanas que las rodeaban. Los inmigrantes barceloneses, en cambio, procedían en su gran mayoría del mundo urbano. Hasta un 80% de los que residían en el Ensanche Norte en 1930 habían nacido en la ciudad condal. De los ingleses, un tercio había nacido en Londres, pero en general procedían de otras grandes ciudades inglesas como Liverpool, Cardiff, Manchester o Nottingham y, sobre todo, de un país donde el mundo urbano hacía tiempo que había ganado la partida al mundo rural³¹.

La distancia era algo muy relativo en las migraciones, sobre todo desde que el tren, el automóvil habían acortado los trayectos entre la capital y las provincias y el telégrafo y el teléfono habían hecho más fluidas las comunicaciones entre los habitantes de un sitio y de otro. En realidad, en 1930, Madrid podía resultar un destino más remoto para el habitante de un pueblo de Guadalajara que para el de Barcelona o el de Londres. Para las gentes de los campos de La Alcarria o de tierras gallegas trasladarse a la capital era un viaje a un mundo desconocido. Nada tenía que ver la vida en la gran ciudad a la del pueblo en la que ellos se habían criado. La vida pausada del campo o de la pequeña ciudad de provincias no tenía el acelerado ritmo de la vida madrileña³². Si conocía la

³¹ El mundo urbano en Inglaterra en DAUNTON, Martin (ed.): *The Cambridge Urban History of Britain*, Cambridge, Universit of Cambridge, 2001, vol. 3, 1840-1850.

³² El ritmo de la vida en una ciudad de provincias a finales del siglo XIX en OTERO CARVAJAL, Luís Enrique, GÓMEZ BRAVO, Gutmaro y CARMONA PASCUAL, Pablo: *La ciudad oculta*. Alcalá de

vida en una gran ciudad era porque quizá algo habían oído hablar o la habían imaginado por los relatos y las ilustraciones de los periódicos. Pero una cosa era ver la Puerta del Sol en una fotografía y otra muy distinta intentar cruzarla, abrirse paso entre los torrentes de automóviles, tranvías y peatones que la atestaban. Sólo con el tiempo uno se acostumbraba a aquel paisaje de grandes edificios y largas calles que tan poco tenía que ver con los horizontes de tierras de labor y montañas en los que había nacido.

Más difícil había de ser adaptarse a un mundo del trabajo que era completamente distinto al que se había conocido hasta entonces. Los inmigrantes de los campos de Guadalajara y de Lugo probablemente habían iniciado su vida como trabajadores con una azada en la mano o, en algunos casos contados, con las herramientas de un taller artesano. No desconocían los rudimentos del trabajo de albañil porque se podían haber ocupado de la construcción o del mantenimiento de las casas de sus familias. Quizá habían pisado la escuela y se habían sentado en sus bancos, incluso podían haber aprendido a leer y a realizar cuatro cuentas, pero en la mayoría de los casos sus calendarios vitales habían estado más marcados por la siega, la siembra y la cosecha que por los exámenes del maestro³³. Todo ello marcaba los límites de su inserción en la ciudad. A la hora de buscar un trabajo en la capital tenían que introducirse en aquellos sectores en los que sus experiencias y sus conocimientos pudieran servirles de algo. La construcción, por ejemplo, algunas tareas en las fábricas y los talleres, quizá como dependientes de comercio, siempre a condición de que reactivaran sus habilidades lectoras y recordaran las nociones de cálculo si querían ponerse a despachar tras el mostrador y no quedarse en mero mozo para los recados. Otras puertas se les cerraban: las de las oficinas que tantos trabajos ofrecían en Madrid, las de algunos sectores industriales con gran actividad en la capital como el editorial en que se necesitaba ser un lector ágil y haber realizado un aprendizaje cuando se era todavía casi un niño³⁴.

Para las muchachas que llegaban de los pueblos las opciones podían estar aún más limitadas que para los varones. Muchas habían pasado muy poco tiempo en la escuela; enseguida sus familias habían decidido que estarían mejor ayudando a la madre en el hogar con los pucheros y los hermanos pequeños que estudiando letras y números en el aula. En la ciudad había pocos trabajos para ellas. Lo más lógico es que se emplearan en las labores para las que se les había educado: cuidar de la casa, coser, lavar la ropa, hacer la comida... aunque fuera para otros; así que el destino preferente de las mujeres jóvenes venidas del campo era el de sirvienta, el de criada para todo en una

Henares 1753-1868: el nacimiento de la ciudad burguesa, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2003; SAN ANDRÉS CORRAL, Javier: *Guadalajara, 1869-1884. El lento despertar de un prolongado letargo*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo, Madrid, UCM, 2007. Para el primer tercio del siglo XX, UGARTE TELLERÍA, Javier: "Pamplona, toda ella un castillo, y más que ciudad, ciudadela. Construcción de la imagen de una ciudad, 1876-1941" en SANZ MARCOTEGUI, Ángel (ed.): *Memoria histórica e identidad. En torno a Cataluña, Aragón y Navarra, Pamplona, Univesidad Pública de Navarra, 2004*, pp. 165-260 y UGARTE TELLERÍA, Javier: *La nueva Covadonga insurgente: orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

³³ Para el absentismo escolar véanse los trabajos de BORRAS LLOP, José María: "Antes de nacer sabíamos trabajar: Absentismo escolar y trabajo infantil en el Madrid rural del primer tercio del siglo XX", *Historia agraria: Revista de agricultura e historia rural*, nº 20 (2000) pp. 169-194 y "Mercado laboral, escolarización y empleo infantil en una comarca agrícola e industrial (el Vallés Occidental, 1881-1910)", *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 24, 2002, pp. 233-262

³⁴ A las diferente integración de los inmigrantes en el mercado laboral urbano, para el caso de Barcelona, se ha referido recientemente OYÓN, José Luis: *La quiebra de la ciudad popular*, Barcelona, Ediciones del Sebarl, 2008, especialmente en su capítulo "Un mundo obrero diferenciado" pp. 65-112. Igualmente a las dificultades de integración en el mercado laboral industrial de los inmigrantes rurales se refirió CAMPS I CURÁ, Enriqueta: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1995.

familia más o menos acomodada. Había otras opciones de trabajo para las mujeres, pero igual que para los muchachos, se encontraban con que, sin haber aprendido los rudimentos del oficio, era muy difícil acceder a ellas.

En cambio, el viaje a Madrid para los que llegaban desde Barcelona o desde las ciudades inglesas no debía de causar un impacto tan fuerte. Desde luego no a los que venían de Londres y a los que podían encontrar que la capital española era más bien pequeña en comparación con la metrópolis británica³⁵. El de la ciudad condal ya sabía lo que era vivir en una ciudad del tamaño de Madrid y sólo tenía que aprenderse los nombres de las calles, los itinerarios de los tranvías y alguna que otra costumbre particular de los madrileños, pero por lo demás nada le sorprendía demasiado³⁶. Ya había vivido en una ciudad por cuyas calles transitaban masas de peatones, hileras de automóviles y veloces tranvías eléctricos. No era la primera vez que estaban a la sombra de un edificio de cinco o seis plantas o que veía una gran fábrica. Por otro lado, los inmigrantes venidos de otras grandes ciudades contaban con una experiencia laboral que les permitía manejarse con cierta soltura en el mundo del trabajo madrileño. Primero porque de Londres o de Barcelona no llegaba el trabajador escasamente cualificado; para emplearse en la construcción no hacía falta marcharse a Madrid. Para esos trabajadores las oportunidades eran tan buenas o tan malas en la capital española como en Barcelona o en Londres. Los que venían a la capital era porque buscaban algo que sus ciudades no les podían dar, porque confiaban en encontrar una contratación por la que era especialmente reclamados. Como trabajadores eran más apreciados que los que llegaban de los pueblos de Castilla o de Galicia. Sabían moverse en un mercado laboral como el madrileño, porque era muy similar al de sus ciudades natales. Las gentes de los pueblos de Lugo y Guadalajara venían a saciar su hambre, los de Londres y Barcelona a colmar sus ambiciones.

En el padrón de 1930 el empleo de las mujeres siguió quedando escasamente reflejado, pues en una gran mayoría de los casos quedaban registradas bajo la engañosa ocupación de sus labores³⁷. Aun así, las respuestas de las inmigrantes de estos cuatro lugares permite comprobar su diferente condición social según el lugar del que vinieran. Casi una tercera parte de las mujeres nacidas en Guadalajara y en Lugo trabajaban como sirvientas en Madrid. Porque eran jóvenes, porque venían sólo por unos meses para ganarse unas cuantas monedas. El resto podían ser mujeres de jornaleros que, aunque trabajaran como lavanderas, asistentes o costureras a destajo en su propia casa, no lo

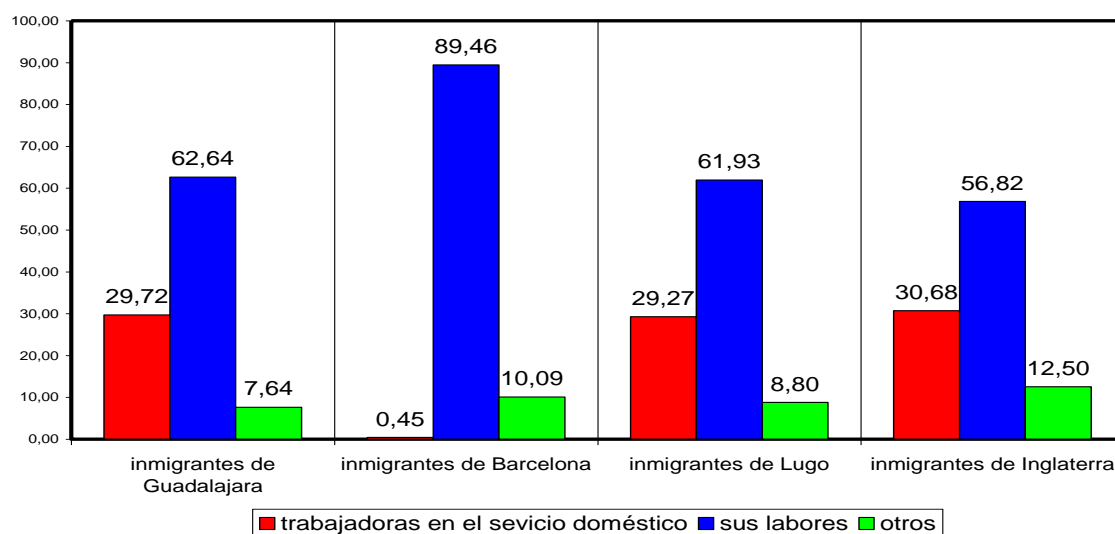
³⁵ Un acercamiento a A Londres como “ciudad de ciudades” en INWOOD, Stephen: *City of cities. The birth of modern London*, London, McMillan, 2005.

³⁶ Para un estudio de Barcelona en el primer tercio del siglo XX y sobre todo para una comparación entre sus clases populares y las madrileñas, OYÓN, José Luis: *La quiebra... Ob. Cit.*; EALHAM, Chris: *La lucha por Barcelona. Clase, cultura conflicto, 1898-1937*, Madrid, Alianza Editorial, 2005. GABRIEL, Pere: “Espacio obrero articulación popular en Barcelona, 1890-1920” en GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.): *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Madrid, siglo XXI, 1992. SMITH, Angel (ed.): *Red Barcelona: social protest and labour mobilization in the twentieth century*, London-New York, Routledge, 2002.

³⁷ Ya se ha hecho referencia anteriormente al subregistro del trabajo de las mujeres en la estadística. Un acercamiento específico a este problema en CAMPS, Enriqueta: “De ocupación sus labores. El trabajo de la mujer en los albores del siglo XX (Sabadell, 1919-1920)” en GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, Karnele (eds.): *IV Congreso de la Asociación de demografía histórica – Historia de la población, Universidad del País Vasco*, Bilbao, 1999, pp. 549-562. ARBAIZA VILLALONGA, Mercedes: “La “cuestión social” como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)” en *Historia Contemporánea*, 21 (2000), 395-458. PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Mujeres, familia y trabajo en el Madrid de la segunda mitad del XIX.” Comunicación presentada a XIII Coloquio Internacional de la AEIHM: “La Historia de las mujeres: perspectivas actuales”, 19-21 Octubre 2006, Facultat de Geografia i Història, Universidad de Barcelona.

reconocían en el empadronamiento. El contraste con las inmigrantes de Barcelona era claro. No había prácticamente ninguna criada en Madrid que hubiera nacido en la ciudad condal. Sólo dos de las 446 barcelonesas residiendo en el Ensanche Norte en 1930 trabajaban como sirvientas³⁸. Eran una excepción en un grupo que se definía en su mayoría como amas de casa. Entre las inmigrantes de Barcelona seguramente habría algunas de esas trabajadoras ocultas o que se empleaban a tiempo parcial y que generalmente la estadística escondía, pero también representaban una pequeña proporción. En su gran mayoría, las inmigrantes barcelonesas pertenecían a las clases medias y altas, que eran en las que el trabajo femenino fuera de casa y remunerado solía ser más raro y excepcional.

Gráfico 10.10: inserción laboral de las inmigrantes nacidas en las provincias de Guadalajara, Barcelona, Lugo y de Inglaterra



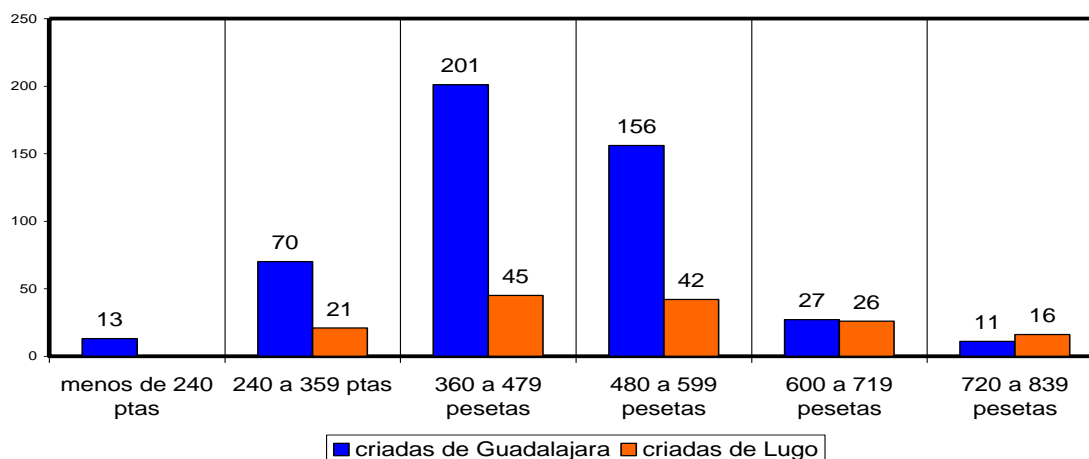
Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

El caso de las inmigrantes inglesas podía llamar la atención a primera vista. Muchas de ellas trabajaban en el servicio doméstico. Lo hacían en proporciones parecidas a las de las mujeres venidas de Lugo o Guadalajara. Pero en realidad, el trabajo que realizaban unas y otras no era el mismo. En nada se parecía la experiencia del común de las muchachas venidas desde los pueblos de provincias cercanas a Madrid con la de May Rohan, por ejemplo. En 1930 esta inglesa, que no señaló en el padrón el pueblo del que procedía, tenía ya 54 años. Había llegado en Madrid para trabajar como institutriz para las hijas de Luis Jesús Fernández de Córdoba y Salabert, XVII conde de Medinaceli. Y desde entonces vivía en uno de los palacios más lujosos de la capital española, en la plaza de Colón, en la confluencia entre el Paseo de la Castellana el de Recoletos. El duque le había confiado la educación de sus hijas, de unas descendientes directas de Fernando de la Cerda, el hijo desheredado de Alfonso X. De una tarea como aquella no se podía ocupar cualquiera; se necesitaba a alguien que estuviera a la altura de un linaje tan importante y eso se pagaba. May Rohan era la más distinguida de los catorce criados que poblaban el gran palacio de los duques de Medinaceli en la plaza de Colón. Cobraba dos mil pesetas al año en 1930 además de tener residencia, vestido y alimento gratis en la casa de una de las familias más poderosas no sólo de Madrid sino

³⁸ Datos a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

de España entera³⁹. May Rohan era una de las criadas mejor pagadas de todo el Ensanche Norte en 1930. El resto de sus compatriotas que habían iniciado una aventura similar a la suya no se quedaban demasiado atrás. Colocadas como institutrices en casas de las mejores familias de Madrid, su sueldo nunca descendía de las 600 pesetas anuales, una auténtica fortuna para lo que solía cobrar una criada en la época⁴⁰.

Gráfico 10.11: Salarios anuales de las criadas inmigrantes de Guadalajara y Lugo en el Ensanche Norte en 1930



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

Gallegas y castellanas tenían que conformarse con mucho menos; los trabajos y los salarios como el de May Rohan no eran para ellas. Lo normal es que las jóvenes que venían de esas provincias acabaran en casa de cualquier familia de clase media, con mucho menos recursos que el duque de Medinaceli y que en vez de contratar a catorce criados se limitaban a emplear una sola, a la que pagaban 30 o 40 pesetas mensuales como mucho. Las jóvenes gallegas y castellanas no se las reclamaba por ninguna habilidad especial, por su distinción, por sus conocimientos de inglés ni por su educación. Ellas eran criadas para todo, que lo mismo iban a la compra que barrían la casa, guisaban para la familia o remendaban la ropa del señor o de sus hijos. Sólo las más afortunadas y las que conseguían una buena recomendación, a lo mejor algún día, podían entrar a trabajar en casa de una familia extraordinariamente rica.

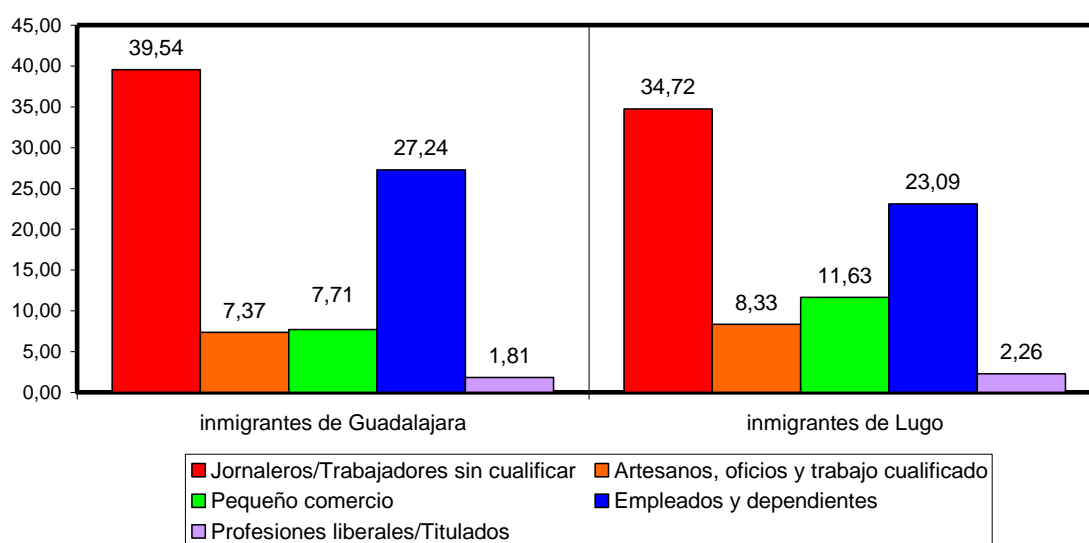
Los mundos de las criadas para todo venidas de provincias y el de las distinguidas institutrices y señoritas de compañía extranjeras no eran del todo ajenos. May Rohan, la institutriz de los duques de Medinaceli, en los años que vivió en Madrid, pudo conocer a alguna de esas criadas de Guadalajara tan abundantes. En 1930, junto a ella, entre los catorce criados del palacio de la plaza de Colón, trabajaba Juana Navarro, venida hacía más de veinte años de la provincia de Guadalajara. A sus 53 años, tras ya una larga vida sirviendo en casas, había sido contratada en el palacio de los duques de Medinaceli. Recibía 400 pesetas al año como sueldo, que era casi lo máximo a lo que podía aspirar una mujer como ella, que no había ido casi a la escuela, que no había podido esconder del todo el deje de su pueblo al hablar, a pesar de los muchos años que

³⁹ El retrato de May Rohan a partir de AVM, Estadística, padrón de 1930, caso nº 533 - Fernando el Santo.

⁴⁰ De las 27 mujeres inglesas que trabajaban como criadas en el Ensanche Norte en 1930, 23 especificaban ser institutrices, 1 se doncella, 1 ser "nurse" y 2 simplemente se declaraban sirvientas. El salario más bajo era el de la empleada en casa de Genoveva Garala Guzmán, Marqués de Riscal 11, AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 1.148 - Fernando el Santo.

llevaba en Madrid. Aunque estuviera sirviendo a una de las familias más ricas de la capital, en aquella casa para cobrar 500 pesetas había que ser como Carlota Sippe, la jovencita alemana de 21 años que había llegado hacia unos meses al palacio; o como Luisa Loustan una francesa que acababa de entrar al servicio de los duques y a la que, a sus 26 años, ya pagaban 600 pesetas anuales. Ni por asomo Juana Navarro, la guadalajareña, llegó a pensar en alcanzar la condición de May Rohan la institutriz ni su salario de 2.000 pesetas⁴¹. Ni que los señores le compraran esos vestidos que gastaba la inglesa para acompañar a las niñas al paseo por el Salón del Prado o que fuera invitada a sentarse a la mesa con ellos, con los duques, en vez de comer con el resto del servicio en la cocina. Aunque las doncellas alemanas y francesas, la institutriz inglesa y la criada de la provincia de Guadalajara fueran todas inmigrantes que habían llegado a la gran capital para ganarse la vida como sirvientas, la vida no les había tratado igual. Y no lo había hecho porque, aunque sus biografías se hubieran rozado y entrado en contacto, aunque pudieran haber pasado por situaciones similares, en el fondo May Rohan y Juana Navarro pertenecían a mundos separados y, en esos casos, lo más frecuente que tuvieran un destino muy diferente cuando llegaban a Madrid: una acabaría comiendo en la mesa con los señores, la otra en la cocina con el resto de los criados.

Gráfico 10.12: inserción laboral de los varones inmigrantes de los inmigrantes nacidos en las provincias de Guadalajara y de Lugo. Ensanche Norte 1930



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

Los varones no tenían las barreras en el acceso al mercado laboral que sufrían las mujeres en 1930 y por ello los destinos profesionales de los inmigrantes, al llegar a la gran ciudad, eran mucho más diversos. Aún así, existían tajantes diferencias, como en el caso de sus paisanas, en la suerte que corrían los inmigrantes de las distintas provincias que llegaban a Madrid. Los varones de las regiones cuyas mujeres venían a la capital a emplearse en el servicio doméstico, encontraban en el mundo de la construcción y del trabajo poco cualificado su principal sector de contratación. No era nada nuevo. Lugo y la cornisa cantábrica en general, Guadalajara y el resto de las zonas castellanas y gran

⁴¹ El retrato del servicio de los duques de Medinaceli en 1930 a partir de AVM, Estadística, padrón de 1930, caso nº 533 - Fernando el Santo.

parte de Andalucía habían sido, desde hacía décadas, tierras de jornaleros. O al menos así se veía en Madrid, porque una gran parte de los que llegaban desde esas zonas empezaban integrándose en los escalones más bajos del mercado laboral. En el Ensanche Norte en 1930, un 40% de los nacidos en Guadalajara y un 35% de los nacidos en Lugo eran jornaleros. Entre los inmigrantes de Barcelona, en cambio, los jornaleros sólo eran uno de cada diez y entre los ingleses y los extranjeros en general, este tipo de trabajadores era prácticamente inexistente. Los perfiles sociales de la inmigración que venía desde distintas regiones de España (y parte del extranjero) quedaban claros; los que venían de las zonas rurales y menos desarrolladas económicamente acababan integrados en los sectores menos favorecidos del mercado laboral; la alta cualificación como trabajadores de los que llegaban de las zonas urbanas y más desarrolladas como Barcelona o Inglaterra les abría el acceso a los mejores puestos laborales.

El trabajo como jornaleros de todos aquellos inmigrantes gallegos, castellanos y andaluces no era una condena de por vida. Madrid vivía una gran transformación económica desde hacía décadas, en la que el negocio de la construcción era uno de los motores más importantes, pero no el único. Había otros sectores en expansión, en los que se reclamaban continuamente nuevos trabajadores: los servicios en general, el pequeño comercio, las telecomunicaciones, la administración del Estado, incluso la industria, habían dado ya desde comienzos de siglo signos de una notable vitalidad⁴². Quizá no al principio, pero sí con el tiempo, a medida que los inmigrantes venidos de todos los pueblos de España se iban haciendo a los modos de trabajar en la ciudad y a las formas de vida de la capital, podían salir de los ámbitos de trabajo para jornaleros y saltar a puestos laborales un poco mejores. El peón de obra se hacía albañil e incluso podía convertirse en capataz en unas obras públicas. El dependiente de comercio ahorraba y tras muchos años de trabajar para otro comerciante quizá podía cumplir sus sueños de montar su propia tienda de ultramarinos o su taberna. El jornalero, cansado de años de fatigas en busca de una contratación aquí y allí, conseguía, un día, que le encargaran de la portería de un inmueble de vecinos, o que se le concediera un puesto como conserje en una institución. Uno empezaba picando piedras en las obras y de repente un día conocía a alguien que sabía conducir automóviles y trabajaba repartiendo con una camioneta. Su amigo le enseñaba, le animaba; se necesitan muchos chóferes, le decía, que no lo dudara, que él le ayudaría a encontrar un primer empleo. Y era verdad; se necesitaban muchos chóferes como antaño se habían necesitado cocheros y, gracias a aquel amigo o aquel conocido, el antiguo jornalero venido de Lugo, de Guadalajara, Segovia o Jaén conseguía un trabajo un poco mejor pagado, más seguro y menos duro.

La promoción laboral de los inmigrantes que comenzaban como jornaleros no era automática ni segura; probablemente no era mayoritaria y había muchos que pasaban toda su vida en Madrid trabajando por un sueldo mísero. Lo que importaba era que tal promoción era posible. Era una esperanza a la que se podían agarrar los inmigrantes en los primeros años de duro trabajo en la capital. Una luz al final del

⁴² Aunque más tarde se abordará la evolución económica de Madrid en el primer tercio del siglo XIX, para una introducción véanse los trabajos de GARCÍA DELGADO, José Luis: "Madrid en los decenios interseculares: la economía de una nascente capital moderna" en GARCÍA DELGADO, José Luis (coord.): *Las ciudades en la modernización de España: los decenios interseculares. VIII Coloquio de Historia Contemporánea de España*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 405-414 y "La economía de Madrid en el marco de la industrialización española" en NADAL OLLER, Jordi y CARRERAS i ODRIOZOLA, Albert: *Pautas regionales de la industrialización española: (siglos XIX-XX)*, Barcelona, Ariel, 1990, pp. 219-258. NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: "La economía de Madrid. desde la crisis colonial al final de la guerra civil" en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Historia de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 2007, pp. 661-675.

camino que animaba a emprender ese viaje que al principio podía dar miedo: abandonar el pueblo para trasladarse a la gran ciudad. José Pérez pudo sentirse ilusionado con el futuro cuando en 1929 decidió abandonar su pequeño pueblo de Lugo para ir a buscarse la vida a Madrid. Llegó con 21 años y encontró su primer empleo en la tienda de Antonio Soto Valcárcel, en el número 1 de la calle Maudes. Antonio Soto era de Lugo como él, pero había venido 30 años antes, en el año 1900, con la misma edad que José Pérez. Como él, a los 22, trabajó de dependiente, de jornalero, de obrero en cualquier sitio. A los 52 años, en 1930, había conseguido los ahorros para establecer su propio negocio y, como había hecho con él otro lucense 30 años atrás, a la hora de contratar a un dependiente, eligió a un paisano⁴³. Siempre había sido así; los inmigrantes de la provincia que llevaban años en la capital, que habían logrado el pequeño triunfo de pasar de trabajadores a patronos, ayudaban a los jóvenes recién llegados, dándoles un primer empleo y una forma de ganarse la vida en la ciudad.

Una buena parte de los inmigrantes de Lugo (y de los de las provincias que aportaban contingentes de trabajadores similares a la capital), se comportaban de forma muy parecida a como lo hacían setenta años atrás. Poco se diferenciaba la tienda de la calle Maudes de la tahona de Francisco Fernández, aquel panadero de Chamberí que en los primeros tiempos del arrabal abría las puertas de su negocio y de su casa todos los años a nuevos inmigrantes recién llegados desde su patria. Las mismas pautas de solidaridad y de ayuda entre paisanos funcionaban en 1870 que en 1930. Pero en 1930, además, en el horizonte de los trabajadores inmigrantes en la capital se abrían nuevas posibilidades para enriquecerse y acceder a un mayor bienestar. Desde el cambio de siglo, en Madrid se había hecho perceptible una importante transformación de su economía. La vía de entrada en el mercado laboral para los inmigrantes pobres seguía siendo la misma: trabajar como jornaleros. La diferencia estaba en que en los años siguientes, cuando al inmigrante ya se le podía considerar como un madrileño, se le abría un abanico más amplio de oportunidades que a los que le habían precedido a finales del siglo XIX. Y todavía más prometedor era el futuro para sus hijos y sus familiares que llegaban más tarde.

La trayectoria laboral de José María Fernández López era un buen ejemplo de cómo habían cambiado las expectativas de los trabajadores inmigrantes en el primer tercio del siglo XX. José María era uno más de todos esos inmigrantes llegados de Lugo a Madrid. Dejó su provincia natal y llegó a la capital en 1892, con una edad similar a la que todos sus compatriotas tenían al hacer el mismo viaje. Tenía 22 años y probablemente comenzó trabajando en lo que encontraba, en las obras de construcción, en la tienda de comestibles o en la tahona de algún paisano enriquecido, si no, empleado en las numerosas obras públicas de la capital. Lo que es seguro es que en los primeros años se mantuvo en contacto con los suyos, con la gente de su región, pues los gallegos solían juntarse en la capital para hacerse fuertes⁴⁴. Entre gallegos conoció a Manuela Abelleira Laje, que había llegado a Madrid unos años antes que él desde la misma provincia de Lugo y con ella se casó. Al joven matrimonio no les fue del todo mal. En 1905, cuando José María tenía 35 años y Manuela 31, vivían instalados en la portería del número 8 de la calle Palafox, en el arrabal de Chamberí. José María había logrado abandonar el trabajo en la construcción y estaba empleado como sereno de comercio en la calle de La Palma. Se encargaba de supervisar las tiendas y los establecimientos, inspeccionando la calidad de los géneros y garantizando el orden en los días de

⁴³ La reconstrucción de las trayectorias de Antonio Soto Valcárcel y Juan Pérez a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930, caso nº 3140 – Balmes.

⁴⁴ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “De gentes de arrabal a madrileños de centro: el distrito de Chamberí 1860-1930” comunicación presentada en *VIII Congreso de la ADEH*, sesión 19ª, Mahón, junio de 2007.

mercado. No era un gran trabajo, apenas cobraba un jornal diario de dos pesetas y media, pero era un puesto en la administración municipal. Aquel puesto le daba un sueldo seguro y no tendría que preocuparse más de buscar cada día una contratación en las obras. Manuela, por su parte, se encargaba de la portería, lo que les proporcionaba una vivienda gratuita en el mismo inmueble. Era un trabajo que además le permitía cuidar de la pequeña Ángela, la hija del matrimonio que por aquel entonces ya tenía cuatro años. En la garita de la puerta de la calle Palafox podía ser ama de casa y trabajar para otros y con ello aligerar un poco las estrecheces a las que les condenaba el escaso sueldo de su marido⁴⁵.

Manuela y José María no se conformaron con sus puestos de portera y de sereno. Aspiraban a más. Ahorraron dinero y soñaron con que algún día en vez de ser empleados pudieran ser dueños de su propio negocio. José María conocía bien lo que era necesario para poder sacar adelante una pequeña tienda de comestibles o una taberna. Su trabajo era inspeccionar este tipo de establecimientos y controlar su buen funcionamiento. Por su parte, Manuela, no podía dejar de sentir cierta envidia todos los días, cuando salía a la puerta de la portería y veía la lechería de su vecina Lorenza. Algún día tendría su propia tienda, como Lorenza, y en vez de fregar las escaleras para sus vecinos estaría detrás del mostrador, encargada de despachar la mercancía. En 1930, lo habían conseguido. Manuela y José María ya no vivían en la portería sino en una de las tiendas de los bajos del mismo inmueble de la calle Palafox número 8 donde se habían trasladado a comienzos del siglo XX. Habían instalado una carbonería y no debía irles mal porque el matrimonio se podía permitir pagar un alquiler, por la tienda y la vivienda que habitaban, de 2.400 pesetas anuales. Además, como José María ya había cumplido 60 años y Manuela 56, se hacían acompañar de un dependiente que trabajaba para ellos y que residía en la vivienda familiar y que, cómo no, era un joven muchacho venido de la provincia de Lugo al que daban su primer trabajo en la ciudad.

Manuela y José habían cumplido el pequeño sueño de tantos inmigrantes gallegos; habían ahorrado durante muchos años para poder abrir su negocio. Sin embargo, aquella carbonería de la calle Palafox no era la mejor inversión que habían hecho después de tantos esfuerzos. A la larga, más rentable que la tienda que abrieron fue el haberse empeñado en que su hija Ángela estudiara y asistiera a la escuela hasta una edad en que las demás chicas de familias humildes solían abandonarla para ir a ayudar a sus madres en casa o ponerse a trabajar en un taller de costura. Ángela, que en 1930 tenía 29 años, no se había contentado con aprender las cuatro reglas. Estudió tanto que llegó a ser maestra de primera enseñanza y consiguió un puesto en las escuelas públicas, que por aquel entonces, le proporcionaba un sueldo que debía de parecer fabuloso a sus padres: 3.000 pesetas. Estudiar y trabajar no le había impedido casarse y tener hijos. Su marido era Antonio López, que tenía 30 años y era chófer al servicio del Ayuntamiento. No era un mal trabajo. Desde luego, tenía más categoría que el que había tenido el padre de Ángela a su misma edad. José María a los 35 años era sereno de comercio del municipio y cobraba unas dos pesetas y media al día; el salario de Antonio López era de nada más y nada menos que de 3.750 pesetas anuales, toda una fortuna para los ojos de aquellos inmigrantes gallegos que en su día llegaron huyendo de la pobreza de su país⁴⁶.

Durante el primer tercio del siglo XX, desde Lugo, Guadalajara, Jaén, Burgos y desde tantas otras provincias que expulsaban a sus hijos, llegaban a Madrid multitudes

⁴⁵ El retrato de la familia de José María Fernández y de Manuela Abelleira a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905, caso nº 1492 – Cardenal Cisneros.

⁴⁶ El retrato de la familia de José María Fernández y Manuela Abelleira, su hija y yerno a partir de AVM, Estadística, padrón de 1930, caso nº 2.041 – Cardenal Cisneros.

de inmigrantes con las manos vacías a los que era fácil encontrar un trabajo, mal pagado pero alimenticio. Luego la vida les podía sonreír o no. Todo dependía de la capacidad de cada uno de aprender a moverse en un mundo del trabajo que nada tenía que ver con el del pueblo o la pequeña ciudad en la que habían nacido. Muchos de ellos sólo habían conocido el trabajo con la azada y la hoz, tenían alguna experiencia en la construcción de casas, un poco de habilidad con el serrucho y el martillo y con suerte, alguno habría pasado los inviernos a resguardo del frío y de la lluvia en la escuela del pueblo, más por protegerse de las inclemencias del tiempo que por aprender a leer o a sumar. De estos miles de inmigrantes, había quienes se veían condenados de por vida a trabajos mal pagados y duros. Unos sobrevivían y salían adelante y otros sucumbían y la ciudad los devoraba en medio de la penuria creada por los sueldos escasos, el paro frecuente y el alto precio de los alimentos. Pero también había quienes eran los suficientemente astutos para aprovechar las oportunidades que ofrecía una ciudad en intensa expansión o tenían un golpe de suerte, o a las dos cosas a la vez. Entonces, no sin muchos esfuerzos y ahorros, pasaban de jornaleros a pequeños patronos. Incluso podía suceder que sus hijas nacieran para ser maestras y sus hijos para ser empleados medianos y bien pagados. Ahora bien, de inmigrante pobre a pequeño comerciante no se pasaba en un día, ni en un mes; para ello era necesario que transcurrieran unos cuantos años, a veces tenía que pasar una generación, como en casa de los Fernández Abelleira, donde el padre fue sereno y la madre portera y su hija toda una maestra de enseñanza primaria.

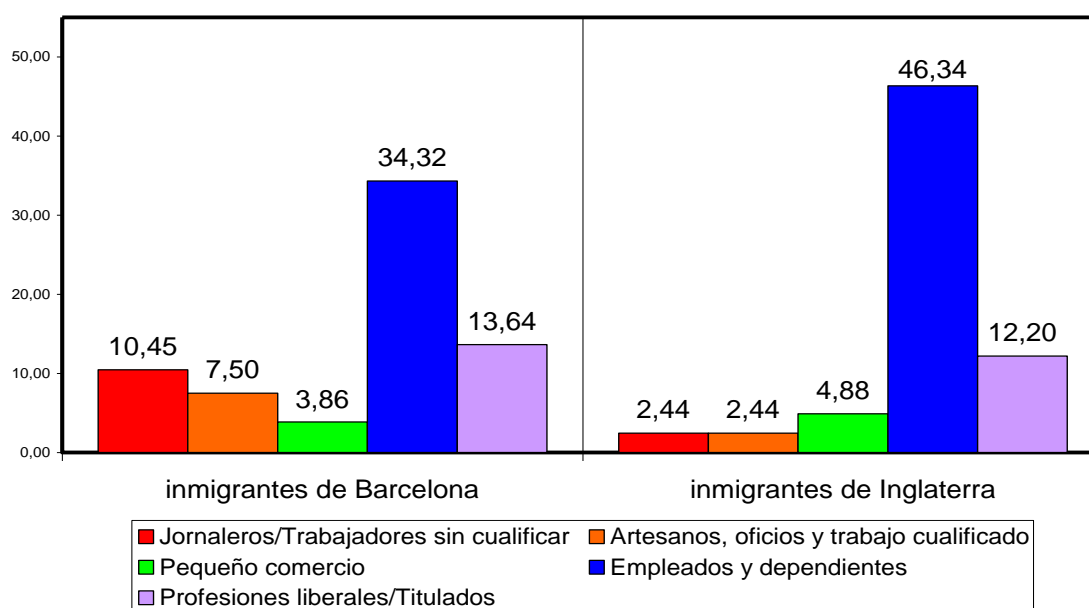
Otros inmigrantes no tenían que esperar tanto para acceder a buenos puestos de trabajo. Aunque de provincias como Guadalajara, Lugo o de la misma provincia de Madrid, la mayor parte de los que acudían a la ciudad eran jornaleros, también de estos lugares llegaban a la capital otros tipos de gentes para los que el traslado no era causado por la necesidad ni obligaba a conformarse con los peores empleos, sino todo lo contrario. Desde estas “provincias pobres” también procedían importantes contingentes de vecinos que habían acudido a Madrid para colmar sus ambiciones profesionales y económicas, habitantes de núcleos de población más pequeños que habían satisfecho ya todas sus aspiraciones en la capital de provincia o en el pueblo del que eran originarios y que recalaban en la capital con la intención de subir un peldaño más. Había mucho negociante de grano que se ocupaba de colocar en la capital las cosechas de sus vecinos del pueblo; también eran frecuentes los hijos de los grandes terratenientes y de las elites provincianas que eran enviados a Madrid para completar sus estudios y hacer carrera. En este sentido, son paradigmáticos los Azaña, familia que durante el siglo XIX alcanzó una gran notabilidad en la cercana ciudad de Alcalá de Henares de la que fue alcalde uno de los miembros de la estirpe y que, una vez alcanzada la cúspide social y económica de la ciudad complutense, acabarían enviando al joven Manuel a estudiar a Madrid. Manuel Azaña, es así, representante de una inmigración minoritaria pero también frecuente de las provincias cercanas a la capital y que se enmarcaba en un movimiento ya secular de drenaje de las elites de todo el país hacia la ciudad que se había convertido en su centro político, económico y cultural⁴⁷.

Pero este tipo de inmigración de elite se hacía más visible entre los que llegaban de zonas más desarrolladas económicamente como Inglaterra y o de otras grandes ciudades como Barcelona. Desde esos lugares las gentes no venían normalmente para comenzar desde cero. Si habían decidido emprender un viaje tan largo, si habían abandonado otras grandes ciudades en las que había tantas oportunidades de ganarse tan

⁴⁷ Para el caso de los Azaña véase OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2003; JULIÁ DÍAZ, Santos: *Manuel Azaña, una biografía política. Del ateneo al Palacio Nacional*, Madrid, Alianza, 1990;

mal la vida como en la capital, era porque sabían de antemano que en Madrid les esperaba un buen empleo o que se le abrirían fácilmente las puertas para enriquecerse y hacer grandes negocios. No había prácticamente jornaleros ni trabajadores manuales entre los inmigrantes barceloneses ni entre los ingleses. El principal sector de empleo en ambos grupos era el de los servicios. De Barcelona y de Inglaterra se venía para encontrar un empleo fijo y no para saltar de trabajo en trabajo en busca de fortuna. De allí no se huía de la pobreza, a la desesperada, sino con un plan concreto. Venían a por trabajo fijo y bien pagado.

Gráfico 10.13: inserción laboral de los varones inmigrantes de los inmigrantes nacidos en la provincia de Barcelona y en Inglaterra

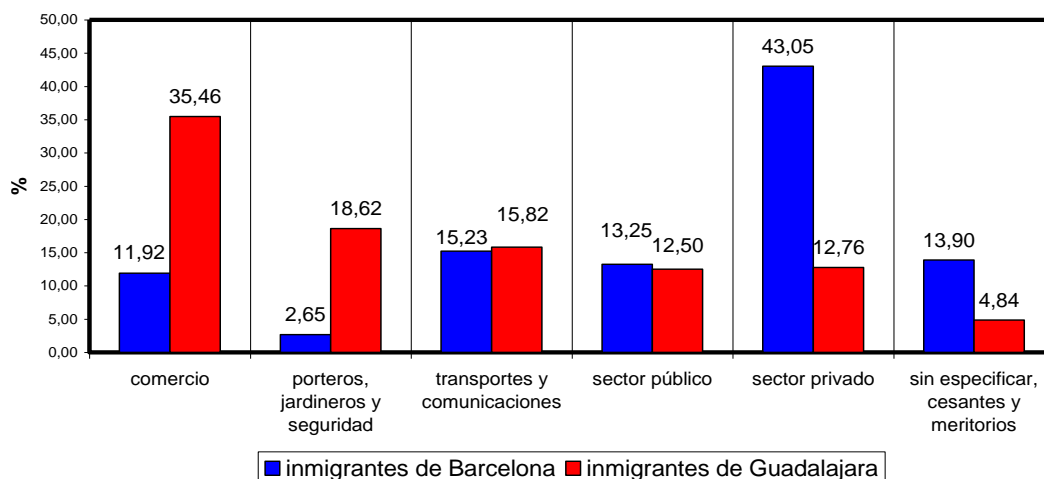


Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

Era cierto que el mundo de los empleados de Madrid era muy heterogéneo. Entre ellos se incluían trabajadores de muy diversas condiciones, desde los dependientes de comercio o los serenos encargados de vigilar calles y mercados en la capital hasta los trabajadores mejor pagados de la banca o los altos funcionarios de ministerios y tribunales. También había un buen número de inmigrantes de las regiones más pobres que se declaraban como empleados (un 27,24% de los inmigrantes llegados de Guadalajara y un 23,29% de los de Lugo), pero no solían tener una mejor situación que la de José María Fernández a comienzos del siglo XX: eran vigilantes del Ayuntamiento, mozos de tienda, o cocheros como mucho. Aunque tenían un sueldo regular, no solía ser muy elevado. Existía una clara diferencia entre el tipo de empleos que conseguían los inmigrantes que venían de una provincia como Guadalajara y que, en su inmensa mayoría, eran gentes nacidas y criadas en pueblos y entornos rurales, y los empleos que conseguían los inmigrantes de Barcelona. Las gentes del campo si tenían suerte, llegaban a trabajar en alguna tienda o en algún comercio, se colocaban como porteros en una finca urbana o en la conserjería de una institución o accedían a un puesto como policía o sereno. El general de los inmigrantes que venían de Barcelona no dejaban la ciudad por tan poco: primero porque los que venían desde la capital catalana ya solían tener más que eso en su propia ciudad. En su mayor parte eran trabajadores con cierta cualificación y al trasladarse en Madrid pretendían, al menos, subir un

escalón en su trayectoria profesional. Madrid era un buen lugar para promocionar y enriquecerse, porque era la capital del Estado y existían muchos más altos puestos para los funcionarios que en cualquier otro sitio. Además, la ciudad del Manzanares era el centro de decisión económico más importante del país y existían más oportunidades para amontonar beneficios en empresas y en negocios de todo tipo.

Gráfico 10.14: sectores de trabajo de los inmigrantes empleados de Barcelona y de Guadalajara. Ensanche Norte, 1930



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

Bastaba echar una ojeada al tipo de empleos que conseguían los inmigrantes de Barcelona en sus primeros años en Madrid para darse cuenta de la distancia que les separaba de los inmigrantes de otras regiones menos desarrolladas. Claro que había inmigrantes catalanes que tenían trabajos mal pagados o de escasa categoría. De todo se podía encontrar. Como en el caso de los inmigrantes de Guadalajara también había algún que otro joven que venía a ganarse la vida en lo que fuera, como Rodolfo Payés de 24 años, que era camarero en Casa Riesgo y tan sólo recibía una peseta diaria por su trabajo, además de la comida gratuita en el restaurante⁴⁸. Sin embargo, dependientes de comercio y camareros eran una minoría entre los barceloneses. E incluso entre los que lo eran, situaciones tan pobres como la del camarero de Casa Riesgo eran las más raras y en cambio era fácil encontrar trabajadores de tiendas y comercios de alta categoría que estaban al servicio de grandes empresas internacionales o que operaban en toda España. Nada tenía que ver el empleo y las condiciones laborales de Pedro Marill Guardia, que había llegado a Madrid en 1929, para trabajar como empleado de comercio de The Texas Co. y que recibía un salario de 3.600 pesetas al año, con todos aquellos muchachos que desde Galicia o Castilla llegaban a la capital para ponerse a trabajar en la carbonería o la panadería de un tío, o de un vecino del pueblo que se había enriquecido en la gran ciudad⁴⁹.

⁴⁸ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930, caso nº 1.489 – Lozoya.

⁴⁹ El retrato de Pedro Marill Guardia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930, caso nº 467 – Guzmán el Bueno.

Tabla 10.1: Inmigrantes de Barcelona empleados en el sector servicios con menos de dos años de residencia. Ensanche Norte 1930			
Nombre	edad	profesión y lugar de trabajo	sueldo
Ramón Inglés Pérez	30	agente comercial	No indica
Francisco Sanchiz Mallent	50	empleado en la Dirección General de Aduanas	7.000
Carlos Velten Arroyo	33	Empleado de comercio	7.200
Jaime Casas Brunet	31	dependiente de comercio	300
Rodolfo Payes Dalmau	24	camarero en Casa Riesgo	365
Julio Cantos de Alcover	42	jefe de sucursal, C ^a fabril de C.E.	9.000
Antonio González Martín	30	viajante cesante	No indica
Leopoldo Ortega Rocafull	34	actor	Eventual
Manuel Oromí Ramoneda	61	agente comercial	No indica
Pedro Marill Guardia	38	Empleado de comercio en The Texas C ^o	3.600
José Castañé Almasqué	37	empleado Comapía: Novela	8.400
Guillermo Demestres Saprissa	35	empleado del Banco Hispano Americano	10.000
Juan Homedes Ranquini	36	preparador micrográfico en el Instituto de Cerealicultura, Moncloa	No indica
Juan Moya Cristiá	38	empleado en un Almacén	7.200
Camilo Benabarre Puig	40	empleado	No Indica
Esteban Rivera Pujol	54	viajante	No indica
Miguel Muntaner Puig	24	representante editorial	Eventual
José Muntada Bach	30	maestro de Instituto; Grupo Escolar Juan de Austria	1.500
Fructuoso Clemente Puisa	50	Representante empresa Inglada de Barcelona	4.800
Ángelo Segre Calvera	37	representante de Unique Pen	12.000
Jorge Fábregas Santamaría	36	agente comercial y representante	Variable

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

Lo que caracterizaba a los inmigrantes de Barcelona era su alta cualificación y su larga experiencia en los escalones superiores del mercado laboral. Formaban parte de la aristocracia del trabajo; eran altos funcionarios, empleados de empresas privadas y profesionales liberales cuyos servicios eran deseados por las más importantes empresas de la época. Un tipo de trabajador y de inmigrante que nunca había sido percibido como un problema para Madrid, pues no venían a engrosar las filas del paro o de la miseria. Todo lo contrario. Eran considerados como un tipo de inmigración y de flujo de recursos que contribuía decisivamente a la modernización y revitalización de la economía madrileña. Muchos de ellos venían directamente enviados por empresas de Barcelona para las que ejercían de representantes y agentes comerciales. Venían a comerciar o a establecer sucursales de sus compañías en la ciudad. Habían sido encargados de abrir mercados, de colocar mercancías y de expandir el negocio de la ciudad condal en la capital para así abrirse al resto del país. Con su actividad, no sólo beneficiaban a la empresa que les contrataba, sino que además ponían su grano de arena para que Madrid se convirtiera cada vez más claramente en el primer centro económico del país.

En estos flujos migratorios, que partían de zonas muy desarrolladas económicamente y que estaban integrados por trabajadores que acudían a Madrid más por ambición que por necesidad, más a la satisfacción de un deseo que expulsados de sus patrias, cuanto más larga la distancia, más alta era la apuesta profesional que se hacía y más cuantiosa la posible recompensa.

**Tabla 10.2: Inmigrantes de Inglaterra empleados en el sector servicios.
Ensanche Norte 1930**

nombre	edad	profesión y lugar de trabajo	salario
John Farrel	40	empleado en la Cía. de Riotinto, Pza Cortes 7 pral	33.750
Eric Edward Glaisher	40	empleado del Anglo South American Bank	18.000
Paul Matchmes	51	empleado de Mor Ardens, Marqués de Cubas 21	18.000
Arthur Leriford	39	empleado	no indica
James Boyd Robinson	40	Contable. Representación de Cía. Río Tinto	37.500
James Wright	46	Viajante. Casa Extranjera; Norfolk SL, London WC2	no indica
Julio Furstenfeld Endzel	42	Empleado. Fuencarral 137 (empresa de productos farmacéuticos)	no indica
Lillian Smith	37	Empleado; General Motors Peninsular SA	13.200
Francisco Osborne Tofield	45	Empleado de comercio. Cía del Gramófono, Av. Pi i Margall 1	12.000
John Charles Morgan Hatfield	39	empleado de banca; Banco Anglo Sudamericano	26.000
Edwin G. Phillips Grant	66	Empleado de comercio. Oficina Conde de Aranda 1	no indica
Leslie Ian Grant Fawcett	35	revisor de cuentas; Casas Barton Mayhew, C/ Fernanflor 4	no variable
Georges W. Houpley	35	secretario contable; Embajada de Inglaterra	no indica
Wray Wande	37	Empleado. Motores Cunsbyard, SA, Madrid	14.400
Alberto Víctor Lowe	41	Representante. Almacén de Aceros	18.000
Robert A.G. Rapworth	50	Secretario. Quintana 5	200 libras
Ken Smith	25	Ingeniero de la Compañía Nacional Telefónica de España	12.000

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

De Inglaterra venían ingenieros, altos empleados de la banca, grandes negociantes que operaban a título particular o que lo hacían en nombre de una de esas grandes compañías que operaban en la City Londinense o cuya sede social podía encontrarse en Nueva York o Detroit. Aquellos ingleses no venía a vender carbón al por menor o a emplearse en cualquier oficina. Los inmigrantes ingleses eran trabajadores de la General Motors, como Lillian Smith de 37 años, que vivía en el Ensanche Norte en 1930 y cobraba 13.200 pesetas al año. Había llegado para organizar la filial española del gigante de la industria de la automoción norteamericana y con él y su empresa llegaban los diseños más sofisticados y los últimos avances de un sector de la producción que se había convertido en uno de los referentes de la economía de aquella época⁵⁰.

También había inmigrantes ingleses que traían bajo el brazo capitales fundamentales para dinamizar la economía madrileña, como los del Anglo South American Bank para el que trabajaban Eric Edgard Glaisher y John Charles Morgan por salarios anuales de 18.000 y 26.000 pesetas respectivamente. También eran trabajadores de empresas que habían sido un modelo de innovación industrial, como la compañía de Minas de Río Tinto y en la que los extranjeros no sólo habían sido contables sino que

⁵⁰ Para el estudio de la industria del automóvil en España, véase GARCÍA RUIZ, José Luis: *Sobre ruedas. Una historia crítica de la industria del automóvil en España*, Madrid, Síntesis, 2003; especialmente el capítulo 1 “La industria automovilística en española anterior a los decretos Ford (1972)”, pp. 13-93; ESTAPÉ TRIAY, Salvador: “Del fordismo al toyotismo: una aproximación al caso de Motor Ibérica: Perspectiva histórica 1920-1995”, *Economía industrial*, nº 315 (1997), pp. 185-195; HERNÁNDEZ MARCO, José Luis: “Los precios de los automóviles importados en la España de los años veinte”, *Revista de historia industrial*, nº 22 (2002), pp. 157-173. HERNÁNDEZ MARCO, José Luis: “La oferta automovilística en España antes del “seat-600”: 1906-1957”, *Economía industrial*, pp. 131-148. CATALÁN, Jordi: “El siglo europeo de Ford y los límites del fordismo”, *Revista de Historia Industrial*, nº 33 (2007), pp. 167-186.

habían introducido importantes novedades en las formas de explotar los recursos minerales y organizar el trabajo. El trabajador inglés y por extensión extranjero, era altamente apreciado y bien recompensado porque muchas veces tenía una experiencia y traía unos conocimientos de los que se carecían en España. Como Ken Smith, que a sus sólo 25 años cobraba a 12.000 pesetas por su trabajo en la Compañía Telefónica. Los ingenieros en telecomunicaciones no eran abundantes en el país pero sus conocimientos sí eran muy necesarios. Para poner en marcha una empresa de tan grandes dimensiones como la Compañía Nacional Telefónica de España, se había podido contar con capital nacional pero no se había encontrado los ingenieros españoles para hacerla funcionar. Aquellos profesionales ingleses venían a cubrir unos puestos de trabajo que de otra manera habrían quedado vacantes ⁵¹.

Los jornaleros de todos los pueblos de España y los ingenieros y altos empleados venidos de las grandes ciudades y del extranjero eran las dos caras de la inmigración a Madrid durante el primer tercio del siglo XX. Cada uno con sus motivaciones; unos venían por hambre, otros por ambición, unos huyendo de la pobreza, otros atraídos al olor de la riqueza. Ambos grupos eran vitales en el desarrollo económico de la ciudad. Los inmigrantes pobres aportaban los brazos y el esfuerzo necesarios para poner en marcha los grandes y pequeños negocios que animaban la economía madrileña, desde la construcción a la organización de los servicios públicos, desde el trabajo en grandes fábricas hasta en el pequeño comercio. Los inmigrantes venidos de otras grandes ciudades españolas y del extranjero inyectaban en la ciudad la innovación para que Madrid encontrara caminos cada vez más modernos en la organización de su vida económica. En conjunto, todos los inmigrantes, independientemente de su procedencia, contribuían al crecimiento de una ciudad que siempre les había necesitado para existir.

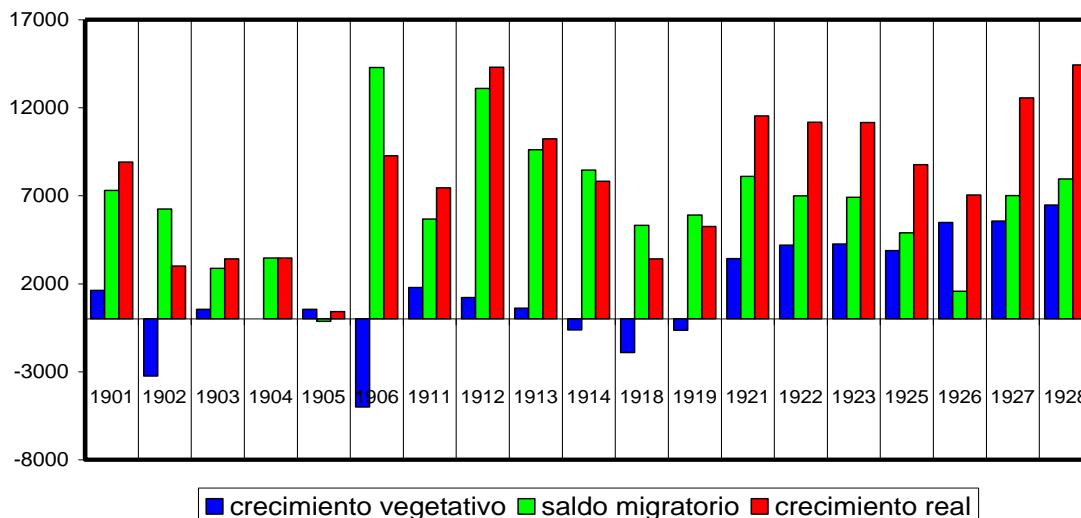
El lento descenso de la mortalidad

Madrid abandona a paso de caballo sus viejos comportamientos demográficos

Los dos tipos de inmigrantes, expulsados por la pobreza y atraídos por la riqueza, garantizaron el crecimiento de Madrid en el primer tercio del siglo XX. Como en siglos anteriores, inmigrantes hambrientos y ambiciosos, aportaron la vitalidad necesaria a una población de Madrid crónicamente enferma, a una ciudad débil por naturaleza que era incapaz de encontrar en su seno el vigor para crecer y que necesitaba de las gentes de sus alrededores para sobrevivir. En los primeros veinte años del siglo XX, la alta mortalidad de la población madrileña, que aún la anclaba a los tiempos pasados, fue descendiendo a paso de coche de caballos mientras que la inmigración que entraba por las puertas de la ciudad creció a la velocidad del tranvía eléctrico. Hasta 1920, el crecimiento vegetativo, la aportación de la propia ciudad a su crecimiento, fue en la mayoría de los años anecdótica. En algunos casos fue nula o negativa, como en los años de crisis tras la Primera Guerra Mundial, en que la gripe se alió a la crisis económica para elevar las tasas de mortalidad hasta hacer retroceder el número de madrileños. Pero ahí estaban siempre los inmigrantes para compensar la sangría de vecinos que la muerte hacía tributar a la capital de tiempo en tiempo.

⁵¹ CALVO, Ángel: "Telefónica toma el mando: Monopolio privado, modernización y expansión de la telefonía en España, 1924-1945", *Revista de Historia Industrial*, nº 32 (2006), pp. 69-98; ÁLVARO MOYA, Adoración: "Redes empresariales, inversión directa extranjera y monopolio: el caso de Telefónica, 1924-1965", *Revista de Historia Industrial*, nº 34 (2007), pp. 65-96. PÉREZ YUSTE, Antonio: "La creación del a Compañía Telefónica Nacional de España en la dictadura de Primo de Rivera", *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 29 (2007), pp. 95-117; sobre los trabajadores y su forma de contratación BORDERÍAS, Cristina: *Entre líneas: trabajo e identidad femenina en la España contemporánea: la Compañía Telefónica, 1924-1980*, Barcelona, Icaria, 1993.

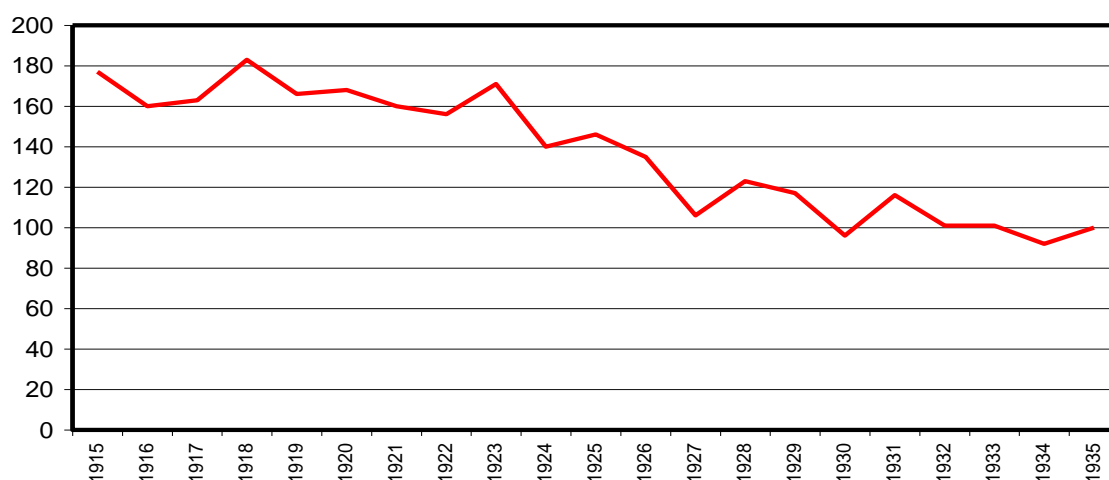
Gráfico 10.15: evolución del crecimiento vegetativo, saldo migratorio y del crecimiento real en Madrid en 1901-1928



Elaboración propia a partir de los datos ofrecidos por AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria, información de la ciudad*, 1929. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1929, pág. 119

La inmigración fue una constante que garantizó el crecimiento de Madrid desde mediados del siglo XIX. Al principio, los inmigrantes habían llegado como torrentes, sacudidos por las tempestades que una crisis agraria había producido en los medios rurales. Luego, cuando el triunfo y la consolidación de una parte de los primeros llegados a la capital se había conocido en sus pueblos, fueron llegando en un fluir más plácido y corriente. El inmigrante de Lugo que había conseguido sobrevivir en la ciudad e incluso fundar un próspero negocio, ya una tahona, una taberna o una tienda de ultramarinos, se lo contaba algún paisano suyo que fuera arriero y que iba con las noticias de vuelta a su villa natal. O era el mismo, que al retirarse del mundo del trabajo o al visitar el pueblo en alguna ocasión podía demostrar ante los suyos hasta donde había llegado en sus aventuras en la gran ciudad. Entonces, en el pueblo se animaban nuevos jóvenes para emigrar a la capital. Las criadas que retornaban a los treinta años con la bolsa llena de monedas animaban a las más jóvenes de su pueblo a que siguieran su camino. Los jornaleros que conseguían abrirse camino en la ciudad no dudaban en acoger familiares y conocidos. Claro que en los pueblos conocían el riesgo de trasladarse a la capital; sabían que muchos se quedaban en el camino o morían prematuramente en un contexto duro y hostil, pero probablemente la gente se quedara con el ejemplo positivo, con el que daba aliento y esperanza. De tal manera que aquellos torrentes se fueron convirtiendo en flujos regulares que acudían del campo a la capital y en las primeras décadas de siglo XX ya eran caudalosos ríos que abastecían humanamente un Madrid que lo necesitaba para crecer. La inmigración se convertía en un factor de crecimiento demográfico para Madrid que aseguraba que, pasara lo que pasara, el número de habitantes de la ciudad seguiría creciendo a un ritmo importante. Que aunque la ciudad siguiera arrojando esos balances mortíferos que la habían caracterizado, su incremento de vecinos se mantendría.

Gráfico 10.16: Evolución de la tasa de mortalidad infantil legal en Madrid capital entre 1915 y 1935 (muertos por cada 1.000 nacidos)



Elaboración propia a partir de los datos ofrecidos por GÓMEZ REDONDO, Rosa María: “El descenso de la mortalidad infantil en Madrid, 1900-1970”, *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, nº 32 (1985), pp. 101-140.

A partir de 1920 la fuerza del crecimiento de Madrid se redobló porque al aporte de la inmigración se sumó el de la propia vitalidad biológica de sus habitantes⁵². Tras la tempestad de la gripe de 1918, como si aquella catástrofe sanitaria hubiera ejercido de revulsivo, se iniciaron unos años de buena salud, antes desconocida en la capital. El descenso de la mortalidad, tanto del conjunto de la población madrileña como de sus niños, que en las décadas precedentes había sido errático y lento, se consolidó. En el Madrid de la década de los 20 se vivía más y mejor que en los tiempos anteriores y, sobre todo, se moría menos y más tarde. Los niños nacían prácticamente al mismo ritmo que siempre pero, y esto era fundamental en el cambio que se produjo, sobrevivían más al incierto primer año de vida. Si en 1920 antes de cumplir un año morían unos 168 niños de cada mil nacidos, a comienzos de la década de 1930 esa cifra se había situado alrededor de los 100⁵³. Teniendo en cuenta que a la capital llegaban constantemente hombres y mujeres jóvenes, con hijos pequeños o en edad de comenzar a tenerlos, la influencia de aquel cambio no era menor. Madrid, pasó entre 1920 y 1930 de ser la ciudad de la muerte y devoradora de vidas que había sido desde hacía siglos a presentarse como una urbe rebosante de vida. Los datos subrayan esa vitalidad; en esos diez años la población del municipio de Madrid sufrió una explosión, quizá pequeña para las que se conocieron después pero que en la época produjo un gran impacto: de 750.000 habitantes en 1920 se alzó hasta los 950.000 en 1930. Madrid rozaba el millón

⁵² FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luís Enrique: *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Madrid, Comunidad de Madrid – Alfoz, 1989. Vol. 1, pp.29-76

⁵³ GÓMEZ REDONDO, Rosa María: “El descenso de la mortalidad infantil en Madrid, 1900-1970”, *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, nº 32 (1985), pp. 101-140; el análisis de las causas de este descenso de la mortalidad infantil en Madrid y sus entornos rurales, SANZ GIMENO, Alberto y RAMIRO FARIÑA, Diego: “La caída de la mortalidad en la infancia en la España interior, 1860-1960: Un análisis de las causas de muerte”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 24 (2002), pp. 151-188.

de vecinos. Es más, siendo justos, lo superaba, pues si se consideraba parte de la ciudad algunos municipios de los alrededores que ya tenían calles en común con ella o que estaban comunicados por medios de transporte que las convertían más en barrios de la capital que en localidades independientes, entonces, Madrid en 1930 había superado el millón cien mil habitantes⁵⁴. Madrid crecía más rápido, más fuerte y más eficientemente que nunca: aquel millón de madrileños vivían, al fin, de manera más acorde con los tiempos del veloz automóvil y del metro, que ya daban el tono a las calles de la ciudad, que con los tiempos del peatón y el coche de punto, en que la vida estaba trágicamente marcada por la muerte prematura de niños y las epidemias catastróficas de cólera o gripe.

El descenso de la mortalidad y el control de la enfermedad y de sus consecuencias fueron factores definitivos en el gran crecimiento que Madrid comenzó a experimentar en 1920⁵⁵. Sesenta años después de ser aprobado el proyecto de Ensanche, la ciudad recogía algunos de sus beneficios. Además de la reactivación del negocio inmobiliario, el diseño de la ampliación de la ciudad que hizo el ingeniero Castro en 1860 tenía como uno de sus principales objetivos mejorar las condiciones de vida de un vecindario de Madrid que hasta entonces vivía hacinado en el casco antiguo. El proyecto del Ensanche nació bajo el influjo de la grave epidemia de cólera de 1855 y se puso en marcha en 1868, tras el siguiente embate de esta enfermedad, en 1865. No obstante, la apertura de la ciudad no acabó de solucionar los problemas de higiene y salubridad de la vivienda obrera: en 1885 y en 1890 se produjeron nuevas crisis sanitarias y las críticas a las deplorables condiciones higiénicas en que vivían una parte importante de los madrileños arreciaron durante estos años tanto desde medios científicos y académicos como desde medios políticos, especialmente desde el movimiento obrero⁵⁶.

Si la puesta en marcha del Ensanche tardó tanto en recortar el número de muertes en Madrid se debió a diversas causas. La primera estuvo relacionada con las importantes rebajas que el inicial proyecto de Castro sufrió en las normas constructivas. Los espacios dedicados a jardines, a patios y a zonas comunes fueron reducidos posteriormente por las ordenanzas municipales. Por otro lado, una cosa era diseñar una nueva ciudad siendo sensible a las normas de higiene y otra muy distinta era construirla y dotarla de los servicios necesarios para que imperara una vida saludable⁵⁷. La construcción de los nuevos edificios fue muy por delante de la instalación del

⁵⁴ El millón cien mil habitantes corresponden a los del municipio de Madrid y los de los municipios que serían anexionados a la capital en 1950 (Aravaca, Barajas de Madrid, Canillas, Canillejas, Carabanchel Alto, Carabanchel Bajo, Chamartín de la Rosa, Fuencarral, Hortaleza, El Pardo, Vallecas, Vicálvaro y Villaverde).

⁵⁵ Para una caracterización general de este proceso de transición de un modelo demográfico de tipo antiguo con altas tasas de mortalidad y natalidad a otro con tasas de mortalidad reducidas véase PÉREZ MOREDA, Vicente: "La modernización demográfica, 1800-1930: sus limitaciones y cronología" en SÁNCHEZ ALBORNOZ, Nicolás (coord.): *La modernización económica de España 1830-1930*, Madrid, Alianza, 1985, pp. 25-62.

⁵⁶ Para la denuncia de las condiciones de la vivienda obrera en Madrid hechas por médicos tómese como ejemplo HAUSER, Philip: *Madrid bajo un punto de vista médico-social*, 2 vols., (edición a cargo de Carmen del Moral, Madrid, Editora nacional, 1979), vol. 1, pp. 313-338. Las denuncias de Hauser a comienzos de siglo son continuadas años después por CHICOTE, César: *La vivienda insalubre en Madrid*, Madrid, Imprenta Municipal, 1914.

⁵⁷ Para los problemas en el desarrollo efectivo del Ensanche y los servicios públicos en los nuevos barrios, MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982 CARBALLO, Borja, PALLOL, Rubén y VICENTE, Fernando: *El ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

alcantarillado o de la creación de la red de distribución de agua. En los nuevos barrios pudo haber más espacio para sus habitantes y el aire que corría por sus calles era quizá menos corrupto que el de los viejos y estrechos barrios del interior de Madrid, pero el agua faltó durante muchos años. El Ensanche fue durante mucho tiempo, especialmente en sus zonas más depreciadas como Vallehermoso o Arganzuela, una zona residencial para pobres, donde faltaban los servicios más básicos para garantizar una vida en condiciones higiénicas. Y hasta que tuberías, cañerías y cloacas no se ramificaron, su ausencia hubo de notarse en la persistencia de la muerte y de la enfermedad como amenazas cotidianas.

Otra razón poderosa para que se mantuviera el carácter mortífero de la ciudad fue que, a pesar de que el nuevo Madrid se estaba construyendo en Chamberí, Vallehermoso, Salamanca y Arganzuela, el casco antiguo subsistía y siguió siendo por mucho tiempo el principal espacio residencial de la capital. Hasta que en 1900 el Ensanche no alcanzó un desarrollo estimable de su caserío, mucha gente siguió viviendo en los antiguos edificios y en las calles estrechas del viejo Madrid. Sólo a partir de esa fecha el centro de la ciudad comenzó a desahogarse y los madrileños comenzaron a trasladarse masivamente a los nuevos barrios en los que había más aire y más espacio. Fue entonces, al dejar sitio en el casco antiguo, cuando mejoraron las condiciones de vida en los barrios viejos, en los que el hacinamiento había sido un problema grave en las últimas décadas⁵⁸.

Finalmente, también había que tener en cuenta que el Ensanche no era la panacea. Las malas condiciones de la vivienda y la falta de higiene en la vida de los madrileños tenían gran parte de responsabilidad en las altas tasas de mortalidad de la ciudad. La escasez de patios, la mala ventilación de las casas, su tamaño reducido, el hacinamiento, los deficientes sistemas de distribución de agua potable y de evacuación de aguas residuales creaban condiciones en las que enfermedades tan letales como el cólera o la gripe se propagaban fácilmente. Pero eso era sólo una parte de la realidad. Si la muerte visitaba con tanta frecuencia los hogares madrileños y si su cosecha en vidas se encarnizaba en las cunas de los recién nacidos con tan trágica fuerza hasta 1920 era también porque encontraba cuerpos proclives a la enfermedad y que eran muchas veces incapaces de sanar. Los madrileños enfermaban y morían tanto, no sólo porque habitaban en viviendas insalubres, sino también porque sus estómagos estaban vacíos y no tenían recursos para curarse cuando les faltaba salud⁵⁹. De nada servía que las nuevas viviendas fueran más amplias y estuvieran mejor aireadas que las del viejo Madrid si los salarios de los trabajadores no bastaban para alquilarlas y se veían forzados a compartirlas o tenían que escatimar en otros gastos básicos como la alimentación. No, para que la mortalidad descendiera en Madrid no bastaba únicamente que las clases trabajadoras vivieran en mejores barrios y edificios. De nada servía que se abriera la

⁵⁸ Así, en el estudio de la ciudad promovido por el Ayuntamiento en 1929, al abordar la sobremortalidad en Madrid, todavía se ponía el acento en estas zonas, especialmente de los barrios bajos y se hacía un análisis de determinadas manzanas de viviendas en los distritos de Hospital e Inclusa. AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria, información de la ciudad, 1929*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1929, pp. 115-118.

⁵⁹ Para la mala alimentación de las clases populares del siglo XIX, resulta fundamental los testimonios aportados a la Comisión de Reformas Sociales. Un análisis en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "Niveles de vida del proletariado madrileño (1883-1903)" en VV.AA.: *El reformismo social en España: la Comisión de Reformas Sociales: actas de los IV Coloquios de Historia*, Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros 1987, pp. 163-180. Sobre la evolución de los precios de las subsistencias en el primer tercio del siglo XX y las protestas obreras por el del pan, los capítulos agrupados en "Las protestas del pan", en SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera*, Madrid 1901-1923. Madrid, Cinca, 2005, pp. 33-104.

ventana para que entrara el aire y que sus habitaciones fueran más amplias si luego se morían de hambre o se veían condenados a vivir apiñados con otra familia para poder hacer frente al pago del alquiler. El jornalero o el artesano que caía enfermo, no se recuperaba porque vivía al límite; si faltaba al tajo o al taller perdía su salario y por lo tanto contaba con menos monedas para afrontar su alimentación. No podía esperar a recuperar su salud plenamente; no podía quedarse convaleciente en la cama hasta estar completamente sanado. El jornalero o la lavandera tuberculosos o griposos, al menor signo de mejora, levantaban y marchaban a trabajar porque les hacía falta. Porque si no, en unos días no tendrían nada que comer. Quizá vivir en barrios mejor acondicionados previniera algunas enfermedades pero no acababa totalmente con los problemas; mientras una proporción tan alta de la población madrileña viviera en las condiciones tan miserables a las que les condenaba su salario, la muerte y la enfermedad seguirían reinando en la ciudad.

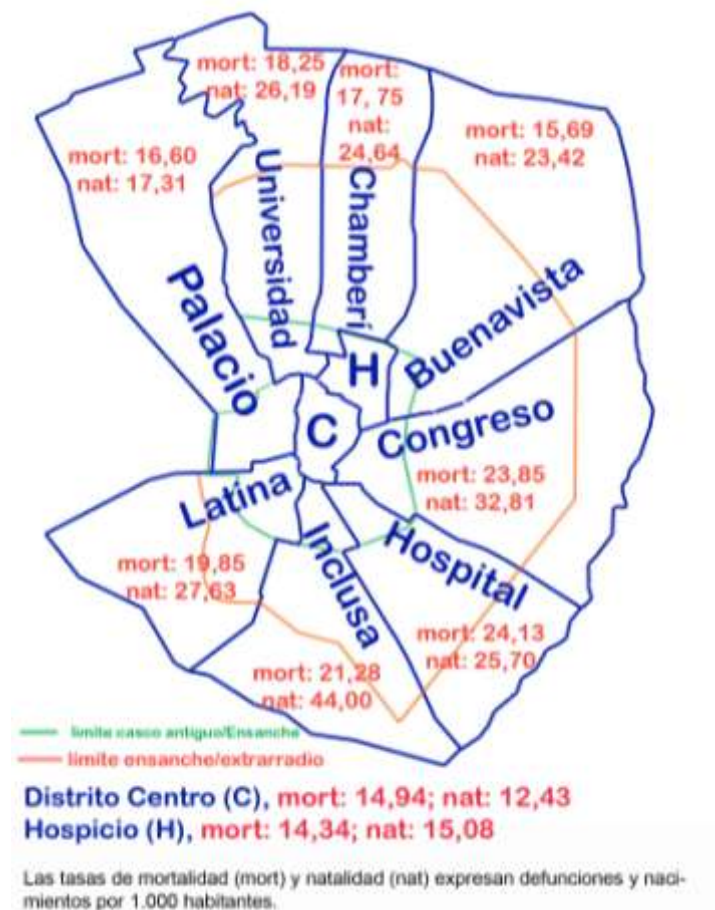
Las altas tasas de mortalidad madrileñas hasta 1920 no eran un problema derivado únicamente de las carencias higiénicas de la ciudad. La solución no se conseguiría sólo con un diseño más adecuado de los edificios y del trazado de las calles. Además de un problema urbanístico, la gran mortalidad de Madrid era sobre todo un problema de desigualdad social ante los recursos y el bienestar. Esto ya había quedado demostrado a comienzos de siglo XX, al hacerse visible que existían algunas zonas de la ciudad que escapaban a la amenaza que la muerte y la enfermedad ejercían en el conjunto de Madrid. Eran los barrios altos, las zonas lujosas de la Castellana o las calles del barrio de Salamanca, donde no morían casi los niños y la gripe y la tuberculosis pasaban de largo, sin pararse en las puertas de las casas. Allí no existía ese balance trágico de más fallecimientos que nacimientos; en parte porque las condiciones de la vivienda eran mejores y, sobre todo, porque sus habitantes estaban mejor alimentados. Los vecinos de la Castellana no conocían el hambre, que era un compañero habitual en las vidas del resto de madrileños. Nunca habían tenido problemas por dejar de ir a trabajar un día para recuperarse de una enfermedad. No se les presentaban dificultades para encontrar las monedas con que pagar los medicamentos. Las diferencias que existían entre Vallehermoso, el barrio de los cementerios y Fernando el Santo, el de los hoteles de la Castellana, ante la vida y la muerte en 1905 hacían necesario pensarse mucho si era conveniente hablar de un solo comportamiento demográfico para los habitantes de Madrid. En realidad, no se podía hablar de la evolución de la población madrileña como si fuera un grupo homogéneo, en el que todas las personas, independientemente de su condición social, se veían afectadas de la misma manera por la amenaza de la enfermedad y de la muerte⁶⁰.

Eso ni era cierto ni era justo. En Madrid, en realidad, existían diversos comportamientos demográficos. A cada grupo social, según sus recursos y el grado de bienestar o de escasez que disfrutara en su vida cotidiana, se le abría un recorrido vital muy diferente. Estaba claro que las gentes con dinero vivían más; mucho más... para ellos la esperanza de vida no se situaba en los 36 años como para el conjunto de los madrileños; tampoco solían sufrir con la misma frecuencia la desgracia de la pérdida de un hijo recién nacido. Las mujeres que vivían en los hoteles de la Castellana o en los pisos lujosos del barrio de Salamanca no estaban débiles ni hambrientas el día que daban a luz. No les faltó nunca un médico en la cabecera de su cama ni una comadrona a los pies para ayudarlas en el momento del parto. Si no se encontraban bien para dar el

⁶⁰ Un punto sobre el que ha insistido a lo largo de sus trabajos el profesor Antonio Fernández García, especialmente en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*. Madrid, Vicens Vives, 1985.

pecho a sus hijos o no querían hacerlo, siempre pudieron contratar una sana nodriza traída de las montañas vascas o cántabras para que lo hicieran por ellas.

Plano 10.3: Diferencias en la mortalidad y natalidad por distritos en el Madrid de 1928



Elaboración propia a partir de AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria, información.. Ob. Cit.*, pág. 115. La tan alta tasa de natalidad en el distrito de Inclusa (44 nacimientos por mil habitantes) se debe a que en este distrito se encontraba el establecimiento destinado a la recogida de niños abandonados y dados en adopción.

En 1930, el Ensanche Norte era un buen lugar para observar los distintos comportamientos demográficos que coexistían dentro de la población madrileña. Esta zona recién urbanizada estaba compuesta por once barrios que desde comienzos de siglo se habían diferenciados unos de otros por sus precios de alquiler y por el tipo de vecinos que albergaban. En 1930 esas diferencias se mantenían e incluso se habían hecho más acusadas por efecto de la intensa inflación que se produjo durante la Primera Guerra Mundial y los años de posguerra⁶¹. El barrio de Lozoya, el que más tarde se urbanizó y en el que se encontraban los solares sin edificar que todavía subsistían en el Ensanche Norte, era el que arrojaba precios de alquileres más bajos. El alquiler medio de una vivienda en el barrio de Lozoya era de cerca de 60 pesetas mensuales. Era una zona con grandes espacios dedicados a equipamientos y servicios como los depósitos del Canal

⁶¹ Para la inflación de la Primera Guerra Mundial y la posguerra, ROLDÁN, Santiago; GARCÍA DELGADO, José Luis y MUÑOZ, Juan: *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, Madrid, Confederación de Cajas de Ahorro, 1973, Vol. 1, 137-266.

de Isabel II, algunas fábricas y los cementerios que tanto retrasaron su uso inmobiliario. Con tales vecindades y como ya sucedía desde comienzos de siglo XX, los edificios que surgían en aquel barrio eran de poca calidad, baratos para que fueran asequibles para las familias de jornaleros, de trabajadores manuales y de empleados de mediana y baja categoría, que habían de ser los únicos dispuestos a vivir en tal lugar.

Plano 10.4: Diferencias en los indicadores demográficos por barrios. Ensanche Norte 1930

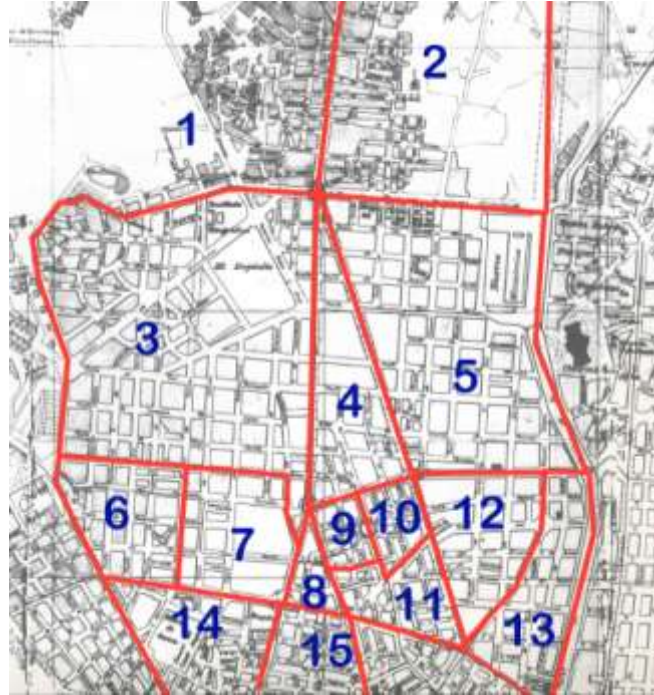


Tabla 10.3: Estadística demográfica de Madrid en 1928. Tasas de mortalidad, natalidad y mortalidad infantil en los barrios del Ensanche Norte y alrededores.

	nº del plano	barrios	alquiler medio mensual 1930 (ptas)	tasa de natalidad 1928	tasa de mortalidad 1928	mortalidad infantil 1928
extrarradio	1	Bellas Vistas	.	38,96	23,43	117,22
	2	Cuatro Caminos	.	45,43	23,19	135,73
Ensanche Norte	3	Lozoya	59,94	28,51	16,67	133,80
	4	Balmes	65,82	23,81	16,06	73,31
	5	Hipódromo	92,55	28,08	21,86	102,17
	6	Guzmán el Bueno	98,12	20,31	11,41	94,89
	7	Vallehermoso	83,48	36,95	24,96	
	8	Sandoval	107,16	16,28	13,45	76,09
	9	Cardenal Cisneros	63,15	19,41	16,83	82,28
	10	Trafalgar	66,22	17,87	15,48	70,87
	11	Luchana	113,81	12,52	14,85	51,55
	12	Alfonso X	137,84	19,75	18,12	73,17
	13	Fernando el Santo	312,38	12,31	11,79	59,32
casco antiguo	14	Conde Duque	.	10,89	6,33	96,77
	15	Monteleón	.	14,67	13,64	123,89

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930 (datos de alquiler) y AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Estadística Demográfica*, Madrid, 1928.

En el otro extremo de la escala de precios se situaba el barrio de Fernando el Santo, la zona junto al paseo de la Castellana donde habían surgido los hotelitos de la aristocracia madrileña. A la altura de 1930, el suelo de aquel lujoso rincón estaba ya ocupado prácticamente en su totalidad y el suministro y organización de todos los servicios estaba organizado (alumbrado público, suministro de agua, gas y electricidad, pavimentado y acondicionamiento de las calles...). La inmensa mayoría de los propietarios de terreno había optado por la construcción de edificios de lujo para alquiler y venta y Fernando el Santo se había convertido en uno de los barrios más codiciados de Madrid. Su precio medio de alquiler era de 312 pesetas, más de cinco veces el del barrio de Lozoya, lo que lo hacía accesible sólo a las rentas más altas. Como en 1905, en 1930 este barrio estaba habitado por grandes propietarios, nobles, grandes financieros y negociantes, artistas, altos funcionarios del Estado y algún que otro comerciante enriquecido y junto a ellos, un nutrido ejército de criados al servicio de los señores de los hoteles y los pisos de lujo de estas calles. Pero las diferencias entre la población de ambos barrios no se quedaban en el tipo de trabajos de sus habitantes y en el nivel de los alquileres que pagaban unos y otros. Las cifras estadísticas que ofrecía el Ayuntamiento de Madrid cada año también señalaban que existían también ciertas diferencias en el número de hijos que tenían las familias de cada barrio y en la edad en que les amenazaba la muerte.

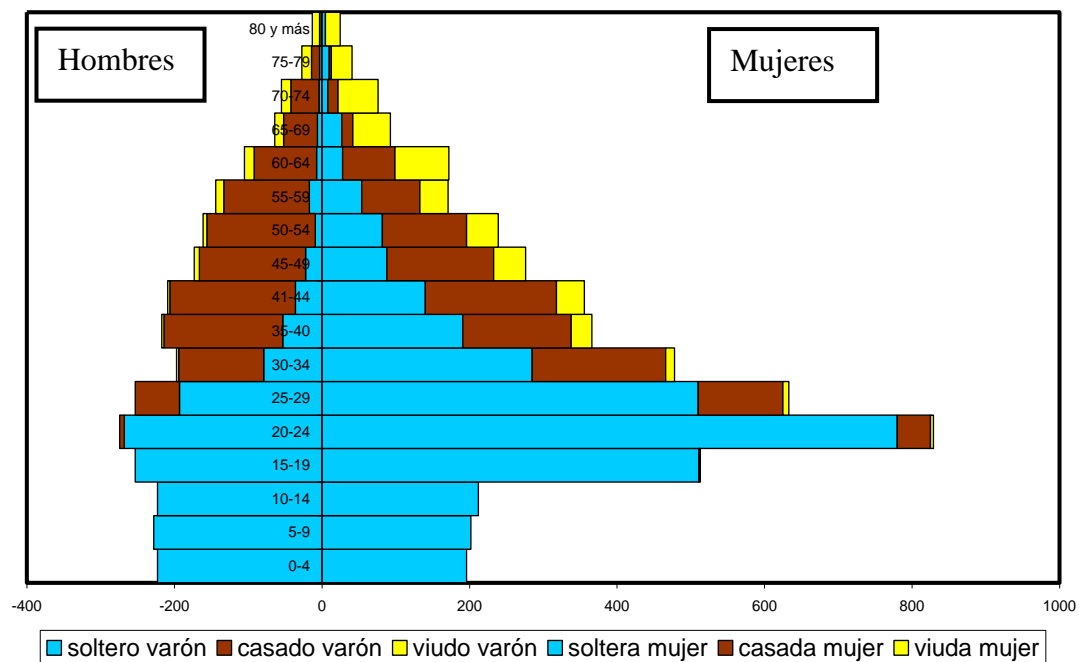
La tasa de natalidad marcaba una primera diferencia. En la estadística se hacía visible que en los barrios de familias pobres nacían más niños que en los barrios acomodados. El barrio de Lozoya arrojaba en 1928 una tasa de natalidad bruta de 28,51 nacimientos por mil habitantes, mientras que la de Fernando el Santo era de tan sólo 12,31⁶². Ahora bien, esto no quería decir necesariamente que las familias pobres y con menos recursos tendieran a tener familias mucho más numerosas y que sus mujeres fueran más fecundas que las que habitaban en los hotelitos de la Castellana. No se trataba de que entre los más ricos se apostara más por el control de la natalidad y en cambio las familias con menos recursos tuvieran muchos hijos, sin preocuparse demasiado de cómo sacarlos adelante. Las cifras eran engañosas porque dentro de cada barrio no había la misma proporción de mujeres con posibilidad de concebir hijos. En realidad, en el lujoso barrio de Fernando el Santo la mayor parte de las mujeres en edad fértil no podían tenerlos por su situación laboral.

Fernando el Santo era un barrio caro pero no por ello hay que considerar que todos sus habitantes pertenecían a las clases acomodadas. De hecho, una gran parte de los empadronados en las orillas de la Castellana eran trabajadores de salarios bajos, sobre todo mujeres. De los 7.859 habitantes de aquellas calles, una tercera parte aproximadamente (2.209 personas, un 28,11%) estaba compuesta por criados que residían en casas de sus amos, en su mayoría mujeres jóvenes y solteras que, a pesar de estar en la edad más fértil, no podían convertirse en madres⁶³. Sólo en muy contadas ocasiones se acogía a una criada o un criado con su familia para entrar a servir en una gran casa; a veces el portero de la finca o el jardinero podía casarse e ir a vivir a casa de sus señores con su mujer e hijos. Pero las criadas nunca. El trabajo en el servicio doméstico estaba concebido precisamente como un trabajo para tiempo de soltería. Si una doncella, una cocinera o una sirvienta para todo querían casarse y tener hijos, debían renunciar a su puesto de trabajo. Entonces marchaban de vuelta a su pueblo o se trasladaban con su marido a otro barrio, como el de Lozoya, en el que pudieran pagar los alquileres.

⁶² AYUNTAMIENTO DE MADRID, *Estadística demográfica*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1928.

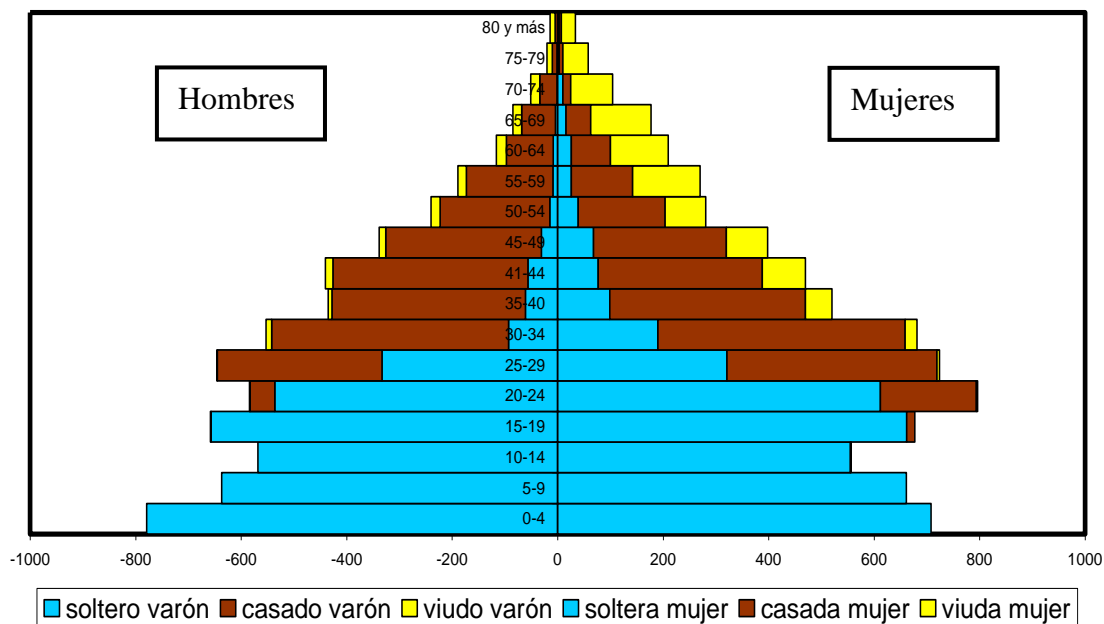
⁶³ AVM, *Estadística*, padrón del Ensanche Norte, 1930.

Gráfico 10.17: Pirámide de población del barrio Fernando el Santo en 1930



El

Gráfico 10.18: Pirámide de población del barrio de Lozoya en 1930



En Lozoya, en cambio, las criadas tenían un escaso peso en el conjunto de la población. Las jóvenes que se inscribían como tales, que vivían en casa de sus empleadores y por lo tanto habían pospuesto el momento de convertirse en madres, sólo eran un 3,68% del total de habitantes⁶⁴. Por otro lado, los habitantes de aquel barrio eran especialmente jóvenes. Al ser una zona de alquiler barato, Lozoya era uno de los barrios a los que se dirigían las familias inmigrantes que llegaban a Madrid y las familias más jóvenes y con menos recursos, o las que tenían más hijos menores y, por lo tanto, más problemas para cubrir el presupuesto familiar. La pobreza era también una cuestión de edad. Para las familias de jornaleros, de trabajadores manuales y de empleados de bajo rango, la pobreza era siempre una amenaza pero se hacía más acuciante en determinadas épocas de la vida. Especialmente cuando se tenían los primeros hijos, cuando los cuidados de su madre (porque eran las madres las que los dispensaban) eran más necesarios y era prácticamente imposible que salieran a trabajar fuera de casa, el margen entre los sueldos que se obtenían en un hogar y el presupuesto para alimentar las bocas de lo que lo integraban se hacía más estrecho⁶⁵.

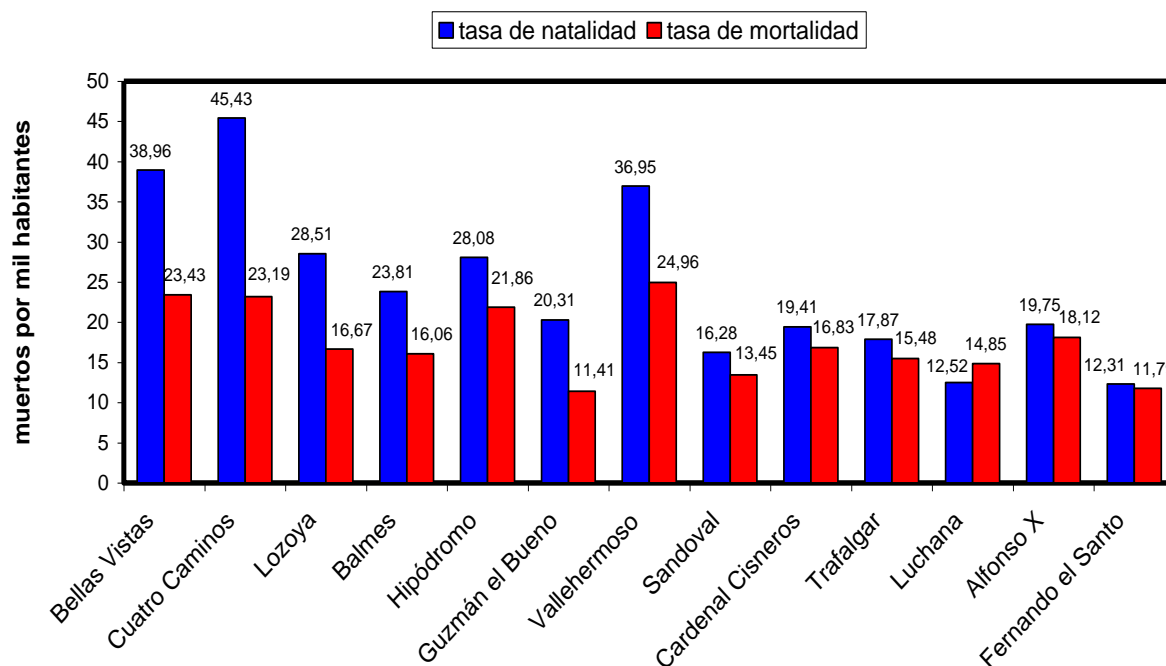
Por todo ello era lógico que los barrios más jóvenes y más prolíficos en natalidad fueran también los de alquiler más barato y los más pobres. Lozoya lo era, aunque no representaba el caso más acusado. Su pobreza y juventud, su altas tasas de natalidad en comparación con el lujoso barrio de Fernando el Santo, no debe esconder la existencia de espacios con trazos populares más acusados. En Madrid, el crecimiento intenso de la población y el desarrollo urbano del primer tercio del siglo XX también hizo desplazarse a la pobreza y a los grupos que vivían en ella. El Ensanche Norte, ya casi ocupado completamente, no podía acoger a muchos más en sus calles y, como en el siglo anterior el casco antiguo, el precio de los alquileres subía y subía. De manera cada vez más clara, las familias con menos recursos y entre ellas, las familias jóvenes y recién formadas y las que acababan de llegar a la capital, en lugar de buscar una vivienda en el Ensanche, por barato que fuera, se iban inclinando cada vez con más fuerza hacia el extrarradio. Más baratos (o más pobres) y más jóvenes y biológicamente más fértiles eran los barrios de Cuatro Caminos y de Bellas Vistas que se situaban justo donde terminaba el Ensanche. Sus tasas de natalidad, 45 y 39 por mil respectivamente⁶⁶, los convertían en los barrios del Norte de Madrid con el crecimiento biológico más intenso. El Ensanche estaba dejando de ser el nuevo Madrid que había sido durante décadas tanto en lo arquitectónico como en lo humano y el futuro de la ciudad o al menos, los nuevos fenómenos que le daban sustancia, empezaban a manifestarse en el extrarradio.

⁶⁴ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

⁶⁵ Para una aproximación a los ciclos de vida de las familias y su relación con la pobreza, REHER, David Sven: *La familia en España. Pasado y presente*, Madrid, Alianza Universidad, 1996. Para un estudio de las estrategias y las pautas de comportamiento familiares en Madrid, CARBALLO, Borja, PALLOL, Rubén y VICENTE, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

⁶⁶ AYUNTAMIENTO DE MADRID, *Estadística demográfica*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1928.

Gráfico 10.19: tasa de mortalidad de los barrios del Ensanche Norte y aledaños en 1928



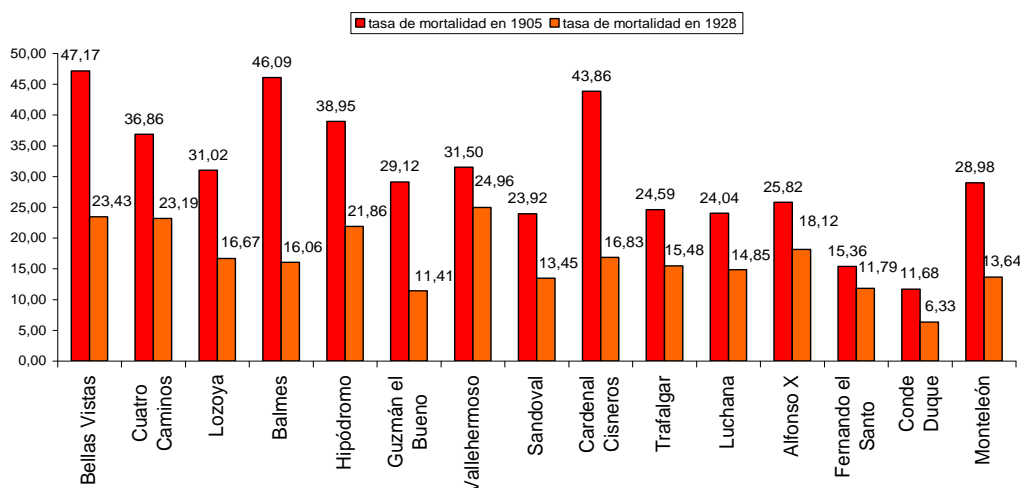
Elaboración propia a partir de AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Estadística demográfica, Madrid, Ayuntamiento, 1928.*

Realmente, más que la natalidad, el indicador demográfico que siempre había dejado ver las distancias entre unos grupos sociales y otros había sido la muerte. En 1930, aunque la mortalidad, tanto general como infantil, de Madrid había descendido fuertemente aún existían diferencias entre los barrios más acomodados y los barrios populares. En Lozoya el barrio más barato de todo el Ensanche Norte la mortalidad general no era demasiado alta: un 16,67 por cada mil habitantes cuando en el acaudalado barrio de Fernando el Santo era de 11,79. Ahora bien, estas diferencias eran pequeñas. El barrio de Lozoya seguramente se beneficiaba de su escasa densidad de población. Contaba con amplios espacios vacíos (los depósitos del canal, por ejemplo) y en el que la edificación no se había acometido con las deficiencias de otras zonas del Ensanche que empezaron a ser construidas más tempranamente y en las que habían surgido algunos focos de vivienda insalubres. Para encontrar lugares más mortíferos había que acudir al barrio de Vallehermoso, donde aún se hacía notar el influjo mortífero de los cementerios, cuyas tumbas parecían contagiar la muerte a sus vecinos o a los barrios del extrarradio en los que las tasas ascendían hasta el 23 por mil.

En general, había que reconocer que el Ensanche Norte en su conjunto, arrojaba cifras de mortalidad que no diferían demasiado de las del conjunto de la ciudad y que se había beneficiado parcialmente de la mejora de la vida que había experimentado Madrid en los últimos tiempos. No hacía tanto tiempo la muerte recogía cosechas mucho más trágicas. En 1900, morían más de 30 de cada mil habitantes al año y ahora sólo eran diecinueve mil. Pero lo más importante de las cifras en 1928 era sobre todo, que no quedaba rastro, ni en barrios acomodados ni en barrios populares, de aquel Madrid que había sido caracterizado durante siglos como una “ciudad de la muerte”. Ni siquiera en

los barrios en peores condiciones de higiene y en los que habitaban los trabajadores peor pagados, se producían aquellas situaciones de sobremortalidad que durante tan tiempo habían frenado el crecimiento de Madrid y habían hecho necesaria la llegada constante de inmigración.

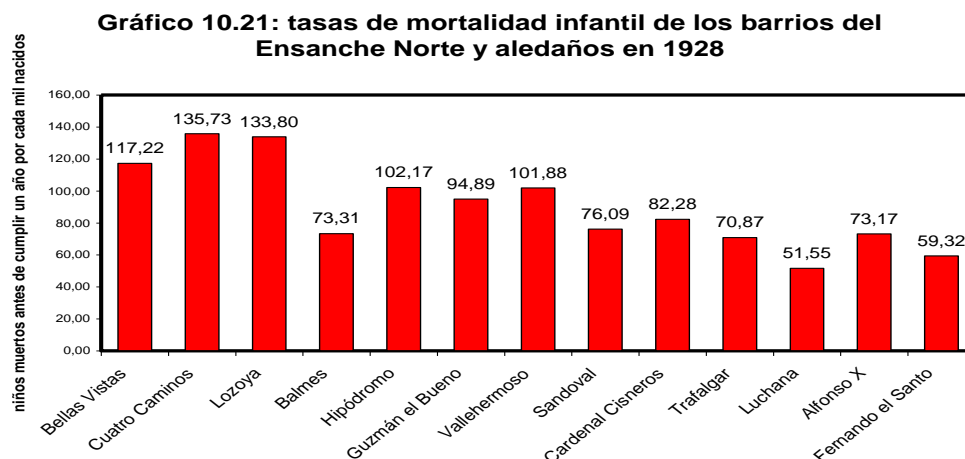
Gráfico 10.20: tasas de mortalidad por barrios en el Ensanche Norte y aledaños en 1905 y 1928



Elaboración propia a partir de AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Estadística demográfica, Madrid, Ayuntamiento, 1905 y 1928.*

Durante el primer tercio del siglo XX, en los barrios populares y más baratos se pudieron notar las mejoras de las condiciones de vida que las cifras estadísticas señalaban que se estaban produciendo en Madrid. Las antiguas diferencias entre barrios pobres especialmente mortíferos y los barrios más acomodados, que permanecían a salvo de la enfermedad y la sobremortalidad, se iban recortando. Todavía moría más gente en un barrio del extrarradio como Bellas Vistas que en el lujoso Fernando el Santo, pero ya no parecían dos mundos completamente separados. Y la causa era que en los barrios populares, la gente vivía mejor. Bellas Vistas, era en 1930 uno de los símbolos del urbanismo desordenado que se producía más allá del Ensanche, y su población había sufrido una auténtica explosión que le había llevado de 6.000 habitantes a más de 28.000. En otro momento, tal desarrollo hubiera abocado a una catástrofe sanitaria como había sucedido en el Viejo Madrid y en los primeros momentos del Ensanche y, sin embargo, en el primer tercio del siglo, la mortalidad retrocedió en el primer tercio del siglo XX. En 1905, morían 47 de cada mil habitantes de ese barrio; en 1928 eran sólo 23 de cada mil. Aún quedaba un trecho hasta reducirlos hasta los 11 que morían en Fernando el Santo, pero la distancia ya no era tan grande como hacía tiempo.

Sólo en un punto las diferencias seguían siendo clamorosas entre barrios pobres y ricos, entre clases trabajadoras y acomodadas. Quizá en el asunto más doloroso y sensible para una sociedad que se tenía por civilizada. Era la muerte de los niños recién nacidos, que seguía siendo demasiado frecuente tanto en la capital como en el conjunto del país.



Elaboración propia a partir de AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Estadística demográfica*, Madrid, Ayuntamiento, 1928.

En 1928, en un barrio como el de Lozoya, en que las tasas de mortalidad generales de la población eran bajas, se moría, en cambio, más de uno de cada diez niños antes de cumplir el año. Eso en cifras eran 26 niños que habían muerto en aquellas calles sin llegar a ponerse de pie ni a balbucear una palabra. Más grave era en los barrios del extrarradio. En Cuatro Caminos, que por las cifras de nacimientos de nacimientos se había mostrado un barrio tan vital, también era un espacio de drama por aquel entonces. Si en sus calles habían visto la luz 862 niños en aquel año de 1928, la muerte se llevó a 117 de ellos antes de cumplir los doce meses. En la vecina barriada de Bellas Vistas sucedía algo parecido; de los 1.109 nacidos, 130 murieron⁶⁷.

En los barrios más caros, en las zonas de los hotelitos, en los que junto a la familia podía vivir una niñera que se ocupaba de los cuidados del hijo recién nacido y en los que se disponía a veces de una sana nodriza para alimentarlo, aquellos dramas eran mucho más raros. En 1928, en el barrio de Fernando el Santo fallecieron sólo 7 niños de menos de un año, en Luchana 9 y en Alfonso X sólo 5. Era cierto que se habían producido importantes avances en la salud de los niños en los últimos tiempos, pero el drama de la mortalidad infantil sacudió las conciencias de la opinión pública en los años 20. La muerte de tantos niños debía de resultar un fenómeno difícilmente aceptable en 1930. La sociedad madrileña en particular y la española en general había alcanzado unos niveles de bienestar que se hacían visibles en las calles de la ciudad y los hábitos de sus vecinos. En la época en que la gente se trasladaba en automóvil o en tren metropolitano, en la era del cine y de la electricidad, del teléfono y de la máquina de escribir resultaba anacrónico que, todavía, uno de cada diez niños nacidos en la capital murieran antes de cumplir el año de vida, porque no había sido suficientemente alimentado, porque no se había sabido prevenir la enfermedad que le había causado la muerte o porque había hogares en los que no se reunían las condiciones higiénicas para un desarrollo sano de la vida de un recién nacido. La mortalidad infantil seguía creando profundas desigualdades entre los habitantes de Madrid; de un lado las elites, que apenas sentían el drama, y del otro los barrios populares, en el que la muerte de un niño recién nacido seguía siendo una más que probable tragedia para las familias que los habitaban.

⁶⁷ AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Estadística demográfica*, Madrid, Ayuntamiento, 1928.

La modernización demográfica y sus límites en el Madrid del primer tercio del siglo XX.

La mortalidad infantil y el cuidado del niño en sus primeros meses de vida se convirtieron en temas habituales y recurrentes de las noticias y artículos de los periódicos generales. Dejó de ser un asunto tratado por especialistas, por médicos higienistas en sus reuniones y conferencias científicas y saltó al discurso público durante esos años. La necesidad de la lactancia materna, de la vacunación obligatoria, la conveniencia del cuidado en las guarderías y escuelas infantiles fueron temas que surgían frecuentemente en la prensa diaria. *El Imparcial*, por ejemplo, que por aquellos años ofrecía una habitual sección de noticias médicas, seguía con interés los actos que se celebraban en la Sociedad de Pediatría o en la Escuela de Puericultura. Reproducía los discursos y debates sobre los últimos avances en vacunas contra la tuberculosis, publicaba artículos sobre las condiciones mínimas con las que había de contar una vivienda para garantizar la salud de un niño, comentaba las últimas estadísticas sobre mortalidad infantil y las principales enfermedades que lo causaban....⁶⁸ En la prensa eran abundantes los anuncios de harinas lacteadas, papillas y sustitutivos de la leche materna de grandes marcas como Nestlé que se presentaban fervientes luchadores contra la mortalidad infantil desde hacía más de 60 años⁶⁹.

La revista *Nuevo Mundo*, que lo mismo incluía un reportaje sobre los placeres en las playas de Torremolinos que otro sobre el último triunfo del Real Madrid en Barcelona o un amplio artículo especulando sobre quién sería el sustituto en la Real Academia de la Lengua de un miembro recién fallecido, abría su número del 19 de enero de 1930 con un artículo dedicado a la mortalidad infantil. En doble página, se entrevistaba al reconocido y famoso pediatra Enrique Suñer, catedrático de la Universidad Central que había sido consejero de Instrucción Pública con el general Primo de Rivera. El médico, significado hombre de derechas y enemigo de todo lo que oliera a reivindicación obrera⁷⁰, no podía sin embargo ocultar cuales eran las causas de que en España la tasa de mortalidad infantil estuviera anclada por encima del 10% de los niños nacidos mientras en otros lugares aparentemente menos civilizados como

⁶⁸ Véase por ejemplo *El Imparcial*, 1 de marzo de 1929 para la sesión inaugural de la Sociedad de Pediatría con discurso de su presidente, el doctor Juan Antonio Alonso Muñoyerro de la Inclusa de Madrid sobre un “tema tan palpitante y de tanto interés como es la vacunación antituberculosa por el método Calmette”; el 22 de enero de 1928, en el artículo “Sociología de la vivienda. La familia y la vivienda” para la influencia de las condiciones de habitación sobre las enfermedades infantiles; el 19 de junio de 1925, con columna editorial en primera página titulada “La mortalidad infantil – En defensa de la raza” en el que se comentan y denuncian las últimas estadísticas de mortalidad infantil en España

⁶⁹ RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “*Quien no anuncia no vende.*” *La publicidad y el nacimiento de la sociedad de consumo en la España del primer tercio del siglo XX*. Trabajo académico de tercer ciclo, Madrid, UCM, Departamento de Historia contemporánea, 2008. RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “Ocio, consumo y publicidad: España 1898-1920”, en GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe (ed.): *Modernizar España 1898-1914. Congreso Internacional: Comunicaciones*, Madrid, Departamento de Historia Contemporánea (UCM), ISBN: 84-689-8305-5, 2006. RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “Hábitos de consumo y publicidad en la España del primer tercio del siglo XX, 1900-1936”, en *VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos “España entre Repúblicas 1868-1939”*, 2 vols., Guadalajara, ANABAD, 2007, pp. 213-245.

⁷⁰ Más allá de su vinculación con la dictadura de Primo de Rivera, Enrique Suñer Ordóñez adquiriría cierto protagonismo en la vida política española en su labor propagandística del lado del bando rebelde en la Guerra Civil y contra los científicos republicanos (véase SUÑER ORDOÑEZ, Enrique: *Los intelectuales y la tragedia española*, Burgos, Edit. Española, 1937) y en su implicación del lado de José María Pemán en la depuración de los profesores y catedráticos de la Universidad. A propósito véase, OTERO CARVAJAL, Luís Enrique (dir.): *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*, Madrid, Editorial Complutense, 2006.

Nueva Zelanda, se limitaba al 4%. La causa no era otra que las *“viviendas y los estómagos desmantelados”*. La muerte abundante de niños era producto de *“la miseria del proletariado, y no por cierto es el del obrero con ser muy lamentable, el [caso] más triste, sino que hay otro, el de la modesta clase media”*. Era un drama que afectaba a *“una cuantiosa masa de ciudadanos que habitan tugurios sin ventilación en lugar de casas; en los que el desmantelamiento de la vivienda corre parejo con el de su estómago y en donde las familias con cuatro vástagos e ingresos anuales que muchas veces no llegan a cinco mil pesetas de hoy, tienen que vestir, comer, servir, instruir a sus hijos, alimentarse, atender a las enfermedades, subvenir a todos los imprevistos, que casi semanalmente aparecen sin dejarles punto de reposo”*⁷¹.

No dejaba de ser paradójico que en 1930, cuando las condiciones de vida habían experimentado unas mejoras considerables, cuando el drama de una muerte omnipresente se había ido diluyendo y la amenaza de las epidemias mortíferas del siglo XIX ya sólo era un recuerdo, las cuestiones sanitarias estuvieran más presentes en el debate público. El sesgo conservador y antiproletario del discurso de Suñer hacía que sus palabras fuesen más reveladoras. Que un personaje como él considerara que la clave para la reducción de la mortalidad estaba en la mejora de los salarios y en las condiciones materiales de la vida de clases medias y obreros, era una prueba demostrativa de cómo había calado un discurso que durante mucho tiempo habían defendido en solitario socialistas y demás representantes de los movimientos políticos obreros. Hasta sus enemigos políticos declarados, los defensores del orden, asumían parte de las reivindicaciones obreras como propias. Claro que lo hacían preocupándose por las *“pobres clases medias”* cuyas 5.000 pesetas anuales de presupuesto no bastaban a juicio del eminente doctor para cubrir las necesidades más básicas de una familia madrileña. Algo había sucedido. O bien la clase proletaria había comido terreno a las clases medias o éstas habían sufrido un proceso de empobrecimiento que les había hecho caer a la condición social y económica de los trabajadores manuales. También podía suceder que en 1930 se le pidiera más a la vida; que ya no bastaran 5.000 pesetas, que treinta años atrás habría sido una cifra fabulosa, para cubrir los gastos que se consideraban imprescindibles en la vida. Lo mismo sucedía ante la enfermedad y la muerte; en 1930, había que subrayarlo, Madrid era mucho menos más mortífera que en 1900, tanto para los niños como para el conjunto de los ciudadanos pero, en cambio, los gritos y los quejas por una mejora en las condiciones de vida y por la erradicación de la vergonzosa sangría de niños muertos que sufrían las familias, eran más frecuentes y más estruendosos.

El caso era que unos y otros, clases medias y trabajadores, parecían estar más cercanos en algunos aspectos de la vida cotidiana. Los indicadores demográficos así lo señalaban. Al común de los madrileños no les separaban zanjadas tan grandes en la incidencia de la muerte como a principios del siglo XX; sólo un pequeño grupo de privilegiados, los que vivían en los barrios más acomodados de la capital, parecían escapar a determinados fenómenos como la mortalidad infantil, que cada vez se consideraban más inaceptables. Pero las cifras estadísticas sólo son eso, cifras, que sirven para certificar los cambios que se habían producido en la salud de los madrileños y en su capacidad reproductiva. En cambio, no pueden hacer entender por qué al tiempo que se producían mejoras en la vida del conjunto de los madrileños, que eran innegables a partir de la estadística, también se hacía notar que las reivindicaciones tradicionales de los obreros y sus asociaciones, estaban compartidas por grupos más amplios de la población, en los que no sólo entraban los trabajadores manuales, los jornaleros y los

⁷¹ *Nuevo Mundo*, 19 de Enero de 1930, entrevista de Julio Romano a Enrique Suñer: *“La enfermedades infantiles en 1929”*.

artesanos, sino parte de los empleados y trabajadores de cuello duro. Había algo más. La propia noción de trabajador manual y de empleado había cambiado en aquellos años; las condiciones laborales, el tipo de trabajo que desempeñaban y las retribuciones habían oscilado fuertemente. Si no, no se entendía que las zonas más pobres de Madrid hubieran mejorado aunque lentamente; que en los barrios más baratos sobrevivieran más gentes de las que morían y no como antaño. Tampoco se podía entender sin referencia al mundo del trabajo, a los cambios en las condiciones laborales y los salarios, que 5.000 pesetas, que en 1900 habría sido considerado un suelo más que decente por cualquier empleado, pareciera ser insuficiente en 1930 para que pudiera vivir decentemente una familia de clase media. También se habían producido profundos cambios en el mundo de los empleados que habían hecho que una fracción de ellos percibieran su situación de forma parecida a como lo hacían los obreros, hasta el punto de que los que se erigían en sus portavoces, aunque fueran acendrados conservadores en lo político, asumieran palabras y reivindicaciones que parecían propias de los socialistas. O bien podía suceder que en el mundo de los empleados estuvieran calando con creciente fuerza las ideas socialistas a través del PSOE o de la UGT.

Entre 1900 y 1930 se produjeron importantes transformaciones en el comportamiento demográfico de los madrileños. Algunas fueron a paso de coche de caballos, como el descenso de la mortalidad general e infantil, que lentamente y sólo con claridad a partir de 1920 hicieron posible que Madrid, al fin, creciera por sí sólo y no debiera compensar su constante pérdida de efectivos humanos con los que llegaban a la capital a buscarse la vida. La inmigración, que había sido una constante a desde mediados del siglo XIX, adquirió una velocidad propia del siglo de la electricidad y los flujos de trabajadores que acudían en busca de una oportunidad en la capital se intensificaron, redoblando el vigor del crecimiento madrileño. Los viejos rasgos de una urbe que había sido retratada como una devoradora de hombres se entrelazaron con los perfiles de un Madrid que se iba definiendo como una ciudad de las oportunidades. Finalmente en 1930, confluían las condiciones para que Madrid creciera a la velocidad propia de los automóviles que daban el tono a sus calles y se convirtiera por aquel entonces en una ciudad de ciudades, en una gran aglomeración que superaba la mítica cifra del millón de habitantes. Ahora bien, aquella cifra era sólo la punta del iceberg de un cambio más complejo. Cabía preguntarse cómo una ciudad que durante siglos había consumido a las gentes de sus alrededores sin crecer, ahora, en cambio, había dado con la clave para hacer posible que un número cada vez mayor de personas habitaran en sus calles. La respuesta había que buscarla en el mundo del trabajo.

CAPÍTULO 11:

MECÁNICOS DE COCHE Y OBREROS DE FÁBRICA: LA EVOLUCIÓN DEL TRABAJO MANUAL EN EL MADRID DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX

La fértil descendencia de un modesto boticario

La muerte de Benigno Castro en 1910 puso a su familia en una situación relativamente complicada. Aunque el primer farmacéutico de Chamberí había ido dejando paso a su yerno y a su nieto al frente del negocio familiar, su ausencia significó un gran cambio en la organización de la farmacia de la calle Santa Feliciano. Benigno, fundador de aquella botica, había estado al frente durante más de sesenta años en los que el negocio fue prosperando constantemente y manteniéndose a salvo de crisis económicas, cambios de gobierno y, lo que era más importante, sin que las profundas transformaciones que había experimentado el barrio en el que se situaba afectaran a la posición social de su familia y a la importancia que había adquirido su negocio. Benigno había sabido adaptarse a los tiempos. Él había abierto un pequeño negocio en la década de 1850, que parecía más bien una botica de pueblo por su situación, en aquel arrabal de gentes pobres que era Chamberí en la época. A principios de siglo XX legaba a sus descendientes una próspera farmacia situada en lo que ya era parte del centro de la capital, en uno de los barrios más populosos de la ciudad. A ello se le añadía más de medio siglo de contrataciones con el Ayuntamiento en el suministro de medicamentos, lo que garantizaba un volumen de negocio a la farmacia que casi bastaba para mantenerla sin necesidad de captar demasiados clientes. Por otro lado, la pequeña fortuna que había reunido Benigno en el ejercicio de su profesión había hecho posible que los miembros de su familia gozaran de más posibilidades que las que él había teniendo siendo joven. Sus nietos, por ejemplo, pudieron estudiar más que él. Higinio, que heredó la profesión farmacéutica, se hizo doctor y fue nombrado miembro de la Real Academia. Su otro nieto varón, Emilio, inició el camino de la familia por la senda de la medicina.

A pesar de la buena situación en que dejaba a todos sus descendientes, la muerte de Benigno planteaba un problema en la organización de la familia. Mientras vivió el fundador de la farmacia, todos permanecían unidos porque Benigno era el único propietario del edificio en el que habitaba su familia y el negocio del que vivían sus miembros. Era el jefe incuestionable del hogar. La primera consecuencia de su muerte fue la división del patrimonio entre sus hijos y un nuevo reparto de las funciones dentro de aquel negocio tan próspero. Al mismo tiempo, había que comprobar si los descendientes de Benigno sabrían estar a la altura del fundador de la familia. Estaba por ver si sabrían aprovechar las oportunidades que se les habían brindado en su juventud y si sus estudios les valdrían para conservar las riquezas que habían recibido de Benigno y serían capaces de aumentarlas. No sería la primera vez que se veía en Madrid a los vástagos de una familia acomodada dilapidar las riquezas que sus antepasados habían acumulado con muchos esfuerzos y años de ahorro y sacrificio. En la capital era fácil toparse con algún Juanito Santa Cruz, jóvenes de buena familia que, como el protagonista de *Fortunata y Jacinta*, habían sucumbido a la indolencia y a los numerosos placeres que ofrecían las calles de la capital, apartándose de la vida laboriosa de sus padres. También podía ser que vivir y negociar en Madrid se hubiera hecho más complejo. Era una ciudad más grande, no era lo mismo llevar la única farmacia del arrabal a mediados del siglo XIX que competir con cientos de tiendas en la capital de

comienzos del siglo XX. Florencio, Higinio y Emilio tenían más estudios que Benigno pero su trabajo se podía haber hecho más difícil. Nada aseguraba que pudieran desenvolverse con facilidad en la época que les había tocado vivir.

Florencio era el que quizá tuviera una situación más difícil tras la muerte de Benigno. Él había llegado con 27 años a la farmacia de la calle Santa Felicianana, cuando se casó con la hija del dueño del negocio. Durante más de tres décadas había estado trabajando al lado de su suegro, siendo un eterno aspirante a heredar la botica de Chamberí. Para cuando Benigno murió, Florencio había cumplido 62 años, una edad más propia para retirarse que para tomar el relevo al frente del negocio. Por otro lado, había que recordar que él no tenía el puesto privilegiado en la línea sucesoria de aquel hogar. Florencio siempre fue el yerno del farmacéutico, no su descendiente. No era él quien heredaría la farmacia sino su mujer. Pero su mujer, Carolina, murió pronto. A los 44 años, en 1898. Entonces Florencio quedó a vivir y trabajar con su familia política, probablemente sabiendo que la propiedad de la farmacia se saltaría su generación. Lo lógico era que fuera a parar directamente a manos de sus hijos, los nietos de Benigno. En 1910, en los meses previos a la muerte del primer farmacéutico de Chamberí, el hijo mayor de Florencio, Higinio, tenía ya 33 años y era un farmacéutico reconocido. Todo un académico. Él, el eterno aspirante a heredero de la botica de Santa Felicianana, no era necesario allí. Lo lógico era que se hiciera cargo del negocio su hijo, el joven y eminente miembro de la Real Academia de Farmacia y no él, que ya era viejo y probablemente estaba cansado¹.

Florencio debió de asumir desde muy pronto que nunca llegaría a ser completamente dueño de la farmacia de su suegro; que la herencia le esquivaría y se transmitiría sólo por los cauces de la sangre. Podría llegar a dirigir ocasionalmente el negocio pero nunca a ser enteramente su propietario. Ese destino estaba reservado a los nietos de Benigno, no a su yerno. Por eso nunca cifró del todo sus expectativas profesionales en la botica de la calle Santa Felicianana y buscó un camino alternativo y propio, al margen de su familia política. Lo encontró en el trabajo en la administración del Estado, como empleado en el ministerio de la Gobernación. Al principio se trató de una vinculación esporádica. A finales de siglo XIX, cuando Benigno aún vivía, Florencio Estébanez, simultaneaba su trabajo en la farmacia con empleos temporales en el Ministerio, del que se afirmaba de vez en cuando como uno de sus trabajadores en los empadronamientos. A partir de 1900, esa vinculación pareció hacerse más estrecha y permanente. Desde entonces Florencio declaró siempre en los registros estadísticos del Ayuntamiento que su principal actividad profesional era la de funcionario del Ministerio de la Gobernación. Había dejado el mundo de la farmacia para centrarse de lleno en el del funcionariado.

A comienzos del siglo XX, en Madrid, el trabajo en la administración pública, abría un horizonte de expectativas tan prometedor como el del negocio farmacéutico. Se trataba de un sector en imparable crecimiento. Nunca existía el riesgo de que se redujera el número de trabajadores en los ministerios o en las oficinas públicas. Todo lo contrario. Si acaso se crearían nuevos puestos en un Estado que cada día se hacía responsable de más parcelas de la vida pública. Pero, para un funcionario, más importante que eso, era que se trataba de un trabajo que prometía un cierto progreso y mejora con los años. Florencio era un buen ejemplo. A partir del momento que se volcó definitivamente en la carrera funcionarial, sus ingresos y su situación laboral mejoraron

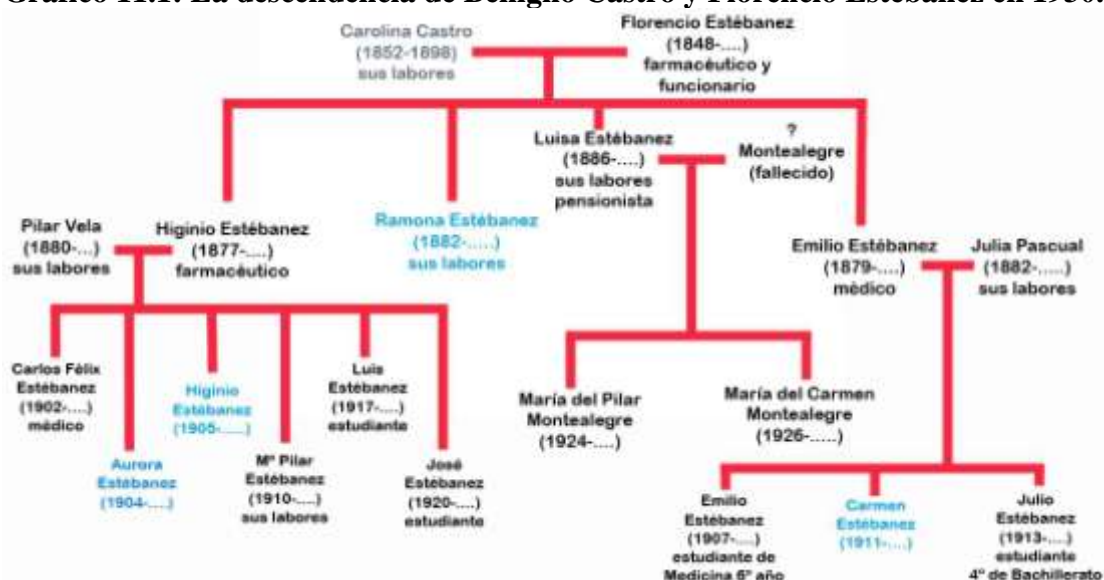
¹ La evolución de la situación familiar de Florencio Estébanez a partir de las hojas de empadronamiento de la casa de Castillo nº 1 – Santa Felicianana 13, AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, años de 1895, 1900, 1905 y 1910. En las siguientes páginas se incluye un árbol genealógico de la familia de Florencio que puede servir de guía en la lectura del retrato de su evolución.

de forma continuada. A finales del siglo XIX su sueldo osciló entre las modestas 1.500 o 2.000 pesetas. En 1915, cuando tenía 72 años, el salario que percibía como empleado del Ministerio de la Gobernación ya se había convertido en unas más que respetables 4.000 pesetas anuales. Aquel sueldo había de permitirle afrontar la vejez sin sentirse dependiente de sus hijos.

Cuando se jubiló, hacia 1920, a Florencio le quedó una pensión del Estado mucho más reducida: 1.600 pesetas anuales. Pero con lo que había ganado en los últimos años y teniendo a sus hijos colocados, no había de sentir las estrecheces que padecían otros muchos trabajadores al cumplir los 60 o los 70 años. Florencio envejeció rodeado de cierta comodidad. Vivió sus últimos años como jubilado con aquellas 1.600 pesetas para su solo disfrute; siguió residiendo en la farmacia que había sido de su suegro, con su prole, probablemente echando una mano en el que había sido su lugar de trabajo durante su juventud, cuando había llegado a Madrid recién licenciado de la Universidad y se había colocado como mancebo de botica en el establecimiento del señor Castro, el farmacéutico de Chamberí².

Aquel salto desde el negocio farmacéutico al trabajo como funcionario había sido un acierto por parte de Florencio. También había significado una gran ayuda para la economía de su familia. La farmacia fundada por Benigno Castro había resultado ser una gran apuesta en su día, allá por 1860. Había sido una gran fuente de beneficios que permitió, tanto al primer farmacéutico de Chamberí como a sus descendientes, obtener suculentas sumas de dinero. Pero, como todo, tenía su límite. Una farmacia no daba para vivir a un número ilimitado de personas. La familia de Benigno Castro no podía pensar que aquel negocio les daría todo lo que pidieran, que no importaba cuántos miembros integraran aquel hogar, que la venta de medicamentos en las calles del viejo de arrabal siempre serían suficientes para mantenerlos.

Gráfico 11.1: La descendencia de Benigno Castro y Florencio Estébanez en 1930.



Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento de la casa de Castillo nº 1 – Santa Feliciano nº 13, AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, años de 1895, 1900, 1905, 1910, 1915, 1920 y 1930. En azul aparecen los nombres de los familiares que no residían en la farmacia en el año 1930, ya porque hubieran fallecido, ya porque se hubieran pasado a integrar otro hogar. En las hojas de empadronamiento no se señala cuales fueron los motivos ni la fecha del abandono del hogar.

² El retrato de la evolución profesional de Florencio Estébanez a partir de las hojas de empadronamiento de la casa de Castillo nº 1 – Santa Feliciano nº 13, AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, años 1910, 1915, 1920 y 1920.

Hubo un momento, hacia 1905, cuando todavía el fundador de la familia vivía, en el que convivieron bajo el mismo techo tres farmacéuticos. Benigno, su yerno Florencio y el mayor de sus nietos, Higinio. Eran demasiados para una sola botica. Alguno de ellos tenía que buscarse la vida por otro camino y ese fue Florencio, que se tuvo que adentrar en el mundo de la Administración para ganarse su propio sueldo. No se trató de una expulsión definitiva del negocio, porque Florencio siguió participando en él y disfrutando de sus beneficios. Al fin y al cabo, nunca dejó de vivir en el edificio de la botica con sus hijos y siempre estuvo allí para dar consejo o echar una mano cuando era necesario. Era más bien una estrategia de diversificación económica a la que se veían obligados si querían seguir disfrutando del nivel de vida que habían alcanzado. Cada día eran más residiendo en la calle Santa Feliciano 13 y para alimentar todas aquellas bocas, o buscaban nuevas fuentes de ingresos para la economía familiar, o acabarían teniendo que recortar en sus gastos.

Florencio no fue el único que se tuvo que buscar parte de su vida fuera de la farmacia. Un problema similar al suyo se les planteó a sus propios descendientes. Florencio tuvo con Carolina Castro, la hija de Benigno, cuatro hijos: dos varones y dos mujeres. Obviamente los cuatro, cuando crecieran, no podrían compartir la farmacia. El elegido para heredar aquel próspero negocio fue el primogénito. Era ley de vida. Una farmacia no era una parcela de tierra. No podía dividirse entre los hijos en partes iguales. Las contratas que se habían establecido con el Ayuntamiento no podían repartirse. Además, siempre habría uno de los hijos que pasaría más tiempo ante el mostrador. Llevar el negocio entre todos los nietos de Benigno Castro habría resultado un problema a la larga, porque luego vendrían los bisnietos y serían más todavía para repartir la misma herencia. Lo lógico era hacer lo que se había hecho toda la vida en estos casos. Uno de los descendientes se quedaba con la farmacia y al resto se les ayudaba a buscarse otro camino. Era algo muy parecido a lo que pasaba en determinadas zonas rurales de España cuando se repartían las tierras de labor. En el País Vasco por ejemplo, un hijo de la familia se quedaba con el caserío y el resto, o marchaba de la propiedad familiar o se quedaba soltero, para ayudar a su hermano el heredero. En otras zonas, podía suceder que se privilegiara a uno de los hijos, al que se le diera una mayor parte de las tierras y que al resto se les diera una cantidad de dinero para que montaran un negocio o emprendieran la vida en otro lugar. En todos los casos, se trataba de una manera de dejar a los hijos un patrimonio que les permitiera vivir decentemente. Si se repartían las tierras o las propiedades en partes iguales, dividiéndolas aritméticamente, lo más probable es que el negocio familiar quedara destruido y dejara de ser rentable³.

En el reparto había una serie de normas fijas, que se repetían en la práctica totalidad de las familias que tenían que repartir una herencia. El mayor de los varones, salvo en circunstancias excepcionales, solía ser el que se quedaba con la parte más importante. En el caso de la farmacia de Chamberí fue así. Al mayor de los nietos de Benigno, Higinio, se le encaminó para que estudiara la carrera de su padre y de su abuelo, porque tarde o temprano tendría que hacerse cargo del negocio familiar. Igual de claro estaba que las hijas no accederían, en ningún caso, a ser las propietarias del negocio. Las mujeres no eran las que tenían que traer el salario a casa; tenían que

³ Para los diferentes sistemas hereditarios en España, REHER, David Sven: *La familia en España. Pasado y presente*, Madrid, Alianza, 1996. También en MUÑOZ LÓPEZ, Pilar: *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*. Marcial Pons Estudios – Ediciones de la UAM, Madrid, 2001 que se ocupa de los aspectos legales del asunto.

hacerlo sus maridos⁴. Por eso, las dos nietas de Benigno no estudiaron en la Universidad ni fueron preparadas para ponerse al frente de la farmacia. Su futuro pasaba por el matrimonio, por convertirse en amas de casa y cuidar de la salud y el bienestar de sus hijos y esposos. El destino de Ramona y Luisa, las dos hijas de Florencio, estaba por tanto lejos de la farmacia de la calle Santa Feliciano. Tarde o temprano deberían abandonarla sino querían quedarse para vestir santos. Su familia les ayudaría a encontrar un buen marido; o más que ayudar, vigilarían que las niñas eligieran convenientemente con quién pasarían el resto de sus días. Las dotarían con un pequeño capital para que tuvieran unos pocos ahorros propios. Pero hasta ahí. Una vez que se casaran, la responsabilidad de mantenerlas pasaría a sus maridos y a su nueva familia.

Esta discriminación de las mujeres en el reparto de la herencia y en el papel que habían de desempeñar en la economía familiar era consecuencia, en gran medida, de la legislación de la época. El código civil español y el derecho de familia desposeían a las mujeres. Dentro del matrimonio, la mujer no tenía libertad para manejar dinero o trabajar. Debía contar con la aprobación de su marido en todos los movimientos que hiciera de su dinero o en la forma que decidiera para ganarse la vida. De ahí que no se pusiera en sus manos la propiedad de un negocio familiar⁵. Ahora bien, la marginación de las mujeres y su subordinación no sólo estaba causada por las leyes. Para que esta injusta situación se produjera, tenía que ser aceptada por quienes, en última instancia, tenían el poder de decisión para repartir la herencia y educar a sus hijos e hijas: eran las propias familias las que reforzaron esa distinta educación de sus hijos. Precisamente en las familias de pequeños y medianos propietarios, en las clases medias, fue en las que el discurso sobre el distinto papel del hombre y de la mujer en la sociedad caló más profundamente. Para las familias más pobres, la cuestión de la conveniencia del trabajo de la mujer no se podía ni plantear; todo el salario que se pudiera obtener era bienvenido en la situación de penuria en que vivían las clases populares. En cambio, para los más acomodados, para los que disponían de propiedades, que esposas e hijas no trabajaran fuera de casa era una posibilidad que era considerada como un ideal. No parecía que fuera digno que el cabeza de familia tuviera que recibir la ayuda del salario de su mujer. Lo decente y lo más conveniente moralmente era que las mujeres fuesen perfectas amas de casa, modelos de esposas y madres, que se ocuparan de llevar bien la organización del hogar, porque del resto ya se ocupaban sus maridos.

Las hijas de Florencio Estébanez fueron educadas para ser buenas esposas y madres, no para participar en el negocio familiar. Puede que ayudaran en algunas de las tareas de la farmacia, que despacharan tras el mostrador y echaran una mano cuando hacía falta, pero no se concebía que se involucraran en el negocio como sus hermanos varones. Mucho menos entraba en la cabeza que algún día asumirían la jefatura⁶. Por eso, cuando se casaron, marcharon lejos de la farmacia de Chamberí y dejaron de participar en su gestión cotidiana. Pasaron a integrar otras familias, con sus propios

⁴ Un tipo de mentalidad no siempre vigente aunque sí dominante. A propósito, los trabajos de PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, Pilar: *"Ganadores de Pan" y "Amas de Casa". Otra mirada sobre la industrialización vasca*, Bilbao, UPV, 2004.

⁵ El papel de la mujer dentro de la familia en la sociedad de la Restauración en MUÑOZ LÓPEZ, Pilar: *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*. Marcial Pons Estudios – Ediciones de la UAM, Madrid, 2001, especialmente el capítulo 5: "Maridos y mujeres"

⁶ Sin embargo, no era imposible que las mujeres asumieran la jefatura de un negocio. Cuando no había un varón en la familia, cuando la mujer de un artesano o de un comerciante enviudaban, se hacían cargo del taller o de la tienda e incluso reclamaban su derecho a participar en gremios asociaciones en pie de igualdad, tal y como se muestra en OTERO CARVAJAL, Luis Enrique CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2003, pp. 197-220.

negocios. El abandono del hogar de sus padres no quería decir que cortaran definitivamente el contacto con su familia ni que dejaran de contar con su solidaridad en los momentos más difíciles. Luisa, la menor de las hijas de Florencio, pudo comprobar que su padre y sus hermanos estarían a su lado siempre que los necesitara. Ella se había casado y había abandonado el edificio de la botica en el arrabal de Chamberí en los años 20. Tuvo dos hijas que apenas llegaron a conocer a su padre, que murió prematuramente. Luisa se vio, en 1930, con los cuarenta cumplidos hacía bien poco, viuda y con dos pequeñas a su cargo. Aunque su marido le dejó una buena pensión de 1.800 pesetas anuales, la vida en solitario con sus hijas podía hacérsele muy dura. Así que volvió a la vieja farmacia que había abierto su abuelo Benigno hacía más de setenta años en la calle Santa Feliciano. Allí la acogieron su padre y sus hermanos, que no se habían movido del lugar. Se instaló junto a su padre, que ya había cumplido los ochenta años y estaba jubilado. Era una buena solución. Ella cuidaría de su padre, le haría las comidas y mantendría la casa ordenada. A cambio podría compartir la casa y los problemas con sus cuñadas. Tampoco le quedaba otra. Había sido educada para ser una buena esposa y la viudedad había truncado su vida demasiado pronto. Vivir por su cuenta, buscarse un trabajo habría sido imposible. Todo la empujaba a volver a la farmacia, a desempeñar el mismo papel de cuando era soltera. Ser ama de casa, organizar la buena marcha del hogar mientras su padre y sus hermanos se ocupaban de sacar el negocio adelante⁷.

Entre la muerte de Benigno y 1930, las cosas en la farmacia siguieron yendo bien. Higinio, el nieto que se hizo cargo de ella, supo estar a la altura. En muchos sentidos, el negocio marchaba solo. Los Estébanez-Castro llevaban más de medio siglo instalados en el barrio, contaban con una clientela fiel a la que generaban confianza y sobre todo, tenían aquellos suculentos contratos con el Ayuntamiento que les aseguraban el pan cada mes. No hacía falta que Higinio, el farmacéutico titular, estuviera allí todo el tiempo. De gran parte de la actividad en la botica podía encargarse el practicante que se tuviera empleado en cada momento. Las cosas ya no eran como en los primeros años en que Benigno puso en marcha el negocio, en los que el abuelo estuvo anclado día tras día en la rebotica. No era necesario que el farmacéutico titular estuviera siempre en guardia en el establecimiento. De eso se podía ocupar un encargado o un empleado.

A Higinio además, se le habían abierto nuevos campos para el desarrollo profesional con los que no había contado su abuelo Benigno. Por una parte, él se lo había ganado. El prestigio que había cosechado en sus estudios y en sus investigaciones le habían abierto las puertas de la Real Academia de Farmacia. Eso le hizo superar a su abuelo y a su padre, pues saltaba de la condición de mero licenciado universitario (y en fin, tenderos muchas veces más que profesionales liberales) y se convertía en un científico y académico. Por otra parte, si Higinio pudo verse mejor recompensado en su carrera profesional como farmacéutico se debió a que gozó de nuevas oportunidades que no tuvieron sus mayores. Parte del éxito del negocio de su abuelo Benigno había estado el haber conseguido la vinculación de su farmacia al sistema de beneficencia pública del ayuntamiento madrileño. No llegó a ser un empleado público pero casi. En su tienda se despachaban las medicinas gratuitas de aquel embrionario sistema de asistencia social que creó el Ayuntamiento en la década de 1850. Ser el que daba las medicinas y los ungüentos a los pobres, además le había otorgado un cierto respeto entre sus vecinos. También bastante dinero, aunque siempre un poco a expensas de lo que las arcas municipales tuvieran disponible para ayudar. Higinio, el nieto de Benigno llegó a más.

⁷ El retrato de Luisa Estébanez Castro a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930, caso nº 1.714 – Trafalgar.

A su condición de dueño de farmacia, desde 1920 añadía la de funcionario público. Así lo señalaba en el padrón, en el que en 1920 se presentaba como empleado en una oficina del Ayuntamiento: el Laboratorio Municipal con un sueldo que por aquel entonces era de 4.500 pesetas anuales⁸.

En el primer tercio del siglo XX, en los tiempos de Higinio, la beneficencia municipal madrileña había visto multiplicar sus recursos y los ámbitos en los que desarrollaba sus actuaciones⁹. Además de repartir medicamentos y alimentos a los enfermos pobres y proveerles de asistencia médica a domicilio o a través de las casas de socorro, habían surgido nuevas instituciones y se había ido ampliando el número de empleados públicos que trabajaban en ellas. El Laboratorio municipal era una de esas nuevas instituciones. Su objeto era más la vigilancia sanitaria que la beneficencia y se ocupaba, entre otras cosas, de la inspección de las condiciones en las que los alimentos entraban en la ciudad y se vendían en los mercados, de la calidad del agua suministrada por el Canal de Isabel II, de la denuncia de viviendas en malas condiciones higiénicas y de la prevención de epidemias y de enfermedades¹⁰. El laboratorio municipal necesitaba un gran número de empleados, que además debían contar con una cualificación profesional muy específica. Debían de ser médicos, farmacéuticos, veterinarios y otros profesionales a los que se exigía una preparación y unos conocimientos como los que contaba Higinio Estébanez.

El nieto de Benigno Castro, encontró en el Laboratorio municipal un centro de trabajo a la medida de sus aspiraciones laborales. Aquel puesto en la Administración le elevaba por encima del resto de los miembros del colegio de farmacéuticos de Madrid. Le situaba un escalón por encima. Los boticarios, aunque tuvieran una preparación universitaria, eran observados muchas veces como meros tenderos, dueños de un pequeño comercio de distribución. Higinio, sin duda, era algo más. Las 4.500 pesetas que cobraba al año en 1920 así lo acreditaban. En 1930, seguía vinculado al Laboratorio Municipal. Había ascendido en el escalafón y su sueldo así lo reflejaba. Por entonces, era retribuido con 5.580 pesetas anuales, lo que permitía incluirle en el grupo de los trabajadores mejor pagados y más valorados de la capital. Como su abuelo a finales del siglo XIX, como su padre a comienzos del siglo XX, Higinio había sabido encontrar su propio camino para sacar todo el provecho a su profesión de farmacéutico y no limitar

⁸ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1920. Hoja de la vivienda de Castillo nº 1 – Santa Feliciano nº 13.

⁹ Para el sistema de beneficencia en Madrid en estos años, los trabajos de KRAUSE, Marianne: “La beneficencia pública en Madrid en el cambio de siglo” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luís Enrique (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*. Madrid, Alfoz – Comunidad de Madrid, 1986, pp. 175 – 188., y “La beneficencia madrileña en los primeros años del siglo XX” en V.V.A.A.: *De la beneficencia al bienestar social: cuatro siglos de acción social*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pp. 267-280. También VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “Pauperismo, pobres y asistencia domiciliaria en el Ensanche Sur de Madrid (1878-1910)” y CARBALLO BARRAL, Borja: “La beneficencia municipal de Madrid en el cambio de siglo: el funcionamiento de las casas de socorro” ambos trabajos publicados en SÁNCHEZ, Raquel: *Actas del congreso Modernizar España. 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras*, Madrid, UCM, 2006.

¹⁰ No existe bibliografía específica sobre el Laboratorio Municipal aunque sí se puede obtener información a partir de diversos folletos, muchos de ellos centrados en la figura del doctor César Chicote, uno de sus profesionales más conocidos. Por ejemplo, ÁLVAREZ SIERRA, José: “El doctor don Cesar Chicote y el laboratorio Municipal”, Madrid, 1965. Del propio doctor CHICOTE, César: *El servicio municipal de la desinfección en Madrid*, Madrid, Imprenta Municipal, 1901; *La lucha contra la viruela: sobre la preparación de la vacuna en el Laboratorio Municipal de Madrid*, Madrid, Imprenta Municipal, 1904; *Las vacunas y sueros del Laboratorio Municipal*, Madrid, Imprenta Municipal, 1914; *El progreso sanitario de Madrid: Conferencia dada en el Museo Municipal el día 25 de Enero de 1930*, Madrid, Imprenta Municipal, 1930.

sus ganancias ni su actividad profesional a lo que ocurría sobre el mostrador de su botica¹¹.

El hermano pequeño de Higinio, Emilio, también tuvo que desbrozar una senda propia. Ya que su hermano mayor heredaba la farmacia, él debía orientarse a otro campo profesional. No necesariamente tenía que ser en un mundo radicalmente distinto al de los medicamentos, pero sí relativamente independiente. La descendencia de Benigno Castro había sido numerosa y no se podía confiar en que el negocio de la botica diera de comer a todos. Por eso, Emilio, estudió Medicina. En el reparto de papeles en aquella familia salirse de la tradición farmacéutica y saltar a la medicina era tanto un desafío como un premio. Era un desafío porque, por ser el hermano menor, Emilio se había visto relativamente desfavorecido en la herencia. Su hermano mayor lo tenía más fácil que él. Se quedaba un negocio próspero, con una clientela fija y asegurada, con un contrato extraordinario con el Ayuntamiento de Madrid. Tenía garantizada la subsistencia en el futuro. Higinio no tenía que esforzarse demasiado para vivir cómodamente. En cambio Emilio, debía labrarse su porvenir. Tenía mucho por hacer; atraer clientes hacia su consulta o conseguir un puesto en un Hospital o una clínica. Ahora bien, sus esfuerzos podían ser mucho mejor recompensados que los de su hermano. La profesión de médico estaba mejor valorada que la del farmacéutico o, al menos, tenía un techo profesional más alto.

Higinio, con la venta de medicamentos, con su puesto en el Laboratorio Municipal y su cargo en la Real Academia de Farmacia, había alcanzado la cima de la profesión. En 1930, no le quedaba ya mucho por hacer porque había agotado las metas como farmacéutico. Ni podía ganar mucho más dinero ni subir más escalones en la profesión. Para Emilio, su hermano médico, las posibles metas eran mucho más lejanas. Si abría una consulta, podría obtener muchos más beneficios que su hermano, todo dependía del tipo de clientes que tuviera. Un médico privado con prestigio, al que acudieran las mejores familias de Madrid, podía ganar una auténtica fortuna. Si elegía vincular su carrera a los servicios públicos, también las oportunidades eran más diversas que para un farmacéutico. El sistema hospitalario y de asistencia médica estaba en plena expansión en España a comienzos del siglo XX; Emilio podía recalar en alguna de las diferentes administraciones sanitarias. O introducirse en el ejército, donde el cuerpo de médicos era muy nutrido y estaba muy bien pagado. Para los más ambiciosos entre sus colegas quedaba la investigación científica y la docencia, un mundo en plena ebullición por aquellos años en Madrid, cuya Facultad de Medicina comenzaba a despuntar como centro científico. Ser un Ramón y Cajal, significaba no sólo llegar a la cumbre como médico sino obtener el reconocimiento y el respeto de todo el país¹².

La carrera profesional de Emilio Estébanez fue modesta. No llegó a ser una figura destacada dentro de la profesión médica. No salió en los periódicos ni su consulta se hizo especialmente popular en el Madrid de la época. Pero con todo, el nieto de Benigno, llegó a disfrutar de una posición acomodada. Había asumido el reto de explorar un nuevo terreno profesional y de negocios para su familia y había obtenido éxito. Al menos, en 1930, había alcanzado una categoría similar a la de su hermano, que

¹¹ El retrato de Higinio Estébanez a partir de las fichas de empadronamiento de las casa de Castillo nº 1 – Santa Feliciano nº 13, AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, años de 1920 y 1930.

¹² Para el desarrollo de la investigación científica en el Madrid del primer tercio del siglo XX, una “edad de plata” para la ciencia, en OTERO CARVAJAL, Luís Enrique: “Ciencia y cultura en Madrid, siglo XX. Edad de plata, tiempo de silencio y mercado cultural” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Madrid, UCM, 2007, pp. 693-733 y, del mismo autor, su capítulo introductorio “La destrucción de la ciencia en España”, en OTERO CARVAJAL, Luís Enrique (dir.): *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*, Madrid, Editorial Complutense, 2006, pp. 15-72.

había tenido todo de cara, pues había heredado la farmacia. Siendo justos, había que señalar que Emilio no había realizado ese camino por la senda de la medicina completamente solo. Tuvo siempre a su familia detrás apoyándolo en aquel reto. Le pagaron los estudios y le dieron los medios para desarrollar su profesión una vez licenciado. Emilio estableció su consulta en el mismo edificio de la farmacia, en la calle Santa Feliciano. A su hermano y a su padre les venía muy bien, por otro lado. Él recetaba y lo más fácil es que sus enfermos fueran a la farmacia de su hermano a comprar el medicamento. Y viceversa. Un cliente preguntaba por una dolencia en la botica y le derivaban a la consulta de Emilio. Además, Emilio recibió la ayuda de sus familiares a la hora de buscar empleo más allá de su actividad como médico privado. Él también se incorporó al Laboratorio Municipal, seguramente de la mano de su hermano mayor Higinio, que ya tenía en esa institución un cargo importante. El de Emilio era de menor importancia pero también le proporcionaba un sueldo importante: 3.250 pesetas al año en 1930, a las que había que sumar lo que obtuviera por su actividad como médico en el sector privado¹³.

Para completar este retrato de la economía de de los Estébanez-Castro había que recordar su actividad como caseros. Benigno Castro había construido un edificio que además del local para su negocio y de las habitaciones para su amplia familia, contaba con varias viviendas más para poner en alquiler. En 1905, el farmacéutico y sus familiares ocupaban los pisos bajos y el principal del edificio; el segundo y el tercero estaban habitados por otros inquilinos que mes a mes pagaban religiosamente a Benigno y su familia. En 1930, el edificio había sido repartido entre sus nietos, que seguían cobrando los alquileres de las viviendas que ellos no ocupaban. También en este punto, aquella familia parecía haber progresado en los años que siguieron a la muerte del fundador de la saga. En 1905, los alquileres de todas las viviendas de aquel edificio sumaban 3.660 pesetas al año; en 1930 su valor había ascendido hasta las 8.405 pesetas, una cifra que, con mucho, superaba al salario que percibía cualquiera de los médicos y farmacéuticos que formaban aquel extenso hogar. La actividad como caseros de la familia, aunque no era declarada como profesión por ninguno de ellos, había terminado por convertirse en una de las fuentes de beneficio económico principales, sino la más importante, de los moradores de la farmacia de Chamberí¹⁴.

En esta mejora de sus ingresos como caseros, los sucesores de Benigno Castro no tenían demasiada responsabilidad. El edificio de la calle Santa Feliciano 13 apenas había sufrido cambios desde que había sido construido por Benigno Castro en 1876. Seguía teniendo las mismas tres plantas y las mismas viviendas. No se había hecho reforma alguna para convertirlo en un inmueble de viviendas de lujo y así poder elevar el precio de los alquileres. Su revalorización en aquellos treinta años no era consecuencia de ninguna estrategia inversora ni de ninguna apuesta económica, como si lo habían sido otras mejoras que los nietos de Benigno habían obtenido en sus carreras profesionales. Higinio y Emilio tenían sueldos altos porque habían apostado por estudiar más que su padre y su abuelo; en cambio, nada habían hecho para que recibieran alquileres más altos por las viviendas de su propiedad. Era un beneficio que les había caído del cielo. La casa seguía siendo la misma que hacía treinta años. No había cambiado en nada, pero sí lo había hecho el lugar donde se situaba. Gran parte de ese aumento desde las 3.600 pesetas a las 8.400 en el rendimiento del alquiler era

¹³ El retrato de Emilio Estébanez Castro a partir de las fichas de empadronamiento de la casa de Castillo nº 1 – Santa Feliciano nº 13, AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, años de 1900, 1905, 1910, 1915, 1920 y 1930.

¹⁴ Datos a partir de fichas del empadronamiento del edificio de la calle Castillo nº 1 – Santa Feliciano nº 13, AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, años de 1905 y 1930

consecuencia de la evolución del barrio donde se situaba. Poco a poco, Chamberí había experimentado una transformación en el papel que jugaba dentro de la gran ciudad en que se había ido convirtiendo Madrid. De arrabal a las afueras de la ciudad había pasado a ser uno de sus barrios centrales. En 1905 era una zona de reciente creación; aunque ya no era un barrio despreciado por los madrileños, su situación seguía siendo relativamente periférica en la ciudad. En 1930 ya no. Las afueras de Madrid, las zonas lejanas eran otras. Eran el extrarradio o los suburbios, la barriada de Cuatro Caminos o el pueblo de Fuencarral. Vivir en Chamberí era como vivir en el centro y por eso el precio de los alquileres del edificio que había construido Benigno Castro habían aumentado tanto.

Florencio, Higinio y Emilio no habían tenido que hacer nada para conseguir que sus ingresos como caseros aumentaran. El incremento había venido solo, sin tener que realizar ningún esfuerzo. Ahora bien detrás de esas 8.400 pesetas que había alcanzado el valor del edificio de la calle Santa Feliciano se escondían los efectos de otro fenómeno que había alterado profundamente la economía no sólo de Madrid sino de España y del mundo entero: la inflación. El edificio de la farmacia de Chamberí valía más también (o más exactamente su precio era nominalmente más alto) porque el dinero, en general, valía menos que a comienzos de siglo. Durante la Primera Guerra Mundial, y después, durante su larga posguerra, Europa había asistido a un alza generalizada de los precios que, como fenómeno económico, era desconocida hasta entonces. Primero habían sido los alimentos y las materias primas las que habían aumentado de precio; la demanda desde el centro de Europa era tal, que algunos productos básicos, como el trigo o el carbón, aumentaron de precio espectacularmente. Eso permitió que algunos comerciantes de una España que había permanecido neutral en la guerra, especialmente los exportadores, acumularan grandes fortunas pero también afectó profundamente a las economías del resto de los habitantes del país. Vieron como su capacidad de compra se veía drásticamente reducida. Los trabajadores en general, que vivían de su salario o los que habían invertido su capital en negocios que no iban a beneficiarse de la situación de guerra, como los caseros, comprobaron que mil pesetas ya no servían para tanto como antes de que estallara la guerra. Los alimentos, el carbón y otros combustibles, la ropa, los artículos en acero o en hierro y muchos otros bienes de consumo, se habían encarecido como nunca antes lo había hecho¹⁵.

Si trabajadores y caseros (junto a otros muchos sectores más de la economía) querían mantener su nivel de vida, tenían que hacer frente a la inflación, cada uno como pudiera. Los trabajadores, en muchos casos, optaron por la reivindicación. Los tiempos de la Primera Guerra Mundial fueron de un gran crecimiento económico para España en general y para la ciudad de Madrid en particular, pero también fueron una época turbulenta, de huelgas, protestas y otras reivindicaciones laborales que alcanzaron su clímax en el año 1917¹⁶. Gran parte de esta agitación estaba causada por un empeoramiento en las condiciones de vida de los trabajadores que tenía mucho que ver con el aumento de los precios de los productos más básicos. Muchas huelgas y protestas se organizaron para reclamar un aumento de los salarios que permitiera a los

¹⁵ El estudio de la inflación en tiempos de la Primera Guerra Mundial en ROLDÁN, Santiago, GARCÍA DELGADO, José Luís y MUÑOZ, Juan: *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, Madrid, Confederación Española de Cajas d Ahorro, 1973, vol. I, pp. 137-266; véase también CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier: *Historia económica de la España Contemporánea*, Barcelona, Crítica, 2006, pp. 223-234, también los datos ofrecidos por los mismos autores en *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX y XX*, Madrid, Fundación BBVA.

¹⁶ Las protestas en Madrid en SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización colectiva. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2006. Para Barcelona, véase EAHLLAM, Chris: *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Madrid, Alianza, 2005.

trabajadores disfrutar de su parte del pastel del gran negocio que estaba suponiendo la Gran Guerra para la economía española. El éxito que obtuvieron las organizaciones en sus reivindicaciones fue diverso; sólo con mucho esfuerzo y pagando un precio a veces muy costoso en detenciones, represión por parte de las autoridades y alguna que otra venganza de la patronal, obtuvieron lo que querían. En casi todos los sectores productivos los salarios en 1930 eran más altos que en 1900¹⁷.

Para los caseros y los inversores en otros negocios, el camino para disfrutar de la bonanza de aquellos tiempos fue diferente. Ellos tenían la sartén por el mango, estaban del lado de los que ponían los precios y no de los que los padecían. Estaba en su mano el decidir si subían los precios de los alquileres para poder obtener más dinero a fin de mes. El problema era que, para poder cobrar más a sus inquilinos, éstos debían también de disponer un salario más alto. Sólo a medida que se fueron concediendo los aumentos salariales a los trabajadores, sólo cuando la gran masa de dinero que entró en el país en los años de la Gran Guerra fue repartida de una manera más amplia, los caseros también pudieron acompañar los precios de los alquileres al del trigo, la ropa o el carbón que tanto habían subido. Así pudo suceder que un edificio como el de la calle Santa Felician, en el que no se había producido ninguna mejora ni ninguna reforma, pasara de rentar 3.600 pesetas en 1905 a generar 8.400 en 1930.

En términos generales se podía considerar que la familia del primer boticario de Chamberí había continuado ese progreso y mejora en sus condiciones de vida que ya había inaugurado el fundador de la familia en los alrededores de 1860. El futuro parecía anunciar que los miembros de aquella familia todavía subirían más escalones en el camino hacia el enriquecimiento. Dos bisnietos de Benigno Castro llamaban en 1930 a la puerta del mismo mundo laboral que sus antepasados. Carlos Félix de 28 ya tenía el título de médico y su primo, Emilio, cursaba sexto año de la misma carrera universitaria¹⁸. Eso sí, sin negar la inteligencia y el esfuerzo de los descendientes de Benigno Castro, había que subrayar que los cambios en la situación social y profesional de aquella familia no se debían sólo a su valía como trabajadores y pequeños negociantes. En su éxito como caseros, el aumento de los beneficios que obtenían se debían a los grandes cambios que se estaban produciendo tanto en la ciudad de Madrid, cada día más grande y en la que el suelo de aquel barrio era más codiciado que antes, como a los efectos de las profundas transformaciones que se estaban produciendo en la economía española y mundial y de los que la inflación era el más llamativo.

Lo mismo cabía decir de sus salarios y sus situaciones profesionales. Los descendientes de Benigno habían gozado de más oportunidades que él. El paso desde dueño de botica en las afueras a alto empleado de la Administración Pública y los mayores salarios de los que pudieron disfrutar se debieron, también, a los grandes cambios que se produjeron en la economía de la capital española en el primer tercio del siglo XX. Uno de los más llamativos era la cada vez mayor presencia de empleados en el mercado laboral madrileño que, como Florencio, Higinio o Emilio, tenían un sueldo fijo y trabajaban para una gran empresa o para una institución.

La historia de la familia de los Estébanez-Castro durante los treinta primeros años del siglo XX ilustra algunas de las transformaciones que se estaban produciendo en la ciudad en la que vivían. Como en tantos otros hogares, en la farmacia de la calle Santa Felician se hacían visibles muchos de los rasgos que caracterizaban el mundo del trabajo del Madrid de aquella época, con las limitaciones y las posibilidades que ofrecía

¹⁷ Para una comparación de salarios en distintos oficios antes y después de la Primera Guerra Mundial véanse los datos ofrecidos por JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI, 1984, pp. 480-483.

¹⁸ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, casos n° 1.712 y 1.717 – Trafalgar.

un mercado laboral en continua evolución y cambio. También se hacían visibles las persistencias y las novedades que coexistían en las formas en que se ganaban la vida los habitantes de la ciudad. Así se podía ver cómo, mientras los farmacéuticos ahora salían de la botica para trabajar en el Ayuntamiento y traían un salario inimaginable por su abuelo, las mujeres en cambio seguían recluidas en la cocina y en el hogar, atadas a las faenas de la casa como lo habían estado sus madres y sus abuelas. Al mismo tiempo se podía observar que una misma persona podía trabajar y ganarse la vida de formas muy distintas a la vez. El mundo del pequeño comercio, de la botica de barrio típica de finales del siglo XIX, no era incompatible con el trabajo en una moderna institución como el Laboratorio Municipal. En aquel Madrid de 1930, los ritmos del pasado convivían con los del futuro, como demostraba aquella familia en la que coincidían mancebos y dependientes, empleados de la Administración Pública, médicos, pensionistas y amas de casa. Ahora bien, una sola familia no puede resumir toda la realidad social de un barrio o de una ciudad. Para conocer realmente los cambios que habían afectado a la particular historia de los descendientes de Benigno, es necesario también observar que sucedía al conjunto de los habitantes de la ciudad en la que vivían. Sólo así se puede saber si su ejemplo era significativo de los cambios que acontecían en el Madrid del primer tercio de siglo XX y si se habían trasladado al resto de los ámbitos del mundo del trabajo, que ya antes se había demostrado como extraordinariamente diverso en aquella ciudad.

El mercado laboral madrileño en 1930

Se podía pensar que la historia de los Estébanez-Castro era excepcional. Que los cambios que habían experimentado en sus vidas laborales y en sus comportamientos económicos los miembros de aquella familia de boticarios y médicos se debían a sus peculiares profesiones y circunstancias económicas. Desde luego, no todos los hogares partían desde la misma situación a comienzos de siglo XX ni se les abrieron las mismas posibilidades para el ascenso profesional y social durante los treinta años siguientes. No todos los trabajadores madrileños contaban con tanta preparación académica como los nietos de Benigno, que habían ido a la universidad y para los que gran parte de su éxito se debía a su alta cualificación como trabajadores. Pero sí que se podía uno interrogar hasta qué punto el conjunto de los trabajadores madrileños se habían visto beneficiados de esa transformación de la economía de la capital que también les había ayudado. Si también el resto de los vecinos del Ensanche Norte habían accedido a sueldos más altos y empleos más fijos que los que tenían a comienzos del siglo XX, aunque no tuvieran siempre la excelencia que habían alcanzado los de Benigno Castro y sus descendientes.

La composición del mercado laboral del Ensanche Norte en 1930 mostraba la profundidad de los cambios que había experimentado la economía madrileña en el primer tercio del siglo XX. Lo más destacado era el gran número de empleados que podían encontrarse entre los trabajadores de esta zona de la ciudad. Más de una cuarta parte de todos los varones residentes en el Ensanche Norte en 1930 eran trabajadores que tenían una ocupación fija con un sueldo establecido de antemano y que, aparentemente, habían accedido, por tanto, a las situaciones más privilegiadas del mercado laboral. Los empleados habían crecido tanto que ya empezaban competir en número con los jornaleros, que sólo eran unos centenares más. Desde luego, eran muchos más que los artesanos y los trabajadores manuales cualificados, que en 1930 apenas eran una décima parte de todos los varones mayores de catorce años que habitaban en Vallehermoso, Chamberí y los alrededores de la Castellana.

Tabla 11.1: Composición del mercado laboral masculino en 1930. Ensanche Norte. Población adulta		
Categorías profesionales	número de trabajadores	porcentaje
Sin determinar/Sus labores	2.891	6,84
Sin oficio	4.302	10,18
Labores agropecuarias	32	0,08
Jornaleros/Trabajadores sin cualificar	11.646	27,57
Artesanos, oficios y trabajo cualificado	3.913	9,26
Pequeño comercio	2.113	5,00
Industriales	159	0,38
Servicio doméstico	434	1,03
Empleados y dependientes	11.374	26,92
Profesiones liberales/Titulados	2.065	4,89
Iglesia y militares	1.926	4,56
Pensionistas, jubilados y retirados	920	2,18
Propietarios y rentistas	469	1,11

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930

El gran número de empleados marcaba un punto de inflexión en la evolución social del Ensanche Norte y de Madrid en su conjunto. Hasta comienzos del siglo XX, la capital había crecido a costa de la inmigración de trabajadores descualificados que, al llegar a la ciudad, se habían debido conformar con los trabajos mal pagados que encontraban. El sector que más permeable se hizo a su entrada fue la construcción, donde abundaban las contrataciones temporales y a jornal en las que no se exigían demasiados conocimientos previos al trabajador. También hubo otros sectores en los que surgían oportunidades similares para el recién llegado: el inmigrante era un candidato perfecto para ser mozo de cuerda, picapedrero o realizar las tareas más duras en los talleres artesanos, ya en una tahona o en una carpintería. En todos los casos, las condiciones laborales solían ser las mismas: jornadas largas, salarios bajos y contrataciones temporales, a veces por un día, otras por dos, con suerte por una semana. Madrid se inundó de este tipo de trabajadores durante el siglo XIX, hasta el punto de convertirse en la figura predominante en su mercado laboral y ensombrece a los que habían sido los protagonistas de la vida económica de la capital hasta entonces, los artesanos. Madrid se jornalericizó. En el despegue del crecimiento de la ciudad en las últimas décadas del siglo XIX el fenómeno económico más sobresaliente fue esa corrosión de los oficios, esa desintegración gremial que estaba produciendo la desaparición de los artesanos y su progresiva sustitución por jornaleros¹⁹.

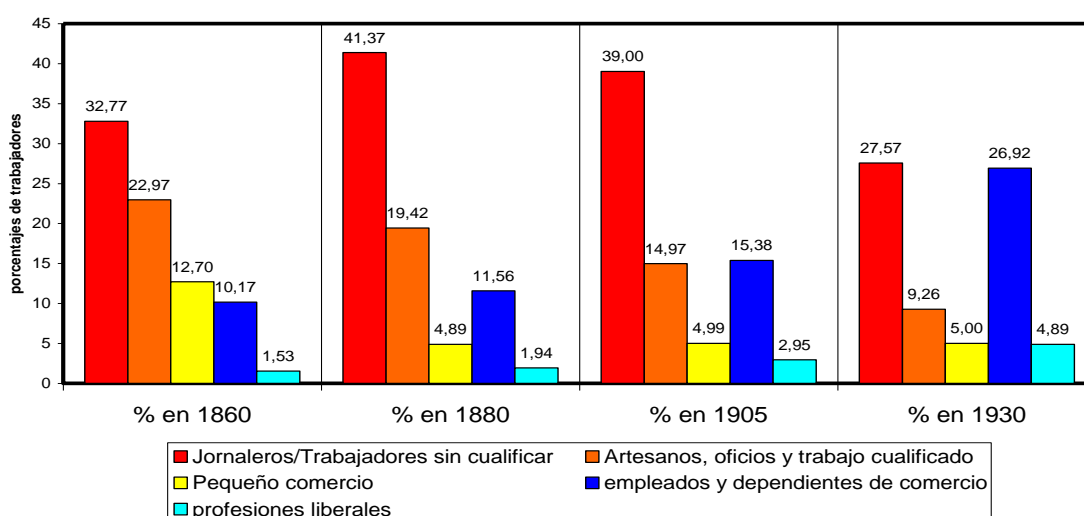
La desaparición de los artesanos fue lenta y aún se prolongó durante varias décadas más. El comienzo del siglo XX en Madrid también se caracterizó por la progresiva reducción del peso de los trabajadores manuales cualificados en su mercado laboral. Al mismo tiempo, la construcción siguió jugando un papel decisivo en la integración de los inmigrantes que llegaban de todos los rincones de la Península. Como desde hacía décadas, en los primeros tiempos, muchos de estos inmigrantes eran jornaleros. La construcción continuó siendo un importante motor económico para la capital que ofrecía una primera forma de ganarse la vida a los recién llegados. La diferencia estaba en que, entre 1900 y 1930, años en los que el crecimiento urbano de la ciudad se aceleró, la construcción estaba dejando de ser la fuerza de arrastre principal de

¹⁹ CARBALLO BARRAL, Borja, PALLOL TRIGUEROS, Rubén y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008, pp. 381-448.

la economía madrileña. Tampoco los jornaleros eran ya el tipo de trabajadores que llenaban el hueco que dejaban los artesanos en su desaparición, pues los empleados y dependientes estaban ocupando ese vacío.

El sector terciario, que ya había dado muestras de vitalidad en el cambio de siglo, se convirtió a partir de 1900 en uno de los factores fundamentales del desarrollo económico madrileño. Fue el sector de la economía que inyectó la energía para que en aquellos años en Madrid se convirtiera en una metrópoli de más de un millón de habitantes. El trabajo en oficinas, en comercios, en las instituciones y servicios públicos daba de comer en la gran ciudad a tantas personas como los tajos, las obras públicas o las grandes fábricas.

Gráfico 11.2: Evolución de los principales grupos profesionales del mercado laboral masculino. Ensanche Norte 1860-1930



Elaboración propia. AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, 1880, 1905 y 1930

No era algo del todo nuevo. El crecimiento que ya había experimentado Madrid hasta entonces no podía explicarse sin referencia a la gran concentración de instituciones que albergaba en sus calles. La capitalidad, la condición de sede de la corte y del gobierno habían sido la razón fundamental del crecimiento de la ciudad desde que Felipe II había decidido en el siglo XVI convertirla en el centro de su reino. Madrid era lo que era por sus funciones burocráticas. Otras ciudades habían surgido y se habían desarrollado por ser importantes centros de comercio o lugares de producción artesanal primero e industrial después. Madrid lo había hecho gracias a los funcionarios. Unas ciudades producían, otras comerciaban y Madrid, desde hacía siglos, gobernaba. Esto había provocado que a la capital se la considerara frecuentemente como una ciudad parasitaria que crecía por el aprovechamiento de los beneficios que le aportaban otros centros urbanos; mientras otros lugares encontraban nuevas vías para generar riqueza, a Madrid se le reprochaba que vivía del resto, de la porción de riqueza que como capital succionaba de cada rincón del país²⁰.

²⁰ Una visión negativa del papel de Madrid en la economía española, RINGROSE, David: *Madrid y la economía española, 1560-1850: Ciudad, Corte y país en el Antiguo Régimen*. Madrid, Alianza, 1985; otra visión complementaria y en parte, en polémica con Ringrose, SÁNCHEZ NIETO, José A.: *Artesanos y mercaderes. Una historia social económica de Madrid (1450-1850)*, Madrid, Editorial Fundamentos, 2006.

Tal reproche no había desaparecido en 1930 y ha subsistido, en cierta manera, prácticamente hasta nuestros días. En comparación con Barcelona y sus alrededores, con la región que ha sido bautizada como “la fábrica de España”, Madrid resultaba en el primer tercio del siglo XX una ciudad escasamente productiva, que parecía volcada en el consumo de las riquezas y los bienes generados por el resto de las provincias y que no aportaba su granito de arena al desarrollo del país²¹. Madrid en aquella época no podía competir como ciudad industrial con Barcelona y probablemente tampoco con Valencia ni con Bilbao. En la ciudad condal, símbolo de la modernidad industrial, destacaban las grandes fábricas de altas chimeneas que daban empleo a más de cien o de quinientos trabajadores. En Madrid, aunque ya habían aparecido algunos ejemplos de grandes centros fabriles con centenares de trabajadores, aún era excesivo el peso de los talleres en los que por cada patrón no había más de diez obreros. Barcelona era la ciudad de las máquinas, donde se podían encontrar esas masas de obreros a las puertas de las fábricas que producían una mezcla de fascinación y temor en la época. Era una ciudad proletaria, en que la oposición entre clases trabajadoras y patronos estaba tan clara como en otros centros urbanos como Manchester, Detroit o Lyon, tenidos como epígonos de la modernidad industrial.

Madrid en cambio, seguía siendo vista como una ciudad “más industriosa que industrial”, donde no había tantos obreros alienados ni encuadrados en masa en las fábricas sino que parecían subsistir los antiguos oficios artesanales²². Una importante proporción de los trabajadores manuales madrileños ofrecía rasgos que recordaban demasiado a los antiguos artesanos. Eran artesanos con gran pericia y experiencia en su oficio, que se empleaban normalmente en un pequeño taller con una decena más de compañeros, a lo sumo. Conocían a su patrón, al que muchas veces trataban más como al antiguo maestro artesano que como al capitalista lejano y explotador que aparecía en los discursos obreros. Sólo en un sector de la producción parecía que la capital adquiría un aire industrial; como señala Santos Juliá al acercarse al Madrid de las vísperas de la República, “la mayor concentración de obreros madrileños de estos años no acontece en fábricas sino en tajos, no en el sector del metal sino en la construcción.”²³

En el negocio surgido en torno a la construcción de los nuevos barrios del gran Madrid y a las obras públicas para su acondicionamiento y aprovisionamiento en servicios fue donde aparecieron las grandes empresas de la época, comparables a las que protagonizaban el desarrollo industrial en Barcelona o en Bilbao. Fue en el mundo del ladrillo y de las vigas donde se podían encontrar grandes sociedades anónimas con plantillas de trabajadores comparables a las que protagonizaban la producción siderúrgica vasca o la textil catalana. En 1932, la compañía constructora Fomento de

²¹ La expresión referida a Cataluña en NADAL, Jordi: *Moler, tejer y fundir. Estudios de Historia Industrial*, Barcelona, Ariel, 1992. La visión de Madrid como una ciudad más consumidora que productora y gran parte de la caracterización de la “debilidad industrial de la capital” a la que se hace referencia, en JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI, 1984, pp. 68-87. Como complemento a la imagen ofrecida por este último autor, SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización colectiva. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2006, pp. 17-31, BAHAMONDE MAGRO, Ángel, MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A. y REY REGUILLO, Fernando: *La Cámara de Comercio e industria de Madrid (1887-1987). Historia de una institución centenaria*, Madrid, Cámara de Comercio, 1989; NIELFA, CRISTÓBAL, Gloria: “La economía de Madrid: desde la crisis colonial hasta el final de la guerra civil”, en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Madrid, UCM, 2007, pp. 661-675 y - GARCÍA DELGADO, José Luis: “La economía de Madrid en el marco de la industrialización española” en NADAL, Jordi y CARRERAS, Albert (coord.): *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*, Barcelona, Ariel, 1990.

²² La expresión en JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934... Ob. Cit.*, pág. 74.

²³ JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934... Ob. Cit.*, pág. 79

Obras y Construcciones contaba con 2.215 empleados y Agromán, perteneciente al mismo sector, con 1.600 trabajadores. Estos albañiles, carpinteros y demás trabajadores de la construcción permitían a Madrid afirmar que ella también tenía sus masas de obreros, comparables a las de metalúrgicos vascos o a los del textil catalán. También en otros sectores como el del transporte urbano o el aprovisionamiento de energía para hogares y centros de trabajo existían grandes empresas: la Sociedad Madrileña de Tranvías tenía 3.435 trabajadores, la Compañía del Metropolitano 1.271, Gas Madrid S.A. 1.189 e Hidroeléctrica Española 1.906²⁴. En fin, la capital no carecía de ejemplos de grandes sociedades anónimas ni de concentraciones de masas proletarias. Pero no por ello podía considerarse a Madrid una ciudad industrial que contribuyera a aumentar los niveles de producción del país. No dejaba de ser significativo que los principales ejemplos de grandes empresas de tipo industrial en Madrid actuaran precisamente en la construcción y en los servicios urbanos, dos ámbitos de negocio en los que no cabía la exportación y que estaban dirigidos exclusivamente al consumo interno de la ciudad²⁵.

Que las masas de obreros madrileños fueran albañiles y no trabajadores del metal, que se dedicaran a producir para la propia ciudad y no para vender fuera, reforzaba la imagen de una economía madrileña que parecía anclada en el pasado y que no había afrontado el desafío de la industrialización. Siguiendo a Santos Juliá, *“ni por la presencia de grandes establecimientos, ni por el número de obreros que trabajaban en sus fábricas y talleres, ni, en fin, por el volumen total de su producción se podrá decir, pues, que sea ésta una ciudad industrial a finales de los años veinte.”*²⁶ Madrid no era ciudad de obreros de fábrica sino de peones de albañil. También era una ciudad de funcionarios y de empleados. Atendiendo a los censos de población y a las estadísticas de la época, como el padrón municipal también parece confirmar, la composición del mercado laboral madrileño se caracterizaba por lo que este mismo autor ha juzgado *“una clara inflación de servicios, propia de sociedades con una débil estructura industrial”*²⁷.

En la carrera por crear grandes fábricas y aumentar los índices de producción industrial, en el caso de que tal carrera existiera, Madrid estaba claramente detrás de otras ciudades españolas como Barcelona, Bilbao o incluso Valencia. La capital española, de hecho, parecía hasta mal encaminada, porque en vez de crecer su número de obreros fabriles lo que se expandía eran las legiones de escribientes, contables, funcionarios y otros trabajadores de cuello duro que poblaban sus calles. Otra cosa es que esta mayoría de empleados sobre los obreros, de trabajadores que se empleaban en oficinas sobre los que lo hacían en talleres y fábricas, representara realmente una *“inflación de los servicios”*. Que este rasgo de su mercado laboral fuera un signo del anquilosamiento y del atraso económico de Madrid frente a Barcelona o Bilbao, más modernizadas en virtud de su claro abrazo del proceso de industrialización. En fin, queda por decidir si esa ausencia de grandes fábricas y ese exceso de empleados y trabajadores en los servicios eran una muestra más de ese Madrid parasitario que vivía de lo que las demás regiones producían o, si por el contrario, esta imagen responde más a un prejuicio y a un tópico de la época que consideraba que el único desarrollo económico real pasaba por la producción industrial de bienes y no por la de la organización de servicios.

²⁴ Los datos proceden del Censo electoral social de Madrid de diciembre de 1932, recogido en JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934... Ob. Cit.* pp. 441-44

²⁵ JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934... Ob. Cit.*, pp. 78-81

²⁶ JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934... Ob. Cit.* pág. 74

²⁷ JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934... Ob. Cit.* pág. 65

Actualmente, un elevado porcentaje de trabajadores en el sector terciario no sería interpretado necesariamente como un signo de escasa modernización económica. En las economías de industrialización avanzada, se ha tendido a reducir la importancia del trabajo en la industria a favor del trabajo en los servicios²⁸. Tan importante resulta la producción de bienes por las fábricas como la oferta de servicios tanto a particulares como empresas. Esta terciarización de la economía, que se ha hecho visible de manera acelerada en la segunda mitad del siglo XX, hunde sus raíces mucho más allá. Ya se ha visto cómo hacia 1900, a medida que se consolidaba el proceso de industrialización en España y se conformaba un mercado nacional, Madrid emergía como la clave de bóveda de una organización económica en que se había producido una especialización regional. Unas regiones de España se volcaban en la producción industrial, otras permanecían fieles a la producción agrícola y Madrid, por ser la capital y por disfrutar de una posición privilegiada en la red de transportes y comunicaciones se había especializado en la gestión y en la dirección del desarrollo económico español.

Al calor de su condición de principal centro de intercambio comercial y financiero, surgieron en Madrid nuevos puestos de trabajo asociados a los servicios y en estrecha vinculación con el desarrollo económico que estaba experimentando el país. Empleados de banca, telegrafistas, agentes comerciales y agentes de bolsa nutrieron un sector servicios que comenzaba a ganar peso en el mercado laboral madrileño. Es cierto que entre el grupo de trabajadores que figuraban como empleados en 1905 en la capital una gran parte aparecían vinculados a la Administración del Estado o del municipio. Parte de esos trabajadores tan numerosos eran funcionarios pero considerar, ya en esas fechas, que Madrid era una ciudad burocrática no era del todo exacto. No lo era porque otra parte, cada vez más significativa, eran empleados en empresas privadas o en sectores como las telecomunicaciones o los transportes ferroviarios que representaban sectores de negocios innovadores. Esa “inflación de los servicios”, ese abultado grupo de trabajadores en el sector terciario en el Madrid de 1930, no tenía porque ser necesariamente una muestra de una escasa modernización económica. Los numerosos empleados madrileños no eran siempre una herencia del pasado como la falta de grandes fábricas ni de masas de obreros tenía que representar necesariamente una deuda con el futuro. Desde luego, aquel 26% de trabajadores del Ensanche Norte que se declaraban empleados y trabajadores en los servicios y que poco a poco habían comido el terreno a artesanos y jornaleros, si algo reflejaban no era precisamente un síntoma de decadencia de la vida económica madrileña. Si la capital de España crecía, si cada vez era capaz de dar una forma de vida a más familias inmigrantes venidas tanto huyendo de la pobreza como atraídos por la riqueza, era también porque su sector terciario se expandía y se mostraba capaz de integrar a un mayor número de trabajadores. Lo que se debe analizar es si esa expansión del sector servicios se produjo reproduciendo las viejas estructuras económicas de la ciudad antigua o si era la expresión del hallazgo de un nuevo camino para transformar la forma en que los madrileños se ganaban la vida. En definitiva, si aquel gran grupo de empleados madrileños eran los mismos dependientes de comercio y los empleados ministeriales que ya poblaban las calles de la capital a finales del siglo XIX o pertenecían a nuevos ámbitos de producción distintos, que anunciaban la aparición de nuevos impulsos en el desarrollo económico de la ciudad.

Las grandes cifras estadísticas y los análisis de conjunto sólo permiten una percepción aproximada de las dinámicas que alimentaron la evolución económica de la

²⁸ En el caso español véase el apartado “El futuro de la industria manufacturera. Terciarización de la economía y relación industria-servicios” en NADAL, Jordi (dir.): *Atlas de la Industrialización de España, 1750-2000*, Barcelona, Crítica, 2003 601-607

ciudad de Madrid. De igual manera que para interpretar el significado que tuvo la expansión de los servicios se hace necesario un análisis más pormenorizado del tipo de empleos que componían este sector, la caracterización del mundo del trabajo manual en la capital, tanto el de la construcción como el de la producción de objetos manufacturados, necesita un análisis más detallado. Es innegable que en Madrid no se produjo un proceso de industrialización ni tan veloz ni con los mismos rasgos que en Barcelona o en Bilbao. En la capital no existían fábricas tan grandes ni eran tan numerosas como en la ciudad condal. Los talleres con un número reducido de trabajadores que recordaban a los tiempos gremiales predominaban en la estructura productiva madrileña. Pero el pequeño taller, por el mero hecho de serlo, no implicaba necesariamente que la naturaleza del trabajo que en él se realizara siguiera los mismos ritmos y las mismas tradiciones que en los tiempos preindustriales.

Ya se ha visto en el caso de la farmacia de la familia de los Estébanez-Castro. Entre 1860 y 1930, los miembros de aquel hogar se transmitieron una misma tradición profesional de generación en generación y conservaron un negocio cuyas dimensiones y cuyo número de trabajadores siempre fueron los mismos. Eso no excluyó que las condiciones laborales y la naturaleza del trabajo que se desempeñaba allí a mediados del XIX y en 1930 cambiaran radicalmente. Benigno Castro, en los primeros tiempos del arrabal, era realmente uno más entre los pequeños comerciantes que abastecían Chamberí: él lo hacía en medicamentos, otros en pan, alimentos o carbón. Su nieto Higinio, en cambio, era un empleado con sueldo fijo, integrado en la red de inspección y prevención higiénica del Ayuntamiento. Ser farmacéutico no era lo mismo en 1860 que en 1930 y tampoco lo era llevar una farmacia. Benigno a mediados del siglo XIX pasaba gran parte de su tiempo en su rebotica, preparando ungüentos y formulas para servir las recetas de sus vecinos. Al lado de vendas, remedios y polvos varios, también comerciaba con sanguijuelas y con leche de burra y otros productos propios de una farmacopea tradicional en la que gran parte de la elaboración de los medicamentos se realizaban en el mismo lugar que se vendían. Muchos de los productos que vendía su abuelo seguían en los estantes de la botica cuando la dirigía Higinio en 1930 pero, junto a ellos, también se despachaban y cada vez de manera más abundante, esas aspirinas que fabricaba la empresa Bayer, la leche en polvo que comercializaba la marca Nestlé y muchos otros productos de una industria química y farmacéutica en acelerada expansión por aquella época. Higinio seguía mezclando ocasionalmente productos en su rebotica, componiendo las fórmulas que había aprendido en la facultad pero su negocio había dejado ser un centro de producción para mutarse en un lugar donde se distribuían los novedosos medicamentos que se elaboraban a uno y otro lado del Atlántico, en grandes fábricas con masas de trabajadores y no en pequeños cuartos en la trastienda donde sólo trabajaba él y el mozo que tenía empleado²⁹.

Cabe preguntarse si los talleres de carpintero, de zapatero, los cuartos donde cosían tantas y tantas mujeres en sus casas, las vaquerías y los ultramarinos, las tahonas y las pastelerías, habían experimentado transformaciones del mismo calado. Si tras la aparente atonía que parecía indicar el predominio de pequeños talleres y la escasez de grandes fábricas, no se escondían profundos cambios en la manera de trabajar y en el tipo de empleos con que los madrileños, cada vez más numerosos, se ganaban la vida. Para conocer cuál fue la evolución de la economía madrileña en el primer tercio del

²⁹ Una vía para acercarse a los cambios en el objeto de comercio de farmacias y boticas puede ser a través del estudio del consumo y de la publicidad; la irrupción de las industrias farmacéuticas en el comercio madrileño es analizada por RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: *“Quien no anuncia no vende.” La publicidad y el nacimiento de la sociedad de consumo en la España del primer tercio del siglo XX*. Trabajo académico de tercer ciclo, Madrid, UCM, Departamento de Historia contemporánea, 2008, pp. 118-123.

siglo XX y averiguar cuánto tuvo de permanencia y atraso y cuánto de cambio, es necesario descender desde los grandes agregados y las cifras generales y observar con detalle cómo evolucionaban los mil y un oficios con que los habitantes de la ciudad se ganaban la vida. Sólo así se podrá saber si el gran número de empleados era un síntoma de hipertrofia de la burocracia o una señal de modernización económica, si a pesar de la ausencia de grandes fábricas también en la capital se estaban dejando notar los efectos de la segunda revolución industrial. Es quizá por este último punto por donde resulta más interesante comenzar. La ausencia de una verdadera industrialización, la calificación de Madrid como una ciudad más industrial que industrial ha sido el argumento esgrimido más frecuentemente para señalar el retraso económico de la capital española frente a ciudades netamente fabriles como Barcelona o Bilbao. Así que, una primera pregunta ha de dirigirse a averiguar si Madrid seguía siendo una ciudad de jornaleros, albañiles y pequeños grupos de artesanos en descomposición como a principios de siglo XX.

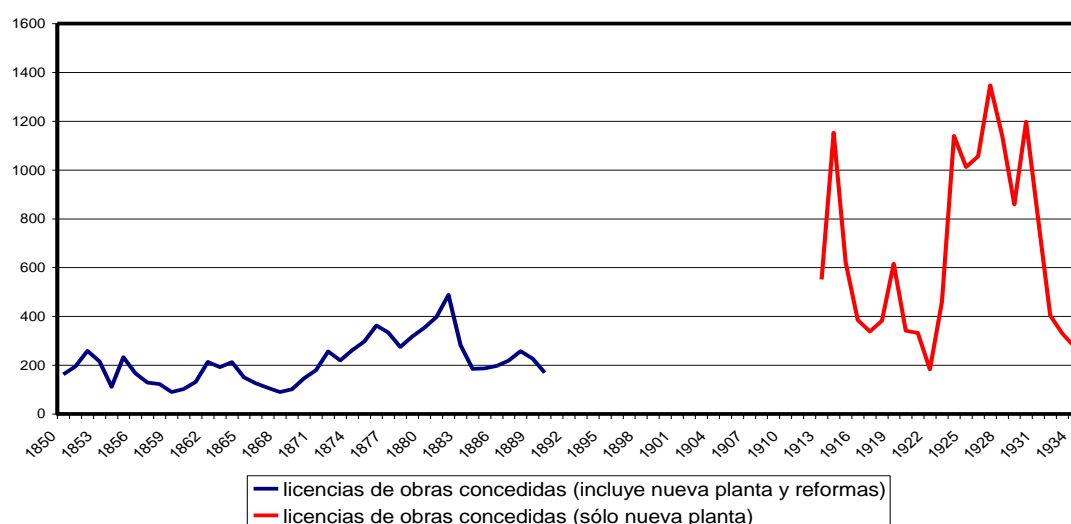
El lento declive de los albañiles en el Madrid del primer tercio del siglo XX.

A finales del siglo XIX el jornalero se había convertido en la figura más representativa del mundo del trabajo manual madrileño. Las razones ya son conocidas. Los abundantes jornaleros que componían las clases populares madrileñas eran mano de obra procedente de la inmigración que, en flujos cada vez más intensos, arribaban a la capital, procedentes de los entornos rurales. En una ciudad que hasta entonces no había conocido una transformación industrial demasiado significativa y en la que gran parte de la producción de bienes manufacturados seguía realizándose en pequeños talleres, muchos de aquellos jornaleros inmigrantes, por no decir casi todos, encontraron su vía de entrada al mercado laboral a través de la construcción. Tras la consolidación del proyecto de Ensanche en 1868 y gracias precisamente a ellos, a los inmigrantes que además de buscar trabajo también buscaban casa, la construcción de los nuevos barrios se convirtió en el gran negocio madrileño, en uno de los principales motores de su economía.

Madrid pasó de ser una ciudad que ponía barreras a los inmigrantes a hacer de ellos una succulenta fuente de beneficios. El negocio inmobiliario se convirtió en una veta de enriquecimiento y, de paso, resolvió parcialmente el problema del paro de la inmigración. Era una solución que parecía perfecta. El trabajo como peones de albañiles o de carpinteros, de picapedreros o de mozos de carga en las obras y en los tajos, era especialmente adecuado para todas esas masas de inmigrantes que venían del campo. De nada hubiera servido que existieran grandes fábricas siderúrgicas o textiles como en otras regiones. Las gentes que se presentaban en las puertas de la capital tras deambular segando aquí, cosechando allá, haciendo la aceituna en un sitio o recogiendo vid en otro, rara vez tenían una mínima experiencia en el trabajo artesanal. Las fábricas del siglo XIX, que tenían más de fábrica por el gran número de trabajadores que albergaban que por estar altamente mecanizadas, necesitaban trabajadores cualificados y duchos en su oficio, no jornaleros sin experiencia. El trabajador venido del campo podía integrarse más fácilmente en un tajo, en la construcción de una casa o en las obras públicas. Otra cosa era lo que sucediera después. Con los años, el inmigrante que había comenzado como peón de albañil podía saltar a mejores puestos laborales; convertirse en cochero, ocupar una portería, colocarse como guardia o conserje en alguna institución, incluso ingresar en el cuerpo de policía urbana o en el de serenos de comercio. Si se había llegado siendo lo suficientemente joven se podía incluso aprender un oficio, convertirse en carpintero o cerrajero o hasta ser tipógrafo y acceder a los mejores salarios que se

cobraban en la capital por trabajar con las manos. Pero eso, cuando llegaba, era después de mucho tiempo. El primer trabajo solía ser en la construcción. Fue el negocio inmobiliario lo que permitió a Madrid integrar laboralmente a los inmigrantes que llegaban a sus puertas y con ello se hizo posible su expansión demográfica y económica³⁰.

Gráfico 11.3: Evolución de las licencias de obras concedidas por el Ayuntamiento de Madrid (1850-1890 y 1913-1934)



Elaboración propia a partir de los datos recogidos en: BAHAMONDE MAGRO, Ángel y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pág. 217 (licencias concedidas entre 1850 y 1890) y JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934... Ob. Cit.*, pp. 453-454 (licencias entre 1913 y 1914).

La construcción continuó jugando un papel fundamental en el crecimiento de Madrid en el primer tercio del siglo XX. El negocio inmobiliario a partir de 1900 de hecho alcanzó un mayor volumen, puesto que las corrientes de inmigración a la capital crecieron en intensidad durante esos años. Cuantos más vecinos tenía la ciudad, más viviendas nuevas eran necesarias. Las bases sobre las que se sustentó el negocio inmobiliario en aquel primer tercio del siglo XX eran las mismas que cuando se aprobó el Ensanche y se inició la ampliación urbana de Madrid. Los contingentes de inmigrantes eran los que estimulaban la demanda de nuevas viviendas, los inquilinos potenciales que habían de garantizar el éxito del negocio y al tiempo componían la mano de obra que se empleaba en las edificaciones. No era un fenómeno exclusivo de la ciudad de Madrid. En las grandes urbes europeas también se vivió un auge edificatorio a comienzos del siglo XX. En aquellos años se produjo una explosión de los artefactos urbanos, de la estructura de las ciudades que vieron crecer sus periferias y convertirse en grandes aglomeraciones, en auténticas conurbaciones que integraban varios núcleos residenciales³¹. Fue cuando

³⁰ Algo similar ocurría en ciudades más industrializadas. Así lo detecta José Luis Oyón al señalar las diferencias en la integración laboral de obreros según si eran nacidos en la ciudad o inmigrantes, en el capítulo, "Un mundo obrero diferenciado" en OYÓN, José Luis: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008, pp.65-112. También de ello se ocupa CAMPS I CURÁ, Enriqueta: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1995.

³¹ Del gran auge constructivo y del crecimiento urbano en Europa se ocupa en su capítulo "La explosión urbana de entreguerras" OYÓN, José Luis: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano*,

Londres conoció el gran desarrollo de sus suburbios y vio como se extendía a su alrededor un océano de viviendas unifamiliares³². Mientras tanto París asistió a la formación de los cinturones residenciales que conformarían esa *banlieue rouge* que acabaría acogiendo a más habitantes que la almendra urbana³³. En Barcelona fue en esta época cuando fue Ensanche es superado en vitalidad por las primeras y las segundas periferias, que cada vez tenían más edificios y más vecinos³⁴. Lo mismo sucedía en Madrid. Hacia 1920, algunas de sus zonas de Ensanche parecían completamente ocupadas y se empezaba a construir más edificios en las barriadas de Extrarradio y en municipios como Vallecas, Chamartín o Carabanchel que en el casco urbano madrileño propiamente dicho³⁵.

El papel que jugaba la construcción en la economía madrileña no era muy diferente al que tenía en otras grandes ciudades europeas y españolas. Hasta en las urbes más industrializadas y en las que los obreros de fábrica eran las figuras más representativas, los albañiles tenían un importante peso en la estructura profesional de toda ciudad. De la misma manera que gran parte de los inmigrantes procedentes de Galicia, Castilla o Andalucía que llegaban a Madrid encontraban su primer empleo en las obras de construcción, en Barcelona, la inmigración charneca que comenzó a inundar las calles de la ciudad desde comienzos de siglo, comenzaba su aventura en el mundo laboral urbano en este sector. De la misma forma que en Madrid, sólo más tarde los inmigrantes en la ciudad condal podían acceder a trabajos más cualificados y mejor pagados³⁶.

El paralelismo con otras ciudades no acaba aquí. Madrid como otros centros urbanos también pudo comprobar las limitaciones de las que adolecía la construcción como motor económico. Una ciudad no podía vivir exclusivamente del ladrillo y, lo que era más importante, no podía hacerlo de manera constante. En Madrid se sabía. Se había podido comprobar en el pasado cómo el negocio inmobiliario sufría fuertes oscilaciones en las que los periodos de euforia y de pleno empleo alternaban con épocas de crisis y de paro generalizado. Era lógico, la demanda de nuevas viviendas no podía ser constante. Si se producía un exceso de oferta, si existían demasiadas viviendas para la venta y el alquiler los precios bajaban y el negocio dejaba de ser rentable.

El número de licencias de obra que concedía cada año el Ayuntamiento de Madrid permite observar cuán fluctuante era el negocio de la construcción en la capital española. Así se produjeron altos picos, como el año de 1914 en que se iniciaron casi 1.200 obras de nuevos edificios o 1927 en que casi se alcanzaron 1.400, que se combinaron con profundas depresiones como las que se produjeron en los alrededores de 1917 o de 1922. Es cierto que no todo el negocio de la construcción giraba alrededor de los edificios particulares. En el primer tercio del siglo XX se pusieron en marcha grandes obras públicas que emplearon a un buen número de trabajadores madrileños, como las de la apertura de la Gran Vía (entre 1910 y 1924), las de las primeras líneas de metro (la línea 1 entre 1916 y 1919 y la línea 2 inaugurada en 1925) o las de la Ciudad

inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008, pp. 21-61.

³² JACKSON, Alan Arthur: *Semi-detached London: suburban development, life and transport, 1900-39*, London, Allen and Unwin, 1973.

³³ FOURCAUT, Annie (ed.): *Un siècle de banlieue à Paris, 1859-1964*, Paris, L'Harmattan, 1988, y de la misma autora, *La Banlieue en morceaux. La crise des lotissements défectueux en France pendant l'entre-deux-guerres*, Grâne, Créaphis, 1996.

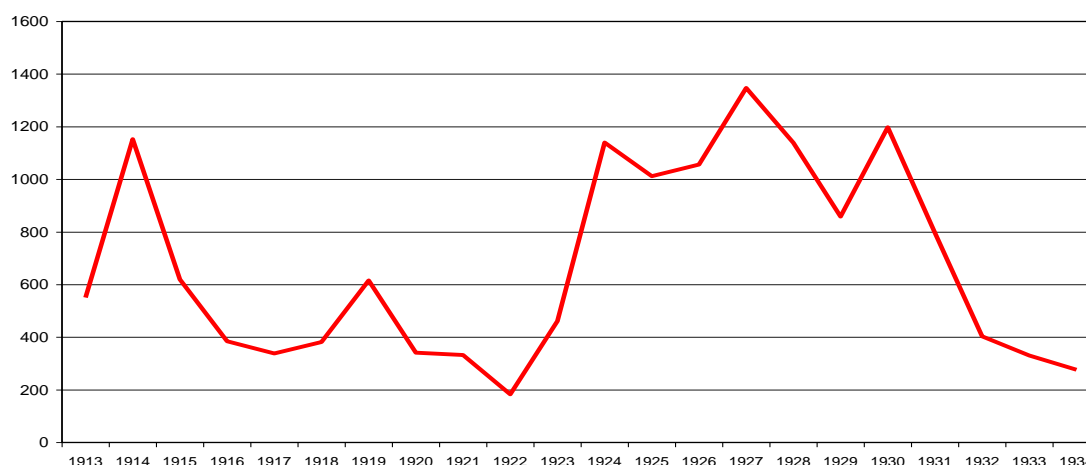
³⁴ Para Barcelona, el reciente estudio ya citado OYÓN, José Luis: *La quiebra... Ob. Cit.*, pp. 21-61.

³⁵ Para Madrid véase, especialmente las páginas que le dedica al asunto JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934... Ob. Cit.*, pág. 41 y ss.

³⁶ OYÓN, José Luis: *La quiebra... Ob. Cit.* pp. 65-112.

Universitaria (iniciadas en 1927)³⁷. Sin embargo, ni las obras particulares ni las públicas se convirtieron en una veta de negocio lo suficientemente constante como para dar trabajo a toda la población obrera madrileña. Particularmente entre 1914 y 1923, en que la inmigración continuó llegando y aumentó el número de sus jornaleros, pero el volumen de obras de construcción descendió drásticamente.

Gráfico 11.4: Licencias de obra de nueva planta concedidas por el Ayuntamiento de Madrid desde 1913 a 1934



Elaboración propia a partir de los datos recogidos en JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934...* Ob. Cit., pp. 453-454 (licencias entre 1913 y 1914).

Ninguna ciudad europea se escapó a esas oscilaciones que sufría el negocio inmobiliario; en prácticamente todas se produjeron dos grandes periodos de expansión de la edificación, uno primero en los años de Belle Époque antes de la gran guerra y otro, mucho más intenso, en la posguerra y los felices años veinte³⁸. Las razones concretas que produjeron estas oscilaciones del negocio inmobiliario europeo fueron diferentes en cada país, aunque estaban ligeramente conectadas. En Francia, en Inglaterra o en Alemania, resulta evidente que la Primera Guerra Mundial provocó una perturbación violenta de la economía en la que se dejaron de lado todas las tareas y empresas cotidianas para concentrar todos los esfuerzos en la economía de guerra. Nadie se dedicó a la construcción de casas y edificios mientras era necesario fabricar cañones y uniformes y mientras gran parte de la clase obrera se encontraba en las trincheras. En Madrid, la guerra no interrumpía tan claramente la vida cotidiana como en otras ciudades europeas, pero también se hizo notar un descenso notable de la construcción de viviendas. No se trataba en este caso de una catástrofe económica ni de una crisis del negocio. Era simplemente que había otras oportunidades para invertir; especialmente en la producción de todos esos productos que los países en conflicto demandaban porque eran incapaces de producirlos por sí mismos. Los capitalistas madrileños vieron la posibilidad de lanzarse a un negocio más rentable que el de la producción de edificios; la producción industrial en el momento en que la competencia de franceses, alemanes e ingleses no existía. Es más esos países se habían convertido en mercados deseosos de importar productos de un país neutral como era España.

³⁷ Para las obras de la Gran Vía, RUEDA LAFFOND, José Carlos: *Madrid, 1900: proyectos de reforma y debate sobre la ciudad, 1898-1914*, Madrid, Universidad Complutense, 2001. Para la construcción del metro de Madrid, MOYA, Aurora: *Metro de Madrid: 1919-1989. Setenta años de historia*, Madrid, Metro de Madrid, 1990.

³⁸ OYÓN, José Luis: *La quiebra...* Ob. Cit, pp. 21-61.

En realidad, el negocio inmobiliario, que tanto protagonismo había tenido en Madrid, no se caracterizaba tanto por su excesiva rentabilidad como por su seguridad y por su gran capacidad para generar confianza en los inversores. Lo bueno que tenía colocar un capital en la construcción de un edificio era que resultaba difícil pensar que se perdería dinero. Un inmueble de viviendas en una ciudad cuyos habitantes aumentaban constantemente como Madrid, siempre valdría algo. A lo mejor no se alquilaba o se vendía inmediatamente, pero tarde o temprano se conseguiría. Lo que no sucedía, o lo hacía muy raramente, era que el dinero que se invertía en la construcción se recuperara inmediatamente y se generaran espectaculares beneficios, sobre todo en una sociedad como aquella en que el alquiler era claramente predominante sobre la vivienda en propiedad. En aquel tiempo, era raro que al construir un edificio se vendiera inmediatamente. Para amortizar una inversión se debía esperar muchos años para recuperar todo lo que se había gastado en la compra del terreno y en la construcción de un edificio. Eso sí, de lo que no había ninguna duda era de que ese dinero se recuperaría. La construcción no era el camino habitual para hacer grandes fortunas sino más bien para consolidarlas. Los caseros madrileños del siglo XIX no se habían hecho ricos construyendo y alquilando viviendas, sino que por lo general ya tenían su fortuna cuando decidieron participar en el negocio inmobiliario. Era algo que se podía decir tanto de un personaje acaudalado como Miguel Sainz de Indo, el financiero vasco que construyó con parte de su gran capital un conjunto de hoteles en el Paseo de la Castellana, como de Benigno Castro, que colocó parte de sus ahorros obtenidos tras años de despachar medicamentos en Chamberí en la construcción de una nueva farmacia. En ambos casos, el éxito profesional ya les había llegado antes de decidirse a introducirse en el negocio del ladrillo; si se convirtieron en gran y pequeño empresario de la construcción respectivamente, fue porque, probablemente, aquel negocio era un buen refugio para un capital que no sabían muy bien donde situar³⁹.

El protagonismo del que gozó la construcción en la vida económica de la ciudad de Madrid hasta 1900 se debía en una alta proporción a la ausencia de alternativas para la inversión. No es que el ladrillo fuera una prioridad absoluta de los capitalistas madrileños y que por eso despreciaran otros tipos de negocios como la industria, que tan buenos resultados estaba dando en ciudades como Barcelona o Bilbao. Era simplemente que no había mucho donde elegir. En el caso de la industria, las razones que impidieron un despertar tan temprano como el que había acontecido en otras regiones no siempre tenían que ver con una actitud conservadora y poco proclive al riesgo de los capitalistas madrileños.

Gran parte de la culpa del retraso industrial de Madrid fue debido a causas meramente materiales. En una primera revolución industrial, en que las máquinas se alimentaban de hierro y de carbón, Madrid partió en desventaja porque no contaba con estas materias primas en sus cercanías ni con un sistema de transportes para hacerlas llegar a un precio competitivo⁴⁰. Así era muy difícil levantar una fábrica. No era

³⁹ Al perfil social de los inversores en el mercado inmobiliario madrileño ya se ha hecho referencia en el Capítulo III de este estudio. Sobre el origen de las fortunas de los grandes caseros y la inversión inmobiliaria más cómo una estrategia para la consolidación de capitales o de diversificación también se han citado los trabajos de Ángel Bahamonde, como por ejemplo BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid, 1856-1866*. Madrid, UCM, 1981. Véase también el trabajo de RODRÍGUEZ CHUMILLAS, Isabel: *Vivir de las rentas. El negocio del inquilinato en el Madrid de la Restauración*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2002.

⁴⁰ Véanse las caracterizaciones que de la particular vía de industrialización madrileña ha hecho José Luís García Delgado, particularmente el estudio “La economía de Madrid en el marco de la industrialización española” en NADAL, Jordi y CARRERAS, Albert (coord.): *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*, Barcelona, Ariel, 1990.

imposible pero sí difícil y muy costoso. Y los beneficios llegaban demasiado tarde. Por eso los inversores madrileños, muchos de los cuales eran grandes comerciantes e industriales que habían hecho fortuna en sus provincias de nacimiento y se habían trasladado a la capital, prefirieron situar su capital en un negocio seguro como el de la construcción. Si no, lo hacían en ámbitos que apenas se dejaban notar en los talleres de la capital, como en el préstamo al Estado, que se realizaba a través de los bancos de la época⁴¹, o bien invertían en las zonas industriales del país, como el marqués de Mudela en la siderurgia vasca. Las consecuencias para el mundo del trabajo manual son ya conocidas. Los jornaleros, cuyo principal sector de empleo era la edificación crecieron a expensas de los artesanos y de los trabajadores cualificados. Y dentro de estos, en el mundo de los oficios, los albañiles, los carpinteros y los ebanistas para los que gran parte de su actividad pasaba por la edificación de edificios, adquirieron un indiscutible predominio y mayoría sólo seguidos por algunos oficios muy concretos como los tipógrafos, los zapateros o los sastres.

A partir de 1900 la situación cambió. Muchos de los impedimentos que existían al desarrollo de la industria en Madrid se fueron diluyendo⁴². Aparecieron nuevas fuentes de energía y, ante todo, la producción de bienes industriales encontró otros sectores de expansión y otras materias primas para su alimento. El siglo XIX había sido el de la siderurgia y el textil y el carbón fue la fuente que suministró energía a las primeras fábricas, lo que dejó a Madrid parcialmente fuera de la revolución industrial y anclada su economía urbana en los ritmos del viejo taller artesano. En los comienzos del siglo XX, sin que el carbón perdiera su importancia, las máquinas que hacían posible el trabajo industrial comenzaron a ser alimentadas por la electricidad y por los combustibles derivados del petróleo. Al mismo tiempo, otros avances tecnológicos, permitieron que la producción en serie y fabril saliera del ámbito de la siderurgia y del textil, que eran los campos en que habían aparecido las primeras fábricas. La segunda revolución industrial tuvo como abanderadas a la industria química y la muy estrechamente relacionada industria alimentaria, así como la industria de maquinaria, en la que destacó la fabricación de automóviles⁴³.

El Madrid del siglo XIX, sin carbón, no podía ser industrial, pero a comienzos del siglo XX, con la difusión de la electricidad, podía comenzar a serlo⁴⁴. Así aparecieron en Madrid centros de trabajo de un tamaño considerable en prácticamente todos los nuevos ramos de la producción que protagonizaron la segunda revolución industrial, que ya no eran talleres porque sus empleados se contaban por centenares y porque la fuerza no la hacían las personas sino las máquinas. Algunas eran fábricas de

⁴¹ BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico... Ob. Cit.* BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "La reproducción patrimonial de la elite burguesa madrileña en la Restauración: el caso de Francisco de las Rivas y Ubieto, marqués de Mudela, 1834-1882" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, Vol. 1, (1989). pp. 523-594.

⁴² GARCÍA DELGADO, José Luis: "La economía de Madrid...", *Ob. Cit.*

⁴³ Para una caracterización de este segundo embate de la industrialización en España, véanse algunos de los asuntos tratados en el capítulo "El viraje nacionalista" en CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier: *Historia económica de l España Contemporánea*, Barcelona, Crítica, 2006, pp. 185-221. Los principales sectores de producción industrial de esta época en el capítulo "Las industrias de la Segunda Revolución Industrial" en NADAL, Jordi (dir.): *Atlas de la Industrialización de España, 1750-2000*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 177-201.

⁴⁴ AUBANEL, Anna María: "La competencia en la distribución de electricidad en Madrid", *Revista de Historia Industrial*, nº 2, 1992, pp. 143-171; SIMÓ RUESCAS, José. "La Cooperativa Electra Madrid y los inicios del monopolio compartido en la industria eléctrica madrileña (1905-1912)" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Comunidad de Madrid – Alfoz, 1989, vol. 1, pp. 419-428.

productos que ya se hacían en talleres más pequeños y que formaban parte de la producción tradicional madrileña. Siempre había habido tipógrafos en Madrid; la actividad editorial en la capital siempre había sido destacada así como la circulación de periódicos, porque era la sede del poder político y el principal centro cultural del país. La sociedad anónima Prensa Española, que en 1932 alcanzó los 750 trabajadores⁴⁵, y la de Sucesores de Rivadeneyra, que empleaba entonces a 649, surgían como la forma industrial de empresas con una larga historia en Madrid. En otros casos se trataba de industrias cuyos productos eran relativamente nuevos (o al menos era su consumo por capas extensas de la población) y que introducían recientes avances tecnológicos como era el caso de la Perfumería Gal, con 576 trabajadores ese mismo año de 1932. Dominaban claramente las industrias de consumo, especialmente las dedicadas a la alimentación (fabricación de cerveza, de hielo, azucareras o las primeras panificadoras) y eran escasas, por no decir inexistentes, las dedicadas a la industria pesada, aunque eran destacables las industrias de generación y distribución de energía como las eléctricas, que aunque en gran parte estaban orientadas al suministro doméstico, también servían a las máquinas de las fábricas y de los numerosos talleres de la ciudad.

Tabla 11.2: Principales fábricas y empresas madrileñas según el censo electoral social de 1932		
Fábrica/empresa	tipo de industria	trabajadores en 1932
Sociedad Madrileña de tranvías	transportes	3.435
Fomento de Obras y Construcciones	Construcción	2.215
Hidroeléctrica Española	energía	1.906
S.A. Española de Explosivos	química	1.683
Agromán	Construcción	1.600
Compañía Metropolitano	transportes	1.271
Gas Madrid S.A.	energía	1.189
S.A. Ebro, Co. de Azúcares y Alcoholes	alimentaria	1.130
S.A. de Utensilios y Productos Esmaltados	metalurgia	933
Standard Eléctrica	material eléctrico	852
S.A. Prensa Española	gráfica	751
Unión Electrica Madrileña	energía	697
Azucarera del Gállego	alimentaria	689
Sucesores de Rivadeneyra	gráfica	649
Sociedad General Azucarera de España	alimentaria	643
Perfumería Gal	química	576
El Águila	alimentaria	518

Datos procedentes de *Censo electoral social de Madrid de diciembre de 1932*, recogido en JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934... Ob. Cit.*, pp. 441-444

La aparición en el paisaje madrileño de estos gigantes de la producción, de estas primeras grandes fábricas que tanto se habían echado en falta en las décadas precedentes no puede ser despreciada. El impacto de algunas de ellas en determinados barrios de la ciudad fue profundo. Así, la fábrica Gal, instalada desde 1915 en Moncloa, frente a la Cárcel Modelo, daba de comer a una gran porción de calles del pujante barrio de Guzmán el Bueno, ahora transformado tras años de vida triste y pobretona a la

⁴⁵ Los datos de número de trabajadores por empresa proceden del *Censo electoral social de Madrid de diciembre de 1932*, recogido en JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934... Ob. Cit.*, pp. 441-444, del que se ofrece un cuadro a continuación.

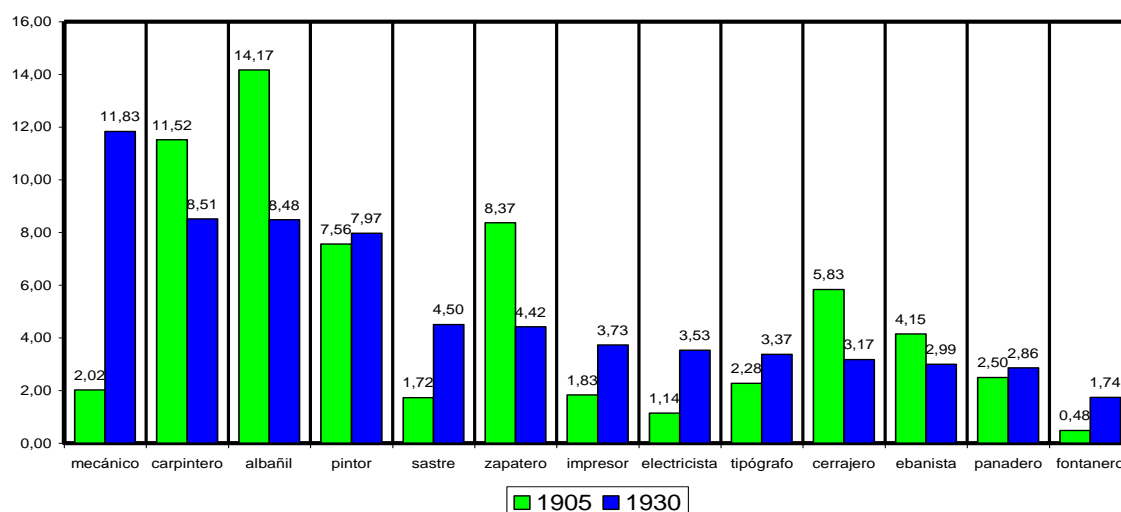
sombra de los cementerios. La alta chimenea de ladrillo de la fábrica se erguía en punto de referencia en una barriada compuesta por casas de vecindad modestamente construidas y que desde sus inicios habían sido ocupadas por las familias más humildes del Ensanche Norte. A finales del siglo XIX, la gran mayoría de los vecinos de aquellas calles eran jornaleros y estaban por lo general condenados a deambular demasiado frecuentemente por obras y tajos en busca de una contratación temporal nueva, como la que se les acababa de terminar hacía un día, dos o una semana. La fábrica, aunque sólo diera trabajo a quinientos de aquellos vecinos, resultaba una revolución. No daba empleo a todo el barrio pero sí a medio millar, más o menos permanentemente, algo impensable sólo hacía algunos años.

Aun así cabe recordar y subrayar que las empresas en las que se producía una mayor concentración de trabajadores se dedicaban a los servicios, como la Sociedad Madrileña de Tranvías, o a la construcción, como Fomento de las Obras y Construcciones o Agromán. O eran empresas mixtas, como la del Compañía Metropolitano que al tiempo que se dedicaba a la construcción de la red de tren metropolitano y a su gestión, también realizaba grandes operaciones de edificación⁴⁶. El caso era que, a pesar de toda la vitalidad que hubiera introducido la electricidad a la producción madrileña y de que se hubiera abierto el mercado a la fabricación de nuevos productos como los perfumes o las bebidas gaseosas, en el mundo del trabajo manual de la capital la gran empresa tenía su ejemplo más acabado en un sector tan tradicional como la construcción.

Estaba claro, para encontrar una gran masa de obreros había que ir a un tajo, a las obras públicas y no a las fábricas de perfumes o cervezas y, ante todo, no pretender encontrar una fábrica metalúrgica o una industria textil como en Bilbao o en Barcelona, porque en Madrid eran inexistentes. Ahora bien, no convenía interpretar una fábrica o una empresa ni tampoco uno de los sectores de producción como si representaran al conjunto de la clase obrera. Los miles de trabajadores de Fomento de Construcciones y de Agromán sólo demostraban que los obreros de la construcción eran los que más concentrados estaban, no necesariamente que fueran los más abundantes de la ciudad. En el despertar de la industrialización madrileña, la edificación de viviendas era la que más obreros había logrado reunir en una sola empresa pero eso no quería decir que fuera precisamente un sector en expansión. Aunque resultara paradójico, que las empresas dedicadas al ladrillo fueran las más nutridas en trabajadores no tenía por qué corresponderse con que los albañiles estuvieran estableciendo un dominio cada vez mayor del trabajo manual madrileño. Al menos no era así en el Ensanche Norte, donde su antiguo protagonismo, parecía estar reduciéndose.

⁴⁶ La construcción del Metro de Madrid fue asociada a una de las promociones inmobiliarias más importantes de la época, la del Parque Metropolitano, situado, como se verá más adelante, en el límite noroeste del Ensanche Norte, junto a las calle Reina Victoria; así, la Compañía Urbanizadora y Edificadora Metropolitana, constituida en 1918, se repartió entre la construcción del tren subterráneo y la edificación. Para su estudio, GALIANA MARTÍN, Luís: “La compañía Urbanizadora Metropolitana. Su labor en el Madrid de preguerra”, *Ciudad y Territorio*, nº 71 (1987); RUEDA LAFFOND, José Carlos: “Antonio Maura. Las pautas inversionistas de un miembro de la elite política de la Restauración”, *Historia Social*, nº 11 (1992), pp. 125-146, especialmente, 137-140.

Gráfico 11.5: Peso de las distintas profesiones entre los trabajadores cualificados varones del Ensanche Norte. 1905 y 1930



Elaboración propia a partir de AVM, estadística, padrón del Ensanche Norte, años de 1905 y 1930

Entre 1905 y 1930, en el Ensanche Norte de Madrid, no sólo perdieron peso entre los trabajadores aquellos que se inscribían en el padrón como jornaleros, que pasaron de representar el 39% de la fuerza laboral a ser el 27%. También redujeron su importancia, dentro de los trabajadores cualificados y los artesanos, aquellos que tenían una profesión directamente relacionada con el mundo de la construcción. A comienzos de siglo, el fenómeno más sobresaliente en la evolución del mercado laboral madrileño había sido el de la polarización de una gran parte de los trabajadores madrileños hacia el negocio de la edificación. Pero en 1930, Madrid, estaba dejando de ser aquella ciudad dominada por los jornaleros, los albañiles, los carpinteros y los pintores. En el primer tercio del siglo XX se produjo un claro movimiento de reflujo en la marea del negocio del ladrillo que había inundado la economía madrileña a finales del siglo anterior. Los jornaleros perdieron terreno frente a los trabajadores de un sector terciario que ganaba potencia en su condición de motor económico de la capital. Dentro de los trabajadores cualificados, las profesiones asociadas a la construcción de viviendas, como los albañiles o los carpinteros, vieron recortada su importancia o quedaron estancados, como en el caso de los pintores. Sólo algunas profesiones vinculadas al ladrillo crecían tímidamente, como los fontaneros, pero en este caso se debía a que se trataba de un oficio prácticamente nuevo, y aun así su número no compensaba apenas la desaparición de jornaleros y albañiles.

Hacia una nueva hegemonía: la emergencia de los obreros mecánicos madrileños

La hegemonía de la construcción en el mundo del trabajo manual madrileño se estaba debilitando. El descenso del número de los albañiles tenía como efecto inverso el aumento de trabajadores en otras ramas de la producción que habían sido tradicionalmente importantes en la capital pero que habían quedado un tanto eclipsadas por la euforia inmobiliaria de las últimas décadas. Se hacían más presentes los impresores y los tipógrafos, a los que seguían fotograbadores, fotógrafos, litógrafos, linotipistas y demás trabajadores de una industria editorial española que tenía en Madrid

su principal foco de desarrollo⁴⁷. Madrid seguía siendo, y de manera cada vez más visible, una ciudad de periódicos y de libros, de folletos y de boletines oficiales, de revistas y de impresos. Lo era por su condición de capital del país en el que se generaba y resolvía gran parte de los debates políticos, artísticos y científicos. También contribuía a la circulación de la letra impresa por sus calles el gran número de estudiantes, tanto nacidos en la capital como venidos de provincias para licenciarse en la Universidad Central. Y, finalmente, y con un carácter cada vez más decisivo, la gran masa de lectores que se concentraban en la capital, cada día más abundante gracias al avance de la alfabetización y de la difusión del gusto por la lectura entre las clases populares, hacía de la edición y publicación de textos un negocio próspero y una industria pujante en la que se empleaban un buen número de trabajadores manuales, obreros al fin y al cabo como lo eran los de las fábricas de acero o de tejidos⁴⁸.

Otro grupo que crecía en aquellos años y que avanzaba a expensas de los albañiles era el de los sastres, que también habían sido siempre abundantes en la capital. Madrid no era una ciudad productora de tejidos, pero sí una gran consumidora de ropa y vestimenta. Las telas que salían de la industria catalana, los géneros hilados y tejidos en aquella gran área industrial llegaban a los numerosos comercios al por mayor y al detalle de la capital, que no disponía de fábricas propias con las que abastecerse y vestir a sus centenares de miles de habitantes. Pero tampoco lo que llegaba de Cataluña bastaba. Eran sólo telas, tejidos, rara vez piezas ya confeccionadas y listas para ser vendidas. Lo que llegaba a Madrid, en una gran proporción, tenía que ser cortado y cosido, ajustado al cuerpo del comprador que lo usaría. En las familias más humildes solía ser la madre y esposa la que confeccionaba muchas veces gran parte de la ropa de sus hijos y su marido. Las familias más acomodadas acudían a la sastrería o a la camisería para encargar las prendas que se precisaban o, si no, era una modista de confianza o una costurera empleada en la propia casa (esto, en los palacios y entre la aristocracia) la que se encargaba de ello. De ahí que existieran ese gran número de sastres, que eran un 4,50% de todos los trabajadores manuales cualificados del Ensanche Norte. En total, 176 sastres varones que integraban sólo una pequeña parte de la fuerza laboral empleada en coser y confeccionar ropa, ya que la mayor parte de la mano de obra en este sector era femenina. Las cifras de trabajadoras procedentes de la estadística siempre son poco fiables, pues es conocido el alto grado de ocultamiento del empleo femenino. Aun así, las que ofrecen el padrón municipal del Ensanche Norte de 1930 revelan la importancia que había alcanzado el trabajo de las mujeres en la confección: había entonces registradas en aquellos barrios 315 modistas, 164 costureras y 60 sastras, a las que había que sumar las bordadoras (34), sombrereras (13), corseteras (5) y chalequeras (3)⁴⁹.

⁴⁷ Para el negocio editorial en Madrid durante el primer tercio del siglo XX, además del trabajo ya citado de MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A. (dir.): *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, véase el capítulo de AUBERT, Paul y DESVOIS, Jean-Michel: "Libros y comunicación de masas" en SERRANO, Carlos y SALAÜN, Serge: *Los felices años veinte. España, crisis y modernidad*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 55-90.

⁴⁸ Aunque más centrado en la movilización política, un retrato del mundo del trabajo de tipógrafos y demás trabajadores de las artes gráficas en el Madrid del primer tercio del siglo XX en SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización colectiva. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2006, capítulo "La vieja hegemonía y las esencias: las imprentas", pp. 300-325

⁴⁹ AVM, Estadística, Padrón del Ensanche Norte, 1930. Más adelante se tratará más específicamente la naturaleza de este empleo femenino en la confección pero es necesario subrayar que era el que prácticamente agotaba el trabajo manual cualificado de las mujeres reconocido en la estadística. Sólo modistas, costureras y sastras representaban el 77% de este grupo. Además, consúltase NÚÑEZ ORGAZ, Adela: "Las modistillas" de Madrid, tradición y realidad: 1884-1920" en BAHAMONDE MAGRO,

Pero si había una profesión cuya evolución expresaba esa pérdida relativa de peso de la construcción en el mercado laboral madrileño y su sustitución por otras ramas de la producción, esa era la de mecánico. Su crecimiento había sido espectacular. Se trataba de un oficio que apenas tenía peso a comienzos de siglo entre los trabajadores cualificados (un 2% en el Ensanche Norte de 1905), pero que en 1930 se situaba como el que más trabajadores reunía (11,83%), por encima de albañiles (8,48%) y carpinteros (8,51%), los antiguos reyes del artesanado madrileño. Bien es cierto, que la denominación de “obrero mecánico” era un cajón de sastre en el que se incluían trabajadores de muy diversa condición y empleados en muy diferentes industrias. Los habitantes del Ensanche Norte que se presentaban como mecánicos en el empadronamiento no ejercían una profesión de límites y perfiles tan definidos como los albañiles, los tipógrafos o los carpinteros. Ni siquiera había una sociedad obrera ni sección sindical de “obreros mecánicos”, como si las había de albañiles, ebanistas, carpinteros y hasta de camareros⁵⁰. El de obrero mecánico era un término laxo que agrupaba a trabajadores que tenían como nexo común el que desarrollaban su oficio en relación con una máquina, ya porque se dedicaban a su fabricación ya porque operaban con ella. Una muestra de los trabajadores que se presentaban como mecánicos en el empadronamiento del Ensanche Norte de 1930, en la que se incluyen obreros de una amplia escala salarial, permite observar la diversidad de empresas en que aparecían empleados: industrias de la alimentación como Mahou, industrias químicas como la Perfumería Gal o el Laboratorio Jama Fortes, industrias dedicadas a la producción de electricidad o de material eléctrico como Standard, Ericsson o Hutchitson, empresas de transportes y de material automovilístico como Vaisa-Ford o S.E.I.D.A., fábricas textiles e incluso tiendas y pequeños talleres⁵¹.

Ángel y OTERO CARVAJAL, Luís Enrique: *La sociedad madrileña durante la Restauración : 1876-1931*, Madrid, Comunidad de Madrid – Alfoz, 1989, vol. 2, pp. 435-450.

⁵⁰ Un estudio exhaustivo del mundo sindical madrileño en el primer tercio del siglo XX en SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo... Ob. Cit.* Consúltese también JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934... Ob. Cit.*, que aunque más centrado en el Madrid de la República, ofrece valiosa información de los años previos, por ejemplo el recuento de todas las sociedades obreras de Madrid dadas de alta en el censo electoral social de 1932, con la fecha de constitución de cada una de ellas pp. 456-463. Los mecánicos podrían ser incluidos, si acaso, en las de pequeña metalurgia, como *El Baluarte*. Además, MARTÍN RAMOS, José Luis: *Historia de la UGT, Vol. 2. Entre la revolución el reformismo, 1914-1931*, Madrid, Siglo XXI, 2008.

⁵¹ En la tabla que se ofrece a continuación, se incluye sólo una muestra de los de 463 trabajadores que se presentaban como mecánicos en el Ensanche Norte. Para ello se han seleccionado aquellos que habían respondido más exhaustivamente a las preguntas del padrón, incluyendo tanto el lugar de trabajo como el salario que percibían. En la selección final se ha decidido incluir a aquellos que pudieran dar cuenta del amplio abanico de situaciones laborales, tanto en salario como en el tipo de empresa en que se empleaban los mecánicos del Ensanche Norte, incluyendo desde los mejor pagados como Emilio Vaca, con sueldo de 7.800 pesetas hasta los de jornal más reducido como Valentín Martín, mecánico en una tienda con jornal diario de 2 pesetas.

Tabla 11.3: Muestra de trabajadores mecánicos del Ensanche Norte en 1930					
trabajadores con sueldos anuales			trabajadores con sueldos diarios		
nombre	lugar de trabajo	sueldo anual	nombre	lugar de trabajo	jornal diario
Emilio Vaca	Línea Aérea	7800	José Martín	Canal de Isabel II	15
Alfredo Neu	Accesorios y reparación de Automóviles, Equipo Bosch, Viriato 18	6000	Pedro Yllera	Tranvías	15
Juan Zuarzola	Metropolitano	6000	Pedro Ceballos	Vaia - Ford	15
Gregorio Aragonés	Compañía Eléctrica	5750	Enrique Fernández	Talleres Saurez	14
Juan Minondo	Perfumería Gal	5000	Francisco Arbesú	S.E.I.D.A. (Sociedad Española de Importación y Distribución de Automóviles)	13
Rafael Álvarez	Laboratorio Jama Fortes	5000	José Larajúa	Ministerio de Trabajo	12
Enrique Luis	Instituto Católico Artes industriales	4000	Juan González	Casa Mahou	12
Ángel Méndez	particular	3600	Pedro Lozano	Fábrica de Hielo	12
Guillermo Sarabia	Compañía Telefónica	3500	Román Mata	Telefónica	11
Domingo Vázquez García	comercio Viuda de Moya	3285	Juan Gabriel Mialet	Garaje Central San Bernardo 12	10
Alberto Villar	Auto Taller	3134	Carlos Hermann Fundus	Félix Schlager SA, Príncipe 12	10
José María Jiménez	Standard Eléctrica	3000	Rafael Reinoso	Compañía Ericsson	10
Luis Cayuelas	Señor Velencia	3000	Luis López	Fábrica de Pañuelos Tomás Castaño	10
Victoriano Pleite	Sociedad Rateau	2880	Isidoro Picatorte	Instituto Geológico	10
César Mario Brugada	Garaje Central	2400	Francisco Marcos	Parque de Artillería	9,75
Marcelino García	Zurbano 52 garaje	2400	Sebastián González	taller particular	9
Rafael Sanzas	Cinema X	2200	Santiago Gonzalo	Hutchitson	8
Víctor del Río	Compañía Telefónica	2100	Enrique Cosido	Depósito Maquinas Estación Norte	7,53
Adolfo Espinosa de los Monteros	Talleres de Telégrafos	2000	Luis Sáez	Compañía Eléctrica	7
Antonio Reypuru	Cristal Madrid	1200	José María López	Casa Dodge	6
(nombre no facilitado)	Richard Gans	1872	Leopoldo Moure	platería	6
			José Alafont	Garaje	5
			Miguel Sánchez	taxis	4
			Valentín Martín	tienda, Preciados 7	2

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

El negocio de fundición tipográfica de Richard Gans, que no se encontraba entre los centros de producción con más trabajadores de la capital, puede servir para evaluar e identificar las transformaciones que se produjeron en el trabajo manual madrileño en el primer tercio del siglo XX. Richard Gans, de origen austriaco, había llegado a España en 1874 como representante de varias fábricas europeas de maquinaria de imprenta y edición⁵². Tras varios años de operaciones en Madrid, primero como representante de las fábricas europeas, después al frente de su propio negocio de importación, Richard Gans decidió dar el salto para abandonar su condición de mero comerciante y convertirse en fabricante. En 1881, habiendo importado la primera maquinaria desde Alemania y habiendo convencido a un puñado de trabajadores especializados de aquel país para que acudieran a la capital española a ganarse la vida, abrió sus puertas la Fundición Tipográfica Richard Gans. La apuesta resultó ser certera. Probablemente había pocos sitios tan indicados como Madrid para abrir una fábrica como aquella. La gran concentración de imprentas y la intensa actividad editorial de la ciudad garantizaban una demanda constante de maquinaria. En los primeros años el negocio no paró de crecer y fueron necesarias dos mudanzas del establecimiento, hasta que se abrió la fábrica definitiva en la calle Princesa, justo en el límite entre la zona norte del Ensanche y el barrio de Argüelles.

Tabla 11.4: Trabajadores de la fábrica Richard Gans empadronados en el Ensanche Norte en 1930				
nombre	Edad	lugar de nacimiento	oficio / cargo desempeñado	salario
Reinhard Legler	42	Reinholdshaim, Alemania	empleado de comercio	9000
Alfredo Torrijos	43	Madrid	empleado	6000
nombre no facilitado	30	Nuremberg, Alemania	empleado	6000
nombre no facilitado	15	Madrid	mecánico	1872
Luis Bedate	28	Madrid	grabador	12
Ramón Gallus	37	Luarca, Oviedo	ajustador mecánico	12
Enrique Clemente	42	Madrid	ajustador, oficial	12
Félix Carlos Lange	46	Leipzig, Alemania	maestro fundidor	0
F. Lange	18	Leipzig, Alemania	aprendiz de fundidor	0
Andrés Gutiérrez	53	provincia de Salamanca	fundidor	5
José Peña	28	Badajoz	trabajador taller	10
Rafaela Estévez	34	Madrid	empaquetadora de imprenta	1404

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

En muchos aspectos, la fábrica de Richard Gans era un símbolo perfecto de ese Madrid “más industrial que industrial”, en que los centros de producción, a pesar de haber adquirido aires de fábrica, mantenían la impronta del mundo de los oficios y de los artesanos, aunque su realidad productiva y laboral había experimentado una profunda transformación. No era un negocio pequeño. En los talleres de Richard Gans trabajaban cerca de dos centenares de operarios⁵³. Era, en fin, un negocio que tenía una talla mayor a la de un obrador de artesano pero que no alcanzaba el rango de gran fábrica, pues no tenía el millar de empleados que otras grandes empresas como Agromán, en la construcción o Gas Madrid S.A., sí encuadraban. Por otro lado, si se examinaba su

⁵² Para la historia de la fábrica de Richard Gans, PENELA RODRÍGUEZ, José Ramón y GARCÍA MORENO, Dimas: “Fundición tipográfica Richard Gans. Historia y Actividad, 1881-1975”, comunicación presentada al *Primer Congreso de Tipografía*. Valencia 2004

⁵³ El censo electoral social aportado por Santos Juliá no incluye la fábrica de Richard Gans en su relación de centros de trabajo, con lo que no conocemos el número de trabajadores con que contaba en 1932; Penela Rodríguez y García Moreno señalan en su trabajo que en 1911 la empresa, tras su última ampliación del establecimiento de producción, contaba con más de 160 trabajadores.

plantilla de trabajadores podían apreciarse intensos resabios del viejo mundo gremial de los artesanos.

Entre los operarios de Richard Gans seguían vigentes muchos de los rasgos y criterios de organización del trabajo del mundo de los oficios. Entre los fundidores, por ejemplo, mantenía su significado la estratificación en aprendices, oficiales y maestros aunque en realidad todos fueran asalariados al servicio de un solo patrón, el señor Gans, que era el único dueño de la empresa⁵⁴. Así, Félix Carlos Lange, que era uno de esos trabajadores especializados y experimentados que la empresa invitaba a venir frecuentemente desde Alemania para introducir novedades en la producción, se presentaba en el padrón de 1930 como maestro fundidor, queriendo conservar quizá el prestigio que antiguamente tal rango le hubiera dado. Lo cierto era que, aunque podía tener un sueldo ligeramente superior a sus compañeros, porque había venido de Leizpig, porque se le confiaban las tareas de más responsabilidad, nunca llegaría a ser un maestro propiamente dicho, a ser el jefe supremo de un taller como parecía indicar su categoría profesional. Claro que no todo el mundo podía llegar a su situación. Félix Carlos Lange no era un mero trabajador más entre aquellos doscientos operarios de la fábrica, como tampoco lo era su hijo de 18 años que trabajaba mano a mano con él diariamente. Eran de una casta especial, de la casta de los fundidores alemanes, con una experiencia y unos conocimientos que los distinguían y que además parecían transmitirse de padres a hijos, de la misma manera que había sucedido en los viejos tiempos preindustriales. Félix Lange probablemente nunca llegaría a ser dueño de una fábrica ni a tener un taller de fundición propio que legar a sus descendientes, pero tenía su puesto de trabajo y una alta cualificación como trabajador que se encargaba de transmitir al hijo junto al que trabajaba. El día que él desapareciera, su hijo ocuparía su lugar destacado en Richard Gans, de la misma manera que quizá en otra época, cuando la fundición de tipos era un trabajo que se realizaba en pequeños talleres, habría heredado su taller y su negocio.

Fig.1: Interiores de la Fábrica de Fundición tipográfica Richard Gans



A la izquierda, taller de grabado de la fábrica. A la derecha, despacho de trabajo de Richard Gans.
Fotografías originalmente publicadas en el *Álbum recuerdo del XXX aniversario de la Casa Richard Gans de Madrid*, Madrid, Fundición tipográfica Richard Gans, 1911.

⁵⁴ Richard Gans murió en 1925, no obstante la empresa quedó en mano de su familia y hasta que su hijo primogénito cumplió la mayoría de edad, en 1936, fue administrado por un Consejo de empresa presidida por uno de los empleados de confianza del fundador del negocio. PENELA RODRÍGUEZ, José Ramón y GARCÍA MORENO, Dimas: "Fundición tipográfica..." *Ob, Cit.*

En la fábrica de Richard Gans el oficio parecía seguir transmitiéndose por la sangre como en los viejos talleres artesanos. Había otros aspectos en que aquella fábrica también parecía rezumar un aire más industrial que industrial. Si uno se paseaba por algunos de los departamentos, como el de grabado, las formas de trabajo parecían mantener un cierto aire familiar, pues en ellos se ocupaban apenas tres o cuatro operarios, realizando una tarea, la de dibujar y grabar, que tenía más de arte que de trabajo verdaderamente industrial. El hecho de que el propio Richard Gans tuviera instalado durante muchos años, no sólo su despacho sino hasta los aposentos de su familia en los pisos superiores de la fábrica, reforzaba, más aún, ese ambiente hogareño en el centro de trabajo, en que a las relaciones laborales parecían superponerse, a veces, ciertos vínculos de parentela⁵⁵.

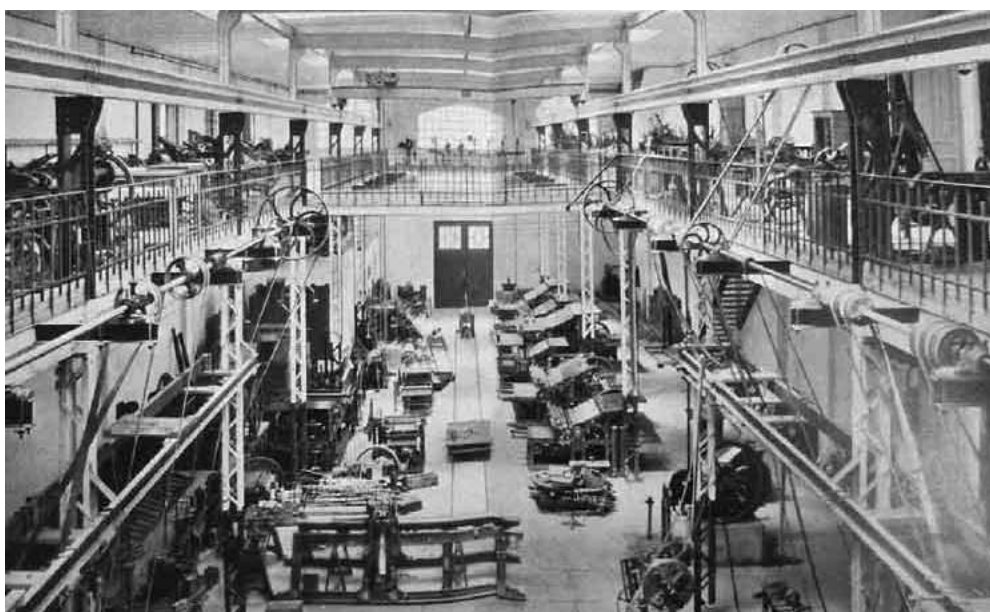


Fig. 11.2: Nave de Máquinas de la Fundición Tipográfica Richard Gans, *Álbum recuerdo del XXX aniversario de la Casa Richard Gans de Madrid*, Madrid, Fundición tipográfica Richard Gans, 1911.

Nada de esto estaba reñido con que el negocio fundado por aquel austriaco hubiera recorrido, al mismo tiempo, un camino que le había hecho desligarse tajantemente, en otros aspectos, del mundo de los talleres y de los artesanos preindustriales. Sólo había que asomarse a la sala de máquinas para comprobarlo. Observando el gran espacio en el que los trabajadores se afanaban fabricando tipos y moldes para luego ser vendidos a las imprentas madrileñas, se podía comprender que aquel negocio tenía poco que ver con

⁵⁵ Cuando se hizo el último traslado de la fábrica a los edificios de la calle Princesa y de la calle Altamirano, en el barrio de Argüelles, inicialmente Richard Gans se estableció allí junto a su familia, en los pisos superiores. Más tarde, las necesidades de espacio para despachos y talleres les obligó a abandonar la fábrica alquilar una vivienda no muy lejos, en la misma calle Princesa. PENELA RODRÍGUEZ, José Ramón y GARCÍA MORENO, Dimas: "Fundición tipográfica..." *Ob. Cit.* Gans reproducía así las pautas de un primer empresariado industrial que ha sido descrito por Jurgen Kocka, señalando como en las primeras fases de la gran fábrica la distancia entre patrón y trabajadores no era demasiado extensa ni siquiera en términos estrictamente físicos. Ni había una clara distinción entre capital invertido y director de fábrica, pues propietario de acciones y dueño era el mismo, ni los equipos directivos y los trabajadores manuales trabajaban en lugares diferentes, sino muchas veces pared con pared. KOCKA, Jürgen: *Historia social y conciencia histórica*, Marcial Pons, Madrid, 2002, especialmente el capítulo "Problemas y estrategias de legitimación de los empresarios y cuadros directivos en el siglo XIX y comienzos del XX". Una situación que ya se ha visto para años anteriores, en el análisis de la fábrica de cervezas *La deliciosa* (capítulo 4).

los del siglo XIX. La distancia la marcaban precisamente las máquinas. Primero porque, aunque el trato de Richard Gans con sus empleados pudiera seguir teñido de cierta familiaridad, existía un abismo entre ellos. Entre empleador y empleados se abría un foso marcado por las exigencias en inversión que un negocio de tal magnitud imponía. Para llegar a ser patrón, para montar un negocio como aquel, que fuera competitivo, se necesitaba una gran suma de dinero. Para introducir la tecnología que hacía posible que la fundición tipográfica de Richard Gans fuera una de las más prestigiosas de España y su volumen de producción fuera el más alto de toda la capital y prácticamente de todo el país, hacía falta algo más que la mera pericia en el trabajo y un profundo conocimiento del oficio⁵⁶. Hacía falta dinero, en unas cantidades de las que los trabajadores de la propia fábrica, por mucho prestigio que conservaran, difícilmente podrían disponer.

El abismo que se abría entre industrial y trabajadores no se debía a que la mecanización hubiera hecho perder a los últimos su categoría profesional. La introducción de nueva tecnología en el proceso productivo no tenía por que afectar directamente a las condiciones laborales. Al fijarse en los jornales de los fundidores, grabadores y mecánicos de la fábrica, se podía afirmar sin miedo a equivocarse que eran trabajadores bien pagados. Un jornal de 12 pesetas, si se cumplía una media de 300 días trabajados al año, eran 3.600 pesetas anuales, al fin y al cabo, una cantidad muy parecida a la que percibían los empleados de medio rango por aquella época⁵⁷. No era nada excepcional. Todo lo contrario. Trabajar con una máquina no era sinónimo de un empleo alienante y proletarizado. Las máquinas que permitieron aumentar la producción en estas primeras fábricas industriales eran mecanismos complejos y delicados; su manejo era una responsabilidad que precisaba de una pericia y un conocimiento especializado de su funcionamiento y que, por lo tanto, se recompensaba con un buen salario. Lo mismo sucedía en la fábrica de Richard Gans que en una gran empresa del ferrocarril. En esta, el maquinista, el conductor del tren o del tranvía, no era un trabajador mal pagado. Los bajos salarios no eran del que trabajaba directamente con la máquina, sino de los que lo hacían alrededor, en todas aquellas tareas que eran igualmente necesarias para que el tren se pusiera en marcha. Tareas como las que realizaban los limpiavías que revisaban el buen estado de los raíles, los mozos de estación que cargaban los vagones de equipaje o los carboneros que llevaban el suministro a las máquinas. Ellos sí que estaban mal pagados y no los conductores de tren.

De vuelta a la fábrica de Richard Gans, podía comprobarse cómo esa distinción en los sueldos de los trabajadores surgía no tanto de la mecanización del proceso productivo como de la división del trabajo. El aumento del volumen de producción que permitían las modernas máquinas alemanas de la fábrica había hecho aparecer nuevas profesiones no estrictamente relacionadas con el viejo oficio de la fundición, como el de Rafaela Estévez. Ella era empaquetadora de imprenta. Se dedicaba a clasificar, para luego meterlos en cajas, los tipos, los moldes y los demás productos que elaboraban los operarios de la fábrica con sus máquinas. Era una tarea repetitiva, para la que no se necesitaba ni especial pericia ni unos conocimientos demasiados específicos. Por eso su salario era tan sólo de unas 1.400 pesetas al año, menos de la mitad de lo que les correspondía a los fundidores y mecánicos que trabajaban en la misma sala que ella. Rafaela, a sus 34 años, cobraba incluso menos que el más joven de los operarios, un muchacho de 15 años que recién introducido en el taller ya era remunerado con 1.800

⁵⁶ PENELA RODRÍGUEZ, José Ramón y GARCÍA MORENO, Dimas: "Fundición tipográfica..." *Ob. Cit.*

⁵⁷ Como se verá más adelante, 3.600 pesetas era el sueldo que percibían la gran mayoría de maestros de escuela, a los que se ha tomado anteriormente, en 1905, como modelo de empleado de rango medio.

pesetas. La razón estaba en la baja categoría del empleo que desempeñaba. Otro asunto era que la causa de que ella se viera obligada a ese tipo de trabajo, repetitivo, mal considerado y peor pagado, tuviera mucho que ver con su condición de mujer. De eso hay que ocuparse también, pero por ahora el análisis queda restringido a cómo las máquinas habían afectado a las rutinas de todos los trabajadores en general, independientemente de si eran hombres o mujeres⁵⁸.

La industria de Richard Gans era un buen ejemplo de como el tamaño reducido o mediano de las fábricas madrileñas no era incompatible con importantes transformaciones en la naturaleza del trabajo que se realizaba en su interior. La fundición Gans era, en ese sentido, un ejemplo de innovación tecnológica en el que se producían fenómenos en la organización de la producción, como la división del trabajo, que eran propios de las grandes fábricas y plantas industriales. Maquinismo, división del trabajo y proletarianización, signos todos ellos de una ciudad que parecía cada vez más industrial y menos industrial. En 1930 se podía interpretar que la economía madrileña no estaba del todo industrializada, si se considera que un requisito imprescindible en el proceso industrialización era la aparición de grandes fábricas, con masas de obreros que se contaran por encima del millar. Otra cosa era si se consideraba que muestras del avance industrial eran también la innovación tecnológica en la producción, especialmente la introducción de la mecanización, y el peso en la economía de la ciudad de determinados sectores que se habían alzado como la punta de lanza de la segunda revolución industrial, como lo eran el químico y el de la producción de automóviles. En este punto, Madrid, que en las décadas anteriores había sido una ciudad en la que gran parte del trabajo había girado en torno a la edificación, podía presentar en 1930 sus credenciales de modernidad, con la expansión de la industria química y la del automóvil, dos de los sectores en que más había crecido el empleo en los últimos años, especialmente en el caso de los relacionados con los vehículos a motor.

Una modernización discreta del trabajo manual:

Mecánicos del automóvil en una ciudad sin plantas de producción fordistas

En 1930, dentro de ese heterogéneo grupo de mecánicos que tanto había crecido entre los trabajadores cualificados hasta adelantar a los antaño hegemónicos albañiles y carpinteros, destacaban por su número y por su relativa novedad los que decían ser obreros vinculados al automóvil. En el Ensanche Norte, por aquel entonces, habitaban trabajadores de casas como Ford - Vaisa, Dodge o Seida⁵⁹. También se podían encontrar entre sus vecinos numerosos mecánicos empleados en talleres de reparación independientes, en diversas instituciones y negocios con importantes flotas de vehículos, como las compañías de taxis o el ejército, e incluso mecánicos contratados a título particular por familias acomodadas que habían comprado un automóvil y querían disponer de un chofer – mecánico a tiempo completo.

En 1930, lo que quizá expresaba mejor la influencia que la industria automovilística estaba ejerciendo en la reorientación económica de Madrid era el gran número de negocios que habían surgido vinculados a este sector. El Ensanche Norte era una zona de la ciudad privilegiada para comprobarlo. Hacía un siglo, a la altura de 1830,

⁵⁸ Para la segregación sexual y la desigualdad de hombres y mujeres ante las tareas y en los salarios en la producción fabril, véase el análisis de la organización del trabajo en la fábrica Gal que se ofrece más adelante.

⁵⁹ En la muestra de mecánicos se han incluido algunos de ellos. Vaisa era la sociedad creada para el desarrollo del negocio Ford en España; SEIDA era el acrónimo de la Sociedad Española de Importación y Distribución de Automóviles.

cuando el arrabal daba sus primeros pasos, el caserío que se extendía a las afueras de la capital había sido bautizado como el “barrio de los tejares” por el gran número de negocios destinados a la fabricación de materiales de construcción que podía encontrarse entre sus paseos, huertas y descampados. Cien años después, todos aquellos establecimientos habían desaparecido. El avance de la edificación y la completa urbanización de la zona Norte de Ensanche habían expulsado de aquellos terrenos las fábricas de tejas, ladrillos y los talleres de cantería que dieron tono al primitivo arrabal y le proporcionaron parte de su primer sustento económico. En su lugar habían aparecido centros de negocio y trabajo más propios del carácter urbano que adquirirían las nuevas calles y éstas se fueron poblando de tiendas, talleres y alguna que otra fábrica. Signo de esa modernidad fue que, a partir de 1920, el ensanche Norte, que hacía tiempo que había dejado de ser un barrio de tejares, se fue convirtiendo en un barrio de automóviles. En 1930 se podían localizar hasta medio centenar de negocios directamente relacionados con este sector, ya fueran talleres de reparación de las principales casas internacionales o de patrones independientes, tiendas de accesorios y de piezas para la reparación, establecimiento para la exposición, la venta y el alquiler de vehículos... A esos cincuenta negocios había que añadir más de un centenar de garajes registrados en el padrón del Ensanche Norte y que no especificaban si eran simples locales para estacionar los coches particulares mientras no eran utilizados o en ellos también se desarrollaba algún tipo de trabajo de reparación⁶⁰.

Plano 11.1: Negocios vinculados al automóvil en el Ensanche Norte en 1930



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

⁶⁰ Los datos a partir de AVM, Estadística padrón del Ensanche Norte, 1930 y reproducidos en el plano incluido en este apartado. Cada hoja de repuesta particular del padrón incluía una casilla para señalar la “industria que se realiza en la vivienda”; en muchos casos se señalaba la de garaje, sin especificar si era un garaje particular, como tantas cocheras que siempre habían existido en los barrios nuevos o si era un centro de trabajo. En el recuento sólo se han incluido los que ofrecían suficientes garantías para considerarlos como un centro de trabajo (trabajadores inscritos en la misma hoja, otras denominaciones como “reparación de automóviles, etc.)

El Ensanche Norte se había convertido en el área automovilística de Madrid. Sus barrios eran una de las zonas de la ciudad a las que había que acudir para comprar un automóvil, cambiar una rueda o repostar gasolina. En ello habían influido mucho las características particulares del Ensanche como zona urbana. Frente a las calles del casco viejo, las avenidas más anchas de los nuevos barrios, muchas de las cuales eran los antiguos paseos del siglo XVIII y los bulevares, surgidos de las antiguas rondas que bordeaban las tapias de la ciudad, ofrecían un marco privilegiado para instalar establecimientos que exigían grandes espacios como gasolineras, oficinas de exposición y venta de coches o talleres de reparación. Así surgieron en las calles del norte de la capital algunos de los negocios más emblemáticos de este primer empujón del automóvil en la economía, como la gasolinera que la compañía Porto Pi estableció en Alberto Aguilera en un edificio que además se convirtió en uno de los emblemas de la arquitectura más innovadora del Madrid de la época.



Fig. 11.3: Gasolinera de la compañía Petróleos Porto Pi en la calle Alberto Aguilera, años 20.

La casa Ford y su filial española Vaisa, eligieron la generosamente ancha calle de San Bernardo en su tramo más cercano a la Glorieta de Quevedo para instalar un amplio complejo en el que se incluía un local para sus automóviles producidos en serie, otro para la venta de accesorios y piezas para los coches y, un tercero, para la reparación⁶¹. Siendo el principal productor de automóviles de la época, el establecimiento Ford se convirtió en una especie de astro alrededor del que orbitaban otros negocios similares. En las calles cercanas a San Bernardo abrieron también sus puertas otros talleres de reparación y tiendas de accesorios que, o bien hacían la competencia a la gran multinacional o que vivían de realizar tareas subsidiarias para esta gran empresa. Otras firmas de automoción de gran entidad, en cambio, no tenían por qué vivir a la sombra de Ford y buscaban una calle más adecuada al producto que vendían. La casa Mercedes Benz en España decidió así instalarse en un marco más lujoso y abrió sus puertas en el

⁶¹ Los establecimientos de Ford-Vaisa se encontraban en el nº 118 de la calle San Bernardo, AVM, Estadística padrón del Ensanche Norte, 1930, casos 1.298-1300 – Sandoval.

número 31 de Miguel Ángel, en la confluencia con el Paseo de la Castellana, Allí en la zona del Ensanche donde residía la aristocracia madrileña⁶².

Estos establecimientos eran grandes en tamaño, pues necesitaban de mucho espacio disponible para las máquinas en las que trabajaban y los productos con los que comerciaban, pero pequeños en número de trabajadores. En un taller de reparación raramente trabajaban más de una decena de obreros. Ni siquiera las grandes empresas como Ford o Mercedes-Benz tenían plantillas de importancia. En realidad sus establecimientos en Madrid estaban más dirigidos a la venta y distribución de sus automóviles, fabricados en América o Europa, que a la producción. En la capital sólo tenían algún mecánico empleado, encargado fundamentalmente del mantenimiento y de la asistencia técnica a los clientes y compradores de los automóviles. En su tamaño y en el número de trabajadores, los establecimientos vinculados a la industria automovilística se ajustaban al patrón de ese Madrid sin grandes fábricas, en el que el trabajo manual seguía realizándose en talleres pequeños y no en grandes plantas industriales. Lo llamativo, en este caso, era que no se trataba de una herencia del pasado. Los talleres de automóviles no eran precisamente un legado de la economía preindustrial. Representaban la modernidad industrial y el avance tecnológico reciente de mayor difusión social; en algunos lugares su producción había dado lugar a las formas más acabadas de organización fabril, como era el caso de la empresa Ford. Y sin embargo, en Madrid, aquella industria moderna adquiría la forma del taller, del pequeño centro de trabajo con pocos empleados, o del centro comercializador de los nuevos ingenios a motor.

En este punto cabe preguntarse si la caracterización de la revolución industrial no se ha centrado demasiado en sus consecuencias más llamativas en la organización del trabajo como la aparición de grandes fábricas y se han olvidado otros fenómenos. Es especialmente pertinente esta reflexión en un sector como el del automóvil, considerado uno de los ámbitos de producción líderes en la segunda revolución industrial y en el que se inauguró la producción en cadena y seriada que pondría fin a la producción de tipo artesanal. En Detroit podía ser así. Allí Henry Ford había creado su moderna y gigantesca fábrica de la que salía aquel Ford T de consumo masivo en el mundo. La producción de coches en el corazón de la industria automovilística daba trabajo a nutridas masas de obreros, encuadrados en grandes y modernas fábricas en las que se aplicaban los últimos avances tecnológicos. En Madrid, en cambio, los trabajadores del automóvil eran trabajadores cualificados, como los mecánicos, o comerciales para la venta.

Bien es cierto que Madrid no era un centro de producción automovilística. No lo era, al menos en términos industriales, pero sí hubo algún pionero que se lanzó a la construcción de automóviles de forma artesanal. El empresario Juan A. Landadulce lo intentó a principios de los años veinte, creando un taller de fabricación de motocicletas primero y de automóviles después en el barrio de Cuatro Caminos a los que puso el nombre de automóviles Landa. El intento fracasó y el empresario redirigió su empresa hacia la mera importación de vehículos. También hubo quien, como Carlos Pérez del Arco, se dedicó a la elaboración de coches de competición. En un pequeño taller de la calle Valverde, este ingeniero fabricaba el Hisparco del que no se pusieron en venta más de un centenar antes del cierre de la empresa en 1929⁶³. En términos generales, tampoco

⁶² AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930, ficha del edificio del 31 de Miguel Ángel, caso nº 3.150 – Hipódromo.

⁶³ Para algunos datos más sobre estos intentos de fabricar automóviles en Madrid, GARCÍA RUIZ, José Luis: “La industria de la automoción en Madrid: Hubo oportunidades perdidas?” comunicación

España era una potencia de la industria del automóvil, pues no se había desarrollado una estructura productiva demasiado potente en comparación con otros países. Aunque existieron empresas españolas dedicadas a la fabricación de automóviles antes de la guerra civil como la Hispano-Suiza, el trabajo en sus talleres aún seguía las pautas del trabajo artesano y el volumen de su producción era muy modesto⁶⁴. En 1925 sólo se produjeron en España unos cuantos centenares de automóviles⁶⁵. Pero carecer de fábricas de automóviles no quería decir que el país no hiciese uso de ellos. Ese mismo año, en cambio, se importaron 14.415 turismos, principalmente procedentes de Estados Unidos y de Gran Bretaña⁶⁶. La sociedad española se lanzó con entusiasmo a la automoción, sobre todo a partir de la década de los años 20 en la que el parque automovilístico creció espectacularmente. Sin duda, las grandes ciudades fueron los lugares en que esta fiebre del motor fue más intensa, con un puesto destacado para Madrid y Barcelona.

Tabla 11.5: Estadística del número de vehículos en circulación en distintos años, según datos tomados en la dirección del servicio de tráfico urbano				
Clase de vehículos	año 1926	año 1927	año 1928	año 1929
automóviles particulares (incluidos coches oficiales)	9.400	11.000	11.102	13.929
automóviles del servicio público	2.375	5.775	4.154	3.500
autocamiones y camionetas	1.600	3.000	2.577	2.700
Motocicletas	400	700	848	975
Bicicletas	5.000	7.490	8.547	5.867
coches de plaza	325	145	92	35
Carros	5.585	7.150	4.000	4.600
coches de lujo (tracción animal)	500	400	350	295

Fuente: *Memoria, información de la ciudad, 1929*. Madrid, Ayuntamiento, 1929, pág. 158

En 1930, Madrid había sido invadida por los automóviles. Hacía tiempo que las calzadas de la capital habían sido ganadas por los coches, que por aquel entonces ya eran más de 17.000 en circulación, frente a los carruajes, que cada vez eran más raros. El coche de caballos era ya un vestigio de tiempos pasados que sólo era usado por algunas familias aristocráticas. El coche de punto de tracción animal, estacionado en una plaza, disponible para que el peatón se subiera en él para hacer cualquier trayecto,

presentada al VIII Congreso de la Asociación Española de Historia Económica, Santiago de Compostela, 13-16 de septiembre de 2005.

⁶⁴ Para la producción de la Hispano Suiza, principal industria automovilística, que pronto se convirtió en aeronáutica, véase el trabajo de NADAL, Jordi: "La Hispano de Guadalajara (1917-1936), hijuela no deseada de la barcelonesa Hispano-Suiza", en LIDA, C. E. y PIQUERAS, J. A. (comps.): *Impulsos e inercias del cambio económico. Ensayos en honor a Nicolás Sánchez-Albornó*, Valencia, UNED-Historia Social, 2004. También las memorias de uno de sus trabajadores en la factoría de Guadalajara, centrada en la industria aeronáutica: VIEJO CANALEJAS, Marcelino: *El taller de Ícaro. Historia de La Hispano Aviación*, 1917-1972. Sevilla, El Monte, 2001.

⁶⁵ La cifra de la producción española para estos años varía mucho; 470 son los que se indican en GARCÍA RUIZ, José Luis: "La industria automovilística española anterior a los decretos Ford (1972)" en GARCÍA RUIZ, José Luis (ed.): *Sobre ruedas. Una historia crítica de la industria del automóvil en España*, Madrid, Síntesis, 2003, pp. 13-93, pág. 18. Otros autores lo elevan a 3.790, HERNÁNDEZ MARCO, José Luis: "La oferta automovilística en España antes del Seat 600, 1906-1957", *Economía industrial*, 307, 00, 131-148.

⁶⁶ Una serie completa de las cifras de importación de automóviles en España entre 1906 y 1935 en HERNÁNDEZ MARCO, José Luis: "Los precios de los automóviles importados en la España de los años veinte", *Revista de Historia Industrial*, n° 22 (2002), pp. 157-172.

había desaparecido de Madrid. Sólo quedaban 35, probablemente los que se dedicaban a dar paseos de placer por El Retiro. En el transporte de mercancías, todavía quedaban muchos carros tirados por mulas o caballos, pero se podía adivinar que pronto habría más camiones y camionetas, pues su número no paraba de crecer. Y un nuevo medio de transporte ya hacía su presencia, la motocicleta, que en los últimos tiempos se había hecho cada vez más popular y ya empezaba a competir en las vías madrileñas con las bicicletas.



Fig. 11.4: El tráfico en la Gran Vía a la altura de la Red de San Luis en 1928.
Memoria, información de la ciudad, 1929. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1929.



Fig. 11.5: El tráfico en la Puerta del Sol en 1930.
 Foto de Diego González Ragel. Archivo Ragel.

Esta invasión de los automóviles se hizo notar con fuerza en el mercado laboral madrileño. Primero en el sector servicios, porque los nuevos coches necesitaban de conductores y así emergió la profesión de chofer a medida que la de cochero de caballos iba desapareciendo⁶⁷. Pero también en el sector secundario los automóviles crearon

⁶⁷ Aunque de los chóferes y conductores de vehículos varios habrá de ocuparse al tratar el trabajo en los servicios, baste señalar que en el padrón del Ensanche Norte de 1930 se inscribían 611 trabajadores con

nuevos puestos de trabajo que, aunque no eran estrictamente industriales, pues se trataba de esos numerosos mecánicos de reparación y mantenimiento, eran igualmente necesarios e importantes en la buena marcha del negocio automovilístico. El viejo chiste que decía que el nombre de la empresa FORD estaba formado por las siglas de la frase “Fabricación Ordinaria, Reparación Diaria” ya circulaba en la época y revela una cara de la industria del automóvil que suele permanecer oculta si sólo nos fijamos en las fábricas de Detroit o en las plantas de ensamblaje que la empresa había establecido en Barcelona. El negocio de la producción de automóviles no acababa en las puertas de la factoría catalana. El automóvil era una máquina compleja y no perfecta. Su propietario necesitaba ocuparse constantemente de su mantenimiento, no sólo para aprovisionarse de combustible, aceite y otros productos necesarios para que funcionase, sino también para ponerlo a punto y reparar las posibles averías. Una buena parte del negocio de la industria automovilística era también la elaboración de piezas de recambio que luego se vendían en tiendas como las que abundaban en el Ensanche Norte de Madrid y que eran montadas por obreros como aquellos numerosos mecánicos de automóviles de la capital española.

Tabla 11.6: Mecánicos de automóvil empadronados en el Ensanche Norte en 1930				
Nombre	edad	centro de trabajo	jornal diario	salario anual
J.M. Roda	22	Casa Dodge	6,00	
(nombre no facilitado)	25	Casa Dodge	5,50	
Pedro Ceballos	42	Ford Vaia	15,00	
Ulises Wensell	23	Ford Vaia	7,50	
P. Ceballos (hijo)	14	Ford Vaia	1,50	
Ramón Reus	49	Ford Vaia		
Francisco Arbesú	36	S.E.I.D.A.	13,00	
Alberto Villar	38	Auto Taller		3.134
Ramón Serrucabellle	42	Auto taller		
Alejandro Echarri	35	Garaje	10,00	
José Alapont	28	Garaje	5,00	
(nombre no facilitado)	28	Garaje Albatros		
Juan Gabriel Mialet	37	Garaje Central	10,00	
Cesar Mario Brugada	26	Garaje Central		2.400
José Manuel Morales	43	Garaje Franco		
H. Torres	20	Garaje Lozoya	3,50	
Marcelino García	39	Garaje, Zurbano 52		2.400
(nombre no facilitado)	38	taxis	6,00	
Pedro García	28	taxis	6,00	
Miguel Sánchez	60	taxis	4,00	

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

Los mecánicos de automóvil que residían en el Ensanche Norte eran en general trabajadores bien pagados, aunque su sueldo podía variar en función de su edad y del lugar en que se empleaban. Los que trabajaban para las empresas de taxis cobraban poco; su función era seguramente ocuparse de tareas rutinarias en la revisión de la flota de vehículos de la empresa, como lavar los coches, comprobar su buen estado y no de

esta profesión, muy por encima del número total de mecánicos (463) y casi el doble del de los albañiles (332). AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

repararlos cuando sufrían una avería importante. Un escalón por encima se situaban los empleados en talleres de reparación y en garajes particulares que no pertenecían a las grandes empresas, como Ford o Mercedes Benz. Aunque muchas veces fueran negocios en que simplemente se custodiaban los coches, siempre era necesaria la presencia de un profesional cualificado que pudiera arreglar el vehículo del cliente si se observaba alguna avería. En estos garajes, la profesión se iba aprendiendo poco a poco, con los años de experiencia por haber andando hurgando en motores y cambiando piezas. Así era normal que un joven como H. Torres, de 20 años, cobrara diariamente sólo 3 pesetas y media por su trabajo en el garaje Lozoya, mientras que Juan Gabriel Mialet, seguramente mucho más experimentado a sus 37 años, recibiera 10 pesetas de jornal en el prestigioso Garaje Central de la Plaza de la Encarnación.

Los mecánicos mejor remunerados eran los de las grandes empresas dedicadas a la fabricación e importación de automóviles, y entre estas, por supuesto, la Ford-Vaia era la que más pagaba. El prestigio de la compañía iba en ello. La industria automovilística más importante del mundo tenía que tener los mejores mecánicos, trabajaran estos en Detroit, en Barcelona o en Madrid. Eso no quitaba que el trabajo que realizaban los mecánicos de Ford en cada uno de estos sitios fuera muy diferente. En la central de Detroit eran en su mayoría obreros de fábrica, empleados en aquel sistema de trabajo en cadena que estaba revolucionando el trabajo industrial. La función de cada uno de ellos era la de ocuparse de una tarea muy concreta del proceso de producción de un vehículo: colocaban una pieza, estaban en el departamento de carrocería o en el de neumáticos, pero no se ocupaban del resto de la fabricación del coche. El trabajo de Pedro Ceballos, aquel mecánico del Ensanche Norte que trabajaba para la filial española de la gran multinacional de Detroit, no era así. Él tenía que conocer todo el funcionamiento de un Ford-T y no sólo el de una de sus partes; debía ser un especialista en todo porque su labor era la de reparar cualquier pieza de un automóvil cuando un cliente lo necesitara.

Para la gran empresa de Henry Ford ambos tipos de trabajadores, tanto el de Detroit como el de Madrid, eran fundamentales en la buena marcha del negocio. Aquel imperio industrial de las cuatro ruedas necesitaba en su movimiento, a unos y a otros. La industrialización en una sola ciudad no era posible y por eso Ford era una empresa multinacional. Para que el gran volumen de producción que se había alcanzado en el corazón del imperio Ford, con la implantación de la producción en cadena, fuera rentable habían de funcionar las filiales que la empresa fue creando, primero en Estados Unidos y luego en Europa, hasta llegar a Madrid. En Madrid, en Barcelona, en Valencia o en Cádiz era donde vendían esos coches y donde tenía que ganar la batalla a competidores como Dodge, Mercedes Benz o la Hispano-Suiza. El papel que desempeñaban trabajadores como Pedro Ceballos era fundamental porque ataban a los clientes, los hacían fieles y evitaban que se hicieran compradores de la competencia. No dejaba de ser significativo que Ford, una de las empresas que pasaban por ser una de las más industrialmente modernizabas, necesitara para su expansión y funcionamiento tanto de grandes masas de obreros como los de Detroit como de empleados que, por el sitio en el que trabajaban y la forma en que lo hacían, recordaban a los talleres artesanos de otro tiempo. Pero no lo eran. Aunque Pedro Ceballos, el mecánico mejor pagado del Ensanche Norte trabajara en un taller que no superara los veinte empleados, aunque en ese lugar de trabajo no existieran grandes masas de obreros ni cadenas de producción, a nadie se le ocurriría decir que era un representante de un mundo del trabajo en descomposición, de un pasado que se iba diluyendo. Porque trabajaba en Ford, en una empresa y en un sector industrial que representaba la punta de lanza de la gran transformación que estaba experimentando Madrid, España y el mundo entero.

De todas maneras, Madrid, a pesar del gran número de mecánicos y de trabajadores vinculados al mundo del automóvil no había conocido un desarrollo industrial en este sector, pues no existían grandes plantas de producción, como en otros lugares, sino pequeños talleres de reparación. Pero la existencia de estos talleres y de trabajadores como Pedro Ceballos demostraba que las transformaciones que la industrialización estaba produciendo en la organización del trabajo no sólo tenían lugar en los grandes centros de producción como Detroit o Barcelona. Aquellas transformaciones también ejercían su influencia en lugares que aparentemente sólo jugaban un papel de consumidores, de compradores de aquellos productos industriales, como Madrid, que era una ciudad con muchos automóviles pero que no los producía.

La capital española no necesitaba que esos cambios en el mundo del trabajo le llegaran indirectamente, como un eco procedente de otros lugares. Madrid contaba con sus propios ejemplos de grandes fábricas que permitían conocer en qué manera la industrialización estaba afectando a los mercados laborales. En Madrid había al menos una gran empresa en casi todos los sectores de la producción, incluso en aquellos que habían adquirido mayor protagonismo en la segunda revolución industrial. El Ensanche Norte albergaba uno de los mejores ejemplos, la fábrica Gal, empresa líder de la industria perfumería química española de aquel tiempo.

La organización del trabajo en una industria moderna: Hombres y mujeres, obreros y empleados en la fábrica Gal.

La fábrica Gal, que se acabaría convirtiendo en los años 30 en la mayor empresa de perfumería de toda España y una de las más importantes de toda Europa, tuvo unos orígenes modestos. Salvador Echeandía Gal, su fundador, llegó a Madrid en la década de 1880, tras haber cursado estudios de comercio en su ciudad natal, Irún, y en Zurich⁶⁸. En 1887 abrió en la capital un comercio de droguería en la céntrica calle Arenal, donde al principio se limitó a la venta de productos fabricados por otros industriales. La perfumería no era, en aquel tiempo, un campo de negocio demasiado próspero. Primero porque el objeto de su comercio seguía siendo elaborado aún por métodos demasiado artesanales como para que perfumes, jabones y cosméticos resultaran baratos y accesibles más allá del estrecho círculo de las clases acomodadas. Y en segundo lugar, porque los hábitos de higiene y el culto al cuerpo y al aspecto físico no habían adquirido la difusión social de la que gozarían sólo unos años más tarde. Todo ello contribuía a que el público de su tienda de la calle Arenal fuera reducido y escaso. En fin, el de Echeandía Gal era por aquel entonces uno más de esos comercios de lujo que se podían encontrar en las calles del viejo Madrid, que por ser una capital populosa, albergaba tiendas en las que comprar cualquier tipo de productos, por peregrino y exclusivo que fuera su uso.

Todo cambió para aquel pequeño negocio hacia finales de siglo, cuando a Salvador Echeandía Gal se le unió su hermano Eusebio, que recientemente se había doctorado en ciencias químicas en la Universidad de Berlín. Los dos se lanzaron entonces a una renovación profunda de la empresa, hermanando la innovación tecnológica y científica que aportaba uno y la astucia comercial que ponía el otro. La primera muestra de esta eficaz colaboración se produjo en 1898, con la fantástica

⁶⁸ Una reseña biográfica de Salvador Echeandía Gal, sobre la que se apoya este retrato en *Nuestra Historia. Gaceta del Casino de Madrid*, 27 de marzo de 2007, pp. 57-59. También se incluyen importantes datos para la historia de la empresa Gal en ALVARADO LÓPEZ, María Cruz y ANDRÉS DEL CAMPO, Susana de: "Gal: un siglo de perfumería, un siglo de publicidad", *Publifilia*, nº 1 (1998), pp. 23-47.

operación de lanzamiento y de comercialización de un producto elaborado en aquel negocio familiar: el petróleo Gal. Era este un ungüento que decía fortalecer el cabello y evitar su caída. El éxito del petróleo Gal fue fulgurante y en ello tuvieron tanta responsabilidad las posibles bondades químicas e higiénicas que hizo posible la ciencia que había adquirido Eusebio en Berlín, como las innovadoras técnicas de venta que puso en práctica Salvador, el hermano comerciante. El droguero de la calle Arenal quizá no supiera cómo elaborar las colonias, los jabones y los petróleos de su tienda, pero sabía mejor que nadie cómo venderlos. Desde 1900 se encargó de incluir anuncios en las principales revistas para que el petróleo Gal fuera conocido en toda la ciudad y en las provincias a las que llegaban las publicaciones madrileñas⁶⁹. Con ello se garantizó que sus clientes no fueran sólo los que pasaban por delante de su escaparate y el producto, con un nombre reconocible, fuera demandado en tiendas de otros barrios y hasta de otras ciudades.

El especial cuidado y atención a la publicidad de sus productos fue uno de los rasgos distintivos de la empresa Gal desde sus inicios. Tal actitud era toda una originalidad en España, donde el arte de anunciar andaba en sus primeros pasos, por lo demás aún demasiado toscos⁷⁰. La innovadora estrategia de los Echeandía Gal, tanto en el tipo de productos que sacaron a la venta como en la apuesta decidida por la publicidad, dio un gran resultado. Al poco tiempo, las ventas del petróleo para el cabello y otros artículos de producción propia, aumentaron hasta hacer imposible seguir elaborándolos en el laboratorio que tenían instalado en los bajos de la calle Arenal. En 1901, Salvador, con la ayuda de unos cuantos socios, reunió el capital para instalar una fábrica en la calle Ferraz, en el barrio de Argüelles. En aquellas instalaciones la empresa Gal se pudo lanzar a la conquista del mercado y, además de producir en mayor volumen, sacaron a la venta nuevos productos. Primero fue el jabón perfumado *Heno de Pravia* (1905) y, luego, toda una serie de artículos que cubrían todo el abanico de la industria química de la perfumería: desde detergente para la ropa hasta varias gamas de perfumes de distintos precios, desde jabón para el afeitado hasta pasta de dientes. La marca Gal y los nombres de sus distintos productos se hicieron con un hueco privilegiado en el mercado⁷¹.

La fábrica Gal se benefició de dos circunstancias en su crecimiento imparable en los treinta primeros años del siglo XX. Para empezar, la difusión de estos productos entre estratos sociales cada vez más amplios. La colonia, el jabón, los cosméticos y los productos de belleza dejaron de ser de consumo exclusivo de las clases más acomodadas para ser también de uso común entre clases medias y populares⁷². La mujer que se cuidaba y se perfumaba, y el hombre que se preocupaba por sus cabellos y su aspecto físico, dejaron de ser una minoría aristocrática para ser comunes entre las masas urbanas. Para que Gal fuera una gran empresa lo primero que tenía que existir era una gran clientela potencial, que permitiera soñar con producir en grandes volúmenes y vender en masa y eso lo garantizó parcialmente esa cada vez mayor afición de la población por el cuidado de la higiene. El segundo factor decisivo en el crecimiento de

⁶⁹ ALVARADO LÓPEZ, María Cruz y ANDRÉS DEL CAMPO, Susana de: "Gal: un siglo...", *Ob. Cit.*

⁷⁰ RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: "*Quien no anuncia no vende.*" *La publicidad y el nacimiento de la sociedad de consumo en la España del primer tercio del siglo XX*. Trabajo académico de tercer ciclo, Madrid, UCM, Departamento de Historia contemporánea, 2008

⁷¹ A finales de los años 20, entre otros productos, la Fábrica Gal publicitaba en su propia revista corporativa, *Pompas de jabón*, el jabón para ropa delicada *Kopos*, el jabón para ropa blanca *La Cibeles*, los perfumes *Esencia Trini*, *Agua de Colonia Añeja* y *Agua de colonia extrafina*, la pasta dentrífica *Dens*, los polvos de arroz *Trini*, el *Jabón Gal* para la barba, *Fixol* un producto para mantener fijo el cabello, además del *Petróleo Gal* y el jabón *Heno de Pravia*.

⁷² RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: "*Quien no anuncia no vende...*", *Ob. Cit.*

Gal como empresa fue el estallido de la Guerra Mundial. Los años del conflicto supusieron la suspensión prácticamente total de toda competencia industrial extranjera en España. Las empresas españolas, que habían cifrado en gran parte su suerte en el proteccionismo, porque sus precios eran escasamente competitivos frente a los que venían de fuera, vieron cómo, de repente, se hacían dueños del mercado nacional. La guerra provocó que las empresas extranjeras, que vendían en España, interrumpieran su producción y sus operaciones comerciales. Y aún más. Como las naciones en conflicto no podían cubrir ni siquiera sus propias necesidades, a las empresas españolas se le abrieron los mercados de países que antes les estaban cerrados. De ser un país importador, España pasó a ser exportador y se vivieron los años de una edad de plata de la economía nacional⁷³.

La empresa Gal supo aprovechar aquellas circunstancias excepcionales para ampliar y modernizar el negocio. En 1915 Gal cerraba su fábrica de la calle Ferraz y abría una nueva en Moncloa, que fue elogiada desde su inauguración como edificio y como centro de trabajo⁷⁴. Durante la euforia industrial de la Gran Guerra, muchas empresas se limitaron a aprovecharse de la situación y simplemente aumentaron su producción, empleando a mayor número de trabajadores e intensificando la fuerza que hacían los obreros, pero sin invertir ni dar un aire nuevo a sus fábricas⁷⁵. Salvador Echeandía no. Siempre había sido un hombre inquieto y se había preocupado de encontrar vías para hacer más eficiente su empresa. En aquel tiempo profundizó en su interés por la publicidad y se fue convenciendo de que era una de las principales armas para triunfar en un mercado cada vez más volcado en las masas anónimas y no en el cliente habitual y familiar de los tiempos de su pequeña tienda. Estando la publicidad en España aún en pañales, Salvador Echeandía Gal decidió crear dentro de su empresa de perfumería un departamento publicitario propio. El éxito que este departamento cosechó hizo que se convirtiera en una agencia de prensa, que daba servicios a otras empresas y que acabaría revolucionando el sector en España⁷⁶.

Además, durante la Primera Guerra Mundial, cuando los vientos económicos soplaban a favor de la industria española, Salvador Echeandía Gal se preocupó de mejorar los niveles de productividad de su fábrica. Fue uno de los pioneros en España en abrazar la Organización Científica del Trabajo y en aplicar las doctrinas tayloristas a su producción. En la fábrica Gal existía una acusada especialización de los trabajadores, divididos en distintos departamentos y secciones, además de estar altamente mecanizada. Su alta chimenea, que se alzaba en el barrio de Moncloa, no tenía nada que envidiar a las que rompían el paisaje de Detroit, Bilbao o Barcelona; tras las paredes de la factoría se desarrollaba un trabajo en cadena como en las fábricas más modernas del

⁷³ ROLDÁN, Santiago, GARCÍA DELGADO, José Luís y MUÑOZ, Juan: *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, Madrid, Confederación Española de Cajas d Ahorro, 1973; véase también CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier: *Historia económica de la España Contemporánea*, Barcelona, Crítica, 2006, pp. 223-261.

⁷⁴ ALVARADO LÓPEZ, María Cruz y ANDRÉS DEL CAMPO, Susana de: “Gal: un siglo...”, *Ob. Cit.*

⁷⁵ Como han expuesto CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier: *Historia económica ... Ob. Cit.*, pp. 223-261. el recurso al factor trabajo por encima de la introducción de maquinaria y la modernización de las estructuras productivas que se produjo en estos años de esplendor industrial español no se debió únicamente a una actitud avariciosa del empresariado. España era un país dependiente tecnológicamente del exterior; en los años de la Guerra Mundial en que aumentaron los beneficios en la producción fabril y los industriales disponían de líquido para invertir se encontraron con la imposibilidad de recurrir al exterior para importar tecnología y maquinaria, pues los países en conflicto no estaban en disposición de facilitarla.

⁷⁶ RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “*Quien no anuncia no vende...*”, *Ob. Cit.*

mundo y que la convertía, con plenos derechos, en una de los centros de trabajo más representativos de la revolución industrial⁷⁷.



Fig. 11.6: La fábrica Gal de la Moncloa en 1925, *Nuevo Mundo*, 24 de Julio de 1925.

La fábrica Gal también se adelantó en la aplicación de medidas de protección social de sus trabajadores, o al menos eso era lo que publicitaba en sus revistas. En enero de 1927, el número 1 de la revista *Pompas de Jabón*, que editaba la propia empresa Gal, al presentar la fábrica, señalaba cómo ésta contaba con baños y duchas para los empleados que no dispusieran de estas comodidades en sus casas. También se había organizado al servicio de los trabajadores una clínica y un servicio médico y hasta una guardería. Además, se había implantado la jornada de ocho horas de trabajo y los empleados contaban con diez días de vacaciones pagadas al año; si se ponían enfermos podían disponer de bajas remuneradas de hasta tres meses y los trabajadores con una vinculación a la empresa superior a los veinte años, podían retirarse a los sesenta años, disfrutando de su sueldo íntegro durante la jubilación⁷⁸.

A principios de la década de los 30 la fábrica Gal era todo un símbolo de la floreciente industria madrileña. Sus 576 trabajadores⁷⁹ la convertían en uno de los centros de trabajo con más empleados de toda la capital. Gracias a la implantación del trabajo en cadena y la mecanización, el ritmo y el volumen de producción de su planta en el barrio de Moncloa, habían alcanzado niveles considerables. A pesar de que fuera una industria de las calificadas como “ligeras”, destinadas a la elaboración de productos de consumo y no de bienes de equipación, no se podía considerar que Gal fuera una empresa más de las que había en Madrid destinadas únicamente a la satisfacción de las

⁷⁷ En su Artículo CANDELA SOTO, Paloma: “El trabajo doblemente invisible: mujeres en la industria madrileña del primer tercio del siglo XX”, *Historia Social*, nº 45, 2003, pp. 139-159, la autora dedica un buen espacio a describir las formas en que se desarrollaba el trabajo en la fábrica Gal en aquella época. Sobre la introducción de la organización científica del trabajo en España, con datos referentes a Gal, CASTILLO, Juan José: “¿Ha habido en España organizadores de la producción?: Entre dos congresos de ingeniería, 1919-1950” en CASTILLO, Santiago (coord.): *El trabajo a través de la Historia*, Madrid, UGT-Centro de Estudios Históricos, Asociación de Historia Social, 1996, 00. 233-264.

⁷⁸ La revista *Pompa de Jabón*, comenzó a publicarse en enero de 1927 en los talleres tipográficos de la propia empresa Gal, situados en la fábrica. Era una revista corporativa, destinada a ser repartida entre los establecimientos comerciales a los que suministraba de productos su propia fábrica. En ella, además de publicidad sobre los productos Gal, se incluían sobre todo artículos que reflexionaban sobre las técnicas de venta y publicidad que debían ponerse en práctica para modernizar el mercado de distribución. El artículo sobre la fábrica apareció en el número 1, de enero de 1927 y en él se hacía una profusa e idílica descripción de la fábrica de Moncloa. Como bien señala en su artículo CANDELA SOTO, Paloma: “El trabajo doblemente invisible...”, *Ob. Cit.*, era necesario examinar hasta qué punto esas medidas de protección social a los trabajadores anunciadas por la empresa eran puestas en práctica.

⁷⁹ *Censo electoral social de Madrid de diciembre de 1932*, recogido en JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934...* *Ob. Cit.*, pp. 441-444

necesidades de los habitantes de la capital. El éxito de la empresa desde la década de 1910 no fue una mera pompa de jabón que explotara cuando las máquinas de las fábricas europeas recuperaron la normalidad; Gal mantuvo su expansión en los años 20 y, sin conformarse con ser la principal industria del sector en el país, se lanzó más allá de las fronteras españolas y abrió dos factorías, una en Londres y otra en Argentina, para producir y comercializar sus artículos en esos países⁸⁰. Gal se hacía multinacional como otras grandes empresas que eran los buques insignia de la segunda revolución industrial. Como Ford, Gal había modernizado sus formas de producción en la fábrica y sus tácticas de venta con la publicidad y ofrecía un perfecto ejemplo en Madrid para observar cómo la industrialización estaba modificando los mercados de trabajo.

En 1930 aparecían registrados en el padrón del Ensanche Norte al menos 78 trabajadores de la fábrica Gal⁸¹. Los datos que ofrecían, de su edad, de su salario o de su estado civil, permiten acercarse a las transformaciones en el mercado laboral y en las trayectorias profesionales que estaba introduciendo el trabajo industrial más moderno en fábricas como la Perfumería de la Moncloa. De esos 78 empleados de Gal, 41 eran trabajadores manuales, que desarrollaban su actividad profesional dentro de los talleres de la fábrica, entre jabones, colonias y productos químicos.

Un primer rasgo que caracterizaba el trabajo en los talleres de la fábrica Gal era la alta proporción de mujeres que componía su fuerza laboral. No era nada excepcional. Gran parte de las fábricas madrileñas, como en cualquier otra ciudad, tenían importantes plantillas de mujeres obreras. Y no sólo sucedía en factorías que tradicionalmente habían empleado a mujeres como la Real Fábrica de tabacos; también en las empresas más modernas, como la fábrica de material eléctrico y bombillas Osram, en Arganzuela, las mujeres eran legión en los talleres⁸². Desde el comienzo de la industrialización, las mujeres y los niños, habían sido empleados masivamente como mano de obra barata. Allí donde se abría una gran fábrica, surgía una oportunidad de empleo para las mujeres fuera del trabajo a domicilio o del servicio doméstico a los que tradicionalmente se habían visto confinadas. Y es que en la gran fábrica, había hueco tanto para hombres como para mujeres, eso sí, cada uno ocupando un lugar distinto y realizando tareas muy diferentes.

⁸⁰ ALVARADO LÓPEZ, María Cruz y ANDRÉS DEL CAMPO, Susana de: “Gal: un siglo...”, *Ob. Cit.*

⁸¹ Seguramente no se han localizado todos los trabajadores de Gal que habitaban en el Ensanche Norte en aquellas fechas. Primero porque una parte importante de las trabajadoras no lo declaraban en la estadística, como era habitual en muchos otros centros fabriles (véase el estudio de CANDELA SOTO, Paloma: *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida: (1888-1927)*, Madrid, Tecnos, 1997, cuya autora abordó un rastreo de las trabajadoras de la fábrica en los padrones municipales de la época); segundo, porque aunque los trabajadores declararan su profesión, no siempre indicaban el lugar de trabajo. Existían más jaboneros en el padrón de 1930 pero sólo se han incluido aquellos que declaraban su vinculación a Gal; lo mismo con impresores, grabadores o mecánicos.

⁸² Un análisis del trabajo de las mujeres en la industria del Madrid del primer tercio del siglo XX, con más ejemplos aparte del de Gal en el artículo ya citado: CANDELA SOTO, Paloma: “El trabajo doblemente invisible...”, *Ob. Cit.* Aunque no centrado en esta época, véase también el número monográfico de *Sociología del Trabajo* dedicado a “Mujeres al final de la cadena”, nº 47, (2003). Además, para la inserción laboral de las mujeres en la Segunda República, NÚÑEZ PÉREZ, Gloria: *Madrid 1931: mujeres entre la permanencia y el cambio*, Madrid, Horas y Horas, 1993 y de la misma autora, *Trabajadoras en la segunda república: un estudio sobre la actividad económica extradoméstica (1931-1936)*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989.

Tabla 11.7: Trabajadores manuales de la fábrica Gal residentes en el Ensanche Norte en 1930

Mujeres					Hombres				
Nombre	edad	estado civil	cargo fábrica	jornal	Nombre	Edad	estado civil	cargo fábrica	jornal
F. Rodríguez	18	S	empaquetadora	2	Basilio Campos	31	C	jornalero	7,75
A. Espinos Ripoll	18	S	jornalera	2,5	M. Irisar	32	S	peón de industria	4500*
Snf	18	S	obrero	Ns	Antonio Olaya	32	C	jornalero	7,5
Ayero Espinosa	20	S	ajuste de cajas	2,5	Snf	34	S	jornalero	8
B. Moreno Cabo	20	S	jornalera	0	Alejandro de la Iglesia	34	C	obrero	8
J. de la Fuente	21	S	cajera	2,25	Basilio Fernández	34	C	peón	7
E. García Blanco	21	S	jornalera	3	Pedro Moneo	37	C	peón de fábrica	NS
J. Carretero	22	S	jornalera	3	Luis Urueña	38	C	impresor	18
Ayero Espinosa	23	S	empaquetadora	3,5	Cayetano Sotillo	40	C	impresor	Ns
H. Tabares	24	S	cajera de cartón	2	Julio Marcote	41	C	obrero	NS
A. Espinos	24	S	jornalera	2,5	Ángel de la Peña	42	C	fogonero	8
A. Salas González	24	S	obrero	Ns	Cipriano Benito	42	C	mozo	6
A. Salas	26	S	obrero	Ns	Manuel Flores	45	C	trabajador	10
F. Fernández Sarriá	26	S	jornalera	Ns	Manuel Martínez	46	C	litógrafo	20
Snf	27	S	aprendiza	2,25	Francisco Miranda	46	C	jabonero	11
A. Espinos	27	S	jornalera	2,5	Juan Minondo	50	C	mecánico	5000*
F. García	28	V	obrero	Ns	Legenda de abreviaturas Snf: nombre no facilitado Estado civil: s (soltero/a) c (casado/a) v (viudo/a) * sueldos anuales				
J. Macías Rosas	28	S	empaquetadora	3					
Snf	29		jornalera	3,25					
I. Laguna	29	S	obrero	3					
Snf	38	S	pegado de frascos	3,75					
J. Fernández	38	s	obrero	3					
Francisca García	56	v	obrero	NS					
Rafaela Casado	63	v	jornalera	NS					

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

La plantilla de la fábrica Gal permite observar los diferentes caminos laborales que se abrían a hombres y mujeres al ingresar en una gran fábrica. Ya se ha visto en otros ejemplos de industrias y grandes talleres de la época, como el de la fundición tipográfica de Richard Gans, que la modernización de la producción y la mecanización del trabajo no implicaron necesariamente bajos salarios para los trabajadores. En Gal sucedía algo parecido, al menos para sus trabajadores varones. Entre estos se podía ver que la implantación de la cadena de trabajo taylorista y la alta mecanización de la producción no eran incompatibles con una remuneración alta de algunos de sus operarios. El que trabajaba directamente con una máquina, el que se ocupaba de la parte central de la producción en la fábrica Gal, era un empleado bien pagado, llegando a ganar altos salarios como Juan Minondo, que era mecánico con 5.000 pesetas al año o como Francisco Miranda, jabonero con un jornal de 11 pesetas. También eran bien recompensados los litógrafos y los impresores encuadrados en la fábrica y que pertenecían a su prestigioso departamento de publicidad y de diseño de envasado de los productos (envoltorios de jabones, etiquetas de frascos de colonia, anuncios y carteles...). Todos estos trabajadores, mecánicos, jaboneros, litógrafos e impresores eran trabajadores cualificados, necesarios para que la producción mantuviera un

determinado grado de calidad y cuyos conocimientos profesionales y su experiencia eran recompensados con altos salarios.

Pero la introducción de las máquinas y, sobre todo, la segmentación del proceso de elaboración de jabones, colonias y otros artículos a los que se dedicaba la empresa Gal, también originó un gran número de tareas que no necesitaban, al principio, más que un pequeño aprendizaje para ser realizadas⁸³. Dentro de los talleres de producción había que cortar las barras de jabón en pastillas, transportar mercancías o utilizar la máquina de troquelado para inscribir en cada pieza de jabón la marca de Heno de Pravia. Una vez elaborados los distintos productos había que envasarlos, introduciendo el agua de colonia en frascos o envolviendo las pastillas de jabón, etiquetarlos y disponerlos en cajas y paquetes. A todas estas tareas, sencillas y repetitivas, se dedicaban todos aquellos trabajadores de Gal que declaraban tener por oficio el de jornalero, obrero o peón de industria. Era precisamente en estos menesteres, en los que se empleaban todas las mujeres que aparecían como trabajadoras manuales de la fábrica, entre las que no se encontraba ninguna que ejerciera una profesión cualificada, muchas se presentaban como jornaleras, obreras, cajeras, empaquetadoras o dedicadas al “pegado de frascos”.

Estos hombres y mujeres, empleados en las tareas más repetitivas del proceso productivo, formaban la mayor parte del grupo de trabajadores manuales de Gal. Aunque para unos y otros la cualificación profesional requerida era igualmente escasa, la posición que ocupaban en la empresa y, sobre todo, el sueldo que recibían por su trabajo, eran muy diferentes. Nada expresaba mejor que el salario las distancias que había en el trabajo fabril de hombres y mujeres. La obrera mejor pagada de la empresa Gal empadronada el Ensanche Norte recibía un jornal diario de 3 pesetas y 75 céntimos. El peor pagado de los obreros varones recibía casi el doble, 7 pesetas. Y sin embargo, la jornada de trabajo era para todos la misma: las ocho horas que había instaurado Salvador Echeandía, el propietario de la empresa, haciendo un guiño a las asociaciones obreras. Las razones de la desigualdad entre hombres y mujeres no estaban relacionadas, por tanto, ni con la cualificación profesional ni con el tiempo que pasaban en el taller, sino con otros aspectos de la organización del trabajo en la fábrica y, quizá de manera más determinante, con asuntos que se escapaban a la vida cotidiana de aquella empresa y que tenían que ver en realidad con el distinto papel que se adjudicaba a los hombres y mujeres en la sociedad y en el mercado laboral.

El hecho de que la fábrica Gal empleara a hombres y mujeres no quería decir que estos se mezclaran en los talleres y trabajaran codo con codo en la cadena de producción. Todo lo contrario. Dentro de la fábrica Gal existían tajantes fronteras que segregaban a sus trabajadores en función de su sexo, encomendándole a cada uno un trabajo diferente. Había trabajos masculinos y trabajos femeninos, que se realizaban en departamentos diferentes y separados. Los hombres y las mujeres se situaban en distintas posiciones dentro de la larga cadena de producción que podía implicar la fabricación de un jabón o un perfume, desde la creación de la pasta base hasta su salida, empaquetados y listos para ser expuestos en un escaparate. Así, los obreros varones se ocupaban de tareas más directamente relacionadas con la elaboración del producto y se les podía ver trabajando en los fogones donde se cocían las mezclas para elaborar perfumes y jabones o junto a las máquinas que los cortaban o los envasaban; mientras tanto, las mujeres obreras de Gal se dedicaban a la presentación del producto y eran encuadradas en los departamentos de empaquetado en los que se envolvían los jabones, se pegaban las etiquetas en los tarros y se metían los productos en cajas para ser ya distribuidos a los comercios de droguería y perfumería. Tal distinción estaba tan

⁸³ Una descripción de los distintos trabajos desarrollados en la fábrica Gal en CANDELA SOTO, Paloma: “El trabajo doblemente invisible...”, *Ob. Cit.*

interiorizada que acabó explicitándose en la legislación laboral, que en 1932 establecía para el ramo de la perfumería que *“no se podrá obligar a ningún obrero a trabajos impropios de su sexo relacionados con la limpieza y que la costumbre asigne al femenino. Tampoco se podrá obligar a las obreras a trabajos que requieran fuerza superior a la normal de su sexo”*⁸⁴.

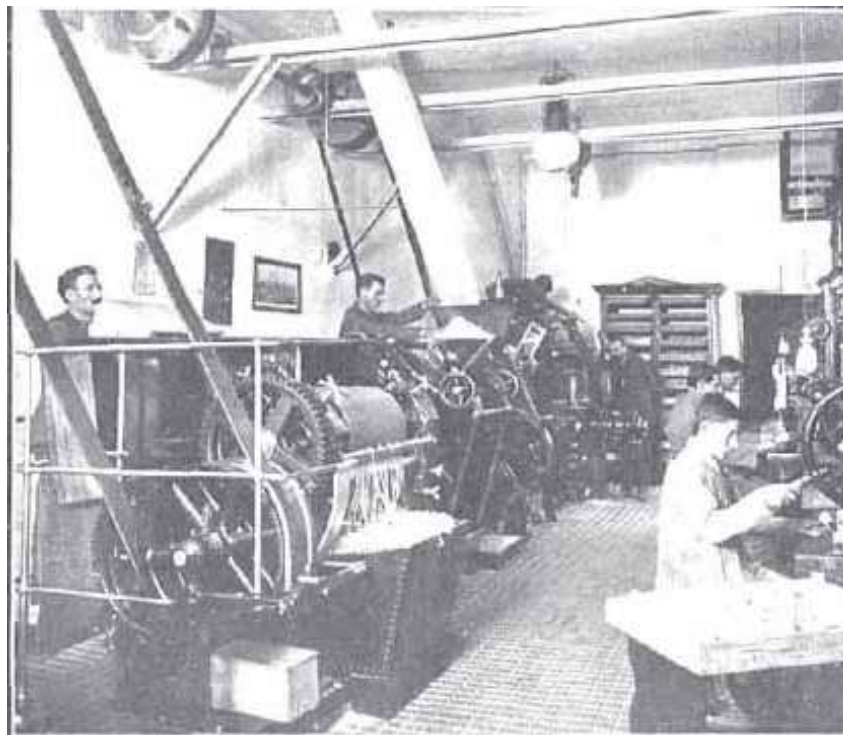


Fig. 11.7: Maquinaria para la fabricación de jabones de tocador y pastas dentríficas de la Fábrica Gal, Nuevo Mundo, 14 de Octubre de 1909.

Esta diferencia entre hombres y mujeres en la cadena de producción era fundamental. A los varones se les situaba en los trabajos centrales de producción, en contacto con las materias primas y las máquinas que las transformaban. Aunque al principio su trabajo tuviera más de fuerza que de pericia o de oficio, realizaban sus tareas en departamentos en que podían ir adquiriendo cualificación profesional. Un peón de industria que cortaba jabones podía convertirse en fogonero o en jabonero, incluso en mecánico, cuando se familiarizara con el funcionamiento de las máquinas que hacían marchar la cadena. En fin, al operario masculino, cuando entraba a trabajar en la fábrica, se le abría ante sí una carrera profesional en la que eran posibles los ascensos y en la que, a medida que recorriera etapas en el aprendizaje del oficio, podía ir viendo aumentar su jornal, cualificación y estatus profesional.

Las mujeres, en cambio, eran trabajadoras “al final de la cadena”, encargadas de tareas periféricas (aunque necesarias) dentro del proceso de producción⁸⁵. Entraban en contacto con los artículos de la casa Gal cuando ya habían sido elaborados, con las pastillas de jabón ya fabricadas y cortadas para ser empaquetadas con sus manos en los envoltorios que sus compañeros varones habían diseñado e impreso en el departamento

⁸⁴ “Bases de trabajo para la industria de perfumería y jabones (de Madrid)” citado en CANDELA SOTO, Paloma: “El trabajo doblemente invisible...”, *Ob. Cit.*, pág. 144.

⁸⁵ Además de en el estudio ya citado de Paloma Candela Soto, un estudio ejemplar de esta ocupación de las mujeres en tareas periféricas de la producción, aunque en un entorno radicalmente distinto como es el de la mina, es el de PÉREZ-FUENTES, Pilar: *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína, 1877-1913*. Bilbao, UPV-EHU, 1993.

de litografía. En el departamento de empaquetado se comenzaba haciendo una tarea sencilla y repetitiva de la que era muy difícil escapar; no había ascenso posible ni acceso a mayores responsabilidades, más allá de convertirse en jefa de la sala. Para ver aumentado su sueldo, una obrera de la fábrica Gal sólo podía esperar a que pasara el tiempo, a que los años de antigüedad en la empresa se convirtieran en un suplemento de 25 céntimos en su jornal o a que consiguiera hacer su trabajo más deprisa y le dieran una gratificación por ello. A diferencia de sus compañeros varones, las obreras de Gal nunca harían nada más complicado que envolver jabones en papeles, y así era muy difícil obtener un aumento de sueldo.



Fig. 11. 8: Taller de fabricación de estuches finos de Gal, *Nuevo Mundo*, 21 de Octubre de 1909.

En el fondo, esta distribución de los obreros en departamentos de la fábrica segregados sexualmente, en los que las posibilidades de ascenso y de cualificación profesional y de obtener salarios más altos eran muy desiguales, hundía sus raíces en la distinta consideración social que tenía el trabajo de hombres y mujeres⁸⁶. El trabajo de la mujer fuera de casa, más allá de las tareas destinadas a garantizar la buena marcha del hogar o las que estaban más o menos relacionadas con su condición de madre y esposa, como podía ser la profesión de lavandera o costurera a tiempo parcial, seguía siendo considerado como un complemento a la economía familiar y nunca la fuente principal de ingresos. La mujer podía trabajar fuera de casa siempre y cuando no interfiriera en sus obligaciones mayores, que era cuidar a su marido y a sus hijos. Todo el dinero que trajera al hogar era bien recibido porque era necesario, pero se entendía que era el marido el que debía ganar al pan para su familia.

⁸⁶ Al respecto, véanse los trabajos de ARBAIZA VILLALONGA, Mercedes: “La “cuestión social” como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)” en *Historia Contemporánea*, 21 (2000), 395-458; “La construcción social del empleo femenino en España (1850-1935)”, *Arenal: Revista de historia de mujeres*, vol. 9, nº 2 (2002), pp. 215-239 y “Orígenes culturales de la división sexual del trabajo en España (1800-1935)” en GÁLVEZ MUÑOZ, Lina y SARASÚA GARCÍA, Carmen: *¿Privilegios o eficiencia?: mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, Alicante, Universidad de Alicante, 2003, pp. 189-216.

Esta división de tareas entre un marido ganador de pan y una esposa ama de casa era un ideal asumido por amplias capas sociales. Era un ideal pero no una realidad, ya que en muchos hogares el sueldo del marido, por sí solo, no bastaba para cubrir los gastos y era necesario que trabajase su esposa cuando pudiese. A veces incluso sus hijos debían arrimar el hombro y buscarse una manera de ganar unas monedas. Lo que sí conseguía ese ideal era modelar la forma en que podían participar hombres y mujeres en el mercado laboral e, indirectamente, condicionaba las trayectorias laborales de unos y otros. El sueldo más bajo que recibían las mujeres era generalmente asumido, hasta por la misma clase trabajadora, como también era aceptado el tipo de tareas que les eran adjudicadas en las fábricas, en los departamentos de empaquetado o en los de embalaje y no junto a las máquinas de cortar o troquelar jabón. Las mujeres se acomodaban a esta desigualdad y salían a trabajar fuera de sus casas cuando les era más rentable. Al fijarse en la edad de las obreras de la fábrica Gal, parece evidente que se trataba de un trabajo para la juventud, para los años previos al matrimonio. La inmensa mayoría de las obreras de Gal eran jóvenes, de menos de 30 años y solteras; casi ninguna superaba esa edad en la fábrica y, sobre todo, sólo había una que hubiera decidido hacer compatible el matrimonio con el trabajo en el departamento de empaquetado o de encajado de jabón.

Lo más probable es que, en 1930, un jornal de apenas 3 pesetas no fuera suficiente para que una mujer de 30 años, casada y con hijos decidiera pasarse ocho horas diarias (más las habituales horas extra, que las había) trabajando en la cadena de producción. Ese escaso sueldo era seguramente menos valioso en una economía familiar que la aportación que podía hacer una esposa si se dedicaba plenamente a las tareas del hogar. Es cierto que la fábrica Gal anunciaba que disponía de una guardería para los hijos de las empleadas y que concedía bajas de maternidad de varias semanas cuando estas daban a luz. Incluso aceptando que tales compromisos de la fábrica se cumplieran realmente y que no fueran un mero anuncio más en su campaña corporativa (algo de lo que no tenemos constancia), tal ayuda sólo representaba un parche para la mujer casada que decidía seguir trabajando. En un tiempo sin lavadoras ni neveras domésticas, en que sólo aprovisionarse de alimentos frescos y en buenas condiciones a diario o mantener la ropa que se vestía con buen aspecto exigía una buena porción de tiempo al día, era necesario que alguien de la familia se ocupase de las tareas del hogar. Con jornales de 3 pesetas no se podía contratar una sirvienta o no resultaba demasiado lógico; lo más eficiente, económicamente hablando, era que la obrera de Gal, al acceder al matrimonio, se convirtiera en ama de casa y que, si quería ganar algún dinero de vez en cuando, lo hiciera cosiendo a mano o con una máquina singer en los ratos libres que le dejaban su cargada jornada como madre y esposa⁸⁷.

En buena medida, el trabajo en la industria ocupaba en la vida de las mujeres el mismo lugar que había tenido tradicionalmente el trabajo en el servicio doméstico. Era un trabajo de juventud y para los tiempos de soltería, pero que difícilmente podía convertirse en una forma de vida. Aunque decidiesen no casarse, aquel jornal de tres pesetas no les hubiera bastado para sobrevivir. Si se quedaban solteras, el día que faltaran sus padres o sus hermanos con los que compartir gastos, lo que obtenían las obreras, empaquetando jabones o pegando etiquetas en los frascos de colonia, no sería suficiente para pagar un alquiler por sí solas y además cubrir las necesidades más básicas en alimentación y vestido. En ese sentido, el trabajo en las fábricas, sólo daba una forma de vida viable a los varones, pues tenían sueldos más altos y mayores

⁸⁷ Un acercamiento al gran valor de ese trabajo reproductivo que realizaban las amas de casa NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: "Las relaciones de género: Imágenes y realidad social" en *Arbor*, nº 666 (2001), tomo CLXIX, junio 2001, pp. 431-460.

expectativas de progreso dentro de las empresas. En la fábrica Gal era claramente visible al dirigirse a aquellos departamentos que habían quedado reservados para el trabajo de los varones y que estaban vedados al empleo femenino; todos sus obreros habían cumplido la treintena, y lo que era más importante, casi todos ya se habían casado y tenían una familia a su cargo. Los altos sueldos, en comparación con los de sus compañeras, lo hacían posible. De hecho, para ellos el empleo en Gal era una garantía para fundar una familia, porque sabían que la estabilidad en el trabajo, los probables aumentos de salario en el futuro y algunos beneficios sociales que dispensaba la empresa a sus trabajadores, les convertía en obreros relativamente privilegiados en el mercado laboral madrileño. Desde luego en una posición mucho mejor que los jornaleros que andaban siempre pensando en donde se ganarían el pan al día siguiente, que por todas vacaciones tenían las temporadas que se pasaban forzosamente en el paro y que no podían ni soñar en que algún día tuvieran derecho a la jubilación⁸⁸.

Las mujeres trabajadoras que podían permitirse vivir de su propio sueldo eran una minoría en el Madrid de 1930, pero si se buscaban se podía comprobar que existían. Para encontrarlas, no se debía ir a las fábricas o las plantas de producción industrial, pero tampoco había que marchar demasiado lejos. La misma empresa Gal nos ofrece algunos ejemplos. Antonia de la Loma, que tenía 31 años en 1930, figuraba como cabeza de familia en la hoja de empadronamiento de la vivienda del primero izquierda del número 28 de la calle Andrés Mellado, a menos de cinco minutos a pie de la gran fábrica de ladrillo dedicada a los perfumes. Junto a ella residían, sus tres hermanos menores y su madre, viuda a los 57 años. Con razón se presentaba en la documentación municipal como jefa de aquel hogar. Ella era la que traía el dinero a casa y la que mantenía a su familia. Ella era la que pagaba el piso donde vivían los cinco, cuyo alquiler costaba la nada despreciable suma de 2.100 pesetas al año y era ella la que cubría los gastos en alimentación, vestidos y otras necesidades y apetencias de su madre y sus hermanos. Lo podía hacer porque, según señalaba en el padrón, cobraba un sueldo de 5.000 pesetas al año en la empresa Gal. Pero no trabajando en la sección de empaquetado de jabón de la fábrica sino en las oficinas. En el departamento de publicidad o en el de ventas, junto a una máquina de escribir o detrás de un mostrador despachando los pedidos que venían a recoger los minoristas, o junto al teléfono, atendiendo los encargos que llegaban desde cualquier punto de España⁸⁹.

Para comprender los cambios que impulsó la industrialización en el mercado laboral madrileño durante el primer tercio del siglo XX es necesario ampliar la mirada y no dejarla fija únicamente en las fábricas y en los talleres. Para una industria como Gal, que era una fábrica modelo por su puesta en marcha de la producción mecanizada y científicamente organizada al estilo de grandes empresas de la época como Ford, tan importante eran los trabajadores que tenía empleados junto a las máquinas o empaquetando productos como los que se afanaban entre papeles, libretas de cuentas o frente a una mesa de dibujo. Salvador Echeandía lo había entendido desde el principio, tan importante era producir en masa como vender masivamente. De nada servía que su fábrica produjera más litros de colonia o más pastillas de jabón que ninguna otra si no era capaz de que en toda España, e incluso en el extranjero, se vendieran sus productos. Para eso, la empresa se había dotado de representantes comerciales que se encargaban

⁸⁸ Para otro retrato de trabajadores industriales con condiciones laborales excepcionalmente buenas, AUBANELL JUBANY, Anna M.: “La elite de la clase trabajadora. Las condiciones laborales de los trabajadores de las eléctricas madrileñas en el periodo de entreguerras”, *Scripta Nova, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. VI, nº 119 (17), 2002.

⁸⁹ El retrato de Antonia de la Loma a partir de AVM, estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930, caso nº 989 – Guzmán el Bueno.

de negociar con comercios y tiendas la venta de los productos, de dibujantes y publicistas que diseñaban las estrategias publicitarias para hacer conocidas sus marcas, de químicos que investigaban la manera de fabricar nuevos productos que sacar al mercado, de contables que calculaban inversiones y gastos en la producción de los artículos de la fábrica, de secretarías que organizaban el voluminoso papeleo que tanta actividad comercial generaba, de telefonistas que se encargaban de establecer contacto con las sucursales que la empresa tenía en lugares tan distantes como Londres o Argentina y de dependientes de comercio que despachaban los productos en las tiendas que existían en la misma fábrica.

Tabla 11.8: trabajadores en las oficinas de la fábrica Gal residentes en el Ensanche Norte en 1930									
mujeres					Hombres				
Nombre	edad	estado civil	cargo fábrica	Sueldo anual	nombre	edad	estado civil	cargo fábrica	Sueldo anual
A. Cejudo	21	S	empleada	1.800	Antonio Lario	26	c	empleado	5.000
A. de la Loma	23	S	empleada	3.000	José M ^a Fernández	26	c	empleado	3.900
J. Bayón	23	S	empleada	2.400	Cecilio Herrarti	28	c	ordenanza	1.800
Snf	26	C	empleada	3.600	Humberto Martín	29	c	empleado	4.200
Soledad Robles	26	S	empleada	2.400	Francisco Romero	30	c	embalador	3.000
I. Fuentes	27	S	empleada	3.300	José Fernández	33	c	empleado	5.000
L. Fernández	29	S	empleada	5.000	Rafael Molina	34	c	ordenanza	1.800
Luisa Mendrá	30	S	comercio (empleada)	2.400	snf	35	c	empleado	5.000
Antonia de la Loma	31	S	empleada	5.000	Roberto Moirier	37	c	empleado	5.000
F. Fernández	31	S	empleada	2.400	Antonio García	37	v	empleado	2.500
L. Martí	31	S	empleada	2.700	Ángel Martínez	38	c	escribiente	5.000
Snf	32	S	empleada	1.500	snf	42	s	dependiente de comercio	7*
A. Cueto	35	S	dependienta	4.000	Juan Krohn	44	c	Empleado	
María del Carmen Urgundi	36	S	empleada	2.100	Antonio González	45	c	Empleado	5.000
Snf	40	Vo	empleada		Robustiano Gal	46	c	dependiente	5.000
Teresa Nebot	52	S	empleada	325**	Pedro Roa	46	v	excepcional	3.000
Levenda de abreviaturas Snf: nombre no facilitado Estado civil: s (soltero/a) c (casado/a) v (viudo/a) *jornales diarios **sueldos mensuales					Mariano Vargas	48	s	escribiente	5.000
					Victorino Orozco	50	c	comisionista	
					Luis Fernández	52	c	empleado	5.000
					Adrián Altamirano	57	c	portero	7
					Salvador Echeandía Gal	63	c	industrial (g)	12.000

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

De los 78 trabajadores de Gal que aparecían empadronados en el Ensanche Norte en 1930, 34 eran empleados de cuello blanco de las oficinas y laboratorios de la empresa. Igual que entre sus trabajadores manuales, uno de los rasgos más llamativos era la alta proporción femenina. Las oficinas de Gal también abría sus puertas a las mujeres, como lo hacían sus talleres, pero con una gran diferencia. Aunque las desigualdades entre ambos sexos existían y los sueldos de los empleados varones eran por lo general más altos, el trabajo en las oficinas ofrecía, a diferencia de lo que sucedía en los departamentos de empaquetado o en la fábrica de estuches finos, una forma de ganarse la vida a las mujeres, de ser independientes y autosuficientes económicamente.

Las empleadas de las oficinas Gal no eran únicamente jóvenes como Antonia de la Loma, que se hubieran quedado huérfanas y sin la ayuda de su padre demasiado pronto y que hubieran debido sacrificar sus vidas para mantener a sus hermanos menores y a su madre viuda. Trabajar en la oficina de Gal también permitía construir a

las mujeres una forma de vida alternativa a la que generalmente les obliga el matrimonio y que parecía pasar inevitablemente por desempeñar su papel de ama de casa. Teresa Nebot, la empleada con más edad de las oficinas en 1930, tenía 52 años y había permanecido soltera. Su sueldo mensual de 325 pesetas era suficiente para que alquilara en la calle Guzmán el Bueno 42, una vivienda de seis habitaciones para ella sola que le costaba 65 pesetas al mes. Con el resto de lo que ganaba podía llevar una vida cómoda, sin temer demasiado a que le faltara el dinero para satisfacer el resto de sus necesidades, no como le habría sucedido a una obrera empaquetadora de la misma empresa que hubiera pretendido vivir por su cuenta con el escaso jornal de 3 pesetas⁹⁰.

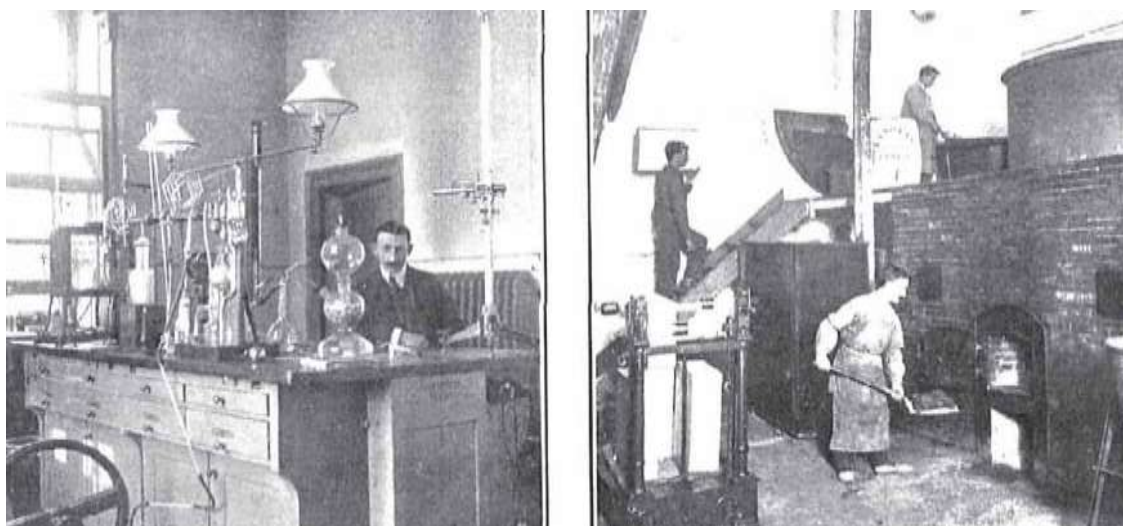


Fig. 11.9: Eusebio Echeandía Gal en el laboratorio químico de la fábrica que fundó su hermano (izquierda); calderas para la cocción de jabones (derecha); *Nuevo Mundo*, 14 de Octubre de 1909.

El gran número de empleados y trabajadores de cuello blanco que tenía en su plantilla una empresa industrial moderna como era la Perfumería Gal sugiere dos reflexiones acerca de esa “inflación de los servicios” que se advertía en el mercado laboral madrileño y a la que se ha hecho referencia a comienzos de este capítulo. La primera de ellas está relacionada con la forma en que realmente afectó a los mercados laborales y al mundo del trabajo la modernización que experimentó la economía española durante los primeros treinta años del siglo XX. En ese periodo, una “edad de plata de la economía española” como ha sido calificada por algunos autores⁹¹, se ha puesto excesivamente el foco en el desarrollo industrial, buscando como rasgos de modernidad y avance la aparición de grandes concentraciones de obreros y altas chimeneas de fábricas. Por el camino ha quedado desatendido el carácter innovador que también tenía la economía de servicios y el trabajo en el sector terciario⁹². Un ejemplo como la Casa Gal, símbolo de

⁹⁰ El retrato de Teresa Nebot a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930, caso nº 4.145 – Guzmán el Bueno.

⁹¹ CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier: *Historia económica de la España Contemporánea*, Barcelona, Crítica, 2006, pp. 223-261.

⁹² Una notable excepción son los numerosos trabajos sobre historia bancaria que han desarrollado autores como Gabriel Tortella o Pedro Tedde de Lorca (por ejemplo, TORTELLA CASARES, Gabriel (dir.): *La Banca española en la Restauración*, Madrid, Servicio de Estudios del Banco de España, 1974, 2 vol.; TORTELLA CASARES, Gabriel y JIMÉNEZ, Juan Carlos: *Historia del Banco de Crédito Industrial*, Madrid, Alianza Editorial - Banco de Crédito Industrial, 1986; TEDDE DE LORCA, Pedro: “Los primeros cincuenta años del Banco de España (1782-1931)” en MARTÍN ACEÑA, Pablo y TITOS FERNÁNDEZ, Manuel (coord.): *El sistema financiero en España: una síntesis histórica*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 1999, pp. 53-82). Si embargo, estos estudios apenas se ocupan de las relaciones laborales dentro de estas empresas e instituciones y ponen su énfasis en su papel en la

fábrica moderna, muestra cómo la economía industrial que cifraba su éxito en la producción a gran escala, necesitaba tanto de los obreros que trabajaban con las máquinas como de los empleados de cuello blanco que desarrollaban nuevas técnicas de venta a partir de la publicidad. Conviene preguntarse si ese gran número de empleados que poblaban la capital española hacia 1930, que la hacían parecer una ciudad burocrática, que vivía del presupuesto y de lo que producían otras urbes en que eran más visibles los obreros industriales, si esa inflación de los servicios, en fin, no era en realidad un rasgo más de modernización que de atraso de la economía madrileña en particular y de la española en general.

Pero más importante quizá que el número de empleados y otros trabajadores de cuello blanco era el tipo de trabajo que realizaban y la forma en que se desarrollaba su vida cotidiana. La segunda reflexión acerca del mercado laboral madrileño asociado a los servicios se vincula a las implicaciones sociales que pudo tener un desarrollo tan espectacular del trabajo en oficinas privadas, en dependencias del Estado o en el comercio. Mientras las obreras que trabajaban en los departamentos de empaquetado de la fábrica Gal se veían condenadas, tras su juventud, a la reclusión doméstica por sus bajos salarios, reproduciendo pautas laborales y trayectorias profesionales propias del viejo Madrid de los artesanos y las sirvientas, en las oficinas de la misma empresa, se podía encontrar a mujeres como Antonia de la Loma que sacaba adelante a sus tres hermanos menores y a su madre con su sueldo o a Teresa Nebot, que podía vivir sola y autosuficiente en un gran piso de los barrios del Ensanche, porque tenía un trabajo fijo y bien pagado.

Es cierto que este tipo de trabajadoras eran excepcionales y que no representaban al común de las mujeres madrileñas de la época pero, por reducido que fuera su peso sobre el total de la población femenina madrileña, su forma de vida era un testimonio de los cambios profundos que se habían producido en el mundo del trabajo madrileño. Sesenta años atrás habría sido impensable encontrar una mujer sola viviendo de su propio salario, a no ser que perteneciera a los sectores privilegiados de la nobleza y la burguesía de los negocios; si en 1930 era posible, se debía al desarrollo de esa pujante economía de servicios que caracterizaba a la ciudad de Madrid. Parece necesario profundizar aún más en el sector servicios, en los trabajadores que lo protagonizaban y los negocios que lo alimentaban, para conocer hasta qué punto los empleos que lo componían suponían un rasgo de modernidad social o un signo de atraso. Un retrato del mundo del trabajo madrileño en 1930 exige, por tanto, dejar atrás los talleres y las fábricas, las obras de edificios y los trabajos públicos y adentrarse en sus innumerables oficinas, bancos, instituciones públicas y privadas, tiendas de ultramarinos, bazares y grandes almacenes de un Madrid que, quizá, no fuera una ciudad fabril pero sí que podía calificarse, con justicia, como la ciudad de los mil servicios.

economía española. También es pionero el trabajo de CASTILLO, Santiago y ALONSO, Luís Enrique: *Proletarios de cuello blanco: la Federación Española de Trabajadores del Crédito y las Finanzas (1930-1936)*, Madrid, UGT, 1994, aunque en este caso el acento se pone más en el asociacionismo profesional y la movilización política. En el sector de las telecomunicaciones y analizando las desigualdades de género dentro de la empresa, BORDERÍAS MONDÉJAR, Cristina: *Entre líneas: trabajo e identidad femenina en la España contemporánea: la Compañía Telefónica, 1924-1980*, Barcelona, Icaria, 1993. Sí que en cambio existen importantes trabajos referidos a otras naciones, entre los que destacan el de KOCKA, Jürgen: *White collar workers in America, 1890-1940: a social-political history in international perspective*, London and Beverly Hills, Sage Publications, 1980.

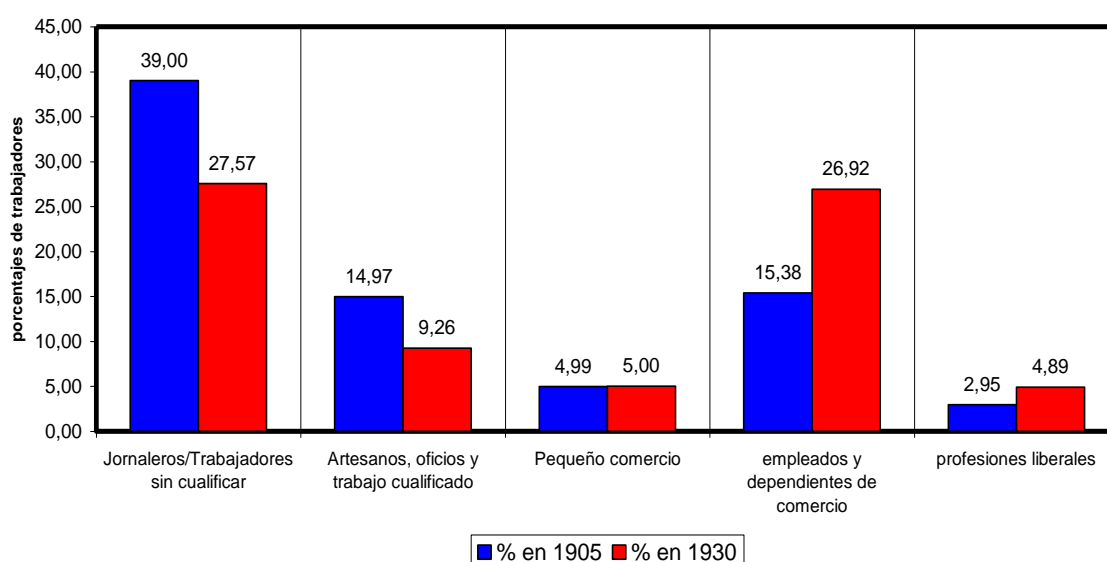
CAPÍTULO 12:

LA CIUDAD DE LOS MIL SERVICIOS: VIEJOS Y NUEVOS EMPLEOS EN EL SECTOR TERCIARIO MADRILEÑO EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX.

La irrupción de los trabajadores de cuello blanco

Más allá de las fábricas que se abrieron en Madrid a partir de 1900, por encima de las fluctuaciones que experimentó el negocio inmobiliario y la manera en que afectaron a los jornaleros, albañiles y carpinteros, el cambio más importante que se produjo en la economía de la capital española en el primer tercio del siglo XX fue el espectacular desarrollo que experimentó su sector servicios. El mercado laboral del Ensanche Norte lo reflejaba nítidamente.

Gráfico 12.1: Comparación de los principales grupos profesionales del mercado laboral masculino del Ensanche Norte en 1905 y 1930



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

Los empleados de oficina, los dependientes de comercio y otros trabajadores de cuello blanco, que en 1905 representaban un 15% de toda la fuerza laboral masculina del Ensanche Norte, pasaron a ser casi el 27% en 1930, igualando en número e importancia a los jornaleros, que habían sido los antiguos protagonistas del mercado laboral de aquellos barrios. En cifras absolutas, había por aquel entonces en el Ensanche Norte de la ciudad 11.646 jornaleros registrados en su padrón frente a 11.374 empleados, dependientes de comercio y otros trabajadores en servicios¹. Se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que en 1930 la economía de servicios estaba robando al sector secundario

¹ Como en otros balances generales del mercado laboral antes ofrecidos, las cifras se refieren sólo a los varones en edad laboral, excluyendo a las mujeres, cuya participación laboral era ampliamente ocultada en la estadística y necesitan un análisis específico. Datos a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

(artesanal, industrial e inmobiliario) su papel de principal motor de desarrollo económico en la ciudad de Madrid.

La creciente importancia de los servicios dentro de la estructura económica de la capital española era un fenómeno que hundía sus raíces en un ya lejano pasado². Desde el mismo momento en que Madrid pasó de ser mera villa a ostentar la condición también de Corte, se desató la competencia entre los trabajadores que se dedicaban a la producción de bienes manufacturados, por aquel entonces artesanos, y los que se consagraban al trabajo a los servicios, ya como empleados de la Monarquía ya como criados del gran número de familias nobles y enriquecidas que habían acudido al calor del trono y del poder político. Más recientemente, en el último cuarto del siglo XIX, se había producido un fuerte impulso de la economía de servicios madrileña gracias a tres fuentes principales de alimentación³.

En primer lugar, había influido el gran tamaño que había adquirido la ciudad. En 1900 Madrid se esbozaba ya como una metrópolis, con sus más de 500.000 habitantes que eran a la vez compradores de alimentos y ropa, frequentadores de cafés y tabernas, viajeros de tranvía y de coches de punto, lectores de periódicos y espectadores de teatro, consumidores, en fin, de todo tipo de bienes y servicios. El aumento del número de habitantes en aquella época, que hizo doblar la población madrileña en apenas treinta años, además de incentivar el negocio inmobiliario y de la edificación, estimuló la aparición de nuevos comercios y tiendas, que se fueron multiplicando por los nuevos barrios a medida que éstos se fueron construyendo y poblando. Pero el crecimiento del comercio en el último cuarto del siglo XIX no fue sólo un aumento cuantitativo, también lo fue cualitativo. La superación de la frontera del medio millón de habitantes, se tradujo tanto en la aparición de más comercios como en el surgimiento de establecimientos cada vez más especializados. Madrid era una gran aglomeración humana, en que la puesta en marcha de cualquier negocio era posible y no sólo el de las tiendas de artículos de *comer, beber y arder*, que distribuían los artículos de primera necesidad. Así junto a ultramarinos, tabernas, despachos de pan y vaquerías en el Madrid de finales del siglo XIX se podían encontrar también tiendas de perfumes, como la que darían nacimiento años más tarde a la gran industria de los Gal, bazares con telas y vestidos importados, un buen número de teatros y otros espectáculos que entretenían a los ciudadanos de todas las clases y toda una variada gama de negocios que no se podrían haber encontrado en ninguna otra ciudad del país⁴.

El segundo factor que había contribuido al despertar de la economía de servicios madrileña en las primeras décadas de la Restauración fue la capitalidad política. Durante aquellos años en que la Revolución liberal había quedado consolidada, el Estado y las distintas administraciones que lo conformaban, conocieron una importante expansión, tanto en el número de funcionarios que empleaban como en los ámbitos de la vida pública en los que intervenían. El Estado creció y la burocracia también y eso se

² BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "Madrid, de capital imperial a región metropolitana. Cinco siglos de terciarización" en *Papeles de economía española*, nº 18, (1999), pp. 18-30.

³ El desarrollo de la economía de servicios en el Madrid del último cuarto del siglo XIX, del que a continuación se hace un breve retrato, ya ha sido analizado en el capítulo 7, en cuyas páginas se encontrarán los datos estadísticos y las referencias bibliográficas que sustentan la argumentación.

⁴ Para un panorama del comercio en Madrid a comienzos de siglo, NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985. Cabe advertir que el desarrollo que había experimentado el comercio madrileño hasta 1905 se había limitado a su especialización y la aparición de negocios que iban más allá de la mera subsistencia, pero que en cambio, como se verá más adelante, poco había cambiado en las estructuras de los negocios o en las prácticas del negocio, todavía limitado a un pequeño número de consumidores.

hizo notar en la ciudad que constituía el centro político indiscutible del país: Madrid. En la capital se multiplicaron las oficinas, instituciones y departamentos oficiales en las que se articulaban los ministerios que dirigían la vida política española. A ello había que sumar las dependencias que también originaban otras administraciones que tenían su centro de poder también en Madrid, como el ejército o la Iglesia católica. Sin ser una ciudad de acuartelamiento, entre los madrileños también los militares representaban un grupo nutrido, especialmente aquella parte del ejército que se dedicaba a las tareas administrativas y burocráticas. Sin ser la sede primada ni una ciudad levítica dominada por conventos, el clero también estaba muy presente en la capital política española⁵. Todo ello hacía de Madrid una ciudad de funcionarios, de escribientes, de secretarios y contables, de militares y curas, que vivían por y para el presupuesto general del Estado, gracias en gran parte a los recursos que, en forma de impuestos y contribuciones, enviaban todas las regiones del país hacia su centro.

La tercera fuerza que había tirado de la economía de servicios en el Madrid de finales del siglo XIX era la más novedosa pero también la que más tímidamente había hecho notar su influencia. Se trataba del renovado papel que, como capital económica, había ido adquiriendo la ciudad de Madrid a medida que se habían modernizado los sectores de producción de cada una de las regiones españolas y del país en su conjunto. A finales del siglo XIX se había fraguado una especialización económica regional en España en la que el desarrollo industrial de determinadas zonas (siendo Cataluña o el País Vasco las más importantes) se veía complementado con la consagración de otras a la producción agrícola (el interior meseteño, el sur peninsular y el levante mediterráneo fundamentalmente). Esta especialización regional era posible gracias a la revolución en los medios de comunicación y transporte, que había consolidado un mercado nacional. La red de telégrafos y la red ferroviaria habían hecho posible que Cataluña se volcara en la producción fabril porque Castilla le aportaría el cereal, y viceversa. Pero este juego de reparto e intercambio de la producción, también necesitaba un árbitro que lo organizara y buscara su desarrollo armónico. En el desarrollo de una economía cada vez más productiva, en la que se saltara de la producción propia de los tiempos artesanales a la producción en masa de los tiempos industriales, tan importante era que aparecieran núcleos fabriles como el que se gestó en todo el área que rodeaba Barcelona, como que se crearan las condiciones para crear un mercado nacional lo más equilibrado y eficiente posible.

Esa función de armonización y de perfeccionamiento del mercado fue asumida por Madrid por diversas razones. La primera, porque al ser sede de la capitalidad política y al estar gran parte de los grandes negocios de la época vinculados al Estado (el ferrocarril por ejemplo), era lógico que las grandes compañías establecieran sus sedes sociales en las calles de Madrid. La segunda, porque el propio diseño de la red de

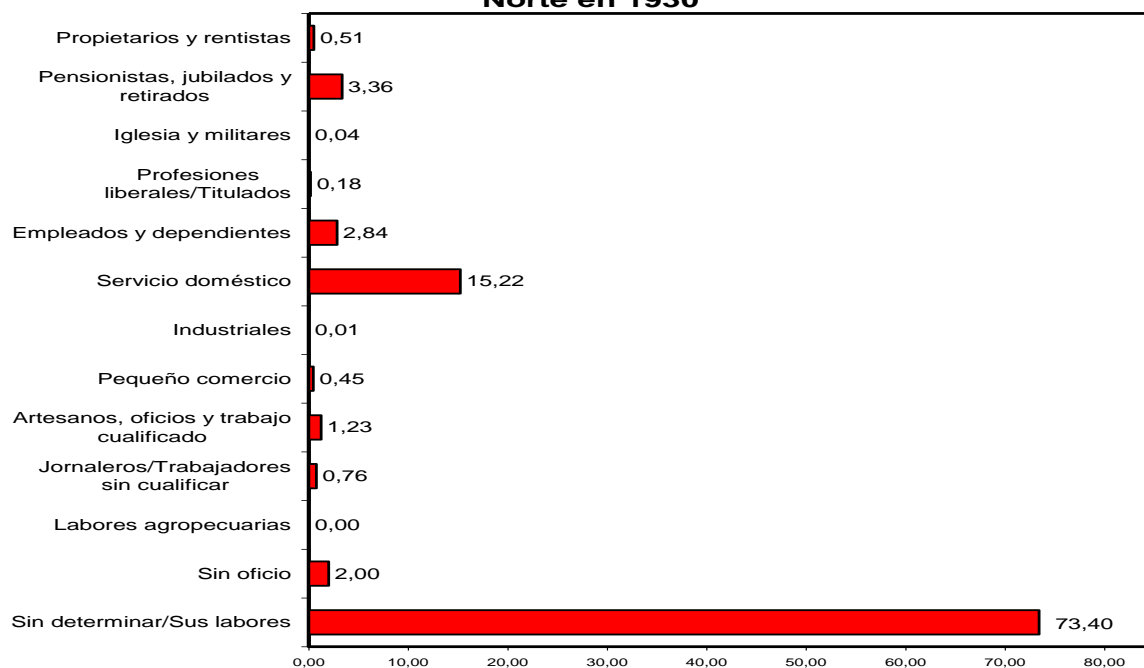
⁵ En estas páginas no se ha analizado la presencia de clero y militares en el mercado laboral del Ensanche Norte, porque no eran los grupos mayoritarios, aún así eran importantes. Dentro de los varones en edad de trabajar, clero y milicia representaban el 3,65% de todos los trabajadores del Ensanche Norte en 1905, en total, 665 personas. En 1930, eran el 4,56%, o 1.926 personas. Datos a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, años 1905 y 1930. El impacto de esta presencia de población institucional puede ser analizado mejor en las ciudades en que era mayor y adquirían un carácter de ciudades levíticas o de acuartelamiento como en Alcalá de Henares, Vitoria o Guadalajara. OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2003; RIVERA BLANCO, Antonio: *La ciudad levítica. Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*, Vitoria, Diputación Foral de Álava, 1992. SAN ANDRÉS CORRAL, Javier: *Guadalajara, 1869-1884. El lento despertar de un prolongado letargo*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo, Madrid, UCM, 2007.

comunicaciones y transportes, que tenía su centro en Madrid, la convertía en el punto geográfico privilegiado para organizar todas las operaciones comerciales. El ferrocarril, el telégrafo y los ministerios hicieron de Madrid el centro de operaciones económicas más importante del país y eso se hizo notar en su mercado de trabajo poco a poco. En el cambio de siglo se podía notar esa influencia de la capitalidad económica en el sector terciario, aunque fuera todavía de una forma tímida y limitada a dos sectores muy concretos del heterogéneo mundo de los empleados. Uno de estos sectores era la banca, cuyos trabajadores empezaron a crecer, bien es cierto que sobre todo alrededor del Banco de España, que por aquellos años comenzó a ejercer de banco central. El otro sector era el de las telecomunicaciones y especialmente el telégrafo, que aportó al mercado laboral madrileño cada vez más empleo e hizo surgir una nueva profesión, la del telegrafista, que por aquel entonces llamaba la atención por sus buenas condiciones laborales y las prometedoras expectativas de futuro que se le abrían en la carrera de estos trabajadores.

A partir de 1900, el desarrollo del sector servicios madrileño también se basó en la explotación de estas tres vetas que habían provocado su despertar en las décadas anteriores: su condición como gran centro de consumo que estimulaba el desarrollo del comercio de distribución en la ciudad, su condición de capital política que la convertía en una ciudad con abundante empleos burocráticos y su papel como capital económica que hizo generar nuevos empleos vinculados a las finanzas, a las telecomunicaciones y al comercio de ámbito nacional e internacional, que eran en el fondo servicios suministrados a otras empresas o regiones. En estas tres ramas que daban cuerpo al sector servicios había muchos ámbitos de negocio que tenían poco de innovador o productivo y que, al menos aparentemente, añadían escaso valor al desarrollo económico nacional. Era el caso de todo el comercio de distribución dedicado a la satisfacción de las necesidades de los madrileños, que empleaba a un gran número de personas. Que hubiera muchas tiendas y muchos dependientes de comercio no hacía de Madrid una ciudad económicamente desarrollada; sólo demostraba su privilegiada capacidad para gastar dinero en todo tipo de productos. Independientemente de la importancia que tuviera el sector público en el desarrollo económico de la época (que la tenía y en grandes cantidades), la abundante masa de funcionarios madrileños eran un argumento frecuentemente esgrimido por los que querían retratar a la capital como una ciudad que vivía del presupuesto, de los impuestos que gravaban las industriosas actividades de otras regiones.

Durante los treinta primeros años del siglo XX sobre Madrid se siguió proyectando una imagen de una ciudad más dedicada al consumo de riquezas que a su producción. La gran “inflación de servicios” de la que hacía gala su mercado laboral parecía justificarlo. Había parte de verdad en ello. Era cierto que una parte importante del trabajo que se realizaba en la ciudad y que muchos de los esfuerzos de sus trabajadores iban destinados a actividades que podían considerarse, a primera vista, poco productivas. La mejor muestra de ello era el gran número de mujeres que aún se empleaban como criadas domésticas, trabajando para la comodidad de las familias más acomodadas de Madrid. En 1930, sólo en el Ensanche Norte había empadronadas más de 8.789 criadas, que representaban el 15% de todas las mujeres en edad laboral⁶. Dentro del mercado laboral femenino era el principal grupo socioprofesional, excluyendo a esa gran mayoría que en los registros oficiales simplemente señalaban dedicarse a “sus labores” o ser “amas de casa”.

⁶ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

Gráfico 12.2: inserción laboral femenina en el Ensanche Norte en 1930

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

El servicio doméstico era una realidad ampliamente extendida aún en el Madrid de 1930. La contratación de una criada que habitaba junto a la familia no era una costumbre ni un gasto sólo reservado a los estratos sociales más elevados, a la nobleza, la aristocracia o la gran burguesía. En el Ensanche Norte, casi un 18% de todos los hogares contaban entre sus habitantes con algún sirviente que trabajaba y dormía en la vivienda⁷. En la mayor parte de los casos se trataba de la típica muchacha castellana que había venido a la ciudad para trabajar durante su juventud y que se empleaba como chica para todo en casa de una familia madrileña. En la gran mayoría de los hogares en los que se contaba con servicio doméstico, este se limitaba a un solo sirviente, a lo sumo dos. Claro que existían un puñado de casas que contaban con tres, cuatro, cinco y más criados; hasta 19 criados se podían encontrar en las viviendas de las familias más acomodadas del Ensanche Norte en 1930. Pero es que Madrid era el lugar de residencia de la crema de las elites españolas, de las grandes fortunas del país y de los herederos de los títulos nobiliarios de más prestigio, de ese pequeño grupo que conformaba la cúspide social en la época. Eran familias como las de los duques de Medinaceli, que ya han sido retratado anteriormente⁸, las que podían permitirse esos nutridos cuerpos de sirvientes en los que además de una doncella o una cocinera, se incluían también amas de cría, porteros, mozos de comedor, chóferes y hasta institutrices extranjeras.

Exceptuando esa pequeña fracción de grandes fortunas madrileñas que tenían contratada una legión de criados en sus casas, la abundancia de servicio doméstico no era un rasgo que hiciera de Madrid un caso excepcional. En cualquier otra ciudad española y europea se podía señalar el gran peso que seguía teniendo las sirvientas en el mercado laboral⁹. Ciertamente, tantas criadas no eran un rasgo de modernidad

⁷ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

⁸ El retrato del cuerpo de sirvientes de los Duques de Medinaceli en el capítulo 10.

⁹ Así por ejemplo, en los estudios del equipo dirigido por Manuel González Portilla para la ría de Bilbao se puede constatar el similar peso que tenía el servicio doméstico en Bilbao y sus alrededores. En 1920-

económica pero tampoco podía ser interpretado como un signo de un gasto suntuario mayor de los madrileños en comparación con el de los habitantes de otras ciudades. Sucedió lo mismo con la consagración de una gran mayoría de las mujeres madrileñas a “sus labores”, que no podía entenderse únicamente como una discriminación laboral pues, además, había que tener en cuenta el gran valor de las actividades dentro del hogar que madres y esposas realizaban. Así también se debe considerar las importantes necesidades que cubrían las abundantes sirvientas que se empleaban en la capital. Una vez más cabe recordar el gran número de tareas y la gran cantidad de trabajo que implicaba la organización de la vida en un hogar hacia 1930; lavar la ropa, limpiar la vivienda, aprovisionar de alimentos la despensa y cocinar para la familia exigía mucho tiempo y hacía necesario la dedicación plena, por lo menos, de uno de los miembros del hogar, cuando no la contratación de una de esas criadas tan numerosas en la ciudad. Era una mera cuestión de supervivencia; las amas de casa y las criadas eran necesarias para el desarrollo de la vida cotidiana. Sin ellas, la vida en familia no habría sido posible. Lo que no era obligatorio y sí respondía a causas sociales era que se considerara que las mujeres debían ser las que desempeñaran esas tareas y les fuera difícil el desarrollo de carreras profesionales fuera del hogar.

Tabla 12.1: Servicio doméstico en el Ensanche Norte en 1930		
	número de hogares	Porcentaje
hogares sin servicio doméstico	24.973	82,11 %
hogares con servicio doméstico	5.440	17,89 %
hogares con servicio doméstico		
Número de sirvientes en el hogar	Número de hogares	Porcentaje
1 sirviente	3.676	67,57 %
2 sirvientes	1.146	21,07 %
3 sirvientes	340	6,25 %
4 sirvientes	122	2,24 %
5 sirvientes	66	1,21 %
más de 5 sirvientes	90	1,65 %

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

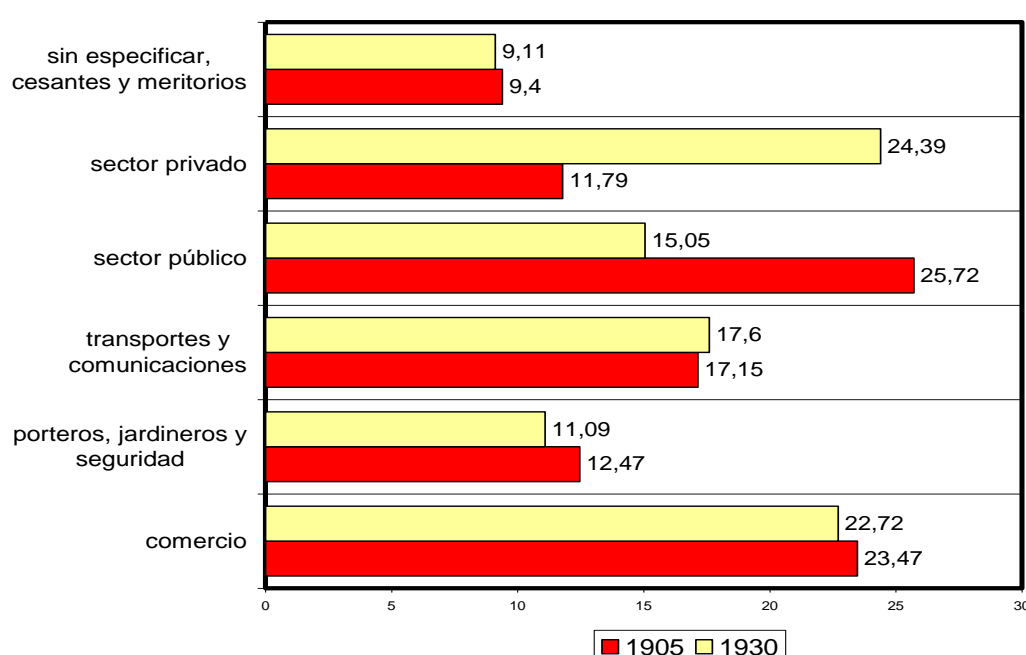
La economía madrileña, como la de cualquier otra ciudad de la época, se modernizó conservando algunos de esos rasgos que podían parecer arcaicos, como la excesiva concentración de fuerza laboral en el hogar en forma de amas de casa o sirvientas. La abundancia de criados en Madrid, que podía recordar a la ciudad preindustrial no era incompatible con que se hubieran producido profundos cambios en el mundo del trabajo. El pasado y la modernidad coincidían en el Madrid del primer tercio del siglo XX. De la misma manera que en el ámbito del trabajo manual el nuevo negocio del automóvil podía desarrollarse en una ciudad aún de pequeños talleres, en el sector servicios profesiones de muy reciente creación se daban la mano con oficios antiguos. Esto se hace especialmente evidente al analizar los principales grupos de empleados del

1935, los sirvientes representaban el 12,93% de la población activa de Bilbao, el 24,85% de Getxo y el 10,75% de los del conjunto de la Ría. Se debe advertir que la comparación con los datos que se ofrecen aquí del Ensanche Norte no son totalmente comparables, pues los de Vizcaya no aparecen desglosados por sexos. No obstante si permiten constatar el similar peso del servicio doméstico en ambas ciudades. Véase GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (dir): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 Vols., Bilbao, Fundación BBVA, 2001, vol. 1, pág. 79 y ss.

Ensanche Norte en 1905 y 1930 y que permiten analizar cuales fueron los motores que impulsaron el desarrollo de la economía de servicios en uno y otro momento.

Un primer rasgo que marcó el gran desarrollo que experimentó el sector servicios en el primer tercio del siglo XX fue la importancia que mantuvo el comercio como uno de sus motores. En 1930, uno de cada cinco empleados del Ensanche Norte trabajaba en una tienda o en la venta de algún producto, más o menos la misma proporción que a comienzos de siglo. Este gran peso de los dependientes de comercio dentro de los empleados parecía restarle al sector servicios el carácter productivo que era innegable en el mundo del trabajo manual. Una buena parte de los empleados madrileños se consagraban únicamente a garantizar la satisfacción de los apetitos de los habitantes de la ciudad en alimentos, ropa y demás artículos de primera o segunda necesidad.

Gráfico 12.3: Evolución de los empleados del Ensanche Norte entre 1905 y 1930



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

Esa importancia que mantenía el comercio dentro del sector servicios, como el gran número de criadas que estaban empleadas en las viviendas de la capital española, podía ser esgrimido como una prueba de que Madrid era una ciudad consumidora y no productora; pero al mismo tiempo, también se podían observar otros fenómenos que indicaban que se estaba asistiendo a una importante transformación en el tipo de fuerzas que animaban el gran desarrollo del mundo de los empleados que se reflejaba en la estadística. El más importante de ellos fue el vuelco que se produjo en el peso que tenían los empleados del sector público y de las empresas privadas en el conjunto de los trabajadores de cuello blanco. A comienzos del siglo XX Madrid podía calificarse con cierta justicia como una ciudad burocrática, dado el abultado número de empleados de las distintas administraciones que se podían encontrar en su mercado laboral. En 1905, un 25% de todos los empleados del Ensanche Norte estaban al servicio del Estado, la Diputación o el Ayuntamiento madrileño; en 1930 ese porcentaje se había reducido drásticamente hasta el 15% y había sido compensado por el crecimiento de un tipo de

empleado que había cobrado cada vez más protagonismo, hasta convertirse en el más numeroso entre los madrileños. Eran los empleados de empresas privadas, muchos de ellos trabajadores como los de la Perfumería Gal, contratados en las oficinas de las grandes fábricas y firmas industriales madrileñas y que se ocupaban de los servicios de contabilidad o de publicidad de estas sociedades. A ellos se unían los trabajadores de las cada vez más numerosas entidades bancarias que tenían su sede en la ciudad, arquitectos, ingenieros, abogados, delineantes, dibujantes y demás profesionales que importantes empresas de la construcción como Agromán o Fomento de Obras y Contratas empleaban junto a albañiles o carpinteros, los pasantes y secretarios de los muchos bufetes de abogados que operaban en Madrid, los agentes de ventas y viajantes de empresas y fábricas de otras ciudades que acudían para cerrar operaciones comerciales en la capital española o los representantes de firmas multinacionales que, como Ford, venían a abrir mercados para los bienes producidos en otros países.

Este eclipse del funcionario público por el empleado privado que se produjo en el primer tercio del siglo XX permite pensar que esa inflación de los servicios, cada vez más notoria y abultada en la estructura profesional madrileña, se debía fundamentalmente a la creciente importancia del papel de Madrid como capital económica del país y no a una cierta indolencia consumista y burocrática. No era la expansión del Estado ni un aumento de la importancia del comercio lo que causaba que Madrid estuviera dejando de ser una ciudad de artesanos y jornaleros para convertirse en una de trabajadores de cuello blanco. Era el sector privado el que estaba produciendo ese cambio y el que ahora se convertía en la locomotora de la economía de servicios de la capital. Lejos de ser signos de atraso económico, la ausencia de grandes concentraciones de obreros fabriles y la abundancia de empleados en el Madrid de 1930 eran el símbolo de la profunda modernización que se había producido en su economía. El gran desarrollo industrial español de los treinta primeros años del siglo XX, esa edad de plata de la economía nacional, había repercutido con fuerza en la ciudad que desempeñaba las funciones de director de orquesta en la producción y en los intercambios comerciales del país.

Cuando España pasó de ser una economía fuertemente protegida y cerrada al exterior por altos aranceles y aduanas y se convirtió en un país exportador que luchaba por los mercados que se le abrieron gracias a la Primera Guerra Mundial, las funciones que, como capital económica ya desempeñaba Madrid desde finales del siglo XX, se ampliaron y crecieron en importancia. En una industria española en que la producción ya adquiría volúmenes de producción propios de las economías de escala, cada vez eran más necesarios los servicios financieros. Madrid, que hacía tiempo era la *capital del capital español* donde se concentraba el dinero y se decidían las inversiones, vio cómo aumentaban los empleos en sus bancos y entidades financieras¹⁰. En una economía que operaba en mercados más amplios era cada vez más importante establecer contactos y comunicación entre los lugares donde se producía y los lejanos sitios donde se vendía. Madrid, que centralizaba las comunicaciones a través de las redes postales, telegráficas y telefónicas y que, además, era el punto de la geografía española donde se concentraba el conocimiento y la información que podía ser útil a la hora de decidirse a emprender un gran negocio, vio incrementado el volumen de operaciones comerciales regionales, nacionales e internacionales que se coordinaban en sus oficinas¹¹. Finalmente, entre

¹⁰ SANZ GARCÍA, José María: *Madrid, ¿Capital del capital español? Contribución a la geografía urbana y a las funciones geoeconómicas de la Villa y Corte*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1975

¹¹ Véanse los trabajos de OTERO CARVAJAL, Luís Enrique: "El Estado y la red telegráfica en España (1852-1936)" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel; OTERO CARVAJAL, Luís Enrique y MARTÍNEZ

muchos otros fenómenos similares, a pesar de que los grandes negocios de la época eran de naturaleza privada, en ellos siguió siendo necesario un estrecho contacto con el poder político, como por ejemplo en las grandes obras públicas que se pusieron en marcha a lo largo de los años 20 por parte de la dictadura de Primo de Rivera o como en la administración de los grandes monopolios en el petróleo o en la telefonía creados en aquel periodo¹². Madrid, que era la sede del gobierno, contempló cómo esa necesidad de contacto de las empresas con el poder político, atraía oficinas, empresas y trabajadores a la sede del gobierno a sus calles en un número cada vez mayor.

Esta vitalidad que inyectó la capitalidad económica al sector servicios madrileño obliga a un análisis más profundo de ese conjunto de empleados en el sector privado que tantos empleos generó entre 1900 y 1930. Un análisis que se pregunte por el tipo de empresas que produjeron ese aumento, por la novedad o antigüedad de las profesiones que demandaban y por las condiciones laborales que ofrecían a sus trabajadores. Sólo así se podrá determinar que escondía esa inflación de los servicios madrileña, si era un síntoma de anquilosamiento o de modernidad de su economía y de su mercado laboral. Pero, de igual manera que al abordar el retrato del mundo de la industria, el artesanado y el resto del trabajo manual de la capital, tampoco hay que desatender aquellos ámbitos laborales que quizá no eran tan novedosos pero que mantenían cierta importancia en la economía de servicios madrileña. De la misma forma que, a la sombra del puñado de fábricas que aparecieron en Madrid, el trabajo se fue transformando también en los talleres y en los pequeños centros de producción, al adentrarse en el mundo de los empleados no hay que limitarse únicamente al de las grandes empresas y bancos y fijarse si, también en las pequeñas tiendas y comercios que abundaban en la capital, la vida había cambiado y se había acompasado a los nuevos tiempos. Y es precisamente por aquí por donde comenzará ese análisis del mundo de los empleados, por el de los todavía abundantes dependientes de comercio y trabajadores comerciales que se podían encontrar en el Ensanche Norte en 1930.

De horteras a empleados de comercio: la evolución de los trabajadores del comercio madrileño en el primer tercio del siglo XX

El comercio no era un sector de la economía madrileña que destacara por su modernidad a comienzos del siglo XX¹³. Tampoco era un ámbito en el que existiera demasiado margen para la innovación. El trabajo de comprar y vender podía cambiar poco, o al menos no lo podía hacer tan visiblemente como lo había hecho el mundo de la producción textil, por ejemplo, que había pasado de los pequeños talleres artesanos a las grandes fábricas mecanizadas. Las tiendas de ultramarinos, los despachos de pan, las tabernas o las carbonerías, todo ese tipo de negocios que componían el grueso de los establecimientos comerciales de una ciudad, no podían aumentar demasiado en su

LORENTE, Gaspar (eds.): *Las comunicaciones entre Europa y América (1500-1993): actas del I Congreso Internacional de Comunicaciones*, Madrid, Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, pp. 133-146 y sobre todo “Las telecomunicaciones en la España contemporánea, 1885-2000”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 29 (2007) pp. 119-152.

¹² Sobre el negocio del petróleo y la formación de CAMPSA, TORTELLA CASARES, Gabriel: “El monopolio de petróleos y CAMPSA, 1927-1947” en HERNÁNDEZ ANDREU, Juan y GARCÍA RUIZ, José Luis (comp.): *Lecturas de Historia empresarial*, Madrid, Editorial Civitas, 1994, pp. 265-302. Sobre la Compañía Telefónica, PÉREZ YUSTE, Antonio: “La creación de la Compañía Telefónica Nacional de España en la dictadura de Primo de Rivera”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 29 (2007), pp. 95-117

¹³ NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985.

tamaño o cambiar mucho en sus rutinas de funcionamiento. Aún así, había que reconocer que en Madrid no se habían hecho visibles algunos fenómenos que ya habían irrumpido en otras grandes capitales. En ciudades como Londres, París o Barcelona, junto a las pequeñas tiendas de abastecimiento que se podían encontrar en todos los barrios y las tiendas de lujo y los bazares que ocupaban las calles más céntricas, ya a finales del XIX habían surgido grandes almacenes como *Selfridge's* o *Harrod's* en la capital inglesa, *Au Bon Marché* o *Printemps* en la francesa o los almacenes *El siglo* en la ciudad catalana¹⁴. En Madrid hubo que esperar hasta 1924 para que, con la apertura del centro comercial *Madrid-París*, en la flamante Gran Vía, se diera por inaugurado el tiempo de las catedrales del consumo, esos grandes almacenes divididos en varios departamentos, cada uno especializado en un tipo de productos y en los que los artículos se vendían en masa¹⁵.

Pero en 1900, Madrid era aún una ciudad donde imperaba el “minifundismo comercial”¹⁶. El comercio de la capital española estaba compuesto por una infinidad de pequeños establecimientos, en su gran mayoría negocios familiares, en los que además del patrón, su esposa e hijos, se empleaban muy pocos dependientes, muy frecuentemente tan sólo uno o dos, rara vez más de cinco y, sólo en el caso quizá de los bazares más importantes del centro de Madrid, se superaba la decena. El carácter familiar de la tienda típica de Madrid no se derivaba únicamente de su pequeño tamaño, sino que impregnaba también a la propia naturaleza del negocio y las relaciones laborales que se desarrollaban en su interior. Eran negocios familiares porque la familiaridad teñía también las relaciones entre vendedor y cliente. Y esto se podía decir tanto de las tiendas de lujo y de artículos exclusivos situadas en los alrededores de la Puerta del Sol como de los comercios dedicados a los artículos de *comer, beber y arder* cuya clientela se limitaba a la de la calle y la del barrio en que tenían abiertas sus puertas.

En la boutique de novedades, la mercería, la tienda de tejidos o de bisutería del centro de Madrid, la clientela era selecta porque eran pocos los que podían gastar en aquellos productos¹⁷. Muchas veces se trataba también de una clientela más o menos habitual, porque al no ser los precios fijos, sino todavía negociados al regateo en el momento de la compra, para el cliente era fundamental la relación personal y la confianza que estableciera con el tendero. Además, era de uso común la compra a

¹⁴ Una síntesis de esa “primera revolución comercial” en RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “*Quien no anuncia no vende.*” *La publicidad y el nacimiento de la sociedad de consumo en la España del primer tercio del siglo XX*. Trabajo académico de tercer ciclo, Madrid, UCM, Departamento de Historia contemporánea, 2008, pp.35-50. El estudio del surgimiento de los grandes almacenes en la obra colectiva de CROSSICK, Geoffrey y JAUMAN, Serge: *Cathedrals of Consumption. The European Department Store 1850 – 1939*, Aldershot, Ashgate, 1999. Para su desarrollo en Londres, es ejemplar el estudio ya citado de RAPPAPORT, Erika Diane: *Shopping for pleasure. Women in the making of London's West End*. Princeton University Press, Princeton and Oxford, 2000 y su capítulo dedicado al impacto que produjo en el comercio de la ciudad la aparición de Selfridge's. Para Barcelona véase el artículo de FACIABÉN LACORTE, Patricia: “Los grandes almacenes de Barcelona”, *Scripta Nova*, nº 140 (mayo de 2003).

¹⁵ RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “*Quien no anuncia...*” *Ob. Cit.* pág. 47 y ss.

¹⁶ NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “Las estructuras comerciales en Madrid, 1900-1931: el minifundismo comercial” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luís Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración : 1876-1931*, Madrid, Alfoz – Comunidad de Madrid, 1989, vol. 1, pp. 429-458.

¹⁷ Véase RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “*Quien no anuncia...*” *Ob. Cit.*, donde hay un acercamiento a las pautas de consumo y a las prácticas comerciales antes de la revolución comercial y su posterior transformación. También ofrece un sugerente retrato para Londres, RAPPAPORT, Erika Diane: *Shopping for pleasure...* en el que se describen las rutinas de los pequeños comercios de barrio en el momento de la aparición de los grandes almacenes.

crédito, sin dinero, y que luego se enviara la cuenta a la casa junto a la mercancía que llevaba el repartidor del establecimiento. En las tiendas de ultramarinos de los barrios no había regateo pero sí había fianza. Las familias más pobres, las familias de jornaleros y artesanos con bajo sueldo, se veían frecuentemente faltos del dinero para comprar lo estrictamente necesario para llenar el estómago. La mujer acudía entonces, muy frecuentemente al tendero de siempre, al que acudía cada día, para que le fiara. Este accedía de buen grado, porque sabía que aquella mujer que quedaba en deuda con él, pasaba a formar parte de su clientela fija y segura, que se vería obligada a comprar en su establecimiento, al precio que fuera y con la calidad que existiera. En definitiva, en 1900, tanto en lo que se refiere a los artículos de primera necesidad como a los más superfluos y los de lujo, en Madrid se vendía poco, se vendía caro y, por lo general, se solía vender casi siempre a las mismas personas en el clima de relativa familiaridad que creaban las deudas admitidas, la discusión por el regateo, las fianzas y la compra a crédito¹⁸.

Al margen de la relación con los clientes, dentro de la misma tienda también los vínculos entre el patrón y los trabajadores eran tanto laborales como de cierta parentela¹⁹. Un tendero y los dependientes que trabajaban para él no se trataban sólo como lo hacían el jefe y los empleados de cualquier otro negocio. Frecuentemente, por la simple razón de que corría la misma sangre por sus venas. El comerciante, cuando necesitaba ayuda en la tienda, acudía en primer lugar a los que le rodeaban, a sus hijos, a un sobrino o a un hermano, o al hijo de un primo que llegara del pueblo²⁰, si no se contrataba algún joven que anduviera buscando trabajo. Pero, independientemente de que hubiera lazos de sangre o no entre el tendero y sus dependientes, el caso es que el trabajador del pequeño comercio pasaba a integrar el hogar del dueño casi como si esos vínculos familiares existieran. El dependiente vivía en la misma tienda donde trabajaba, generalmente dormía en el local comercial mientras el tendero y su familia lo hacían en una vivienda del primer piso; era alimentado por la propia familia de su contratador, cuya mujer cocinaba para él como parte del pago a sus servicios y hasta era vestido a cuenta del hogar para el que había comenzado a trabajar. No es que fuera un hijo más, pero casi. Como las criadas que trabajaban y convivían con las familias que las contrataban, el dependiente de comercio, generalmente, también pasaba a ocupar un hueco en el hogar, en el que se empleaba, y vivía y aparecía registrado como uno de sus integrantes en el padrón municipal²¹.

¹⁸ Rappaport, en su estudio de Londres pone el acento convincentemente en cómo una de las consecuencias fundamentales del salto de la pequeña tienda de barrio familiar a los grandes almacenes anónimos fue la difusión del pago al contado y en especie, poniendo fin a las cuentas a crédito o fiadas. RAPPAPORT, Erika Diane: *Shopping for pleasure...*

¹⁹ Para el trabajo en el comercio madrileño, NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985. También su trabajo específico NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: "Las dependientas de comercio: Un ejemplo peculiar de trabajo "femenino" en Madrid, en el primer tercio del siglo XIX" en *La mujer en la historia de España (siglos XVI-XX): actas de las II Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*, Madrid, Universidad Autónoma, 1990, pags. 159-176.

²⁰ Un mecanismo de integración muy frecuente, pues en el empleo de trabajadores dentro de un negocio se solía acudir a las redes de paisanaje y de parentela, como ya se vio en el caso de los panaderos de Lugo y Asturias. El papel de la familia extensa en los comercios y los comercios en la integración de la familia extensa a su llegada a la ciudad del XIX ha sido descrita en el capítulo "Al calor del hogar" en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Madrid, UCM, 2008, pp. 283-326.

²¹ Una descripción de la práctica del internado de los dependientes de comercio como una forma de explotación preindustrial en SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización colectiva. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2006, pp. 346-349.

Arturo Barea, cuya autobiografía novelada *La forja de un rebelde* ofrece un rico testimonio de las andanzas laborales de un trabajador de cuello blanco en las dos décadas que precedieron a la Segunda República, al hablar de su niñez retrata a la perfección cuál era el ambiente de trabajo en los pequeños comercios del Madrid de comienzos de siglo. Hacia 1909, cuando Arturo tenía once o doce años, se vio en la obligación de dejar la escuela y buscarse un primer trabajo. Su madre, viuda, era lavandera; sus hermanos mayores ya habían comenzado a trabajar. Rafael como dependiente en una tienda de comestibles; Concha como criada interna en una casa. Hasta entonces Arturo había contado con la protección de su tío, que vivía con un buen sueldo y empleo, pero que no había tenido hijos y había decidido tratar a su sobrino menor como tal. Por eso, Arturo permaneció relativamente ajeno a la pobreza de su madre, porque tenía garantizado que podría estudiar en el futuro y hacerse un hombre de provecho. Pero un día el futuro de Arturo se truncó; su tío murió repentinamente y se diluyeron sus posibilidades de escapar de la miseria. Como ya no había nadie que se hiciera cargo de sus estudios, Arturo, que aún era un niño, tuvo que aprender un oficio que le permitiera valerse por sí mismo²².

Entre la madre de Arturo y la portera de la corrala de Lavapiés en la que vivían, decidieron que lo mejor era que el muchacho entrara en una tienda. Fue su misma madre la que le condujo a *La Mina de Oro*, un comercio de bisutería de la calle del Carmen, en el que se vendían “cosas de mercería como botones, imperdibles, alfileres, gemelos, cintas de seda” y en el que el producto estrella eran “los velos y los adornos de la cabeza” que venían a comprar las señoras del barrio de Salamanca. También fue la madre quien concertó con el dueño de la tienda, don Arsenio, las condiciones en que Arturo viviría a partir de entonces. “Trabajar hay que trabajar” le dijo don Arsenio a la madre de Arturo, “pero el chico comerá como un príncipe. En mi casa se come mejor que en la de muchos marqueses. Tendrá la comida, ropa limpia y la cama. Diez pesetas al mes y las propinas”²³.

Resultaba coherente que fuese la madre quien cerrara el trato. La entrada en *La Mina de Oro* era algo más que su primera experiencia laboral. En realidad suponía también un cambio radical en su vida privada y familiar. Arturo, a partir de ese momento, pasaba a formar parte de otro hogar, y si su madre había sido la máxima autoridad en su comportamiento hasta entonces, a partir de ese momento fue don Arsenio el que gobernó en todos los aspectos de su vida. Desde ese día, Arturo durmió en la tienda de la calle del Carmen, junto a Arnulfo, otro chico un poco mayor que él que también era dependiente en la mercería. Los dos se levantaban a las seis y media y se ponían a limpiar los escaparates y a adecentar el establecimiento; más tarde subían a la casa de Don Arsenio donde les esperaba un succulento desayuno. La mañana se pasaba tras el mostrador, despachando. Después de la comida, recorrían la ciudad repartiendo las compras que habían efectuado las señoras que habían acudido por la mañana a la tienda. La jornada terminaba al rayar la noche, a la hora de cenar, cuando ya no quedaba tiempo más que para marcharse a dormir hasta que, a las seis y media de la mañana siguiente, de nuevo el chuzo del sereno golpeando en la puerta de la tienda, les avisara de que había llegado el momento de comenzar a trabajar.

Arturo nunca vio esas diez pesetas que tenía por sueldo mensual. Él único dinero al que tenía acceso era al de las propinas que recibía cuando iba a hacer las entregas a

²² La experiencias de Barea en la tienda La Mina de Oro en su novela *La forja*, de su trilogía *La forja de un rebelde*, capítulos I “La muerte” y II “Iniciación al hombre” de la Segunda parte. Aquí se sigue la edición BAREA, Arturo: *La forja*, Barcelona, DeBolsillo, 2006 (edición original de 1941), los capítulos en pp. 199-228.

²³ BAREA, Arturo: *La forja... Ob. Cit.* pág. 216.

las casas de las clientas. Y ni siquiera entonces disfrutaba de las monedas por mucho tiempo. Al regresar a la tienda debía entregárselas a don Arsenio, que iba apuntando en un cuaderno lo que había recibido el chico y se lo guardaba para el futuro. Arturo era para don Arsenio más un hijo que un trabajador, más un criado que un empleado. Para lo bueno y para lo malo. El muchacho no tenía ningún control sobre su tiempo ni sobre su trabajo, sobre los que su empleador tenía poderes absolutos. Ni siquiera era dueño de su tiempo libre, porque en realidad la frontera entre el tiempo de trabajo y el de ocio no existía o estaba fijada de forma demasiado ambigua. Él único momento en que Arturo era completamente libre era los domingos por la tarde, cuando la tienda no abría sus puertas. Entonces los dependientes de *La mina de Oro* podían circular con total su libertad por la ciudad y Arturo aprovechaba para ir a visitar a su madre y a sus hermanos a los que no veía en toda la semana.

Claro que don Arsenio apretaba pero no ahogaba. Su autoridad era férrea pero se ejercía con cierta bondad paternalista. Él había sido también mozo de tienda cuando llegó de su pueblo para emplearse en una mercería en la calle de La Palma. *“Veinte años estuvo allí encerrado. Siguiendo la tradición del comercio, entonces patriarcal, su amo le liquidó los ahorros y le avaló un crédito. Así puso esta tienda que se había convertido en una mina de oro, con arreglo a su título pomposo”*²⁴. Don Arsenio guardaba muy mal recuerdo de las duras condiciones en que había vivido en su tiempo de dependiente, en el que uno de sus mayores sufrimientos fue el estar condenado a una triste dieta en la que se alternaban repetitivamente los *“garbanzos duros con tocino y las patatas con bacalao”*. El patrón no quería que sus muchachos se vieran condenados a sufrir lo mismo en los largos años que trabajarían para él. Una de las cosas de las que más alardeaba el mercero era de lo bien que comían sus dependientes. Arturo no lo negaba, y años más tarde recordaba los filetes con patatas fritas, los pollos, las langostas, las rajadas de merluza, los desayunos a base de huevos fritos y chorizo y las tartas de crema y las frutas caras a los postres. Aquellos manjares no tenían nada que ver con los cocidos poco espesos a los que se tendría que haber conformado de haber vivido con su madre lavandera. Aún así, el precio que había de pagar por tan buena alimentación le parecía demasiado caro a Arturo. Tenía que vivir en aquella jaula de oro, siempre disponible para su amo, fuera de día o de noche y procurando no provocar ninguna queja. Al fin y al cabo, dependía de la buena voluntad de don Arsenio que, cuando Arturo llevara veinte años trabajando para él, le diera íntegro todo el dinero que había ganado y le facilitara un préstamo para poder establecerse por su cuenta como comerciante, como él había hecho en su juventud.

No existía alternativa; pues si se quería trabajar en aquella tienda y ser al mismo tiempo dueño de su tiempo y de su dinero, había que aceptar la condena a la miseria. Arturo lo había podido ver de cerca. Además de él y de Arnulfo, en *La Mina de Oro* existía un tercer dependiente que no dormía con ellos en la tienda. Era Rafael, que al cumplir poco más de veinte años, había decidido no esperar más y se había casado, estableciéndose en una vivienda por su cuenta. Lo pagó caro. *“Rafael, el dependiente mayor, gana 12 pesetas al mes, para vivir él, su mujer y lo que venga, que ya está en camino. Así que el pobre, para no gastar, se deja la barba que es negra, muy bonita, y se peina el pelo algo en melena. (...) Para fumar, le guardamos las colillas de la tienda y luego las lava con vinagre y las pone a secar al sol. Sin embargo, es un hombre muy cariñoso, que siempre está contento con todo el mundo. Sólo los ojos los tiene tristes”*²⁵. Y con razón, tenía los ojos tristes, porque sólo ganaba dos pesetas más al mes que sus colegas y con ellas tenía que pagar la comida, el alquiler y otros muchos gastos

²⁴ BAREA, Arturo: *La forja...* Ob. Cit. pág. 218.

²⁵ BAREA, Arturo: *La forja...* Ob. Cit. pág. 221.

que Arnulfo y Arturo recibían de la mano protectora, aunque firme, de don Arsenio. El joven Barea sabía bien que era lo que debía hacer si quería avanzar en la carrera del comercio; obedecer, aguantar y esperar a que algún día su maestro le diera la opción de establecerse por su cuenta y no marcharse de la tienda demasiado pronto, como había hecho Rafael. Pero a Arturo no le gustaba el trato de la firme mano que le daba de comer y no podía soportar que la autoridad de don Arsenio rebasase con tanta facilidad lo que era el estricto ámbito laboral. Un día la mano de don Arsenio se alargó y le golpeo; hubo bronca, insultos y el joven Arturo decidió abandonar la tienda y dejar el mundo del comercio atrás.

La experiencia, que quedaría grabada en la memoria del joven de por vida y que contribuyó a su fuerte militancia como sindicalista años después, pertenecía, de todas maneras, a una forma de organizar y de entender el trabajo que ya en aquel momento comenzaba a dar sus últimos suspiros. Aquel “régimen patriarcal del comercio” como el propio Barea lo calificaba, tenía sus días contados en Madrid. No es que desaparecieran las pequeñas tiendas familiares ni que aumentaran espectacularmente el número de dependientes y de mozos que se empleaban en ellas. Ese tipo de negocios sobrevivieron y han llegado hasta nuestros días. Ahí estaba, por ejemplo, la farmacia de los Castro Estébenez, en el corazón de Chamberí, que resistió a las grandes transformaciones que se produjeron en su entorno urbano sin cambiar aparentemente de aspecto. Seguía siendo propiedad de la misma familia y seguía teniendo el mismo número de trabajadores: generalmente los Estébenez Castro empleaban a un mancebo de botica, salvo algún año que se atrevieron a contratar dos. Así fue en tiempos de su fundador y así se mantuvo cuando setenta años después el propietario era su nieto. Lo que sí había cambiado era la manera de llevar ese negocio y el tipo de comercio que se realizaba dentro de aquel establecimiento. En donde era más apreciable ese cambio era en los productos y artículos que se despachaban en el mostrador. Había una gran diferencia entre 1860, cuando Benigno Castro se pasaba horas en la rebotica preparando fórmulas y medicamentos, y 1930, cuando en la farmacia de Santa Feliciano cada vez era más frecuente vender las pastillas y los productos que les suministraban grandes firmas industriales como Bayer o Nestlé. Higinio Estébenez, el nieto, delegaba en su mancebo una función tan sencilla como despachar esos productos a los clientes y se marchaba a trabajar al Laboratorio Municipal del que era empleado. Y lo mismo que sucedió en aquella farmacia sucedió en otros muchos comercios madrileños, cuyos propietarios ya no tenían que ser cómo padres, siempre pendientes de la buena marcha del negocio. En 1930, los dueños de muchas de estas tiendas podían dejarlas a cargo de sus trabajadores y marcharse a la calle a dedicarse a otros asuntos.

Dos circunstancias tuvieron que darse para que se transformara el mundo del comercio madrileño. La primera de ellas fue el aumento de la producción industrial en ciertos artículos que abarataron su precio y se hicieron accesibles a capas más amplias de la población. De nuevo la fábrica Gal sirve de buen ejemplo. Cuando los hermanos Echeandía decidieron dejar de fabricar sus productos en los bajos de su tienda de la calle Arenal y comenzar a hacerlo en una gran fábrica accionada por potentes máquinas y con centenares de empleados, estaban provocando un pequeño terremoto en las rutinas de los miles de tenderos que organizaban la vida comercial madrileña. Su empresa no logró únicamente producir jabones, polvos de arroz y perfumes en masa, sino hacerlo a un precio asequible a personas que nunca antes se habían podido permitir comprar ese tipo de productos. Pero casi más importante fue que, a través de sus estrategias publicitarias y sus campañas entre los comerciantes minoristas, Gal consiguió que sus artículos fueran conocidos por todo el público madrileño y se vendieran en múltiples tiendas de la capital española a un precio similar, sin que influyera quien fuera el

tendero o donde estuviera situada la tienda. Era un cambio fundamental, porque así se ponía fin a las prácticas de regateo y con ello se resquebrajaba un poco la familiaridad que impregnaba las relaciones entre clientes y vendedores. Para comprar una pastilla de jabón *Heno de Pravia* no tenía sentido ir a una droguería concreta de la ciudad, ya que en cualquiera se podía conseguir a un precio similar, independientemente de si se conocía al tendero o no. Las relaciones comerciales se convertían, al menos en estos productos que comenzaban a venderse y comprarse en masa y a precios reducidos, en relaciones anónimas, en que una distancia cada vez mayor se abría entre comprador y cliente.

El segundo factor que influyó en la transformación del negocio del comercio fue el aumento del consumo y de los volúmenes de ventas en Madrid. No se trataba sólo de que en la capital española, al aumentar el número de sus habitantes, crecía el de consumidores. Lo más definitivo fue que esos consumidores madrileños dispusieron de más dinero que gastar. El gran desarrollo económico que se produjo en esa edad de plata de la economía española y madrileña que dio inicio con la Primera Guerra Mundial, propició que muchas de las familias trabajadoras, que antes vivían al límite de la subsistencia, cuyos presupuestos apenas lograban cubrir los gastos de vivienda y alimentación, vieran como poco a poco eran más las monedas que podían gastar cada mes en otros productos, como colonias, como jabones, como telas para hacerse un vestido o en periódicos²⁶. No se consiguió sin esfuerzo; fueron necesarias largas luchas sindicales e intensas campañas reivindicativas por asociaciones y partidos políticos obreros, pero al final, en los alrededores de 1920, los salarios reales y el poder adquisitivo de los trabajadores y de las clases populares aumentaron²⁷. No se podía hablar todavía de una sociedad de consumo en España pero sí de sus primeros pasos, sobre todo en los grandes núcleos urbanos²⁸.

El aumento de la producción industrial abarató el precio de muchos artículos y el aumento de los salarios expandió la demanda de bienes en las tiendas; con ello se inició un profundo cambio en las condiciones en que se desarrollaba el comercio al detalle en la capital española y de los objetivos que había de perseguir como negocio. Aunque

²⁶ El alza de salarios durante la Primera Guerra Mundial en ROLDÁN, Santiago, GARCÍA DELGADO, José Luís y MUÑOZ, Juan: *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, Madrid, Confederación Española de Cajas de Ahorro, 1973, vol. I, pp. 137-266; véase también CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier: *Historia económica de la España Contemporánea*, Barcelona, Crítica, 2006, pp. 229-234. Para los datos de los salarios se puede consultar el trabajo de REHER, David Sven y BALLESTEROS DONCEL, Esmeralda: "Precios y salarios en Castilla la Nueva: La construcción de un índice de salarios reales, 1501-1991", *Revista de Historia Económica*, año 11, nº 1, 1993, pp. 101-151.

²⁷ La lucha obrera en Madrid, esa "disputa social por la distribución de los beneficios de la guerra", que dirían Tafunell y Carreras, esta descrita en sus pormenores en el trabajo de SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización colectiva. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2006.

²⁸ ARRIBAS MACHO, José María: "Antecedentes de la sociedad de consumo en España: de la dictadura de Primo de Rivera a la II República", *Política y sociedad*, nº 16, 1994 pp. 149-168; también ALONSO, Luís Enrique y CONDE, Fernando: *Historia del consumo en España: una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo*, Madrid, Editorial Debate, 1994. RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: "Ocio, consumo y publicidad: España 1898-1920", en GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe (ed.): *Modernizar España 1898-1914. Congreso Internacional: Comunicaciones*, Madrid, Departamento de Historia Contemporánea (UCM), ISBN: 84-689-8305-5, 2006. RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: "Hábitos de consumo y publicidad en la España del primer tercio del siglo XX, 1900-1936", en *VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos "España entre Repúblicas 1868-1939"*, 2 vols., Guadalajara, ANABAD, 2007, pp. 213-245. OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "Tradición y modernidad en la España urbana de la Restauración", en GÓMEZ-FERRER, Guadalupe y SÁNCHEZ, Raquel (eds.): *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 79-118.

lentamente, los tenderos fueron cambiando de actitud. Ya no se trataba de vender lo más caro posible, perfeccionando la técnica del regateo; ahora era posible obtener grandes beneficios, incluso superiores, vendiendo el mayor número de artículos que se pudiera aunque fuera a costa de bajar su precio y vender barato, aunque fuera a clientes a los que no se conocía personalmente.

A partir de 1915, en Madrid surgieron los primeros establecimientos comerciales que adaptaban su organización, su funcionamiento y sus técnicas de venta a las nuevas condiciones de consumo que había creado la industrialización y al aumento de clientes potenciales. Así se fueron formando las primeras cadenas de establecimientos como *Pescaderías Coruñesas* o *Mantequerías Leonesas*, que apostaban por la venta en masa y barata a través de la apertura de varios locales comerciales en distintos puntos de la ciudad²⁹. Algunos de los bazares del centro de la ciudad estrenaron la política de puertas abiertas, publicitando que la entrada en sus comercios era libre y no obligaba a la compra de ningún producto, algo que no era siempre así hasta entonces; también señalaban en sus anuncios que los precios eran fijos, que no habría que discutirlos ni negociarlos con los dependientes, todo para atraer a los clientes y para que “irse de compras” dejara de ser un trabajo y se convirtiera en un placer. También fueron los tiempos del desarrollo del escaparatismo y de las nuevas técnicas de publicidad, que encontraron en la Gran Vía, cuyas obras se estaban finalizando, su mejor lugar de expresión³⁰. Este proceso de modernización del comercio madrileño tuvo su culminación en 1924 con la apertura de *Madrid Paris*, los primeros grandes almacenes de la capital, cuyo gran número de empleados y trabajadores eran equivalentes a los de una fábrica y en el que se ponían en práctica novedosas estrategias comerciales como las campañas de rebajas que rompían radicalmente con la tradición del negocio en la ciudad³¹.

No todo cambió tan rápidamente. La modernización que se hizo visible en los productos que se exhibían en los escaparates y se despachaban en los mostradores de muchas tiendas madrileñas no se tradujo directamente a las relaciones laborales. Muchos dependientes de comercio no recogieron los beneficios que parecía haber traído esta revolución de la forma de comprar y vender en los treinta primeros años del siglo XX. Había que tener en cuenta que, a pesar de que los cambios fueron importantes, no todos los negocios se renovaron a la misma velocidad. Muchas tiendas de ultramarinos se quedaron ancladas en los viejos modos del negocio de principios de siglo y los beneficios que producían seguían siendo pequeños. El vendedor de pan del barrio pobre, el comerciante de ultramarinos o el carbonero, seguían teniendo un margen de beneficios muy estrecho y no estaban dispuestos a malgastarlo en pagar mejor a sus dependientes. Y aún en el caso de que tuvieran éxito en los negocios, de que se hubieran convertido en patrones acaudalados, tampoco se encontraban con grandes presiones para hacerlo. El comercio fue uno de los sectores en los que los gobiernos que dirigieron el país en los primeros años del siglo XX encontraron más dificultades para aplicar algunas leyes laborales ya aprobadas, como la de la regulación del trabajo infantil o la del descanso dominical³². La razón estaba en la particular condición del trabajador en el comercio, a medio camino entre el siervo y el oficinista, entre el criado y el empleado.

²⁹ NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985, pp. 72-74.

³⁰ NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “Evolución comercial de la Gran Vía. I. De Alcalá a la Red de San Luis” en *Establecimientos tradicionales madrileños. Cuaderno IV. A ambos lados de la Gran Vía*, Madrid, Cámara de Comercio e Industria, 1984, pp. 43-52. Para el desarrollo del escaparatismo véase RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “*Quien no anuncia...* Ob. Cit. pág. 32 y ss.

³¹ RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “*Quien no anuncia...* Ob. Cit. pág. 47 y ss.

³² SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo...* Ob. Cit. pp. 346-356.

La práctica del internado, el que los muchachos que trabajaban en las tiendas vivieran con su patrón y se integraran en su familia, hacía muy difícil que el Estado interviniese para regular las relaciones laborales y, en cambio, daba facilidades para que el dueño del negocio extendiera su explotación hasta donde quisiera.

La otra vía que podía haber propiciado el cambio en las condiciones laborales de los dependientes de comercio era la asociación y la protesta, pero tampoco se mostró demasiado efectiva, al menos en las primeras dos décadas del siglo XX. Todo se conjuraba en contra de que los trabajadores de las tiendas formaran un sindicato fuerte³³. Su gran dispersión en negocios pequeños y familiares y el control laboral y de sus comportamientos privados a los que les sometían sus patrones hacía muy difícil que se organizaran para la lucha. Era muy complicado que un dependiente se afiliara a una sociedad obrera si su trabajo apenas le dejaba tiempo para acudir a la Casa del Pueblo. Además, afiliarse a un sindicato era un acto que podía ser tomado como una traición por su “padre-patrón” si éste se enteraba, cosa fácil porque sus ojos vigilantes conocían todo lo que hacía el dependiente de comercio que vivía en su hogar. Por otro lado, su propio aspecto, la cuidada y, a veces, cara vestimenta que exigía su trabajo de cara al público y que tanto contrastaba con la de los trabajadores manuales y, en definitiva, la propia naturaleza de su trabajo, delicado en comparación con el de los albañiles, el de los carpinteros o el de los mecánicos, hacía que los miembros del resto de las asociaciones obreras les miraran con cierto recelo y no tuvieran ganadas todas las simpatías cuando acudían a la Casa del Pueblo. Finalmente, hasta ellos conspiraban en contra suya. No todos los dependientes de comercio eran como Arturo Barea. Muchos de ellos aceptaban su situación; les parecía llevadera porque tenían puesta su mirada en la promesa de que algún día, como el señor Arsenio que dirigía la *Mina de Oro*, ellos serían patrones de su propia tienda y los que sufrirían la explotación laboral, los escasos sueldos y las largas jornadas serían los muchachos que ellos tendrían contratados.

Los dependientes de comercio que eligieron el camino de la asociación obrera para la defensa de sus intereses lo tuvieron difícil pero, más tarde que pronto, comenzaron a cosechar ciertas conquistas. Lo consiguieron incorporándose a la gran oleada de huelgas que tuvieron su epicentro en 1917. En noviembre de 1920 una huelga en el comercio madrileño consiguió arrastrar a unos 10.000 dependientes³⁴. La acción se saldó con aumentos de sueldo, recortes en la jornada laboral y otras mejoras como las vacaciones pagadas y la cobertura de sueldo durante las bajas por enfermedad. En otros conflictos laborales en los años posteriores, los dependientes de comercio consiguieron que además se fuera poniendo coto a la práctica del “internado” y se les reconociera su derecho a ser trabajadores lo suficientemente bien pagados como para vivir por su cuenta y no en la casa de su patrón. A este cambio contribuyó bastante la aparición de los modernos establecimientos comerciales, los bazares de cierto tamaño y los grandes almacenes, en los que los empleados ya se contaban por decenas. En ellos no era posible que se quedaran a dormir en el establecimiento y sus sueldos aumentaron; su competencia provocó una cierta fuerza de arrastre y otros negocios más pequeños pero que querían mantener cierta categoría, tuvieron que imitarles para no perder a sus empleados.

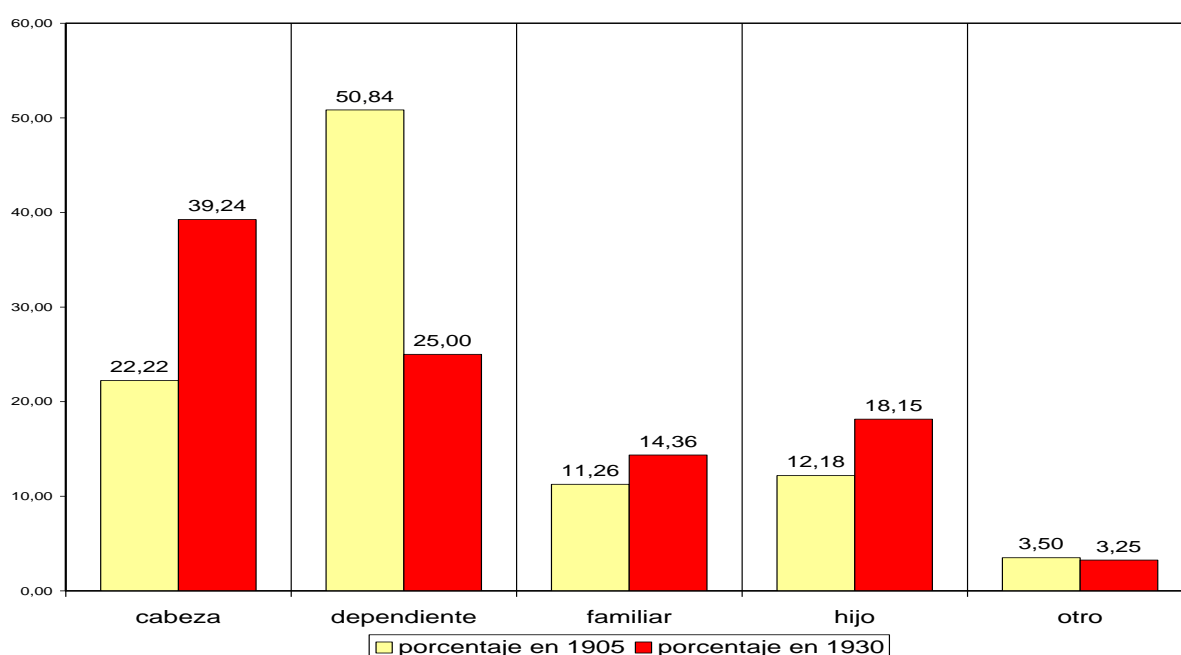
En 1930 se podía observar en el Ensanche Norte cómo esa combinación de impulsos de modernización y de resistencias al cambio moldeaban la profesión de dependiente de comercio y se iban aligerando algunos de los rasgos que habían

³³ NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “El mundo asociativo de los dependientes de comercio: sociedades de carácter gremial en Madrid, 1887 – 1931”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 22 (1986), pp. 373-400. SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo... Ob. Cit.* pp. 346-356.

³⁴ SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo... Ob. Cit.* pág. 353 y ss.

permitido considerarla hasta hacía bien poco como una forma de explotación casi feudal. El control que ejercían los patronos de las tiendas sobre sus trabajadores, que en el pasado había superado el marco de lo estrictamente laboral para alcanzar los poderes de un padre de familia o los de un amo sobre sus esclavos, se fue diluyendo gracias a que la práctica del internado se fue reduciendo. Cada vez eran menos los dependientes de comercio que dormían en las trastiendas de los comerciantes que los contrataban y eran más los que lo hacían en su propia casa o en la de su familia. Era lo que reflejaba el padrón de habitantes del Ensanche Norte en 1930 en el que se podía constatar que los mozos de tienda estaban dejando de inscribirse en las tiendas como “dependientes” porque ya no vivían allí y en cambio se registraban en otros hogares, de los que eran en muchas ocasiones los cabezas de familia, los maridos o los padres³⁵.

Gráfico 12.4: Inserción familiar de los dependientes de comercio en la vivienda en la que residen. Ensanche Norte 1905 y 1930



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905 y 1930.

En 1905, la mitad de los trabajadores en el comercio vivían en el mismo régimen que el joven Arturo en *La Mina de Oro*, durmiendo bajo la atenta mirada de su patrón, mientras que sólo uno de cada cinco había decidido o había podido emprender una vida como la de Rafael, ese otro trabajador de la mercería que residía en su propia casa, que alquilaba y sostenía con su escaso sueldo. En 1930 la relación se había invertido. Los dependientes que vivían en su lugar de trabajo ya sólo eran uno de cada cuatro; lo más frecuente ahora era que figuraran en el padrón como cabezas de familia, lo que quería

³⁵ El gráfico que se presenta a continuación se ha elaborado a partir de las respuestas que los dependientes de comercio daban en el empadronamiento a la pregunta sobre inserción familiar. En la hoja formulario que debía rellenar cada vivienda habitada a la hora de formar el padrón, junto al nombre de cada uno de los habitantes se indicaba el parentesco o relación que le unía al cabeza de familia. Cuando los dependientes de comercio vivían en la tienda señalaban ser “dependiente”, “criado”, “empleado” o “criado”. Cuando vivían en otro lugar, en una vivienda que no pertenecía a su empleador, entonces indicaban su posición familiar; “cabeza” si eran ellos el jefe de la familia o si no la relación familiar que le unían al que lo fuera.

decir que sólo iban a la tienda en la que estaban empleados en las horas de trabajo. Cuando cerraban las puertas del establecimiento y se terminaba de recoger, marchaban a sus casas, junto a sus mujeres y sus hijos, o adonde quisieran, a la taberna, a la Casa del Pueblo o a recorrer las calles de Madrid, pero lejos del alcance de la vista de su patrón. Es posible que muchos de ellos, con el cambio de situación, hubieran salido perdiendo en lo material. Al tener que pagarse ellos el alquiler y la comida y no recibirlos de sus patronos, habría empeorado su dieta. Difícilmente podrían comer los pollos y las tartas de crema que recordaba Arturo Barea de sus tiempos como dependiente interno en la mercería de la calle del Carmen. Pero habían ganado algo más importante que aquellos manjares. Habían ganado su libertad. Ahora, esos dependientes de comercio que, en su gran mayoría, no dormían en casa de sus patronos eran dueños de su tiempo y de su dinero cuando dejaban la tienda atrás.

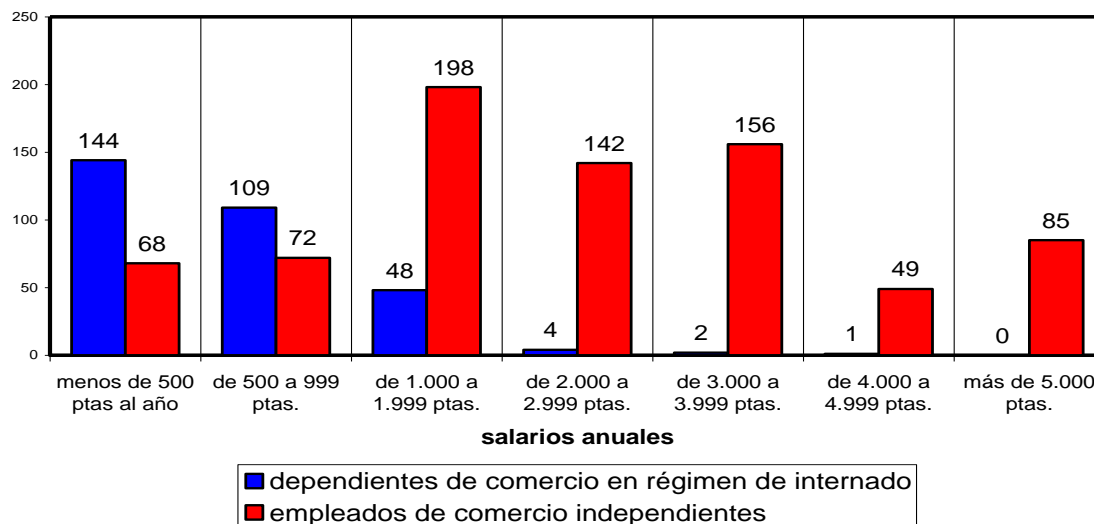
El cambio fue fundamental. Salir de las tiendas era algo que debían conquistar primero si en el futuro querían conseguir otras mejoras en su situación en el futuro. Puede que su dieta fuera peor que si hubiesen vivido con su patrón y que tuvieran que afrontar una preocupación nueva, la de que les llegara el dinero para pagar el alquiler a final de mes, algo en lo que no habrían pensado si hubieran dormido en un jergón en la trastienda. Pero, aunque fueran pobres, al menos eran libres. Libres de decidir en qué empleaban su salario, qué comían y qué no y lo que hacían en las horas libres que les dejaba su trabajo, porque su patrón no tenía acceso a las cuatro paredes de la casa que alquilaban con su sueldo.

La clave para que esto sucediera estuvo en los ascensos salariales. Para que los dependientes de comercio pudieran dejar de vivir en las casas de sus patronos sin dejar por ello de trabajar en sus tiendas, tenían que disponer de algo más de dinero en los bolsillos del que tenía Rafael, el compañero de Arturo Barea a comienzos de siglo. La abolición de la práctica del internado iba, de esta manera, estrechamente unida, a una mejora en el salario de los dependientes de comercio. Aunque, esa mejora, no significaba exactamente un aumento en la recompensa que recibían por sus horas de trabajo. Sobre todo, se trataba de una mejora en la forma en que se les pagaba; para ser libres, lo que necesitaban los dependientes era que se terminara con el pago en especie y se monetizara su sueldo. Porque precisamente en el pago en especie era donde estaba la fuente de todos los abusos de los comerciantes sobre sus trabajadores. Como había percibido bien Arturo Barea en su iniciación al trabajo, el dueño de una tienda que ofrecía un jergón y comida a sus empleados, en realidad lo que estaba haciendo era comprarles su libertad y voluntad, asegurándose que podría someterlos no sólo como a obreros sino también como si fueran sus hijos. Y estos actuarían como tales, trabajando con esfuerzo, cumpliendo las órdenes por duras que fueran y sin quejarse, esperando que el día en que fueran liberados recibieran todo el dinero que había apuntado su padre-patrón en la libreta y que, además, tuviera la benevolencia para prestarles el resto que necesitaban para abrir su propio comercio.

En 1930 existía una clara distancia salarial entre los dependientes de comercio según vivieran junto a sus empleadores o no. Una cosa era ser *dependiente de comercio*, ser uno de esos que dormía con su patrón; la misma palabra de dependiente ya parecía remitir a una condición laboral más propia del criado que a la del trabajador asalariado. El *empleado de comercio*, en cambio, el que acudía a la tienda a trabajar como podía acudir a la oficina, tenía otra consideración. Hasta tal punto llegaban las diferencias que se podía considerar que se trataba de dos profesiones completamente diferentes. La frontera se establecía en las 1.000 pesetas anuales. Casi todos los dependientes de comercio que vivían con sus patronos recibían una remuneración por debajo de esa cifra. Mientras, los que se podían considerar como *empleados de comercio*, porque no

estaban sometidos al régimen de internado, tenían unas ganancias superiores a las 1.000 pesetas³⁶.

Gráfico 12.5: Escala salarial de los trabajadores en el comercio en el Ensanche Norte, 1930 (salarios anuales)



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

No es que los que se habían liberado de la tutela de su patrón estuvieran demasiado bien recompensados. El trabajo en el comercio seguía mal pagado. En 1930, cuando los maestros de escuela primaria, que podían ser considerados como los representantes del empleado medio, cobraban como mínimo 3.000 pesetas, los empleados de comercio que vivían por su cuenta, en su mayoría no llegaban a esa cantidad. Esto suponía que muchos dependientes seguían viviendo con cierta estrechez económica, aunque sin punto de comparación con lo que sucedía a comienzos de siglo, en los tiempos de Barea. Antonio Iglesias Zurdo, uno de esos trabajadores del comercio que vivían en el Ensanche Norte, puede servir de buen ejemplo, porque tenía mucho en común con los trabajadores de la *Mina de Oro*. En 1930 tenía 26 años y se empleaba en una mercería en la calle Carranza. Como Rafael, aquel compañero de Arturo Barea, se había casado y ya tenía dos hijas, pero no había tenido que llegar al extremo de dejar de ir a la barbería o de recoger las colillas del suelo para poder sacar a su familia adelante. Su sueldo de 2.700 pesetas anuales le permitía alquilar una buena vivienda de 660 pesetas de alquiler al año y que todavía le sobrara una buena cantidad, no sólo para cubrir los gastos mínimos de su familia sino para permitirse algún que otro lujo³⁷. De hecho, esas 2.700 pesetas era un salario que bien podría servirle para mantenerse el resto de sus días. Eso era lo que precisamente representaba el cambio más importante que se había producido en la profesión de dependiente de comercio: que ya no era un trabajo para la juventud, sino para toda la vida.

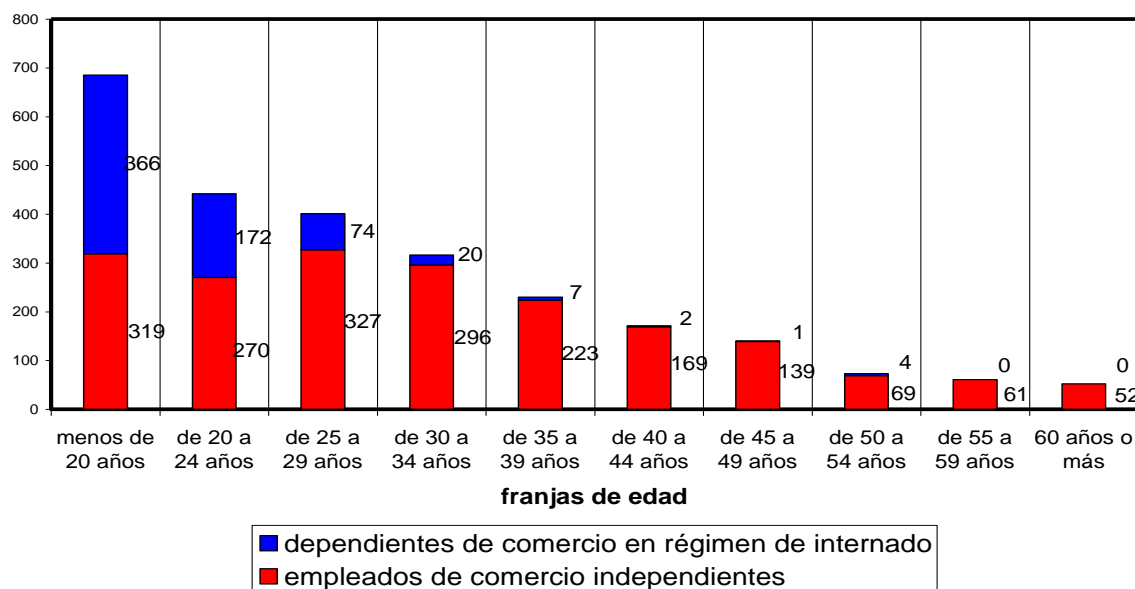
³⁶ En realidad los trabajadores en el comercio al presentarse en el padrón utilizaban indistintamente la expresión de dependiente de comercio o empleado de comercio (incluso mozo de comercio). Aquí, para poder distinguir entre ambas situaciones laborales, se utilizará a partir de ahora cada una de estas dos expresiones con un significado distinto. Con *dependiente de comercio* se hará referencia al que todavía trabajaba en régimen de internado y en condiciones similares a los criados; con *empleado de comercio* se designará al que trabajaba con horario establecido y residía fuera de casa de su patrón.

³⁷ El retrato de la familia de Antonio Iglesias Zurdo a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 5.622 – Guzmán el Bueno.

Tradicionalmente, el trabajo como dependiente de comercio, se había considerado como una ocupación temporal, un empleo propio de la juventud. En cierta manera, era el equivalente para los varones de lo que el servicio doméstico era para las mujeres. Muchos jóvenes acudían a la ciudad para trabajar como mozo de una tienda y ganar así unas monedas antes de la entrada en la edad adulta. Por otro lado, también era un trabajo que compartía mucho con el aprendizaje en el mundo artesanal. Para ser dueño de una tienda, primero había que haber sido dependiente, conocer el oficio desde abajo, como hizo el patrón de Arturo Barea en sus tiempos. En ambos casos, el final era siempre el mismo. Al acercarse a la edad adulta, al cumplir los 25 años, el dependiente de comercio abandonaba la tienda de su patrón, ya para retornar al pueblo con su bolsa de dinero, ya para intentar abrir su propio establecimiento. Y así seguía siendo en 1930 para los que seguían viviendo en las trastiendas y en los cuartos traseros de los comercios; casi ninguno de ellos superaban los 30 años y muy pocos los 25.

Pero la realidad del trabajo tras el mostrador iba por otro lado y esos criados de tienda que vivían con su empleador ya eran una minoría. Ahora la figura dominante en el sector eran los empleados de comercio que dormían en sus casas, porque tenían un sueldo con el que se podían permitir pagar un alquiler. Con ellos la vida laboral del dependiente se transformó, porque ya no era necesario convertirse en patrón para poder sacar una familia adelante. Con las 2.700 pesetas que cobraba Antonio Iglesias por su trabajo en la mercería se podía vivir decentemente; incluso se podía envejecer con comodidad. Y así era posible ver que, cómo siendo un mero mozo en una tienda se podía trabajar más allá de los 30, de los 40 o hasta de los 50 años.

Gráfico 12.6: Edades de los trabajadores en el comercio (dependientes y empleados) del Ensanche Norte, 1930



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

El que el empleo en el comercio hubiese dejado de ser un trabajo de juventud para convertirse en un trabajo de por vida no sólo era consecuencia de los altos salarios. También estaba causado, y seguramente con más responsabilidad, por las profundas transformaciones que estaba experimentando el negocio del comercio en Madrid. A los trabajadores de las tiendas les estaba sucediendo lo que sufrían desde hacía décadas a los trabajadores manuales. A éstos, con la irrupción de la industrialización se les había

hecho cada vez más difícil cumplir el sueño artesanal de culminar sus carreras profesionales, de empezar siendo aprendices, continuar como oficiales y acabar como maestros de su propio taller. Las fábricas habían abierto una fosa entre el industrial que tenía dinero para crear las instalaciones y los operarios que trabajaban en ellas. La modernización del comercio produjo consecuencias similares a las del desarrollo fabril. Pasar de dependiente de comercio a propietario de tienda resultaba complicado.

Era fácil si uno quería abrir un establecimiento de ultramarinos o una carbonería en la que, además de trabajar él, lo hicieran la mujer, los hijos y los sobrinos a los que no había que pagar un salario. Pero no lo era si lo que se quería era montar un negocio próspero de tejidos o de venta de cosméticos. Para eso había que competir con grandes comerciantes como los que habían fundado los Almacenes Madrid-París en la Gran Vía o los bazares cada vez más grandes del centro de la ciudad. Para eso había que invertir en un local caro y espacioso y habría que gastar dinero en campañas de publicidad que aseguraran ventas baratas. Para eso había que pagar sueldos a los empleados que podían acercarse a las 3.000 pesetas anuales, porque a lo mejor el antiguo tendero no quería que su hijo dejara los estudios a los 12 años y se pusiera a trabajar junto a él en el negocio familiar. Los esfuerzos eran muchos y quizá era mejor seguir cobrando esas 2.700 pesetas que, por ejemplo, Antonio Iglesias cobraba en la mercería de la calle Carranza y que sus hijas hiciesen lo que quisieran en el futuro.

La carrera como empleado en el comercio se hizo más larga, incluso eterna, pues el sueño de abrir una tienda propia se hizo cada vez más lejano y hasta imposible. Pero este alargamiento se vio compensado por las mejoras en las condiciones laborales. Y no sólo porque ahora un empleado de tienda recibiera un salario más alto del que podía haber tenido sólo una generación anterior, sino también porque en el cada vez complejo y sofisticado negocio del comercio madrileño se abrían nuevas posibilidades de promoción laboral. Ser empleado de comercio en 1930 no significaba estar condenado a estar de por vida detrás de un mostrador o a ejercer de chico de los recados por toda la ciudad. En los establecimientos más modernos, en aquellos en que los trabajadores se contaban por decenas y en los que los volúmenes de ventas ya alcanzaban niveles masivos, el negocio de comprar y vender mercancías se había hecho cada vez más complicado y había exigido la aparición de profesionales especializados en funciones cada vez más diversas. A un bazar de cierto tamaño o a unos grandes almacenes ya no le bastaban sólo unos cuantos muchachos que despacharan la mercancía o que la llevaran a casa de los clientes. El mejor ejemplo lo ofrecía los *Almacenes Madrid-París*, el primer gran centro comercial madrileño, equivalente a un *Harrod's* londinense o un *Printemps* parisino, que había abierto sus puertas en 1924 y cuyos empleados en 1930 sumaban varias centenas³⁸.

Los 24 trabajadores de los *Almacenes Madrid-París* que residían en el Ensanche Norte en 1930 muestran cuán diversas podían ser las condiciones laborales dentro del establecimiento comercial de la capital española que más trabajadores tenía contratados. Al igual que en el caso de los talleres de fundición de Richard Gans o en la fábrica de perfumería Gal, en la plantilla de Madrid-París se hacía visible que el gran tamaño del negocio no implicaba necesariamente una pérdida de status de sus trabajadores. El éxito económico de la empresa no se conseguía con una extrema explotación de sus empleados, al menos en este caso. Claro que, como en todos los negocios, el recién llegado cobraba poco; V. Ruiz, que a sus 21 años debía de llevar poco trabajando en *Madrid-París* y que era uno de los trabajadores más jóvenes de los grandes almacenes, desempeñaba la tarea de dependiente de comercio, seguramente atendiendo

³⁸ 416 según el censo electoral obrero de 1932 que ya ha sido utilizado y que aparece recogido en JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931.1934... Ob. Cit.* pp. 441-444.

directamente al público. Por lo que él señalaba en el padrón, su salario tenía la consideración de un jornalero, pues decía cobrar 5 pesetas por día trabajado, una cifra similar a los trabajadores sin cualificar de la construcción, que solían percibir alrededor de 6 pesetas³⁹. Por supuesto era mucho más de lo que cobraba un dependiente de una tienda de ultramarinos que siguiera en el régimen patriarcal de los tiempos antiguos, durmiendo en casa de su patrón y cobrando parte de su sueldo en especie. Pero es que, además V. Ruiz podía contar con la esperanza de poder llegar algún día a cobrar mucho más, como lo hacían otros empleados de la plantilla de los Almacenes Madrid-París.

Tabla 12.2: Trabajadores de los Almacenes Madrid París con residencia en el Ensanche Norte en 1930.				
nombre	edad	sexo	cargo en la empresa	suelo
A. Sanz	19	v	empleado	125 (m)
N. González	19	v	empleado	
J. Manuel Mediante	20	v	dependiente de comercio	
P. del Castillo	20	v	empleado oficinas de Madrid París	110 (m)
V. Ruiz	21	v	dependiente de comercio	5 (d)
E. Salinas Gálvez	25	v	dependiente	1.700
A. Dafance	26	m	empleada de comercio	2.400
E. Cabrera Rivera	27	m	dependiente de comercio	1.600
Fernando Fernández Rodríguez	27	v	chofer	3.000
N. González	28	m	empleada	6 (d)
snf	29	v	dependiente de comercio	
Millán Arce Fernández	32	v	empleado	4.200
Luís Rodríguez Ontiveros	33	v	dependiente de comercio	
Isidro Merisa Pardo	35	v	dependiente de comercio	350 (m)
Vicente Martín Martín	36	v	mozo	
snf	37	m	empleada	3.000
Enrique Fernández Pérez	37	v	obrero	
Juan Ramón Hermoso Balño	38	v	empleado de comercio	8.400
Rafael Morales López	39	v	dependiente de comercio	4.200
Fernando Gonzalo Hernando	39	v	Empleado	6,5 (d)
Francisco Yust García	43	v	empleado de comercio	9.000
Mariano Barrero González	45	v	empleado	3.900
José Furlan Pogay	57	v	oficial modisto	9.600
Aquilino Dafance Herrejón	60	v	empleado de comercio	8.400

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930. Leyenda: snf (sin nombre facilitado); sexo: v (hombre), m (mujer); sueldos: (m) – salario mensual; (d) – salario diario; el resto de los salarios son anuales.

En el gran establecimiento de la Gran Vía se podían encontrar trabajadores que, aun presentándose como meros dependientes de comercio, percibían un sueldo cuya cuantía era similar a los de los empleados de la Administración Pública de un cierto rango. Isidro Merisa, de 35 años, era uno de ellos. Cobraba 350 pesetas al mes (4.200 al año), una cifra que era muy similar, por ejemplo, a la que cobraban por aquel entonces los nietos de Benigno Castro, que habían ido a la Universidad a estudiar Farmacia y Medicina respectivamente y estaban empleados ambos en el Laboratorio Municipal del Ayuntamiento (Higinio tenía un sueldo de 5.850 pesetas anuales y Emilio de 3.250). Si

³⁹ Los datos de V. Ruiz a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930, caso nº 4.609 - Balmes.

en los Almacenes Madrid-París un dependiente de comercio podía estar tan bien recompensado como Isidro, era porque el negocio del comercio había alcanzado una gran complejidad en aquel establecimiento. Pues, además de dependientes para atender al público, entre sus trabajadores debían existir encargados que coordinaran cada uno de los departamentos en que se dividían los almacenes, que se ocuparan del diseño en los escaparates, en garantizar que los pedidos que llegaban salieran a la venta o de atender los pedidos concretos de los clientes o sus reclamaciones. Isidro Merisa bien podía ser uno de estos jefes que organizara el trabajo de los dependientes del más bajo escalafón y de ahí su sueldo fuera más elevado⁴⁰.

No todo el trabajo de los Almacenes Madrid-París se hacía en las grandes salas del establecimiento, a la vista del público. Un centro comercial que se vanagloriaba de tener todo tipo de productos llegados de todos los rincones del país y del mundo, necesitaba empleados en sus oficinas que se encargaran de hacer el seguimiento de las mercancías que se habían comprado. También de agentes de comercio que viajaran, examinaran las mercancías y cerraran los tratos con las empresas que las producían y se las suministraban. Para poner en marcha las novedosas campañas de promoción de los almacenes Madrid-París (la semana de la ropa blanca, por ejemplo) o los días dedicados a rebajas, era necesario que previamente los contables elaboraran los presupuestos para garantizar que serían operaciones rentables⁴¹. También debían ocuparse de organizar los pagos de las nóminas de una plantilla que superaba las 400 personas. Y en fin, también estaban los que se encargaban de contratar anuncios en los periódicos, los que diseñaban el funcionamiento general de la tienda, los que buscaban los modistos que estaban empleados a sueldo de *Madrid-París* y tantos otros trabajadores más.

Aquilino Dafance cuyo salario de 8.400 pesetas, era tan alto como el de un catedrático de instituto⁴², debía de formar parte de este tipo de empleados de Madrid París. Probablemente el trabajo de Aquilino se realizara delante de una mesa de despacho y no tras un mostrador, pero no por ello dejaba de ser un trabajador del comercio. Y es que en Madrid, en 1930, el comercio, ya no sólo era una actividad que se realizaba en pequeñas tiendas de ultramarinos, en despachos de pan y en tabernas que relacionaba al comerciante de una calle con sus vecinos. El comercio madrileño era también el de las masas que desde cualquier rincón de la ciudad acudían hasta la Gran Vía, la flamante arteria que atravesaba su casco antiguo, para admirar en los escaparates de los Grandes Almacenes Madrid-París los productos que ya habían visto anunciados en los periódicos. Tampoco en Madrid se compraban y vendían sólo pan, carbón, vinos y el resto de los artículos estrictamente necesarios para la subsistencia, sino que también llegaban a sus comercios los nuevos artículos que salían en serie de las fábricas, que podían ser lo mismo telas que perfumes, accesorios de automóviles o máquinas de coser y que eran comprados no por un pequeño grupo de privilegiados que pertenecían a la elite de la sociedad, sino por una masa creciente de clientes salidos de las clases medias y las clases populares. Y, finalmente, en el trabajo del comercio madrileño, ya no eran los únicos ni los principales actores los horteras de los que tantas estampas se habían pintado en la literatura costumbrista, aquellos muchachos a medio camino entre el criado doméstico y el aprendiz de artesano que vivían sometidos a la autoridad de su

⁴⁰ Los datos de Isidro Merisa a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930, caso nº 2.493 – Balmes.

⁴¹ Sobre estas novedosas estrategias de venta informa RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: *“Quien no anuncia...” Ob. Cit.* pág. 47 y ss.

⁴² Luís Crespí Jaume, que en aquel año de 1930 figuraba en el padrón del Ensanche Norte como catedrático del prestigioso Instituto-Escuela, registraba un sueldo anual de 7.000 pesetas, que era incluso inferior. Datos a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 2.168 – Luchana.

patrón esperando tomar el relevo algún día para ser jefes de su propio establecimiento. Un nuevo tipo de trabajador los había sustituido; eran los empleados de comercio, que habían mejorado sus condiciones laborales y sus salarios, que se habían liberado del yugo de la autoridad de sus patrones y que habían diversificado y especializado las tareas que realizaban a rebufa de las transformaciones de las estructuras y prácticas comerciales de la capital española.

Madrid, en 1930, se había convertido en una moderna capital comercial del país que capitaneaba. Era el centro donde confluían los flujos de mercancías que manaban de fuentes repartidas por toda España. Los agentes de negocios y los viajeros de comercio se encargaban de traer hasta sus calles todo tipo de artículos elaborados en lugares cercanos y lejanos, los primeros agentes de publicidad de darlos a conocer entre la gran masa de clientes que componía la ciudad, los comerciantes al por mayor de distribuirlos entre pequeños establecimientos y grandes bazares y los dependientes de comercio de despacharlos al público. Pero Madrid no era la capital económica española por esta capacidad de succionar y consumir productos del resto del país, sino sobre todo por la función que realizaban otro tipo de trabajadores, sentados en oficinas y trabajando con papeles y sin entrar en contacto con las mercancías. Eran los empleados de empresas que proporcionaban servicios y no productos, que cerraban operaciones comerciales y coordinaban negocios que no iban destinados a vender la producción madrileña ni a satisfacer su consumo, sino a las grandes operaciones de coordinación que necesitaba una economía española cada vez más compleja. Eran los integrantes de ese mundo de servicios cada vez más pujante y que constituía el rasgo diferencial del mercado laboral madrileño.

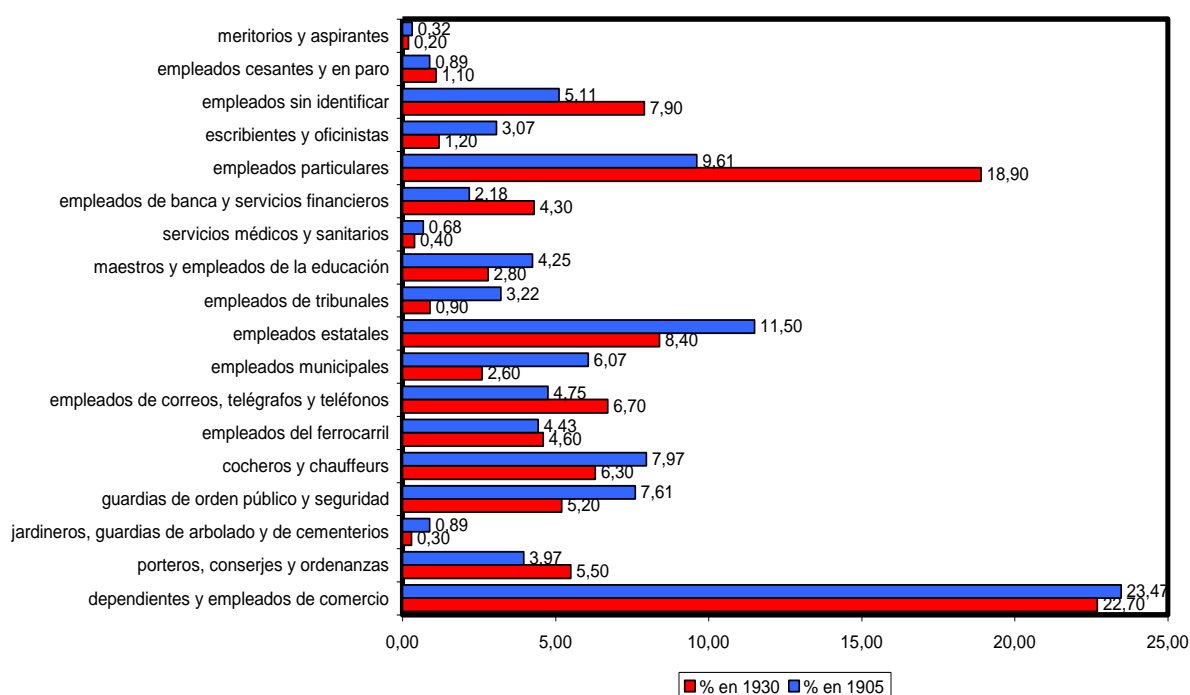
Proletarios de cuello blanco y profesionales distinguidos: el pujante mercado laboral de la empresa privada en el Madrid de 1930

Cuando Arturo Barea abandonó su trabajo en *La mina de Oro*, indignado por el cachete que había recibido de su patrón, y se lo contó a su madre, ésta le dijo que no se preocupara, que ya encontrarían otra tienda en Madrid donde pudiera emplearse. Arturo todavía era joven; muy joven. Apenas tenía doce años. En la ciudad había centenares de negocios más en los que trabajar y otros muchos oficios que todavía podía aprender para hacerse un hueco en la vida adulta. Además, el tiempo dio un respiro a la familia de Arturo. Las cosas ya no les iban tan mal y no era urgente que el niño se pusiera a trabajar. Podía aprovechar para estudiar un poco más y esperar a que surgiera una oportunidad laboral un poco mejor, que no le hiciera pasar las penurias que había experimentado en la tienda de la calle del Carmen. Esa oportunidad llegó pronto; don Julián, un amigo de la familia que trabajaba en el Banco *Le Crédit Étranger*, les sugirió que Arturo podría, con su ayuda y recomendación, intentar entrar como empleado en las oficinas de aquella empresa. Para ello, el muchacho debería estudiar un poco de contabilidad, aprender a escribir a máquina y adquirir conocimientos de taquigrafía. Tendría que pasar un examen de ingreso en el propio banco que, si aprobaba, le daría acceso a un puesto de meritorio. Luego ya se vería. Si las cosas iban bien, si Arturo se sabía desenvolver en el trabajo, podría acabar empleado en el banco de por vida, como don Julián, que ya llevaba veinte años asalariado allí⁴³.

⁴³ La descripción de los estudios para la entrada en el banco, el paso del examen de ingreso y su tiempo como empleado allí en la Segunda parte, capítulos III “Retorno al colegio”, IV “Trabajo”, VI “Futuro”, en BAREA, Arturo: *La forja*, Barcelona, DeBolsillo, 2006 (edición original de 1941), los capítulos en pp.229-261 y 284-302.

Arturo afrontó con decisión la nueva puerta que se le abría para el futuro. Los meses siguientes los pasó absorto en la preparación de aquel examen del banco que podía proporcionarle un nuevo destino en su vida. Volvió a las Escuelas Pías de San Antón de la calle Mesón de Paredes, donde había estudiado la primaria y donde los curas ofrecían clases de comercio gratuita para los niños pobres. Allí también recibió las lecciones de taquigrafía y don Julián acudía algunas tardes a su casa para ayudarle con las cuentas y enseñarle algunas cosas que le podían ser útiles en el examen. El gran día llegó y Arturo Barea se presentó en las oficinas del *Crédit Étranger* en la calle Alcalá, vestido con un traje recién comprado y tocado con un sombrero que no lograban ocultar que aún era un niño. Tras haber recorrido los pasillos del edificio, grande y lujoso como el joven Arturo nunca había conocido, en una sala, junto al jefe de personal, tuvo que rellenar un dossier con sus datos. Más tarde llegó el examen, en el que tuvo que realizar unos cuantos ejercicios prácticos: copiar al dictado una carta en la máquina de escribir y otra a mano, examinar unas cuantas facturas y realizar un informe sobre una casa comercial de Lugo que era cliente del banco. A los tres días de aquella prueba, el niño recibía con emoción una carta de la dirección del banco en la que se le informaba de “que don Arturo Barea pasará a prestar sus servicios [al *Crédit Étranger*] el próximo 1 de agosto de 1911”. Era su definitiva entrada en la vida adulta, pues como recordaba con orgullo treinta años después, al escribir sus memorias, entonces “me faltaban aún tres meses para cumplir catorce años, pero soy ya empleado de una de las primeras casas de banca del mundo.”⁴⁴

Gráfico 12.7: sectores de ocupación de los empleados en el Ensanche Norte en 1905 y 1930



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905 y 1930.

⁴⁴ BAREA, Arturo: *La forja...* Ob. Cit., pp. 241-242.

Arturo Barea se estaba introduciendo en uno de los ámbitos laborales que más dinamismo y vigor en su crecimiento demostraban dentro del heterogéneo sector servicios del primer tercio del siglo XX. El tipo de empleado que más creció en aquellos años en Madrid fue el del empleado particular, que pasaron de representar poco menos del 10% entre todos los trabajadores de cuello blanco del Ensanche Norte en 1905, a aglutinar casi el 19% en 1930. Los empleados particulares eran todos aquellos que trabajan en empresas privadas, no estatales, dedicadas a muy diferentes tipos de negocio, que podían estar relacionados tanto con la importación y comercialización de ciertos productos dentro de España (Campsa, por ejemplo) como ser agencias de información o empresas editoriales (la Agencia Fabra o la Editorial Calpe destacaban entre las que más empleados tenían en Chamberí). En realidad, los trabajadores de la banca eran también, en su gran mayoría, empleados particulares. Pero su gran número y su peso específico les hacía merecedores de ser considerados como un tipo de trabajador con entidad propia y que puede servir de buen ejemplo de cómo evolucionó en aquellos años el mercado laboral madrileño vinculado a la economía de servicios.

Tabla 12.3: Sectores de ocupación de los empleados del Ensanche Norte en 1905 y 1930					
Sectores de ocupación	profesiones	1905	% en 1905	1930	% en 1930
Comercio	dependientes y empleados de comercio	657	23,47	2.584	22,70
porteros, jardineros y guardias de seguridad	porteros, conserjes y ordenanzas	111	3,97	627	5,50
	jardineros, guardias de arbolado y de cementerios	25	0,89	38	0,30
	guardias de orden público y seguridad	213	7,61	596	5,20
transportes y comunicaciones	cocheros y chauffeurs	223	7,97	721	6,30
	empleados del ferrocarril	124	4,43	520	4,60
	empleados de correos, telégrafos y teléfonos	133	4,75	761	6,70
servicios públicos	empleados municipales	170	6,07	292	2,60
	empleados estatales	322	11,50	958	8,40
	empleados de tribunales	90	3,22	98	0,90
	maestros y empleados de la educación	119	4,25	318	2,80
	servicios médicos y sanitarios	19	0,68	46	0,40
sector privado	empleados de banca y servicios financieros	61	2,18	490	4,30
	empleados particulares	269	9,61	2.150	18,90
	escribientes y oficinistas	86	3,07	134	1,20
sin especificar, cesantes y meritorios	empleados sin identificar	143	5,11	894	7,90
	empleados cesantes y en paro	25	0,89	120	1,10
	meritorios y aspirantes	9	0,32	22	0,20
total	Total	2.799	100,00	11.369	100,00

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1905 y 1930.

El aumento de los trabajadores de la banca en el Madrid del primer tercio del siglo XX era una expresión del importante desarrollo del sistema financiero español en aquel tiempo. Fueron en estos años cuando los bancos españoles entraron en su madurez y adquirieron rasgos de una organización moderna, acordes al desarrollo económico que había alcanzado el país en el que actuaban. Para Madrid ese desarrollo bancario trajo importantes repercusiones en su actividad económica; fue entonces cuando se consolidó

como la capital del capital español, el indiscutible punto de referencia financiero del país, tanto por la actividad del Estado como por el de las entidades privadas⁴⁵.

La evolución de la banca española en la Restauración ha sido bien y profusamente descrita por los historiadores económicos como también lo ha sido el papel específico que jugaba Madrid en el sistema financiero. Hasta el cambio de siglo, Madrid había sido capital del capital fundamentalmente por su condición de sede del gobierno⁴⁶. En primer lugar, porque gran parte de la actividad de la banca privada se centraba en la financiación del Estado y Madrid había atraído a agentes y banqueros dedicados a la compra y venta de Deuda Pública. Siendo sus negocios importantes, también hay que destacar el escaso impacto que la actividad financiera privada tenía en el mercado laboral de la ciudad. Los bancos privados de finales del siglo XIX seguían siendo, en muchos sentidos, bancos de provincias, cuya actividad y vida económica, al margen de la financiación del Estado, giraba en torno a la ciudad o la región en la que habían nacido. Así, algunos de los que luego serían futuros grandes bancos españoles y protagonistas de las finanzas nacionales, aún permanecían reclusos en sus lugares de origen, como el banco de Bilbao o el Banco de Vizcaya⁴⁷. El trabajador de la banca madrileña anterior a 1900 era, en gran medida, un trabajador del Banco de España, cuyo desarrollo había sido el segundo factor y el que más decisivamente había contribuido a forjar la capitalidad financiera de Madrid.

El Banco de España adquirió su posición hegemónica dentro del sistema financiero español en las primeras tres décadas de la Restauración, periodo en el que se reafirmó el monopolio de emisión de moneda y de billetes por el Estado. Emergió en aquella época como la institución llamada a garantizar una suficientemente fluida circulación de capitales dentro de un mercado español cada vez más integrado. Pero al mismo tiempo, el Banco de España también se fue convirtiendo en aquellos años en la principal entidad por el volumen de los capitales depositados en sus arcas. En 1900, el Banco de España concentraba el 75% de todos los depósitos de capital españoles⁴⁸. Se podía así considerar que el sistema bancario español se caracterizaba, por aquel entonces, por ser un tanto macrocefálico y ofrecer un cierto predominio público, por el gran protagonismo que acaparaba el Banco de España. Lo era desde luego en Madrid, sobre todo en su mercado laboral, en el que ya se ha visto que a principios del siglo XX, era el que mayor número de empleados tenía en el Ensanche Norte⁴⁹, muy por encima de los que tenían otras entidades.

A partir de 1900, los protagonistas de la evolución en el sistema financiero español fueron los bancos privados. Dos fenómenos se solaparon en este periodo. Por un lado la conversión definitiva del Banco de España en banco central, en banco de bancos, más dedicado a la coordinación de todo el sistema financiero que en otras tareas

⁴⁵ SANZ GARCÍA, José María: *Madrid, ¿Capital del capital español? Contribución a la geografía urbana y a las funciones geoeconómicas de la Villa y Corte*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1975.

⁴⁶ TORTELLA CASARES, Gabriel: "Madrid, capital del capital durante La Restauración" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, Vol. 1, pp. 337-349.

⁴⁷ TEDDE DE LORCA, Pedro: "La banca privada española durante la Restauración" en TORTELLA CASARES, Gabriel (dir.): *La Banca española en la Restauración*, Madrid, Servicio de Estudios del Banco de España, 1974, vol. 1 pp. 217-455.

⁴⁸ TORTELLA CASARES, Gabriel y GARCÍA RUIZ, José Luis: "Trayectorias divergentes, paralelas y convergentes: La Historia del Banco Hispano americano y del Banco Central, 1901-1965" en HERNÁNDEZ ANDREU, Juan y GARCÍA RUIZ, José Luis (comp.): *Lecturas de Historia empresarial*, Madrid, Editorial Civitas, 1994, pp. 401-427.

⁴⁹ Véase capítulo 7.

que quedaron reservadas para la banca privada. Esto fue especialmente visible en el reparto de los depósitos de capital. Si en 1900 el Banco de España acaparaba el 75% de todos los depósitos españoles, en 1913 esa proporción se había reducido al 60% y en 1934 tan sólo era del 20%⁵⁰. El Banco de España estaba dejando de ser usado por los particulares para custodiar sus ahorros, pues tenían otras empresas e instituciones donde hacerlo: los bancos privados. El segundo fenómeno que alimentó la transformación del sistema financiero español y su expansión fue el cambio de orientación en las operaciones financieras de la banca privada. Los bancos privados crecieron no sólo porque asumieran todas esas actividades, como la custodia del ahorro particular, que les dejaba el Banco de España, cada vez más centrado en su papel institucional. El crecimiento de entidades particulares también se produjo por su cada vez más acusada orientación como banca mixta que ya no sólo se dedicaba a la financiación del Estado sino que también comenzaba a realizar operaciones de inversión, especialmente en la industria⁵¹.

Esta transformación y expansión de la banca privada se sustanció en diversas fundaciones de entidades financieras y en otros acontecimientos que tuvieron impulsos de diferente naturaleza pero que encontraron en Madrid su escenario privilegiado. El primero de estos acontecimientos fue la creación del Banco Hispano Americano, cuya apertura se produjo en enero de 1901. Su nacimiento era una de las consecuencias de la pérdida de los restos coloniales españoles, ya que los capitales repatriados de Cuba y Puerto Rico, fundamentalmente, fueron el origen del banco⁵². El objetivo inicial del Banco Hispano Americano era dedicarse a las operaciones entre España y el continente americano donde aún actuaba un gran número de empresarios españoles, ya como inversores, ya como comerciantes. Por eso no era extraño, que en un comercio que se resolvía en parte a través de las telecomunicaciones y en el que tenía una gran importancia la mediación del gobierno, por tratarse de transacciones internacionales, el nuevo banco abriera sus puertas en Madrid, donde se encontraban los centros neurálgicos del sistema de correos, telégrafos y teléfonos y donde residía el poder político.

Otra gran fuerza decisiva en la expansión de la banca privada fue el empuje industrial de los años de la Primera Guerra Mundial, momento en que surgieron los primeros bancos de inversión en la producción fabril. Para que las fábricas españolas fueran competitivas en un mercado internacional, se hacían necesarias importantes inversiones. En la industria moderna se hacía necesario invertir tanto en las instalaciones y en la maquinaria como en los gastos corrientes que había que afrontar en la puesta en marcha de empresas en las que los trabajadores y los salarios se contaban por cientos y por miles. Ya no era posible que las empresas las fundara un industrial particular o un pequeño grupo de inversores; por eso surgieron entidades como el Banco de Crédito Industrial, creado en 1920 y que, aunque era público, su función primordial era el fomento de la actividad industrial privada, facilitando los medios económicos para crear nuevas fábricas y negocios⁵³. Las entidades privadas, tanto las que ya existían como las que se fueron fundando, siguieron la estela del Banco de Crédito Industrial y situaron una proporción cada vez mayor de sus recursos en préstamos para crear grandes empresas.

⁵⁰ TORTELLA CASARES, Gabriel y GARCÍA RUIZ, José Luis: "Trayectorias divergentes... *Ob. Cit.*

⁵¹ TORTELLA CASARES, Gabriel y JIMÉNEZ, Juan Carlos: *Historia del Banco de Crédito Industrial*, Madrid, Alianza Editorial - Banco de Crédito Industrial, 1986.

⁵² TORTELLA CASARES, Gabriel y GARCÍA RUIZ, José Luis: "Trayectorias divergentes... *Ob. Cit.*

⁵³ TORTELLA CASARES, Gabriel y JIMÉNEZ, Juan Carlos: *Historia del Banco de Crédito ... Ob. Cit.*

Lo mismo como para la banca de inversión pública como para la privada resultaba lógico instalar sus oficinas y organizar sus operaciones en Madrid, a pesar de que la actividad industrial concreta que estuvieran financiando se realizara a muchos kilómetros. El caso de Campsa es un buen ejemplo, porque además representa un tipo muy característico de la forma que adquirió la gran empresa española de la época⁵⁴. La importación y comercialización de petróleo en España hasta 1927 se había hecho en condiciones de libre concurrencia y había sido copado por las grandes multinacionales como la Vacuum Oil, la Standard Oil de New Jersey, la Royal Dutch Shell o la Pure Oil Company de Ohio. La dictadura de Primo Rivera y su ministro de Hacienda, Calvo Sotelo, en su ánimo de participar en aquel succulento negocio a través de una gran empresa española, decretó el monopolio estatal sobre el petróleo y organizó un concurso para su arrendamiento. Ese fue el origen de Campsa, Compañía Arrendataria del Monopolio de Petróleos Sociedad Anónima, la empresa que ganó el concurso, en cuya formación habían participado prácticamente todos los grandes bancos del momento como el Banco de Urquijo, el de Bilbao y el de Vizcaya, el Banco Hispano Americano, el Español de Crédito y otros muchos más⁵⁵.

Para la formación de una gran empresa como Campsa fue imprescindible la coordinación de los bancos españoles más importantes y eso sólo se podía producir si su contacto era rápido y fluido. En una economía en que los flujos de capital eran cada vez más caudalosos y veloces, el contacto entre los bancos debía de ser cada vez más estrecho. Los responsables y directores de las entidades financieras lo sabían y por eso desde hacía años habían buscado la proximidad. Para ello se habían dado cita en Madrid, donde fueron instalando sus sedes centrales, en algunos casos, y gran parte de sus oficinas en el resto⁵⁶. Esta inmigración del gran capital hacia Madrid tuvo un impacto que fue espectacular en lo arquitectónico. Algunos de los edificios más grandiosos que se construyeron en aquellos años en la capital española fueron las oficinas de los grandes bancos que, para inspirar confianza y respeto en sus clientes y competidores, buscaron los lugares más prestigiosos de la ciudad. Así se formó la *city* financiera madrileña, un triángulo de oro con vértices en la Puerta del Sol y las plazas de Cibeles y de Neptuno y a lo largo de cuyos lados se acumulaban bancos, empresas de seguros, agencias de bolsa y grandes casas comerciales que impresionaban tanto por el nombre de las empresas, conocidas por todos, como por su gran altura, por sus lujosos materiales y las llamativas esculturas que coronaban sus fachadas.

La irrupción de los nuevos bancos que copaban las calles de Alcalá y la Carrera de San Jerónimo también repercutió en el mercado laboral madrileño, pues se multiplicaron el número de empresas y de puestos laborales asociados a las finanzas que se ofrecían a los trabajadores madrileños. El trabajo en la banca fue más abundante y experimentó profundas transformaciones en los perfiles laborales y sociales de sus profesionales. Para empezar el empleado de banca madrileño había dejado de ser un trabajador frecuentemente cercano al funcionariado, pues ya no era el Banco de España la institución que empleaba a la gran mayoría de ellos. El banco central del Estado, el banco de bancos, continuaba siendo el que más trabajadores tenía, al menos entre los empleados bancarios del Ensanche Norte, pero era seguido de cerca por los grandes

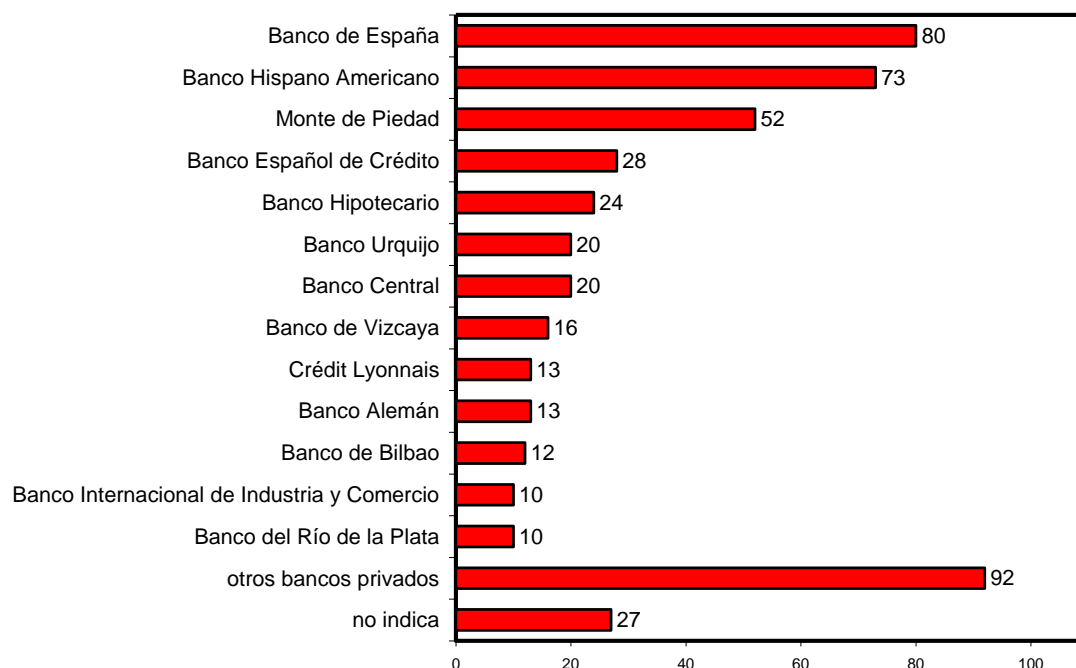
⁵⁴ El origen de CAMPSA y su formación a partir de un grupo de inversión bancaria TORTELLA CASARES, Gabriel: "El monopolio de petróleo y CAMPSA, 1927-1947" en HERNÁNDEZ ANDREU, Juan y GARCÍA RUIZ, José Luis (comp.): *Lecturas de Historia empresarial*, Madrid, Editorial Cívitas, 1994, pp. 265-302.

⁵⁵ TORTELLA CASARES, Gabriel: "El monopolio de petróleo... *Ob. Cit.*

⁵⁶ SANZ GARCÍA, José María: *Madrid, ¿Capital del capital español? Contribución a la geografía urbana y a las funciones geoeconómicas de la Villa y Corte*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1975

bancos privados, como el Banco Hispano Americano o por otras instituciones de crédito como el Monte de Piedad.

Gráfico 12.8: Distribución de los empleados de banca por entidades. Ensanche Norte 1930



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

La banca privada, en su expansión y crecimiento en el Madrid del primer tercio del siglo XX generó muchos empleos que antes no existían, ofreciendo una nueva forma de ganarse la vida a una buena porción de habitantes, de forma similar a como lo habían hecho algunos oficios públicos u otros sectores que habían tenido un desarrollo más temprano, por ejemplo, los telégrafos a finales del siglo XIX⁵⁷. Lo más importante de estos puestos de trabajo era que, por su novedad y su número, se convertían en un campo para el desarrollo profesional, que no sólo estaba abierto para las clases medias, para los hijos de otros empleados de banca o de profesiones similares. También podían acceder a estos nuevos trabajos los jóvenes que eran de extracción social más humilde y que, en otra época, se habrían dedicado a otra cosa, al trabajo manual o a otros sectores del sector servicios con menos prestigio social, como el de la dependencia de comercio. En ese sentido, el de Arturo Barea era un caso ejemplar. A pesar de que a lo largo de su relato de las experiencias laborales en el *Crédit Étranger* son numerosas las ocasiones en que menciona sus esfuerzos por ocultar que era un hijo de lavandera, lo cierto es que no tenía por qué avergonzarse de sus orígenes humildes. Muchos de sus compañeros los tenían también, o al menos no todos procedían de un mundo tan acomodado como se imaginaba Barea, como tampoco el tipo de tareas que los ocupaban en las horas de oficina eran ya las mismas que habían desempeñado los empleados de banca antiguamente.

El trabajo en los bancos cambió radicalmente entre 1900 y 1930. Lo hizo porque los negocios de los que vivían las empresas financieras eran distintos desde que habían

⁵⁷ Un sector que ya ha sido analizado en el capítulo 7 de esta investigación.

decidido lanzarse a la inversión industrial y, sobre todo, porque el mayor volumen de actividad las convirtió en empresas con grandes concentraciones de empleados, en las que las formas de organizar el trabajo cotidiano era muy diferente a cómo había sido antes del cambio de siglo. Igual que en muchos sectores del trabajo manual se había experimentado una revolución al pasar del pequeño taller a la gran fábrica, en el trabajo en la banca, la aparición de las grandes empresas financieras había sepultado el tipo de trabajo que se realizaba antes, cuando los bancos se reducían a una pequeña oficina con un puñado de contables. Quizá encontrar una fábrica con centenares de operarios no fuera tan fácil en Madrid como en Barcelona, pero lo que sí se podían encontrar en las calles de la capital era una buena cantidad de empresas en las que los oficinistas entraban por sus puertas a cientos para aplicarse a un trabajo que, en su forma de estar organizado, no se distinguía demasiado del que se realizaba en la industria. Y no hubo esperar para ver este fenómeno hasta 1930; ya en 1911, cuando Barea sitúa su contratación en el *Crédit Étranger*, existían bancos en Madrid cuyas rutinas laborales y las formas de encuadrar a sus trabajadores permitían asimilarlas a las empresas modernas del siglo XX.

Las primeras experiencias laborales de Barea en el *Crédit Étranger* expresan el gran choque entre la imagen del trabajo en la banca que se había hecho aquel joven muchacho, y que probablemente se nutría de lo que había sido ser empleado de finanzas en el pasado, y la realidad por la que transitaba aquella profesión ya en 1911. “*Estoy verdaderamente desilusionado*” – decía Barea. “*El día que vine a trabajar por primera vez, mientras esperaba al jefe de personal que había de destinarme, pensaba que dentro de pocos minutos estaría sentado en una de aquellas mesas, escribiendo a máquina o haciendo cálculos. Esos cálculos maravillosos que se hacen en un banco.*”⁵⁸ Pronto descubrió que el trabajo en un banco no era tan sublime como lo había imaginado. Lo destinaron, como meritorio, al departamento de correspondencia. Allí en los siguientes meses: “*me pasé el día subiendo y bajando escaleras. En cada negociado dejábamos la correspondencia y recogíamos la que estaba contestada. Todo el día subiendo y bajando escalones de cuatro en cuatro. ¡Todo era urgente! Por la tarde, a copiar los cientos de cartas escritas por todos los negociados de la casa. Después, a meter las cartas en sus sobres, cerrarlos, lacrar los certificados y marcharnos a cenar. Eran las diez menos cuarto de la noche.*”⁵⁹

En el fondo su trabajo era una mezcla entre el de un chico de los recados de tienda y el de un aprendiz de taller. Ni siquiera escribía a mano o a máquina, pues las cartas se copiaban con una máquina y papel de seda. ¿Para eso había conseguido él uno de los campeonatos de velocidad en “máquina ciega de doble teclado” que organizaba la casa de máquinas de escribir Yost? ¿Para eso se había aprendido también los secretos y los trucos de escribir con una Underwood? ¿Qué razón tenía haberse comprado un traje tan elegante y que tanto llamaba la atención cuando caminaba por las calles de su barrio de Lavapiés si al final iba a realizar tareas muy parecidas a cuando era dependiente de comercio, en la mercería del señor Arsenio? Ese choque entre el trabajo en la banca tal y como él había imaginado y el que se encontró, fue la primera decepción laboral de la larga serie de sin sabores que pudo experimentar en el tiempo que estuvo empleado en el *Crédit Étranger*. Aún así, también pudo comprobar muy pronto que no todos los trabajadores del banco debían afrontar unas condiciones tan duras en sus obligaciones cotidianas. Precisamente su puesto en el departamento de correspondencia, que le obligaba a correr continuamente por los pasillos de una sección a otra, le permitió

⁵⁸ BAREA, Arturo: *La forja...* Ob. Cit., pág. 245.

⁵⁹ BAREA, Arturo: *La forja...* Ob. Cit., pág. 246.

conocer la amplia gama de situaciones laborales que se daban en aquella plantilla de más de 300 trabajadores.

El joven Barea conoció departamentos en el que los trabajadores, o más bien las trabajadoras, por mucho que aquello fuera un banco, no se diferenciaban demasiado en sus padecimientos y en sus penosas condiciones laborales de las que se podían encontrar en las estampas literarias dickensianas dedicadas a las fábricas de las fases más crueles de la revolución industrial. *“Abajo, en los sótanos, hay unas habitaciones que son todo en acero. Las paredes, el techo y el suelo. Las mesas y las sillas. (...) No hay ventanas y sólo se puede trabajar con luz artificial.”* Era el departamento de títulos, en el que, a excepción del jefe, sólo trabajaban “señoritas”. *“Trabajan guardando y ordenando los títulos que depositan los clientes. Además, cortan los cupones de todos los títulos cuando llega su vencimiento para cobrarlos, y preparan las facturas para el cobro de todos los cupones que se pagan en España. Así que pasan el día con las tijeras en la mano o contando paquetes de cien cupones y relacionándolos uno por uno en las facturas de cobro.”* El trabajo monótono y en tan malas condiciones para la salud, pasaba su factura. *“Como no hay aire y todo es de hierro, la atmósfera es sofocante. Las chicas están todas pálidas y a la señorita Magdalena, que es la que lleva más años allí, le tienen que dar todos los meses tres o cuatro días de permiso.”*⁶⁰

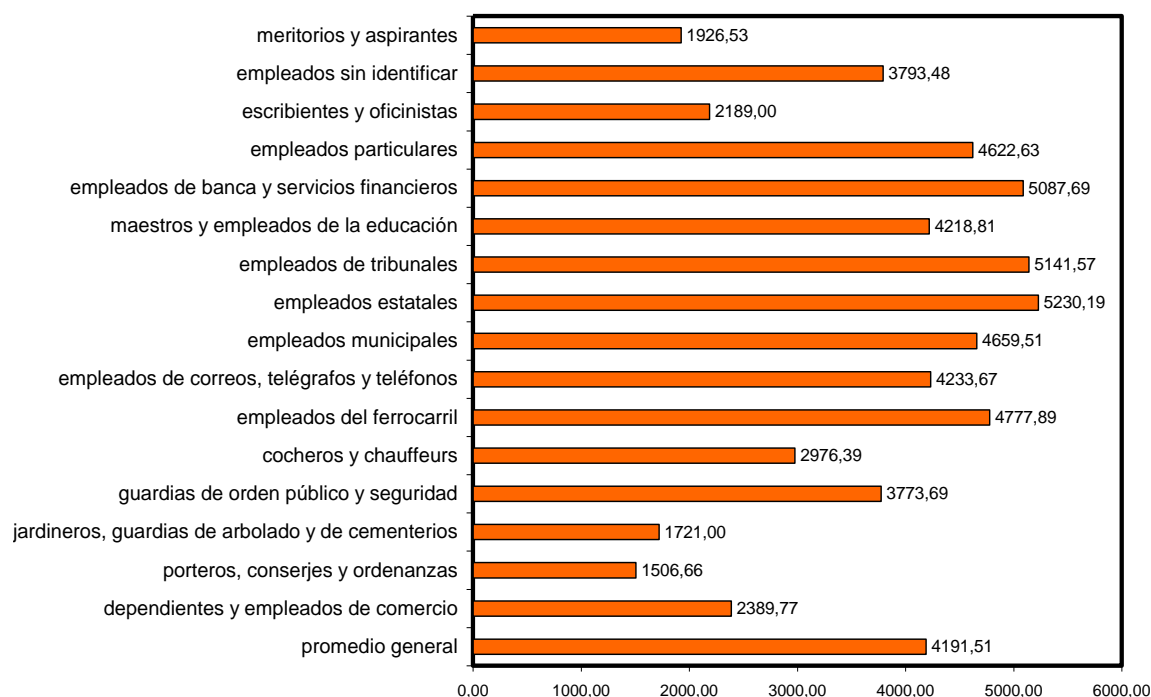
Si el departamento de títulos bien podía ser el infierno laboral, en el mismo edificio se podía encontrar el paraíso: ese era el *“negociado de acreditados [que] es la aristocracia del banco.”* Lo era por las actividades que allí se desempeñaban. *“Allí van todos los extranjeros ricos que traen cartas de crédito, y también los clientes millonarios que no deben guardar cola para cobrar un cheque, como los tenderos y otros cuentacorrentistas.”* Era el paraíso laboral también por el marco en que se desarrollaba el trabajo. *“El negociado tiene una escalera aparte para él solo, una escalera con una alfombra gruesa en lugar de linóleo como las otras, con una barandilla toda dorada. Los empleados llevan todos chaqueta y hay un salón de revistas extranjeras, con sillones enormes de cuero.”* Y finalmente era el paraíso por los privilegios y las condiciones excepcionales que disfrutaban sus trabajadores. *“Hay un empleado que es inglés, con su monóculo clavado en el ojo, que fuma constantemente tabaco rubio que huele de una manera especial. Porque en este negociado dejan fumar a los empleados [no como a los del resto, a los que perseguía el jefe de personal por los baños], la mayoría de ellos son extranjeros, y si no los dejaran fumar no vendrían a trabajar a Madrid y se quedarían en París o en Londres.”*⁶¹

En definitiva, dentro de un mismo centro de trabajo convivían empleados que pasaban la jornada sepultados por el acero y otros que lo hacían entre mullidas alfombras y sillones de cuero, unos que cortaban cupones y otros que trataban con millonarios, unos que se asfixiaban por el aire sofocante que respiraban y otros que maltrataban sus pulmones, por vicio, con tabaco rubio importado. El testimonio que ofrece Barea de la desigualdad que existía, a la altura de 1911, dentro del trabajo en la banca, en particular, y de las empresas de servicios madrileñas, en general, se mantuvo y se reforzó hasta 1930. Así lo corroboran los salarios y las situaciones laborales que ofrece el padrón del Ensanche Norte para ese año, en el que se observan como se mantenían esas desigualdades entre los empleados de banca.

⁶⁰ BAREA, Arturo: *La forja...* Ob. Cit., pág. 252.

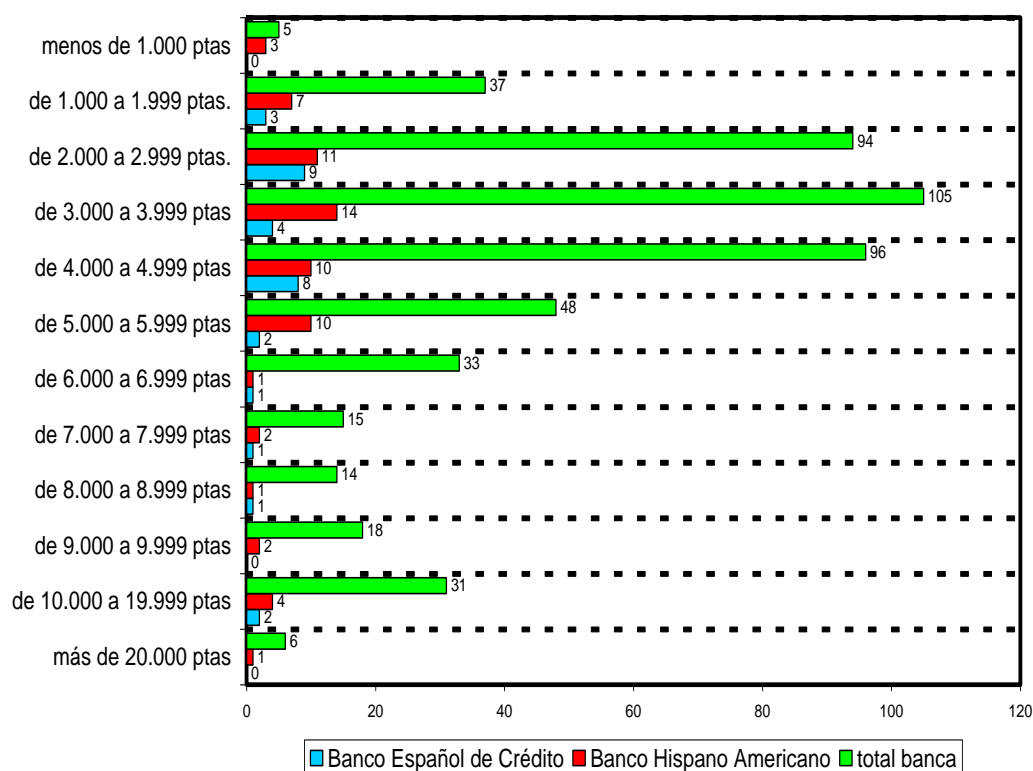
⁶¹ BAREA, Arturo: *La forja...* Ob. Cit., pág. 258.

12.9: salarios medios de los distintos grupos de empleados en el Ensanche Norte en 1930



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

Gráfico 12.10: Escala salarial de los empleados de banca residentes en el Ensanche Norte en 1930



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

Es cierto que el común de los trabajadores de la banca no se podían quejar, si se comparaban sus salarios con los de otros grupos profesionales, se podían sentir relativamente afortunados. El sueldo medio del empleado bancario (5.087 pesetas anuales) era uno de los más altos entre los trabajadores en los servicios en 1930 (4.191 pesetas), sólo superado por el de los funcionarios del Estado (5.230 pesetas) y por el de los trabajadores de los tribunales (5.141 pesetas)⁶². Aún así, esa cifra estadística, de más de 5.000 pesetas al año de sueldo, escondía las desigualdades que las medias aritméticas suelen atemperar. Si se iba al detalle, si se analizaba la escala salarial de los cientos de trabajadores de la banca madrileña, esa distinción entre dos grupos de profesionales distintos que subrayaba el relato de Arturo Barea, se hacía claramente perceptible.

En 1930, la mayor parte de los empleados de la banca se movía en un arco salarial que iba desde las 2.000 hasta las 5.000 pesetas. Comparados con los empleados del comercio, por ejemplo, gozaban de muy buenas condiciones generales e incluso de unas posibilidades de promoción bastante más prometedoras. En el caso del trabajador de tienda, era muy raro llegar a cobrar más de 4.000 pesetas. Sólo en la cumbre del oficio de empleado de comercio, en los puestos de mayor responsabilidad de los mejores establecimientos, como los *Almacenes Madrid-París*, se podía aspirar a tal recompensa. En cambio, en la banca, no era raro alcanzar las 5.000 pesetas y hasta había un pequeño gran grupo que las superaba. Ahora bien, el camino para llegar tan alto del que comenzaba desde abajo era duro; los primeros años podían ser peores que en el trabajo en las tiendas de ultramarino, pues a veces podía pasarse un buen tiempo cobrando muy poco o nada. Muchos de los trabajadores de los bancos entraban en las distintas entidades siendo muy jóvenes, como meritorios sin sueldo, una figura similar al del aprendiz en un taller o a la del dependiente de las casas de comercio.

Barea, en el *Crédit Étranger*, cuando consiguió superar aquel examen con catorce años, había sido uno de estos meritorios. Entonces eran *“unos sesenta chicos, todos meritorios sin sueldo. Estamos sin sueldo un año y después pasamos a ser empleados. Pero para llegar a ser empleado hay que hacer méritos. Cada año hay sólo dos o tres plazas de empleado entre las trescientas de la casa. Cincuenta y siete meritorios van a la calle en el curso del año, mientras van entrando, uno a uno, otros cincuenta y siete que los sustituyen para cumplir su año de meritorio”*.⁶³

La figura del meritorio era una forma de relación laboral que en un principio podía ser considerada beneficiosa por ambas partes, tanto por el muchacho que era empleado como por la empresa que lo empleaba. Para el joven, era muchas veces una oportunidad de acceder a una vida mejor que la que habían podido tener sus padres. En el caso de Barea era así. Claro, que él ya había tenido una vida mejor que sus padres. Había ido a la escuela, había aprendido a leer y a escribir y ahora eso le permitía abrirse un camino en la vida más cómodo que el que había tenido su madre, que se ganaba el pan bajando todos los días a lavar al Manzanares. Por su parte, para el banco aquellos meritorios eran muy útiles. El crecimiento y expansión de las empresas financieras había multiplicado en sus oficinas ciertos trabajos, algunos muy repetitivos como los que ocupaban a Barea en el departamento de correspondencia o a las jóvenes empleadas en el de cupones. Para realizarlos, la banca (y el resto de las empresas en servicios) había encontrado entre los hijos de las clases populares madrileñas, un creciente número

⁶² Entre los empleados de los tribunales están excluidos, no obstante, los jueces, fiscales y abogados que en la clasificación socioprofesional utilizada en este estudio han sido incluidos en la rúbrica de “profesionales liberales”; lo mismo sucede con los empleados de la educación, donde no están incluidos los profesores de Universidad y los catedráticos, que también aparecen entre los profesionales liberales. Los datos a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

⁶³ BAREA, Arturo: *La forja... Ob. Cit.*, pág. 258.

de jóvenes que habían ido a la escuela y que estaban perfectamente capacitados para desempeñar aquellos puestos laborales.

En ese sentido, el desarrollo del moderno sector servicios en la economía madrileña, fue tanto producto de proyectos emprendedores como los que habían puesto en marcha los nuevos bancos como por el resultado beneficioso que, a la larga, había tenido una mayor inversión tanto pública como de las propias familias en la educación de las nuevas generaciones. El que los hijos de las lavanderas hubiesen ido a la escuela y que, además, algunos hubieran asistido a una clase de comercio suplementaria o se hubiesen preocupado de aprender a escribir a máquina, resultó clave para la puesta en marcha de las grandes empresas del sector servicios en el Madrid de comienzos del siglo XX. Aquellos jóvenes representaban un valioso capital humano para hacer marchar los grandes bancos. Lo mejor para los empleadores era que, además, resultaba una mano de obra muy barata. Tras el empleo de meritorios se escondían no pocas situaciones de abuso, como también las había habido entre los aprendices de artesano y los dependientes de comercio. Barea lo sabía; era consciente de que, como trabajador, en sus tiempos de meritorio, era intercambiable por cualquier otro muchacho que, igual que él, hubiese estudiado un poco. La sensación de acoso y de precariedad le persiguieron durante todos los doce meses que estuvo bajo aquel régimen de aprendizaje: *“no se puede uno distraer ni un momento. A un chico lo puede poner en la calle cualquiera, hasta un empleado de poca categoría. Por otra parte, como necesitan despedir cincuenta y siete [meritorios] al año, el jefe del personal (...) se dedica a la caza y captura de los chicos y de los empleados que fuman en los retretes.”*⁶⁴

A pesar de las largas jornadas sin sueldo en una tarea de menos categoría que para la que se consideraban preparados, de tener que ocuparse en trabajos pesados como el del reparto de la correspondencia o el recorte de cupones y aunque tuvieran que tragar con el trato vejatorio que les dispensaba el jefe de personal, siempre intentándoles pillar en falta del trabajo, muchos meritorios estaban contentos. La esperanza de un buen puesto de trabajo en el futuro, más que la remuneración económica, les hacía sentirse bien recompensados. *“Todos [los meritorios] tenemos la misma ilusión de llegar a ser empleados del banco y alcanzar un puesto bueno. Vemos a los altos empleados y nos conocemos su historia: don Julián es hoy el jefe de Bolsa y gana cerca de mil pesetas al mes. Entró como yo, de meritorio. El cajero, que lleva treinta años en la casa, igual, y así otros varios.”*⁶⁵ Y esa esperanza de acceder a mejores puestos de trabajo no se limitaba a los tiempos de meritorio, sino que acompañaba a los empleados de banca (y al del resto de empresas similares) a lo largo de su vida profesional. También a Barea, que recibió con alegría su definitiva contratación en el banco: *“El 1 de agosto, al año justo, me nombraron empleado con sueldo: 25 pesetas al mes. Es muy poco, pero ya no tengo miedo de que me echen a la calle. Portándome bien, iré ascendiendo poco a poco y llegaré a tener un buen puesto.”*⁶⁶

No era una esperanza del todo vana. Era cierto que muchos de sus compañeros, con razón o sin ella, por sus propias torpezas y en gran medida por las prácticas abusivas de la empresa que los contrataba, se habían quedado o se quedarían en el

⁶⁴ BAREA, Arturo: *La forja...* Ob. Cit., pág. 247

⁶⁵ BAREA, Arturo: *La forja...* Ob. Cit., pág. 249

⁶⁶ BAREA, Arturo: *La forja...* Ob. Cit., pág. 260. Se debe tener en cuenta que las 25 pesetas al mes (300 al año) es un sueldo de un tiempo previo a que despegara el proceso inflacionista que se desarrolló durante la Primera Guerra Mundial. Esas 300 pesetas anuales que recibía Barea en 1911 equivalían en 1930 a las 720 que muchos jóvenes percibían, 60 pesetas mensuales. Para el estudio del alza de precios en esta época ROLDÁN, Santiago, GARCÍA DELGADO, José Luís y MUÑOZ, Juan: *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, Madrid, Confederación Española de Cajas d Ahorro, 1973, vol. I, pp. 137-266

camino. Barea ya había visto a cincuenta y siete meritorios ser despedidos. De los que habían sobrevivido, algunos no alcanzarían nunca un buen puesto ni recibirían un sueldo alto. Pero otros sí. Las nuevas profesiones asociadas a los servicios, los trabajos en las innumerables oficinas de Madrid, estaban permitiendo a una importante porción de los trabajadores disfrutar de una prosperidad que difícilmente hubieran alcanzado en el pasado. Había claras muestras de ello. Quizá la más contundente era que las mujeres, que habían estado tradicionalmente marginadas en el mercado laboral y se habían tenido que conformar con los trabajos peor remunerados, tanto en la cuantía del salario como en la forma de pago, también pudieron participar de los nuevos puestos laborales que ofrecía una economía de servicios en expansión.

Tabla 12.4: Muestra de empleadas en el sector bancario residentes en el Ensanche Norte en 1930			
Nombre	edad	Empresa	sueldo anual
Snf	14	Crédit Lyonnais	720
J. Corral	18	Banco Popular - Provisiones del Porvenir	2520
J. Díaz	19	Crédit Lyonnais	2100
G. Forcada	20	Crédit Lyonnais	1800
J. López	20	Banco Español de Crédito	2500
M. Estébanez	23	Banco de Bilbao	3000
E. Soria	24	Banco de Crédito Local	2400
R. Laguna	24	Banco Internacional	3000
J. López	25	Banco Español de Crédito	3000
J. Muñoz	25	Banco de Crédito Industrial	4000
D. Mera	27	Banco Español de Crédito	2278
Pilar Platas	27	Banco de Crédito Local de España	2500
P. Díez	28	Banco de Bilbao	2750
J. López	28	Banco Español de Crédito	4000
P. Lorenzo	29	Banco del Río de la Plata	2400
D. Marchionni	30	Banco de España	2446
L. Baneda	31	Banco de Bilbao	2200
Palmira Brasseur	33	Banco Urquijo	5000
E. Alameda	34	Banco de España	2446
Ángela Menchaca	44	Banco de España	2446
María Romero	47	Monte de Piedad	3850
Leonor Laparga	47	Monte de Piedad	5400
Sra. De Fernández	48	Banco de España	4092
Margarita Durand	51	International Banking Corp.	9600
M. Gader	53	Banco de España	4092

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

Las empleadas de banca en Ensanche Norte en 1930 eran pocas si se las comparaba con el número de sus colegas varones. Sólo había 37 que declararan tal profesión en el padrón (aunque probablemente hubiera más, que ocultaran su condición laboral bajo la etiqueta de “sus labores”). Estaban a mucha distancia del empleo masculino en el sector, en el que había 500 trabajadores de esos mismos barrios de la ciudad. Pero la importancia de la presencia femenina en el trabajo en la banca no se debía tanto al número de trabajadoras como al tipo de empleos que ocupaban. Sin llegar a una situación de igualdad con los varones, pues como en las fábricas, también en las

oficinas existía una segregación sexual en el trabajo y hombres y mujeres eran destinados a departamentos diferentes dentro de la misma empresa⁶⁷, en el trabajo en la banca se podía observar que no existían las limitaciones de otros ámbitos laborales.

Eran muy diferentes las posibilidades que se le abrían a una mujer trabajadora en una fábrica de las que podía disfrutar en una oficina. En la industria Gal, ya se ha visto, toda la promoción a la que podían aspirar una operaria era a ser jefas de la sala de empaquetado, o del departamento de fabricación de estuches finos. Sus salarios, por muchos años que pasaran en la fábrica, no crecían nunca demasiado y no pasaban de una cifra ridícula de 3 pesetas al día, insuficientes para pagar un alquiler y la cesta de la compra. En la banca, en cambio, la promoción salarial y profesional no estaba del todo cerrada a la empleada. Las jóvenes trabajadoras, en sus primeros años, cobraban sueldos tan bajos como los de los varones. Las que tenían menos de veinte años recibían un salario de aprendiz, de menos de 1.000 pesetas pero, enseguida, se podía ver aumentado hasta las 2.000 e incluso las 3.000, en cifras similares a las de los varones. Si, además, la trabajadora adquiría pericia en su empleo, podía acceder pronto a un salario más que respetable, como J. Muñoz, que a sus 25 años cobraba 4.000 pesetas como taquimecanógrafa en el Banco de Crédito Industrial. Se trataba de una cantidad importante; ella todavía vivía con sus padres, pero si algún día se veía en la necesidad de valerse por sí misma, conservando aquel empleo podría vivir desahogadamente y sin pasar penurias⁶⁸.

Aquellos sueldos tan altos hacían posible romper con las tradicionales trayectorias profesionales a las que se habían visto las mujeres trabajadoras de otras generaciones. Años atrás, para una mujer, trabajara en la fábrica o como criada, al cumplir los 30 años, lo más rentable habría sido, tanto para ella como para su familia, convertirse en ama de casa, pues los sueldos que le ofrecían fuera del hogar valían menos que su trabajo en la cocina o en el cuidado de sus familiares. Pero 4.000 pesetas, o las cerca de 2.500 que cobraban las empleadas de más edad del Banco de España, podían hacerles plantearse continuar siendo una trabajadora. Es cierto que para muchas mujeres se quedó en una mera tentación; que los valores sociales imperantes pesaban más que la lógica económica y que muchas mujeres siguieron dejando de trabajar fuera de sus hogares una vez que se casaron, poniendo fin repentinamente a la carrera profesional que habían iniciado siendo solteras. La mayor parte las empleadas de más de treinta años parecían haber evitado el problema, pues no se habían casado y no habían tenido que elegir. Sin embargo, también había alguna como la señora Fernández que había decidido proseguir su carrera más allá del matrimonio. Tenía 48 años y vivía con su marido, que era agente de seguros en la empresa España S.A., pero no por ello había considerado que debiera renunciar a su puesto de empleo en el Banco de España ni al importante sueldo de 4.092 pesetas anuales que tenía adjudicado⁶⁹.

Todos estos cambios los estaba propiciando el desarrollo de la economía de servicios madrileña. Los nuevos empleos surgidos en oficinas, bancos, en la administración pública y en la privada estaban permitiendo que los hijos de las lavanderas, que en otro tiempo habrían sido jornaleros de la construcción, se convirtieran en trabajadores bien pagados y que las mujeres, que unos años antes prácticamente estaban condenadas a las faenas del hogar, pudieran desarrollar carreras profesionales fuera de sus casas y hasta acceder a cuantiosos sueldos. No obstante, la

⁶⁷ Como bien muestra en su estudio, BORDERÍAS MONDÉJAR, Cristina: *Entre líneas: trabajo e identidad femenina en la España contemporánea: la Compañía Telefónica, 1924-1980*, Barcelona, Icaria, 1993

⁶⁸ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 4.693 – Balmes.

⁶⁹ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 658 – Sandoval.

fuerza del cambio no era todopoderosa. Obviamente, ni todos los hijos de las lavanderas tenían la suerte de escapar de la pobreza ni todas las mujeres pudieron evitar su exclusión del mercado laboral. El mismo Arturo Barea era muy consciente de que gran parte de las esperanzas que tenía puestas en su futuro profesional eran ilusorias. Cuando soñaba con conseguir algún día un cargo en el banco como el de don Julián, ese amigo de la familia que le había recomendado y que era el jefe de departamento de Bolsa, sabía que lograrlo sería muy difícil. Que de meritorio a jefe de departamento sólo llegaban unos pocos, *“pues la mayoría de los que tienen sueldos mejores son precisamente los que no han sido meritorios, sino que han entrado ya de empleados.”* No era del todo injusto a los ojos de Barea. Reconocía que estaban mejor preparados que él, porque *“todos tienen una especialidad. Unos saben idiomas y otros son técnicos que saben como emplear el dinero del banco para que produzca intereses y beneficios”*⁷⁰.

Tabla 12.5: muestra trabajadores de la banca mejor pagados residentes en el Ensanche Norte en 1930

nombre	Origen	cargo en la empresa	empresa	sueldo anual
Alfredo Fuentes	Madrid	inspector de banco	Banco Hispano Americano	10.000
Francisco Gutiérrez	Lanestosa, Vizcaya	empleado	Banco de España	10.000
Guillermo Demestres	Barcelona	empleado	Banco Hispano Americano	10.000
José María Moya	Lorca, Murcia	empleado	Banco Español de Crédito	10.000
Raimundo Martínez	Madrid	empleado - licenciado en Letras	Banco de España	10.220
Joaquín Fernández	Teverga, Asturias	abogado	Asesoría Banco España, Universidad Central	10.920
Ramón Moreno	Madrid	empleado de bufete	Banco de España	11.280
Alberto Alcocer	Orduña, Vizcaya	abogado	Banco de España	12.400
Mariano Fernández	Madrid	ingeniero agrónomo	Escuela de Ingenieros Agrónomos; Banco Hispano Americano	25.000
John Charles Morgan	Beckenham, Inglaterra	funcionario banca	Banco Anglo Sudamericano	26.000
Antonio Ferrer	Lorca, Murcia	director de banco	Banco Internacional de Industria y Comercio	30.000
Ramón Ongil Peñalva	Madrid	subdirector de banco	Banco Central	30.000
Jaime McVeigh	Madrid	director de banco	Banco Hispano Americano	30.000
Juan Criado	Barcelona	empleado	Banco Internacional de Industria y Comercio	30.000
Enrique Cabello	Córdoba	empleado de banca	Banco del Río Plata	30.000
Vichaud van Nuydren	Suiza	director de banco	Crédit Lyonnais	40.000
Alberto Grafé	Bélgica	gerente de banco	Banco Internacional Industria y Comercio	50.000
Andrés Moreno	Madrid	Empleado de banca	No lo indica	100.000

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930.

Existía una clara frontera entre los trabajadores de la banca que separaba a la inmensa mayoría que cobraba como mucho 5.000 pesetas al año y a los que superaban las 10.000 y hasta las 20.000 pesetas. Era una línea que distinguía entre los trabajadores que eran perseguidos por el jefe de personal para que no fumarán en los retretes y los empleados del negociado de acreditados a los que se les permitía hacerlo en sus mesas de despacho. El acceso a una y otra situación profesional, aunque coincidieran en la misma empresa, tenía puertas de entrada diferentes y dependía, en buena medida, del entorno social del

⁷⁰ BAREA, Arturo: *La forja... Ob. Cit.*, pág. 249.

que viniera el trabajador. Para meritorios valían muchos jóvenes, hasta los hijos de lavanderas; en cambio, el puesto de jefe de departamento estaba reservado a unos pocos y muy selectos.

Al examinar los rasgos de los altos empleados de la banca que residían en el Ensanche Norte en 1930, aquellos cuyo sueldo superaba las 10.000 pesetas anuales, se hace perceptible que su formación académica y su preparación técnica no era la misma que la del común de los trabajadores, que habían sido previamente meritorios, como Barea. Para llegar a los altos puestos no bastaba con haber aprendido cálculo, haber seguido unos cursos de comercio y aprender los secretos de la mecanografía. Se necesitaba algo más, y así era fácil encontrar entre los puestos de mediana responsabilidad a abogados, ingenieros y hasta licenciados universitarios en letras. Si se miraba más alto y se contemplaba quién ocupaba los sillones de la dirección y de la gerencia de las empresas financieras, se encontraba a personas procedentes de mundos todavía más extraños y lejanos a los trabajadores más modestos. Era habitual encontrar al frente de los bancos a directivos extranjeros, que a su formación académica superior unían el haber adquirido su experiencia profesional en los países en que más desarrollado y complejo era el mundo de las finanzas. Y así entre los ilustres vecinos del Ensanche Norte se podía encontrar al director de la filial del *Crédit Lyonnais*, que era suizo, al gerente del Banco Internacional de Industria y Comercio, que era belga, o a uno de los directivos del *Anglo-Southamerican bank*, llegado a cubrir ese puesto desde su Inglaterra natal.

El mercado laboral asociado a los servicios abrió posibilidades de promoción social y de mejora de sus condiciones de vida a las clases populares. Ahora bien, esa promoción social tenía un techo para ellos. A la universidad sólo iban los hijos de las familias más acomodadas y de algunas de las clases medias. Era una gran ventaja, pues un título universitario era una de las claves para recorrer el camino hasta las más altas cotas de prosperidad. En el Madrid de los años 30, el diferente origen social seguía condicionando fuertemente la suerte que cada persona tendría cuando entrara a participar en el mercado laboral. Los jóvenes de familias populares tenían como máxima aspiración pasar de meritorios a empleados fijos; los de más alta cuna debían convertir sus títulos de licenciado en cargos de directivo. Con todo, la importancia que adquiría la formación académica en un mundo del trabajo en que cada vez era más abundante el empleo en los servicios, también contribuía a corroer y desvanecer viejas fronteras sociales.

En 1930, para alcanzar la cúspide del poder social y económico, ya no era exclusivamente necesaria la posesión de grandes riquezas. Es cierto que, entre los 100 habitantes del Ensanche Norte que indicaban unos mayores ingresos por aquel entonces, todavía la mitad (exactamente 54), se seguían declarando como propietarios o rentistas. Eran gentes de buenas familias, que vivían en los hoteles del Paseo de la Castellana o en los pisos de lujo de las calles adyacentes, que junto a un título nobiliario habían heredado grandes extensiones de tierras o grandes empresas, además de grandes fortunas depositadas en los bancos. A la cabeza seguía estando un personaje como Alvaro María Ulloa y Fernández Durán, IX Conde de Adanero, que se presentaba en la estadística madrileña como propietario, con una renta anual de medio millón de pesetas⁷¹. Pero siguiéndole muy de cerca aparecían otros acaudalados vecinos del barrio, cuya fortuna no se debía exclusivamente a la herencia sino a su alta cualificación como trabajadores y a los buenos sueldos que recibían.

⁷¹ AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 1.991 – Luchana.

Tabla 12.6: profesionales del Ensanche Norte con mayores ingresos anuales, 1930				
posición general	Nombre	Profesión	empresa	sueldo anual
3	José Luis Ussia	negocios	no indica	150.000
11	Andrés Moreno	empleado	Banco	100.000
16	José Tozán	ingeniero Canales y Puertos	Pavimentos Asfálticos S.A.	100.000
20	Francisco Díaz	Abogado y farmaceutico	no indica	89.734
21	Ernesto Fernández	militar teniente coronel	Embajada	89.000
24	Esteban Terradas	ingeniero	Universidad y Telefónica	80.000
25	Manuel Soto	asuntos particulares	no indica	75.000
31	Winifreda Burgeos	Empleada	Compañía de Teléfonos	68.000
33	Amalio Gimeno	catedrático y médico	director balneario de Cestona	65.000
34	Juan Pérez San Millán	ingeniero	Consejo Obras Públicas	65.000
37	Modesto Chapa	industrial	Fábrica propia	60.000
38	Valentín Ruiz	industrial	Union Electrica Madrileña; Banco Urquijo	60.000
39	Francisco Musoo	agente de seguros	no indica	60.000
44	Carlos Mendoza	ingeniero	No indica	60.000
47	Antonio Goicoechea	abogado	no indica	57.000
48	Juan Inglely Smith	empleado	General Motors Peninsular	56.000
49	Enrique Satrustegui	ingeniero	Varios Consejos de Administración	56.000
50	Enrique Martín	militar general de división	Reserva	54.000
51	Ricardo S. Webber	consejero	Cía Ingersolt Rond S.A.	54.000
52	Federico Marcuse	director de ingenieros	Siemens, industrias Inter. Sa	54.000
53	José Aguinaga	ingeniero	ferrocarril	54.000
54	Cayetano Alvear	militar general de división	en la reserva	53.993
55	Nicolás Fuster	ingeniero	Sociedad Española de Construcción Naval	52.295
59	Arsenio Martínez Campos	militar comandante	no indica	50.000
60	Benito Lewin	director empresa privada	Elo Cía Azúcares y Alcoholes	50.000
61	Baltasar Egea	Ganadero	no indica	50.000
62	Ricardo Urech	agente de bolsa	Bolsa	50.000
70	Manuel Cajuela	abogado	no indica	50.000
71	Alberto Grafé	gerente de banco	Banco Internacional de Industria Comercio	50.000
72	Miguel Bastos	médico	Castellana 9	50.000
73	Antonio Mora	ingeniero	Sociedad Minera de Peñarroya	50.000
75	Severino Bello	ingeniero	Canal de Isabel II	47.900
76	Otto Wendel	médico	profesión libre; rayos X	47.090
82	Nilo Trumphy	ingeniero	Standard Eléctrica	45.000
83	José Gómez	arquitecto	no indica	42.000
84	Omar C Bagwell	ingeniero	Compañía Telefónica Nacional	42.000
85	Paul Lauren Iddings	empleado	General Motors Peninsular	40.814
86	Ralph Osgood Lees	gerente de compañía privada	Cía de Neumáticos de caucho - Goodyear	40.352
89	Germán Gebhard	agente de seguros	en su oficina	40.000
90	Carlos Ennes	empleado	Sociedad General Azucarera de España	40.000
91	Hans Luis Cock Horlyk	empleado	General Motors	40.000
92	Vichaud Van Nuyden	director de banco	Crédit Lyonnais	40.000
96	Mario Jiménez Laá	juez	Juzgado Municipal de Chamberí	40.000
97	Miguel López Roberts	abogado	no indica	40.000
98	Francisco Terán	ingeniero de Caminos	Ferrocarriles MZA	40.000
99	Joaquín Saldaña	arquitecto	no indica	40.000

Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1930. En el cuadro se han excluidos los que declaraban como única profesión la de rentista o propietario. La posición general indica el puesto que cada uno ocupa en la lista íntegra, con propietarios incluidos.

En 1930, los ingenieros, los médicos, los abogados y los trabajadores de cuello blanco más cualificados se codeaban en Madrid con los marqueses, los condes, los terratenientes y resto de personalidades que habían adquirido parte de su gran riqueza por ser quienes eran, por la sangre que corría por sus venas, más que por el trabajo que habían realizado sus brazos. Madrid era una ciudad en la que era posible que un ingeniero llegara a tener unos ingresos de unas 80.000 pesetas al año. Claro, que ese ingeniero tenía que ser como Esteban Terradas, que se había formado en su juventud en Alemania, se había doctorado en ciencias exactas y físicas y había desarrollado una larga carrera vinculada a la innovación tecnológica y científica. Terradas había participado en algunos de los proyectos de ingeniería más importantes de la época, principalmente en Cataluña. Allí había dirigido el desarrollo de la red telefónica y, más tarde, se había puesto al frente de las obras del tren metropolitano de Barcelona. En su labor como profesor universitario e investigador científico, había destacado por su contacto con las nuevas corrientes de pensamiento que se estaban desarrollando en Europa, y muy especialmente por haber sido uno de los primeros difusores de la obra de Einstein⁷². Las grandes empresas de la época debían luchar por tenerlo en sus plantillas, y de ahí que una de las más importantes, la recién creada Compañía Telefónica, le hubiera atado con aquel salario fabuloso.

No era un caso extraño. Había unos cuantos ejemplos más en el Ensanche Norte y en el resto de la ciudad. Un grupo selecto de arquitectos, ingenieros, médicos, empleados de las altas finanzas, especialistas en el comercio nacional e internacional, agentes de seguros y de bolsa y abogados de prestigio, entre otras profesiones más. Eran el testimonio vivo de que la fuente de la riqueza en Madrid ya no pasaba únicamente, ni principalmente, por su condición de capital política del país, por su papel burocrático y administrativo. Todos estos profesionales debían su fortuna, no al apellido de familia que habían heredado sino al gran nombre de la empresa que los había contratado. Empresas que se llamaban General Motors, Goodyear, Crédit Lyonnais, Siemens, AEG o ITT y que eran algunos de los gigantes que controlaban los negocios más importantes de economía mundial. También se empleaban en otras empresas de nombre más hispano, como la Compañía Telefónica, Campsa, Tabacalera, la Sociedad Española de Construcción Naval, la Compañía de Azúcares y Alcoholes o el Banco Urquijo y que, a otra escala, también eran gigantes, no de la economía mundial pero sí de la española.

Una parte importante de esos trabajadores había nacido en otros países, de los que traían los conocimientos y las técnicas necesarias para poner en marcha los nuevos negocios en los que se empleaban. Nilo Trumpy era un ingeniero nacido en Noruega que había contratado la Standard para que aplicara sus experiencias al desarrollo del mercado eléctrico en España. Otto Wendell era un médico alemán que había llegado a España para montar una consulta en la que se ofrecían aplicaciones con los innovadores rayos X. Paul Lauren Iddings venía desde Indiana, Estados Unidos, muy cerca del corazón de la industria del motor mundial, y estaba en Madrid para ayudar a la General Motors a expandir el negocio automovilístico en Europa⁷³. Otra parte importante eran españoles, que se habían formado al extranjero y volvían a su país para aplicar las novedades que habían observado fuera. Era el caso del prestigioso ingeniero y científico Esteban Terradas que trabajaba para la Telefónica o de los hermanos Echeandía Gal,

⁷² ROCA ROSELL, Antoni y SÁNCHEZ RON, José Manuel: *Esteban Terradas (1883-1950): ciencia y técnica en la España contemporánea*, Madrid, Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial Barcelona - Ediciones del Serbal, 1990. Los datos ofrecidos en el cuadro y comentados en el texto referidos a 1930 a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, caso nº 1.493 – Luchana.

⁷³ Datos a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, casos nº 411 - Alfonso X, nº 1.386 - Fernando el Santo y nº 2.774 – Hipódromo, respectivamente.

cuya fábrica de perfumería difícilmente habría alcanzado las cotas de éxito que logró, sin los estudios de comercio que uno de ellos realizó en Zurich y en París y sin el doctorado en química que obtuvo el otro en Alemania.

Estos trabajadores de formación altamente especializada y de experiencia profesional adquiridas en algunas de las universidades más prestigiosas y en algunas de las empresas más importantes del mundo, probablemente no veían Madrid como una ciudad anquilosada y atrasada económicamente. Todo lo contrario. Si venían a Madrid era porque precisamente en sus calles era donde sus servicios eran reclamados; porque en esa ciudad operaban las empresas y se ponían en marcha los negocios que representaban la vanguardia de los tiempos económicos que corrían por aquel entonces. En las calles de Madrid encontraban la modernidad que destilaba el olor de motores de automóviles que había traído Ford o la General Motors, accionados con el petróleo importado por Campsa. En la capital se podía escuchar el traqueteo incesante de las máquinas de grandes fábricas que se dedicaban a la producción de un artículo tan superfluo como el perfume pero que se vendía en masa, que era objeto de anuncios y campañas publicitarias en los periódicos y que se podían comprar en las tiendas de la Gran Vía, que ahora parecían catedrales por su tamaño y por el lujo de sus locales.

Era un Madrid en que los obreros ya viajaban en metro y en el que muchos de ellos no llevaban ya blusón ni gorra de paño. Muchos hijos de lavandera, después de haber estudiado algunos años en la escuela, habían evitado el camino que les llevaba al tajo a emplearse como albañiles. Habían tomado unas lecciones de contabilidad, se habían comprado un traje para poderse abrirse camino en el proceloso mar de oficinas que poblaban las calles de la capital. Podían seguir estando mal pagados y sufrir la explotación laboral frecuentemente, tanto y muchas veces de peores modos que los trabajadores manuales. Pero había algo que les distinguía de estos; era su aspecto, su comportamiento, sus valores, profundamente marcado por la esperanza de que algún día ascenderían en su profesión. Eran obreros, sí, pero de cuello blanco. Y junto a ellos aparecía también un nuevo tipo de mujer trabajadora que se distinguía de las que habían poblado hasta entonces las calles de Madrid, de esas costureras, criadas, lavanderas y verduleras que habían representado las formas más visibles de la participación femenina en la economía. Eran pocas pero vistosas. Eran las empleadas de oficina, que quizá siguieran sufriendo discriminaciones frente a los varones en los salarios y en el tipo de empleos que conseguían pero que, poco a poco, comenzaban a conquistar terrenos que antes les estaban vedados. Ahora algunas podían pensar en desarrollar una carrera profesional que se extendiera más allá del matrimonio. Ahora la condición de ama de casa no era la única salida sostenible que garantizara una vida acomodada. Y todo ello era posible porque la ciudad se había transformado, porque ya no eran las mismas las fuentes de riqueza a las que Madrid acudía para dar una forma con la que ganarse la vida a sus habitantes. La transformación no había sido del mismo signo que en otras ciudades, en las que la gran fábrica y la industria habían adquirido un mayor protagonismo, pero no parecía que el camino que había elegido Madrid fuera, por ello, menos moderno.

A golpes de capital:**La sigilosa modernización económica de la economía madrileña.**

El mercado laboral del Ensanche Norte en 1930 ofrece una imagen de la economía madrileña en vísperas de la proclamación de la Segunda República muy diferente a la que se puede obtener si únicamente nos fijamos en el tamaño que tenían sus fábricas o sólo tenemos en cuenta las asociaciones obreras que más afiliados reunían o más huelgas convocaban. Si se profundiza en el análisis de los muy diversos y heterogéneos sectores de empleo que ofrecía la capital española se desvanecen muchos de los rasgos que la han perfilado tradicionalmente como una ciudad aún anclada en los tiempos preindustriales, más de artesanos afanándose con viejas herramientas que de obreros manejando modernas máquinas. También se disuelve su caracterización de una ciudad burocrática, viviendo del presupuesto, en el que el volumen de sus trabajadores de oficina y de sus empleados en los servicios se había inflado artificialmente y se convertía en una prueba más de su atraso económico.

Ciertamente, Madrid no era una ciudad industrial. O mejor dicho, no era tan industrial como otras que habían cifrado casi exclusivamente su transformación y expansión económicas en la producción fabril. No lo era porque los obreros no aparecían tan masivamente entre su población y, sobre todo, porque no aparecían concentrados con tanta intensidad como en otros lugares. Había ejemplos notables de fábricas, con cientos y con miles de trabajadores, pero no tantas como en Barcelona, en Manchester o en Detroit. Para encontrar una auténtica masa proletaria, había que dirigirse a un sector con tan escaso valor productivo como el de la construcción, que en apariencia parecía ser el negocio más pujante en Madrid. Nadie podía negar que la capital española seguía siendo una ciudad de albañiles y jornaleros, en que la edificación y las obras públicas acaparaban gran parte de la actividad económica y del empleo. Ahora bien, este no era un rasgo exclusivo de Madrid. Todas las grandes ciudades europeas, y también las norteamericanas, conocieron una cierta pujanza del negocio inmobiliario en los años de entreguerras, alentada por el incremento de la inmigración hacia las ciudades y por las obras públicas que se debieron poner en marcha para organizar una vida urbana que cada vez se hacía más compleja porque mayores eran las aglomeraciones humanas a las que daban cabida. Pero más importante que eso, es la impresión que deja el análisis del mercado laboral madrileño de que el empleo en la construcción estaba decreciendo y no tenía ya en la ciudad la fuerza de otros tiempos.

En 1930, los jornaleros aún era una parte importante de la fuerza laboral del Ensanche Norte, pero lo cierto es que su peso se estaba reduciendo. Más definitivo que eso era lo que estaba ocurriendo dentro del grupo de los trabajadores manuales cualificados. Los albañiles, los carpinteros, los ebanistas y pintores, que antiguamente habían sido los protagonistas indiscutibles de este sector, comenzaban a ser eclipsados por una profesión que había emergido con fuerza, hasta situarse como la que más profesionales aglutinaba. Eran los mecánicos, un conjunto de trabajadores heterogéneo, que se empleaban en centros de producción de muy diferentes características y tamaño pero que permiten observar el sector secundario madrileño desde otra perspectiva. Si se analizan los centros de producción al margen de su tamaño y de su número de trabajadores, se puede comprobar que tanto grandes fábricas, como la Perfumería Gal, como talleres más modestos, como la Fundición Tipográfica Richard Gans, tenían en común la innovación tecnológica que se había introducido en su producción. El ritmo de trabajo en ambos lugares lo marcaban las máquinas y por ello ninguno de ellos podía ser considerado más propio de una economía industrial que de una industrial. Tampoco lo podían ser por la forma en que se organizaban las distintas labores que se realizaban en

cada negocio y en las que se distinguía una cada vez más acusada división del trabajo. Tanto en Richard Gans como en Gal se creaban fronteras cada vez más claras entre los trabajadores manuales altamente cualificados, como podían ser los responsables de la maquinaria o de las tareas centrales en la cadena de producción y un grupo nutrido de trabajadores descualificados, en una gran proporción mujeres, empleados en tareas al “final de la cadena”, repetitivas y mal pagadas, que los convertía en representantes paradigmáticos del trabajo industrial alienante y proletarizado.

La transformación más importante del mercado laboral madrileño en el primer tercio del siglo XX no había que buscarla, de todas maneras, en el sector secundario sino en la economía de servicios. El síntoma más claro de los cambios que se estaban operando en la economía de Madrid fue el gran aumento que experimentó su número de empleados que, en el Ensanche Norte, en 1930, alcanzaron en importancia a la figura social que hasta entonces había marcado el panorama laboral de la ciudad, los jornaleros. La abundancia de trabajadores de cuello blanco no era nueva en Madrid. Su condición de sede permanente de la Corte primero y de capital del Estado liberal después, habían hecho que entre sus calles avecindara un importante número de funcionarios, de comerciantes y de profesionales liberales atraídos por las oportunidades que para sus respectivas carreras podía suponer la cercanía al trono y al parlamento. Lo que sucedió a partir de 1900 fue distinto, porque no fue el poder político ni la expansión de la burocracia las causas con más responsabilidad en el desarrollo de los servicios sino otros sectores que, en su pujanza, produjeron importantes cambios en las formas de trabajar en la capital española.

Parte del desarrollo de la economía de servicios madrileña se sustentó en sectores que tradicionalmente ya habían tenido un importante peso en la ciudad y que lo mantuvieron en el primer tercio del siglo XX. Es el caso del comercio de distribución y abastecimiento que empleaba a prácticamente la misma proporción de trabajadores a comienzos de siglo y en 1930 (uno de cada cinco empleados de Ensanche Norte era dependiente o empleado de tienda, tanto en 1905 como en 1930). Esta estabilidad en el volumen de empleo no excluyó que en aquellos años se produjera una profunda transformación de este ámbito de negocio en el que se produjeron las primeras manifestaciones de una sociedad en que los bienes se comenzaban a vender y consumir de forma masiva. Este cambio fue propiciado, en primer lugar, por el propio éxito de la industrialización, que permitió el abaratamiento del precio de venta de ciertos productos antes sólo accesibles a una porción muy restringida de la población y que ahora se hacían accesibles a amplias capas sociales, como sucedió, por ejemplo, con los productos cosméticos. El otro factor decisivo fue el aumento en los salarios reales y, en consecuencia, del poder adquisitivo de las clases populares al calor del gran crecimiento económico español de los años de la Gran Guerra y de las exitosas movilizaciones obreras que se iniciaron en 1917 para el reparto de los beneficios obtenidos en esa edad de plata económica.

El aumento de clientes potenciales y de los volúmenes de ventas empujó a una renovación del comercio que en Madrid se hizo claramente visible en sus calles principales. Las viejas tiendas y bazares familiares, con pocos empleados y mal pagados fueron dejando paso a nuevos establecimientos más modernos, más grandes y con un gran número de empleados que podían llegar a superar la centena en el caso de los Grandes Almacenes. Frente a la vieja tienda, que vendía caro, poco y de malos modos, siempre al regateo, en los nuevos comercios se despachaba más barato, en más cantidad y con más facilidad para el cliente que antaño. Esta modernización en el negocio también se trasladó a las relaciones laborales sobre las que se sustentaba. Fue un cambio producido por efecto, tanto de las características de los nuevos establecimientos

comerciales, más grandes y en las que ya no podía existir la vieja práctica del dependiente interno, como por la cada vez más efectiva movilización de las asociaciones de trabajadores de tienda. Independientemente de las causas, el resultado fue que los antiguos dependientes, que en su situación laboral parecían más criados (si no esclavos) que trabajadores asalariados, fueron dejando de vivir en las trastiendas de sus patrones y conquistaron su libertad y su propiedad del tiempo libre, mientras que veían aumentar su sueldo. Con ello se fueron acercando, en su condición laboral, a las posiciones que disfrutaban los empleados y funcionarios con los que compartían una estabilidad en el empleo que no todas las profesiones disfrutaban y de la que solían carecer los trabajadores manuales. Era un cambio significativo porque, en la conversión como empleados independientes de los trabajadores del comercio, se disolvía uno de los reductos en los que pervivía un tipo de relaciones laborales patriarcales y clientelares más propias de los tiempos preindustriales que de la moderna sociedad industrial y que, en 1930, ya sólo parecía imperar en un único ámbito del mundo del trabajo, el servicio doméstico.

Más allá de la importancia que mantuvo el comercio, el sector en el que repercutió más ostensiblemente el desarrollo de la economía de servicios entre 1900 y 1930 fue el de la empresa privada. Los bancos privados, las compañías de seguros, las empresas de telecomunicaciones y de transportes, las oficinas de las grandes sociedades industriales españolas y de las multinacionales que operaban en el país fueron las grandes responsables de que se multiplicaran los empleos de cuello blanco en Madrid. Fue en las empresas privadas donde germinó un nuevo tipo de trabajador que no podía identificarse completamente ni con los trabajadores manuales ni con los funcionarios públicos del siglo XIX. Eran los trabajadores de cuello blanco. Muchos de ellos venían de las clases populares madrileñas, eran hijos de artesanos, de comerciantes y otras figuras sociales modestas. Habían visto en el empleo en oficinas que crecía abundantemente una oportunidad de ganarse la vida más prometedora que la que habían tenido sus padres. En las oficinas podía haber trabajo estable, ascensos progresivos de sueldo y hasta, quién sabía, quizá la posibilidad de enriquecerse. Era una esperanza que tenía tanto de ilusoria como de real, como bien pudo comprobar el joven Barea en su banco; pues si bien convertirse en trabajador de cuello blanco le había abierto nuevos caminos para mejorar sus condiciones de vida, también le hizo descubrir, a él y a sus compañeros, nuevas formas de explotación laboral que antes les eran desconocidas.

Mientras que el empleo de oficina en la empresa privada creció, el trabajo como funcionario y oficinista público, en cambio, perdió el peso y la importancia que había tenido en la vieja Corte burocrática. Esta evolución divergente del empleo público y del empleo privado dentro del sector servicios constituye la clave de la transformación que se produjo en la economía madrileña en el primer tercio del siglo XX. Para bien o para mal, Madrid era la capital de España. En sus dinámicas sociales, económicas y políticas, repercutían las transformaciones y los fenómenos que se producían en el conjunto del país que capitaneaba. En ese sentido, Madrid era un reflejo de los logros y las limitaciones del desarrollo y el progreso del país en su conjunto.

En el plano económico, la capital no podía ser una ciudad que se convirtiera en la “fábrica de España” como se había postulado Barcelona y sus alrededores. No se podía volcar en una actividad exclusiva que sirviera de único motor para su desarrollo económico, como había hecho Bilbao, por ejemplo, al concentrar su actividad en la producción siderúrgica. Aparte de que se le presentaron durante mucho tiempo algunas dificultades específicas que le impidieron lanzarse a la aventura industrial, como fue la carencia de materias primas o de fuentes de energía baratas, Madrid tenía otras funciones, como las de gobernar, administrar y coordinar. Mientras la economía

española se mantuvo en los límites de una producción de pequeña escala, prácticamente orientada a mercados muy restringidos, de ámbito regional o nacional, Madrid tuvo poco espacio para expresar y desarrollar todas sus funciones como capital y su papel se limitaba al de ser una ciudad administradora en lo político y consumidora de la producción nacional. De ahí que hasta 1900 su sector servicios estuviera prácticamente monopolizado por los funcionarios públicos y esos dependientes de comercio más propios de los tiempos preindustriales que de la moderna economía industrial.

Todo cambió en los comienzos del siglo XX y con especial fuerza a partir de 1914, tras el estallido de la Gran Guerra europea, momento en que la economía española inició el despegue que la llevó a una organización de la producción más compleja y amplia de miras, en que la escala de producción ya no se limitaba al mercado español sino que buscaba la competencia en el extranjero. Para hacer la producción industrial española más competitiva y más eficiente, para poder introducir innovaciones tecnológicas que mejoraran la productividad de las fábricas y para crear las instalaciones en las que producir en masa, era necesario que existiera un sistema financiero moderno que facilitara las inversiones de capital. En Madrid se concentraron los bancos y las entidades crediticias que lo hicieron posible. Para garantizar un buen funcionamiento del mercado era imprescindible que existiera un centro donde se concentrara y se coordinara la información, se organizara una fluida red de transportes que permitiera colocar rápidamente las mercancías que se producían en unos lugares en los sitios en los que se necesitaban. En Madrid confluían las redes ferroviarias y de carreteras y en sus calles se instalaron las compañías transportistas; también en Madrid nacían y morían los cables del telégrafo y del teléfono y por eso las empresas de telecomunicaciones habían establecido su residencia en la ciudad.

La ciudad de Madrid estaba llamada a cumplir un papel fundamental en la economía española, cada vez mayor a medida que la organización de la producción y del comercio se hiciera más compleja. Esto se confirmó cuando se produjo el despegue económico español, esa edad de plata que se inició en 1914. Fue entonces cuando germinaron en Madrid aquellos brotes de modernidad económica que tan visibles eran en su gran número de empleados y trabajadores de empresas privadas y en ciertos sectores de la producción industrial. Brotes y transformaciones que surgían en una ciudad que, por ser la que era, estaba condenada a evolucionar por las sacudidas y los impulsos que le confería su condición de centro político y económico del país, condenada, en fin, a cambiar a golpes de capital.

CAPÍTULO 13:

MÉDICOS Y TIPÓGRAFOS EN UN MISMO BANDO

LA EXTENSIÓN Y LA TRANSFORMACIÓN DE LAS BASES SOCIALES DEL REPUBLICANISMO Y DEL SOCIALISMO EN EL MADRID DEL PRIMER TERCIO DE SIGLO XX

La política en la gran ciudad en la crisis de la Restauración

A comienzos del siglo XX, Chamberí había sido el escenario de una pequeña sorpresa en la vida política madrileña. Fue en las elecciones de 1905. En aquel distrito de reciente creación resultaron elegidos tres socialistas madrileños¹. A primera vista, podía parecer un hecho menor. Poco significaban tres concejales dentro de una corporación municipal de cincuenta. Desde luego no producía ningún vuelco en el gobierno de la ciudad. El Ayuntamiento seguiría en manos del gobierno liberal que en aquella época tenía las riendas del país. Como en todos los gobiernos de la Restauración, el presidente del Consejo de Ministros (Montero Ríos, por aquel entonces), tenía la facultad de nombrar los alcaldes de las grandes ciudades y de manejar, por la vía de la manipulación del Ministerio de la Gobernación, las elecciones para que no se produjera ningún resultado incomodo y que los concejales de la ciudad fueran dóciles. En definitiva, los tres concejales socialistas de Chamberí no cambiaban la historia de la ciudad, pero el hecho, de todas maneras, era importante. Lo era porque era la primera vez que unos socialistas obtenían un éxito real en unas elecciones en la capital del país. Aunque los socialistas habían logrado éxitos notables en otros municipios (en Bilbao, especialmente), Madrid, el lugar donde se había fundado el partido y donde residían gran parte de sus altos dirigentes, siempre les había cerrado las puertas al poder. Aquel noviembre de 1905, al fin, consiguieron abrirlas.

El hecho resultaba especialmente frustrante porque, precisamente en la capital los candidatos que concurrían a las elecciones solían ser primeras figuras del partido. Y ese era el segundo factor que convertía aquella elección en un acontecimiento relevante. Los tres concejales socialistas no eran oscuros militantes del PSOE, sino personajes políticos cuya voz se hacía oír cada vez más frecuentemente en toda la prensa y círculos de opinión pública, y no sólo entre los obreros conscientes y movilizados. Uno de ellos era Pablo Iglesias, líder del PSOE desde su misma fundación y que ya era conocido para cualquier ciudadano del país por el gran protagonismo que había tenido en manifestaciones, huelgas y luchas reivindicativas de todo tipo. Le acompañaba Largo Caballero, que hacía tiempo que ya se había convertido en uno de los dirigentes más distinguidos, sino el más, del mundo asociativo obrero madrileño, pues no en vano, era miembro de la dirección de la UGT y estaba al frente del centro obrero de la calle Relatores. El tercero, con menos recorrido histórico posterior, era Rafael García Ormaechea, abogado de cierto prestigio y con puesto (junto a Largo Caballero) como vocal en el Instituto de Reformas Sociales. Quizá lo más llamativo en él era su origen social y su condición laboral, que le hacían convertirse en uno de los primeros socialistas que no salían de las filas del artesanado ni del proletariado, sino de unas

¹ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: "Socialistas en el Madrid jornalero. La conquista electoral socialista en el Chamberí de 1905", en RIVERA, Antonio, ORTIZ DE ORTUÑO, José María y UGARTE, Javier (eds.): *Movimientos sociales en la España Contemporánea*, Madrid, UPV – Instituto Universitario de Historia Social "Valentín de Foronda", 2008.

clases medias entre las que el partido obrero ya comenzaba a encontrar algún que otro simpatizante.

Por muchas razones, el de Chamberí era un distrito especialmente propicio para que los socialistas consiguieran la victoria. En primer lugar, porque se trataba de una circunscripción administrativa y electoral de reciente creación. Era la primera vez que aquel distrito, situado en su práctica totalidad en la zona de Ensanche y en el extrarradio de Madrid, se convertía en campo de batalla electoral. Hasta entonces, aquellos barrios nuevos habían dependido de uno de los distritos del interior, el de Hospicio, pero el vertiginoso aumento de la edificación y de la población, tanto del Ensanche como del Extrarradio, habían obligado a una reforma administrativa de la ciudad, de la que nació el nuevo distrito. Nunca antes había habido elecciones que se hubieran decidido sólo en Chamberí; aquellas consultas municipales de 1905 eran las primeras. Eso implicaba que los candidatos debían reconstruir, en parte, las redes de votantes sobre las que se habían apoyado en anteriores elecciones. Chamberí era un terreno parcialmente virgen en la lucha electoral y eso abría una posibilidad de que los socialistas lo convirtieran en un feudo propio, en una ciudad en que desde hacía años, desde tiempos de la revolución del 68, los barrios y los distritos parecían haber sido ya repartidos en distintas fidelidades políticas².

Un segundo factor decisivo era la composición social del distrito, de marcado carácter popular. A principios de 1905 todavía los jornaleros eran la figura social predominante en aquella parte de la ciudad. Aunque en el distrito crecía la presencia de las clases medias y era cada vez más fácil encontrar residencias de las elites y de la aristocracia madrileña en algunas de sus calles, Chamberí y sobre todo el barrio adyacente de Cuatro Caminos, seguían siendo territorio de trabajadores manuales, de artesanos y de obreros de la construcción. Aun así, no se podía decir que aquellos fueran los barrios obreros madrileños por excelencia. El Madrid popular y proletario, el de los trabajadores manuales y el artesanado era el del Sur, era el de los barrios bajos del casco antiguo y las afueras de las proximidades del río Manzanares³. Se podría pensar que era allí donde los socialistas debían buscar su electorado, a los votantes que les abrieran las puertas del Ayuntamiento, pero Pablo Iglesias y sus camaradas sabían que probablemente, si lo hacían, tendrían poco éxito. Los distritos de Inclusa, de Hospital y Latina eran un feudo republicano; llevaban décadas ganando las elecciones allí y sería difícil arrebatarles el favor de electores que les eran fieles desde tiempos de la República⁴. Era mejor marchar a Chamberí a buscar votantes. Con más razón en 1905, el año del desastre de las obras del depósito del Canal de Isabel II. El compromiso y la implicación de los socialistas en las protestas tras aquel terrible suceso les habían hecho granjearse múltiples simpatías en los barrios del norte de la ciudad, pues allí residían

² BAHAMONDE, Ángel: "Contribución al estudio del fraude electoral en un distrito urbano. Las elecciones de 1869 en Madrid", *Hispania: Revista española de historia*, Vol. 36, nº 134, 1976, pp. 639-662 y FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "El estreno del sufragio universal en Madrid (1869)", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2003, nº extraordinario, pp. 71-83.

³ La distribución de los grupos sociales en el Madrid de 1905 en CARBALLO BARRAL, Borja, PALLOL TRIGUEROS, Rubén y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: "Entre palacetes y corralas. Procesos de segregación socioespacial en el nuevo Madrid" en NICOLÁS, Encarna y GONZÁLEZ, Carmen: *Ayer en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. Actas del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008. Un Estudio de la composición social de las zonas de Ensanche Sur en VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *Los albores del nuevo Madrid: el distrito de Arganzuela (1860-1878)*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo, Madrid, Universidad Complutense, 2006.

⁴ PÉREZ ROLDÁN, María del Carmen: *Bases sociales del republicanismo madrileño (1868-1874)*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid – Departamento de Historia Contemporánea, 1998.

muchas de las familias afectadas por el derrumbe de las obras. Era fácil que si se presentaban como candidatos a concejales allí, aquellas simpatías se convirtieran en votos y les ayudaran a entrar, por fin, en el Ayuntamiento.

La tercera gran razón que hizo posible el triunfo de las candidaturas socialistas por Chamberí tenía que ver menos con circunstancias locales y más con cuestiones de política general. Si Largo Caballero, Iglesias y García Ormaechea consiguieron sus concejalías en el Ayuntamiento fue gracias a la intensa crisis que el sistema político de la Restauración arrastraba desde hacía años y que cada vez era más evidente y grave⁵. La muerte de los dos grandes líderes de los partidos del turno, Cánovas en 1897 y Sagasta en 1903, había planteado un grave problema de sucesión en la elite política para cuyo disfrute estaba diseñado el sistema político de la Restauración. Tanto conservadores como liberales se veían sumidos en luchas dentro de sus partidos en busca de las figuras que pudieran sustituir a los grandes líderes que habían monopolizado el poder en los primeros años tras la vuelta de los borbones al trono español. Fueron años de división para unos y para otros que nunca acabaron de resolverse, a pesar de que, en un cierto momento, Maura, por los conservadores, y Canalejas por los liberales, parecieron reconstruir el control sobre sus partidos del que habían disfrutado en su día Cánovas y Sagasta. Nunca lo llegaron a lograr del todo. Maura logró reunir sólo en contados momentos a todos los conservadores tras de sí. El asesinato de Canalejas en 1912 impidió saber si era capaz de ser un digno sucesor de Sagasta, pues igual que su rival conservador, también vio puesto en duda su liderazgo dentro de su partido muy frecuentemente.

La Constitución de 1876, en realidad, había creado en España una ficción parlamentaria. En ella se incluían muchos de los principios propios de un régimen político liberal, incluso a partir de la ley de sufragio universal masculino de 1890 podía parecer que caminaba hacia la democracia. Las prácticas políticas cotidianas y el funcionamiento del sistema, en cambio, lo convertían más bien en un régimen oligárquico. El mejor ejemplo de ello era, precisamente, el sistema electoral. Las elecciones en la Restauración no eran concebidas como el acto en que los ciudadanos elegían a sus gobernantes; no se organizaban para que los votantes expresaran sus preferencias y así se formara el gobierno de España. Su función era justo la contraria. Los comicios eran siempre posteriores a la formación de gobierno, en ellas el partido en el poder tenía que aprovecharlas para recabar todo el apoyo posible de sus caciques en provincias. El funcionamiento es bien conocido porque ha sido bien descrito⁶. El rey

⁵ Para la crisis de los partidos de la Restauración véase la esclarecedora exposición de GABRIEL, Pere: “Gobierno y reformismo dinástico. Maura. Canalejas. La oposición republicana, 1902-1913” y “La Crisis del régimen. Pragmatismos y aplazamientos. Dato y Romanones. Una nueva derecha autoritaria.” Capítulos XI y XII de BAHAMONDE MAGRO, Ángel (coord.): *Historia de España. Siglo XX. 1875-1936*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 351-396 y 397-438 respectivamente. También los ya clásicos de MARTÍNEZ CUADRADO, Miguel: *Elecciones y partidos políticos en la España Contemporánea*, Madrid, Taurus, 1969, 2 vols. Y ARTOLA GALLEGO, Miguel: *Partidos y programas políticos*, Madrid, Alianza, 1991, 2 vols. Más recientemente CABRERA CALVO-SOTELO, Mercedes (coord.): *Con luz y taquígrafos: el Parlamento en la Restauración (1913-1923)*, Madrid, Taurus, 1998, RUIZ-MANJÓN CABEZAS, Octavio: “Sistema de partidos y crisis de la Restauración”, *Historia contemporánea*, nº 17 (1998) pp. 189-200.

⁶ VARELA ORTEGA, José: *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1890)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, VARELA ORTEGA, José (dir.): *El poder de la influencia: geografía del caciquismo en España (1875-1923)*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001, pp. 175-235. CARASA SOTO, Pedro (dir.): *Elites castellanas de la Restauración*, 2 vols, Valladolid, Conserjería de Educación y Cultura de Castilla y León, 2004. CARASA SOTO, Pedro (dir.): *El poder local en Castilla: estudios sobre su ejercicio durante la Restauración*

llamaba al líder que considerara más apto para llevar a cabo la acción de gobierno y le encargaba formar gabinete. El líder recién llegado al poder, además de nombrar ministros, colocaba al frente de los gobiernos civiles y de las alcaldías de las grandes ciudades a las personas de su confianza. Si el monarca quería que estuviese al frente del país por un periodo largo, entonces disolvía las Cortes y se convocaban elecciones. Los comicios eran una prueba de fuego donde el nuevo presidente debía mostrar la fuerza que tenía detrás de sí. Su ministro de Gobernación debía encargarse de coordinar los comicios de tal manera que se obtuviera el mayor apoyo posible, presionando en alcaldes y gobernadores civiles. También era el momento en que los caciques locales entraban en acción. Ellos debían manejar el voto en los distintos distritos electorales y, de hecho, lo manejaban con fuerza en las zonas rurales. Otra cosa es quisiesen dar su apoyo al gobierno que acababa de formar el presidente nombrado por el rey. De alguna manera, las elecciones eran una consulta en la que se pulsaba la opinión no de la ciudadanía, sino de las oligarquías locales, aquellas que, en la concepción de la clase política dominante, representaban las fuerzas vivas del país.

El procedimiento nunca falló. En la Restauración todas las elecciones, sin excepción, fueron ganadas por el partido en el gobierno. Todas respaldaron al poder constituido. En el fondo, no existía demasiado riesgo de que sucediera lo contrario. El gobierno en el poder tenía todos los resortes para poder manipular a gusto gran parte del proceso electoral, para amañar de tal manera que se le garantizara una cierta hegemonía en el Parlamento. El asunto no era si ganaba las elecciones o no, sino el margen por el que lo hacía. Cuando el presidente tenía fuerza entre los suyos, cuando su liderazgo estaba consolidado, entonces solía vencer en un gran número de distritos; mientras tanto, el partido en la oposición se dividía en banderías enfrentadas. Así es como debía funcionar. A partir de ese momento, el gobierno, a medida que iba aprobando leyes en las Cortes y ejecutando decisiones, iría viendo como el grupo de diputados que lo apoyaba se iba cuarteando y disolviendo. El gobierno de un Maura o de un Canalejas, antes de un Cánovas y de un Sagasta, duraba lo que era capaz de mantener unidos a los suyos, antes de que se dividieran en varios grupos, cada uno con su líder al frente. Y viceversa, en la oposición se estaba tanto tiempo como el partido necesitara para unificarse, para abandonar las rencillas entre familias políticas y entre personalismos y para elegir a un líder que los representara a todos y que, tarde o temprano, debía ser llamado por el rey para sustituir al presidente destituido, disolver las Cortes y convocar unas elecciones que, sin duda, ganaría.

El problema se presentaba cuando el presidente en el gobierno no era capaz de construir un liderazgo fuerte. Cuando el rey le mandaba formar gobierno pero no tenía detrás a todo su partido, a los diputados que, en teoría, habían de respaldarle en su acción legislativa y, sobre todo, cuando no tenía a todos los caciques de su parte para elevar hasta el Parlamento a la gente que le hacía falta. Entonces a las elecciones por un distrito se podían presentar varios candidatos de su partido y varios del contrario, del partido de la oposición, y era en ese contexto en el que se alzaban con el acta de diputado personajes que en un principio no estaban invitados a participar en aquella ficción parlamentaria como los republicanos. Así era como los republicanos habían obtenido sus triunfos electorales en el pasado, aprovechándose de la división de los partidos del turno, que era cuando más posibilidades de que sus candidaturas fueran las más votadas.

Esta era una situación más o menos prevista. Que entraran unos cuantos republicanos en la Cámara no planteaba mayor problema. A lo sumo daban un discurso

(1874-1923). Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004, PIQUERAS, José Antonio: "Un país de caciques: Restauración y caciquismo entre naranjos," *Historia social*, nº 39 (2001), pp. 3-30.

altisonante pero, marginados por ambos partidos, su influencia era más bien limitada⁷. No tenían fuerza para tumbar gobiernos. Lo grave fue, que a partir del cambio de siglo, esa debilidad del liderazgo en los partidos del turno se volvió crónica. La solidez que habían tenido liberales y conservadores bajo Sagasta y Cánovas nunca se recuperó. Al abrirse grietas en la elite para cuyo disfrute se había diseñado el sistema de gobierno, las fuerzas políticas en principio excluidas del poder, aprovechaban para colarse y ocupar unas posiciones que en un principio se le habían vedado. Y ya no eran sólo los republicanos los que entraban en las instituciones, sino grupos políticos de nuevo cuño, como los regionalistas catalanes, los nacionalistas vascos, y por último, como había sucedido en 1905 en el Ayuntamiento de Madrid, los socialistas. Este último caso era un serio aviso; porque si los socialistas habían conseguido al fin entrar en el gobierno de la capital, aunque por ahora sólo fuera tímidamente, nadie podía asegurar que algún día se les viera entrar por la puerta del Congreso de los Diputados. Ejemplos había. Sólo había que mirar hacia Francia o Alemania, donde la presencia de sus respectivos partidos socialistas en los parlamentos era ya más que notable.

En realidad, la crisis de la Restauración era un problema irresoluble para los partidos del turno. Si liberales y conservadores habían perdido el control sobre una parte importante de la vida política española no se debía únicamente a que ya no existieran líderes como los de la generación anterior. La razón principal estribaba en que la sociedad sobre la que pretendían gobernar con los mismos métodos que lo habían hecho sus padres, estaba cambiando profundamente y ya no era tan dúctil a su autoridad. El pueblo no les hacía caso, al menos no tanto como hacía unos años. Esas correas de transmisión que antes habían funcionado tan eficientemente (los caciques, los dos grandes partidos, los gobernadores civiles y los ayuntamientos) ya no parecían establecer esa relación armónica entre el pueblo gobernado y la oligarquía gobernante. Cada vez había más espacios en que los dos grandes partidos perdían terreno frente a opciones políticas alternativas, incluso ajenas y contrarias al régimen. Los más importantes eran las grandes ciudades, en las que, día a día, la autoridad de liberales y conservadores parecía más contestada. Sólo había que ver la composición política de sus ayuntamientos. El alcalde siempre era adicto, porque lo nombraba directamente el gobierno, pero entre los concejales era frecuente ver ya un buen grupo de republicanos, de socialistas, de regionalistas catalanes y hasta de nacionalistas vascos, gentes todas ellas que, en diferentes grados, habían declarado su enemistad al régimen político imperante.

Las ciudades se convirtieron en espacios de relativa libertad política frente a la manipulación del gobierno. No era lo mismo manipular el voto y las voluntades en una zona rural, en los pueblos y en las villas de pocos habitantes que en grandes aglomeraciones que tenían miles de habitantes, mucho menos en grandes urbes con medio millón de vecinos como los que albergaba Madrid en el cambio de siglo. Los votantes eran legión y en parte de ellos prendía el mensaje de los republicanos y del resto de las opciones situadas fuera del sistema político. Sobre todo porque republicanos y socialistas hacían bandera de algunas reivindicaciones estrechamente vinculadas con las preocupaciones y los problemas que marcaban la vida de las clases populares urbanas, lo que hacía que se ganaran su favor. En el caso de los socialistas se había visto de forma clara. En la elección de sus tres concejales para Madrid en 1905, había sido

⁷ SUÁREZ CORTINA, Manuel: "El republicanismo español tras la crisis de fin de siglo (1898-1914)", *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 20, 1998, pp. 165-189; SUÁREZ CORTINA, Manuel: "La quiebra del republicanismo histórico, 1898-1931" en TOWNSON, Nigel (ed.): *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza, 1994, pp 139-164; DUARTE, Ángel y Pere GABRIEL, Pere (eds): *El republicanismo español*, Ayer (número monográfico), nº 39, 2000.

fundamental la implicación ya larga en campañas por el abaratamiento de las subsistencias, por la igualdad en el reclutamiento, por el alquiler barato y por la mejora en las condiciones de trabajo⁸, asuntos en los que, tanto liberales como conservadores habían intervenido muy tímidamente cuando habían tenido las riendas del gobierno en su mano.

Había que añadir, además, que la población urbana estaba mucho mejor y mucho más informada. No es que las ciudades estuvieran repletas de masas lectoras, pero tampoco hay que menospreciar los avances que se habían producido en este terreno en las últimas décadas⁹. Lo que no se podía negar es que las ciudades eran un espacio con gran circulación de periódicos y, por lo tanto, de información. Eso permitía que las opciones alternativas a los partidos del turno, pudieran ser conocidos y sus ideas y propuestas se difundieran. También ayudaban los mítines, las manifestaciones y los demás actos de propaganda que se celebraban en sus calles¹⁰. Por otro lado, los diarios de la capital estaban repletos, en periodo electoral, de irónicos comentarios sobre las burdas maniobras de los diferentes gobiernos para amañar las elecciones. Esas denuncias no bastaron, en muchas ocasiones, para impedir la adulteración de la voluntad popular depositada en las urnas, pero hacían daño. En la ciudad no era tan decoroso ni tan fácil todo ese tipo de operaciones caciquiles que mantenían aquel régimen oligárquico disfrazado de parlamentarismo. La vida urbana, en fin, parecía que hacía imposible que siguiera siendo creíble aquella ficción parlamentaria que escondía la verdadera naturaleza del régimen político de la Restauración en el que el poder estaba reservado para unos pocos que gobernaban sobre unas mayorías a las que se les había negado la voz.

España era cada vez más urbana. El proceso era lento pero era firme¹¹. El peso de la sociedad rural era aún fuerte pero la vida del país, cada vez más pronunciadamente y en más ámbitos, comenzó a girar en torno a lo que sucedía en sus ciudades¹². Cuantos más votantes urbanos hubiera, más podían crecer los diputados ajenos a los partidos del turno. Conservadores y liberales lo sabían y lo temían. Desde ambos partidos surgieron intentos de reforma en los que se pretendía una ampliación de las bases sociales sobre

⁸ RALLE, Michel: "Socialistas madrileños (De los orígenes de la agrupación a 1910)", *Estudios de historia social*, nº. 22-23 (1982), pp. 321-358. CASTILLO, Santiago: *Historia del socialismo español. Vol. 1, 1870-1909*. Barcelona: Instituto Monsa, 1997. CASTILLO, Santiago: "Organización y acción política del PSOE hasta 1900" en JULIÁ, Santos (coord.): "El socialismo en España: desde la fundación del PSOE hasta 1975", Madrid, Pablo Iglesias, 1986, pp. 9-33.

⁹ GUEREÑA, Jean-Louis y TIANA FERRER, Alejandro: "Lecturas en medios de populares: del discurso a las prácticas", *Historia de la educación: Revista interuniversitaria*, nº 20, 2001 pp. 25-39; TIANA FERRER, Alejandro: "Alfabetización y escolarización en la sociedad madrileña de comienzos del siglo XX: 1900-1920" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Comunidad de Madrid – Alfoz, 1989, vol. 2, pp. 199-216; MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1991, MARTÍNEZ RUS, Ana: "La política del libro y las ferias del libro de Madrid (1901-1936)", *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 25, 2003, pp. 217-234; MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A. (dir.): *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2001.

¹⁰ TIMOTEO ÁLVAREZ, Jesús: "Propaganda y medios de información en Madrid, 1900-1920" en BAHAMONDE MADGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Comunidad de Madrid – Alfoz, 1989, vol. 2, pp. 267-278; CASTILLO, Santiago y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (coords.): *Prensa obrera en Madrid. 1855-1936*, Madrid, Alfoz-Comunidad Autónoma de Madrid-Universidad Complutense de Madrid, 1987.

¹¹ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939", en *Actas de la VII Jornadas de Castilla La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Toledo, ANABAD-Asociación de Amigos del AHPGU, 2007, Vol. 1, pp. 27-79.

¹² GARCÍA DELGADO, José Luís (coord.): *Las ciudades en la modernización de España: los decenios interseculares*, Madrid, Siglo XXI, 1992.

las que se sustentaba el régimen político¹³. Pero se trataba de reformas limitadas. Como mucho se pretendía que parte de las nuevas clases medias participaran más activamente en las decisiones de los partidos. En ningún caso, los partidos del turno, los representantes de una forma de hacer política que cada día parecía más anquilosada, estaban dispuestos a incorporar ni a los líderes ni las ideas que cada vez con más fuerza representaban las aspiraciones de las clases populares y de un movimiento obrero cada vez más pujante. El caso de Pablo Iglesias era simbólico. A pesar de que ya a principios de siglo había conseguido, al menos en dos ocasiones, los votos suficientes para merecer un acta de diputado, la elite política se había conjurado para invalidarla. Una cosa era reformar el régimen, otra muy diferente dejarlo en manos de sus enemigos¹⁴.

De todas maneras, los cambios que se estaban produciendo en la sociedad española, en general, y en la madrileña, en particular, afectaban a todos. Así lo había sabido ver *El País*, cuando ganaron los socialistas¹⁵. Consideraban aquel triunfo como un importante aviso para los republicanos, a los que desde el diario se apoyaba. Los socialistas habían dado un ejemplo en su movilización del voto y en su lucha electoral. Si Pablo Iglesias y sus correligionarios acababan confirmando las expectativas creadas cuando desempeñaran sus cargos como concejales, era posible que en el futuro comieran más terreno a los republicanos y amenazaran la hegemonía que estos habían ejercido en el voto de las clases populares madrileñas. No se debían despistar, advertía *El País*, los republicanos debían apartar las luchas personales que les habían desgajado y habían dejado vía libre al PSOE. Y es que, los republicanos, en el fondo, participaban de muchos de los vicios y de los problemas que habían causado la crisis en los dos partidos de la Restauración. A pesar de que apelaran a las clases populares en su lucha por el poder y que, sinceramente, abanderaran muchas de sus reivindicaciones, tampoco ellos estaban demasiado dispuestos a incorporarlos al régimen político. Los republicanos eran, en el fondo, parte de esa elite política de la Restauración, y por ello experimentaban serias reticencias a que las clases populares participaran plenamente en el sistema.

A principios de siglo, existía una distancia evidente entre las clases populares madrileñas y los líderes republicanos, muchos de ellos pertenecientes a las clases medias. Esto se había hecho visible en las movilizaciones de protesta por el desastre en las obras del Canal de Isabel II, en los meses anteriores a aquellas elecciones de 1905. La cúpula del republicanismo, los líderes de todas las tendencias del movimiento, no dudaron en acudir a la gran manifestación que partió de la Plaza del Progreso para recorrer la ciudad y dirigirse al cementerio. Allí estuvieron todos, Pi i Margall, Blasco Ibáñez, Salmerón y Nicolás Estévanez entre otros, pero todos se mantuvieron en un segundo plano. Aquello era una manifestación de trabajadores, una manifestación de obreros y ellos no lo eran. Podían dar apoyo al acto pero no presidirlo. El liderazgo correspondía a otros, a Largo Caballero que se puso al frente de la riada humana que recorrió las calles y a Pablo Iglesias que fue el encargado de leer el manifiesto que puso fin al acto.

Aquella distribución de papeles, con los republicanos de secundarios y los socialistas acaparando el protagonismo, era significativa y desvelaba algunos de los

¹³ GABRIEL, Pere: "Gobierno y reformismo dinástico. Maura. Canalejas. La oposición republicana, 1902-1913" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel (coord.): *Historia de España. Siglo XX. 1875-1936*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 351-396.

¹⁴ Así, Pablo Iglesias habría visto anulada su elección como diputado (por Bilbao y por Madrid) en 1898, considerada por los periódicos progresistas como el robo de un acta electoral. GÓMEZ LLORENTE, Luís: *Aproximación a la historia del socialismo español (hasta 1921)*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1971.

¹⁵ Los comentarios de *El País*, ya reproducidos en el capítulo 9, *El País*, 14 de Noviembre de 1905.

cambios que se estaban produciendo en la vida política de la capital. Los asuntos que cada vez centraban más las preocupaciones y los debates políticos de las clases populares madrileñas pertenecían al mundo del trabajo. Los profundos cambios que se desarrollaban en la economía de la ciudad y que remodelaban el mercado laboral habían quebrado ya definitivamente las relaciones propias del mundo de los oficios. Aunque en 1900 no existieran grandes fábricas en Madrid como las de Barcelona, se hacía cada vez más nítida la separación entre los dueños de los negocios y la masa de trabajadores manuales que transitaban entre la vieja condición de artesano y la nueva de jornaleros. Las reivindicaciones de carácter laboral aumentaban la lista de agravios sociales y políticos que sentían las clases populares madrileñas.

Este era un terreno en que los republicanos se sentían bastante incómodos, pues muchos de los actores principales de los partidos republicanos eran patronos y dueños de negocios. No eran por lo general industriales, no se correspondían con la imagen del burgués rico, propietario de inmensas riquezas o de una fábrica de gran tamaño que explotaba a los trabajadores por cientos o por miles. Más bien estaban al frente de una pequeña empresa o de un comercio relativamente modesto; también podían ser un casero con una o dos fincas o un profesional liberal, un médico o un abogado cuya actividad les hubiera hecho desarrollar una cierta sensibilidad hacia las condiciones de vida de las clases populares. No vivían en barrios lujosos ni alejados sino entre las familias trabajadoras madrileñas, en zonas como Chamberí o Vallehermoso. Allí solían ser miembros distinguidos de su comunidad; los artesanos, los jornaleros, los dependientes de comercio, les habían saludado siempre con respeto cuando se cruzaban por la calle. Eran el tipo de patrón, al frente de una tahona, de una tienda de ultramarinos, de una imprenta o de cualquier otro taller heredado de los tiempos preindustriales, en el que él mismo, muchas veces, había trabajado codo con codo con sus empleados y había confraternizado con ellos. De hecho, gran parte de esos patronos habían sido oficiales, dependientes de comercio, aprendices o jornaleros en otro tiempo, cuando eran más jóvenes, como sucedía con Arturo Barea y el dueño de la mercería para el que trabajaba.

Aquellos pequeños patronos miraban a sus trabajadores como hijos y como tales los trataban. Se preocupaban por su bienestar y no dudaban en levantar la voz por ellos. Por eso eran republicanos, para defender los intereses del pueblo, del que se sentían responsables y al que procuraban un cuidado paternal. Por su parte, las clases populares madrileñas, los oficiales de artesano, los jornaleros, los dependientes de comercio, en fin, los obreros, aceptaron su papel de hijos respecto a los patronos durante mucho tiempo y dejaron, con el apoyo de su voto, que los republicanos representaran sus intereses. Pero esa relación pretendidamente armónica entre padres e hijos se estaba quebrando por los impulsos de la transformación económica de la ciudad. Poco a poco, algunos trabajadores dejaron de ver en sus patronos una mano protectora y la consideraron como una garra opresora que les explotaba y les robaba la libertad. Así lo vio el joven Arturo Barea cuando en 1909 decidió abandonar la tienda de la calle del Carmen, en la que tan generosamente le alimentaban pero en la que veía las jornadas laborales alargarse hasta el infinito. Así lo había visto unas décadas atrás Largo Caballero cuando, sin haber cumplido los diez años, se había despedido del taller de encuadernación en el que era aprendiz, porque consideraba que estaba siendo estafado en el sueldo y en el empleo por su patrón¹⁶.

¹⁶ El episodio, al que ya se ha hecho referencia en el capítulo 4, lo relata el propio Largo Caballero en LARGO CABALLERO, Francisco: *Mis recuerdos. Cartas a un amigo*, México D.F., Ediciones Unidas S.A., 1976

Los republicanos se sentían preocupados porque cada vez era más común esa mirada de desconfianza hacia el patrón y el pequeño propietario por parte de las clases trabajadoras madrileñas. Los socialistas se debían frotar las manos al comprobar que eran más los que, como ellos, comenzaban a ver las cosas de ese modo. Muchos de ellos habían sufrido esa conversión hacía tiempo. Como Largo Caballero. El mismo Pablo Iglesias había militado en las filas del republicanismo federal durante el Sexenio, antes de involucrarse en el Arte de Imprimir primero y fundar el partido socialista después. Para ellos, aquel respaldo que obtuvieron en noviembre de 1905 y que les aupó a las concejalías madrileñas debía de significar una confirmación de que habían acertado en el camino tomado hace años. Imbuidos como estaban muchos de los primeros militantes socialistas de una cierta fe casi religiosa de que la toma de consciencia por parte del proletariado llegaría algún día, de que los trabajadores se unirían en masa tarde o temprano a la lucha por la igualdad y la libertad, su entrada en el Ayuntamiento les debió parecer un paso más en un avance que les llevaría inexorablemente hacia el poder. Todo parecía indicar que las predicciones marxistas habían sido correctas. Aunque fuera un paso pequeño, casi insignificante, era una prueba de que el gran cambio estaba más cerca.

Los socialistas no podían saberlo en aquel año de 1905, pero como les sucedía a los liberales, a los conservadores y a los republicanos, ellos también sentirían cómo se movía el suelo bajo sus pies. Al menos en Madrid, pues la ciudad se embarcaba en un periodo de profundos cambios y transformaciones que se extendería a lo largo de las tres décadas siguientes. En Madrid se habían desatado poderosas fuerzas que afectarían profundamente a su estructura urbana y que la empujarían a convertirse aceleradamente en una gran metrópolis de más de un millón de habitantes en 1930. Al mismo tiempo, los estímulos de una economía en un inusitado proceso de modernización provocarían una remodelación radical de su mercado laboral y de las condiciones en que vivían y trabajaban los cada vez más numerosos habitantes de la ciudad. Este horizonte de cambio era el contexto en que dirimiría la política madrileña en las décadas siguientes, un escenario al que concurrían unos partidos liberal y conservador ciertamente envejecidos y en crisis, pero todavía con las riendas del poder en su mano, un republicanismo con una sólida base de apoyo popular, pero de encaje problemático en los nuevos tiempos que corrían y un socialismo aún joven, vigoroso y esperanzado en el futuro. Nada estaba decidido; sólo con el tiempo y el desarrollo de los acontecimientos, se podría saber cuál era el papel que los madrileños decidirían que habían de jugar unos y otros en la política y en el gobierno de la ciudad.

Pactos y alianzas entre antiguos rivales:

Los primeros pasos de la conjunción republicano-socialista en Madrid.

A los socialistas madrileños, la victoria en Chamberí no sólo les producía la lógica alegría por haber conseguido, al fin, entrar en las instituciones. También había de producirles orgullo. El hecho de que algunos periódicos lo consideraran como una lección y una amenaza para los republicanos, alimentaba seguramente la vanidad de los socialistas de la capital, que durante mucho tiempo habían tenido la sensación de ser los hermanos pequeños de los republicanos. Y en muchos sentidos lo eran. En primer lugar, porque algunos de los primeros socialistas procedían de los propios partidos republicanos en los que habían recibido su aprendizaje político durante el Sexenio y los primeros años de la Restauración. No había que olvidar que la Primera Internacional

había llegado a España de mano de los republicanos y por boca de estos había sido objeto de debate en el Congreso de los Diputados¹⁷.

Otra de las razones para que los socialistas se sintieran como los hermanos pequeños, que era especialmente poderosa en Madrid, era el diferente grado de implantación social y de capacidad de movilización que había por parte de unos y de otros. A pesar de que, en su cuarto de siglo de existencia, el PSOE había conocido ya un desarrollo notable, todavía andaba lejos de las cotas de apoyo popular que había alcanzado el republicanismo en Madrid. Los republicanos, que habían logrado vencer a los partidos monárquicos en varias ocasiones y convertirse en los más votados de la capital, obtenían regularmente actas de diputados para las Cortes por aquel distrito urbano, como en otras ciudades¹⁸. Mientras tanto, los socialistas se habían tenido que conformar con los éxitos morales de haber estado a punto de lograr alzar a Pablo Iglesias al Congreso y algún que otro concejal obtenido en algunas ciudades como Bilbao (aunque hasta 1905 nunca en Madrid).

Hasta entonces, las relaciones entre los socialistas y los republicanos en Madrid habían estado marcadas por la rivalidad y la competencia. Al fin y al cabo, sus potenciales votantes y militantes eran, en gran medida, los mismos. Unos y otros pretendían ganarse el favor de los trabajadores, aunque también era cierto que las miras de los republicanos eran más amplias, pues, además de a los trabajadores, dirigían su discurso a las clases medias. Aquella rivalidad no era únicamente una cuestión de competición electoral y de luchas por los votantes entre republicanos y socialistas. Era ante todo producto de una incompatibilidad entre dos discursos y dos programas políticos con retórica y objetivos diferentes. Unos propugnaban el fin de la monarquía como una vía para acceder a un régimen político con más dosis de democracia y participación ciudadana, mientras que los otros depositaban sus esperanzas en la revolución futura predicha por Marx, que traería una sociedad igualitaria donde las clases sociales quedarían abolidas. Aún así, siendo sus destinos diferentes, se trataba de dos caminos cuyos recorridos tenían importantes tramos paralelos y que podían encontrarse en ciertos puntos.

Los republicanos y socialistas, en el día a día, coincidían frecuentemente. Compartían muchos de sus diagnósticos acerca de cuáles eran los males de la sociedad y muchas de las reivindicaciones para mejorarla. El anticlericalismo, aunque se situara en un diferente grado de prioridad para cada uno de ellos, era un rasgo común a republicanos y socialistas. También lo era la denuncia de las injusticias sociales nacidas de los privilegios que aún subsistían en la Restauración, como la desigualdad en el servicio a las armas, que permitía que los pobres acudieran a la guerra y que los ricos, enardecidos de patriotismo, sólo participaran en ella al leer las noticias en la prensa. Unos y otros hacían de la mejora de la educación de las clases populares una de sus banderas, como también se les podía ver coincidir en las quejas por los abusivos impuestos de consumos que gravaban los bienes de primera necesidad en las puertas de las ciudades. Ambos clamaban contra las actuaciones arbitrarias del gobierno y hasta se unían en algunas manifestaciones de denuncia, como las que se organizaron en apoyo a los procesados de Montjuic a finales del siglo XIX. También cuando se producían

¹⁷ MORAL SANDOVAL, Enrique: *El socialismo español en el contexto internaccional de la primera a la segunda Internacional (1864-1889)*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2001 y PÉREZ ROLDÁN, María del Carmen: *Bases sociales del republicanismo madrileño (1868-1874)*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid – Departamento de Historia Contemporánea, 1998.

¹⁸ En el capítulo 9 ya se ha hecho referencia a estas victorias republicanas en Madrid durante la Restauración y que se habían producido tan pronto como se había aplicado el sufragio universal, en las elecciones municipales de 1891 en las que los republicanos habían obtenido 12 de los 26 concejales en juego, por 11 de los conservadores gubernamentales y 3 de los liberales de Sagasta.

protestas contra abusos flagrantes de los derechos de los trabajadores, los republicanos, que no estaban de acuerdo con muchas de las reivindicaciones laborales de los socialistas, incluso que las temían, no dudaban en unir su voz a la del PSOE para apoyarlo. Ese había sido el caso, por ejemplo, de las jornadas de protesta que habían seguido al terrible derrumbe en las obras del Canal de Isabel II¹⁹.

En definitiva, a pesar de las diferencias irreconciliables en objetivos y programas, el de los socialistas y el de los republicanos no eran dos mundos completamente enfrentados, sino con muchos puntos de encuentro que, de hecho, se sustentaban en acciones comunes y compartidas en protestas y manifestaciones. Ahora bien, una cosa eran las colaboraciones puntuales y que, de vez en cuando, acudieran juntos a manifestaciones y unieran sus voces para entonar las mismas proclamas, y otra muy distinta era la lucha política conjunta a largo plazo. Donde no había compañerismo y camaradería, sino rivalidad franca y abierta, era en las elecciones. Hasta comienzos de siglo XX, nunca hubo una intención de plantear acuerdos para unir fuerzas en la lucha en las urnas. Con especial fuerza entre los socialistas, que desde sus inicios como partido propugnaron un “exclusivismo obrerista” del que Pablo Iglesias, el líder, era un intransigente defensor y garante²⁰. El PSOE debía trabajar sólo para los obreros y con el protagonismo exclusivo de ellos, nunca mezclados con los republicanos, a los que se consideraba, en última instancia, burgueses y, por lo tanto, enemigos de la clase trabajadora. Los socialistas debían conquistar el poder en solitario y eso implicaba que, aunque a corto plazo, una alianza electoral con los republicanos podía ser beneficiosa, desde la cúpula del partido se evitara constantemente. De hecho, los estatutos del partido y las resoluciones de los congresos tanto nacionales como internacionales preveían la posibilidad de esta estrategia, pero en el caso del PSOE se impuso la desconfianza a colaborar con los republicanos, una actitud en la que tenía gran responsabilidad Pablo Iglesias, que puso todo su empeño en defender un partido obrero puro, que no se contaminara por hacer tratos con los partidos burgueses e inmiscuirse en sus asuntos²¹.

A principios del siglo XX, esta línea de actuación que imperaba en el partido y de la que Iglesias era acérrimo defensor, comenzaba a encontrar desafectos entre la militancia. La capital española fue uno de los lugares en el que algunos socialistas empezaron a ver las cosas de otro modo. En 1903, un grupo de militantes madrileños, entre los que se encontraban Antonio García Quejido y Matías Gómez Latorre, dos de los fundadores del partido, solicitaron formalmente al Comité Nacional del PSOE una alianza para concurrir junto a los republicanos a las elecciones²². Les movía la preocupación por el grave deterioro de las libertades que se estaba produciendo en el país bajo el gobierno conservador entonces en el poder y para cuyo combate creían necesario que debía aumentar el peso de las fuerzas políticas en la oposición. Nadie mejor que ellos sabían que eso no se podía conseguir si los socialistas y los republicanos no acudían de la mano a las elecciones. En los últimos comicios municipales, los de 1901, los dos habían sido candidatos a concejales por Madrid, Matías Gómez Latorre por el distrito de Audiencia y García Quejido por el de Hospicio, y habían visto su

¹⁹ El episodio del derrumbe de las obras del Canal y las protestas que le siguieron ha sido descrito en el capítulo 9.

²⁰ La definición y caracterización de este “exclusivismo obrerista” en RALLE, Michel: “Cultura obrera y política socialista. Los primeros decenios del PSOE”, *Ayer*, nº 54 (2004), pp. 49-70

²¹ ROBLES EGEA, Antonio: “La Conjunción Republicano-Socialista: una síntesis de liberalismo y socialismo”, *Ayer*, nº 54 (2004), pp. 97-127.

²² La propuesta, interpretada como uno de los antecedentes de la Conjunción Republicano-Socialista de 1909 en ROBLES EGEA, Antonio: “La Conjunción...”, *Ob. Cit.*, pág. 106. El episodio es retratado por MORATO, Juan José: *El partido socialista obrero*, Madrid, Ayuso, 1976, pp. 166-169.

elección truncada por un puñado de votos, muchos de los cuales habían ido a parar a los republicanos, que también presentaron candidaturas en aquellos mismos distritos. La propuesta de estos dos viejos militantes fue rechazada por el Comité Nacional y los socialistas volvieron a concurrir a las urnas en solitario. Los resultados parecieron dar la razón a la dirección del partido, pues en las elecciones municipales de 1903 el PSOE consiguió un notable aumento en concejales y número de votos, aunque no en Madrid, donde no se presentó candidatura alguna.

El primer éxito electoral para los socialistas en Madrid llegó dos años después, en 1905²³. Independientemente de que confirmara la postura de la directiva del partido, que había propugnado la lucha al margen de alianzas con los republicanos, la elección de tres concejales por Chamberí pudo tener otros efectos. Probablemente sirvió para dejar atrás viejos complejos y recelos; el orgullo de haber logrado aquella victoria sin ayuda, de demostrar que eran autosuficientes, de que podían alzarse al poder por sí solos, pudo contribuir a cambiar las relaciones que existían entre los socialistas y los republicanos en la capital. El hecho era que, aunque los socialistas aún estuvieran lejos de recabar tantos apoyos en la capital como sus hermanos mayores, podían empezarles a tratarles de igual a igual, con la seguridad que daba el haber demostrado que contaban con un respaldo popular estimable en la capital española y, sobre todo, con una capacidad de organización como partido envidiable para unos republicanos que se desgastaban continuamente en pequeñas luchas personales entre sus líderes y facciones.

Obviamente, la victoria socialista en Chamberí no fue la causa que acabó provocando el acercamiento de los socialistas y de los republicanos que se formalizó en la Conjunción de 1909. Las fuerzas que facilitaron esa aproximación no tenían una raíz local. Tampoco se circunscribían únicamente a la particular evolución política española. En gran parte de los Estados europeos una fracción del liberalismo más progresista convergía en proyectos y programas políticos con los distintos partidos socialistas²⁴. Se trataba de un acercamiento en el que ambas partes se desplazaban para encontrarse. Por un lado, en el socialismo europeo, se iniciaba una renovación teórica que de la mano del alemán Bernstein abría el camino hacia el reformismo y postergaba la revolución como un objetivo ya no tan inmediato. El avance en la democratización del Estado se convertía en un objetivo prioritario, que se consideraba un bien en sí mismo. No hacía falta esperar al paraíso socialista que surgiría de la revolución, pues dentro de la democracia podían obtenerse algunas de las mejoras en las condiciones de vida que perseguían los partidos obreros. Por el otro lado, el liberalismo de raíz decimonónica fue ampliando la agenda de sus objetivos políticos incorporando la defensa de los intereses de sectores cada vez más amplios de la población e incluyendo algunas de las reivindicaciones de las clases populares. Demócratas, radicales, republicanos y demás alas de la izquierda del liberalismo europeo fueron abanderando asuntos como la creación de sistemas públicos de enseñanza, la separación de la Iglesia y del Estado o la intervención mayor del gobierno en las relaciones laborales, objetivos todos ellos que podían hacer del sistema parlamentario un régimen más atractivo para unas clases populares que habían tenido suficientes razones para mostrarse desafectas a la democracia hasta entonces.

²³ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Socialistas en el Madrid jornalero. La conquista electoral socialista en el Chamberí de 1905”, en RIVERA, Antonio, ORTIZ DE ORTUÑO, José María y UGARTE, Javier (eds.): *Movimientos sociales en la España Contemporánea*, Madrid, UPV – Instituto Universitario de Historia Social “Valentín de Foronda”, 2008.

²⁴ ROBLES EGEA, Antonio: “Socialismo y democracia: las alianzas de izquierdas en Francia, Alemania y España en la época de la II Internacional”, *Historia contemporánea*, nº 3 (1990), pp. 117-140.

España no permaneció ajena al fenómeno. Aunque con dificultades, el debate entre reformismo y ortodoxia revolucionaria acabó introduciéndose entre los socialistas y pronto surgieron nuevos teóricos que superaron el viejo catecismo que había imperado en el discurso del PSOE en los primeros años²⁵. De la otra parte, al calor de la crisis de los grandes partidos de la Restauración (los republicanos incluidos), entre el liberalismo más avanzado surgieron nuevas propuestas políticas que se hacían eco de los cambios que recorrían Europa y que incorporaban en su programa nuevos temas que conectaban con las preocupaciones de las clases populares. Ese fue el origen de iniciativas como la del Bloque de izquierdas y de formaciones como el Partido Radical de Lerroux o el Partido Reformista de Melquíades Álvarez²⁶. Todo parecía indicar que entre los socialistas y un sector del republicanismo e incluso del liberalismo español, cada vez había más coincidencias en los objetivos y en los programas políticos. En España, la aproximación, al menos en el plano de las ideas, ya parecía hecha. Los acontecimientos hicieron el resto.

El gobierno largo del conservador Maura, que se abrió en enero de 1907, fue el encargado de crear el ambiente para que una alianza entre los partidos burgueses republicanos y los socialistas dejara de parecer sólo una opción deseable para convertirse en una estrategia necesaria, posible y hasta urgente. Tuvo que producirse un radical cambio de actitud entre la cúpula dirigente socialista y, sobre todo, en Pablo Iglesias, que hasta las semanas previas a la firma de la alianza con los republicanos siguió negándose a la colaboración con los “partidos burgueses”. Antes, sus fuertes convicciones de que el PSOE había de concentrarse en el gran objetivo de traer la revolución socialista tuvieron que ir chocando con la realidad política cotidiana. Cada vez con más frecuencia, los socialistas se vieron empujados a salir a la calle, no para defender sus intereses estrictos como clase obrera, sino para oponerse a las políticas concretas de un gobierno burgués y pedir el cambio en la presidencia del consejo de Ministros que permitiera una nueva línea de acción política²⁷.

Primero fueron las protestas contra la guerra de Marruecos y más tarde las manifestaciones contra la Ley Antiterrorista aprobada por el gobierno de Maura, en las que se encontraron unidos contra un mismo enemigo, no sólo con los republicanos sino también con los liberales. Los socialistas estaban descubriendo que no todos los partidos burgueses eran iguales y que sus políticas les afectaban de distinta manera. En el clima

²⁵ ROBLES EGEA, Antonio: “La recepción de Bernstein en España”, *Estudios de Historia Social*, 30 (1984), pp. 251-256 y PÉREZ LEDESMA, Manuel: *Pensamiento socialista español a comienzos de siglo*, Madrid, Ed. Del Centro, 1974. PÉREZ LEDESMA, Manuel: *El obrero consciente: dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.

²⁶ SUÁREZ CORTINA, Manuel: “Radicalismo y reformismo en la democracia española de la Restauración”, *Berceo*, nº 139 (2000), pp. 49-66; SUÁREZ CORTINA, Manuel: “El Partido Reformista y la política española del primer tercio del siglo XX” en ROBLEDÓ HERNÁNDEZ, Ricardo (coord.): *Sueños de concordia: Filiberto Villalobos y su tiempo histórico, 1900-1955*, Salamanca, Caja Duero, 2005, pp. 157-179; RUIZ-MANJÓN CABEZA, Octavio: *El partido republicano radical, 1908-1936*, Madrid, Tebas, D.L. 1976; ÁLVAREZ JUNCO, José: *El emperador del paralelo: Lerroux y la demagogia*, Madrid, Alianza, 1990.

²⁷ Para la movilización socialista en este periodo y su colaboración con republicanos y liberales ROBLES EGEA, Antonio: “La formación de la Conjunción republicano socialista de 1909”, *Revista de estudios políticos*, nº 29, 1982, pp. 145-162. El caso concreto madrileño en ELORZA DOMÍNGUEZ, Antonio: “Socialismo y agitación popular en Madrid (1908-1920)”, *Estudios de Historia Social*, nº 18-19 (1981), pp. 229-261. Esto no quitaba que durante este periodo se produjeran reivindicaciones “puramente obreras”, como la movilización contra la carestía de las subsistencias. Justo antes de la llegada de Maura al poder en 1907, en Madrid se había producido un virulento motín del pan en el que los socialistas participaron activamente y Largo Caballero jugó un papel destacado, tal y como retrata SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización colectiva. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2006, pp.33-48.

represivo y de recorte de libertades creado por Maura, la actividad del PSOE y su expansión como partido era cada vez más difícil. Sin ser un fin en sí mismo, una reforma en el régimen político español que impulsara la democracia, el cambio de un sistema parlamentario a una república en que la imperara la libertad, empezó a ser un objetivo deseable a corto plazo para los socialistas. Pues, en una república democrática, podrían trabajar más fácilmente para traer la revolución y el cambio que deseaban, y si eso implicaba una colaboración temporal con los republicanos burgueses, quizá era el momento de olvidar viejos prejuicios contra las alianzas²⁸.

El derrumbe definitivo de las barreras que existían entre socialistas y republicanos lo propició la *Semana Trágica* barcelonesa y la represión posterior del gobierno de Maura. Aunque las revueltas de julio de 1909 tuvieron su epicentro en la ciudad condal y el PSOE tuvo que ver poco en su estallido, los socialistas madrileños se vieron directamente afectados por las arbitrarias actuaciones del gobierno de Maura para restablecer el orden. Se suspendieron las garantías constitucionales, la Casa del Pueblo de Madrid fue clausurada y Pablo Iglesias fue obligado a hacer una más de las ya muchas visitas a la cárcel de su vida política²⁹. Aquel verano de 1909 los últimos socialistas reacios se convencieron de que era necesario colaborar con los republicanos para reformar el régimen político español, poniendo fin a la Monarquía e instaurando una democracia en la que existieran más cotas de libertad y se pudieran alcanzar ciertas mejoras en las condiciones sociales de los trabajadores. A lo largo del otoño se fueron aproximando las posturas entre el Comité Nacional del PSOE y los miembros de la minoría parlamentaria republicana. Finalmente, el 7 de noviembre, en un gran mitin celebrado en el frontón Jai-Alai de Madrid, bajo la presidencia de Benito Pérez Galdós, representantes de las principales corrientes del republicanismo y Pablo Iglesias, como líder de los socialistas, hacían pública la existencia de una alianza política y electoral, de una conjunción republicano-socialista cuyo principal objetivo era el fin de la Monarquía y la instauración de un nuevo régimen político democrático. Los partidos burgueses y el PSOE, que habían sido antiguos rivales, ahora se unían con la intención de traer una república a España.

La Conjunción republicano-socialista era una alianza de altos vuelos, suscrita entre los líderes de cada partido y cuyos objetivos eran asuntos tan ambiciosos como la sustitución de la Monarquía por una República. Al margen de su programa político máximo, el pacto electoral tuvo importantes repercusiones locales, especialmente en la ciudad de Madrid. No hubo que esperar demasiado para comprobar la efectividad de que republicanos y socialistas hubieran dejado sus antiguas rivalidades a un lado y acudieran juntos a la lucha por el poder. Cuando se firmó el pacto en el frontón de Jai-Alai, quedaba sólo un mes para la primera cita electoral a la que se deberían enfrentar los nuevos compañeros de viaje. Eran las elecciones municipales, que en la capital española debían renovar 28 de los 50 concejales que formaban la corporación municipal. Los miembros de ambos partidos no tardaron en ponerse a trabajar y elaboraron listas conjuntas para los diez distritos de la capital. Por lo menos los socialistas madrileños, llevaban años deseando concurrir en alianza a la contienda electoral municipal, desde que García Quejido y Gómez Latorre lo habían propuesto en 1903. Seis años después tendrían ocasión de comprobar si se trataba de una estrategia adecuada.

²⁸ ROBLES EGEA, Antonio: "La formación de la Conjunción republicano socialista de 1909", *Revista de estudios políticos*, nº 29, 1982, pp. 145-162.

²⁹ Algunas descripciones del episodio en ELORZA DOMÍNGUEZ, Antonio: "Socialismo y agitación popular en Madrid (1908-1920)", *Estudios de Historia Social*, nº 18-19 (1981), pp. 229-261 y en MORATO, Juan José: *El Partido Socialista obrero*, Madrid, Ayuso, 1976, pp. 185-191.

El éxito de la candidatura presentada por la Conjunción republicano-socialista fue rotundo. En el reparto de concejales hubo un empate entre los liberales gubernamentales (entonces era Moret el que estaba al frente del Consejo de Ministros) y los republicanos socialistas. Cada uno de ellos se llevó catorce concejales, mientras que los conservadores, que aún padecían el desgaste de la impopularidad que había producido el gobierno de Maura, no conseguían ninguno de los cargos en el Ayuntamiento de Madrid.

Tabla 13.1 : Elecciones municipales de Madrid del 12 de diciembre de 1909.							
Resultados por distritos.							
candidato	partido	votos		candidato	Partido	votos	
distrito centro				distrito de Chamberí			
Enrique Trompeta	republicano	3197	e	Amando Valdivieso	Republicano	3434	e
Vicente Álvarez	republicano	3176	e	Vicente Barrio	Socialista	3389	e
Lázaro Martín Pindado	liberal	3034	e	Antonio Rgez Reyes	Republicano	3134	e
José Bruno Largacha	liberal	2911	e	Andrés Aragón	Liberal	2485	e
Eduardo López	republicano	2771		Antonio Rosado	Liberal	2349	e
Nicolás Alquézar	liberal	2438		Emilio Neira	Liberal	1877	
Francisco Colomer	conservador	1750		Conde de Arcentales	Conservador	1582	
distrito de Congreso				García Miranda	independiente	1080	
Pedro V. Buendía	liberal	3932	e	Lucas Fernández	independiente	1010	
José Naría Gurich	liberal	3596	e	Frutos	independiente	323	
Marqués de Morella	liberal	3558	e	Chico	independiente	252	
Eduardo Rosón	republicano	2863	e	distrito de Hospital			
Pío Baroja	republicano	2815		José Conde Rincón	Republicano	3558	e
Victoriano Orosa	socialista	2691		Faustino Nicoli	liberal	2167	e
Manuel Carasa	Defensa Social	1479		Varela	independiente	955	
Distrito de Hospicio				Ochoa	Defensa Social	393	
Luís Talavera	Republicano	2948	e	Grijalva	demócrata	215	
Sotero Pascual	Republicano	2798	e	distrito de Buenavista			
Frcó García Molinas	Liberal	2750	e	Juan Ortueta	Liberal	2983	e
Francisco Mora	Socialista	2697	e	Rafael Reynot	Liberal	2797	e
Luis Gayo	Liberal	2659		Félix de la Torre	republicano	2586	e
Salvador Roig	Liberal	2418		Enrique Morcillo	republicano	2499	
Moyrón	disidente republicano	335		Marqués de Santa Marta	conservador	2056	
Rodríguez González	independiente	257		Quirós	independiente	262	
Bermúdez	independiente	94		distrito de Inclusa			
Cavana	independiente	25		Lucio Catalina	republicano	3743	e
distrito de Latina				José García Nieto	liberal	2696	
Enrique Fraile	Liberal	4248	e	distrito de Universidad			
Juan Álvarez Martínez	republicano	3387		Bonifacio Rozalem	republicano	4060	e
distrito de Palacio				Antonio García Quejido	socialista	3693	e
Antonio Piera	Liberal	4655	e	Felipe González Rojas	liberal	2622	e
Julio Rubaudonadeu	Republicano	2386		Manuel Linares Rivas	conservador	1162	

Fuente: *El Imparcial*, 13 de diciembre de 1909. La e, indicado los candidatos finalmente electos.

Ya era bastante importante que la Conjunción se hubiera convertido en el principal partido que rivalizaba con los candidatos gubernamentales por el poder; en la práctica, aquello suponía que en Madrid se había roto la dinámica del turno entre liberales y conservadores. La lucha política, en vez de girar en torno a la alternancia entre los dos partidos monárquicos se planteaba de manera cada vez más clara entre los defensores de la monarquía y las fuerzas coaligadas por derrumbarla. Y en la capital, por lo que parecía, la batalla la estaban ganando los partidarios de la república. Si en vez de fijarse en el número de concejales obtenido por cada partido, se comparaba el número total de votos, la victoria de la conjunción resultaba contundente. Socialistas y republicanos unidos habían recabado el apoyo de cerca de 30.000 personas, mientras que los liberales sólo lo habían recibido de poco más de 22.500³⁰.

Los dos partidos de la conjunción salieron beneficiados de aquellas elecciones. Los socialistas repetían sus exitosos resultados de 1905. Como en las anteriores elecciones habían conseguido situar a tres de los suyos dentro del Ayuntamiento, con la diferencia de que esta vez no se trataba de una elección ganada únicamente en un solo distrito, sino en tres diferentes. En Chamberí, en el Ensanche Norte, esta vez sólo presentaron a un candidato, Vicente Barrio, que obtuvo junto a dos republicanos el acta de concejal, con una ventaja de más de 700 votos sobre los dos liberales que también resultaron elegidos. El PSOE, que en las últimas elecciones arrebató a los republicanos aquel distrito que tanto tiempo habían controlado (desde tiempos de la República de 1873), ahora se lo devolvían parcialmente. A cambio, ganaba algo que podía ser más importante: el apoyo de los republicanos para obtener actas de concejal en otros distritos en los que antes habían sido incapaces de ganar.

Era lo que sucedía en Universidad, también al norte de la ciudad. Aquel distrito compuesto por los barrios populares del entorno de la Plaza del Dos de Mayo en el casco antiguo, la zona de los cementerios de Vallehermoso en el Ensanche y los arrabales de Bellas Vistas en el extrarradio, había sido un feudo republicano desde tiempos inmemoriales. Particularmente Vallehermoso, se había significado como uno de los focos donde más pronto había germinado el apoyo popular a los republicanos, tan pronto como en 1869, y el lugar que les había reportado sus primeros éxitos electorales³¹. En el distrito de la Universidad había sobrevivido con fuerza el republicanismo durante la Restauración, incluso en los años en que el sufragio estaba restringido el republicanismo había conservado un notable apoyo en aquellos barrios. En 1901, los socialistas habían intentado sin mucha fe, robarles un acta de concejal. El militante designado para aquella lucha fue Antonio García Quejido, que era consciente de sus escasas posibilidades. Obtuvo un buen resultado en aquel distrito de Universidad, pero no pudo entrar a formar parte del Ayuntamiento. Ahora en 1909 repetía candidatura pero sin tener a los republicanos enfrente, sino a su lado y podía demostrar cuánta razón tenía cuando en ocasiones anteriores había solicitado al partido que le

³⁰ Al tratarse de listas abiertas no se puede dar un número exacto de votos, pero en Madrid, en 1909, 29.776 votantes apoyaron al menos uno de los candidatos de la Conjunción; 22.669 votantes. El porqué tal diferencia de votos no se tradujo en una mayor diferencia en concejales obtenidos se debe a que en algunos distritos populares, en los que más fuerza tenía el republicanismo, apenas se jugaban puestos de concejales en aquellos comicios. Era el caso de Inclusa en el que sólo se decidía una concejalía o en el de Hospital en el que se decidían dos. Los votos obtenidos por cada candidatura a partir de *El Imparcial*, 12 de diciembre de 1909.

³¹ Véase capítulo 6, donde se han analizado las elecciones del Sexenio. También, FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "El estreno del sufragio universal en Madrid (1869)", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2003, n° extraordinario, pp. 71-83 y BAHAMONDE, Ángel: "Contribución al estudio del fraude electoral en un distrito urbano. Las elecciones de 1869 en Madrid", *Hispania: Revista española de historia*, Vol. 36, n° 134, 1976, pp. 639-662.

dejara concurrir junto a los republicanos³². Con casi 4.000 votos con su nombre fue nombrado concejal, convirtiendo al de Universidad en otro de los distritos madrileños que alzaban a los socialistas al poder.

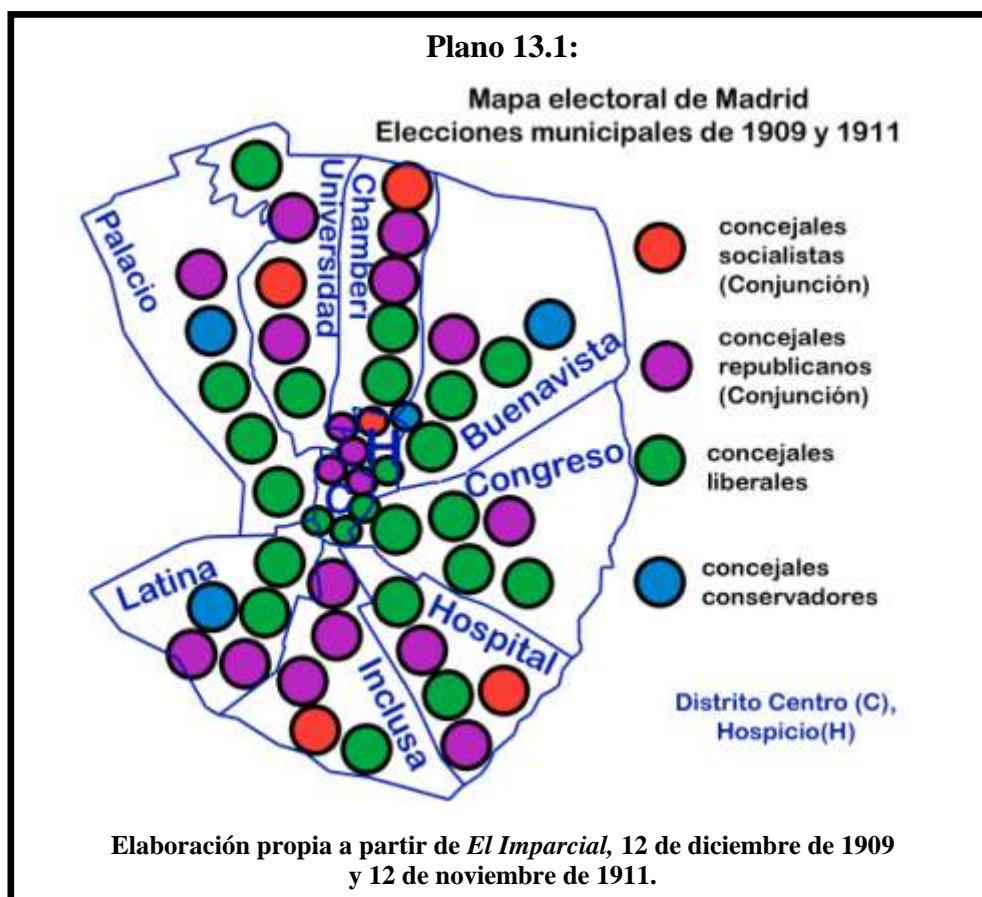
El PSOE salía de su pequeño territorio conquistado en Chamberí y se lanzaba a la conquista de la ciudad. El tercer concejal socialista, Francisco Mora, otro de los miembros históricos del partido y uno de sus fundadores, fue elegido por el distrito de Hospicio, también al norte de la ciudad. Sólo uno de los cuatro candidatos socialistas no logró el triunfo; fue Victoriano Orosa, que se había presentado con la Conjunción por el distrito de Congreso, una de las zonas de Madrid con menos apoyos para los partidos republicanos y en que los liberales y los conservadores solían monopolizar el voto. Era un fracaso menor y esperable. En términos generales, en 1909 los socialistas habían logrado obtener las mismas tres concejalías que en 1905 pero por más distritos y con más votos. La alianza les estaba reportando grandes beneficios y no sólo porque los partidos republicanos les estuvieran prestando votos; detrás de cada concejalía conquistada por el PSOE había también una ampliación del apoyo social en Madrid. Quizá lo más importante para los socialistas de aquel pacto con sus antiguos rivales, era que los republicanos les estaban abriendo su militancia. En los mítines y en los actos electorales que se celebraban en cada distrito y en cada barrio antes de las elecciones, los candidatos del PSOE eran presentados por sus viejos enemigos, los republicanos, como gentes respetables a las que había que votar, como compañeros de viaje y aliados frente al enemigo común. El simpatizante republicano en aquellos distritos daba un voto de confianza a los socialistas, una oportunidad para que ejercieran un cargo político y demostraran que merecía la pena apoyarlos. Lo hacía porque iban unidos a los republicanos, pero quién sabía si en el futuro, si los integrantes de la Conjunción se convertían en rivales de nuevo, cuál de los dos se llevaría a la masa del electorado tras de sí.

Las elecciones municipales de 1909 muestran que los republicanos madrileños también se beneficiaron enormemente de la alianza con los socialistas. Además de reforzar sus bastiones electorales tradicionales (los distritos populares de Hospital, Inclusa y Universidad, junto a Chamberí), con la unión al PSOE, conseguían concejales en zonas en las que tradicionalmente se les había negado el favor. Era muy significativo el aumento de votos en los barrios del centro de la ciudad de Hospicio y Centro, que tradicionalmente habían apoyado a los partidos del turno y en los que la Conjunción era ahora el partido más votado. En otras zonas de la ciudad no lograban la victoria, como en el distrito de Buenavista, que estaba compuesto en su mayoría por los aristocráticos y acomodados barrios del Paseo de la Castellana y de Salamanca, pero los republicanos conseguían que uno de sus candidatos saliera elegido como concejal, algo que sin la ayuda de los socialistas, no habría sido posible.

La irrupción de la Conjunción republicano-socialista en 1909 produjo importantes alteraciones en el mapa electoral de la ciudad y en el reparto político de los distintos barrios y distritos que había existido hasta entonces. Las zonas en que el voto y la fidelidad política estaban más asentados apenas se movieron. A grandes rasgos seguía existiendo una clara división entre las zonas populares y las más acomodadas de la capital. Los barrios bajos y el Ensanche pobre (distritos de Hospital e Inclusa) y el Ensanche Norte de predominio de familias trabajadoras y clases medias de empleados y

³² Eso lo hizo García Quejido, como se ha señalado antes, junto a Mariano García Cortés y otros militantes madrileños en 1903, pero el Comité Nacional se negó a concederles el permiso. Finalmente, en 1903, no se presentaron candidatos a las concejalías por Madrid, sin que se conozcan las razones. Puede intuirse que este enfrentamiento entre los líderes del partido en la capital y la cúpula nacional pudo tener que ver en ello.

pequeños comerciantes (distritos de Chamberí y Universidad), se reforzaban como feudos inexpugnables del republicanismo, ahora unido al socialismo. En cambio, había zonas donde eran los partidos del turno los que triunfaban sin discusión. En Palacio, como si la presencia de la monarquía impusiera obediencia, unas elecciones tras otras eran ganadas por los liberales o los conservadores, dependiendo de quién estuviera en el poder. Lo mismo sucedía en Buenavista y en Congreso, barrios que por su lujo y altos precios del alquiler eran zona de residencia preferencial de las grandes y medianas fortunas de la ciudad. Eran fronteras que parecían infranqueables y que no podían ser modificadas ni por la decepción respecto al régimen político que había supuesto el gobierno de Maura ni las ilusiones por el cambio que había creado la Conjunción.



El cambio había que buscarlo en el detalle. El gran éxito para los republicanos era que, gracias a la Conjunción y tras las dos elecciones sucesivas que renovaron el Ayuntamiento, lograron conseguir extender su representación a todos los distritos de la capital³³. A la altura de 1911 se podía decir que en toda la ciudad se expresaban con contundencia los sentimientos de un pueblo madrileño que cada vez se afirmaba como más antimonárquico. Por su parte, los socialistas también adquirirían una posición de la

³³ Las elecciones municipales en Madrid durante la Restauración siempre fueron parciales, en un rasgo más de los intentos de atemperar la expresión popular a través del sufragio universal, pues de esta manera se evitaban vuelcos radicales en la conformación de la corporación municipal. En el mapa electoral que se ofrece para 1909-1911 se reflejan los concejales obtenidos por cada partido en ambas convocatorias en las que se renovaron primero 28 concejales (1909) y luego 22 (1911), en esta última sin el concurso de Chamberí en las que sólo se celebraban elecciones cada cuatro años y se renovaban siempre todos los cargos.

que antes no habían disfrutado. Seguían siendo los hermanos pequeños y no pasaron de los cuatro concejales sentados en el Ayuntamiento, pero parecía confirmarse que aquel triunfo en las elecciones de Chamberí en 1905 no había sido una anécdota ni un hecho aislado. En 1911 ya habían conseguido obtener representantes por la mitad de los distritos madrileños. Habían salido desde los primeros barrios conquistados en Chamberí y Cuatro Caminos y se iban ganando la simpatía y los votos de otros madrileños, especialmente en los barrios populares que tradicionalmente se habían declarado como republicanos. A García Quejido, que fue elegido por Universidad en 1909, a Francisco Mora y a Mariano García Cortés que lo fueron por Inclusa y Hospital respectivamente en 1911, les debió producir honda satisfacción que, al fin, el pueblo madrileño se pusiera de su parte. Los tres eran tipógrafos, miembros de la vieja guardia del partido y habían tenido que sufrir durante muchos años la indeferencia de unas clases populares que seguían apoyando a los republicanos en vez de a ellos, que se pretendían ser los legítimos representantes de los trabajadores. Era cierto que en gran medida el apoyo que recibían en los feudos de los republicanos se debía a que estos les habían cedido la plaza y concurrían ahora en alianza con ellos. Pero también cabía la posibilidad que los vecinos de El Rastro, de Lavapiés, de las Peñuelas o de Vallehermoso, que ahora les habían votado también a ellos, a los tipógrafos del PSOE, acabaran dejándose seducir por el discurso socialista. Para saberlo había que esperar a ver lo que ocurriera en el futuro, pues ahora de lo que se trataba era de ir unidos en pos de la república y la libertad y contra la tiránica monarquía.

Por el momento, aquellas elecciones municipales de 1909 fueron un importante triunfo para la Conjunción que, además, se vio pronto reforzado en una convocatoria electoral que levantaba aún más expectativas. Para mayo de 1910 se convocaron elecciones al Congreso de los Diputados, las primeras desde las que había organizado el gobierno de Maura en 1907. Tras la caída en desgracia del político conservador en octubre de 1909, había sido Moret el que se había alzado hasta la presidencia del Consejo de Ministros. El gobierno del viejo liberal había fracasado al ser incapaz de reunir a su partido tras de sí y en febrero le tocó el turno de intentarlo a Canalejas, que fue llamado por Alfonso XII para formar gobierno. Como en cada ocasión que el monarca depositaba toda su confianza en un líder para que realizara su política, a Canalejas sí le fue concedido el privilegio de disolver el Congreso de los Diputados y celebrar unas elecciones con las que su ministro de la Gobernación, manipulando y activando las redes de cacicazgo, pudiera conseguir una mayoría parlamentaria lo bastante cómoda para gobernar.

Esas elecciones de mayo de 1910 eran particularmente decisivas para la Conjunción republicano-socialista. Canalejas había dotado a su programa de algunos puntos que hacían conectar al liberalismo con algunas posturas republicanas, especialmente en la cuestión religiosa, en sus proyectos para una mejora y desarrollo del sistema educativo y en su predisposición al diálogo con el movimiento obrero en cuestiones laborales³⁴. En el fondo se abanderaban parte de las reivindicaciones de los partidos que pretendían el cambio del régimen y su sustitución por una república democrática, pero en el caso de Canalejas sin que tuviera que desaparecer la monarquía. Aquellas elecciones a Cortes iban a decidir, en las zonas en que la manipulación electoral lo permitiera, quiénes eran los que habrían de rentabilizar la gran movilización

³⁴ El gobierno de Canalejas y el análisis de su proyecto político en FORNER, Salvador: "La crisis del liberalismo en Europa y en España: Canalejas en la encrucijada de la Restauración" en SUÁREZ CORTINA, Manuel (ed.): *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*, 1997, Madrid, Alianza, 199-228 y FORNER, Salvador: *Canalejas y el Partido Liberal Democrático (1900-1910)*, Madrid, Cátedra, 1993.

que había desatado el “Maura no” del verano anterior: o los liberales, que habían formado parte siempre de la clase política rectora de la Restauración y que pretendían la simple reforma de la monarquía desde dentro, o aquella Conjunción republicano-socialista nacida de los opositores y desafectos del régimen político que luchaban por su desaparición.

Para republicanos y socialistas aquella era una prueba de fuego, al menos en Madrid. En la capital española la contienda electoral adquiriría casi rango de plebiscito a favor o en contra de la monarquía ya que, a diferencia de lo que ocurría en otras circunscripciones electorales del país, liberales y conservadores no concurrían por separado sino en una sola candidatura que se presentaba como monárquica. En fin, el pueblo madrileño tenía la ocasión de pronunciarse si estaba con republicanos y socialistas por el fin de la Restauración o con los partidos del turno para solo reformar el sistema político y mantenerlo.

Tabla 13.2: Resultados de las elecciones legislativas de mayo de 1910 en el distrito urbano de Madrid				
	Candidato	partido	candiatuara	votos
electos	Francisco Pi y Arsuaga	republicano	conjunción rep-soc	42.902
	Benito Pérez Galdós	republicano	conjunción rep-soc	42.247
	José María Esquerdo	republicano	conjunción rep-soc	41.649
	Rafael Salillas	republicano	conjunción rep-soc	41.420
	Rodrigo Soriano	republicano	conjunción rep-soc	41.239
	Pablo Iglesias	socialista	conjunción rep-soc	40.696
	Bruno Zaldo	liberal	monárquica	31.549
	Enrique B. Chavarri	liberal	monárquica	31.523
no electos	Conde de Sta Engracia	conservador	monárquica	31.476
	Carlos Padrós	liberal	monárquica	31.207
	Carlos Prasts	conservador	monárquica	30.739
	Luis F. Guirao	liberal	monárquica	30.622

El Imparcial, 10 de mayo de 1910 a partir de los datos de la Junta Central del Censo

El diagnóstico fue claro. En mayo de 1910, el pueblo madrileño se definía en las urnas como republicano, o mejor dicho, como republicano y socialista. La candidatura de la Conjunción venció con holgura a lo monárquicos, por más de 11.000 votos y con un apoyo que prácticamente doblaba al de las elecciones municipales pasadas que, como en todas las destinadas a la renovación de los ayuntamientos, había tenido altos niveles de abstención. En las legislativas de mayo de 1910 acudió a las urnas el 66% de los votantes y de ellos, más de 40.000 personas habían apoyado a la conjunción³⁵.

Para los republicanos eran unos buenos resultados, pues, el éxito en Madrid unido al conseguido en otras ciudades, les permitió aumentar notablemente su presencia en el Congreso en el que reunieron más de ochenta diputados. Para los socialistas era algo más, era un resultado histórico: en aquellas elecciones, por fin, treinta años después de su fundación, el PSOE conseguía que Pablo Iglesias obtuviera la primera acta de diputado para un socialista. El partido ya no sólo se limitaría a luchar en huelgas y en concejalías, a partir de ahora tendría voz y voto en el principal centro de debate político del país. Este salto a la gran política era otro de los beneficios que, a corto plazo, traía una alianza a la que, paradójicamente, el propio Pablo Iglesias se había negado

³⁵ Un análisis de estas elecciones en Madrid así como datos detallados de la participación y de los resultados por distritos en TUSELL GÓMEZ, Javier: *Sociología electoral de Madrid, 1903-1931*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1969, pp. 77-95.

categoricamente durante tantos años. Estaba claro que su elección por Madrid no era un reflejo de un apoyo directo de las masas. Sólo había que comparar los más de 40.000 votos que había obtenido en mayo de 1910 con las elecciones anteriores, las de 1907, en que Pablo Iglesias no había superado los 3.000 apoyos en Madrid para entrar en el Parlamento³⁶. Se lo debía a los republicanos y a sus electores; era un voto de confianza que daban al socialismo por su sincera adhesión a la Conjunción, que podían retirar en el caso de que se sintieran decepcionados.

Con aquellos primeros triunfos electorales los socialistas se dieron cuenta de que se les estaba brindando una prometedora posibilidad para crecer como partido y expandir su implantación social, tanto en el conjunto de España como en el caso particular madrileño. El acceso a los cargos políticos era observado por Pablo Iglesias y sus compañeros como la ocasión para multiplicar el alcance de su propaganda y, sobre todo, como una oportunidad para trabajar más eficientemente al servicio de los trabajadores. A los que les habían votado por sus promesas, los socialistas apenas les defraudaron a partir de 1909, cuando empezaron a ir de la mano de los republicanos. Iglesias, el único diputado del PSOE en el Congreso, pues se dedicó a una constante labor parlamentaria, en discursos casi diarios en los tiempos en que estaban reunidas las Cortes. Su discurso no rebajó en modo alguno el tono reivindicativo de cuando era un líder sin escaño y los votantes podían comprobarlo en la cada vez mayor presencia de sus palabras pronunciadas en el Congreso y reproducidas por todos los periódicos madrileños.

Por su parte, los concejales socialistas de la capital se emplearon con intensidad a la política municipal. No era nada nuevo. Ya antes de la Conjunción, Largo Caballero, como representante del partido en el Ayuntamiento, se había destacado, como él mismo decía, por “bajar a las alcantarillas” de la política municipal y había llevado al Consistorio algunas de las reivindicaciones de las clases populares madrileñas, como era el caso de los precios de los alimentos³⁷. Su labor tuvo continuidad en los años siguientes, en tiempos de la Conjunción, con la campaña de “Pan, luz y tranvía” que sus sucesores socialistas en las concejalías llevaron a cabo para denunciar la carestía de la vida en Madrid y cómo eran los trabajadores los que más estaban pagando los altos precios de los artículos de primera necesidad³⁸.

A los socialistas, el poder no les había cambiado en este punto. La preocupación por los precios de los alimentos había formado parte de sus discursos desde hacía años. Se pudo comprobar en la actitud ante las protestas por el precio del pan que se desataron cuando los miembros del PSOE ya se sentaban en el Ayuntamiento. Fue en el verano de 1914, tras varios meses de alteraciones en el precio del trigo que se trasladaba al del pan vendido en las tahonas. Como tantas otras ocasiones, las protestas y los conflictos, primero esporádicos, acabaron degenerando en un motín popular nacido de la indignación ciudadana que estalló el 29 de junio, día de San Pedro y San Pablo³⁹. Si bien los socialistas no habían estado en la gestación de la algarada, sí que la aplaudieron y la defendieron. Lo hicieron prácticamente en solitario frente al resto de partidos y

³⁶ 2.778 votos exactamente según los resultados publicados por *El Imparcial*, 23 de abril de 1907.

³⁷ Sobre la implicación de Largo Caballero en la política municipal no hay más publicaciones que algunos artículos de *El Socialista* o su propio testimonio (LARGO CABALLERO, Francisco: *Mis recuerdos. Cartas a un amigo*, México D.F., Ediciones Unidas S.A., 1976). El episodio de las alcantarillas y la denuncia de la corrupción municipal es recreado en FUENTES, Juan Francisco: *Largo Caballero. El Lenin español*, Madrid, Síntesis, 2005, pp. 60-67.

³⁸ ELORZA DOMÍNGUEZ, Antonio: “Socialismo y agitación popular en Madrid (1908-1920)”, *Estudios de Historia Social*, nº 18-19 (1981), pp. 229-261.

³⁹ Una rica interpretación del episodio en SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización colectiva. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2006, pp.48-56.

responsables políticos de la capital, que otras veces habían sido más tolerantes (en 1907, por ejemplo) y que comenzaban a mirar con cierto espanto este tipo de reacciones populares en una ciudad en la que cada día las huelgas eran más frecuentes y en la que, a pesar de no haber sido testigos, se recordaba con horror los fenómenos aún recientes de la Semana Trágica de Barcelona⁴⁰.

Los socialistas aprovechaban las oportunidades de acceso al poder que les había brindado la alianza con los republicanos para hacer más presente su discurso en la vida política madrileña y española a través de sus cargos como concejales y su escaño en el Congreso. Se mantenían fieles a sus principios, a pesar de todos los temores que Pablo Iglesias había albergado siempre a que el contacto con los partidos burgueses les hiciera desviarse en su camino. Ahora bien, esa fidelidad a los principios no significaba necesariamente que los socialistas consideraran la alianza con los republicanos como algo meramente instrumental y que los observaran como una compañía incómoda, sólo soportable por ser limitada en el tiempo. Los socialistas se implicaron con sinceridad en la Conjunción. Más allá de los beneficios a corto plazo que tal alianza electoral pudiera ofrecerles, no dudaron en aprovechar todo lo que pudieran lo bueno que podía tener mezclarse con partidos políticos cuyos discursos y militantes habían condenado durante años por su condición burguesa.

Los años de la Conjunción fueron para los socialistas, como se ha dicho en múltiples ocasiones, una *salida del ghetto*⁴¹. Por aquel entonces dejaron de ser un partido encerrado en sí mismo y en la clase obrera a la que querían representar para extenderse a otras capas sociales. Hasta 1909, más o menos, los militantes socialistas eran en su inmensa mayoría trabajadores manuales y más que obreros proletarios, artesanos y miembros del mundo de los oficios. En Madrid, claramente, el PSOE había estado dominado durante muchos años (y aún lo estaba en su cúpula dirigente) por un grupo de profesionales que, ciertamente, pertenecía a la aristocracia del proletariado, como eran los tipógrafos⁴². Los miembros de las clases medias y de otros grupos profesionales más acomodados, burgueses, que se habían acercado al PSOE, habían sido pocos y en las más de las ocasiones sólo para declararles cierta simpatía o alguna que otra colaboración puntual o temporal, como había hecho Unamuno en Bilbao. Casos como los del médico Jaime Vera, que había sido fundador del partido, o Rafael García Ormaechea, aquel abogado de familia relativamente adinerada que surgió como concejal en Chamberí en 1905, eran más la excepción que la regla. Pero a partir de 1910, todo cambió, y de forma paralela al crecimiento del PSOE, se hacía apreciable la cada vez mayor impregnación de sus ideas y de sus discursos en otros medios sociales que no eran la clase obrera para cuya defensa de intereses y derechos había nacido como partido político.

En esta apertura del socialismo a la sociedad no todo partió de la Conjunción republicano-socialista ni pasó necesariamente por ella, aunque sí que participó de un mismo ambiente. Aunque con fuertes dosis de frivolidad o cinismo, el diario conservador *La Época*, ante el ascenso del voto obrero en la capital española, había llegado a decir que parecía que “*el socialismo estaba de moda*”⁴³. No le faltaba ciera razón al diario conservador. Si el socialismo estaba adquiriendo protagonismo en la vida

⁴⁰ Es Francisco Sánchez Pérez quien subraya esas distinciones en SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta... Ob. Cit.* pág. 56 y el mismo ofrece una descripción del motín de 1907 en las páginas 33-58.

⁴¹ La expresión la recogen, por ejemplo, ELORZA DOMÍNGUEZ, Antonio: “Socialismo... *Ob. Cit.* o SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta... Ob. Cit.*

⁴² RALLE, Michel: “Socialistas madrileños (De los orígenes de la agrupación a 1910)”, *Estudios de historia social*, nº. 22-23 (1982), pp. 321-358

⁴³ Citado en FUENTES, Juan Francisco: *Largo Caballero. El Lenin español*, Madrid, Síntesis, 2005, pág. 61. La afirmación se hacía ante la elección de los tres primeros concejales por Chamberí en 1905.

política y conquistaba cada vez más importantes espacios de poder, se debía a que su discurso era tolerado y considerado como aceptable e, incluso, era recibido con cierta esperanza por una parte cada vez más amplia de la población. En Madrid, cuando los socialistas habían entrado en el Ayuntamiento en 1905, ninguna voz se había alzado para considerar que aquello era una amenaza. De hecho, hasta en la prensa conservadora se había calificado como una novedad saludable en medio de la sensación de marchar a la deriva que a veces transmitía el régimen de la Restauración. La pulcritud y las pruebas de moralidad de los socialistas en su comportamiento político destacaban en el ambiente de general corrupción que denunciaban los periódicos y hubo quien hasta veía en el pequeño partido obrero una fuerza que podría contribuir a esa regeneración que el país, en grave crisis, necesitaba.

La simpatía por el PSOE entre ciertos sectores de las clases medias se afianzó y creció en los primeros años del siglo XX a medida que el régimen se deterioraba y el descrédito de los dos grandes partidos del turno crecía. No era una excepción española; en otros países europeos en que la sociedad española buscaba el espejo en que reflejarse, la colaboración entre los partidos socialistas y partidos burgueses eran más íntimas y profundas. Lo era en Francia donde Jaurès había alcanzado un especial protagonismo en la vida política nacional; lo era en Inglaterra donde los fabianos primero y los laboristas después colaboraban frecuentemente con los liberales; y lo era en Alemania donde el SPD había alcanzado ya un importante peso en el Parlamento. La Conjunción apareció como la forma genuina española de esa colaboración entre clases medias y clase obrera en el plano político a la que se unieron otras manifestaciones de hermandad y mutuo interés en diferentes ámbitos.

Quizá de estos fenómenos de convergencia, el más importante a la larga, fue el de la fascinación de un creciente número de intelectuales por el socialismo, al que dejaron de mirar como una manifestación de movilización política popular que llamaba a la simpatía para comenzar a considerarla como una bandera que debía ser enarbolada. Este encuentro entre los intelectuales y el partido de los tipógrafos tuvo como vía privilegiada de desarrollo la Escuela Nueva⁴⁴. Era esta una institución promovida por los militantes socialistas más preocupados por renovar teóricamente el marxismo español y que fue concebida como un punto de encuentro entre los miembros del partido y los intelectuales que, sin ser necesariamente socialistas, simpatizaban con el partido obrero. La iniciativa fue exitosa y pronto comenzó a dar resultados. A través de Escuela Nueva un grupo heterogéneo de pensadores, profesores universitarios y escritores se acercaron al PSOE o profundizaron en los contactos previos que ya habían mantenido con el partido. Entre ellos se encontraban figuras de renombre en el panorama intelectual español como Ortega y Gasset, jóvenes y prometedores profesores universitarios o escritores, como Ramón Carande y Luis Araquistáin, y catedráticos de Universidad que, como en el resto de Europa, iban sucumbiendo a la seducción que el marxismo les inspiraba como corriente de pensamiento teórica así como proyecto político y de los que Julián Besteiro era el mejor ejemplo. Muchos de estos intelectuales se limitaron a participar en el debate y a enriquecer con sus aportaciones el discurso socialista, como pudo ser el caso de Ortega, que nunca dio el paso para comprometerse como militante. Otros se implicaron más y acabaron por afiliarse al PSOE como Besteiro y Araquistáin. Pero todos ellos ilustraban la progresiva transformación de un partido que cada vez estaba más imbricado en todos los niveles de la sociedad y no ya únicamente recluido en sus clases populares.

⁴⁴ ELORZA DOMÍNGUEZ, Antonio: "Socialismo... *Ob. Cit.* especialmente pp. 234-241

En las primeras décadas del siglo XX, la sociedad española estaba experimentando profundos cambios. Madrid era uno de los lugares en que mejor se podía observar el alcance de la transformación. Había dejado de ser una ciudad preindustrial para esbozar rasgos propios de una metrópolis en cuya población se podían percibir los destellos de una composición social cada vez más compleja. El viejo protagonismo que habían tenido los trabajadores manuales y los jornaleros en el Madrid de finales del siglo XIX fue cediendo terreno ante la emergencia de unas flamantes y heterogéneas clases medias compuestas de empleados de comercio y de la banca, funcionarios de todo rango, trabajadores de cuello blanco de muy diversos ámbitos y profesionales liberales con condiciones sociales muy variadas. Las nuevas figuras sociales traían consigo actitudes y comportamientos políticos nuevos. En el Madrid que se había forjado a principios de siglo XX ya no resonaban de la misma manera ni encontraban el mismo eco los discursos políticos que los dos grandes partidos del turno habían forjado allá por 1875, a comienzos de La Restauración. Lo mismo cabía decirse de las distintas versiones del republicanismo e incluso del socialismo. Había que modular la voz de otra manera, utilizar otro vocabulario si quería captar la atención de unos oyentes que ya no eran los mismos que cuando la República se hundió y había retornado la monarquía.

El comportamiento electoral de los distritos que componían el Ensanche Norte desvela algunos de los cambios que se estaban produciendo en las actitudes políticas de los madrileños y la diferente forma en que se adaptaron a ellas las distintas fuerzas políticas presentes en la ciudad. En los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, entre los habitantes de los barrios surgidos en torno al viejo arrabal de Chamberí y el antaño desapacible barrio de los cementerios de Vallehermoso, ya se hacía notar de una manera incipiente algunas de las transformaciones que experimentaba la sociedad madrileña. Chamberí, particularmente, hacía tiempo que había dejado de ser aquel barrio situado en la periferia de Madrid, y que por su condición excéntrica había alojado a importantes contingentes de familias trabajadoras. Los entornos de las plazas de Olavide, Chamberí y Quevedo, las calles de Santa Engracia, Luchana o de Eloy Gonzalo eran cada vez más centro de la ciudad y menos periferia. Sin haber alcanzado el lujo de otros barrios como el de Salamanca, su condición de Ensanche había ido confiriendo a aquella zona de la ciudad recién construida un cada vez mayor poder de atracción sobre unas clases medias en franca expansión en la sociedad madrileña y de las que una buena parte fijó su residencia en Chamberí. Por su parte Vallehermoso, aunque siguió siendo una zona en que los trabajadores manuales y los jornaleros tenían un gran peso en su composición social, en aquella época fue perdiendo la reputación que se había ganado como barrio obrero y combativo en los tiempos del Sexenio. Ese papel se lo fue cediendo a las barriadas próximas del Extrarradio, a Bellas Vistas y Cuatro Caminos donde se acumulaban las familias trabajadoras más pobres del Norte de la Ciudad. Fue en Cuatro Caminos y no en Vallehermoso donde se escucharon los tiros de fusil y se produjeron las cargas del ejército en las manifestaciones de 1905 que siguieron al derrumbe de las obras del Canal de Isabel II. Fue también en aquella zona donde se produjeron algunos de los tumultos más serios de los motines del pan de 1907 y de 1914⁴⁵.

⁴⁵ SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización colectiva. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2006, pp.33-56.

Tabla 13.3: Resultados de las elecciones municipales en el Ensanche Norte en los primeros tiempos de la Conjunción (1909, 1911 y 1913)					
DISTRITO DE CHAMBERÍ			DISTRITO DE UNIVERSIDAD		
candidato	Partido	votos	candidato	Partido	votos
Elecciones de 1909					
Pío Amando Valdivieso	Republicano	3.434	Bonifacio Rozalem	Republicano	4.060
Vicente Barrio	Socialista	3.389	Antonio García Quejido	Socialista	3.693
Antonio Rodríguez	Republicano	3.134	Felipe González Rojas	Liberal	2.622
Andrés Aragón	Liberal	2.485	Manuel Linares Rivas	Conservador	1.162
Antonio Rosado	Liberal	2.349			
Emilio Neira	Liberal	1.877			
Conde de Arcentales	Conservador	1.582			
García Miranda	Independiente	1.080			
Lucas Fernández	Independiente	1.010			
Frutos	Independiente	323			
Chico	Independiente	252			
elecciones de 1911					
no hubo convocatoria en Chamberí			Baldomero Argente	Liberal	2.075
			Nicomedes Guijarro	republicano	2.070
			Remigio Sánchez Covisa	independiente liberal	825
			Rafael Malato	independiente liberal	280
elecciones de 1913					
Luis Millán	Monárquico-liberal	2.048	Miguel Moravia	conjunción-republicano	2.319
Emilio Estébanez	Conjunción-republicano	2.020	Pablo Iglesias	Conjunción-socialista	2.239
Pascual Ruiz Salinas	Monárquico-liberal	1.836	Luis Blanco Soria	Conjunción-republicano	2.063
Julián Besteiro	Conjunción-socialista	1.693	Manuel Samperio Ruiz	Monárquico-conservador	2.030
Fulgencio de Miguel	Monárquico-liberal	1.617	Álvaro de Blas	monárquico	1.947
Mariano Agrela	monárquico	1.538	Remigio Sánchez Covisa	monárquico	1.874
Eleuterio Saornil	conjunción (republicano)	1.411	Ángel Cubero	liberal independiente	1.320
Andrés Ruiz Orcasitas	reformista	739	Matías Cenamor	radical	144
Miguel Cabrera	Radical	309	Antonio Jaén	radical	139
Ángel Arias	Radical	19	Valentín Coca	radical	140
			Vicente Martínez	liberal independiente	293

Elaboración propia a partir de *El Imparcial*, 12 de diciembre de 1909, 12 de noviembre de 1911 y 9 de Noviembre de 1913. En negrita y sobre fondo gris aparecen los candidatos que obtuvieron las concejalías en cada elección. En 1909 y 1913 en Chamberí se elegían cinco concejales y en Universidad tres; en 1911 Chamberí no renovaba cargos y Universidad sólo elegía dos.

Ninguno de estos cambios pareció influir para que Chamberí y Universidad dejaran de ser dos feudos electorales para republicanos y socialistas. Entre 1909 y 1913 Chamberí eligió diez concejales, de los que cinco fueron candidatos de la Conjunción; en las mismas fechas el distrito de Universidad eligió nueve puestos en el Ayuntamiento, de los que seis fueron ganados por la alianza de los republicanos y los socialistas. Es cierto que en ello tenía una poderosa influencia el hecho de que los vecinos de los populosos y populares barrios de Cuatro Caminos y de Bellas Vistas, situados en el extrarradio,

votaran en Chamberí y Universidad respectivamente⁴⁶. Aún así no sólo eran esas barriadas de obreros de las afueras las que explicaban el éxito de la Conjunción en aquellos barrios, sino también los cambios que se estaban produciendo en el seno de los mismos partidos y que expresaban, sobre todo en el caso de los socialistas, un mayor contacto con otros grupos sociales diferentes a los que habían compuesto sus bases tradicionales de votantes y militantes.

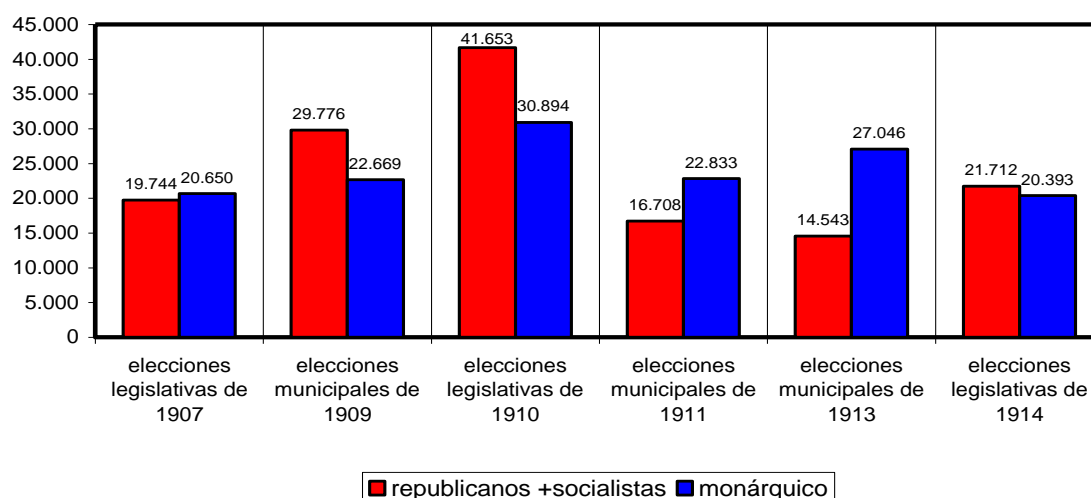
Los socialistas habían irrumpido en Chamberí en 1905 con dos tipógrafos al frente que eran destacados miembros del movimiento obrero y que se habían significado en huelgas y manifestaciones. Sus esperanzas de triunfo electoral en aquel barrio lo habían cifrado en el prestigio del que sus candidatos gozaban entre la clase obrera madrileña. En 1913, el que lideraba al PSOE en Chamberí ya no era un trabajador manual sino Julián Besteiro, filósofo y catedrático en la Universidad Central, cuya trayectoria ejemplificaba el deslizamiento que una parte de las clases medias iba experimentando en su comportamiento político. Besteiro había militado en sus primeros tiempos en la Unión Radical, una de las últimas formulaciones del republicanismo histórico para más tarde, tras su disolución, engrosar el recién creado ensayo de nuevo republicanismo que supuso el Partido Radical de Lerroux. Una combinación de desencanto por este proyecto republicano y de seducción por el contacto con el marxismo en sus viajes científicos por Europa, acabaron por empujarle hacia las filas del PSOE y de la UGT en cuyas filas ascendió fulgurantemente. Allí estaba en 1913, en Chamberí, el antiguo republicano ahora convertido en líder socialista. Se trataba de un desplazamiento político e ideológico que las clases medias estaban experimentando a diferentes niveles, pero que en general tenía como común denominador una cierta desafección de los antiguos partidos políticos. Un ejemplo significativo lo ofrecía uno de los republicanos que en aquella ocasión acompañaba a Besteiro en Chamberí. En aquel distrito, el candidato de la Conjunción más votado fue Emilio Estébanez, nieto de Benigno Castro, el primer farmacéutico del barrio. Su abuelo había sido progresista de los de Sagasta y su padre liberal en los inicios de la Restauración y él ahora abrazaba el republicanismo. Una evolución en las miras políticas que demostraba que el cambio en el comportamiento electoral del barrio no se debía únicamente a los cambios que se habían producido por la llegada de nuevos vecinos (más jornaleros y nuevos empleados). Era también, en buena medida, porque una parte de los vecinos de siempre, los que en otro tiempo se habían alzado en líderes de aquella comunidad también comenzaban a tener otras ideas sobre la forma en que debía gobernarse la ciudad.

La firma que selló el pacto entre socialistas y republicanos en 1909 había sido una de las expresiones más claras de ese cambio en la política madrileña. Para el PSOE, en lo inmediato supuso un gran impulso a su presencia política ya que le permitió acceder a más concejalías y entrar al fin en el Congreso de los Diputados; a largo plazo le abrió las puertas para esa *salida del ghetto* que lo transformaría como organización política y lo comenzaría a perfilar como partido de masas en que ya no sólo participaban tipógrafos sino también catedráticos de Universidad. A los republicanos, la conjunción les sirvió en el corto plazo para superar sus diferencias internas y recuperar un contacto con los votantes que habían ido perdiendo en los últimos años. Los primeros resultados

⁴⁶ La división de Madrid en distritos electorales (que eran los mismos que los administrativos) seguía siendo la misma que en 1905 para la que se ofreció un plano en el capítulo 9. El distrito de Universidad comprendía un buen número de barrios en el casco antiguo de la ciudad, los barrios de Guzmán el Bueno, Vallehermoso y Lozoya del Enanche y el caserío del Extrarradio al oeste de la prolongación de la calle Bravo Murillo tras la glorieta de Cuatro Caminos (lo que se conocía como Bellas Vistas). El distrito de Chamberí estaba compuesto por los barrios alrededor de la Plaza del Dos de Mayo en el casco antiguo, los barrios de Sandoval, Luchana, Trafalgar, Cardenal Cisneros, Alfonso X, Hipódromo y Balmes en el Ensanche Norte y las barriadas al este de la prolongación de Bravo Murillo, el barrio de Cuatro Caminos.

electorales fueron esperanzadores en la capital; en las elecciones municipales de 1909 y las legislativas de 1910 parecían indicar que el pueblo madrileño estaba de su parte. Pero pronto pareció disolverse ese inicial empuje. En 1913, las elecciones municipales fueron claramente ganadas por los partidos monárquicos y, aunque en las elecciones legislativas de 1914 la Conjunción republicana-socialista fue la candidatura más apoyada, el número de votos que recibió era mucho menor que cuatro años atrás. En 1910 más de 41.000 madrileños les habían otorgado su confianza, en 1914 sólo fueron poco más de 21.000.

Gráfico 13.1: Evolución del voto republicano socialista entre 1907 y 1914 en Madrid



Elaboración propia a partir de *El Imparcial*, 25 de Abril de 1907 (legislativas de 1907), 12 de diciembre de 1909 (municipales de 1909), 12 de noviembre de 1911 (municipales de 1911), 9 de Noviembre de 1913 (municipales de 1913) y TUSELL GÓMEZ, Javier: *Sociología electoral de Madrid, 1903-1931*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1969 (legislativas de 1910 y 1914)⁴⁷.

La causa de la pérdida de fuerza electoral de la Conjunción tenía mucho que ver con el comportamiento de los republicanos. En muchos sentidos, las organizaciones republicanas participaban de los vicios que arrastraban unos partidos políticos de la Restauración, que apenas se habían adaptado a los cambios sociales que se habían producido en la sociedad española en general y en la madrileña en particular. Mientras la población estaba cada vez más movilizada y el interés por las cuestiones políticas crecía, los republicanos, lo mismo que los liberales y los conservadores, seguían comportándose como partidos de elites, muchas veces más preocupados por las cuestiones personales que surgían entre sus líderes que por la consecución de los proyectos que decían perseguir. Tampoco los republicanos se escapaban a esa cíclica dinámica que marcaba la evolución de liberales y conservadores. Cuando estaban en la

⁴⁷ En las elecciones municipales se han sumado los votos de los candidatos con más sufragios en cada distrito. Las diferentes convocatorias en elecciones municipales no son estrictamente comparables ya que se trataban de elecciones parciales, en las que no se elegía el mismo número de concejales ni participaban todos los distritos. Así, en 1909 y 1913 se elegían 28 de los 50 concejales en 10 distritos; en 1911 se elegían 22 concejales en 9 distritos, todos menos Chamberí. En el caso de las elecciones legislativas de 1907, en la que aún no se había formado la conjunción Republicano Socialista, se han sumado los votos del candidato republicano con más votos, Benito Pérez Galdós 16.966 y los del socialista con más apoyo, 2.778. Los votos de los monárquicos corresponden al más votado, Garay.

oposición se unían y cuando alcanzaban el poder se arrojaban a luchas personales, que acababan siempre en la escisión.

La evolución de la Conjunción republicana-socialista, en lo que tenía reunión de todos los partidos republicanos, fue en este sentido, paradigmática. A pesar de la fuerza inicial que había demostrado concurrir juntos a las elecciones, pronto surgieron las escisiones. La primera fue la del Partido Radical, que tuvo un fuerte componente electoralista. Lerroux no quería compartir la hegemonía que había alcanzado entre el electorado barcelonés y se negó a ciertos pactos y alianzas que acabarían provocando la salida de su partido del pacto⁴⁸. También marcaron distancia los accidentalistas de Melquíades Álvarez y otros líderes de las posiciones más centristas del republicanismo, que acabaron ingresando en el Partido Reformista. En 1913 afirmaron su indiferencia ante la forma de gobierno, lo que les valió su expulsión del pacto, y optaron por la vía de la regeneración de la Restauración desde dentro, desde el Parlamento, olvidando el objetivo inicial de la Conjunción que no era otro que poner fin a la monarquía⁴⁹. Con ello se expresaba una de las grandes contradicciones internas del republicanismo que se nutría de corrientes muy heterogéneas: entre los republicanos podían convivir políticos que poco se diferenciaban en sus ideas y comportamientos elitistas de los integrantes del partido monárquico liberal y otros que conectaban y se hermanaban con un socialismo que entendía la política como una acción realizada en un contacto íntimo con las masas populares y ciudadanas.

Las escisiones republicanas supusieron un serio lastre para el desarrollo de la Conjunción. En el terreno electoral se pudo ver ya en las elecciones municipales de 1913, cuando en Chamberí los republicanos y socialistas perdieron uno de los tres concejales que siempre obtenían desde principios de siglo. La razón fue la aparición en la liza electoral de los reformistas que obtuvieron 700 votos y de los radicales que apenas recogieron 300. El apoyo a estos dos partidos eran insuficientes para ganar pero, sustraídos al apoyo a la Conjunción, consiguieron que esta retrocediera frente a los monárquicos. Se observaba así un muy diferente comportamiento entre las dos fuerzas que se coaligaban en la Conjunción. Por un lado los socialistas, que se habían tomado los buenos resultados electorales iniciales como una oportunidad para reforzarse y renovarse como partido. Aprovecharon el tiempo para modernizar tanto el discurso como la militancia que encarnaban las ideas que defendían, en un esfuerzo por adaptarse a una sociedad madrileña que se transformaba con rapidez. Por el otro lado un republicanismo que parecía volver a caer en sus crónicas luchas entre personalidades y facciones que les conducían inexorablemente a la disgregación y que recordaban demasiado a tantos otros episodios repetidos cíclicamente desde que la República de 1873 había estallado por los aires. En fin, mientras el PSOE parecía marchar y cambiar al mismo ritmo que la sociedad, los republicanos parecían anclados en el pasado.

Los votantes madrileños percibían estas diferencias que existían entre socialistas y republicanos y así lo hicieron ver en las elecciones para el Congreso de los Diputados de 1914. También en aquella ocasión la lucha se planteó en la capital en términos de Monarquía o República, pues frente a la Conjunción, los partidos del turno se unieron en una única candidatura. La mayor novedad la representaba la concurrencia de una serie de candidaturas alternativas que se habían desgajado de estos dos grandes bloques

⁴⁸ No sólo fue eso; en realidad los socialistas se encontraban incómodos en el Ayuntamiento de Barcelona junto a unos radicales a los que salpicaban algunos asuntos de corrupción y entre unos y otros se desató una agria polémica. Más detalles en ROBLES EGEA, Antonio: "La Conjunción...", *Ob. Cit.* pág. 115-116.

⁴⁹ SUÁREZ CORTINA, Manuel: *El Reformismo en España*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

pero que tenían pocas posibilidades reales de éxito⁵⁰. Pero más allá de las cuestiones de política general, aquellos comicios también iban a ser muy importantes para los socialistas, porque en ellos se comprobaría si la entrada en el Congreso de Pablo Iglesias había sido un mero hecho circunstancial o si en realidad respondía a un respaldo cada vez mayor de los votantes. No había que olvidar que, si el líder socialista había logrado su escaño, había sido gracias a que los republicanos le habían dejado hueco en su candidatura. En 1910 había sido el menos votado de la Conjunción por Madrid y en la situación de crisis en que se encontraba la alianza republicano-socialista, cabía la posibilidad de que esta vez no hubiera un sitio para los socialistas en el Parlamento.

Tabla 13.4: Resultados de las elecciones legislativas de 1914 en Madrid			
	Candidato	Candidatura	votos
Electos	Fco Javier Jiménez de la Puente, Conde Sta. Engracia	Unión monárquica	23.383
	Roberto Castrovido y Sanz	Conjunción republicano socialista	23.329
	Pablo Iglesias Posse	Conjunción republicano socialista	22.094
	Rafael Martín Lázaro	Unión monárquica	21.301
	Luís Talavera y Pardo	Conjunción republicano socialista	21.166
	Antonio Alesanco Hervías	Unión monárquica	20.924
	Eduardo Barriobero Herrán	Conjunción republicano socialista	20.710
	Rodrigo Soriano	Conjunción republicano socialista	20.222
no electos	Rosendo Castells Ballespí	Conjunción republicano socialista	19.591
	Juan Alcalá-Galiano Osma	Unión monárquica	19.122
	José Lázaro Galdiano	Unión monárquica	18.340
	Valentín Menéndez y San Juan, Conde de la Cimera	Unión monárquica	18.073
	Gustavo Morales y Rodríguez	Maurista	11.160
	Ricardo León Román	Maurista	10.809
	Francisco Vives Mirabent	Maurista	10.701
	Antonio Conrado Contesí, Marqués Fuensanta de Palma	Maurista	10.268
	José María Gurich y Carmens	Liberal democrática	9.051
	José Jareño Escudero	Liberal democrática	8.419
	Joaquín Dicenta Benedicto	Partido radical	1.749
	Basilio Paraíso y Laús	Partido radical	1.644
	Francisco Giner de los Ríos	Partido radical	1.626
	Luis Simarro Lacambra	Partido radical	1.568

El Imparcial, 10 de marzo de 1914.

⁵⁰ En Madrid también aspiraban a obtener diputados el Partido Radical de Lerroux, una candidatura de demócratas y los mauristas, que se presentaban al margen del gran grupo de conservadores entonces liderado por Eduardo Dato. Ninguno de ellos presentó una candidatura completa, pues sus pocas esperanzas de éxito se cifraban en que los electores incluyeran algunos de sus candidatos junto a los de otras opciones políticas. Así los mauristas presentaron a cuatro candidatos, esperando que los votantes conservadores a los que no convencía el pacto de la Unión monárquica, suprimieran de la papeleta a los liberales e incluyeran a los suyos. La táctica de los demócratas liberales era similar. El partido radical presentó una candidatura completa de “prestigios nacionales”, en la que junto a los suyos incluyó nombres de candidatos con los que probablemente no había llegado a ningún acuerdo, como era el caso de Pablo Iglesias o Roberto Castrovido. Las candidaturas, publicadas en *El Imparcial* 8 de marzo de 1914.

Ante la opción entre monarquía o república planteada por las candidaturas en las elecciones legislativas de 1914, el pueblo madrileño se pronunció con mucha menos claridad que cuatro años antes. De los ocho escaños en juego por Madrid, cinco eran conquistados por los republicanos y tres por la Unión monárquica. La victoria republicana había sido por un margen muy estrecho que nada tenía que ver con la de 1909; entonces recogieron 41.000 votos y esta vez sólo la mitad, poco más de 20.000. A diferencia de lo que había sucedido entonces, el desánimo había cundido entre el electorado del que sólo había acudido a las urnas un 52% cuando en 1909 había alcanzado el 66%⁵¹. Además, la victoria no había sido total. El candidato más votado no había sido ninguno de los de la Conjunción, sino el conde de Santa Engracia, del partido liberal y que se incluía en la lista de la Unión Monárquica. Por otra parte, tampoco los republicanos habían podido obtener escaños para todos los suyos y Rosendo Castells se quedaba fuera del Congreso.

En el PSOE debió sentirse alivio y cierto orgullo. El retroceso de la Conjunción no parecía perjudicarles demasiado. De hecho, parecía que los socialistas se estaban ganando cada vez más el favor y el respeto de las clases populares madrileñas. Pablo Iglesias, que bien podría haber sentido que su escaño de 1910 había sido en parte un regalo de los republicanos, podía sacar pecho. Había sido el tercer candidato más votado de la ciudad, y, dentro de la Conjunción republicano-socialista sólo le había superado Roberto Castrovido. Mientras algunos de los republicanos se quedaban fuera del Congreso por falta de apoyos, el volvía a su escaño porque contaba con el respaldo electoral suficiente. Era obvio que Pablo Iglesias y su partido se habían convertido en una referencia en la política de la capital y que el respaldo cada vez mayor de la sociedad madrileña hacía imposible seguir considerándolos como una fuerza menor, como el hermano pequeño de los partidos de las clases populares que durante mucho tiempo habían sido. En la primavera de 1914, el PSOE había dado un gran salto que si no le colocaba como el partido de las clases populares madrileñas, le situaba ya muy cerca. Había sido el producto de un crecimiento silencioso y discreto, al amparo y bajo el paraguas que le había proporcionado aquella alianza con los partidos burgueses de la Conjunción y no en medio de sonoras revoluciones ni profundas crisis sociales. En ese tiempo se había modernizado el partido, en su discurso y en su militancia, consiguiendo que se implantara cada vez más en la ciudad de Madrid y situándolo de tal manera que jugara un papel central en tiempos excepcionales que estaban por llegar. Nadie podía saberlo en marzo de 1914, pero esos tiempos estaban cerca, tanto como el verano, en el que estalló una guerra que trastocaría las formas de vida de todos los europeos.

El PSOE se pone al frente del pueblo madrileño: republicanos y socialistas en tiempos de guerra y de huelgas.

A pesar de que no fue uno de los países beligerantes en la Gran Guerra, el inesperado desarrollo de un conflicto que se creía que sería fugaz y se alargó durante años también afectó profundamente a España. El país no participó directamente en la contienda y se declaró neutral, pero la propia magnitud del enfrentamiento acabó provocando que las convulsiones y los cambios sociales que se produjeron en Europa se contagiaran a la sociedad española. Las causas y los efectos de este contagio son bien conocidos⁵². La

⁵¹ Un análisis de estas elecciones en Madrid así como datos detallados de la participación y de los resultados por distritos en TUSELL GÓMEZ, Javier: *Sociología electoral de Madrid, 1903-1931*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1969, pp.96-112.

⁵² ROLDÁN, Santiago, GARCÍA DELGADO, José Luís y MUÑOZ, Juan: *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, Madrid, Confederación Española de Cajas de Ahorro, 1973

neutralidad bélica propició a España el inicio de una “edad de plata” de su economía, gracias a la creciente demanda de importaciones de todo tipo de productos por parte de los países combatientes⁵³. El cambio para la economía nacional era radical. España pasó de ser un país acomplejado por la competencia extranjera a convertirse en una potencia exportadora. La necesidad de materias primas y alimentos en los países en conflicto era acuciante y se generaron fabulosos negocios con el comercio del trigo y el carbón, cuyos precios en el mercado internacional ascendieron como nunca antes lo habían hecho. La industria española también experimentó un gran desarrollo en la situación excepcional creada por la guerra; las fábricas de las grandes ciudades incrementaron sus niveles de producción para hacer frente a la gran expansión de la demanda procedente de los países beligerantes, en los que la industria se había paralizado o se había reorientado a la producción de armamento. En el terreno industrial, también se vieron aumentados los márgenes de beneficio de las empresas gracias a la situación excepcional que había creado la guerra en el mercado internacional.

Los grandes beneficios económicos generados por el comercio y los cambios en la producción durante la guerra coincidieron con serias alteraciones sociales. La reorientación económica española y los cambios en su producción agrícola e industrial se produjeron de forma violenta, rápida e inesperada y repercutieron de muy diferentes maneras en el mercado laboral y en la vida cotidiana del común de los trabajadores. En las ciudades se dejaron notar pronto los efectos negativos que, a corto plazo, traía el crecimiento económico. Madrid no se escapó y su población sufrió, con especial intensidad, los desgarros que producía una transformación tan repentina en sus estructuras económicas. Uno de ellos fue el paro. Aunque la guerra permitió la expansión de algunos sectores, especialmente el de la industria, también frenó algunos ámbitos de negocio que hasta entonces ocupaban una posición central en la economía de la ciudad. Uno de ellos fue la construcción, que en Madrid sufrió un drástico descenso en su volumen de negocios⁵⁴. El número de obras iniciadas en la capital se paró en seco. La crisis del ladrillo se debía en parte al alto coste de las materias primas, pero también a la apertura de nuevas oportunidades para la inversión más suculentas que la construcción de casas, que hizo que los capitales fluyeran hacia otros destinos como la industria o el comercio. Era una puerta que se cerraba porque se abría otra. Ahora bien, el capital fluía y se adaptaba con más facilidad que la mano de obra. No era fácil, como se ha visto, pasar de albañil a operario de fábrica en el Madrid del primer tercio del siglo XX⁵⁵ y para muchos trabajadores de la capital, el efecto inmediato de aquella edad de plata económica iniciada en el verano de 1914 fue la caída en el desempleo⁵⁶.

A ello se unió otra consecuencia inmediata con duras repercusiones en la vida cotidiana de las clases populares: el aumento de precios de los productos más básicos y especialmente el del trigo y el pan. A España, que había sido siempre un país deficitario

⁵³ CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier: *Historia económica de la España Contemporánea*, Barcelona, Crítica, 2006, pp. 225-261.

⁵⁴ A ello se ha hecho ya referencia en el capítulo 11, en el que se incluye un gráfico de la evolución de las obras particulares en la ciudad de Madrid durante este periodo. Para algunos aspectos de esta crisis, como trasfondo de las movilizaciones obreras y de la naciente Federación local de la Edificación en Madrid, el capítulo VIII: “La nueva hegemonía: la génesis de la federación local de la Construcción” en SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo...* pp.167-249. La incidencia de la crisis ha sido señalada en otras ciudades, especialmente en Barcelona donde José Luis Oyón identifica un periodo de caída del negocio inmobiliario entre dos periodos de gran auge (la preguerra y posguerra); OYÓN, José Luis: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008, pp. 21-61.

⁵⁵ Véase capítulos 11 y 12.

⁵⁶ SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo...* pp. 48-56.

en cereal y que había tenido que recurrir frecuentemente a la importación, se le abrió a partir de agosto de 1914 una gran veta de negocio: la exportación de trigo. El alto precio que llegaban a pagar los países en guerra superaba en mucho las cifras que tradicionalmente había alcanzado en el mercado interior español. Esto se produjo también con el carbón, las patatas y otros artículos. Pero el precio del pan era sin duda todavía un tema muy sensible porque seguía siendo un producto central en la dieta de las clases populares. Aunque el gobierno llegó a prohibir la exportación de trigo en algunos momentos, la escasez de cereal dentro de España no se pudo evitar y tampoco la consecuente subida de precios que se trasladó a las barras, hogazas y demás productos vendidos en las tahonas de las ciudades y pueblos. En Madrid se llegó a superar los 50 céntimos por kilo, una cifra impensable en otros tiempos⁵⁷, ni siquiera en años de crisis agrarias y malas cosechas. Y quien decía el pan, decía las patatas, el carbón, los alquileres y la ropa. De repente la población madrileña, y la española y la europea, descubrieron un fenómeno económico que nunca antes se había manifestado con tanta intensidad ni en esos términos: la inflación. Los precios se embarcaron en un alza generalizada y sostenida que no parecía tener marcha atrás y los trabajadores de todos los lugares vieron como, en cambio, sus salarios se quedaban estancados y cada día les permitían llenar menos la cesta de la compra.

No era la primera vez que el paro y el aumento de precios se aliaban para hacer la vida imposible a los vecinos de Madrid. La ciudad había tenido que afrontar muchas crisis de este tipo en su larga historia⁵⁸. Todavía estaba muy cerca el último motín que había estallado por el precio del pan a finales de junio de 1914. En cuanto al desempleo, se trataba de un fenómeno habitual, sobre todo en la construcción. Todos los inviernos se cerraban muchas de las obras de la capital y una gran porción de albañiles se encontraban en el paro estacional, teniendo que dedicarse a otros trabajos para ganarse la vida. A lo sumo, la situación se aliviaba con la puesta en marcha de trabajos públicos organizados por el Ayuntamiento, que daban empleo a los parados hasta que se reanudaban los negocios particulares⁵⁹. El paro, era en ese sentido, una situación percibida como excepcional y temporal, que se esperaba que, tarde o temprano, se arreglaría de la misma manera que el precio del pan volvería a bajar tras una fuerte subida.

En el invierno de 1914 todo el mundo creía, tanto en Alemania o en Francia como en España, que la guerra terminaría pronto. La crisis económica y los grandes cambios que comportaba eran observados como una sacudida puntual, una lógica alteración producida por las circunstancias excepcionales creadas por una guerra que acabaría en unos pocos meses. Entonces la vida volvería a su cauce normal y se pondría fin a los sufrimientos que el paro y la subida de precios estaban produciendo. Nadie podía saber que lo que se estaba iniciando era una transformación radical de la economía y de la sociedad. Tampoco los socialistas madrileños, que no sospechaban que en la capital española se estaba tejiendo el contexto para que el mensaje y el discurso que llevaban tantos años predicando fuera cada vez más escuchado y suscitara más adhesiones, como acabó ocurriendo.

⁵⁷ SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo...* pp. 57-79.

⁵⁸ Por ejemplo, en 1866, crisis a la que ya se ha hecho referencia y que fue analizada por BAHAMONDE MAGRO, Ángel: "El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)", *Estudios de Historia Social*, nº 15, (1980), pp. 143-175.

⁵⁹ Una práctica que acabará adquiriendo un importante volumen de actividad y que se traducirá en la reclamación de más obras públicas por parte de las asociaciones obreras; JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI, 1984.

El inicio de la guerra no cambió en un principio la actuación política de los socialistas en la ciudad de Madrid. A lo largo de 1914 y 1915 los concejales y los líderes del PSOE en la capital siguieron desarrollando las mismas campañas que les habían ocupado con anterioridad y que precisamente estaban centradas en la carestía de la vida y, de manera especial, en los usos y abusos en el comercio del pan en Madrid. Con más razón debían hacerlo ahora que el pan estaba alcanzado precios que nunca había tenido⁶⁰. La UGT, el PSOE y la Casa del Pueblo organizaron diversas campañas para denunciar el alza de los precios. Se celebraron mítines, manifestaciones y charlas en la Casa del Pueblo, además de continuar su labor de denuncia y protesta de sus concejales en el Ayuntamiento. Para sorpresa de los socialistas, a pesar de la gravedad que había adquirido el problema de las subsistencias, encontraron menos eco entre los madrileños de lo que esperaban. No es que quisieran que la ciudad se echara a la calle sin control. Aunque habían aplaudido e incluso participado en los motines y algaradas de 1907 y de 1914, el PSOE no consideraba ese tipo de protestas las más idóneas, pero sí que echaban de menos el entusiasmo y el apoyo popular que las habían rodeado. En un momento en que la situación había empeorado tanto por el aumento del paro y por la subida de los precios, los socialistas se encontraban un pueblo madrileño que les parecía pasivo e indiferente ante sus intentos de movilización.

El escaso entusiasmo popular por los mítines no era una falta total de apoyo a los socialistas, pues en las elecciones que se celebraron en aquel tiempo siguieron obteniendo resultados relativamente satisfactorios. Todos los candidatos que presentaban en la ciudad obtenían la elección y eso que, unas elecciones tras otras, la Conjunción con los republicanos, que tan buenos resultados habían procurado en 1909 y 1910, seguía deshinchándose y perdiendo fuerza. A finales de 1915 hubo renovación del Ayuntamiento, como cada dos años. Esta vez ganaron los conservadores en el poder por un estrecho margen, en votos y concejales. Consiguieron ocho mientras que la Conjunción obtuvo siete, de los que dos eran socialistas (Largo Caballero por el distrito de Inclusa y Daniel Anguiano por el de Hospital)⁶¹. Las elecciones al Congreso de 1916 confirmaban la pérdida del favor popular que experimentaba la alianza entre socialistas y republicanos. En medio de una abstención notable (de un 48,7%), los monárquicos obtuvieron 22.000 votos por 17.500 de la alianza republicano-socialista. Si en 1914 la Conjunción había obtenido cinco de los seis candidatos posibles, ahora sólo eran tres. Eso sí, los socialistas no perdían su escaño y Pablo Iglesias revalidaba su puesto en el Congreso⁶². Parecía continuar esa dinámica que ya se había hecho visible antes de la guerra y en la que, la continua pérdida de votos de la Conjunción en su conjunto no era incompatible con un afianzamiento del crecimiento del PSOE.

La aparente apatía del pueblo madrileño en los primeros meses de la guerra mundial, cuando el alza de precios y el paro estaban dejando notar su influencia en la

⁶⁰ SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo...* pp. 57-79.

⁶¹ En votos el margen fue particularmente estrecho, pues a partir de los resultados publicados por *El Imparcial*, 15 de noviembre de 1915, el cálculo de votos arroja 13.620 para los conservadores (8 concejales), 13.163 para la Conjunción (7 concejales), 12.235 para los mauristas (2 concejales) y 11.792 para los liberales —que no se presentaron en el distrito del Hospital— (5 concejales). Hay que recordar que, aunque el descenso en el apoyo a la Conjunción era claro en el largo plazo, el número de votos sólo es comparable con las elecciones de 1911, pues no participaba el distrito de Chamberí (como sí sucedió en 1909 y 1913).

⁶² Las cifras generales en TUSELL GÓMEZ, Javier: *Sociología electoral de Madrid, 1903-1931*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1969, pp. 113-126 y también *El Imparcial*, 10 al 14 de abril de 1916; los diputados en Madrid en esta ocasión fueron 3 liberales (Andrés Aragón, el Conde de Santa Engracia y Setain), dos conservadores Alesanco y Conde y Luque y tres de la Conjunción (Castrovido, Iglesias y Morayta).

vida de la ciudad, no sorprendía del todo a los socialistas. En la cúpula dirigente del partido existía la convicción de que no había peor enemigo para la movilización política de las clases populares que la miseria y el hambre. En las crisis económicas agudas, y la que estaban provocando el paro en la construcción y la subida de los precios de los alimentos ya lo era, resultaba más probable que cundiera la desesperación que el espíritu revolucionario. En opinión de los socialistas, el hambre no engendraba rebeldía. Como decía un artículo de *El Socialista* en diciembre de 1914, “si ello fuera así, España entera estaría hoy en pie” y no era precisamente lo que estaba ocurriendo. La mejor prueba era esa pasividad en la que parecían sumidos los vecinos de Madrid, mientras el precio del pan subía como nunca lo había hecho antes. El PSOE de hecho, en los primeros años de la Gran Guerra, consideraba que no había que elevar el tono de la protesta más allá de aquellos mítines y manifestaciones que organizaba sin mucho éxito. No era el momento de aventuras ni de grandes pulsos con el gobierno para tomar el poder, ni siquiera junto a los republicanos. La revolución tendría que esperar a que terminara esa guerra que se preveía corta y que estaba alterando el curso normal de los acontecimientos⁶³.

Las cosas empezaron a cambiar a partir de 1916, a medida que se fue haciendo claro que la guerra y la situación excepcional que estaba creando en la economía no eran acontecimientos fugaces. Los socialistas pudieron comprobar como esa apatía y resignación que habían observado en la población, cuando los precios comenzaron a subir escandalosamente, se iba convirtiendo poco a poco en un mayor apoyo a sus actos de protesta contra el gobierno. Cada vez había más gente que consideraba que las autoridades eran incapaces de atajar los problemas que estaban afectando a la vida cotidiana de las capas medias y bajas de la población. Se vio en la calle y en las movilizaciones, a las que se fueron adhiriendo cada vez más personas. Eso hizo cambiar de actitud a los socialistas que, si en un principio habían desestimado cualquier aventura política, acabaron por lanzarse a la revolución a través de la convocatoria de una huelga indefinida en el verano de 1917 para poner fin de una vez por todas al régimen político corrupto e ineficaz de la monarquía.

El camino de los socialistas hacia la huelga de 1917 ha sido profusamente descrito y se conocen bien sus principales etapas⁶⁴. El primer jalón fue la huelga ferroviaria que se produjo en el verano de 1916⁶⁵. El desarrollo de este conflicto laboral, en el que se paralizó el país y el gobierno se consideró en la necesidad de decretar el estado de guerra, hizo cambiar la percepción de muchos de los dirigentes del PSOE y de la UGT sobre sus propias fuerzas. Los socialistas se sintieron confiados y comenzaron a creer que tenían posibilidades de éxito si lograban coordinar una huelga general simultánea en todo el país. El siguiente paso se dio el 18 de diciembre de ese mismo año, en el que se organizó una jornada de paro en Madrid para protestar contra el precio del pan en particular y el coste de la vida en general. El desarrollo de esa huelga de 24

⁶³ Tanto la cita de *El Socialista*, como un análisis de la actitud de los socialistas ante la crisis y sobre todo, su rechazo a la huelga general como forma de movilización en SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: “La actividad socialista en Madrid y la huelga general de 1917” en BAHAMONDE MADGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luís Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Comunidad de Madrid – Alfoz, 1989, vol. 2, pp. 475-491.

⁶⁴ Además de las páginas que le dedica SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo...* pp. 57-79; véase también ELORZA DOMÍNGUEZ, Antonio: “Socialismo y agitación popular en Madrid (1908-1920)”, *Estudios de Historia Social*, nº 18-19 (1981). Más allá de su desarrollo en Madrid, su análisis en FORCADELL ÁVAREZ, Carlos y CARRERAS ARES, Juan José: *Parlamentarismo y bolchevización: el movimiento obrero español, 1914-1918*, Barcelona, Crítica, 1978 o

⁶⁵ SERRANO PRIETO, Marcos: “La huelga de ferroviarios de 1916 en Madrid” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luís Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Comunidad de Madrid – Alfoz, 1989, vol. 2, pp. 467-474.

horas marcaría un punto de inflexión en las prácticas políticas del PSOE en la capital. No es que ese tipo de protesta fuera nueva en la actuación de los socialistas. Ya las habían organizado en años anteriores para movilizar a la población contra la guerra de Marruecos, por ejemplo. Lo que resultaba novedoso era que una protesta por el pan en Madrid no degenerara en un motín como los de 1907 y 1914. Una buena parte de las clases medias de la capital celebraron y aplaudieron a través de sus periódicos aquella actuación y los socialistas comenzaron a pensar que si se decidían lanzarse a una acción más radical, podían ser respaldados, no sólo por las clases populares, sino también por parte de la burguesía⁶⁶.

Esta idea se vio reforzada por las primeras noticias que llegaron de la Revolución en Rusia en la primavera de 1917. Cuando todavía el proceso revolucionario no había hecho más que comenzar, lo que los dirigentes del PSOE interpretaban era que las clases medias y los obreros rusos se habían unido contra un régimen político indeseable e ineficaz; el pueblo en su conjunto y no sólo la clase obrera, se había levantado contra el zar para crear un gobierno democrático y republicano. A los dirigentes del PSOE, el paralelismo con la situación española les pareció evidente⁶⁷. Parecía haber llegado el momento de conquistar los objetivos que los socialistas se habían propuesto al firmar la alianza con los republicanos en la Conjunción: echar abajo la monarquía y el sistema político de la Restauración. Y ese era el gran propósito de la huelga general indefinida que se inició el 13 de agosto de 1917 en España, al menos el de los dirigentes socialistas que se pusieron al frente del movimiento⁶⁸.

La huelga general de 1917 fracasó en su intento de derribar la monarquía. El gobierno conservador de Dato empleó toda su fuerza en apagar los focos en que el movimiento había prendido y que se limitaron a las grandes ciudades, pues en el campo apenas hubo respuesta al llamamiento hecho por socialistas. Pero si en lo inmediato fue un fracaso, a largo plazo aquellos días de agosto trajeron hondas repercusiones en la vida política de muchos lugares, y muy especialmente en Madrid. En la capital la huelga supuso un terremoto que alteró radicalmente para el futuro la forma en que se relacionaban las clases populares de la ciudad con las autoridades. Primero, porque en Madrid la huelga alcanzó un grado de violencia antes desconocido en los conflictos sociales. Los hechos más graves se produjeron en el combativo barrio de Cuatro Caminos donde el ejército llegó a ametrallar a los manifestantes. Los muertos y heridos

⁶⁶ Un relato de la jornada a partir de las descripciones de la prensa, sus antecedentes en los repertorios de acción política de los socialistas y su favorable acogida por las clases medias en SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo...* pp. 68-71.

⁶⁷ SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: “La actividad socialista en Madrid y la huelga general de 1917” en BAHAMONDE MADGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luís Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Comunidad de Madrid – Alfoz, 1989, vol. 2, pp. 475-491.

⁶⁸ No se profundizará aquí sobre las contradicciones que se dieron en las motivaciones e interpretaciones de esta huelga en la que convergieron tanto los que la consideraban como un movimiento que había de ser de solidaridad con los ferroviarios que ya estaban en huelga desde hacía unos días (tal y como lo pretendió Pablo Iglesias), los que la dirigían como un pulso contra el gobierno (el comité de huelga) y una clase obrera con actitudes e intenciones diferentes y que en ocasiones perseguían objetivos más elevados y no ponerla al servicio de los republicanos. En ello abunda suficientemente, para el caso de Madrid, SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización colectiva. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2006, pp.74-79 o FORCADELL ÁVAREZ, Carlos y CARRERAS ARES, Juan José: *Parlamentarismo y bolchevización: el movimiento obrero español, 1914-1918*, Barcelona, Crítica, 1978. Tampoco se trata de clarificar aquí el peso que tuvo dentro de la crisis general del sistema de la Restauración en aquel año en que fueron factores fundamentales el movimiento de las Juntas de Defensa y el de la Asamblea de Parlamentarios de Cataluña; para ello se puede acudir a LACOMBA, Juan Antonio: *La crisis española de 1917*, Madrid, 1970.

por la represión dejarían una huella de rencor en los vecinos de estos barrios que avivaba los recuerdos de otras luchas anteriores (como las de la protestas en 1905 tras el derrumbe de las obras del Canal) y que, a pesar del fracaso de la huelga, contribuyó a reforzar la fidelidad del vecindario al partido socialista, al que ya votaban desde hacía años⁶⁹. En segundo lugar, la huelga representó la transición definitiva en las formas de movilización y protesta de las clases populares de la ciudad. Si hasta entonces las protestas más características en Madrid habían sido los motines, a partir de 1917 fueron sustituidos por las huelgas, que se multiplicaron en los años siguientes hasta provocar una ola de reivindicaciones que inundaron la capital en 1919 y 1920⁷⁰. Finalmente, en la capital la huelga del verano de 1917 además de ser un acontecimiento que se enmarcaba en la política nacional, también adquiriría una gran importancia en su vida política municipal, puesto que los dirigentes del movimiento de protesta eran importantes líderes del PSOE madrileño. Esto supuso que, aunque el movimiento huelguístico fuese sofocado en agosto, el conflicto en Madrid siguiera ocupando el centro del debate político durante algunos meses más⁷¹.

La razón fundamental para que la huelga de 1917 presidiera la política municipal madrileña en los meses siguientes se debía a quiénes se habían puesto al frente del movimiento. En el comité de huelga se encontraban tres de los concejales del PSOE en la capital: Daniel Anguiano, Francisco Largo Caballero y Julián Besteiro. Lo completaba otro militante socialista madrileño, Andrés Saborit, que hasta entonces no había participado en el Ayuntamiento pero que comenzaba a tener un papel destacado en el partido. Los cuatro fueron detenidos en la misma casa, en una calle céntrica de Madrid y luego juzgados y condenados a cadena perpetua, para ser recluidos en el penal de Cartagena⁷². La consecuencia inmediata fue que el PSOE perdió su representación en el gobierno de la ciudad, pero esta era una cuestión menor al lado de la dura condena que se les había impuesto a los cuatro miembros del comité de huelga. Cuatro de los dirigentes más importantes del partido habían sido confinados a prisión de por vida. Las concejalías las podrían recuperar pronto. A finales de 1917 se tenían que renovar los ayuntamientos y de nuevo el PSOE concurriría junto a los republicanos en alianza electoral. Se podía temer que el fracaso en la huelga general pasara factura y que el número de votos descendiera, pero lo que realmente preocupaba en ese momento al partido (o por lo menos a Pablo Iglesias) era la manera de obtener la amnistía de los cuatro condenados.

Al final el PSOE fundió ambos problemas en uno. Al plantearse la estrategia del partido ante las elecciones municipales en Madrid, en la que se tenían que sustituir a los concejales encarcelados en Cartagena, se decidió plantear un pulso al gobierno. Se propusieron como candidatos a los cuatro miembros del Comité de Huelga que habían sido condenados a cadena perpetua y a los que, por añadidura, se había declarado

⁶⁹ El ametrallamiento en SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta.. Ob. Cit.* pág. 77. No se debe olvidar, que en Cuatro Caminos ya en 1905 y con motivo de las protestas tras el derrumbe de las obras del Canal, se habían producido graves altercados, con tiroteos y cargas violentas por parte del ejército. Esto ya había supuesto toda una excepción en los conflictos entre pueblo y autoridad en Corte donde por aquel entonces se trataba a los manifestantes con mimo a juicio del propio Francisco Sánchez Pérez. Basta comparar la escasa violencia que caracterizaba a las protestas en Madrid con lo que sucedía en Barcelona, tal y como lo retrata EAHAM, Chris: *Class, culture and conflict in Barcelona, 1898-1937*, London:, Routledge-Cañada Blanch Centre on Contemporary Spain, 2005.

⁷⁰ SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: "De las protestas del pan a las del trabajo: Marginalidad y socialización del fenómeno huelguístico en Madrid (1910-1923)", *Historia social*, nº 19 (1994), pp. 47-60.

⁷¹ MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: "Las elecciones municipales en la crisis de la Restauración: Madrid, 1917" en GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.): *La crisis de la Restauración. España entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda República*, Madrid, siglo XXI, 1986, pp. 121-148.

⁷² Un relato de la detención con tintes novelescos, por ejemplo, en *El Imparcial*, 15 de agosto de 1915.

inhabilitación para desempeñar cualquier cargo público el resto de sus vidas. Con ello, lo que pretendía el PSOE era despojar a aquellas elecciones de su carácter local y convertirlas en un plebiscito en el que los votantes madrileños dieran su opinión sobre lo que había ocurrido en el verano anterior. Si votaban a favor de los cuatro socialistas, entonces Madrid parecería que se ponía del lado de los huelguistas y en contra de la monarquía y del gobierno. En esa situación sería muy difícil mantenerse firme ante las crecientes peticiones de amnistía que se hacía oír desde todos los rincones del país para los cuatro presos de Cartagena⁷³.

Esa era la intención del PSOE, pues sus dirigentes sabían que aunque ganaran las elecciones sería muy difícil que sus candidatos llegaran realmente a sentarse en el Ayuntamiento. Estaban renunciando a tener representantes en el municipio al menos durante dos años, hasta que se volvieran a convocar los siguientes comicios. En el fondo se trataba de sacrificar la política municipal en Madrid, a la que los socialistas habían dedicado mucha atención desde que habían conseguido sus primeros concejales en 1905, para continuar la lucha que se había abierto con la fracasada huelga de agosto pasado. Para ello contaron con el concurso y la complicidad de los republicanos que aceptaron en la Conjunción la pretensión socialista de hacer de los cuatro presos de Cartagena sus candidatos y les cedieron aquellos puestos en los que su elección podía ser más probable. Francisco Largo Caballero fue el único candidato de la Conjunción por el distrito de Inclusa: Daniel Anguiano se presentó junto a un republicano por el de Hospital. Julián Besteiro encabezó a los tres candidatos de la Conjunción en Universidad y Andrés Saborit fue presentado en las mismas condiciones en el de Chamberí. Se trataba de los cuatro distritos populares por excelencia de la capital y los que más alegrías electorales habían dado a republicanos y socialistas en el pasado. En esta ocasión se les pedía algo más que su apoyo para elegir concejales: tenían que señalar si estaban con los huelguistas que habían pretendido echar abajo la monarquía o con quienes la defendían, que eran los líderes políticos herederos de los partidos del turno.

Los resultados de las elecciones municipales de 1917 sacaron a la luz el precario y débil apoyo social con que contaba el régimen político de la Restauración en la ciudad de Madrid. Una vez más, se hacía presente la fuerza del voto de los partidos de la oposición y declarados enemigos de la monarquía. Como había sucedido en elecciones pasadas, parecía existir una gran división que separaba a los votantes en dos grupos igualmente numerosos que apoyaban a los monárquicos de una parte y a la alianza entre republicanos y socialistas de la otra, aunque con importantes diferencias dentro de estos dos grupos que, en el fondo, estaban compuestos por fuerzas muy heterogéneas.

⁷³ Sobre el carácter plebiscitario de estas elecciones así como un análisis detallado de las distintas fuerzas políticas que concurrieron en ellas y su desarrollo, MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: "Las elecciones municipales en la crisis de la Restauración: Madrid, 1917" en GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.): *La crisis de la Restauración. España entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda República*, Madrid, siglo XXI, 1986, pp. 121-148.

Tabla 13.5: Elecciones municipales de Madrid de 1917, del 14 de noviembre de 1917, resultados por distritos.

candidato	partido	votos		candidato	Partido	votos	
distrito centro				distrito de Chamberí			
Gerardo Bustillo	Maurista	2.198	e	Andrés Saborit	Comité Huelga, PSOE*	2.223	e
Ángel Ossorio	Maurista	2.051	e	Álvaro Calzado	Radical*	1.816	e
Francisco Álvarez	Reformista*	1.695	e	Miguel Tato y Amat	Republicano*	1.736	e
J. Francos Rodríguez	Liberal	1.525	e	García Miranda	Maurista	1.505	e
Mariano Prieto	Federal	1.315		Duque Almodóvar del Valle	Demócrata	1.363	e
Marqués de Vivel	conservador	1.258		Ramón Pulido	Romanonista	1.342	
José de Eraso	republicano	1.177		Sr. Nadal	Maurista	1.306	
Díaz Guerra	conservador	1.015		Alejandro Miró	Romanonista	986	
Andrés A. del Valle	romanonista	878		Sr. Montesinos		826	
L. Gálvez Holguín	independiente	437		Leopoldo F Casajuana	Romanonista	824	
Cao Durán	republicano	146		Sr. Flores	Conservador	817	
Antonio Paso	republicano	90					
distrito de Congreso				distrito de Universidad			
José García Cernuda	Maurista	1.897	e	Julián Besteiro	Comité Huelga, PSOE*	2.699	e
Isidoro García Vinuesa	Maurista	1.792	e	Emilio Renglero	Republicano*	1.988	e
José Asprón	Republicano*	1.596	e	Eleuterio Saornil	Republicano*	1.950	e
Jenaro Marcos	independiente	1.561	e	Ángel Cubero	Conservador	1.620	e
Vicente Buendía	Romanonista	1.477		Conde de Gamazo	Maurista	1.595	
Alfonso Senra	Liberal	821		Enrique B. Chavarri	Conservador	1.056	
Emilio Zurano	Conservador	819		Luis Silvela	Liberal	993	
José Guimón	Conservador	657		Sr. Morales	romanonista	902	
Distrito de Hospicio				distrito de Hospital			
Antonio Goicoechea	maurista	2.107	e	Daniel Anguiano	Comité Huelga, PSOE*	2.735	e
Sr. Barranco	Republicano*	1.515	e	José Cortes Munera	Republicano*	2.638	e
José Fdez. Cancela	Romanonista	1.302	e	Enrique Mª Arribas	Maurista	1.492	e
Francisco Silva	independiente	1.162	e	Manuel S. Rgez	Romanonista	1.104	
Augusto del Cacho	Conservador	831		Adalberto Suárez	Coalición monárquica	1.031	
Felipe Jiménez	independiente	734		Ángel Somoza	Demócrata	368	
Sr. Añón Sopena	Republicano	565					
distrito de Latina				distrito de Buenavista			
Enrique Fraile	Romanonista	2.143	e	Conde de Limpias	Maurista	2.136	e
Vicente Florén	Republicano*	2.135		Pedro Rico	Republicano*	1.161	e
Ignacio de la Portilla	Conservador	2.063		Marqués Villabragina	Romanonista	1.155	
				Gregorio S. Palomero	Liberal	917	
				Ricardo Rgez Vilarino	Conservador	717	
distrito de Palacio				Distrito de Inclusa			
José Serán	liberal-conservador	1942	e	F. Largo Caballero	Comité Huelga, PSOE*	2.112	E
José Rogerio Schez.	maurista	1.667		Juan Gª Revenga	Romanonista	1.198	E
José Lafuente	demócrata	518		Leopoldo Farges	Prietista	1.025	
				Joaquín Montes	Maurista	876	
				Sr. Catalina	Republicano	419	

El Imparcial, 15 de noviembre de 1917. La e, indica los candidatos finalmente electos. Con * se indican los candidatos de la Conjunción republicano-socialista que, para esta ocasión se había recompuesto con la vuelta a la alianza de radicales y de reformistas.

Sin duda la noticia más llamativa era la recuperación de la Conjunción, que obtuvo en aquellas elecciones 13 concejales de los 30 en juego. Casi habían igualado su mejor resultado en la capital, que se había obtenido en las primeras elecciones a las que concurrió la alianza (las de 1909, en las que obtuvieron 14 concejales). En parte se debía a que se había logrado recomponer la unidad anterior y los reformistas y los republicanos radicales habían vuelto al pacto, eliminando una competencia que había pesado mucho en los últimos años. Así, los reformistas proporcionaron un concejal en el siempre difícil distrito de Centro y los radicales otro en el de Chamberí, donde en 1915 ya habían recogido un buen puñado de votos. La Conjunción volvió a obtener los tres concejales que siempre había ganado en este distrito. Pero, en realidad, la gran fuerza de arrastre no había sido esa vuelta de reformistas y radicales a la coalición. Los que verdaderamente habían decidido el triunfo habían sido los candidatos socialistas, los cuatro presos de Cartagena, que habían vencido en sus respectivos distritos con un margen extraordinariamente alto de votos. El caso de Inclusa mostraba la fuerza del apoyo por parte de los madrileños con que contaban los integrantes del comité de huelga. Por aquel distrito, los votantes sólo elegían un candidato y la Conjunción presentó a Francisco Largo Caballero. El ya veterano líder sindicalista obtuvo más de 2.100 votos y le siguió a mucha distancia, como principal oponente, Juan García Revenga, del grupo de Romanones, con apenas 1.200 votos. Nunca se habían visto diferencias tan claras en unas elecciones municipales en la capital.

A la larga, más que la gran victoria sobre los monárquicos, lo más importante era la constatación de que dentro de la alianza entre los republicanos y los socialistas, estos últimos se habían hecho definitivamente con el liderazgo. El PSOE, que en 1909 había entrado en la Conjunción como el hermano menor de los republicanos, a finales de 1917 se había convertido, sin discusión alguna, en el principal partido de las clases populares madrileñas. Un cambio que se podía apreciar en los distritos del Ensanche Norte, donde los presos de Cartagena habían acudido en candidaturas conjuntas junto a sus aliados republicanos. En Chamberí, Andrés Saborit recogió 2.200 votos; mientras tanto, Álvaro Calzado, radical y Miguel Tato y Amat, republicano, se quedaron en 1.800 y 1.700 respectivamente. En Universidad la diferencia fue más clara aún: Julián Besteiro superó en algo más de 700 votos a sus compañeros de candidatura de la Conjunción. Lo que sucedía no era sólo que una parte sustancial de la población de la capital se solidarizaba con los socialistas sino que los erigían en sus líderes políticos, por encima de los republicanos a los que tradicionalmente habían votado. Las cosas habían cambiado radicalmente dentro de las fuerzas de la oposición en Madrid. Al ponerse enfrente de la huelga general indefinida del 13 de agosto de 1917, el PSOE había culminado un proceso por el que había ido convirtiéndose en el partido hegemónico dentro de las clases populares madrileñas al tiempo que el republicanismo histórico, en grave crisis desde el comienzo de siglo, parecía deshacerse y le cedía el sitio.

Este cambio en la relación de fuerzas dentro de la Conjunción no debe eclipsar lo que sucedía en el campo político contrario. El fulgurante ascenso socialista en la izquierda tuvo su réplica en la gran crecida que experimentó otra fuerza política de relativa novedad dentro de los monárquicos, o más exactamente, de los entornos del trono. Era el maurismo, que obtuvo 8 concejales en aquellas elecciones, convirtiéndose en la segunda candidatura más votada tras la Conjunción. Era también, a su manera, otro signo del grave trance por el que pasaba la monarquía de Alfonso XIII. En 1917 nadie ignoraba la enemistad entre el rey y Antonio Maura. El político conservador, considerado a principios de siglo como el sucesor de Cánovas del Castillo al frente de los conservadores, no había vuelto a ser llamado a formar gobierno desde su salida de la

Presidencia del Consejo de Ministros tras la semana trágica en 1909. El rey lo había ignorado desde entonces, pero él no se había quedado con los brazos cruzados. En aquellos años, Maura, había ido construyendo el que, a la postre, sería el proyecto más acabado de partido político moderno que salía de las tradicionales fuerzas que habían protagonizado los primeros años de la Restauración⁷⁴. Con ciertas influencias de la Acción Francesa de Maurras y recogiendo algo del ideario del catolicismo social, uno de los rasgos distintivos del maurismo era su intento de superar a los viejos partidos de notables y su vocación de organización de masas.

En muchos sentidos, el maurismo superó al tipo de partidos que habían llegado de finales del siglo XIX a los comienzos del XX, más centrados en personalidades que en discursos coherentes y que apenas habían organizado sus bases sociales en una militancia activa. En el partido de Maura se hizo bandera de un conservadurismo renovado en sus formas y en sus palabras. Introdujo en su discurso algunos elementos del catolicismo social y una cierta retórica nacionalista muy en boga en otros partidos conservadores europeos. También se crearon ciertas estructuras orgánicas para encuadrar la militancia, entre las que destacaron las juventudes mauristas, que alcanzaron un cierto protagonismo en la vida política de la época. Aunque fuera sólo en esbozo, era un partido moderno, desde luego más de lo que quedaba del partido conservador que se disputaban los ciervistas y los datistas en esos momentos. El maurismo contaba con una estrategia eficaz en la movilización política de las masas que el partido conservador no tenía. Así se demostró en la capital en 1917, donde el partido de Maura logró unos resultados en las elecciones municipales que lo colocaba como el principal partido monárquico en esa ciudad y que le sirvieron a su líder para recuperar prestigio ante el rey. Ese año retornó al fin a la cúspide del poder: en abril de 1918, ante el fracaso de los liberales, era de nuevo reclamado por Alfonso XIII para formar gobierno.

Una nueva división de fuerzas se esbozaba en el mapa electoral de Madrid en el invierno de 1917, que quedó confirmada pocos meses después cuando fueron disueltas las Cortes y se convocaron, de nuevo, elecciones para elegir los diputados del Congreso. El PSOE también afrontó aquellos comicios con la intención de luchar por la libertad de los integrantes del Comité de Huelga que, a pesar del triunfo en las elecciones municipales, seguían presos en Cartagena⁷⁵. Esta vez no centraban su lucha únicamente en Madrid, sino que repartieron las candidaturas por España. En Madrid, junto a Iglesias, figuraría Besteiro dentro de la papeleta de la Conjunción republicano-socialista; Largo Caballero fue presentado por Barcelona, Saborit por Asturias y

⁷⁴TUÑÓN DE LARA, Manuel: "Maura, el maurismo y sus élites", *Mayurqa: revista del Departament de Ciències Històriques i Teoria de les Arts*, nº 16 (1976), pp. 71-85; GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús: *El universo conservador de Antonio Maura: biografía y proyecto de Estado*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997 y *Ciudadanía y acción: El conservadurismo maurista, 1907-1923*, Madrid, Siglo XXI, 1990.

⁷⁵La obtención de las actas de concejales por Madrid por Largo Caballero, Anguiano, Saborit y Besteiro, no les valió para ser amnistiados, como por otra parte, ya sospechaba el PSOE. La intención de su participación en las elecciones era hacer ver el respaldo popular con que contaban. El hecho de que no tomaran posesión de su cargo creo un grave problema en el Ayuntamiento puesto que los vencedores de cuatro distritos no podían tomar posesión de su cargo; algunos de los candidatos a los que habían derrotado interpusieron recursos para que se invalidaran sus candidaturas y así poder acceder al cargo, pero la Junta Municipal del Censo acabó decidiendo que los resultados de las elecciones eran válidos, si bien las concejalías obtenidas por los cuatro socialistas quedarían vacantes hasta la próxima renovación y el Ayuntamiento, mientras tanto, estaría formado por 46 concejales en vez de 50. La resolución del asunto puede seguirse en MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: "Las elecciones municipales en la crisis de la Restauración: Madrid, 1917" en GARCÍA DELGADO, José Luís (ed.): *La crisis de la Restauración. España entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda República*, Madrid, siglo XXI, 1986, pp. 121-148.

Anguiano por un cuarto distrito. Enfrente, en la capital, una candidatura coaligada de los monárquicos en la que el maurismo ya se presentaba como la principal fuerza con cuatro candidatos, a los que se unían un demócrata de García Prieto (el Conde de Santa Engracia) y un conservador ciervista (Álvarez Arranz)⁷⁶.

Tabla 13.6: Resultados de las elecciones legislativas de febrero de 1918 en el distrito urbano de Madrid			
	Candidato	partido	votos
Electos	Conde de Santa Engracia	demócrata	31.167
	Antonio Maura	maurista	31.067
	José Álvarez Arranz	conservador	29.536
	Antonio Goicoechea	maurista	29.536
	Julián Besteiro	socialista	29.420
	Roberto Castrovido	republicano	28.637
	Pablo Iglesias	socialista	28.344
	Jacinto Benavente	maurista	28.027
no electos	Melquiades Álvarez	reformista	27.617
	Emilio Menéndez Pallarés	reformista	27.004
	Alejandro Lerroux	republicano	26.724
	Juan Vitorica	maurista	26.428
	Andrés Aragón	liberal	6.365
	Vicente Gay	Juntas Civiles	2.866
	Ricardo Iranzo	Juntas Civiles	2.782
	Carlos Díaz Valero	Juntas Civiles	1.972
	Olimpio Salgas	Juntas Civiles	909

El Heraldo de Madrid, 26 de Febrero de 1918

Aquel febrero de 1918 el PSOE dio otro gran salto adelante en su crecimiento como partido, tanto en el conjunto del país como en la ciudad que era su capital. En el Congreso de los Diputados alcanzaron los seis diputados, entre los que se encontraban los cuatro dirigentes del comité de huelga aún recluidos en el penal de Cartagena. En Madrid, cumplían con creces sus expectativas, pues lograban obtener escaños los dos candidatos que habían presentado en las listas de la Conjunción. Era la primera vez que, además de Pablo Iglesias, el PSOE contaba con otro diputado por Madrid. El elegido era Julián Besteiro, el catedrático de universidad y líder de la huelga de 1917, que tantos apoyos había recogido ya en las anteriores elecciones municipales unos meses antes. A ello había que añadir la confirmación de la hegemonía que el PSOE había alcanzado dentro de la alianza con los republicanos. Por primera vez era un candidato socialista el que aparecía con más votos en la capital, Julián Besteiro. Por el contrario, algunos líderes históricos del republicanismo habían sido incapaces de vencer a los monárquicos. No había mejor símbolo del eclipse de los republicanos y de la ascendencia del socialismo en Madrid que el hecho de que, mientras Julián Besteiro y Pablo Iglesias lograban su escaño por la capital, Alejandro Lerroux había tenido que acudir a otro distrito para conseguirlo, y todavía más definitivo, que Melquiades Álvarez se quedara sin su asiento, pues también en Asturias perdió las elecciones.

Para provocar la completa felicidad de los socialistas, por último, resultó que los cuatro miembros del comité de huelga encarcelados en Cartagena, con sus actas de diputados consiguieron también su puesta en libertad. La elección de Saborit, Anguiano,

⁷⁶ Un análisis detallado de estas elecciones en TUSELL GÓMEZ, Javier: *Sociología electoral de Madrid, 1903-1931*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1969, pp. 127-143.

Besteiro y Largo Caballero para el Congreso forzó al gobierno a la concesión de la amnistía de los dirigentes del PSOE. Su puesta en libertad ya se había convertido en objeto del clamor popular, solicitada de una punta a la otra del país. Todo lo que de fracaso podía haber tenido la intentona revolucionaria en la huelga de agosto de 1917 se estaba tornando en un gran éxito para el PSOE a comienzos de 1918. Apenas habían transcurrido unos cuantos meses y los socialistas habían cosechado dos grandes triunfos electorales en Madrid, que eran resultado de un apoyo popular que no parecía parar de crecer. Se vio el día en que los reclusos de Cartagena volvieron a la capital para convertirse en diputados. A la alegría de las familias, de los amigos y de los compañeros del partido y del sindicato, se unió la de una multitud de madrileños que acudieron en masa a recibirlos en la estación de Atocha. Saborit, Anguiano, Besteiro y Largo Caballero fueron llevados en volandas hasta la Casa del Pueblo donde pronunciaron sus discursos de agradecimiento por la bienvenida. Eran héroes. Se habían convertido en los líderes políticos indiscutibles de una fracción cuantiosa e importante de la sociedad madrileña. Se había visto en las urnas y ahora se hacía patente en las calles⁷⁷.

Los socialistas se acostumbraron pronto a las muchedumbres. Unos cuantos meses después de la llegada de los cuatro reos de Cartagena y, cuando se logró superar la resaca que había dejado la huelga de 1917, Madrid, que había permanecido en una cierta situación de tregua política, comenzó a despertar. La dura represión tras la huelga había impuesto la prudencia por un tiempo. Las protestas tanto en los centros de trabajo por la mejora de condiciones laborales como en las calles denunciando el coste de la vida y los precios de las subsistencias, remitieron durante un cierto tiempo. 1918 fue un año tranquilo, pero las cosas empezaron a cambiar cuando la guerra en Europa terminó en noviembre⁷⁸. La paz había llegado pero no se había recuperado la normalidad económica que se había alterado con el estallido del conflicto en 1914. Los precios de los alimentos, y particularmente el del pan, no parecían dispuestos a retornar a los niveles anteriores a la guerra, sino todo lo contrario: continuaron subiendo. Mientras, los salarios de los trabajadores permanecían estancados y crecía la sensación de que no había nadie capaz de hacerse con el gobierno del país desde el campo monárquico. Los gobiernos se nombraban para disolverse a los pocos meses. En marzo de 1918 subió Maura al poder, en noviembre fue García Prieto, en diciembre Romanones; en abril de 1919 volvió Maura, que fue sustituido en julio por Sánchez Toca, al que a su vez sucedió Allendesalazar en diciembre. La crisis de la Restauración parecía clara⁷⁹.

En este contexto, la llama de la conflictividad laboral prendió fácilmente, particularmente en Madrid. Ante la manifiesta incapacidad de las instituciones para resolver los problemas que afectaban a la vida de los trabajadores y, sobre todo, a sus bolsillos, cada vez más madrileños cifraron sus esperanzas de mejorar su situación en las acciones que ponían en marcha las organizaciones obreras y, con cierta predilección, en las huelgas. Ya que no era posible que el precio del pan bajara, habría que subir los sueldos. En 1919 el número de huelgas en Madrid aumentó considerablemente; el

⁷⁷ EL episodio ha sido recreado en diversas ocasiones, por ejemplo en FUENTES, Juan Francisco: *Largo Caballero. El Lenin español*, Madrid, Síntesis, 2005, pp. 97-98; los protagonistas dejaron también sus testimonios, como Largo Caballero en LARGO CABALLERO, Francisco: *Mis recuerdos. Cartas a un amigo*, México D.F., Ediciones Unidas S.A., 1976.

⁷⁸ Así describe este año Francisco Sánchez Pérez, tanto por lo que se refiere a las protestas por las subsistencias y el pan, como para las huelgas. SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta.. Ob. Cit.*, pp.80-82 y 141-165.

⁷⁹ La sucesión de estos gobiernos en GABRIEL, Pere: "La Crisis del régimen. Pragmatismos y aplazamientos. Dato y Romanones. Una nueva derecha autoritaria." Capítulos XI y XII de BAHAMONDE MAGRO, Ángel (coord.): *Historia de España. Siglo XX. 1875-1936*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 397-438, especial mente 412-430.

Instituto de Reforma Sociales registró unas 50, en la que se perdieron cerca de 550.000 jornadas de trabajo (en 1918 había habido, según esta institución, 10 huelgas con 76.312 jornadas perdidas). En 1920 el movimiento huelguístico se intensificó; hubo 50 paros laborales en la capital en el que se perdieron más 800.000 jornadas de trabajo. Nunca antes la movilización de los trabajadores en la ciudad había producido tantos conflictos y reivindicaciones; nunca antes se habían visto tantos madrileños implicados en ellos ni había repercutido tan intensamente en la capital. Se trató de una auténtica oleada de huelgas, con hondas repercusiones en el mundo del trabajo madrileño y en la vida política de la capital⁸⁰.

En el terreno estrictamente laboral, con aquellas huelgas se inició una importante serie de transformaciones en el mercado de trabajo madrileño y en el que se vieron beneficiados numerosos sectores profesionales y de trabajadores. Se consiguieron aumentos en los sueldos y reducciones en la duración de las jornadas de trabajo, entre otras conquistas. Aunque en todos los sectores de actividad económica las luchas debieron extenderse en los años siguientes, pues no todo se resolvió en aquellos meses, este es el momento en el que, por ejemplo, los dependientes de comercio empezaron a deshacer las cadenas que les habían mantenido hasta entonces en una situación de semiesclavitud. Lo mismo sucedía con otros grupos profesionales que tradicionalmente no se habían asociado (ni se les asociaba) con el obrerismo: también hubo un despertar sindical entre los trabajadores de cuello blanco de la banca y de las numerosas oficinas privadas así como de los funcionarios del Estado, que en estos años comenzaron a afiliarse en sindicatos y se bautizaron en la huelga como forma de reivindicación de sus derechos laborales⁸¹.

Pero el gran número de huelgas en aquellos dos años y el aumento de la afiliación sindical tenían repercusiones que iban más allá del mundo del trabajo. Los madrileños que participaron en los paros laborales, no sólo defendían sus intereses como trabajadores, también estaban expresando el apoyo y la ratificación de una nueva forma de hacer política que se identificaba con el PSOE, en particular, y con el movimiento obrero, en general. El auge que estaba conociendo el socialismo en la capital española, y que acababa de demostrarse en las elecciones municipales de 1917 y en las legislativas de comienzos de 1918, era la constatación de que las graves alteraciones que se habían producido en la sociedad durante los años de la guerra, se habían acabado trasladando al debate político. Cada vez había más gente a la que los discursos en torno a la monarquía o la república o la división entre la defensa del catolicismo y las posturas anticlericales les parecían poco interesantes. Lo que querían eran respuestas para asuntos que marcaban con más fuerza la vida cotidiana, como la cuantía de los salarios o los precios de los alimentos. Ya no eran los republicanos, mucho menos los partidos monárquicos, los que podían satisfacer esas inquietudes, y sí en cambio los socialistas, que eran los que parecían tener respuestas para los nuevos tiempos.

⁸⁰ Los datos recogidos en SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta.. Ob. Cit.*, pp. 142-143. También es en esta obra donde se expone y justifica la interpretación de este periodo como una cascada de huelgas, una oleada huelguística que generó un ciclo de protesta en que se renovaron profundamente los repertorios de acción colectiva de la clase obrera madrileña.

⁸¹ Las primeras asociaciones de dependientes de comercio, empleados de banca y funcionarios en Madrid y sus movilizaciones en SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta.. Ob. Cit.*, 346-375; también SÁNCHEZ ARIAS, Emilio, MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar y GONZÁLEZ DÍAZ, Pilar: “Los trabajadores de correos y telégrafos: de las juntas de defensa a los sindicatos de clase, 1918-1931” en BAHAMONDE MADGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luís Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Comunidad de Madrid – Alfoz, 1989, vol. 2, pp. 493-504

Esta reorientación de las preocupaciones políticas que estaba experimentando parte de la población madrileña también se produjo en el seno del propio PSOE y, con particular fuerza, entre la agrupación socialista madrileña. Fue consecuencia de la acumulación de los sentimientos que había producido la huelga revolucionaria de 1917, los grandes éxitos electorales de principios de 1918 y de las noticias que poco a poco iban llegando del triunfo bolchevique en Rusia. Muchos militantes, crecidos por el patente apoyo popular al partido pero también decepcionados por el fracaso de la huelga de agosto en su objetivo de derribar a la monarquía, comenzaron a mirar con desconfianza y cierto hastío a los republicanos con los que compartían alianza ya desde 1909, hacía casi una década. Aquella república democrática que se habían propuesto traer juntos a España parecía no llegar nunca. Mientras tanto, los camaradas rusos estaban haciendo una verdadera revolución socialista. El miedo a que la alianza con los partidos burgueses estuviera distrayendo al PSOE del que debía ser su verdadero objetivo, la revolución, y que por contagio estuviera perdiendo su identidad como partido proletario, se recuperó. En la Agrupación Socialista Madrileña, donde además los entusiastas de la revolución bolchevique eran muy numerosos, comenzaron a alzarse voces en 1918 para que se pusiera fin a la Conjunción republicano-socialista y para que el PSOE, ahora ya convertido en un gran partido, al menos en la capital española, volviera a caminar solo⁸².

Este retorno al obrerismo y, en cierto sentido, al exclusivismo proletario que había marcado los primeros años del partido, tuvo que madurar un tiempo. Fue la época en la que, además de fraguarse la ruptura con los republicanos, se desató una viva polémica y discusión entre los militantes socialistas madrileños en torno a la actitud que tenían que tomar ante la III Internacional. Este debate interno, que acabó provocando la escisión de un grupo de terceristas que fundaron el Partido Comunista en 1921, era un signo más de los deseos crecientes de una parte de los socialistas de desligarse de unos republicanos cuyos objetivos políticos volvían a ver como ajenos y diferentes a los suyos⁸³. En 1918, romper la Conjunción no parecía una idea descabellada ni peligrosa, que pudiera poner en riesgo el crecimiento y las conquistas que había logrado el PSOE hacía bien poco. Desde luego en Madrid, los socialistas podían sentir una confianza en sí mismos cada vez mayor y empezar a creer, sin ninguna duda, que eran el partido de las clases populares. Todavía tuvieron una prueba más de ello; en las elecciones legislativas de 1919, las últimas en las que concurrió junto a los republicanos en la Conjunción, el PSOE subía un escalón más en su ascenso electoral. Por primera vez en la historia de la ciudad, el candidato más votado era uno de los suyos. Julián Besteiro conseguía su acta de diputado por Madrid con 36.715 votos; le seguía su correligionario

⁸² Esta reclamación de la vuelta a los objetivos proletarios del partido por parte de la Agrupación Sociales Madrileña es abordada, aunque más en relación a las discusiones en torno a la Tercera Internacional que acerca de la ruptura de la Conjunción en RUBIO CABALLERO, Daniel: "El socialismo madrileño, 1918-1921: el problema de las internacionales" BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luís Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Comunidad de Madrid – Alfoz, 1989, vol. 2, pp. 505-526.

⁸³ Para los orígenes del PCE, ARRANZ NOTARIO, Luis: "La ruptura del PSOE en la crisis de la Restauración: debate ideológico y político" en JULIÁ DÍAZ, Santos (coord.): *El socialismo en España: desde la fundación del PSOE hasta 1975*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1986, pp. 161-189; ARRANZ NOTARIO, Luis: "Los "cien niños" y la formación del PCE" en VV.AA: *Contribuciones a la historia del PCE*, Madrid, FIM, 2004, pp. 95-174; ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta: *Queridos Camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Madrid, Plantea, 2006; ESTRUCH, Joan: *Historia del PCE, 1919-1939*, Barcelona, 1978

y fundador del partido Pablo Iglesias, con 200 votos menos y a continuación los candidatos republicanos y los monárquicos⁸⁴.

Parecía haber llegado el momento. La situación política tanto local, con un Madrid sumido en la oleada de huelgas, como internacional, con la revolución rusa en pleno esplendor, lo aconsejaban. El liderazgo que habían alcanzado dentro de la Conjunción y que había sido refrendado en numerosas elecciones empujaba a ello. La alianza electoral entre socialistas y republicanos quedó disuelta; había llegado el momento de que unos y otros volvieran a ser fuerzas rivales por un mismo electorado. Tras una década en el mismo bando, en la que ambas fuerzas políticas habían conseguido aglutinar una extensa masa social de votantes en la ciudad de Madrid, en la próxima cita electoral se podría comprobar qué parte de ese apoyo correspondía a cada uno. También se podría saber, hasta qué punto el PSOE se había convertido en el partido de las clases populares madrileñas y, paralelamente, cuán profundo había sido el declive de los republicanos. No hubo que esperar mucho; en febrero de 1920, se debía realizar la renovación bianual de los ayuntamientos y entonces se desveló cómo se había modificado el mapa electoral de Madrid tras la ruptura de la Conjunción.

Aquellas elecciones municipales de 1920 se celebraron en el momento justo para comprobar cuál era el techo electoral del movimiento obrero en Madrid, entonces organizado en un único partido político. Aunque dentro del PSOE ya se habían suscitado las primeras discusiones a propósito de la revolución soviética y se habían producido las primeras divisiones entre sus dirigentes⁸⁵, el debate no se había trasladado a la calle y no tuvo incidencia en las urnas, porque aún no existía un partido comunista que pidiera el voto en competencia con los socialistas. Se estaba gestando la escisión en el partido, pero aún no se había producido. De hecho, como candidatos a concejales se presentaron algunos de los dirigentes que ya se habían declarado terceristas, como Mariano García Cortés, incluidos futuros dirigentes comunistas como Ramón Lamonedá o Eduardo Torralba Beci. El PSOE seguía unido mientras que el resto de los integrantes de la antigua Conjunción se atomizaron: radicales, reformistas, republicanos de la Unión Liberal e incluso federales acudieron por separado, poniendo las cosas todavía más fáciles a los socialistas.

Por otro lado, la ola de huelgas se encontraba en su momento de mayor intensidad y el PSOE junto a la UGT, se habían situado en su cresta, como los líderes destacados de la oposición a un régimen político al que se veía incapaz de atajar los graves problemas económicos que sufría la ciudad de Madrid y el país en su conjunto. Los socialistas sabían de sus posibilidades y por ello fueron ambiciosos. Se iban a renovar 28 concejalías y como máximo una candidatura podría obtener 18. El PSOE luchó por 15⁸⁶. Por primera vez en unas elecciones al Ayuntamiento de la capital,

⁸⁴ Los candidatos electos fueron por orden de votos, Julián Besteiro, socialista (36.715 votos), Pablo Iglesias, socialista (36.498), Luis Zulueta, republicano (36.245), Roberto Castrovido, republicano (36.219), Rafael Salillas, republicano (35.552), Miguel Morayta, republicano (35.186), Conde de Santa Engracia, liberal (33.933) y Alfredo Serrano Jover, (33.193). A ellos los siguieron el resto de la candidatura monárquica: Carlos Martín Álvarez (33.654), Gerardo Bustillo /33.606), Conde de Vallelano (33.593) y Luis Harguindey (33.455). *El Imparcial*, 2 de junio de 1919.

⁸⁵ RUBIO CABALLERO, Daniel: "El socialismo madrileño, 1918-1921..." *Ob. Cit.*

⁸⁶ En cada distrito los votantes debían señalar un número de candidatos inferior en uno al de concejales que se renovaban. Así, si en un distrito se renovaban cuatro concejales (como en Latina), los votantes incluían en su papeleta a tres candidatos; y como es lógico los partidos no presentaban más de ese número. El PSOE no presentó candidaturas completas ni en Buenavista ni en Palacio, probablemente calculando que sería más fácil si se incorporaban junto a otros candidatos más moderados. Puede que hasta la alianza con los republicanos (o una especie de pacto de no agresión) subsistiera en algunos lugares como en Buenavista donde sólo se presentó un candidato de la antigua Conjunción, Pedro Rico y otro por parte de los socialistas. Es probable que circulara una papeleta con el nombre de ambos.

presentaron candidatos por todos los distritos y no sólo por los de marcado carácter popular en los que habían obtenido concejales con anterioridad. Aunque de forma testimonial, hasta en los barrios más acomodados presentaron a uno de los suyos; Torralba Beci por el distrito de Palacio y José Rives por el de Buenavista.

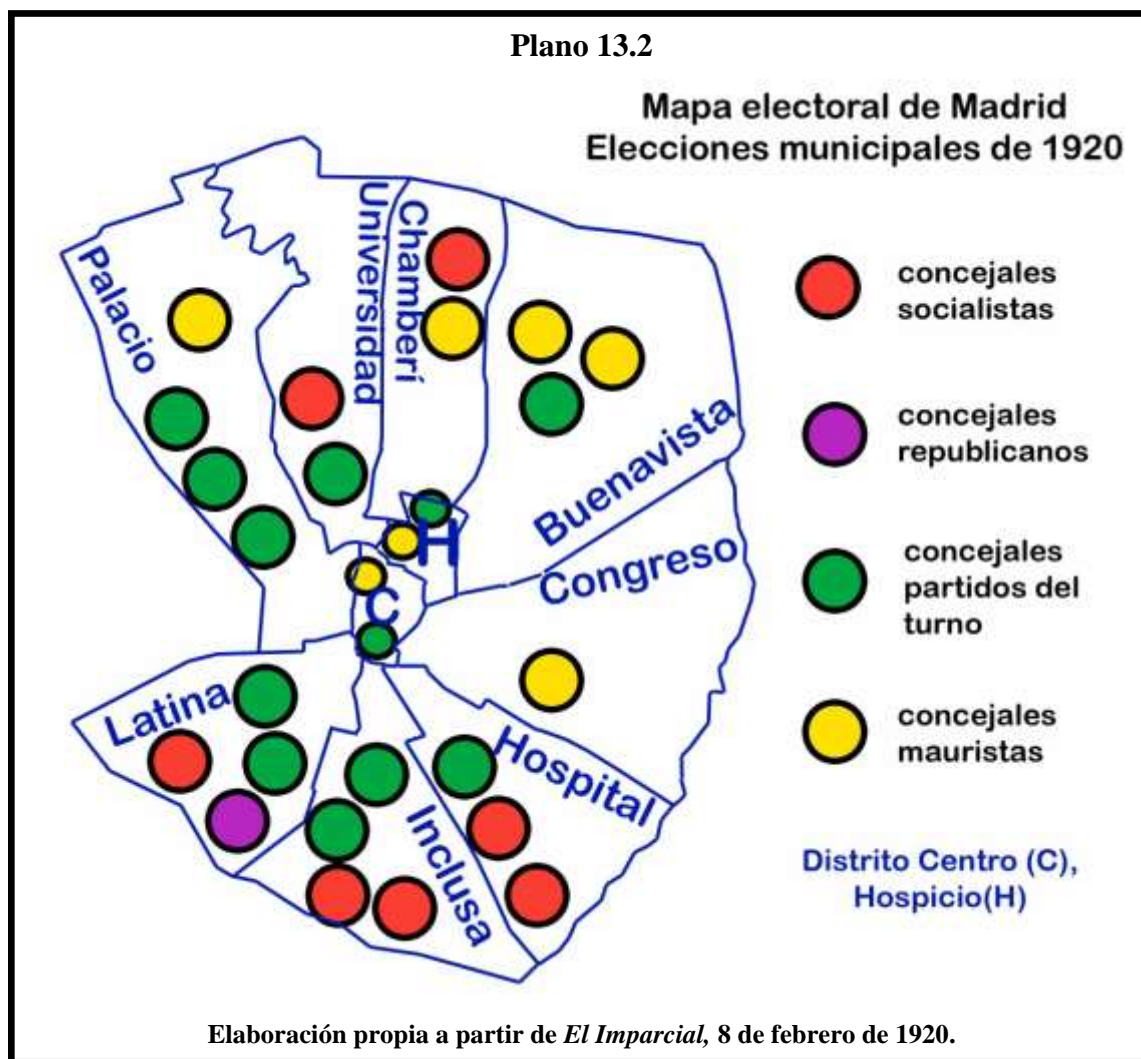
Los resultados de las elecciones al Ayuntamiento trazaron una división de fuerzas y un mapa de su distribución por los distintos distritos de la capital muy similar al de la última cita en las urnas, en 1917, todavía en la resaca de la huelga de agosto y en medio de la campaña por la amnistía de los cuatro presos de Cartagena. En primer lugar, se constataba la situación de evidente crisis y fragmentación de los partidos del turno, ya completamente atomizados en diversas banderías y facciones. Sólo la fracción albista del partido liberal demostraba una cierta capacidad de movilización del voto, al conseguir cuatro concejales de los 28 que se habían puesto en juego. Luego iban, en orden decreciente de importancia, los conservadores de Dato con tres concejales, los liberales de Romanones con dos y los demócratas y los reformistas con uno. Los republicanos, ahora que no contaban con el amparo de los socialistas en la Conjunción, veían su representación limitada a un único concejal por el distrito de Latina. De ser el partido mayoritario durante muchos años en el Ayuntamiento se habían convertido en una anécdota en la política municipal.

En medio de este marasmo de personalidades y fragmentos en que se habían disuelto las fuerzas que habían sido protagonistas de la Restauración en el pasado, se alzaban dos partidos llamados a convertirse en las referencias políticas en la capital. Por un lado el maurismo, que con siete concejales confirmaba su papel como el partido conservador de las clases medias madrileñas. Del otro lado y en franca oposición, el PSOE, que también obtenía siete puestos en el Ayuntamiento, demostrando que habían arrebatado a los republicanos su papel como portavoces de las clases populares de la ciudad. Si se observaba cuáles eran los lugares en que mauristas y socialistas obtenían sus concejales, se podía comprobar cómo, aunque hubieran cambiado los líderes que guiaban a los vecinos, se reproducían prácticamente las mismas líneas de división política que habían existido desde los tiempos del Sexenio. El partido del conservador Antonio Maura conseguía sus mejores resultados en los distritos más acomodados, especialmente en el centro de la ciudad (Centro, Congreso y Hospicio) y en el Ensanche más noble, el que se extendía por los barrios de Salamanca y las lindes del Paseo de la Castellana (Buenavista), donde los márgenes de votos respecto a sus competidores eran aplastantemente amplios. En cambio, en los distritos populares (Universidad, Hospital e Inclusa), donde antiguamente los republicanos habían sido los reyes, el nuevo partido conservador se mostraba incapaz de obtener concejales y aparecían como la tercera o la cuarta fuerza política en número de votos.

Tabla 13.7: Elecciones municipales de Madrid del 8 de febrero de 1920, resultados por distritos.

candidato	partido	votos		candidato	Partido	votos	
distrito centro				distrito de Chamberí			
Joaquín Montes Jovellar	maurista	2.755	e	Luis Onís	Maurista	2.177	e
Valnetín Fernández	albista	997	e	Eduardo Álvarez	Socialista	1.856	e
Santiago Pérez Infante	socialista	821		Vicente Alonso	Demócrata	1.258	
Emilio Campi Bádena	reformista	552		Francisco G ^a Zapata	Reformista	786	
Francisco López Goicoechea	radical	313		Joaquín Foruny	republicano	530	
distrito de Congreso				Luis Monedero	republicano	474	
Francisco Sánchez Baytón	maurista	3.083	e	Juan Antonio de Cos	Romanonista	430	
Eusebio Martín Mayoral	socialista	1.689		distrito de Hospital			
José Álvarez Estrada	Unión Liberal	1.398		Faustino Nicolí	liberal	2.180	e
Ignacio Mogín	republicano	428		Mariano García Cortés	socialista	1.995	e
Distrito de Hospicio				Manuel Cordero	socialista	1.964	e
José Navarro Enciso	maurista	1.990	e	Miguel Colom Cardany	republicano	1.778	
Manuel Rodríguez González	independiente	1.250	e	Juan Botella	Radical	926	
Felipe Jiménez Jiménez	independiente	1.030		Francisco Argüelles	republicano	716	
Luis Mancebo	socialista	813		Félix de la Piedad	reformista	582	
Eugenio Sal Menéndez	republicano	706		distrito de Buenavista			
Joaquín Rueda Montero	liberal	310		Manuel Maura	maurista	3.218	e
distrito de Latina				Luis López Doriga	maurista	3.191	e
Emilio Noguera	republicano	1.792	e	Gregorio Jiménez	albista	2.001	e
Pedro Plaza Carranque	conservador	1.535	e	Pedro Rico	republicano	1.542	
Eustaquio Martín	reformista	1.507	e	Ricardo Ortiz de Zugasti	liberal	1.359	
Antonio López Baeza	socialista	1.377	e	José Rives	socialista	1.016	
Francisco Núñez	socialista	1.363		Ricardo Rodríguez	conservador	983	
Luis Fernández Martín	socialista	1.345		Joaquín Boix	conservador	789	
Zotico Sánchez García	maurista	1.334		Arturo Perera	conservador	250	
José María Martín Pastor	radical	1.327		distrito de Inclusa			
Francisco Pastor	republicano	1.322		José Camacho	liberal	2.018	e
Sebastián Vargas	Unión Liberal	1.313		Luis Araquistáin	socialista	1.612	e
Cecilio Gutiérrez	Unión Liberal	1.257		Nicolás Leopoldo Farge	albista	1.585	e
Leoncio Delgado Barreto	maurista	1.134		Ramón Lamonedá	socialista	1.579	e
Luis Aguado	Unión Liberal	1.101		Lucio Martínez	socialista	1.547	
Otros		1.955		Francisco A. Alberca	demócrata	1.496	
distrito de Palacio				Luis Benito Villanueva	maurista	1.225	
José Álvarez Arranz	ciervista	2.754	e	Sebastian Gil	maurista	1.193	
Alfredo Serrano Jover	maurista	2.469	e	Isidoro Gay	republicano	1.044	
Prudencio Díaz Agero	demócrata	1.528	e	Otros		3.307	
Felipe Ruimonte	conservador	1.436	e	distrito de Universidad			
Luis González	maurista	1.300		Hilario Román	albista	2.213	e
Leopoldo Romeo	Romanonista	1.248		Andrés Saborit	socialista	2.109	e
				Mariano Carranceja	maurista	1.516	
				Nicomedes Guijarro	republicano	754	
				Valentín Quiroga	demócrata	544	
				Miguel Cuadrado	reformista	420	

Fuente: *El Imparcial*, 8 de febrero de 1920. La e, indicado los candidatos finalmente electos.



En 1920 los distritos populares eran territorio socialista. El PSOE había pasado de obtener tres únicos concejales en un solo distrito en 1905, en unas elecciones que habían exigido grandes esfuerzos de estrategia y movilización, a convertirse tan sólo quince años después en la segunda fuerza política de la capital, capaz de obtener los mismos resultados en número de concejales que el partido más votado por aquel entonces, el maurista. En ese proceso de crecimiento como partido, el PSOE primero había ido de la mano de los republicanos, ayudados por ellos con la generosidad y hasta cierto espíritu protector propio de unos hermanos mayores. En los tiempos de la Conjunción los socialistas habían podido extenderse electoralmente por la ciudad porque los republicanos les cedían las plazas donde antes los habían derrotado. Pero hubo un momento en que esa relación de fuerzas cambió. Los republicanos dejaron de ser la locomotora de la alianza y los socialistas su furgón de cola y se invirtieron los papeles.

En el contexto de grave crisis económica y profundos cambios laborales que produjo la Primera Guerra Mundial, el PSOE supo generar un discurso que conectaba más con las preocupaciones de las clases populares que las viejas peroratas anticlericales y antimonárquicas de los republicanos. En 1914, 1915 y 1916 lo que preocupaba a las clases populares madrileñas era el precio del pan, del carbón, de las patatas y de los billetes de tranvía. Los socialistas hicieron de ello el centro de sus campañas y actuaciones políticas, organizando manifestaciones, paros y desarrollando una continua labor de denuncia desde su periódico y desde sus puestos como concejales

en el Ayuntamiento. En 1918, 1919 y 1920 lo que deseaban y necesitaban muchos madrileños era ver sus salarios aumentados, ya que parecía claro que los precios, a pesar de que llegara la paz a Europa, nunca volverían a los niveles anteriores a la guerra. Los socialistas, en su discurso político y, sobre todo, a través de su acción sindical al frente de la UGT y de la Casa del Pueblo madrileña, ofrecían soluciones y esperanzas de mejora a los trabajadores a través de una herramienta cada vez más común y eficaz: la huelga. Pero es que además, los socialistas se mostraron más audaces que los republicanos en los momentos críticos en los que parecía surgir una oportunidad para cumplir el objetivo para el que la Conjunción se había creado: derribar a la monarquía. Es lo que ocurrió en el verano de 1917, en aquella huelga en la que se hizo visible que era el PSOE el que tomaba el mando, mientras los republicanos se quedaban en un segundo plano.

Todo ello influyó para que al final, en Madrid, la Conjunción se volviera en contra de los republicanos y se convirtiera en una ocasión extraordinariamente aprovechada por el PSOE para crecer como partido a expensas de sus aliados y antiguos adversarios. El resultado fue que los socialistas fueron arrebatando a los líderes del republicanismo sus feudos electorales en la capital. Los barrios bajos al sur de la Puerta del Sol, los enclaves populares en los alrededores de la Plaza del Dos de Mayo, las barriadas más pobres del Ensanche en Arganzuela y Vallehermoso, en fin, todas las zonas que habían sido bastiones republicanos desde prácticamente 1871, eran en 1920 socialistas. Con ello el PSOE se erigía en líder en uno de los campos políticos en que se había dividido la ciudad desde comienzos de la Restauración y en que la gran frontera la marcaba la actitud de apoyo o de oposición al régimen político y a la monarquía. En 1891, cuando se celebraron las primeras elecciones municipales por sufragio universal se había hecho visible cuál era la composición de esos dos bloques⁸⁷. Las clases medias y acomodadas que marcaban la impronta social de los barrios céntricos de la ciudad (distritos de Palacio, Centro, Audiencia y Congreso) y de las zonas más lujosas del Ensanche (distrito de Buenavista) se ponían del lado de los partidos del turno y del régimen de la Restauración. Las clases populares madrileñas, concentradas en los barrios bajos (distritos de Latina, Inclusa y Hospital) y en las zonas más modestas del Ensanche (distritos de Hospicio y Universidad), abrazaban el republicanismo y con ello se declaraban enemigos de la monarquía gobernante en España.

Treinta años después parecía que en Madrid seguía vigente este reparto de fuerzas entre los partidarios y los enemigos del régimen de la Restauración, con muy similares bases sociales y reparto geográfico del voto, a pesar de que los protagonistas habían cambiado. El paralelismo podía parecer evidente entre un maurismo que se alzaba como representante de las clases altas y medias, aunque ya no se erigía tanto en defensor de la Constitución de 1876 como de la monarquía y sobre todo del orden. También parecía existir una continuidad entre los republicanos y los socialistas como los principales enemigos del régimen político y representantes de los vecinos con menos recursos de la capital, con la diferencia de que estos cada vez respondían menos al viejo calificativo de clases populares, de pueblo madrileño, y se reconocían más como clases trabajadoras, como proletariado de la ciudad. Aunque Madrid siguiera dividido en dos bloques, también había habido un desplazamiento ideológico en ambos bandos: de los partidos del turno de la Restauración al maurismo y del republicanismo al socialismo.

De todas maneras, si bien a grandes rasgos esta asociación entre un maurismo burgués y un socialismo proletario podía ser aceptada, esta identificación entre clases sociales y partidos políticos no era absoluta en el Madrid de los años 20. La evolución

⁸⁷ El análisis de las elecciones municipales de 1891 en Madrid se ofrece en el capítulo 9 de esta investigación.

de la sociedad al calor de los cambios que se habían producido en la economía no había sido tan simple como para crear dos grupos claramente diferenciados y enfrentados, uno compuesto por los obreros y otros por los burgueses. Por mucho que insistieran en su discurso marxista los socialistas, se podía ver que las grandes transformaciones económicas que estaba experimentando la ciudad no se traducían, como se podría haber esperado, en una expansión del proletariado, o por lo menos de los trabajadores manuales de los que se había considerado siempre su más genuino representante. El Ensanche Norte de la ciudad era un buen ejemplo. En los barrios populares surgidos en torno al arrabal de Chamberí y los cementerios de Vallehermoso se contemplaba como los jornaleros y los trabajadores manuales, que antaño habían sido la figura social más representativa de aquella zona, iban cediendo protagonismo ante un grupo cada vez más numeroso de empleados contratados en las diferentes administraciones del Estado y, sobre todo, en un sector privado centrado en las finanzas, las comunicaciones y el comercio. El Ensanche Norte, atendiendo a la composición profesional de sus habitantes, se aburguesaba y se despojaba de los tintes proletarios que pudo tener en sus primeras décadas de existencia. Eso, no obstante, no significó que cambiara su fidelidad política: los distritos de Chamberí y de Universidad en que quedaban encuadrados administrativamente los barrios del Ensanche Norte, siguieron siendo zonas de voto socialista. Sólo un análisis más detallado del voto en estos distritos madrileños puede aclarar las razones que explican este fenómeno.

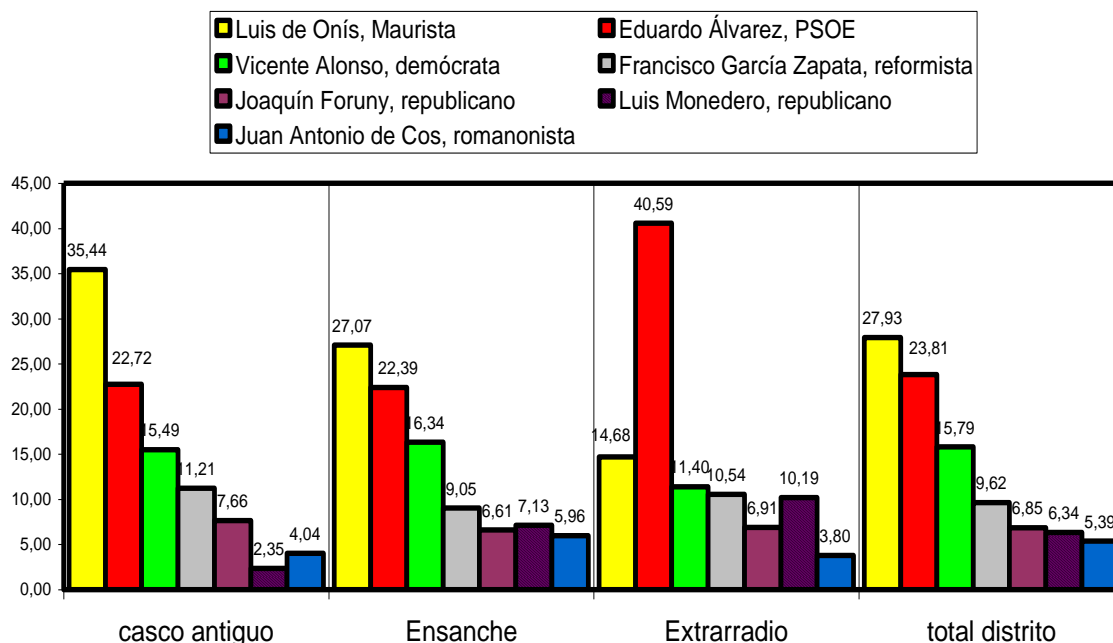
En el distrito de Chamberí se debían renovar dos concejales en aquellas elecciones de 1920. Fueron ganados por un maurista, Luis de Onís que fue el candidato más votado con 2.177 votos y por un socialista, Eduardo Álvarez, que le siguió en número de apoyos con 1.856.⁸⁸ Era un resultado esperable, por el cariz social de las distintas calles y barrios que componían aquel distrito. Los barrios del casco antiguo que formaban parte de Chamberí eran zonas de altos precios de alquiler, de edificios lujosos de viviendas para familias acomodadas; también gran parte del Ensanche, sobre todo las calles más amplias como Fuencarral, Luchana San Bernardo o Eloy Gonzalo, donde desde finales del siglo XIX habían ido surgiendo grandes inmuebles con cinco, seis o siete dormitorios pensados para que fueran alquilados por empleados de mediano y alto rango, pequeños comerciantes y profesionales liberales. En la zona más oriental del barrio, junto a la calle Almagro y en las proximidades de la Castellana, el Ensanche se volvía aristocrático y se hacía sólo accesible como lugar de residencia a las rentas más altas. Por todo ello, era lógico pensar que el maurismo recogería un buen número de votos en este distrito y no debía sorprender los buenos resultados que obtuvo su candidato.

Esta era sólo una de las caras de Chamberí, pues además de todas estas zonas residenciales de clase media, en aquel distrito también quedaban comprendidos algunos de los barrios con un carácter más claramente proletario y obrero de toda la ciudad. El que más destacaba era Cuatro Caminos, situado en el Extrarradio y que se había convertido en el barrio obrero madrileño por excelencia, tanto por el tipo de gentes que lo habitaban como por sus comportamientos políticos en los tiempos recientes. En Cuatro Caminos se habían producido las manifestaciones más violentas en las huelgas, motines de protesta por el pan y las manifestaciones obreras de los últimos veinte años. Fue allí, en la glorietta que separaba el Ensanche Norte de Madrid de las afueras, donde resonaron los fusiles en 1905, cuando los vecinos protestaban por el desastre del Canal de Isabel II y donde en 1917, repicaron las ametralladoras durante la huelga revolucionaria de agosto. Era de esperar que tanta virulencia obrera se convirtiera en

⁸⁸ Datos a partir de las actas electorales del distrito de Chamberí, AVM, Secretaría, 21-495-1,2 y 3.

tiempos electorales en un apoyo masivo al PSOE y que aquellas calles marginales surtieran al partido obrero de los votos necesarios para conquistar espacios de poder en las instituciones.

Gráfico 13.2: Resultados de las elecciones municipales de 1920, distrito de Chamberí



Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 21-495-1,2 y 3.

Muchas de esas predicciones resultaron ser ciertas, especialmente las referidas al casco antiguo de la ciudad y las barriadas obreras de Extrarradio. Cada uno de las tres partes que componían el distrito arrojó en febrero de 1920 un comportamiento electoral muy diferenciado y el candidato maurista y el socialista encontraron en ellas una respuesta distinta a sus propuestas políticas. Luis Onís, el candidato del partido conservador, cuyo porcentaje de voto en el conjunto del distrito rozaba el 28%, encontraba sus mayores apoyos en el casco antiguo, donde recogía más del 35% de los sufragios. Sus votantes eran, sin duda de clase media y acomodada, en cambio apenas encontraba éxito entre los obreros de Cuatro Caminos, donde su porcentaje de votos se derrumbaba hasta el 14%. Aquella zona pobre y conflictiva era rotundamente socialista. Eduardo Álvarez, el candidato del PSOE por Chamberí, que recogió casi un 24% de los votos en el distrito, en las calles del Extrarradio casi doblaba esa proporción. Más de un 40% de los habitantes de Cuatro Caminos que acudieron a las urnas lo hicieron para votar al candidato obrero que se erigió en líder político indiscutible de aquella Comunidad.

Esto no quería decir necesariamente que, en 1920, el poder del maurismo en Chamberí se sustentara socialmente sólo en las clases medias del casco antiguo y que el del PSOE se debiera únicamente al apoyo de los obreros más radicalizados de la periferia. Sobre todo en el caso de estos. El voto en los populosos y mal acondicionados barrios del Extrarradio era abnegadamente socialista y prácticamente, al menos en el caso de Cuatro Caminos, ningún candidato que no fuera del PSOE tenía nada que hacer allí. Eso era cierto, pero no se podía decir que aquellos vecinos fueran los principales responsables de la victoria socialista ni de aupar a los candidatos socialistas por aquel distrito hasta las concejalías. Y es que, aunque la población de Cuatro Caminos era muy

abundante, en realidad muy pocos de sus vecinos podían finalmente acudir a las urnas. Por lo general, en aquellas calles, se instalaban muchos inmigrantes recién llegados o todavía no asentados en la ciudad y que no reunían los requisitos mínimos para poder obtener el derecho al voto. Para poder participar en las elecciones había que acreditar que se residía en Madrid desde hacía unos cuantos años y no todos los vecinos del Extrarradio cumplían esta condición. Esas zonas baratas y mal acondicionadas eran el destino preferente de los inmigrantes que llegaban a Madrid en aquella época. Por otra parte, el barrio había crecido tanto que se había acabado extendiendo más allá de los terrenos del término municipal y sus calles se habían introducido en las tierras del pueblo colindante, Chamartín de la Rosa. Muchos de esos obreros de Cuatro Caminos, aunque trabajaban en Madrid y se manifestaban en sus plazas y calles, estaban empadronados en otro Ayuntamiento y no podían votar en la capital, porque directamente no tenían derecho a ello. Una cosa era que los obreros de Cuatro Caminos fueran especialmente combativos en las protestas y manifestaciones callejeras y otra muy diferente que su opinión contara demasiado a la hora de elegir los concejales de la capital. Tenían voz, pero no voto, y los que lo tenían no eran muchos en el conjunto de un distrito que ya había superado los 70.000 habitantes⁸⁹.

Tabla 13.8: Resultados de las elecciones municipales de 1920 en Chamberí desglosados por casco antiguo, Ensanche y Extrarradio								
	casco antiguo		Ensanche (Chamberí)		extrarradio (Cuatro Caminos)		total distrito de Chamberí	
Candidatos	votos	%	votos	%	votos	%	Votos	%
Luis de Onís, Maurista	588	35,44	1.504	27,07	85	14,68	2.177	27,93
Eduardo Álvarez, PSOE	377	22,72	1.244	22,39	235	40,59	1.856	23,81
Vicente Alonso, Demócrata	257	15,49	908	16,34	66	11,40	1.231	15,79
Francisco G ^a Zapata, Reformista	186	11,21	503	9,05	61	10,54	750	9,62
Joaquín Foruny, Republicano	127	7,66	367	6,61	40	6,91	534	6,85
Luis Monedero, Republicano	39	2,35	396	7,13	59	10,19	494	6,34
Juan Antonio de Cos, Romanonista	67	4,04	331	5,96	22	3,80	420	5,39

Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 21-495-1,2 y 3.

La victoria de los socialistas en el extrarradio era tan contundente como poco cuantiosa. La cosecha de votos que recogió Eduardo Álvarez en el barrio obrero de Cuatro Caminos fue de apenas 235, que eran muchos más que sus competidores pero que apenas representaban una pequeña parte de los 1.856 que recogió en todo el distrito. De hecho, podría haber obtenido el cargo de concejal sin el apoyo de los fieros trabajadores de las afueras.

⁸⁹ En 1918, Chamberí tenía 72.661 habitantes según AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria, información de la ciudad*, 1929. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1929. No podemos saber el número total de vecinos con derecho a voto porque no todas las secciones lo indicaron al remitir las actas de votación remitidas al Ayuntamiento en las elecciones de febrero, pero el número rondaría los 14.000, de los cuales sólo unos 1.500 residían en el barrio de Cuatro Caminos. AVM, Secretaría, 21-495-1,2 y 3.

El verdadero granero de votos socialistas, como el de los mauristas, no estaba en las afueras, sino en los barrios del Ensanche, donde había tantos jornaleros y trabajadores manuales como empleados, comerciantes y pequeños propietarios y rentistas. Probablemente eran los primeros los que más votaban al PSOE pero también había una fracción importante de los segundos que lo hacía. Lo que había convertido al partido socialista en una de las fuerzas políticas mayoritarias de la capital era precisamente eso: haber sido capaz de no quedarse anclado en los barrios puramente obreros e introducirse en otras zonas de la ciudad en que residían gentes de otro tipo, con formas de vida y trabajos diferentes. Los socialistas habían salido del ghetto en que habían nacido, de un mundo exclusivo de trabajadores manuales y artesanos y se habían expandido por aquel Ensanche cada vez más poblado por empleados de banca, telegrafistas, trabajadores de oficinas, carteros, maestros de escuela y escribientes. Aunque estos grupos profesionales no eran, en un principio, lo que desde el PSOE se podía considerar como la clase obrera, a medida que se intensificó el crecimiento de la ciudad y se hicieron notar las transformaciones de su economía que lo acompañaban, se hizo cada vez más visible que eran figuras tan características del mercado laboral madrileño como los jornaleros. Los empleados de oficina eran tan trabajadores como los tipógrafos, los dependientes de comercio tan obreros como los panaderos; compartían muchos problemas en sus centros de trabajo y en su vida cotidiana, sobre todo a partir del estallido de la guerra en que la gran inflación hizo que muchos madrileños, trabajaran en un taller o en una oficina, sintieran por igual la escasez del sueldo que recibían. Por eso, una parte de los empleados y trabajadores de cuello duro, que en el pasado nunca se habían acercado al movimiento obrero, comenzaron a prestarle oídos, a sindicarse y a participar en huelgas y manifestaciones y, finalmente, a votar a un partido, el PSOE, que les ofrecía una promesa de mejoras en sus condiciones de vida⁹⁰.

La gran virtud del socialismo en los años veinte fue ser sensible a este acercamiento que se producía entre la situación social de parte de las clases medias y la de las clases populares, y modular su discurso de tal manera que fuera recibido por sectores sociales que antes no les habían sido tan receptivos. Esa fue la clave para que, una vez rota la Conjunción con los partidos burgueses, consiguieran arrastrar tras de sí un electorado que durante muchos años había apoyado al republicanismo, entre los que había muchos trabajadores manuales, pero también empleados, dependientes de comercio y otros miembros más de las clases medias. El PSOE siguió siendo un partido obrero, pero ya no exclusivamente. También era, cada vez más claramente, un partido orientado a parte de la clase media. Lo era porque las clases medias ya no eran lo mismo que hacia unos años. Grupos profesionales que antes podían sentirse privilegiados frente a los obreros manuales, habían sufrido durante los años de la guerra europea determinadas experiencias que les hacían sentirse como trabajadores y, aunque no fuera en masa, si en proporciones importantes, de día en día, daban su apoyo al partido socialista.

Mientras el PSOE crecía y atraía a su territorio a un número de madrileños cada vez mayor, entre el resto de las fuerzas políticas parecía agudizarse el proceso de fragmentación y pérdida de apoyo popular que arrastraban los viejos partidos políticos desde hacía dos décadas. Ni siquiera el maurismo, que había ofrecido en sus formas de entender y organizar la movilización de sus bases ciertos rasgos modernos de los que

⁹⁰ Para el primer sindicalismo en el sector servicios madrileños, SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización colectiva. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2006, pp. 325-385; aunque referido ya a los tiempos de la Segunda República, véase también ALONSO, Luis Enrique y CASTILLO, Santiago: *Proletarios de cuello blanco [Texto impreso] : la Federación Española de Trabajadores del Crédito y las Finanzas (1930-1936)*, Madrid, UGT, 1994.

carecían otros herederos de los viejos partidos del turno, pudo resistirse a la crisis que estaba afectando a todo el sistema político de la Restauración. Su apoyo popular también disminuyó, sobre todo a partir de la nueva subida al poder de Antonio Maura, que fue llamado a gobernar en 1921. Acababa de producirse el desastre de Annual, la grave derrota en que el ejército español en Marruecos sufrió más de 10.000 bajas. Aunque el político conservador llegó al poder después de la catástrofe militar, no pudo evitar verse arrastrado por la ola de descrédito que afectó a todos los partidos políticos dinásticos cuando el asunto de a quién pertenecía las responsabilidades de la derrota comenzó a ocupar el centro del debate político. Se iniciaba el colapso de la Restauración⁹¹. Nadie, ningún líder entre la clase política dinástica, parecía estar libre de culpas. La cuestión marroquí sirvió para que los diferentes grupos de poder se reprocharan unos a otros sus actuaciones. La división entre las elites que habían gobernado el país durante medio siglo era evidente, mientras que la opinión pública se alejaba cada vez más de esa clase política. Lo peor, para la monarquía, era que esa división también se estaba trasladando al ejército, donde los enfrentamientos entre juntistas y africanistas era cada vez más grave, y que el nombre de Alfonso XIII comenzó a salir en los debates sobre la cuestión de las responsabilidades. A pesar de que no estallaron disturbios como los de 1909, la sensación de desgobierno crecía en el país y se hacía cada vez más patente que no existía ningún líder monárquico capaz de solventar la crisis que estaba amenazando la propia supervivencia del régimen político de la Restauración.

En lo que afectaba a la política madrileña, aquella sensación de caos y de descrédito de los partidos monárquicos creó el contexto propicio para que el PSOE diera un impulso mayor a su expansión social. Estando los republicanos sumidos aún en la crisis a la que se habían visto abocados desde la disolución de la Conjunción, los socialistas parecían ser los políticos del momento, ya que eran el grupo de la izquierda antidinástica con más fuerza en la capital. Dentro del arco parlamentario, aunque su presencia fuera mínima (por entonces tenían tres diputados), eran los que contaban con más autoridad moral para hablar y debatir a propósito de las responsabilidades políticas derivadas de la dramática guerra en Marruecos. Siempre se habían opuesto a aquella guerra; sus campañas contra la intervención, centradas fundamentalmente en el injusto sistema de reclutamiento, habían sido numerosas en el pasado. Nadie como ellos, pues podía hablar con tanta libertad del asunto. Y aunque en buena medida el debate de las responsabilidades parecía una disputa entre partidos burgueses que tenía poco que ver con los intereses de un partido obrero, los dirigentes del PSOE no dudaron en aprovechar la ocasión para disfrutar de un cierto protagonismo en el Congreso de los Diputados.

Indalecio Prieto, que había sido elegido a las Cortes por Bilbao en 1920, fue el encargado de llevar al Parlamento la voz de los socialistas en el debate de las responsabilidades. Sus duras críticas hacia la clase política, en las que llegó a condenar a todos los gobiernos de España desde 1900, fueron ampliamente reproducidos por la prensa y suscitaron no pocas adhesiones y aplausos entre un sector de la opinión de la izquierda dinástica liberal y de los republicanos. El 10 de diciembre de 1922 se celebró una manifestación a favor de la dilucidación de las responsabilidades en la guerra de Marruecos que había sido promovida por el Ateneo de Madrid y en la que participaron la UGT y el Partido Comunista. 200.000 personas desfilaron bajo una misma bandera en

⁹¹ Un resumen de este colapso en GABRIEL, Pere: “La Crisis del régimen. Pragmatismos y aplazamientos. Dato y Romanones. Una nueva derecha autoritaria.” Capítulo XII de BAHAMONDE MAGRO, Ángel (coord.): *Historia de España. Siglo XX. 1875-1936*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 397-438, especialmente, 419-430.

la capital, según los periódicos⁹². Se estaba fraguando una alianza entre los sectores más a la izquierda dentro de los partidos monárquicos y los republicanos y los socialistas que podía hacer recordar a la que se había formado en torno al “Maura no” en tiempos de la Semana Trágica. Eso sí, entre ambas fechas las cosas habían cambiado mucho en la capital. En 1909, el PSOE era un partido aún minúsculo, con sólo tres concejales en el Ayuntamiento. Cuando los socialistas acudieron al Bloque de Izquierdas liderado por el liberal Moret, fue por una benevolente invitación y al amparo de los republicanos. En 1922 el PSOE era una de las principales fuerzas políticas en la ciudad de Madrid, a tenor de lo que se había visto en las elecciones de los últimos años. Desde luego tenían más peso en la capital que los republicanos y rivalizaban en apoyos en muchos distritos con liberales, conservadores y mauristas. La voz socialista, en definitiva, se había hecho más fuerte en Madrid y tenía una mayor influencia en amplios sectores de su población.

En diciembre de 1922 Alfonso XIII llamó a gobernar al liberal demócrata García Prieto, acaso en un intento de frenar la creciente movilización desde la izquierda contra el régimen⁹³. Con los liberales en el poder, el tema de las responsabilidades parecía apaciguarse. El PSOE no se dio por satisfecho y continuó explotando aquella rica veta de agitación con la que sabían que podían atraerse a las clases medias a su lado. Durante los primeros meses de 1923 *El Socialista* dedicó un importante espacio a artículos de denuncia sobre el asunto en los que las acusaciones no sólo se lanzaban contra la clase política monárquica sino también hacia el propio rey⁹⁴. Para finales de abril se convocaron elecciones legislativas, en las que el gobierno de García-Prieto debía asegurarse una mayoría lo suficientemente amplia para poder a sacar un amplio programa de reformas que aspiraba a democratizar el régimen político, poniendo fin al caciquismo, limitando el poder de los militares y garantizando una más sana vida parlamentaria. No era la primera vez que se oían tales declaraciones de intenciones. Ya desde tiempos de los primeros gobiernos de Maura y de Canalejas, conservadores y liberales, al llegar al poder, habían hecho diversos brindis por la regeneración democrática del régimen político español, y lo cierto, era que, los gobiernos de diferente signo habían ido cayendo y nada había cambiado. No había demasiadas razones para creer a García Prieto en 1923.

Desde luego, los socialistas no tenían ninguna confianza en que la monarquía pudiera regenerarse desde dentro. Al acercarse la fecha electoral, el PSOE presentó solemnemente su candidatura en la Casa del Pueblo madrileña como la “de las responsabilidades y la de la revolución”⁹⁵. Sus objetivos como partido no habían cambiado: la revolución seguía estando en su horizonte, como lo estaba la caída del monarca, pero el énfasis en la cuestión de las responsabilidades denotaba una modulación de su discurso político con la que querían atraerse a la opinión pública en general y no sólo a la clase obrera. Independientemente de que creyeran o no en el éxito, su programa en aquellas elecciones era el mismo con el que habían acudido en tiempos de la Conjunción con los republicanos. Poner fin a la Restauración. Antes de 1920 lo hacían en alianza con los partidos burgueses a los que dejaban el liderazgo de un movimiento en que se debían unir clases medias y populares. Ahora lo hacían en

⁹² LA PORTE FERNÁNDEZ-ALFARO, Pablo: *El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923)*, Tesis doctoral, Madrid, UCM, 1997, pp. 605-606.

⁹³ GABRIEL, Pere: “La Crisis del régimen...”, *Ob. Cit.*, pp. 428-430.

⁹⁴ MORENO JUSTE, Antonio: “*El Socialista* y el desastre de Annual: opinión y actitud socialista ante la derrota”, *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 12 (1990), pp. 103-132

⁹⁵ La frase fue pronunciada por Indalecio Prieto en mitin en el teatro de la Casa del Pueblo el 14 de abril de 1923, y fue recogida por *El Sol*, citado en LA PORTE FERNÁNDEZ-ALFARO, Pablo: *El desastre de Annual...*, *Ob. Cit.*, pág. 673.

solitario, porque con los republicanos poco se podía contar, pero el público al que se dirigían era el mismo que entonces: no pedían el voto sólo a los albañiles, carpinteros, tipógrafos y demás trabajadores manuales que debían realizar la revolución socialista sino que también lo pedían a los empleados, a los funcionarios y al resto de unas clases medias indignadas y descontentas con una monarquía que hacía tiempo les había dejado de parecer un ejemplo de buen gobierno.

Las elecciones legislativas del 29 de abril de 1923 fueron las últimas de la Restauración. En su despedida de los comicios, el régimen político hizo extraordinariamente visibles los rasgos que permitían considerarlo más una ficción parlamentaria que un sistema organizado sobre la soberanía nacional. Pocas citas con las urnas destilaron más sensación de corrupción y manipulación de la voluntad popular que aquellas. Hasta 146 diputados fueron elegidos sin consulta en las urnas, por el procedimiento que permitía el artículo 29 de la ley electoral⁹⁶. El gobierno no escatimó esfuerzos en hacer sentir su influencia moral, manipulando juntas de censo electoral y trasladando jueces y magistrados. Todo valía para que los resultados le fueran favorables y pudiera llevar a cabo la política parlamentaria que más le convenía. Sólo en algunas ciudades los comicios se desarrollaron con cierta limpieza, pues eran lugares que ya no se mostraban eficaces las herramientas de manipulación electoral de las que se habían valido los distintos gobiernos de la Restauración desde 1891 para que el sufragio universal no chafara sus proyectos.

En 1923, en una gran ciudad española nadie tenía el dinero necesario para comprar el gran número de votos que pudieran alterar los resultados definitivos; tampoco era posible organizar un fraude en los recuentos porque los diferentes partidos políticos (especialmente los socialistas y los republicanos) habían desarrollado sus organizaciones hasta el punto de poder contar con interventores y militantes que vigilaban en todas las mesas; y, por último, entre otros muchos factores, en las ciudades de un cierto tamaño, la prensa escrita, que garantizaba una opinión pública relativamente bien informada y las experiencias acumuladas de una ciudadanía cuyo bautizo en el ejercicio del voto se remontaba más de 50 años atrás, impedían que el gobierno pudiera imponer sus deseos sobre los designios de la voluntad popular. En 1923 un ministro de la Gobernación podía dominar el campo pero le resultaba difícil someter una ciudad, y la que más indómita se mostraba era la más gran de todas, Madrid, en la que el voto popular se podía expresar en condiciones de cierta libertad.

La forma en que el PSOE afrontó la campaña de aquellas elecciones en la ciudad de Madrid resultó profundamente reveladora de la gran evolución que había experimentado como partido en los últimos años y, de paso, desveló cuánto habían cambiado las maneras de hacer política y, en última instancia, de ganar unas elecciones en la gran ciudad. Por un lado estaba su discurso y sus proclamas ante la cita electoral. El énfasis puesto por los socialistas en el abandono de la presencia española en Marruecos y en la cuestión de las responsabilidades expresaba los cambios de un partido que había superado en sus objetivos el ámbito estricto de la política obrera. El PSOE de 1923 no dudaba en adentrarse en temas de política general, que podían atraer a

⁹⁶ En virtud de este artículo, si en un distrito no se presentaba más que un candidato, este era proclamado directamente como diputado sin tener que celebrarse las elecciones. Esto favorecía las corruptelas y los pactos entre los grandes partidos para asegurarse una parte de la composición del Congreso; los datos de los candidatos así elegidos así como otros rasgos del nivel de corrupción que alcanzó aquella cita en las urnas en LA PORTE FERNÁNDEZ-ALFARO, Pablo: *El desastre de Annual...*, Ob. Cit., pp. 692-697. Para el caso de Madrid, además existe un análisis específico de estas elecciones en TUSELL GÓMEZ, Javier: *Sociología electoral de Madrid, 1903-1931*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1969, pp.170-187.

su causa a otras gentes que no eran los trabajadores manuales para cuyo servicio había nacido como partido.

Tabla 13.9: Resultados de las elecciones legislativas de abril de 1923 en el distrito urbano de Madrid			
	Candidato	partido	Votos
Electos	Julián Besteiro	socialista	21.487
	Pablo Iglesias	socialista	21.272
	Manuel Cordero	socialista	21.081
	Antonio Sacristán	Círculo Mercantil	20.548
	Fernando de los Ríos	socialista	19.852
	Andres Saborit	socialista	19.615
	Francisco García Molina	Liberal	19.117
	Francisco Álvarez Rodríguez Villamil	Liberal	18.959
no electos	Luis Garrido Juaristi	monárquico	18.712
	Francisco Largo Caballero	socialista	18.555
	José Álvarez Arranz	conservador	18.349
	Emilio Blanco Parrondo	monárquico	17.740
	Alfredo Serrano Jover	maurista	15.067
	Roberto Castrovido	republicano	11.814
	José María Viñuelas	comunista	2.470

El Imparcial, 1 de mayo de 1923. Sólo se han incluido todos los candidatos de de las dos candidaturas más votadas (socialistas y monárquicos coaligados); de las otras tres que se presentaron por Madrid (mauristas, republicanos y comunistas) se ha incluido sólo el candidato más votado de cada una⁹⁷.

En 1923, el PSOE ya no quería ser sólo partido obrero sino ser partido de masas y atraer también a las clases medias madrileñas. Eso se hacía notar no sólo en el contenido de su propaganda sino en las nuevas formas con que los socialistas trataban de captar la atención de los vecinos de Madrid. La que más llamó la atención fue la irrupción en las calles de la ciudad la noche del 27 de abril, dos días antes de los comicios, de un coche luminoso con letreros pidiendo el voto y el abandono de Marruecos por las tropas. Desde sus ventanillas se repartían pasquines y papeletas que los viandantes recogían sorprendidos y fascinados. Los comentarios fueron tantos que, al día siguiente, la víspera de la elección, ya fueron tres los coches y siete las motocicletas que el PSOE puso a circular por la ciudad⁹⁸. Era grande la diferencia entre un Pablo Iglesias recorriendo a pie las calles de Chamberí, pronunciando mítines en sus esquinas y plazas para intentar ganarse el acta de concejal en 1905, y ese socialismo de 1923, que se hacía ver por las calles de toda la ciudad a lomos de motocicletas y coches luminosos. No había mejor resumen que ese del largo camino que había recorrido el partido obrero y

⁹⁷ Los datos obtenidos por el resto de las candidaturas fueron los siguientes: dentro de los mauristas a Serrano Jover le siguieron, Antonio Goicoechea (14.914 votos), Luis López Doriga (14.003), Conde de Limpias (13.674), Miguel Colom (12.988) y Marqués de Fuensanta (12.957); en los republicanos, tras Castrovido obtuvieron votos Emilio Menéndez Pallarés (9.511), Rafael Salillas (8.496), Gabriel Montero (8.118), Alfonso Álvarez Builla (8.027) y Antonio Jaén (7.624); en los comunistas a Viñuela le siguieron Núñez Arenas (2.124), Pérez Solís (1.601), Ramón Lamóneda (1.425), García Quejido (1.343) y Rodríguez Acevedo (1.337). *El Imparcial*, 1 de mayo de 1923.

⁹⁸ La descripción de estas estrategias modernas de propaganda electoral de los socialistas en las elecciones legislativas de 1923 en SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización colectiva. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2006, pág. 103.

de sus denodados esfuerzos, no igualados por ninguna otra fuerza política, por adaptarse a una sociedad que también aquellos años había experimentando profundas transformaciones. Tampoco había signo más esclarecedor que las papeletas con el nombre de Pablo Iglesias y de Julián Besteiro repartidas desde automóviles del contraste que existía entre la propuesta moderna que representaba el socialismo en aquel momento y la de los partidos monárquicos, que fiaban todas sus bazas de conseguir diputados en la manipulación en los distritos rurales, en los pueblos sin periódicos y en regiones agrícolas donde el poder de los caciques seguía vigente.

Cuando los resultados fueron publicados en la mañana del 30 de abril de 1923, los madrileños pudieron desayunarse descubriendo algo que no sabían de sí mismos. Eran socialistas. La noticia que acaparaba todas las portadas de los diarios y publicaciones aquel día no era que las clases populares eran socialistas, sino que la ciudad entera lo era, porque la candidatura del PSOE por Madrid había sido la más votada. De los seis candidatos presentados por el partido obrero, cinco obtenían su escaño por la capital y Julián Besteiro repetía su condición de candidato más votado, como en 1919. Pero esta vez no lo debía, en modo alguno, al apoyo de los republicanos, ni a un pacto de no agresión con radicales o reformistas, pues todos ellos se habían presentado en otra candidatura. Los socialistas sólo se debían el triunfo a ellos mismos, pues incluso habían tenido que competir con un todavía pequeño Partido Comunista recientemente escindido y que les había robado una pequeña porción de votos. El PSOE, en 1923, era el partido político del momento en Madrid, el que más apoyaban sus ciudadanos cuando la situación política del país atravesaba una crisis cada vez más preocupante.

Como en 1905, cuando la victoria socialista en las elecciones municipales se produjo en un solo distrito, en 1923 aquel triunfo en una sola ciudad, por mucho que fuera la capital, no tuvo ninguna repercusión política inmediata. García Prieto, con todos los instrumentos en su mano para manipular las elecciones en el resto del país, consiguió, como habían hecho todos los presidentes del Consejo de Ministros que le habían precedido, el suficiente número de diputados adictos como para que su poder no se tambaleara. A lo sumo, la victoria electoral del PSOE en Madrid significó un motivo de preocupación más que contribuyó a la sensación de inestabilidad y desgobierno que cundía en el país. La monarquía parecía deslizarse pendiente abajo, pues los problemas se le multiplicaban: los graves conflictos sociales en Barcelona, los problemas planteados por los regionalistas catalanes, el malestar creado en el seno del ejército por el debate sobre las responsabilidades en la guerra de Marruecos y la cada vez mayor dificultad de mantener las posiciones en el otro lado del Estrecho... En este contexto, la victoria socialista en Madrid parecía una expresión más, entre otras muchas, de la pérdida del apoyo de un monarca, Alfonso XIII, que ya no encontraba un político al que confiar las riendas del país. La emergencia de ese Madrid socialista no podía hacerle más daño que el que producía el verse repudiado por una de las ciudades del país. Tampoco era nada nuevo; otras veces habían triunfado las fuerzas antidinásticas en la capital, aunque es cierto que nunca con los socialistas al frente. El peligro estaba en que esas manifestaciones políticas del pueblo por un régimen político diferente, que ese repudio en las urnas a la monarquía se multiplicaran. Podía ser que el control de los socialistas de la capital fuera el comienzo de una nueva amenaza que se cerniera sobre la monarquía. Eso nunca se produjo. El golpe que dio en la mesa el general Primo de Rivera el 15 de septiembre de ese mismo año, cortó en seco toda manifestación política. El silencio se impuso a los ciudadanos españoles que, una vez más, vieron recortados sus derechos y su voto fue suprimido. Había comenzado la Dictadura.

Un triunfo electoral con efectos retardados: el resurgir de la izquierda antidinástica en abril de 1931.

Hay varias razones que explican el porqué la victoria socialista de 1923 en Madrid, un hecho notable en la evolución política de la capital, aunque no tuvo repercusiones inmediatas de algún calado. La primera era que se trataba de un hecho relativamente aislado. A pesar de ser la principal ciudad del país, la residencia del rey y su Corte y el centro de decisión política, un triunfo electoral socialista sólo en Madrid no bastaba para hacer tambalear a la monarquía. Podía ser preocupante pero no era suficiente, porque en el resto de España no había sucedido lo mismo. Para que llegara la revolución que deseaban, los socialistas necesitaban de más fuerzas que esas; no podían hacer la revolución en una sola ciudad sino en todo un país y, por ahora, no contaba con el apoyo suficiente para hacerlo. En el resto de capitales de provincias y ciudades de alguna importancia, las fuerzas de oposición apenas obtuvieron diputados y el gobierno logró los escaños que se había propuesto.

Una segunda causa estaba relacionada con la ambigüedad de esa revolución que los socialistas ponían como principal punto de su programa. La del PSOE era la candidatura de las responsabilidades y de la revolución, había dicho Indalecio Prieto en vísperas de los comicios. Lo que no había dejado claro era cuál era el destino de esa revolución. En el plano teórico y entre la militancia más comprometida quizá no hubiera dudas de que lo que el PSOE perseguía era el cumplimiento de ese programa marxista que había de llevar a la sociedad igualitaria en que la propiedad y las diferencias quedarían abolidas. Pero ese destino parecía demasiado lejano y no quedaban demasiados claros los pasos inmediatos que llevarían hasta él. No había que olvidar que hasta hacía bien poco, sólo cuatro años, los socialistas habían estado pidiendo el voto para hacer llegar la república. Una vez que la Conjunción quedó disuelta y tras el desgaste que había producido una colaboración que nunca había sido del todo armoniosa, los socialistas dejaron de tener esperanza alguna en la república y comenzaron a mostrarse cada vez más indiferentes hacía su llegada. No les interesaba porque tampoco creían que la república implicara especialmente nada de bueno. Tampoco era que quisieran ir directamente a la revolución; por lo menos, los militantes que se habían quedado en el partido tras la escisión de los comunistas no tenían demasiada prisa. La cuestión es que probablemente los socialistas no tenían demasiado claro a dónde querían llegar en el futuro inmediato ni que querían hacer si el poder del monarca de repente se derrumbaba. Ni lo tenían claro, ni les preocupaba en exceso. Al socialismo, sobre todo a la importante militancia sindical de la UGT, lo que le interesaba en ese momento era conseguir mejoras en las condiciones de vida de los obreros y el régimen político bajo el que tales mejoras se produjeran, fuera monarquía, república o cualquier otro, les era indiferente. Eso rebajaba por el momento la gravedad de las posibles consecuencias de las victorias electorales de los socialistas; también influyó decisivamente en lo que ocurrió unos meses después. Como no les interesaba hacia donde caminaba la política burguesa, cuando Primo de Rivera dio su golpe, no les preocupó en demasía. La Dictadura llegó y los socialistas no hicieron nada por evitarlo⁹⁹.

La tercera causa que neutralizó las posibles consecuencias de la victoria socialista en las elecciones legislativas de 1923 estaba íntimamente relacionada con este desapego de la república y, sobre todo, de sus defensores. Sin la alianza de los

⁹⁹ Un argumento que señala Santos Juliá en el capítulo “Orígenes del Gran Madrid” en JULIÁ DÍAZ, Santos, RINGROSE, David y SEGURA, Cristina: *Madrid, historia de una capital*. Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp. 373-391, pág. 385.

republicanos y de sus bases sociales, era muy difícil que el PSOE pudiera derribar a la monarquía por sí solo. A pesar del gran significado simbólico que tuvo que el PSOE obtuviera cinco candidatos por la capital, lo cierto era que había sido una victoria muy justa, por apenas un puñado de votos sobre los monárquicos. O lo que es lo mismo, la derrota de los partidos defensores del régimen político de la Restauración no había sido demasiado estrepitosa. Julián Besteiro había obtenido 21.487 votos, Antonio Sacristán sólo 900 menos, 20.548. No parecía una diferencia lo demasiado grande como para considerar completamente desahuciados a los monárquicos. Por otro lado, 20.000 votos en un cuerpo electoral de más de 140.000 personas por aquel entonces, no parecía una cifra demasiado abultada¹⁰⁰. En realidad, una de las circunstancias que más habían ayudado a que los socialistas se convirtieran en el partido más votado de Madrid era la escasa participación en aquellas elecciones, que sólo alcanzó un 50,7%. Esto además le confería un rasgo particular y novedoso, porque hasta entonces los mejores resultados la izquierda antidinástica en Madrid habían coincidido con altas participaciones del electorado. En el momento de mayor éxito de la Conjunción, en las elecciones legislativas de 1910 en las que se obtuvo el doble de votos que los defensores del rey, había acudido a las urnas un 66% del censo, proporción altísima para la época.

Si en 1923 el PSOE logró ganar era porque contaba con un electorado y una militancia fieles, esos votantes que se habían ido incorporando en los últimos años, que contrastaban con los seguidores de los viejos partidos de notables, tan volátiles como las banderas ideológicas y programáticas que enarbolaban sus líderes. Esto se podía decir tanto de los liberales y conservadores monárquicos como de los republicanos. Prueba de ello era que los partidarios de la república tan sólo habían recogido unos 10.000 votos, cuando en épocas anteriores, en que Madrid además tenía menos habitantes, habían podido presentar hasta 30.000 apoyos en las urnas. Por su parte, el partido maurista, que en los tiempos recientes había parecido presentarse como el único capaz de dar la réplica al PSOE, se anclaba en 15.000 sufragios. Liberales y conservadores alcanzaban los 20.000, pero sólo a fuerza de unirse en una coalición. En fin, frente a un socialismo en vigoroso crecimiento, se hacía evidente el cada vez más profundo declive de unos partidos burgueses con más problemas para movilizar a los votantes. Era otro de los síntomas de la crisis que atravesaba la Restauración: esa incapacidad cada vez más manifiesta de articular relaciones entre la elite que gobernaba el país con la sociedad que era gobernada.

Sólo el PSOE, que tenía poco interés en el mantenimiento de aquel sistema político, estaba logrando crease unas bases sociales de apoyo estables en un proceso que, además, resultaba relativamente sorprendente. El partido socialista, que había nacido como un partido de tipógrafos, carpinteros y albañiles, no sólo estaba consiguiendo articular un proyecto político para la clase obrera madrileña, sino que también veía como progresivamente se le incorporaban algunas fracciones de las capas medias de la capital, en franca expansión al calor del desarrollo de la economía de servicios. La llegada al socialismo de los empleados y oficinistas, de telegrafistas y trabajadores de cuello blanco, junto algún que otro profesional liberal y profesor de universidad, estaba influyendo en que el PSOE diera el salto desde su condición de partido obrero al de partido de masas. No obstante, esta transformación estaba aún en una etapa incipiente y seguían siendo los obreros manuales sus principales clientes,

¹⁰⁰ Los votantes socialistas fueron un 14,3% de todos los registrados en el censo electoral y un 28,3% de los que efectivamente acudieron a las urnas según cálculos de Javier Tusell. Estos datos, así como los que más adelante se ofrecen de la participación en las elecciones de 1923 y 1914, en TUSELL GÓMEZ, Javier: *Sociología electoral de Madrid, 1903-1931*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1969, pp. 95 y 186.

mientras que gran parte de las clases medias se resistían a votar a Pablo Iglesias y a sus compañeros. Ciertamente, en una ciudad en que cada día eran más numerosos los empleados y los trabajadores de cuello blanco, si el PSOE quería seguir creciendo o provocar un cambio revolucionario, iba a ser necesario contar con ellos, con las clases medias. Lo habían intentado en el pasado al firmar la Conjunción con los republicanos pero ahora esos puentes se habían roto.

El caso era que una revolución no podía producirse apoyada únicamente en la clase obrera organizada que representaba el PSOE y los todavía pocos, aunque significativos, miembros de las clases medias que se habían sumado al partido de los obreros. En el Madrid de los años 20, que estaba dejando de ser una ciudad de jornaleros para ser otra de empleados y oficinistas, se necesitaba la colaboración de esas ambiguas clases medias. La alianza con los republicanos, había fracasado. Todavía no eran muchos, o al menos no eran suficientes, los empleados que se identificaban con el discurso socialista. De hecho, la gran mayoría parecía instalada en tierra de nadie. Ya no confiaban en los viejos partidos que les habían representado; ni los monárquicos, ni los republicanos, ni los mauristas les convencían pero tampoco les parecía ilusionar el proyecto de la única fuerza política que parecía dar signos de vitalidad en aquellos momentos, el socialismo. Esa movilización de la clase obrera que parecía revelar el triunfo del PSOE en el Madrid de 1923, tenía como reverso de la moneda una profunda apatía de otros sectores de la población con respecto de la política, especialmente de las clases medias. Para que la revolución triunfara, para que el cambio llegara, era necesario un apoyo de aquellos empleados que cada vez pesaban más en la composición social madrileña. Pero, igual que los socialistas se mostraban ahora desinteresados por la llegada o no de una república y la caída de la monarquía, a gran parte de las clases medias de la capital, las que no acudieron a las urnas aquel abril de 1923, también les parecía dar igual lo que sucediera. El rechazo a los políticos, el desengaño respecto a los partidos que presentaban sus candidaturas en Madrid en aquella época fue otro de los elementos que frenó las posibles consecuencias del triunfo electoral socialista en Madrid. Sólo los que votaron por el PSOE parecieron alegrarse y nadie se sumó a la fiesta. Esa apatía generalizada también fue lo que permitió que el golpe de Primo de Rivera, cinco meses después, tuviera éxito. El fin de la vida parlamentaria y la expulsión del gobierno de unos políticos que ya no entusiasmaban, tampoco produjo grandes lamentos, ni a los socialistas, desinteresados por asuntos de alta política que consideraban como cosa de burgueses, ni por los vecinos en general, profundamente desencantados y apáticos.

El que la victoria socialista de 1923 no tuviera consecuencias inmediatas no debe hacer despreciar su relevancia en la historia de Madrid y su conexión con acontecimientos que se producirían tiempo después. El hecho significativo era que el PSOE se había convertido en la primera fuerza política de la ciudad y que no se movería de esa plaza en los siguientes años, aunque en estos se suspendiera la vida parlamentaria y el debate público. Es bien sabido que, aunque la dictadura de Primo de Rivera hizo todo lo posible por desarticular los partidos que habían llegado al final de la Restauración y que convirtió a los “políticos profesionales” en su particular enemigo público, los socialistas gozaron de una cierta situación de privilegio. Mientras que el PSOE fue ilegalizado, como el resto de partidos políticos, la UGT, se convirtió en el sindicato con el que el régimen dictatorial dialogó casi exclusivamente, convirtiéndolo en el interlocutor privilegiado en la puesta en marcha de sus políticas laborales. Eso hizo posible que en aquel paréntesis de la vida política en el que se acabó convirtiendo la Dictadura, las estructuras de organización del movimiento obrero madrileño, y español, siguieran desarrollándose, no por la vía del partido sino por la del sindicato.

Los trabajadores madrileños se siguieron afiliando a la UGT o a las distintas asociaciones obreras con sede en la Casa del Pueblo, se mantuvieron en contacto y durante los ocho años que separaron las últimas elecciones de la Restauración y las que en 1931 se convocaron para restablecer la vida parlamentaria se mantuvieron vinculados a un proyecto político, el socialismo, a cuyos líderes nadie desconocía. Los antiguos dirigentes del PSOE que habían conseguido erigirse en la fuerza política más votada en la capital, fueron prácticamente los únicos miembros de la clase política que sobrevivieron al fin de la Restauración y que pudieron atravesar la suspensión de la vida política que supuso la Dictadura.

Las otras fuerzas políticas tuvieron un destino muy diferente. El cierre del Parlamento por Primo de Rivera representó el golpe de gracia a los partidos políticos de corte decimonónico que habían surgido con la Constitución de 1876 y que habían sufrido un continuo declive durante el primer cuarto del siglo XX. Prácticamente no quedó nada de los viejos protagonistas de las políticas del turno entre liberales y conservadores. La organización de estos partidos era tan endeble y su implantación social tan escasa y precaria, que bastaron los seis años que duró la dictadura para borrar del mapa a quienes habían protagonizado la política española durante el medio siglo anterior. Liberales, demócratas, conservadores y mauristas resultaron no ser nada cuando se cerró el Parlamento en el que se habían sentado durante décadas y en el que habían entrado, las más de las veces, por métodos fraudulentos. Sólo un puñado de ellos consiguió sobrevivir al general Primo de Rivera y resurgir en 1929 para intentar volver al poder, esta vez convertidos al credo republicano. Los más destacados fueron el liberal Niceto Alcalá Zamora y Miguel Maura, hijo del político conservador, que se pusieron al frente de la conspiración por la república en el verano de 1930, reuniendo el pacto de San Sebastián¹⁰¹.

Por su parte, el republicanismo asistió en estos años a una renovación de sus dirigentes y de su discurso que llevaba pendiente muchos años¹⁰². Nuevos nombres como el de Manuel Azaña y nuevos partidos, como la propia Acción Republicana que él dirigió o el partido radical-socialista de Álvaro de Albornoz o Marcelino Domingo cogieron la bandera de la república para dirigirse a las clases medias y a la clase trabajadora. Una renovación que no impidió la supervivencia de algún que otro representante del republicanismo histórico, como Lerroux y su partido republicano radical, aunque la fuerza de este era más importante en Cataluña que en la capital y sus alrededores¹⁰³. Pero fueron los nuevos republicanos, Azaña y Marcelino Domingo a la cabeza, los que más agitaron la reivindicación del fin de la monarquía en Madrid tras la caída de Primo de Rivera en 1929. En conferencias, mítines y actos diversos de reafirmación republicana celebrados en el Ateneo y en la Universidad, fueron los líderes de estos nuevos partidos los que volverían a hacer propaganda de la alternativa republicana como un posible camino que tomar tras el vacío de poder que había creado

¹⁰¹ GABRIEL, Pere: “La denuncia de la Dictadura y la Monarquía” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel (coord.): *Historia de España. Siglo XX. 1875-1936*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 521-537.

¹⁰² SUÁREZ CORTINA, Manuel: “La quiebra del republicanismo histórico, 1898-1931” en TOWNSON, Nigel (ed.): *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 139-164; ÁLVAREZ REY, Leandro: “La forja de un republicano: Diego Martínez Barrio (1883-1962)”, *Ayer*, nº 39, 2000, pp. 181-206; JULIÁ DÍAZ, Santos: *Manuel Azaña, una biografía política. Del ateneo al Palacio Nacional*, Madrid, Alianza, 1990; EGIDO LEÓN, Ángeles (coord.): *Azaña y los otros*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

¹⁰³ RUIZ-MANJÓN CABEZA, Octavio: *El partido republicano radical, 1908-1936*, Madrid, Tebas, D.L., 1976; ÁLVAREZ JUNCO, José: *El emperador del paralelo: Lerroux y la demagogia*, Madrid, Alianza, 1990.

el derrumbe de la dictadura de Primo de Rivera y la vuelta del gobierno a las manos de un Alfonso XIII, que no sabía muy bien que hacer con él¹⁰⁴.

Caído el general, las adhesiones públicas a la causa republicana se multiplicaron en diversas formas y lugares: desde los actos del Ateneo hasta manifestaciones en la Universidad, desde los banquetes ya multitudinarios que conmemoraban la proclamación de la Primera República hasta los artículos de periódico como el que Ortega y Gasset cerró con su célebre frase *Delenda est monarchia*. En las calles de la capital existía ya en 1929 y 1930 un fervor republicano y hasta una cierta impaciencia por ver cómo el rey salía del país. También se albergaban esperanzas de que aquello ocurriera. Nunca antes, o al menos no desde 1868, se había logrado hacer confluír en una misma alianza representantes de fuerzas políticas de un espectro ideológico tan amplio como las que se dieron cita en el pacto de San Sebastián. En el mismo barco marchaban tanto viejos ministros de la monarquía como Alcalá Zamora, como el radical Lerroux o los líderes de esa nueva izquierda republicana que eran Azaña o Domingo.

El deseo de república era de todas maneras más el producto de un desencanto por la monarquía que de una expansión de la militancia republicana y de la difusión de su discurso político. Los propios conspiradores que se habían reunido en San Sebastián en el verano de 1930 lo sabían. Eran conscientes de que las organizaciones políticas que lideraban eran pequeños partidos, con dirigentes selectos y abnegados pero con una implantación social de extensión dudosa, ya que no habían contado con la experiencia de luchas electorales en los tiempos recientes para medirla. Podían temer que, a pesar de que los vótores a su causa fueran sonoros, no tuvieran un apoyo lo suficientemente amplio detrás como para triunfar en sus objetivos. En este sentido, lo que más incertidumbre les generaba era la actitud de los socialistas, cuyos dirigentes se habían mostrado poco entusiastas con la causa republicana, excepción hecha de los casos de Indalecio Prieto y de Julián Besteiro. En el PSOE y en la UGT subsistía aún la desconfianza hacia los partidos republicanos burgueses y su proyecto, en gran parte a causa de los malos recuerdos dejados por antiguas colaboraciones. Aún estaba viva la memoria de la Conjunción republicano-socialista que había terminado en 1919 y sobre todo de los aspectos más negativos de la huelga fracasada de agosto de 1917. Tras muchos esfuerzos del comité revolucionario creado en San Sebastián, fue finalmente la incorporación del socialismo a la conspiración con Largo Caballero a la cabeza lo que hizo que la llegada de la república se viera más cercana en el horizonte¹⁰⁵.

El PSOE y la UGT proporcionaban un elemento esencial a la república: eran las únicas organizaciones que podían aportar una movilización de las masas con el suficiente empuje para hacer triunfar un ataque a la monarquía. Los firmantes del pacto de San Sebastián, por mucho que hubieran regenerado su discurso político e hicieran gala de una capacidad de dejar a un lado sus rivalidades de la que no habían sido capaces los líderes del republicanismo histórico, no dejaban de ser herederos en muchos sentidos de los partidos de notables. Con la excepción de Lerroux, que había dado muchas muestras a lo largo de su ya larga vida política de su capacidad para movilizar el voto, el resto, seguían siendo caudillos de pequeños partidos con estructuras de militancia y movilización poco desarrolladas. Los Azaña, Domingo, Alcalá Zamora o

¹⁰⁴ Este resurgimiento del republicanismo en Madrid en los últimos tiempos de la dictadura y de la monarquía en JULIÁ DÍAZ, Santos: "Orígenes del Gran Madrid" en JULIÁ DÍAZ, Santos, RINGROSE, David y SEGURA, Cristina: *Madrid, historia de una capital*. Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp. 373-391, especialmente pp. 387-391.

¹⁰⁵ Aunque Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos asistieron a la reunión del pacto de San Sebastián lo hicieron a título personal y con graves amonestaciones por parte del partido. El proceso de toma de decisión que llevó a la incorporación de Largo Caballero a la causa republicana es descrito en FUENTES, Juan Francisco: *Largo Caballero. El Lenin español*, Madrid, Síntesis, 2005, pp. 151-175.

Maura, gozaban de un gran respeto público. Su voz era oída en mítines y declaraciones a los periódicos, porque su origen social, su actividad profesional o su vinculación a familias de larga tradición política daban fuerza a sus palabras. Con lo que no contaban era con una organización que encuadrara a las masas detrás de sí que se pudiera poner en movimiento cuando se precisara. Los socialistas, en cambio, sí. Por eso se les encomendó una labor fundamental en la insurrección con la que inicialmente se pretendía echar abajo la monarquía y traer la república. El día que los militares con que se había pactado se sublevaran, una huelga general orquestada por la UGT debería servir de acompañamiento para paralizar el país, como en 1917, pero esta vez con éxito.

La sublevación militar fracasó en diciembre de 1930 por la mala planificación y la huelga no se llegó a convocar. Tras la detención y encarcelamiento de la mayor parte del comité revolucionario y su posterior enjuiciamiento ante un Consejo de Guerra, una nueva táctica se impuso. El golpe militar y la insurrección dejaron paso a la lucha en las urnas, ya que el gobierno de Alfonso XIII pretendía volver a la senda constitucional y recuperar la vida parlamentaria. Para el 12 de abril de 1931 se convocaron elecciones municipales, las primeras en el país en ocho años, tras la suspensión de la Constitución que había seguido al golpe de Primo de Rivera en 1923. Republicanos y socialistas decidieron reeditar sus pactos electorales de hacía más de una década y concurrir unidos con una única candidatura en todo el país, en un intento de hacer una demostración de los apoyos con los que contaba su causa. En aquellas elecciones, cuya trascendencia histórica no sospechaba ninguno de los líderes políticos que luchaba por la república, el reparto de papeles entre republicanos y socialistas seguía siendo el mismo de cuando se planeó la insurrección. Junto al liderazgo que ejercían los notables republicanos, el PSOE debía contribuir con su capacidad de movilización electoral. Aquellas elecciones eran una buena ocasión para organizar un plebiscito en torno a la monarquía, que mostrara la solidez de la alianza en pro de la república que había reunido una vez más al partido obrero con los partidos burgueses. Para ello los socialistas habían de poner sobre la mesa todo el capital político que habían ido acumulando en las últimas décadas y cuya fuerza resultó ser decisiva, como pudo verse en Madrid, la capital de aquel Estado donde en aquel momento se pugnaba por definirlo como monarquía o república.

La forma en que se plantearon las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 guardó muchos paralelismos con los últimos comicios en los que republicanos y socialistas habían concurrido unidos a una lucha por los ayuntamientos, allá por noviembre de 1917, en plena resaca de la huelga revolucionaria fracasada del agosto anterior. En ambos casos, la lucha que planteó la conjunción republicano-socialista quedó despojada de toda relación con los asuntos municipales en favor de un planteamiento general y nacional, como era la continuidad o no de la monarquía y del sistema político de la Restauración¹⁰⁶. No se trataba de que el pueblo madrileño eligiera a sus concejales sino que declarara si estaba con el rey o contra el rey. La confección de las candidaturas así lo hacía ver. En 1917, la conjunción republicano-socialista puso al frente de los candidatos por Madrid a los cuatro socialistas del comité de huelga encarcelados en Cartagena, en una estrategia que se encuadraba dentro de la campaña que el PSOE había puesto en marcha a favor de su amnistía. También en 1931 la candidatura de republicanos y socialistas tuvo al frente a unos presidiarios célebres, aunque estos ya habían sido liberados. Eran Alcalá Zamora, Miguel Maura, Álvaro de Albornoz, Largo Caballero y Fernando de los Ríos que cuando había fracasado el

¹⁰⁶ Ese carácter nacional y plebiscitario de las elecciones de 1917 en MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: "Las elecciones municipales en la crisis de la Restauración: Madrid, 1917" en GARCÍA DELGADO, José Luís (ed.): *La crisis de la Restauración. España entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda República*, Madrid, siglo XXI, 1986, pp. 121-148.

intento de insurrección de diciembre de 1930 habían sido internados en la cárcel modelo de Madrid y posteriormente juzgados y declarados culpables (aunque con leve pena) en Consejo de Guerra. De nuevo se trataba de que los madrileños se pronunciaran señalando si estaban con el gobierno monárquico o con aquellos que éste había declarado como delincuentes y enemigos.

Tabla 13.10: Elecciones municipales de Madrid de 1931 del 12 de abril.

candidato	partido	votos		candidato	Partido	votos	
distrito centro				distrito de Chamberí			
Rafael Sánchez Guerra	rs- r	4.716	60,18	Niceto Alcalá Zamora	rs-r	12.049	73,56
Honorato de Castro	rs- r	4.653	59,37	Fernando Coca	rs	11.810	72,10
José Motriz	rs	4.609	58,81	Cayetano Redondo	rs - r	11.736	71,65
Luis María de Zunzunegui	um	2.721	34,72	Fulgencio de Miguel	um	4.176	25,50
Aurelio Regález	um	2.686	34,27	Ramón de Madariaga	um	3.936	24,03
Andrés González Alberdi	um	2.677	34,16	Dionisio García Guerrero	um	3.918	23,92
distrito de Congreso				distrito de Universidad			
Fabián Talanquer López	rs	8.163	63,96	Ángel Galarza	rs - r	12249	78,13
Manuel Muíño Arroyo - s	rs - s	8.123	63,65	Francisco Largo Caballero	rs-r	12125	77,34
Celestino García Santos	rs - s	8.048	63,06	Wenceslao Carrillo	rs-r	11897	75,89
Genaro Marcos Cerrado	um	4.543	35,60	Luis Barrena	um	3261	20,80
Serafín Sacristán Fuentes	um	3.927	30,77	José Layús	um	3048	19,44
Mariano García Cortés	um	3.888	30,47	Máximo Elices	um	3011	19,21
Distrito de Hospicio				distrito de Hospital			
Eduardo Ortega y Gasset	rs - r	5.554	61,33	Rafael Salazar Alonso	rs - r	11.350	83,24
Lucio Martínez	rs-r	5.255	58,03	Andrés Saborit	rs-r	11.297	82,85
Antonio Fernández Quer	rs - s	5.226	57,71	Trifón Gómez	rs-r	11.213	82,24
Manuel Rodríguez	um	3.055	33,73	Enrique Flores Valles	um	2.266	16,62
Francisco García Moro	um	2.937	32,43	Apolinar Rato Rodríguez	um	2.044	14,99
Eduardo Guillén Estrada	um	2.913	32,17	Pedro Cartón	um	1.897	13,91
distrito de Latina				distrito de Buenavista			
Julián Besteiro	rs-r	11.341	81,97	Fernando de los Ríos	rs-r	9997	61,58
José Noguera	rs	11.340	81,96	Miguel Maura	rs - r	9925	61,14
Rafael Henche	rs-r	11.008	79,56	Pedro Rico	rs- r	9905	61,01
Enrique Fraile	um	2.474	17,88	Conde de Vallelano	um	6287	38,73
Modesto Largo	um	2.150	15,54	Isidro Buceta	um	6239	38,43
César Cort	um	2.162	15,63	Santiago Fuentes Pila	um	6189	38,12
distrito de Palacio				distrito de Inclusa			
Eduardo Álvarez Herrero	rs-r	6.380	60,80	Álvaro de Albornoz	rs - r	9908	85,82
Miguel de Cámara - r	rs - r	6.349	60,50	Eugenio Arauz	rs - r	9721	84,20
Francisco Cantos	rs	6.346	60,47	Manuel Cordero	rs-r	9532	82,56
Felipe Ruimonde	um	3.745	35,69	Francisco Antonio Alberca	um	1456	12,61
Antonio Pelegrín	um	3.537	33,70	Marqués de Encinares	um	1255	10,87
Dimas Madariaga	um	2.752	26,22	Sebastián Gil	um	1081	9,36

Elaboración propia a partir de *Boletín Oficial de la Provincia de Madrid*, 14 de abril de 1931. Con um se indican a los candidatos de la Unión Monárquica, con rs-r a los de la Conjunción republicano-socialista que pertenecían a partidos republicanos y con rs-s a los que pertenecían al PSOE.

Ahora bien, junto a este elemento común con las elecciones de 1917, en la estrategia planteada por la conjunción republicano-socialista de 1931 destacaba otro rasgo que diferenciaba ambos comicios: este era el gran protagonismo concedido al PSOE en la candidatura y que nunca antes había tenido en Madrid cuando había aparecido aliado al republicanismo. De los 30 candidatos a concejales que presentaron socialistas y republicanos por Madrid, 16 procedían del partido obrero. Con ello se reconocía la importancia del papel que debía desempeñar el PSOE en la capital del Estado como agente de movilizador de una opinión favorable hacia la república. También se asumía el cambio que se había producido ya hacía años en la relación de fuerzas entre republicanos y socialistas dentro de la ciudad. Sin los socialistas la república no era posible; no lo era desde luego en Madrid, donde era el partido con más apoyos en las clases populares y con una ya importante implantación en la clase media. Por eso había que implicar en la lucha a todos sus activos en la capital, incluidos a aquellos dirigentes que no se habían mostrado demasiado de acuerdo en aquel nuevo pacto con los republicanos. Ese era el caso de Julián Besteiro, que se había mostrado contrario a la Conjunción hasta poco tiempo antes de aquellas elecciones y que había llegado a dimitir de la presidencia del partido por su desacuerdo¹⁰⁷. Pero no se podía acudir a las urnas sin él. Precisamente tras la huelga de 1917 y las elecciones posteriores, Besteiro había ido ganando popularidad hasta convertirse en un referente político de primer orden en la ciudad de Madrid. En 1923, en aquellas elecciones legislativas que el PSOE había ganado y que cerraron la vida parlamentaria de la Restauración, Besteiro había sido el candidato que más votos había cosechado en la capital, por encima incluso del mítico fundador del partido, Pablo Iglesias. Aunque su apoyo a la república en 1931 era ambiguo y poco claro, su inclusión en la candidatura de la conjunción era considerada como fundamental para obtener el éxito.

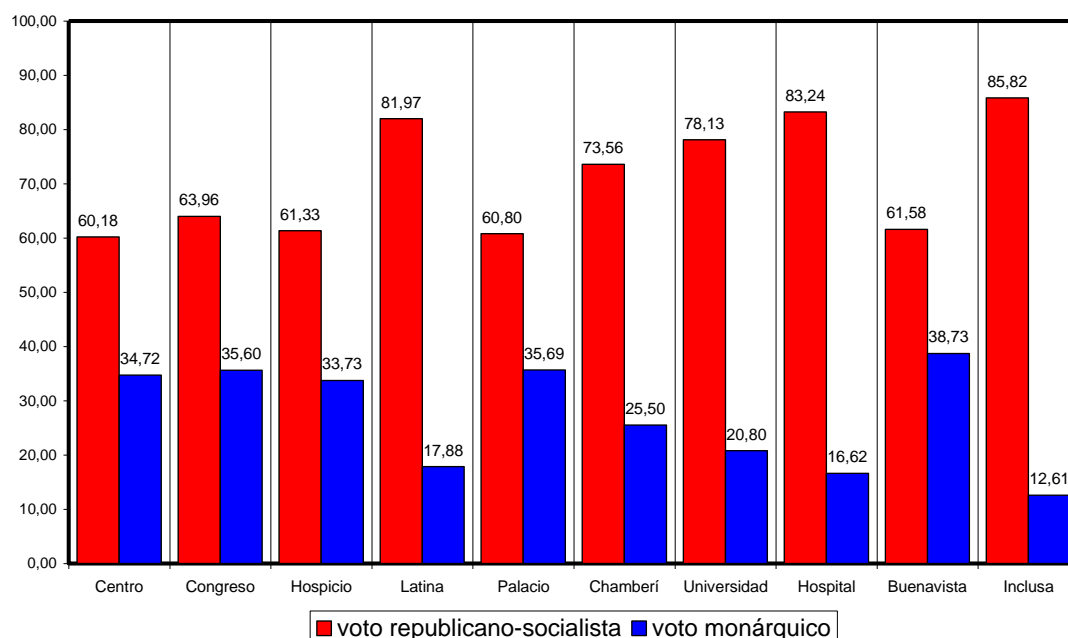
En este sentido, el PSOE tenía mucho que aportar. Para arrastrar a los electores madrileños a favor de aquella candidatura contra el rey, el partido socialista podía suministrar nombres y personas que dieran todavía más prestigio del que ya traían consigo Alcalá Zamora, Largo Caballero o Miguel Maura por su conspiración contra la monarquía y su posterior encarcelamiento. Así, por ejemplo, entre esos 16 candidatos socialistas que participaban en aquellas elecciones se encontraba Andrés Saborit, el tercero de los presos de Cartagena por su participación en la huelga de 1917 (el cuarto, Daniel Anguiano, se había marchado al Partido Comunista que por aquel entonces no luchaba por la república). También figuraban dirigentes del PSOE que se habían labrado una gran reputación en la política municipal como Manuel Cordero, que había llegado a ser teniente de alcalde en 1920 e incluso sonó para alcalde y cuyas denuncias y protestas contra tenderos y comerciantes a propósito de las subsistencias habían sido aplaudidas por vecinos y electores¹⁰⁸. Cerraban la lista algunos socialistas cuyo ascenso en el partido, o más bien en el sindicato, había tenido lugar más tarde, ya en tiempos de la dictadura, al calor del importante desarrollo que había conocido la UGT con Primo de Rivera. Uno era Trifón Gómez, ferroviario y por aquel entonces presidente de la Casa del Pueblo de la capital; otro, Wenceslao Carrillo, destacado miembro de la dirección de la UGT. Todos ellos, junto a los nombres que aportaron los republicanos, formaban una candidatura que pedía a las claras a los habitantes de Madrid que decidiera a quién

¹⁰⁷ Este rechazo de Besteiro y los enfrentamientos que por ello mantuvo con Largo Caballero y Fernando de los Ríos en FUENTES, Juan Francisco: *Largo Caballero. El Lenin español*, Madrid, Síntesis, 2005, pp. 151-175.

¹⁰⁸ Algunas noticias de la labor de Manuel Cordero como teniente de alcalde y la popularidad que cosechó más allá incluso del electorado socialista en SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización colectiva. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2006, pp. 100-101.

prefería confiar el destino del país: a un monarca al que apenas rodeaban algunos despojos de la vieja clase política o aquel grupo de ilustres veteranos en la oposición al régimen de la Restauración compuesto de socialistas, republicanos y algún que otro recién decepcionado de la monarquía.

Gráfico 13.3: Elecciones municipales del 12 de abril de 1931, Resultados por distritos



Elaboración propia a partir de *Boletín Oficial de la Provincia de Madrid*, 14 de abril de 1931. Los porcentajes de voto indican el de las papeletas en que fueron incluidos los más votados de cada candidatura.

El dictamen de los ciudadanos madrileños fue rotundo. En esta ocasión, la victoria de la Conjunción republicano-socialista fue clara, contundente y sin fisuras. No había ninguna duda, primero porque a diferencia de lo que había sucedido en otras ocasiones, los electores de la capital habían acudido a las urnas en gran número. La participación alcanzó un 66% de los censados, una de las proporciones más altas hasta entonces en la ya larga lista de citas de los madrileños con las urnas¹⁰⁹. Además, la gran diferencia de votos entre una candidatura y otra alcanzaba dimensiones históricas: aproximadamente 90.000 madrileños depositaron su confianza en los candidatos de la Conjunción republicano-socialista mientras que sólo unos 31.000 lo hicieron por la unión monárquica. Pero más importante que eso era que, esta vez, no habían existido grandes diferencias en el voto de unos y otros distritos. Había desaparecido esa división entre distritos populares y distritos acomodados que había caracterizado el mapa electoral madrileño desde tiempos del Sexenio y que se había perpetuado durante toda la Restauración. Aunque con diferentes niveles de apoyo, los partidarios de la república habían triunfado en todos y cada uno de los distritos de la capital, recogiendo como mínimo un 60% de los votos y alcanzando en ciertas zonas hasta un 85%. Por encima de las muchas cosas que diferenciaban a los habitantes de Madrid, por encima de la distancia entre el dinero que tenían o la casa en la que vivían, el lugar en el que trabajaban y la forma en que se ganaban la vida, más allá de la fe política que

¹⁰⁹ Los datos de participación en TUSELL GÓMEZ, Javier: *Sociología electoral de Madrid, 1903-1931*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1969, pág. 209.

profesaban, una voz pareció imponerse: Madrid era republicana. Y lo era sin medias tintas, en su conjunto y en cada una de sus partes, en los barrios ricos y en los pobres, en las calles del centro y en las de la periferia, en el casco antiguo, en el Ensanche y en el Extrarradio. Nunca antes unos resultados electorales habían sido tan claros y explícitos ni produjeron tan importantes consecuencias como aquellos.

El recuento de los votos en la capital sorprendió tanto a los vencedores como a los vencidos, de la misma manera que lo hicieron las noticias que llegaban de todas las provincias de España confirmando que la ola a favor de la república había alcanzado a todos los rincones del país. España se había acostado monárquica y se había levantado republicana como reconoció uno de los partidarios del propio rey Alfonso XIII. Y Madrid todavía más. La expresión ciudadana de apoyo a los coaligados por el cambio de régimen era tan rotunda y clara que costaba creerlo. Todavía el 13 de abril, Largo Caballero y Fernando de los Ríos, si se cree a Miguel Maura que estaba con ellos, eran incapaces de prever las repercusiones inmediatas de su triunfo. Charlaban mientras paseaban por el Paseo de Recoletos y, en tono optimista, auguraban que la república llegaría en menos de dos años¹¹⁰. No se necesita esperar tanto. El pueblo, inundando las calles en su celebración, forzó a que todo sucediera antes. La alegría de la fiesta popular el 14 de abril generó la embriaguez republicana que acabó empujando a los propios vencedores en las elecciones a presentarse en la Puerta del Sol para enarbolar la bandera tricolor y proclamar la república y el fin de la monarquía de los borbones¹¹¹.

En aquellos días la historia pareció superar a quienes estaban llamados a ser sus protagonistas. Largo Caballero, Azaña, Fernando de los Ríos y Niceto Alcalá Zamora se encontraron de repente con un poder en sus manos que no esperaban conquistar tan pronto. La república llegó sin avisar, como caída del cielo y sorprendiendo a todos. En ese sentido fue, como lo describió uno de los testigos que vieron cómo se proclamaba en Madrid, un advenimiento más que el resultado de una revolución con un programa calculado y rigurosamente aplicado¹¹². Fue una fiesta popular espontánea, la que acabó provocando aquel desenlace sorprendente.

Lo inesperado del acontecimiento no lo hacía necesariamente extemporáneo. En Madrid, la proclamación de la república aquel 14 de abril de 1931 era el reflejo de las profundas transformaciones que había experimentado aquella ciudad en muchos y muy variados ámbitos. Era un fenómeno que, sin ser inevitable, se incardinaba bien en la evolución política de los madrileños en las últimas décadas. Los habitantes de la capital, desde su bautizo en el sufragio universal, allá por el año 1868, en sus comportamientos políticos siempre habían mostrado un cierto carácter insumiso al poder constituido. Primero fue en unos cuantos barrios durante el Sexenio, cuando el republicanismo se afirmó frente a los revolucionarios demócratas y progresistas en el poder. Luego en la ciudad entera, que desde 1891 afirmó en diversas ocasiones su ideario republicano como un desafío frente la monarquía de los borbones restaurados en el trono de España. Más tarde había sido la germinación y desarrollo del movimiento obrero, que se atrevió a cuestionar las relaciones que imperaban en el mundo del trabajo y a denunciar las injusticias sociales que había generado el crecimiento de la ciudad. En 1917 en una parte importante de España y en 1923 sólo en Madrid, el empuje socialista y del movimiento obrero había puesto en jaque al gobierno, aunque sin los resultados

¹¹⁰ La escena, retratada en FUENTES, Juan Francisco: *Largo Caballero. El Lenin español*, Madrid, Síntesis, 2005, pp. 184-185.

¹¹¹ Esta proclamación de la Segunda República como resultado de la fiesta popular que celebraba los resultados electorales en JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI, 1984, pp. 7-40.

¹¹² PLA, Josep: *El advenimiento de la República*, Madrid, Alianza, 2003.

esperados. Finalmente, aquel 14 de abril de 1931, tras numerosos intentos fallidos, se había logrado que socialistas y republicanos alzarán su voz al mismo tiempo y que su proclama no sólo se oyera en la ciudad de Madrid sino que además encontrara eco en el resto del país. La república había llegado.

Todos esos fenómenos políticos se habían desarrollado en una ciudad que los hacía posibles y les daba amparo, al tiempo que ella se transformaba. Entre 1868 y 1931, además de ver surgir en sus calles y difundirse los discursos de los republicanos y los socialistas, Madrid también pasó de ser una ciudad pequeña y decadente, anclada aún en su pasado de Corte de un imperio trasatlántico desaparecido y se convirtió en una metrópolis de un millón de habitantes con un centro histórico con altos rascacielos y atravesada por una gran vía decorada de neones y grandes escaparates. Fue el tiempo también en que la capital de España derribó las viejas tapias detrás de las que permanecía encerrada desde el siglo XVII y se expandió por sus alrededores, alzando nuevos barrios de calles rectilíneas en las que, poco a poco, los coches de caballos fueron sustituidos por los tranvías eléctricos y acabaron siendo invadidas por los automóviles y las motocicletas. Una ciudad, en fin, que dejó de ser la de los artesanos, las criadas y los jornaleros para ver multiplicarse y hacerse más numerosos a los obreros de las fábricas primero y, con más fuerza después, a los empleados de oficina y a los trabajadores de cuello blanco de bancos, comercios y tantos otros negocios de un sector servicios que se convirtió en el principal motor de la economía madrileña. Madrid, villa y corte, pasó de ser una ciudad de súbditos y aristocracia, heredera del Antiguo Régimen, a ser una ciudad de obreros y clases medias, una ciudad de masas plenamente incorporada en la Edad Contemporánea. El 14 de abril de 1931 era, en definitiva, una fecha en la que podía situarse el punto final de muchas pequeñas y grandes historias que habían transformado radicalmente la vida en aquella ciudad. A partir de ese momento, empezaba para Madrid una nueva era, que también sería abundante en cambios y transformaciones.

CONCLUSIONES:

CHAMBERÍ, SÍMBOLO DEL NACIMIENTO DE UNA MODERNA CAPITAL, 1860-1931.

Entre 1860 y 1930 la ciudad de Madrid experimentó los cambios y transformaciones sociales que la convirtieron en una ciudad completamente nueva, abandonando definitivamente el Antiguo Régimen e integrándola plenamente en la modernidad. Madrid dejó de ser la Villa y Corte de los borbones para convertirse en una metrópolis que poco tenía que envidiar a las grandes ciudades europeas. Quizá en 1930 Madrid no era tan gigantesca como Londres ni tan deslumbrante como París y careciera del protagonismo de estos dos polos de referencia en la vida europea de la época; pero la capital española participaba de muchos de los rasgos y características de la vida urbana de las grandes capitales europeas y de las ciudades del otro lado del Atlántico. A Madrid no le faltaban ni el tren metropolitano ni los tranvías eléctricos recorriendo sus calles, tampoco los automóviles, que ya comenzaban a invadir sus calles y a alterar los ritmos de su vida cotidiana. En Madrid existían amplias avenidas y calles que habían modificado radicalmente el aspecto de su viejo núcleo urbano a imitación de lo que la cirugía del barón Haussman había logrado en París con sus bulevares, siendo la Gran Vía el ejemplo más emblemático. En ella habían comenzado a alzarse algunos de los primeros rascacielos de la ciudad y aparecieron los semáforos, las luces de neón, los cines y los grandes escaparates que anunciaban llamativamente la irrupción de la modernidad en la capital española y que tentaban a comparar sus destellos con los de la flamante Nueva York. La Gran Vía en 1930 era Nueva York y Madrid una gran ciudad que destacaba en el paisaje español como el lugar donde se escenificaban los cambios que traía el futuro. Había muchos signos que indicaban que la ciudad no era ya la misma que en 1860 y que el largo recorrido que existía entre su vieja condición de capital de un Imperio y en vías de extinción y su resurgimiento como centro de un país profundamente renovado había sido recorrido.

Los indicadores demográficos más elementales muestran con claridad la magnitud de los cambios producidos en la capital española en este periodo. Madrid contaba en 1860 con unos 300.000 habitantes. En 1930 se había rebasado la cifra simbólica del millón de madrileños. Esta multiplicación por tres de la población de la capital había forzado a una total refundación de la ciudad y a la remodelación completa de sus estructuras urbanas y de la forma de organizar la vida de sus habitantes. El rostro arquitectónico y urbanístico de Madrid era otro de los signos evidentes del cambio que se había experimentado en este periodo. Madrid había crecido en habitantes y en superficie construida, desplegándose por sus alrededores como una mancha de aceite, conquistando nuevas tierras en las que extendía sus calles, en un avance poderoso y que parecía imparable y que le llevaba cada vez más lejos de esa Puerta del Sol que desde hacía siglos se había constituido como su corazón urbano.

Nada más significativo para comprender la gran transformación experimentada por la ciudad que intentar buscar sus límites en una y otra época. A mediados del siglo XIX estaba claro dónde terminaba Madrid. Una vieja valla fiscal construida por Felipe IV lo indicaba tajantemente. Al norte, la ciudad terminaba en la puerta de Bilbao, al este en la de Alcalá y al sur en la de Toledo, y más allá se extendían los caminos en los que sólo se podían encontrar unas cuantas viviendas dispersas que prolongaban la vida madrileña. En 1930 resultaba difícil determinar cuándo se salía realmente de Madrid. Hacía tiempo que la ciudad no sólo había conquistado su terreno edificable, cuyas

fronteras habían quedado establecidas en 1930 por el proyecto de Ensanche del ingeniero Castro, para extenderse por toda la superficie de su término municipal en la que cada vez con más fuerza se hacían notar sus barrios de Extrarradio. Y no conformándose con las tierras que le habían tocado, Madrid se desplegaba también por las de los municipios de sus alrededores a los que invadía de una manera cada vez más patente. Por el Norte no se sabía si la ciudad terminaba en la glorieta de Cuatro Caminos o en las últimas casas de la barriada de Tetuán, o quizá más lejos, en el pueblo de Fuencarral cuyos habitantes acudían todos los días a trabajar a la capital. Lo mismo sucedía al Este, pues donde terminaba el Ensanche empezaba la barriada de La Guindalera y después, salvado el arroyo del Abroñigal, se dibujaba la Ciudad Lineal de Arturo Soria y a lo lejos Barajas. Igual ocurría en el Sur que veía como tras la Arganzuela y el Ensanche Sur, se extendían sin interrupción los populosos pueblos de Vallecas, Carabanchel o Villaverde. Las localidades de los alrededores de la capital iban cayendo en la órbita madrileña y dejando de tener una identidad propia para desempeñar un papel subordinado y dictado por la gran ciudad a la que, indudablemente ya pertenecían. Localidades como Fuencarral, Vicálvaro, Vallecas o los Carabancheles habían dejado de ser vecinos para convertirse de manera cada vez más evidente en suburbios de la ciudad, que cumplían una función específica para el gran gigante en que se convertía Madrid, ya albergando a parte de su población como Vallecas que se había convertido en espacio residencial de las clases populares madrileñas, ya dedicándose a ciertas actividades que tenían cada vez menos acomodo en el interior de la ciudad: era el caso por ejemplo de Barajas que por aquellos años inauguraba el aeródromo que comunicaría a la capital española con el resto del mundo a través del aire.

La gran transformación de Madrid entre 1860 y 1930 no sólo fue un cambio en su tamaño y en su forma como ciudad sino, ante todo, lo fue en su contenido. La intensidad del crecimiento demográfico y de la expansión urbana también se trasladó a los rasgos sociales y a los comportamientos de sus habitantes. En 1930, ni la ciudad era la de 1860 ni ser madrileño significaba lo mismo en muchos aspectos de la vida cotidiana. Para empezar, los madrileños no se ganaban la vida de la misma manera que setenta años atrás. La economía de la capital española había dado un vuelco mientras tanto. En 1860 Madrid se caracterizaba por ser una ciudad aún anclada en los tiempos preindustriales, cuyas principales actividades económicas pasaban por la producción artesanal realizada en talleres y las funciones burocráticas que desempeñaba como sede de la Corte y centro del poder político. En 1930 los motores que mayor impulso daban a la economía de lo que era ya una metrópolis de un millón de habitantes, era una industria que había acabado despertando de su secular atraso y, sobre todo, un sector servicios que había conocido un fulgurante desarrollo como consecuencia de las nuevas funciones que había adquirido Madrid como capital política y económica de España. A ellos había que añadir la vitalidad que, por épocas, habían inyectado los negocios inmobiliarios incubados al calor de la reforma de la ciudad y que habían generado una gran masa de empleos en determinados momentos, y muy especialmente en las décadas que habían seguido a la puesta en marcha del proyecto de Ensanche.

Al cambio económico le acompañó el cambio social. Los nuevos caminos por los que la ciudad de Madrid buscó su desarrollo económico contribuyeron a modificar los perfiles de sus habitantes como trabajadores y, en última instancia, a moldear un nuevo tipo de sociedad con protagonistas netamente diferentes a los de sus tiempos pasados. Madrid ya no era la ciudad de los artesanos y las criadas, de los nobles y de los jornaleros de mediados del siglo XIX. Aunque algunas de estas figuras sociales pervivieron en la ciudad e incluso mantuvieron algo de su importancia de antaño, les fueron sucediendo en el tiempo nuevos protagonistas. Eran los obreros industriales y

sobre todo los trabajadores de cuello blanco del Estado y de las empresas privadas los que daban forma a la sociedad madrileña de 1930. La capital se había convertido en una ciudad de empleados y oficinistas, de comerciantes y trabajadores de la banca, además de obreros de unas fábricas que, aunque con un menor impacto sobre el paisaje que en otras ciudades, estaban igual de presentes en Madrid. Pero ante todo, si por algo destacaba el mundo del trabajo y, por extensión, la composición de la sociedad madrileña era por su extrema diversidad. Madrid era una ciudad de mil oficios y de mil servicios, en la que existía una muy amplia gama de formas de ganarse la vida y de profesiones con condiciones laborales muy distintas. Todo ello había contribuido a que las viejas fronteras sociales se hubieran modificado, a que la línea que separaba elites y clases populares ya no fuera la misma que hacía unas décadas y tampoco las relaciones que unos grupos y otros mantenían entre sí.

Finalmente, en este periodo también se produjeron importantes cambios en las actitudes y comportamientos políticos de los habitantes de Madrid. Este proceso en el que la capital española pasó de ser ciudad preindustrial a gran metrópolis moderna también está marcado en su inicio y su final por dos acontecimientos políticos de profundas consecuencias en la vida de la ciudad. Entre la revolución de 1868 y la proclamación de la II República medió una gran transformación de los madrileños en sus formas de participar y mirar el poder; una transformación en que los vecinos de la ciudad aprendieron a ser electores y se fueron independizando poco a poco de las elites que tradicionalmente habían monopolizado el gobierno de la ciudad. Una diferencia esencial distingue al derrocamiento de Isabel II en 1868 y el de su nieto Alfonso XIII en 1931.

En el primero fueron revolucionarios como Sagasta, Prim o Serrano los que guiaron al pueblo en su impulso y tras la toma del poder abrieron las urnas para que los ciudadanos depositaran su voto. Con ello se abrió un camino largo y no exento de vericuetos en que, poco a poco, los discursos de los grandes actores políticos se fueron adaptando a las necesidades y reivindicaciones de los ciudadanos; en las distintas contiendas electorales que se sucedieron en la Restauración, las distintas formaciones y partidos políticos se vieron forzados a adaptarse a un electorado que cambiaba al mismo ritmo que la ciudad. Por otro lado, de la propia ciudadanía surgieron nuevos líderes que se erigían en representantes de la sociedad madrileña con la intención de sustituir a la antigua clase política en el gobierno del país: primero fueron los republicanos y más tarde los socialistas quienes ganaron adeptos en la ciudad y lograron vencer las barreras que el sistema político había impuesto a su acceso al poder, hasta que finalmente lograron que las elecciones municipales de 1931 dejaran el gobierno en sus manos. Una vez más el rey dejó su trono, pero a diferencia de lo que había sucedido en 1868, esta vez las elecciones habían sido la causa y no la consecuencia. Primero había sido la expresión del voto popular y luego la revolución y no viceversa.

Todo este haz de cambios que experimentó la ciudad de Madrid entre 1860 y 1931, en la demografía y en la estructura y organización urbanas, en la economía y en las características de sus trabajadores, en sus rasgos sociales y en los comportamientos políticos de sus habitantes, se manifestaron tanto en el conjunto de la ciudad como en cada una de sus partes. No hubo un barrio ni un distrito, una calle ni un rincón que permanecieran a salvo de las erosiones que trajeron los nuevos tiempos. Pero sin duda, donde mejor y más visiblemente se reflejaron los procesos de transformación que alimentaron la historia de Madrid entre 1860 y 1931 fue en el Ensanche. Al fin y al cabo, la zona que se incorporó a la ciudad para su ampliación en 1860 se trataba de un terreno inculto y virgen hasta el momento, sin edificaciones ni construcciones en su superficie y que comenzó precisamente en aquel momento a construirse. Era un folio en

blanco donde fueron quedando inscritas las trazas de la evolución madrileña posterior y en la que pudieron expresarse con toda claridad las nuevas formas que los habitantes tenían de entender la vida en sociedad.

En ese sentido, aquella época sería en la historia de Madrid, sin lugar a dudas, la era del Ensanche, pues la aprobación de este proyecto de ampliación urbana fue el origen del proceso que acabaría haciendo eclosionar la nueva ciudad de los años 30. Lo fue por varias razones. Primero por la novedad que representaba el proyecto firmado por el ingeniero Carlos María de Castro en la forma de entender la organización de la vida urbana. Segundo porque fue principalmente en los terrenos de Ensanche por donde se expandió Madrid en aquellos años, tanto en lo material como en lo humano, hasta que en 1930 los nuevos barrios ya prácticamente edificadas en su totalidad perdieron su protagonismo, a favor de otras zonas de la ciudad, particularmente a favor del Extrarradio y los suburbios. Finalmente porque muchos de los fenómenos que forjaron el nuevo semblante de Madrid, tuvieron su origen en el propio Ensanche, en asuntos tan variados como el impulso económico que los negocios inmobiliarios dieron a la economía de la ciudad como en el terreno político, en el que los nuevos barrios fueron la cuna de algunos de los movimientos que irrumpieron en esta época, como el socialismo. En fin, por todo ello, parece posible considerar que el Ensanche, y dentro de él, su zona norte, se convirtieron entre 1860 y 1931 en el espejo en que se reflejó el nacimiento de una nueva capital en proceso de construcción.

El Ensanche fue además el detonante que dio inicio al cambio. La construcción de sus nuevos barrios permitió a Madrid encontrar un camino para resolver los problemas que desde hacía ya décadas sufría por su incapacidad para absorber más población. Esto no quiere decir que el proyecto de Castro fuera la causa principal que provocó las transformaciones que se desataron en la ciudad a mediados del siglo XIX. Las causas profundas para que Madrid se convirtiera en una gran ciudad no estaban ni en sus calles ni en las mentes de sus gobernantes. Venían en gran medida de fuera y lo hacían en forma de riadas de inmigrantes que se presentaban en las puertas de la capital en busca de una solución a sus vidas. Llegaban de todas las provincias de España hasta la ciudad que debía dirigir el país. Era algo que sucedía desde hacía ya décadas y ante lo cual la ciudad no había podido reaccionar eficientemente. El paro aumentaba y los problemas sanitarios también. Lo que representó el Ensanche fue una vía por la que encauzar estos desafíos y que dejaran de ser un problema para convertirlos en una fuerza que impulsara la ciudad a desarrollarse y crecer. Los inmigrantes, entonces, empezaron a ser mano de obra y en vez de plantear una amenaza para la vida urbana por el hacinamiento en que vivían comenzaron a ser un estímulo para el negocio inmobiliario, pues eran posibles clientes para alquilar una de esas casas que se estaban construyendo en los nuevos barrios.

Por otro lado, sin negar la importancia que tuvo como diseño innovador en sus aspectos técnicos, tampoco el proyecto de Castro fue el que acabó definiendo por completo la nueva ciudad construida. Ni fueron los gobiernos de Isabel II los que pudieron sacarlo adelante. El estudio de la evolución del Ensanche Norte a partir de 1860 muestra las dificultades que tuvo que afrontar la propuesta de ampliación para Madrid que el ingeniero Castro había diseñado y cómo fueron al final los vecinos que ya estaban instalados en aquella zona y los propietarios del suelo que se había de edificar los que acabaron imponiendo sus intereses. En realidad, si hay que buscar una fecha que establezca el inicio del nacimiento de un nuevo Madrid, esta ha de ser la de 1868, pues fueron los revolucionarios a su llegada al poder los que verdaderamente dictaron las medidas para que la ampliación de la ciudad fuera posible. La prueba más clara es que fue un Ayuntamiento nacido de las primeras elecciones municipales por

sufragio universal masculino el que tomó, por fin, la decisión de derribar las tapias que habían cercado la ciudad, construir calles en las tierras del Ensanche y que diera comienzo de una vez la construcción de un nuevo Madrid.

La transformación urbanística y social que experimentó la capital española fue uno de los legados más sólidos que dejó en Madrid el Sexenio democrático. Entre 1868 y 1874 se soltaron definitivamente las amarras que habían atado a la capital española a su pasado. Se decidió romper definitivamente con aquel viejo Madrid, que ya había dado demasiadas muestras de ser un modelo de vida urbana caduco e incapaz de afrontar los nuevos desafíos lanzados por la realidad social, no sólo de la región que circundaba la ciudad sino del país del que era capital. El derribo de las cercas que habían encerrado Madrid hasta 1868 era la medida simbólica de una transformación urbana radical y profunda. Pero el Ensanche fue algo más que un lavado de cara y sus consecuencias fueron más allá del aspecto de sus edificios. El gran volumen de negocios que se generaron alrededor de la construcción y acondicionamiento de los nuevos barrios representó un gran impulso para una economía madrileña que, a falta del incentivo industrial del que disfrutaban otras ciudades, vivía sumida en una crisis en la que las principales víctimas eran los abundantes inmigrantes que venían a la capital en busca de empleo y se encontraban en paro y subsistiendo en la miseria. El despegue definitivo de la expansión urbana y la consolidación del negocio inmobiliario en la capital supusieron la clave para que Madrid dejara de ser definitivamente una ciudad anclada en el Antiguo Régimen y se asistiera a la transformación de su composición social. El negocio de la construcción aportó a la economía madrileña el motor que impulsó su crecimiento a un ritmo que comenzaba a acercarse al que estaba alimentando el desarrollo urbano en el resto de Europa y sin duda muy superior al del resto del país, con excepción de Barcelona y Bilbao.

El verdadero cambio que representó la creación del Ensanche residió en lo que suponía como cambio de actitud frente a los problemas que la inmigración y el crecimiento de la población estaban creando a la ciudad. Hasta entonces se habían hecho esfuerzos por combatir esa constante avenida de nuevos habitantes, pues la llegada de familias trabajadoras era percibida con cierto miedo y sólo un puñado de madrileños había decidido aprovecharse de las riadas de nuevos vecinos para hacer negocio. Así habían surgido los primeros arrabales, como los de Chamberí, Vallehermoso o Peñuelas; sus promotores no sólo daban satisfacción a las necesidades de los nuevos madrileños para crear un negocio construyendo y alquilando las casas que necesitaban sino que también aprovechaban esos mismos inmigrantes que eran sus inquilinos como la fuerza de trabajo ideal para poner en marcha el negocio inmobiliario. A partir de 1869 y tras la confirmación en la Restauración de las medidas de los revolucionarios, se difundió esta estrategia de enriquecimiento que dejaba de considerar la inmigración a la ciudad como un problema para convertirlo en fuente de riqueza y de energía para el trabajo. Con aquel cambio de actitud, Madrid abrazó el futuro derribando sus cercas físicas y mentales para dejar pasar los inmigrantes que acabarían transformando la capital de España.

La puesta en marcha del Ensanche y los negocios inmobiliarios que se derivaron de él suministraron a Madrid la solución a los desafíos que le habían propuesto las profundas transformaciones sociales y económicas que experimentaba el país del que era capital. Hasta 1870 la ecuación creada por la llegada masiva de inmigrantes, la falta de trabajo por el limitado desarrollo económico de la ciudad y la escasez de viviendas para alojar a los nuevos vecinos, había degenerado en un endurecimiento de las condiciones de vida en la capital. En Madrid había mucho paro y la vida era cara, se había creado el caldo de cultivo para que de vez en cuando se quebrara la paz social de

la ciudad, tal y como se había demostrado en 1854 o 1868. Con la apertura de la ciudad hacia sus alrededores se invirtieron los términos de la ecuación. Los jornaleros inmigrantes dejaron de ser candidatos a parados y mendigos para ser contemplados como la mano de obra idónea, barata por ser tan numerosa, para emprender nuevos negocios más grandes y voluminosos que los que habían caracterizado a un Madrid hasta entonces centrado en el pequeño negocio artesano. La escasez de viviendas en la ciudad dejó de ser visto como un problema higiénico y una amenaza a la paz social para ser considerado una veta de negocio por explotar y en la que emplear a esos abundantes trabajadores que llamaban a las puertas de la capital. En definitiva, las antiguas condiciones que hacían de Madrid una ciudad saturada y abocada al colapso auguraban ahora un futuro de crecimiento económico y de transformación social.

La importancia adquirida por el negocio inmobiliario en la economía madrileña a partir de esos momentos provocó a su vez profundos cambios en la estructura de su mercado laboral. Madrid se convirtió entonces en una ciudad de jornaleros. Sucedió fundamentalmente por dos razones. La primera, porque la naturaleza del empleo que generaba la edificación hizo posible que fuera posible integrar a un mayor número de trabajadores descualificados. Madrid, en la que abundaban los tajos y las obras públicas, donde se necesitaban más peones que trabajadores con un oficio y una habilidad adquiridos por años de experiencia, se convirtió en la ciudad de las oportunidades para todos esos inmigrantes rurales que buscaban un lugar para ganarse el pan que sus pueblos de origen les negaba. Y aunque no todos los días hubiera trabajo en la construcción, siempre podrían encontrar un trabajo temporal en cualquier otra cosa, ya como mozo de cuerda, ya como recadero, o bien realizando cualquier tarea sencilla y a destajo en un taller en el que se le pagara por día trabajado. La segunda razón que estaba detrás del aumento de los jornaleros estaba relacionada con lo que sucedía dentro del artesanado en el que, durante estos años, se asistió a cómo se abría un foso cada vez mayor entre los patronos y los oficiales y aprendices. En parte consecuencia de la abundancia de mano de obra cualificada que supuso la inmigración y que comenzó a ser empleada en algunas partes del proceso productivo, en parte también consecuencia de los cambios que estaban aconteciendo en algunos sectores de la producción en los que la introducción de maquinaria obligaba a que los dueños de un taller desembolsaran más capital que antiguamente, lo cierto fue que, en un número cada vez mayor de oficios, se fue desvaneciendo el viejo sueño gremial de que los aprendices pudieran llegar a ser algún día oficiales y más tarde, con el tiempo, maestros y patronos de un propio taller. En definitiva, los artesanos se estaban proletarizando, o más concretamente, se estaban jornalizando. Las viejas trayectorias laborales se corroían y con ellas desaparecía la esperanza de una vida laboral como la de antaño.

Los tres fenómenos, el crecimiento de los jornaleros, la caída de los artesanos en las formas de trabajo proletarizadas y el estancamiento del número de pequeños patronos estuvieron íntimamente ligados a la hegemonía que adquirió la construcción en el sector productivo madrileño. La corrosión de los oficios, la desintegración del mundo artesanal en el Madrid de la segunda mitad del XIX y principios del XX, se produjo de forma paralela y estrechamente asociada a la orientación cada vez más acusada del trabajo manual madrileño hacia los negocios inmobiliarios. La forma concreta en que se disolvió el mundo de los talleres de la capital y, sobre todo, las vías que encontró para subsistir, dependió de ese auge de la construcción que se despertó con el Ensanche de la ciudad. Los distintos sectores que componían el mundo de los oficios madrileño se vieron afectados de muy diferente manera por la corrosión de las estructuras gremiales y artesanales y por la expansión del número de trabajadores manuales residentes en la capital. Por un lado se mantuvieron un sin número de oficios en que el saber profesional

aún seguía siendo valorado y retribuido con salarios altos, esas mil profesiones que habían caracterizado la estructura productiva madrileña. Pero se trataba de oficios en los que si se mantenían buenas condiciones de trabajo se debía a su carácter minoritario y especializado. La realidad de la mayor parte del trabajo manual caminaba por otro lado. Por el de la jornalización o proletarización de los trabajadores y por el de los salarios disminuidos. Los oficios que más crecían en Madrid, en los que había un mayor volumen de trabajo, eran los peor pagados y, sobre todo, en los que existían menos barreras para que fueran integrados todos aquellos jornaleros inmigrantes que se presentaban a las puertas de la capital.

Por otro lado, también en esta época se experimentaron profundos cambios en las formas de participación de las mujeres en el mercado de trabajo. La quiebra del mundo de los oficios y la progresiva desaparición de los talleres artesanos familiares provocaron la definitiva separación entre el ámbito doméstico y el ámbito de trabajo. Con ello se acentuó la marginación de las mujeres de los mercados laborales formales. Las innumerables tareas que exigía el mantenimiento del hogar les hacía prácticamente imposible dedicarse a tiempo completo a otra cosa que no fuera su familia y sólo emplearse en trabajos extradomésticos esporádicos y mal pagados, frecuentemente a destajo. El discurso sobre la feminidad y la teoría de las dos esferas contribuyó decisivamente a esta desigualdad entre los trabajadores por su condición sexual. También influyó de manera decisiva la hegemonía que adquirieron los negocios inmobiliarios en la economía madrileña. La construcción de edificios y las obras públicas estaban completamente cerradas a las mujeres; las profesiones de albañiles, carpinteros o pintores les estaban vedadas. El tipo de sectores en los que se expandió el mercado laboral madrileño en los años en los que se produjo el despegue de la capital fue otro factor que contribuyó a esa expulsión femenina de las contrataciones laborales más formales. En realidad, sólo había un tipo de trabajos a los que podían acceder las mujeres con facilidad: era el servicio doméstico, que continuó siendo abundante en la capital española. Pero tampoco en este caso se trataba de un empleo más que para la juventud y no permitía crear verdaderas carreras profesionales en él: la mayor parte de los sirvientas, al superar los 30 años, dejaban de trabajar y volvían a sus hogares a ser esposas y amas de casa.

Las consecuencias que a partir de 1868 trajo el derribo de las cercas que habían rodeado Madrid desde hacía siglos no terminaron ahí. En la capital española, 1868 fue una ruptura con el pasado en muchos sentidos y la desaparición de la vieja valla fiscal dejó que los madrileños pudieran ver algo más que el horizonte de descampados que se extendía en las afueras de su ciudad. También puso de relieve algunas de las fallas en la vida de la ciudad que se habían estado larvando en las décadas precedentes y que el ritmo acelerado que adquirió la expansión urbana se encargó de intensificar. Aunque fuera aún con carácter limitado, en estos años se hizo visible que existían importantes sectores de las clases populares que habían sido relegados de la comunidad y que estaban sufriendo graves consecuencias por el abandono de las autoridades.

En el Ensanche Norte nada expresaba mejor estas fallas de la vida en comunidad que las diferencias que existían entre sus dos principales núcleos de población. De un lado Chamberí, que había surgido como un arrabal que, aunque de carácter popular, todavía mantenía la convivencia entre las familias trabajadoras y algún que otro miembro de estratos sociales más acomodados. Los líderes más distinguidos de aquella comunidad se preocuparon y ocuparon de mantener la cohesión del vecindario a través de las ayudas de la Beneficencia municipal, aliviando a los más necesitados y, de paso, fortaleciendo su condición como líderes y notables del barrio. Del otro lado estaba Vallehermoso, la barriada de los cementerios, un lugar que repelía a cualquiera que

tuviera dinero para buscar vivienda en otro barrio y en el que sólo residían los miembros más desfavorecidos de la sociedad madrileña: jornaleros, trabajadores de escasa cualificación, artesanos empobrecidos y pobres en general. Hasta allí no llegaba la Beneficencia Municipal, porque no había ningún notable que se ocupara de ello y, por lo tanto, ningún miembro distinguido del barrio que pudiera recoger los beneficios de haberse convertido en benefactor de las familias necesitadas. Cuando la revolución triunfó y se implantó el sufragio universal masculino como regla de elección de los gobernantes, uno y otro barrio se expresaron con distinta voz. En Vallehermoso, olvidado por los notables y las elites, prendió rápida y profundamente el republicanismo y desde el mismo enero de 1869 se convirtió en la bandera política de aquellos habitantes. En Chamberí, donde se había esbozado una cierta vida comunitaria en que clases medias y clases populares habían compartido espacios e instituciones, el liberalismo progresista que abrazaban algunos de sus más ilustres vecinos mantuvo más tiempo su fuerza. Sólo cuando la situación de una parte del vecindario se deterioró, el republicanismo también allí, comenzó a ganar adeptos.

El retorno de los borbones al trono en 1875 y el inicio de la Restauración no significaron una cesura demasiado fuerte en los cambios que se habían desencadenado en Madrid en los años anteriores. Como mucho se silenciaron en su dimensión política, pues las iniciales restricciones en el ejercicio del voto impidieron que los vecinos de Madrid se expresaran públicamente. Pero ni siquiera en este caso hubo cortes tajantes. El republicanismo subsistió y su fuerza permaneció latente esperando el momento de poder expresarse con la misma libertad que cuando todos los ciudadanos tenían derecho a acudir a las urnas a elegir a sus gobernantes. Más bien sucedió al contrario. La Restauración consolidó muchos de los cambios que se habían producido durante el Sexenio y redobló la fuerza con que influían en el crecimiento y la transformación de Madrid. En el plano urbanístico era claro. Nada de lo que se hizo en tiempos de la revolución se puso en duda ni se rectificó. Las modificaciones en el plano y en la legislación se mantuvieron y con ellas el modelo de crecimiento y desarrollo tan aparentemente eficaz que había encontrado la ciudad de Madrid en el negocio inmobiliario. El Ensanche se siguió construyendo y siguió dando empleo a los inmigrantes que sin cesar acudían a las calles de la capital. Si en algo cambió el camino que había comenzado a recorrer Madrid en 1868 fue en que se hizo más rápido e intenso y que a las fuerzas ya desencadenadas, se unieron otras nuevas que hicieron ganar en intensidad y velocidad a las transformaciones que ya se habían iniciado.

En el último cuarto del siglo XIX, Madrid experimentó una serie de cambios que acabaron modificando la lógica de su crecimiento como ciudad. En aquel tiempo dejó de ser una pequeña capital, difícil de comparar con las grandes metrópolis europeas, y comenzó a apuntar algunos de los rasgos que caracterizaban a sus hermanas mayores que, como Londres o París, habían dado el estirón hacía décadas. El cambio de escala de Madrid como ciudad y de su dinámica de crecimiento, se debía en parte a la profundización en transformaciones que se habían iniciado antes de 1875. El negocio inmobiliario siguió generando un gran volumen de empleo que permitía integrar a las riadas de inmigrantes que acudían hacia ella. Era el motor que cumplía el papel que la industria o el comercio desempeñaban en la economía de otras ciudades y aunque conservó su fuerza de arrastre, lo cierto es que también dejó de ser el único y otros factores se unieron para contribuir a su cada vez más veloz crecimiento urbano. El más importante de ellos fue su renovado papel como centro en el que se regían los destinos políticos y económicos del país. Durante la Restauración, Madrid encontró en la capitalidad un suplemento de fuerzas para su crecimiento.

La condición de Madrid como capital y la multiplicación de funciones que tuvo que asumir como consecuencia de las profundas transformaciones económicas, sociales y políticas que se estaban operando en el país que capitaneaba, dotaron al crecimiento de Madrid de un plus de intensidad del que carecían las ciudades industriales, comerciales o administradoras de una sola provincia. En una economía española cada vez más compleja, en la que ya había echado sus primeras raíces la industrialización, en la que se había desarrollado una especialización regional de la producción y en la que había cristalizado una primera articulación del mercado nacional gracias al ferrocarril y al telégrafo, se hacía cada vez más necesario que una ciudad se erigiera en capital económica del conjunto y asumiera el papel de centro de decisión financiera y de centralización de las operaciones mercantiles. Al mismo tiempo, en un Estado cada vez más complejo y que había multiplicado sus ámbitos de intervención, se hacía también necesario que la capital ordenara y dirigiera la acción política, que centralizara recursos y administraciones, instituciones y funciones. Madrid, villa y corte desde el siglo XVI, asumió ese papel de capital económica y política del país, ya como consecuencia de la decisión de una clase política liberal de vocación extremadamente centralizadora, ya como consecuencia del diseño de un sistema de transportes y comunicaciones españoles que abocaba a ese centralismo.

El refuerzo del papel de Madrid como capital tuvo importantes implicaciones en la orientación de su actividad económica y, por extensión, en la composición social de su población. Fue en la Restauración cuando su economía de servicios registró una notable expansión y diversificación, que se desvelaría como su sector de actividad más importante en el futuro. En esta época surgieron nuevas actividades asociadas al funcionariado, las finanzas, el comercio, los transportes y las telecomunicaciones que se tradujeron en nuevos empleos y profesiones en el mercado laboral. Aunque todavía de forma incipiente en el cambio de siglo, entre los trabajadores de la ciudad de Madrid comenzó a afirmarse un nuevo colectivo socioprofesional que hace más compleja la evolución social de la ciudad, hasta entonces marcada por la corrosión de los oficios y la caída de los antiguos trabajadores cualificados en las formas degradadas de contratación que representaban los jornaleros. Eran los empleados que, a la altura de 1900, en su gran mayoría, podían considerarse como un grupo profesional privilegiado frente a los trabajadores manuales, tanto por su sueldo como por la estabilidad de su empleo, así como por las expectativas de ascenso y progreso en su carrera. Ser telegrafista o funcionario de Correos, trabajar en algunos de los bancos que tenían sede abierta en la capital, representaba entonces una forma de vida acomodada, lejana a los sinsabores y sufrimientos que marcaba la existencia cotidiana de cualquier artesano, operario de taller o fábrica o de los jornaleros, para los que amenaza del paro forzoso y la escasez del salario eran amenazas cotidianas.

En este sentido, los empleados de los alrededores de 1900, como grupo social se situaba en un espacio intermedio entre las elites de propietarios, grandes fortunas, comerciantes e industriales de la capital y la masa de trabajadores que se encontraban entre la cualificación y el jornalero, entre un mundo de los oficios degradado y los círculos de un trabajo poco cualificado y mal pagado que había surgido con el auge de los negocios inmobiliarios. Las transformaciones que se operaron en su mercado laboral al calor del desarrollo de la economía de servicios, hicieron de Madrid un destino cada vez más atractivo para trabajadores de todas las clases y todas las regiones del país. Con ello se intensificaron aún más los flujos migratorios hacia la capital, añadiendo a las legiones de jornaleros que se incorporaban al mundo de la construcción, los importantes contingentes de empleados y trabajadores en los servicios que comenzaron a hacerse cada vez más visibles en el cambio de siglo. La inmigración que hacía crecer la ciudad

en número de habitantes dejó de estar compuesta por las familias pobres que venían expulsadas del campo y de una forma creciente también empezó a ser nutrida de clases medias que, desde todas las provincias, acudían a la capital en busca de las posibilidades de progreso económico y social que les ofrecía los diversos empleos de una economía de servicios en expansión.

Funcionarios que venían a subir puestos en el escalafón, profesionales liberales que acudían a sacar partido a los estudios universitarios que habían cursado, escritores y artistas que buscaban en la capital un lugar propicio para hacer fortuna con su talento, estudiantes atraídos por el principal centro universitario y científico del país... Todos ellos contribuían a la expansión de unas clases medias que se hacían notar con más fuerza en el paisaje de la ciudad. Por otro lado, y quizá más importante por su impacto, el desarrollo de la economía de servicios que se iniciaba en esta época en Madrid y los puestos de trabajo que se estaban creando en oficinas, instituciones públicas y privadas, bancos y comercios, también hizo más complejas y diversas las trayectorias laborales de las clases populares. Junto a los empleos bien remunerados de los ministerios y los bancos, reservados para los hijos de gentes acomodadas que habían podido estudiar el bachillerato y, en algunos casos, acudir a la universidad, también se desarrolló una oferta laboral cada vez más abundante en los que la formación requerida no era tan alta y podía bastar el haber acudido a la escuela primaria. Conserjes, escribientes, contables y oficinistas, los primeros trabajadores del sector de la telegrafía y la telefonía, conductores de tranvía o de tren, revisores y bedeles, en fin, todo un abanico de profesiones que, por lo general, solían ofrecer un empleo y un sueldo fijo y que se abrían a las clases populares como una vía más prometedora que el trabajo en la construcción o en los talleres artesanos. La frontera entre clases populares y clases medias se hacía más difusa y permeable; el desarrollo de la economía de servicios que despertaba en Madrid y las formas de ganarse la vida que ofrecía a sus habitantes, creaba una tierra de nadie entre unos y otros que permitía el salto de una a otra condición, o al menos hacía que se considerara posible. Todo ello redundaba en el carácter de la capital española como una ciudad diversa, en su actividad económica como en su composición social, una ciudad que se caracterizaba por las miles de formas trabajos con que obtenían su sueldo sus habitantes y las extremadamente variadas condiciones materiales en que se desarrollaban sus vidas. Ahora bien la diversidad no implicaba confusión y de hecho, las diferencias entre los habitantes de la capital se hicieron cada vez más explícitas y visibles en el paisaje urbano madrileño.

La diversidad en los motores que propulsaban el crecimiento de Madrid (la construcción, la capitalidad económica y política) y en las personas que lo encarnaban (desde el jornalero al gran financiero, desde la criada al terrateniente rentista) la convertían en 1900 en una ciudad única, al menos en España. No era una ciudad de burgueses y proletarios como podían serlo las urbes que habían emprendido el camino de la industrialización. Tampoco era una ciudad de funcionarios y artesanos, como aquellas que se estancaban en el Antiguo Régimen. Era todo eso y más y resultaba lógico que por ello su original modelo de crecimiento se manifestara en una peculiar organización como ciudad. Al expandirse, Madrid no sólo expresaba la creciente división entre barrios ricos y pobres, altos y bajos, burgueses y obreros, que se estaba produciendo en tantas ciudades europeas. En Madrid, el fenómeno era mucho más complejo porque su naturaleza urbana era diversa y multifacética.

A la ciudad del Manzanares, en 1900, había que comenzar a contemplarla como un gran sistema que articulaba diversos núcleos diferenciados que se resumían en los cuatro anillos concéntricos que integraban su paisaje residencial: casco histórico, ensanche, extrarradio y suburbios. Cada uno de estos cuatro espacios cumplían una

función urbana distinta y evolucionaban de una manera diferente. No era lo mismo el casco antiguo, cada vez más volcado en su papel como espacio de concentración comercial y administrativa y que cada día perdía más población, que un Ensanche eminentemente residencial en expansión demográfica vigorosa y constante. Por su parte, el extrarradio, que alrededor de 1900 sufrió una explosión desordenada y hasta cierto punto inesperada del número de sus habitantes y de sus edificios, se diferenciaba claramente de aquellas otras dos zonas. Pero dentro de cada uno de estos cuatro anillos, también cabía señalar las múltiples diferencias que existían entre los espacios que la componían. Cada uno de estos espacios que componían Madrid cumplía una función en el conjunto y respondían en su evolución y en sus ritmos de vida a lógicas propias y particulares. Esa atomización, esa diversificación del espacio urbano en lo arquitectónico, en lo social y en lo económico, eran al mismo tiempo un rasgo que se derivaba de la esencia de Madrid como gran ciudad, como núcleo urbano que había aumentado su escala de organización.

Hasta los inicios del Ensanche, en Madrid subsistió una cierta convivencia de los madrileños de todos los orígenes sociales y aunque en edificios y zonas diferencias por su riqueza, ricos y pobres, elites y clases populares compartían un mismo espacio. No podía haber mucha separación en una ciudad que, cuando todavía existían las tapias de tiempos de Felipe IV, podía ser recorrida a pie de punta a punta en apenas una hora. Pueblo y elite estaban en contacto, vivían en un mismo lugar. Esta convivencia comenzó a diluirse cuando la ciudad cambió de escala y dejó de ser una urbe encerrada en sí misma en un espacio reducido y empezó a dibujarse como una gran capital integrada por varios espacios urbanos diferenciados en sus funciones y en sus características. El derribo de las cercas y, sobre todo, la construcción de edificios más allá de donde las piernas podían llevar a un peatón, resquebrajaron esa unidad que hasta entonces había hecho acercar palacetes y corralas, nobles y jornaleros, en un espacio urbano compartido. A medida que Madrid se extendía, colonizando primero los terrenos de Ensanche, después los del extrarradio, para finalizar conquistando los suburbios que rodeaban la ciudad, aumentó la relevancia que tenía elegir si se residía en un núcleo o en otro de los que integraban la aglomeración madrileña. La ciudad se atomizaba, sus partes se desgajaban unas de otras para tener vida propia, cada barrio, cada distrito y cada zona en los que se podía dividir la capital adquiría un perfil propio que la definía y que la particularizaba, haciéndola única. No era lo mismo vivir en el Viejo Madrid junto al Palacio Real que en el Ensanche por muy burgués que fuera, tampoco la vida era igual en los barrios populares de Lavapiés, que en las barriadas pobres del Ensanche Norte o en los poblados del extrarradio. Cada lugar tenía sus propias características marcadas por el tipo de vivienda que la componían y el tipo de gentes que la habitaban. Si hasta las vísperas de la revolución del 68 los vecinos de Madrid de todas las condiciones sociales habían convivido en aquel pequeño anillo limitado por sus cercas, durante la Restauración comenzaron a separarse. Las diferencias entre los barrios de Madrid, cada vez más palpables, empujaban a los habitantes de la ciudad hacia unos rincones u otros, según su condición social y sus recursos, según sus inclinaciones y sus valores, adjudicándoles el sitio concreto que les correspondía en un paisaje urbano cada vez más diversificado.

La posición del barrio en la ciudad, el tipo de calle y su anchura, la antigüedad de sus edificaciones y sus características, la vivienda concreta que se ocupaba, si era exterior o interior, si era un piso principal o uno de los superiores, cuántas habitaciones tenía y cómo estaban distribuidas... todos estos matices explicaban la jerarquía de alquileres cada vez más explícita en la organización del Ensanche Norte. En zonas como el antiguo arrabal de Chamberí, alquileres de diferente cuantía podían coincidir en un

espacio relativamente reducido aunque sin producir grandes contrastes. Las viviendas más caras, los hoteles de la aristocracia y las más baratas, las corralas de los jornaleros, aparecían por el contrario, completamente separadas, situadas unas en una punta del Ensanche, las otras en la contraria. La combinación de cada uno de estos barrios formaba un complejo mapa de alquileres en los que los ciudadanos se movían con diferente libertad. La condición social, los recursos disponibles y el salario que cada cual tenía en función de su inserción en el mercado laboral, establecían los límites y las posibilidades con que cada cual podía elegir dónde residir en la ciudad. Los grandes financieros, los nobles de título y los artistas enriquecidos podían elegir cualquier vivienda de los nuevos barrios para establecer su residencia, aunque probablemente se vieran atraídos por la zona cercana a la Castellana y por sus hoteles. Los jornaleros y los artesanos encontraban fronteras que les impedían acceder a determinadas calles y se veían empujados con irresistible fuerza hacia las zonas más depreciadas como las de los cementerios.

Cada cual tenía un destino diferente en la ciudad. La diversidad de la sociedad madrileña no significaba que sus calles fueran un batiburrillo en que jornaleros y grandes banqueros convivieran en una mezcla promiscua. Los barrios de la ciudad reservaban un lugar distinto a cada uno que dependía del dinero que unos y otros tuvieran para invertir en el alquiler de su vivienda. Los pobres iban allí donde había viviendas a la medida de sus posibilidades económicas, los ricos allá donde podían encontrar una residencia acorde a sus deseos de comodidad y lujo. Entremedias se movían todos aquellos que estaban por encima de los niveles de la pobreza más extrema pero que no podían alcanzar los niveles de total despreocupación que la riqueza y la prosperidad hacían posible gozar. Las clases medias se dirigían a barrios mixtos, en que la vivienda barata se codeaba con los modernos edificios del Ensanche. El particular carácter y aspecto de cada barrio y, sobre todo, su nivel de precios de alquiler, tenían su correlato en el tipo de población que habitaban sus calles. El contraste entre el barrio de Fernando el Santo y el de Vallehermoso no se quedaba en el tipo de viviendas lujosas que formaban el paisaje de uno y las pobres y desoladas calles que formaban el del otro. También su gente era diferente, procedía de otros lugares, había llegado a la ciudad por motivos distintos y se comportaba de una manera u otra según sus anhelos y sus posibilidades.

Muchos de los cambios en las relaciones entre los distintos grupos que componían la sociedad madrileña y que se habían hecho visibles cuando el Ensanche dio inicio, se exacerbaban durante las primeras décadas de la Restauración. Uno de los fenómenos más llamativos en el Madrid de 1905 era que las elites se habían separado del resto de la sociedad; vivían en sus propios barrios, lejanos de los que ocupaban las clases medias y populares. En el Ensanche Norte se podía apreciar con toda claridad en el emergente barrio de Fernando el Santo, situado junto a las lindes del Paseo de la Castellana y compuesto por hoteles, palacetes y edificios de viviendas de alquiler en los que no se escatimaba ningún lujo. La vida de sus habitantes era radicalmente distinta al del común de los madrileños, porque se desarrollaba en un paisaje que nada tenía que ver con el que creaban edificios de vecindad y corralas en otras zonas de la ciudad, tal y como se podía ver en el resto del Ensanche. Tampoco tenían nada que ver sus problemas con el del resto de la sociedad, porque estaban a salvo de las desgracias que marcaban la vida de una gran mayoría de los madrileños. No sufrían esa constante amenaza de la muerte que pesaba sobre los hijos de las clases populares y que se manifestaba en las terribles tasas de mortalidad infantil que convertían a Madrid en una ciudad de la muerte todavía en aquellas épocas. Los datos que nos ofrece el padrón sobre el servicio doméstico y los salarios de los que disponían los vecinos de este

pequeño rincón de oro madrileño que era el barrio de Fernando el Santo, muestran cómo la distancia física y las diferencias en las características arquitectónicas de su barrio se correspondían con condiciones de vida también muy lejanas y preocupaciones muy diferentes entre las elites y el resto de los habitantes de la ciudad.

Los miembros de la elite no fueron los únicos que se aislaron en el plano del nuevo Madrid. Existían otros grupos que se situaban al margen del conjunto, en su caso el aislamiento se producía por efecto de la cruda exclusión que creaban los precios de alquiler y los bajos salarios. Dentro del Ensanche Norte también se podían encontrar elocuentes ejemplos de este aislamiento de una fracción de las clases populares. Era el caso del barrio de Vallehermoso, sobre el que pesaba el estigma de lugar desapacible por culpa de cementerios, cárceles y otras instituciones, y que se convirtió en un barrio en que los jornaleros y los trabajadores manuales eran mayoría y los empleados, incluso los de más bajo rango, eran escasos. En cierta manera este barrio y el de Guzmán el Bueno, que lindaba con él, era el negativo fotográfico del lujoso barrio de Fernando el Santo. Todo lo que había de riqueza y bienestar en la zona de hoteles de la Castellana, lo tenían de pobreza y rigor en las condiciones de vida las calles que rodeaban a los cementerios.

En el Madrid de comienzos de siglo XX se estaba produciendo una progresiva y cada vez más tajante separación entre ricos y pobres, entre las gentes de más alta condición y los de más baja. El proceso era más acusado para los propietarios, los grandes financieros o los profesionales liberales. Ellos vivían solos en su barrio, en su paraíso fabricado junto al Paseo de la Castellana. Había lugares en los que los jornaleros vivían igual de aislados, como Vallehermoso, pero también se les abría un amplio parque de viviendas en barrios en los que sus vidas se podían rozar y entremezclar con gentes de otra condición. En Trafalgar, Cardenal Cisneros y Sandoval, construidos sobre las casas del antiguo arrabal de Chamberí, se mezclaban con los empleados, los pequeños comerciantes y los modestos patrones de taller que formaban las clases medias madrileñas. Aunque vivían en edificios separados, jornaleros y empleados, artesanos y patrones, compartían los mismos barrios y podían verse y reconocerse por las calles. En cambio, la elite, cada vez más encerrada en sí misma, estaba perdiendo el contacto con el resto de la sociedad y especialmente con sus capas más bajas, los jornaleros.

De igual manera a lo que había sucedido durante el Sexenio democrático, estas diferencias entre unos habitantes y otros se vieron recalculadas por distintos comportamientos políticos que se expresaron fehacientemente en la geografía de la ciudad a través del voto. A pesar de que el régimen político de la Restauración tuvo mucho de ficción parlamentaria en la que se intentó amortiguar y adulterar la expresión de la voluntad popular, y de hecho se consiguió en el conjunto del país, Madrid se mostró desde sus inicios como una ciudad indómita al control que la clase política en el poder pretendió establecer sobre la ciudadanía. Ya desde el primer momento en que pudieron expresarse a través de unas elecciones por sufragio universal en 1891, los habitantes de la capital hicieron saber que una gran parte de ellos no estaban con sus gobernantes. La fidelidad a los republicanos en determinados barrios, especialmente en los de más marcado carácter popular, no solo pervivió durante los años de restricción del voto y de las libertades políticas con que se inició el reinado de Alfonso XII, sino que se extendió y empezó a conquistar otras zonas de la ciudad. Dentro del Ensanche Norte, fue en este sentido de especial relevancia observar cómo a los focos tradicionales del republicanismo que ya se habían afirmado a comienzos del Sexenio, se fueron uniendo otros espacios en que los liberales y progresistas habían campado a sus anchas hasta entonces. En Chamberí, en las zonas alrededor del arrabal sobre el que se había

construido el Ensanche y que había apoyado a las gentes de Sagasta durante cierto tiempo, se pudo asistir a la progresiva extensión de un republicanismo que poco a poco, se fue imponiendo en los comicios que se celebraban en el barrio hasta convertirse en la primera fuerza política de la zona.

El republicanismo era, al fin y al cabo, una expresión de desafección frente al poder. Su ideario cuestionaba no sólo la monarquía como sistema de gobierno sino gran parte de las relaciones sociales que ella implicaba. Su crecimiento y auge en Madrid, que tuvo momentos estelares en algunas citas con las urnas como las de 1891 o las de 1901, era una manifestación de la incapacidad de la clase política de la Restauración de incorporar a su proyecto político a una buena parte de los grupos sociales que habían germinado durante la transformación de Madrid. Los republicanos eran los líderes del pueblo, entendido este como la amalgama de esos trabajadores manuales que sufrían un cada vez mayor deterioro de sus condiciones de vida y de esas clases medias en expansión en la sociedad madrileña que surgían con nuevos valores e ideas diferentes a la de esa lejana elite que vivía al margen de la sociedad, en sus barrios acomodados y lujosos. Sin embargo, el cuestionamiento del orden político planteado por los republicanos no resultaba demasiado amenazante en el cambio de siglo y no puso en peligro la Restauración como sistema de poder. Gran parte de ello se debió a los propios republicanos que arrastraban muchos de los vicios de los viejos partidos políticos de notables y que no fueron capaces de articular organizaciones estables y articuladas que mantuvieran una lucha que desgastara las bases sociales y políticas de la monarquía. La división y el fraccionamiento entre los líderes republicanos fue endémica en el Madrid de la Restauración; a los triunfos en las urnas les seguía inexorablemente su descomposición como grupo que les impedía sacar fruto de los logros que habían alcanzado.

Sin duda, a la larga, el fenómeno político más trascendental en la política madrileña fue el surgimiento del PSOE y sus primeros pasos como organización. Aunque los socialistas debieron de vivir una larga infancia desde su conformación como grupo en 1879 hasta que gozaron de una cierta visibilidad pública a comienzos del siglo XX, su despliegue como organización política se sustentó sobre una base lo suficientemente firme como para garantizarles un apoyo social que aunque pequeño, era fiel. Nadie como los socialistas logró articular unas bases sociales tan bien organizadas y disciplinadas como las suyas. Lo hicieron en estos primeros tiempos modulando un discurso que se dirigía a los trabajadores de la capital que más se veían afectados por los efectos de esa corrosión de los oficios que actuaba sobre el mercado de mano de obra desde hacía ya unas década. A ellos les ofrecían la promesa de otra sociedad en sus discursos políticos y, a través de las acciones de sus sociedades de oficio y sindicales y de una UGT en pleno crecimiento, también les suministraban respuestas a los problemas cotidianos que se les presentaban en los talleres, las fábricas y los tajos de la construcción. Quizá a principios de siglo XX el PSOE no significaba mucho en la política madrileña, porque Pablo Iglesias seguía siendo incapaz de ser elegido diputado por Madrid después de diez años intentándolo, pero ya estaba dando muestras de que la suya era una nueva forma de luchar por el poder, que además podía ser eficiente y poderosa. La primera victoria electoral socialista en la capital en 1905, aunque fue en un solo distrito y no alteró en nada la política general de la ciudad, fue el primer aviso. El PSOE había vencido en Chamberí, en una de las zonas del nuevo Madrid que se estaba construyendo. Habían sido capaces de dar voz a las nuevas capas que componían la sociedad madrileña. En aquel momento podía parecer poco, pero era un aviso de los cambios que podían llegar en el futuro.

La entrada de los socialistas en el Ayuntamiento en 1905 fue uno de los muchos y dispersos síntomas de la entrada de Madrid en un nuevo ciclo de cambio y transformación que se desarrollaría a lo largo del primer tercio del siglo XX y en el que se completaría la refundación de su sociedad, en la que todo rasgo preindustrial y de los tiempos del Antiguo Régimen desapareció y se afirmaron definitivamente su carácter como gran metrópolis inserta en la modernidad. Los cambios fueron en todos los órdenes de la vida de la ciudad y se produjeron más rápidamente y con más profundidad que en ningún otro periodo pero, a diferencia de lo que había sucedido en el pasado, no hubo grandes acontecimientos que los anunciaran ni que dieran aviso de su inicio. No hubo revolución como en 1868 ni un cambio político como la vuelta de los borbones en 1875. Todo aparentaba seguir igual y el fin de un mundo llegó sin que los testigos de su defunción pudieran preverlo. Fue algo que sucedió en Madrid, en España y en toda Europa. La Gran Guerra de 1914-1918, que se convertiría en un agente acelerador de la transformación social y que abriría un periodo de crisis y renovación que se extendió en un largo periodo de tiempo, fue en un principio percibida como un mero accidente en la evolución histórica, un paréntesis que interrumpía la normal sucesión de los acontecimientos. Sin embargo, cuando la guerra terminó y la sensación de posguerra se diluyó, la gente al despertar pudo ver que la vida ya no era la misma. Sucedió en Francia que había sido país combatiente y sucedió en España que al calor de las alteraciones en el mercado internacional experimentó el inicio de una edad de plata en que las bases de su economía experimentaron una radical transformación. Madrid fue uno de los espacios en que más claramente se reflejó el cambio. La capital española llegó a 1914 como una ciudad que seguía viviendo esencialmente de sus negocios inmobiliarios y de su importancia burocrática; aunque los servicios y la industria ya habían comenzado a dar señas de vitalidad, lo cierto era que las figuras más representativas de su mercado laboral seguían siendo los jornaleros, los albañiles y, en menor medida, los empleados de la administración pública. En 1930, Madrid emergió en cambio, como una moderna capital cuyo principal motor económico eran un sector terciario profundamente renovado y una producción industrial que había abandonado su secular languidez y debilidad; sin que hubieran desaparecido albañiles, jornaleros y funcionarios, los nuevos protagonistas de la ciudad eran ahora los obreros de una industrialización que había acabado por irrumpir en la economía madrileña y unos cada vez más abundantes empleados y trabajadores de cuello blanco que acabaron por erigirse en la figura más representativa del mercado de mano de obra de la capital.

El mercado laboral del Ensanche Norte en 1930 ofrece una imagen de la economía madrileña en vísperas de la proclamación de la Segunda República muy diferente a la que se puede obtener si únicamente nos fijamos en el tamaño que tenían sus fábricas o sólo tenemos en cuenta las asociaciones obreras que más afiliados reunían o más huelgas convocaban. Si se profundiza en el análisis de los muy diversos y heterogéneos sectores de empleo que ofrecía la capital española se desvanecen muchos de los rasgos que la han perfilado tradicionalmente como una ciudad aún anclada en los tiempos preindustriales, más de artesanos afanándose con viejas herramientas que de obreros manejando modernas máquinas. También se disuelve su caracterización de una ciudad burocrática, viviendo del presupuesto, en el que el volumen de sus trabajadores de oficina y de sus empleados en los servicios se había inflado artificialmente y se convertía en una prueba más de su atraso económico.

Ciertamente, Madrid en 1930 no era una ciudad industrial. O mejor dicho, no era tan industrial como otras que habían cifrado casi exclusivamente su transformación y expansión económicas en la producción fabril. No lo era porque los obreros no aparecían tan masivamente entre su población y, sobre todo, porque no aparecían tan

concentrados. Había ejemplos notables de fábricas, con cientos y con miles de trabajadores, pero no tantas como en Barcelona, en Manchester o en Detroit. Para encontrar una auténtica masa proletaria, había que dirigirse a un sector con tan escaso valor productivo como el de la construcción, que en apariencia parecía ser el negocio más pujante en Madrid. Nadie podía negar que la capital española siguiera siendo una ciudad de albañiles y jornaleros, en que la edificación y las obras públicas acaparaban gran parte de la actividad económica y del empleo. Ahora bien, este no era un rasgo exclusivo de Madrid. Todas las grandes ciudades conocieron una cierta pujanza del negocio inmobiliario en los años de entreguerras, alentada por el incremento de la inmigración hacia las ciudades y por las obras públicas que se debieron poner en marcha para organizar una vida urbana que cada vez se hacía más compleja porque mayores eran las aglomeraciones humanas a las que daban cabida. Pero más importante, es la impresión que deja el análisis del mercado laboral madrileño, donde el empleo en la construcción estaba decreciendo y no tenía ya en la ciudad la fuerza de otros tiempos.

En 1930, los jornaleros aún era una parte importante de la fuerza laboral del Ensanche Norte, pero lo cierto es que su peso se estaba reduciendo. Más definitivo era lo que estaba ocurriendo dentro del grupo de los trabajadores manuales cualificados. Los albañiles, los carpinteros, los ebanistas y pintores, que antiguamente habían sido los protagonistas indiscutibles de este sector, comenzaban a ser eclipsados por una profesión que había emergido con fuerza, hasta situarse como la que más profesionales aglutinaba. Eran los mecánicos, un conjunto de trabajadores heterogéneo, que se empleaban en centros de producción de muy diferentes características y tamaño pero que permiten observar el sector secundario madrileño desde otra perspectiva. Si se analizan los centros de producción al margen de su tamaño y de su número de trabajadores, se puede comprobar que tanto grandes fábricas, como la Perfumería Gal, como talleres más modestos, como la Fundición Tipográfica Richard Gans, tenían en común la innovación tecnológica que se había introducido en su producción. El ritmo de trabajo en ambos lugares lo marcaban las máquinas y por ello ninguno de ellos podía ser considerado más propio de una economía industrial que de una industrial. Tampoco lo podían ser por la forma en que se organizaban las distintas labores que se realizaban en cada negocio y en las que se distinguía una cada vez más acusada división del trabajo. Tanto en Richard Gans como en Gal se creaban fronteras cada vez más claras entre los trabajadores manuales altamente cualificados, como podían ser los responsables de la maquinaria o de las tareas centrales en la cadena de producción y un grupo nutrido de trabajadores descualificados, en una gran proporción mujeres, empleados en tareas al “final de la cadena”, repetitivas y mal pagadas, que los convertía en representantes paradigmáticos del trabajo industrial alienante y proletarizado.

La transformación más importante del mercado laboral madrileño en el primer tercio del siglo XX no había que buscarla, de todas maneras, en el sector secundario sino en la economía de servicios. El síntoma más claro de los cambios que se estaban operando en la economía de Madrid fue el gran aumento que experimentó su número de empleados que, en el Ensanche Norte, en 1930, alcanzaron en importancia a la figura social que hasta entonces había marcado el panorama laboral de la ciudad, los jornaleros. Es cierto que parte del desarrollo de la economía de servicios madrileña se sustentó en sectores que tradicionalmente ya habían tenido un importante peso en la ciudad y que lo mantuvieron en el primer tercio del siglo XX, pero también en estos sectores se produjeron cambios sustanciales que ya no permitían considerarlos de la misma manera que en el pasado. Es el caso del comercio de distribución y abastecimiento que empleaba a prácticamente la misma proporción de trabajadores a comienzos de siglo y en 1930. Esta estabilidad en el volumen de empleo no excluyó que

en aquellos años aconteciera una profunda transformación de este ámbito de negocio en el que se produjeron las primeras manifestaciones de una sociedad en que los bienes se comenzaban a vender y consumir de forma masiva. Las viejas tiendas y bazares familiares, con pocos empleados y mal pagados fueron dejando paso a nuevos establecimientos más modernos, más grandes y con un gran número de empleados que podían llegar a superar la centena en el caso de los Grandes Almacenes. Esta modernización en el negocio también se trasladó a las relaciones laborales sobre las que se sustentaba, y así los antiguos dependientes, que en su situación laboral parecían más criados (si no esclavos) que trabajadores asalariados, fueron dejando de vivir en las trastiendas de sus patrones y conquistaron la libertad y su propiedad del tiempo libre, mientras que veían aumentar su sueldo. Con ello se fueron acercando, en su condición laboral, a las posiciones que disfrutaban los empleados y funcionarios con los que compartían una estabilidad en el empleo que no todas las profesiones disfrutaban y de la que solían carecer los trabajadores manuales. Era un cambio significativo porque, en la conversión como empleados independientes de los trabajadores del comercio, se disolvía uno de los reductos en los que pervivía un tipo de relaciones laborales patriarcales y clientelares más propias de los tiempos preindustriales que de la moderna sociedad industrial y que, en 1930, ya sólo parecía imperar en un único ámbito del mundo del trabajo, el servicio doméstico.

Más allá de la importancia que mantuvo el comercio, el sector en el que repercutió más ostensiblemente el desarrollo de la economía de servicios entre 1900 y 1930 fue el de la empresa privada. Los bancos privados, las compañías de seguros, las empresas de telecomunicaciones y de transportes, las oficinas de las grandes sociedades industriales españolas y de las multinacionales que operaban en el país fueron las grandes responsables de que se multiplicaran los empleos de cuello blanco en Madrid. Fue en las empresas privadas donde germinó un nuevo tipo de trabajador que no podía identificarse completamente ni con los trabajadores manuales ni con los funcionarios públicos del siglo XIX. Eran los trabajadores de cuello blanco. Muchos de ellos venían de las clases populares madrileñas, eran hijos de artesanos, de comerciantes y otras figuras sociales modestas. Habían visto en el empleo en oficinas que crecía abundantemente una oportunidad de ganarse la vida más prometedora que la que habían tenido sus padres. En las oficinas podía haber trabajo estable, ascensos progresivos de sueldo y hasta, quién sabía, quizá la posibilidad de enriquecerse. Era una esperanza que tenía tanto de ilusoria como de real, como bien pudo comprobar el joven Barea en su banco; pues si bien convertirse en trabajador de cuello blanco le había abierto nuevos caminos para mejorar sus condiciones de vida, también le hizo descubrir, a él y a sus compañeros, nuevas formas de explotación laboral que antes les eran desconocidas.

Mientras que el empleo de oficina en la empresa privada creció, el trabajo como funcionario y oficinista público, en cambio, perdió el peso y la importancia que había tenido en la vieja corte burocrática. Esta evolución divergente del empleo público y del empleo privado dentro del sector servicios constituye la clave de la transformación que se produjo en la economía madrileña en el primer tercio del siglo XX. Para bien o para mal, Madrid era la capital de España. En sus dinámicas sociales, económicas y políticas, repercutían las transformaciones y los fenómenos que se producían en el conjunto del país que capitaneaba. En ese sentido, Madrid era un reflejo de los logros y las limitaciones del desarrollo y el progreso del país en su conjunto.

En el plano económico, la capital no podía ser una ciudad que se convirtiera en la “fábrica de España” como se había postulado Barcelona y sus alrededores. No se podía volcar en una actividad exclusiva que sirviera de único motor para su desarrollo económico, como había hecho Bilbao, por ejemplo, al concentrar su actividad en la

producción siderúrgica. Aparte de que se le presentaron durante mucho tiempo algunas dificultades específicas que le impidieron lanzarse a la aventura industrial, como fue la carencia de materias primas o de fuentes de energía baratas, Madrid tenía otras funciones, como las de gobernar, administrar y coordinar. Mientras la economía española se mantuvo en los límites de una producción de pequeña escala, prácticamente orientada a mercados muy restringidos, de ámbito regional o nacional, Madrid tuvo poco espacio para expresar y desarrollar todas sus funciones como capital y su papel se limitaba al de ser una ciudad administradora en lo político y consumidora de la producción nacional. De ahí que hasta 1900 su sector servicios estuviera prácticamente monopolizado por los funcionarios públicos y esos dependientes de comercio más propios de los tiempos preindustriales que de la moderna economía industrial.

Todo cambió en los comienzos del siglo XX y con especial fuerza a partir de 1914, tras el estallido de la Gran Guerra europea, momento en que la economía española inició el despegue que la llevó a una organización de la producción más compleja y amplia de miras, en que la escala de producción ya no se limitaba al mercado español sino que buscaba la competencia en el extranjero. Para hacer la producción industrial española más competitiva y más eficiente, para poder introducir innovaciones tecnológicas que mejoraran la productividad de las fábricas y para crear las instalaciones en las que producir en masa, era necesario que existiera un sistema financiero moderno que facilitara las inversiones de capital. En Madrid se concentraron los bancos y las entidades crediticias que lo hicieron posible. Para garantizar un buen funcionamiento del mercado era imprescindible que existiera un centro donde se concentrara y se coordinara la información, se organizara una fluida red de transportes que permitiera colocar rápidamente las mercancías que se producían en unos lugares en los sitios en los que se necesitaban. En Madrid confluían las redes ferroviarias y de carreteras y en sus calles se instalaron las compañías transportistas; también en Madrid nacían y morían los cables del telégrafo y del teléfono y por eso las empresas de telecomunicaciones habían establecido su residencia en la ciudad.

La ciudad de Madrid estaba llamada a cumplir un papel fundamental en la economía española, cada vez mayor a medida que la organización de la producción y del comercio se hiciera más compleja. Esto se confirmó cuando se produjo el despegue económico español, esa edad de plata que se inició en 1914. Fue entonces cuando germinaron en Madrid aquellos brotes de modernidad económica que tan visibles eran en su gran número de empleados y trabajadores de empresas privadas y en ciertos sectores de la producción industrial. Brotes y transformaciones que surgían en una ciudad que, por ser la que era, estaba condenada a evolucionar por las sacudidas y los impulsos que le confería su condición de centro político y económico del país, condenada, en fin, a cambiar a golpes de capital.

Los años de la Guerra Mundial también ofrecieron el contexto para que se produjera el vuelco definitivo en la política madrileña. Las grandes transformaciones económicas impulsadas por la neutralidad española, que alentaron fabulosos negocios y grandes beneficios, no se transfirieron de inmediato a una mejora de las condiciones de vida de la población. Más bien al contrario, el fenómeno recién descubierto de la inflación y el paro en determinados sectores como la construcción, que cedió su importancia frente a otros ámbitos de la economía como la industria o los servicios, provocaron el deterioro de la situación de las clases populares. Y de las clases medias también. El precio del pan subía, también el del resto de los alimentos y de los artículos de primera necesidad mientras que los sueldos permanecían estancados. Los diferentes gobiernos que sucedieron al frente de la nación y sus terminales en los ayuntamientos se mostraron incapaces de atajar los problemas que acuciaban a los ciudadanos en su vida

cotidiana. Por otro lado, la obsolescencia en sus formas de organización de la que hacían gala los principales partidos políticos cercanos al trono acrecentó la lejanía de la clase política llamada a gobernar el país y la sociedad cuyos intereses debían representar. En Madrid se hizo especialmente palpable a través de las diferentes elecciones que se celebraron en la capital. En 1909 y 1910, cuando la Conjunción entre republicanos y socialistas hizo su aparición, tanto en los comicios municipales como en los generales la monarquía pudo saber que, al menos en Madrid, ya no contaba con el amor de una buena parte de su pueblo. En el duro contexto de la guerra, hubo muchas ocasiones para que aquel mensaje le llegara y se repitieron las victorias de la oposición en la capital donde el propio rey residía; sin embargo, no bastaron para que las cosas cambiaran y la Restauración, por el momento, resistió el embate.

Si estas muestras de vigor que dio la oposición a la monarquía no tuvieron consecuencias de mayor calado fue debido a que, los republicanos, sus teóricos líderes, también se vieron arrastrados por la crisis que atravesaba la vieja clase política española en general y madrileña en particular. El republicanismo no se encontró demasiado cómodo ante los problemas sociales que surgieron en tiempos de la Gran Guerra y que fueron adquiriendo una posición cada vez más destacada en el debate público. Ante los profundos y rápidos cambios que se estaban produciendo en la sociedad, los republicanos no supieron adaptar su discurso político, que siguió anclado en gran medida en temas como el anticlericalismo o la denuncia del caciquismo de los que habían hecho bandera en el pasado, pero que cada vez atraían menos al electorado.

Todo ello, los cambios económicos y sus repercusiones sociales, la crisis de legitimidad de los partidos políticos del turno y la falta de capacidad de adaptación del republicanismo, crearon el marco para que el discurso de los socialistas fuera calando en la sociedad madrileña y el PSOE se fuera erigiendo como el representante de la voz política de las clases populares primero y de una mayoría de los habitantes de la ciudad después. La fluctuante evolución electoral de la Conjunción republicana en los comicios a los que concurrió entre 1909 y 1919, desvela las diferentes trayectorias que siguieron las dos corrientes políticas que componían esta alianza: mientras los socialistas ganaban cada vez más apoyos y fidelidades a su causa, los republicanos volvían a sumirse en uno de esos crónicos declives que les habían lastrado en el pasado, volvieron a fragmentarse en múltiples familias políticas y perdieron el favor popular. El año clave es 1917; la actuación los líderes socialistas en la huelga revolucionaria que estalló en el verano les hizo aparecer como los únicos realmente capaces de mantener un pulso serio con la monarquía para echarla abajo. Cuando en 1920 la alianza con los republicanos se disolvió, en las elecciones municipales se hizo patente que el PSOE había sustituido a los republicanos en todos y cada uno de los feudos electorales sobre los que habían construido su poder desde 1868. En 1923, mientras el sistema parlamentario de la Restauración colapsaba, el socialismo emergía en la última cita con las urnas antes de la llegada del dictador como la principal fuerza política en la capital española, obteniendo cinco diputados de los seis posibles por aquel distrito urbano.

El silencio político impuesto por el general Primo de Rivera frenó en seco un ascenso electoral del PSOE que parecía imparable, pero no por ello repercutió en un retroceso de su apoyo social entre los madrileños. De la misma forma que la Restauración no había quebrado las fidelidades al republicanismo en su día, el apoyo a los socialistas se mantuvo en los tiempos en que el debate público estuvo ausente de la vida política. El socialismo había adquirido una centralidad en Madrid que era muy difícil de erosionar. Primero porque, más allá de limitarse a ser la voz de la clase trabajadora que pretendió ser en su fundación, el PSOE había logrado poner de su lado a unas clases medias de la capital que de forma creciente también experimentaban

muchos de los problemas que los obreros habían denunciado y que los socialistas habían situado en el centro de su discurso y programa políticos. Como las clases populares, los empleados sufrían también las variaciones en el precio del pan y del carbón, los sueldos bajos o las largas jornadas de trabajo. Eran, al fin y al cabo, también trabajadores y el PSOE parecía representarlos. Por otro lado, en un tiempo en que los partidos políticos fueron prohibidos, los socialistas contaron con su poderosa organización sindical para seguir presentes en la vida pública y mantener su reputación como defensores de los intereses de las clases trabajadoras.

En realidad gran parte del camino ya se había recorrido. Los años de la dictadura sirvieron sobre todo para que la monarquía perdiera el prestigio que le quedaba entre los habitantes de Madrid y para que el republicanismo se recompusiera como fuerza de oposición, incorporando a sus filas a parte de los líderes políticos y del electorado que había quedado desengañado definitivamente del sistema político de la Restauración. En abril de 1931 todo conspiraba para que se produjera el cambio. La ciudad de Madrid, que en nada se parecía a la de dos décadas atrás, y mucho menos a la de finales del siglo XIX, acudía a las urnas tras ocho años sin poder expresar su voz. Ya no era una ciudad de jornaleros, albañiles y artesanos, tampoco de nobles y criadas, sino una gran metrópoli de más de un millón de habitantes, cuyos límites eran difíciles de definir y se confundían con los de los municipios de alrededor. Sus calles habían dejado de ser recorridas por los coches de caballos y junto a los tranvías eléctricos cada vez se hacían más presentes los automóviles y las motocicletas. Las luces de neón y los grandes escaparates centelleaban a los viandantes en las grandes avenidas; los grandes edificios recortaban la silueta de la ciudad y ensombrecían los viejos chapiteles herrerianos de las construcciones de los Austrias. En barrios que se extendían más allá de lo que un paseo podía soportar y hasta donde había que trasladarse en tren metropolitano, las viviendas eran ocupadas por trabajadores de oficinas, funcionarios, profesionales liberales, obreros de fábrica, mecánicos de automóvil, también albañiles y jornaleros y demás miembros de una amplia clase trabajadora. Aquel 12 de abril de 1931, aquellos madrileños acudieron a los colegios electorales para decir en su gran mayoría que querían república. Y la república fue. Las gentes salieron a celebrar con jolgorio el triunfo republicano en las calles de la ciudad. Madrid, que había debido durante mucho tiempo su existencia a la presencia de la monarquía, ahora le declaraba su rechazo y le forzaba a marcharse. Los madrileños vivirían sin rey y sin Corte, pero poco les preocupaba porque su ciudad se había convertido en una gran metrópolis a la que no le faltaban recursos para afrontar un futuro lleno de cambios esperanzadores, en una ciudad moderna capital de un país en profunda transformación en el que la modernidad parecía abrirse con fuerza irresistible.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes de la época:

- *Almanaque y guía de Madrid*, Madrid, García Alfaro, 1878.
- *Apuntes de Madrid: guía de sus más notables instituciones y edificios de beneficencia, sanidad, administración, enseñanza, ciencias y artes*, Madrid, Imp. y Litogr. de La Guirnalda, 1883.
- ARENAL, Concepción: “Las casas de socorro de Madrid”, incluido en *Artículos sobre beneficencia y prisiones. Volumen I*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1900 (Obras completas de Concepción Arenal), h. 1870.
- AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Estadística demográfica*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1928.
- AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria, información de la ciudad, 1929*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1929.
- BARDÓN Y GÓMEZ, Lázaro: *Testamento civil del Doctor Lázaro Bardón y Gómez, catedrático de griego de la central dirigido al público de buen sentido*, Madrid, Imprenta y Librería de E. Aguado, 1860.
- BAREA, Arturo: *La forja*, Barcelona, De Bolsillo, 2006 (edición original de 1941).
- BAROJA, Pío: *Desde la última vuelta del camino*. I, Madrid, Tusquets-Caro Raggio, 2006.
- BAROJA, Pío: *La Busca*, Madrid, 1904.
- BERNALDO DE QUIRÓS, Constancio y LLANOS AGUILANEDO, José María: *La mala vida en Madrid: Estudio psicológico con dibujos y fotografías del natural*, Rodríguez Serra, Madrid, 1901.
- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente: *La Horda*, 1905.
- BORREGO, Andrés: *El libro de las elecciones*, Madrid, Imprenta Española, 1874.
- CABALLERO, Fermín: *Noticias topográfico-estadísticas sobre la Administración de Madrid*, El Albir, Barcelona, 1980 (edición facsímil de 1840).
- *Calendario popular y guía del forastero en Madrid*, Madrid, Imp. Manuel Martínez, 1875.
- CERDÁ, Ildefonso: *Cuatro palabras más sobre las dos palabras que D. Pedro Pascual de Uhagón ha dirigido a los propietarios de los terrenos comprendidos en la zona de ensanche de Madrid*, Madrid, Imprenta de D. Benigno Carranza, 1861.
- CHICOTE, César: *El progreso sanitario de Madrid: Conferencia dada en el Museo Municipal el día 25 de Enero de 1930*, Madrid, Imprenta Municipal, 1930.
- CHICOTE, César: *El servicio municipal de la desinfección en Madrid*, Madrid, Imprenta Municipal, 1901.
- CHICOTE, César: *La lucha contra la viruela: sobre la preparación de la vacuna en el Laboratorio Municipal de Madrid*, Madrid, Imprenta Municipal, 1904.
- CHICOTE, César: *La vivienda insalubre en Madrid*, Madrid, Imprenta Municipal, 1914.
- CHICOTE, César: *Las vacunas y sueros del Laboratorio Municipal*, Madrid, Imprenta Municipal, 1914.
- D.E.R.N.: *Guía histórica del Parque de Madrid, antes del Buen Retiro*, Madrid, 1879.
- DIABLO COJUELO (seudónimo): *Guía del placer en Madrid*, Madrid, 1902.
- DÍAZ Y PÉREZ, Nicolás: *Memoria acerca de la Fábrica de Calzado de D. José Soldevilla y Castillo*, Establecimiento tipográfico del Eco del Siglo, Madrid, 1874.
- FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, A.: *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*, La Librería, Madrid, 2002 (facsímil de la edición de 1876).
- FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *El futuro Madrid*, Los Libros de la Frontera, Barcelona, 1975.
- *Fiestas de Mayo: Guía del forastero en Madrid*, Madrid, Antonio Marzo, 1902.
- GASTALDO FONTABELLA, José: *El cólera morbo asiático (Texto impreso): Estudio hecho a la cabecera del enfermo en las epidemias de los años 1854 (en Valencia) y 1865 (en Madrid, y el Real sitio de San Fernando)*, Madrid, José Rojas, 1884.
- GIL, Rafael: *Guía de Madrid con un plano de D. Alvaro Rosell*, Madrid, Imp. de Fortanet, 1881.
- *Guía comercial de Madrid publicada con datos del Anuario del comercio (G. Bailly- Bailliere)*, Madrid, Librería editorial de D. Carlos Bailly-Bailliere, 1886.
- *Guía de Madrid, 1883. Regalo a los suscriptores de El día*, Madrid, Imprenta de El Día, 1883.

- *Guía redactada con ocasión del IX Congreso internacional de higiene y demografía. 10-17 abril 1898: Guía de la villa y corte de Madrid*, Madrid, Ricardo Fe, 1898.
- GUSI y LERROUX, Mariano: *Guía del Parque de Madrid y catálogo ilustrado de su jardín zoológico*, Madrid, Imp. de Ricardo Rojas, 1892.
- HAUSER, Philip: *Madrid bajo un punto de vista médico-social*, Madrid, Editora nacional, 2 vols., 1979 (edición a cargo de Carmen del Moral).
- JORRETO PANIAGUA, Manuel: *Guía municipal alfonsina de Madrid [Texto impreso]: conmemorativa á la Coronación de S.M. el Rey D. Alfonso XIII*, Madrid, Fortanet, 1902.
- -JIMENO AGIUS, José: *Madrid. Su población, natalidad y mortalidad*, Madrid, El Correo, Madrid, 1986.
- JUNTA MUNICIPAL DE BENEFICENCIA: *Memoria de la Junta Municipal de Beneficencia con una reseña de los actos de la de Sanidad de esta Corte acerca de la epidemia de cólera morbo asiática que sufrió esta capital en el año de 1865*, Madrid, Asilos de San Bernardino, 1866.
- LARGO CABALLERO, Francisco: *Mis recuerdos. Cartas a un amigo*, México D.F., Ediciones Unidas, 1976.
- *Las reales fiestas de mayo: guía ilustrada de Madrid: coronación de D. Alfonso XIII*, Madrid, Imprenta de L. Aguado, 1902.
- *Madrid caritativo y benéfico: Noticia de las obras de caridad y beneficencia existentes en Madrid y sus cercanías.- Guía indispensable de pobres y bienhechores*, Madrid, Imp. de G. Juste, 1875.
- MARÍN PÉREZ, Andrés: *Guía de Madrid y su provincia*, Madrid, Tip. del Hospicio, 2 vols., 1888-1889.
- MÉNDEZ, José: *Guía del Plano de Madrid: reducido con la autorización competente del publicado por el Instituto geográfico y estadístico y ampliado con las nuevas constituciones*, Madrid, J. Mendez, 1900.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de: *Nuevo Manual histórico-topográfico-artístico y descripción de Madrid*. Madrid, Carlos Bailly-Bailliere, 1854.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de: *Proyecto de mejoras generales de Madrid*, Madrid, Espinosa y Compañía, 1846.
- MESONERO ROMANOS, Ramón: *Memorias de un Setentón, natural y vecino de Madrid, escritas por El Curioso Parlante*. Madrid, Renacimiento, 1926, pág. 99. Capítulo IV, II.
- MORATO, Juan José: *La cuna de un gigante. Historia de Asociación General del Arte de Imprimir*, Madrid, 1925 (ed. Fácsmil de 1984 del Ministerio de Trabajo).
- MORATO, Juan José: *El partido socialista español*, Madrid, Ayuso, 1976.
- MOYA y BOLIVAR, Federico: "La Romería de San Isidro" en BLASCO, Eugenio: *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros e incautos*, Madrid, 1873.
- *Nueva Guía especial de Madrid comercial, industrial y artística: Sistema Holberk. 1876*.
- NÚÑEZ GRANÉS, Pedro: *Proyecto para la urbanización del extrarradio de dicha villa*, Madrid, Imprenta Municipal, 1910.
- ORS Y ORS, Vicente: *El agua fría o el remedio de Grafenberg y sus aplicaciones en Chamberí. Tratado teórico práctico de Hidroterapia, escrito al alcance de todas las inteligencias*, Madrid, Imprenta de Don Pedro Montero, 1852.
- PARADA, Diego Ignacio: *Higiene del habitante de Madrid. Advertencias, reglas y preceptos para la conservación de la salud, preservación de las enfermedades y prolongación de la vida en esta corte*, Madrid, Imprenta Minuesa, 1876
- PARDO, Gerardo: *Guía de la Coronación hecha expresamente para los forasteros que visiten Madrid en las fiestas que se celebrarán durante el mes de Mayo de 1902 con motivo de la coronación de S.M. el Rey D. Alfonso XIII*, Madrid, 1902.
- PLA, Josep: *El advenimiento de la República*, Madrid, Alianza, 2003.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: *Lo Prohibido*, Madrid, 1884.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: *Fortunata y Jacinta. Dos historias de casadas*, 1887.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: *Tormento*, Madrid, 1884
- PERIER Y GALLEGU, Pascual: *Tesoro de albañiles o guía teórico-práctica-legislativa de albañilería*, Huarte-Grupo Hasa, s.l., 1990 (Edición facsímil de 1853).
- *Primer año de la publicación*, Madrid, Imp. del Indicador Oficial de los Caminos de Hierro, 1876.
- *Recuerdo de Madrid (Guía oficial con motivo de la visita del Presidente de la República francesa, Mr. Loubet, á esa villa y Corte, en Octubre de 1905)*, Madrid, Imp. Alemana, 1905.

- REFORMAS SOCIALES. *Información oral y escrita. 1889-1893*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985.
- *Reglamento formado por la Real y Suprema Junta General de Caridad para gobierno de la hospitalidad domiciliaria en los diez cuarteles y sesenta y dos diputaciones de esta Capital heroyca fundada por el Rey Nuestro Señor Don Fernando VII...*, Madrid, por Ibarra, Impresor de Cámara de S.M., 1816.
- *Reglamento general para el ejercicio de la Beneficencia Municipal de Madrid, reglamento particular de las Juntas de Distrito y de las Casas de Socorro*, Madrid, Oficina Tipográfica de los Asilos de San Bernardino, 1865.
- REVENGA, Ricardo: *La muerte en Madrid*, Madrid, Dirección General de Sanidad, 1901.
- SÁNCHEZ Y RUBIO, Eduardo: *Historia de la Beneficencia Municipal de Madrid y medios de mejorarla*. Madrid, 1869.
- SERRANO, Luis M.: *Festejos en Madrid: única guía del forastero, coronación del Rey D. Alfonso XIII*, Madrid, Antonio Marzo, 1902.
- VALVERDE y ÁLVAREZ, Emilio: *La capital de España (Texto impreso): guía y plano general de Madrid: comercial, industrial y artística*, Madrid, Imprenta y Biblioteca militar, 1883.
- VEGA, Ventura de la: *El crimen de Chamberí: homicidio frustrado, cómico-lírico-bailable en un acto, cinco cuadros y un intermedio*, Madrid, R. Velasco, 1906.
- *Verdadera Guía de Madrid necesaria para todas las clases sociales*, Madrid, Impr. de Manuel Minuesa de los Ríos, 1884.

Fuentes secundarias historiográficas

- ABREU, Laurinda (coord.): *Asistencia y caridad como estrategias de intervención social: Iglesia, Estado y Comunidad (siglos XV-XX)*, Bilbao, UPV, 2007.
- AGULHON, Maurice (dir.): *La ville de l'âge industriel. Le cycle haussmannien. Tome 4 de l'histoire urbaine de la France*, Paris, Seuil, 1998 (ed. original de 1983).
- ALONSO, Luis Enrique y CASTILLO, Santiago: *Proletarios de cuello blanco: la Federación Española de Trabajadores del Crédito y las Finanzas (1930-1936)*, Madrid, UGT, 1994.
- ALONSO, Luis Enrique y CONDE, Fernando: *Historia del consumo en España: una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo*, Madrid, Debate, 1994.
- ALVARADO LÓPEZ, María Cruz y ANDRÉS DEL CAMPO, Susana de: "Gal: un siglo de perfumería, un siglo de publicidad", *Publifilia: Revista de culturas publicitarias*, nº 1 (1998), pp. 23-47.
- ÁLVAREZ, Jesús Timoteo: *Restauración y prensa de masas: los engranajes de un sistema (1875-1883)*, Pamplona, Ediciones de la Universidad de Navarra, 1981.
- ÁLVAREZ, Jesús Timoteo: "Propaganda y medios de información en Madrid, 1900-1920" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, vol. 2, pp. 267-278.
- ÁLVAREZ JUNCO, José: *El emperador del Paralelo: Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza, 1990.
- ÁLVAREZ JUNCO, José: "La Comisión de Reformas Sociales: intentos y realizaciones", en *De la beneficencia al bienestar social: cuatro siglos de acción social. Seminario de Historia de la Acción Social*, Madrid, Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales-Siglo XXI, 1986, pp. 147-154.
- ÁLVAREZ REY, Leandro: "La forja de un republicano: Diego Martínez Barrio (1883-1962)", *Ayer*, nº 39 (2000), pp. 181-206.
- ÁLVAREZ SIERRA, José: *El doctor don César Chicote y el Laboratorio Municipal [Texto impreso]*, Madrid, Celebridades. Colección Popular de Biografías, nº 20, 1965.
- ÁLVAREZ URÍA, Fernando: "Los visitantes de pobre. Caridad, economía y asistencia en la España del siglo XIX", en VV.AA.: *De la Beneficencia al bienestar social. Cuatro Siglos de Acción Social*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pp. 117-146.
- ÁLVAREZ URÍA, Fernando: *Miserables y locos: medicina mental y orden social en la España del siglo XIX*, Barcelona, Tusquets, 1983.
- ÁLVARO MOYA, Adoración: "Redes empresariales, inversión directa extranjera y monopolio: el caso de Telefónica, 1924-1965", *Revista de Historia Industrial*, nº 34 (2007), pp. 65-96.

- ANES, Rafael: “El Banco de España (1874-1914): Un Banco Nacional”, en TORTELLA, Gabriel (dir.): *La banca española en la Restauración*, 2 vols., Madrid, Banco de España, 1974, pp. 109-215.
- ARANGO, Joaquín: “La modernización demográfica de la sociedad española” en NADAL, Jordi, CARRERAS, Albert, y SUDRIÀ, Carles (comp.): *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 1989, pp. 201-236.
- ARBAIZA VILLALONGA, Mercedes: “La “cuestión social” como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)” *Historia Contemporánea*, nº 21 (2000), 395-458.
- ARBAIZA VILLALONGA, Mercedes: “La construcción social del empleo femenino en España (1850-1935)”, *Arenal: Revista de historia de mujeres*, vol. 9, nº 2 (2002), pp. 215-239.
- ARBAIZA VILLALONGA, Mercedes: “Orígenes culturales de la división sexual del trabajo en España (1800-1935)” en GÁLVEZ MUÑOZ, Lina y SARASÚA GARCÍA, Carmen: *¿Privilegios o eficiencia?: mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, Alicante, Universidad de Alicante, pp. 189-216.
- ARESTI ESTEBAN, Nerea: “El ángel del hogar y sus demonios: ciencia, religión y género en la España del siglo XIX”, *Historia contemporánea*, nº 21, 2000, pp. 363-394.
- ARIZA MUÑOZ, Carmen: *Buen Retiro*, Madrid, Fundación Caja Madrid, 2001.
- ARNÁIZ GORROÑO, María José: “Un ejemplo de intervención en la ciudad decimonónica: la Puerta del Sol de Madrid” en BONET CORREA, Antonio (coord.): *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano: segundo simposio*, 1982, Madrid, Universidad Complutense, 1985, vol. 2, pp. 969-992.
- ARRANZ NOTARIO, Luis: “La ruptura del PSOE en la crisis de la Restauración: debate ideológico y político” en JULIÁ DÍAZ, Santos (coord.): *El socialismo en España: desde la fundación del PSOE hasta 1975*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1986, pp. 161-189.
- ARRANZ NOTARIO, Luis: “Los “cien niños” y la formación del PCE” en VV.AA: *Contribuciones a la historia del PCE*, Madrid, FIM, 2004, pp. 95-174.
- ARRIBAS MACHO, José María: “Antecedentes de la sociedad de consumo en España: de la dictadura de Primo de Rivera a la II República”, *Política y sociedad*, nº 16 (1994), pp. 149-168.
- ARROYO ALMARAZ, Antonio: “La casa como núcleo estructurador del espacio urbano en la novela del siglo XIX: Fortunata y Jacinta de B. Pérez Galdós y La Febre d'Or de N. Oller”, *Revista de Lenguas y Literaturas Catalana, Gallega y Vasca de la UNED*, nº 6 (2000).
- ARTOLA GALLEGU, Miguel: *Partidos y programas políticos 1808-1936. Tomo 1, Los partidos políticos*, Madrid, Alianza, 1991.
- AUBANELL JUBANY, Anna M.: “La elite de la clase trabajadora. Las condiciones laborales de los trabajadores de las eléctricas madrileñas en el periodo de entreguerras”, *Scripta Nova, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. VI, nº 119 (17), 2002.
- AUBANELL, Anna María: “La competencia en la distribución de electricidad en Madrid”, *Revista de Historia Industrial*, nº 2 (1992), pp. 143-171.
- AUBERT, Paul y DESVOIS, Jean-Michel: “Libros y comunicación de masas” en SERRANO, Carlos y SALAÜN, Serge: *Los felices años veinte. España, crisis y modernidad*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 55-90.
- AYLLÓN, María del Carmen; LACASTA, Pilar y TARANCÓN, Olga: “Propiedad y mercado inmobiliario en Madrid, 1885 (II. Mercado inmobiliario)”, en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, vol. 1, (1989), pp. 161-173.
- AZORÍN, Francisco y GEA ORTIGAS, María Isabel: *La Castellana, escenario de poder: del Palacio de Linares a la Torre de Picasso*, Madrid, La Librería, 1990.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid, 1856-1866*, Madrid, UCM, 1981.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel y MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: *Historia de España. Siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 1998.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel; MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A. y REY REGUILLO, Fernando: *La Cámara de Comercio e industria de Madrid (1887-1987). Historia de una institución centenaria*, Madrid, Cámara de Comercio, 1989.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1978.
- BAHAMONDE, Ángel y CAYUELA, José: *Hacer las Américas. Las elites coloniales españolas en el siglo XIX*, Madrid, Alianza, 1992.

- BAHAMONDE MAGRO, Ángel; OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar: *Las comunicaciones en la construcción del estado contemporáneo en España: 1700-1936: el correo, el telégrafo y el teléfono*, Madrid, Ministerios de Obras Públicas, Transporte y Medio Ambiente, 1993.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel; OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar: *El Palacio de Comunicaciones: un siglo de historia de Correos y Telégrafos*, Madrid, Correos y Telégrafos, 2000.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel; OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar: *Atlas Histórico de las comunicaciones en España 1700-1998*, Madrid, Correos y Telégrafos, 1998.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel y FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La sociedad madrileña en el siglo XIX” y “La transformación de la economía” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense, 1993, pp. 477-545.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel y FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La transformación de la economía” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense, 1993, pp. 477-511.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel y MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: “La desamortización y el mercado inmueble madrileño (1836-1868)” en BONET CORREA, Antonio (coord.): *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*, Madrid, Universidad Complutense, 1982, vol. II, pp. 939-956.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): “La beneficencia madrileña en los primeros años del siglo XX” en *De la beneficencia al bienestar social: cuatro siglos de acción social. Seminario de Historia de la Acción Social*, Madrid, Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales-Siglo XXI, 1986, pp. 267-280.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “La reproducción patrimonial de la élite burguesa madrileña en La Restauración: el caso de Francisco de las Rivas y Ubieta, marqués de Mudela, 1834-1882” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, vol. 1, 1989, pp. 523-594.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Madrid, de capital imperial a región metropolitana. Cinco siglos de terciarización” en *Economía de las Comunidades Autónomas: Madrid*, Madrid, Papeles de Economía Española, nº 18 (1999), pp. 18-30.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana” en FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo (coord.): *España, autonomías*, Madrid, Espasa, 1989, pp. 517-616.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Ritualización socialista del 1º de Mayo: ¿Fiesta, huelga, manifestación?”, *Historia contemporánea*, nº 3 (1990), pp. 45-58.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “Comunicaciones” en VV. AA.: *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida* dirigida por José Mª JOVER ZAMORA, Tomo XXXIII, Madrid, Espasa Calpe, 1997, pp. 519-542.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “Contribución al estudio del fraude electoral en un distrito urbano: las elecciones de 1869 en Madrid”, *Hispania Revista Española de Historia*, tomo XXXVI (1976), pp. 639-658.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)” en *Estudios de Historia Social*, nº 15, (1980), pp. 143-175.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Actitud del Gobierno ante el 1º de Mayo, desde 1890 hasta la Segunda República”, *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, nº 1 (1988), pp. 89-118.
- BAHAMONDE, Ángel y OTERO, Luis Enrique: “Quietud y Cambio en el Madrid de la Restauración” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, vol. 1, 1989, pp. 21-26.
- BAHAMONDE, Ángel: “Contribución al estudio del fraude electoral en un distrito urbano. Las elecciones de 1869 en Madrid”, *Hispania: Revista española de historia*, vol. 36, nº 134 (1976), pp. 639-662.

- BARRAGÁN MORIANA, Antonio: “La aplicación del Sufragio Universal en Córdoba: las elecciones municipales de mayo de 1891”, *Trocadero: Revista de historia moderna y contemporánea*, nº 5 (1993), pp. 139-148.
- BEASCOECHEA GANGOITI, José María; GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y NOVO LÓPEZ, Pedro A. (eds.): *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2006.
- BONET CORREA, Antonio (coord.): *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*, Madrid, Universidad Complutense, 1982, 2 vols.
- BONET CORREA, Antonio (ed.): *Plan Castro*, Madrid, COAM, 1978.
- BONMANTÍ ANTÓN, José Fermín: *La emigración alicantina a Argelia: (siglo XIX y primer tercio del siglo XX)*, Alicante, Universidad de Alicante, 1989.
- BORDERÍAS MONDÉJAR, Cristina: *Entre líneas: trabajo e identidad femenina en la España contemporánea: la Compañía Telefónica, 1924-1980*, Barcelona, Icaria, 1993.
- BORDERÍAS MONDÉJAR, Cristina: “Discriminación femenina y segregación sexual del trabajo. Una aproximación microsocial: la Compañía Telefónica Nacional de España” en VARA, María Jesús y MAIQUEIRA D’ANGELO, Virginia: *El trabajo de las mujeres, siglos XVI-XX: VI Jornadas de Investigación Interdisciplinaria sobre la Mujer*, Madrid, Universidad Autónoma, 1987, pp. 397-414.
- BORING, Phyllis Zatlin: “The streets of Madrid as a structuring device in *Fortunata y Jacinta*”, *Anales galdosianos*, Año XIII (1978), pp. 14-23.
- BORRAS LLOP, José María: “Antes de nacer sabíamos trabajar: Absentismo escolar y trabajo infantil en el Madrid rural del primer tercio del siglo XX”, *Historia agraria: Revista de agricultura e historia rural*, nº 20 (2000) pp. 169-194.
- BORRAS LLOP, José María: “El trabajo infantil en la industria de Barcelona según el censo obrero de 1905”, *Historia social*, nº 33 (1999), pp. 25-48.
- BORRAS LLOP, José María: “Mercado laboral, escolarización y empleo infantil en una comarca agrícola e industrial (el Vallés Occidental, 1881-1910)”, *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 24 (2002), pp. 233-262.
- BORRAS LLOP, José María: “Zagales, pinches, gamenes...: aproximaciones al trabajo infantil” en BORRAS LLOP, José María (coord.): *Historia de la infancia en la España contemporánea, 1834-1936*, Madrid, Ministerio de Trabajo y asuntos Sociales, 1996, pp. 227-310.
- BRANDIS, Dolores: *El paisaje residencia de Madrid*, Madrid, MOPU, 1983.
- BURGOS, Antonio: “El desastre del tercer depósito. Cien años después”, *Revista de Obras Públicas*, nº 3.458 (2005), pp. 25-48.
- BURKE, Peter (comp.): *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1996.
- BYRNE, Justin: “De la microhistoria a los grandes procesos: el hundimiento del Tercer Depósito del Canal de Isabel II”, presentado al II Congreso de Historia Social: *El trabajo a través de la historia*, Córdoba, 1994.
- CABRERA CALVO-SOTELO, Mercedes (coord.): *Con luz y taquígrafos: el Parlamento en la Restauración (1913-1923)*, Madrid, Taurus, 1998.
- CALVO, Ángel: “Telefónica toma el mando: Monopolio privado, modernización y expansión de la telefonía en España, 1924-1945”, *Revista de Historia Industrial*, nº 32 (2006), pp. 69-98.
- CÁMARA DE COMERCIO E INDUSTRIA DE MADRID: *Establecimientos tradicionales madrileños. Cuaderno V, Argüelles y Chamberí*. Madrid, Cámara de Comercio e Industria de Madrid, 1985.
- CAMPS I CURÁ, Enriqueta: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1995.
- CAMPS CURÁ, Enriqueta: “Trabajo infantil y estrategias familiares durante los primeros estadios de la industrialización catalana (1850-1925): Esbozos a partir del estudio de un caso”, *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 24 (2002), pp. 263-280.
- CAMPS, Enriqueta: “De ocupación sus labores. El trabajo de la mujer en los albores del siglo XX (Sabadell, 1919-1920) en GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, Karmele (eds.): *IV Congreso de la Asociación de demografía histórica – Historia de la población*, Bilbao Universidad del País Vasco, 1999, pp. 549-562.
- CANDELA SOTO, Paloma: *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1888-1927)*, Madrid, Tecnos, 1997.
- CANDELA SOTO, Paloma: “El trabajo doblemente invisible: mujeres en la industria madrileña del primer tercio del siglo XX”, *Historia Social*, nº 45 (2003), pp. 139-159.

- CANDELA SOTO, Paloma: “Trabajo y organización en la industria del tabaco: las cigarreras madrileñas, 1890-1920” *Sociología del trabajo*, nº 20, (1993-1994), pp. 91-116.
- CANOSA ZAMORA, Elia; OLLERO CARRASCO, Jesús; PENEDO COBO, Javier y RODRÍGUEZ CHUMILLAS, Isabel: *Historia de Chamberí*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1988.
- CANOSA ZAMORA, Elia: “La periferia norte de Madrid en el siglo XIX: cementerios y barriadas obreras”, *Anales de Instituto de Estudios Madrileños*, tomo XXIV (1987), pp. 515 – 533.
- CÁNOVAS BELCHÍ, Joaquín T.: “1896-1914. Primeros años del cinematógrafo en Madrid” en DE LA MADRID, Juan Carlos: *Primeros tiempos del cinematógrafo en España*, Oviedo, Ediciones Trea, 1996, pp. 53-64.
- CAPEL MARTÍNEZ, Rosa María: “Mujer y educación en el reinado de Alfonso XIII: un análisis cuantitativo”, *Cuadernos de historia moderna y contemporánea*, nº 2 (1981), pp. 231-250.
- CAPEL MARTÍNEZ, Rosa María: *El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930)*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1982.
- CAPELLA, Miguel: *La industria de Madrid. Ensayo histórico-crítico de la fabricación y artesanía madrileña*, Madrid, 1962.
- CARANTOÑA ÁLVAREZ, Francisco y AGUADO CABEZAS, Elena (eds.): *Ideas reformistas y reformadores en la España del siglo XIX. Los Sierra Pambley y su tiempo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.
- CARASA SOTO, Pedro (dir.): *El poder local en Castilla: estudios sobre su ejercicio durante la Restauración (1874-1923)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004.
- CARASA SOTO, Pedro (dir.): *Elites castellanas de la Restauración*, 2 vols., Valladolid, Conserjería de Educación y Cultura de Castilla y León, 2004.
- CARASA SOTO, Pedro “Metodología del estudio del pauperismo en el contexto de la revolución burguesa española” en CASTILLO, Santiago y ABELLÁN, Joaquín (coord.): *La historia social en España: actualidad y perspectivas: actas del I Congreso de la Asociación de Historia Social*, Zaragoza, 1991, pp. 359-384.
- CARASA SOTO, Pedro: “La historia y los pobres: de las bienaventuranzas a la marginación”, *Historia Social*, nº 13, (1992), pp. 77-99.
- CARASA SOTO, Pedro: “La Restauración monárquica” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel (coord.): *Historia de España. Siglo XX. 1875-1939*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 21-298.
- CARASA SOTO, Pedro: “Lo privado y lo público en el sistema asistencial: el triángulo Iglesia-Ayuntamiento-Estado en la beneficencia española” en ABREU, Laurinda (coord.): *Asistencia y caridad como estrategias de intervención social: Iglesia, Estado y Comunidad (siglos XV-XX)*, Bilbao, UPV, 2007, pp. 141-172.
- CARASA SOTO, Pedro: “Marginación de la vejez en la cultura del liberalismo contemporáneo español”, en GARCÍA GONZÁLEZ, Francisco (coord.): *Vejez, envejecimiento y sociedad en España, siglos XVI-XXI*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2005, pp. 101-134.
- CARASA SOTO, Pedro: “Por una historia social de la ciudad. Urbanización, pauperismo y asistencia” en BONAMUSA, Francesc y SERRALLONGA, Jean (eds.): *La sociedad urbana en la España Contemporánea*, Barcelona, Asociación de Historia Contemporánea, 1994, pp. 23-63.
- CARASA SOTO, Pedro: *Historia de la beneficencia en Castilla y León. Poder y pobreza en la sociedad castellana*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1991.
- CARASA SOTO, Pedro: *Pauperismo y revolución burguesa: (Burgos, 1750-1900)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1987.
- CARASA SOTO: “Beneficencia y “cuestión social”: una contaminación arcaizante”, *Historia contemporánea*, nº 29 (2004), pp. 625-670.
- CARBAJO ISLA, María Fernanda: “La inmigración a Madrid (1600-1850), *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 32 (1985), pp. 67-100.
- CARBAJO ISLA, María Fernanda: *La población de la villa de Madrid. Desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, Madrid, siglo XXI, 1987.
- CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.
- CARBALLO BARRAL, Borja, PALLOL TRIGUEROS, Rubén y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “Entre palacetes y corralas. Procesos de segregación socioespacial en el nuevo

- Madrid” en NICOLÁS, Encarna y GONZÁLEZ, Carmen (eds.): *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. Actas del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008.
- CARBALLO BARRAL, Borja: “El nacimiento de un nuevo Madrid. El Ensanche Este (1860-1878). El distrito de Salamanca”, en *Actas de la VII Jornadas de Castilla La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Toledo, ANABAD-Asociación de Amigos del AHPGU, 2007, Vol. 1, pp. 193-212.
 - CARBALLO BARRAL, Borja: “La beneficencia municipal de Madrid en el cambio de siglo: el funcionamiento de las casas de socorro” en GÓMEZ-FERRER, Guadalupe y SÁNCHEZ, Raquel (eds.): *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
 - CARBALLO BARRAL, Borja: *Los orígenes del Moderno Madrid. El Ensanche Este (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2007, E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es: 6336.
 - CARBALLO BARRAL, Borja; GONZÁLEZ PALACIOS, Daniel; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; SAN ANDRÉS CORRAL, Javier y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “Al calor del moderno Madrid: la capital y su hinterland, hacia la recomposición de la red urbana del interior (1860-1885)”, en NICOLÁS, Encarna y GONZÁLEZ, Carmen (eds.): *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. Actas del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008.
 - CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier: *Historia económica de la España contemporánea*, Barcelona, Crítica, 2006.
 - CARRILLO, Juan L. y OLAGÜE ROS, Guillermo (eds.): *Actas del XXXIII Congreso Internacional de Historia de la Medicina*, Sevilla, Sociedad Española de Historia de la Medicina, 1994.
 - CASTELLS ARTECHE, Luis y RIVERA BLANCO, Antonio: “Una inmensa fábrica, una inmensa fonda, una inmensa sacristía: (el espacio urbano vasco en el paso de los siglos XIX al XX)” en CASTELLS ARTECHE, Luis: *El rumor de lo cotidiano: estudios sobre el País Vasco contemporáneo*, Bilbao, UPV, 1999, pp. 13-54.
 - CASTELLS ARTECHE, Luis y RIVERO BLANCO, Antonio: “Vida cotidiana y nuevos comportamientos sociales (El País Vasco, 1876-1923)”, *Ayer*, nº 19 (1995), pp. 135-164.
 - CASTELLS, Luis y CAJAL, Arturo: “La negociación imposible (Cánovas y el fuerismo vasco en 1876)”, *Hispania*, vol. 65, nº 220, 2005, pp. 601-642.
 - CASTELLS, Luis: “Los trabajadores en el País Vasco (1880-1914)”, *Historia contemporánea*, nº 3, 1990 pp. 59-74
 - CASTELLS, Luis y LUENGO, Félix: “El proceso de modernización de Guipúzcoa (1876-1920)”, *Ekonomiaz: Revista vasca de economía*, nº. 9-10, 1988 pp. 255-276.
 - CASTELLS, Luis (coord.): *El rumor de lo cotidiano: estudios sobre el País Vasco contemporáneo*, Bilbao, UPV, 1999.
 - CASTILLO GONZÁLEZ, Jaime: *Calles y recuerdos de Chamberí*, Madrid, Editorial Chamberí, 1997.
 - CASTILLO GONZÁLEZ, Jaime: *La Iglesia de Chamberí*, Madrid, Edieco, 1999.
 - CASTILLO, Juan José: “¿Ha habido en España organizadores de la producción?: Entre dos congresos de ingeniería, 1919-1950” en CASTILLO, Santiago (coord.): *El trabajo a través de la Historia*, Madrid, UGT-Centro de Estudios Históricos, Asociación de Historia Social, 1996, pp. 233-264.
 - CASTILLO, Santiago (coord.): *El trabajo a través de la Historia*, Madrid, UGT-Centro de Estudios Históricos, Asociación de Historia Social, 1996.
 - CASTILLO, Santiago y ABELLÁN, Joaquín (coords.): *La historia social en España: actualidad y perspectivas: actas del I Congreso de la Asociación de Historia Social*, Zaragoza, 1991.
 - CASTILLO, Santiago y ALONSO, Luis Enrique: *Proletarios de cuello blanco: la Federación Española de Trabajadores del Crédito y las Finanzas (1930-1936)*, Madrid, UGT, 1994.
 - CASTILLO, Santiago y OLIVER, Pedro: *Las figuras del desorden. Heterodoxos, proscritos y marginados. Comunicaciones al V Congreso de Historia Social*, Madrid, Siglo XXI, 2006.
 - CASTILLO, Santiago y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (coords.): *Prensa obrera en Madrid. 1855-1936*, Madrid, Alfoz-Comunidad Autónoma de Madrid-Universidad Complutense de Madrid, 1987.
 - CASTILLO, Santiago: “El socialismo madrileño hace un siglo: Un anhelo de reforma”, *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, nº 666 (2001), pp. 411-430.

- CASTILLO, Santiago: “Los orígenes de la organización obrera en España: de la Federación de Tipógrafos a la Unión General de Trabajadores”, *Estudios de historia social*, nº 26-27 (1983), pp. 19-255.
- CASTILLO, Santiago: “Organización y acción política del PSOE hasta 1900” en JULIÁ, Santos (coord.): *El socialismo en España: desde la fundación del PSOE hasta 1975*, Madrid, Pablo Iglesias, 1986, pp. 9-33.
- CASTILLO, Santiago: *Historia de la UGT. Vol.1 Un sindicalismo consciente, (1873-1914)*, Madrid, Siglo XXI, 2008.
- CASTILLO, Santiago: *Historia del socialismo español. Vol. 1, 1870-1909*, Barcelona, Instituto Monsa, 1997.
- CASTILLO, Santiago: *Trabajadores, ciudadanía y reforma social en España: Juan José Morato (1864-1938)*, Madrid, Siglo XXI-Fundación Largo Caballero, 2005, 2 vols.
- CATALÁN, Jordi: “El siglo europeo de Ford y los límites del fordismo”, *Revista de Historia Industrial*, nº 33 (2007), pp. 167-186.
- CELADA CRESPO, Francisco y RÍOS, Josefa: “Localización espacial de la industria madrileña en 1900” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds): *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, vol. 1, pp. 199-214.
- CHECA GODOY, Antonio: *El ejercicio de la libertad: la prensa española en el Sexenio Revolucionario (1868-1874)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.
- CHEVALIER, Louis: *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIX^e siècle*, Paris, Perrin, 1958 (reeditado en 2002).
- CLARK, Peter (ed.): *The Cambridge Urban History of Britain, vol. 2, 1540-1840*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.
- COMISIÓN DE REFORMAS SOCIALES: *El reformismo social en España: la Comisión de Reformas Sociales: actas de los IV Coloquios de Historia*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1987.
- COUDROY DE LILLE, Laurent: “Los ensanches españoles vistos desde fuera: aspectos ideológicos de su urbanismo” en VV.AA.: *Cerdá y su influjo en los ensanches de poblaciones*, Madrid, Ministerio de Fomento, Centro de Publicaciones, 2004, pp. 239-255.
- CROSSICK, Geoffrey y JAUMAIN, Serge (eds.): *Cathedrals of consumption: the European department store, 1850-1939*, Aldershot, Ashgate, 1999.
- CRUZ, Jesús: *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.
- DAUNTON, Martin (ed.): *The Cambridge Urban History of Britain*, Cambridge, University of Cambridge, 2001, vol. 3, 1840-1850.
- DAVIDOFF, Leonore y HALL, Catherine: *Family fortunes: men and women of the English middle class, 1780-1850*, Chicago, University of Chicago Press, 1987.
- DE LA CALLE VELASCO, María Dolores: *La comisión de reformas sociales 1883-1903: política social y conflicto de intereses en la España de la Restauración*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989.
- DE LA FUENTE MONGE, Gregorio: *Los revolucionarios de 1868. Elites y poder en la España liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2000.
- DE LA FUENTE NÚÑEZ, Rubén: *Evolución histórica de Segovia, 1900-1936*, Madrid, Trabajo Académico de Tercer Ciclo UCM, 2007, e-prints: <http://eprints.ucm.es/7947/1/Segovia.pdf>.
- DE LA MADRID, Juan Carlos: *Primeros tiempos del cinematógrafo en España*, Oviedo, Ediciones Trea, 1996.
- DEL MORAL RUIZ, Carmen: *El Madrid de Baroja*, Madrid, Sílex, 2001.
- DEL MORAL, Carmen: “La mitificación de Madrid en el género chico”, *Revista de Occidente*, nº 128 (1992), pp. 69-82.
- DEL MORAL, Carmen: “Ocio y esparcimiento en Madrid hacia 1900”, *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, nº 666 (2001), pp. 495-518.
- DEL MORAL, Carmen: *El género chico: ocio y teatro en Madrid (1880-1910)*, Madrid, Alianza Editorial, 2004.
- DIEZ DE BALDEÓN GARCÍA, Alicia y LÓPEZ MARSÁ, Flora: *Historia de Tetuán*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1987.
- DÍEZ DE BALDEÓN GARCÍA, Alicia: “El nacimiento de un barrio burgués: Argüelles en el siglo XIX”, *Norba - Arte*, nº 13 (1993), pp. 231-268.

- DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986.
- DÍEZ RODRÍGUEZ, Fernando: *La sociedad desasistida. El sistema benéfico - asistencial en la Valencia del siglo XIX*, Valencia, Diputación de Valencia, 1993.
- DRIEVER, Steven L.: "La geografía histórica de las propuestas para la Gran Vía de Madrid, 1860-1905", *Spagna contemporanea*, nº 29 (2006), pp. 1-24.
- DUARTE, Ángel y Pere GABRIEL, Pere (eds): *El republicanismo español, Ayer* (número monográfico), nº 39 (2000).
- DUBY, Georges y PERROT, Michelle (dirs.): *Historia de las mujeres. El siglo XIX*, t. 4, 1993.
- DYOS, Harold J.: *Victorian suburb: a study of the growth of Camberwell*, Leicester, Leicester University Press, 1961.
- EAHLAM, Chris: *Class, culture and conflict in Barcelona, 1898-1937*, London, Routledge-Cañada Blanch Centre on Contemporary Spain, 2005.
- EGIDO LEÓN, Ángeles (coord.): *Azaña y los otros*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.
- EIRAS ROEL, Antonio: *La emigración española a Ultramar, 1492-1914*, Madrid, Ediciones Tabapress : Asociación de Historia Moderna, 1991.
- ELEB, Monique y DEBARRE, Anne : *L'invention de la habitation moderne. Paris 1880-1914*, Paris, Hazan, Archives d'Architecture Moderne, 1995.
- ELORZA DOMÍNGUEZ, Antonio: "Socialismo y agitación popular en Madrid (1908-1920)", *Estudios de Historia Social*, nº 18-19 (1981), pp. 229-261.
- ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta: *Queridos Camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Madrid, Plantea, 2006.
- ELORZA, Antonio y RALLE, Michel: *La formación del PSOE*, Barcelona, Crítica, 1989.
- EREÑO ALTUNA, José Antonio: *El pensamiento socialista de Unamuno en "La lucha de Clases" (1894-1897)*, Bilbao, Ediciones Beta, 2005.
- ESCUDERO LÓPEZ, José Antonio y ANES, Gonzalo (eds.): *Espanoles de ambas orillas: emigración y concordia social*, Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, 1998.
- ESPADAS BURGOS, Manuel: "El hambre de 1812 en Madrid" en *Hispania*, nº 110, (1968), pp. 594-623.
- ESPADAS BURGOS, Manuel: "Evolución política de Madrid en el siglo XIX" en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense, 1993.
- ESPADAS BURGOS, Manuel: *Madrid, de la revolución a la restauración (1868-1874)*, Ayuntamiento de Madrid e Instituto de Estudios Madrileños del CSIC, Madrid, 1981.
- ESPINOSA DE ROMERO, Jesús y GONZÁLEZ REGLERO, Juan José (coords.): *1851. La creación del Canal de Isabel II*, 2 vols., Madrid, Fundación del Canal Isabel II, 2001.
- ESTAPÉ TRIAY, Salvador: "Del fordismo al toyotismo: una aproximación al caso de Motor Ibérica: Perspectiva histórica 1920-1995", *Economía industrial*, nº 315 (1997), pp. 185-195.
- ESTEBAN DE LA VEGA, M: *De la Beneficencia a la Previsión. La acción social en Salamanca, 1875-1898*, Salamanca Diputación Provincial de Salamanca, 1991.
- ESTEBAN DE VEGA, Mariano: "La asistencia liberal español: beneficencia pública y previsión particular", *Historia social*, nº 13 (1992), pp. 123-138.
- ESTÉVANEZ, Nicolás: *Mis Memorias*, Madrid, Tebas, 1975.
- ESTRUCH, Joan: *Historia del PCE, 1919-1939*, Barcelona, 1978.
- FACIABÉN LACORTE, Patricia: "Los grandes almacenes de Barcelona", *Scripta Nova*, nº 140 (2003).
- FERNÁNDEZ ALVADALEJO, Pablo y ORTEGA LÓPEZ, Margarita (eds.): *Antiguo Régimen y Liberalismo. Homenaje a Miguel Artola. Vol. 3: Política y Cultura*, Madrid, Alianza Editorial-Ediciones de la U.A.M., 1995.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (coord.): *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): la sociedad, la economía y las formas de vida*, dirigida por J. Mª JOVER ZAMORA, Tomo XXXIII, Espasa-Calpe, Madrid, 1997.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense, 1993.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio y BAHAMONDE MAGRO, Ángel: "La sociedad madrileña en el siglo XIX" en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.), *Historia de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños-CSIC, 2007.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "El estreno del sufragio universal en Madrid (1869)", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2003, nº extraordinario, pp. 71-83.

- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, vol. 1, 1989, pp. 29-76.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “Modelo demográfico y problemas sanitarios”, *Arbor*, nº 666 (2001), pp. 323-342.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “Niveles de vida del proletariado madrileño (1883-1903)” en VV.AA: *El reformismo social en España: la Comisión de Reformas Sociales: actas de los IV Coloquios de Historia*, Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros, 1987, pp. 163-180.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “El hambre en Madrid durante la ocupación francesa (1811-1812)” en MAZA ZORRILLA, Elena y MARCOS DEL OLMO, María de la Concepción: *Estudios de historia: homenaje al profesor Jesús María Palomares*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2006, pp. 321-338.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Barcelona, Vicens Vives, 1985.
- FORCADELL ÁVAREZ, Carlos y CARRERAS ARES, Juan José: *Parlamentarismo y bolchevización: el movimiento obrero español, 1914-1918*, Barcelona, Crítica, 1978.
- FORNER, Salvador: “La crisis del liberalismo en Europa y en España: Canalejas en la encrucijada de la Restauración” en SUÁREZ CORTINA, Manuel (ed.): *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*, 1997, Madrid, Alianza, pp. 199-228.
- FORNER, Salvador: *Canalejas y el Partido Liberal Democrático (1900-1910)*, Madrid, Cátedra, 1993.
- FOURCAUT, Annie (ed.): *Un siècle de banlieue à Paris, 1859-1964*, Paris, L’Harmattan, 1988.
- FOURCAUT, Annie: *La Banlieue en morceaux. La crise des lotissements défectueux en France pendant l’entre-deux-guerres*, Grâne, Créaphis, 1996.
- FRÍAS, Carmen y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel: *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001.
- FUENTES QUINTANA, Enrique (coord.): *Economía y economistas españoles, Vol. 5 (Las críticas a la economía clásica)*, Barcelona, Galaxia-Gutemberg, 1999.
- FUENTES, Juan Francisco: *Francisco Largo Caballero. El Lenin español*, Madrid, Síntesis, 2005.
- FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo (coord.): *El reinado de Alfonso XIII*, número monográfico de la revista *Ayer*, nº 28, 1997.
- FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo: “La Edad de las Masas (1870-1914)”, *Historia contemporánea*, nº 4, 1990 pp. 261-272.
- FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo: “El Mediterráneo, 1898-1914” en GÓMEZ-FERRER, Guadalupe y SÁNCHEZ, Raquel (eds.): *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 19-32.
- FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo: “El despertar de la cultura española (1900-1931)” en RUIZ MANJÓN-CABEZA, Octavio y LANGA LAORGA, Alicia (ed. lits.): *Los significados del 98: la sociedad española en la génesis del siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, pp. 769-775.
- FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo: *Un siglo de España. La cultura*, Madrid, Marcial Pons, 1999.
- FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo y NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio (coords.): *Antes del desastre: orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Universidad Complutense, 1996.
- FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo (coord.): *España, autonomías*, Madrid, Espasa Calpe, 1989.
- FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo y PALAFOX, Jordi: *España 1808-1996: el desafío de la modernidad*, Madrid, Espasa, 1997.
- GABRIEL, Pere: “Espacio obrero y articulación popular en Barcelona, 1890-1920” en GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.): *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Madrid, siglo XXI, 1992, pp. 61-96.
- GABRIEL, Pere: “Gobierno y reformismo dinástico. Maura. Canalejas. La oposición republicana, 1902-1913” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel (coord.): *Historia de España. Siglo XX. 1875-1939*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 351-396.
- GABRIEL, Pere: “La Crisis del régimen. Pragmatismos y aplazamientos. Dato y Romanones. Una nueva derecha autoritaria”, en BAHAMONDE MAGRO, Ángel (coord.): *Historia de España. Siglo XX. 1875-1936*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 397-438.
- GABRIEL, Pere: “La denuncia de la Dictadura y la Monarquía” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel (coord.): *Historia de España. Siglo XX. 1875-1936*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 521-537.

- GAILLARD, Jeanne: *Paris, la ville (1852-1870)*, Paris, L'Harmattan, 1997.
- GALIANA MARTÍN, Luis: "La compañía Urbanizadora Metropolitana. Su labor en el Madrid de preguerra", *Ciudad y Territorio*, nº 71 (1987), pp. 43-54.
- GALIANA, Luis y LLOP POMARES, Mercedes: "Propiedad y mercado inmobiliario en Madrid, 1885 (I. Propiedad)", en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds): *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, vol. 1, (1989), pp. 151-159.
- GÁLVEZ MÚÑOZ, Lina y SARASÚA GARCÍA, Carmen: *¿Privilegios o eficiencia?: mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, Alicante, Servicio de publicaciones de la Universidad de Alicante, 2003.
- GARCÍA ABAD, Rocío: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2005.
- GARCÍA ABAD, Rocío: "La decisión de emigrar y el papel de las redes migratorias en las migraciones a corta y media distancia", *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, nº. 5, 94, (2001).
- GARCÍA ABAD, Rocío: "La emigración a la Ría de Bilbao a finales del siglo XIX: aproximación a los factores de expulsión por partidos judiciales" en REHER, David Sven (coord.): *Actas del Congreso Internacional de la Población: V Congreso de la ADEH: (Logroño, 15, 16 y 17 de abril de 1998)*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1999, Vol. 2, pp. 181-208.
- GARCÍA ABAD, Rocío: "Mercado de Trabajo y estrategias familiares en las mujeres durante la primera industrialización vizcaína: el hospedaje" en *Vasconia: Cuadernos de historia - geografía*, nº 28, (1999), pp. 93-115.
- GARCÍA ABAD, Rocío: "Un estado de la cuestión de las teorías de las migraciones", *Historia contemporánea*, nº 26 (2003), pp. 329-351.
- GARCÍA DELGADO, José Luis (coord.): *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Madrid, Siglo XXI, 1992.
- GARCÍA DELGADO, José Luis, SÁNCHEZ JIMÉNEZ, José y TUÑÓN DE LARA, Manuel (eds.): *Los comienzos del siglo XX. La población, la economía, la sociedad (1898-1931)*, Tomo XXXVII de la *Historia de España fundada por Ramón Menéndez Pidal* dirigida por José María Jover Zamora, Madrid, Espasa-Calpe, 1984.
- GARCÍA DELGADO, José Luis: "Factores impulsores de la industrialización de Madrid" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, vol. 1, 1989, pp. 329-335.
- GARCÍA DELGADO, José Luis: "La economía de Madrid en el marco de la industrialización española" en NADAL OLLER, Jordi y CARRERAS i ODRIOZOLA, Albert: *Pautas regionales de la industrialización española: (siglos XIX-XX)*, Barcelona, Ariel, 1990, pp. 219-258.
- GARCÍA DELGADO, José Luis: "Madrid en los decenios interseculares: la economía de una naciente capital moderna" en GARCÍA DELGADO, José Luis (coord.): *Las ciudades en la modernización de España: los decenios interseculares. VIII Coloquio de Historia Contemporánea de España*, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 405-414.
- GARCÍA GONZÁLEZ, Francisco (coord.): *Vejez, envejecimiento y sociedad en España, siglos XVI-XXI*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2005.
- GARCÍA ROVIRA, Anna: "Revolución liberal y fuerzas populares: el degüello de los frailes, Madrid, Julio de 1834" en *Ejército, pueblo y constitución. Homenaje al general R. de Riego*, Madrid, 1988.
- GARCÍA RUIZ, José Luis (ed.): *Sobre ruedas. Una historia crítica de la industria del automóvil en España*, Madrid, Síntesis, 2003.
- GARCÍA RUIZ, José Luis y HERNÁNDEZ ANDREU, Juan (coords.): *Lecturas de historia empresarial*, Madrid, Civitas, 1994.
- GARCÍA RUIZ, José Luis y TORTELLA CASARES, Gabriel: "Trayectorias divergentes, paralelas y convergentes: la historia del Banco Hispano Americano y del Banco Central, 1901-1965" en GARCÍA RUIZ, José Luis y HERNÁNDEZ ANDREU, Juan (coords.): *Lecturas de historia empresarial*, Madrid, Civitas, 1994, pp. 401-427.
- GARCÍA RUIZ, José Luis: "La industria automovilística española anterior a los decretos Ford (1972)" en GARCÍA RUIZ, José Luis (ed.): *Sobre ruedas. Una historia crítica de la industria del automóvil en España*, Madrid, Síntesis, 2003, pp. 13-93.

- GARCÍA RUIZ, José Luis: “Noventa años de gran banca comercial: el Banco Hispano Americano, 1900-1991”, *Revista de la historia de la economía y de la empresa*, nº. 1 (2007), pp. 117-139.
- GOERG, Odile y HUETZ DE LEMPS, Xavier: “Les villes, colonne vertébrale de l’Empire espagnol” en INOL, Jean-Luc (dir.): *Histoire de l’Europe Urbaine. Vol. II, de l’Ancien Régime à nos jours*, Seuil, Paris, 2003, pp. 287-316.
- GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: “La movilidad sin industria. El crecimiento de Madrid y su provincia en la transición demográfica (1868-1939)” en GÓMEZ-FERRER, Guadalupe y SÁNCHEZ, Raquel (eds.): *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: “Guerrilleros, vecinos y asaltantes: imagen y realidad del bandolerismo”, *Historia contemporánea*, nº 33, 2006, pp. 665-686.
- GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: “La violencia y sus dinámicas: crimen y castigo en el siglo XIX español”, *Historia social*, nº 51, 2005, pp. 93-110.
- GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: “El paisaje de la violencia”, *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 26, 2004, pp. 161-180.
- GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *Crimen y castigo: cárceles, justicia y violencia en la España del siglo XIX*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2005.
- GÓMEZ LLORENTE, Luis: *Aproximación a la historia del socialismo español (hasta 1921)*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1971.
- GÓMEZ MENDOZA, Antonio: “Comercio interior” en VV. AA.: *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida*” JOVER ZAMORA, José M^a (dir.), Tomo XXXIII, Madrid, Espasa Calpe, 1997, pp. 391-411.
- GÓMEZ MENDOZA, Antonio: “Comercio interior” en VV. AA.: *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida*” dirigida por José M^a JOVER ZAMORA, Tomo XXXIII, Madrid, Espasa Calpe, 1997, pp. 391-411.
- GÓMEZ REDONDO, Rosa María: “El descenso de la mortalidad infantil en Madrid, 1900-1970”, *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, nº 32 (1985), pp. 101-140.
- GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe: “El trabajo doméstico en los manuales escolares: (Contribución al conocimiento de las mentalidades de las clases medias)” en VARA, María Jesús y MAQUIEIRA D’ANGELO, Virginia (coords.): *El trabajo de las mujeres, siglos XVI-XX: VI Jornadas de Investigación Interdisciplinaria sobre la Mujer*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1996, pp. 177-194.
- GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe: “Hacia una redefinición de la identidad femenina: las primeras décadas del siglo XX”, *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 26, 2004, pp. 9-22.
- GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe: “La educación de las mujeres en la novela de la Restauración”, *Scriptura*, nº 12, (1996) pp. 51-76.
- GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe: “La vida privada” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (coord.): *Los fundamentos de la España Liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida. Historia de España de Menéndez Pidal*. Tomo XXXIII. Espasa, Madrid, 1997, pp. 635-659.
- GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe: “Las limitaciones del liberalismo en España: El ángel del hogar” en BERNAL, Antonio Miguel: *Antiguo Régimen y liberalismo: homenaje a Miguel Artola*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, vol. 3, pp. 515-532.
- GÓMEZ-FERRER, Guadalupe: *Palacio Valdés y el mundo social de la Restauración*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1983.
- GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús: *Ciudadanía y acción: El conservadurismo maurista, 1907-1923*, Madrid, Siglo XXI, 1990.
- GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús: *El universo conservador de Antonio Maura: biografía y proyecto de Estado*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
- GONZÁLEZ PALACIOS, Daniel: “La estructura socioeconómica del casco antiguo de Madrid a finales del siglo XIX, el caso del barrio de Corredera”, en NICOLÁS Encarna y GONZÁLEZ, Carmen (coords.): *Ayer en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. Actas del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008.
- GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (dir): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, Bilbao, Fundación BBVA, 2001, 2 vols.

- GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (dir.): *Bilbao en la formación del País Vasco contemporáneo (economía, población y ciudad)*, Bilbao, Fundación BBV, 1995.
- GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, Karmele (eds.): *IV Congreso de la Asociación de demografía histórica- Historia de la población*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1999.
- GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y ZÁRRAGA, Karmele: *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Bilbao, UPV, 1996.
- GONZÁLEZ YANCI, M^a Pilar: *Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1977.
- GUEREÑA, Jean-Louis y TIANA FERRER, Alejandro: "Lecturas en medios de populares: del discurso a las prácticas", *Historia de la educación: Revista interuniversitaria*, nº 20 (2001) pp. 25-39.
- GUEREÑA, Jean Louis: El espacio de la educación popular en la época contemporánea, *Historia de la educación: Revista interuniversitaria*, nº 20, 2001 pp. 5-10
- GUEREÑA, Jean Louis: "Estado y escuela en España", *Educadores: Revista de renovación pedagógica*, nº 196, 2000, pp. 333-356
- GUEREÑA, Jean Louis: "Escolarización y demanda popular de educación en el último tercio del siglo XIX", *Historia contemporánea*, nº 3, 1990 pp. 199-218
- GUEREÑA, Jean Louis: "Analfabetismo y alfabetización en España (1835-1860)", *Revista de educación*, nº 288, 1989, pp. 185-236
- GUEREÑA, Jean Louis: "La educación popular a principios del siglo XX" en RUIZ BERRIO, Julio (coord.): *La Educación en España a examen (1898-1998): jornadas nacionales en conmemoración del centenario del noventa y ocho*, 1999, vol. 2, 1999, pp. 13-34.
- GUEREÑA, Jean Louis y VIÑAO FRAGO, Antonio: *Estadística escolar, proceso de escolarización y sistema educativo nacional en España (1750-1850)*, Barcelona, EUB, 1996.
- GUEREÑA, Jean Louis y TIANA FERRER, Alejandro: "La educación popular" en GUEREÑA, Jean-Louis; TIANA FERRER, Alejandro y RUIZ BERRIO, Julio: *Historia de la educación en la España contemporánea: diez años de investigación*, 1994, pp. 141-172.
- GUEREÑA, Jean Louis: La red asociativa en el ámbito urbano: el caso de Gijón en 1881, *Saitabi: revista de la Facultat de Geografia i Història*, nº. 56, 2006, pp. 167-190.
- GUEREÑA, Jean Louis: "El burdel como espacio de sociabilidad", *Hispania: Revista española de historia*, vol. 63, nº 214, 2003, pp. 551-570
- GUEREÑA, Jean Louis: Espacios y formas de la sociabilidad en la España contemporánea, *Hispania: Revista española de historia*, vol. 63, nº 214, 2003, pp. 409-413.
- GUEREÑA, Jean Louis: "Cultura y política en los años 10: Ortega y la Escuela Nueva", *Cuadernos hispanoamericanos*, nº 403-405, 1984 pp. 544-568
- GUEREÑA, Jean Louis: "El "espíritu de asociación". Nuevos espacios y formas de sociabilidad en la España decimonónica" en ROURA i AULINAS, Lluís y FUENTES, Juan Francisco: *Sociabilidad y liberalismo en la España del siglo XIX : homenaje al profesor Alberto Gil Novales*, 2001, pp. 225-238.
- GUEREÑA, Jean Louis: "Les fêtes du 2 mai ou la fondation d'une nation », *Bulletin d'histoire contemporaine de l'Espagne*, nº 30-31, 2000 pp. 31-47
- GUEREÑA, Jean Louis: "Hacia una historia socio-cultural de las clases populares en España (1840-1920)", *Historia social*, nº 11, 1991, pp. 147-164
- GUEREÑA, Jean Louis: "Las Casa del Pueblo y la educación obrera a principios del siglo XX", *Hispania: Revista española de historia*, vol. 51, nº 178, 1991, pp. 645-692
- GUEREÑA, Jean Louis: "Literatura y prostitución en el siglo XIX", *Hibris: Revista de bibliofilia*, nº. 27, 2005, pp. 26-40.
- GUEREÑA, Jean Louis: "La sexualidad en la España contemporánea (1800-1950)", *Hispania: Revista española de historia*, vol. 64, nº 218, 2004, pp. 825-834.
- GUEREÑA, Jean Louis: "Elementos para una historia del preservativo en la España contemporánea", *Hispania: Revista española de historia*, vol. 64, nº 218, 2004, pp. 869-896
- GUEREÑA, Jean Louis: "Marginación, prostitución y delincuencia sexual: la represión de la moralidad en la España franquista (1939-1956)" en AGUSTÍ ROCA, Carme; GELONCH SOLÉ, Josep y MIR CURCÓ, Concepción (coords.): *Pobreza, marginación, delincuencia y políticas sociales bajo el franquismo*, 2005, pp. 165-194
- GUEREÑA, Jean Louis: *La prostitución en la España contemporánea*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

- GUEREÑA, Jean Louis: “Una aproximación sociológica a la prostitución”, *Historiar: Revista trimestral de historia*, nº 2, 1999, pp. 12-23
- GUEREÑA, Jean Louis: “Prostitución, Estado y Sociedad en España bajo la monarquía de Isabel II: El caso gaditano”, *Trocadero: Revista de historia moderna y contemporánea*, nº 10-11, 1998-1999, pp. 119-144
- GUEREÑA, Jean Louis: “De historia prostitutionis: La prostitución en la España contemporánea”, *Ayer*, nº 25, 1997, pp. 35-72.
- GUTIÉRREZ GÓMEZ, Diego: *Aquellos tranvías de Madrid*, Madrid, La Librería, 2001.
- HAREVEN, Tamara K.: “Historia de la familia y la complejidad del cambio social” en *Revista de Demografía Histórica*, Vol. 13, nº 1(1995), pp. 99-150.
- HAREVEN, Tamara K.: “Historia de la familia y la complejidad del cambio social”, *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, vol. XIII, nº 1, (1995), p. 99-149.
- HAREVEN, Tamara K.: *Family Time and Industrial Time. The Relationship between the Family and Work in a New England Industrial Community*. Cambridge, Cambridge University Press, 1982.
- HATT-DIENER, Marie-Nöel: *Strasbourg et strasbourgais à la croisée des chemins: mobilités urbaines 1810-1840*, Strasbourg, Presses Universitaires de Strasbourg, 2004.
- HERNÁNDEZ MARCO, José Luis: “La oferta automovilística en España antes del "seat-600": 1906-1957”, *Economía industrial*, nº 307 (1996), pp. 131-148.
- HERNÁNDEZ MARCO, José Luis: “Los precios de los automóviles importados en la España de los años veinte”, *Revista de historia industrial*, nº 22 (2002), pp. 157-173.
- HIGUERUELA DEL PINO, Leandro: “Don Andrés de Arango y su hacienda de Velada”, *Cuaderna: revistas de estudios humanísticos de Talavera y su antigua tierra*, 12-13 (2005), 105.
- HOBSBAWN, Eric J.: *Gente poco corriente*, Crítica, Barcelona, 1999.
- INWOOD, Stephen: *City of cities. The birth of modern London*, London, McMillan, 2005.
- JACKSON, Alan Arthur: *Semi-detached London: suburban development, life and transport, 1900-39*, London, Allen and Unwin, 1973.
- JACQUEMET, Gérard: *Belleville au XIXe Siècle: du faubourg à la ville*, París, EHESS, 1984 (Edition Postume par Adeline Daumard).
- JIMÉNEZ ARAYA, Tomás: “Introducción del marxismo en España. El "Informe" a la Comisión de Reformas Sociales de Jaime Vera” en FUENTES QUINTANA, Enrique (coord.): *Economía y economistas españoles, Vol. 5 (Las críticas a la economía clásica)*, Barcelona, Galaxia-Gutenberg, 1999, pp. 765-798.
- JIMÉNEZ BLASCO, Beatriz Cristina: “La renovación urbana en el distrito de Chamberí”, *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, nº 2 (1982), pp. 193-205.
- JOYCE, Patrick: *The Rule of Freedom. Liberalism and the modern city*. London-New York, Verso, 2003.
- JULIÁ DÍAZ, Santos, RINGROSE, David y SEGURA, Cristina: *Madrid, historia de una capital*. Madrid, Alianza Editorial, 1994.
- JULIÁ DÍAZ, Santos: “En los orígenes del gran Madrid” en GARCÍA DELGADO, José Luis (coord.): *Las ciudades en la modernización de España: los decenios interseculares: VIII Coloquio de Historia Contemporánea de España*, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 415-432.
- JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI, 1984.
- JULIÁ DÍAZ, Santos: *Manuel Azaña, una biografía política. Del ateneo al Palacio Nacional*, Madrid, Alianza, 1990.
- JULIÁ DÍAZ, Santos: *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*, Madrid, Taurus, 2008.
- KALIFA, Dominique: *Crime et culture au XIXe siècle*, Paris, Perrin, 2005, pp. 298-314.
- KOCKA, Jürgen: *Historia social y conciencia histórica*, Madrid, Marcial Pons, 2002.
- KOCKA, Jürgen: *White collar workers in America, 1890-1940: a social-political history in international perspective*, London-Beverly Hills, Sage Publications, 1980.
- KRAUSE, Marianne: “La beneficencia pública en Madrid en el cambio de siglo” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*. Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, pp. 175-188.
- LA PORTE FERNÁNDEZ-ALFARO, Pablo: *El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923)*, Tesis doctoral, Madrid, UCM, 1997.
- LACOMBA, Juan Antonio: *La crisis española de 1917*, Madrid, 1970.

- LASLETT, Peter: *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.
- LASLETT, Peter: *Household and Family in Past Time*, Cambridge University Press, Cambridge, 1972.
- LAVASTRE, Philippe y MAS HERNÁNDEZ, Rafael (coords.): *Propiedad urbana y crecimiento de la ciudad: seminario celebrado 4-5 febrero 2002*, Madrid, UAM-Casa Velásquez, 2005.
- LEPETIT, Bernard y TOPALOV, Christian (dir.): *La ville des sciences sociales*, Paris, Belin, 2001.
- LEVI, Giovanni: “Sobre microhistoria” en BURKE, Peter (comp.): *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1996, pp. 119-143.
- LIDA, C. E. y PIQUERAS, J. A. (comps.): *Impulsos e inercias del cambio económico. Ensayos en honor a Nicolás Sánchez-Albornó*, Valencia, UNED-Historia Social, 2004.
- LÓPEZ BUSTOS, Carlos: *Historia de los tranvías de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1984.
- LÓPEZ BUSTOS, Carlos: *Tranvías de Madrid*, Arganda del Rey, EDIMAT, 1998.
- LÓPEZ GÓMEZ, Antonio: *Los transportes urbanos de Madrid*, Madrid, Instituto Juan Sebastián Elcano, 1983.
- LÓPEZ LUCIO, Ramón: “Núñez Granés y la urbanización del Extrarradio en el primer tercio del siglo XX”, en AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Gestión urbanística europea, 1920-1940*, Madrid, 1986.
- LÓPEZ-CORDÓN, María Victoria: *La Revolución de 1868 y la I República*, Madrid, Siglo XXI, 1976.
- MADRAZO MADRAZO, Santos y FRAN ROSALES, Esperanza: “El transporte por carretera, siglo XVII-XX”, en *Transportes, Servicios y telecomunicaciones*, nº 1, (2001), pp. 31-53.
- MADRAZO MADRAZO, Santos: *El sistema de comunicaciones en España, 1750-1850*, Madrid, Turner, 1984.
- MADRAZO MADRAZO, Santos: *La edad de oro de las diligencias: Madrid y el tráfico de viajeros en España antes del ferrocarril*, Madrid, Nerea, 1991.
- MALUQUER DE MOTES, Jordi: *España en la crisis de 1898: de la Gran Depresión a la modernización económica del siglo XX*, Barcelona, Península, 1999.
- MARCHAND, Bernard: *Paris, histoire d'une ville (XIX^e-XX^e siècle)*, Paris, Éditions du Seuil, 1993.
- MARTÍN RAMOS, José Luis: *Historia de la UGT, Vol. 2. Entre la revolución el reformismo, 1914-1931*, Madrid, Siglo XXI, 2008.
- MARTÍNEZ CUADRADO, Miguel: *Elecciones y partidos políticos en la España Contemporánea*, Madrid, Taurus, 1969, 2 vols.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, Alberto: “Las empresas de tranvías en Madrid, el control extranjero a la municipalización, 1871-1948” en MATILLA QUIZA, María Jesús; POLO MURIEL, Francisco y BENEGAS CAPOTE, Manuel: “*Ferrocarril y Madrid: historia de un progreso*”, Madrid, Ministerio de Fomento, 2002, pp. 149-179.
- MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A. (dir): *Historia de la Edición en España, 1836-1936*, Madrid, Marcial Pons, 2001.
- MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: “Las elecciones municipales en la crisis de la Restauración: Madrid, 1917” en GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.): *La crisis de la Restauración. España entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda República*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pp. 121-148.
- MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: *La desamortización eclesiástica en la villa de Madrid, 1820-1823*, Memoria de Licenciatura, Madrid, UCM, 1981.
- MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1991.
- MARTÍNEZ RUIZ, Enrique: “La sociedad madrileña del siglo XVIII” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Madrid, UCM, 2007, pp. 329-365.
- MARTÍNEZ RUS, Ana: “La política del libro y las ferias del libro de Madrid (1901-1936)”, *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 25, 2003, pp. 217-234.
- MAS HERNÁNDEZ, Rafael: “Almagro”, en *Madrid*, Espasa Calpe, nº 72 (1980), pp. 1.420-1.440.
- MAS HERNÁNDEZ, Rafael: “Crecimiento espacial y mercado del suelo periférico en los inicios de La Restauración” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis

- Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, vol. 1, 1989, pp. 103-136.
- MAS HERNÁNDEZ, Rafael: “La actividad inmobiliaria del marqués de Salamanca en Madrid (1862-1875)”, *Ciudad y Territorio*, nº 3, (julio-septiembre de 1978), pp. 47-70.
 - MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982.
 - MATILLA QUIZA, María Jesús; POLO MURIEL, Francisco y BENEGAS CAPOTE, Manuel: “*Ferrocarril y Madrid: historia de un progreso*”, Madrid, Ministerio de Fomento, 2002.
 - MAZA ZORRILLA, Elena y MARCOS DEL OLMO, María de la Concepción: *Estudios de historia: homenaje al profesor Jesús María Palomares*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2006.
 - MAZA ZORRILLA, Elena: *Pobreza y beneficencia en la España contemporánea*. Barcelona, Ariel, 1999.
 - MAZA ZORRILLA, Elena: *Valladolid: sus pobres y la respuesta institucional (1750-1900)* Valladolid, Universidad Secretariado de Publicaciones, 1985.
 - MENDIOLA GONZALO, Fernando: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización. Pamplona (1840-1930)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2002.
 - MERRIMAN, John M.: *Aux marges de la ville; faubourgs et banlieues en France, 1815-1870*, Paris, Seuil, 1991.
 - MIKELARENA PEÑA, Fernando: “Las estructuras familiares en la España tradicional: geografía y análisis a partir del Censo de 1860” en *Revista de Demografía Histórica*, Vol. 10, nº 3 (1992), pp. 15-62.
 - MIKELARENA PEÑA, Fernando y ERDOZÁIN AZPILICUETA, M. Pilar: “Hospedaje y trabajo femenino en Pamplona a finales del siglo XVIII”, en *Huarte de San Juan. Geografía e historia*, n 5, 1998, pp. 43-62.
 - MONTOYA, María Ángeles y FERNÁNDEZ, Juan Carlos: *La condición obrera hace un siglo: los trabajadores madrileños y la Comisión de Reformas Sociales*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1991.
 - MORAL SANDOVAL, Enrique: *El socialismo español en el contexto internaccional de la primera a la segunda Internacional (1864-1889)*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2001.
 - MORENO GARRIDO, Ana: *Historia del turismo en España en el siglo XX*, Madrid, Síntesis, 2007.
 - MORENO GARRIDO, Ana: *Turismo y nación : la definición de la identidad nacional a través de los símbolos turísticos (España 1908-1929)*. Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2004.
 - MORENO JUSTE, Antonio: “El Socialista y el desastre de Annual: opinión y actitud socialista ante la derrota”, *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 12 (1990), pp. 103-132.
 - MOYA, Aurora: *Metro de Madrid: 1919-1989. Setenta años de historia*, Madrid, Metro de Madrid, 1990.
 - MUÑOZ LÓPEZ, Pilar: *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*, Madrid, Marcial Pons, 2001.
 - MUÑOZ LÓPEZ, Pilar: *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*. Marcial Pons Estudios – Ediciones de la UAM, Madrid, 2001.
 - NADAL OLLER, Jordi y CARRERAS i ODRIOZOLA, Albert: *Pautas regionales de la industrialización española: (siglos XIX-XX)*, Barcelona, Ariel, 1990.
 - NADAL, Jordi (dir.): *Atlas de la Industrialización de España, 1750-2000*, Barcelona, Crítica, 2003.
 - NADAL, Jordi (ed.): *La cara oculta de la industrialización española: la modernización de los sectores no líderes (siglos XIX y XX)*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.
 - NADAL, Jordi y CARRERAS, Albert. (dir. y coord.): *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*, Barcelona, Ariel, 1990.
 - NADAL, Jordi, CARRERAS, Albert, y SUDRIÀ, Carles (comp.): *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 1989.
 - NADAL, Jordi, SUDRIÀ, Carles y BENAUL, Josep M.: *Atlas de la industrialización de España, 1750-2000*, Bilbao, Fundación BBVA-Crítica, 2003.
 - NADAL, Jordi: “La Hispano de Guadalajara (1917-1936), hijuela no deseada de la barcelonesa Hispano-Suiza”, en LIDA, C. E. y PIQUERAS, J. A. (comps.): *Impulsos e inercias del cambio*

- económico. Ensayos en honor a Nicolás Sánchez-Albornoz*, Valencia, UNED-Historia Social, 2004.
- NADAL, Jordi: “La transición del zapato manual al zapato “mecánico” en España” en NADAL (ed.): *La cara oculta de la industrialización española: la modernización de los sectores no líderes (siglos XIX y XX)*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp. 321-339.
 - NADAL, Jordi: *El fracaso de la Revolución Industrial en España*, Barcelona, Nadal, 1975.
 - NADAL, Jordi: *Moler, tejer y fundir. Estudios de Historia Industrial*, Barcelona, Ariel, 1992.
 - NASH, Mary: “Identidad cultural de género, discurso de la domesticidad y la definición del trabajo de las mujeres en la España del siglo XIX” en DUBY, Georges y PERROT, Michelle (dirs.): *Historia de las mujeres. El siglo XIX*, t. 4, 1993.
 - NASH, Mary: “Identidades, representación cultural y discurso de género en la España contemporánea” en VV.AA: *Cultura y culturas en la historia: Cultura y culturas en la Historia*, Salamanca, 1995, pp. 191-204.
 - NAVASCUÉS PALACIO, Pedro; ALONSO PEREIRA, José Ramón y ALONSO, Ángel: *La Gran Vía: noventa años de la historia de Madrid*, Madrid, Consejería de Justicia y Administraciones Públicas, 2001.
 - NAVASCUÉS PALACIOS, Pedro: “Madrid, ciudad y arquitectura (1808-1898)” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Madrid, Universidad Complutense, 2007, pág. 399-437.
 - NAVASCUÉS PALACIOS, Pedro: “Proyectos del siglo XIX para la reforma urbana de la Puerta del Sol”, *Villa de Madrid*, nº 25, (1968), pp. 64-81.
 - NICOLÁS Encarna y GONZÁLEZ, Carmen: *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. Actas del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008.
 - NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “El mundo asociativo de los dependientes de comercio: sociedades de carácter gremial en Madrid, 1887-1931”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 22 (1986), pp. 373-400.
 - NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “Evolución comercial de la Gran Vía. I. De Alcalá a la Red de San Luis” en *Establecimientos tradicionales madrileños. Cuaderno IV. A ambos lados de la Gran Vía*, Madrid, Cámara de Comercio e Industria, 1984.
 - NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “La distribución del comercio en Madrid en la primera década del siglo XX”, *Cuadernos de historia moderna y contemporánea*, nº. 4 (1983), pp. 117-138.
 - NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “La economía de Madrid. desde la crisis colonial al final de la guerra civil” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Historia de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 2007, pp. 661-675.
 - NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “Las dependientas de comercio: Un ejemplo peculiar de trabajo "femenino" en Madrid, en el primer tercio del siglo XIX” en *La mujer en la historia de España (siglos XVI-XX): actas de las II Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*, Madrid, Universidad Autónoma, 1990, pp. 159-176.
 - NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “Las estructuras comerciales en Madrid, 1900-1931: el minifundismo comercial” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, vol. 1, 1989, pp. 429-458.
 - NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “Las relaciones de género: Imágenes y realidad social” en *Arbor*, nº 666 (2001), pp. 431-460.
 - NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “Mercado y organización del trabajo en el comercio 1893-1931”, *Estudios de historia social*, nº 30 (1984), pp. 137-148.
 - NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX.: tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985.
 - NIELFA, CRISTÓBAL, Gloria: “La economía de Madrid: desde la crisis colonial hasta el final de la guerra civil”, en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Madrid, UCM, 2007, pp. 661-675.
 - NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “El Registro del Trabajo” del ayuntamiento de Madrid y el problema social en los umbrales del siglo XIX (1899-1900)” en CASTILLO, Santiago (coord.): *Estudios de Historia de España: homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, Santander, UIMP, vol. 1, 1981, pp. 465-480
 - NIETO SÁNCHEZ, José A.: “Nebulosas industriales” y capital mercantil urbano: Castilla la Nueva y Madrid, 1750-1850”, *Sociología del trabajo*, nº 39, (2000), pp. 85-110.

- NIETO SÁNCHEZ, José Antonio: *Artesanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid, 1450-1850*, Fundamentos, Madrid, 2006.
- NÚÑEZ ORGAZ, Adela: "Las modistillas" de Madrid, tradición y realidad: 1884-1920" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, vol. 2, pp. 435-450.
- NÚÑEZ PÉREZ, Gloria: *Madrid 1931: mujeres entre la permanencia y el cambio*, Madrid, Horas y Horas, 1993.
- NÚÑEZ PÉREZ, Gloria: *Trabajadoras en la segunda república: un estudio sobre la actividad económica extradoméstica (1931-1936)*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989.
- OLIVER OLMO, Pedro: "Marginados: la producción y el castigo de la exclusión" en CASTILLO, Santiago y OLIVER, Pedro: *Las figuras del desorden. Heterodoxos, proscritos y marginados. Comunicaciones al V Congreso de Historia Social*. Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 341-369.
- OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "Las telecomunicaciones en la España contemporánea, 1800-2000", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 29 (2007), pp. 119-152.
- OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (dir.): *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*, Madrid, Editorial Complutense, 2006.
- OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2003.
- OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "Ciencia y cultura en Madrid, siglo XX. Edad de plata, tiempo de silencio y mercado cultural" en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Madrid, UCM, 2007, pp. 693-733.
- OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "El Estado y la red telegráfica en España (1852-1936)" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel; OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar (eds.): *Las comunicaciones entre Europa y América (1500-1993): actas del I Congreso Internacional de Comunicaciones*, Madrid, Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, pp. 133-146.
- OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "El telégrafo en el sistema de comunicaciones español, 1800-1900" en VV.AA.: *Antiguo Régimen y liberalismo: homenaje a Miguel Artola*, Madrid, Alianza, 1994, Vol. 2, pp. 587-598.
- OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939" *España entre repúblicas 1868-1939. Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Guadalajara, ANABAD, Vol. 1, 2007, pp. 27-80.
- OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "Las telecomunicaciones en la España contemporánea, 1800-2000", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 29 (2007) pp. 119-152.
- OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "Ocio y deporte en el nacimiento de la sociedad de masas: la socialización del deporte como práctica y espectáculo en la España del primer tercio del siglo XX", *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 25 (2003), pp. 169-198.
- OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "Tradición y modernidad en la España urbana de la Restauración" en GÓMEZ-FERRER, Guadalupe y SÁNCHEZ, Raquel (eds.): *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 79-118.
- OYÓN, José Luis: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008.
- PALACIO MORENA, Juan Ignacio: *La institucionalización de la reforma social en España, 1883-1924: la Comisión y el Instituto de Reformas Sociales*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1988.
- PALLOL TRIGUEROS, Rubén: "Chamberí, ¿un nuevo Madrid? El primer desarrollo del Ensanche Norte madrileño, 1860-1880.", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 24 (2004), pp. 77-98.
- PALLOL TRIGUEROS, Rubén: "Ciudad e identidad en el siglo XIX - El proceso de urbanización como proceso de fondo en la creación de nuevas identidades: jornaleros e inmigrantes en el Ensanche Norte de Madrid", en *Actas del VII Congreso de Historia Contemporánea: "Memoria e identidades" Santiago de Compostela - Ourense, 21-24 de Septiembre de 2004*, CD-ROM.

- PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “De gentes de arrabal a madrileños de centro: el distrito de Chamberí 1860-1930” comunicación presentada en *VIII Congreso de la ADEH*, sesión 19ª, Mahón, junio de 2007.
- PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “De la caridad entre vecinos a la asistencia social de las masas urbanas: Avance y límites de la modernización del sistema benéfico madrileño, 1850-1910” en *Modernizar España. 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras*, Congreso Internacional, UCM, 2006.
- PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “La ciudad frente a la pobreza: la acción social del municipio madrileño a través de las juntas parroquiales en 1860” en CARANTOÑA ÁLVAREZ, Francisco y AGUADO CABEZAS, Elena (eds.): *Ideas reformistas y reformadores en la España del siglo XIX. Los Sierra Pambley y su tiempo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pp. 509-521.
- PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Marginación, pobreza y delincuencia en el Madrid de la segunda mitad del XIX: una aproximación microhistórica” en CASTILLO, Santiago y OLIVER, Pedro: *Las figuras del desorden: heterodoxos, proscritos y marginados*, Madrid, Siglo XXI, 2006.
- PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Mujeres, familia y trabajo en el Madrid de la segunda mitad del XIX.” Comunicación presentada a XIII Coloquio Internacional de la AEIHM: “La Historia de las mujeres: perspectivas actuales”, 19-21 Octubre 2006, Facultat de Geografia i Història, Universidad de Barcelona.
- PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Socialistas en el Madrid jornalero. La conquista electoral socialista en el Chamberí de 1905”, en RIVERA, Antonio, ORTIZ DE ORTUÑO, José María y UGARTE, Javier (eds.): *Movimientos sociales en la España Contemporánea*, Madrid, UPV – Instituto Universitario de Historia Social “Valentín de Foronda”, 2008.
- PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Un hogar abierto: familias inmigrantes en el crecimiento de Madrid a través de un caso de estudio, Chamberí 1860-1905”, en *Actas del Congreso Internacional Familia y Organización Social en Europa y América, Siglos XV-XX*, (en prensa).
- PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El distrito de Chamberí 1860-1880. El nacimiento de una ciudad*, Madrid, UCM, 2004, E-PrintsUCM: oai:www.ucm.es:6237.
- PENEDO COBO, Javier y RODRÍGUEZ CHUMILLAS, Isabel: *Historia de Chamberí*, Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 1988.
- PENELA RODRÍGUEZ, José Ramón y GARCÍA MORENO, Dimas: “Fundición tipográfica Richard Gans. Historia y Actividad, 1881-1975”, comunicación presentada al *Primer Congreso de Tipografía*. Valencia, 2004.
- PÉREZ BUSTOS, Carlos: *Tranvías de Madrid*, Madrid, Aldaba, 1993.
- PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio y ESPADAS BURGOS, Manuel: *Milicia nacional y revolución burguesa: el prototipo madrileño: 1808-1874*, Madrid, CSIC, 1978.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel: “La Comisión de Reformas Sociales y la cuestión social durante la Restauración”, en *De la beneficencia al bienestar social: cuatro siglos de acción social*, Madrid, 1986, pp. 155-166.
- PÉREZ LEDESMA, Mariano: *El obrero consciente: dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.
- PÉREZ LEDESMA, Mariano: *Pensamiento socialista español a comienzos de siglo*, Madrid, Ed. Del Centro, 1974.
- PÉREZ MOREDA, VICENTE, RAMIRO FARIÑAS, DIEGO y SANZ GIMENO, ALBERTO: “Dying in the city: urban mortality in Spain in the middle of the health transition: 1900-1931”, en SONNINO, E. (ed.), *Living in the city (14th-20th centuries)*, Roma, Casa Editrice Università degli Studi di Roma La Sapienza, 2004, pp. 617-654.
- PÉREZ MOREDA, Vicente: “La población” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (coord.): *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): la sociedad, la economía y las formas de vida*, dirigida por J. Mª JOVER ZAMORA, Tomo XXXIII, Espasa-Calpe, Madrid, 1997.
- PÉREZ MOREDA, Vicente: “La modernización demográfica, 1800-1930: sus limitaciones y cronología” en SÁNCHEZ ALBORNOZ, Nicolás (coord.): *La modernización económica de España 1830-1930*, Madrid, Alianza, 1985, pp. 25-62.
- PÉREZ ROLDÁN, María del Carmen: *Bases sociales del republicanismo madrileño (1868-1874)*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1998.
- PÉREZ ROLDÁN, María del Carmen: *El Partido Republicano Federal: 1868-1874*, Madrid, Endymion, 2001.

- PÉREZ YUSTE, Antonio: “La creación de la Compañía Telefónica Nacional de España en la dictadura de Primo de Rivera”, *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 29 (2007), pp. 95-117.
- PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, Pilar y PAREJA ALONSO, Arantza: “Envejecer solos o en familia: una aproximación al caso de Bilbao, 1825-1935” en *Revista de Demografía Histórica*, vol. 12, nº 2-3, (1994), pp. 317-341.
- PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, Pilar: “Ganadores de pan y amas de casa: los límites del modelo de “Male Breadwinner Family”. Vizcaya, 1900-1965” en GÁLVEZ MÚÑOZ, Lina y SARASÚA GARCÍA, Carmen: *¿Privilegios o eficiencia? : mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, 2003, pp. 217-240.
- PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, Pilar: “*Ganadores de Pan*” y “*Amas de Casa*”. *Otra mirada sobre la industrialización vasca*, Bilbao, UPV-EHU, 2004.
- PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, Pilar: *Vivir y morir en las minas: estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína (1877-1913)*, Bilbao, UPV, 1993.
- PERKIN, Harold: *The rise of professional society. England since 1880*, Routledge, London, 1989.
- PINOL, Jean-Luc (dir.): *Histoire de l'Europe urbaine. Vol. II. De l'Ancien Régime à nos jours. Expansion et limite d'un modèle*, Paris, Éditions du Seuil, 2003, pp. 49-73.
- PINOL, Jean-Luc y WALTER, François: “La gestion des villes” en PINOL, Jean-Luc (dir.): *Histoire de l'Europe Urbaine. Vol. II, de l'Ancien Régime à nos jours*, Seuil, Paris, 2003.
- PINOL, Jean-Luc y WALTER, François: “La ville contemporaine jusqu’à la Seconde Guerre Mondiale” en PINOL, Jean-Luc (dir.): *Histoire de l'Europe urbaine*, Paris, Seuil, 2003, vol. II, pp. 75-113.
- PINOL, Jean-Luc y WALTER, François: “Penser et comprendre: les sciences de la ville” en PINOL, Jean-Luc (dir.): *Histoire de l'Europe Urbaine. Vol. II, de l'Ancien Régime à nos jours*, Seuil, Paris, 2003, pp. 115-142.
- PINOL, Jean-Luc y WALTER, François: “Renouvellement et fragilité des populations urbaines” en PINOL, Jean-Luc (dir.): *Histoire de l'Europe Urbaine. Vol. II, de l'Ancien Régime à nos jours*, Seuil, Paris, 2003, pp. 75-114.
- PINOL, Jean-Luc: *Les Mobilités de la grande ville. Lyon (fin XIX^e –début XX^e siècle)*, Paris, 1991.
- PINOL, Jean-Luc: *Les mondes des villes au XIX^e siècle*, Paris, Hachette, 1991.
- PINTO CRESPO, Virgilio (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Madrid, Fundación Caja de Madrid - Ludwerg Editores, 2001.
- PIÑEIRO BLANCO, Joaquín: “El teatro de ópera como centro de articulación social y cultural en España durante el siglo XIX: Madrid y Barcelona” en NICOLÁS, Encarna y GONZÁLEZ, Carmen (eds.): *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. Actas del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008.
- PIQUERAS, José Antonio: “Un país de caciques: Restauración y caciquismo entre naranjos”, *Historia social*, nº 39 (2001), pp. 3-30.
- PORRAS GALLO, María Isabel: “El Laboratorio Municipal de Madrid y la epidemia de gripe de 1918-1919”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, nº 37 (1997), pp. 585-591.
- PORRAS GALLO, María Isabel: “La diferente mortalidad por distritos durante la epidemia de gripe de 1918-19 en Madrid” en CARRILLO, Juan L. y OLAGÜE ROS, Guillermo (eds.): *Actas del XXXIII Congreso Internacional de Historia de la Medicina*, Sevilla, Sociedad Española de Historia de la Medicina, 1994, pp. 753-782.
- PORRAS GALLO, María Isabel: “La lucha contra las enfermedades “evitables” en España y la pandemia de la gripe de 1918-19”, *Dynamis: Acta hispanica ad medicinæ scientiarumque historiam illustrandam*, nº. 14 (1994), pp. 159-184.
- PORRAS GALLO, María Isabel: “Las repercusiones de la epidemia de gripe de 1818-19 en la mortalidad de la ciudad de Madrid”, *Revista de Demografía Histórica*, vol. 14, nº 1 (1996), pp. 75-116.
- PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro: *El progreso económico de España: (1850-2000)*, Bilbao, Fundación BBVA, 2003.
- QUIRÓS LINARES, Francisco: “La construcción del centro urbano: política y especulación en la reforma de la Puerta del Sol (1853-1862)”, *Ería: Revista cuatrimestral de geografía*, nº 4, (1983), pp. 81-91.
- RABATÉ, Jean-Claude: “Miguel de Unamuno, publicista socialista en la prensa de Salamanca”, *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, nº 32 (1997), pp. 239-298

- RALLE, Michel: “Cultura obrera y política socialista. Los primeros decenios del PSOE” en *Ayer*, nº 54, (2004), pp. 49-70.
- RALLE, Michel: “Las huelgas antes y después del 1º de mayo: los conflictos españoles entre 1886-1894: la irrupción de la fiesta del trabajo”, *Estudios de historia social*, nº. 54-55, 1991 pp. 7-35.
- RALLE, Michel: “Socialistas madrileños (De los orígenes de la agrupación a 1910)”, *Estudios de historia social*, nº. 22-23 (1982), pp. 321-358.
- RALLE, Michel: “Socialistas madrileños” en ELORZA, Antonio y RALLE, Michel: *La formación del PSOE*, Barcelona, Crítica, 1989, pp. 244-298.
- RAPPAPORT, Erika Diane: *Shopping for pleasure. Women in the making of London's West End*. Princeton University Press, Princeton and Oxford, 2000.
- REHER, David S.: “Urbanization and demographic behaviour in Spain, 1860-1930” en VAN DER WOUDE, Ad; DE VRIES, Jan; HAYAMI, Akira: *Urbanization in History. A process of dynamic interactions*. Clarendon Press, Oxford-New York, Clarendon Press, 1990, pp. 165-185.
- REHER, David Sven y BALLESTEROS DONCEL, Esmeralda: “Precios y salarios en Castilla la Nueva: La construcción de un índice de salarios reales, 1501-1991”, *Revista de Historia Económica*, año 11, nº 1, (1993), pp. 101-151.
- REHER, David Sven: “Desarrollo urbano y evolución de la población: España 1787-1930” en *Revista de Historia Económica - Journal of Iberian and Latin American Economic History*, año 4, nº 1, (1986), pp. 39-66.
- REHER, David Sven: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1900*, CIS-Siglo XXI, Madrid, 1988.
- REHER, David Sven: *La familia en España. Pasado y presente*, Alianza Universidad, Madrid, 1996.
- RIBOT GARCÍA, Luis Antonio y DE ROSA, Luigi (coords.): *Trabajo y ocio en la época moderna*, San Sebastián de los Reyes, Actas, 2001.
- RICHARD, Dennis: “Modern London” en CLARK, Peter (ed.): *The Cambridge Urban History of Britain*, Cambridge: Cambridge University Press, 2000, vol. 2, pp. 95-131.
- RINGROSE, David R.: “Madrid et l'Espagne au XVIII siècle: l'économie d'une capitale”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 11, (1975), pp. 593-606.
- RINGROSE, David: “La ciudad como Corte: planificación absolutista y crecimiento espontáneo” en JULIÁ DÍAZ, Santos, RINGROSE, David y SEGURA, Cristina: *Madrid, historia de una capital*, Madrid, Alianza Editorial 1994, pp. 155-177.
- RINGROSE, David: *Madrid y la economía española, 1560-1850: ciudad, corte y país en el antiguo régimen*, Madrid, Alianza, 1985.
- RIVAS LARA, Lucía: “Las celebraciones del 1º de Mayo en el Madrid de la Restauración: 1890-1930” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, vol. 2, pp. 451-466.
- RIVERA BLANCO, Antonio: *La ciudad levítica. Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*, Vitoria, Diputación Foral de Álava, 1992.
- RIVERA, Antonio, ORTIZ DE ORTUÑO, José María y UGARTE, Javier (eds.): *Movimientos sociales en la España Contemporánea*, Madrid, UPV – Instituto Universitario de Historia Social “Valentín de Foronda”, 2008.
- ROBLES EGEA, Antonio: “La Conjunción Republicano-Socialista: una síntesis de liberalismo y socialismo”, *Ayer*, nº 54 (2004), pp. 97-127.
- ROBLES EGEA, Antonio: “La formación de la Conjunción republicano socialista de 1909”, *Revista de estudios políticos*, nº 29 (1982), pp. 145-162.
- ROBLES EGEA, Antonio: “La recepción de Bernstein en España”, *Estudios de Historia Social*, nº 30 (1984), pp. 251-256.
- ROBLES EGEA, Antonio: “Socialismo y democracia: las alianzas de izquierdas en Francia, Alemania y España en la época de la II Internacional”, *Historia contemporánea*, nº 3 (1990), pp. 117-140.
- ROCA ROSELL, Antoni y SÁNCHEZ RON, José Manuel: *Esteban Terradas (1883-1950): ciencia y técnica en la España contemporánea*, Madrid, Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial Barcelona - Ediciones del Serbal, 1990.
- RODGER, Richard y REEDER, David A.: “Industrialisation and the city economy” en DAUNTON, Martin (ed.): *The Cambridge Urban History of Britain*, vol. 3, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, pp. 553-92.

- RODRIGO, Antonina: *Mujeres para la historia: la España silenciada del siglo XX*, Barcelona, Carena, 2002.
- RODRÍGUEZ CHUMILLAS, Isabel: "La propiedad inmobiliaria en Madrid: 1870-1890", en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, vol. 1, 1989, pp. 175-197.
- RODRÍGUEZ CHUMILLAS, Isabel: "Un desarrollo tardío del Ensanche Norte: el sector occidental del distrito de Chamberí" en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, tomo XXIV, 1987, pp. 499-513.
- RODRÍGUEZ CHUMILLAS, Isabel: *Vivir de las rentas. El negocio del inquilinato en el Madrid de la Restauración*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2002.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: "Quien no anuncia no vende." *La publicidad y el nacimiento de la sociedad de consumo en la España del primer tercio del siglo XX*, Madrid, Trabajo Académico de tercer ciclo UCM, 2008.
- ROLDÁN, Santiago; GARCÍA DELGADO, José Luis y MUÑOZ, Juan: *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, Madrid, Confederación Española de Cajas d Ahorro, 1973, 2 vols.
- RUBIO CABALLERO, Daniel: "El socialismo madrileño, 1918-1921: el problema de las internacionales" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, vol. 2, pp. 505-526.
- RUEDA LAFFOND, José Carlos: "Antonio Maura. Las pautas inversionistas de un miembro de la elite política de la Restauración", *Historia Social*, nº 11 (1992), pp. 125-146.
- RUEDA LAFFOND, José Carlos: "El desarrollo de la ciudad y la política urbanística" en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense, 1992, pp. 577-599.
- RUEDA LAFFOND, José Carlos: "Industrialización y empresas informativas en el Madrid del siglo XIX", *Historia y comunicación social*, nº 4 (1999), pp. 341-360.
- RUEDA LAFFOND, José Carlos: "Limitaciones municipales e intereses de reforma: el ejemplo de la gran Vía madrileña (1901-1923)", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, nº 33, (1993), pp. 651-671.
- RUEDA LAFFOND, José Carlos: *Madrid, 1900: proyectos de reforma y debate sobre la ciudad, 1898-1914*, Madrid, Universidad Complutense, 2001.
- RUIZ DE AZÚA, Estíbaliz: "Madrid... atrae cohortes de hombres (Sobre los vascos en la capital en 1850)" en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, (Número extraordinario) (2007), pp. 273-280.
- RUIZ DE AZÚA, Estíbaliz: *Los vascos en Madrid a mediados del siglo XIX*, Madrid, Delegación en Corte - Dpto. de Publicaciones, 1995.
- RUIZ PALOMEQUE, Eulalia: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1976.
- RUIZ PALOMEQUE, María Eulalia: "Argüelles", en *Madrid*, Madrid, Espasa Calpe, nº 86, (1980).
- RUIZ PALOMEQUE, María Eulalia: "Desarrollo urbano de la zona Argüelles Chamberí" en VV.AA.: *Establecimientos tradicionales madrileños. 5. El Ensanche: Argüelles y Chamberí*. Madrid, Cámara de Comercio e Industria, 1985. pp. 29-52.
- RUIZ TORRES, Pedro: "Rafael García Ormaechea, el problema social y la reforma jurídica en la España de principios del siglo XX" en DAVIS, James Charles y BURDIEL, Isabel (eds.): *El otro, el mismo: biografía y autobiografía en Europa: (siglos XVII-XX)*, Valencia, Universitat de València, 2005, pp. 219-282.
- RUIZ, David y BABIANO, José (eds.): *Los trabajadores de la construcción en el Madrid del siglo XX*, Madrid, Akal-Fundación 1º de Mayo, 1993.
- RUIZ-MANJÓN CABEZA, Octavio: *El partido republicano radical, 1908-1936*, Madrid, Tebas, D.L., 1976.
- RUIZ-MANJÓN CABEZA, Octavio: "Sistema de partidos y crisis de la Restauración", *Historia contemporánea*, nº 17 (1998), pp. 189-200.
- SALAÚN, Serge: *El cuplé, (1900-1936)*, Madrid, Espasa Calpe, 1990 y SALAÚN, Serge: "El cuplé (1900-1936). Ensayo de etno-historia cultural", *Estudios de historia social*, nº. 40-41 (1987), pp. 291-446.

- SAAVEDRA, Pegerto, VILLARES, Ramón y ATIENZA, Ángela (eds.): *Señores y campesinos en la Península Ibérica, siglos XVIII-XX*, Santiago de Compostela - Barcelona, Consello da Cultura Galega -Crítica, 1991, 2 vols.
- SAMBRICIO, Carlos: *Madrid, vivienda y urbanismo: 1900-1960*, Madrid, Akal, 2004.
- SAN ANDRÉS CORRAL, Javier: *Guadalajara, 1869-1884. El lento despertar de un prolongado letargo*, Madrid, Trabajo Académico de Tercer Ciclo UCM, 2007.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, Nicolás (comp.): *Espanoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930*, Madrid, Alianza, 1988.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, Nicolás (coord.): *La modernización económica de España 1830-1930*, Madrid, Alianza, 1985.
- SÁNCHEZ ALONSO, Blanca: *Las causas de la emigración española, 1880-1930*, Madrid, Alianza, 1995.
- SÁNCHEZ ARIAS, Emilio, MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar y GONZÁLEZ DÍAZ, Pilar: “Los trabajadores de correos y telégrafos: de las juntas de defensa a los sindicatos de clase, 1918-1931” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, vol. 2, pp. 493-504.
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, José: “La población, el campo y las ciudades” en GARCÍA DELGADO, José Luis, SÁNCHEZ JIMÉNEZ, José y TUÑÓN DE LARA, Manuel (eds.): *Los comienzos del siglo XX. La población, la economía, la sociedad (1898-1931)*, Tomo XXXVII de la *Historia de España fundada por Ramón Menéndez Pidal* dirigida por José María Jover Zamora, Madrid, Espasa-Calpe, 1984.
- SÁNCHEZ NIETO, José A.: *Artisanos y mercaderes. Una historia social económica de Madrid (1450-1850)*, Madrid, Editorial Fundamentos, 2006.
- SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: “De las protestas del pan a las del trabajo: Marginalidad y socialización del fenómeno huelguístico en Madrid (1910-1923)”, *Historia social*, nº 19 (1994), pp. 47-60.
- SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: “La actividad socialista en Madrid y la huelga general de 1917” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, vol. 2, pp. 475-491.
- SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*. Cinca, Madrid, 2005.
- SANZ GARCÍA, José María: *Madrid, ¿Capital del capital español? Contribución a la geografía urbana y a las funciones geoeconómicas de la Villa y Corte*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1975.
- SANZ GIMENO, Alberto y RAMIRO FARÍÑA, Diego: “La caída de la mortalidad en la infancia en la España interior, 1860-1960: Un análisis de las causas de muerte”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 24 (2002), pp. 151-188.
- SANZ MARCOTEGUI, Ángel (ed.): *Memoria histórica e identidad. En torno a Cataluña, Aragón y Navarra*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2004.
- SANZ MARCOTEGUI, Ángel: *Las elecciones municipales de Pamplona en la Restauración, (1891-1923)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1990.
- SARASÚA GARCÍA, Carmen: “Aprendiendo a ser mujeres: las escuelas de niñas en la España del siglo XIX”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 24 (2002), pp. 281-300.
- SARASÚA, Carmen: “El oficio más molesto, más duro: el trabajo de las lavanderas en la España de los siglos XVIII al XX”, *Historia Social*, nº 45 (2005), pp. 53-78.
- SARASÚA, Carmen: “Emigraciones temporales en una economía de minifundio: los montes de Pas, 1758-1888”, *Revista de demografía histórica*, vol. 12, nº 2-3 (1994), pp. 163-181.
- SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Madrid, Siglo XXI, 1994.
- SCHNEER, Jonathan: *London 1900. The Imperial Metropolis*, New Haven & London, Yale University Press, 1999.
- SCHWARTZ, Vanessa: *Spectacular Realities: Early Mass Culture in fin-de-siècle Paris*, Berkeley, University of California Press, 1998.
- SERNA, Justo y PONS, Anacleto: “En su lugar. Una reflexión sobre la historia local y el microanálisis” en FRÍAS, Carmen y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel: *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001, pp. 73-92.

- SERNA, Justo y PONS, Anacleto: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en al Valencia de mediados del XIX*, Valencia, Diputación de Valencia, 1992.
- SERRANO BLANCO, Laura: "Las elecciones municipales de 1891 en Valladolid: Un estudio de poder local" en SÁNCHEZ MANTERO, Rafael (coord.): *En torno al "98": España en el tránsito del siglo XIX y XX: actas del IV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Huelva, Universidad de Huelva, 2000, vol. 1, pp. 389-404.
- SERRANO PRIETO, Marcos: "La huelga de ferroviarios de 1916 en Madrid" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, vol. 2, pp. 467-474.
- SERRANO SANZ, José María: *El viraje proteccionista de la Restauración. La política comercial española, 1875-1895*, Siglo XXI, 1987.
- SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: "Inmigraciones interiores e industrialización: el caso de la ciudad de Zaragoza durante el primer tercio del siglo XX", *Revista de Demografía Histórica*, vol. 21 nº 2 (2003), pp. 59-92.
- SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: "Las emigraciones interiores en España durante los siglos XIX y XX: una revisión bibliográfica", *Ager, Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, nº 2, (2002), pp. 227-248.
- SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: "Las migraciones interiores durante la modernización económica de España, 1860-1930", *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70 (2005), pp. 157-182.
- SIMÓ RUESCAS, José: "La Cooperativa Electra Madrid y los inicios del monopolio compartido en la industria eléctrica madrileña (1905-1912)" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, vol. 1, pp. 419-428.
- SIMÓN ARCE, Rafael: *"El comunismo del hambre. La cuestión social en Alcalá de Henares: limosna, instrucción y orden (1800-1900)"*, Madrid, Tesis Doctoral Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid, 2007.
- SMITH, Angel (ed.): *Red Barcelona: social protest and labour mobilization in the twentieth century*, London-New York, Routledge, 2002.
- SONNINO, E. (ed.), *Living in the city (14th-20th centuries)*, Roma, Casa Editrice Università degli Studi di Roma La Sapienza, 2004.
- SOUBEYROUX, Jacques "Marginalidad y familia popular en la novela y la prensa de finales del siglo XVIII: evolución ideológica de un sistema de representación literaria" en SOUBEYROUX, Jacques y FERNÁNDEZ, Roberto: *Historia social y literatura: familia y clases populares en España (siglos XVIII-XIX) .Primer Coloquio Internacional Acción Integrada Francoespañola*, Université Jean Monnet, 2001, pp. 141-156.
- SOUBEYROUX, Jacques: "El discurso de la Ilustración sobre la pobreza: Análisis de una formación discursiva", *Nueva revista de filología hispánica*, tomo 33, nº 1, (1984), pp. 115-132.
- SOUBEYROUX, Jacques: "El encuentro del pobre y la sociedad: asistencia y represión en el Madrid del siglo XVIII", *Estudios de historia social*, nº 20-21 (1982), pp. 7-22.
- SOUBEYROUX, Jacques: "Pauperismo y relaciones sociales en el Madrid del siglo XVIII (I)", *Estudios de historia social*, nº 12-13, (1980).
- SOUBEYROUX, Jacques: "Pauvreté et alphabétisation: les malades de l'Hôpital Général de Madrid sous le règne de Charles III (1759-1788)", *Bulletin hispanique*, nº 1, (2002), (Ejemplar en homenaje François Lopez), pp. 425-442.
- SOUTO KOUSTRIN, Sandra: *Y Madrid ¿qué hace Madrid?: movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 2004.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel (ed.): *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*, Madrid, Alianza, 1997.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel: "El Partido Reformista y la política española del primer tercio del siglo XX" en ROBLEDO HERNÁNDEZ, Ricardo (coord.): *Sueños de concordia: Filiberto Villalobos y su tiempo histórico, 1900-1955*, Salamanca, Caja Duero, 2005, pp. 157-179.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel: "El republicanismo español tras la crisis de fin de siglo (1898-1914)", *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 20 (1998), pp. 165-189.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel: "La quiebra del republicanismo histórico, 1898-1931", en TOWNSON, Nigel (ed.): *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 139-164.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel: "Radicalismo y reformismo en la democracia española de la Restauración", *Berceo*, nº 139 (2000), pp. 49-66.

- SUÁREZ CORTINA, Manuel: *El Reformismo en España*, Madrid, Siglo XXI, 1986.
- SUÑER ORDOÑES, Enrique: *Los intelectuales y la tragedia española*, Burgos, Edit. Española, 1937.
- TEDDE DE LORCA, Pedro: “La banca privada española durante la Restauración” en TORTELLA CASARES, Gabriel (dir.): *La Banca española en la Restauración*, Madrid, Servicio de Estudios del Banco de España, 1974, 2 vols.
- TEDDE DE LORCA, Pedro: “La banca” en VV. AA.: *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida*” dirigida por José M^a JOVER ZAMORA, Tomo XXXIII, Madrid, Espasa Calpe, 1997, pp.353-390.
- TEDDE DE LORCA, Pedro: “Los primeros cincuenta años del Banco de España (1782-1931)” en MARTÍN ACEÑA, Pablo y TITOS FERNÁNDEZ, Manuel (coord.): *El sistema financiero en España: una síntesis histórica*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 1999, pp. 53-82.
- THOMPSON, F. M. L.: *Hampstead, building a borough, 1650-1964*, London, Routledge and Paul Kegan, 1974.
- THOMPSON, F.M.L.(ed.): *The Rise of suburbia*, Leicester, Leicester University Press, 1982.
- TIANA FERRER, Alejandro: “Alfabetización y escolarización en la sociedad madrileña de comienzos del siglo XX: 1900-1920” en BAHAMONDE MADGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Comunidad de Madrid – Alfoz, 1989, vol. 2, pp. 199-216.
- TOMAS VILLARROYA, Joaquín: “El proceso constitucional”, en *La Era Isabelina y el Sexenio*, Tomo XXXIV, 1 fundada por Ramón Menéndez Pidal, Espasa, Madrid, pp. 197-370.
- TOPALOV, Christian (dir.): *Les divisions de la ville*, Paris, UNESCO-Éditions de la Maisno de l’homme, 2002, pp. 375-442.
- TORO MÉRIDA, Julián: “El modelo demográfico madrileño”, *Historia 16*, n^o 59, pp. 44-51.
- TORRENTE FORTUÑO, José A.: *Salamanca, bolsista romántico*, Madrid, Taurus, 1969.
- TORTELLA CASARES, Gabriel (dir.): *La Banca española en la Restauración*, Madrid, Servicio de Estudios del Banco de España, 1974, 2 vols.
- TORTELLA CASARES, Gabriel y GARCÍA RUIZ, José Luis: “Trayectorias divergentes, paralelas y convergentes: La Historia del Banco Hispano americano y del Banco Central, 1901-1965” en HERNÁNDEZ ANDREU, Juan y GARCÍA RUIZ, José Luis (comp.): *Lecturas de Historia empresarial*, Madrid, Editorial Civitas, 1994, pp. 401-427.
- TORTELLA CASARES, Gabriel y JIMÉNEZ, Juan Carlos: *Historia del Banco de Crédito Industrial*, Madrid, Alianza Editorial - Banco de Crédito Industrial, 1986.
- TORTELLA CASARES, Gabriel: “El monopolio de petróleos y CAMPSA, 1927-1947” en HERNÁNDEZ ANDREU, Juan y GARCÍA RUIZ, José Luis (comp.): *Lecturas de Historia empresarial*, Madrid, Editorial Civitas, 1994, pp. 265-302.
- TORTELLA CASARES, Gabriel: *El desarrollo de la España contemporánea: historia económica de los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.
- TORTELLA, Gabriel (dir.): *La banca española en la Restauración*, 2 vols., Madrid, Banco de España, 1974.
- TORTELLA, Gabriel: “El Banco de España entre 1829 y 1929. La formación de un Banco Central”, en VV.AA.: *El Banco de España. Una historia económica*, Barcelona, Ariel-Banco de España, 1970.
- TORTELLA, Gabriel: “Madrid, capital del capital durante La Restauración” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, vol. 1, pp. 337-349.
- TORTELLA, Gabriel: *Los orígenes del capitalismo en España. Banca, industria y ferrocarriles en el siglo XIX*, Madrid, Tecnos, 1972. NADAL, Jordi: *Moler, tejer y fundir: estudios de historia industrial*, Barcelona, Ariel, 1992.
- TRINDER, Barrie: “Industrialising towns, 1700-1840” en CLARK, Peter (ed.): *The Cambridge Urban History of Britain*, vol. 2, 1540-1840, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, pp. 805-830.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel: “Maura, el maurismo y sus élites”, *Mayurqa: revista del Departament de Ciències Històriques i Teoria de les Arts*, n^o 16 (1976), pp. 71-85.
- TUSELL GÓMEZ, Javier: “El sufragio universal en España (1891-1936): un balance historiográfico”, *Ayer*, n^o 3, (1991) pp. 13-62.

- TUSELL GÓMEZ, Javier: "Sociología electoral de Madrid, 1903-1931", Madrid, *Cuadernos para el diálogo*, (1969), pp. 127-143.
- UGARTE TELLERÍA, Javier: "Pamplona, toda ella un castillo, y más que ciudad, ciudadela. Construcción de la imagen de una ciudad, 1876-1941" en SANZ MARCOTEGUI, Ángel (ed.): *Memoria histórica e identidad. En torno a Cataluña, Aragón y Navarra*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2004, pp. 165-260.
- UGARTE TELLERÍA, Javier: *La nueva Covadonga insurgente: orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.
- URÍA, Jorge: *Sociedad, ocio y cultura en Asturias (1898-1914)*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1991 y "El camino hacia el ocio de masas: Las industrias culturales en España antes de 1914" en RIBOT GARCÍA, Luis Antonio y DE ROSA, Luigi (coord.): *Trabajo y ocio en la época moderna*, San Sebastián de los Reyes, Actas, 2001, pp. 139-180.
- URÍA, Jorge: *Una historia social del ocio. Asturias, 1898-1914*, Madrid, UGT-Centro de Estudios Históricos, 1996.
- URQUIJO GOITIA, José Ramón: "Análisis prosopográfico de los parlamentarios valencianos (1834-1854)", *Revista de estudios políticos*, nº 93, (1996), pp. 97-121.
- URQUIJO GOITIA, José Ramón: *La revolución de 1854 en Madrid*, Madrid, Instituto de Historia "Jerónimo Zurita", 1984.
- URQUIJO, José Ramón: "Condiciones de vida y cólera: la epidemia de 1854-56 en Madrid", en *Estudios de Historia Social*, nº 15 (1980), pp. 63-142.
- URRUTIA LEÓN, Manuel María: "Miguel de Unamuno en "El socialista" (y nueve textos desconocidos)", *Sistema: Revista de ciencias sociales*, nº 186 (2005), pp. 101-122
- VALLEJO FERNÁNDEZ, Sergio: "Las cigarreras de la Fábrica Nacional de Tabacos de Madrid" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, vol. 2, pp. 136-161.
- VAN DER WOUDE, Ad; DE VRIES, Jan; HAYAMI, Akira: *Urbanization in History. A process of dynamic interactions*. Clarendon Press, Oxford, Oxford University Press, 1990.
- VARA, María Jesús y MAQUIEIRA D'ANGELO, Virginia (coords.): *El trabajo de las mujeres, siglos XVI-XX: VI Jornadas de Investigación Interdisciplinaria sobre la Mujer*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1996.
- VARELA ORTEGA, José (dir.): *El poder de la influencia: geografía del caciquismo en España (1875-1923)*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001.
- VARELA ORTEGA, José: *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1890)*, Madrid, Marcial Pons, 2001.
- VELERT, Sara; MENCHERO, Carmen y RUEDA LAFFOND: El centro urbano madrileño: indicadores de terciarización en el primer tercio del siglo XX" en VV.AA: *Fuentes y métodos de la historia local*, Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos "Florian de Ocampo", 1991, pp. 513-528.
- VICENTE ALBARRÁN, Fernando: "El nacimiento de un nuevo Madrid. El Ensanche Sur: Arganzuela en 1860", *Actas de la VII Jornadas de Castilla La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Toledo, ANABAD-Asociación de Amigos del AHPGU, 2007, vol. 1, pp. 287-310.
- VICENTE ALBARRÁN, Fernando: "Pauperismo, pobres y asistencia domiciliaria en el Ensanche Sur de Madrid (1878-1910)", en GÓMEZ-FERRER, Guadalupe y SÁNCHEZ, Raquel (eds.): *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *Los albores del nuevo Madrid: el distrito de Arganzuela (1860-1878)*, Madrid, UCM, 2006, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es: 6238, 2006.
- VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia: "Enfermar en Madrid: la asistencia, 1800-1830", *Historia 16*, nº 172, (1990), pp. 31-36.
- VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia: "Los médicos en el Madrid del s. XIX", *Historia 16*, nº 176, (1990), pp. 33-38.
- VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia: *Bordes y bastardos: una historia de la Inclusa de Madrid*, Madrid, Compañía Literaria, 1995.
- VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia: *Enfermedad y pobreza en el Madrid del siglo XVIII*, Madrid, UNED, 2006.
- VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia: *La Real Fábrica de Tapices en los documentos de su Archivo*, Madrid, Real Fábrica de Tapices, 2000.

- VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia: *La Real Fábrica de Tapices. Pasado y presente*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2007.
- VIDAL GALACHE, Florentina: “¿Qué hacemos con los pobres? El origen del Asilo de San Bernardino (1834)”, *Espacio, tiempo y forma, Serie V, Historia contemporánea*, nº 5, (1992), pp. 305-316.
- VIDAL GALACHE, Florentina: “El impacto de la Ley General de Beneficencia de 1822 en Madrid”, *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, nº 1 (1988), pp. 41-56.
- VIDAL GALACHE, Florentina: “La beneficencia en Madrid a principios del siglo XIX. El plan de beneficencia de Fernando VII”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, nº 24 (1987), pp. 133-147.
- VIDAL GALACHE, Florentina: “La epidemia de cólera de 1834 en Madrid: Asistencia y represión a las clases populares”, *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, 1989, pp. 271-280.
- VIEJO CANALEJAS, Marcelino: *El taller de Ícaro. Historia de La Hispano Aviación, 1917-1972*. Sevilla, El Monte, 2001.
- VILLACORTA BAÑOS, Francisco: “La vida social y sus espacios” en VV. AA.: *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida* dirigida por José Mª JOVER ZAMORA, Tomo XXXIII, Madrid, Espasa Calpe, 1997, pp. 661-725.
- VILLACORTA BAÑOS, Francisco: “Madrid 1900: Sociabilidad, ocio y relaciones sociales”, *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, nº 666 (2001), pp. 461-494.
- VILLARES PAZ, Ramón: *La propiedad de la tierra en Galicia: 1500-1936*, Madrid, Siglo XXI, 1982
- VILLARES PAZ, Ramón: “La desamortización de bienes del clero regular en la provincia de Lugo, 1837-1851: su influencia en la transformación de la propiedad territorial” en ALONSO ROMERO, María Paz: *Desamortización y Hacienda Pública*, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1986, vol. 1, pp. 563-579.
- VILLARES PAZ, Ramón: “Reformas institucionales y expansión agraria en la España liberal” en MAZA ZORRILLA, Elena y MARCOS DEL OLMO, María Concepción (coords.): *Estudios de historia: homenaje al profesor Jesús María Palomares*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2006, pp. 351-368.
- VILLARES PAZ, Ramón: “La historia agraria de la España contemporánea: interpretaciones y tendencias” en REIG TAPIA, Alberto; DE LA GRANJA SAINZ, José Luis y MIRALLES PALENCIA, Ricardo (coords.): *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI, 1999, pp. 219-244.
- VILLARES PAZ, Ramón (coord.): *La ciudad y el mundo urbano en la historia de Galicia*, Santiago de Compostela, Tórculo, 1988
- VORMS, Charlotte: “La génesis de un mercado inmobiliario moderno en la periferia de Madrid (1860-1900)” en BEASCOECHEA GANGOITI, José María, GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y NOVO LÓPEZ, P. (eds.): *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2006, pp. 529-546.
- VORMS, Charlotte: “La urbanización marginal del Extrarradio de Madrid: una respuesta espontánea al problema de la vivienda. El caso de La Prosperidad (1860-1930)”, en *Scripta Nova, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, nº 7, 146 (2003).
- VORMS, Charlotte: “La ville sans plan?: Le faubourg de la Prosperidad à Madrid (1860-1940)”, *Histoire urbaine*, nº. 8 (2003), pp. 103-128.
- VORMS, Charlotte: “L’implantation des Maisons à Bon Marché dans la périphérie madrilène: éclatement de l’espace urbain et fragmentation sociale (1923-1931)”, *Histoire urbaine*, nº. 19 (2007), pp. 31-53.
- VORMS, Charlotte: “Propriété populaire et urbanisation spontanée: l’extrarradio madrilène (dernier tiers du XIXe siècle)” en LAVASTRE, Philippe y MAS HERNÁNDEZ, Rafael (coords.): *Propiedad urbana y crecimiento de la ciudad: seminario celebrado 4-5 febrero 2002*, Madrid, UAM-Casa Velásquez, 2005, pp. 181-201.
- VV. AA.: *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida* dirigida por José Mª JOVER ZAMORA, Tomo XXXIII, Madrid, Espasa Calpe, 1997.
- VV.AA.: *De la beneficencia al bienestar social: cuatro siglos de acción social*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

- VV.AA: *Cultura y culturas en la historia: Cultura y culturas en la Historia*, Salamanca, 1995.
- WOUDE, Ad van der, DE VRIES, Jan y HAYAMI, Akira: *Urbanization in History. A process of Dynamic Interactions*, Clarendon Press-Oxford, Nueva York, 1990.
- ZUGASTI, Juan Antonio: *La madre Soledad Torres Acosta y el Instituto de las Siervas de María: estudio histórico*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1978.

ÍNDICE DE TABLAS, GRÁFICOS, PLANOS E ILUSTRACIONES

ÍNDICE DE TABLAS

Capítulo. Número	Título de la tabla	página
2.1	Estado de la urbanización en el Ensanche Norte en 1860	66
2.2	El barrio de Vallehermoso en 1860	68
2.3	La calle Cardenal Cisneros en 1860 según el padrón municipal	72
2.4	Los primeros veinte años de desarrollo del Ensanche madrileño (1860-1880)	105
2.5	Diferenciación en precios de alquiler en el Ensanche Norte, 1880	107
3.1	Crecimiento vegetativo de Madrid en el siglo XIX	121
3.2	Parroquias madrileñas de bautismo de los hijos en los hogares del Ensanche Norte 1860	130
3.3	Principales lugares de origen de la población madrileña y del Ensanche Norte, mediados del siglo XIX	133
3.4	Tiempo de residencia en Madrid de los cabezas de familia empadronados en el Ensanche Norte en 1860	134
3.5	Evolución de la familia Castro - Romand entre 1860 y 1880	137
3.6	Principales lugares de origen de los habitantes en el Ensanche Norte en 1860 y 1880; datos por provincias y estados	139
3.7	Cabezas de familia de Santa Cruz de la Zarza residente en el Ensanche Norte en 1860	145
3.8	Inmigrantes de Lugo y Oviedo en el Ensanche Norte en 1860 - 1880	154
3.9	Panaderos en la tahona de Francisco Fernández y Braulia de la Cuadra (1860-1880)	159
3.10	Profesiones de las mujeres inmigrantes de Lugo y Oviedo en el Ensanche Norte en 1860 y 1880	163
3.11	Grado de endogamia matrimonial de los inmigrantes de Lugo y Oviedo en 1880	167
4.1	Clasificación socioprofesional de la población de las afueras norte en 1860	184
4.2	Directores y dueños de fábricas residentes en el Ensanche Norte en 1860	187
4.3	Profesiones y lugares de trabajo de los empleados de las afueras norte en 1860	188
4.4	Clasificación socioprofesional de la población de las afueras norte en 1880	195
4.5	Principales profesiones de artesanos y trabajadores cualificados en el Ensanche Norte	196
4.6	Escala salarial de jornaleros, carpinteros y albañiles en el Ensanche Norte en 1880	199
4.7	Condición de los zapateros del Ensanche Norte en 1880	204
4.8	Artesanos y trabajadores cualificados con salarios más altos en el Ensanche Norte en 1880	210
4.9	Trabajadores de la Real Fábrica de Tapices residentes en el Ensanche Norte en 1880	212
4.10	Muestra de los trabajadores de la Casa de la Moneda residentes en el Ensanche en 1880	214
4.11	Trabajadores en La Fábrica de gaseosas La Deliciosa en 1880.	216
4.12	Evolución socioprofesional femenina en el en Ensanche Norte 1860-1880	219
4.13	Profesiones de las trabajadoras del servicio doméstico en el Ensanche Norte en 1880	223
4.14	Lugares de origen las criadas en hogares con una sola sirvienta. Ensanche Norte 1880	225
4.15	Las 20 criadas mejor pagadas del Ensanche Norte en 1880	227
4.16	formas de inserción familiar de las lavanderas del Ensanche Norte en 1880	229

Capítulo. Número	Título de la tabla	página
4.17	Principales oficios de las trabajadoras cualificadas en el Ensanche de Madrid en 1880	231
4.18	Escala salarial de las artesanas y trabajadoras cualificadas del Ensanche Norte en 1880	234
4.19	Sectores de ocupación de los empleados del Ensanche Norte en 1880	243
4.20	Empleados del Instituto Geográfico y Estadístico en el Ensanche Norte en 1880	247
5.1	Estructuras familiares en el Ensanche Norte 1860-1880	256
5.2	Presupuesto diario de una familia obrera de tres personas en 1885	266
5.3	Presupuesto de una familia media burguesa en 1881.	268
5.4	Estados de los pobres socorridos por a Beneficencia domiciliaria en 1859	280
5.5	Cuenta de Caudales; depositaria de la Junta Parroquial de Beneficencia de Chamberí, Febrero de 1862	287
5.6	Suscriptores de la Junta Parroquial de Beneficencia de Chamberí en febrero de 1862	288
5.7	Reparto de la limosna de 2.500 reales de la reina concedida a la Junta Parroquial de Beneficencia de Chamberí en diciembre de 1860.	294
5.8	El barrio de Vallehermoso en 1860	301
6.1	Elecciones municipales de 1860 - censo electoral y participación de los distritos madrileños	304
6.2	Censo electoral de habitantes de las afueras norte de Madrid registrados en las listas de electores del distrito de Hospicio en 1860	306
6.3	Terceras listas de electores para rectificación de del Ayuntamiento, 30 de octubre de 1860	308
6.4	Evolución electoral municipal de los distritos de Hospicio y Universidad entre 1860 y 1866	310
6.5	Elecciones municipales de 1868; resultados por distritos	325
6.6	Resultados electorales del distrito Universidad en 1868, por secciones electorales	327
6.7	Resultados electorales del distrito Universidad en 1868, Campo de Guardias y distrito de Universidad	331
6.8	Resultados electorales del distrito Universidad en 1868, por barrios;	334
6.9	Resultados a las elecciones a cortes constituyentes de enero de 1869 en la ciudad de Madrid	340
6.10	Resultados electorales en elecciones a Cortes de 1869: total Madrid y distritos de Hospicio y Universidad	341
6.11	Resultados electorales en la sección de Chamberí y en el distrito de Hospicio en las elecciones a Cortes de 1869	342
6.12	Resultado de las elecciones a Constituyentes de enero de 1869. Distrito de Hospicio	344
6.13	Resultados electorales elecciones Constituyentes de enero de 1869, distrito de Hospicio, sección de Chamberí.	346
6.14	Elecciones diputados a Cortes Constituyentes de enero de 1869. Distrito de Universidad y sección de Campo de Guardias	351
6.15	Elecciones de diputados a Cortes de 1869. Distrito de Universidad, Resultados por barrios.	353
6.16	Elecciones municipales de 1871. Distrito de Universidad. Resultados por barrios.	359
6.17	Resultados de las elecciones municipales de 1873 en el distrito de Universidad y en su distrito de Campo de Guardias.	360
6.18	Resultados de las elecciones municipales de 1871 en el distrito de Hospicio y en su distrito de Chamberí	362
6.19	Activistas del partido republicano madrileño en 1873 con residencia en Chamberí	365
7.1	Evolución del paisaje residencial del Ensanche Norte entre 1860 y 1905	370
7.2	Clasificación socioprofesional de la población inmigrante adulta del Ensanche Norte en 1905 (menos de 2 años de residencia)	376

Capítulo. Número	Título de la tabla	página
7.3	Clasificación socioprofesional de la población masculina del Ensanche Norte en 1905	378
7.4	Principales profesiones de los trabajadores del mundo de los oficios en el Ensanche Norte en 1905.	381
7.5	Trabajadores cualificados con salarios más altos en el Ensanche Norte en 1905.	383
7.6	Empleados en los servicios educativos en el Ensanche Norte en 1905	393
7.7	Bibliotecarios y archiveros residiendo en el Ensanche Norte en 1905.	394
7.8	Distribución de los empleados estatales del Ensanche Norte en 1905 por lugar de trabajo	395
7.9	Distribución de los empleados en tribunales del Ensanche Norte en 1905 por institución	396
7.10	Escala profesional de los empleados en telégrafos en el Ensanche Norte, 1905	407
7.11	Trabajadores del Ayuntamiento clasificados por dependencias. Ensanche Norte 1905	417
8.1	Presupuesto del Ensanche y reparto del gasto por zonas. Año Económico de 1882-1883	450
8.2	Desarrollo demográfico y evolución de los precios de alquiler en las tres zonas del Ensanche madrileño (1860-1905)	453
8.3	Ocupación de las casas construidas por Abelardo Nieto en 1905	467
8.4	Ocupación de la casa de la Calle Cardenal Cisneros construida por Antonio Pereira Navarro	472
8.5	Evolución de la población y precios de alquiler de los distintos barrios del Ensanche Norte en 1860-1930	484
8.6	Clasificación socioprofesional de la población masculina de los barrios de Fernando el Santo, Trafalgar y Vallehermoso en 1905	494
9.1	Evolución del censo electoral del barrio de Chamberí y de Beneficencia	502
9.2	Resultados de las elecciones municipales de 1877 en el distrito de Hospicio y en la sección de Beneficencia - Chamberí	503
9.3	Resultados de las elecciones municipales en el distrito de Universidad y su sección 3, barrios de Pozas (Vallehermoso) y Daoiz	506
9.4	Resultado de las elecciones municipales de 1881 en los distritos de Hospicio, Universidad y Buenavista	508
9.5	Cuenta del movimiento de fondos de la Junta de Beneficencia y casa de socorro del Distrito del distrito de Hospicio, Julio de 1880	511
9.6	Resultado de las elecciones municipales de 1889 en el distrito de Hospicio	512
9.7	Candidatos a las elecciones municipales en Hospicio en 1891	520
9.8	Resultados electorales municipales en los distritos de Universidad, Hospicio y Buenavista 1893-1899	524
9.9	Principales candidaturas presentadas en las elecciones municipales de 1905 por el distrito de Chamberí	539
9.10	Candidatos republicanos a concejales de Chamberí en Noviembre de 1905	540
9.11	Resultados de las elecciones municipales de 1905 en el distrito de Chamberí según las actas municipales	542
10.1	Inmigrantes de Barcelona empleados en el sector servicios con menos de dos años de residencia. Ensanche Norte 1930	583
10.2	Inmigrantes de Inglaterra empleados en el sector servicios. Ensanche Norte 1930	584
10.3	Estadística demográfica de Madrid en 1928. Tasas de mortalidad, natalidad y mortalidad infantil en los barrios del Ensanche Norte y alrededores.	592
11.1	Composición del mercado laboral masculino en 1930. Ensanche Norte. Población adulta	615
11.2	Principales fábricas y empresas madrileñas según el censo electoral social de 1932	627
11.3	Muestra de trabajadores mecánicos del Ensanche Norte en 1930	632
11.4	Trabajadores de la fábrica Richard Gans empadronados en el Ensanche Norte en 1930	633

Capítulo. Número	Título de la tabla	página
11.5	Estadística del número de vehículos en circulación en distintos años, según datos tomados en la dirección del servicio de tráfico urbano	641
11.6	Mecánicos de automóvil empadronados en el Ensanche Norte en 1930	643
11.7	Trabajadores manuales de la fábrica Gal residentes en el Ensanche Norte en 1930	650
11.8	Trabajadores en las oficinas de la fábrica Gal residentes en el Ensanche Norte en 1930	656
12.1	Servicio doméstico en el Ensanche Norte en 1930	664
12.2	Trabajadores de los Almacenes Madrid París con residencia en el Ensanche Norte en 1930	681
12.3	Sectores de ocupación de los empleados del Ensanche Norte en 1905 y 1930	685
12.4	Muestra de empleadas en el sector bancario residentes en el Ensanche Norte en 1930	695
12.5	Muestra trabajadores de la banca mejor pagados residentes en el Ensanche Norte en 1930	697
12.6	Profesionales del Ensanche Norte con mayores ingresos anuales, 1930	699
13.1	Elecciones municipales de Madrid del 12 de diciembre de 1909. Resultados por distritos.	721
13.2	Resultados de las elecciones legislativas de mayo de 1910 en el distrito urbano de Madrid	726
13.3	Resultados de las elecciones municipales en el Ensanche Norte en los primeros tiempos de la Conjunción (1909, 1911 y 1913)	731
13.4	Resultados de las elecciones legislativas de 1914 en Madrid	735
13.5	Elecciones municipales de Madrid de 1917, del 14 de noviembre de 1917, resultados por distritos.	744
13.6	Resultados de las elecciones legislativas de febrero de 1918 en el distrito urbano de Madrid	747
13.7	Elecciones municipales de Madrid del 8 de febrero de 1920, resultados por distritos.	753
13.8	Resultados de las elecciones municipales de 1920 en Chamberí desglosados por casco antiguo, Ensanche y Extrarradio	758
13.9	Resultados de las elecciones legislativas de abril de 1923 en el distrito urbano de Madrid	763
13.10	Elecciones municipales de Madrid de 1931 del 12 de abril.	771

ÍNDICE DE GRÁFICOS

Capítulo. número	Título del gráfico	página
1.1	Evolución de la población madrileña en el siglo XIX	29
2.1	Licencias de obra concedidas por el Ayuntamiento en Madrid: 1855-1870	76
2.2	Licencias de obra concedidas por el Ayuntamiento de Madrid: 1860-1882	90
3.1	La familia de Benigno Castro en 1880	115
3.2	Aproximación al crecimiento vegetativo de Madrid en el siglo XIX	121
3.3	Población de Madrid en 1860	125
3.4	Pirámide de población de Chamberí en 1860 desglosada por el estado civil	126
3.5	Pirámide de población de Chamberí en 1860 desglosada por lugar de procedencia	132
3.6	Tiempo de residencia de los cabezas de familia del Ensanche Norte en 1860	134
3.7	Origen de la inmigración en el Ensanche Norte en 1880	141
3.8	Fecha de llegada de los inmigrantes de Oviedo y de Lugo residentes en el Ensanche Norte en 1860	155

Capítulo. número	Título del gráfico	página
3.9	Años de llegada a Madrid de los trabajadores de la tahona Fernández - de la Cuadra	160
3.10	Origen de las cxriadas en el Ensanche Norte en 1880	164
3.11	Pirámide de población del Ensanche Norte en 1880 según su origen	174
3.12	Pirámide de población del Ensanche Norte en 1880 desglosada por estado civil	175
3.13	Población de Madrid según el censo de 1877	175
4.1	Evolución del mercado laboral masculino en el Ensanche Norte entre 1860 y 1880	189
4.2	Evolución de la participación laboral de los nacidos en Madrid en el Ensanche Norte entre 1860 y 1880	189
4.3	Evolución del mercado laboral femenino en el Ensanche Norte entre 1860 y 1880	191
4.4	Número de criadas por cada hogar en el Ensanche Norte en 1880	222
4.5	Sueldos mensuales de las criadas en el Ensanche Norte en 1880	224
4.6	Edades de las criadas del Ensanche Norte en 1880	225
4.7	Tipos de empleados en el Ensanche Norte en 1880	243
4.8	Salarios medios de los empleados del Ensanche Norte por sector de trabajo, 1880	244
4.9	Salarios de los empleados estatales del Ensanche Norte en 1880	246
5.1	La familia de Antonia Ayala en 1860. Estructura nuclear	252
5.2	La familia de Antonia Ayala en 1867. Estructura múltiple realquilada.	253
5.3	La familia de Antonia Ayala en 1875. Estructura monoparental troncalizante.	254
5.4	Clasificación socioprofesional de los cabezas de familia masculinos del Ensanche Norte 1880.	260
5.5	Salarios diarios de lo trabajadores del Ensanche Norte en 1880	266
5.6	Familia de los Stuyck. Jefatura de Livinio Stuyck (1861-1872)	269
5.7	Familia de los Stuyck. Jefatura de Gabino Stuyck (1873-1881)	271
5.8	Ingresos de la Junta parroquial de Chamberí. Octubre de 1858 - Octubre de 1862	291
5.9	Gastos de la Junta parroquial de Chamberí. Octubre de 1858 - Octubre de 1862	292
7.1	Licencias de obra concedidas por el Ayuntamiento en Madrid: 1868-1890	368
7.2	Evolución de la población madrileña en el siglo XIX	371
7.3	Pirámide de población del Ensanche Norte en 1905, desglosada por el lugar de origen de sus habitantes	373
7.4	Origen de la población masculina del Ensanche Norte en 1905	374
7.5	Origen de la población femenina del Ensanche Norte en 1905	374
7.6	Origen de la población masculina mayor de 15 años del Ensanche Norte en 1905	374
7.7	Origen de la población femenina mayor de 15 años del Ensanche Norte en 1905	374
7.8	Evolución de los trabajadores manuales del Ensanche Norte entre 1860 y 1905	380
7.9	Evolución de las principales profesiones manuales cualificadas en el Ensanche Norte 1860-1880-1905 (en %)	382
7.10	Origen de los trabajadores manuales del Ensanche Norte en 1905, por cualificación	384
7.11	Origen de los trabajadores manuales cualificados del Ensanche Norte en 1905, por oficios	385
7.12	Inserción laboral de los inmigrantes con menos de dos años de residencia. Ensanche Norte 1905	387
7.13	Evolución del trabajo manual y del trabajo en servicios en el Ensanche Norte entre 1860 y 1905	390
7.14	Sectores de ocupación de los empleados del Ensanche Norte en 1905	391

Capítulo. número	Título del gráfico	página
7.15	Distribución de los empleados por sector de contratación en el Ensanche Norte. 1905	392
7.16	Profesiones liberales en el Ensanche Norte en 1905	398
7.17	Evolución de los empleados particulares en el Ensanche Norte 1880-1905. Porcentajes sobre el total de empleados	404
7.18	Distribución de los empleados del ferrocarril y del tranvía por empresas. 1905	405
7.19	Escala salarial de los empleados en telégrafos del Ensanche Norte en 1905	407
7.20	Distribución de los empleados de banca por entidades. Ensanche Norte 1905	410
7.21	Origen de los trabajadores en el Ensanche Norte en 1905 según la cualificación profesional	412
7.22	Evolución de las principales ciudades españolas 1860-1910	414
7.23	Evolución demográfica de las capitales de provincias cercanas a Madrid, 1877-1900	424
7.24	Origen de la población de los partidos judiciales de Madrid, Barcelona, Ávila, Bilbao y Barcelona en 1900	426
7.25	Origen de la población en el Ensanche Norte en 1905	427
7.26	Origen de la población del Ensanche Norte en 1905. Mapa	428
7.27	Principales comunidades de extranjeros en el Ensanche Norte en 1905	429
7.28	Evolución demográfica de los pueblos del entorno de Madrid: 1877-1900	431
8.1	Pirámide de Fernando el Santo 1905	491
8.2	Pirámide de Vallehermoso 1905	492
8.3	Pirámide de Trafalgar 1905	493
8.4	Peso de los trabajadores manuales y del pequeño comercio en el mercado laboral de Fernando el Santo, Trafalgar y Vallehermoso en 1905	494
8.5	Peso de los empleados, profesionales liberales, propietarios y rentistas en el mercado laboral de Fernando el Santo, Trafalgar y Vallehermoso en 1905	495
8.6	Peso del servicio doméstico en el mercado laboral de Fernando el Santo, Trafalgar y Vallehermoso en 1905	497
9.1	Resultados de las elecciones municipales de 1891 por distrito	516
9.2	Resultados de las elecciones municipales de 1891 en el distrito de Universidad	517
9.3	Resultados de las elecciones municipales de 1891 en el distrito de Hospicio	519
9.4	Resultados de la candidatura socialista en el distrito de Chamberí en 1905 por secciones electorales	543
9.5	Porcentaje de votos y nivel de alquileres en las secciones electorales 4 y 8 del Distrito de Chamberí (casco antiguo y zona acomodada del Ensanche)	544
9.6	Porcentaje de votos y nivel de alquileres en las secciones electorales 19 y 22 del Distrito de Chamberí (Norte del Ensanche Norte y zonas de Extrarradio)	546
9.7	Porcentaje de votos y nivel de alquileres en las secciones electorales 19 y 22 del Distrito de Chamberí (Norte del Ensanche Norte y zonas de Extrarradio)	548
10.1	La familia de Benigno Castro a su muerte en 1910	554
10.2	Evolución demográfica del municipio de Madrid, sus localidades suburbanas y de la provincia 1860-1930	559
10.3	Evolución de la población de Madrid por distritos entre 1905 y 1928	560
10.4	Evolución de la tasa mortalidad infantil legal en Madrid capital entre 1900 y 1920	565
10.5	Origen de la población masculina del Ensanche Norte en 1930	566
10.6	Origen de la población femenina del Ensanche Norte en 1930	566
10.7	Origen de los inmigrantes del Ensanche Norte en 1930	568

Capítulo. número	Título del gráfico	página
10.8	Principales comunidades del extranjeros en el Ensanche Norte de 1930	570
10.9	origen rural/urbano de los inmigrantes de las provincias de Guadalajara, Barcelona, Lugo y de Inglaterra en el Ensanche Norte en 1930	571
10.10	Inserción laboral de las inmigrantes nacidas en las provincias de Guadalajara, Barcelona, Lugo y de Inglaterra	574
10.11	Salarios anuales de las criadas inmigrantes de Guadalajara y Lugo en el Ensanche Norte en 1930	575
10.12	Inserción laboral de los varones inmigrantes de los inmigrantes nacidos en las provincias de Guadalajara y de Lugo. Ensanche Norte 1930	576
10.13	Inserción laboral de los varones inmigrantes de los inmigrantes nacidos en la provincia de Barcelona y en Inglaterra	581
10.14	Sectores de trabajo de los inmigrantes empleados de Barcelona y de Guadalajara. Ensanche Norte, 1930	582
10.15	Evolución del crecimiento vegetativo, saldo migratorio y del crecimiento real en Madrid en 1901-1928	586
10.16	Evolución de la tasa de mortalidad infantil legal en Madrid capital entre 1915 y 1935	587
10.17	Pirámide de población del barrio Fernando el Santo en 1930	594
10.18	Pirámide de población del barrio de Lozoya en 1930	594
10.19	Tasa de mortalidad de los barrios del Ensanche Norte y alrededores en 1928	596
10.20	Tasas de mortalidad por barrios en el Ensanche Norte y alrededores en 1905 y 1928	597
10.21	Tasas de mortalidad infantil de los barrios en el Ensanche Norte y alrededores en 1905 y 1928	598
11.1	La descendencia de Benigno Castro y Florencio Estébanez en 1930.	605
11.2	Evolución de los principales grupos profesionales del mercado laboral masculino. Ensanche Norte 1860-1930	616
11.3	Evolución de las licencias de obras concedidas por el Ayuntamiento de Madrid (1850-1890 y 1913-1934)	622
11.4	Licencias de obra de nueva planta concedidas por el Ayuntamiento de Madrid desde 1913 a 1934	624
11.5	Peso de las distintas profesiones entre los trabajadores cualificados varones del Ensanche Norte. 1905 y 1930	629
12.1	Comparación de los principales grupos profesionales del mercado laboral masculino del Ensanche Norte en 1905 y 1930	659
12.2	Inserción laboral femenina en el Ensanche Norte en 1930	663
12.3	Evolución de los empleados del Ensanche Norte entre 1905 y 1930	665
12.4	Inserción familiar de los dependientes de comercio en la vivienda en la que residen. Ensanche Norte 1905 y 1930	676
12.5	Escala salarial de los trabajadores en el comercio en el Ensanche Norte, 1930 (salarios anuales)	678
12.6	Edades de los trabajadores en el comercio (dependientes y empleados) del Ensanche Norte, 1930	679
12.7	Sectores de ocupación de los empleados en el Ensanche Norte en 1905 y 1930	684
12.8	Distribución de los empleados de banca por entidades. Ensanche Norte 1930	689
12.9	Salarios medios de los distintos grupos de empleados en el Ensanche Norte en 1930	692
12.10	Escala salarial de los empleados de banca residentes en el Ensanche Norte en 1930	692
13.1	Evolución del voto republicano socialista entre 1907 y 1914 en Madrid	733
13.2	Resultados de las elecciones municipales de 1920, distrito de Chamberí	757
13.3	Elecciones municipales del 12 de abril de 1931, Resultados por distritos	773

ÍNDICE DE PLANOS

Capítulo. Número	Título del Plano	página
1.1	Estado de la urbanización de las afueras norte de Madrid en 1858	20
1.2	Estado de la urbanización en las afueras norte antes del Ensanche	40
2.1	Plano del proyecto de Ensanche de Madrid, 1860, con división de sus tres zonas	61
2.2	División del Ensanche Norte en barrios en el proyecto de Castro	64
2.3	Proyecto de Ensanche para la zona noroeste de las afueras	67
2.4	Proyecto de Ensanche para la zona nordeste de las afueras	69
2.5	Proyecto de Ensanche para el arrabal de Chamberí y sus alrededores	70
2.6	Estado de la urbanización de los alrededores de la plaza de Chamberí en el plano de 1866.	74
2.7	La disputa entre propietarios de suelo y el ingeniero Castro por la demolición de Chamberí.	84
2.8	Barrio de Indo en el Plano parcelario de 1872-75 de Ibáñez Íbero.	92
2.9	El Ensanche Norte en el plano de Pidal de 1877.	107
2.10	Estado de la urbanización del Ensanche Norte hacia 1880.	109
3.1	Principales parroquias de bautismo de los hijos de familias residentes en las afueras Norte en 1860.	131
3.2	Distribución de los cabezas de familia nacidos en Santa Cruz de la Zarza y residentes en el Ensanche Norte en 1860	147
3.3	Distribución de los inmigrantes de Santa Cruz de la Zarza residentes en el Ensanche Norte en 1880	149
3.4	Distribución de las bodegas y panaderías regentadas por asturianos y lucenses en el Ensanche Norte en 1880	168
5.1	La organización de la asistencia domiciliaria en Madrid en 1859	281
5.2	Visitas realizadas por el médico de la Beneficencia Municipal Antonio García y Solís en febrero de 1862	299
6.1	Residencia de los electores de las afueras norte en 1860	308
7.1	Los cuatro anillos de desarrollo urbano de Madrid a comienzos del siglo XX.	433
8.1	Desarrollo urbano y niveles de los alquileres de las tres zonas de Ensanche en 1878-1880	448
8.2	Desarrollo urbano y niveles de los alquileres de las tres zonas de Ensanche en 1905	452
8.3	El plano de alquileres del Ensanche de Madrid en 1905	454
8.4	Estado de la urbanización del Ensanche Norte en 1875	456
8.5	Estado de la urbanización del Ensanche Norte según el plano de 1910	458
8.6	Situación de la finca construida por José García Pérez en la calle Galileo 20	460
8.7	Situación de las viviendas de José García y Abelardo Nieto en el plano de 1910	462
8.9	Ocupación en 1905 de la planta principal de los edificios de la calle Fuencarral 152 y 152 duplicado, propiedad de Abelardo Nieto García.	465
8.10	Situación de la casa propiedad de Antonio Pereira	469
8.11	Ocupación de las viviendas del piso principal de la calle Cardenal Cisneros, finca construida por Antonio Pereira y Navarro	470
8.12	muestra de edificios de vecindad en el Ensanche Norte en 1905	474
8.13	Planta baja y planta principal de la vivienda de Agustín Querol en Paseo del Cisne 25	477
8.14	Sección y distribución de las habitaciones por planta de la casa de Agustín Querol en Paseo del Cisne nº 25	478
8.15	Situación de los hoteles y viviendas unifamiliares del Este de la Zona Norte de Ensanche	480
8.16	Número de habitantes y precios medios del alquiler en los once barrios del Ensanche Norte en 1905.	485

Capítulo. Número	Título del Plano	página
8.17	Plano de la pobreza en el Ensanche Norte en 1905	487
8.18	Alquileres en el antiguo arrabal de Chamberí en 1905. Barrios de Trafalgar y Cardenal Cisneros	489
9.1	Distribución de los electores del Ensanche Norte en 1891	514
9.2	Nueva división en distritos de Madrid en 1905. Zona Norte	532
10.1	Aumento de habitantes por distritos 1905-1928	561
10.2	Evolución de la población de los municipios suburbanos de Madrid entre 1920 y 1930	563
10.3	Diferencias en la mortalidad y natalidad por distritos en el Madrid de 1928	591
10.4	Diferencias en los indicadores demográficos por barrios. Ensanche Norte 1930	592
11.1	Negocios vinculados al automóvil en el Ensanche Norte en 1930	638
13.1	Mapa electoral de Madrid. Elecciones municipales de 1909 y 1911	724
13.2	Mapa electoral de Madrid. Elecciones municipales de 1920	754

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Capítulo. Número	Título de la Ilustración	página
1.1	Casas construidas por el Conde de Vegamar en el Paseo de La Habana (hoy Eloy Gonzalo) en la década de 1850	45
2.1	Hotel particular de Miguel Sáinz de Indo, Paseo de la Castellana.	92
2.2	Fachadas de los hoteles construidos en 1872 por Indo	93
2.3	Planta del Hotel construido por Carlos Scharff	97
2.4	Vivienda construida por Benigno Castro en 1876	99
2.5	Alineación del solar de José Auriol Flores en la calle Trafalgar	101
2.6	Edificio construido por José Auriol en la calle Trafalgar	102
3.1	Fachada de la casa construida por Tomás de la Cuadra (suegro de Francisco Fernández) en Chamberí	157
4.1	Trabajadores en la construcción del Pontón de la Oliva (Canal de Isabel II), 1855.	193
4.2	Interior de la Casa de la Moneda según un grabado de 1866	213
4.3	Maquinistas de la Casa de la Moneda, hacia 1897	215
4.4	Fábrica de cervezas La Deliciosa, 1873	217
4.5	Niñeras en el Paseo del Prado, h. 1895.	228
4.6	Mujeres trabajando en la fábrica de Soldevilla, 1874.	235
8.1	Fachada de viviendas proyectadas en el solar de Abelardo Nieto, en 1894.	464
8.2	Planta y sección de las reformas proyectadas por Antonio Pereira Navarro en su edificio de la calle Cardenal Cisneros.	470
11.1	Interiores de la Fábrica de Fundición tipográfica Richard Gans	634
11.2	Nave de Máquinas de la Fundición Tipográfica Richard Gans	635
11.3	Gasolinera de la compañía Petróleos Porto Pi en la calle Alberto Aguilera, años 20.	639
11.4	El tráfico en la Gran Vía a la altura de la Red de San Luis en 1928.	642
11.5	El tráfico en la Puerta del Sol en 1930.	642
11.6	La fábrica Gal de la Moncloa en 1925, Nuevo Mundo, 24 de Julio de 1925.	648
11.7	Maquinaria para la fabricación de jabones de tocador y pastas dentrificas de la Fábrica Gal	652
11.8	Taller de fabricación de estuches finos de Gal	653
11.9	Laboratorio y calderas en la Fábrica Gal	657